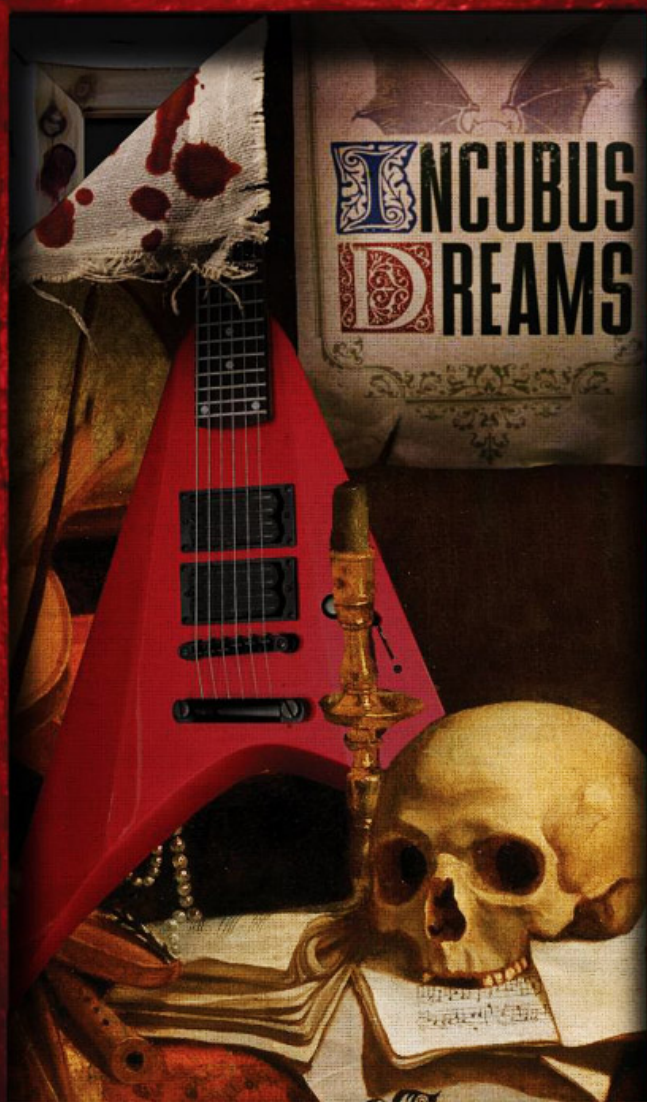


LAURELL K. HAMILTON



AN ANITA BLAKE,
VAMPIRE HUNTER, NOVEL

ePUB

La vida de Anita es más complicada que nunca, ya que se va a ver atrapada entre sus compromisos con los vivos y los muertos.

Un asesino en serie vampiro, que caza strippers, está suelto. Reclamada en el caso para consultarla, Anita teme que su juicio pueda estar nublado por un conflicto de intereses. Debido a que ella es, después de todo, la pareja de Jean-Claude, el siempre intoxicante Maestro Vampiro de la ciudad. Rodeada de sospechas, abrumada por sus intentos de controlar su lujuria que continúa torturándola como resultado de sus contactos pasionales con vampiros, hombres lobo, y el cambiante Micah, Anita hace algo sin precedentes: Pide ayuda.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Incubus dreams

Anita Blake, cazavampiros-12

ePUB v1.0

fenikz 18.07.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Incubus dreams*
©Laurell K. Hamilton, septiembre 2004
Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



La boda fue en octubre. La novia era una bruja que resolvía crímenes sobrenaturales. El novio resucitaba a los muertos y mataba vampiros para vivir. Sonaba como una broma de Halloween, pero no lo era.

Los invitados por parte del novio llevaban trajes tradicionales de color negro, con moños de color naranja y camisa blanca. Los de la novia llevaban vestidos formales de color naranja. No se ven vestidos de baile de color naranja en Halloween, no es lo habitual.

Me había aterrorizado tener que pagar trescientos dólares por una de esas monstruosidades. Pero como era del lado del novio, tenía que llevar esmoquin, ¡gracias a dios!

Larry Kirkland, el novio, mi compañero de trabajo y amigo, se había atenido a sus normas. Se negó a encargarme un vestido, a menos que quisiera llevarlo. Hmm, déjame ver. Trescientos dólares, o más, de un color naranja muy formal, que me maten antes que ponerme uno, al menos, por

cien dólares podía alquilar un smoking que podía devolver.

Espera, déjame pensar, ya tengo el esmoquin. Tuve que comprar un par de zapatos con lazos negros. En la tienda del esmoquin no tenía ningún par de zapatos de mujer del número siete. Oh, bien. Incluso con los setenta dólares que gaste en los zapatos, que probablemente nunca use de nuevo, todavía me sentía muy afortunada.

Mientras observaba a las cuatro damas de honor con sus vestidos de color naranja, ¡qué asco! caminar por el pasillo de la abarrotada iglesia, el pelo recogido en bucles sobre sus cabezas, y más maquillaje del que jamás le había visto usar a ninguna, me sentía muy, muy afortunada.

Había ramos redondos, de color naranja y flores de color blanco con encaje negro y naranja, y cintas negras por detrás de las flores. Acababa de detenerme delante de la iglesia con una mano sujetando la muñeca del otro brazo.

La coordinadora de la boda parecía creer que todos los padrinos se hurgarían la nariz, o algo aún más vergonzoso, si no mantenían las manos ocupadas. Así que nos había informado de que deberíamos estar de pie con las manos entrelazadas, la muñeca agarrada al brazo contrario. Sin poner las manos en los bolsillos, sin cruzar los brazos a la altura del pecho, ni poner las manos juntas delante de la ingle.

Había llegado tarde al gran ensayo y la coordinadora de la boda parecía pensar que sería una buena influencia para los hombres, porque era mujer. No le llevó mucho tiempo descubrir que era tan obstinada como ellos. Francamente, pensaba que todos se habían comportado muy bien en comparación conmigo.

Ella no parecía estar muy a gusto con los hombres, o conmigo, alrededor. Tal vez era por el arma que llevaba. Pero ninguno de los padrinos de la boda, yo incluida, había hecho nada para que se quejara. Este era el día de Larry, y ninguno de nosotros quería meter la pata. Oh, y el día de Tammy.

La novia entró en la iglesia del brazo de su padre. Su madre ya estaba delante, sentada en el banco, con un vestido de color naranja pálido que, de hecho, en ella se veía bien. Estaba radiante, llorando, y parecía a la vez triste y delirantemente feliz, todo al mismo tiempo.

La Sra. Reynolds era el motivo de que la boda se celebrara a lo grande en una iglesia. Tanto Larry como Tammy hubieran sido felices con algo más pequeño, pero Tammy no parecía ser capaz de decir no a su madre, y

Larry estaba tratando de llevarse bien con sus futuros suegros.

La detective Tammy Reynolds era una visión en blanco, con un velo que le cubría la cara como un sueño brumoso. También llevaba más maquillaje del que jamás le había visto, pero era lo adecuado para el acto. Como el escote con cuentas, los complementos y la falda acampanada.

El vestido parecía capaz de avanzar por su cuenta por el pasillo, o al menos de mantenerse en pie solo. Había hecho algo con su pelo, estaba liso, de forma que se veía su cara por completo, lo que permitía apreciar lo sorprendentemente bella que era. Realmente, no me había dado cuenta nunca de que la detective Tammy era hermosa.

Estaba de pie al final de los padrinos de honor, los tres hermanos de Larry y yo, así que tuve que estirarme un poco para verle el rostro. Valió la pena hacerlo. Estaba lo suficientemente pálido como para que las pecas destacaran sobre su piel como manchas de sol. Sus ojos azules estaban muy abiertos. Había hecho algo con sus cortos rizos rojos que se mantenían ordenados casi sin problemas. Se veía bien, si no se desmayaba.

Miró a Tammy como si le hubieran golpeado con un martillo directamente entre los ojos. Por supuesto, si se hubieran pasado dos horas maquillando a Larry, también podría haber resultado una visión. Pero los hombres no tienen que preocuparse por eso. El doble rasero sigue vivo y coleando. La mujer debe estar bella en el día de su boda, el novio se supone que sólo debe estar allí y no hacer el ridículo, o hacerla quedar mal a ella.

Me incliné hacia atrás en la fila, tratando de no avergonzar a nadie. Me había sujetado el pelo hacia atrás cuando aún estaba húmedo, de modo que quedó pegado y liso. No me había cortado el pelo, así que era lo mejor que podía hacer para parecerme a un hombre. Había otras partes de mi anatomía que no ayudaban a verme como uno.

Tengo curvas, e incluso con un esmoquin diseñado para un hombre, todavía se notaban mis curvas. Nadie se quejó, pero la coordinadora de la boda, puso los ojos en blanco cuando me vio. Y luego dijo en voz alta.

—Necesitas más maquillaje.

—Ninguno de los otros padrinos de la boda lleva maquillaje —dije.

—¿No quieres verte bonita? —Dado que pensaba que me veía bastante bien, había una sola manera de contestarle.

—No especialmente.

Había sido la última conversación que tuve con la dama en la boda y la única que tendría. Seguro que me evitaría después de esto. Creo que me lo

había dicho a propósito, porque no le estaba ayudando a que mantuviera al otro padrino de honor en fila.

Parecía creer que sólo porque ambas tuviéramos ovarios en lugar de pelotas, uniríamos nuestras fuerzas. Además, ¿por qué debo preocuparme por estar bonita? Si es el día de Tammy y de Larry, no el mío. Sí, y eso era algo grande, todavía no me había casado, ya me preocuparía por eso cuando sucediese. Hasta entonces, hasta que sucediese, me apretaría los tornillos.

Además, ya llevaba más maquillaje del que usaba normalmente. Lo que para mí significaba todo. Mi madrastra, Judith, me decía que cuando superase los treinta me sentiría diferente acerca de todo eso de ser mujer. Sólo me faltaban tres años para llegar al gran 3-0, hasta que llegara el momento no sucumbiría al pánico.

El padre de Tammy puso su mano en la de Larry. Tammy era tres pulgadas más alta que Larry, con los tacones, era todavía más alta. Estaba lo bastante cerca del novio para ver la mirada que el padre de Tammy le lanzó a Larry. No fue una mirada amable. Tammy estaba embarazada de tres meses, casi cuatro, y era culpa de Larry. O más bien era de Tammy y de la falta de sentido común de Larry, pero no creo que fuera así como lo veía su padre. No, el Sr. Nathan Reynolds definitivamente parecía culpar a Larry, como si Tammy hubiera sido arrebatada virgen de la cama y devuelta desflorada, y embarazada.

El Sr. Reynolds levantó el velo de Tammy, para revelar la cuidadosamente realzada belleza de su rostro. La besó solemnemente en la mejilla, echó una oscura mirada a Larry al pasar, y se volvió, sonriente y agradable, para reunirse con su esposa en la primera fila.

Que le hubiera mirado oscuramente al pasar, y después se volviera agradable y sonriente, al saber que todos los invitados en la iglesia iban a ver su cara, me molestaba. No me gustó que el padre de la nueva esposa de Larry fuera capaz de mentir tan bien.

Me pregunté, qué haría para ganarse la vida. Pero sospechaba que mi reacción se debía a haber trabajado estrechamente con la policía durante demasiado tiempo. El cinismo es contagioso.

Todos nos volvimos hacia el altar, y la ceremonia comenzó. Me pareció familiar. Había estado en una decena de bodas en los últimos años, casi todas cristianas, casi todas de tipo estándar, por lo que las palabras me eran extrañamente familiares.

Era divertido, no creía haberme aprendido nada de memoria, hasta que lo oía y me daba cuenta de que ya me lo sabía.

—Queridos hermanos, estamos reunidos hoy aquí para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.

No era una boda católica o episcopal, por lo que no tenía que arrodillarme, ni hacer nada. Ni siquiera tenía que hacer el signo de la cruz durante la ceremonia. Debo admitir que mi mente empezó a divagar un poco.

Nunca he sido una gran fan de las bodas. Entiendo que son necesarias, pero nunca fui una de esas chicas que fantaseara con cómo sería mi boda algún día. No recuerdo haber pensado en ello hasta que me comprometí en la universidad y, cuando eso fracasó, volví a no pensar en ello.

Había estado comprometida, muy brevemente, con Richard Zeeman, maestro de ciencias, y el Ulfric local, un rey lobo, pero me había dejado porque me encontraba más a gusto que él con los monstruos. Ahora, más o menos, había aceptado la idea de que nunca me casaría.

Nunca pronunciaría las palabras y jamás me prometería. Una pequeña parte de mí, aunque jamás lo admitiría en voz alta, estaba triste por ello. No por la parte de la boda, creo que lo que odio de no casarme, tanto como cualquier otro, es no tener alguien a quien considerar mío.

Me había criado en la clase media americana, en un pequeño pueblo. Lo que significaba que, el hecho de que estuviera saliendo con un mínimo de tres, quizás cuatro, dependiendo de cómo se mirara, hombres, todavía me hacía retorcerme con algo dolorosamente cercano a la vergüenza.

Todavía estaba trabajando para no sentirme incómoda, pero había cuestiones que aún debía resolver. Por ejemplo, ¿A quién colocar como pretendiente y cuál sería la fecha para una boda? La boda sería en una iglesia, con elementos sagrados, por lo que dos de los hombres estaban descartados.

A los vampiros no les sienta bien estar rodeados de objetos sagrados. Bien mirado, Jean-Claude y Asher seguramente estallarían en llamas, así que entrar por la puerta, probablemente pondría fin a las festividades. Eso me dejaba con un novio oficial, Micah Callahan, y un amigo que en realidad es todavía un niño, Nathaniel Graison.

Habíamos llegado a la parte donde se intercambiaban los anillos, lo que significaba que la dama de honor y el padrino tenían algo que hacer. La mujer tenía que coger el enorme ramo de flores blancas de Tammy, y el

hombre entregar los anillos. Todo parecía tan terriblemente sexista. Sólo por una vez me gustaría ver a un hombre teniendo que sostener las flores y a la mujer entregando los anillos.

Un amigo me dijo una vez, que era demasiado liberal para mi propio bien. Quizás. Pero lo único que sabía era que, si me decidía a comprometerme de nuevo, o bien varios de nosotros íbamos a tener un anillo de compromiso, o ninguno lo tendría. Por supuesto, una vez más, lo de casarse no significaba que fuéramos a conseguir que el compromiso fuera estable, quizás... Oh, bueno.

Finalmente, eran marido y mujer. Todos nos dimos la vuelta y el reverendo presentó a la iglesia al Sr. y la Sra. Kirkland, aunque sabía a ciencia cierta que Tammy mantendría su nombre de soltera, así que realmente debería haber dicho el Sr. Lawrence Kirkland y la Sra. Tammy Reynolds.

Todos nos colocamos en dos filas. Tuve que dar mi brazo a la detective Jessica Arnet. Cogió mi brazo y, con sus altos tacones, resultaba unas cinco pulgadas más baja que ella. Me sonrió. Me di cuenta de que me sentía bastante más cerca de ella que hace un mes, ya que estaba coqueteando con Nathaniel, pero hasta este momento no me había dado cuenta de que podía ser hermosa. Llevaba el pelo oscuro completamente retirado de la cara, de forma que se veía el delicado triángulo formado por las mejillas y el mentón. Las sombras ampliaban sus ojos, añadiendo color a sus mejillas y a sus labios fruncidos.

Me di cuenta de que el color naranja, que daba a la mayoría de las damas de honor un aspecto pálido, en ella ponía de relieve el rico color de su piel y de su pelo, haciendo que brillaran sus ojos.

Hay pocas personas que se vean bien de naranja, es una de las razones por las que se usa para los prisioneros, como un castigo adicional. Pero la detective Arnet estaba maravillosa con él. Casi me hizo desear permitirle a la organizadora de la boda ponerme maquillaje extra. Casi.

Debí haberla mirado demasiado, porque frunció el ceño, y sólo entonces comencé a avanzar y tome mi lugar en la fila. Salimos de la iglesia como buenos invitados. El fotógrafo ya nos había hecho sufrir con las fotos de grupo. Ahora estaría a la caza de la novia y el novio y de los momentos espontáneos como: cortar la tarta, tirar el ramo, quitar la liga. Una vez que finalizara mi papel en la línea de recepción, podría desaparecer en el fondo y a nadie le importaría.

Nos quedamos en la línea como nos habían indicado. La novia y el novio en la parte delantera de la fila, porque, seamos sinceros, son a quienes todo el mundo quiere ver realmente. El resto detrás de ellos, uno junto al otro a lo largo de la pared, esperando a darle la mano a la gente, la mayoría de ellos desconocidos.

La familia de Tammy era de la ciudad, pero no conocía a ninguno de ellos. La familia de Larry, la mayoría eran de fuera, forasteros. Conocía a algunos de los policías que habían sido invitados, aparte de eso, todo era movimiento de cabezas, sonrisas, asentir y sonreír, estrechar las manos y, de nuevo, asentir y sonreír.

Debía estar muy concentrada en la gente que se había reunido, ya que me sorprendí cuando, de repente, vi a Micah Callahan, mi novio oficial, delante de mí. Era exactamente de mi altura. Bajo para un hombre o una mujer. Su rico cabello castaño era casi tan rizado como el mío, y hoy le caía suelto sobre los hombros. Lo había hecho por mí. No le gustaba llevar el pelo suelto, y entendía el por qué.

Ya era delicado en comparación con cualquier hombre, y con los rizos sueltos su rostro era casi tan delicado como el de la detective Arnet. Su labio inferior era más grueso que el superior, como en un mohín perpetuo y la boca, más amplia que la de la mayoría de las mujeres, tampoco ayudaba.

Pero el cuerpo, debajo de su traje de satén negro, sin duda ayudaba a dejar claro que era un hombre. Hombros anchos, cintura y caderas estrechas, el cuerpo de un nadador, a pesar de que ese no era su deporte. Del cuello hacia abajo nunca lo confundirías con una mujer. Eran sólo la cara y el cabello.

Se había dejado la camisa abierta en el cuello para que se viera el hueco de la garganta. Me veía reflejada en sus oscuras gafas de sol. En realidad, la luz era tenue en el pasillo, ¿por qué las gafas de sol? Sus ojos eran los de un gato, los de un leopardo para ser exactos. Eran amarillos y verdes, todo al mismo tiempo. El color que predominaba dependía de su estado de ánimo y de la iluminación. Hoy, debido a la camisa, eran muy verdes, con un toque de amarillo claro, como un frondoso bosque.

Era un hombre leopardo, el Nimir-Ra del pard local. Debido a sus poderes de rey debería haber sido capaz de pasar por humano. Pero si pasas mucho tiempo en forma animal, a veces adquieres permanentemente algo del animal. No quería alarmar a los humanos, por eso se había puesto hoy las gafas.

Su mano se sentía muy cálida en la mía, y un ligero toque fue suficiente para que algunas capas de mi cuidadoso blindaje se vinieran abajo. El blindaje me había impedido detectarlo, durante toda la ceremonia, como un segundo latido. Era mi Nimir-Raj. Mi animal a llamar. Somos Rey y Reina. Aunque el acuerdo estaba más cerca de la reina y su consorte, somos socios, pero me reservo el veto presidencial. Soy una fanática del control, ¿qué más puedo decir?

Yo era el primer ser humano Nimir-Ra en la larga historia de los seres leopardo. Aunque, ya que resucito a los muertos para ganarme la vida y soy verdugo legal de vampiros, hay gente que discutirá lo de que soy humana. Están celosos.

Empecé a tirar de su brazo para acercarlo a mí, pero negó suavemente con la cabeza. Tenía razón. Si sólo sostener su mano había acelerado mi pulso, como un caramelo en la lengua, un abrazo empeoraría las cosas.

A través de una serie de accidentes metafísicos, obtuve algo parecido a la bestia que vive en Micah. Esa bestia y la bestia de Micah se conocían, conectaban entre sí como viejos amantes. Esa parte de nosotros, que no era humana, se conocía mejor que nuestras mitades humanas.

Todavía no sabía casi nada acerca de él, de verdad, a pesar de que vivíamos juntos. A un nivel metafísico, nuestra unión era más fuerte que la que cualquier ceremonia o pedazo de papel puede crear, pero en la vida cotidiana me preguntaba qué hacer con él.

Era el socio perfecto. Mi otra mitad, la pieza que me faltaba. Se complementaba conmigo en casi todo. Y cuando estaba cerca, todo parecía ir bien. Pero dame un poco de distancia y comenzaría a preguntarme cuando caería el otro zapato y dejaría de ser maravilloso. Nunca había tenido un hombre en mi vida con el que la relación no se hubiera estropeado de alguna manera. ¿Por qué iba a ser diferente con Micah?

Lo que me hizo sentir con un beso en mi mejilla era más potente que cuando sentí su aliento. Respiré.

—Hasta más tarde. —Ese ligero toque me hizo temblar con tanta violencia que tuve que sujetarme en su brazo.

Me sonrió, esa sonrisa que en un hombre indicaba que sabía lo que hacía, que entendía lo mucho que su toque afectaba a una mujer. No me gustaba esa sonrisa. Me hacía sentir como si se tomara su tiempo conmigo, por supuesto que lo hacía. En el momento en que lo pensé, supe que no era cierto. Ni siquiera era justo. Entonces ¿Por qué lo había pensado?

Porque soy una maestra en arruinar mi vida amorosa. Si algo funciona bien, tengo que meterme con ello, hasta que se rompa, o me muerda. No estaba tratando de hacer eso, pero los viejos hábitos, sobre todo los malos, nunca mueren.

Micah avanzó por la fila, y la detective Arnet me lanzó una mirada interrogadora con sus pintados, pero muy hermosos ojos. Abrió la boca como si fuera a preguntar si estaba bien, pero la siguiente persona en la fila la distrajo. Nathaniel era una distracción, no cabe duda.

Jessica Arnet era unos cuantos centímetros más alta que Nathaniel, por lo que tenía que mirar hacia abajo para encontrarse con esa mirada de lavanda. No era exagerada en cuanto al color. Sus ojos no eran azules, eran realmente de un púrpura pálido, lilas, lavanda primavera. Llevaba una camisa de cuello de tira que era casi del mismo color que los ojos, por lo que sus ojos de color lavanda resultaban aún más vibrantes; más hermosos.

Le ofreció su mano, pero ella lo abrazó, porque creo que por primera vez estaban en una situación pública en la que no pensaría que era extraño. Así que, se abrazó a él porque podía. Tras un momento de vacilación, él la abrazó, pero volvió la cabeza para mirarme. Sus ojos decían claramente, ayúdame.

Ella no había hecho nada, sólo un abrazo en vez de un apretón de manos, pero la mirada en los ojos de Nathaniel lo hacía parecer mucho peor de lo que era. Como si le molestara más de lo que debería haberle molestado. Dado que su trabajo diario es como stripper, uno pensaría que ser manoseado por las mujeres no significaría nada para él. Por supuesto, tal vez ese era el punto. No estaba en el trabajo.

Se quedó pegada a su cuerpo, y él permaneció en un suspenso incómodo, con sólo mirar sus ojos uno podía adivinar que se sentía infeliz. Su cuerpo parecía feliz y relajado en el abrazo. Nunca mostró a Jessica Arnet su mirada confundida. El abrazo había ido más allá de lo cortés, y finalmente me di cuenta de cuál era el problema. Nathaniel era la persona menos dominante que jamás había conocido. Quería salir del abrazo, pero no podía ser el primero en retirarse. Jessica tenía que dejarlo ir, y ella probablemente estaba esperando a que se separara, y obtuvo todas las señales equivocadas ya que no se alejaba. Mierda. ¿Cómo acabé teniendo en mi vida hombres con problemas tan interesantes? Suerte, supongo.

Tendí la mano hacia él, y el alivio era bastante claro en su rostro. Nadie del pasillo, que lo hubiera visto, lo habría entendido. Mantuvo su rostro

oculto, se giró, por lo que Jessica nunca vio su mirada, habría herido sus sentimientos, y Nathaniel no quería herir los sentimientos de nadie. Lo que significaba que no veía la cara brillante, atractiva, completamente radiante de ella al pensar que era mutuo. A decir verdad, había creído que a Nathaniel le gustaba, al menos un poco, pero su cara decía otra cosa. Al menos para mí, en cualquier caso.

Nathaniel cogió mi mano como un niño asustado que acaba de ser salvado del matón del barrio. Me atrajo a sus brazos, y se aferró a mí, presionando nuestros cuerpos más allá de lo que hubiera deseado en público, pero no podía culparle, en realidad no. Quería la comodidad del contacto físico, y creo que se había dado cuenta de que Jessica Arnet se había quedado con una idea equivocada.

Lo mantuve tan cerca como pude, tan cerca como había querido a Micah. Con Micah, podría haber dado lugar a algo vergonzoso pero con Nathaniel no. Con Nathaniel podía controlarme. No estaba enamorada de él. Acaricié la larga trenza de cabello castaño que caía casi hasta sus tobillos. Jugué con la trenza como si fuera la cosa más íntima, con la esperanza de que Jessica entendiera la indirecta. Debería haber sabido que un abrazo extra no era suficiente.

Me aparté la primera del abrazo y mantuve mi mirada en su rostro. Mirando su cara, podía entender lo que vio en él, tan guapo, tan increíblemente hermoso. Sus hombros se habían ensanchado en los últimos meses, por el levantamiento de pesas, o simplemente por el hecho de que tenía veinte años y seguía creciendo. Era delicioso a la vista, y estaba casi segura de que sería igual de delicioso en la cama. Pero a pesar de que estaba viviendo conmigo, limpiaba mi casa, hacía la compra y mis recados, no había tenido relaciones sexuales con él. Estaba tratando de evitar que sucediera, lo hacía pensando en su futuro. Algún día, Nathaniel tendría que encontrar un nuevo lugar para vivir, una vida nueva, porque no siempre lo necesitaría como lo hago ahora.

Soy un ser humano pero, igual era el primer ser humano Nimir-Ra que los leopardos habían tenido jamás, también era el primer ser humano siervo de un vampiro maestro que había adquirido determinadas... habilidades. Esas habilidades conllevaban algunos inconvenientes. Una de esas desventajas era que necesitaba alimentar el *ardeur* cada doce horas o menos. El *ardeur*, en francés, se traduce como la llama, o literalmente el ardor que se consume por el amor. Aunque no es exactamente por el amor.

Miré fijamente a los ojos lilas de Nathaniel, acuné su rostro entre mis manos. E hice lo único que podía pensar que mantendría apartada a Jessica Arnet, después me daría vergüenza haberlo hecho en la recepción pero seguí adelante. Le di un beso.

Le di un beso porque necesitaba hacerlo. Le di un beso porque, extrañamente, era lo que había que hacer. Le di un beso porque era mi *pomme de sang*, mi manzana de sangre. Le di un beso porque era mi comida, y odiaba que alguien se metiera con mi comida. Me alimentaba de Micah también, pero era mi compañero, mi novio, y era lo bastante dominante como para decir que no si lo deseaba. Nathaniel quería que le tuviera, quería pertenecerme, y no sabía qué hacer al respecto. En unos meses a partir de ahora el *ardeur* estaría bajo control y no necesitaría un *pomme de sang*. ¿Qué iba a hacer con Nathaniel cuando no lo necesitase más?

Me aparté del beso y vi brillar la cara de Nathaniel, de la misma forma en que la cara de Jessica Arnet había brillado cuando la abrazó. No estaba enamorada de Nathaniel, pero mirando su cara feliz, guapa, tenía miedo de que él no pudiera decir lo mismo. Estaba usándolo. No para el sexo, sino para alimentarme. Era para alimentarme, sólo comida, pero mientras lo pensaba, sabía que era en parte mentira. Para no caer en el amor de su carne, porque no podía hacerlo, presioné los labios calientes en la curva de su cuello, y le susurré:

—Gracias.

Se deslizó por el pasillo y observé sus pantalones gris carbón que se ajustan a su culo como una segunda piel y se derramaban sobre los muslos, que son aún más hermosos fuera de los pantalones que dentro. Cuando me volví sonriendo hacia la siguiente persona en la línea, observe que la detective Jessica Arnet me miraba. No era una mirada totalmente amigable. ¡Genial!, simplemente genial.



La temática de Halloween adornaba la recepción. Serpentinatas de papel crepé, en naranja y negro, colgaban por todas partes; esqueletos de cartón, palos de goma y fantasmas de papel flotaban en el techo. Había una telaraña falsa contra una pared lo suficientemente grande como para colgar a alguien. Los centros de mesa eran adornos con destellos eléctricos. Los esqueletos falsos eran un peligro para cualquier persona que fuera más alta que yo. Lo que significaba que la mayoría de los invitados pasaría a pocos centímetros de los adornos. Por desgracia, Tammy sin tacones era alta, con tacones aún más, y el velo se enredó en los adornos. Las damas de honor tuvieron que ayudar a desenganchar el velo de Tammy de los dedos de los pies de los esqueletos. Eso arruinó la entrada de la novia y el novio. Si Tammy quería que la decoración no molestara a la gente alta, no debería haber dejado de encargados a Larry y sus hermanos. Ninguno de ellos medía más de 1,75. A mí que no me culpen. No había ayudado a decorar el

salón. No era mi culpa.

Había otras cosas de las que iba a culparme, pero tampoco eran culpa mía. Yo no tengo la culpa de todo.

Jessica Arnet me acompañó hasta el salón. Todavía estaba seria cuando llegamos a la habitación. Demasiado seria. Cuando el velo de Tammy se desenganchó, Jessica se dirigió a la mesa donde se encontraban Micah y Nathaniel. Se inclinó hacia Nathaniel y, cuando digo que se inclinó, lo digo en serio. Se apoyó en él, dejando que su cuerpo le tocara el hombro y el brazo. Fue osado y discreto al mismo tiempo. Si no hubiera estado pendiente, no me habría dado cuenta de lo que estaba haciendo. Habló con él en voz baja. Luego, negó con la cabeza, se volvió y siguió su camino a través de las pequeñas mesas llenas de invitados.

Se sentó en un asiento vacío en la larga mesa de la presidencia de la boda. La última silla vacía estaba a mi lado. Teníamos que sentarnos en el orden en que habíamos entrado. En medio de los brindis, después de que el hermano de Larry hubiera hecho ruborizar al novio, al llegar el turno de los padrinos, Jessica se inclinó, tan cerca de mí que podía oler su perfume, era dulce, un poco cargante.

—¿Nathaniel vive realmente contigo? —susurró ella.

Había tenido miedo de que hiciera una pregunta difícil. Ésta era fácil.

—Sí —dije.

—Le pregunté si era tu novio, y me dijo que dormía en tu casa. Pensé que era una respuesta extraña.

Giró la cabeza de repente, demasiado cerca, vi sus ojos color avellana. Me llamó la atención, de nuevo, lo hermosa que era, y me sentí estúpida por no darme cuenta antes. Pero es que no me fijo en las chicas, me fijo en los chicos. Que me demanden, soy heterosexual. No era su belleza lo que me llamó la atención, fue la inteligencia que se reflejaba en sus ojos. Mire su cara, y me di cuenta de que no importaba lo bonita que era, era un policía, y estaba tratando de oler la mentira. Y había olido una.

No me había hecho una pregunta, así que no le respondí. Rara vez te metes en problemas por mantener la boca cerrada.

Ella hizo una pequeña mueca.

—¿Es tu novio? Si es así, entonces le dejaré en paz. Pero me lo podías haber dicho antes, así no habría hecho el ridículo.

Quería decirle que no había hecho el ridículo, pero no lo hice. Estaba demasiado ocupada tratando de pensar en una respuesta que fuera honesta y

que no nos metiera ni a Nathaniel ni a mí, en más problemas. Me conformé con la respuesta que había usado él.

—Sí, duerme en mi casa.

Ella dio una sacudida a su pequeña cabeza, una mirada terca apareció en su cara.

—Eso no es lo que te pregunté, Anita. Estás mintiendo. Ambos estáis mintiendo. Puedo notarlo. Frunció el ceño.

—Sólo dime la verdad. Si tuvisteis una relación o si la tenéis ahora. Suspiré.

—Sí, al parecer tuvimos una relación.

El ceño se profundizó, formándose arrugas entre sus bonitos ojos.

—¿Al parecer? ¿Qué significa eso? O es tu novio, o no lo es.

—A lo mejor novio no es la palabra correcta —dije.

Y traté de pensar en una explicación que no incluyera las palabras *pomme de sang*. La policía no sabía realmente lo profundamente involucrada que estaba con los monstruos. Lo sospechaban, pero no lo sabían. Saber es diferente a sospechar. Por saber se llega a juicio; por sospechar ni siquiera le darían una orden de registro.

—Entonces, ¿cuál es la palabra correcta? —susurró, con un pequeño silbido, como si estuviera luchando por no gritar—. ¿Sois amantes?

¿Qué iba a decir? Si le decía que sí, Nathaniel estaría libre de las atenciones no deseadas de Jessica, pero también significaría que todo el mundo en la policía de St. Louis sabría que Nathaniel era mi amante. No era mi reputación la que me preocupaba, no quedaba mucho que arrastrar por el suelo. Una chica no puede estar obsesionada con que le muerda el Maestro de la Ciudad y ser una buena chica. La mayoría de la gente considera que si una mujer va con un vampiro, algo habrá hecho. No es cierto, pero es lo que hay. Mi reputación daba igual, pero la de Nathaniel no. Si se sabía que era mi amante, entonces ninguna otra mujer se le acercaría. Si no quería salir con Jessica, está bien, pero necesitaba salir con alguien. Alguien más que yo. No iba a seguir con Nathaniel siempre, hasta que la muerte nos separe. Necesitaba un círculo social más amplio. Necesitaba una novia de verdad.

Así que vacilé, sopesando una docena de respuestas, y no encontré una sola que ayudara a la situación. Mi teléfono móvil sonó, a tientas intenté detener el timbre suave e incesante, no estaba demasiado satisfecha de estar contenta. Podría ser un número equivocado pero igualmente me sentía

salvada por la campana.

No era un número equivocado. Era el teniente Rudolf Storr, director del Equipo Regional de Investigación Sobrenatural.

Había optado por estar de servicio durante la boda para que otras personas pudieran asistir. Le había preguntado a Tammy si estaban invitados los no-humanos, y cuando ella había dicho que no le gustaba ese término, si se refería a los licántropos, la respuesta fue afirmativa, entonces Dolph había decidido de repente que estaría de servicio y no iría a la boda. Tenía un problema personal con los monstruos. Su hijo estaba a punto de casarse con una vampira, y esa vampira estaba tratando de persuadir al hijo de Dolph para reunirse con ella en la vida eterna. Decir que Dolph no se lo estaba tomando bien era un eufemismo. Había destrozado una sala de interrogatorios, maldiciéndome y acusándome.

Había organizado una cena con Dolph, su esposa, Lucille, su hijo, Darrin, y la futura nuera. Había convencido a Darrin de que aplazara la decisión de unirse a la no-muerte. La boda seguía adelante, pero era un comienzo. Su hijo seguía entre los vivos eso había ayudado a Dolph a hacer frente a su crisis de fe. Debía estar menos enfadado, porque me había llamado para un nuevo caso.

Su voz fue enérgica, casi normal.

—¿Anita?

—Sí —dije en voz baja, tapando el teléfono con la mano.

No era como los demás policías del lugar, que eran la mayor parte de los invitados, que preguntaban quién era antes de hablar, y por qué.

—Tengo un cadáver que deberías ver.

—¿Ahora? —pregunté.

—La ceremonia ha terminado, ¿verdad? No la he interrumpido.

—Estamos en la recepción.

—Entonces, te necesito aquí.

—¿Dónde es aquí? —pregunté.

—En la zona de los clubes de striptease al otro lado del río, pero no estoy familiarizado con el nombre del club —respondió—. No creo que te pierdas, es el único club con una escolta policial propia —dijo.

Me llevó un segundo darme cuenta de que había hecho una broma. Dolph no hacía bromas con las escenas de los crímenes. Abrí la boca para contestarle, pero ya había colgado. Dolph nunca había sido de los que se despiden.

La Detective Arnet se inclinó y me preguntó:

—¿Era el teniente Storr?

—Sí —dije en voz baja—. Está en la escena de un crimen, tengo que irme.

Abrió la boca, como si fuera a decir algo más, pero ya estaba levantándose de la mesa.

Me disculpé con Larry y Tammy, y me fui a la escena del crimen. Lamenté perderme el resto de la recepción, pero tenía una escena del crimen a la que ir. No solo escaparía de las preguntas de Arnet, no tendría que bailar con Micah, ni con Nathaniel, ni con nadie.

Era de noche. Me sentí un poco culpable, pero estaba contenta de que alguien hubiera muerto.



Mientras miraba fijamente a la mujer muerta, era imposible estar contenta. Culpable, tal vez, pero no contenta. Culpable de, siquiera por un segundo, haber considerado la idea de la muerte de alguien como una escapatoria para una situación social incómoda. No era una niña. Por Dios, sin duda podría haber manejado a Jessica Arnet y sus preguntas sin esconderme detrás de un asesinato. El hecho de que estuviera más cómoda aquí, mirando fijamente a un cadáver, que en la mesa principal de una boda, decía algo sobre mí y mi vida. No estaba totalmente segura de lo que quería decir. Pero, sin duda, algo que no quería mirar demasiado de cerca. Pero, espera, tenía un cuerpo que observar, para resolver un crimen, todas las molestas cosas personales podían esperar. Tenían que esperar. Sí, seguro.

El cuerpo era una pálida impresión de carne entre dos excavadoras del aparcamiento. Había algo casi fantasmagórico en esa carne pálida, como si al parpadear fuese a desvanecerse en la noche de octubre. Tal vez era la

época del año, o la escena de la boda que acababa de abandonar, pero había algo desconcertante en la forma en que había quedado. Habían metido el cuerpo detrás de los contenedores de basura para ocultarlo, y habían abierto el abrigo de lana negro que llevaba alrededor de su cuerpo casi desnudo para obtener ese destello de carne pálida en la brillante luz halógena del aparcamiento de la playa. ¿Por qué esconderla y luego hacer algo para llamar la atención? No tenía ningún sentido. Por supuesto, podía tener mucho sentido para la persona que la mató. Quizás.

Me quedé allí, apretando la chaqueta de cuero a mí alrededor. No hacía frío. Lo suficiente para la chaqueta, pero no lo bastante para ponerle el forro. Las manos metidas en los bolsillos, la cremallera hasta arriba, los hombros encogidos. Pero la chaqueta no podía ayudarme contra el frío con el que estaba luchando. Me quedé mirando la palidez de la muerta, y no sentía nada. Nada. Ni lástima. Ni náuseas. Nada. De alguna manera eso me molestaba más que la mujer muerta.

Avancé. Me obligué a ver lo que había que ver y dejar mis preocupaciones sobre mi decadencia moral para otro momento. Los negocios primero.

Tuve que ir hasta el otro extremo del lado derecho del contenedor de basura para ver su pelo rubio, extendido como un luminoso signo de exclamación sobre el pavimento negro. Al mirarla fijamente, pude ver lo pequeña que era. De mi tamaño, o más pequeña. Tumbada sobre la espalda, el abrigo extendido debajo aún estaba metido en sus brazos. Pero la tela había sido abierta de par en par, doblada hacia abajo por el lado más próximo al aparcamiento de coches, de modo que pudiera ser vista por un cliente camino a su vehículo. Su cabello, había sido recogido, peinado hacia un lado. Si hubiera sido más alta, habría sido visible desde el aparcamiento, bastaría una mirada al color amarillo brillante junto al contenedor de basura. Miré hacia abajo, a la línea de su cuerpo, y encontré la razón por la que alguien había pensado que era más alta, tacones de aguja de plástico, claro, por lo menos de cinco centímetros de alto. Acostada perdía altura. Su cabeza estaba girada hacia la derecha, exponiendo las marcas de mordiscos en su largo cuello. Marcas de mordiscos de *Vampiro*.

En el montículo de su pequeño pecho había otro par de marcas de mordeduras, con dos líneas finas de sangre goteando. No había sangre en la herida del cuello. Iba a tener que mover los contenedores de basura para

mirar allí. También iba a tener que mover el cuerpo en busca de más marcas de mordiscos, más signos de violencia. Hubo un tiempo en que la policía sólo me llamaba después de que todos los expertos hubieran terminado con la escena, pero eso fue hace tiempo. Tenía que asegurarme de no joder la escena. Lo que significaba que tenía que encontrar al hombre a cargo de la misma.

El teniente Rudolph Storr no era difícil de detectar. Medía 1 metro y 82 centímetros, con una complexión de luchador profesional, conseguida antes de que todos empezaran a aparecerse a Arnold Schwarzenegger. Dolph estaba en forma, pero no por levantar pesas. No tenía tiempo. Demasiados crímenes que resolver. Su pelo negro estaba tan corto que dejaba las orejas expuestas y, de alguna manera, las entradas a los lados de su cabeza. Eso siempre significaba que se había cortado el pelo, recientemente. Siempre se lo cortaba más de lo que le gustaba, eso le daba más tiempo entre corte y corte. Su abrigo estaba perfectamente planchado. Sus zapatos brillaban en las luces del estacionamiento. No le importaba lo que pareciese, mientras estuviera limpio y arreglado. Dolph era todo limpio y ordenado. Creo que esa era una de las razones por las que el asesinato le enfadaba, resultaba siempre demasiado sucio.

Asentí con la cabeza al policía uniformado cuyo único trabajo, al parecer, era observar el cuerpo y asegurarse de que ninguna persona, no autorizada a tocarla, ensuciara la escena. Asintió hacia atrás con la cabeza y volvió a mirar al cadáver. Algo sobre lo abierto que tenía los ojos me hizo preguntarme si esta era su primera muerte de vampiro. ¿Le preocupaba que la víctima se levantara y tratara de morderlo? Podría haber calmado sus temores, porque sabía que nunca se levantaría. Había sido drenada hasta la muerte por un grupo de vampiros. Eso no lo había hecho uno de ellos. De hecho, la Ley garantiza a los vampiros su diversión y no necesitaban crear víctimas. Había visto esto antes. Esperaba como el infierno que no fuera otro maestro vampiro deshonesto. El último había dejado a propósito a las víctimas donde pudieran ser encontradas, en un intento de obtener la anulación de las nuevas leyes que dan derechos legales a los vampiros. El Sr. Oliver creía que los vampiros eran monstruos, y que si se les daba derechos legales se multiplicarían con demasiada rapidez hasta, finalmente, convertir a toda la humanidad en vampiros. Entonces, ¿de quién se alimentaría todo el mundo? Sí, llevaría cientos de años que el vampirismo se propagara hasta ese punto, pero los viejos vampiros piensan a largo

plazo. Pueden darse el lujo, tienen tiempo.

Sabía que no era el señor Oliver de nuevo, porque le había matado. Había aplastó su corazón, y no importa cuántas veces podía Drácula levantarse en las viejas películas, Oliver estaba muerto y bien muerto. Podía garantizarlo. Lo que significaba que teníamos un nuevo grupo de cabrones en nuestras manos, y que podrían tener un motivo completamente nuevo para matar. Infiernos, tal vez era algo personal. Los vampiros eran ahora ciudadanos legales, lo que significaba que podían guardar rencor como los humanos. Pero, de alguna manera, no parecía personal. No me pidas que lo explique, pero no lo era.

Dolph me miró avanzar hacia él. No sonrió, ni dijo hola, porque, uno, era Dolph, y dos, no estaba totalmente contento conmigo. Últimamente no era feliz con los monstruos que flotaban a mí alrededor, porque estaba demasiado cerca con ellos.

Sin embargo, convencer a su hijo de que no se convertirse en un vampiro me había hecho ganar puntos. El hecho de que Dolph acabara de terminar su permiso sin sueldo, con una advertencia informal de que, si no trabajaba mejor, sería suspendido, también le había suavizado. Francamente, aceptaría todo lo que pudiera conseguir. Dolph y yo éramos amigos, o creía que lo éramos. Los dos estábamos un poco inseguros sobre lo que éramos ahora.

—Tengo que mover los contenedores de basura para mirar el cuerpo. También tengo que mover el cuerpo para mirar si hay más marcas de mordiscos, o lo que sea. ¿Puedo hacerlo sin estropear la escena del crimen?

Me miró, y había algo en su cara que decía, claramente, que no estaba contento de tenerme allí. Iba a decir algo, miró a los otros detectives, a los uniformados, a los técnicos de escena del crimen y, más allá, a la ambulancia, sacudió la cabeza, y me hizo señales de que le siguiera a un lado. Pude sentir las miradas de la gente siguiéndonos a medida que nos alejábamos. Todos los detectives sabían que Dolph me había arrastrado por una escalera en una escena del crimen. Cuando dije que me maltrató, no estaba exagerando. Dios sabe lo que contaban ahora las historias, probablemente, que me pegó, que no lo hizo, aunque había sido bastante malo. Ya era bastante malo que pudiera haber presentado cargos y ganar.

Se inclinó y en voz baja dijo.

—No me gusta que estés aquí.

—Tú me llamaste —dije. Dios, no quería pelearme con él esta noche.

Asintió con la cabeza.

—Llamé, pero necesito asegurarme de que no tienes un conflicto de intereses con esto.

Le fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué conflicto de intereses?

—Si la muerte tiene implicado a un vampiro, entonces se trata de alguien que pertenece a tu novio.

—Es bueno que lo digas, si se trata de un vampiro, pero si te refieres a Jean-Claude, entonces puede que no sea de los suyos.

—Oh, eso es cierto, tienes dos novios vampiros ahora. —Su voz era áspera.

—¿Quieres que discutamos sobre nosotros, o que discutamos sobre el crimen? Es tu elección —dije.

Hizo un visible esfuerzo para controlarse a sí mismo. Las manos apretadas a los lados, los ojos cerrados, respiraciones profundas. Se había visto obligado a pasar por un curso de formación para controlar la ira. Le observé usar sus nuevas habilidades. Entonces abrió los ojos, ojos fríos de policía, y dijo:

—Ya estás defendiendo a los vampiros.

—No estoy diciendo que no sea la muerte de un vampiro. Todo lo que dije es que la gente de Jean-Claude podría no ser la responsable. Eso es todo.

—Pero ya estás defendiendo a tu novio y a su gente. Ni siquiera has mirado completamente a la víctima, y ya estás diciendo que no pueden ser los chicos de tu amante.

Sentí que mis ojos se enfriaban y dije:

—No estoy diciendo que no podrían haber sido los vampiros de Jean-Claude. Estoy diciendo que es poco probable. Gracias a la Iglesia de la Vida Eterna, Saint Louis tiene un montón de sanguijuelas que no deben obediencia al Maestro de la ciudad.

—Los miembros de la iglesia son más puritanos que los propios cristianos —dijo.

Me encogí de hombros.

—Los hacen parecer mojigatos, te concedo eso. La mayoría son verdaderos creyentes, pero eso no quiere decir que no fueran ellos, o extraños, en lugar de los vampiros que mejor conozco.

—¿Por qué, entonces? —preguntó.

Mi única excusa para decir la verdad absoluta es que estaba enfadada y cansada de que Dolph estuviera cabreado conmigo.

—Porque si alguno de los chicos de Jean-Claude hiciera esto, estaría muerto. O bien se les entregaría a la ley, o me tienen a mí para hacerlo, o simplemente los matarían.

—¿Estás admitiendo que tu novio es un asesino?

Tomé una profunda respiración y la solté lentamente.

—Sabes, Dolph, esto se está volviendo aburrido. Sí, me estoy tirando a un vampiro, o a dos, supéralo.

Apartó la vista.

—No sé cómo.

—Entonces, aprende —dije—. Pero no permitas que tu mierda personal aparezca por toda la escena del crimen. Estamos perdiendo el tiempo discutiendo, cuando podría haber estado mirando el cuerpo. Quiero coger a esas personas.

—¿Personas, en plural? —preguntó.

—Solo he visto dos marcas de mordiscos, pero tienen un patrón ligeramente diferente entre ellas. La primera, en el pecho, es más pequeña, hay menos espacio entre los colmillos. Así que, sí, al menos dos, pero estoy apostando por más.

—¿Por qué? —preguntó.

—Debido a que la desangraron hasta el final. Prácticamente no hay sangre en ninguna parte. Dos vampiros no pueden drenar a un ser humano adulto sin ocasionar un desastre. Necesitarían más bocas para absorber toda la sangre.

—Tal vez fue asesinada en otro lugar.

Le fruncí el ceño.

—Estamos en octubre, estaba en la calle, con tacones de aguja de plástico de doce centímetros, un abrigo de lana barato y no mucho más. —Hice un gesto al edificio detrás de nosotros—. Estamos en el aparcamiento de un club de striptease. Hmm, déjame ver, doce centímetros de tacón de aguja de plástico, mujer desnuda... ¿Podría ser esto un indicio de que trabajaba aquí y salió a fumar, o algo así?

Dolph metió la mano en el bolsillo y sacó su, siempre presente, libreta.

—Ha sido identificada como Charlene Morresey, de veintidós años, trabajaba como stripper. Sí, fumaba, pero le dijo a una de las otras chicas que se iba fuera para respirar aire fresco.

—Sabemos que probablemente no conocía a los vampiros.

—¿Cómo es eso?

—Salió a tomar el aire, no a hacer una visita.

Asintió y tomó nota.

—No hay señales de lucha, aún. Es como si hubiera venido aquí a tomar el aire y únicamente se acercó a ellos. No lo haría con cualquier extraño.

—Si estaba bajo su control mental, si lo haría.

—Así que uno de los vampiros es viejo. —Dolph seguía tomando notas.

—No necesariamente viejo, sino poderoso, y eso por lo general significa viejo. —Pensé en ello—. Alguien con buenos poderes de control mental, de eso estoy segura, respecto a la edad, —me encogí de hombros —, no lo sé aún.

Todavía estaba escribiendo en su cuaderno.

—Ahora, ¿puedo mover el contenedor de basura y el cuerpo? ¿O los técnicos necesitan todavía volver allí y hacer algo primero?

—Hice que te esperaran —dijo sin levantar la vista del cuaderno.

Le miré, trate de entender la expresión de su cara, pero era todo concentración y profesionalidad. Era un paso adelante que hiciera que los técnicos me esperasen. Y que me hubiera llamado a pesar de todo. Antes de su permiso, habría intentado excluirme de las escenas del crimen. Era un paso adelante, así que ¿por qué me sigo preguntando si Dolph sería capaz de dejar su vida personal a un lado el tiempo suficiente para resolver este caso? Porque, una vez has visto a alguien de confianza perderla por completo, realmente nunca confiaras en él otra vez, no por completo.



Había una coincidencia de marcas de mordiscos al otro lado del cuello. Estaban tan cerca del tamaño de los de la izquierda, que me preguntaba si el mismo vampiro la había mordido en los dos sitios. No tenía mi regla. Demonios, no tenía la mayor parte de mi equipo. Pensaba pasar la noche en la boda, no en la escena de un crimen.

Pregunté si alguien tenía algo para medir el radio del mordisco. Uno de los técnicos me ofreció una regla. Me pareció bien. Tenía un par de pinzas, nunca había utilizado un par antes.

Las medidas no mienten. No era el mismo vampiro. Tampoco era el mismo vampiro en cada uno de los muslos o las muñecas. Contando el mordisco en el pecho, eran siete. Siete vampiros. Suficientes para drenar a un ser humano adulto y dejar muy poca sangre tras ellos.

No había pruebas evidentes de asalto sexual, de acuerdo con un técnico de la CSU. Me alegró oírlo. No me molesté en explicar que el mordisco por

sí solo puede ocasionar un orgasmo, tanto para el CIV (la víctima) como para el asesino. No siempre, pero a menudo, especialmente si el vampiro es bueno nublando la mente. Un vampiro con suficiente poder puede hacer que alguien disfrute mientras es asesinado. Terrorífico, pero cierto.

Después que hube mirado cada centímetro de la mujer muerta, cuando supe que su pálido cuerpo podría bailar en mis sueños con sus zapatos de plástico, Dolph quiso hablar.

—Hablemos —dijo.

Sabía lo que quería.

—Siete vampiros. Uno tenía que ser lo suficientemente bueno controlando la mente para hacer que la víctima disfrutara de lo que estaba sucediendo, o al menos, eso creo. De otra manera, alguien hubiera tenido que oír sus gritos.

—¿Has entrado en el club? —preguntó.

—No.

—La música está alta, y hay mucha gente hablando adentro —dijo.

—¿Así que tal vez no la escucharán, incluso si gritó?

Asintió con la cabeza.

Suspiré.

—No hay señales de lucha. Miré las uñas, pero no había ninguna señal de lucha. La víctima ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo, o al menos no hasta que fue demasiado tarde.

—¿Estás segura de eso?

Pensé durante un segundo o dos.

—No, no estoy segura. Es mi conjetura más educada, pero tal vez era una de esas personas que no se defendía. Tal vez con siete vampiros rodeándola, sólo se dio por vencida. No lo sé. ¿Qué clase de persona era Charlene Morresey? ¿Era una luchadora?

—No lo sabemos aún —dijo Dolph.

—Si era una luchadora, entonces, los vampiros utilizaron trucos mentales. Si no lo era, si simplemente era dócil, entonces tal vez no. Tal vez estamos buscando a un grupo de vampiros jóvenes. —Sacudí la cabeza—. Pero no lo creo. Diría que al menos uno, tal vez más, eran viejos, y buenos, para poder hacer esto.

—Escondieron el cuerpo —dijo.

Terminé el pensamiento por él:

—Y luego lo expusieron, de forma que alguien lo encontrara.

Asintió con la cabeza.

—Eso me ha estado molestando, también. Si le hubieran cerrado el abrigo sobre el cuerpo, ni con el pelo desordenado la habrían encontrado esta noche.

—Tendrían que haberla echado de menos en el club —dije—, o ¿había terminado por esta noche?

—No lo había hecho, y, sí, la habrían echado de menos.

Miré otra vez al cuerpo.

—¿Pero la habrían encontrado?

—Tal vez —dijo—, pero no tan rápido.

—Sí, todavía está fresca, fría al tacto, no ocurrió hace mucho.

Miró sus notas.

—Menos de dos horas desde que salió del escenario.

Miré a nuestro alrededor, a las brillantes luces halógenas. No había un buen lugar para esconderse en el estacionamiento, salvo detrás de los contenedores de basura.

—¿Lo hicieron detrás de los contenedores de basura?

—O en un coche —dijo.

—O una furgoneta —dije.

—La mejor amiga de un asesino en serie —dijo Dolph.

Le miré, tratando de leer detrás de esos ojos de policía.

—Asesino en serie, ¿de qué estás hablando? Esta es la primera que matan, que yo sepa.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. —Empezó a alejarse.

Le cogí por la manga, suavemente. Últimamente tenía que tener cuidado con el modo de tocarle. Se lo tomaba todo como una agresión.

—Los policías no usan la frase asesino en serie a menos que tengan que hacerlo. Uno, porque no desean que sea verdad. Dos, porque los periodistas se apoderan de ello e informan como si fuera la verdad.

Me miró y le solté la manga.

—No hay ningún periodista aquí, Anita. Es sólo otra bailarina de striptease muerta.

—Entonces, ¿por qué decirlo?

—Lo siento, no soy psíquico.

—Dolph —dije.

Casi sonrió.

—Tengo un mal presentimiento, eso es todo. Esta es la primera que matan, o la primera que hemos encontrado. Está malditamente limpio para una muerte tan horrible, en primer lugar.

—Significa que alguien la encontró para nosotros, Dolph, y la encontró esta noche.

—Sí, pero ¿quién? ¿Fue el asesino o los asesinos? ¿O alguien más?

—¿Como quién? —pregunté.

—Otro cliente que no podía permitirse que su esposa supiera dónde había estado.

—¿Así que le abre la chaqueta, aparta el pelo, y trata de hacerla más visible?

Dolph hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—No lo creo. Una persona normal no puede tocar un cadáver, no digamos abrir la chaqueta, y apartar el pelo. Además, el destello de carne pálida fue planificado por alguien que sabía que resultaría así de visible. Una persona normal podría haberla arrastrado desde detrás de la basura, tal vez, pero no colocarla, no así.

—Dices, «normal», Anita, no te conozco, no hay nadie normal. Sólo hay víctimas y depredadores. —Apartó la vista al decir lo último, como si no quisiera que viera lo que había en su rostro.

Dejé que mirará a otro lado, que conservara ese momento para sí mismo. Porque Dolph y yo estábamos tratando de reconstruir una amistad y, a veces necesitas a tus amigos para apoyarte y, en ocasiones, necesitas salir de la mierda tú solo.



No quería volver a la recepción. En primer lugar, no estaba de humor para estar alegre. En segundo lugar, todavía no sabía cómo responder a las preguntas de Arnet. En tercer lugar, Micah me había hecho prometerle que bailaríamos con él. Odiaba bailar. No creía que fuera buena en ello. En la intimidad de nuestro hogar, Micah, y Nathaniel y, demonios, Jason, me habían dicho que estaba equivocada. De hecho, dijeron que bailaba muy bien. No les creí. Pensaba que era un regreso a mi horrible experiencia del baile del instituto. Por supuesto, fue en el instituto, ¿hay alguna otra experiencia como la de aquellos horribles años? Quizá en el Infierno, si eres realmente malo, tendrás catorce para siempre, y quedarás atrapado en la escuela, sin poder volver nunca a casa.

Así que entré en la recepción, con la esperanza de poder decir que estaba cansada, y así podríamos irnos, pero sabía que no sería así. Micah me había sacado la promesa de que bailaríamos con él, y me había sacado la

promesa de un baile con Nathaniel, también. Maldita sea. No prometo cosas a menudo, porque una vez que lo hago, cumplo mi palabra. Doblemente maldición.

La multitud había disminuido bastante. Las escenas de asesinato te obligan a estar fuera mucho tiempo. Pero sabía que los muchachos estarían allí, porque tenía el coche. Nathaniel estaba en la mesa donde lo había dejado, pero era Jason quien estaba con él, no Micah. Jason y Nathaniel estaban tan juntos que sus cabezas casi se tocaban. El pelo corto de Jason destacaba dorado rojizo, contra el pelo oscuro de Nathaniel.

Jason llevaba una camisa azul que sabía que era sólo un tono o dos más azul que sus ojos. Su traje era negro y sabía, sin verlo de pie, que se ajustaba a su cuerpo y probablemente era de corte italiano.

Jean-Claude había pagado el traje, y le gustaban los trajes de diseño de corte italiano para sus empleados. Cuando no estaban vestidos como si fueran extras en una película porno de alto presupuesto, en cualquier caso. Para una boda convencional, el traje de trabajo. Jason también trabajaba en Placeres Prohibidos como stripper, y Jean-Claude era propietario del club, pero no era el tipo de empleo que le permitiera a Jason ese tipo de ropa de diseño a medida. Jason era el *pomme de sang* de Jean-Claude.

Jean-Claude pensaba que no trataba a Nathaniel con el respeto debido a su posición como mi *pomme de sang*. Había dejado a Micah y a Nathaniel ir de compras con Jason para conseguir la ropa de vestir, y pagué la factura de mis dos chicos. Había sido escandalosa, pero no podía dejar que Jean-Claude mantuviera mejor a sus hombres que yo a los míos. ¿Podría?

Técnicamente, Micah no era un mantenido, pero el sueldo que obtenía de la Coalición para una mejor comprensión entre los Licántropos y las comunidades humanas no cubría trajes de diseño. Yo ganaba dinero suficiente para pagar los trajes de diseño, y así lo hice.

Tuve tiempo de preguntarme de qué hablaban Jason y Nathaniel tan juntos, como conspiradores. Entonces sentí, más que vi, a Micah. Estaba al otro lado del cuarto hablando con un grupo de hombres, la mayoría de ellos policías. Sacudió la cabeza, se echó a reír, y cruzó la sala, hacia mí. No tenía muchas oportunidades de mirar a Micah desde lejos. Estábamos siempre tan cerca el uno al otro, físicamente. Ahora tenía la oportunidad de verlo caminar hacia mí, la oportunidad de admirar cómo se ajustaba el traje a su cuerpo, de admirar los hombros anchos, la cintura delgada, la tensión de sus caderas, la redondez de sus muslos. El traje le sentaba como un

guante. Verlo avanzar hacia mí, hizo que me diera cuenta de que el traje valía cada centavo que costó.

La música se detuvo antes de que me alcanzara, una canción que no reconocí. Por un momento tuve la esperanza de que pudiéramos sentarnos y descubrir que era lo que los otros dos hombres encontraban tan fascinante. Pero fue una esperanza vana, ya que otra canción empezó a sonar. Una canción lenta. Seguía sin querer bailar, pero podría tener a Micah lo bastante cerca como para tocarlo, tuve que admitir que tener una excusa para tocarlo en público no era algo malo.

Sonrió, e incluso con las gafas de sol en su lugar, sabía cómo se verían sus ojos con esa sonrisa.

—¿Lista? —Suspiré, y extendí los brazos.

—Tanto como lo puedo estar.

—Primero vamos a quitarte la chaqueta de cuero.

Bajé la cremallera, pero dije:

—Vamos a dejarla, tengo un poco frío. —Sus manos se deslizaron por mi cintura.

—¿Hace frío fuera?

Negué con la cabeza.

—No es esa clase de frío.

—Ah —dijo, y apartó las manos, que había ido deslizando por mi espalda bajo la chaqueta de cuero. Volvió a la cintura y metió mis manos debajo de la chaqueta del esmoquin, de forma que sólo la fina tela de la camisa de vestir separaba mi piel de la suya.

Me estremecí por el contacto. Antes de terminar el largo y lento deslizamiento de sus manos presionado nuestros cuerpos, puso la boca cerca de mi oído.

—Te voy a calentar. —Sus brazos me apretaron contra la curva y el movimiento de su cuerpo, pero no tanto como para que me incomodara en público. Cerca, pero sin estar pegados. Pero aun así tan cerca que pude sentir sus movimientos debajo de la tela de sus pantalones. Únicamente un estricto roce de su tacto, que me hizo recordar que había más de una razón para mantenerme tan firme como podía. Estaba siendo cortés. No estaba segura al cien por cien de si esta era realmente la idea de Micah respecto a la cortesía, o si habría preferido incomodarme. Siempre era muy, muy cuidadoso conmigo. De hecho, me daba exactamente lo quería, lo que necesitaba, eso me hacía preguntarme si lo conocía realmente, o si todo lo

que veía era lo que él quería que viera.

—Estás frunciendo el ceño, ¿qué es lo que está mal? —Estaba tan cerca que únicamente tuvo que girar la cabeza hacia mi cara para poder susurrar.

¿Qué le iba a decir? Que sospechaba que me mentía, no en nada en particular, sino en casi todo. Era demasiado perfecto. Demasiado perfecto para lo que debía ser. Esto tenía que ser una actuación, ¿no? Nadie es tan perfecto como parece, todo el mundo me ha decepcionado de alguna manera, ¿no?

Me susurró en el oído.

—Tienes el ceño más fruncido. ¿Qué anda mal?

No sabía qué decir. ¿Por qué me encontraba esta noche tan a menudo con una docena de cosas que decir y nada que quisiera compartir en voz alta? Me decidí por una verdad parcial, mejor que una mentira, supongo.

—Me pregunto cuándo vas a estropearlo todo. —Se alejó lo suficiente para ver mi cara con claridad. Dejó ver lo perplejo que estaba.

—¿Qué he hecho ahora?

Negué con la cabeza.

—Ese es el problema, no has hecho nada, nada malo en cualquier caso.

Le miré y quería ver sus ojos. Finalmente extendió la mano y bajó sus gafas oscuras, sólo lo suficiente para dejarme entrever sus ojos verde pálido. Pero, por supuesto, eso fue un error, porque me encontré mirando sus ojos, maravillada por lo verdes que se veían esta noche. Negué otra vez con la cabeza.

—Maldita sea.

—¿Qué está mal? —preguntó.

—Nada, y eso es lo que está mal. —Incluso yo no entendía lo que decía, pero era cierto. Era lo que sentía.

Me lanzó esa sonrisa que era en cierta parte desconcertante, irónica, con un punto de desprecio, y parte de otra cosa. No había nada feliz en esa sonrisa. Había llegado con esa sonrisa, y todavía no lo entendía, pero sabía que la utilizaba cada vez menos y, por lo general, sólo cuando se estaba haciendo el tonto. Incluso yo sabía que se estaba haciendo el tonto, pero no era capaz de evitarlo. Era demasiado perfecto, así que tuve que fijarme. Nuestra relación estaba funcionando muy bien, así que tenía que ver si podía romperla. En realidad, no romperla, sino ver hasta dónde se inclinaba. Tenía que probarlo, ¿por qué lo bueno no podía ponerse a prueba? Oh, demonios, no era eso. La verdad era que si me lo permitía

podría ser feliz con Micah, y estaba empezando a ponerme nerviosa. Apoyé la frente contra su pecho.

—Lo siento, Micah, es que estoy cansada y me siento de mal humor. — Me acompañó a un lado, fuera de la pista de baile, no es que hubiéramos estado bailando.

—¿Qué es lo que está mal? —Traté de pensar en lo que estaba mal. Estaba notando algo, pero ¿qué? De repente, parte de ello me golpeó.

—No me molestó ver a la mujer muerta. No sentí nada.

—Tienes que alejarte de tus emociones, o no podrías hacer tu trabajo.

Asentí con la cabeza.

—Sí, pero una vez tuve que esforzarme para conseguirlo. Ahora no lo hago. —Me frunció el ceño, con los ojos todavía mirando por encima de las gafas.

—Y eso te molesta, ¿por qué?

—Sólo los sociópatas pueden mirar muertes violentas, y no sentir absolutamente nada, Micah.

Me abrazó contra él, de repente, con fiereza, pero tuvo la precaución de conservar una parte de su cuerpo a distancia. Era el tipo de abrazo que te da un amigo cuando lo necesitas. Tal vez un poco más apretado, un poco más íntimo, pero no mucho. Siempre parecía saber exactamente lo que necesitaba, justo cuando lo necesitaba. Si no estábamos enamorados, entonces, ¿cómo lo hacía? Caray, había estado enamorada de gente que ni siquiera se acercaba a comprender de esta manera muchas de mis necesidades.

—No eres una sociópata, Anita. Has entregado pedazos de ti misma para poder hacer tu trabajo. Me dijiste una vez, que ese es el precio que pagas.

Envolví mis brazos a su alrededor, lo mantuve apretado, apoyé la frente en la curva de su cuello, y froté la cara contra la increíble suavidad de su piel.

—Estoy tratando de no perder más piezas de mí misma, pero es como si no pudiera pararlo. No sentí nada esta noche, a excepción de culpa, no sentí nada. ¿Es una locura? —Me abrazó.

—No estás loca si piensas que es una locura, Anita. —Eso me hizo retroceder lo suficiente como para verle la cara.

—¿Qué significa eso? —Me tocó el rostro, suavemente.

—Significa que si funciona tu vida, y trabajas en ella, entonces está

bien, ¿lo que está sucediendo está bien? —Fruncí el ceño, y se echó a reír, y fruncí el ceño de nuevo.

—No estoy segura de que un terapeuta este de acuerdo con eso.

—Lo único que sé es que desde que te conocí, me he sentido más seguro, más feliz y mejor de lo que me he sentido en años.

—Has dicho más seguro; gracioso, pensaba que sería Nathaniel quien diría eso, más seguro y feliz.

—Puedo ser tu Nimir-Raj y un dominante, pero, Anita, pasé años a merced de la Quimera. Estaba loca y era una psicópata. Lo he visto realmente, Anita, y tú no lo eres. —Sonrió cuando lo dijo e hizo una pequeña inclinación de cabeza, un gesto casi como si me superara en edad. Mostró su perfil por un momento, y porque estaba de humor para escoger, le pregunté algo que había estado discutiendo durante semanas. Seguí el puente de su nariz.

—Cuando te conocí, tu nariz parecía haber salido mal parada. Supuse que eso significaba que había pasado cuando eras humano, pero tu nariz está cada vez más recta, ¿no?

—Sí, —y su voz fue suave cuando lo dijo. No había ninguna sonrisa en su cara ahora, ni siquiera la confusa. Su rostro se había cerrado. Había empezado a darme cuenta de que así era como se veía cuando estaba triste. Había conocido a Quimera, demonios, lo maté. Había sido uno de los seres más locos que jamás había conocido. Estaba en una lista que incluía a los que se engañaban a sí mismos considerándose aspirantes a dioses y los viejos vampiros maestros milenarios, por no hablar de los cambiaformas que eran sádicos y depredadores sexuales, en el verdadero sentido de la palabra. Por lo tanto, que colocara a Quimera en la parte superior de mi lista de chicos malos y locos decía lo malo que había sido. No podía imaginarme a su merced por ninguna cantidad de tiempo. Lo había sufrido durante unas horas. Micah y su pard habían estado con Quimera durante años. Había evitado el tema, porque obviamente era muy doloroso para todos, pero especialmente para Micah. Pero esta noche, por muchas razones, necesitaba saberlo. Necesitaba, casi, causarle un poco de dolor. Feo, pero cierto. A veces se lucha por lo que eres, y a veces una cede a lo que es. Y algunas noches no quieres pelear más contigo misma, por lo que eliges a alguien más con quien luchar.



Acabamos de pie al otro lado del aparcamiento, donde crecía una línea de altos y delgados cipreses, árboles de rápido crecimiento, con sus hojas amarillas bailando en el viento de octubre. Mi pelo estaba entrelazado tan fuerte en una trenza francesa que el viento no podía hacer mucho con él, pero el pelo de Micah se retorció en torno a su rostro, como una nube espesa y oscura. Se había quitado las gafas, y las farolas hacían que sus ojos se vieran amarillos, incluso con la camisa verde, como si reflejaran la luz de manera diferente a como deberían ser si sus ojos hubiesen sido humanos.

El viento era fresco y llevaba el olor del otoño. Lo que quería hacer era tomar su mano y caminar en la noche hasta que encontráramos el bosque. Quería ir a caminar en la oscuridad y dejar que el viento nos llevara a donde quisiera. Mi mal humor parecía desvanecerse en el viento fresco de la noche, o tal vez era la presencia de Micah, su cara casi perdida en una

nube formada por su propio cabello. Fuera lo que fuese, no quería discutir más.

—Tienes razón, mi nariz es está curando. —Su voz tenía ese deje de risa amarga. Ese tono que hacía juego con su sonrisa confusa.

Le toqué el brazo.

—Si esto te resulta duro, no tienes por qué hacerlo.

Sacudió la cabeza y se pasó una mano en el pelo, impaciente, enfadado, como si estuviera cabreado con el pelo por ponerse en medio. Pensé que probablemente estaba enfadado conmigo, pero no pregunté. Realmente no quería saberlo si la respuesta era que sí.

—No, me has preguntado, y voy a responder.

Retiré mi mano y le dejé hablar, para que se abriera a mí tal y como había exigido, tan mal, sólo unos minutos antes. Ahora, tenía que hacer algo para borrar esa mirada de su cara.

—¿Sabes por qué llevo el pelo largo?

Era una pregunta demasiado extraña.

—No, pensé que te gustaba llevarlo de esa manera.

Sacudió la cabeza, apartando con una mano el pelo de su cara, para que el viento no impidiera que su cara estuviera a la vista.

—Cuando Quimera se hacía cargo de un grupo de cambiaformas, utilizaba la tortura o la amenaza de tortura para controlarlos. Si el alfa del grupo podía soportar la tortura, entonces atormentaba a los miembros más débiles. Utilizando su dolor como una forma de controlar al alfa del grupo.

Se quedó callado por tanto tiempo que tuve que decir algo.

—Sé que era un bastardo sádico. Recuerdo lo que le hizo a Gina y a Violeta, para teneros a ti y a Merle bajo control.

—Sólo conoces parte de la historia —dijo, y sus ojos tenían una mirada distante, demasiado lejana. Estaba recordando, y no era bonito.

No tenía la intención de causar esto. No la tenía.

—Micah, no quise decir...

—No, quieres saber. Debes conocer la historia. —Tomó un suspiro tan profundo que le hizo estremecerse—. Uno de sus tormentos favoritos era la violación en grupo. A aquellos de nosotros que no participábamos, nos obligaba a llevar el pelo largo. Decía que si queríamos actuar como mujeres, debíamos parecernos a ellas.

Pensé en eso por un segundo.

—Tú y Merle sois los únicos hombres en vuestro pard que tenéis el

pelo largo.

Asintió con la cabeza.

—Creo que Caleb lo disfrutaba, y Noé, bueno... —se encogió de hombros—. Todos hicimos cosas que no nos gustaban, sólo para mantenernos vivos. Por todo el grupo.

Creía que no podía pensar mucho peor de Caleb, pero esto me hizo pensar peor de Noé. No sabía qué decir. Pero con Micah no era necesario hablar más. Había iniciado la historia, y ahora la iba a contar, tanto si quería oírlo como si no. Era mi maldita culpa la que había causado esto, por lo que la escucharía y le daría la única cosa que podía llegados a este punto. Ni horror, ni lástima, sólo mi atención. El horror era redundante, y la piedad, no, a él no le gustaría la lástima.

—¿Hablaste con Quimera, con varias de sus caras? Ya sabes cuan conflictivo era.

Asentí con la cabeza y luego dije:

—Sí.

—Una parte de él era... el último matón, a esa parte le gustaba violar mujeres. Otra parte de él era gay, y las dos partes se odiaban mutuamente.

Quimera había dado al concepto de la doble personalidad un nuevo significado, ya que cada personalidad había tenido una forma física diferente. Hasta que le conocí, y lo vi por mí misma, hubiera dicho que era imposible.

—Recuerdo que una parte de él quería que fuera su compañera, y otra parte no parecía muy interesado en las chicas.

Micah asintió con la cabeza.

—Exactamente.

Casi me daba miedo saber de qué iba esto.

—No sólo violaba a las mujeres —dijo Micah—, sino que curiosamente, sólo violaba hombres si eran gays. Era como si pensara que las personas a las que violaba disfrutaban siendo utilizadas. —Se encogió de hombros, pero el movimiento se convirtió en un escalofrío—. No soy gay. Estaba agradecido de no estar en su lista de víctimas. —Se estremeció de nuevo.

—¿Quieres mi chaqueta? —pregunté.

Mostró una pequeña sonrisa.

—No creo que sea esa clase de frío.

Extendí la mano para tocarlo, y él dio un paso atrás, fuera de mi

alcance.

—No, Anita, déjame terminar. Si me tocas, me distraeré.

Lo que quería era tocarlo y dejar que se distrajera, pero no lo hice. Hice lo que me pidió. No había nadie a quien culpar, excepto a mí misma. Si hubiera mantenido la boca cerrada, estaríamos dentro bailando, en su lugar... ¿Cuándo iba a aprender a dejar las cosas como estaban? Probablemente nunca.

—Pero en algún momento de todo ese lío llamé la atención de Quimera, estaba enfadado conmigo. No le ayudaba a torturar, no le ayudaba en las violaciones. Y no podía acostarse conmigo ya que no sería algo voluntario. Creo que le gustaba, quería violarme, pero sus propias reglas lo mantenían lejos de mí, así que encontró otras maneras de divertirse a mi costa.

Se tocó la cara, como si buscara algo con sus dedos, casi como si estuviera sorprendido con lo que encontraba. Como si no fuera la cara que esperaba encontrar.

—Ni siquiera puedo recordar qué era lo que quería que hiciera Gina. Creo que quería que sedujera a un alfa de otro grupo para atraparlo. Ella se negó, y en vez de pagarlo con ella, me torturó a mí. Me golpeó bastante, tanto que me rompió la nariz, pero me curé, rápido.

—Todos los licántropos sanan rápido —dije.

—Me parece que sane más rápido que la mayoría, no tan rápido como Quimera, pero cerca. Pensó que tenía algo que ver con la facilidad que tengo para cambiar de forma. Probablemente tenía razón.

—Tiene sentido —dije. Mi voz era totalmente tranquila, como si estuviéramos hablando del tiempo. El truco para escuchar recuerdos horribles es mantenerse tranquilo. El único que puede expresar emociones es el que hace la narración. El que escucha debe mantenerse frío.

—La siguiente vez que alguien se negó a ayudar en una violación, me volvió a romper la nariz. Curé de nuevo. Luego se hizo una costumbre. Cada vez que alguien se negaba a un pedido, me rompía algo, siempre en la cara. Un día, finalmente dijo: Voy a arruinar esa cara bonita. Si no puedo tenerte, y no puedo utilizarte, entonces tendré que arruinarte. Pero seguí curándome.

Soltó su cabello, y el viento lo azotó alrededor de su cara, no le hizo caso. Se abrazó a sí mismo, apretando. Quería ir con él, quería consolarlo, pero me había dicho que no. Tenía que respetar eso, tenía que hacerlo, pero maldita sea, maldita sea.

—Después, la siguiente vez, no me golpeó, cogió un cuchillo. Me cortó la cara, cogió la nariz, y se la comió. —Hizo un sonido que estaba a medio camino entre una risa y un sollozo—. Jesús, dolía y sangraba. Dios, como sangré.

Le toqué el brazo, tentativamente, con suavidad. Me dejó acercarme. Envolví mis brazos a su alrededor y descubrí que estaba temblando, un fino temblor que iba desde la parte superior de su cabeza hacia abajo por todo su cuerpo. Lo sostuve en mis brazos y deseé saber qué decir.

Susurró contra mi pelo.

—Cuando volvió a crecer, pero todavía no estaba formada del todo, me golpeó de nuevo. La carne nueva es más tierna que la vieja, y cuando se rompe las veces suficientes, se queda rota. No cura a la perfección, una vez que me hubo estropeado, quedó satisfecho. Ahora que Quimera no está aquí para torturarme, mi nariz se está curando. Se pone más recta cada vez que regreso de la forma de leopardo. —Se apoyó contra mí, lentamente, como si tuviera que luchar para que la tensión se fuera. Se quedó así, relajándose pulgada a pulgada, mientras lo sostenía y frotaba su espalda en círculos inútilmente.

La gente normal le hubiera dicho mentiras, como que está bien, estoy aquí, pero se merecía algo mejor que mentiras.

—Está muerto, Micah. Está muerto, y no puede hacerte daño nunca más. No puede hacer daño a nadie.

Hizo otro sonido, mitad risa, mitad sollozo.

—No, no puede, porque lo mataron. ¡Lo mataste, Anita! Yo no podía matarlo. No podía proteger a mi pueblo. No podía protegerlos. —Comenzó a derrumbarse sobre sus rodillas, y si no lo hubiera estado sosteniendo se habría caído. Pero le agarraré y me deslicé hacía abajo con él, sobre el borde de la hierba cerca a los árboles. Me senté en la hierba y le sostuve, le mecí mientras lloraba, no por sí mismo, sino por toda la gente que no pudo salvar.

Mantenía un llanto callado, pero finalmente se detuvo. Estuvimos allí un poco más, en silencio, barridos por el viento. Tenía que dejar que el viento de octubre lavara ese recuerdo. Limpiara la tristeza, que limpiara esas ganas horribles que tenía de romper cosas.

Me hice una promesa sentada en la hierba, con la sensación de Micah envuelto alrededor de mi cuerpo. Prometí no hurgar más en las cosas. Prometí no romper las cosas que estaban funcionando. Prometí no revolver

la mierda, si no tenía que ser removida. Dije una pequeña oración para ayudarme a cumplir esas promesas. Porque Dios sabe que las posibilidades de mantener alguna de esas promesas sin la intervención divina eran casi nulas.



En el momento en que Nathaniel y Jason vinieron a buscarnos Micah volvió a la normalidad. Normal, para Micah, significaba que no le había visto romperse, ni siquiera lo había imaginado. De hecho, estaba tan de vuelta a la normalidad que me hizo preguntarme cuántas otras averías me había perdido. ¿O qué había causado esta? ¿Era capaz de mantener un control absoluto mientras nadie lo miraba? Si eso era cierto, no parecía muy saludable. Oh, diablos, tal vez necesitara tratamiento. Si llevaba al pard entero, tal vez podríamos conseguir un descuento de grupo.

Nathaniel se sentó a mi otro lado, dejándome en el centro. Se sentó para que nuestros cuerpos se tocaran lo máximo posible. Hubo un tiempo en que le habría pedido que me diera espacio para respirar, pero ahora entendía la necesidad de los cambiaformas de contacto físico. Además, Nathaniel estaba a menos de una pulgada cuando dormíamos en mi cama, casi siempre desnudos y casi cada noche, habría sido una tontería. Jason se

quedó de pie y nos miró. Parecía poco natural, solemne, de repente, sonrió. Así se parecía más a sí mismo.

—Es pasada la medianoche, hemos pensado que tendrías que alimentar el *ardeur*. —Su sonrisa era demasiado malvada para sus amables palabras.

—Soy capaz de aplazar más tiempo las comidas —dije—, a veces catorce o incluso dieciséis horas.

—¡Oh, vaya! —dijo, y golpeó con el pie, haciendo un mohín. Fue una maravillosa imitación de un berrinche infantil, excepto por el brillo diabólico en sus ojos—. Tenía la esperanza de tener otra oportunidad.

Le fruncí el ceño, pero no podía reflejarlo en mis ojos. Jason me hacía gracia, no sé por qué, pero siempre me la hacía.

—No creo que vayamos a necesitar tus servicios esta noche, sin embargo gracias por ofrecerte.

Emitió un exagerado suspiro.

—¿No voy a llegar nunca a tener sexo contigo de nuevo?

—No te lo tomes a mal, Jason, pero espero que no. El sexo fue increíble, pero lo que te puso en mi cama fue una emergencia. Si no puedo controlar el *ardeur* mejor que eso, entonces no estoy segura de querer permanecer sola en público.

—Fue culpa mía —dijo Nathaniel, con voz suave.

Giré la cabeza y tenía la cara lo suficientemente cerca para besarle la mejilla. Quería que se moviera. Que me diera más espacio, pero luché contra el impulso. Estaba de mal humor.

—Si fue culpa de alguien fue mía, Nathaniel.

La tranquila voz de Micah vino desde mi otro hombro.

—Fue culpa de Belle Morte, la malvada vampiro sexy del oeste. Si no hubiera estado jugando con Anita, tratando de utilizar el *ardeur* para controlarla, no lo habría aumentado antes de lo previsto. —Belle Morte, preciosa muerta, era la creadora de la línea de sangre de Jean-Claude. Nunca la vi en persona, físicamente, pero la había conocido metafísicamente, y había sido bastante malo. Micah puso una mano sobre mi hombro, y logró poner la otra sobre el hombro de Nathaniel. Consolándonos a los dos—. No te has hundido desde que eres capaz de alargar la alimentación.

Nathaniel suspiró tan fuerte que sentí el movimiento contra mi cuerpo.

—No me he vuelto más fuerte.

Parecía tan triste, tan decepcionado de sí mismo. Me apoyé en su

hombro, hasta que Micah fue capaz de abrazarnos literalmente a los dos al mismo tiempo.

—Soy tu Nimir-Ra, se supone que debo ser más fuerte, ¿verdad?

Me ofreció una leve sonrisa.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, apoyando la cara en la curva de su cuello, y me hundí en el olor a vainilla. Siempre olía a vainilla para mí. Antes pensaba que era el champú o el jabón, pero no era así. Era su aroma para mí. No había tenido todavía la valentía de preguntar a Micah si la piel de Nathaniel olía a vainilla también para él. Porque no estaba segura de lo que significaría si era la única que encontraba el aroma de Nathaniel tan dulce.

—¿Quieres preguntarle algo a Anita? —dijo Jason.

Nathaniel se tensó contra mí, y en voz baja preguntó:

—Tengo... ¿puedo tener mi baile?

Era mi turno para tensarme. No podía evitarlo, era involuntario. Nathaniel estaba muy tranquilo a mi lado, aunque lo había sentido. No quería bailar, eso era cierto, pero también tenía un recuerdo muy claro de pensar, hace unos minutos con Micah, que preferiría estar bailando. Ya me había alterado una vez esta noche, no quería hacerlo dos veces.

—Claro, el baile suena muy bien.

Eso hizo que Micah y Nathaniel se retiraran lo suficiente para mirarme. Jason tenía la mirada fija en mí.

—¿Qué has dicho? —dijo Nathaniel.

—Dije, que el baile suena muy bien. —Su asombro casi hacía que valiera la pena.

—¿Dónde está Anita, y qué has hecho con ella? —preguntó Jason, haciendo una buena imitación de preocupación.

No traté de explicarlo. No pude encontrar una manera de contar lo de Micah, había querido bailar, y por mi culpa estaba triste, no sin mostrar sus secretos delante de Nathaniel y Jason. Así que me levanté, y le ofrecí la mano a Nathaniel.

Después de un segundo mirando, tomó mi mano, casi vacilante, como si temiera que la apartara. Creo que había venido preparado para una discusión sobre el baile y, al aceptar, le había desconcertado.

Sonreí a ese rostro lleno de sorpresa.

—Vamos a entrar.

Me ofreció una de sus escasas sonrisas de verdad, la que hacía que su

cara se iluminara. Por ver esa sonrisa, le daría mucho más que un baile.



Por supuesto, mis buenas intenciones duraron el tiempo que me llevó ser escoltada a la pista de baile. Entonces, de repente, me esperaba el baile. Delante de otras personas. Personas que eran en su mayoría policías. Los policías con quienes trabajaba. Nadie es tan implacable, si se les proporciona munición, no era un juego de palabras, como un montón de policías. Si lo hacía mal, sería objeto de burlas. Si bailaba bien, se burlarían aún más. Si se daban cuenta de que estaba bailando bien con un stripper, la burla sería interminable. Si notaban que estaba bailando mal con un bailarín de striptease, los chistes serían igual de malos. Lo mirara como lo mirara, estaba jodida.

Me sentía como si tuviera catorce años de nuevo, y torpe como el infierno. Pero era casi imposible ser torpe con Nathaniel como pareja. Tal vez era por su trabajo diario, pero sabía cómo sacar lo mejor de alguien en la pista de baile. Todo lo que tenía que hacer era dejar mis inhibiciones y

seguirle. Fácil, tal vez, aunque no para mí. Me gustan las pocas inhibiciones que me quedan, gracias, y voy a aferrarme a ellas mientras pueda.

A lo que me aferraba ahora era a Nathaniel. No hay muchas cosas que me asusten, no de verdad, pero los viajes en avión y bailar en público están en esa corta lista. Tenía el corazón en la garganta, y luchaba contra el impulso de mirar mis pies. Los hombres se habían pasado una tarde demostrándome que podía bailar, en casa, únicamente con mis amigos mirándome. Pero, de repente, aquí, frente a un público menos amistoso, todas las lecciones parecían haber huido. Me limitaba a aferrarme a la mano y al hombro de Nathaniel, girando en círculos inútiles que nada tenían que ver con la canción, y todo con el miedo y mi incapacidad para bailar.

—Anita —dijo Nathaniel.

Seguía mirando mis pies, e intentando no ver que todos en la sala nos observaban.

—Anita, mírame, por favor.

Levanté mi cara, y lo que vi en sus ojos me hizo sonreír, y los suyos se llenaron de una especie de suave asombro.

—Realmente tienes miedo —dijo como si no lo hubiera creído posible.

—¿Debería admitir que lo tengo, aunque no lo tuviera?

Él sonrió.

—Buen punto. —Su voz fue suave—. Basta con que me mires a la cara, a los ojos, no importa nadie más que la persona con la que estás bailando. Simplemente no mires a nadie más.

—Parece como si ya hubieras dado antes este consejo.

Se encogió de hombros.

—Muchas mujeres no se sienten cómodas en el escenario, al principio.

Alcé las cejas.

—Solía hacer una actuación con ropa formal, y me gustaba elegir a alguien de la audiencia para bailar. Muy formal, muy *Fred Astaire*.

—De alguna manera, *Fred Astaire* no es el nombre que me viene a la mente al pensar en Placeres Prohibidos —dije.

Su sonrisa era menos amable y más suya.

—Si alguna vez vinieras al club a vernos trabajar, en vez de solo llevarnos, sabrías lo que hacemos.

Le eché un vistazo.

—Estás bailando —dijo.

Por supuesto, una vez que señaló que estaba bailando, me detuve. Era como caminar sobre el agua, si lo piensas, no puedes hacerlo.

Nathaniel tiró suavemente de mi mano y la puso sobre su hombro y nos dejamos ir otra vez. Finalmente me conformé con mirar su pecho, observando los movimientos de su cuerpo como si fuera el malo y estuviéramos en una pelea. Miraba los primeros movimientos reveladores en el centro de su cuerpo.

—En casa te movías al ritmo de la música, no sólo te dejabas llevar.

—Eso fue en casa —dije, mirando su pecho y dejando que me llevara por toda la pista. Ser pasiva era algo penoso para mí, pero no podía conducir, porque no sabía bailar. Para conducir hay que saber lo que se está haciendo.

La canción se detuvo. Lo había hecho en público durante toda una canción. ¡Sí! Miré hacia arriba y la mirada de Nathaniel se encontró con la mía. Esperaba que estuviera contento, o feliz, o un montón de cosas, pero eso no era lo que reflejaba su rostro. De hecho, no podía leer su expresión. Estaba serio de nuevo, pero había algo más... Nos quedamos mirándonos el uno al otro, mientras trataba de averiguar lo que estaba ocurriendo, y creo que él estaba tratando de decirme algo. ¿Pero qué? ¿Qué le hizo poner esa cara tan seria?

Tuve tiempo para preguntar:

—¿Qué, qué pasa? —Entonces empezó la siguiente canción. Era rápida, con ritmo, y yo estaba totalmente fuera. Solté a Nathaniel y di un paso atrás, me había girado, y realmente había conseguido dar un paso, antes de que me cogiera la mano y me arrastrara contra él, tan fuerte y tan rápido que tropecé. Si no me hubiera sostenido con un brazo alrededor de su cuerpo, me habría caído. De repente me sentí muy consciente de la firmeza de su espalda contra mi brazo, la curva de su costado apoyado en la palma de mi mano. Lo tenía tan cerca del frente de mi cuerpo, que parecía que cada pulgada de nuestros cuerpos, desde el pecho a la ingle se presionaba uno contra el otro. Su rostro estaba dolorosamente cerca del mío. Su boca tan próxima que parecía una lástima no depositar un beso en sus labios.

Sus ojos parecían medio asustados cuando le agarré y le inmovilicé, pero no tenía intención de permitirlo. Se desplazó hacia un lado y me llevó con él. Y sí, estábamos bailando, pero era diferente de cualquier baile que

jamás hubiera experimentado. No seguía sus movimientos con los ojos, los seguía con el cuerpo. Se movió, y me moví con él, no porque se supusiera que debía, sino por la misma razón que un árbol se dobla por el viento, porque así debe ser.

Me moví porque se movía. Me moví porque por fin entendía aquello de lo que todos habían estado hablando, el ritmo, el compás. Pero no era el ritmo de la música lo que estaba escuchando, era el ritmo del cuerpo de Nathaniel, presionando tan cerca que todo lo que podía sentir era a él. Su cuerpo, sus manos, su cara. Tenía la boca tentadoramente cerca, aunque no lo suficiente. Me entregué a su cuerpo, a la fuerza caliente de sus manos, pero no tomé el beso que me ofrecía. Él se ofrecía a sí mismo del modo en que lo hacía Nathaniel, sin demanda, sólo la oferta abierta, la ofrenda de su carne para que la tomara. No hice ningún intento de besarlo, igual que había ignorado a tantos otros.

Se inclinó hacia mí, y tuve un momento, un segundo, antes de que sus labios tocaran los míos, para decir, no, alto. Pero no lo dije. Quería que me besara. Eso sí lo podía admitir ante mí misma.

Sus labios rozaron los míos, suavemente, luego el beso se convirtió en parte del vaivén de nuestros cuerpos, a medida que se sacudían el beso se movía con nosotros. Me besó mientras su cuerpo se movía, giré la cara hacia él y me entregué a los movimientos de su boca como me había entregado a los movimientos de su cuerpo. La caricia de los labios se convirtió en un beso en pleno auge, y fue su lengua la que atravesó mis labios, la que me llenó la boca, su boca la que llenó la mía. Pero fue mi mano la que dejó su espalda y recorrió su rostro, acunando su mejilla, me apreté más contra su cuerpo, de modo que sentí como se estiraba firme bajo la ropa. La sensación presionaba con tanta fuerza contra mi ropa y mi cuerpo que estalló con un pequeño sonido de mi boca, y con él, el conocimiento de que el *ardeur* se había levantado temprano. Horas antes. Una parte lejana de mi pensó, joder, y el resto de mí estaba de acuerdo, pero no de la forma en que quería estarlo.

Me aparté de su boca, traté de respirar, traté de pensar. Su mano se acercó a la curva de atrás de mi cabeza, presionando otra vez mi boca, de modo que me ahogué en su beso. Me ahogué en el pulso y el latido de su cuerpo. En los ritmos y la marea de su deseo. El *ardeur* permitía, a veces, echar un vistazo a otro corazón, o al menos a su lívido. Había aprendido a controlar esa parte, pero esta noche era como si mi frágil control me

hubiera sido arrancado, y me quedé presionada contra las firmes curvas del cuerpo de Nathaniel sin nada para protegerme de él. Antes siempre había estado a salvo. Nunca había aprovechado la ventaja, nunca fui más allá de la línea que me tracé, ni con palabras ni con hechos, ahora, de repente, estaba haciendo caso omiso de todas las señales, de todos mis silenciosos muros. No, no solo hacía caso omiso de ellos, irrumpía a través de ellos. Sus manos se sentían estupendas acariciando hacia abajo por mi cuerpo, su boca sobre la mía, su cuerpo oprimido contra el mío. No podía luchar contra el *ardeur* y Nathaniel, no al mismo tiempo.

Vi lo que quería. Lo sentí. Sentí su frustración. Meses de ser bueno. De comportarse bien, de no forzar su ventaja. Le sentí romper con todos esos meses de buen comportamiento que nos rodeaban y dejarnos desnudos y sofocados por el deseo que parecía llenar el mundo. Hasta ese momento no había entendido muy bien lo bueno que había sido. No había entendido lo que había estado rechazando. No había entendido lo que me ofrecía. No había entendido... nada.

Me aparté de él, puse una mano sobre su pecho para evitar que cerrara esa distancia de nuevo.

—Por favor, Anita, por favor, por favor, —su voz era grave y urgente, pero era como si no se atreviera a ponerlo en palabras. Pero el *ardeur* no necesitaba palabras. De pronto sentí su cuerpo de nuevo, a pesar de la distancia entre nosotros. Estaba demasiado duro y firme y sufría. Sentía dolor porque le había negado la liberación. Se la negué durante meses. Nunca había tenido relaciones sexuales con Nathaniel, porque podía alimentarme sin tenerlas. Nunca se me había ocurrido lo que podría significar para él. Pero ahora podía sentir su cuerpo, pesado, dolorido, con una pasión que había estado construyéndose durante meses. La última vez que había tocado completamente a Nathaniel, simplemente había querido pertenecerme. Eso todavía estaba allí, pero había una demanda en él, gritando de necesidad. Una necesidad que había descuidado. Infiernos, una necesidad que había pretendido que no existía. Ahora, de repente, Nathaniel no me dejaba pasar por alto que necesitaba más.

Tuve un momento para pensar con claridad, porque me sentía culpable. Culpable porque le había dejado esperando, durante tanto tiempo, mientras atendía mis propias necesidades. Creía que con el sexo real le estaría utilizando, ahora, de repente, con una ojeada a su corazón me dejó entender lo que le había hecho. Le había utilizado mucho más de lo que lo hubiera

hecho con las relaciones sexuales. Había utilizado a Nathaniel como si fuera algún tipo de juguete sexual, algo que me daba placer, lo limpiaba y volvía a ponerlo en un cajón. De pronto me sentí avergonzada, avergonzada de haberle tratado como a un objeto, cuando no era así como quería tratarle.

La culpa cayó sobre mí como un chorro de agua fría, la proverbial bofetada en la cara, y lo usé para alejar el *ardeur*, por una o dos horas, al menos.

Era como si Nathaniel vertiera su calor sobre mí. Me miró con los ojos lavanda totalmente abiertos, enormes y brillantes, brillantes de lágrimas. Separó sus manos de mis brazos, y como yo ya había dejado caer las mías, nos quedamos parados, separados uno de otro, en la pista de baile. Una distancia que ninguno de nosotros intentó cerrar.

La primera lágrima brillaba deslizándose por su mejilla.

Extendí mi mano hacia él y dije:

—Nathaniel.

Sacudió la cabeza y retrocedió un paso, otro, luego se giró y salió corriendo. Jason y Micah intentaron atraparlo mientras corría por delante de ellos, pero evitó las manos con un gracioso gesto de su cuerpo que les dejó sin nada más que aire que agarrar. Corrió hacia la puerta, y ambos se giraron para seguirle. Pero no había sido ninguno de ellos quien le obligó a irse. Fui yo. Era yo la que le debía una disculpa. El problema era que no tenía muy claro por qué disculparme. Por usarle, o por no usarle lo suficiente.



La primera persona que vi cuando entré en el aparcamiento no fue a ninguno de los hombres, fue a Ronnie. Veronica Simms, detective privado, una vez mi mejor amiga, estaba parada junto a la puerta. Se abrazaba a sí misma tan fuerte que parecía doloroso. Medía 1,75, con largas piernas, y había añadido tacones altos a un corto vestido rojo para mostrarlas. En una ocasión me había dicho que si tuviera mi pecho nunca se pondría una camisa de cuello alto en su vida. Había sido una broma, pero cuando se vestía, mostraba un largo tramo de pierna. Su cabello rubio estaba cortado a la altura del hombro, pero se había rizado las puntas esta noche para que el pelo quedara por encima de los tirantes en sus hombros casi desnudos. Parecía enfadada, mientras hablaba con alguien a quien no distinguí, y se oía enfadada.

Di otro paso hacia el aparcamiento, y las sombras se despejaron, vi a Louie Fane. Louie enseñaba biología en la Universidad de Washington.

Tenía un doctorado y era un hombre rata. La universidad conocía lo del doctorado, pero no sabía lo que hacía en la luna llena. Era una o dos pulgadas más bajo que Ronnie, de constitución compacta pero fuerte. Sus hombros llenaban el traje que llevaba muy bien. Se había cortado y peinado el pelo oscuro desde la última vez que le había visto. Sus ojos oscuros eran casi negros, y su cara parecía más enfadada de lo que nunca la había visto.

No podía oír lo que decían, solo escuchaba el tono molesto. Me di cuenta de que me había quedado mirando y que no era de mi incumbencia. Incluso si Ronnie y yo todavía estuviéramos haciendo ejercicio juntas tres veces por semana, cosa que ya no hacíamos, seguiría sin ser mi problema. Ronnie tenía problemas con mi novio vampiro, Jean-Claude, en particular, pero su principal objeción parecía ser la parte del vampiro. En un momento en que necesitaba el apoyo de una mujer, y un poco de simpatía, me había ofrecido sólo su propia indignación e ira.

Habíamos empezado a vernos cada vez menos durante los últimos meses, hasta que llegó un punto en que no habíamos hablado en un par de meses. Sabía que ella y Louie seguían con sus citas, porque él y yo teníamos amigos comunes. Me preguntaba por qué estaban discutiendo, pero no era mi pelea. Mi lucha estaba esperando en el aparcamiento, apoyado en el costado de mi Jeep. Los tres estaban apoyados contra el Jeep. Era como un cartel, o una emboscada.

Dudé en medio del asfalto, debatiendo sobre la conveniencia de volver atrás y ofrecer me como árbitro para Ronnie y Louie. No fue la amabilidad la que me hizo querer volver, era la cobardía. Habría deseado discutir con alguien más que hacer frente a lo que me esperaba. El dolor emocional de otras personas, no importa lo profundo que sea, es mucho menos doloroso que el propio.

Pero Ronnie no me daría las gracias por interferir, y realmente no era asunto mío. Tal vez la llamara mañana y vería si quería hablar, a ver si todavía éramos lo bastante amigas para hablar. La echaba de menos.

Me quedé en el estacionamiento a oscuras, atrapada entre la pelea detrás de mí y la que me esperaba. Realmente, no quería pelear con nadie. De repente me sentí cansada, terriblemente cansada, y no tenía nada que ver con la hora, o el largo día.

Me acerqué a los hombres que esperaban, y ninguno me sonrió, pero no les sonreía a ellos tampoco. Supongo que no era el tipo conversación que requiere una sonrisa.

—Nathaniel dice que no querías bailar con él —dijo Micah.

—No es cierto —dije—. He bailado con él dos veces. Lo que no quería hacer era un espectáculo de besos delante de los policías.

Micah miró a Nathaniel. Nathaniel miró al suelo.

—Me besaste antes delante de la detective Arnet. ¿Cuál es la diferencia?

—Te besé delante de Jessica para que dejara de acosarte, porque querías que te salvara de ella.

Levantó los ojos, y eran como dos heridas, demasiado llenos de dolor.

—Por lo tanto, ¿Sólo me besaste para salvarme, no porque quisieras?

—Oh, diablos —dije en voz alta y lo intenté de nuevo, aunque la sensación de vacío en la boca del estómago me decía que me iba a perder en este argumento. Últimamente, con Nathaniel, siempre me sentía como si estuviera haciendo algo mal, o al menos algo incorrecto.

—Eso no es lo que quise decir —dije.

—Es lo que dijiste. —Esto vino de Micah.

—No empieces —dije, y oí la ira en mi voz antes de que pudiera detenerla. El enfado había estado allí, simplemente no había sido consciente de ello. Me enfadaba mucho, sobre todo cuando no me sentía cómoda. Me gustaba más la ira que la vergüenza. Marianne, me estaba ayudando a aprender a controlar la lista, cada vez mayor, de mis poderes psíquicos, decía que utilizaba la ira para protegerme de las emociones no deseadas. Tenía razón, aceptaba que tenía razón, pero ni ella ni yo teníamos una solución alternativa, todavía. ¿Qué puede hacer una chica si no puede enfadarse y no puede escapar del problema? No tengo ni idea. Marianne me había animado a ser honesta, emocionalmente honesta conmigo misma y con los más cercanos a mí. Honestidad emocional. Suena tan inofensivo, tan saludable, pues no.

—No quiero discutir —dije. Hasta ahí era honesta.

—Ninguno de nosotros lo hace —dijo Micah.

Sólo oírle tan tranquilo me ayudó a aliviar un poco la ira.

—Nathaniel me empujó sobre la pista de baile, y el *ardeur* se levantó temprano.

—Lo sentí —dijo Micah.

—Yo también —dijo Jason.

—Pero no lo sentís ahora, ¿verdad? —dijo Nathaniel. Sus ojos eran acusadores, y su voz tenía un delgado borde de ira. No estaba segura de si

alguna vez le había visto enfadado.

—Anita controla cada vez mejor el *ardeur* —dijo Micah.

Nathaniel sacudió la cabeza y se abrazó a sí mismo. Me recordó la manera en que Ronnie se había abrazado a sí misma.

—Si hubieras sido tú, ella habría salido al aparcamiento para alimentarse.

—No estoy de acuerdo —dije.

—Sí, lo harías —dijo, y sus ojos me miraban con ira. Nunca había visto esos ojos color lavanda enfadados. No me gustaba. Era extrañamente inquietante.

—No tendría sexo en el aparcamiento de la recepción de la boda de Tammy y Larry, no si tuviera otra opción.

Esa mirada furiosa buscó mi rostro, como tratando de encontrar algo.

—¿Por qué no alimentarlo aquí?

—Porque es de mal gusto. Y porque si Zerbrowski se entera de eso, nunca, nunca, me dejaría olvidarlo.

Jason le acarició el brazo.

—Mira, no es que ella te rechazara, es que no quiere hacer el tonto en la boda de Larry. Simplemente no es su estilo.

Nathaniel miró a Jason, y luego a mí. Una extraña tensión, que no entendía del todo, parecía emanar de él. La ira comenzó a desaparecer de sus ojos.

—Supongo que tienes razón.

—Bueno, si no queremos hacer el tonto en el aparcamiento, entonces tenemos que irnos —dijo Micah—. Al *ardeur* no le gusta ser rechazado. Cuando se encienda de nuevo esta noche, no será suave.

Suspiré. Tenía razón. Ese poco de valentía metafísica en la pista de baile tendría todo tipo de consecuencias más tarde, esta noche. Cuando el *ardeur* se levantase de nuevo me vería obligada a alimentarme. No podría hacerme la loca otra vez. Era como si hubiera podido detenerlo en la pista pero solo pudiera apagarlo por completo una vez que se llenara. Maldito *ardeur*. Sabía que era un don psíquico y que este tipo de dones no tienen sentimientos, ni guardan rencor, pero a veces parecía que sí lo hacía.

—Lo siento, Anita, no estaba pensando. —Nathaniel se veía tan desanimado que tenía que darle un abrazo, un abrazo rápido, más fraternal que cualquier otra cosa, respondió a mi lenguaje corporal y no trató de sobrepasarse. Me dejó abrazarle, ya está. Nathaniel estaba por lo general

casi dolorosamente en sintonía con mi lenguaje corporal. Era una de las cosas que le había permitido compartir mi cama durante meses sin violar los tabúes de los últimos años.

—Vamos a casa —dije.

—Esa es mi señal para irme por mi lado —dijo Jason.

—Tengo una cama extra si quieres —dije.

Sacudió la cabeza.

—No, ya no soy necesario para hacer de árbitro en la pelea, o dar sabios consejos, me voy a casa también. Además, no podría soportar escucharos a los tres y quedarme caliente sin que se me invite a jugar. —Se rió y agregó—. No te enfades, pero una vez que has sido incluido, es más difícil ser excluido.

Luché contra el rubor que me quemaba la cara, lo que siempre parecía hacer el rubor más oscuro y profundo. Jason y yo habíamos tenido sexo una vez. Antes de que me diera cuenta de que era posible amar a alguien hasta llevarle a la muerte con el *ardeur* Nathaniel se había derrumbado en el trabajo y estuvo fuera de su turno de alimentación durante unos días. Micah no estaba en casa, y el *ardeur* se había levantado temprano, a altas horas de la madrugada. Se debió a la interferencia de Belle Morte, la creadora de la línea de sangre de Jean-Claude, y la primera, que yo sepa, poseedora del *ardeur*. Sólo corría a través de su línea de sangre. Este hecho me llevó a plantearme cuestiones metafísicas muy interesantes. Belle había querido entender lo que yo era, y también había pensado llevar a algunos al infierno. Belle era una vampira y una buena negociadora, pero si podía crear problemas mientras se ocupaba de sus negocios, tanto mejor. Así que no había sido culpa mía, pero mi elección se había limitado a tomar a Nathaniel, y posiblemente, matarlo, o sumar a Jason al equipo. Había estado feliz de hacerlo. Muy feliz. Y, por extraño que pareciera, nuestra amistad había sobrevivido, pero de vez en cuando no podía pretender que no había sucedido, y me hacía sentir incómoda.

—Me encanta el hecho de poder hacer que te ruborices —dijo.

—No.

Se rió, pero había algo en sus ojos más que la risa.

—Pero tengo que decirte algo, en privado, antes de salir corriendo.

No me gustó su tono repentinamente serio. Había aprendido en los últimos meses que Jason utilizaba sus bromas y risas como un escudo para ocultar una profunda inteligencia, que a veces era tan sensible que resultaba

dolorosa. No me gustaba su petición de privacidad. ¿Qué era lo que no podía decir delante de Micah y Nathaniel? ¿Y por qué?

En voz alta dije:

—Bien.

Empecé a caminar por el aparcamiento, lejos del Jeep y más lejos aún de Ronnie y Louie, pero una simple mirada me mostró que seguían teniendo una pelea a gritos.

Cuando la sombra de los árboles que bordeaban el aparcamiento de la iglesia nos cubrió, me detuve y me giré hacia Jason.

—¿Qué pasa?

—Lo que ocurrió en la pista de baile fue un poco culpa mía.

—¿De qué manera?

En realidad parecía avergonzado, algo raro en Jason.

—Quería saber cómo llegué a tener sexo contigo, sexo real, la primera vez que te ayude a alimentar el *ardeur*.

—Técnicamente, era la segunda —dije.

Frunció el ceño.

—Sí, pero eso ocurrió cuando el *ardeur* era nuevo y no habíamos tenido relaciones sexuales, y había otros tres hombres en la cama.

Me di la vuelta para que la oscuridad me ayudara a ocultar el rubor, aunque la verdad, probablemente lo olía en mi piel.

—Lamentas haberlo saciado, ¿es lo qué estás diciendo?

—¿Has estado en la cama con él durante cuanto, cuatro meses?

—Algo así —dije.

—Y, sin embargo, él no ha tenido relaciones sexuales, es un infierno, no ha obtenido un orgasmo, no un orgasmo real con la liberación y todo.

Mi rubor no podía aumentar más o mi cabeza iba a explotar.

—Estoy escuchando.

—Anita, no puedes seguir fingiendo que Nathaniel no es real.

—Eso no es justo.

—Tal vez no, pero no tenía ni idea de que no se lo hacías al menos oralmente, o con la mano, o que no mirabas como se lo hacía él mismo. Algo, cualquier cosa.

Moví la cabeza y miré al suelo. No podía pensar en nada bueno que decir. Si no hubiera echado una mirada metafísica dentro de la cabeza de Nathaniel, probablemente me habría enojado, o hubiera sido grosera. Pero había visto demasiado dolor en Nathaniel, y no podía fingir más. No podía

ignorarlos.

—Pensaba que, al no llegar hasta el final, sería más fácil para él cuando el *ardeur* estuviera bajo control y ya no necesitara un *pomme de sang*.

—¿Es que esa es aún tu idea, tirarlo como trapo viejo cuando controles el *ardeur*?

—¿Qué quieres que haga con él? ¿Mantenerlo como una mascota o un niño muy grande?

—No es un niño, y no es un animal de compañía —dijo Jason, con el primer indicio de enfado en su voz.

—Lo sé, y ese es el problema, Jason. Si el *ardeur* no hubiera llegado, sólo habría sido la Nimir-Ra de Nathaniel y sus amigos. Ahora, de repente, está en una categoría que ni siquiera tiene un nombre.

—Es tu *pomme de sang*, como lo soy yo de Jean-Claude.

—Jean-Claude y tú no estáis follando, y nadie se molesta por eso.

—No, porque me deja salir. Tengo amantes si quiero.

—Le he estado insistiendo a Nathaniel para que busque a alguien más, quiero que tenga novias.

—Ah, es por eso, al alentarlos hiciste que me volviera a pedir consejo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—En este momento no quiere salir con nadie más. Quiere estar contigo, y con Micah, y con los vampiros. No quiere otra mujer en su vida.

—No soy la mujer de su vida.

—Sí lo eres, simplemente no quieres verlo.

Me apoyé en uno de los estrechos troncos de los árboles.

—¡Oh, Jason! ¿Qué voy a hacer?

—Terminar lo que empezaste con Nathaniel, ser su amante.

Sacudí la cabeza.

—No quiero eso.

—Al infierno que no. Puedo ver la manera en que reaccionas con él.

—No es suficiente, Jason. No le quiero.

—Yo diría que sí.

—No le amo de la manera que necesita.

—¿Qué necesidad, Anita? ¿Necesidad de tu conciencia? ¿De tu sentido de la moralidad? Simplemente dale un poco de lo que necesita, Anita. No te vas a romper, cede un poco. Eso es todo lo que pido.

—Dijiste que lo que ocurrió en la pista de baile fue en parte culpa tuya. No me has explicado por qué.

—Le dije a Nathaniel que no te gustan los hombres pasivos. Que te gustaban un poco dominantes, un poco agresivos. No mucho, pero lo suficiente como para que digas, sí, tendremos relaciones sexuales. Necesitas a alguien que tome algo de responsabilidad sobre sus hombros.

Me quedé mirándole, estudiando ese rostro joven.

—¿Eso es lo que piensas, Jason? ¿Que sólo necesito a alguien que me ayude a diluir el sentimiento de culpa para poder follar?

Hizo una mueca.

—Eso no es lo que he dicho.

—Demasiado cerca.

—Enfádate si quieres, pero eso no es lo que he dicho, o lo que quería decir. Enfádate conmigo, pero no te desquites con Nathaniel, ¿de acuerdo?

—Me criaron en la creencia de que las relaciones sexuales son un compromiso. Aún lo creo.

—No te sientes comprometida conmigo. —Lo dijo como si se tratara de un hecho, nada personal.

—No, somos amigos, y era una especie de amiga en dificultades. Pero eres adulto, y entiendes lo que pasó. No estoy segura de que Nathaniel sea suficientemente adulto para entender eso. Diablos, ni siquiera puede decir que no a las mujeres que son casi unas desconocidas.

—Rechazó al menos tres ofertas de baile mientras estábamos hablando, y sé que rechazó una cita con la hermosa Jessica Arnet.

—Lo hizo, ¿De verdad?

Jason asintió.

—Sí.

—Pensaba que no sería capaz de decir que no.

—Ha estado practicando.

—¿Practicando?

—Te dice que no algunas veces, ¿verdad?

Pensé en ello.

—Algunas veces no me quiere repetir las conversaciones, o no me cuenta cosas. Dice que me enfadaré con él, y que debería preguntárselo a otro.

—Es lo quieres, ¿no? —preguntó—, que Nathaniel sea más responsable de sí mismo. Le hiciste sacarse el carnet de conducir. Le obligaste a ser menos dependiente, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no te pusiste a pensar en lo que eso conllevaría, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Querías que fuera independiente, que pensara por sí mismo, para que decidiera lo que quería de la vida, ¿verdad?

—Sí, de hecho, me estás diciendo casi lo mismo que le dije a él. Quería que decidiera lo que quería hacer con su vida. Quiero decir, tiene veinte años por amor de Dios.

—Y lo que ha decidido es que quiere estar contigo —dijo Jason, con voz suave.

—Eso no es una decisión de vida. Me refería a algo como elegir una carrera, tal vez volver a la universidad.

—Tiene un trabajo, Anita, y gana más dinero como un bailarín de striptease que los graduados universitarios.

—No se puede desnudar para siempre —dije.

—Y la mayoría de los matrimonios no duran para siempre tampoco.

Mis ojos debieron abrirse demasiado, porque se apresuró a pronunciar las siguientes palabras.

—Lo que quiero decir es que lo tratas todo como si fuera una cuestión de eternidad. Como si no pudieras cambiar de opinión más adelante. No quiero dar a entender que Nathaniel quiere que hagas de él un hombre honesto, eso nunca pasará, sinceramente.

—Bueno, eso es un alivio, al menos.

—Vas a necesitar un *pomme de sang* durante años, Anita. Años.

—Jean-Claude dijo que, tal vez en pocos meses fuera capaz de alimentarme a distancia, y no necesitaría la cercanía y el contacto personal.

—Has hecho progresos en cuanto al tiempo entre alimentaciones, Anita. Pero no hemos avanzado mucho en el verdadero control del *ardeur*.

—Lo controlé en la pista de baile —dije.

Suspiró.

—Lo cerraste en la pista de baile. Eso no es control, no de verdad. Es como si tuvieras un arma y la colocaras en la caja fuerte, pero eso no te enseña a disparar.

—¿Una analogía con armas? Has estado pensando en esto durante un rato, ¿no?

—Desde que Nathaniel me dijo que no le permitías la liberación mientras te alimentabas.

—¿Permitir? No me preguntó, y ¿cómo iba a saber que ni siquiera se lo

hacía en privado? Quiero decir, no le dije que no lo hiciera.

—Puedes jugar contigo mismo, y te sientes mejor, pero eso no resuelve la necesidad real.

Me apoyé de nuevo en el árbol, tensa, como si la madera sólida pudiera sujetarme, porque sentía que me estaba cayendo. Cayendo en un abismo tan profundo que nunca saldría de él.

—No sé si puedo hacerlo con Nathaniel y seguir mirándome en el espejo por la mañana.

—¿Por qué hacerlo con Nathaniel te molesta tanto?

—Porque confunde mi radar. Tengo amigos, tengo novio, tengo personas que dependen de mí, gente que proteger. No te follas a la gente que proteges. Sería como aprovecharse de su posición.

—¿Y Nathaniel cae en la categoría de protegidos? —preguntó.

—Sí.

—¿Crees que al tener relaciones sexuales estarías aprovechándote de él?

—Sí.

—No es así como lo ve Nathaniel.

—Ahora lo sé, Jason. —Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la rugosidad de la corteza—. ¡Maldita sea, quiero el *ardeur* bajo control para no tener que tomar este tipo de decisiones!

—Y si pudieras agitar una varita mágica sobre ti y al instante pudieras controlar el *ardeur*, ¿entonces qué? ¿Qué harías con Nathaniel?

—Le ayudaría a encontrar su propia casa.

—Hace la mayoría de las tareas domésticas en tu casa. Es quien compra los alimentos. Micah y él son los que casi siempre cocinan. Nathaniel se encarga de los asuntos domésticos y eso os permite a Micah y a ti trabajar a cualquier hora. Sin Nathaniel, ¿cómo te organizarías?

—No quiero tener a Nathaniel sólo para hacer mi vida más fácil. Eso está mal.

Jason dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Realmente eres tonta, o simplemente me estás volviendo loco a propósito?

—¿Qué? —dije.

Sacudió la cabeza.

—Anita, lo que estoy tratando de decir es que Nathaniel no se siente utilizado. Se siente útil. No necesita una novia, porque piensa que ya tiene

una. No quiere a alguien con quien vivir, porque ya vive con alguien. No necesita buscar un lugar propio, porque ya tiene uno. Micah lo sabe, Nathaniel lo sabe, la única persona que no lo sabe al parecer eres tú.

—Jason...

Levantó una mano para detenerme.

—Anita, tienes dos hombres que viven contigo. Ambos te aman. Ambos te quieren. Ambos respaldan tu carrera profesional. Ellos dos, son como tu esposa. Hay gente en este mundo que mataría por tener lo que tienes. Y lo acabas de tirar a la basura.

Solo le miré, porque no sabía qué decir.

—Lo único que hace que esta relación no sea perfecta para todos los interesados es que Nathaniel no consigue satisfacer sus necesidades. —Se acercó a mí, pero la expresión de su rostro era tan seria que no se me ocurrió que fuera a besarme, pero no lo hizo—. Has establecido la dinámica de quien lleva los pantalones en este trío, y eso está bien, trabajas para Micah y Nathaniel. Pero aquí está la parte difícil de llevar los pantalones, Anita, tienes que tomar las decisiones difíciles. Tu vida funciona mejor que cuando te conocí. Eres más feliz de lo que nunca te he visto. Micah, no lo sé, pero Nathaniel nunca ha sido tan feliz en todos los años que le conozco. Todo está funcionando, Anita. Todo el mundo está haciendo su trabajo. Todos menos...

—Yo —dije.

—Tú —dijo.

—Jason, no puedo decir que estés equivocado en esto pero, en este instante, te odio.

—Ódiame, si quieres, pero estoy cansado de ver como la gente que tiene todo lo que su corazón desea, lo tira.

—Esto no es lo que mi corazón desea —dije.

—Tal vez no, pero es lo que necesita. Necesitas una mujer a la antigua, como las de la década de 1950.

—Como todo el mundo —dije.

Me sonrió.

—No, a algunas personas les gustaría ser la mujer, pero no puedo encontrar una mujer que me ame lo suficiente como para mantenerme en el estilo de vida al que me he acostumbrado.

Me hizo sonreír. Maldita sea.

—Eres el único que puede decirme mierdas como esta, y no conseguir

que me moleste durante días, o más. ¿Cómo te puedes salir con la tuya?

Me plantó un beso en los labios, más fraternal que otra cosa.

—No sé cómo me salgo con la mía, pero si pudiera embotellarlo, Jean-Claude pagaría una fortuna por ello.

—Tal vez no sólo Jean-Claude.

—Tal vez no. —Dio un paso atrás sonriendo, pero sus ojos me estudiaban seriamente de nuevo—. Por favor, Anita, vete a casa, y no te alteres. Sólo tienes que ir a casa y ser feliz. Ser feliz y que todo el mundo a tu alrededor también lo sea. ¿Es eso tan difícil?

Cuando Jason lo decía, no parecía difícil. De hecho, parecía tener mucho sentido, pero por dentro, parecía difícil. En mi interior sentía que era la cosa más difícil del mundo. Solo seguir adelante, y no levantar nada muerto. Dejarlo ir y disfrutar de lo que tenía. Dejarlo ir y no hacer que todo el mundo a mí alrededor se sintiera miserable por mis rollos internos. Solo seguir adelante y ser feliz. Así de sencillo. Demasiado difícil. Demasiado aterrador.



Un coche chirrió fuera del aparcamiento cuando Jason me llevó de nuevo al Jeep. Sólo tuve un momento para verlo antes de que se perdiera en la calle, pero reconocí el coche. Al parecer, Ronnie se dirigía hacia su casa, pero la discusión no había terminado. No era mi problema. ¡Dios! Sabía que ya tenía suficientes problemas con las relaciones como para meter las narices en otra. Por supuesto, a veces no importaba lo mucho que intentaba mantenerme al margen de algo, no podía.

—¿Podéis llevarme a casa? —Era Louis Fane, el Dr. Louis Fane, aunque no estaba doctorado en biología humana, sino en biología de murciélagos. Su tesis doctoral fue sobre la adaptación del murciélago Little Brown al hábitat humano. En realidad, fue su trabajo con los murciélagos, una especie diferente, lo que le llevó hasta la cueva en la que fue atacado por un hombre rata. Fue la forma en que llegó a ser peludo una vez al mes.

—Claro —contestamos Jason y yo al unísono.

Louis sonrió.

—Sólo necesito un paseo, pero gracias. —Sus ojos, eran realmente negros, no marrón oscuros como los míos, no reflejaron la sonrisa. Al contrario, parecían enfadados.

—Su casa está cerca del circo —dijo Jason.

Asentí.

—Bien. —Miré a Louis queriendo preguntarle por la discusión, sin querer pensar en que pudo desembocar la pelea. Me conformé con preguntar.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza.

—Es probable que Ronnie te llame mañana y te lo cuente, de todos modos. A lo mejor puedes hablar con ella y meterle un poco de sentido común en la cabeza.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Ronnie puede llegar a ser muy terca.

Jason se echó a reír.

—Llamas terco a alguien más. ¡Qué gracioso!

Le fruncí el ceño.

—¿Seguro que no quieres volver a casa con nosotros, en lugar de que te lleve aquí, Mr. Comedia?

Sacudió la cabeza.

—Está de camino a casa de Jason. —Todavía no nos había dicho que provocó la pelea. ¿Se suponía que debía forzarle a decírmelo o debía dejarlo ir?

—¿Quieres que os deje un momento a solas? —preguntó Jason.

Louis suspiró.

—Sí, si no te importa.

—Voy a dar las buenas noches a Micah y a Nathaniel, estaré esperando en el coche. —Se despidió y se fue.

Está era la segunda, no, la tercera vez esta noche que me encontraba de pie, en la fresca sombra de los árboles, hablando de corazón a corazón con otro hombre. Ni siquiera era mi novio, solo compartíamos una comida ocasionalmente.

—¿Qué ocurre, Louis?

—Le pregunté a Ronnie si quería casarse conmigo esta noche.

Me había preparado para un montón de cosas, pero eso no se me había

ocurrido. ¿Matrimonio? Me quedé boquiabierta. Cuando logré cerrar la boca y pretendí ser inteligente, le dije:

—Y entonces, ¿por qué la discusión?

—Dijo que no. —No me miró cuando lo dijo. Estaba en la oscuridad, metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones de vestir, arruinando la línea de su chaqueta, pero eso le daba algo que hacer con sus manos.

—Dijo que no —repetí, como si no hubiera oído bien.

Entonces me miró.

—Pareces sorprendida.

—Bueno, lo último que supe es que os iba muy bien. —En realidad, la última vez que Ronnie había confiado en mí, habíamos tenido una conversación que nos dejó riendo, porque en su mayoría había sido sobre sexo. Las mujeres compartíamos muchas más confidencias que los hombres, y el sexo había sido tan bueno entre Louis y ella como lo había sido entre Micah y yo. Condenadamente bueno. Ronnie había tenido la impresión, equivocada, de que estar con Micah significaba dejar a Jean-Claude. Cuando se enteró de que no era así, no se lo tomó bien. No parecía poder hacer frente al hecho de que estuviera saliendo con un no-muerto. Quisquillosa, puntillosa. Podría estar de broma, pero su posición sobre Jean-Claude había sido lo suficientemente firme como para que no hubiéramos hablado mucho desde entonces.

—Es todo maravilloso, Anita. Esto es lo que es tan... —Parecía estar buscando una palabra, y se conformó con—: ¡Frustrante!

—Así que, ¿os lleváis bien? —pregunté.

—Pensaba que así era, tal vez estaba equivocado. —Dio dos pasos hacia mí, luego se giró—. No, maldita sea, no me equivoqué. Han sido los dos mejores años de mi vida. No hay nada mejor que comenzar el día despertando a su lado. Quiero empezar todos los días así. ¿Es eso tan malo?

—No, Louis, no es malo.

—Entonces, ¿Por qué hemos tenido la gran discusión? —Su rostro oscuro era exigente, como si tuviera la respuesta y simplemente no se la diera.

—Llamaré mañana a Ronnie, si no me llama ella primero. Hablaré con ella.

—Dice que no quiere casarse con nadie. Dice que, si se casara con alguien, sería conmigo, pero que no quiere. No quiere. —El dolor en su voz era demasiado crudo, me dolía oírlo.

—Lo siento mucho. —Empecé a tocar su brazo, lo pensé mejor y dije —: Tal vez podríais únicamente vivir juntos.

—Se lo ofrecí. Le ofrecí vivir juntos hasta que estuviera lista para más. —Tenía la mirada fija en la oscuridad, de nuevo, como si no me quisiera mostrar lo que había en sus ojos.

—¿Te dijo que no a eso también? —pregunté.

—No quiere renunciar a su independencia. Su independencia es una de las cosas que más me gustan de ella.

—Ya lo sé —dijo con voz suave, porque era todo lo que le podía ofrecer.

Me miró.

—¿Sabrás que decirle?

—Haré todo lo posible para asegurarle que no estás intentando cortar sus alas.

—¿Es eso? ¿Es miedo a que le quite su libertad?

—No lo sé, Louis. A decir verdad, si me lo hubieras preguntado antes te habría dicho que sí.

—¿De veras? —dijo. Estaba estudiando mi rostro. Estudiándolo como si los secretos del universo se pudieran, de alguna manera, ocultar en mis ojos. Prefería que buscara las respuestas en la oscuridad, en vez de en mi cara. No estaba segura de lo que la oscuridad tenía que ofrecerle, pero sabía que yo no tenía ninguna respuesta.

—Sí, Louis, de verdad. Lo último que sé es que se la veía muy feliz.

—Así que, ¿no estaba engañándome a mí mismo? —Se preguntó, y seguía exigiendo la respuesta a mis ojos.

—No, Louis, no te estabas engañando a ti mismo.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros, tenía que decir algo, porque todavía estaba mirándome.

—No lo sé. Lo siento. —Fue todo lo que tenía para ofrecerle esa noche.

Asintió con la cabeza, demasiado rápido, se dio la vuelta y miró la oscuridad de nuevo. Sabía que no estaba viendo el patio que rodeaba la iglesia. Sabía que estaba con los ojos fijos, sin tener que cumplir con nadie por un tiempo, pero era algo enervante. Me inquietaba pensar que lo que sentía era tan fuerte, que tenía que ocultar sus ojos para que no lo viera. Me recordó la manera en que Dolph se daba la vuelta en la escena de un

crimen. Y, en cierto modo, ambos se escondían de lo mismo, del dolor.

Se apartó de la oscuridad y me miró de nuevo a los ojos. Fijamente, tuve que luchar para no desviar la mirada. Mi regla siempre era: si alguien podía mostrarme sus emociones, lo menos que podía hacer era no darle la espalda.

—Parece que tu novio viene hacia aquí.

Miré hacia atrás para encontrar a Micah caminando lentamente hacia nosotros. Normalmente no nos separábamos, pero esta noche nos habíamos dado un respiro. El *ardeur* no espera por nadie. Me convencí de que Micah no estaba siendo grosero, que teníamos que irnos, pero no estaba segura de sí Louis lo entendía, y odiaba tener que explicárselo a la gente que no lo sabía. Siempre sonaba... extraño.

—¿Cuánto tiempo lleváis viviendo juntos? —preguntó.

—Cerca de cuatro meses.

—Ronnie no te ha hablado mucho desde que se fue a vivir contigo, ¿verdad?

Lo pensé, y luego dije:

—Supongo que no. Sigue sin gustarle que no haya dejado a Jean-Claude.

Louis miró a Micah caminar hacia nosotros. Su rostro se quedó pensativo.

—Tal vez no sea eso.

—¿Qué quieres decir?

—A lo mejor es por tener a alguien viviendo contigo. Tal vez es eso lo que no puede manejar.

—Dijo que estaba saliendo con un vampiro.

—Ronnie, dijo un montón de cosas —dijo con una voz más suave, menos enfadada, más perpleja. Se sacudió como un perro que sale del agua, y logró dirigirme una sonrisa que alejó de sus ojos la tristeza, era un comienzo—. Tal vez no puede soportar comprometerse tanto con alguien.

Me encogí de hombros, porque no creía que fuera eso, aunque no podía culparle por pensarlo.

—No lo sé.

Me ofreció esa sonrisa de nuevo, sus ojos oscuros, como piscinas sin esperanza.

—Ve a casa, Anita, y disfrútalo. —Vi un brillo de lágrimas antes de que se girara y mirara de nuevo hacia la oscuridad.

No sabía qué hacer. ¿Se suponía que debía darle un abrazo? Si fuera una novia convencional, probablemente lo habría hecho. Pero no lo era, no lo era, no necesitaba más complicaciones esta noche. Hice lo que hacían los chicos, le di una torpe palmada en la espalda. Si hubiera levantado los brazos para un abrazo, no sé, porque Micah estaba junto a nosotros.

—Perdón por interrumpir, pero ha pasado una hora desde que llegamos al aparcamiento. —Era su sutil manera de recordarme que, a veces, una hora era todo lo que teníamos desde que me dejaba el *ardeur* hasta que reaparecía.

Acepté la sugerencia. Con Micah a mi lado, me sentí más segura. Sí el *ardeur* se levantaba, estaría allí para controlar que no ocurriera ningún desastre. Pasé mi brazo a través del de Louie y apoyé la cabeza contra su hombro.

—Vamos, Louie, te acompaño al coche de Jason.

Asintió con la cabeza, como si no se fiara de su voz, y se cuidó de no mirarnos a ninguno mientras le acompañábamos hacia las luces del aparcamiento de la playa. Micah hizo como que no pasaba nada. Yo fingí que no había lágrimas que ver. Me mantuve concentrada en su brazo todo el camino hasta llegar a donde Jason esperaba de pie junto a su coche.

Jason abrió la puerta del lado del pasajero para Louie, lanzándome una mirada inquisitiva sobre el hombro de este.

Empecé a mover la cabeza, pero Louie me abrazó. Me abrazó de repente, con fiereza, tan apretado que me dejó sin aliento. Pensé que diría algo, pero no lo hizo. Acababa de suceder, y envolví mis brazos alrededor de su espalda, lo tenía, no podía dejar de abrazarlo. Pensaba que, con el tiempo, iba a tener que decir algo, pero dio un paso atrás. Había estado llorando mientras me abrazaba, pero no había sentido ni un solo sollozo, nada, excepto el ardor en los brazos, las manos, y las lágrimas en silencio.

Parpadeó y le dirigió a Micah una extraña sonrisa, que fue casi un sollozo.

—¿Cómo lograste convencerla?

—Me fui a vivir con ella —dijo con voz muy tranquila, muy equilibrada, una voz cuidadosa, la que se reservaba para los niños asustados y los adultos excesivamente emocionales. Había oído esa voz con suficiente frecuencia dirigida a mí—. Me lo pidió ella.

—Suerte —dijo Louie y sonaba como si la palabra tuviera un significado distinto, que suerte.

—Lo sé —dijo Micah, y puso un brazo sobre mis hombros acercándome a él, apartándome de Louie, de forma que hubiera espacio para que pasara por la puerta abierta del coche.

Louie asintió con la cabeza de nuevo, demasiado rápido, y demasiadas veces.

—Suerte. —Se deslizó en el coche y Jason cerró la puerta detrás de él.

Jason se inclinó hacia mí.

—¿Qué pasó?

No era quien para contar el secreto, pero sentía remordimientos por hacer que Jason llevara a Louie sin avisarle de lo que había sucedido.

—No puedo contártelo, es un secreto. Lo siento. Pero digamos que ha tenido una noche muy dura.

Louie golpeó la ventana. El sonido hizo que Jason y yo nos sobresaltáramos. Micah, o lo había visto venir o tenía los nervios más firmes que nosotros. Jason se giró lo suficiente para ver la puerta abrirse.

—No os molestéis, pero puedo oíros estando tan cerca del coche.

—Lo siento —dije.

—No vio la pelea. Cuéntaselo, para que no tenga que hacerlo yo. — Louie cerró la puerta. Apoyó la cabeza contra el asiento, y derramó más lágrimas en completo silencio.

Todos apartamos la mirada, como si se tratara de algo vergonzoso. Creo que hubiera sentido menos vergüenza si hubiera estado desnuda.

—¿Qué pasa? —dijo Jason.

—Le propuso matrimonio a Ronnie y ella dijo que no.

A Jason se le quedó la boca abierta.

—Estás bromeando.

Sacudí la cabeza.

—Eso quisiera.

—Pero son unas de las parejas más felices que conozco.

Me encogí de hombros.

—No explico las noticias, solo las cuento.

—Mierda —dijo Jason. Volvió a mirar a su coche y a Louie—. Voy a llevarle a casa.

—Gracias.

Jason me ofreció una sombra de su sonrisa habitual.

—Bueno, no puedo enviarlo a casa contigo. ¿No complicaría eso las cosas un infierno?

—¿Qué? —pregunté.

Micah me besó en la mejilla.

—En el coche con Louie, con el *ardeur* aumentando. Hablando de eso...

—Iros —dijo Jason—. Estaremos bien.

Le di un beso en la mejilla, rápido y fraternal.

—Eres más valiente que yo, Gunga Din.

Se echó a reír.

—Esa no es la cita original, ¿verdad?

—No exactamente, pero sigue siendo verdad.

De repente parecía serio. No parecía Jason.

—No sé si soy valiente o no, pero voy a llevarle a su casa.

—Tenemos que irnos —dijo Micah. Y empezó a conducirme hacia nuestro Jeep.

Seguía mirando hacia atrás cuando Jason dio la vuelta al coche y a Louie, inmóvil, con la cabeza hacia atrás. Desde esa distancia, no se podía distinguir si estaba llorando.

Micah me atrajo contra su cuerpo, sujetándome suavemente junto a él. Me apoyé contra su sólido cuerpo y deslicé mi brazo alrededor de su cintura, de modo que nuestra piel estaba en contacto desde el pecho hasta el muslo. Estaba tan contenta de tenerlo conmigo. Me alegraba de que pudiéramos irnos a casa juntos. Me alegraba poder decir que la casa era de los dos.

Nathaniel estaba apoyado al lado del Jeep mirándonos caminar hacia él. Sus manos detrás de él, atrapándolas por su peso, sujetas entre sus caderas y el Jeep. No era sólo satisfacción lo que Nathaniel no había estado recibiendo de mí. Nathaniel tenía otras necesidades con las que estaba, si es posible, aún menos cómoda. Estar atado le hacía sentirse tranquilo. Se sentía tranquilo cuando se abusaba de él. Tranquilo. Una vez le pregunté por qué gozaba con eso, y me dijo que le hacía sentirse en paz. Le hacía sentirse seguro.

¿Cómo podía sentirse seguro estando atado? ¿Cómo podía ser que recibir un poco de dolor, aunque sea un poco, te haga sentir bien? No entendía nada. Simplemente no lo entendía. Tal vez si lo entendiera mejor, tendría menos miedo de estar cerca de él. ¿Qué pasaba si teníamos relaciones sexuales y no era suficiente? ¿Qué pasaba si lo presionaba y me empujaba a hacer cosas que me daban... miedo? Se suponía que iba a ser el

sumiso y yo su dominante. ¿Eso no significaba que estaba a cargo? ¿No significaba que tenía que hacer lo que yo dijera? No. Había aprendido lo suficiente para entender a Nathaniel y algunos de los hombres leopardo, porque él no era el único con pasatiempos interesantes.

El sumiso tenía una palabra de seguridad, y una vez que dijera la palabra, todo el juego se detenía. Así que al final, el dominante tenía una ilusión de poder, pero en realidad el sumiso tiene que decir hasta qué punto pueden llegar las cosas, y cuando se detienen. Había pensado que podía controlar a Nathaniel porque era muy sumiso, pero esta noche me había dado cuenta de la verdad. Yo ya no le controlaba. No sabía que iba a suceder con Nathaniel, o conmigo, o con Micah. La idea me aterraba, así que pensé en ello, lo pensé. ¿Qué pasaría si Nathaniel encontrara un nuevo lugar para vivir? ¿Qué pasaría si le encontrara un nuevo lugar? ¿Una nueva vida?

Di vueltas en mi mente mientras caminaba por la acera. Pensé en cómo sería enviarlo a su casa con alguien más, dejar que llorara sobre el hombro de otra persona. Pero, más que eso, pensé en Micah sólo bajo las sábanas, él a un lado y nadie en el otro. Ahora Nathaniel tenía su lado de la cama. No me había dado cuenta hasta ese instante, no había querido darme cuenta. A los tres nos gustaba leer la isla del tesoro entre nosotros. Para Micah y para mí era una de nuestras historias favoritas de la infancia, en su mayor parte, pero para Nathaniel la mayoría de los libros eran nuevos. Nunca había tenido a nadie que le leyera antes de dormir. Nunca tuvo su cuota de libros.

¿Qué clase de infancia puede tener alguien sin libros, sin historias para compartir? Sabía que había tenido un hermano mayor, que murió, y un padre que murió, y una madre que murió. Sabía que habían muerto, lo sabía, pero no cómo, ni cuándo, sólo que era joven cuando ocurrió. No le gustaba hablar de ello, y a mí no me gustaba ver la mirada en sus ojos cuando lo hacía, así que no le presionaba. No tenía derecho a presionarle si no era su novia. No tenía derecho si no era su amante. Sólo era su Nimir-Ra y no me debía la historia de su vida.

Pensé en no tener a Nathaniel en la cama, no ya para la alimentación, sino en no tenerlo allí para escuchar el resto de la historia. Para escuchar lo que sucede cuando Jim se da cuenta de lo que el tierno corazón de John Silver es en realidad. La idea de que no estuviera allí en ese momento, cuando llegáramos al final de la aventura, era dolorosa, una especie de

dolor desgarrador, como si mi estómago y mi corazón sintieran un gran dolor, al mismo tiempo.

Abrió la puerta para mí, porque cuando estaba cerca el *ardeur* no era bueno que condujera. Me abrió la puerta y fue tan neutral como pudo cuando pasé junto a él. No sabía qué hacer, así que le dejé ser neutral, yo era neutral también. Cuando me hube abrochado el cinturón de seguridad cerró la puerta, y me di cuenta que le echaría de menos. No le echaría de menos porque mi vida fuera más fácil con él que sin él, sino que simplemente le echaría de menos. Su aroma a vainilla en mi almohada, el calor de su cuerpo en su lado de la cama, el derrame de su cabello como una manta enredada. Si hubiera podido detener ahí la lista, habría enviado a Nathaniel a su habitación esta noche, todavía tenía una habitación en la que guardaba todas sus cosas. Pero no podía dejar la lista ahí, no sería honesto.

Había llorado cuando murió Charlotte, en la historia *La Telaraña de Charlotte*. No me habría perdido por nada del mundo verle llorar cuando mataba una araña. Había sido idea de Nathaniel tener una maratón de películas de monstruos. No has vivido hasta que has visto *El hombre lobo* (1941), *La maldición del hombre lobo* (1961), *El hombre lobo* (1956), con un montón de cambiaformas. Había interrumpido la película arrojando palomitas de maíz, gritando a veces, sobre la versión cinematográfica de lo que él conocía. Los seres leopardo se habían quejado de que los hombres lobos tenían películas, pero no la *Gente Gato*, los leopardos tampoco tenían películas. La mayoría de los hombres-lobo conocían la versión de 1980, pero casi nadie conocía la original de 1950. Planificamos otra noche de cine para ver las dos versiones. Estaba segura de que pasaría la noche quejándose alegremente de lo diferentes que eras ambas películas y estaría extrañamente silencioso mientras se acercaban a la casa. Muy bien, estaría inquietantemente silencioso y me gustaría verlos mirando la pantalla.

Estaba deseando que llegara. Traté de imaginar la noche sin Nathaniel. Sin Nathaniel yendo y viniendo de la cocina con palomitas y soda. Sin Nathaniel sentado en el suelo, junto a mis piernas, la mitad de la noche la pasaba con la cabeza sobre mis rodillas y la otra mitad pasando su mano arriba y abajo por mi pantorrilla. No era sexual, sólo que se sentía mejor cuando me tocaba. Se sentía mejor cuando había contacto entre nosotros. Era posible ser cercano y personal, sin que fuera sexual. Realmente lo era, pero por lo general no para mí.

Eso me llevó de nuevo al problema en cuestión. Era curioso cómo el

pensamiento me conducía de nuevo hacia él. Esta noche, cuando el *ardeur* finalmente saliera a la superficie, ¿qué iba a hacer? Podría enviar a Nathaniel al exilio en su habitación, legítimamente, porque mañana también tendría necesidad de alimentarme. Podía dejarlo para el postre. Pero ambos sabíamos que no era eso. No estaba salvándole, me contenía. De qué quería salvarme a mí misma, no estaba segura, pero definitivamente me contenía y no tenía nada que ver con salvar a Nathaniel.

Él no quería ser salvado. No, eso no era cierto. Nathaniel pensaba que le había protegido. Que yo le había salvado. Que le había tratado como a un príncipe que necesitaba encontrar a su princesa, pero no, eso no era correcto. Nathaniel era la princesa, y había sido rescatado, por mí. En lo que se refiere a Nathaniel, yo era su príncipe de brillante armadura, que sólo necesitaba ir más allá y, después, todos podríamos vivir felices para siempre.

El problema era que yo no era el príncipe de nadie, ni la princesa de nadie. Era sólo yo, y estaba fuera de la armadura brillante o lo que fuera. Simplemente no era el tipo de los cuento de hadas. Y no creía en el felices para siempre. La pregunta es, ¿creo en la felicidad ahora? Si hubiera podido contestar a esa pregunta, todas las preocupaciones se habrían terminado, pero no podía responderla. Así fue como Micah nos condujo hacia la casa en la oscuridad de octubre, todavía no sabía lo que haría cuando el *ardeur* finalmente se levantara por la noche. Ni siquiera sabía que era lo más correcto. No estaba bien no ayudar a la gente y el mal se supone que hiere a la gente. ¿No hacer la elección correcta, era hacer lo correcto? Siempre fui muy escrupulosa con rezar a Dios sobre el sexo, en cualquier contexto, pero le recé mientras conducíamos, porque ya no tenía opciones. Pedí orientación. Pedí una idea de lo que era mejor para todos. No recibí respuesta, y no esperaba una.

Tengo un montón de dones psíquicos, pero hablar directamente con Dios no es uno de ellos, gracias a Dios. El Antiguo Testamento lo hacía parecer una idea aterradora. Pero lo peor era que no había respuesta, no obtuve la paz que por lo general obtenía cuando rezaba.

Mi móvil sonó. Me hizo saltar, y mi pulso latía tan fuerte en la garganta que no pude responder de inmediato. Una voz de mujer dijo:

—Anita, Anita ¿estás ahí?

Era Marianne. Vivía en Tennessee y era la *vargamor* del Clan Oak Tree. Era un título que se empleaba antiguamente, básicamente, era la bruja

que ayudaba a resolver los problemas metafísicos. La mayoría de las manadas no tenían a nadie, demasiado anticuado. Tal vez las cosas de la Nueva Era lo pondrían de nuevo de moda.

También me estaba ayudando con mis capacidades. Era la única psíquica que conocía, y en la que confiaba. Conocía a los cambiaformas casi tan bien como yo, en cierto modo mejor, en cierto modo no. Pero era lo más parecido que tenía a un mentor, y necesitaba uno.

—Marianne, es genial oír tu voz. ¿Qué pasa? —Mi voz sonaba entrecortada, incluso para mí.

—Acabo de sentir una abrumadora necesidad de llamarte. ¿Qué pasa?

Imagínate, es psíquica. Quería explicárselo todo, pero Nathaniel estaba detrás de mí en el coche. ¿Qué iba hacer, pedirle que se pusiera los dedos en los oídos y zumbara, mientras hablaba?

—Es un poco incómodo, ahora no puedo.

—¿Debería adivinar?

—Sí quieres.

Guardó silencio durante unos instantes, no estaba adivinando. Estaba usando su intuición, un talento propio, o estaba dibujando una carta, una carta de tarot.

—Estoy viendo al Caballero de Copas aquí, que suele ser la carta de Nathaniel.

Había sido escéptica, por decir algo, cuando Marianne sacó su mazo de cartas para hacer una «lectura», pero eran extrañamente precisas, al menos en sus manos. La primera vez, la carta de Nathaniel habían sido las Copas, la carta de un niño, o al menos una persona joven, pero en los últimos tiempos había ascendido. Caballero de Copas.

—Sí, eso es.

Silencio, sabía que estaba haciendo una tirada. En realidad había tratado de hacerme utilizar las cartas, para ver si tenía habilidades para la adivinación, pero solo eran bonitas fotos. Mis dones eran otros.

—El rey de bastos, Micah está contigo, también. —No era una pregunta.

—Sí.

Me la imaginé con su largo cabello gris recogido en una cola de caballo, probablemente con uno de sus sueltos vestidos habituales, con las piernas cruzadas sobre la cama que es donde estaría esta tarde. Era delgada y fuerte, y su cuerpo no coincide con su pelo, o con el hecho de que esté

más cerca de los sesenta que de los cincuenta.

—El diablo, la tentación. No has alimentado el *ardeur* todavía, ¿verdad?

Me ponía los pelos de punta que hiciera eso, pero me había acostumbrado. Era algo que Marianne podía hacer. No lo hacía en mí contra y no le guardaba rencor por saber lo que estaba ocurriendo a cientos de kilómetros de distancia. De hecho, a veces, como ahora, me venía muy bien.

—Todavía no.

—La sacerdotisa, tienes una pregunta para mí.

—Sí.

—No estarás haciendo algo estúpido, como tratar de elegir entre Micah y Nathaniel, ¿verdad?

—Muchas gracias.

—No me puedes culpar a mí, Anita, de tu tendencia a complicarte la vida.

Suspiré.

—Bien, es cierto, casi, y no exactamente.

—Muy bien, se críptica.

—No en la forma a que te refieres —dije finalmente.

—Así que no puedes dejar al uno por el otro —dijo.

—No.

—Bueno, eso es bueno.

Se quedó callada durante más tiempo esta vez.

—Voy a dejar de adivinar. He hecho una lectura. —Prefería hacer una lectura si no sabía nada sobre el problema. Marianne sentía que si preguntaba influía en las personas a las que realizaba la lectura—. Te puse en el centro, la Reina de Espadas. El pasado es el pentagrama de cinco puntas, quedando fuera en el frío, no conseguía satisfacer sus necesidades. La Deidad es el seis de copas, que puede ser alguien de tu pasado que vuelve a tu vida, alguien con quien sentías una fuerte conexión. El futuro es el Caballero de Copas, la tarjeta de Nathaniel. Lo mundano es el cuatro de oros, el avaro, aferrado a cosas que ya no ayudan a que la vida discurra sin problemas. Ahora vamos a hacer las conexiones de las cartas.

Guardó silencio durante un segundo o dos, mientras pensaba, o rezaba, o lo que hiciera para hacer que las cartas hablaran con ella.

—La conexión de lo mundano con lo pasado es la carta de los

Enamorados. Algo pasó en tu vida amorosa que te hizo tener miedo de resultar herida, o renunciar a algo o a alguien. La conexión del pasado con la deidad es el rey de bastos, por lo general la carta de Micah, pero podría ser la energía, una presencia masculina en tu vida. La conexión de la deidad y el futuro es el dos de espadas, tienes que tomar una decisión y creo que es difícil, pero si te quitas la venda, puedes ver, y tienes lo que necesitas para hacerlo. La conexión del futuro a lo mundano es el caballo de bastos, otro hombre en tu vida. Llamas mucho la energía masculina.

—No a propósito —dije.

—Calla, no he terminado. La superposición de El avaro es el seis de espadas, ayuda invisible, o la ayuda de una fuente espiritual. La superposición de los amantes es el cuatro de bastos, la carta de matrimonio. La superposición de las frías es el diez de oro, hogar próspero y feliz. Hmmm. El rey de bastos y el Seis de copas se valen por sí mismas, pero el dos de espadas se ha cruzado con la reina de bastos. La carta de Nathaniel se cruza con el diez de copas, un hogar feliz, el amor verdadero. El caballero de bastos se atraviesa con el diablo, la tentación.

—Está bien, tengo la mayor parte, pero ¿quién es el caballero de bastos y por qué está cubierto por la tentación? ¿Y quién es la reina de bastos?

—Creo que la reina de bastos eres tú.

—Siempre soy la Reina de Espadas.

—Tal vez estás cambiando. Tal vez estás sacando tu poder, en sí mismo.

—Estoy en ello —dije.

—A tu manera.

—Estoy tratando de hacerlo.

—Diría que los amantes y el cuatro de bastos son el novio de la universidad que te dejó. Esa experiencia te llevó a ser avara con tus emociones. Tienes que dejar que se vaya. Tu casa era el cinco de oros, el frío, pero ahora es un hogar feliz y próspero. Vas a tener que tomar algunas decisiones difíciles pronto, que tienen algo que ver con alguien del pasado. Creo que la carta de Micah es el mensaje que te ha ayudado a sanar algunas viejas heridas, porque él une el pasado con la deidad.

—¿Es un regalo de Dios?

—No seas descarada. Cuando el universo, o Dios, o una Diosa, o como quieras llamarlo, te envía a alguien a tu vida, tan rápidamente, deberías estar agradecida. Estar agradecida en vez de meterte con él.

Marianne me conocía demasiado bien.

—¿Y el caballo de bastos?

—Alguien nuevo, o alguien viejo, pero visto bajo una nueva luz. Será una tentación, pero las espadas representan el poder, por lo que podría ser la tentación de utilizar el poder o de conseguir ganancias, en lugar de embarcarse en una relación para nada.

—No necesito más tentaciones en mi vida, Marianne.

—¿Te paso algo esta noche?

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque me sentí obligada a sacar otra carta. Es el ocho de espadas, una mujer atada y con los ojos vendados, rodeada de espadas. Una mujer murió esta noche.

Siempre intentaba evitar meter a Marianne en medio de un caso de asesinato, por muchas razones, este era uno de ellos. Me ponía los pelos de punta, y ella conseguía pesadillas.

—Cinco de bastos, habrá un montón de conflictos y podría morir alguien más. Pero la carta de la Justicia dice que los culpables serán castigados y todo seguirá funcionando bien, aunque no sin pérdidas. ¿Ocho de oros? Eso es extraño. Alguien que una vez fue tu maestro estará implicado. Alguien mayor. ¿Sabrías quién es?

Pensé en Dolph, pero no sonaba bien.

—No sé, tal vez.

—No habéis llegado a esa situación, todavía, pero lo haréis. Ellos te ayudarán.

—¿Estás segura de que habrá más asesinatos?

—¿No estás segura de ello? —preguntó y tenía ese tono de voz que me decía que estaba escuchando voces que no podía oír.

—Sí, tengo esa sensación.

—Confía en tus sentimientos, Anita.

—Voy a intentarlo —dije.

—Debes de estar casi llegando a casa ahora.

No le pregunté cómo lo sabía. En realidad no habría sido capaz de decírmelo. La materia psíquica no destacaba por su A, B, C lógica. Era más bien como de la A a la G, olvida la lógica, sin hoja de ruta en cuanto a cómo llegamos a G.

—Sí, estamos en casa.

Micah me tiró un beso y salió del Jeep. Oí a Nathaniel salir de la parte

de atrás. Ambos cerraron las puertas y me dejaron en el coche, de repente a oscuras, a solas con el teléfono.

Marianne habló en el silencio repentino.

—¡Oh, una cosa más, el mensaje que te dieron! «Sabes lo que tienes que hacer». ¿Por qué me preguntas? Ese no es mi mensaje para ti, sabes que no importa lo que te aconseje. ¿A quién más has pedido asesoramiento?

Abrí la boca, y la cerré.

—Recé.

—Lo que quiero decir es que, por lo general, sólo rezas cuando no tienes otras opciones eso no es bueno. Sería agradable si lo hicieras como algo más que un último recurso.

Dijo que no importaba, con naturalidad. Nada importante, recé, Dios no puede hablar contigo, así que dejó un mensaje en su contestador. Bien.

Lamí mis labios, secos de repente, y dije:

—¿No te molesta haber tomado un mensaje de Dios para mí?

—Bueno, no era de él directamente. Él sólo lo envió.

Una vez más, realmente no importaba, no era molesto.

—Marianne.

—Sí.

—A veces me desconciertas.

Se rió.

—Resucitas a los muertos y matas los no-muertos, ¿y yo te asusto?

Visto así, me parecía una tontería, pero aún era cierto.

—Vamos a decir que me alegro de que tengas tus poderes psíquicos y yo tenga los míos. Me siento bastante culpable sin saber mi futuro.

—No te sientas culpable, Anita, sigue a tu corazón. No, eres la reina de bastos, ni la de copas. Sigue, pues, tu poder, deja que te lleve a donde necesitas ir. Confía en ti misma, y confía en quienes te rodean.

—Sabes que no confío en nadie.

—Confías en mí.

—Sí, pero...

—Para ya, Anita. Tu corazón no es una herida a la que te asomas para ver si la costra está lista para caer. Puedes curarte de ese dolor tan viejo, si sólo permites que ocurra.

—Todo el mundo me lo dice.

—Si todos tus amigos están diciendo lo mismo y tu corazón está

diciendo lo mismo, y sólo el miedo no deja que suceda, debes dejar de luchar.

—No soy buena renunciando.

—No, diría que lo estás haciendo peor. Solo debes renunciar a algo que ya no sirve a un propósito, ni te protege, o te ayuda, no vas a renunciar a todo, es el crecimiento.

Suspiré.

—Odio cuando haces que todo tenga sentido.

—Es odioso, y cuentas con ello.

—Sí.

—Ve adentro, Anita, entra, y haz tu elección. He dicho todo lo que tengo que decir, ahora te toca a ti.

—Y odio la mayoría de ello —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—No tratas de influir en mí, no realmente, sólo me informas, me dices cuales son mis elecciones, y me dejas llevar.

—Te ofrezco orientación, nada más.

—Lo sé.

—Ahora voy a colgar, y entra dentro. No se puede dormir en el coche.

El teléfono se cortó antes de que pudiera quejarme más. Marianne tenía razón, como de costumbre. Odiaba que me diera la información y me ayudara a pensar, pero no me dijera que hacer. Por supuesto, si hubiera intentado ser el jefe a mí alrededor, no lo habría tolerado. Tomaba mis propias decisiones, y cuando alguien me presionaba, estaba aún más decidida a hacer caso omiso de ellos, así que Marianne nunca me presionaba. Aquí está tu información, aquí están las opciones, ahora iba a ser un adulto y lo haría.

Me bajé del Jeep y esperaba ser lo suficientemente adulta para esta elección en particular.



El salón estaba oscuro cuando entre en la casa. La única luz procedía de la cocina. Uno, o ambos, habían caminado a través del oscuro salón y sólo pulsaron el interruptor de la luz cuando fueron a la cocina para comprobar los mensajes en el contestador, que estaba en la encimera. Los ojos de los leopardos son mejores en la oscuridad que los humanos, y los ojos de Micah estaban permanentemente en forma de gato. Con frecuencia se paseaba por la casa con las luces apagadas, solo yendo de habitación en habitación, evitando cada obstáculo, deslizándose en la oscuridad con la misma confianza con que yo lo hago durante el día.

Había suficiente luz con la de la cocina, así que, también dejé el salón a oscuras. El sofá blanco parecía emitir su propio brillo, aunque sabía que era una ilusión, debida a la calidad lustrosa de la tela blanca. Estaba bastante segura de que los hombres se habían ido a cambiar para la noche. La mayoría de los licántropos, cualesquiera que sea el tipo, preferían llevar

poca ropa, y a Micah no le gustaba disfrazarse. Entré en la cocina vacía, no porque tuviera que ir, sino porque no estaba lista para ir al dormitorio. Todavía no sabía que iba a hacer.

La cocina tenía ahora una larga mesa de comedor. El rincón del desayuno estaba en una pequeña plataforma elevada, con una ventana con vistas al bosque, y aún tenía una mesa pequeña de cuatro plazas. Cuatro habían sido más sillas de las que necesitaba cuando me mudé a esta casa. Ahora, debido a que normalmente había al menos varios de los otros hombres leopardo, que se quedaban debido a una emergencia, o, a menudo, sólo por la necesidad de estar más cerca de su grupo, su manada, necesitábamos una mesa de seis asientos. En realidad necesitábamos una aún más grande que eso, pero era todo lo que mi cocina podía soportar.

Había un florero en el centro de la mesa. Jean-Claude me había enviado una docena de rosas blancas una semana después de que empezáramos a salir. Una vez que tuvimos sexo, añadió una rosa roja, por lo que en realidad eran trece. Una rosa roja como una mancha de sangre en un mar de rosas blancas y el aliento de la blanca inocencia. Sin duda, hizo una declaración. Olí las rosas, y la roja tenía un olor más fuerte. Era difícil encontrar rosas blancas que olieran bien. Todo lo que tenía que hacer era llamar a Jean-Claude. Era lo bastante rápido para volar hasta aquí antes del amanecer. Antes me alimentaba de él, podría hacerlo de nuevo. Por supuesto, eso sería simplemente posponer la decisión. No, eso sería esconderse. Odiaba ser cobarde casi más que cualquier otra cosa y llamar a mi amante vampiro, en este caso, era cobardía.

Sonó el teléfono. Salte hacia atrás con tal fuerza que sacudí las rosas en su florero. Uno pensaría que estaba nerviosa, o me sentía culpable de algo. Cogí el teléfono al segundo tono. La voz al otro extremo era refinada, la voz de un profesor, pero no era un profesor. Teddy medía más de un metro ochenta, y era un serio levantador de pesas. Tenía una mente muy fina y se expresaba bien, por lo que me había sorprendido cuando le conocí. Parecía un tonto musculoso y hablaba como un filósofo. Era también un hombre lobo. Richard había permitido quedarse a los lobos que no deseaban unirse a la manada.

—Anita, soy Teddy.

—Hey, Teddy, ¿Cómo estás?

—Estoy bien, pero Gil no. Lo estará, pero en este momento estamos en la sala de urgencias de Saint Anthony.

Gil era el único hombre zorro de la ciudad. Así que dependía en gran medida de la peluda Coalición, como los cambiaformas locales, e incluso la policía local, habían empezado a llamarla. La coalición había sido originalmente diseñada para promover un mejor entendimiento y cooperación entre los diversos grupos de animales, pero había expandido sus actividades al mundo humano, para tratar de promover un mejor entendimiento con ellos también. Un inmenso festival de amor.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Accidente de tráfico. Un hombre se saltó la luz roja. Tenemos otras víctimas en la sala de urgencias que siguen despotricando contra el hombre. Si Gil hubiera sido humano, habría muerto.

—Vale, así que llamó a la operadora y obtuvo tu número de móvil, y...

—Un policía que estaba en el lugar del accidente notó que Gil se curaba mucho más rápido de lo que debería.

—Vale, ¿por qué creo que la historia va a empeorar? —Gil estaba inconsciente, así que alguien llamó al número que estaba escrito en su billetera para casos de emergencia. No tiene familia, por lo que era el número de la operadora. Cuando llegué al hospital, Gil estaba esposado a la barandilla de la cama.

—¿Por qué?

—El policía, que sigue a su lado, dice que tiene miedo de que Gil sea peligroso cuando se despierte.

—Mierda. Eso es ilegal —dije.

—Técnicamente, sí, pero el oficial puede, a su discreción, prevenir que se haga daño a los ciudadanos.

—Eso no es lo que el policía dijo.

—En realidad, dijo, hasta que no sepa que mierda es, sólo estoy jugando sobre seguro.

Asentí con la cabeza, aunque no podía verme. —Eso suena mejor. Así que estás ahí para asegurarte que no ponen a Gil en una casa de seguridad —. Las casas de seguridad eran prisiones para los licántropos. Originalmente, habían sido diseñadas para los licántropos recién transformados, así tenían un lugar seguro durante sus primeras lunas llenas. Era una buena idea, ya que las primeras lunas llenas te podías transformar en un asesino en serie, a menos que tuvieras otros cambiaformas para velar por ti. El nuevo peludo pasaba algunas lunas llenas sin recordar nada de lo que había hecho, y con muy poca intervención humana mientras estaban en

forma de animal. Las casas de seguridad eran una buena idea, en teoría, pero en la práctica, una vez que entras nunca te dejan salir. Nunca tendrás el control suficiente para pasar sus pruebas y que te dejen salir. Eras peligroso y siempre serías peligroso. La ACLU había comenzado una batalla legal por encarcelamiento ilegal sin el debido proceso, pero todavía seguían siendo un mal lugar al que ser enviado.

—En el hospital parecen preocupados porque Gil sea peligroso y han mencionado eso.

—¿Necesita un abogado ahí?

—Me he tomado la libertad de llamar a la firma de abogados que la coalición tiene contratada.

—Me sorprende que esto se pusiera mal tan pronto. Por lo general, necesitan un ataque para poder esposar a la gente y hablar de la casa de seguridad. ¿Hay algo que no me estás contando?

Dudó.

—¿Teddy? —dije su nombre en la forma en que mi padre solía decir el mío cuando sospechaba que estaba haciendo algo que no debería haber hecho.

—El personal de la sala de urgencias está usando el equipo completo de material peligroso.

—Estás de broma —dije.

—Desearía que fuera así.

—¿Todo el mundo está en estado de pánico?

—Creo que sí.

—¿Gil todavía está inconsciente?

—Va y viene.

—Bueno, quédate con él, espera al abogado. No puedo ir esta noche, Teddy. Lo siento.

—No es por eso por lo que te llamaba. —Tuve uno de esos momentos de oh-oh.

—Muy bien, entonces ¿por qué llamabas?

—Hay otra urgencia que necesita de alguien en este momento.

—Mierda, ¿qué?

—Uno de la manada ha llamado. Está en un bar. Ha bebido demasiado, y es casi nuevo.

—¿Me estás diciendo que va a perder el control en un bar?

—Me temo que sí.

—Mierda.

—Sigues diciendo eso —dijo.

—Lo sé, lo sé, la irreverencia no soluciona nada. —Teddy había comenzado a hacer comentarios sobre lo mucho que maldecía. Él y mi madrastra.

—No puedo ir, Teddy.

—Alguien debe hacerlo. El abogado no ha llegado, y sabes que hay una pequeña ley en los libros por la que pueden mandar a un cambiaformas inconsciente a una casa de seguridad si lo consideran un peligro. No entiendo por qué todo el mundo está entrando en pánico tan deprisa pero, si dejo a Gil solo, creo que tendríamos que sacarlo de ese lugar sin pagar fianza.

—Lo sé, lo sé. —Estaba muy contenta de que Richard hubiera permitido a los lobos unirse a la coalición. Eran la mayor población de cambiaformas de la ciudad, por lo que los lobos echaban una mano con los teléfonos y las urgencias. La desventaja era que Richard opinaba que si la manada iba a ayudar, podría aprovechar el servicio de urgencias. Sonaba justo pero, ya que había cerca de seiscientos hombres lobo en la zona, se habían cuadruplicado nuestras urgencias. Los lobos nos dieron el suficiente poder para satisfacer la demanda. Era una bendición y un problema, todo en uno.

—¿El lobo llamó a su hermano? —Hermano era el argot para los lobos mayores con más experiencia que llevaban a todos los lobos nuevos. Llevan su número para urgencias.

—Dice que lo hizo y no obtuvo respuesta. Sonaba muy frágil, Anita. Me temo que si cambia en el bar, van a llamar a la policía...

—Y le van a disparar —terminé por él.

—Sí —suspiré en el teléfono.

—Lo tomo como que no puedes con este tampoco —dijo Teddy.

—No puedo, pero Micah puede. —Micah entró a la cocina en aquel momento. Me miró de forma interrogante. Ya se había cambiado de traje, y conociéndole, lo habría colgado. Llevaba un par de pantalones de chándal y nada más. Únicamente sin camisa y caminando descalzo por el suelo, hizo que mi corazón comenzara a latir. Se había atado el pelo negro en una coleta suelta, pero no podía olvidarlo mientras miraba el fino músculo de su pecho y estómago. Sus brazos y hombros parecían el resultado de haber hecho levantamiento de pesas, pero en realidad, la mayoría era natural. No

todo, pero la mayoría. Sólo estaba en muy buena forma.

—Anita, ¿sigues ahí? —Me di cuenta de que Teddy había estado diciéndome algo y no le había escuchado.

—Lo siento, Teddy, ¿me lo puedes repetir?

—¿Quieres que te de la dirección del bar, o espero a hablar con Micah?

—Micah está aquí. —Le pasé el teléfono, y él lo tomó alzando las cejas. Se lo expliqué lo más brevemente que pude.

Micah puso la mano sobre el teléfono.

—¿Estás segura que es una buena idea?

Negué con la cabeza.

—Estoy casi segura que no lo es, pero no puedo tomar la llamada. No con el *ardeur* a punto de estallar en el próximo minuto o en las dos próximas horas. Estoy atrapada aquí hasta que me alimente.

—Lo sé, pero ¿tal vez podría ir Nathaniel?

—¿Qué? ¿Ir a un bar que quizás está en una zona mala de la ciudad y con un hombre lobo con brazos de luchador, demasiado nuevo para poder beber por sí solo? —Negué con la cabeza—. Nathaniel tiene muchas habilidades, pero ésta no es una de ellas.

—Tú tampoco eres buena en eso —dijo con una sonrisa para suavizar la dura verdad. Le devolví la sonrisa, porque tenía demasiada razón.

—No, podría haber ido al hospital y mantener a Gil fuera de una casa de seguridad, pero no podría tranquilizar a un hombre lobo. Podría pegarle un tiro, pero no tranquilizarlo. No, si no lo conozco. —Micah se puso al teléfono el tiempo suficiente para coger la dirección y el nombre del bar y colgó. Me miró, cuidadosamente neutral, con un deje de preocupación.

—Me parece bien dejarlos, a ti y a Nathaniel, aquí solos para el *ardeur*. La pregunta es, ¿Te parece bien a ti?

Me encogí de hombros.

Sacudió la cabeza.

—No, Anita, necesito una respuesta antes de irme.

Suspiré.

—Hay que llegar antes de que el lobo pierda el control. Ve, vamos a estar bien. —Parecía como si no me creyera.

—Vete —dije.

—No es sólo eso lo que me preocupa, Anita.

—Haré mi mejor esfuerzo con Nathaniel, Micah.

Frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa lo que dije. —No parecía muy contento con la respuesta.

—Si te quedas esperando a que te diga, ¡Oh, sí, está bien que vaya alimentar el *ardeur* y follar con Nathaniel!, el lobo en cuestión cambiará de forma, la policía le disparará, y tal vez se llevará a algunos civiles con él, antes de que salgas de casa.

—Los dos sois importantes para mí, Anita. Nuestros leopardos son importantes para mí. Lo que pase aquí esta noche cambiará... todo.

Tragué saliva, porque de repente no quería encontrarme con sus ojos. Me tocó la barbilla, me levantó la cara hasta encontrarme con su mirada.

—Anita.

—Voy a estar bien —dije.

—¿Qué significa eso?

—No estoy segura, pero haré mi mejor esfuerzo, y eso es lo mejor que puedo ofrecerte. No sé qué voy a hacer hasta que salga el *ardeur*. Lo siento, pero esa es la verdad. Decirte otra cosa sería una mentira.

Tomó una respiración profunda que hizo que su pecho subiera y bajase elegantemente.

—Supongo que tendré que conformarme con eso.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que diga? —pregunté. Se inclinó y puso un suave beso en mis labios. Raras veces nos besábamos tan castamente, pero tan cerca del *ardeur*, estaba siendo cuidadoso.

—Quiero que digas que te vas cuidar de esto.

—Define ¿cuidar de esto? —Suspiró de nuevo, sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Tengo que vestirme.

—¿Te llevas tu coche o el Jeep?

—Me llevo mi coche. Podrías recibir una llamada de la policía por otro cuerpo, y todo tu equipo está en la parte trasera del Jeep. —Me sonrió, casi con tristeza, y se fue a vestirse. Suspiró mientras giraba la esquina. Hablaba en voz baja con otro hombre. La cadencia no correspondía a Nathaniel.

Damian giró la esquina.

—Debes estar muy distraída para no haberme sentido antes. —Tenía razón, era buena detectando a los muertos vivientes. Ningún vampiro debería haber sido capaz de llegar tan cerca sin que me diera cuenta, especialmente Damian.

Damian era mi siervo vampiro, como yo era la sierva humana de Jean-

Claude. El *ardeur* era culpa de Jean-Claude y Belle Morte, algo en su línea me había contaminado. Pero que Damian fuera mi siervo, era culpa mía. Soy nigromante, y al parecer la mezcla de la nigromancia con el ser sirviente humano de un vampiro, tenía algunos efectos secundarios imprevistos. Uno de ellos estaba de pie en la cocina y me miraba con unos ojos del color de la hierba verde. Los humanos no tienen los ojos así, pero al parecer Damian los tenía, porque el convertirte en un vampiro no cambia tu apariencia física original. Puede que empalideciera, que se le alargaran algunos dientes, pero el cabello, el color de los ojos y la piel siguen siendo los mismos. Lo único que tal vez fuera más brillante era el pelo. Su pelo rojo no había visto el sol durante cientos de años, pero era casi del color de la sangre fresca, brillante, fresca y escarlata. Todos los vampiros son pálidos, pero Damian comenzó su vida con esa piel como de leche y miel que algunos pelirrojos tienen, por lo que es más pálido de lo normal. O tal vez era por su tipo de palidez, al igual que su piel se había formado de mármol blanco, y algún demonio o dios habían dado vida a esa palidez. Oh, espera, yo era ese demonio.

Técnicamente, mi energía, mi nigromancia hacía que el corazón de Damian latiera. Tenía más de mil años y nunca sería un maestro vampiro. Si no eres un maestro, necesitas uno que te proporcione la fuerza necesaria para levantarte de tu tumba, y no sólo la primera noche, sino todas las noches. A veces la gente levanta a uno por accidente, sin un maestro cerca, y así es como se consiguen espectros. Cadáveres andantes poco mejores que los zombis, pero que necesitan sangre en lugar de carne, y no se pudren. Por pequeños problemas como esos hay leyes vampíricas acerca de cómo atacar a los humanos y cómo no hacerlo. Rompe las leyes, y los vampiros te mataran por ello. Y eso es en los países donde los vampiros siguen siendo ilegales. En los Estados Unidos, donde tienen derechos, los vampiros son más civilizados, si la policía descubre el crimen. Si pueden mantenerlo en secreto se ocuparan ellos mismos. Incluso si eso significa matar a los suyos.

Damian debía haber venido directamente del trabajo, porque a pesar de que, como la mayoría de los vampiros llegados recientemente de Europa, casi nunca llevaba vaqueros y zapatillas, tampoco le gustaba vestirse como Jean-Claude había insistido en que lo hiciera.

Llevaba un abrigo que había visto antes. De un verde pino profundo, un levita que parecía sacada de la década de 1700, pero que era nueva,

diseñada para estar desabrochada y mostrar el pálido resplandor de su pecho y estómago. Los bordados casi cubrían las mangas y las solapas de la chaqueta, añadiendo un poco de color brillante a toda aquella piel blanca. Los pantalones eran de satén negro, afeminados, como si hubiera más tela de la que se necesitaba para cubrir las delgadas piernas de Damian. Llevaba una ancha faja verde como cinturón y un par de botas de cuero negro, dobladas justo por encima de la rodilla, por lo que el conjunto resultaba muy pirata.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté.

—El Danza Macabra es el mejor club para bailar en St. Louis. —Siguió caminando hacia mí, deslizándose. Había algo en la forma en que me miraba que no me importaba nada.

—Es el único lugar donde la gente puede ir a bailar con vampiros. Por supuesto que es el mejor. —Le miraba, concentrada, y sabía que se había alimentado esta noche, con alguna mujer dispuesta. Alimentarse de sangre ofrecida voluntariamente era igual que el sexo voluntario. Solo tenías que ser mayor de edad, y podías alimentar a los no-muertos y tener marcas de mordiscos para mostrar a tus amigos. Le había ordenado a Damian que se alimentara sólo de las víctimas dispuestas, y debido a nuestro lazo, no podía desobedecerme. Los nigromantes de las leyendas pueden mandar a todo tipo de muertos vivientes, y tenían que hacer tu voluntad. A los únicos no-muertos que podía mangonear eran a los zombis y a Damian, y, francamente, me parecía inquietante. No me gustaba tener ese tipo de control sobre nadie. Por supuesto, también Damian tenía una especie de control sobre mí. Deseaba tocarlo. Cuando entró en la habitación, tuve el impulso casi irresistible de tocar su piel. Era parte de lo que significaba ser amo y sirviente. Esta atracción hacia tus siervos, esta necesidad de contacto, tiende a ser una de las razones por la que la mayoría de los siervos eran preciadas posesiones. Creo que también evita que los más locos y malvados vampiros maten a sus sirvientes con sus manos. Es poco probable que un vampiro sobreviva a la muerte de su siervo, el lazo es muy íntimo.

Caminó alrededor de la mesa, con los dedos en el respaldo de la silla.

—Y soy uno de los vampiros contra el que han estado presionando sus cuerpos toda la noche.

—Hannah sigue siendo la gerente del club, ¿no?

—Oh, sí, soy simplemente un cuerpo frío envidiado por la multitud. —

Avanzó alrededor de la mesa, hacia la isla que separaba la zona de trabajo de la cocina del resto de la habitación—. Simplemente soy el decorado, como una estatua, o una cortina.

—Eso no es justo. Te he visto trabajar con la multitud, Damian. Te gusta el coqueteo.

Asintió con la cabeza cuando dio la vuelta al extremo de la isla. Nada nos separaba excepto que yo estaba apoyada en los armarios y él se había detenido en el extremo de la isla. La urgencia de cerrar esa distancia, para envolver mis manos alrededor de su cuerpo, era casi abrumadora. Me dolía la mano por la necesidad, y terminé con ellas aplastadas detrás de mí, clavadas en mi cuerpo, de la misma forma en que Nathaniel se había apoyado en el Jeep antes.

—Me gusta mucho el coqueteo. —Pasó sus pálidos dedos por el borde de la isla, poco a poco, con ternura, como si estuviera tocando algo más—. Pero no se nos permite tener sexo mientras trabajamos, aunque algunas ruegan por ello. —El esmeralda de sus ojos se extendió y se tragó sus pupilas, así que me miraba con ojos de fuego verde. Su poder bailaba a lo largo de mi piel, atrapando mi respiración en mi garganta.

Mi voz comenzaba a ser un poco inestable, pero gané firmeza al hablar, hasta que al final le dije con una voz casi normal.

—Tienes mi permiso para tener una cita, o follar, o lo que sea. Puedes tener amantes, Damian.

—¿Y dónde los tomaría? —Se apoyó en la isla, con los brazos cruzados sobre la pálida extensión de su pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un ataúd en tu sótano. Es adecuado, pero difícilmente romántico.

Podía haber dicho cualquier cosa, pero esa no me la esperaba.

—Lo siento, Damian, nunca se me ocurrió. Necesitas una habitación, ¿no?

Compuso una pequeña sonrisa.

—Una habitación para usarla con mis amantes, sí.

Entonces me di cuenta de algo.

—Quieres decir traer extraños aquí. ¿Personas que acabas de recoger, y traerlas para pasar la noche, y que estén por la mañana en la mesa del desayuno?

—Si —dijo, y ahora comprendía la expresión de su cara, era un reto.

Sabía que no me gustaba la idea de extraños entrando en mi casa, y mucho menos la de sentarme frente de una mujer desconocida, que había traído a casa simplemente para joder, a primera hora de la mañana.

Sentí un pequeño golpe de ira, y eso me ayudó a pensar. Me ayudó a hacer retroceder el deseo de tocarlo, que no tenía nada que ver con el *ardeur*, y todo que ver con el poder.

—Sé que tienes una habitación en el Circo. Tal vez podríamos organizarlo con Jean-Claude, para que puedas llevar allí a tus amantes.

—Mi hogar está aquí, contigo. Tú eres mi ama ahora.

Me encogí un poco por lo de maestro.

—Lo sé, Damian.

—¿Lo sabes? —Se apartó de la isla y se paró justo en frente de mí. Esto encerraba el poder, que se estremeció entre nosotros. Le hizo cerrar los ojos y cuando los abrió, todavía estaban ahogándose en piscinas esmeralda—. Si eres mi Maestro, entonces tócame.

Mi pulso saltaba en mi garganta como si estuviera atrapado. No quería tocarle, porque estaba loca por hacerlo. En cierto modo, esta era una parte de la atracción que existía entre Jean-Claude y yo. Lo que había creído que era lujuria y un nuevo amor era también, en parte, un truco vampírico. Un truco para unir al criado con el amo y al amo con el criado, por lo que ambos se servían de buena gana, con alegría. Me había molestado cuando me di cuenta de que, parte de lo que sentía por Jean-Claude, estaba manchado de alguna forma con juegos mentales de vampiro, aunque desde el punto de vista de Jean-Claude no fuera a propósito. No podía ayudarme sobre cómo funcionaba en mí, más de lo que yo podría ayudar en la forma en que funcionaba en Damian.

Estaba tan cerca que tuve que estirar mi cuello hacia atrás para ver su rostro con claridad.

—Quiero tocarte, Damian, pero estás actuando de una forma muy rara esta noche.

—Rara —dijo. Se movió, tan cerca que los bordes de su chaqueta y el afeminado pantalón de satén sacudieron el grueso paño de mis pantalones de vestir—. Raro, no me siento raro, Anita. —Bajo su rostro hacia el mío, y susurró las siguientes palabras—: Me siento medio loco. Todas esas mujeres que me tocan, frotándose contra mí, presionándome con su calor, —se inclinó, de tal forma que su cabello me rozó la mejilla—, suave, —su aliento se sentía caliente sobre mi piel—, húmedo, —sus labios tocaron mi

mejilla, y me estremecí—, sus cuerpos, contra mí.

Mi respiración se sacudió cuando se retiró, y mi pulso latía fuerte en mis oídos. Era difícil concentrarse en otra cosa que no fuera la sensación de sus labios contra mi mejilla, y pensar que todo lo que hacía sus labios era descansar ligeramente contra mi piel. Tragué saliva lo suficientemente fuerte para que me doliera, y dije:

—Te podrías haber ido con cualquiera de ellas.

Puso su mejilla contra la mía, eso significaba que se había inclinado más, movió su cuerpo más lejos del mío. Compromiso.

—¿Y cómo podría confiar en que sus ventanas eran a prueba de la luz del sol? —Se levantó y puso una mano a cada lado del armario, detrás de mí, de modo que quedé atrapada entre sus brazos—. ¿Puedo confiar en que ellas no me van a hacer daño, una vez que salga el sol y me quedé desamparado?

Traté de pensar en algo que decir, algo útil, algo que me ayudara a pensar en algo distinto a lo mucho que quería tocarlo. En caso de duda, es una perra.

—Me va dar un calambre en el cuello contigo parado tan cerca. —Mi voz sonaba solo un poco entrecortada cuando lo dije. Bien.

Damian puso sus manos alrededor de mi cintura, y sólo la sensación de la solidez de sus manos a mi alrededor detuvo cualquier otra cosa que quisiera decir. Se detuvo también por un momento. Incluyó la cabeza hacia abajo, cerrando los ojos, como si tratara de concentrarse, o despejar la mente. Luego me levantó, y me sentó en el borde del mostrador. Me tomó por sorpresa, y puso sus caderas entre mis rodillas antes de que pudiera reaccionar. No estábamos presionados uno contra otro, a excepción de sus manos en mi cintura, pero estábamos a un paso de estarlo.

—Ya está —dijo, la voz ronca—, ahora puedes verme mejor.

Tenía razón, pero no había sido eso lo que quería decir. Quería un respiro, y en su lugar tenía las manos libres, y él era difícil de apartar. Mis manos se posaron sobre sus brazos, e incluso a través del pesado material de su abrigo, pude sentir su solidez. Era como si mis manos tuvieran mente propia. Seguí hasta la línea de sus brazos, encontré sus hombros, y terminé con mis manos en la amplitud sus hombros, con su pelo haciéndome cosquillas en la parte posterior de las manos. Había algo en mis manos sobre sus hombros, o en la seda de su pelo en mi piel que me hizo inclinarme hacia él. Quería besarlo. Así de simple. Era una maldición estar

tan cerca y no tocarlo.

Inclinó la cabeza hacia la mía. Sus ojos eran como piscinas de un verde profundo, lo suficientemente profundo como para ahogarme en él. Susurró:

—Solo dime que pare, y lo haré.

No le dije que parase. Deslicé mis manos sobre la suave línea de su pálido cuello, y en el momento en que toqué su piel desnuda con la mía, me sentí más tranquila. Podía pensar otra vez. Ese era su regalo para mí, como mi siervo. Me ayudaba a estar más tranquila, más controlada. Cuando le tocaba, me era casi imposible perder los estribos. Bajaba mi presión arterial, me ayudaba a pensar.

Ahuequé su cara entre mis manos, porque quería tocarle, pero lo que gané por sus siglos de control de sus propias emociones fue que, cuando puso sus labios sobre los míos, no estuve perdida. No me sentía abrumada a menos que quisiera estar abrumada. No era que no sintiese nada, porque no era posible estar envuelta en los brazos de Damian, apretada contra su pecho, acariciando sus labios con los míos, y no sentir nada. Tendría que estar hecha de piedra para no derretirme en ese abrazo, aunque fuera un poco. Pero, mientras yo obtenía tranquilidad, él había comenzado a recuperar la pasión que había perdido a lo largo de los siglos. La pasión no sólo por el sexo, sino por cualquier emoción fuerte, porque el Maestro que le hizo no toleraba ninguna emoción fuerte, salvo el miedo. Ella le había quitado durante siglos más de lo que la mayoría de los vampiros hubieran soportado, pero sobrevivió.

Se echó hacia atrás, lo suficiente como para ver mi rostro.

—Estás tranquila. ¿Por qué estás tranquila? Me siento como loco, y ¡tú me ofreces una mirada tranquila! —Me agarró del antebrazo, y hundió sus dedos hasta que me dolió, y aun así me sentía tranquila—. Es un destino cruel el que hace que te sientas tranquila y más tranquila cuanto más nos tocamos, y a mí me vuelve más salvaje. —Me dio una pequeña sacudida, su rostro tenso con la emoción—. Estoy siendo castigado, y no he hecho nada malo.

—No es un castigo, Damian —y hasta mi voz era baja y tranquila.

—Jean-Claude dice que si lo deseas, puedes obtener la calma sólo cuando la necesitas. Que puedes tocarme y disfrutar tocándome, sin quedar atrapados detrás de esta máscara. —Sus dedos se estaban clavando muy fuerte, ya tenía moretones.

—Me haces daño, Damian. —Mi voz seguía en calma, pero había un

incremento de calor, y de ira.

—Por lo menos sientes algo cuando te toco.

—Suelta mis brazos, Damian. —Y así, me soltó, dejó mis brazos como si ardieran al tacto, porque no podía desobedecer una orden directa. Sea cual sea esa orden.

—Retrocede, Damian, dame algo de espacio. —Ahora estaba enfadada, incluso con el resto de su cuerpo tocándome. Cuando hizo lo que le dije y ya no me tocaba del todo, la ira me llenó y se derramó sobre mi piel como el calor. Dios, se sentía bien. Estaba acostumbrada a estar enfadada. Me gustó. No es lo más positivo que se pueda decir, pero es la verdad. Empecé a frotarme los brazos donde me había apretado, luego me detuve. No me gustaba que nadie supiera lo mucho que me había herido.

—No quise hacerte daño —dijo, estaba sosteniendo sus brazos. Pensé por un momento que estaba sintiendo mi dolor, entonces me di cuenta que estaba abrazándose a sí mismo para no tocarme.

—No, tú sólo quieres follar conmigo.

—Esto no es justo —dijo.

Tenía razón, no era justo, pero no me importaba. Mientras no me tocara, podría ser tan injusta como quisiera. Me envolví en mi propio enfado. Lo alimenté con cada pequeño impulso con que había luchado durante días. Debería haber recordado que ese control era muy similar al otro. Es como cuando pierdes el control, hace que otros tipos de control sean más difíciles de conservar.

Desaté mi enfado, como quien desata a un perro rabioso. Rugió a través de mí, y me acordé de una época en que la furia era el único calor que me permitía en mi vida. Cuando mi ira había sido mi consuelo y mi escudo.

—¡Fuera, Damian, sólo vete a la cama!

—No hagas esto, Anita, por favor. —Me tendió la mano, me habría tocado, pero me moví de nuevo, fuera de su alcance.

—Vete, ahora. —Y con eso no pudo evitarlo. Le había dado una orden directa. Tenía que obedecer.

Salió, con lágrimas brillando en sus ojos verdes. Paso junto a Nathaniel en la puerta. Nathaniel me miró con ojos neutros, con cara cuidadosa.

—Micah tuvo que irse.

Asentí con la cabeza, porque no me fiaba de mi voz. No me había permitido sentirme tan enfadada en mucho tiempo. Me había sentido muy bien durante unos momentos, pero ya empezaba a lamentar cómo había

tratado a Damian. No le había pedido que fuera mi siervo. Y, que lo hubiera hecho accidentalmente no lo hacía más justo. Era una persona adulta, y le había ordenado que se fuera a la cama como si se tratara de un niño malcriado. Se merecía algo mejor que eso. Cualquiera lo merecía.

La ira desaparecía, y hasta mi piel se sentía más fría. El término *caliente por la rabia* era muy real. Estaba avergonzada de lo que acababa de hacer. Comprendía el por qué, en parte. No necesitaba otro hombre atado a mí porque la metafísica exigiera un pedazo de mi cama, o al menos de mi cuerpo. No necesitaba eso. Sobre todo, no necesitaba a un hombre que no era capaz de alimentar mi *ardeur*. Porque incluso en medio del peor *ardeur*, el toque de Damian podría enfriar ese fuego. Cuando tomaba mi mano, el *ardeur* no podía levantarse o, al menos, podía alejarlo durante horas. ¿Por qué no pegaba mi cuerpo al de Damian? Por lo mucho que quería de mí, y por lo cómoda que me sentía dándoselo. No podía usarlo para ayudarme a luchar contra el *ardeur*, no si no estaba dispuesta a ceder a ese hambre de piel que sentíamos el uno por el otro.

Nathaniel entró en la habitación, vestido sólo con un par de suaves pantalones cortos de correr. Era su versión de los pijamas. Se había deshecho la trenza, por lo que su grueso pelo se derramaba a su alrededor como una especie de capa.

—¿Estás bien?

Empecé a decir que le debía una disculpa a Damian, pero no lo dije ya que, debido a lo que dijo, se elevó el *ardeur*. No, no se levantó, envolvió, ahogó, asfixió. De repente no podía respirar más allá del pulso en mi garganta. Mi piel se sentía lenta y pesada por él. No sé qué es lo que mostraron mis ojos, pero fuera lo que fuera, detuvo a Nathaniel en donde estaba, le congeló como un conejo en la hierba que sabe que el zorro está cerca.

El *ardeur* se derramó hacia el exterior, como agua invisible, caliente, húmedo y sofocante. Supe cuando el poder golpeó a Nathaniel, porque se estremeció. Se le puso la piel de gallina, su piel reaccionaba muy bien al poder. Empujé fuera el *ardeur* una vez más esta noche, y eso tenía un precio. Me había negado al toque de mi siervo, y eso tenía un precio. Abracé mi enfado, y dejé que se derramase en alguien que me importaba. Eso también tenía un precio. No quería que Nathaniel fuese el que pagara ese precio.



No recordaba haber cruzado la habitación, pero debía de haberlo hecho, porque estaba de pie delante de él. Sus ojos estaban muy abiertos, los labios entreabiertos. Yo estaba lo suficientemente cerca para ver el pulso en su garganta, latiendo contra la piel de su cuello, como si estuviera atrapado allí. Me incliné hacia él, y acerqué mi rostro justo hasta que pude oler el caliente aroma de vainilla de su cuello. Lo suficientemente cerca como para saborear su pulso en mi lengua como un caramelo. Y sabía que ese caramelo sería rojo, suave y caliente. Tuve que cerrar los ojos para no inclinar mi boca hasta ese punto, para no lamer su piel, para no morderle y liberar esa palpitante parte suya. Tuve que cerrar los ojos para no seguir mirando ese latido pulsando, saltando... Mi pulso era demasiado rápido, como si me ahogara en él. Creía que alimentarme durante el *ardeur* con Nathaniel era lo peor que podía hacer, pero los pensamientos en mi cabeza no eran sobre sexo. Eran sobre alimentarme. Gracias a mis vínculos con

Jean-Claude y Richard, había cosas más oscuras dentro de mí que el *ardeur*. Cosas peligrosas. Cosas mortales.

Me quedé inmóvil, tratando de dominar mi pulso, los latidos de mi corazón. Pero incluso con los ojos cerrados podía oler la piel de Nathaniel. Dulce y cálida y... cercana.

Sentí su aliento en mi cara, antes de abrir los ojos.

Se había acercado tanto que su rostro llenaba mi visión. Mi voz era suave, medio estrangulada por las necesidades con las que estaba luchando.

—Nathaniel...

—Por favor —susurró mientras se inclinaba, susurró nuevamente cuando su boca se cernió sobre la mía y suspiró—. Por favor —dijo contra mis labios. Su respiración se sentía caliente contra mi boca cuando nos besamos, como si se quemara. Sus labios, tan cerca de los míos, habían tenido su efecto. Ya no estaba pensando en rasgarle la garganta. Comprendí entonces que podría alimentarme de sexo, o alimentarme de carne y sangre. Sabía que un hambre podía convertirse en otra, pero hasta ese momento, donde casi podía saborear sus labios en los míos, no me había dado cuenta de que llegaría un punto en que debería alimentarme de algo. No me había alimentado de la lujuria de sangre de Jean-Claude, aunque había una sombra de ello en mí. No me había alimentado de la bestia de Richard y de su hambre de carne, pero eso también vivía en mí. Tenía tantas hambres en mí, y no alimenté ninguna de ellas, excepto el *ardeur*, al que sí alimentaba. Pero fue en ese latido del corazón en que Nathaniel me besó, cuando comprendí por qué no había sido capaz de controlar mejor el *ardeur*. Todos los apetitos se habían canalizado en esa única hambre. Jean-Claude sentía fascinación por la sangre que corría debajo de la piel. Richard deseaba la carne fresca y sangrienta. Yo había pretendido que no llevaba sus hambres dentro de mí, no realmente. Pero lo hacía. El *ardeur* me había dado una forma de alimentarme, una manera que no implicaba desgarrar la garganta de la gente, que evitaba que su sangre fresca llenara mi boca.

Nathaniel me besó. Me besó y le dejé, porque si me apartaba de eso o me enfrentaba a él, habría otras maneras de alimentarme, otras formas que lo dejarían sangrando y moribundo en el suelo. Sus labios eran como calor contra mi piel, pero una parte de mí quería algo aún más caliente. Una parte de mí sabía que la sangre sería como una ola ardiente en mi boca.

Tuve una imagen repentina, tan fuerte que me hizo tropezar hacia atrás. Haciendo que me alejara de esa carne caliente y firme.

Sentí mis dientes hundiéndose en la carne a través del áspero pelo que obstruía mi lengua. Pero podía sentir el pulso debajo de esa piel, sentirlo como algo frenético que huía de mí, como el venado corriendo a través del bosque. El ciervo fue capturado, pero qué dulce era ese algo latiendo justo fuera de alcance. Latió con más fuerza, corté a través de la piel con mis dientes, que fueron hechos para rasgar. La sangre se derramó en mi boca, caliente, hirviendo, porque la sangre del venado corría más caliente que la mía. Su calidez me ayudó a dirigirme hacia ellos. Me ayudó a cazarlos. El calor de su sangre me llamó, hizo que su rico aroma recorriera cada hoja por la que pasó, cada brizna de hierba que rozó, llevando lejos esa calidez, traicionándolo para mí. Mis dientes se cerraron alrededor de la garganta y arranqué la parte delantera, liberándola. La sangre salpicó finalmente por encima de mí y de las hojas, con un sonido como el de la lluvia. Tragué la primera sangre, caliente por la caza, y entonces la carne que todavía palpitaba dio un último pulso, el último latido de vida. La carne se movía en mi boca mientras iba hacia abajo, como si tratara de luchar por vivir, incluso ahora.

Volví a la cocina, estaba de rodillas y gritaba.

Nathaniel se puso frente a mí, y le di una palmada en las manos, porque no me atrevía a tocarlo. Aún podía sentir el sabor de la carne y de la sangre bajando por la garganta de Richard. No fue ese el horror que me hizo darle la palmada a Nathaniel. Sino el hecho de que me había gustado la gloriosa sensación de la sangre cayendo sobre mí. La lucha del animal me había excitado, haciéndome matar toda esa dulzura. Siempre que había tocado a Richard, había vacilado, con pesar o asco por lo que era, pero no había tenido ninguna duda en la visión compartida. Él había sido el lobo que había abatido al ciervo y había tomado su vida sin arrepentimiento. Su bestia se había alimentado y, en ese momento, el hombre en él no se había preocupado por ello.

Cerré todos los escudos que había entre él y yo, y fue entonces cuando sentí que miraba hacia arriba, sentí que levantaba el hocico ensangrentado, y parecía como si pudiera verme mirándolo. Se lamió los labios manchados de sangre, y el único pensamiento que tuve de él era que estaba bien. Estaba bien y había más, y se alimentaría.

Parecía que no podía separarme de él. No podía cerrarlo del todo. No quería sentir los dientes hundiéndose de nuevo en el ciervo. No quería estar en su cabeza en el siguiente mordisco. Me extendí hacia Jean-Claude. Le

busqué para que me ayudara, y encontré... sangre.

Su boca estaba cerrada sobre una garganta, sus colmillos enterrados en la carne. Olía la carne, reconocí el olor, supe que era a Jason, su *pomme de sang*, a quien tenía aprisionado entre sus brazos con más fuerza de la que se utiliza para sostener a un amante, porque un amante no lucha, un amante no se siente morir cuando le besas.

La sangre era tan dulce, más dulce de que lo que había sido la del venado. Más dulce, más limpia, mejor. Y una parte de lo que hacía que se sintiera mejor era el hecho de que sentía sus brazos entrelazados a nuestro alrededor, con la misma fuerza con la que lo sostenía a él. Parte de ello era más que el abrazo. Era la sensación de los latidos del corazón de Jason dentro de su pecho, golpeando contra el frente de nuestros cuerpos, de modo que podía sentir su frenesí cuando el corazón comenzó a darse cuenta de que algo andaba mal y sintió más temor, más sangre fue bombeada y más de esa dulce calidez se vertió en nuestras gargantas. Todo lo que podía sentir era la sangre. Todo lo que podía oler era la sangre. Se derramaba en mi garganta y no podía respirar. Me estaba ahogando. Ahogándome en la sangre de Jason. El mundo se había tornado rojo y me había perdido. Sentí un pulso, un pulso en esa oscuridad roja. Un pulso, el latido de un corazón que me encontró y me sacó.

Me di cuenta de dos cosas al mismo tiempo. Estaba acostada sobre las frías baldosas, y alguien me sostenía por la muñeca. Sentía su mano sobre mi muñeca. Abrí los ojos y encontré a Nathaniel de rodillas junto a mí. Su mano sobre mi muñeca. El pulso en la palma de su mano golpeaba el pulso en mi muñeca. Era como si pudiera sentir la sangre que corría por su brazo, el olor, casi como si pudiera saborearla. Me di la vuelta hacia él, acurrucando mi cuerpo alrededor de sus piernas y puse mi cabeza sobre sus muslos. Olía tan caliente. Besé el borde de su muslo y abrió las piernas para mí, para que mi cara cayera entre ellas, de modo que el siguiente beso fue contra el suave calor de la cara interna del muslo. Lamí a lo largo de esa piel caliente, tan caliente. Se estremeció, y su pulso se aceleró contra mí. El pulso en la palma de la mano empujando contra el pulso en mi muñeca, como si su corazón quisiera estar dentro de mí. Pero no era su corazón lo que él quería dentro de mí.

Giré mis ojos, y pude ver la apretada hinchazón contra la parte delantera de sus pantalones cortos. Lamí la línea de su muslo, lamí más cerca de esa fina línea de raso que se extendía por la parte delantera de su

cuerpo. Probé su pulso en mis labios, pero no era un eco del de su mano. Mi boca estaba sobre el pulso en la cara interna del muslo. Soltó mi muñeca, como si ahora ya no lo necesitáramos, sentíamos otro latido, un lugar más dulce para explorar. Podía oler la sangre que corría justo por debajo de su piel como un perfume exótico. Apoyé la boca sobre ese calor palpitante, besé la sangre por debajo de la piel. Lamí el golpe de su pulso con un sólo movimiento rápido de la lengua. Su piel tenía un sabor dulce y limpio, pero también sabía a sangre, como monedas de cobre, dulce en mi lengua.

Le mordí ligeramente, y gritó, un clamor por encima de mí. Le pasé las manos sobre el muslo, apreté con fuerza, para que el mordisco fuera más duro, más profundo. Su carne me llenaba la boca y por un segundo pude saborear el pulso bajo la piel. Sabía que si le mordía, la sangre se vertería en mi boca, que su corazón se derramaría en mi garganta como si quisiera morir. Permanecí con los dientes en torno a su pulso, luchando conmigo misma para no morder, para no tomar ese torrente caliente y rojo. No podía dejarme ir, y estaba usando todo lo que tenía para no hacerlo. Me extendí hacia abajo, por las cuerdas metafísica que me unían a Jean-Claude y a Richard. Tuve una imagen confusa de carne y vísceras, y de otros cuerpos apretujándose muy cerca. La manada estaba alimentándose. Alejé la imagen, porque me provocaba deseos de morder. El hocico de Richard estaba enterrado profundamente en el calor del cuerpo, enterrado en las cosas dulces que había en su interior. Tuve que escapar de esas sensaciones antes de que me alimentara de Nathaniel de la misma forma en la que ellos se alimentaban de los ciervos. Vi a Jason yaciendo muy pálido en la cama de Jean-Claude, sangrando sobre las sábanas. La sed de sangre de Jean-Claude se había apagado, pero había otras hambres. Me miró, como si pudiera verme. Sus ojos azules se estaban ahogando, y sentí que el *ardeur* había aumentado en él. Estaba inmerso en una ola de calor que le dejó mirando fijamente a Jason, de una forma que mostraba que sus pensamientos no tenían nada que ver con la sangre.

Habló, su voz resonó en mí:

—Debo cerrarme a ti, *ma petite*, algo está mal esta noche. Me obligas a hacer cosas que no deseo hacer. Alimenta el *ardeur*, *ma petite*, elige su llama antes de que venga otra hambre y te lleve lejos.

Después eso, se fue. Se marchó como si una puerta se hubiera cerrado entre nosotros. Después de un momento me di cuenta de que había cerrado

la puerta no sólo entre él y yo, sino entre Richard y yo también. Así que estaba de repente a la deriva. Estaba sola con la sensación del pulso de Nathaniel en mi boca. Su carne era tan cálida, demasiado cálida, y su pulso latía como algo vivo dentro de su piel. Quería liberar esa cosa temblorosa y palpitante. Quería liberarla de su jaula. Para liberar a Nathaniel de esta jaula de carne. Para ponerlo en libertad. Luché para no morderlo, porque una parte de mí sabía que una vez que probara la sangre, me alimentaría. Me alimentaría y Nathaniel no sobreviviría a eso.

Una mano agarró la mía, la tomó y la sostuvo. Sabía quién era antes de levantar la cara del muslo de Nathaniel. Damian se arrodilló a nuestro lado. Su tacto me ayudó a ponerme de rodillas, me ayudó a pensar, al menos un poco. Pero el *ardeur* no desapareció. Se retiró como el mar alejándose de la orilla, pero no se había ido, y sabía que iba a volver. Otra ola se estaba formando, y cuando se estrellara sobre nosotros necesitaríamos un plan.

—Algo está mal —dije, y mi voz temblaba. Me agarré a la mano de Damian como si fuera la última cosa sólida en el mundo.

—Sentí aumentar el *ardeur*, y pensé, genial, simplemente genial, ya me excluyó de nuevo. Luego cambió.

—Es una sensación maravillosa —la voz de Nathaniel llegó distante y soñadora, como si todo lo que había pasado fuera un buen juego previo.

—¿No sentiste el cambio? —pregunté.

—Sí —dijo él.

—¿No tuviste miedo?

—No —dijo—. Sabía que no me harías daño.

—Me alegro de que uno de nosotros estuviera tan seguro de ello.

Se incorporó sobre sus rodillas, en el mismo lugar donde se había medio desmayado.

—Confía en ti misma. Confía en lo que sientes. Cambió cuando trataste de luchar contra él. Deja de combatirlo. —Se inclinó hacia mí—. Déjame ser tu alimento.

Sacudí la cabeza, y me aferré a la mano de Damian, pero era como si pudiera sentir la rápida corriente volver hacia la orilla. Sentía como se creaba la ola, su construcción, y cuando llegara nos engulliría y arrastraría. No quería ser barrida.

—Si Jean-Claude te dijo que te alimentaras del *ardeur*, entonces aliméntate —dijo Damian—. Lo que sentí en ti hace un momento se acercaba más a la lujuria de sangre. —Su rostro mostraba un semblante

muy grave, doloroso incluso—. No quieres saber lo que la sed de sangre puede provocar en ti, Anita. No quieres eso.

—¿Por qué es diferente esta noche? —Era como una niña que le pedía a alguien que le explicara por qué el monstruo de debajo de la cama había crecido y se había convertido en una cosa aún más sobrecogedora.

—No lo sé, pero sé que por primera vez, cuando me tocas, lo siento. Un débil eco, pero lo siento. Siempre, antes, Anita, cuando me tocabas, se iba... —Hizo un movimiento con los dedos, como si apagara la llama de una vela... se apagaba. Esta noche...

Se inclinó sobre mi mano, y supe que iba a posar sus labios en mis nudillos. Uno de los dones del *ardeur* es que te permite ver el interior del corazón de alguien. Te permite ver lo que verdaderamente siente. Cuando sus labios rozaron mi piel sentí lo que Damian sentía. Satisfacción. Entusiasmo. Preocupación, pero todo se desvanecía rápidamente bajo la sensación de sus labios en mi piel. Deseaba. Me deseaba.

Quería alimentar el hambre de su piel. El hambre de su cuerpo, no tanto por el orgasmo, como por la necesidad de estar cerca y apretado, la necesidad que todos tenemos de presionar nuestra desnudez contra la de otra persona. Sentí su soledad y su necesidad, incluso si sólo era por una noche, de no sentirse solo, de no estar exiliado abajo en la oscuridad, solo. Vi cómo se sentía acerca de su ataúd en el sótano. No era su habitación. No era de ningún modo suyo. Era sólo el lugar al que iba a morir cada amanecer. El lugar donde iba a morir, solo, sabiendo que su soledad aumentaría mientras estuviera muerto. Vi la corriente interminable de mujeres de las que se había alimentado, como páginas de un libro, una rubia, una morena, una que tenía un tatuaje en el cuello, una de piel oscura, una de piel pálida, una con el pelo azul, una interminable cadena sin fin de cuellos y muñecas, y sus ojos ansiosos, y las manos agarrando, casi todas las noches, a la vista del público, como parte del show en «Danza Macabra». De modo que incluso su alimentación no era privada. Aunque eso no era especial. Se estaba alimentando para no morir, sin que tuviera ningún significado.

En el centro de su ser había un gran vacío. Se suponía que debía ser su maestro. Tenía que cuidar de él y nunca lo había sabido. No le había preguntado nada, había estado tan ocupada tratando de no estar atada a otro hombre a través de una especie de mierda metafísica, que no me había dado cuenta de que la vida de Damian estaba siendo succionada.

—Lo siento, Damian, yo... —No sé lo que hubiera dicho, porque sus dedos tocaron mis labios, y ya no pude pensar. Sus dedos tenían un calor y un peso que no habían tenido anteriormente.

Abrió los ojos, sorprendido, creo que tan sorprendido como lo estaba yo con esa sensación. ¿O era que mis labios habían dado también calor a su piel? ¿Acaso mis labios estaban de repente hinchados y ansiosos por sentir lo que me causaba el toque de la punta de sus dedos, como si la boca y los dedos fueran de repente algo más? Moví los labios contra su contacto, apenas un movimiento, lo suficiente para presionar mi boca contra la madurez de sus dedos, apenas lo suficiente para llamarlo un beso, pero no era su piel lo que probé, no era la piel lo que estaba tocando. Era como si hubiera puesto mi boca contra sus partes más íntimas. Sentía la dura y sólida presión sobre sus dedos, pero también su sabor, su olor, el perfume de algo más tenue, como si fuera un perro sobre la pista de la esencia del lugar donde quería estar. Exhaló un tembloroso suspiro, y cuando giré mis ojos para ver su rostro, la mirada de sus ojos era la de alguien ahogándose, como si casi hubiera tocado lo que podía probar. Sus ojos se llenaron de un fuego esmeralda, y existía una línea de deseo tallada por mi boca en sus dedos, su mano, su brazo, su pecho, sus caderas, hasta el centro de su cuerpo. Podía sentirlo, espeso, sabroso y lleno de sangre. Podía probar su calor como si mi boca se encontrara contra su ingle. Podía saborearlo, sentirlo, y cuando metí en mi boca las puntas de sus dedos se deslizó algo mucho más pequeño y fuerte en mi boca, sus ojos verdes giraron hacia atrás en sus órbitas, sus pestañas de jengibre aletearon hacia abajo. Su aliento suspiró una palabra:

—Maestro.

En ese momento, supe que tenía razón. Lo supe porque me acordé de haber estado en el otro lado de esa clase de beso. Jean-Claude podía empujar su deseo a través de mí como si su beso fuera un dedo dibujando a través de mi cuerpo, muy profundo a través de mis nervios, de manera que tocaba cosas que ninguna mano, o un dedo, podía acariciar. Por primera vez sentí el otro lado de un contacto de este tipo, sentí lo que Jean-Claude había sentido durante años. Había probado mis partes más íntimas mucho antes de que hubiera sido autorizado a tocarlas, o incluso a verlas. Sentí lo que había sentido, y fue maravilloso.

Nathaniel me tocó la mano. Creo que en realidad me había olvidado de él, me había olvidado de todo excepto de la sensación de la carne de

Damian contra la mía. Entonces, Nathaniel me tocó, y pude sentir su cuerpo a través de la palma de mi mano, como si una línea corriera desde el pulso en la palma de mi mano a su cuerpo, en una larga línea de calor y deseo y... poder. Sentí que el poder salía como una bengala hacia el exterior, desde mi boca y mi mano hacia sus cuerpos. Era mi poder, el poder que Jean-Claude había despertado en mí con sus marcas, pero también era mi poder, mi nigromancia, ardía como un fuego frío por el cuerpo de Damian, pero cuando chocó contra el cuerpo de Nathaniel, el poder cambió, se transformó y se convirtió en algo cálido y vivo. En un abrir y cerrar de ojos el poder quemaba a través de mí, a través de todos nosotros, pero ya no era sexo lo que sentía, era dolor. Estaba atrapada entre el hielo y el fuego, un frío tan intenso que quemaba, y un fuego que ardía, porque eso es lo que era. Era como si la mitad de la sangre en mi cuerpo se hubiera transformado en hielo, sin poder fluir, y estaba muriendo; y la otra mitad de mi cuerpo contuviera sangre fundida, como oro derretido, y mi piel no pudiera contenerla. Estaba fundiéndome, muriendo. Grité, y los hombres gritaron conmigo. Fueron los sonidos de Nathaniel y Damian, sus gritos, no el mío, los que arrastraron una parte de mí por encima del dolor. Esa parte ciega y dolorosa que sabía que, si dejaba que esto me consumiera todos moriríamos, y que eso no era aceptable. Tenía que encontrar una manera de guiarlo, de controlarlo, o me destruiría. Pero ¿cómo controlar algo que no entiendes? ¿Cómo se puede conducir algo que no se puede ver, o incluso tocar? Me di cuenta, en ese momento, que no estaba tocando nada. Que en alguna parte en medio del dolor les había dejado ir a los dos. Mi piel estaba vacía de su toque, pero el vínculo entre nosotros todavía estaba allí. Uno de nosotros, o todos nosotros, habíamos tratado de salvarnos dejándonos ir, pero esta no era una magia que pudiera derrotarse tan fácilmente.

Me arrodillé sola en el suelo, sin tocar nada ni a nadie, pero podía sentirlos. Sentía sus corazones en sus pechos, como si pudiera extender mi mano hasta ellos y excavar esos cálidos y palpitantes órganos de sus cuerpos, como si su carne fuera agua para mí. La imagen era tan fuerte, tan real, que me hizo abrir los ojos y me ayudó a salir del dolor.

Nathaniel estaba medio agachado, con la mano extendida hacia mí, como si hubiera sido el que se apartó. Sus ojos estaban cerrados, su rostro crispado y tenso por el dolor. Damian estaba arrodillado, su cara pálida no reflejaba nada, si no hubiera sido capaz de sentir su dolor no habría sabido

que su sangre se estaba convirtiendo en hielo.

La mano de Nathaniel tocó la mía, como un niño que se aferra a tientas en la oscuridad, pero en el momento en que sus dedos me tocaron, el incendio empezó a desvanecerse. Me agarró la mano, y ya no me dolió más. Todavía estaba caliente, pero era por el latido de la vida, como si el calor de un día de verano hubiera llegado a nosotros. La otra mitad de mi cuerpo estaba tan fría que quemaba. Tomé la mano de Damian, y en el momento que nos tocamos también dejó de doler. La magia, por falta de un término mejor, fluía a través de mí, el frío de la tumba y el calor de la vida, y me arrodillé en medio como algo atrapado entre la vida y la muerte. Era una nigromante, estaba atrapada entre la vida y la muerte, siempre.

Me acordé de la muerte. El olor a perfume de mi madre, «Hypnotique», el sabor de su lápiz de labios cuando me daba un beso de despedida, el dulce olor a polvos de su piel. Me acordé de la sensación de la suave madera en mis pequeñas manos, el ataúd de mi madre, el olor de clavo de los claveles de la corona sobre la tumba. Había una mancha de sangre en el asiento del coche y un óvalo de grietas en el parabrisas. Apoyé una mano pequeña en la sangre seca y recordé las pesadillas posteriores, donde la sangre siempre estaba húmeda, el coche esta oscuro, y podía oír a mi madre gritar. La sangre se secó en el momento que la vi. Ella había muerto sin que pudiera decirle adiós, no había escuchado sus gritos. Había muerto casi al instante, y probablemente no había gritado. Me acordé de la sensación de su sillón, áspero y rugoso, que olía a humedad porque, después de que mi mamá se fue no se había limpiado. En ese momento supe que no era un recuerdo. La madre alemana de mi padre se había mudado con nosotros y mantenía todo limpio y sin manchas. Pero era pequeña y estaba abrazando el costado de un húmedo sillón en una habitación que nunca había conocido, donde la única luz era el parpadeo de la pantalla de televisión. Había un hombre, una sombra enorme de un hombre, y estaba golpeando a un muchacho, golpeándolo con la hebilla de la punta de un cinturón. Decía continuamente:

—Grita para mí, pequeño bastardo. Grita para mí.

La sangre brotó de la espalda del niño y grité. Grité por él, porque Nicholas nunca gritaría. Grité por él, y la paliza se detuvo.

Me acordé de la sensación de Nicholas pegado a la parte trasera de mi cuerpo, acariciando mi pelo.

—Si algo me pasa a mí. Prométeme que huirás.

—Nicholas...

—Prométemelo Nathaniel, promételo.

—Lo prometo, Nicky.

Era un sueño, y la única seguridad que he conocido, porque si Nicholas velaba por mí, el hombre no podía hacerme daño. Nicholas no se lo permitiría.

Las imágenes se rompieron entonces, quebrándose como un espejo que hubiera sido golpeado; como si fueran destellos. El hombre acercándose más y más, la primera sangre cayendo a la alfombra, sangre en la alfombra, mi sangre. Nicholas en la puerta con un bate de béisbol. El bate golpeando al hombre. La silueta del hombre se recortaba contra la luz de la maldita televisión, con el bate en sus manos. La sangre pulverizó la pantalla. Nicholas gritando:

—Corre, Nathaniel, corre. —Corriendo, corriendo a través de los baldíos. Un perro con una cadena, ladrando, gruñendo. Corriendo. Corriendo. Cayendo junto a un arroyo, tosiendo con sangre. Y la oscuridad.

Recordé la batalla. Espadas y escudos, y el caos. Y por más que lo intentaba, el caos era todo lo que podía ver. La garganta de un hombre que explotaba en un brillante chorro de sangre. Sentir el peso de la hoja de mi espada, tan profundamente que se me adormecía el brazo. La fuerza al embestir a otros con mi escudo y obligarlos a retroceder por las escaleras estrechas y empedradas; y sobre todo eso, había una alegría feroz, una satisfacción total, la batalla era para lo que vivíamos, todo lo demás era tiempo que nos conducía a ella. Rostros familiares pasaban ante mi vista, ojos azules y verdes, de cabellos rubios o pelirrojos, todos como yo. La sensación de un buque debajo de mí, y un mar gris, corriendo blanco con el viento. Un castillo oscuro en una playa solitaria. Había habido combates allí, lo sabía, pero no era lo que recordaba. Lo que vi fue una estrecha escalera de piedra que terminaba en una torre oscura. Las antorchas titilaban en las escaleras, y había una sombra. Salimos huyendo de esa sombra, porque el terror nos sobrecogió. La puerta se desplomó, atrapándonos allí, nos volvimos y tratamos de parapetarnos. El miedo nos trituroó hasta que no pudimos respirar. Muchos dejaron caer sus armas y simplemente se volvieron locos con su toque. La sombra salió a la luz de las estrellas, y era una mujer. Una mujer de piel blanca como los huesos, los labios rojos como la sangre y el pelo como telas de araña de oro. Era terrible y hermosa, aunque era una belleza que hacía que los hombres

lloraran en lugar de sonreír.

Pero sonrió, la primera curva de esos rojos labios, mostró por primera vez el destello de unos dientes que uno no espera ver en la boca de un mortal. Confusión, después la sensación de las pequeñas manos blancas, como acero blanco, y sus ojos, sus ojos como llamas gris, como si las cenizas pudieran quemar. Las imágenes saltaron, y Damian estaba acostado en una cama, con esa terrible belleza montada sobre él. Su cuerpo se estaba llenando, a punto de desbordarse en ella, cabalgando hasta los confines del placer, cuando cambió, con una flexión de su voluntad, como si una flexión de sus muslos pudiera dar placer, sin embargo él se estaba ahogando en el miedo. Un temor tan grande y tan terrible que le hacía encogerse, lo arrancaba de vuelta hacia el placer y lo arrojaba cerca de la locura. Luego se retiraba como el mar alejándose de la orilla, y ella volvía a empezar. Una y otra vez, una y otra vez, el placer, el terror, el placer y el terror, hasta que le rogó que le matara. Cuando rogó, ella le dejó terminar, le dejó rendirse al placer de la finalización, pero sólo si rogaba. Una voz irrumpió a través de los recuerdos, destrozándolos.

—¡Anita, Anita!

Parpadeé, todavía estaba arrodillada entre Nathaniel y Damian. Era Damian quien me había llamado por mi nombre.

—No más —dijo él.

Nathaniel estaba llorando y sacudiendo la cabeza.

—Por favor, Anita, no más.

—¿Por qué me acusáis por el viaje por los malos recuerdos?

—Porque eres el maestro —dijo Damian.

—¿Así que es culpa mía que estemos reviviendo los peores sucesos de nuestras vidas? —Busqué su cara mientras mantenía fuertemente agarrada su mano. Ya no era algo erótico, el agarre se parecía más a líneas de seguridad.

—Eres el maestro —repitió Damian.

—Quizás se terminó, lo que quiera que fuera, tal vez ha terminado. — Me lanzó una mirada que se parecía a la de Jean-Claude cuando estaba desconcertado.

—¿Por qué esa mirada? —pregunté.

—Todavía lo siento —dijo Nathaniel, y su voz era baja y espesa por el miedo.

—Si quieres dejar de discutir y empezar a prestar atención a lo que está

pasando, quizás también lo sientas —dijo Damián, y no estaba hablando con Nathaniel.

Cerré la boca, que era lo mejor que podía hacer para no discutir, pero incluso el silencio fue suficiente. En ese breve silencio sentí un poder, como si algo grande empujara contra una puerta en mi cabeza. Una puerta que no se mantendría así por mucho tiempo.

—¿Cómo conseguiste liberarnos de eso?

—No soy un maestro, pero tengo más de mil años de antigüedad. He aprendido algunas habilidades en los últimos años, sólo para mantenerme seguro.

—Muy bien, «Sr. Vampiro Listo», ¿qué es lo que nos está pasando?

Me apretó la mano, y algo en sus ojos dijo claramente que no quería decirlo en voz alta. Me di cuenta de que no podía sentir sus emociones.

—Estás escudándonos a todos nosotros, ¿no es cierto?

Asintió con la cabeza.

—Pero no va a aguantar.

—¿Qué es? ¿Qué pasa con nosotros? ¿Por qué estamos compartiendo recuerdos?

—Es una marca.

Fruncí mi ceño.

—¿Qué? —Las marcas eran conexiones metafísicas. Las compartía con Jean-Claude y Richard.

—No sé de qué clase, pero es una marca. No es la primera, tal vez ni siquiera la segunda. ¿Tal vez la tercera? Nunca he tenido un sirviente humano, o un animal para llamar. Nunca he sido parte de un triunvirato. Tú sí, así que dímelo tú.

—A nosotros —dijo Nathaniel, con la voz entrecortada, asustada.

Miré sus ojos color lavanda muy abiertos. Contaba conmigo para solucionar esto. El problema era que no sabía cómo. No sabía cómo había empezado, así que ¿cómo iba a terminarlo? Me alejé de la confianza absoluta en su mirada, porque no podía ni siquiera pensar en seguir mirándole a los ojos. Traté de volver a pensar en la tercera marca. Había tenido un intercambio de recuerdos, pero habían sido benignos. Vislumbres de Jean-Claude alimentándose de muñecas perfumadas, sexo con mujeres que llevaban demasiada ropa interior, Richard corriendo en forma de lobo en el bosque, el rico mundo de olores que sentía en esa forma. Todos esos recuerdos habían sido sensuales, pero eran recuerdos seguros. Nunca se me

había ocurrido preguntarles sobre los recuerdos que habían recibido de mí. Probablemente no quería saberlo.

—Es una tercera marca, creo. Aunque con Jean-Claude a cargo eran sólo destellos de memoria, sobre todo sensuales, nada demasiado grave. ¿Por qué estamos atrapados en esta terapia infernal?

—¿Qué pensaste justo antes de que los recuerdos comenzaran? —preguntó Damián.

—En la muerte —dije—. Estaba pensando en la muerte, no sé por qué.

—Entonces, piensa en otra cosa rápidamente. —Su voz tenía un deje de pánico, y podía sentir la razón. Podía sentir esa puerta en mi cabeza comenzando a inclinarse hacia afuera como si estuviera derritiéndose. Sabía que cuando desapareciera sería mejor tener un plan.

—No traté de marcar a nadie —dije.

—¿Sabes cómo detenerlo? —preguntó.

—No —dije.

—Entonces, piensa en algo más, algo mejor.

—Piensa en pensamientos felices —dijo Nathaniel.

Le eché un vistazo.

—¿A quién me parezco, a Peter Pan?

—¿Qué? —preguntó Damian.

—Sí, quiero decir no, pero piensa —dijo Nathaniel—. Piensa en pensamientos felices. Piensa como si necesitaras volar. Sobreviví a lo que sucedió después... después de que Nicholas muriera. Pero no quiero vivirlo dos veces. Por favor, Anita, pensamientos felices.

—¿Por qué no piensa uno de vosotros en los pensamientos felices? —pregunté.

—Porque tú eres el amo, no nosotros —dijo Damián—. Tu mente, tus actitudes, tus deseos, son los que gobernarán hacia dónde va esto, no los nuestros. Pero por el amor de Dios, deja de pensar en lo peor que te ha pasado nunca, porque no quiero ver mis peores recuerdos. Nathaniel tiene razón, pensamientos felices.

—Pensamientos felices —dijo Nathaniel, y envolvió sus manos alrededor de una de las mías—. Por favor, Anita, pensamientos felices.

—Estoy recién salida del polvo de duendecillos —dije.

—¿Polvo mágico? —dijo Damian, pero sacudió la cabeza—. No sé de qué estáis hablando. Sólo piensa en algo agradable, alegre, cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa.

Traté de pensar en algo feliz. Pensé en mi perra Jenny, que había muerto cuando tenía catorce años, y salió de la tumba una semana después de su muerte. Salió de la tumba y se metió en la cama conmigo. Recordé su peso, el olor de la carne envuelta en tierra, y la carne madura.

—¡No! —Gritó Damian. Tiró de mí hacia él, con ojos salvajes—. No, no voy a ver lo que viene después en mi historia. ¡No! —Me agarró los brazos y me dio la vuelta para que le mirara, me sacudió. Nathaniel se envolvió alrededor de mi cintura, acurrucándose alrededor de mi cuerpo. Damian dijo—: ¿No tienes buenos recuerdos?

Era como uno de esos juegos donde tratas de no pensar en algo o de pensar en algo. Tenía que pensar en cosas buenas, y en mi vida, todo terminaba mal. Mi madre había sido maravillosa, pero había muerto. Amaba a mi perra, pero había muerto. Había amado a Richard, pero había roto conmigo. Pensé que había amado a alguien una vez en la universidad, pero rompió conmigo. Pensé en la sensación del cuerpo de Micah, pero había estaba esperando que también rompiera conmigo. Nathaniel me abrazó con más fuerza, la cara oculta contra mi espalda.

—Por favor, Anita, por favor, pensamientos felices, vuela para mí, Anita, por favor, Dios, vuela para mí.

Me tocó el brazo, la mano, y pensé en el aroma a vainilla de su cabello. El pensamiento de su vívido rostro escuchando cuando Micah nos leía. Todavía pensaba que Micah pasaría de ser el «Príncipe Encantado» a ser el “Gran Lobo Feroz», sin intención de darle un sesgo antropomórfico, pero Nathaniel nunca me abandonaría. Hubo un momento en que la idea de tener a Nathaniel conmigo para siempre me causaba un pánico infernal, pero me obligué a dejar fuera esa preocupación. La aparté. Me concentré en la sensación de tenerlo, y como si él sintiera mis pensamientos, empezó a relajarse contra mí. Avanzó de rodillas hasta colocarse detrás de mí, puso sus brazos alrededor de mi cintura, juntando nuestros cuerpos. Apoyó su rostro sobre mi hombro y aspiré el dulce aroma de su piel. Tuve mi pensamiento feliz. No volaba porque Nathaniel me lo había pedido, quería volar por Nathaniel.

Le besé en la mejilla, y se acarició a sí mismo contra la parte trasera de mi cuerpo, frotando la mejilla contra el costado de mi cara, de mi cuello.

Damian todavía sostenía mis brazos en sus manos, pero ahora lo hacía libremente. Nos miró a los dos.

—¿Supongo que has encontrado una idea feliz?

Respiré ese aroma a limpia vainilla y miré a Damian.

—Sí. —Mi voz estaba espesa, con el olor de la piel y la sensación del cuerpo de Nathaniel contra el mío. Pensé, es como un objeto vivo de confort, como un oso de peluche o un pingüino, pero aunque pensaba eso, sabía que era sólo una verdad a medias. Mi pingüino de peluche, Sigmund, nunca había besado mi cuello, y nunca lo haría. Era uno de los encantos de Sigmund. Él no me pedía nada.

Esa puerta en mi mente se derretía como un bloque de hielo al sol. El pánico revoloteó en mi pecho, y sabía que el pánico sería una emoción mala que tener con esa puerta derritiéndose. Tiré de Damian hacia nosotros y le susurré:

—Bésame.

Sus labios tocaron los míos, y la puerta se desvaneció. Pero no tuvimos más recuerdos. Habíamos recibido el *ardeur*. Por primera vez lo abracé, lo llamé por nombres de mascotas, e hice el equivalente metafísico a decirle «ven por mí. Ven por nosotros».



Nunca había abrazado el *ardeur* antes. Había sido abrumada por él, conquistada, dada a él, pero nunca bajé mi bandera y me rendí a esto, no sin al menos pelear. Jean-Claude me había dicho que si tan sólo pudiera dejar de pelear, no sería tan terrible. Que una vez que se ganaba un poco de control, necesitaba «hacer amigos» con el poder. Le había lanzado una mirada, y había dejado caer el tema, pero tenía razón, y estaba equivocado. Para él, creo que habría sido una seducción, pero esta era yo, y el hecho de que aún pudiera pensar mientras estaba ocurriendo era un problema más que una bendición.

Estaba bien con mi chaqueta de smoking cayendo. Estaba bien con el abrigo verde de Damian deslizándose al suelo, aún si esto dejaba la parte superior de su pálido cuerpo desnuda, con los finos músculos deslizándose bajo la piel del color de las frescas sábanas blancas. Nathaniel era el problema, o mejor dicho, mi confusión sobre él. Pasé las manos por la

increíble calidez de su piel, pero la mirada en sus ojos lavanda era demasiado. No amaba a Nathaniel, no de la forma que necesitaba, pero la mirada en sus ojos no dejaba ninguna duda de cómo se sentía sobre mí. Esto estaba mal. No podía tomar esto de él si estaba enamorado de mí, y yo no estaba enamorada de él. No podía hacerlo.

Aleje mis manos, moviendo la cabeza. Damian estaba moldeado contra mi espalda, pero en el momento en que me aparté de Nathaniel, sus ansiosas manos se volvieron lentas.

—Mierda —susurró, y apoyó su cara contra la parte superior de mi cabeza.

Los ojos de Nathaniel pasaron de brillar con amor, a algo más oscuro, más viejo. Puso sus manos a cada lado de mi cara, acunándome.

—No te alejes —dijo.

—Tengo que hacerlo.

—Si no es sexo, será sangre, Anita, ¿no puedes sentirlo? —preguntó Damian.

Podía sentir algo. Era como si esta vez fuera yo la que levantaba los escudos. Pero todavía quedaba algo grande y aterrador en el otro lado. Algo que había puesto en el proceso, aunque no a propósito, algo que tenía hambre. No importaba de lo que se alimentara, pero esto, finalmente, se alimentaría de algo.

Las manos de Damian estaban todavía en mis hombros, pero había inclinado su cuerpo hacia atrás lo suficiente como para que ya no nos tocáramos en ningún otro lugar.

—Anita, por favor...

Me volví en las manos de Nathaniel, de modo que pudiera ver la cara de Damian.

—Está mal, Damian.

—¿El sexo, o con quien es el sexo? —preguntó.

Tomé aire para contestarle, pero las manos de Nathaniel se cerraron alrededor de mi cara. Me giró para mirarle, y de repente era casi dolorosamente consciente de la fuerza de sus manos. Una fuerza que podría haber aplastado mi cara en lugar de acunarla. Era tan sumiso que rara vez me acordaba de cuán fuerte era, cuán peligroso podría haber sido si hubiera sido una persona diferente.

Empecé a decir, ¡Suéltame, Nathaniel!, pero sólo llegué hasta el «Suéltame», antes de que me besara. La sensación de sus labios sobre los

míos, deteniendo mis palabras, heló mi mente. No podía pensar, no podía pensar en otra cosa que sentir el terciopelo de su boca sobre la mía. Entonces, algo se rompió dentro de él, alguna barrera, y su lengua empujó en mi boca tan profundo y lejos como podía ir. La sensación de sentir tanto de él me desgarró profundamente, alejando mis escudos y, ya que nadie más estaba luchando, el *ardeur* volvió a la vida. Rugía de nuevo a la vida en el borde de los labios de Nathaniel, sus manos, su necesidad.

Hubo una confusión de ropa desgarrada, botones saltando y lloviendo sobre nosotros. Manos, manos por todas partes, y el sonido de ropa rompiéndose. Mi cuerpo se sacudió con la fuerza de mi ropa siendo arrancada, y mis manos estaban desgarrando sus ropas. Era como si cada centímetro de mi piel ansiara cada pulgada de su piel. Necesitaba sentir sus desnudeces deslizándose sobre la mía. Mi piel se sentía como un ser muerto de hambre, como si no hubiera tocado a nadie en mucho tiempo.

Sabía de quien era la hambrienta piel de la que estaba canalizando. No era sólo sexo lo que Damian había echado de menos. Hay necesidades del cuerpo que se pueden confundir con el sexo, o conducen a relaciones sexuales, pero no tienen nada que ver con el sexo. Había una pierna izquierda de mi pantalón recogida en torno a mi tobillo. Mi chaleco se agitaba abierto, y la camisa estaba hecha jirones. Fue la mano de Damian desde atrás la que tomó en su puño mis bragas y tiró, rasgándolas y apartándolas de mi cuerpo, dejándome desnuda de la cintura para abajo. Podría haberme girado para ver cuanta ropa tenía aún él, pero Nathaniel estaba delante de mí. Sus pantalones cortos habían sido destrozados. Por mí, creo. Se arrodilló en el suelo delante de mí, desnudo. Casi nunca dejo que Nathaniel esté desnudo a mí alrededor. Era una de las razones por las que había sido capaz de resistirme a aceptar dar esos últimos pasos con él. Sólo mantén la ropa puesta y nada demasiado malo pasará.

Ahora, se arrodillaba delante de mí, y todo lo que podía hacer era mirar la línea de su cuerpo. Su rostro, con esos ojos increíbles, esa boca, la línea de su cuello derramándose hacia la ancha y dura carne de sus hombros, el pecho, que mostraba el levantamiento de pesas que había estado haciendo, la curva de sus costillas bajo el músculo, llevando mi mirada hacia los planos de su estómago, el pequeño hoyuelo de carne que era su ombligo, el oleaje rico de sus caderas, y finalmente su madurez. Lo había visto totalmente desnudo y excitado sólo una vez antes. No lo recordaba tan ancho, ni tan largo, por supuesto, no había estado presionando esa dureza

hacia su propio estómago, como si la misma madurez de su carne fuera casi demasiado para contenerla. Parecía grueso y pesado con la necesidad, como si el más ligero roce pudiera hacerlo derramar esa madurez sobre mí.

Me moví para alcanzarlo, pero Damian eligió ese momento para cepillar la cabeza de su propia erección contra la parte trasera de mi cuerpo. El movimiento me hizo retorcerme y bajar la parte delantera de mi cuerpo, elevándome a mí misma hacia él como una ofrenda, como algo caliente. El pensamiento me ayudó a nadar de regreso hacia el control, por lo menos un poco. Nunca había visto desnudo a Damian, y ahora estaba a punto de sumir esa desnudez en mi cuerpo. Me parecía mal. Primero debería verlo, ¿o no debería? No había ninguna lógica en el argumento. Ninguna lógica dejada a la nada, pero esto me hizo girar la cabeza, me hizo mirarlo.

El rojo sangre de su cabello estaba derramado sobre los hombros, de modo que enmarcaba la increíble blancura de su cuerpo. Era estrecho de hombros, de pecho, y su cintura parecía no terminar nunca, suave y cremosa, como algo que debería lamer hacia abajo hasta encontrar el centro de su ombligo y, justo debajo de este, su longitud. Separada de su cuerpo, por lo que era más difícil juzgar la longitud. Parecía tallado en marfil y nácar, y donde la sangre corría cerca de la superficie ruborizado en rosa, como el brillo del interior de una concha, delicado y brillante. Me di cuenta en ese momento de que él había sido más pálido en vida que cualquier vampiro que hubiera visto desnudo, y su cuerpo era casi fantasmal en su colorido, como si de algún modo no fuera real.

La cara de Nathaniel rozó la mía, atrajo mi atención hacia él. Se había inclinado tan abajo que su rostro, como el mío, casi tocaba el suelo. Apoyó su mejilla contra la mía y susurró:

—Por favor, por favor, por favor —una y otra vez, y entre cada por favor, me besaba, un ligero toque de labios, por favor, un beso, por favor, un beso. Con sus besos y su cálida voz contra mi cara, nos llevó a ambos sobre nuestras rodillas de nuevo. Había sido tan consciente de su rostro, su boca, sus ojos, que no había pensado que arrodillados esta cercanía haría que su cuerpo desnudo se apretara contra el frente del mío. Su gruesa y sólida longitud presionando entre nosotros, clavada contra mi estómago por el empuje de nuestros cuerpos. Estaba tan caliente, tan increíblemente cálido, tan cálido, casi ardiente, y su empuje contra mi cuerpo era tan sólido como si estuviera luchando por no empujarse a través de mí. Crear un nuevo comienzo, cualquier cosa, cualquier cosa, sólo por estar en las

cálidas profundidades de mi cuerpo. Me tomó un segundo comprender que era la necesidad de Nathaniel lo que estaba sintiendo. Que él necesitaba eso urgentemente, pero era mi necesidad también. Mi necesidad y negación de ese querer, los que ayudaron a hacer de este momento lo que era. Y sobre todo eso, estaba Damian, a mi espalda, su cuerpo una gran barrera de necesidad.

Nathaniel y yo nos estábamos ahogando en la hambrienta piel de Damian. Tan solitario, tan terriblemente solo.

Y debajo de eso estaba el temor de Damian. El temor de que esto no pasara, que le exiliara de regreso a su ataúd, con todo esto sin terminar. Su soledad era una constante por debajo de su lujuria, y tenía una visión de una sala alta en el castillo. Una habitación que daba al mar. Pesadas barras de plata en las ventanas, con runas, y el sonido de las olas siempre a través de las ventanas, de modo que incluso si se alejaba, aún podía oírlo. Ella le había dado una de las mejores habitaciones del castillo como prisión, porque tenía una forma de saber lo que las cosas significaban para ti. Una manera de saber lo que más los lastimaría. Era su regalo.

Alguien me besó, duro y rápido, forzando mi boca a que abriera, empujando su lengua tan lejos que casi me ahogó, pero esto me trajo de vuelta, nos trajo a todos de regreso de ese cuarto solitario y el sonido del mar sobre las rocas de abajo.

Nathaniel retrocedió lo suficiente para decir en un ronco susurro:

—Pensamientos felices, Anita, pensamientos felices. —Entonces su boca estaba sobre la mía, lengua, labios, incluso los dientes ligeramente contra mis propios labios, así que era más comerse que besarse, pero trajo un gemido a mi garganta, un pequeño sonido indefenso de placer.

Mis manos estaban en su cuerpo, siguiendo el flujo de sus hombros, su espalda, y la curva lisa seda de su culo. La parte de atrás de su cuerpo llenó mis manos, y su delantera era como calor envuelto en carne, como si hubiéramos estallado en llamas.

Las manos de Damian estaban en la parte de atrás de mi sostén, de alguna manera había sobrevivido a la primera embestida. Lo abrió, y la parte delantera cayó contra el pecho de Nathaniel. Sus manos se derramaron sobre mis pechos, uno por detrás y el otro presionando contra la parte delantera de mi cuerpo.

El toque de Damian era delicado, acariciante.

Nathaniel envolvió su mano alrededor de mi pecho y clavó sus uñas en

la carne. Fue la mano de Nathaniel la que inclinó mi espalda, rasgó mi boca fuera de la suya, y obligó a que un grito saliera de mi boca.

Damian dudó, retirándose de ese grito, como si tuviera que sentir que era de placer y no de dolor. No le gustaba oír a las mujeres gritar. Y justo en ese momento regresamos en su memoria. Había una habitación bajo el castillo, las antorchas, la oscuridad y la mujer, cualquier mujer que creyera que era más bonita que ella. A nadie le estaba permitido el pelo más dorado que el suyo, los ojos más azules, o los pechos más grandes. Todos estos eran pecados, y los pecados eran castigados. Una ráfaga de imágenes, montones de pelo rubio, grandes ojos azules como el aciano, y la lanza que los sacaba; un pecho tan pálido y considerable como cualquiera que hubiera visto, y la espada...

Nathaniel gritó:

—¡Noooo! —Llegó junto a mí y cogió un puñado de pelo rojo. Tiró de Damian tan duro contra mí que, al sentir su duro miembro, me hizo retorcerme entre ellos.

—Pensamientos felices, Damian, pensamientos felices.

—No tengo ningún pensamiento feliz, —y en los confines de esa declaración estaban otros cuartos oscuros, y el olor a carne quemada.

Era yo la que gritaba esta vez:

—Dios, Damian, no más. Mantén tus pesadillas para ti mismo. —El recuerdo que se había ido con ese olor había atenuado el *ardeur*. Podía pensar de nuevo, incluso presionada entre ambos cuerpos.

—Dile que te folle —dijo Nathaniel.

Me quedé mirándole.

—¿Qué?

—Ordénale que lo haga, así no será conflictivo.

Parecía casi ridículo estar enfadada, de rodillas, casi desnuda entre dos hombres desnudos, pero era así cómo me sentía.

—Tal vez yo soy la que es conflictiva.

—Casi siempre —dijo, y sonrió para suavizar las palabras.

La voz de Damian llegó, baja y pesada, con algo parecido a la tristeza.

—No quiere hacer eso. Me quiere para ayudarla a detener el *ardeur*, no para alimentarlo. Eso es lo que realmente quiere, puedo sentirlo, y eso es lo que tengo que hacer.

—Anita, por favor, díselo.

Pero Damián tenía razón. Él era mi único puerto en la tormenta de

tentación sexual. Yo valoraba su capacidad para hacer que no sintiera el *ardeur*. Valoraba eso más que cualquier cosa que su cuerpo pudiera hacer por mí. Y porque realmente yo era su maestro, y porque era mi verdadero deseo, tenía que ayudarme a hacerlo. La frescura de la tumba se levantó entre nosotros, y no daba miedo esta vez. Era relajante, reconfortante.

—Anita, no —dijo Nathaniel—, no. —Puso su cabeza en mi hombro. El movimiento alejó su cuerpo del mío, y eso también me ayudó a pensar.

Me volví para mirar a Damian, aunque no tenía necesidad de ver su cara para sentir su tristeza abrumadora. La sensación de dolorosa pérdida parecía llenarlo, como una medicina amarga. Pero la mirada en su rostro dirigió a la pena, instalándola como una hoja clavada en mi corazón. Dolía ver los ojos de alguien llenos de tal dolor.

Me giré hacia él, continuaba abrazada ligeramente entre los brazos de ambos. Nathaniel puso la parte superior de su cabeza contra mi espalda desnuda, moviendo la cabeza.

—¿Anita, no puedes sentir lo triste que está? ¿No puedes sentirlo?

Miré en los verdes ojos de gato de Damian, y dije:

—Sí.

Apartó su rostro, como si me hubiera mostrado más de lo que le resultaba cómodo. Toqué su barbilla y giré su cara hacia mí.

—No me quieres, —y había un mundo de pérdida en esas palabras. Una pérdida que apretaba mi garganta, que hacía doler mi pecho. Quería negarlo, pero podía sentir lo que estaba sintiendo. Tenía razón, no le quería, no de la forma en que quería a Nathaniel, y mucho menos como quería a Jean-Claude o a Micah. ¿Qué dices cuando alguien puede leer tus emociones, de forma que no puedes esconderlas detrás de mentiras piadosas? ¿Qué dices cuando la verdad es horrible y no puedes mentir?

Nada. No hay palabras que curen eso. Pero había aprendido que había otras maneras de decir lo siento. Otras formas de decir, lo cambiaría si pudiera. Por supuesto, incluso eso era una mentira. No perdería la fría reserva que Damian podía darme, por nada.

Le besé, y quería que fuera ligero, suave, la disculpa que las palabras no podrían expresar, pero Damian pensó que nunca conseguiría estar cerca de mí de nuevo. Sentí una fiereza levantarse a través de él, una desesperación que le hizo apretar su puño en mis brazos, haciéndole meter su lengua en mi boca y besarme fuerte, entusiasta, y con rabia.

Probé sangre y supuse que me había cortado con sus colmillos. Tragué

el sabor dulzón de la sangre sin pensar. Entonces pude oler el mar, el olor era como la sal en mi lengua. Regresamos lo suficiente para mirarnos a la cara, y vi el hilo de sangre corriendo sobre su labio inferior. Nathaniel tuvo tiempo para decir:

—Olí el agua de mar. —Entonces, el poder nos inundó y nos estrelló unos contra otros. Nos puso contra el suelo como una ola partiendo un barco contra las rocas. Nos hizo gritar, y se retorció, y no podía controlarlo. Si hubiera sido un verdadero maestro, entonces podría haberlo montado, ayudándonos a todos, pero nunca me había querido dejar marcar por nadie.

Nunca quise ser maestro de nadie. La cuarta marca estaba aplastándonos, y no sabía qué hacer. El interior de mi cabeza explotó en estallidos de estrellas blancas y miasma gris. La oscuridad se comía el interior de mi cabeza. Si hubiera estado segura de que despertaríamos de nuevo, le hubiera dado la bienvenida al pasar, pero no estaba segura. No lo sabía. Pero no importaba, la oscuridad llenaba el interior de mi cabeza, y todos caímos en ella. No más gritos, no más dolor, no más angustia, no más nada.



Me desperté temprano por la luz del sol. Me hizo parpadear y, sólo después de lograr ver a través de su caliente resplandor, me pregunté, ¿dónde estoy?, ¿por qué estoy en el suelo? ¿Por qué estoy desnuda en el suelo? Sin volver la cabeza, vi las patas de la silla y eso me indicó que era mi rincón del desayuno. Está bien, estaba en el suelo de mi propia cocina, desnuda. ¿Por qué?

Oí el sonido de un suave movimiento antes de sentir el roce de una mano. Parecía requerir un gran esfuerzo mirar a mi derecha, bajo de mi cuerpo, y ver a Nathaniel tendido en el suelo, más desnudo que yo. Todavía tenía los restos de mi esmoquin aferrados a mis piernas. El esmoquin me hizo recordar la boda. Recordé haber hablado con Micah después de llegar a casa. Me acordé de que Micah había tenido que salir para salvar a uno de los lobos de Richard. Me acordé del levantamiento del *ardeur* y de que algo había salido mal. Me acordé de que Damian había estado allí. Debía

de haber despertado antes que nosotros y haberse arrastrado hasta su ataúd. Los no-muertos recuperan rápido las fuerzas.

Alguien se quejaba, y no era Nathaniel, ni yo.

De repente noté que podía girar la cabeza, mucho más rápido de lo que había podido antes. Una consecuencia de la adrenalina.

Damian yacía en el suelo, con la parte superior del cuerpo bañada por la luz dorada de la mañana, como si su piel blanca se hubiera sumergido en miel. Una parte de mi mente registraba su belleza, tendido en un charco de cabellos rojo sangre y luz dorada, pero la mayor parte de mí estaba aterrada. Estaba de rodillas y agarrando su pierna antes de que mi cuerpo pudiera discutir. Nathaniel estaba a mi lado, y tiramos de Damian fuera de la luz del sol.

Estaba despierto, despierto y gritando. Estaba fuera de la luz directa del sol, pero la cocina daba hacia el Noreste y el cuarto brillaba con la luz de la mañana. Damian se había apoyado en los armarios, presionando su cuerpo contra ellos como si pensase que podría derretirse y esconderse en la oscuridad. Traté de tomar su brazo, para ponerle de pie, para sacarlo de la luz, pero luchaba conmigo. Sus manos golpeaban su piel como alguien cubierto de arañas, tratando de apartar lejos sus más oscuros temores, cuando esos temores se están arrastrando por tu cuerpo. Pero la luz del sol no es como las arañas, y no te la puedes quitar de encima.

Agarré una muñeca que se agitaba y la sujeté bien. Grité por encima de sus gritos:

—¡Nathaniel, ayúdame!

Nathaniel luchó para agarrarle del otro brazo, sacamos al vampiro fuera de la luz y fuimos hacia la penumbra de la sala de estar con cortinas. No dejaba de gritar. Incluso cuando le pusimos contra la pared, en la fresca oscuridad, seguía gritando. En el momento en que soltamos sus manos empezó otra vez a golpearse la piel, como si estuviera apagando un fuego invisible.

Pero no debería haber invisibles. Había visto arder a un vampiro con la luz del sol, y ardían de una forma impresionante, con calientes llamas blancas, como magnesio. No había nada invisible en ello. Se quemaban, y si no salían de la luz, se derretían, incluso los huesos. Se necesitaba un fuego muy fuerte para derretir los huesos pero, a luz del sol, los vampiros ardían bien.

Nathaniel estaba de rodillas, tratando de calmar a Damian,

sosteniéndolo, intentando conseguir que parase de golpear con fuerza lo que no podíamos ver. Miré a Damian y traté de pensar más allá del temor que me estaba ahogando. Me estaba ahogando en el terror de Damian. No podía pensar más allá de él. Apenas podía respirar. Subí mis escudos, protegí mi mente contra su temor y traté de pensar. Miré hacia abajo, a la piel blanca de Damian, y no había ninguna ampolla, ni siquiera una mancha roja. No se había quemado. No estaba en llamas. Y no sabía por qué no. Tendría que haber estallado en llamas en el momento en que la luz del sol le tocó, pero no lo había hecho, y si no se había quemado con el sol cubriéndole no iba a arder aquí, en la oscuridad.

Podía escuchar el timbre del teléfono en la otra habitación, pero resultaba tenue sobre el sonido de los gritos de Damian. Por una vez dejé pasar la llamada. Si era la policía, volverían a llamar. Si era un amigo, podía volver a llamar. Si era otra emergencia, podía esperar. Un desastre después de otro.

Me arrodillé frente a él y traté de hablar por encima de los horribles gritos.

—Damian, Damian, estás a salvo. Estás bien. No estás en llamas. — Puse mis manos a ambos lados de su cara y volví a gritar—: Es seguro, ¡estás a salvo!

Sus ojos permanecían muy abiertos, las pupilas como puntas de alfiler. No escuchaba nada. Era como un ataque, pero peor. Si hubiera sido una película antigua le habría abofeteado, pero no estaba segura de que eso ayudase. ¿Qué es lo que se hace con un vampiro histérico? ¿Qué se hace con alguien histérico?

La puerta delantera se abrió con una explosión detrás de nosotros. Mis ojos estaban deslumbrados por la luz del sol que se derramaba sobre nosotros. Gregory, uno de mis leopardos, salió de esa llamarada de luz. No sé lo que iba a decir, porque Damian dejó escapar un sonido que estaba más allá de un grito. Era un sonido que nunca debió haber salido de una garganta humana. Se levantó y se movió como una mancha blanca y roja, lanzándose hacia el interior de la casa, fuera del caliente fuego de la luz.

Nathaniel le siguió con esa velocidad que el ojo-no-puede-ver, esa que tienen los cambiaformas, y ambos habían doblado la esquina antes de que yo llegara a ella. Esperaba ver la puerta del sótano abierta, pero no fue así. Un movimiento en la escalera me llamó la atención, y vi como Nathaniel daba un último paso y desaparecía por el pasillo. En su pánico, Damian

había corrido hacia arriba, no hacia abajo, a la parte de arriba de la casa, donde los vampiros rara vez iban. La parte de la casa donde las cortinas estaban abiertas y entraba la luz de la mañana. Mierda.



Estaba casi en el alto de las escaleras cuando oí a Gregory detrás de mí. Habló desde detrás.

—¿Qué pasa?

No sabía cómo responder a la pregunta, así que le ignoré. El pasillo superior era un estallido de luz, el gran ventanal lateral estaba abierto al sol naciente. El pasillo estaba vacío. Pensé, ¿Dónde están? Y lo supe. Los podía sentir, ambos estaban en la habitación pequeña que había a la izquierda, el cuarto de huéspedes. Había dado un paso hacia la puerta cuando Damian salió corriendo como si todos los demonios del infierno le persiguieran. Corrió gritando hacia la habitación de enfrente, a través del pasillo, que era el cuarto de baño. Desafortunadamente, también tenía una ventana. Todas las habitaciones tenían ventanas. Tal vez si pudiéramos meterlo en un armario.

Salió corriendo del cuarto de baño y se cayó, se apresuró a cuatro patas

como un animal hacia la próxima puerta abierta. Desapareció en el interior, solo sus gritos lastimeros nos informaron que había encontrado otra ventana abierta, otro baño de luz solar.

—¿Era ese Damian? —preguntó Gregory.

Asentí.

Nathaniel apareció por la primera puerta por la que había salido Damian, la sangre corría por su espalda y se sostenía el brazo. Me miró, y sus ojos reflejaban todo el dolor del mundo.

—Se ha vuelto loco otra vez.

La última vez que Damian se había vuelto loco, había matado a varias personas, los había asesinado, no solo fueron comida. Pero eso había sido porque yo era su amo y había abandonado la ciudad. Entonces aún no sabía que era su maestro. No sabía que dejándolo solo, sin el toque de mi magia, o como quieras llamarlo, lo convertiría en un renegado, un asesino sin sentido. Si antes fue por mi culpa, de alguna manera esto era otra vez culpa mía. Era su amo, ahora más que nunca, debería ser capaz de solucionar este problema.

—Gregory, cierra las cortinas. Empieza por las que están en el extremo de la habitación.

Sus ojos azules estaban muy abiertos, y su rostro reflejaba una docena de preguntas, pero Gregory era capaz de seguir instrucciones, aunque no quisiera. No discutió, únicamente empezó a cerrar las cortinas del final del pasillo.

Fui hacia la habitación en la que Damian había entrado, pero nunca llegué a entrar, porque apareció de repente y casi me tiró al suelo. Le agarré, pero mi toque no le calmó y el suyo a mí tampoco, por lo menos hoy no.

Me golpeó contra la pared, si soltaba su brazo comenzaría a correr otra vez, pero no le solté. Me agarré bien, y me estrelló contra la pared al otro lado del pasillo. Mierda. Grité:

—¡Damian, basta! —Pero, o no me oía o había perdido el poder de hacer que me obedeciera. De cualquier manera no era bueno. Cuando trató de golpearme de nuevo contra la pared, preparé mis piernas y utilicé su propio impulso, lanzándole contra la pared, de modo que la fuerza del impacto hizo que el yeso saltara.

Se separó de la pared gruñendo, con los colmillos al descubierto, dejando atrás su humanidad, hasta que lo que me inmovilizó en el suelo no

era Damian. Lo único que me salvó de que me desgarrara la garganta fue la velocidad extra que había obtenido con toda la mierda metafísica. Me dio tiempo de ponerle una mano en la garganta y otra en el pecho. Lo mantuve alejado de mí, a un brazo de distancia, mis dedos enroscados alrededor de su garganta. Normalmente habría puesto mi brazo en su garganta, pero no me fiaba de poner allí mi brazo, no durante un tiempo porque, las últimas dos veces que traté de hacer esa maniobra con un vampiro me habían despedazado el brazo. Por eso puse los dedos alrededor de su garganta y una mano en su pecho, tratando de alejarlo de mí.

Sus dientes chasqueaban y me gruñía, como un perro al final de la correa. La saliva salpicaba mi cara, saliendo de su boca como si fuera un animal rabioso. Luchaba sin pensar para llegar hasta mí, para hundir sus dientes en mi carne. Si hubiera estado pensando como una persona habría utilizado las manos y los brazos para alcanzarme, pero no estaba pensando como una persona. Así que luchaba contra mis manos, apretando su cuerpo contra la fuerza de mis manos, como si eso fuera todo lo que importara. Presionó su locura contra el empuje de mis manos y mi brazo empezó a ceder hacía dentro. No sé si mi nueva metafísica le hubiera ayudado más estando sano, pero no estaba sano, y estando loco era más fuerte que si estuviera sano. Mis brazos se empezaron a doblar y supe que si se acerba lo suficiente me despedazaría. Sus ojos sangraban en verde, y no había en ellos nada que no fuese ferocidad sin sentido.

No tenía armas. Quizás podría arrancarle la garganta. No sabía si ahora era lo bastante fuerte o no. Pero no era un vampiro maestro y no sabía con seguridad si se curaría si le partía la garganta. Si hubiera sido solo un mal tipo, le habría dañado y hubiera hecho cuanto pudiera para separarlo de mí, pero Damian no era un mal tipo, y lo que estuviera mal era de alguna manera culpa mía. No le podía matar solo porque no era lo bastante amo como para manejarlo.

Se apretó contra mí, y puse todo lo que tenía para mantenerlo lejos de mi cara y mi garganta. Mis brazos empezaban a temblar por el esfuerzo, y mis codos se doblaban. Su cara llenaba toda mi visión y su saliva goteaba en mi cara. Hice lo único en lo que podía pensar, me puse a gritar para pedir ayuda.

Gregory estaba allí de repente, con las manos en el brazo y el hombro de Damian, tratando de utilizar fuerza sobrenatural contra fuerza sobrenatural. Damian aminoró el empuje contra mi cara, pero solo se

ralentizó. Damian era como un ser humano con polvo de ángel, más fuerte de lo que era realmente, porque no había nadie en su cabeza para regular su fuerza. Utilizaba toda esa fuerza y su meta en la vida parecía ser mi cara.

Nathaniel agarró el otro hombro de Damian. La sangre todavía le caía por el brazo, pero había disminuido. Lo que significaba que Damian había encontrado la manera de hacerle daño sin utilizar los dientes o las uñas, porque si no habría comenzado a curarse. Creo que con los dos tirando y yo empujando, podríamos haberlo conseguido, pero el brazo herido de Nathaniel estaba al lado de la cara de Damian. Se enfureció, pero todos los vampiros, incluso los aparecidos, reaccionan ante la sangre fresca. Su cuello se giró en mi mano, y había estado tan decidida a alejarlo que me sorprendió. Habría hundido sus colmillos en el brazo de Nathaniel, pero Gregory fue una fracción más rápido y una fracción más lento. Se las arregló para pasar su brazo alrededor del cuello de Damian, lo que puso su muñeca casi en la boca del vampiro. Damian hizo lo que cualquier animal haría, le mordió.

Gregory gritó y trató de alejarse. Funcionó y a la vez no lo hizo. Se apartó de nosotros, pero el vampiro fue con él. Se movió tan rápido que Nathaniel cayó contra mí, su sangre corriendo por mi piel. Estaba sobre sus pies, y moviéndose hacia los sonidos de lucha más abajo en el pasillo, antes de que me pudiera poner de rodillas.

Damian había clavado a Gregory en el suelo, agarrado su brazo como un perro con un hueso. Incluso por encima de los gritos de Gregory oí el chasquido del hueso. Nathaniel estaba allí, envolviendo sus brazos alrededor de la cintura de Damian. Le levantó en el aire, pero los dientes se quedaron en el brazo roto de Gregory, por lo que Gregory se puso de rodillas a causa del dolor y de los colmillos trabados en su brazo.

Estaba casi llegando cuando Damian recordó que podía volar. Se empujó lejos del suelo y Nathaniel quedó aplastado contra el techo, lo bastante fuerte como para que lloviera yeso sobre ellos, cuando Damian tocó tierra, Nathaniel aflojó su agarre. Damian había sido una vez un gran guerrero y, aunque Nathaniel y Gregory tenían fuerza, no sabían cómo pelear. La fuerza sin entrenamiento no era rival para él.

De repente era la única en pie en el pasillo, a excepción de Damian. Vino hacia mí en un borrón de movimiento. Conseguí afianzar un pie y tuve un latido de corazón para verlo, pensé en lo iba a hacer, y lo hice. Años de práctica de judo y mi cuerpo lo recordó antes de que mi mente lo

hubiera asimilado. Utilicé su propio impulso contra él, un brazo y la cadera como puntos de giro, y le tiré, tan lejos y tan fuerte como su propio movimiento me permitió. Terminó en la parte superior de la escalera, en cuclillas, y se giró hacia mí antes de que tuviera tiempo de maravillarme de lo lejos que le había lanzado. Permitiéndonos ver que ya no había en él nada de un humano.

Sin embargo, una silueta se elevó por encima de él, subiendo las escaleras. Era Richard Zeeman, Ulfric local, Rey lobo, ex novio y en el lugar equivocado en el peor momento.

Tuve unos segundos para ver que su pelo había crecido lo suficiente como para que hubiera unos pocos rizos en su lamentablemente corta cabellera, su camiseta blanca contrastaba con su piel morena, seguía siendo uno de los hombres más guapos que había visto en mi vida. Entonces el vampiro se giró, advirtiendo su presencia, y se lanzó contra Richard. Él los equilibró por un segundo, pero el peso del otro hombre les empujó a los dos, y Richard cayó de espaldas escaleras abajo con el vampiro sobre él. Desaparecieron de mi vista y, junto con el sonido de sus cuerpos cayendo por las escaleras, oí un grito de mujer.



Fui hacia las escaleras, esperando verles luchando, pero las escaleras estaban vacías. Corrí hacia abajo por las escaleras, hacia el sonido de la lucha. Richard había conducido la lucha a la sala de estar, para utilizar el espacio de esta, y también poder usar sus largas piernas y sus brazos.

Richard le dio una patada a Damian en la cara, lo bastante fuerte para que el vampiro se tambaleara hacia atrás. Eché un vistazo al perfil de la cara de Damian, la sangre corría por su boca y la parte derecha de su cara. Richard aprovechó los segundos adicionales que el vampiro le concedió para dar una hermosa patada giratoria en el otro lado de la cara de Damian. Era bastante difícil, pero la sangre voló en un fino arco. Damian se tambaleó y se fue hacia abajo, pero chocó contra la pared. Vaciló el tiempo suficiente para que Richard pusiera en marcha otra patada. El pie trasero apoyado, el pie delantero también, saltó, el cuerpo parcialmente girado para dar fuerza al giro. De la forma en que, cuando logras asestar un puñetazo,

retuerces el puño sobre la piel para aumentar ligeramente el daño.

Miré a Richard, que tenía toda su atención puesta en el vampiro, su cuerpo se tensó, preparándose, sus manos en flojos puños a pesar de que se preparaba para dar otra patada, me recordaban que allí había alguien, con una fuerza sobrenatural, que sabía cómo luchar. Había sangre en su mano izquierda, y no podía decir si era de Damian o suya.

Un pequeño sonido, en el otro lado de la sala, capturó mi atención. Había una mujer de pie, cerca del televisor. Era pálida, y tenía el pelo oscuro, estaba asustada. No tuve tiempo de observar más. Estaba demasiado cerca de la lucha para distraerme.

Si Damian hubiera sido un gran vampiro malo en mi casa, habría tomado mi arma y habría acabado con él, pero no era un villano. Era solo Damian, y de alguna manera todo esto era culpa mía. No podía conseguir un arma y limitarme a pegarle un tiro. Era una de las pocas veces en mi vida que permanecía congelada, abrumada por mis decisiones, o la falta de ellas.

Damian había estado tanto tiempo contra la pared, quince, treinta segundos, que pensé que la lucha había terminado, que Richard de verdad podía haber pateado algún punto sensible, estaba equivocada. El vampiro se separó de la pared como un borrón blanco y rojo. Richard enfrentó el ataque y dio una patada en el pecho de Damian. No fue una bonita patada, no como la giratoria, pero el sonido de su impacto fue fuerte y contundente. Si hubiera sido humano le habría hecho caer, pero no era humano, y no lo hizo.

Se tambaleó hacia atrás, y casi podía extender la mano y tocarle la espalda. Damian se quedó inmóvil, como solo los vampiros viejos pueden, como si fuera una hermosa estatua. Entonces supe, supe que estaba a punto de moverse y no hacia Richard.

Tuve unos pocos segundos extra para reaccionar, luego se giró en un torbellino de piel blanca y pelo rojo, se giró tan rápido que los borrosos colores parecían un torbellino de nieve y sangre.

Me lancé a un lado, hacia la parte de atrás del sofá. Terminé al otro lado de este, sobre la alfombra. Tuve un latido del corazón para ponerme en pie, pero Damian ya estaba sobre mí.

Me preparé para ello, pero era como tratar de prepararse para un tren de carga. No había forma de detenerlo, o de luchar contra él. De repente estaba cayendo hacia atrás, con Damian encima de mí. No luché contra la

caída, solo la usé. Cuando mi cuerpo tocó el suelo, tenía un pie en el estómago de Damian y las dos manos en sus brazos. El *tome nage* es el único movimiento en judo donde haces que todo tu cuerpo se pegue al de él. La mayor parte de los movimientos tienen variaciones, que puedes realizar en el último minuto si no funcionan, pero el *tomo nage* funciona o, a veces, no lo hace. Si fallas, tu opositor estará encima de ti en una posición perfecta para fijarte. Pero no había elegido el movimiento, había sido la única jugada de ataque que Damian me dejó. Tuve solo unos segundos para hacer lo correcto, o iba a comerse mi cara. Así que cuando di una patada, levantando mis pies, di todo lo que tenía. Se me había olvidado que todo lo que tenía era más de lo que solía ser.

Damian voló por los aires de nuevo, pero ahora no fue por sus poderes sobrenaturales. Me di la vuelta a tiempo de ver a Damian golpear la pared a lo lejos. Se golpeó lo suficientemente fuerte como para rajar la pintura y dejar una impresión parcial de su cuerpo sobre la pared, luego se deslizó al suelo. Oí a alguien detrás de mí decir: —Wow—, y no era Richard, porque él estaba casi a mi lado, rodeando el sofá. No tenía tiempo para echar un vistazo detrás de mí para ver si era Nathaniel o Gregory, porque dos cosas malas estaban pasando a la vez.

La primera era que Damian se ponía de pie muy despacio. Tan despacio que hasta pensé que de verdad le había hecho daño, pero aún se levantaba, todavía no estaba inconsciente. Y la segunda era que la mujer comenzó a gritar de nuevo y, gracias a mí, Damian estaba cerca de ella, ya que cuando tiré a Damian por la habitación, ella estaba cerca de ese lugar. Había sido un refuerzo y se había apartado de su vuelo, de lo contrario habría aterrizado casi donde estaba, pero cuando se dio la vuelta, estaba a un metro de distancia. No era bueno.

Richard dio un paso hacia ella, pero ella ya era un refuerzo, no para nosotros. Sostenía la puerta principal abierta. Había algo en la forma en que se movía que hizo que Richard y yo dijéramos algo. Richard tuvo tiempo para decir:

—Clair, no... —Yo tuve tiempo para decir—: No corras. —Pero ya era demasiado tarde. Corrió, y Damian se giró para mirarla. Era como poner a un gato en una habitación llena de ratones, perseguiría al que primero corriera.

Richard se movió, pero incluso con su velocidad, no había tiempo para adelantarse a Damian y bloquear la puerta. Richard únicamente tuvo

tiempo para correr a por Damián, para chocar contra él y lanzarles a ambos al suelo.

Tenía al vampiro debajo, pero no sujeto. Richard gritó. Sus hombros me bloqueaban la vista, y tuve que moverme alrededor a sus cabezas para ver la boca de Damian enterrada en la parte superior del pecho de Richard.

Me arrodillé para ayudar a separar la boca de Damian de su carne, pero Richard cometió un error de novato preternatural. Agarró a Damian por el pelo y le alejó de él. El mordisco de un vampiro se parece a los mordiscos de las serpientes; si la serpiente tiene una buena sujeción, simplemente no tires para alejarla. Tirar para alejarla causa más daño que dejar que la serpiente se suelte por sí misma, o que si te entrometes para que se suelte. Supongo que la excepción sería una serpiente venenosa, si se supone que cuanto más tiempo muerde más veneno bombea, lo cual puede o no ser cierto, pero el mordisco de un vampiro no es venenoso. Fue un impresionante espectáculo de fuerza verle arrancar la boca del vampiro de su carne, pero esa espectacular muestra de fuerza tenía un precio. La camisa de Richard estaba rasgada por entero en ese lado de su cuerpo, y tenía un gran agujero sangrante en la parte superior del pecho, casi hasta el hombro. Su mano, que había estado presionando contra el hombro de Damian, de pronto se aflojó, y todo lo que impedía a Damian hundir los dientes en Richard de nuevo era el apretón de Richard sobre su largo pelo rojo.

Puse una mano sobre el hombro de Damian y apreté, y a diferencia de otras veces en que intenté mantener a un vampiro a raya sin éxito, esta vez funcionó, al menos un poco. Bien por la fuerza sobrenatural.

Una pequeña porción de carne cayó de la boca de Damian cuando trato de girarse y clavar los colmillos en mí. Richard dio un tirón de su pelo y evitó que aquellos tensos colmillos se clavaran en mí. Trató de usar su brazo izquierdo otra vez, y se movió, pero no podía empujar con él. Algo importante tenía que haberse roto. Súper fuerte o no, de repente luchaba con un sólo brazo.

Entre los dos pudimos mantener a Damian completamente alejado, pero no pudimos mantenerle apretado contra el suelo. Seguía tirado boca arriba, con los dientes al aire. Los sonidos que salían de su garganta eran más animales que humanos. No estábamos perdiendo la batalla, pero tampoco estábamos ganándola. Necesitábamos un plan de ataque diferente.

Me alejé de sus hombros lo suficiente para que se levantara un poco

más, y los ojos de Richard se ampliaron.

—No puedo sostenerlo con una mano, no solo.

—Voy a poner un brazo alrededor de su cuello para controlar su cabeza —dije—. Pero necesito levantarlo del suelo.

—Un estrangulamiento no funcionará en un vampiro. No respiran.

Eso era una verdad a medias, pero lo dejé pasar. Podíamos discutirlo más tarde.

—Sólo estoy tratando de controlar la cabeza, eso es todo.

Asintió ligeramente. No parecía muy convencido, pero no discutió, y eso era bueno. Me coloqué detrás de Damian y, estaba tan ocupado tratando de zafarse del agarre de Richard, que no pareció darse cuenta. Me arrodillé detrás del vampiro, y por primera vez fui muy consciente de que estaba desnudo. La lucha había sido tan estresante que había hecho que muchas cosas a mi alrededor carecieran de importancia. Lo que lo hizo importante ahora, era que la mano de Richard estaba aún en el pelo de Damian, y su mano tenía que permanecer allí hasta que colocara mi brazo alrededor del cuello del vampiro. Tenía que tener un brazo alrededor del cuello de Damian y el otro sosteniendo la muñeca, y tenía que apretar como a una hija de puta, con mi cara enterrada contra la parte de atrás de su cabeza, por lo que, en teoría, no podía llegar a mí. Sólo el agarre de Richard, y el deseo del vampiro de morderle, le impedirían clavar los colmillos en mí durante el proceso. Así que Richard tenía que mantener su mano allí, pero ahora, de repente, mis pechos desnudos iban a estar presionados contra el dorso de su mano y su brazo. El hecho de que ese pequeño conocimiento me congelara por un segundo decía lo mal que me sentía con Richard, o lo colgada que estaba de él. Una lucha a vida o muerte, y estaba preocupada por mis pechos presionando contra su mano. Enfócate, Anita. Sobrevivir en primer lugar, avergonzarte más tarde.

—¡Date prisa! —dijo Richard, y había tensión en esa palabra. Súper fuerte no significa que no se pudiera cansar.

Tomé una profunda respiración, y la solté, me moví, tanto sobre el cuerpo de Damian como de la mano de Richard. Tenía que actuar con rapidez y firmeza, sin dudas, porque el control del agarre de Richard no era perfecto. Si Damian me sentía antes de que mi brazo estuviera bajo su barbilla, no estaba segura de que hubiera algo que Richard pudiera hacer para salvarme de algún daño.

Mi mano tocó la sangle de Damian en su piel resbaladiza, y tuve que

seguir adelante. Tuve que pasar por alto la reacción casi eléctrica que tuve cuando mis pechos desnudos rozaron el dorso de la mano de Richard. Un pequeño toque y mi piel se puso de gallina. Pero era algo más que atracción física. Era como si el mundo contuviera la respiración. Incluso Damian se quedó congelado en ese momento. Sentí a Jean-Claude despertar. Sentí sus ojos abiertos, sabía que se había despertado en un mar de sábanas de seda, en la oscuridad sin sol de la clandestinidad, en el Circo de los Malditos. Se giró en ese nido de seda, en la oscuridad, para tocar el cuerpo de Asher, que estaba aún frío, aún a horas de despertarse.

La voz de Jean-Claude resonó en mi cabeza.

—¿Qué has hecho, *ma petite*?

No sé lo que habría respondido, porque en ese momento, el mundo volvió a enfocarse. Todavía podía sentir a Jean-Claude a kilómetros de distancia, pero estaba de regreso al aquí y ahora.

Damian me ayudó a concentrarme en el aquí y ahora. Se retorció en las garras de Richard, desesperado, y se lanzó hacia mí con la boca abierta, los colmillos tensos, como una sorprendente serpiente. De repente puse mis manos en su pelo y eso ayudó a Richard a mantenerlo alejado de mi piel, por solo fracciones de pulgada. Coloqué mi brazo derecho debajo de su barbilla, apretando contra la parte frontal de su cuello. Y reaccionó como si el único peligro fuera el brazo que se deslizaba por su lado derecho, de modo que nunca trató de girarse contra mi apretón y el agarre de Richard en el otro lado. No había pensamiento humano en él en este momento. Ni humano. Ni vampiro. Ni siquiera estaba segura de si *animal* era la palabra correcta. No tenía palabras para aquello en que Damian se había convertido. En un siglo diferente habría sido *demonio, poseído, maldito*.

La voz de Jean-Claude sonó de nuevo en mi cabeza.

—Estará condenado si no puedes traerle de vuelta.

Tuve que sacudir la cabeza, como si su voz fuera un insecto que zumbaba dentro de mi cráneo. Eso me distrajo. Pensé con fuerza, deja de hablar. No sé si me oyó o descubrió por su propia cuenta que estaba distrayéndome, pero se detuvo.

Solté el pelo de Damian y utilicé mis brazos para cerrarlos alrededor de su cuello, en lo que habría sido un estrangulamiento si él necesitara respirar. Los vampiros respiran, pero no tienen que hacerlo. Mi brazo se deslizó a su posición con facilidad gracias a la sangre, pero la sangre también hacía más difícil sujetarle, era más difícil mantener el apretón.

Incliné la cara hacia abajo, apretándome contra un lado de su cabeza, usando toda la parte superior del cuerpo para, simplemente, controlar su cabeza.

Richard soltó el pelo Damian, y el vampiro se levantó del suelo. Apreté mis manos alrededor de su cuello, pero era alto para un paseo. Podía controlar los movimientos de lado a lado de su cabeza, pero no podía sofocarlo, y no pesaba lo suficiente para detenerlo.

Damian estaba encima de Richard, clavando al hombre más grande en el suelo. Richard presionaba con su brazo bueno contra el pecho de Damian. Mis pies estaban debajo de mí, uno a cada lado de ellos. Era difícil, porque no era lo bastante alta como para hacerlo con comodidad, pero empecé a apretar el cuello de Damian. Sentía que podía romperle el cuello. Estaba casi segura de que podría pero, simplemente, no podía luchar tirar de él hacia atrás. Sabía que la mayoría de los vampiros decapitados morían. Nunca antes había tenido la fuerza suficiente para romper un cuello con facilidad, así que nunca lo había intentado. ¿Si le rompía la columna moriría? ¿Quedaría mutilado? ¿Se podía dañar la columna vertebral de un vampiro?

El brazo de Richard empezó a temblar y a doblarse por el codo. Tiré hacia atrás, y sentí que la tráquea de Damian comenzaba a ceder. Iba a aplastarle el cuello antes de que se rompiera la columna vertebral. Miré más allá de nosotros y encontré a Nathaniel inclinado sobre Gregory al pie de las escaleras. Gregory no se movía, pero un problema cada vez. Grité:

—¡Nathaniel!

Se giró, y había sangre por toda la parte delantera de su cuerpo. Creía que la mayoría no era suya. Su cara se veía sorprendida, como si hubiera perdido la pista a nuestra lucha, pero vino a mí. Agarró el brazo de Damian, y fue como si hubiera dado al vampiro otro objetivo. Damian soltó a Richard y de repente estaba encima de Nathaniel. Estaba empezando a sentirme positivamente inútil. No podía sofocarlo, no era lo bastante pesada para detenerle, no estaba dispuesta a romperle el cuello, era inútil. Usé mi peso para hacer que se tambaleara y obligarle a apartarle, a fin de que Nathaniel tuviera tiempo de usar sus brazos y colocar una pierna en el estómago de Damian. Si Nathaniel hubiera sabido cómo luchar, habría podido hacer más, pero de momento, mantener al vampiro fuera de su alcance, era bueno.

La voz suave de Jean-Claude estaba de nuevo en mi cabeza.

—Has hecho algo para dañar el vínculo entre Damian y tú. Debes volver a abrirlo, *ma petite*.

—Un poco ocupada ahora —dije.

Richard envolvió su brazo alrededor de la cintura de Damian y me ayudó a apartarlo de Nathaniel. Entre los tres le colocamos en el suelo. Cambié la posición de mis manos en su cuello a un estrangulamiento, que no habría funcionado en absoluto si Nathaniel no hubiera estado presionando en el hombro y el pecho y Richard sentado encima de él. Mi cuerpo estaba enroscado alrededor de su cuello, usaba mi propio peso como un ancla, para hacerle más difícil levantarse. Pero había intentado esto en las clases de judo con hombres humanos, y no fue eficaz, no hacía la fuerza suficiente sobre la parte superior de su cuerpo para sentarle conmigo colgando de su cuello. Pero ahora si lo conseguí, sólo para controlar su cabeza, la boca, los colmillos, y claro, porque estaban Richard y Nathaniel para ayudarme.

Luchó contra nosotros, pero tres contra uno teníamos algo de control. No mucho, pero algo. Mi voz era entrecortada, pero clara.

—¿Qué quieres decir con que he dañado el vínculo entre Damian y yo?

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Nathaniel con los dientes apretados.

—Con Jean-Claude. —Respondió Richard por mí.

—¿Le oyes, también? —pregunté.

—A veces.

Quería preguntarle: «¿cómo ahora?», pero Jean-Claude estaba respondiéndome.

—Has levantado los escudos específicamente contra Damian, ¿por qué?

—Se despertó en una inundación de luz solar. Parecía demasiado asustado. Tenía demasiado miedo. El miedo nos estaba ahogando a Nathaniel y a mí.

—¿Tanto a ti como Nathaniel? —preguntó Jean-Claude. Podía verle tirado en las sábanas de seda blanca, su pelo negro se extendía en la almohada como un oscuro sueño. Una mano que no hacía nada más que tocar la espalda desnuda de Asher, del modo que tamborearías tus dedos sobre un escritorio o una mascota, como un perro, mientras estabas pensando en otras cosas.

—Sí, los dos.

—Te pregunté, cuando me desperté, que le habías hecho, ahora creo

saberlo.

Por una vez era consciente de la velocidad a la que iban los desastres metafísicos en mi vida. Conseguí decir:

—Sí, ya lo sabemos.

—¿Lo sabes, *ma petite*?

Damian hizo un movimiento particularmente violento, me levantó del suelo, tirándome hacia atrás, golpeándome bruscamente hacia abajo, podía sentirlo, en lugar de mirar a los otros dos hombres, leforcé a bajar. Lo pensé, porque no tenía aliento para hablar en este momento, *Que somos un triunvirato*.

—He oído eso... —dijo Richard, y había una nota hosca bajo su esfuerzo sin aliento, como si pensara que quería ocultárselo, o tal vez lo estaba proyectando. Siempre estaba dispuesta a creer que Richard estaba siendo difícil. Como él estaba siempre dispuesto a creer que yo estaba sedienta de sangre.

Jean-Claude no hizo preguntas estúpidas ni trató discutir metafísicamente. Si todos sabíamos que de alguna manera me las arreglé para forjar un segundo Triunvirato, entonces podríamos avanzar.

—Cuando protegiste a Damian del miedo, le protegiste demasiado bien. Le has separado de su poder, como hiciste cuando le dejaste la otra vez.

—Estoy aquí —dije, tratando de alejar mi cara de la sangre que había decidido resbalar por la cara de Damian a la mía.

—Físicamente, pero no metafísicamente, y tu servidor requiere de ambos.

—¿Cómo puedo solucionar esto? —pregunté.

—Suelta tus escudos —dijo, e incluso en mi cabeza, su voz era normal.

Sonaba tan simple, tan obvio. Me acordé de los escudos contra el miedo de Damian. Había pensado en metal, duro, frío, sólido, impenetrable. No era un muro de metal, o una puerta, sino sólo la esencia del metal. Me había llevado meses de trabajo comprender que no necesitaba escudarme con una puerta imaginaria o una pared o un edificio, sino que bastaba con pensar, en roca, agua, metal para bloquear las cosas que no quieres que pasen, o ahogarlas. Marianne también ponía escudos con el aire y el fuego, pero yo no lo entendía. El aire no era lo bastante fuerte para ser un escudo, y el fuego, bueno, el fuego es fuego. Usaba las herramientas que entendía.

¿Cómo no escudarse? Una vez había tenido que imaginar una pared en ruinas, o una puerta abierta, pero eso era antes, finalmente había entendido

lo que Marianne había estado diciendo y que no había estado comprendiendo. Simplemente dejé de pensar en metal. Me detuve. Se fue. Puf, desaparecido. Un segundo antes estaba a salvo detrás de mi pensamiento de metal, y al siguiente me estaba ahogando en la rabia de Damian. No, no era rabia, la rabia implica cólera, una emoción humana, y no era rabia lo que rugía en mi cabeza. Había pensado más de una vez que me estaba volviendo loca, convirtiéndome en una especie de distante sociópata, pero me había equivocado. Eso no había sido estar loco, esto sí.

Olvidé sujetar a Damian. Olvidé por qué había dejado caer mis escudos. Me olvidé de todo. No había pensamientos. No había palabras. Era sólo la sensación y el impulso. El olor a sangre fresca. El sabor de nuestra propia sangre en la boca, amarga. Las manos nos empujaban contra el suelo, nos aplastaban. El hambre, el hambre como el fuego en nuestro intestino, qué nos comería vivos si no nos alimentábamos, y alimentábamos, y alimentábamos. El olor a sangre fresca, el calor de sus manos presionando sobre nosotros, todo era enloquecedor. El dolor, mi cuerpo era sólo dolor. Como un fuego que me quemaba por dentro. Grité, y el sonido fue alto y no lo bastante alto. No sirvió de nada. Sólo había una cosa que apagara ese fuego, que me llenara para detener el dolor. Sangre. Sangre fresca. Sangre caliente.

Mis manos tocaron la piel caliente, y si no hubiera sido por Richard, no estoy segura de si me hubiera detenido. Pero la sensación de Richard, de su brazo musculoso bajo mis manos, llamó algo de mí a través del hambre. Miré los sólidos ojos marrones de Richard a centímetros de distancia, casi como si me hubiera acercado para un beso, pero no había sido a su boca a lo que había estado apuntando. Incluso ahora, la sólida línea a lo largo de su cuello me hacía señas. El olor a sangre fresca era abrumador, el aroma sutil de la sangre que latía bajo la piel pero, de alguna manera, lamer la herida sangrante no era suficiente. Tenía que ser fresca. Necesitaba mis dientes en la carne. Tenía que hacer mi propio agujero y desgarrar. Era lo único que podría satisfacer. Sólo eso sería suficiente.

Me obligué a mirar a la cara de Richard. Le miré a los ojos abiertos, me obligué a mirar su cara, a trazar la línea de su mandíbula, la plenitud de sus labios. Miré la cara de alguien a quien había amado una vez, y tuve que trabajar, como nunca lo había hecho, más duro de lo que había trabajado jamás, para verle como algo más que comida. Damian se levantó, y Richard tuvo que prestar más atención al vampiro que a mí, y Nathaniel todavía me

sujetaba contra el suelo. Una voz fresca fluía a través de mi mente.

—Estoy ayudando a protegerte, *ma petite*. Perdóname, no entendí lo que la caída de los escudos haría.

—Es un *revenant* —dije, y no creo que lo dijera en voz alta.

—*Oui*.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Debes atarlo de nuevo, como hiciste cuando salió del ataúd. Déjale probar tu sangre y luego di las palabras sobre él.

—¿Las palabras importan realmente? —pregunté.

Le sentí encogerse de hombros, sentado en su cama cubierta de seda.

—Son las palabras que los maestros de la ciudad han dicho a sus seguidores durante miles de años. No me gustaría que, por la posibilidad de que las palabras no sean parte de la magia de unir al amo al criado, las ignoraras.

Asentí.

—¿Richard oyó esto?

—*Non*.

—Díselo. —Después de que decirlo aún seguía sintiéndome fría, y un poco distante de lo que pasaba, pero podía oír otra vez, verlo. Estaba sentada en el suelo de mi sala de estar, no demasiado lejos de la puerta, y Richard y Nathaniel aún estaban tratando de mantener a Damian en el suelo. Tenían bastante éxito, aunque era difícil saber por la sangre, si había alguna herida nueva, ya que los tres estaban cubiertos de sangre.

Me miré, y me di cuenta de que la parte delantera de mi cuerpo estaba cubierta de ella también. No recordaba haber recibido ese caos. Por un momento me pregunté si había hecho algo de lo que no me acordaba, pero empujé lejos ese pensamiento. Luego tendría tiempo para la verdad. Sobrevivir, mantenerse en movimiento, más tarde, preocuparse de lo que hice. Sí, ese era el billete. Pero después de un vistazo a la mente de Damian, un billete para el Sociópata Situacional Exprés no parecía del todo malo. Ahora sabía que, además de la muerte segura, hay cosas peores.



Damian se estremeció, tan fuerte que arrojó a Nathaniel a un lado. El peso de Richard no era suficiente. Damian se levantó, y Richard rodó lejos de él para evitar que el vampiro le hundiera los colmillos otra vez.

Agité mis brazos y grité:

—¡Damian, aquí, estoy aquí! —No creo que fuera su nombre lo que le llamó la atención, creo que fue el movimiento. Había estado en su mente, sabía que estaba más allá de las palabras.

Corrió hacia mí, tan rápido que fue una mancha de color blanco y rojo, y sus ojos como vetas de color verde. Nathaniel corrió hacia él. Grité:

—¡No, déjalo!

Richard vaciló, todavía en el suelo, pero con la mano extendida hacia las piernas del vampiro. Podían haberle atrapado otra vez, pero ¿por qué? Era mi sangre lo que necesitaba. Estaba tranquila, en paz, era como ese lugar tranquilo donde estaré cuando muera. Sin miedo. Nada. Vi al vampiro

viniendo hacia mí como un cometa cortando a través del cielo, algo elemental y de otro mundo, para poner como ejemplo. El choque llegó con un impacto de carne contra carne. Estaba en el suelo sin aliento, sin vista, y sólo años de entrenamiento sobre la forma de caer, me impidió golpearme la cabeza contra el suelo, o romperme un hueso. Tomé aliento, no era momento de gritar. Damian hundió su boca en mi cuello, justo por encima del hombro. Había pasado mucho tiempo desde que había sido el alimento de un vampiro descontrolado en juegos de sangre o sexuales. Dolió.

Un hombre leopardo apareció sobre nosotros, en posición encorvada, las piernas casi humanas. Era amarillo, oro pálido y blanco, con hermosos rosetones negros esparcidos por un cuerpo que era un pie más alto que cuando estaba en forma humana. El color me dijo que era Gregory, porque Nathaniel era negro en forma de leopardo. El pecho de Gregory era más amplio, sus brazos más largos, musculosos, y las extremidades con garras, como cuchillos aterradores. El rostro era de leopardo, pero con algo extrañamente diferente alrededor de la boca y el cuello. Se alzaba sobre nosotros, gruñendo y avanzando hacia la pálida espalda del vampiro. Iba a quitarme a Damian de encima, como Richard se había quitado al vampiro él mismo.

Envolví mis brazos alrededor de los hombros y la espalda de Damian, logré liberar una pierna para envolverla alrededor de su cintura. Lo sostuve y dije: —¡No, Gregory!— Si trataba de alejarlo terminaría tan mal como Richard. —Me rasgará.

El hombre leopardo vaciló, gruñendo. Habló, en esa voz gruesa que tenían cuando estaban en forma medio humana.

—¿Está lastimándote?

Damian acomodó su boca profundamente en mi carne, me obligó a emitir un lamento. Pero dije, con voz entrecortada:

—Cuando necesite tu ayuda, la pediré.

Me di cuenta de que Gregory se sorprendió, incluso a través de la piel. No siempre era buena con las expresiones faciales una vez mis amigos eran peludos. Pero esta vez pude leerle.

—Damian —dije, mi voz era suave. Quería ver si estaba allí antes de decir las palabras. Sus ojos estaban cerrados, pero se relajó contra mí unas pulgadas, hasta que ya no me clavaba al suelo tendido encima de mí. Eran más mis brazos y piernas lo que le mantenían presionado contra mí—. Damian —dije de nuevo.

Le sentí volver en sí mismo como si se hubiera accionado un interruptor. En un momento era un monstruo, al otro era Damian. Aun antes de que abriera los ojos y me mirase, sabía que él estaba allí de nuevo. Estaba de vuelta de donde se había ido. El alivio me desbordó completamente hasta que mis brazos y piernas empezaron a deslizarse de él. Débil por el alivio, no es sólo una expresión.

Todavía estaba sorbiendo de la herida, pero era más suave ahora. Había dejado de doler. Señalé, lentamente, desde la herida, a la boca roja con mi sangre. De repente era consciente, de una forma en que no lo había sido antes, de que estábamos desnudos, él era un hombre, y se había alimentado. Estaba grueso y pesado contra mi muslo donde hacía un momento no lo había estado. La presión arterial es una cosa maravillosa.

Si no hubiera puesto una pierna encima de su cuerpo, para ayudarle a sostenerse contra mí, no me habría encontrado tan comprometida. Si Gregory no hubiera tratado de ayudarme, no lo habría hecho... Oh, diablos. De repente sentí miedo de una manera muy diferente. Miedo de moverme, miedo de empeorar las cosas, o mejorarlas. Miedo de la forma en que mi cuerpo latía en sus brazos. Era como si toda la sangre de nuestros cuerpos latiera al mismo tiempo. Era difícil respirar. Casi me ahogué en el... poder. Magia. Lo había atado una vez antes y no había sido así. Su mano se deslizó lentamente, tentativamente, hacia abajo por el lado de mi cuerpo, y no fue una caricia sexual, sólo fue un toque. Utilizó la mano entera, poniendo tanto de su piel contra la mía como pudo. Lo sentí maravillado por la gracia de nuestros cuerpos tan cerca, totalmente sin barreras. Su hambre de piel estaba allí como un nuevo tipo de bestia. Una necesidad tan intensa y negada durante tanto tiempo que era una especie de locura propia.

Sentí su soledad como un gran eco. Hizo que mis ojos se humedecieran y me hizo querer solucionarlo.

Pasé las manos a lo largo de su espalda, de modo que no ya no le sujetaba, sino que estaba más cerca de un abrazo.

—Sangre de mi sangre, —y se movió hacia arriba llevando su boca hacia la mía para el beso que sellarían las palabras, pero ese pequeño movimiento deslizó su cuerpo contra el mío, y el oleaje de su roce contra mí, el breve contacto, me hicieron retorcerme debajo de él, y de repente no era un beso lo que quería negociar con este sello.

El pensamiento me ayudó a impulsarme hacia atrás. Me ayudó a comprender que esos pensamientos no eran del todo míos. Contemplé sus

ojos esmeraldas y supe de quien era el pensamiento.

Nathaniel se arrodilló a nuestro lado. Me tendió una mano, y en el momento que me tocó, pude pensar un poco, y el empuje de Damian disminuyó un poco. Damian le gruñó, y los ojos verdes vacilaron, como si la cordura no fuera permanente en ellos, todavía no.

Jean-Claude estaba en mi cabeza, y sentí un pequeño hilo de miedo en él.

—Debes terminar de vincularte a él, *ma petite*, y debes empezar desde el principio de las palabras.

Quise preguntarle: «¿Por qué tienes miedo?». Y debió ser un pensamiento muy sólido, porque respondió:

—Sí se vuelve loco ahora, *ma petite*, tu amada garganta está sin protección. Termínalo.

Quizás Richard estaba escuchando la conversación interior, porque vino a arrodillarse a nuestro otro lado. De repente, lo habría hecho un poco más elegante.

—Estoy aquí —dijo, y lo dijo como si eso mejorara las cosas, como si no entendiera cuan horriblemente vergonzoso era tenerlo arrodillado allí.

Damian le dirigió una mirada hostil, y un sonido que era más un gruñido que goteaba de su boca. Le estaba perdiendo.

—Sangre de mi sangre, carne de mi carne, —y miró hacia abajo, a mí, y con cada palabra, la cordura ocupó sus ojos, su cara, le ocupó a él. Deslizó su cuerpo contra el mío, y le sentí empujando contra mí. Y otra vez sentí esa necesidad casi abrumadora. La certeza de que no era un beso lo que necesitábamos para sellarlo. La necesidad rugía sobre mí. Pensé por un instante que había provocado el *ardeur*, pero entonces pude escucharlos. Dos necesidades. Giré la cabeza y encontré a Nathaniel mirándome con esos ojos color lavanda. Estaba allí, en sus ojos, en su cara, pero sabía lo que había allí sin usar mis ojos, porque podía sentirlo. Los sentía. Ambos presionándome, no sólo físicamente, sino de una manera que sus manos nunca podrían conseguir, sus cuerpos clavados al suelo. Su necesidad me deshizo con más facilidad que cualquier fuerza física o amenaza. Su necesidad me deshizo porque me preocupaba por ellos y, si pudieras sentir el dolor ajeno como propio, ¿No harías nada para detener ese dolor? ¿No lo harías?

Mi voz fue entrecortada, y fue la mirada de Nathaniel la que sostuve cuando dije:

—Aliento al aliento, mi corazón al tuyo. —Damian se deslizó dentro de mí en un largo empuje de sus caderas. La sensación hizo que me retorciera debajo de él, me aferré a la mano de Nathaniel lo suficientemente fuerte como para clavar las uñas en su carne. Mis caderas se levantaron para encontrarse con el empuje de Damian. Era involuntario, como tomar la siguiente respiración.

Un sonido apartó mi atención de Nathaniel, y no era un sonido encima de mí. El sonido provenía de nuestro otro lado. Richard se había apartado, hasta que su espalda encontró un lado del sofá blanco. No sé lo que esperaba ver en su rostro, lujuria, disgusto, odio, celos, tal vez, pero lo que vi fue miedo. Un temor tan crudo y desnudo, que le dolía en los ojos.

Damian agarró mi cara, me hizo volver a mirarle.

—Soy yo, te quiero pensando en esto —dijo, y empezó a salir de mí, lentamente. Por un segundo pensé que así sería, pero una parte de mí ya lo sabía. Se había levantado, casi en un empuje, su punta apenas dentro de mí, y mirando plenamente mi cara, sus ojos clavándome tan seguramente como su cuerpo se clavaba en el resto de mí, dijo—: Sangre de mi sangre, —y empujó dentro de mí. Grité debajo de él, y Nathaniel se hizo eco de aquel grito, mientras su mano se apoderaba de la mía. Sus ojos lavanda eran salvajes cuando me giré a mirarlo. Damian tocó mi cara otra vez, pero el toque fue suficiente para que le mirara, para sentir su cuerpo deslizarse fuera del mío, para escuchar su susurro—: Carne de mi carne, —antes de unir nuestra carne tan cerca, tan rápido como pudo. Sentí convulsionarse la mano de Nathaniel, y sentí su pulso como un segundo latido contra la palma de mi mano, pero mantuve la mirada en el rostro de Damian, mi mirada en la suya cuando sacó su cuerpo fuera de mí, casi, y dijo—: Aliento al aliento, —y se disparó dentro de mí. Grité y Nathaniel se hizo eco de mi voz. Finalmente comprendí que Nathaniel estaba recibiendo, si no el recorrido completo, una sombra de lo que yo estaba sintiendo. Damian salió de mí, fuera, hasta que...—. Mi corazón al tuyo, —y se deslizó dentro de mí.

Se quedó congelado, con el cuerpo tan profundamente dentro del mío como pudo. Su respiración era áspera y poco profunda. Un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza, y me retorcí debajo de él. Nathaniel gimíó, sacudiendo mi mano, como si su cuerpo estuviera siendo explorado. La voz de Damian era inestable.

—Oh, no hagas eso. Si haces eso otra vez, no terminaré. —Enterró su

cara en mi pelo, y otro temblor agitó su cuerpo haciéndome bailar debajo de él, gritando, y eso fue todo. De repente estaba encima de mí, la parte superior de su cuerpo arqueada, y empujó violentamente dentro de mí, profundo, duro, y, una parte tenía su cuerpo dentro de mí, la otra estaba mirando su cuerpo por encima del mío, sus ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, su cabello como una cascada de sangre alrededor de la vela pálida de su cuerpo, y sabiendo eso, empujó, tan profundamente dentro de mí como pudo, tanto que arrancó un grito de mis labios. Y Nathaniel gritó conmigo, nuestras manos se convulsionaron una alrededor de la otra, nuestras uñas clavadas en la piel del otro. Sentí el cuerpo de Nathaniel empujar contra la alfombra, lo sentí venirse, y el orgasmo viajó de regreso a mi brazo y dentro de Damian. Era su turno de gritar, y eso le hizo retorcerse con su cuerpo todavía sumido en mi interior, lo cual hizo que me moviera debajo de él. Era como estar atrapada en un bucle sin fin de placer; un cuerpo liberado conduciendo al otro, hasta que terminamos sudando en un montón de sangre en el suelo.

Damian dejó escapar una risa nerviosa. Y sentí, escuché, supe, una vez se aclaró mi mente, que por debajo de la lujuria había dolor, y un conocimiento, casi una seguridad, de que nunca podría hacer esto otra vez. Por alguna razón me hizo pensar en algo que había olvidado. Giré la cabeza y descubrí que Richard todavía estaba allí, pero ya no había miedo en su rostro, sino una especie de asombro. Comprendí en ese momento que, si bien Richard no estaba recibiendo todas las sensaciones que Nathaniel tenía, podía estar todavía escuchando dentro de mi cabeza. También podía Jean-Claude, pero pensé que a Richard le llegaba más claro.

—Nunca habías follado con ninguno de ellos. —Inmediatamente después de ese pensamiento vino otro, él había asumido que yo estaba teniendo relaciones sexuales con cualquiera en casa, porque habría pasado lo mismo en el lupanar.

Estaba desnuda en mitad del sexo con un hombre, quizás dos, dependiendo de cómo se consideraran las cosas, sin embargo, de repente, tuve la moral por el suelo. Extraño.



Gregory se arrastró hasta nosotros a cuatro patas, olfateando justo por encima de nuestros cuerpos. Y en esa voz como gruñendo dijo:

—Sigo yo.

Tuve que mirar hacia arriba y atrás sobre mi hombro para darle la mirada que se merecía, pero mirando hacia atrás, con él a cuatro patas, me ofreció la línea de visión de su cuerpo, y de repente estaba más avergonzada de lo que había estado. Los cambiaformas se ven algo así como lo hacen en las películas, en forma medio-hombre, pero hay una gran diferencia. Tienen los genitales, y en este momento Gregory estaba muy, muy feliz de estar aquí. Creo que lo que me molestó, más que la erección, fue que me vio tener sexo con Damian. Por alguna razón, probablemente injusta, me molestó que Gregory hubiera disfrutado del espectáculo.

—Atrás, Gregory —dije, mi voz sonaba áspera, como si lo hubiera dicho en serio, incluso mientras me ruborizaba.

Puso su expresión de lindo-gatito con una sonrisa y dio marcha atrás, literalmente. Incluyó la cabeza hacia abajo y se arrastró hacia atrás, humillándose. Fue un gesto que se acercaba más al de un lobo que a un leopardo, pero los hombres animales son personas de corazón, y algunos gestos son más fáciles de traducir para nuestros cerebros humanos. Humillarte a ti mismo yendo hacia atrás es uno de esos gestos.

Damian me estaba mirando, y era una mirada que no había visto nunca en la cara de un hombre justo después de terminar el sexo. Parecía triste, y me acordé de la explosión extrema de emoción. El dolor cubría el placer, como cuando un chocolate malo arruina tu helado.

Pero fue más que la expresión de su rostro. Me di cuenta de que podía sentir su tristeza. Sintiéndola no como si fuera mía, sino como si fuera un abrigo que se pegaba a mi piel. Todavía estaba conectada a él emocionalmente, bueno, no sólo emocionalmente. Podía sentirlo sumido profundamente dentro de mí, su peso aún me sujetaba la parte inferior del cuerpo. Uniéndonos en alguna forma de mezcla metafísica o algo peor. Tenía que dejar de tocarle. Y no sólo a él.

Nathaniel yacía junto a nosotros, sus dedos todavía enredados en los míos. Un lado de su cuerpo apretado contra mí, para que nuestros cuerpos se tocaran desde el hombro hasta la cadera. Debía haberse escabullido más cerca cuando Damian hubo terminado. Creo recordar que el cuerpo de Nathaniel había estado tocando el mío durante el acto. ¿Sería así?

Sus ojos lavanda estaban desenfocados, casi con sueño. Lo que vi a través de su piel era satisfacción. La felicidad, como un gran océano cálido que le llenaba, flotaba en él, le sostenía, le sacudió. Tal vez me quedé mirándole demasiado tiempo, o tal vez sintió el crecimiento de mi propio malestar, porque sus ojos se centraron, con un filo, y su mirada no era en absoluto de sueño. Era casi una mirada anticipatoria, como si ya estuviera pensando en la próxima vez. Pero no creía que hubiera tenido una primera vez, pero me ayudó a aclarar mis ideas. La ira siempre lo hacía.

—Todo el mundo fuera, fuera de la piscina —dije.

El dolor de Damian era casi como la lluvia sobre mi piel. Nathaniel no estaba triste. Se fue directamente al pánico, temeroso de haber hecho algo mal.

—Está bien, Nathaniel, está bien. Estamos todos bien. —No estaba realmente segura de creérmelo, pero el pánico cedió, y todo el mundo se alejó de mí. Sí. A pesar de que la tristeza de Damian se aferró a mí como si

hubiera caminado a través de alguna telaraña metafísica.

Mientras nos desenredábamos, Micah entró por la puerta astillada. Me había encontrado en situaciones comprometedoras con mis novios antes, pero nunca tan vergonzosas. No me hizo preguntas estúpidas, ni me hizo sentir como una puta. De hecho, se concentró en lo más importante.

—Wow —dijo, y el «Wow» pareció ser por la sangre esparcida aquí y allí en el suelo y las paredes, y las lesiones que pudiera haber en la mayoría de nosotros, la puerta rota, completamente, pero lo que dijo en voz alta fue —: ¿Todo el mundo está bien?

Empecé a levantarme del suelo, y Damian me ofreció una mano. Normalmente no la hubiera tomado, pero acabábamos de tener sexo, y me pareció extraño ignorar su mano. En el momento en que mi mano tocó la suya, me di cuenta que era más que eso. Esa necesidad de poner mi piel contra su piel todavía estaba allí. Un momento de buen sexo no le quitó siglos de necesidad. El sexo era como una especie de combustible, como los alimentos, lo quemas y necesitas más.

Alegré mi mano de él y di un paso ligeramente inestable lejos de Nathaniel y Damian. Una pequeña distancia sería de gran ayuda, esperaba.

—Todos vamos a vivir —dije.

—Bien. —Inclinó la cabeza hacia un lado y dijo—: No sabía que Damian pudiera caminar tan temprano por el día.

—No puede —dije.

—Debo decir lo obvio, pero está caminando durante el día, o ¿quieres que simplemente deje de hacer preguntas?

De repente me sentí cansada, y probablemente no era la única.

—¿Has dormido después de todo?

Sacudió la cabeza, y como si se lo hubiera recordado, se frotó los ojos verdes pálido, sus gafas de sol metidas en la parte delantera de su camisa.

—Cuando llevé al chico del bar a su casa había una novia viva y un niño. Su novia comenzó una pelea por que estaba borracho. La ira no ayudó a combatir el cambio.

—¿Acaso cambió? —pregunté.

—No, pero estuvo cerca, y es demasiado nuevo... —Micah sacudió la cabeza—. Me hubiera sentido mejor si la novia hubiera comprendido mejor lo peligroso que podía ser. No parecía entenderlo.

—No quiere entenderlo —dijo Richard.

Micah se giró y le miró. Me di cuenta de que, de todas las personas en

la habitación, Richard había sido el único al que Micah no había mirado realmente.

—Entonces, ¿has conocido a la novia de Patrick?

Richard comenzó a sacudir la cabeza, se detuvo en mitad del movimiento e hizo una mueca.

—No, pero la he visto. Los cónyuges humanos simplemente no quieren entender que están casados con un monstruo. —Creo que quería decir algo que sonaba como es-la-realidad-de-los-hechos, pero no fue así. Sonaba amargado.

Nunca había hecho sentir a Richard así, que yo supiera, no, él había pasado mucho más tiempo haciéndome sentir como un monstruo. Así que lo dejé pasar. Lo dejé pasar porque no sabía qué decir, o si había algo que decir. Bueno, tenía una cosa que decir.

—La coalición ofrece una reunión mensual para los miembros de la familia. Pensé que habrían dado folletos a los hombres lobo.

Richard se puso de pie, mecendo su brazo.

—Ese es mi Patrick, ¿Patrick Cook?

Micah dijo:

—Sí.

—¿Y has estado haciendo de su niñera toda la noche?

—Sí —dijo Micah, otra vez.

Richard miró el suelo y luego a su guardaespaldas. Se encontró con la mirada de Micah, pero su rostro no era completamente feliz.

—Gracias por cuidar de mi lobo.

—Los lobos también son parte de la coalición —dijo Micah—. Yo haría lo mismo por cualquier otra persona.

—De todos modos, gracias.

—No hay de qué.

Era uno de esos silencios incómodos. Odiaba dejar a todo el mundo solo, pero realmente necesitaba una ducha. La ducha dolería en la herida de la garganta, pero acababa de tener relaciones sexuales sin condón, lo que significaba que todo el lío había entrado en mí, pero no se quedaría allí. Así que tenía que limpiarme. A decir verdad, hubiera preferido un condón, pero no se me había ocurrido hasta después. Tammy había quedado embarazada con la píldora. Sí, había caído en desgracia por el hecho de que los antibióticos no se mezclan bien con la píldora, pero aun así. Un uno por ciento de probabilidades de repente parecía no ser buenas probabilidades.

Damian era un vampiro de mil años, lo más probable es que fuera estéril, pero aun así... Una cosa era quedar embarazada de un novio, y otra embarazada de alguien que ni siquiera era eso... así parecía de alguna manera peor.

—Voy a tomar una ducha.

Todos me miraron. Supongo que sonó brusco.

—Lo siento, pero no puedo quedarme aquí así por más tiempo. Así que portaos bien. Voy a ser tan rápida como pueda.

—Voy a llamar a un médico —dijo Micah.

Asentí con la cabeza.

—Bien, bien. —De repente sentí la necesidad de no estar allí, desnuda, con olor a sexo fresco, con Richard y Micah en la misma habitación. Que Damian y Nathaniel estuvieran desnudos no ayudaba a mi nivel de confort. Ahora estaba bastante cómoda con la desnudez en general, pero la desnudez específica sigue siendo un problema. Por más razones que eso no me sentía cómoda con esto, era necesario salir de la habitación.

—Por cierto, hay una mujer llorando en el coche en el camino de entrada —dijo Micah.

—¿Mi coche? —pregunté.

—No, en el coche de Richard, o al menos supongo que es de Richard. Conozco el coche de Gregory, y no es en el que está.

Richard maldijo entre dientes, algo que rara vez hacía.

—Claro, me olvidé de Clair.

—¿Quién es Clair? —pregunté.

Vaciló y luego dijo:

—Mi novia —entonces se dirigió a la puerta sosteniéndose el brazo, como si le doliera al caminar tan rápido.

Su novia, y estoy completamente desnuda la primera vez que me ve. Perfecto. Bueno, al menos ella no me había visto follando con Damian. Eso ayudaba. Claro, genial. Simplemente genial. Sacudía la cabeza mientras me dirigía hacia el baño.

Fue Gregory, quien con su voz gruñona, dijo:

—Supongo que no es de mi incumbencia, pero no estoy seguro de que Richard deba estar cubierto de sangre delante de tu casa donde los coches pueden verle.

Me giré y miré al hombre leopardo y dije:

—Mierda, no.

Empecé a ir hacia la puerta, y Micah me detuvo.

—Voy yo. En este momento soy el único por el que no llamarían a la policía. —Me apreté el hombro y me sonrió.

Me di cuenta de que no le había dado un beso como saludo, siempre le daba un beso de bienvenida. Por supuesto, todavía estaba cubierta de sangre y otros fluidos corporales, y ninguno de ellos eran suyos, podía entender que no hubiera querido acercarse demasiado. Algo de mi confusión debió haberse mostrado en mi cara, porque su sonrisa se ensanchó. Me dio la vuelta por los hombros, me dio un pequeño empujón hacia el baño, y me abofeteó en el culo.

—Ve a limpiarte, yo me encargo de las cosas aquí.

—No puedo creer que acabes de hacer eso —dije.

—¿Hacer qué? —dijo, y me sonrió.

Probablemente podría contar con una mano el número de veces que Micah me había sonreído. Sus ojos brillaban de risa, como si fuera todo lo que podía hacer para dejarlo salir. Estaba feliz de verle tener este buen momento, realmente lo estaba. Pero no estaba segura de qué era tan gracioso, y no tuve el coraje de preguntar. Probablemente sería a mis expensas, o algo que había hecho y él lo encontró mono. Yo no era mona. Confundida, malditamente confundida, golpeada, pero no mona. Nathaniel y Damian lo sabían mejor, pero al pasar junto a Gregory, tuve que decirle:

—Sí me tocas el culo, voy a rasgarte y te haré uno nuevo. —Lo dije al pasar junto a él, y ni siquiera hice una pausa.

—No eres divertida —gruñó.

Miré hacia atrás justo antes de salir de su vista.

—Oh, soy muy divertida, sólo que no lo soy para ti.

Gruñó para mí.

—Zorra.

—Guau, guau —dije, y finalmente entré en el cuarto de baño.



Intenté no pensar en la ducha. Mala idea; agua caliente buena. Di la vuelta a la alcachofa de la ducha para que el agua cayera con tanta fuerza como pudiera y la dejé golpear contra mi cuerpo, encontrando las contusiones que no sabía que tenía. Hace tiempo me habría hecho daño, realmente daño, con el golpe que Damian me había dado. Gracias a las marcas de vampiro de Jean-Claude apenas estaba algo agarrotada. El mordisco tardaría más tiempo en curar, e incluso esto sería en sólo unos pocos días, una semana a lo sumo. La cura era genial, el resto de esto... bien, sólo digamos que el jurado todavía está deliberando.

Oí un ruido sobre el palpitir del agua. Me tomó un minuto comprender que alguien golpeaba la puerta. Intenté ignorarlo. Los golpes pararon durante un segundo, y pensé, ¡oh, bien!, pero empezaron otra vez, más ruidosos, como si quienquiera que fuese golpeará pensando que no le había oído la primera vez.

Suspiré, apagué el agua, y dije:

—¿Qué?

—Damian no se encuentra bien —dijo Nathaniel con la puerta cerrada.

Permanecí allí de pie un segundo, dejando caer el agua en mis ojos, y dije:

—¿Qué significa que Damian que no se encuentra bien?

—¿No puedes sentirlo?

Pensé en él. Pensé en Damian, y de repente tuve miedo de que fuera como un peso aplastante en mi pecho. Me quedé anonadada por un segundo, y me alegré de que hubiese una barra de seguridad en la ducha para sujetarme. Era una sombra de lo que le había hecho correr gritando a través de la casa. No estaba segura de que todos nosotros sobreviviéramos a él sí lo hacía una segunda vez.

—Ya voy.

Retorcí mi pelo y lo enrosqué en una toalla, y estaba intentando que la toalla fuese suficiente para usarla como bata, cuando se abrió la puerta de golpe. Gregory entró primero, en su abrigo peludo con una garra debajo del brazo de Damian. Richard sujetaba el otro brazo. Lo medio-arrastraban, medio-llevaban a través de la puerta. Lo trajeron hacia mí, su miedo me llegó antes que él, había sentido miedo antes, pero no como éste. Aplastó mi pecho de modo que no podía respirar, cerrando mi garganta. El miedo tenía el peso suficiente para tirarme de golpe al suelo, como si algo se hubiera roto en mí. No era mi pulso, me estaba asfixiando, era como si el mismo terror fuera seda mojada, e intentase tragarlo. Ingenioso, mojado, asfixiante, más real que cualquier miedo que hubiera sentido nunca. No real en la misma forma que una emoción es real, sino real como lo es una roca, una silla, o un animal real. El miedo se había convertido en algo... más.

Dejaron a Damian sobre mis rodillas, y sentí como si corrieran escalofríos por toda mi piel, y cada pulgada de mi piel intentó arrastrarse, gateando lejos de mí. Intentando alejarse y dejar mi cuerpo morir. Mi piel se habría salvado a sí misma si no hubiese estado atrapada por mi cuerpo. El resto de mí habría ido con ella, pero estábamos atrapados bajo el peso de Damian. Atrapados en su miedo, congelados en él. Si hubiese podido respirar, habría gritado, pero todo lo que podía hacer era ahogarme. Ahogarme en el miedo de Damian.

Alguien tocó mi hombro, pero lo sentí como algo distante. Como si nada fuera tan real para mí como Damian. Alguien me sacudió, fuerte y

bruscamente. Mi respiración volvió en un enorme grito de asombro, como si hubiera estado sin respirar durante mucho tiempo, cuando mi respiración salió, fue un chillido.

Miraba fijamente hacia arriba, hacia la cara asustada de Richard. Era su mano la que estaba en mi hombro. Estaba arrodillado a nuestro lado.

—¿Anita, Anita, puedes oírme?

Agarré el brazo de Richard, mi otra mano apretaba firmemente a Damian contra mí, como si tuviera miedo de que, si le dejaba ir, se perdiera. Como si el miedo fuera una bestia horrible que pudiera literalmente comérselo y destruirlo.

Richard me sacudió otra vez.

—Anita, ¡di algo!

—¡Dios, es tan... horrible!

Damian movió su cabeza contra mi estómago. Había permanecido tendido casi lánguidamente contra mí, pero ahora se agarraba alrededor de mi cintura y cadera, sus manos se agarraban como si fuese la última cosa sólida en el mundo. Sentí una emoción romper en él, y era gratitud. Estaba agradecido de que compartiera su miedo. Compartirlo parecía hacerlo disminuir, o hacerlo más soportable. Aquel pensamiento, que compartir el miedo lo hacía más llevadero, me traía un recuerdo. Un recuerdo que no era mío. Era una cara que nunca había visto antes, pero que Damian conocía como la suya propia. Angulosa y de líneas fuertes, una cicatriz desde la frente hasta la mejilla, le habían cortado en la primera incursión que realizamos.

La-que-nos-hizo-a-nosotros dijo una vez que la cicatriz salvó su vida, porque sin ella, su pelo era más rubio que el suyo, sus ojos más azules. Aquella cicatriz arruinó su belleza lo bastante para que ella le abandonara completamente. Ni siquiera los hombres que eran demasiado bellos estaban a salvo de su envidia. El único nombre que oí en mi cabeza fue Perrin, pero sabía que no era correcto. Ese no era ya su nombre, no desde que Damian había sido mío, nuestro, suyo.

Olí la vainilla y sentí algo grueso y caliente deslizándose sobre mi piel. Parpadeé despierta, si despierta era la palabra correcta. Nathaniel estaba arrodillado a nuestro lado. Se había deshecho la trenza, de forma que el olor a vainilla de su pelo había perfumado el aire a mí alrededor. Su pelo caía en cascada a su alrededor y se derramaba al lado de mi cuerpo, cayendo sobre mis rodillas, cubriendo a Damian como una manta, si una

manta podía fluir igual que el líquido sobre un cuerpo. Nathaniel nos había cubierto con su pelo, pero había evitado muy cuidadosamente tocar nuestra piel con la suya. Estaba tan próximo a nosotros que no tocarnos requirió un esfuerzo, tan próximo estaba que era como si un suspiro pudiera presionar la línea de su cuerpo contra la mía. Pero permanecía a esa dolorosa, lejana pulgada, de distancia, dejando que solamente el olor y el deslizamiento de su pelo nos alcanzara. La única cosa que me ofreció de su piel fue su calor, que incluso a esa distancia podía sentir. Calor temblando contra mi piel, como si su calor respirara hacia fuera y quisiera tocarme. Quizá lo hacía.

Había sido un modo inteligente de traerme de regreso de los recuerdo de Damian sin que Nathaniel se arriesgara a ser arrastrado a ellos. Muy inteligente, pero un plan es únicamente tan bueno como su resultado. Damian se movió en mi regazo, y sólo tuve un segundo para darme cuenta de lo que iba a hacer. Inspiré para advertir a Nathaniel, pero no tuve tiempo para expirar. Fue rápido.

Damian agarró el brazo de Nathaniel, y un toque fue suficiente. Fue como ahogarse en la luz. Como si el mundo se hubiera prendido fuego y se hubiera convertido en calor, y el calor era dorado como si el color amarillo hubiera salido en tropel y lo hubiese cubierto todo. Calor amarillo, calor dorado. Nuestros ojos se deslumbraron con ello. Estábamos ciegos en la luz. No había nada más que la luz y el tacto de sus pequeñas manos, y la mano de Perrin en la mía. Su mano, tan grande y firme, un ancla en la pesadilla de luz. Sus manos me acariciaban, pero no era real. Ella nos había arrastrado a la luz para beber nuestro miedo, no nuestro sexo. Ella arrancó su mano de la mía, y su voz, que una vez pensé que era hermosa, sonaba como un mal lloriqueo en mi cabeza, venenosa, pero no podía negarme.

—Uno para quemar, uno para guardar.

Perrin se giró, durante un momento quedó enmarcado por la luz. Su pelo tan amarillo como la misma luz, sus ojos como el cielo más allá de la ventana. Era alto, sus hombros tan amplios que llenaba la mayor parte de la ventana. Siempre había sido un hombre grande, aún entre hombres grandes. En algunas de las ciudades que habíamos asaltado la gente había corrido gritando:

—¡El Gigante! —o la palabra que ellos utilizasen para ello.

Perrin estaba de pie, cubierto por la luz. Cubierto por la luz, pero no ardiendo. Las palabras que habían comenzado esta locura volvieron.

—*Quizás la razón por la que ellos pueden salir contigo al sol,*

Moroven, no es que estés compartiendo el poder con ellos, si no que ellos hayan ganado su propio poder para andar bajo el sol. —Un mensajero del consejo había dicho las diabólicas palabras y las había dejado caer como una pulga venenosa en el oído de la-que-nos-hizo-a-nosotros. Durante un latido del corazón pensamos que el mensajero había dicho la verdad. Pensamos que Perrin había soportado la luz con su propio poder. Durante un glorioso segundo, lo creímos. Pero la mirada de su cara no era de triunfo, estaba asustado. Esa mirada fue suficiente. Algo estaba mal.

El humo comenzó a rizarse sobre su piel, justo como en las películas. La parte que era todavía yo, todavía Anita, pensaba, *pero eso no está bien*. Todos los vampiros que había visto morir por la luz del sol estallaban directamente en llamas. Nada de humo, sin espera, solamente un infierno inmediato, *puf*. Mi perplejidad nos ayudó a arrastrarnos hacia atrás desde la línea del terror. Nos ayudó a mirar como el humo subía de la piel de Perrin, impidió que el horror nos ahogara. Las llamas estallaron a lo largo de su piel, y en un parpadeo, estuvo rodeado por un halo de ricas llamas naranja y oro. Su largo pelo amarillo revoloteó en el calor del viento. Tuve un momento para pensar, *¡qué hermoso!*, entonces las llamas se alimentaron de él y su piel ardió lentamente con el fuego.

Perrin gritó. Gritó, pero gritar no describía el sonido que salía de la boca del hombre.

Gritamos, porque teníamos que hacerlo. Todo el horror, el dolor, el miedo tenía que salir de nuestras bocas, o habría salido por nuestra piel y roto nuestras mentes. Gritamos porque eso era lo único que nos impedía volvernors locos.

De repente oí el bosque, ese rico olor a verde del bosque profundo, mitad árbol de Navidad y mitad tierra fresca recién excavada. Miré fijamente al vampiro ardiendo, mi amigo de toda la vida, mi hermano, pero estaba tranquila. Todo lo que podía oler era el bosque, ni la sal del océano, ni ninguna otra cosa, entonces percibí algo más: lobo. El dulce olor a almizcle del lobo. Richard.

Pensar en él hizo que el olor a bosque y a su piel anulara todo lo demás. El recuerdo empezó a desvanecerse. Literalmente, las imágenes se empañaron, y comenzamos a alejarnos de aquella horrible habitación. La voz de Perrin se desvaneció a través de todos aquellos años, su grito se volvió distante al perder fuerza. Comenzó a gritar su nombre, el nombre que había oído usar para «ella-la-que-nos-hizo-a-nosotros».

—Moroven, Moroven, —pero los gritos cambiaron a otro nombre—, ¡Nemhain! —Me había alejado lo suficiente de la mente de Damian para entender que Nemhain era su nombre secreto, su nombre verdadero. ¡Perrin gritó su nombre!, Muchas veces, y Damian se hizo eco de ello, sus gritos eran tan fuertes ahora como descolorida la memoria, sus gritos eran su nombre—, ¡Nemhain!

Volvimos hacia atrás, al momento actual, en el suelo de mi cuarto de baño, con la mano de Richard en mi brazo. Comencé a examinar su cara, pero Damian se arrodilló, como si se precipitara hacia algo que no podía ver. Envolví mis manos alrededor de su cintura y su pecho. Nathaniel mantenía un apretón de muerte en el brazo de Damian. Le sostuvimos, como si todavía pudiese correr hacia el fuego de Perrin y destruirse. Todavía gritaba:

—*Nemhain, Nemhain, ¡te maldigo!* —Se derrumbó tan de repente que habría caído hacia atrás, contra las puertas de cristal de la ducha, si Richard no me hubiera sujetado con una mano tras la espalda. Nathaniel sujetó a Damian por un hombro, reduciendo la fuerza de su caída. Damian todavía hablaba, con una voz que era más un sollozo que un susurro—: *¡Te maldigo, Nemhain, te maldigo!* —Se ovilló en una pelota sobre mi regazo, empujándose con fuerza en la curva del brazo de Richard. Nathaniel acarició el pelo de Damian, una y otra vez, de la misma forma en qué consolaría a un niño.

Todavía murmuraba su nombre y, literalmente, la maldecía, cuando el mundo de repente se ahogó en el miedo. Era como si el terror pudiera volverse aire y tuvieses que respirarlo o morir, pero si lo respirabas también morirías. Todo era muerte. Todo era miedo. Rugió en mi cabeza, desconsiderado, sin forma, un miedo tan puro que paró el latido de mi corazón durante un segundo, una vacilación, como si mi corazón simplemente se parase de miedo. Morir de miedo no era solamente un refrán. Hubo un momento sin aliento en el que esperé que mi corazón decidiera si palparía otra vez, o si el silencio era mejor, una forma de escape. Algo.

El sostén del brazo de Richard desapareció, y me encontré apoyada contra el frío cristal a mi espalda, como si hubiera cerrado la puerta para apoyarme y así no tener que seguir tocándome.

Mi aliento salió entrecortado, y mi corazón saltó en mi pecho, y dolió como si se magullase a sí mismo contra mi cuerpo. Mi pecho dolía, tenía

dañada la garganta y, de algún modo, el aire convertía el miedo en algo real. Cada aliento pareció dibujarlo más profundamente. Porque era ella. Era Nemhain, Moroven, la creadora de Damian y Perrin. No era solamente una superstición el no pronunciar su nombre. Su nombre había convocado su poder, nos había traído su atención. Esperé a que una voz se emparejara con el terror, pero solo había silencio, un silencio tan ruidoso que todo de lo que podía oír era el rugido de la sangre en mis venas. Mi corazón tronaba dentro de mi cuerpo. Entonces oí otro latido de corazón, más rápido, más asustado aún que el mío. ¿Cómo podía vivir con tanto miedo?

Damian se colocó como los muertos en mi regazo. Sus ojos estaban cerrados y no respiraba. No había ningún latido de corazón que oír. Un pensamiento vino a mí, *Está tomando lo que le dio*, pero pisándole los talones a aquel pensamiento vino otro. *Él es mío. Hago palpar su corazón. Hago correr la sangre en sus venas. Es mío. No tuyo. Nunca más. Es mío.*

Los dedos de Nathaniel se clavaron en mi brazo, y jadeaba como si una mano invisible le cerrara el paso del aire. No creía que estuviera pasando realmente, pero se ahogaba en el miedo. Se ahogaba en el poder de ella. Encontré su mirada fija, aterrorizada, y traté de decir su nombre, trató de decir algo, pero no salió ningún sonido. Traté de llamar al poder, algo, pero no podía pensar. El miedo me había robado mis pensamientos, mi lógica, mi poder. No, no, una pequeña parte de mí sabía que eso no era cierto. Ella era solamente otro vampiro. Solamente otro vampiro. Yo era una nigromante. Ella no podía hacerme esto. Una parte de mí lo creyó, pero el resto seguía, luchaba con demasiada fuerza por respirar, como para ser capaz de pensar en algo.

Si hubiera tenido el aire suficiente, habría gritado. No mi miedo, sino mi frustración. No sabía luchar contra esto. Ella no trataba de marcarnos como criados, o seducirnos, o controlarnos. Simplemente había enviado el terror como un viento invisible para matar si podía, o no. No se preocupaba. No había ninguna maldad en ello, ningún tipo de emoción fuerte, excepto el miedo, y el miedo había sido enviado. Ella no sentía nada. Absolutamente nada.

Yo no sabía luchar contra la nada. No sabía qué hacer. Nos estábamos muriendo, y no sabía qué hacer.



Jean-Claude llamó en mi mente:

—*Ma petite*, —pero el temor aumentó y cubrió sus palabras. Sabía que estaba hablando en mi cabeza, pero no podía entender lo que decía. El miedo lo estaba ahogando, como una inmensa estación de radio que cubre a otra. Sus palabras eran como el sonido fantasmal de una estación distante, debajo solamente se escuchaba terror, pero lo único que podía oír, todo lo que pude sentir, fue el temor de Moroven.

Nathaniel se derrumbó contra mí, con la boca todavía abierta, jadeando, como si el aire fuera demasiado grueso para respirarlo. Que yo muriera era una cosa; pero esto no me parecía justo. Nathaniel y Damian estaban echados en mi regazo, sus cabellos se mezclaban como cintas brillantes y oscuras.

Gregory se arrodilló delante de mí, casi había olvidado que estaba allí. Por lo general tenía problemas para leer su rostro cuando estaba como

mitad leopardo, pero ese rostro, ese rostro se podía leer. Incluso por debajo de la piel manchada y de los ojos de gato, del habitual color amarillo, el hambre era visible. No deseo, hambre.

—Oléis a comida —dijo con voz gruñona.

—Lo sé. —Era la voz de Richard, y me giré hacia él. Estiré mi mano hacia él. Ya nos había arrastrado una vez fuera de la memoria de Damian, tal vez podría arrastrarnos fuera de esto.

Me miró... infeliz, enfadado. Dejé que mi mano comenzara a caer, pero la tomó en el último momento, tomó mi mano entre las suyas. Al instante sentí el dulce aroma de los bosques y el almizcle de su piel. El temor retrocedió un poco, como cuando una ola del mar retrocede, pero había otra ola cerca de la costa, y sabía que iba a venir.

Podía hablar ahora, y lo que dije fue:

—Ayúdame. —La voz de Jean-Claude creció dentro de mí, empujó hacia atrás el miedo, lo suficiente para que pudiera escuchar sus palabras—. Tienes que elevar el *ardeur, ma petite*, es necesario hacerlo. Ella no entiende lo que es la lujuria limpia, libre de dolor y de terror. Si usamos a nuestro Richard podré unir mis poderes a los tuyos, y podremos vencerla.

Miré fijamente el rostro del hombre al que Jean-Claude había llamado con tanta indiferencia «nuestro», y sabía que no lo era. Podía oler el maravilloso almizcle, la calma del pino y hasta el moho de las hojas, pero la expresión de su rostro era cualquier cosa menos tranquila. Sus ojos castaños estaban llenos de recriminaciones, de resplandeciente ira. Si tocaba su mano estando de ese estado, podría sentir la ira bailando sobre mi piel, pero no lo hice. Todo lo que podía sentir era el poder de Moroven como una tormenta cayendo sobre mí. La única emoción que dejó en mí era el terror.

—*Ma petite*, ¿me oyes?

—Sí —conseguí susurrar.

—Entonces, ¿qué pasa?

Quería preguntarle, ¿Qué se supone que debo hacer, empujar a Richard al suelo para luchar y hacer estragos en él? Pero todo lo que salió fue:

—No puedo, no puedo.

—¿No puedes qué, *ma petite*?

—No puedes alimentarte de Richard. —Parecía tonto decir eso en voz alta, mientras miraba a ese hermoso rostro enfadado, pero no podía concentrarme lo suficiente como para decirlo en silencio en mi cabeza.

Hablar era ya bastante difícil.

—Richard está de acuerdo con esto, *ma petite*.

—No es así, está enfadado. —Negué con la cabeza.

Richard parecía aún más enfadado, pero dijo en voz alta:

—Jean-Claude está diciendo la verdad, Anita, estuve de acuerdo en alimentar el *ardeur* —Su rostro era oscuro y tenía el ceño fruncido por la rabia. Había estado de acuerdo, pero no quería hacerlo. Yo tampoco quería pensar en ello, no quería avanzar por ese camino metafísico de nuevo. Habíamos trabajado muy duro para separarnos, y el sexo con Richard nos ataría otra vez. No quería eso, no estaba segura de sí mi corazón podría sobrevivir a una nueva ruptura. Simplemente, las emociones no pueden pegarse con ningún superpegamento una vez que casi se ha roto por completo el alma de una persona.

—No aguantaré el miedo de Moroven para siempre, *ma petite*, debes actuar antes de que mis fuerzas nos fallen.

—Para ti es fácil decirlo. —Sonaba casi como mi propia voz, no sonaba entrecortada por el terror, sino más bien sarcástica. Perfecto—. No es tu culo blanco de lirio el que está en juego.

—Si pudiera volar hacia ti, lo haría, pero estamos a plena luz del día, y no puedo. Tú y Richard debéis hacer esto, porque ya estoy perdiendo contra Moroven. Puedo sentir su pesadilla cada vez más cerca, y cuando se acerque lo suficiente, voy a huir y me salvaré, con la esperanza de que al caer la noche haya algo para rescatar. Pero si tú y Richard no hacéis lo que me temo que vais a hacer, la oscuridad llegará demasiado tarde, demasiado tarde para Damian, demasiado tarde para Nathaniel, y si no logras sobrevivir a la muerte de tu siervo y tu animal, Richard y yo nunca podremos ver la salida de la luna de nuevo. ¿Es tan horrible que te alimentes de nuestro Richard, *ma petite*, es un destino peor que la muerte?

—Puesto así, no, pero... Maldita sea. ¿Por qué siempre se reduce todo a relaciones sexuales? ¿Por qué no hay nunca otra forma de luchar?

Jean-Claude respondió dentro de mi cabeza:

—Porque sólo podemos luchar con las herramientas que tenemos a nuestra disposición. Soy un incubo, *ma petite*, y la seducción es mi mayor poder y a la vez mi maldición. Si tuviera otra magia para ofrecerte, lo haría, pero esto es lo que soy. Es prácticamente todo lo que soy.

—Sí la única herramienta que tienes es un martillo, todos los problemas parecerán un clavo —dije.

Jean-Claude comenzó a preguntar algo, pero fue arrastrado. Todo fue arrastrado por el terror. Mi corazón estaba en mi garganta, como si me hubiera tragado un pez. Me estaba ahogando con mi propio corazón. Mi piel estaba fría con la frialdad de su poder. Estaba asustada, muy asustada.

Richard se apartó de mi mano, se alejó de mí, y ahora no podía leer su rostro. No era ira.

Gregory se arrodilló cerca de nosotros y estiró la parte superior de su cuerpo hacia afuera, más allá de Nathaniel y Damian, se extendió hasta que su cara mitad leopardo estuvo a sólo unos centímetros de la mía. Olfateó el aire frente a mí.

—Hueles tan bien, tan deliciosa. A miedo y a carne. —Dejó escapar un largo suspiro, tanto que hizo cosquillas a lo largo de mi piel con su respiración—. A miedo y a carne.

No tenía por qué temerle a Gregory, lo sabía, pero me dio miedo, y el miedo era un caos, no quería sentirlo. Cuando Gregory separó los labios de sus dientes, en lo que se suponía que era una sonrisa, me cortó la respiración. El miedo se ciñó en torno a ese destello de colmillos, a ese brillo de hambre en sus ojos. De repente, no sólo estaba asustada, tenía miedo de Gregory. Miedo de sus garras, de sus dientes. Tenía miedo de una manera que nunca había tenido, de él o de cualquiera de mis leopardos. Me lamió la cara con un movimiento rápido.

Aulló, un pequeño y agudo sonido, sentí miedo.

Gregory gruñó junto a mi piel:

—Hmm, lo volvería a hacer.

Richard le agarró y le apartó de mí.

—Deja de jugar con ella.

Gregory se quedó agachado en el suelo, como si estuviera pensando en insistir y convertirlo todo en una pelea. Pero lo que dijo fue:

—Bien, no voy a jugar con ella.

Se giró y puso su cara junto a Nathaniel. Gregory chasqueó los dientes justo pegados a su piel, y Nathaniel gritó.

Nuestro temor había encontrado algo a lo que enrollarse. No tenía lógica. Algo terrible había hecho, resulta que, justo ahora, teníamos un muy conveniente hombre leopardo a mano.

Gregory se echó a reír.

Richard le apartó y le arrastró tan lejos como el cuarto de baño permitía.

—Te dije que dejaras de jugar con ellos.

—Has dicho, deja de jugar con ella, y lo hice.

—Déjanos solos —dijo Richard.

Gregory se puso de pie, en forma de hombre leopardo era tan alto como Richard.

—¿No me dirás que no quieres jugar con ellos también?

—Sí, sí, quiero jugar, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Gregory.

—Porque no se atormenta a los amigos Gregory —dijo Micah desde la puerta con la nueva novia de Richard a su lado. Era de mi tamaño, con el pelo oscuro cortado justo por encima de los hombros. Llevaba unos shorts azul pálido y una blusa blanca con pequeñas flores azules por todas partes. Las sandalias y las uñas, pintadas cuidadosamente, completaban el conjunto. Se aferraba a la mano y al brazo de Micah con ambas manos. Uno no suele aferrarse a alguien así a menos que sea su novio. Me di cuenta que había una emoción que podía sentir a través del miedo, celos. ¿Qué demonios estaba haciendo ella colgada de Micah?

Se estremeció en la puerta, y sus ojos se desenfocaron, como si estuviese oyendo cosas que nadie más podía oír. Susurró:

—¿Qué es eso?

—El miedo —dijo Gregory.

—Ah —dijo en voz baja, se alejó de Micah y entró en la habitación. Mantuvo la mirada fija en nosotros, entonces miró hacia otro lado. Se sonrojó, se encontró con los ojos de Richard y se ruborizó aún más.

Gregory se acercó a ella, su forma de pie se elevaba sobre ella.

—Quieres jugar también, ¿no?

Ella bajó la mirada hacia nosotros de nuevo, y esta vez sus ojos no eran humanos. Había visto ese truco en particular, una y mil veces, pero esta vez grité. Gritaba como un turista, y Nathaniel se apretó contra mí como si estuviera tratando de empujar hacia el otro lado. Damian sólo estaba en mi regazo, el miedo ya le había matado.

—Saca a Clair de aquí —dijo Richard, y su voz comenzó a sentirse como un gruñido—. Es demasiado nueva, si saca a su bestia en ese estado, desangrará a toda esta gente.

Hice un pequeño sonido con la garganta, un sonido indefenso.

Micah sujetó a Clair por el brazo y comenzó a llevarla hacia la puerta. No luchó contra él, pero le hizo tirar un poco, mientras que con sus ojos de

animal en su hermoso rostro nos miraba. Ya no estaba avergonzada, no había nada en ella lo suficientemente humano como para que se sintiera avergonzada de la desnudez.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Micah.

—El amo de Damian está tratando de matarlos —dijo Richard.

—¿Cómo? —No estaba segura de si preguntaba cómo quería matarnos o cómo había sucedido.

—Miedo hasta la muerte.

Micah había llevado a Clair casi a la puerta.

—¿Cómo se puede detener?

Richard miró a Micah entonces.

—Si dejo que Anita se alimente de mí, Jean-Claude vendrá cabalgando al rescate. —El gruñido había dejado su voz, y todo lo que quedaba era cansancio y algún tipo de hastío, como si hubiera visto demasiado, hecho demasiado, y ya no quisiera hacerlo.

Micah y Richard se miraron fijamente el uno al otro por un momento, entonces Micah dio una pequeña cabezada.

—Mantén a todos con vida —dijo, y sacó a Clair por la puerta.

Ella se agarró el marco de la puerta.

—Huelen tan bien.

Micah la tiró sobre sus hombros, y el movimiento la asustó lo suficiente como para soltar la puerta, y la sacó fuera de la vista. Sus palabras flotaron hacia atrás.

—No, no quiero irme.

Richard intentaba desabrocharse los vaqueros con una sola mano, pero no estaba funcionando.

—Necesito ayuda aquí Gregory.

El hombre leopardo le miró.

—¿Vas a joder mientras tienes la oportunidad?

Richard le gruñó, e hice un pequeño sonido. Nathaniel gimió. Sabía, dentro de mi cabeza, que esto era una estupidez. Que Richard no me haría daño, no de esa manera, pero el miedo tenía mente propia. Nathaniel era un leopardo también, pero se asustó. No había lógica, sólo temor.

—Si cambio, los pantalones se romperán, y ya no tengo ropa de repuesto por aquí —dijo Richard.

—Pensé que tu control era mejor que eso, Ulfric —gruñó Gregory.

Richard se giró con parte de su rabia suelta y gritó:

—Puedo saborear su miedo en mi lengua, por mi garganta, como si ya los hubiera tragado. —Apretó, con su mano buena, la parte delantera de su camiseta, la rompió y se la sacó. De repente estaba de pie junto a mí, desnudo de la cintura para arriba, con una mirada en sus ojos que me habría asustado incluso si hubiera sido yo misma. Era una mirada salvaje, feroz, formada por odio y lujuria. Odio y lujuria en los ojos de un hombre son una mala combinación. Pareció hacer un esfuerzo físico para darme la espalda y mirar Gregory otra vez—. ¿Has sentido eso?

La única respuesta de Gregory fue un gruñido que hizo gemir a Nathaniel de nuevo.

—Dios me ayude, tiene miedo de verme desnudo, y me encanta esa mierda. Me encanta que me tema, y me odio por gustarme eso. El *ardeur* va a subir, pero sólo Dios sabe lo que vamos a hacer antes que eso pase. Con este miedo, con ella, no me fío de mi control. Y pase lo que pase quiero ropa cuando se acabe, porque voy a querer largarme de aquí.

Se desabrochó el cinturón con una mano y apretó el primer botón de los pantalones. El botón se abrió, y, aferrado a la parte superior de los pantalones, hizo un movimiento de balanceo con la mano y los demás botones se abrieron de golpe en una larga línea. La parte delantera de sus pantalones estaba abierta, y se derramó. Cualquiera pensaría que no llevaba nada de ropa interior, o que esta no podía mantenerlo sujeto.

Había visto suficientes veces desnudo a Richard para no perder la pista. Al verlo desnudo me había emocionado, me sentía nerviosa, con miedo, oh, dios mío, donde voy a poner todo eso, envidiosa por haber perdido mis privilegios de verle desnudo, enfadada porque estaba jodida, tratando de alejar de mi mente el hecho de que todavía le encontraba guapo, pero no sería mío nunca más. Había sentido todas esas emociones, lujuria y amor, pero miedo nunca. La sensación de que era físicamente mucho más grande que yo, mucho más fuerte, mucho... Nunca me había lastimado físicamente, y nunca había tenido miedo de él físicamente, pero ahora sí. Tenía miedo, del modo en que las vírgenes tienen miedo cuando los tratantes de blancas las arrebatan. Temía ser violada. Tenía miedo de que usara su cuerpo contra el mío. Tenía miedo de una forma que nunca había tenido, no de alguien que me gustaba.

Puse mis manos sobre mis ojos como una niña. Si no podía verle, no podría hacerme daño. Estúpida, tonta, pero no podía parar lo que sentía. No podía cambiar la forma en que me sentía. Sentía un grito creciendo en mi

garganta. Un grito que estaba esperando a salir. Sabía que iba a hacerlo, y no podía detenerlo. Pero fue como si sintiera que el grito estaba esperando salir, porque no me tocó. Sentí su cara junto a mis manos, su calor, un momento antes de sentir su aliento contra la parte de atrás de mi mano. Si me hubiese tocado, el miedo se habría extendido fuera de mi boca, pero no me tocó, no con su cuerpo.

Su aliento estaba caliente sobre mi piel, tan caliente. Sentí que Damian se levantaba de mi regazo. No estaba segura de si lo había hecho por su cuenta, pero lo hizo.

—Anita, mírame. —Su voz era muy suave, y estaba muy cerca, cada palabra respirada contra mis manos—. Por favor, Anita, por favor mírame. —Su voz flotaba a través del miedo, aliviando la tensión en mi garganta, relajando los músculos a lo largo de mis hombros.

—Anita, mírame, por favor —susurró. De nuevo no podía respirar más allá de mi pulso—. Por favor —susurró y tocó con la yema de los dedos la parte de atrás de mi mano. Fue el más ligero de los toques, y mis manos bajaron una pulgada, dos pulgadas, y pude ver su rostro entre mis dedos. Sus ojos eran de puro color marrón chocolate y, en ese momento, suaves. No había rastro de enfado, o lujuria, no había nada más que paciencia y dulzura. Esta era la parte de él de la que me había enamorado una vez. Tocó mi muñeca, con suavidad, y separó mis manos de mi cara. Sonrió y dijo—: ¿Mejor?

Empecé a cabecear, y entonces Damian me agarró la pierna y el temor rugió de nuevo, y el grito fue arrancado de mi garganta. No era sólo la energía de Moroven, era el miedo de Damian a ese poder, y el hecho de que no podía protegerle contra eso.



Grité, y la boca de Richard estuvo sobre la mía. Me besó, una presión dócil de labios. El miedo se intensificó dentro de mí, todo el camino hasta las yemas de mis dedos, como si el terror fuera una corriente eléctrica. Lo aparté de mí.

Esperé que la cólera se derramara a través mí, aumentará sobre el miedo y todo lo demás, pero no llegó. De hecho el miedo se transformó en pánico. El pánico que congela tu cuerpo, nubla tu mente, te hace olvidar todo lo que alguna vez has aprendido sobre cómo usar tu cuerpo como un arma, y todo lo que queda es un pequeño grito dentro de tu cabeza que te hace una víctima. Si no puedes pensar y no puedes moverte, entonces eres una víctima. Es por eso que el pánico conseguirá matarte.

Richard se arrodilló delante de mí, tan lejos como mis brazos lo habían movido. No había nada apacible en su cara ahora. Me miró impaciente, con anticipación. Estaba sobre una rodilla, la otra pierna estaba girada de modo

que se protegía de mi vista. El lenguaje corporal era modesto; la mirada en su cara no.

Se inclinó hacia mí y olfateó, inspirando el aire profundamente, de modo que su pecho subió y bajó. Sus ojos se cerraron como si hubiera olido la más dulce de las flores, la cabeza la llevó hacia atrás, solo un poco. Cuando abrió los ojos, no eran marrones, eran ámbar, ámbar anaranjado oscuro de lobo. Hubo un momento donde la vista de aquellos ojos en su cara bronceada fue impresionante, entonces los dedos de Damian se clavaron en mi pierna. Una onda fresca de pánico se vertió a través mí, arrancó un grito de mi garganta, y Damian lo repitió. Tuve una imagen confusa de cuerpos, manos, ser dominada, tela rasgada, el peso de un cuerpo que nos fijaba a la mesa y...

Una mano se envolvió alrededor de mi muñeca y me alejó. Las uñas de Damian rasgaron mi piel cuando intentó agarrarse. Richard me arrancó de las manos de Damian, de su horror, de sus recuerdos, y de su miedo. En el momento en que Damian no pudo tocarme, el pánico cesó, un poco. Pude respirar otra vez. El miedo todavía estaba allí, palpitando a través mí, pero había disminuido.

Miré hacia atrás a Damian, y él está en el suelo, su mano estaba extendida, e incluso desde la distancia, le extendí la mano. Podía sentir su necesidad.

Richard tiró de mi brazo, repentinamente. Esto me hizo perder el equilibrio, y él usó aquel tropezón momentáneo para balancear mi cuerpo contra el suyo, mi brazo estaba detrás de mi espalda con su mano todavía en mi muñeca. Debería haber estado más interesada en el dolor, pero fue la repentina sensación de estar presionada contra su cuerpo desnudo lo que me abrumó. No era solo estar apretada contra el cuerpo de un hombre, incluso un cuerpo encantador, lo que me desconcertó fue que mi cuerpo lo recordara. Recordaba cómo era estar presionada contra esa carne, esos brazos, y el recuerdo de la piel... Era como si las cicatrices emocionales se abrieran y rasgaran mi corazón. Luchas con tanta fuerza, durante tanto tiempo, para sacar a alguien de tu corazón, pero no siempre es tu corazón el que te traiciona.

Pero entre las ruinas emocionales sentí a Moroven retirarse. No habíamos necesitado el *ardeur* para confundirla, todo lo que habíamos necesitado era que Richard y yo nos sintiéramos el uno al otro. Tal vez Moroven no entendía la lujuria pura, ella no entendía el amor, no importa

cuán roto estuviera. No sé si la emoción la asustaba, o si simplemente no podía entenderlo. Ella no era la única. Nos estábamos tocando, y el triunvirato funcionó muy bien. Habíamos bajado nuestros escudos para ayudar a Jean-Claude a levantar el *ardeur* para salvarnos, pero los escudos te protegen de demasiadas cosas. ¿Qué es el amor? ¿A qué se parece esto en su forma más cruda? La lujuria, la necesidad, el deseo, y ese dolor, como si el centro de tu cuerpo estuviera tallado y hueco, y lo único que puedo llenarlo es la persona que estás tocando.

Amaba a Richard. No podía ocultar cómo me sentía, no podía negarlo. Estaba sentada desnuda en sus brazos en todos los sentidos. Por un momento, sentí que él se sentía de la misma manera y, entonces sentí algo más... vergüenza. Estaba avergonzado, no de que me amara, sino una parte estaba enfadada de que Moroven hubiera huido. Había querido beber mi temor, mientras que me follaba. Ese fue el pensamiento que me llegó, no en palabras, sino en imágenes confusas. Sentí de él que mi terror era prácticamente el mismo terror de los ciervos que había perseguido y asesinado. Miedo, incluso un poco de miedo, lo hace todo mejor: comida y sexo. Me dejó ir, dio un paso hacia atrás para que no nos tocáramos. Levantó sus escudos firmemente y me dejó sola. Yo estaba temblando y no entendía por qué. La cara de Richard adquirió aquella mirada enfadada que solía usar para ocultar lo que pensaba. Agarró sus pantalones y se fue hacia la puerta.

—Estas tan horrorizada por esto como yo —dijo, y se fue.

Quise decir que estaba equivocado, pero en cierto modo tenía razón. No estaba horrorizada por el hecho de que me gustase un poco de miedo con sexo, un poco de juego áspero, la mayor parte de los cambiaformas lo hacen. Creo que tenía algo que ver con estar programados para perseguir animales y matarlos. Si no surgiera sobre el miedo, su lado humano podría florecer y mutilarlos para convertirlos en unos inútiles a la hora de cazar. O tal vez, no era esto. Tal vez era algo más. Tal vez era que Raina y Gabriel habían sido atraídos por el talento latente. No sé, pero no estaba horrorizada con lo que Richard había querido. El hecho de que pensara tomarme mientras el miedo de Moroven me montaba no me había molestado. Era dócil comparado con algunas cosas que a mis seres leopardos les gustaba. Solamente porque no participe no significa que soy ciega.

No, ese no era el problema. Caí sobre mis rodillas y permanecí allí.

Pude sentir que me amaba todavía, pero también podía sentir el odio hacia todo lo que él era, era más fuerte y más importante que sus sentimientos por mí. Había pensado que él aborrecía a su bestia, pero era más que eso. Odia lo que le gusta hacer en el dormitorio. Habíamos sido amantes durante meses, y nunca había sabido que él era un sádico escondido en el armario. Como de fuerte tiene que creer en su propia cuerda para que no lo hubiese descubierto.

Una mano tocó mi hombro, y salté. Nathaniel me miraba fijamente con aquellos ojos lavanda.

—¿Estás bien?

Mis ojos se sintieron calientes, y mi garganta apretada. Dios, no quería llorar. Sacudí mi cabeza, porque no confiaba en lo que saldría si abría mi boca. Sin sollozos, sin gritos, sin histeria. No había comprendido hasta hace unos momentos que en algún sitio en las profundidades de mi alma, había tenido esperanza. Esperé a que Richard y yo volviéramos, de algún modo. Pensé que lo había superado, estúpida. No había seguido adelante, solo lo había ocultado. No podía darme completamente a alguien, porque todavía estaba enamorada de Richard. ¿Cómo de jodidamente estúpido es eso?

Él realmente me amó, pero le gustaba más su vergüenza. No había huido porque podría aceptar su bestia. Había huido porque al vivir conmigo, no podía fingir. No podía pretender ser normal. Yo nunca había pretendido ser algo que no era, y últimamente, me había desquitado mucho de eso. ¿Podrías pretender ser alguien más y realmente ser feliz? No lo creo.

Nathaniel puso sus brazos a mí alrededor, despacio, como si tuviera miedo de que lo detuviera, pero no lo hice. Necesitaba ser abrazada. Tenía que ser sostenida por alguien que me quisiera, que me quisiera del todo, lo bueno y lo malo, lo agradable y lo aterrador. Richard había presionado su cuerpo desnudo contra el mío, y aún la promesa de eso no había sido bastante.

Micah apareció en la puerta.

—La Dr. Lillian está en la cocina mirando la herida de Richard.

Miró de Nathaniel a Damian, luego a mí.

—Richard parece perturbado, ¿qué sucedió?

Lo atraje con mi mano, y vino a mí sin necesidad decir una palabra. Puse mi cara contra su hombro, sentí su calidez, y el calor se derramó de mis ojos, y mis labios. Hice una bola con mis manos en su camisa y grité.

Nathaniel estaba en mi espalda frotando sus manos una y otra vez contra mi piel, haciendo ruidos tranquilizadores.

—¿Qué pasó? —preguntó Micah otra vez.

Fue Damian quien contestó, y su voz me dejó saber que estaba más cerca que antes y con su mano acarició mi hombro.

—Richard puede odiarse más de lo que puede amar a alguien.

Fue sólo en aquel momento que comprendí que Damian y Nathaniel todavía estaban conectados cuando Richard y yo habíamos tenido nuestro momento. Mi primer pensamiento fue, «Odiaría saber que ellos conocen su secreto más oscuro». Mi segundo pensamiento fue, «¿A quién coño le importa?».

Me apreté contra Micah, con Nathaniel en mi espalda y Damian acariciándome torpemente el hombro.

Gregory gruñó con su voz de leopardo:

—¿Qué pasó? Pensé que tú y Richard ibais a follar.

Micah me salvó del problema de decir algo.

—Vete, Gregory, ahora, antes de que digas algo aún más estúpido.

—No quise decir...

—¡Ahora!

La voz de Micah sonó como un gruñido. Capaz de provocar que su bestia se despertara dentro de él, y sentí que se rizaba dentro de su cuerpo, como un gato frotándose en la oscuridad. Un gato con el que he compartido una cama, hasta la sensación de aquella piel, el pequeño cuerpo se parece a las almohadas, o como las sábanas, justo una parte del sueño de una noche segura. El consuelo, el compañerismo, el calor, y sabiendo que hay garras en la oscuridad en caso de que las cosas fallen. Su bestia llamó a la mía, y me sentía tan tibia, y cómoda, cuando esos dos cuerpos invisibles se frotaban uno al otro. Sentí su cuello contra mi cara, su piel se mojó con mis lágrimas, nuestras bestias descansaban una contra la otra, sus brazos estaban a mí alrededor, y tuve uno de esos momentos, donde comprendí que si permitía que se acercara bastante, sus brazos podrían ser una casa.

Nathaniel me besó, muy levemente en el hombro.

—No estés triste, Anita, por favor no estés triste.

Giré mi cabeza lo suficiente para ver su cara. Había lágrimas en sus mejillas. Abrí un brazo de modo que pudiera envolverlo alrededor de su cintura y abrazarles a ambos. Permití hundirme contra ellos, les permití sostenerme, me aferré a ellos. ¿Qué es el amor? A veces te permite a ti

misma ser quién eres y lo que quieres ser, y permitir a la persona que amas ser quién es y lo que quiere ser también. O quizá, que y quiénes somos.



Cuando terminé con mi histeria y todo el mundo se había limpiado bastante la sangre como para estar presentables, o al menos no hacer que mis vecinos llamaran a la policía, me vestí. Micah había dicho que probablemente todos tendríamos que ir a la cama, así que ¿por qué preocuparse en vestirse? pero necesitaba ropa. Cualquier cosa de color negro, incluyendo la sobaquera, la Browning y oculté bajo el pelo la empuñadura de un cuchillo más grande. Se asentaba en una funda hecha a medida a lo largo de mi columna y estaba conectada a la pistolera de hombro, aunque podría llevarla por fuera, pero no era tan cómodo. Micah trató de decir que probablemente no era necesario tanto armamento para entrar en mi propia cocina. Le miré, y se detuvo. Nadie más se quejó.

¿Alguna vez has tratado de vestirte con tres hombres mirándote? Quería a Micah, me parecía una mierda expulsar a Nathaniel, y Damian... todos teníamos miedo de lo que podría suceder si el vampiro era separado de mí

por una habitación y una puerta. Él y yo habíamos tenido relaciones sexuales, y me había visto muy desnuda, e incluso caminaba detrás de mí en el dormitorio, pero igual le hice girar la cara hacia la pared mientras me vestía. Tal vez los cambiaformas finalmente afectaron mi punto de vista sobre la desnudez. Me parecía, curiosamente, más íntimo vestirme delante de alguien que estar desnuda. O tal vez mi modestia acababa de tener todos los choques que podía manejar por un día.

Hablando de eso, si no hubiera pensado que era cobarde e infantil, me habría escondido en el dormitorio hasta que Richard se fuera, pero era cobarde e infantil. Maldita sea. Además, Nathaniel prometió hacer café. Odiaba comer antes de las diez, pero el café antes de las diez era una necesidad.

Damian realizó algo que me hizo sentir mejor, pidió una bata. Su petición me llevó a darme cuenta de una cosa. Ninguno de los vampiros que conocía se prestaban a la desnudez casual. Se desnudaban por una buena causa, pero no andaban por ahí sin ropa como los cambiaformas. Es gracioso, nunca había pensado en ello antes. Nathaniel había traído la propia bata de Damian desde el sótano y se había puesto un par de pantalones vaqueros. Consiguió puntos por vestirse sin que tuviera que pedirselo.

La bata de Damian parecía salido de la Inglaterra victoriana, y tal vez así era. Era de terciopelo oscuro, de un rico azul intenso y pesado, casi más como un abrigo que una bata. Estaba gastado en los codos, los puños y el dobladillo donde comenzaba a deshilacharse. Pero la túnica entera gritaba «caro». Damian se envolvió como si fuera su oso de peluche favorito. Una vez el cinturón estuvo en su lugar, lo cubría desde el cuello hasta el tobillo, sólo las manos quedaban fuera.

—Eso no es un albornoz ¿verdad? —pregunté.

Sacudió la cabeza mientras liberaba el pelo del cuello, por lo que se derramó como una alucinante salpicadura roja contra todo ese azul.

—Es una bata —dijo.

Asentí como si entendiera exactamente lo que significaba, entonces le ofrecí mi mano. No porque quería tocarlo, aunque estaba allí, sino por la mirada perdida en sus ojos y la forma en que sus manos restregaban el terciopelo alisándolo, como si tocarlo le hiciera sentirse más seguro. Me tomó de la mano y me dio la primera sonrisa que había visto desde que «quien lo creó había criado su cabeza viciosa». La sonrisa era inestable

alrededor de los bordes de sus labios, pero se afirmó cuando me tocó la mano.

Tuve miedo de que cuando le tocara otra vez eso cambiase. Que aquello fuera lujuria o amor, o alguna otra cosa a la que no podía hacer frente, pero eso no fue lo que llegó a través del contacto de su mano. Lo que llegó fue un sentimiento de seguridad. Alivio de que le extendiera la mano para tocarlo en primer lugar. Si lo tocaba primero, no podría estar tan enfadada.

—No estoy furiosa —dije.

Sus ojos se abrieron un poco.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿No sabes lo que estoy pensando?

—No.

—Pregúntale si sabes lo que estás sintiendo —dijo Nathaniel.

—Acabo de preguntar eso.

—No, no lo hiciste.

Lo pensé durante un segundo. Estaba en lo cierto.

—Muy bien, ¿Qué estoy sintiendo?

—Nada —dijo Damian—, eres muy cuidadosa para no sentir nada.

Pensé en eso también y solamente asentí. Tenía razón. Me sentía entumecida, más aliviada que la necesidad de Damian en materia de seguridad eliminando otras complicaciones, pero en realidad, la verdad, no sentía nada. Me sentía como una de aquellas conchas que quedaba varada en la arena, tan bonita, tan limpia, tan blanca y rosa, y tan vacía. Ese lugar en mi interior, donde Richard había tenido cabida para llenar, estaba vacío, pero no vacío como una herida. Vacío como la concha marina, toda la superficie estaba resbaladiza y húmeda y esperando. Esperando a que alguien más viniera y patinara en el interior e hiciese que ese vacío fuera su protección, su escudo, su armadura, su hogar.

Incluso pensando con claridad, todavía no sentía casi nada. Me di cuenta de que estaba cerca de ese vacío estático donde iba cuando tenía que matar, pero no era estático. Era un vacío pacífico, como mirar un horizonte solamente de cielo y agua. Paz, tranquilidad, pero no vacío, sólo a la espera.

¿Esperando qué?

Damian me apretó la mano. Le sonreí, pero sabía que no llegó a mis ojos. Sonreí porque me sonrió, más un reflejo que la emoción. En el interior no era nada. Era un poco como estar en shock. El shock es el aislamiento

natural, algo que te encierra para así poder curarte, o algunas veces poder morir sin ser dañada, o teniendo miedo.

Bueno, no iba a morir. Nadie muere por tener el corazón roto, sólo sentía como si fuera a hacerlo. Sabía por experiencia personal que si solamente sigues moviéndote, actuando como si no estuvieras sangrando por dentro, como si no estuvieras muerta, con el tiempo dejas de estarlo.

Micah se paró delante de mí. Una vez me había parecido extraño ver tal inteligencia en los ojos del gatito. Ahora, no eran más que los ojos de Micah. Me tocó la cara, y su mano estaba tan caliente que quise frotar mi mejilla contra ella, pero no lo hice. No sé por qué, pero no lo hice. Estaba de pie con Micah tocando mi rostro y Damian tomando mi mano. Podía sentir que mi cara estaba tan vacía como me sentía por dentro.

—No tienes que ir allí —dijo Micah.

—Sí —dije—, debo ir.

Puso su otra mano para enmarcar mi cara entre su calidez, manos cálidas.

—No, Anita, no tienes que hacerlo.

Damian frotaba sus dedos por mis nudillos como lo hacía cuando estaba preocupado de que estuviera enfadada con alguien. No estaba enfadada, o tal vez estaba preocupada por todas las otras emociones juntas. Damian podía ayudarme a estar más tranquila, me ayudaba a controlar mi temperamento, y a ser menos cruel, o menos rápida para matar, pero tu sirviente sólo te puede dar lo que tiene para compartir. Damian no podía ayudarme a combatir el miedo o la soledad o la tristeza, porque llevaba demasiado de eso dentro de sí mismo. Hoy en día, el único consuelo real que podía ofrecer era el toque de una mano amiga. Pero hay cosas peores que ofrecer.

Cerré los ojos, no para esconderme de la cara de Micah, sino para disfrutar del calor de sus manos. Tuve que cerrar los ojos para poder sentirlos y no distraerme con el color de sus ojos. Me permití hacer lo que había querido desde que me tocó la cara. Froté la mejilla contra una de sus manos, luego contra la otra. Sus manos se movían conmigo, así que era como un baile, con las manos contra mi cara, mi pelo, y me froté contra él como un gato.

Me besó en alguna parte en medio de todo ese movimiento, con mi cara retorciéndose entre sus dedos. Sus labios eran suaves y exuberantes, y los apretó contra los míos, firme pero suave. Abrí los ojos y su cara estaba tan

cerca que no podía enfocarme en sus ojos.

Se echó hacia atrás lo suficiente para que pudiéramos vernos, pero mantuvo su agarre en mi rostro.

—Me gustaría evitarte esto, si me lo permites.

Puse mis manos sobre las suyas, para sostenernos mutuamente.

—¿Quieres decir que te disculpas por mí y Damian y nos escondemos en el dormitorio?

Alguien había colocado la puerta de entrada en su lugar. Colgaba torcida en el marco, y un poco de luz se filtraba por los bordes, pero no era malo. Damian había agarrado mi hombro en la primera línea de luz que se arrastró por el suelo. Le di unas palmaditas en la mano, pero no sabía que más hacer. Micah nos informó que había cerrado las cortinas de la cocina, así que estaba tan oscuro como se podía. Le sonreí por eso. Siempre parecía anticiparse a mis necesidades. A veces me molestaba, pero hoy no. Hoy en día, tomaría toda la ayuda que pudiera conseguir.

Damian habría sido la excusa perfecta para pasar el rato en la parte más oscura de la casa. Por desgracia, casi tanto como no quería ver a Richard, tampoco quería estar a solas con Damian. Los hombres pueden ser del tipo divertido después de haber tenido relaciones sexuales con ellos, algunos son francamente posesivos, otros son emocionales, y otros sólo quieren una oportunidad para hacerlo de nuevo. Nada de eso sonaba como algo con lo que quisiera tratar en este momento. Claro que se sentía tranquilo en mi piel, pero eso no significaba que una vez que estuviéramos solos fuese capaz de dejar de ser un hombre. Después de todo era uno. Pensé que no estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Si lo ves de esa manera, sí.

—No es que lo tenga que ver así, Micah, es de la manera que es. Sería esconderse.

—No se ocultará —dijo Nathaniel, con una voz suave y llena de dolor que no pude entender, y solamente el sonido de su voz me hizo feliz en ese momento que no nos tocábamos. Lo que sea que hubiera estado sintiendo en ese momento no sonaba divertido en lo más mínimo.

—¿La prudencia no es siempre la mejor parte de tu valor? —preguntó Micah, y había una mirada en sus ojos que estaba cerca del dolor. Pero, extrañamente, de todos los hombres de mi vida, él era uno de los pocos cuya mente y emociones no sabía leer. Podría leer su rostro, sus ojos, su cuerpo, pero su mente y emociones internas eran suyas.

—No —dije—. Nunca. Bueno, casi nunca. —Le di una palmadita en las manos y di un paso atrás lo suficiente para que tuviera que dejarme ir, o retenerme cuando sabía que no lo quería.

Apartó las manos lejos de mí, y el primer indicio de ira recorrió sus ojos.

—No me gusta verte herida.

—A mí tampoco me gusta verme herida —dije.

Eso casi le hizo sonreír.

—Tratando de hacer bromas, supongo que es una buena señal.

—Tratando, ¿Sólo tratando? Pensé que era gracioso.

—No —dijo Nathaniel—. No, no lo es. —Me apretó el brazo mientras caminaba—. Voy a empezar a preparar el café.

—¿No vas a esperarnos? —pregunté.

Se giró sólo un poco antes de llegar a la puerta de la cocina. Estaba sonriendo.

—Sé que vas a entrar ahí, tarde o temprano, porque no podrías soportarte a ti misma si te acobardaras. Pero, para cuando lo hayas discutido contigo misma, yo ya podría tener hecho el café.

Le fruncí el ceño, y sólo un pequeño hilo de enfado vino en ese gesto. Damian me agarró la mano de nuevo, y no luché contra ello.

—No te enfades conmigo —dijo Nathaniel—. Estoy a punto de moler granos de café fresco para ti y utilizar la nueva cafetera francesa que Jean-Claude te dio.

Fruncí más el ceño.

—Sé lo mucho que odias admitir que te gusta la cafetera francesa, pero te gusta.

—No hace suficiente café en cierta época —dije. Incluso a mí me sonó grosero.

—Le diré a Jean-Claude que te gustaría realmente una gran cafetera francesa —dijo eso completamente inexpresivo, y sólo la más débil de las sonrisas y el más mínimo brillo en sus ojos me hicieron saber que iba a añadir algo—. Tamaño reina, —entonces se fue atravesando la puerta, antes de que pudiera cerrar la boca y decidir si gritarle o reír.



Nathaniel intentó hacerme reír algo que me hizo sentir mejor, aunque tengo que admitir que el olor del café recién molido ayudó a llevarme a través de la puerta. No podía permitir que un ex-novio se interpusiera entre mi café y yo, ¿no? Y no mantener mi auto-respeto, así que entré.

Richard estaba sentado en la mesa de la cocina en el lado más cercano a la puerta. La Dra. Lillian estaba de pie junto a él, terminando el vendaje de su hombro derecho y el brazo. Ella nos miró a medida que entrábamos, pero la mayor parte de su atención se quedó en su paciente. La primera vez que la había visto había sido gris y peluda, pero ahora era una mujer de unos cincuenta años, delgada, con pelo gris y blanco, como su piel cuando estaba en forma de rata. Había siempre algo limpio en la Dra. Lillian, como si nunca tuviera la ropa sucia y siempre tuviera suministros médicos cuando los necesitaba. Parecía que nunca tenía pánico. En el mundo humano, era jefa de uno de los pocos centros de traumatología de urgencias

locales que habían sobrevivido a los recortes. Pero pasa más y más tiempo ayudando a los semi-permanentes peludos. Desde que Marcus había muerto, estábamos muy cortos de médicos.

Lo que explica por qué había un guardaespaldas apoyado en el otro lado de la puerta viendo movernos en la habitación. Era delgado, un poco tímido, de seis pies, aunque algo sobre la forma en que estaba le hacía parecer más bajito. Una maraña de pelo negro caía en sus ojos, y brillaba como el negro de las joyas. Sus manos elegantes acariciaban los bordes de la chaqueta de cuero, y entreví al menos cuatro empuñaduras de cuchillo antes de que dejara caer la chaqueta cerrada. Podían haber sido seis empuñaduras, pero estaba segura de cuatro, y eso era suficiente.

Me habían dicho que los seres ratas estaban aquí, en plural, pero no había pensado en eso. En realidad no lo había escuchado. Había estado tan ocupada intentando no mirar a Richard, que no había mirado muy de cerca la habitación. Había cogido un cuchillo y mi arma, pero bien podría haber sido desarmada después de todo por mi propio bien, si Fredo hubiera querido hacerme daño. No le había visto. Él había estado de pie junto a la puerta, en el lado opuesto, y no lo había visto. Mierda.

Me las arreglé para mantenerlo fuera de mi cara. Asentí con la cabeza a Fredo, devolviéndome el saludo. Quería decir algo, pero no confiaba en mi voz. Estaba pensando, *tonta, estúpida*. Y esa clase de estupidez podía hacer que me matasen.

Nathaniel estaba en la parte trasera de la cocina junto al fregadero, bajo la ventana que una vez había tenido que sustituir por el daño de una escopeta. La ventana estaba bien, pero yo no. Vivía en un mundo en el que tenía que ver a los chicos malos. Fredo estaba de nuestro lado, pero definitivamente era un mal tipo. No era un mal tipo que me fuera a matar, pero podría, y entraría en la habitación justo a su lado. Fue un error de novato el que me permitió saber exactamente lo mal que lo estaba haciendo.

Seguí caminando hasta que estuve junto a Nathaniel, de espaldas a la habitación. Damian se arrastró como un cachorro perdido que había encontrado probablemente unas notas. Me solté de su mano cuando me di cuenta de que no había visto a Fredo, cuando sentí su movimiento detrás de mí. Quería mis manos libres. Sabía que Damian necesitaba mi toque, pero yo necesitaba mis manos libres. Me sentía claustrofóbica. La cocina era de un buen tamaño. Cuando las cortinas están abiertas era luminosa y

brillante, pero con las cortinas cerradas y las luces del techo apagadas, estaba oscuro y sombrío, y quería luz. Quería salir fuera y ver los árboles con la luz de la mañana sobre ellos. No quería estar aquí en la oscuridad y de la mano de un vampiro. Quería una opción, y no parecía tener ninguna. De repente me sentí tan enfadada, que no era con Damian con quien estaba enojada.

Las cortinas se desplazaron, y Clair volvió a la terraza, todo sonrisas.

—Es una vista maravillosa.

—Gracias —dije, y volví a mirar a Nathaniel haciendo el café. Si no buscaba en otro sitio, tal vez no permitiría que mi ira obtuviera lo mejor de mí. Quería despotricar contra Richard, gritarle y acusarle. Y lo que no quería era hacer eso delante de su nueva novia o mis novios. ¿Acabo de decir novios?

Puse las manos en la frescura de la encimera, cerré los ojos, y sólo traté de no pensar de nuevo. Pensar no era bueno. Sentir tampoco.

Una mano se posó sobre la mía, y en el momento en que lo hizo, estuve más tranquila. Supe sin necesidad de abrir los ojos de quién se trataba, porque tocar a un solo hombre me tranquilizaba. Me tranquilizó porque había pasado siglos perfeccionando su calma. Abrí los ojos y me encontré con la mirada verde de Damian. Quería odiarlo. Quería estar furiosa por haberme atrapado con él, atado, pero no podía. Tocándole la mano, con los ojos tan dispuestos llenos con dolor, no podía estar enfadada, no con él. Mierda.

No podía respirar, ni un soplo sólido. Tomó mi ira, pero no pudo eliminar el miedo. Me aparte de él.

—Tengo que estar enfadada ahora, Damian, es todo lo que tengo.

Una mano me tocó el brazo y me apartó de él. Los ojos de Nathaniel se mostraron cautelosos en lugar de dolidos.

—¿Qué pasa?

Me alejé de los dos, chocando contra la isleta, con tanta fuerza que sacudió los platos en los armarios.

—Anita —dijo Micah. Estaba al final de la isleta mirándome con sus ojos de gato.

No lograba respirar bastante hondo. Era como si la habitación fuera cada vez más pequeña. Nathaniel estaba delante de mí, y ambos lados de la isleta estaban bloqueados por los otros dos. Me sentí acorralada, atrapada de muchas maneras.

—Chicos —dijo la Dra. Lillian—, creo que Anita necesita un poco de aire.

—No puedo dejar a Damian solo —dije, pero mi voz sonó ahogada.

Ella se acercó y apartó a todos ellos de mí, espantándolos de nuevo.

—Vamos, un poco de aire fresco y algunos espacios abiertos, órdenes del médico. —Me tendió la mano, pero evitó tocarme, como si supiera lo que estaba sintiendo mejor que yo. Me abrió las cortinas y me empujó a través de ellas a la terraza abierta.

La luz era deslumbrante, y me quedé ciega durante un momento. Cuando pude ver otra vez, ella estaba tan lejos como la terraza le permitiría estar y seguir estando en ella. No dijo nada, sólo buscaba con la vista.

Empecé a decir algo, entonces pensé, *a la mierda, tiene razón*. Fui a la barandilla y miré hacia los árboles. Los árboles eran un calidoscopio de color. El viento agitaba todo ese oro y naranja, y una cascada de hojas como una bolsa giraron hacia arriba descendiendo a mi alrededor. El cielo era azul impecable eso sólo sucede aquí, en octubre, como si el cielo estuviera más cerca, más fresco, de nuevo azul, como si todos los cielos claros hasta ahora prácticamente hubieran tenido pocas semanas de cielo azul. Respiré el oro macizo del sol, como el jarabe pálido de las hojas. Olía a otoño, seco, limpio, un olor penetrante, que se compone de hojas secas, de noches frías, y el aliento cálido del día antes de caer la noche. Podía degustar su caída en la lengua como una especie de pan o torta, algo grueso y de nuez y dulce. Tomé tanto aire como pude y lo solté lentamente, como si mi cuerpo no quisiera dejarlo ir.

Estaba allí, apoyada en la barandilla, bebiendo la luz del sol, los colores, y el rico aroma de los bosques del otoño. Estaba sonriente y tranquila por mi cuenta en el momento en que la Dra. Lillian habló. Se quedó al final de la terraza, como si no estuviera segura de cuánto espacio necesitaba.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —sonreí, aunque me sentía un poco avergonzada—. Lo siento me he perdido ahí dentro.

—Has tenido grandes cambios en un espacio muy corto de tiempo, Anita.

—¿Cuánto sabes?

—Que de alguna manera te has conectado a Damian y a Nathaniel, un poco de la misma forma en que Jean-Claude os ató a Richard y a ti. Que lo

hiciste por accidente. Que es un milagro que nadie está muerto.

Suspiré, y la sonrisa se fue.

—Sí, lo podría haber hecho mejor.

—Nadie puede manejar todo lo que manejas, Anita, mejor o peor. Sigues sorprendiéndonos a todos nosotros.

—Nosotros, ¿a quiénes? —pregunté.

Ella sonrió.

—Todos, a los cambiaformas, a los vampiros, a todos nosotros. Realmente no puedo hablar por todo el mundo, pero sé que eres un asombro constante para los seres rata. Nunca sabemos qué vas a hacer luego. —Ella se apoyó en la barandilla con los brazos cruzados sobre su camisa blanca y limpia.

—Ni yo, ya no.

—Esa cuestión de la pérdida de control de nuevo, ¿no?

—Sabes, realmente no quiero psicoanalizarme ahora mismo.

—Bien —levantó las manos para mostrar que estaba desarmada—, pero la próxima vez que comiences a estar claustrofóbica, y necesitas un poco de aire, toma un poco de aire, ¿de acuerdo?

—¿Tan obvio fue? —pregunté.

—Si digo que sí, no te gustará, porque odias que alguien sea capaz de leerte. Si digo que no, estaría mintiendo, y también lo odias.

—Es imposible que solo pueda seguir con esto, ¿no?

—No es imposible, pero no es precisamente fácil. —Dio una risita para ablandarlo, y dijo—: ¿Te sientes bien para volver a entrar?

Volví a respirar hondo y asentí.

—Claro.

Ella asintió con la cabeza también.

—Bueno, ten cuidado al mover las cortinas. No quiero demasiado de este hermoso sol en Damian.

Asentí con la cabeza y sentí que el aire me dejó bien. Antes de que diera un paso a través de las puertas correderas de cristal, me pregunté, ¿qué vas a hacer con él? No puedes seguir tocándolo todo el día. ¿Podía? Estaba dispuesta a hacerlo hasta cierto punto, pero todos los días me volvería loca. Especialmente si no era sólo hoy, sino todos los días. De repente vi un flujo interminable de días con Damian permanentemente unido a mí. Era claustrofóbico.

Casi esperaba que él se pegara como una sanguijuela a mí cuando

entrarse por la puerta, pero no lo hizo. Me quedé allí en la oscuridad repentina de la cocina, dejando que mis ojos se acostumbraran. Mis ojos se fueron automáticamente a donde Richard había estado, pero me vi forzada a buscar a Fredo primero. Se había acercado, como un buen guardaespaldas, apoyado en la mesa de dos pequeñas plazas en el rincón del desayuno. Las rosas blancas que Jean-Claude enviaba cada semana enmarcaban la oscuridad de Fredo. Sus dedos estaban siguiendo los bordes de la chaqueta de nuevo. Nunca había visto a Fredo utilizar sus cuchillos, pero algo me dijo que iba a llegar a sus hojas más rápido de lo que yo iba a llegar a mi arma, por no hablar de mi cuchillo. La vaina nueva era en realidad un refuerzo de emergencia, no un arma principal. Si hubiera querido un cuchillo como arma principal, me habría puesto las fundas de las muñecas.

Me metí en el ambiente, lejos de Fredo, no porque fuera a hacerme daño, sino simplemente por principios. No estaba en mi mejor momento, y él era el único malo profesional en la habitación, así que lo traté con la prudencia que merecía. Además, tenía que compensar mi anterior estupidez de alguna manera, y los días en que había elegido una pelea sólo para asegurarme de que seguía siendo difícil estar muy lejos. Siendo una chica, esta fase había sido más corta de todos modos. Somos criaturas mucho más prácticas que los hombres, por regla general.

Richard estaba todavía en la mesa. Clair estaba junto a él ahora. Ella tenía una mano en el hombro, bien, su pequeña mano era muy pálida en la oscuridad de su piel. Me estaba mirando. Sus ojos eran azules, una especie de gris oscuro.

Micah se situó en el lado de la isleta más cercana a la mesa. Parecía tenso, pero un parpadeo de sus ojos me ayudó a encontrar a Damian y a Nathaniel.

El vampiro se había metido a sí mismo en la esquina entre los armarios y el fregadero. Tenía las rodillas apretadas contra su pecho, su cara apoyada en ellas, por lo que podía ocultar los ojos. Había logrado ocultar casi la totalidad de sí mismo en la bata de terciopelo azul y la caída de su propio cabello. Nathaniel estaba a su lado en el suelo. Tocaba las manos de Damian, pero eso era todo.

Nathaniel me miró, y había algo en sus ojos violetas, dolor, impotencia, algo. No estaba enfadada, y no me sentía claustrofóbica mientras cruzaba la cocina hacia ellos. Me arrodillé al otro lado de Damian y vi una pregunta

en Nathaniel.

—Pensé que mi contacto podía ayudarle hasta que volvieras dentro.

Asentí. Sonaba lógico.

—No quería que lo tocara mucho. —No estaba herido cuando lo dijo, era un hecho.

Toqué la cabeza inclinada de Damian. Su mano de repente se envolvió alrededor de mi muñeca. El movimiento había sido demasiado rápido para verlo, lo que no me sucede a menudo con los vampiros, y no debería haber ocurrido con éste. La velocidad de la misma, y la fuerza en la mano me sorprendió.

Se levantó y me dio una mirada con esos ojos esmeralda. De repente me sentí impresionada por su belleza. Era casi una fuerza física. Como si la belleza fuera un martillo y me hubiera dado un golpe directamente entre los ojos.

—Dios mío —dijo Nathaniel en voz baja.

Me llevó bastante esfuerzo apartar mi mirada de Damian. Una vez que vi la cara de Nathaniel, fue más fácil, y pude respirar de nuevo.

—¿También lo ves? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—Es como una cara realmente muy buena, no ha cambiado mucho, pero los cambios son los adecuados.

—¿De qué estáis hablando los dos? —preguntó Damian.

Su voz me hizo mirar de nuevo, y me hechizó. Siempre había sido hermoso, pero no así.

—Son poderes vampíricos, de alguna manera. Pensaba que como mi siervo serías poco capaz de hacer eso, no más.

—No creo en los juegos de mente, Anita —dijo Nathaniel. Extendió la mano para tocar la cara de Damian.

Damian retrocedió.

—¿Qué? ¿Qué pasa con mi cara?

—Absolutamente nada —dije—. Richard te dio una paliza, pero no hay ni una marca.

Levantó su mano y se tocó la boca.

—Está sanado —dijo.

Asentí, y fue como si estuviera hipnotizada por él. Era un truco de la mente, ¿o había algo más que el daño curado? No podía decirlo, y no estaba segura de si Nathaniel era mejor juez que yo.

—Micah, ¿puedes mirarle?

Micah llegó a situarse en el extremo de la isleta más cerca de nosotros. La expresión de su cara fue suficiente, antes de que él dijera:

—Guau.

¿Pero eran trucos mentales? Eso es lo que quería saber. Llegué a tocar su cara, y no se apartó de mí, como había hecho con Nathaniel. Había visto parte de sus recuerdos, de lo que le había pasado a manos de otros hombres, los hombres a los que ella les había entregado, por lo que podría alimentarse de su dolor y el miedo. Así había entendido algo de su homofobia, pero Nathaniel no era una amenaza para él, no de esa manera. En otros aspectos, era una amenaza para todos los que lo mirasen. Oh, bueno.

Toqué la mejilla de Damian, y era sólido. Pero todo era sólido. Nathaniel tenía razón, era como una cara realmente buena, no había mucha diferencia. ¿Qué había en su rostro que era diferente? ¿Qué había mantenido la cara de Damian para no provocar un cambio antes? Nunca había detallado su cara, no estaba segura de conocerlo lo suficiente para saber lo que había cambiado. Tal vez mi confusión, se mostró en mi cara, porque Nathaniel dijo:

—Su boca, sus labios eran demasiado finos para su rostro, ahora están llenos y... coinciden.

Ahora que Nathaniel lo había dicho, podía recordar la boca de Damian, y eso no fue todo. ¿Era sólo glamour? Tenía que serlo, ¿no? Cerré los ojos y le toqué la boca, pero nunca había recorrido mis dedos por sus labios. No me acordaba de ellos. Mantuve los ojos cerrados y utilicé mis manos para guiarme. Le di un beso, suave pero firme. Había besado esa boca hacia menos de dos horas, y no era la misma boca. Los labios estaban más completos, como si hubiera recibido una inyección de colágeno, mientras que no nos mirábamos. Me aparté lo suficiente para ver su rostro claramente. Hubo una ligera inclinación hacia sus ojos, y estos eran más grandes, no mucho, solo un poco, ¿o es que las cejas habían hecho un amplio arco? ¿Eran sus pestañas más gruesas, más oscuras? Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Damian de nuevo, y esta vez había un hilo de terror en su voz.

—Voy a buscar un espejo —dijo Micah, y dio la vuelta y se fue a por uno.

—Esto no es posible —dije.

—¿Hay algo que pueda hacer? —La Dr. Lillian estaba en el otro extremo de la isleta. Damian la miró y ella dijo—: ¡Oh, Dios!

—¿Qué? —preguntó, y su voz era frenética.

Le di unas palmaditas en la mano.

—Estás bien, en realidad eres... hermoso.

Se extendió el miedo de su voz a sus ojos.

—¿De qué estás hablando?

Micah regresó con un espejo de mano. Simplemente me lo ofreció a mí. Lo tomé, pero Damian cerró los ojos con fuerza, como si tuviera miedo de mirar.

—Está bien, Damian, te lo prometo, te ves maravilloso. —Pero entendía la clase de miedo, porque aunque sea una mejora, sería extraño que la cara que habíamos tenido durante miles de años cambiara de repente. Había tenido problemas con los cambios en la cara que había tenido sólo durante una parte de la vida.

Estaba moviendo la cabeza una y otra vez.

—Por favor, Damian, mira. Es bueno, no está mal. Te lo prometo.

Abrió los ojos un poco, pero una vez que vio lo suficiente, se le pusieron los ojos como platos, y me cogió el espejo. Lo movió alrededor para poder ver sus ojos, su boca, y algunos cambios en la nariz que podía ver y yo no. Como dije, no había hecho un estudio de su cara.

Se tocó la cara tentativamente, como si esperara que se sintiera diferente de lo que parecía. Dejó caer el espejo, y Nathaniel lo atrapó antes de que tocara el suelo.

—¿Qué me está pasando?

Abrí la boca para decir, no lo sé, pero Micah dijo:

—Creo que tenemos que llamar a Jean-Claude. Sabemos que está levantado.

Buena idea, pensé.

—Sí, creo que sí.

En realidad me levanté para ir al teléfono, pero Richard estaba en el extremo de la isleta, cerca del teléfono, y de repente no quería ir al teléfono. Su brazo derecho estaba pegado a su pecho, completamente inmóvil, como si Lillian hubiera comenzado a momificarle. No me miraba a mí. Estaba buscando más abajo, a Damian.

—La curación y la reconstrucción facial, son buenas —dijo, y su tono no fue un cumplido.

—No lo hice a propósito.

—Lo sé —y esas dos palabras sonaban cansadas—. Jean-Claude me dijo una vez que no podía recordar cómo se veían él y Asher antes de Belle, pero que había visto a otros antes y después. Belle nunca eligió a personas que no fueran bonitas, pero después algunas eran más hermosas que antes. Esto no era algo común ni siquiera en su línea de sangre, pero sucedía lo suficiente para iniciar la leyenda de que siempre le sucedía a su sangre.

Le miré.

—¿Y cuándo esperaba Jean-Claude encontrar tiempo para compartir toda esta información?

—Cuando nos abandonaste más de medio año. Hemos tenido un montón de tiempo para hablar, y yo tenía un montón de preguntas.

No podía discutir con la “parte de nos abandonaste”, por lo que lo ignoré.

—Le pregunté una vez si su cuerpo y cara de vampiro eran un truco, y dijo que no.

—Los trucos de vampiros no son reales —dijo Richard—, esto, —y señaló a Damian con su brazo bueno—, lo es.

—Pero Damian ha sido un vampiro durante mucho tiempo, si este tipo de cambio iba a suceder, entonces debería haberlo hecho antes.

—No soy de la línea de Belle —dijo Damian. Estaba tocándose la cara sólo con la punta de los dedos, como si eso lo hiciera menos terrible, o algo así.

—Pero Anita lo es —dijo Richard—. A través de sus vínculos con Jean-Claude, es una parte de la línea de Belle.

—No soy un vampiro —dije.

—Te alimentas como uno —dijo.

El enfado finalmente asomó la cabeza. Si pudiera enfadarme, me sentiría mejor, y la presencia de Richard no me molestaría tanto.

—Estás tan ligado a Jean-Claude como yo. Es sólo suerte que mantuviera al *ardeur* lejos de ti, Richard. La próxima vez que tengamos un trato muy especial, tal vez será tu turno.

—No puedo curar con el sexo, y parece que tú si puedes.

—¿Elevaste el *Munin* cuando estabas con Damian? —preguntó la Dra. Lillian.

Sacudí la cabeza.

—He notado que Raina estaba alrededor. Es difícil pasarlo por alto.

Oí un eco lejano en mi cabeza —el fantasma de Raina— diciendo, me alegro de que me hayas notado. Cerré la puerta metafísica particularmente fuerte, lo cerré, y lo envolví con cadenas de plata. Todo metafórico, o metafísico, pero de todos modos real. Una parte de Raina vivía dentro de mí, y nada que pudiera hacer parecía capaz de librarme de ella por completo. Podía controlarla hasta cierto punto, pero no exorcizarla de mí. Dios sabe que lo había intentado.

—Si no fue Raina, entonces uno de vosotros es capaz de curar en el sexo —dijo la Dra. Lillian. Lo dijo como si fuera sólo lógica. Dos más dos es cuatro, ese tipo de cosas.

Estaba sacudiendo la cabeza mucho antes de que me diera cuenta de que estaba haciéndolo. Sacudí la cabeza una y otra vez.

—Yo no hice esto.

—¿Entonces quién lo hizo? —preguntó Richard. Su rostro tenía la arrogancia de su ira. Cuando parecía que era a la vez más hermoso de alguna manera, y menos accesible. Fue una de las pocas veces que estaba segura de que Richard era conscientes de lo guapo que era, cuando estaba enfadado lo suficiente para querer golpear y causar dolor a alguien. ¿Por qué la ira hace a la gente bonita? La rabia no, la rabia te hace feo, pero un poco de rabia, sólo parece añadir especias. Una de las crueldades de la naturaleza, o tal vez es para que no nos matemos unos a otros con más frecuencia.

—No lo sé, pero no se parecía nada a después del sexo. No tenía este aspecto en el baño cuando Mor... ella quien le creó apareció. No tenía este aspecto en el pasillo, —di un paso más cerca de Richard—, o el dormitorio, —otro paso—, o en la sala de estar. —Un paso más, y estuve tan cerca de él que podía ponerse de pie y todavía ver su rostro cómodamente. Era casi un pie más alto que yo, era cuestión de ángulo.

—La persona más cercana conectada a Jean-Claude en esta sala en ese momento no era yo.

Miró hacia abajo a mi perfecto perfil.

—Yo no estaba cerca de él.

—Jean-Claude podría saber la respuesta a esto —dijo Micah. Estaba detrás de mí, no demasiado cerca, sino demasiado cerca como para hacer algo estúpido, me pregunté si había planeado la interferencia.

—Micah tiene razón —dijo la Dra. Lillian.

—Sí, Micah siempre tiene razón —dijo Richard, y su voz tenía unas

emociones que ni siquiera se insinuaban. Era la primera señal de celos que había visto. Una parte de mí estaba feliz por ello, y en el momento en que la diminuta alegría chispeó en la parte de atrás de la cabeza, lo supe mejor. Me avergoncé de mí misma, y lo odié.

—La mayoría de las veces tiene razón, —pero mi voz no estaba enfadada. Necesitábamos respuestas, no rabietas. Hice un movimiento con ambas manos—. Si me dejas llegar al teléfono.

Se movió, pero pareció perplejo. Por un segundo, me pregunté si había buscado una pelea a propósito, y si hubiera sido así, ¿por qué? Buscar pelea era más lo mío que de Richard. Me preocuparía de eso más tarde.

Tenía la mano sobre el teléfono, cuando sonó, lo que me asustó.

—¡Mierda!

Cogí el auricular y debí de haber sonado al menos un poco enfadada, porque Jean-Claude dijo:

—¿Qué ha ocurrido ahora, *ma petite*?

Me sentí tan aliviada al oír su voz, que me olvidé de esta locura.

—No tienes ni idea de cuánto me alegro de oír tu voz.

—Puedo escuchar el alivio en tu voz, *ma petite*. Una vez más, pregunto, ¿Qué ha sucedido?

—¿Cómo sabes todo lo ocurrido? —pregunté, y ya empezaba a sospechar.

—Sentí huir a Damian de sus emociones y de Richard. Sólo los dos podrían convertir una cosa tan simple como la lujuria en algo tan...

Parecía incapaz de encontrar una palabra y finalmente dije:

—Decepcionante.

—Estás hablando con el tercio equivocado del triunvirato, Jean-Claude. Puedo pasártelo, si deseas hablar con él.

—*No, no*, dime lo que está sucediendo.

—¿No puedes leer mi mente? Todo el mundo parece ser capaz de hacerlo.

—*Ma petite*, ¿tenemos tiempo para infantilismo?

—No —dije malhumorada—, pero Richard me ha dicho que algunos vampiros que son de la línea de Belle son más guapos después de un tiempo. ¿Es eso cierto?

—El cambio de humano a vampiro puede provocar pequeños cambios en la apariencia. Es raro, incluso para la línea de Belle, pero *oui*, sucede.

—Así que realmente no eras tan hermoso una vez.

—Como le dije a Richard, no lo sé. Sé que muchos actúan como si fuera hermoso, pero no tengo cuadros de la cara de antes. No tengo manera de recordarlo después de siglos. Sinceramente, no lo sé con certeza. Belle nunca nos hizo a ninguno ese cambio, porque gozaba de los falsos rumores de que su contacto nos había embellecido a todos. Si enarbolamos la de aquellos que llegaron a ser más bellos, entonces sería empañar su leyenda. Tú la conociste, *ma petite*, le gusta su leyenda.

Me estremecí. Había conocido a Belle, de segunda mano, a través de una posesión metafísica o dos. Daba miedo, y no sólo por lo poderosa que era. Daba miedo por sus defectos de carácter, una cierta ceguera de cualquier cosa que ella no entendía, como el amor, la amistad, el compromiso frente a la esclavitud. No parecía verle una gran diferencia entre los dos.

—Sí, a Belle le gusta su leyenda tanto, que está empezando a creérsela.

—Como quieras, *ma petite*, pero se hace difícil encontrar la verdad en su corte.

—Muy bien, nunca vamos a saber si tú y Asher erais hermosos antes.

—Asher dijo que su pelo no era del color del oro antes, por lo que sabemos.

Estaba distraída.

—Está bien, está bien, pero el punto es, ¿cuándo se llevaría a cabo el embellecimiento?

—Cuando se convierte en un vampiro, y cuando se levanta la primera noche después del cambio debido a la naturaleza cruel de algunos cuando experimentan su sed de sangre en primer lugar, no siempre es fácil ver la belleza, pero ocurre poco después de la introducción en sus nuevas vidas.

No discutí la parte de la vida, había estado demasiado tiempo confundida acerca de lo que era la vida y lo que no.

—Así que después de mil años, son lo que son, ¿verdad?

Se hizo el silencio en el otro extremo del teléfono. Ni siquiera podía oír su respiración, lo que no significaba nada, no siempre tenía que respirar.

—¿Le ha ocurrido algo a Damian? ¿Algo más?

—Sí —dije.

—Supongo que la pregunta sobre la línea de Belle no era curiosidad entonces.

—Ni siquiera cerca de curiosidad —dije.

—Dime —dijo, con voz suave.

Se lo conté.

Estaba tranquilo, sin hacer preguntas, obteniendo información, en la materia para su práctica. Al teléfono sin ver su postura corporal, o su cara, y con el blindaje como un hijo de puta, no podría decir si realmente estaba tranquilo, o no.

Por último, dijo:

—Eso es muy interesante.

—No soy el doctor Spock. ¿Qué quieres decir que es interesante?

—Quiero decir que es interesante, *ma petite*. Damian no es de la línea de Belle, y, por tanto, no debería haber ocurrido. Además, tiene un milenio de edad, y como has dicho muy sucintamente, debería haber sido lo que era, y no haber ningún cambio, no en esta fecha tardía.

—Pero ha pasado —dije.

—¿Puedo hablar con Damian?

—Creo que sí. —Me giré y levanté el teléfono—. A Jean-Claude le gustaría hablar contigo directamente.

Damian se levantó lentamente, como si estuviera rígido o el suelo no fuera uniforme. El suelo lo era aún, era que todo estaba un poco menos estable. Cogió el teléfono y dijo:

—¿Sí? —Y desde ese momento, dejó de hablar en Inglés. Sorprendentemente, no era francés, era alemán. No sabía que el vampiro hablase alemán. Si Jean-Claude había cambiado el idioma, era porque mi francés era cada vez mejor, entonces se burlaba de sí mismo, porque yo hablaba alemán. No hablarlo, sino que podía entenderlo cuando lo escuchaba. La abuela Blake me había hablado alemán desde la cuna. La había tenido en la escuela secundaria como mi idioma, porque era perezosa y quería una ventaja.

No pude entender cada palabra. Llevaba demasiado tiempo sin usar mi alemán, y el acento de Damian era diferente a los que había oído hablar, y había crecido en torno al menos de dos. Pero entendí lo suficiente para saber que Jean-Claude le preguntaba si los cambios en su rostro habían ocurrido durante el acto sexual o inmediatamente después, Damian dijo algo en alemán sobre que no ocurrió inmediatamente después del sexo. No, alrededor de una hora o más tarde. Pude entender, que Jean-Claude quería salvar mi delicada sensibilidad. Tenía una tendencia enfadada sobre el sexo que no elegía. Entonces escuché la palabra poder, y el nombre de Belle Morte. Entonces Damian dijo un montón de, *nein*, o no, que es lo mismo en

alemán. No me había visto presentar ninguno de los poderes por los que Jean-Claude estaba preguntando al otro lado del teléfono. No lo entendí todo. Uno, estaba al tanto sólo de la mitad de la conversación, y dos, mi abuela no había utilizado mucho algunas de esas palabras. Ella y yo no habíamos tenido un montón de conversaciones sobre vampiros, sexo, y los poderes metafísicos. Es curioso.

Cuando la conversación parecía estar terminando, le dije a Damian que quería hablar con Jean-Claude antes de que colgara. Me pasó el teléfono no mucho después, y dije:

—Hola, *kann ich Deutsch sprechen*. (Puedo hablar alemán). —El silencio en el otro extremo del teléfono fue largo—. Si no querías que me enterara, deberías haber hablado en francés.

—Damian no habla francés —dijo en voz muy cuidadosa.

—Bueno, entonces tiene una mierda de suerte, ¿no?

—*Ma petite*...

—No, *ma petite* no, dime la verdad. ¿Qué otros poderes vampiro puedo esperar que aparezcan?

—Con toda honestidad, no estoy seguro.

—Correcto.

—En verdad, *ma petite*, no lo sé. Incluso Belle nunca ha transformado a un vampiro de otra línea de la edad de Damian. Si me hubiesen preguntado, habría dicho que era imposible.

Sonaba como la verdad.

—Bien, pero ¿qué facultades le estabas diciendo a Damian si tenía, o no?, y no mientas, si le pido que me diga todo lo que le dijiste, textualmente, lo hará. Tendrá que hacerlo.

—Puede que te sorprenda, *ma petite*. Con su mayor compromiso como tu siervo, no puede ser tan esclavo a tu voluntad. No sé si esto es verdad, pero sé que cuantas más marcas lleves más, menos flexible a mi voluntad serás.

Eso era cierto. Siempre había sido del tipo enredadera por el hecho de que Damian tenía que hacer todo lo que le decía, sólo porque lo decía, pero tenía momentos de utilidad, y ahora podría ser así. Bueno, demonios.

—Bueno, entonces dímelo tú mismo.

—No lo entiendes, *ma petite*. Que pudieras obtener mis habilidades es inusual, pero esta es una habilidad que no tengo, nunca la he poseído. Lo que le ha sucedido a Damian es algo que sólo Belle podría haber hecho, y

sólo si se tratara de un nuevo vampiro. Así que se trata de una nueva capacidad en conjunto, una de la que nunca he oído hablar, y si es así, entonces ¿sabes lo que podría significar para ti, *ma petite*, para nosotros, y todos aquellos relacionados contigo? ¿Qué pasa si has adquirido habilidades a través de tu nigromancia que no podemos empezar a adivinar?

Suspiré, y de repente me sentí cansada, no con miedo, sino cansada.

—Sabes, me estoy cansado de esta mierda metafísica.

—También curaste las heridas con el sexo, sin recurrir al *Munin* de Raina, ¿es tan horrible?

—Cuando no lo hago propósito, tal vez. Piensa en eso, Jean-Claude, no me concentré y no lo hice a propósito. ¿Qué más podría querer? Ni siquiera sé cómo lo hice.

Era su turno para suspirar.

—El único otro triunvirato que incluía a un nigromante como su sirviente humano no presentaba este nivel de... poder.

—Dudaste, ¿qué ibas a decir, antes de poder?

—Me conoces demasiado bien, *ma petite*.

—Sólo responde la pregunta.

—Iba a decir, impredecible.

No estaba segura de que hubiera sido realmente lo que había querido decir, pero lo dejé pasar. Había respondido a la pregunta de la única manera en que estaba dispuesto a hacerlo. Sabía que por ahora, me había dado todo lo que iba a darme. Había aprendido a dejarlo ir después de eso, porque cualquier otra cosa era más frustrante, y no recibía nada.

—Bien, creo que no sabes qué diablos estamos haciendo bien. ¿Hay alguien que tenga una pista sobre lo que podría estar ocurriéndonos?

—Voy a pensar en ello, *ma petite*. No hay nadie que conozca que haya logrado formar dos triunviratos que se entrecruzan como parece que hace el nuestro. Pero puede que haya quienes puedan aportar alguna información más general sobre Triunviratos, o la nigromancia, o..., en verdad, *ma petite*, no sé ni por dónde empezar a hacer una pregunta inteligente. No puedo ir a los mejores maestros vampiros en el mundo con estas preguntas. Ellos lo verán como una debilidad. Voy a pensar en ello y ver si hay alguien al que podemos pedir ayuda.

—Parecía perplejo, algo que no había oído a menudo en su voz.

—Está bien, voy a llamar a Marianne y ver si ella o su secta tiene algún

punto de vista. Incluso podría pedir ayuda a Tammy cuando ella y Larry regresen de su luna de miel. Es una bruja, y su rama de iglesia se ha ocupado del talento sobrenatural durante siglos. Quién sabe, tal vez tengan archivos.

—Esa es una buena idea —dijo—, Damian parece más difícil.

—Se podría decir que sí.

—No lo sé con certeza, pero si fuera a su ataúd y aunque no estés cerca, creo podría dormir durante el día.

—¿Y si tiene recaídas de nuevo?

—Ponle bajo vigilancia. Alguien, ni tú, ni Nathaniel, ni Richard, alguien que no sea parte de algún triunvirato. Si el guardia no le ve dormir, entonces puede gritar para que vayas a consolarle.

No era mala idea, y no tenía nada mejor. Además, no quería pasar el día sentada con Damian.

—Voy a hablar de eso con él y a ver si quiere probarlo.

—Si se niega, entonces ¿qué, sostienes su mano todo el día? —No había el más mínimo borde de celos. No esperaba eso.

Hablé antes de que tuviera tiempo para pensar, algo que tenía que dejar de hacer.

—¿No estás enfadado con Damian porque el sexo no fue contigo? No fue planeado.

—Ahora, *ma petite*, no es sexo, aunque no te comparto a la ligera, no importa lo razonable me parezca. No, es que parece que los tres habéis compartido las cuatro marcas, aunque hasta que no os vea a todos juntos en carne y hueso, no voy a poder comprobarlo. Pero si compartís cuatro marcas y de repente Damian es capaz de caminar a la luz del sol, me pregunto, si de haberse completado el triunvirato, sería ahora un diurno.

Oh.

—Creo que puedo entenderlo, pero has sido tan reacio como yo para terminar la cuarta marca. Dijiste que ya no estaba claro quién sería el amo y quien el siervo, por mi nigromancia.

—Y estoy aún más seguro de ello ahora, pero por caminar a la luz del día tan fácilmente como a luz de la luna podría valer la pena el riesgo. Si has perdido la capacidad de ordenar a Damian eso puede ser una cosa para hablar.

—Voy a tratar de darle órdenes después y te haré saber.

—Gracias.

—Pero también está ese asunto de la inmortalidad, ni la edad, ni Richard ni yo estábamos seguros de querer renunciar a ser mortales.

—Y si te has atado a ti misma a Damian con la cuarta marca, podría ser ya un punto discutible, *ma petite*.

Me quedé en mi cocina y de repente me asuste.

—Mierda —dije en voz baja.

—*Oui*, si realmente habéis completado todas las marcas, tu mortalidad puede ser una cosa del pasado. Si eso fuera cierto, entonces al tomar la cuarta marca no perderías nada.

—Y tú tendrías la capacidad de caminar por el día —dije, y mi voz no era amigable cuando lo dije, porque había oído la ansiedad cuando hablaba sobre caminar a la luz del día. No le podía culpar, pero Jean-Claude había estado trabajando en su base de poder durante demasiado tiempo para ver las ventajas de las cosas. No lo podía culpar, pero parte de mí quería. Una parte de mí todavía me preguntaba si era más importante para él por el poder o el amor. La mayor parte de mí sabía que nunca iba a saberlo a ciencia cierta, y la verdad, probablemente no sería Jean-Claude. El amor no es bonito, limpio, algo lineal como hubiera querido que fuera. No era sólo una cosa eran muchas. Podía admitir que una de las razones por las que lo quería era porque era difícil de matar. Sus posibilidades de morir eran más pequeñas que si hubiera sido humano. A una gran parte de mí realmente le gustaba eso. Ya había visto suficiente sobre lo que la muerte podía hacer, en una edad demasiado temprana, como para no apreciarlo.

—Tal vez, o quizás no, *ma petite*, esto es más arte que ciencia, o eso parece. —Su voz tenía un hilo de ira.

—¿De qué coño se trata? No soy yo la que trata de escoger un idioma que no puedas entender, para ocultarte las cosas.

—Y no soy yo, *ma petite*, el que se ha tirado a otro vampiro, un vampiro menor, uno de mis propios subordinados.

Puesto así, empezó a sonar como si tuviera motivos para estar molesto.

—¿Tengo que pedir disculpas?

—No, pero no me tiene que gustar. Has llegado a su cuerpo, y ahora está libre de la tiranía de la oscuridad. Uno podría perdonarlo, pero no ambos. Es algo demasiado amargo, *ma petite*.

—Lo siento —dije—. No planeé nada de esto.

—De eso estoy seguro. Incluso estoy seguro de que tampoco lo planeé Damian. Sólo tú, *ma petite*, podrías seguir teniendo relaciones sexuales

accidentales.

Sexo accidental. Lo hizo sonar como si cayera y sólo hubiera una erección en el camino. Guardé la observación para mí misma. Mira, cada vez soy más inteligente. En voz alta dije:

—Sexo accidental. Esa es una forma de decirlo. ¿Volveré a heredar un poder vampiro que no tenga involucrado relaciones sexuales en alguna parte?

—Nunca daría algo por cierto contigo, *ma petite*, tu nigromancia hace demasiado comodín, pero es dudoso. Hasta ahora, has heredado mis facultades, o las de Belle, o alguna versión de las mismas. Las competencias de conocimiento de Belle giran alrededor del sexo, al igual que las mías.

—Genial, puedes al menos darme una lista, así tendré alguna idea de qué esperar.

—Podría, si realmente deseas una.

Suspiré.

—No, dímelo en persona, cuando nos veamos esta noche.

—¿Esta noche? Tenía la esperanza de que pudieras llegar antes.

—No podemos transportar a Damian en plena luz del día, su cuerpo podría estar bien, pero no creo que lo estuviera su cordura. Además, tengo que trabajar esta tarde.

—Siempre el trabajo, no importa lo que esté sucediendo a tu alrededor.

—Mira, Jean-Claude, nunca has visto lo que sucede a mí alrededor, cuando ha pasado demasiado tiempo entre el levantamiento de un zombi y otro. Digamos que no quiero una línea de atropellados arrastrándose detrás de mí, o peor aún, que algún zombi accidental, se arrastre en mi habitación.

—¿Estás diciendo que tu poder levanta a los muertos, incluso si no lo deseas?

—Sí, pensé que lo había dicho.

—Me has dicho que resucitabas a los muertos por accidente cuando eras una niña. Supuse que era simplemente la falta de entrenamiento y disciplina.

—No —dije—, me tomó años admitirlo, pero no. Si no resucito a los muertos a propósito, entonces sucede por casualidad, o empiezan a seguirme fantasmas o espíritus de los muertos recientes. Odio esto último, siempre quieren llevar mensajes a sus seres más queridos, y siempre son mensajes estúpidos. «Estoy bien, estoy contento, no te preocupes por mí».

¿Qué clase de mensaje es ese para llamar a la puerta de alguien? Soy una completa desconocida, pero su hijo muerto me persigue para que le diga que está bien. Nada más, nada urgente, solo, estoy bien, no te preocupes. —Sacudí la cabeza. Habían pasado años desde que había pensado en eso—. Levanto zombis, y los muertos me dejan sola.

—¿De verdad? ¿De verdad, *ma petite*? —Hubo un borde de humor, pero sostenía cosas oscuras.

—No estás muerto, Jean-Claude. He visto muertos, y lo que sois cuando estáis despiertos y andando, no lo son.

—Hubo un momento en que no lo creías. Creo que una vez me llamaste cadáver hermoso.

—Mira, era joven, y no sabía lo que decía.

—¿Estás segura, por fin, *ma petite*, que no soy sólo un mono hombre muerto? —Una vez más me estaba citando.

—Sí, estoy segura.

Se rió entonces, el sonido me puso la piel de gallina en todo el cuerpo.

—Me alegro de eso. ¿Hablas italiano, *ma petite*?

—No, ¿por qué?

—Por nada —dijo—. Te veré esta noche entonces, *ma petite*, a ti y a tus nuevos amigos.

Empecé a decir que no eran amigos, pero ya había colgado. Cuando colgué me di cuenta de que debía de haber mentido sobre hablar italiano, pero al infierno, tan pronto como había pensado en la mentira, mi primera reacción fue aún decir la verdad. Supongo que no se puede deshacer todo la educación, no importa lo mucho que lo intentes.



Enviamos a Gregory en su piel de gato al sótano para vigilar a Damian. Gregory era el único en la casa que no estaba atado metafísicamente a mí. Bien, vale, Fredo y la Doctora Lillian tampoco, pero Fredo no la dejaría sola, y la Doctora Lillian dijo que no había terminado con el brazo de Richard. Entonces el proceso de eliminación lo hizo, trabajo de Gregory.

Me informó cuando se deslizó hacia el sótano, con su cola manchada que susurraba detrás de una parte posterior muy humana.

—Se supone que tengo que estar en el escenario esta noche en Placeres Prohibidos. No puedo ir así. Jean-Claude tendrá que encontrar un reemplazo. —Hizo aquella sonrisa de gato de dientes descubiertos y desapareció alrededor de la esquina.

—¿Qué quiere decir, con que se supone que debe estar en el escenario? —preguntó Clair.

—Es stripper en Placeres Prohibidos —dije.

Ella hizo una pequeña O con su boca. No estaba segura de por qué, a no ser que su mundo estuviera tan protegido que el solo hecho de que estuviera en el coche con un stripper fuera un gran problema. Para el bien de su cordura, espero que su mundo fuera más grande que eso.

—Pero, no lo entiendo, ¿por qué no puede... —hizo un movimiento sin decir nada con sus manos—... actuar esta noche?

Richard me ahorró la explicación.

—Recuerda que una vez en forma de animal tenemos que quedarnos así durante seis a ocho horas.

—Pensé que era solamente porque era nueva.

Richard sacudió su cabeza, se estremeció como si le doliera, y dijo:

—No, la mayor parte de cambiaformas pasan sus vidas atadas a un ciclo de seis a ocho horas en forma animal, después de dos a cuatro horas para cambiar y regresar a su forma humana.

—Siéntate —dijo la Doctora Lillian, y su voz indicaba que esperaba ser obedecida.

Se dejó caer en la misma silla que había desocupado. Había líneas en sus ojos y boca, aquellas líneas de dolor que uno consigue a veces, si algo es realmente doloroso. ¿Cuánto daño le había hecho Damian?

Clair trató de ayudarlo a sentarse, pero pareció insegura de dónde agarrarlo, ya que usó su brazo bueno sobre la mesa para reforzarse. Ella en cierto modo, quiso ayudar, pero no estaba segura de cómo.

—Pero no tienes que quedarte en la forma animal durante ocho horas, y no te desmayas cuando cambias otra vez.

—Él es tu Ulfric —dijo Fredo—, ningún rey es así de débil.

Su voz era profunda. Clair hizo movimientos rápido de ojos, como si la pusiera nerviosa. Tal vez eran los cuchillos.

—¿Te desmayas cuándo vuelves a tu forma humana? —preguntó con una voz que coincidía con los ojos nerviosos.

—No —dijo él.

—Yo sí —dijo Nathaniel. Riéndose de ella—. No le preguntes al resto, todos te harán sentir mal, porque no se desmayan tampoco.

—Cuanto tiempo llevas siendo... —Su voz se apagó.

—Un hombre leopardo —terminó por ella.

Ella cabeceó.

—Tres años —dijo él.

Hice cuentas rápidas en mi cabeza.

—Esto quiere decir que Gabriel te cambió cuando tenías diecisiete años.

Él cabeceó.

—Sí.

—Eso es ilegal —dijo.

—Es ilegal en la mayor parte de los estados, contaminar a una persona dispuesta con una potencial de enfermedad mortal, independientemente de su edad —dijo Richard.

Sacudí mi cabeza.

—Adivino que empiezo a tratar la licantropía de la misma manera que la ley trata al vampirismo. Si tienen dieciocho años pueden escoger.

—La ley no lo trata del mismo modo —dijo él.

Lo sabía, pero había pasado tanto tiempo entre cambiaformas, que solamente lo olvidé. Descuidada de mí.

—Supongo que se me olvidó.

—Y eres un mariscal federal —dijo él, pero el comentario mordaz careció de energía, porque se encorvó de dolor al mismo tiempo.

—¿Estás demasiado herido? —pregunté.

—Contestaré eso —dijo la Doctora Lillian. Ella sonrió, pero sus ojos eran serios—. Sí fuera humano tendría una muy buena posibilidad de perder el uso del brazo. Tal vez recuperaría el 50 por ciento, tal vez menos movilidad. Tu vampiro cortó los músculos y ligamentos todos a través de la región de la parte superior del pecho y el hombro.

—Pero no es humano —dije—, entonces se curará. —Dejé el comentario de «Tu vampiro» ir. Me gusta la doctora, y no quise discutir.

—Se curará, pero esto llevará días, tal vez semanas, si se niega a cambiar.

—Prometo que cambiaré de forma cuando llegue a casa.

Ella lo miró como si no le creyera.

—Solamente porque puedo volver a cambiar a forma humana casi inmediatamente no significa que esto no venga con un precio. Preferiría no estar agotado para el resto del día. Si cambio y permanezco en forma animal por unas dos horas, esto será menos de un desagüe cuando vuelva a la forma humana. —Creo que dio una explicación más para el bien de Clair que para los demás. Ella realmente era nueva—. Entonces esperaré hasta llegar a casa, así Clair no tendrá que explicar por qué conduce con un hombre lobo en el coche. —Eso último sonaba un poco amargo.

—No lo diré, entonces lo haré yo. Soy lo bastante nueva para que si uno de mi manada cambia de forma, a veces también atrae mi cambio. Y no soy digna de confianza cuando lo primero que hago es cambiar. —Bajó la mirada, para no encontrar ojos de nadie.

Richard tomó su mano.

—Está bien, Clair, cada uno tiene sus problemas al principio.

Cada uno cabeceó, unos dijeron:

—Sí. —Pareció calmarla un poco. Ella se vio más joven de lo que había pensado al principio, tal vez veinticuatro, veinticinco, tal vez un poco más joven. Si no hubiera sido la nueva novia de Richard, habría preguntado. Pero eso parecería entrometido y no era mi problema.

—Incluso si cambias en casa, nunca te he visto curar tanto daño en cuarenta y ocho horas —dijo la Doctora Lillian.

—¿Y? —dijo él, pareciendo a la defensiva. ¿Me habría perdido algo?

—Si vas a la escuela el lunes con un brazo inútil y luego antes del viernes es útil, no piensas que algunos de tus colegas podrían preguntarse sobre tu notable recuperación.

—Diré que no es una herida tan grave, algo que se podría aliviar rápido. Ella sacudió su cabeza.

—Si averiguan que eres un hombre lobo, no te dejarán enseñar a niños.

—Lo sé —dijo él, con voz feroz, y el primer hilo de su poder goteó por el aire como una línea de calor.

El aliento de Clair salió en un temblor. Se veía mareada. Micah puso una silla detrás de ella, y Richard la ayudó a sentarse.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo una mujer lobo? —pregunté.

—Tres meses —dijo él.

Lo miré, y no encontré mis ojos.

—¿Tres meses, y la sacaste de una casa segura a menos de una semana de la luna llena?

—¿No es tu casa una casa segura? —preguntó él.

—Puedes venir aquí para cambiar de forma, pero no tengo un cuarto reforzado.

Las verdaderas casas seguras tenían un cuarto con una puerta de acero y paredes de hormigón reforzado. La mayoría de la gente deja los cuartos en sus sótanos y solo se les dicen a quienes preguntan que eso era para almacenar.

—Se suponía que tendríamos un picnic hoy —dijo Clair en su voz

pequeña, e incierta.

Tuve que girarme para no ver la cara de Richard. Uno no saca a un cambiaformas nuevo para un picnic, si está teniendo esta clase de problemas.

—Estaba bien esta mañana —dijo él.

Giré cuando estuve segura que mi cara estaría bastante en blanco.

—Responde a tu cólera, y a tu bestia —dijo Micah.

—Lo sé —dijo Richard, una indirecta de un gruñido de su voz.

Ella se balanceó en su silla.

—Richard —dijo la Doctora Lillian—, tienes mejor control que esto.

Él solamente cabeceó.

Lillian suspiró.

—Si hubiera un modo de curar tu brazo antes del lunes, tu secreto estaría seguro.

—No —dijo Richard.

Me llevó un momento captar la indirecta.

—Si estas sugiriendo lo que creo que estas sugiriendo, la respuesta es no, malditamente no.

Ella puso sus manos sobre sus caderas y en realidad estampó su pie en el suelo.

—Ambos sois infantiles.

Dijimos NO simultáneamente.

—Bien, entonces he hecho todo lo que puedo con tu brazo. Me quedaré hasta que estamos seguros de que el vampiro no va a levantarse y causar más estragos.

—Su nombre es Damian —dije.

Ella cabeceó.

—Damian, entonces, pero si no dejas que te ayude, entonces creo que tú y Clair tenéis que ir a casa. Sugeriría que la lleves al cuarto en tu sótano, antes de que cambies. Parece muy influida por tu poder —dijo lo último como si quisiera decir algo diferente, pero se lo pensó mejor.

—Me quedaré hasta que Damian está abajo durante el día.

—Creo que ya has hecho tu parte —dijo Lillian.

—Ellos necesitaron mi ayuda antes —dijo él.

No podía discutir esto, pero...

—¿Cómo resultaste ser *Johnny on-the-spot* esta mañana?

—Gregory no podía conseguir a nadie para recogerlo. Se preocupó.

Además, su coche se estropeó. Yo era el siguiente en la lista de ayuda de coalición.

En realidad no sabía que Richard ayudaba a proveer de personal a las llamadas de la emergencia.

—¿Por qué no llamé a AAA?

—Estaba más preocupado por qué nadie contestaba el teléfono de tu coche.

—No pensé que Gregory se preocupara tanto.

Fredo dijo:

—Todos tus leopardos se toman muy en serio tu seguridad y la de Micah.

Lo miré.

—No era consciente de eso.

Él sonrió abiertamente, vi un breve destello de dientes en su oscura cara.

—No te gusta ser mimada. Ellos lo saben. —La risa se descoloró—. Eres su puerto seguro; valoran eso.

No sé lo que habría dicho a eso, pero Lillian me interrumpió y me salvó.

—Tienes que irte a casa, Richard.

—Micah está aquí ahora, y Fredo —dijo ella—, creo que puedes dejárnoslo.

Él comenzó a sacudir su cabeza otra vez y paró a mitad del movimiento.

—Me quedaré hasta que estemos seguros.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Eres un hombre muy obstinado. Bien, quédate, quédate y ten dolor.

—Entonces se giró hacia mí—. ¿Hay ahí café de sobra?

Tuve que sonreír.

—Creo que Nathaniel puede arreglarlo.

—Solamente apostaré que puede —dijo, y le dio una mirada lasciva.

Nathaniel dio un gran paso, con una risa.

No sé cuál era la mirada en mi cara, pero esto hizo que Lillian dijera:

—Tengo más de cincuenta, Anita, pero no estoy muerta.

—No, no es eso. —No estaba segura de cómo ponerlo en palabras, pero era más bien como que se dicen cosas así sobre el novio de alguien, no delante de ellos, de todos modos. Ahí estaba aquella palabra novio otra vez

en mi cabeza, con Nathaniel conectado a él.

Me miraba, estrechamente.

—Por la mirada en tu cara, intervine algo. ¿Es más que solo un miembro de tu pard?

—Sí —dije.

Y Richard dijo:

—No.

Eso nos dejó mirándonos el uno al otro.

—No creo que tengas que contestar a esa pregunta por mí, Richard.

—Tienes razón, lo siento, pero no es tu amante, o novio.

—No, es mi *pomme de sang*.

Richard sacudió su cabeza y tuvo que parar otra vez. No creo que supiera cuan a menudo hacia aquel movimiento hasta hoy.

—Pensé, todos pensábamos que era tu amante, pero ahora sé que no lo es.

—Realmente vive conmigo —dije.

Richard comenzó a sacudir su cabeza, pero en realidad se detuvo antes de que hubiera comenzado el movimiento.

—Lo sé, pero no es tu amante.

—¿Y cómo importa eso?

—Muy bien, niños —dijo la Dra. Lillian—, hice una observación descuidada. No entendía lo que es un *pomme de sang*, para su... propietario, amo. —Ella suspiró—. No quise ofender a nadie, sólo dejarlo ir.

—No me ofendiste —dijo Nathaniel, y le dio su café en una de las tazas coloreadas que había comprado para reuniones de Asociación Peludas. Había pensado que sería agradable que tuviéramos bastantes tazas que hicieran juego para servir a nuestros invitados. Había estado de acuerdo, si no tenía que ir comprarlas, entonces él las hizo. Todas eran de unos profundos, ricos azules o unos oscuros, forestales verdes. Agradables.

Me dio mi taza de pingüino de bebé con el café casi a rebosar, solamente por el color me gustó, marrón pálido. Solo por el color, supe que sería perfecto.

—Bebe —dijo él—. Te sentirás mejor una vez hayas tenido algo de café.

—Me siento bien —dije, pero bebí a sorbos el café. Perfecto.

También enchufó la cafetera. Tenía razón en que la máquina francesa

no hacía suficiente café para satisfacer a tanta gente. Infiernos, esta apenas hacia suficiente para mí por la mañana.

—Tenemos bastante para una taza más, ¿quién quiere? Habrá más en unos minutos. —Sonrió a la sala en general, obteniendo más de las tazas azules y verdes del armario.

—Actúa como si esta fuera su cocina —dijo Richard.

—Él cocina en ella más que yo —dije.

Richard hizo un esfuerzo visible para no sacudir su cabeza, aunque quisiera.

—No, quiero decir... Jasón es el *pomme de sang* de Jean-Claude, pero no se mueve alrededor del Circo de los Maldito como si lo poseyera. Nathaniel actúa como si esta fuera su casa.

Nathaniel estaba de espaldas al cuarto, pero estaba lo bastante cerca de mí, y sentí su calma repentina, cuando vertió el café y trató de fingir que no podía oír.

—Esta es su casa —dije.

Estaba lo bastante cerca para oír el leve suspiro de su aliento, como si hubiera estado esperando oír lo que yo diría. Procuró no mirarme, pero sonreía cuando se entretuvo con el café.

—Jasón vive con Jean-Claude, pero él no es... —Richard no supo que decir.

Lillian le echó una mano.

—Jean-Claude no se habría fijado en mi comentario sobre cuán mono era Jasón, a ti sí te importó cuando dije algo sobre Nathaniel. Si ellos son *pomme de sang*, entonces creo que tanto Richard como yo estamos confundidos, sobre cómo se supone que actuemos alrededor de ellos. Ni novio, ni amante, puede hacerse un poco confuso.

Nathaniel fue muy cuidadoso de no mirarme, o a alguien, pero sobre todo no a mí. No sé cómo sabía que no estaba solo ocupado con la nata que sacaba de la nevera para ponerla dentro de una jarra. La pequeña jarra era azul, y la azucarera era verde, entonces las tazas lo emparejaron todo. Sabía que su color favorito era el púrpura, y le pregunté ¿por qué azul y verde, y no púrpura? Su respuesta había sido que el azul era mi color favorito, y el verde de Micah. La respuesta pareció tener sentido para él. Realmente no tuvo sentido para mí, pero estaba empezando a aprender que las cosas que no tenían sentido para mí, sí había hecho felices a las personas a mi alrededor, y los nuevos platos parecen hacer a Nathaniel muy feliz.

Puso la nata y la jarra sobre una pequeña bandeja, con pequeñas pinzas para los terrones de azúcar. ¿Por qué terrones de azúcar? Porque Nathaniel parecía disfrutar preguntándoles a las personas cuántos terrones querían. Se parecía a un niño que jugaba a las casitas. No, no era justo. Se parecía a una nueva novia que nunca había tenido una casa, o una cocina propia, y realmente disfrutaba de la cuestión de anfitriona. Pero como no sabía lo que la verdadera gente hacía en una casa, entonces lo tomaba de películas, libros, o revistas. Me refiero a que a nadie sirve ya la nata y el azúcar sobre una pequeña bandeja con pinzas pequeñas, ¿cierto?

Nathaniel llevaba uno de sus pares favoritos de jeans, tan descoloridos que palidecían en sitios. Encajan en la parte inferior de su cuerpo como si fueran pintados, y era un trabajo de pintura agradable. Sus hombros se habían ensanchado desde que se mudó conmigo. Se llenó, desarrollando el cuerpo que tendría para el resto de su vida, si tuviera cuidado de ella. Una tardía maduración, lo habría llamado mi abuela. Se había visto más joven de lo que era durante años, un cuerpo delicado para emparejar los ojos y el pelo. Esto lo había hecho popular entre cierta clase de clientela con la cual sus viejos Nimir-Raj lo habían puteado. Músculos creciendo en sus brazos, hombros, y espalda, cuando puso la bandeja sobre la mesa y comenzó a pasar las tazas del café. Le miré cuando preguntó:

—¿Cuántos terrones? ¿Quieres nata? —Se movía con gracia alrededor de la mesa con sus pies descalzos. Había lanzado su pelo detrás de un hombro como un cabo, de modo que estuviera fuera del camino. Nunca habría sido capaz de mantener tanto pelo fuera del camino sin ayuda. Nathaniel lo hacía parecer fácil. Bebí a sorbos el café de mi taza de pingüino, y lo miré jugar al Ama de casa Suzy. Esperé a que me irritara, pero no lo estaba. De hecho, estaba en algún lugar medio divertida, orgullosa, y complacida. Era tan lindo cuando hacía eso.

Richard siempre se ponía tenso cuando Nathaniel se acercaba a él, como si se hubiera movido hacia atrás si esto no hubiera dolido. No tomó el café, porque no bebía café. Nathaniel ofreció hacerle té, pero Richard dijo que no quería nada.

Richard me miró.

—Jasón nunca hace esto para Jean-Claude.

—¿Qué? —pregunté.

—Jugar al anfitrión.

—Nathaniel no juega —dije—. Él es la cosa más cercana que tenemos

a un anfitrión. Esto no es realmente mi actuación.

Richard miró hacia el suelo como si buscara inspiración, o contara hasta diez. Ya que no había hecho nada para cabrearne en los últimos cinco minutos, no estaba segura de donde venía toda la tensión. Me miró con aquellos ojos marrones sólidos, y todavía entrañé su pelo. Los remanentes tristes de rizos comenzaban para embellecer su cabeza, pero no estaba incluso ni cerca de lo que había tenido antes de que se pusiera furioso y masacrara su propio pelo.

—Actúa como tu esposa.

Nathaniel retrocedió hacia la cafetera, y ya que todavía me inclinaba casi delante de ella, eso lo puso a mi lado. Fue muy cuidadoso para no encontrar mis ojos, casi como si tuviera miedo de hacia dónde iría la conversación.

—Y eso parece molestarte, ¿por qué?

—No duermes con él.

—Sí, lo hago, casi cada maldita noche.

—Bien, quieres buscarle las tres patas al gato, podemos hacerlo. No follas con él.

Sacudí mi cabeza.

—Siempre eres tan halagador cuando te enfadas.

—No estoy enfadado, trato de entenderlo.

—¿Entender qué? —pregunté.

Micah no miraba ni a Nathaniel ni a Richard, me miraba a mí. Sus ojos atentos estaban muy serios, como si tuviera miedo de lo que fuera a hacer. Traté de darle una sonrisa tranquilizadora, de que no iba a hacer volar esto, pero no soy muy buena con las sonrisas tranquilizadoras. Entonces sus ojos fueron de serios a un poco preocupados.

—Tú y Nathaniel y Micah.

Lo que quería decirle era, ¿Por qué necesitas entenderlo? Pero intentaba ser agradable, o más agradable.

—¿Qué debes entender, Richard?

Nathaniel comenzó a amontonar su pelo en una cola de caballo alta, apretada. Era más un estilo de mujer que de hombre, usaban ese alto, animado que se mueve cuando caminas. Pero su pelo era bastante largo, para mantenerlo fuera del camino para la cocina, tenía que trenzarlo o hacer la cola de caballo animada. Una vez que entendió que en realidad pensaba que la cosa de cola de caballo animada era mona, había comenzado a

hacerlo más. Se lavó sus manos y fue hacia la nevera.

—¿Cómo puedes mirarlo así, cuando no te lo follas? —preguntó Richard.

En ese momento le miré totalmente, sabía que mi cara no era amistosa.

—Si quieres jugar duro, podemos hacerlo, Richard, pero no te gustará.

—¿De qué hablas?

—Bien —dije—, jugaremos a tu modo. ¿Por qué no miras a Clair de la manera en que yo miro a Nathaniel, si te la has follado?

Su cara se oscureció.

—No hables así de Clair.

—Entonces no hables así de Nathaniel —dije.

Nathaniel parecía ser dichosamente inconsciente de nosotros. Consiguí la tabla grande de mármol del armario y lo dejó al lado del fregadero. El mármol sólo era usado para una cosa, hornear algo. Volvió a la nevera, sacando la masa que había hecho ayer antes de que nos preparásemos para la boda. Al parecer, todavía íbamos a tener bizcochos caseros, tal como fue previsto.

—¿Qué hace? —preguntó Richard.

—Creo que va hacer bizcochos —dijo Micah.

Nathaniel asintió, haciendo que la larga caída de su pelo caoba saltara como estuviera viva.

—¿Quién quiere bizcochos? Así sabré cuantos hacer. —Giró sus ojos pacíficos por la cocina, como si no estuviéramos discutiendo. Desde luego, había visto en sus recuerdos lo que «discutir» implicaba, tal vez por sus estándares de niñez esta no era una pelea.

—Quiero unos —dijo Fredo.

—¿Bizcochos caseros? —pregunto la Dra. Lillian.

—Desde el principio —dijo Nathaniel con una risa.

—En ese caso, sí, por favor.

Nathaniel miró a Richard y a Clair.

—¿Queréis alguno? Sé que Gregory va querer.

—Sólo nos quedamos hasta que sepamos que Damian sea de confianza —dijo Richard.

Giró su mirada fija de lavanda a Clair.

—¿Quieres algún bizcocho?

Ella miró a Richard, nerviosamente, luego cabeceó.

—Sí, por favor. —Acarició su hombro—. No logramos desayunar.

Richard frunció el ceño.

Estaba dispuesta a dejar la discusión. Nathaniel tenía razón, sin decir ni una palabra tenía razón, esto no había sido una verdadera discusión. Desde luego se necesitan dos personas para discutir, esto llevaba a los dos lados a un alto al fuego.

—¿Por qué te preocupa lo que diga sobre él? No es nada tuyo.

Bebí a sorbos lo último de mi café, dejando la taza con cuidado sobre la encimera, y sonreí. Sabía sin un espejo que esta no era una sonrisa buena. Esta era la sonrisa que obtenía cuando finalmente conseguía hacer algo violento, cuando la gente había estado haciendo que me comportara. Como si tuviera alguna duda sobre la sonrisa, Fredo se irguió, sus manos sueltas a los lados, afianzándole. Sabía que era un problema. La mirada en la cara de Micah dijo que sabía que esto era un problema, también. Incluso Clair se veía preocupada. Nathaniel había vuelto a aplastar la masa de bizcocho. No importa lo que estuviera sucediendo, necesitaríamos desayunar, entonces iba a hacer el desayuno. A su propio modo, Nathaniel podría ser tan práctico como yo. Richard me frunció el ceño, y supe en aquel momento que quería discutir. Y de una extraña manera, yo no.

—Incluso si solo fuera mi *pomme de sang*, no sería cualquier cosa para mí, Richard.

Micah se había movido para estar de pie a mi lado. No creo que estuviera seguro de lo que haría, pero, por una vez, estaba bien. Tomé su mano, en parte para tranquilizarlo, y en parte porque estaba lo bastante cerca para tocarlo.

—Si no es más que solo alimento para ti, por qué... —Otra vez no supo que decir.

—¿Por qué no me lo follo?

Micah me movió contra su cuerpo, de modo que me estuviera abrazando y tuviera sus brazos a mí alrededor. Casi como si pensara que tendría que refrenarme y darle tiempo a Richard para llegar a una puerta. Mi temperamento no era tan malo, de verdad. Bien, la mayor parte del tiempo. Bien, muchas veces. Ah, infiernos, adivino que no podía culparle por estar nervioso.

Me incliné contra Micah, dejé que su cuerpo me sostuviera como si fuera mi silla favorita. Podía sentir la tensión, no sabía que se estaba filtrando de mis músculos.

—Pensé que follabas con ambos —dijo Richard.

—Que agradable expresión —dije, y la tensión se filtró de nuevo hacia mí.

—No me dejas decir dormir. Trato de evitar decir follar.

—Que tal sexo, o cópula, son agradables términos técnicos.

—Bien —dijo él—, pensé que copulabas con ambos.

—Ahora sabes la diferencia —dije.

—Sí —dijo él, y su voz estaba más suave, menos enfadada.

Sentí como si me estuviera perdiendo algo aquí.

—¿Qué diferencia habría si tuviera sexo con uno, o con ambos?

Bajó la mirada entonces, y no encontró mis ojos.

—¿Podríais dejarnos solo unos minutos? Por favor.

Clair se levantó un poco insegura. La Doctora Lillian se levantó, y Fredo se movió para seguirla. Nathaniel había estirado bastante la masa para formar los bizcochos individuales. El horno sonó, indicando que estaba precalentado. Me preguntó con la mirada.

Envolví mis brazos alrededor de los brazos de Micah, apretándole a mí alrededor como un abrigo.

—No puedes sacar a Nathaniel de su propia cocina, Richard, y tampoco quiero que Micah se vaya.

—Esta no es su cocina —dijo Richard, y estaba enfadado otra vez.

—Sí —dije—, lo es.

Nathaniel volvió a su cocción con una pequeña risa sobre sus labios. Ya había engrasado las cazuelas, entonces comenzó a arreglar los gruesos pastosos círculos sobre ellos, ignorándonos otra vez.

Richard se puso de pie, y aun cuando tuviera un brazo vendado, fui de pronto consciente de cuan alto era, y cuan anchos eran sus hombros. Era uno de esos hombres que nunca parecen tan grandes como son, hasta que se enfadaban.

—No, no lo es. No es ni siquiera la casa de Micah. Es tuya.

—Ellos viven conmigo, Richard.

Sacudió su cabeza con una mueca, e hizo un sonido bajo, no un gruñido, solo de frustración.

—Micah es tu Nimir-Raj, tenéis la misma reacción hacia el otro como Marcus y Raina. Unión instantánea, pero Marcus no se trasladó a la casa de Raina. No podían evitar sentirse atraídos el uno por el otro, pero Raina veía a otra gente. No eran pareja, no de este modo.

—Raina no sabía lo que era la monogamia, aún si está la mordía en el

culo —dije.

La Doctora Lillian y Fredo fueron hacia la puerta. Lillian agarró el brazo de Clair cuando paso por delante de ella, y se la llevó con ellos. Richard pareció no notarlo.

—No te atrevas a hablar sobre la monogamia —dijo Richard.

—Echaste una ojeada dentro de mi cabeza, Richard, pero yo también vi dentro de la tuya. No estoy teniendo sexo con todos los que crees, pero tú has tenido sexo con casi cualquiera que has querido.

—Busco una nueva lupa —dijo Richard.

—Tonterías —dije.

Los brazos de Micah se tensaron contra mi cuerpo. Puso su mejilla contra el lado de mi cara, pero no dijo nada. Me conocía bien.

—Siempre lo fastidiabas cuando no estábamos saliendo —dije.

—Al menos esperé hasta que terminamos para hacerlo. Tú siempre lograbas follarte a alguien mientras todavía estábamos juntos.

Comencé a alejarme de Micah, pero sus brazos se apretaron lo suficiente. Tenía razón. No confiaba en mí misma para no caer en algo más físico de lo que era prudente. Abofetear a Richard en ese momento sonaba demasiado bien. Me quedé donde estaba, pero ya no estaba más relajada.

—No puedo discutir eso —dije.

—No me refiero a Jean-Claude —dijo él.

—Tú rompiste conmigo antes de que estuviera con Micah la primera vez —dije.

Sacudió su cabeza y luego gritó, en parte de dolor, y en parte por enfadado, creo.

—Una vez que me tranquilicé, pude haberte perdonado por lo de Micah. Le había visto con Raina y Marcus, pero le trasladaste aquí. Incluso eso, lo habría dejado ir, o intentado, pero pensé que te follabas a Nathaniel. Pensé que te lo follabas antes de que cortásemos.

—Primero, tú rompiste conmigo. —Necesitaba no estar retenida cuando estaba tan enfadada—. Déjame ir, Micah.

—Anita...

—Déjame ir, intentaré no hacer algo estúpido.

Él suspiró, pero dejó caer sus brazos a sus costados. Me adelanté solo lo suficientemente lejos para no estar presionada contra su cuerpo.

—Como dije, tú rompiste conmigo, Richard, no de otra manera. Tú rompiste conmigo, porque, cito literalmente: «No podías amar a alguien

que estaba más cómoda con los monstruos que contigo», fin de la cita.

En realidad se vio avergonzado.

—Eso fue realmente injusto por mí parte, y lo siento.

Finalmente me había provocado para una buena discusión, y pedía perdón, ¿Qué tipo de discusión era ésta?

—Lamentas el qué, ¿lo que dijiste, o lo que creíste?

—Quisiera realmente que esto fuera solamente ente nosotros, Anita.

Por favor.

Sacudí mi cabeza.

—Tuviste tu oportunidad para estar solo conmigo, y no la quisiste. Estas son las manos que me sostuvieron mientras lloraba por ti, ellos se han ganado el derecho de quedarse.

Él asintió.

—Supongo que es justo —dijo él—, pero hay algunas cosas que mereces oír que ellos no. Si alguna vez me dejas estar a solas contigo otra vez, tengo cosas que necesitas oír, pero hoy delante de ellos, esto es todo lo que conseguirás. Pensé que me engañabas con Nathaniel antes de que Micah llegara. Ahora sé que no era verdad.

—¿Qué te hizo pensar sobre la verde tierra de Dios que estaba haciendo eso con Nathaniel?

—El modo en que lo mirabas. El modo en que reaccionabas. —Me miró, y su expresión preguntaba, ¿Por qué no pensaría eso?

—Me han atraído muchos hombres, eso no significa que tenga sexo con ellos. —En mi cabeza, añadí, solo porque tú nunca renuncies a cada una de las tías, no significa que yo no lo haga, pero no lo dije en voz alta. Primero, no era completamente cierto, y segundo, la discusión estaba llegando a su fin, no quise liarla de nuevo.

—Ahora lo sé, y lo siento. —Eché un vistazo a Nathaniel, que debía haber puesto los bizcochos en el horno mientras nosotros discutíamos, porque comenzó a sacar los platos, y las cazuelas de bizcochos no estaban a la vista—. Me preguntaste por qué si estoy teniendo sexo con Clair, no la miro del modo en que tú miras a Nathaniel.

—Lo siento, no tenía ningún derecho de decir eso, sobre todo no delante de ella.

—Yo lo empecé —dijo él—, pero la respuesta es simple. No siento por ella lo que tú sientes por él.

Sacudí mi cabeza.

—¿Por qué será que todo el mundo está tan determinado a que somos pareja?

Él sonrió, y fue triste, melancólica, y amarga todo a la vez. Me recordó la sonrisa de Micah la primera vez que vino a mí.

—Porque sois más que una pareja ahora mismo sin el sexo de lo que he sido con alguien con quien haya estado durmiendo.

No dije, incluyendo a Clair, porque no era de mi incumbencia, y habría estado mal. No quise ser mala.

—El sexo no te hace una pareja, Richard, el amor lo hace. —En el momento en que esto dejó mi boca, quise retirarlo. Estaba como congelada allí, con miedo de mirar a alguna parte, excepto a la cara de Richard, porque no sabía lo que se veía en mi propia cara, no quise mostrarle el shock a Nathaniel, pero no sabía que más mostrar. No había querido decirlo.

—Siempre haces eso —dijo Richard.

—¿Qué? —pregunté con una pequeña voz, que no sonó a mí en absoluto.

—Luchar, contra ello.

—¿Contra qué?

—Contra el amor, Anita, no te gusta estar enamorada. No sé por qué, pero no te gusta.

No tuve ni idea de que contestar a eso.

—Voy a comprobar a Gregory. También si Damian está dormido, o se lo comió. —Sus palabras trataron de restarle importancia, pero su cara y ojos no podían hacerlo. Pero se giró y se marchó, desapareciendo en la oscuridad de la sala de estar más allá.

La cocina estuvo de repente muy, muy tranquila. Si Micah todavía estaba de pie detrás de mí, ningún ruido lo traicionó. Sabía que estaba todavía allí, pero debía estar sosteniendo su aliento, esperando que dijera algo, que hiciera algo. El problema era que no sabía qué hacer.

Nathaniel anduvo delante de mí sin una palabra. Tenía una cantidad de platos, de vasos verdes y azules. Comenzó a ponerlos sobre la mesa delante de las sillas. Primero uno verde, luego uno azul. Le dio la vuelta a la mesa lejos de mí, luego puso el último a la cabeza de la mesa a un toque de distancia de mí. Me había quedado como una especie de idiota, petrificada, sin estar segura de lo que decir. No podía declararle amor eterno, porque no es lo que sentía. No lo era.

Se movió aquel pequeño paso de la mesa, y de repente estaba de pie directamente delante de mí, tan cerca que obtuve un olorcillo débil a vainilla, y esto no era del horno. Su cara estaba seria, pero sus ojos tenían el indicio de una sonrisa. Se inclinó y puso un beso sobre mi mejilla, mientras estaba allí como una idiota. Tuve miedo. Miedo de que exigiera que le dijera que le amaba, o algo igualmente ridículo, o igualmente imposible. Pero no lo hizo. Solamente me besó, luego se apartó con una sonrisa.

—He tenido cientos de personas que decían que me amaban, pero no lo sentían. Solamente querían usarme. Puede que nunca digas las palabras en voz alta, pero las sientes.

El temporizador zumbó sobre el horno, y se dio vuelta con una sonrisa.

—Los bizcochos están listos. —Usó un paño de cocina para ollas y sacó los bizcochos. Estaban dorados, y el olor llenó la cocina. Sacó la segunda cazuela, cerró el horno, lo apagó, y me miró—. Sé cómo te sientes sobre mí ahora, porque habrías muerto antes de decirlo delante de Richard, a no ser que fuera verdadero. Si nunca lo dices otra vez, siempre valoraré lo que oí una vez. —Comenzó a ir hacia la sala de estar oscurecida—. Les diré a todos que el desayuno está listo. —Se paró en la puerta y se giró, con una sonrisa sobre su cara que nunca había visto antes. Una confesión accidental, y de pronto era arrogante—. Pero todavía quiero tener relaciones sexuales. —Desapareció alrededor del marco de la puerta, arrastrando un sonido de risa masculina.

Micah vino para estar de pie a mi lado.

—Anita, ¿Estás bien? —Cuando no contesté, agarró mis brazos, y dijo —: Mírame.

Parpadeé demasiado rápido y demasiado a menudo, pero le miré. Las cosas se movían demasiado rápido para mí. Agarré sus brazos y dije la primera cosa que me ocurrió.

—Si me desmayo, Richard pensará que lo hice por él.

—No vas a desmayarte. Nunca te desmayas. —Comenzó a guiarme a una silla cuando terminó de decirlo. Le dejé, porque me sentía borrosa alrededor de los bordes. No quería sentarme aquí y desayunar con esta gente. Necesitaba algún tiempo para pensar, y el único modo de conseguirlo era ocultarme en mi dormitorio. No podía soportar ocultarme. Caray, por primera vez en mi vida lamentaba que no fuera un poco menos obstinada, un poco menos valiente.

Mi cabeza estaba entre mis rodillas cuando la compañía regresó. No me desmayé, pero no sé cómo, porque sentada delante de Richard y mirando a Clair untar mantequilla en sus bizcochos me hizo desear que tuviera uno.

Nathaniel puso los cubiertos, trajo más café, se aseguró de que tuviéramos al menos seis clases de mermelada, jalea, y confitura. ¿Cuándo había tenido alguna vez jalea de pasas rojas en mi nevera? Miré a ese hombre ir y venir en mi cocina, y supe la respuesta, Nathaniel había estado haciendo las compras. Una parte de mí quiso escaparse, pero otra pequeña parte de mí que por lo general me salvaba de ser un dolor total en el culo, se preguntaba si hacían aquellos delantales blancos rizados bastante amplios para caber sobre los hombros de Nathaniel. Es decir si quería jugar al Ama de casa Suzy, ¿no necesitaba un delantal?, y tal vez un collar de perlas. El pensamiento me hizo reír tontamente, y no pude detenerlo, no podía compartirlo. Acabé por tener que excusarme de la mesa para soltar la risa. En el momento en que Micah me encontró, la risa había cedido el paso a las lágrimas otra vez. Nathaniel no vino a buscarnos. Me alegré, excepto que una pequeña parte de mí seguía esperando que atravesara la puerta. Estaba lista para estar enfadada si venía, y decepcionada si no lo hacía. Algunos días no tengo sentido, ni para mí misma.



Micah trató de hacerme salir de la habitación con la promesa de un desayuno y afirmando que no podía ocultarme allí todo el día. Creo que fue el comentario sobre el escondrijo lo que me convenció. Le acusé de decirlo deliberadamente, y dijo:

—Por supuesto que sí. Nathaniel no espera que te pongas de rodillas y se lo propongas. Él es feliz tal y como están las cosas.

—No es cierto. Quiere sexo.

Micah me tendió la mano muy serio.

—No entiendo por qué te reprimes en esto último.

No tomé su mano. De hecho, crucé los brazos sobre mi estómago y fruncí el ceño.

—Esto último, lo haces parecer como si no tuviera importancia.

Se arrodilló ante mí.

—Anita, te amo, lo sabes.

En realidad, no lo sabía. Las personas actúan como si te quisieran, pero ¿cómo sabes que realmente lo hacen? No lo dije en voz alta, pero algo en la mirada que le eché, o en mi lenguaje corporal, debió hablar por mí, porque se acercó. Más y más, hasta que estuvo sentado en mi regazo con sus piernas alrededor de mi cintura. Eso me hizo reír, para lo que probablemente lo había hecho.

Acabamos con mis brazos alrededor de su cintura y sus manos sobre mis hombros. Enlazó sus piernas en mi espalda presionándose contra mí, acercándose tanto como le era posible.

—¿Te das cuenta que en esta posición, el sexo no funcionaría, a menos que intercambiemos el equipo?

—No siempre se trata de sexo, Anita, a veces se trata tan sólo de estar cerca.

—Ésa frase es de la chica —dije.

—No si tú eres la chica y yo soy el chico.

Noté que mi cara se ponía seria y triste.

—No sé cómo hacer esto.

—¿El qué? —preguntó.

—Richard tiene razón, no sé cómo comportarme cuando estoy enamorada. No soy buena en eso.

—Eres genial en todo excepto en admitirlo —dijo. Se movió para acercarse más, de forma que pude sentir que estaba contento de estar allí.

—Estás tratando de distraerme.

—No, estoy tratando de evitar que te enfades.

—¿Por qué tendría que enfadarme? —preguté, y mis manos se deslizaron por su espalda, mientras lo decía. Era difícil estar tan cerca de él y tener mis manos controladas.

—Tan sólo por enfadarte. Te enfadas cuando te sientes incómoda, y lo que ocurrió en la cocina va a sacarte de tus casillas.

Mis manos se deslizaron más allá de su cinturón, hasta tocar la parte superior de sus vaqueros. Antes creía que había que estar enamorado de alguien para tocarle así. Había sido un bonito pensamiento, me gustaba, y me había hecho sentir segura. Mis manos reconocieron el duro tejido de los vaqueros nuevos, pero debajo estaba el sólido volumen de su trasero. Tenía un buen culo, redondo y apretado, más pequeño de lo que me gustaba, pero rotundamente allí. Le dije que necesitaba un poco de culo para equilibrar su parte delantera. A decir verdad, Nathaniel tenía un trasero redondo,

completo, más similar al de una mujer, apretado y firme, pero redondo. Me gustaban los hombres con culo. Lo que menos me gustaba era un hombre que tuviera un severo trasero de hombre blanco, en el que los vaqueros sólo hicieran bolsas en el culo. Quería algo a lo que poderme aferrar, algo en lo que poder hincar el diente. Cuando dije que me gustaba que mis hombres tuvieran carne no sólo me refería a una cosa.

Enterré mi cabeza en su pecho, mis manos en su culo. Se balanceó contra mí, sólo un poco. ¿Era esto amor? ¿Era amor el hecho de que yo pudiera tocar cada parte de él, y él pudiera tocar cada parte de mí? ¿O era sólo lujuria?

Levanté mi cara lo suficiente como para tocar la piel de su cuello, tan cálida, tan suave. Me habían enseñado que sólo se podía amar a una persona a la vez. Si amaba a Jean-Claude no podía amar a Micah. Si amaba a Micah no podía amar a nadie más. La única persona a la que estaba realmente en condiciones de decir te amo sin vacilar era, curiosamente, a Asher. Empezaba a sospechar que era porque Jean-Claude le amaba, le había amado durante siglos, cuando no se odiaban mutuamente. En los brazos de Jean-Claude canalizando los sentimientos entre él y Asher, podía decir *amor* en serio. Pero aquí y ahora, sin Jean-Claude para empujarme, la palabra se atascó en mi garganta como si quisiera ahogarme hasta la muerte.

A veces creía que amaba a Micah, pero esa no es la manera en que alguien quiere oír una declaración de amor. A veces era peor que no hacerla.

Puse una mano en medio de su culo, para que un dedo pudiera frotar adelante y atrás a través de los jeans, pero mi otra mano se deslizó por su espalda, se enredó momentáneamente en los gruesos rizos de su cola de caballo, y entonces toqué el calor de su cuello. Sabía quién estaba en mi cabeza, aunque pusiera una mano en el pelo de Micah y tirara de su cabeza hacia un lado, para que su cuello permaneciera estirado y limpio. Debido a que teníamos casi la misma altura, su cuello estaba en la posición correcta para que lamiera su carne. Tan cálido, tan increíblemente cálido. Envolví con mi boca su cuello, sentí el fluir de su sangre bajo la piel, y puse mis dientes en contacto con ese calor.

Micah gritó, pero no de dolor. Se apretó más contra mí, ofreciéndome mejor su cuello, como una mujer ansiosa se apretaría contra un hombre. Puse los dientes en su piel y luché contra el impulso de morder para extraer

la sangre. Jean-Claude llenó mi cabeza con imágenes. Imágenes de él y de Asher, y de Julianna, la sierva humana de Asher, muerta hacía mucho. Había sexo, pero aún había más risas, más juegos de ajedrez, y ella bordando junto al fuego. Había más compañerismo que ofensas. Imágenes de él y más, y de Asher, pero también de Micah. El cuello de Micah bajo sus colmillos, mientras yo les miraba a los dos. Jean-Claude encontrándonos a los dos dormidos en su gran cama, acurrucados bajo las sábanas de seda, los rizos marrones de Micah tan cerca de mis rizos negros que no se sabía dónde terminaban unos y empezaban otros. Jean-Claude me dejó sentir sus emociones, cuando retiró las sábanas y sintió el aroma de nuestro calor. Su sensación, deslizándose por su cuerpo frío entre nosotros, y la forma en que se movía en nuestro sueño, despertándonos lentamente con sus manos en nuestros cuerpos. Cuánto apreciaba que Micah simplemente le diera su sangre y no discutiera, o que hiciera de ello menos un regalo que la satisfacción de una necesidad. De lo mucho que significaba para él que pudiera apartarse del cuerpo que Micah le ofrecía, aún sangrante, y mordirme a mí de una manera diferente, mientras Micah miraba o ayudaba. Verlo desde el punto de vista de Jean-Claude era incómodo y me dieron ganas de irme, pero susurró a través de mi mente, mientras mi boca degustaba la piel de Micah.

—Si esto no es amor, *ma petite*, entonces no sé nada sobre él. Si esto no es amor, entonces nadie nunca ha amado. Te preguntas ¿qué es el amor? ¿Estoy enamorada? Cuando lo que debiéramos preguntarnos, es ¿qué no es amor, *ma petite*? ¿Qué hace este hombre por ti que no sea por amor?

Quería discutir, pero Jean-Claude estaba demasiado metido en mi cabeza y el cuello de Micah entre mis dientes. Demasiados hambrientos podrían alimentarse de esta carne, tantas necesidades, tanto... tanto. Sentí el sabor dulce de la sangre en mi lengua, y eso hizo que volviera en mí, me ayudó a retirarme antes de que le hiciera daño. Sin embargo, se derrumbó alrededor de mi cuerpo como si hubiéramos tenido sexo. Se estremeció contra mí y dejó que su aliento escapara con un suspiro.

Le sostuve con mis brazos en su espalda, sino creo que se hubiera caído. Se había entregado a mí por completo. No había tratado de protegerse, ni se había preocupado porque desgarrara su garganta, y lo hubiera hecho. Había confiado en mí. Había confiado en que no le dolería más de lo que disfrutaría. Nunca había derramado su sangre antes, nunca había ido más allá de marcas de dientes y chupetones. Se había sentido tan

bien que mantuvo su carne cerca de mis dientes y no paró, hasta que probé ese primer sorbo.

Me dio una risa nerviosa y dijo con voz ronca:

—Nathaniel se va a poner celoso.

—Sí —susurré—, siempre quiere que lo marque. —La idea que se me ocurrió fue, *¿Matarme le daría a Nathaniel lo que quería?* No matarme, no. La pregunta era, *¿me resquebrajaría?* Y si es así, *¿Cuánto?* El eco de Jean-Claude en mi cabeza dijo:

—Tal vez no te resquebrajes, *ma petite*, tal vez te sane a ti, y a él.

—¡Sal de mi cabeza! —dije.

—¿Qué? —preguntó Micah.

—Lo siento, nada, sólo hablaba conmigo misma. —Jean-Claude hizo lo que le pedí, pero su risa retumbó en mi cabeza como un eco el resto de la mañana.



Yo estaba en la cocina comiendo pan con mantequilla y miel deslizándose por todos lados. El pan estaba bueno, pero el espectáculo fue Gregory. Todavía estaba en forma de hombre leopardo, pero estaba comiendo galletas. ¿Alguna vez has visto a alguien comer pan con unos dientes que están diseñados para desgarrar las gargantas de las gacelas? Era interesante. Si hubiera puesto todo el pan en su boca habría estado bien, pero no lo hizo. Se comió las rondas de pan bañadas en mantequilla y jalea de pasas roja en trozos, con delicadeza. Sólo que su mandíbula no se andaba con delicadezas, por lo que su piel estaba manchada de jalea, y no dejaba de lamerse por si fuera poco con una lengua increíblemente larga. Era inquietante, distraído, y vagamente fascinante. Al igual que una combinación de *Animal Planet* y *Food Network*.

Fue bueno que tuviera algo con que divertirme, porque estaba siendo muy poco divertido para Nathaniel. Había sabido que podía estar molesto

por mí marca en el cuello de Micah, cuando prácticamente me rogó que se lo hiciera a él, y me negué hacerlo, pero no tenía ni idea de su aflicción. Había estado golpeando las cosas de la cocina. La puerta del armario no se limitó a cerrarla, la cerró de golpe. Abrir la nevera era un coro de golpes, bofetadas, y similares... Ni siquiera sabía que los envases de plásticos de los alimentos pudieran hacer tanto ruido.

En medio de los golpes a las cosas, estuvo de acuerdo con todo lo que dijo Gregory, pero el tono de su voz sonaba como si estuviera peleando.

—Hemos estado anunciando a un leopardo para esta noche, si yo no puedo ir, tendrás que hacerlo tú —dijo Gregory, después de lamerse con esa larga lengua rosada todo el camino alrededor de su «boca».

—Muy bien, no es como si fuera hacer algo más esta noche. —De alguna manera pensé que ese pasado estaba dirigiéndose a mí.

Micah me estaba dando esa mirada, la cual decía tan claramente como si hubiera hablado, soluciona este problema. ¿Por qué era siempre yo la que tenía que arreglarlo? Porque solía ser la que me equivocaba en primer lugar. Ah, por eso. Mis marcas de dientes quedaron impresas en el cuello de Micah. Las marcas estaban embadurnadas con Neosporin, pero no había tenido que vendárselas. Bien por él, y para mí. Lo había dejado antes de que le doliera demasiado. Era realmente menos sangre que la primera y única vez que me permití marcar a Nathaniel. Había sido cuando el *ardeur* era nuevo y estaba todavía tratando de encontrar una forma de alimentación que no incluyera las relaciones sexuales. Tonta.

El colmo fue cuando tomó el plato de la mantequilla de la mesa, antes de que todo el mundo hubiera terminado con ella. Gregory lo cogió, y las garras eran malas para la porcelana. El plato se cayó y se rompió en todo el suelo. La mantequilla se deslizó en una línea amarilla, como un rastro de caracol realmente desagradable. No sé lo que hubiera dicho, probablemente algo nada útil, pero en ese momento sonó el teléfono.

—Que alguien más coja eso —dijo Nathaniel desde el suelo donde estaba limpiando el desastre—. Estoy un poco ocupado.

Micah seguía comiéndose su desayuno, creo que porque estaba molesto conmigo por no decir algo para ayudar a que Nathaniel se sintiera mejor. El problema era que no sabía qué decir. Así que cogí el teléfono.

—Anita, soy Ronnie.

—Ronnie, hola —y pensé con furia. Oh, sí, no era la única que tenía problemas personales. Todavía no podía creer que hubiera rechazado la

propuesta de Louie. En voz alta le dije—: ¿Cómo te va?

—Louie me dejó un mensaje en el teléfono, así que sé que lo sabes. — Parecía a la defensiva.

—Muy bien, ¿quieres hablar de ello? —No me ofendí. No era yo la que estaba enfadada.

Ella soltó un fuerte suspiro.

—Sí... no... No lo sé.

—Puedes venir aquí, o me reuniré contigo en algún lugar. —Estaba usando esa voz cuidadosa, como la que Micah utilizaba tanto conmigo.

—Llevaré los panecillos —dijo.

—Podrías tener galletas caseras cuando vengas aquí, en su lugar —dije.

—¿Galletas hechas en casa? Tú no las haces, ¿verdad?

—No, Nathaniel las hizo.

—¿Puede cocinar?

—En realidad, sí.

Casi podía sentir su duda flotando a través del teléfono.

—Honestamente, es realmente bueno en las cosas horneadas.

—Si tú lo dices.

—Bueno, nos moriríamos de hambre si esperan que cocine.

Ella se echó a reír.

—Eso es pura verdad de Dios. Bueno, llegaré pronto, guardadme algunas galletas.

—Por supuesto.

Colgamos.

Me quedé de pie con el teléfono durante un segundo o dos, mirar otra vez la furia de Nathaniel en el cubo de basura donde estaba depositando los platos rotos y la mantequilla caída. Nunca me había dado cuenta de que una cola de caballo pudiera moverse tan violentamente.

Micah me miró, y su mirada fue elocuente. Me decía, que solucionara este problema, soluciónalo, o voy a estar enfadado contigo, también. Hay algunas desventajas en tener a dos hombres viviendo contigo. Cuando ambos se molestan contigo, al mismo tiempo es uno de ellos.

Nathaniel se quedó en la encimera, con las manos en el borde de la misma, y todo su cuerpo irradiaba ira. Nunca lo había visto tan enfadado. Debía haberme hecho enfadar, pero no fue así. Podría estar cabreado si quería estarlo, supongo.

Traté de pensar en algo útil que decir. Había pasado de estar feliz como

una ama de casa a estar tan molesto como nunca le había visto. Lo único que había cambiado era la marca en el cuello de Micah. Él había vivido pensando que Micah había conseguido vivir el coito y el orgasmo, mientras que él, Nathaniel, no conseguía casi nada. Así que ¿Por qué era un exceso de entusiasmo el chupetón para que le rompiera su punto? Pensé y pensé hasta que pude sentir que el dolor de cabeza comenzaba justo entre mis ojos. Luego tuve un buen pensamiento, era casi intuitivo. No suelo ser demasiado perspicaz sin antes hablar con mis amigos más inteligentes y más sabios. Pero de repente allí estaba, la verdad, creo.

Me acerqué a él y le toqué el hombro. Él se apartó de mí. Nunca había hecho eso antes. Me asustó. No lo quería enfadado conmigo, nunca. Micah estaba en lo cierto, tenía que arreglar esto. Pero ¿cómo?

—Nathaniel... —Fue como si al decir su nombre abriera las compuertas.

—No puedo vivir así. Me das la mano, y luego me la quitas. El orgasmo de hoy, pero sólo por alguna mierda metafísica. Encontraste una excusa para no hacerlo de nuevo. Siempre lo haces. Él consigue el coito y el orgasmo, y yo no consigo nada. Pero me marcaste, a mí. ¡No a él, a mí! —Seguía mirando la encimera, mientras despotricaba cada vez más fuerte —. Era todo lo que tenía. ¡Todo lo que tenía! —Tuvo que hacer una pausa para tomar un respiro, y me precipité en ese pequeño silencio.

—Lo siento —dije rápido antes de que pudiera recobrar el aliento.

—No sé por qué sigo esperando... —Dudó, paró, luego se giró hacia mí lentamente—. ¿Qué has dicho?

—Dije, lo siento.

Su rostro se suavizó durante un instante, luego se endureció, y me entornó los ojos. Miró positivamente sospechoso.

—¿Qué es exactamente lo que sientes?

—Siento que estés molesto.

—Oh. —Y saltó de nuevo, despotricando.

Le toqué el brazo, y no lo apartó esta vez, pero siguió escuchando todas las cosas que no haría por él, o con él. Podría haber sido embarazoso si no hubiera estado más preocupada por detener la pelea que casi por algo más.

—Tienes que ir a trabajar esta noche —dije.

Eso le detuvo, porque creo que no tenía sentido con el hilo de sus quejas.

—¿Qué? Sí, ¿y qué?

—Si no tuvieras que trabajar esta noche, te metería en el dormitorio y te marcaría, si es eso lo que quieres.

Se apartó de nuevo.

—No quiero que lo hagas sólo porque estoy loco. Quiero que lo hagas porque quieres, porque disfrutas de ello, también.

Dios, podría ser tan exigente. De hecho, me detuve y conté despacio en mi cabeza, porque todo este asunto de presentación dominante golpeó mal mis botones. Había buscado suficiente para comprender que el dominio del mundo y los subordinados era mucho más grande y más variado de lo que había creído. Que había gente por ahí que consideraba mi amor de uñas y dientes durante los escarceos sexuales y el sexo sería pervertido. Que consideraban incluso a la servidumbre. Me gustaban los dientes y las uñas durante los escarceos sexuales y el sexo, realmente lo hacía. No lo pretendía, y no era sólo por el bien de Nathaniel. Una vez pensé que al llegar este momento, no estaría enfadada con él. No estaba enfadada por lo que quería; me sentía incómoda porque lo disfrutaba. Lo sabía ahora, y lo abracé todo el camino a través de mi cabeza. Bueno, no estaba completamente allí todavía.

Traté de ser honesta con él y conmigo misma.

—Me encantaría sentir tu cuello bajo mis dientes. Me encantaría hundir mi boca alrededor de todas tus partes carnosas y morder hasta que tuviera miedo de hacerte daño. —Sentí el calor picando en mi rostro, y tuve que cerrar los ojos para terminar—. Me encantaría sentirte en mi boca. Me encantaría marcarte, pero no estaba lista para admitirlo. Y todavía me siento incómoda, pero no es por ti, es porque sólo parece... algo así, no lo sé...

—Pervertido —sugirió Gregory.

Abrí los ojos para mirarle.

—No me ayudes, Gregory, ¿de acuerdo?

—Lo siento.

—¿Eso significa lo que acabas de decir? —preguntó Nathaniel, y su voz estaba extrañamente vacía, como si estuviera intentando no estar molesto o esperanzado.

Encontré su cara, e incluso sus ojos eran cuidadosos. Odiaba verlo dirigiéndose a mí con dificultad, como si tuviera miedo de parecer demasiado ansioso y huiría. El problema era que podría haber tenido razón. Me di cuenta de que había estado haciendo mi propia versión de lo

que Richard estaba haciendo. No iba huir más de mí misma como él, pero si no hubiera tenido el *ardeur* empujándome, podría haberlo hecho. Si pudiera haber fingido tan claramente como Richard, lo habría hecho. Podría al menos admitírmelo. El *ardeur* había hecho lo imposible. Pero esto no era sobre el *ardeur*. Ere sobre Nathaniel y yo, y la feliz pequeña disposición doméstica que teníamos.

Había esperado demasiado tiempo para responder. Los ojos de Nathaniel se llenaron con semejante pena, y se fue. Oh, infiernos. Tomé su cara entre mis manos y me puse de puntillas para compensar esa diferencia de altura de tres pulgadas. Le sorprendí tanto que se tropezó de nuevo con los armarios. Me aplasté contra la parte delantera de su cuerpo y le besé. Le besé como si me lo estuviera comiendo. Apreté los dientes en el hermoso labio inferior y mordí, no lo suficiente como para marcar, pero lo suficiente para sacar un pequeño sonido de su garganta. Retrocedí del beso lo suficiente para ver sus ojos muy abiertos y desenfocados. Sus manos agarraron el armario de detrás de él con tanta fuerza, que estaban veteadas. Era casi como si tuviera miedo de caerse.

Estaba respirando con un poco de dificultad. Mi voz fue temblorosa cuando dije:

—Eso no era mierda metafísica. Esa solo era yo, igual que tú.

Sus ojos se cerraron, y un escalofrío le recorrió desde la parte superior de la cabeza a la parte inferior de sus pies. Se tambaleó, y si no le hubiera cogido por la cintura, creo que se hubiera caído. Sus brazos se deslizaron a mí alrededor, y puso su cabeza en mi hombro. No se había desmayado exactamente, pero estaba mustio en mis brazos. Me di cuenta, que estaba totalmente pasivo. Supe en ese momento que podía hacer lo que quisiera con él. La idea no me gustó, me daba miedo. Tenía bastantes problemas en mi vida, no quería a nadie más. Pero guardé mis dudas para mí. Él ya tenía bastante con lo suyo sin compartirme.

—¿Me lo prometes? —susurró—. Prométeme que me marcarás esta noche.

Había dicho la palabra que empieza por P. Mierda.

—Te lo prometo —le susurré en la calidez de la vainilla de su pelo.

Tomó una profunda respiración que movió su pecho desnudo de arriba a abajo a lo largo de mi vestido. Mi cuerpo reaccionó, tanto si quería como si no. Los pezones se endurecieron en su roce.

Se echó hacia atrás lo suficiente para ver mi rostro y la mirada de sus

ojos era exclusivamente masculina, y trajo una oleada de calor a mi cara. Aceleró el pulso en mi garganta. Era sumiso, pero debajo de todo eso era algo que podía haber sido muy peligroso, y allí estaba en sus ojos ahora, esa promesa de desastre.

—Ven esta noche al club, ve mi actuación, por favor.

Negué con la cabeza.

—Trabajo esta noche.

—Por favor. —El por favor fue algo más que una palabra, le llenó los ojos. Quería que le viera en el escenario, rodeado de fans gritando. Tal vez quería impresionarme aunque no le quería, otros lo hacían. Supongo que había ganado tener mi cara frotándose en ella.

—¿A qué hora sales?

Me lo dijo.

—Puedo llegar a algo, pero probablemente no a todo.

Me besó, duro y extrañamente casto, y rebotó hacia la puerta.

—Necesito ver si mi traje está listo para esta noche. —Se giró hacia la puerta con esa mirada ansiosa aún en su rostro—. Qué pasa si me vuelvo peludo, ¿todavía me marcarás?

—No lo hago con peludos —dije. Asomó el labio hacia mí, como un niño mimado—. Eres tan malditamente insistente, lo sabes, ¿verdad? —Sonrió—. No lo hago con peludos.

—Pero si no soy peludo, ¿lo harás? —Algo en la forma en que lo pidió me hizo sospechar, pero asentí.

—Sí.

Desapareció en la penumbra de la sala de estar.

—Nos vemos esta noche en el club.

Grité tras él.

—Si hay otro asesinato, todas las apuestas están cerradas. El asesinato tiene prioridad sobre ver a mi novio desnudarse. —Ahí estaba esa palabra otra vez, novio.

Oí la risa de Nathaniel por las escaleras. Me recordó a otro hombre en mi vida, que me había dejado con una sonrisa esta mañana. Hoy estaba divirtiendo como el infierno a todo el mundo.



El beso de Micah seguía caliente en mis labios cuando Ronnie llamó a la puerta. Sin dormir la noche antes para finalmente ponerme al día con Micah, así se fue a la cama. Además a Ronnie no le gusta el público.

Ronnie estaba mirando la puerta mientras abría.

—¿Qué pasó aquí?

Traté de pensar en una versión corta, pero no pude llegar a una, y le dije:

—Vamos a tomar un café primero.

Levantó las cejas, pero eso fue todo, pude ver sus ojos detrás de sus oscuras gafas de sol. Se encogió de hombros. Llevaba una chaqueta marrón de cuero, que últimamente era su favorita. La llevaba cerrada hasta la mitad y un jersey de punto asomaba por debajo.

Fruncí el ceño. Fuera había 21 grados. Abrí la puerta de nuevo desde el umbral.

—Hace frío fuera o ¿me lo parece a mí?

Tenía los hombros encorvados.

—He tenido frío desde que salí de la boda anoche. Parece que no puedo entrar en calor.

No remarqué que la mayoría de los cambiaformas tienen una temperatura corporal superior a nosotros, los humanos. Y que tal vez el calor que le faltaba era por el nombre de Louie. No lo dije, porque había sido demasiado obvio y demasiado cruel.

Ella cruzó andando por la oscura sala de estar, y abrió las cortinas más lejanas de la cocina. Cuando me aseguré de que Damian estaba abajo para pasar el día, abrí las cortinas. Ella vaciló dentro de la cocina.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Micah tenía que dormir un poco. Gregory y Nathaniel están arriba trabajando juntos. Sobre romper algunas correas.

Se sentó en la silla que Richard había ocupado, para poder divisar la mayoría de las puertas, y situarse fuera de la vista. Tal vez había sido un accidente o estaba proyectando el por qué. Dudé si Richard había pensado en las consideraciones de seguridad cuando eligió el asiento. Pero, de nuevo, tal vez no era justo. Oh, bueno.

Se dejó las gafas de sol puestas, aunque ya no estaba tan brillante de todas formas. Su cabello rubio era largo pero fino, y parecía que lo había cepillado pero nada más, así que las puntas no estaban rizadas como a ella le gustaba. Casi nunca salía sin como mínimo hacerse eso. De hecho se sentó a la mesa encorvada, sobre la taza de café, como una víctima de resaca.

—¿Estas lista para las galletas? —pregunté.

—¿En realidad cocina?

Casi le dije, si estuvieras más por aquí, lo sabrías, pero estaba bien.

—Sí, cocina. Hace la compra, prepara el menú y además hace las faenas de la casa.

—Venga, no es una diosa doméstica.

Su voz fue desagradable cuando lo dijo y realmente no quería discutir con Ronnie esta mañana.

—Necesitaba una esposa —dije, y logré mantener mi voz neutra.

—No todos lo hacemos —dijo, y no hubo mala voluntad. Tomó un pequeño sorbo de café—. No creo que pueda comer ahora mismo.

Bebí un sorbo de café mucho más grande, y dije:

—Bien, ¿tienes un plan de cómo hablar de esto?

Me miró, todavía con las gafas, así que no podía ver sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Querías hablar, supongo que sobre Louie y lo que pasó anoche, ¿cierto?

—Sí.

—Entonces habla —dijo.

—No es así de simple —dijo.

—Bien, entonces ¿puedo hacer una pregunta?

—Depende de la pregunta —dijo ella.

Respiré profundo y se lo solté.

—¿Por qué dijiste que no a la propuesta de Louie?

—Oh, no, ¿tú también?

—¿Qué? —pregunte.

—No me digas que esperabas que sólo dijera que sí.

Quería que se quitara las gafas para poder ver sus ojos, ver lo que estaba pensando.

—En realidad, sí.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—Porque nunca te he visto con nadie tan feliz durante tanto tiempo —dije.

Apartó su café, como si también estuviera enfadada con él.

—Las cosas estaban bien como estaban, Anita. ¿Por qué tiene que cambiarlo todo?

—Pasáis más noches juntos en otros sitios que sola, ¿verdad?

Ella solo asintió con la cabeza.

—Me dijo que se ofreció a que vivierais juntos primero, ¿por qué no intentarlo?

—Porque quiero mis cosas. Quiero a Louie, pero no me gusta como se ha apoderado de mi armario, de mi botiquín. Se ha quedado 2 de los cajones de la cómoda para su ropa.

—Hijo de puta —dijo.

—No es divertido —dijo.

—No, lo sé. ¿Le dijiste que no te gustaba que movieran tus cosas?

—Lo intenté.

—¿Quieres que se vaya de tu vida?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero quiero mi casa de nuevo, como era. No me gusta llegar a casa y encontrar que ha organizado todo en mis armarios porque así es más fácil de encontrar las cosas. Si quiero buscar en todos los armarios para encontrar la pasta de tomate, es mi elección. Él ni siquiera preguntó, llegué a casa una noche, y había organizado toda la cocina. No pude encontrar nada. —Debió haber sonado haciendo mohín incluso para ella misma, porque se quitó las gafas y dio toda la fuerza de aquellos ojos grises llenos de dolor—. Crees que soy tonta, ¿no?

—No, debería haberte preguntado antes de reorganizarlo todo. —El hecho de que Nathaniel no sólo había reordenado mi cocina, sino que también tiró las cosas que no se usaban. Era probable que mejor me lo guardara para mí.

—Me encanta salir con Louie, pero no quiero casarme con nadie.

—Bien.

—¿Sólo bien, no vas a tratar de hablar conmigo de él?

—Ey, no soy una casamentera, ¿quién soy yo para forzarte?

Me miró, como si buscara una mentira en mi cara, estaba pálida con los ojos hundidos, como si no hubiera dormido mucho más que Micah.

—Pero has dejado a Micah vivir contigo.

Asentí con la cabeza y bebí del café.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué querías que viviera contigo? Pensé que te gustaba tu independencia tanto como a mí.

—Sigo siendo independiente, Ronnie. Micah se mueve para no cambiar eso.

—¿No intenta mandar a tu alrededor? —La miré—. Lo siento, Anita, pero mi padre fue un hijo de puta con mi madre. He visto fotos de ella en la universidad. Deseaba tanto, pero él no quería tener una esposa que trabajara. Ella tenía que ser la perfecta ama de casa. Lo odiaba, y le odiaba a él.

—Tú no eres tu madre —dije—, y Louie no es tu padre. —A veces en ésta conversación íntima tienes que decir lo obvio.

—Tú no estabas allí, Anita, no lo viste. Ella cayó en una botella, y él nunca se dio cuenta, porque por fuera era perfecta. Nunca rugió borracha, o se cayó por la borrachera. Era como si necesitase ese zumbido constante

para ver su pensamiento del día, y la noche. Lo que ellos llaman un funcionamiento alcohólico.

No sabía que decir a eso. Ambas nos habíamos contado nuestras tristes historias años antes. Ella sabía todo acerca de la muerte de mi madre, la boda de mi padre con la princesa de hielo, mi madrastra y mi perfecta hermanastra. Habíamos compartido nuestra amargura hacia nuestras familias durante mucho tiempo. Sabía todo esto ¿por qué contarle otra vez? Porque algo en la propuesta había sacado el tema.

—Me dijiste meses atrás que Louie no se parecía nada a tu padre.

—Sí, aun así quiere ser mi dueño.

—Tu dueño —dije—. ¿Qué significa eso de tu dueño?

—Tenemos citas, tenemos buen sexo, disfrutamos de la compañía del otro, ¿por qué tiene que trasladarse, o casarse conmigo? —Había miedo en su cara.

Le toqué la mano que tenía cerrada sobre la mesa.

—Ronnie, no puede hacer que te cases con él.

—Pero si no estoy de acuerdo con algo se irá. O bien seguimos adelante, o dejo que se vaya. Está tratando de forzar que me case con él.

Sentí que no estaba calificada para esta charla, porque su lógica no era mala, pero no era así. Conocía a Louie y le habría horrorizado que ella viera su propuesta y su necesidad de concluir las cosas como una relación de propiedad. Estaba casi segura al cien por cien de que él no quería darle ese significado. Apreté su mano e intenté pensar en que decir que pudiera ayudar. No se me ocurrió nada.

—No sé qué decir, Ronnie, salvo que no creo que Louie quisiera lastimarte así. Te ama, y cuando la gente se ama, tienden a querer casarse.

Ella retiró su mano.

—¿Cómo sé que esto es amor? Me refiero al amor, ¿cómo hasta-que-la-muerte-nos-separe?

Finalmente algo que podía contestar.

—No lo sabes.

—¿Qué significa que no lo sabes? ¿No se supone que es una prueba, o una señal o algo así? Pensé que si alguna vez me enamoraba este pánico no estaría aquí, iba a estar segura y sin miedo. Estoy aterrorizada. ¿Eso no significa que no es Louie? ¿Qué sería un terrible error? ¿No deberías estar segura?

Ahora sabía que no estaba calificada para esta conversación.

Necesitaba a un bateador de urgencias, para ofrecer el mejor consejo que tuviera.

—No lo sé.

—¿Estabas segura cuando dejaste venir a Micah, de que era lo que tenías que hacer?

Pensé en ello, y me encogí de hombros.

—No se parecía a esto, se trasladó antes de que hubiéramos salido, yo... —¿Cómo pones en palabras las cosas que solo sientes, que no van unidas a palabras?—. No sé porque no me aterró cuando se trasladó, solo sucedió. Un día entré en el cuarto de baño, y había una navaja y un kit de afeitado. Luego cuando guardó la ropa limpia, sus camisetas se mezclaron con las mías, y ya que son del mismo tamaño las dejamos así. Nunca antes había salido con alguien que pudiera usar la misma ropa que yo, es poco aseado usar sus pantalones, o su camisa, especialmente si huele a su colonia.

—Dios, le amas —dijo con desesperación casi como un lamento.

Me encogí de hombros y bebí café, porque la conversación lo hacía peor.

—Tal vez —dije.

Ella negó con la cabeza.

—No, no, tu cara se ilumina cuando hablas de él. Le amas. —Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró como si le hubiera traicionado.

—Mira, Micah se trasladó gradualmente, pero no me sentí así como tú con Louie. Me gusta tener sus cosas en el cuarto de baño. Me gusta que cada uno tenga su lado en el armario. Ver sus cosas con mis cosas me produce una sensación de plenitud.

—¿Un qué? —preguntó.

—Sacar una camiseta y comprender que la compre para él, ya que realza el verde de sus ojos, me dice que he conseguido mi comida favorita de la despensa y que es una noche de invierno, y que no tengo que entrar en el sentimiento. Tengo todo lo que necesito en casa. —Me miró horrorizada.

Oírme decirlo en voz alta me dio un poco de miedo pero sobre todo fue emocionante. Porque había respondido a mi pregunta, tratando de responder la suya. Me contesté a mí misma. Estaba sonriendo incluso cuando me miraba en estado de shock. No pude evitar la sonrisa, me sentía mejor que lo que me había sentido en días. Pero otra idea se me ocurrió. Pero no sonreía cuando lo dije:

—¿Recuerdas como no podías entender por qué dejé escapar a Richard cuando me pidió que me casara con él?

—No dije que te casaras con él, te dije que rompieras con el vampiro y te quedaras con el hombre lobo.

Eso me hizo sonreír.

—Me acuerdo que al volver a casa, Richard había utilizado su llave para entrar y preparar la cena sin preguntarme, y lo odié. Me sentí enfadada y mi intimidad invadida.

Ella asintió.

—Eso es. Es como ponerse un jersey de color y tamaño perfecto, pero la siguiente vez que lo usas te das cuenta de que es áspero y que debes ponerte debajo otra camiseta. Es un jersey genial, pero debes poner distancia entre él y tu piel.

Pensé en ello y tuve que aceptarlo.

—Eso es bastante bueno, áspero, sí.

—¿Pero no te sentiste así cuando se mudó Micah? —preguntó con voz suave.

Sacudí la cabeza.

—Fue muy raro. No sabía nada de él, de verdad, pero sólo... sucedió.

—Amor a primera vista —dijo en voz baja.

—«Casarte con prisas, tiempo para arrepentirte», dicen.

—Pero no te casaste con él —dijo—, ¿por qué no?

—Uno, nadie me lo ha pedido, y dos, no creo que ninguno sienta la necesidad.

También estaba la cuestión de Jean-Claude y Asher y Nathaniel, pero no quería enturbiar las aguas, así que no las removí.

—¿Entonces por qué Louie quiere casarse?

—Tendrías que preguntarle, Ronnie. Dijo que sólo había sugerido vivir juntos pero que tampoco quisiste.

—Me gusta mi espacio —dijo.

—Entonces díselo —dije.

—Le perderé si se lo digo.

—Entonces tienes que decidir si quieres tu espacio o a él.

—Así como así —dijo.

Asentí.

—Así como así.

—Haces que parezca fácil.

—No me refiero a eso —dije—, pero Louie quiere que os acostéis juntos cada noche y levantarse a tu lado cada mañana.

—Eso no suena tan mal.

Apoyó la cabeza en sus brazos, de modo que todo lo que pude ver fue la parte trasera de su cabeza. Por lo que sabía no lloraba, pero...

—Ronnie ¿he dicho algo malo?

Ella dijo algo que no pude entender.

—Lo siento, no te he oído.

Levantó la cabeza.

—No quiero acostarme cada noche y levantarme cada mañana con él.

—¿Quieres habitaciones separadas? —pregunté antes de que mi cabeza dijera que la pregunta era estúpida.

—No —dijo y se sentó.

Secando las lágrimas que acabaron de derramarse. Parecía más enfadada o impaciente que llorosa.

—¿Qué pasa si me encuentro con un chico guapo? ¿Qué pasa si me encuentro a alguien con quien quiera dormir y no es Louie? —Las lágrimas habían desaparecido. Estaba mirando con esa necesidad en su rostro que dice, ¿no lo entiendes?

—Quieres decir, que no quieres ser monógama —dije.

—No, quiero decir que no estoy segura de estar lista para serlo.

No estaba segura de que decirle a eso. Porque no era algo a lo que había tenido que renunciar.

—La mayoría de la gente desea ser monógama, Ronnie. Quiero decir, ¿cómo te sentirías si Louie durmiera con alguien más?

—Aliviada —dijo ella—, porque entonces podría enloquecer y patear su culo.

—¿Qué significa eso? —pregunté, y traté de ver más allá del dolor y la confusión, pero había demasiado.

—Sí —dijo ella—. Oh, no, maldición, Anita, no lo sé. Pensé que teníamos algo bueno, si podía frenarlo un poco después de repente se ponía a toda marcha.

—¿Cuánto tiempo habéis estado saliendo?

—Casi dos años —dijo ella.

—Nunca me hablaste sobre la sensación de asfixiarte antes.

—¿Cómo podría? Te ahogas en felicidad. Todas las cosas que quería, tú las disfrutas.

Recordé que Louie había dicho que quizás Ronnie no se había distanciado porque estuviera saliendo con Jean-Claude, sino porque tenía problemas conmigo, no con Micah. Pensé que estaba equivocada ahora estaba segura.

—Siempre estoy dispuesta a escuchar Ronnie.

—Yo no podía, Anita. Te has follado a un tío que acabas de conocer y de golpe está viviendo contigo, quiero decir, que es todo lo que odio. Alguien viene, te quita tu espacio, pierdes tu privacidad y lo disfrutas. — Otra vez sentí en su voz ese tono de que la había traicionado.

—¿Debería disculparme por ser feliz?

—Eres feliz, ¿realmente feliz?

Suspiré.

—¿Crees que sería más feliz si dijera que no?

Negó con la cabeza.

—No, no quiero decir eso, pero Anita —cogió mi mano—, ¿cómo puedes tener a toda esta gente en tu casa, todo el tiempo? Ya nunca más estarás sola, ¿no lo echas de menos?

Pensé en eso, y luego dije:

—No, pasé toda mi infancia en una familia numerosa en la que nadie quería entenderme. Finalmente estoy con gente que no cree que soy rara.

—No, porque ellos son más raros.

Apreté mis manos.

—Ya sé de qué me hablas.

—No quería decir eso exactamente, pero ¿no está celoso Jean-Claude de Micah, de la misma manera que estaba con Richard?

—No —dije, y lo deje ahí, porque Ronnie no estaba preparada para escuchar los planes que teníamos los tres. Pensaba que éramos raros. Si ella supiera.

—¿Por qué no?

Simplemente negué con la cabeza y me levanté para ponerme más café. Ella pensaba que mi amante era raro, siempre odió a Jean-Claude, no iba para compartir mis intimidades con ella. Había perdido esos privilegios. Y eso me entristeció. Pensé que la crisis con Louie quizás nos ayudaría a Ronnie y a mí a reconstruir nuestra amistad pero no estaba saliendo de esa manera. Mierda.

Me eché café e intenté pensar en algo útil que decir. Finalmente me di cuenta que si pasaba de sus comentarios, nunca más seríamos amigas. Era

la verdad o nada. Me apoyé en el armario y la miré. Mi cara debió de reflejar algo, porque ella dijo:

—Estás cabreada.

—¿Te das cuenta que diciendo que mi novio es más raro que yo, quieres decir que yo soy rara? No crees que tus amigos sean raros, Ronnie.

—No quería decir eso.

—Entonces ¿qué querías decir?

—No quiero decir eso, Anita, lo siento, pero estoy extrañada, no me gustó que Micah apareciera de la nada y ese tal Nathaniel está viviendo aquí, cocinando y limpiando, ¿qué es una sirvienta?

—Es mi *pomme de sang* —dije, y mi voz era tan fría como mi cara.

—¿No significa eso que es comida?

—A veces —dije, intente decirle con mis ojos que debía ir con cuidado.

—Yo no me llevo mi bistec a la cama, Anita. Ni leo cuentos a mi batido. —Le había dicho a Ronnie suficientes cosas personales para que me lo echara en cara y me menospreciara. Genial.

—Ronnie, debes tener cuidado con lo que estás diciendo, mucho cuidado.

—¿Estás ofendida, no? —preguntó.

—Sí —dije—, te conté cosas muy personales, cuando me molestó que Nathaniel estaba compartiendo cama con Micah y te dije que nos estábamos conociendo mutuamente. Eso no era una queja.

—¿A cambiado algo entre tú y Nathaniel? Lo último que escuché, fue que era comida y uno de tus leopardos, pero eso es todo.

—Sí, las cosas han cambiado.

—¿Tienes a dos hombres viviendo contigo?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Dos hombres, dos amantes?

Suspiré profundamente y simplemente dije:

—Sí.

—Entonces ¿cómo me animas a decir que sí a Louie?

—No te animé. Sólo te pregunté qué valorabas más, si a Louie o a tu privacidad. Fue él, el que lo hizo una elección, no yo.

—Pero no tienes por qué escoger.

—Aún no —dije.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Quiero decir que nunca he subestimado el poder de un hombre para complicarme las cosas. Tanto, tan bien.

—¿Tanto, tan bien? ¿Cómo puedes conformarte con eso? ¿No quieres una garantía de que no te van a dejar y romper tu corazón?

—Me encantaría tener una garantía, pero las cosas no son así. Simplemente tienes que arriesgarte y esperar lo mejor.

—Casarte con él quieres decir.

—Ronnie, la única obsesionada con casarte eres tú. Tú y quizás Louie. Yo no tengo ese tipo de planes.

—¿Y qué? ¿Vas a seguir viviendo con los dos?

—Por ahora sí. —Tomé un trago de café e intenté que mi mirada no fuera tan odiosa como me sentía.

—¿Y qué pasará luego?

—Más tarde ya se verá —dije.

—No es suficiente para mí Anita, quiero saber que estoy haciendo lo correcto.

—No creo que lo sepas nunca, Ronnie. La mayoría de la gente que conozco, que cree que está en lo cierto, son las que están más equivocadas.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que te cases con él, o que. Pero no mezcles tus problemas con mis relaciones.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que no vuelvas a llamar a mis novios locos.

—¿Y no crees que vivir con dos hombre es algo inusual?

—A nosotros nos funciona, Ronnie.

—¿Y cómo se siente Jean-Claude cuando duermes con Micah y Nathaniel?

—Está bien con ello.

Frunció el ceño.

—Entonces tú, qué, estás durmiendo con... —empezó a contar con los dedos... tres hombres.

—Hmm, 4, Hmm, no, 5.

—¿Cinco? Jean-Claude, Nathaniel, Micah y ¿quién más?

—Asher y Damian —dije, y mi cara se quedó muy vacía cuando lo dije.

Su cara no lo estaba. Se quedó boquiabierto, anonadado, aparentemente en estado de shock, se quedó sin palabras. Si no se hubiera metido conmigo la hubiera cortado gentilmente. Ronnie empezó por no ser capaz de

aguantar que saliera con un vampiro, luego no era capaz de aceptar que estaba bien viviendo con un hombre y menos aún que viviera con dos hombres y disfrutara de ello, dos vampiros más a los que odiar, bien, eso no era nada.

—Déjame hablar claramente, ¿te los estás follando a todos?

Entendí lo que quería decirme, que si estaba mantenido relaciones sexuales con todos. Técnicamente, no, pero desde que Nathaniel era el único que estaba en la lista del no, dije:

—Sí.

—¿Cuándo pasó todo esto?

—Lo de Asher pasó después de que dejaras muy claro que odiabas que saliera con Jean-Claude, porque era un vampiro, entonces dejé de hablarte de los vampiros como novios.

—¿Y cuándo pasó Nathaniel de ser comida a sexo?

—Recientemente.

—Y Damian, quiero decir, Damian no estaba en el radar.

—Ha sido un día muy ajetreado.

Me miró con los ojos desorbitados.

—¿Hablas en serio, sólo hoy?

Asentí con la cabeza, y casi me alegré de su asombro.

—¿Ha estado pasando todo esto y no me lo has dicho?

—No querías oírlo, simplemente te enfadaste por lo de Jean-Claude, y pensé que odiarías escuchar lo mucho que me divierten las cosas con Micah que tú odiabas con Louie. Dijiste que eso haría más difícil hablarme, porque parecía muy feliz con las que cosas que a ti te hacían enloquecer.

Ella salió durante un rato a tomar el aire.

—Lo siento, he cortado con tanto.

—Me he perdido —dije.

—Nosotras hablábamos —dijo—, pero deberíamos empezar a escogernos. No podemos seguir siendo amigas de esta manera, —parecía triste.

—No —dije—, no puedes. No puedes decir a cada uno lo que tiene que hacer, pero tampoco puedes retenerlo tanto tiempo.

—Aún no confió en Jean-Claude y tú fuiste la que me enseñó que los vampiros son solo chicos muertos, da igual lo agradables que sean.

—He cambiado de opinión.

—Yo no —dijo.

—Pero no hablamos de los vampiros de mi vida.

—Esto te deja con dos hombres para hablar.

—No, si se compara a uno de ellos con un bistec y al otro con un batido.

—Mira, la última vez que hablaste de Nathaniel fue para quejarte porque estabas incómoda a su lado. Hablaste de Nathaniel como me siento por Louie, luego con el tiempo pensé que nosotras teníamos quejas en común, y tú empezaste a cambiar. Empezaste a ablandarte cuando hablabas de Nathaniel.

—¿Lo hice?

Ella asintió.

—Sí, lo hiciste.

—Todos se dieron cuenta antes que yo, que Nathaniel y yo, incluso Richard.

—¿Qué?

Negué con la cabeza.

—No quiero hablar de Richard, salvo para decir que conocí a su nueva novia, Clair.

—Jesús, ¿cuándo?

Negué con la cabeza, porque esta no era la manera de contar la historia sin compartir más de lo que Ronnie sabía sobre los vampiros. El hecho de que se enfadó cuando le hablé sobre los vampiros de mi vida, hacía casi imposible compartir mi vida con ella. ¿Cómo podría explicar lo que había pasado entre Richard y yo hoy, sin incluir el *ardeur*, a Jean-Claude, Damian y al viejo maestro de Damian? Si hubiera compartido todo, luego me hubiera dado otra lección sobre como Jean-Claude me arruinó la vida, o tenía segundas intenciones. Ni siquiera sería capaz de discutir sobre segundas intenciones. Jean-Claude era lo que era, yo había hecho las paces con él tiempo atrás.

Finalmente dije algo de lo que pensaba en voz alta. Últimamente había aprendido que la verdad es realmente la única forma de mantener las relaciones, por no hablar de intensificarlas. Me hubiese gustado ser amiga de Ronnie otra vez, grandes amigas, si hubiera sido posible.

—Gran parte de lo que está pasando hoy gira en torno a las cosas de vampiros, Ronnie. Si no puedo hablar contigo sobre vampiros, entonces no puedo ni siquiera empezar a decir lo que pasó.

—Jean-Claude ha jodido tu vida bastante.

Negué con la cabeza.

—No creo que Jean-Claude pudiera haber previsto algo de esto ni en su imaginación más salvaje. Además, se molestó cuando Damian llegó a mí primero.

Frunció el ceño.

—En primer lugar, ¿significa que está molesto de que tú y Damian seáis amantes?

—No estoy segura de que estemos enamorados, tanto como de que hemos tenido relaciones sexuales. Aún no he decidido el resto.

—Siempre has tratado el sexo como un compromiso, Anita. Nunca he entendido eso. Es sólo sexo, a veces es bueno, a veces no es tan bueno, pero es sólo sexo, no un voto de honor.

Me encogí de hombros.

—Estuvimos de acuerdo en que no estábamos de acuerdo en ese tema hace mucho tiempo.

—Sí, lo hicimos. Desde que te conozco siempre has sido monógama. Una cita y eso es todo hasta que o bien no quieres salir con él nunca más, o has decidido que no merecía tener una cita con él. Hasta que Jean-Claude entró en tu vida, eras la persona más mojigata que conocía. Quiero decir que no querría que durmieras por ahí hasta que tuve que compararme. Has hecho que todas las demás parezcamos putas a tu lado.

Eso sonó amargo.

—No sabía que te sentías así —dije.

—Nunca me molestó, de hecho, probablemente me salvó de algunas malas decisiones. Pensaba, bueno, qué diría Anita, me gustaría esperar un poco y ver si el hombre es algo más que sólo un buen ejemplar.

—Vaya, nunca antes he sido la conciencia de otra persona.

Se encogió de hombros.

—No estoy loca por tus valores morales a diferencia de mis valores morales. Simplemente no entiendo cómo terminé con una vida monótona de monogamia, y tú terminaste con un harén. Solo me parece mal.

En eso estábamos de acuerdo.

—Espera un minuto, monógama tal vez, pero me dijiste que Louie fue el mejor sexo que habías tenido nunca.

—No, el mejor sexo que he tenido fue ese tipo...

Terminé la historia por ella.

—Con ese tanque realmente grande, que sabía cómo usarla. Era

hermoso, el cabello rubio y rizado, ojos grandes y azules, los hombros...

Se echó a reír.

—Supongo que he contado esa historia con demasiada frecuencia.

—Fue una aventura de una noche, y desapareció antes de despertar al día siguiente. Trataste de encontrarlo, había mentido sobre quién era, así que no lo pudiste encontrar. Ningún sexo es lo suficientemente bueno para superar eso.

—Hablas como alguien que nunca ha tenido una aventura de una noche en su vida —dijo Ronnie.

Mi volví a encoger de hombros.

—No se puede decir que la tuviera.

—Si nunca has tenido una, entonces no sabes lo que te has estado perdiendo.

Lo dejé pasar, habíamos aprendido hace años que teníamos diferencias filosóficas sobre los hombres, el sexo y las relaciones.

—Está bien, hazlo a tu manera, pero Louie es el mejor sexo habitual que has tenido.

Pensó durante un momento y luego asintió.

—Estaré de acuerdo en eso. Sí, es el mejor sexo constante que he tenido.

—¿Cómo vas a sentirte sin él? —pregunté.

—Cachonda, —dijo, y se echó a reír, pero cuando no me reí con ella, pareció triste.

—Jesús, Anita, no te pongas tan seria conmigo. Necesito una amiga que me diga que el matrimonio no es para mí y que está bien dejarlo cuando empieza a dar ultimátum.

—Si no estás enamorada de Louie, lo descartas, pero no sería tu amiga si no te preguntara, ¿es que no lo amas, o tu miedo es demasiado grande para permitirte amar a nadie?

Me frunció el ceño.

—Muy bien, entonces voy a morir sola y vieja con un montón de gatos y de armas.

—Lo que quise decir fue que tal vez no es una mala idea la terapia.

Me miró asombrada.

—¿Me estás dando la charla de necesitas-terapia? Pensé que odiabas a todos los terapeutas que están delante de la tumba y preguntando a la gente lo que siente, ya que sus fallecidos llevan muertos mucho tiempo, y van a

levantar al padre abusivo de la tumba. Dios mío, qué pesadilla.

—Hay buenos terapeutas por ahí, Ronnie. Pensé que no llegaría a conocer a muchos en el trabajo.

—¿Has ido a ver a un terapeuta a mis espaldas?

Pensé en ello, entonces dije:

—Finalmente me di cuenta de que por lo que iba a ver a Marianne era solo parcialmente para aprender a controlar mis habilidades psíquicas. La gente en Nueva York va a ver a sus brujas en lugar de terapeutas. He decidido estar en cabeza con la multitud.

—¿A quién conoces en Nueva York?

—A otro reanimador, y verdugo de vampiros. Ella dijo que va a un terapeuta que era una bruja, eso significaba que no tenía que pasar tiempo explicándole cosas mágicas o psíquicas, porque ya las sabía. Había tenido algunos de los mismos problemas que yo durante años por ir a mi sacerdote o a un terapeuta. Quiero decir, mi padre me llevó a una cuando era adolescente. El terapeuta trató de ayudarme con mis problemas latentes, con la muerte de mi madre y el nuevo matrimonio de mi padre, pero no quiso creer que podía resucitar a los muertos por accidente. Siguió intentando decirme que lo estaba haciendo a propósito para vengarme de Judith y de mi padre.

—Nunca me lo dijiste —dijo.

—Fue después que el terapeuta le dijo a mi padre que era «malvada» por lo que contactó con la abuela Flores, y me ayudó por lo menos a entender lo que estaba pasando.

—Así que ¿sabías cuando empezaste con Marianne que era terapia?

—No, por supuesto, no, nunca lo he hecho así.

Ella sonrió.

—Esa es la Anita que he llegado a amar y conocer.

Le devolví la sonrisa.

—Incluso ahora me siento de mal humor admitiéndolo en voz alta, y eres la única persona a la que se lo he dicho, aunque creo que Micah lo sospecha. Me hace más fácil vivir con ello, algo tiene que ser responsable.

—¿Realmente ha ayudado? —preguntó.

Asentí.

—¿Crees que debería ir a Tennessee?

—Creo que deberías intentar algo más cerca de casa. No tienes los mismos problemas que yo. Un terapeuta no va a decirte que estás

equivocada, o eres malvada, bueno, simplemente no creo.

—¿Me estás diciendo que mis problemas son mundanos?

—A menos que tengas un problema con Louie siendo peludo una vez al mes, sí son triviales.

Frunció el ceño, y levantó la taza de café.

—En realidad no, quiero decir que he visto todo el espectáculo, y no lo hago con animales. Él está bien con eso, porque la mayoría de no cambiaformas trazan la línea para hacer a los otros significantes en forma animal. Sabes que se puede transferir a través de relaciones sexuales en forma de animal, si el sexo es duro y consigues un poco de fluido en una abrasión. —Lo dijo como una conferencia, o una advertencia, sin pensar en ello.

—Lo sabía.

—Oh, lo siento, eres la experta sobrenatural, no yo. —Una vez más, había amargura. ¿Cuándo había llegado a estar enfadada conmigo? ¿Desde cuándo?

—No, en serio, Ronnie, es bueno compartir información cuando conoces a alguien más que está saliendo con alguien del desafío lunar.

Alzó la vista entonces.

—¿Acabas de decir “desafío lunar”?

Asentí con la cabeza.

—La frase de PC más reciente.

—¿Desde cuándo ha sido PC?

—Desde que oí la frase y pensé que era divertido como el infierno. —Seguía apoyada contra el armario, porque no había más enfado en su forma hacia mí que entendiera. Las cosas de vampiros las podía entender, pero sus problemas conmigo dejando a los hombres de mi vida, parecían más difíciles de evitar.

—Desafío lunar, tendré que decírselo a Louie. Conseguiré una patada por eso. —En el momento en que lo dijo, su cara cayó, y el peso de todo se le vino encima—. Oh, mierda, Anita, ¿qué voy a hacer?

—No lo sé. —Volví a sentarme en la mesa y le acaricié la mano. Si hubiera sido Catherine, ella probablemente estaría pegada a mí en busca de apoyo, pero Ronnie tenía problemas con la proximidad, por lo que no nos abrazábamos tanto. Muy bien, Ronnie conocía mis viejas cuestiones sobre la proximidad, excepto sobre el sexo. Nunca había entendido por qué si no quieres a alguien abrazándote para tu comodidad estarías dispuesta a

fallártelos, pero solo era yo.

—No quiero que él acabe yéndose de mi vida, pero no estoy lista para casarme. Nunca podría estar lista para casarme. —Me miró, y había tanta angustia en sus ojos—. Quiere tener hijos. Dijo, que una de las razones que le ponen contento de que no sea una cambiaformas es porque podría tener hijos. Anita, no quiero hijos.

Le apreté la mano y no supe qué decir.

—Soy detective privada, ya tengo 30 años. Si nos casásemos ahora, deberíamos de pensar en tener niños ya. Y es que todavía no estoy preparada.

—¿Pero quieres tener hijos? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—Hace cinco años quizás tener dos críos y una valla blanca. En realidad creo que nunca quise tener hijos, pero sabes que se supone que uno tiene que soñar con esto. —Me miró con sus ojos serios y tristes y me preguntó—: ¿Quieres tener hijos?

—No —dije—, en mi vida no hay sitio para ellos.

—Pero, si tuvieras otro empleo, ¿querrías ser madre?

—Hace mucho tiempo pensé que me casaría y que tendría un hijo, o dos, pero eso fue antes.

—¿Antes de que, de Jean-Claude?

—Antes de convertirme en una ejecutora de vampiros y una agente federal. Aún antes me había dado cuenta de que, probablemente no me iba a casar nunca. Estoy contenta con mi vida, pero para un niño no estaría bien.

—¿Lo dices porque no tienes marido?

—No, porque casi siempre, la gente me intenta matar.

—Hablando de violencia, ¿qué le pasó a tu puerta?

—Gregory la rompió porque no le contestaba al teléfono y oyó gritos.

—¿Por qué oyó gritos?

—Sin mencionar a los vampiros, no te lo puedo contar.

Suspiro.

—Pensaba que Jean-Claude era algo pasajero, tu único ligue serio. Sabes, es el tipo malo con quien el sexo está muy bien, pero luego tienes que recapacitar y seguir adelante. —Me miró, buscando mi mirada—. No es, solo un ligue, ¿verdad?

—No —dije.

Aspiró hondo, y luego expiró lentamente.

—No digo que quiera todos los detalles, ni que pueda manejarlos, pero dime lo suficiente para que pueda comprender que pasó con tu puerta.

Aún censurada, la historia, duró bastante. Estábamos en el punto en el que Richard me dejaba realmente, cuando Nathaniel y Gregory entraron en la habitación.

Ronnie estaba preparada para ofrecer su pesar y de hecho quiso darme un abrazo, cuando los vio. De repente se quedó inmóvil, con las facciones congeladas, como si fuera una estatua en un juego infantil.

Nathaniel estaba casi desnudo, sólo llevaba una correa de cuero y un montón de cintas en la parte superior de su cuerpo. Había tantas correas, que por un momento tuve la impresión que de algún modo estaba atado. Entró en la habitación totalmente a gusto con su engranaje casi desnudo. Esto pudo haber detenido a Ronnie en su gesto, pero también pudo haber sido Gregory. Aún estaba bajo su apariencia de hombre leopardo, totalmente desnudo, no estaba contento por estar desnudo, excepto por su abrigo de piel. Por su mirada, no estaba segura de si Ronnie había visto a Louie como hombre rata, o si lo había visto, pudo haber sido de una manera más discreta que la de Gregory. Tenía tres correas en sus garras y miraba al remache de una correa, mientras se deslizaba por la puerta.

—Hola, Ronnie —dijo Nathaniel, como si ella no le estuviera mirando con la boca abierta—. ¿Anita has visto mi punzón?

—¿Tú qué? —pregunté.

—Es un punzón para coser el remache de las correas. Me olvidé que dos de las correas quedaron flojas la última vez cuando las utilicé.

—Aún no sé a qué se parece un punzón de cuero —dije. Bebí a sorbos el café y miré tanto a los hombres, como a la cara de Ronnie. Ella trataba de recuperar la calma, pero el esfuerzo era visible y casi doloroso de mirar.

—Algo así como una grapadora grande, con una de esas cosas redondas en la parte superior. —Se arrodilló para abrir el cajón de las herramientas. Esto nos mostró la parte trasera de su cuerpo, y había un montón para volver a mostrar. La raya delgada negra que era todo lo que le cubría el culo no era exactamente nada, tanto como se acentuó lo que había allí.

Si no hubiera tenido la reacción de Ronnie para mirar, habría estado más distraída, pero disfrutaba de su fracaso total de ocultar lo que pensaba. Había habido un momento en que Ronnie había sido la más sofisticada de las dos, y yo había sido la única que se ruborizaba todo el tiempo. Ella no

se sonrojó, en realidad había palidecido, pero el zapato era muy firme en el otro pie. No había estado por los alrededores mucho tiempo, así que no había visto a Nathaniel en unos seis meses. Su reacción me dijo que no era sólo yo quien se había dado cuenta de los hombros y el desarrollo muscular adicional. Para alguien que no lo había visto en medio año, los cambios debían haber sido aún más impresionantes.

—¿Qué te hace pensar que un pedazo de equipo de costura estaría en la cocina? —pregunté, y mi voz sostuvo el primer indicio de diversión que intentaba ocultarle a Ronnie. Fue algo agradable no ser la que se sentía incómoda para variar.

Nathaniel se movió de cajón a cajón, hablando sin darse la vuelta, con el pelo todavía en su cola de caballo.

—Zane la tomó prestada para fijar su chaqueta de cuero y nunca volvió a colocarla en su sitio. Ya sabes cómo es Zane, que no piensa. Tiene que dejar de coger mis cosas, si no puede poner las cosas donde deben estar.

Zane era uno de mis hombres leopardo, y trató de jugar a ser dominante, pero en realidad no lo era. Y Nathaniel estaba en lo cierto, nunca parecía poner nada, donde se suponía que debía estar.

—No creo que alguna vez le enseñes a poner las cosas en su sitio —dije.

—Podrías usarlo sin estas tres correas —dijo Gregory—. La mayoría de la gente no se dará cuenta. —Tocó una de las correas sobre el trasero de Nathaniel, que hizo un pequeño movimiento rápido—. Quiero decir debe haber más de una docena de ellas.

—Yo me daría cuenta —dijo Nathaniel, y siguió abriendo los cajones—. Si fueras Zane, ¿dónde pondrías la perforadora? —Creo que no le preguntaba a nadie en particular.

Ronnie había logrado dejar de tener la boca abierta. Había cerrado la boca y estaba tratando de parecer que no era gran cosa que dos hombres leopardo andarán desnudos por mi cocina. Los miraba disimuladamente por el rabillo del ojo. No sé si era porque le daba vergüenza o porque llamé a uno de ellos mi novio. La regla número uno, no querer con lujuria al novio de tu mejor amiga.

Me levanté para ayudarles a buscar. Nathaniel había dicho que parecía una grapadora. Hasta yo podría reconocer una grapadora, así que empecé a abrir cajones, también.

Nathaniel lo encontró en el cajón que se suponía que sólo ocupaban

cucharas y utensilios de cocina de gran tamaño.

—¿Por qué aquí? —preguntó.

—Se parece a una grapadora muy grande, tal vez por eso. —Le ofrecí la mejor idea que tenía.

Nathaniel fue sacudiendo la cabeza, haciendo que su pelo bailara alrededor de sus hombros, de una forma en que nunca lo hacía, excepto cuando llevaba muy alta y apretada la cola de caballo.

—Cualquiera que sea la razón, no se le permite tocar mis cosas nunca más.

—Suen a justo —dije. Estaba buscando en todas las correas—. Te ves muy seguro en ese traje, ¿cómo se quita?

Me sonrió.

—¿Estás tratando de quitarme la ropa? —Hizo que sonara como broma, pero en el fondo era algo que no estaba haciendo como una broma en absoluto. Ojalá no lo hubiera dicho, porque quería que lo quisiera. No sabía cómo funcionaba este juego, y nunca había sido buena en coquetear.

Terminé por ruborizarme, cosa que odié.

—No —dije, y sonaba quejumbrosa incluso para mí.

Podría haber dicho media docena de cosas que lo habrían hecho peor, pero tuvo compasión de mí.

—Lo bajas de la misma manera que lo subes. —Deslizó su brazo izquierdo por delante de todas las correas, luego levantó el brazo por su pecho, al lado de su cuello, e hizo algo con el hombro que no pude ver desde donde estaba parada. Las correas sólo cayeron, y de pronto estaba desnudo de la cintura para arriba, con las correas colgando a su alrededor como los pétalos de una flor de cuero negro—. Las correas se caen completamente, pero se necesita tiempo para volver a colocarlas, por lo que tendrás que venir esta noche, si quieres ver todo el espectáculo. —Sonrió suavemente, para tomar algo de mí vergüenza. No estaba segura de por qué me daba vergüenza, a menos que se debiera a que Ronnie estaba allí, o que estaba preocupada por tener que pasar por eso pronto. Quién sabe, escoge una.

—Tu hombro —dijo Ronnie, con voz tensa—, ¿no te dolió lo que hiciste con el hombro?

Sacudió la cabeza, enviando el vuelo de todo ese pelo brillante castaño rojizo.

—No, tengo doble articulación.

Ronnie tenía problemas con su cara, al igual que la expresión quería salir y que no estaba dispuesta a tener.

—¿Cómo que tienes doble articulación?

—Ronnie —dije.

Ella se encogió de hombros y me dio una mirada como de demándame, no pude evitarlo.

—Bueno, no me lo dirás. Me acabas de decir hoy que se pasó de ser comida a tu novio.

—Ronnie —dije otra vez, un poco más urgentemente.

Hizo una mueca.

—Lo siento, lo siento, hoy no soy yo. Estoy balbuceando más, como tú sueles hacer.

—Oh, muchas gracias —dije.

—Balbuceas cuando estás nerviosa —dijo Gregory.

—Deja de ayudarme, Gregory.

Se encogió de hombros, lo cual parecía extraño en los hombros de hombre leopardo, no estaba mal, sólo extraño.

—Lo siento.

—¿Quieres que le conteste a su pregunta? —preguntó Nathaniel, con cuidado.

—Responde o no, no me importa.

Él ladeó la cabeza hacia un lado, la expresión sobre su cara claramente dijo que sabía que no era cierto. Tenía razón, habría preferido, que no contestara la pregunta. Me había dado la oportunidad de ser su amo, pero la había dejado volar. Había abdicado al trono, ese que pareció que quería que tomara, y si no eres responsable, no puedes controlar lo que pasa.

Se acercó a Ronnie, y se aseguró de balancear su delicioso culo para mí al moverse. A veces me preguntaba si Nathaniel sabía lo hermoso que era, entonces hacía algo que me avisaba que sabía exactamente como se veía. Como ahora.

El calor subió por mi rostro sólo de verlo caminar, y me decidí finalmente por la vergüenza. Le había prometido márcalo, pero lo que quería era la relación sexual, y verlo moverse por la habitación como un anuncio de un sueño húmedo me hizo sentir incómoda, como ser un adolescente de nuevo y tener —aquellos sentimientos— por primera vez, y no tener a nadie con quien hablar de ellos, porque las chicas buenas no se supone que tienen sentimientos así.

Movió la cabeza y envió todo el pelo desbordado a Ronnie, y lejos, como caminar a través de una cortina, excepto que estaba quieto. Parecía como si la hubiera abofeteado en lugar de provocarle. Se puso de pie muy derecho, muy alto, al lado de su silla y juntó las manos a la espalda.

—Para responder a tu pregunta, yo... —empezó a levantar los brazos hacia atrás—, soy... —sus brazos se dirigieron a la mitad de la espalda, y siguió avanzando hacia arriba—, muy... —hasta que con esfuerzo los dedos se entrelazaron estuvieron en sus omóplatos—, muy... —giro sus brazos todo el camino hasta que señaló el techo—, doble articulación. —Luego, lentamente, puso sus brazos hacia abajo, pero no fue a Ronnie a quien estaba mirando cuando terminó.

No me ruboricé, palidecí. Me sentí atrapada. ¿Atrapada por qué? Era la pregunta de los diez mil dólares. Incluso a mí, no estaba segura de tener una respuesta.

Ellos se marcharon para reparar el traje de Nathaniel. El silencio en la cocina después de que se marcharan fue profundo, mucho tiempo, e incómodo. Al menos para mí. No miré a Ronnie, porque intentaba pensar en algo que decir. No debería haberme preocupado, ella encontró solamente lo único correcto que decir.

—Maldita sea, Anita, quiero decir, joder.

Realmente la miré entonces.

—¿Qué se supone que significa eso? —Mi voz era un poco inestable para parecer indignada, pero valió la pena el esfuerzo. Ronnie tenía una mirada en sus ojos que no me gustó. Era demasiado exigente. Habíamos sido amigas durante años, sólo porque había ido alejándose no quería decir que todavía no pudiera leerme.

—No has tenido relaciones sexuales con él todavía. —Sonó segura y asombrada.

—¿Por qué dices eso?

—Oh, vamos, Anita, nunca se está bastante incómoda una vez que ese puente se ha cruzado. Para ti, el sexo es el permiso para tener una relación, hasta que eso pasa, nunca realmente te relajas alrededor de ellos.

Me ruboricé otra vez, los brazos cruzados sobre el estómago, apoyándome contra la isla, usando mi pelo para tratar de ocultar el rubor, y el defecto.

—¿Entonces siempre supiste cuando hacía el amor con alguien?

—La mayor parte del tiempo, sí, excepto con Jean-Claude. Él estropeó

tu radar y el mío.

Miré entonces.

—¿Cómo es eso?

—Has estado incómoda a su alrededor, incluso después de que vosotros dos hubierais teniendo relaciones sexuales. Creo que es una de las razones por las que no me gusta. Supongo que pensé que si estuviera en conflicto, entonces no habría pasado.

Me encogí de hombros.

—No recuerdo haber estado incómoda a su alrededor después.

Ella sólo me miró. Tuvo la decencia de retorcerse.

—Bueno, quizás era yo.

—Pero no es cierto que dejases de estar incómoda después de tener relaciones sexuales una sola vez. Se tarda unas pocas sesiones, un poco — la monogamia monótona— para mí un verdadero descanso.

Ella rió.

—Punto tomado. El mejor sexo es después de que has aprendido algunas cosas sobre el otro. —Me miró, muy seria otra vez—. Realmente no has tenido sexo con él, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó.

La miré.

—Anita, después del pequeño espectáculo que acaba de hacer, yo lo haría.

La miré más.

—Dices que has estado durmiendo en su cama, contigo y Micah, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Por cuánto tiempo?

—Cerca de cuatro meses —dije.

—¿Cuatro meses de montañismo entre tus sábanas, y no te lo has follado?

—Elige una palabra diferente, ¿de acuerdo? Si vamos a tener esta charla, escoge una palabra diferente.

—Lo siento, está bien, no has hecho el amor con él, ¿mejor?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué no has hecho el amor con él? Es obvio que lo quieres.

Me encogí de hombros.

—No, quiero una respuesta en este caso. ¿Ha decidido Jean-Claude marcar la línea de compartirte con muchos hombres?

—No —dije.

—¿Micah tiene algún problema con él?

—No.

—Entonces, ¿por qué no?

Suspiré.

—Porque cuando acogí a Nathaniel, era como un cachorro herido, algo que cuidar y ayudar a sanar. Era tan sumiso que quería a alguien para mandar en su vida y poner orden a su alrededor. Tengo suficiente con dirigir mi propia vida, así que le exigí un tipo de cambio, ser más independiente. Lo hizo, está haciéndolo realmente bien.

—Es mucho más seguro que la última vez que lo vi —dijo Ronnie—. Quiero decir que es casi como una persona diferente.

Negué con la cabeza.

—Es un bailarín de striptease, tiene que tener un cierto nivel de confianza en sí mismo.

Ella negó con la cabeza.

—No, tuve una compañera de habitación en la universidad que se desnudaba a través de la escuela los fines de semana. Tenía una terrible imagen de sí misma.

—¿Entonces por qué se desnudaba?

—La hacía sentir como alguien querida. Su infancia hace la tuya y la mía leerse como *Rebecca de Sunnybrook Farm*.

—¡Au! —dije.

—Sí, desnudarse la hacía sentirse bien y mal todo al mismo tiempo.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté.

—Se graduó, encontró un trabajo, se encontró con la religión, y ahora está casada y tiene dos hijos y una actitud tan santa que no se puede tener una conversación con ella sin que trate de convertirme.

—Dicen que nadie es tan santo como un pecador reformado.

—No es un pecado desnudarse, Anita. Estar desnudo no es un pecado, es la manera en que Dios nos envió al mundo, ¿cuán malo puede ser?

Me encogí de hombros.

—El sexo no es un pecado tampoco, Anita.

—Intelectualmente lo sé, Ronnie, pero una parte de mí no puede superar la voz de mi abuela. El sexo era malo, los hombres que querían

tocarme eran malos, tu cuerpo estaba sucio. Todo era malo, y las monjas nos ayudan a cambiar esa actitud.

—Supongo que una vez que uno es católico siempre es católico —dijo. Suspiré.

—Supongo. —Sinceramente, pensé que una gran parte del daño había sido hecho por mi abuela, y mi madrastra, Judith, quien hizo de cada toque algún tipo de favor. El contacto físico no era algo muy importante en mi familia después de que muriera mi madre.

—Te sientes culpable por Nathaniel, ¿por qué?

—Tengo que cuidar de él, Ronnie, no follármelo.

—Anita, puedes preocuparte por alguien y todavía tener sexo con él, los matrimonios lo hacen cada día.

Suspiré de nuevo.

—No sé por qué me extraña, pero lo hace.

—Le deseas.

Me cubrí la cara con las manos y casi grité:

—Sí, sí, le quiero. —Y así diciéndolo en voz alta, algo se hizo encogió dentro—. Comenzó la vida conmigo sin importarme por ponerlo en la lista y no de futuro novio.

—¿Tú y tus novios os preocupáis los unos de los otros?

Pensé en eso.

—Supongo que sí. Quiero decir, no había pensado en ello.

—¿Por qué estás tan preocupada intentando encontrar razones para hablarle de ti misma a Nathaniel?

La miré con el ceño fruncido.

—Jason me dijo que es porque Nathaniel no era lo bastante agresivo. Si un hombre solamente tiene un poco de mando, parece que la opción no es toda mía, y la culpa no es toda mía tampoco. Nathaniel me fuerza a hacer el movimiento, para ser responsable, para ser...

—La única culpable —ofreció.

—Tal vez.

—Anita, estoy aterrada de pasar el resto de mi vida con un hombre. Quiero decir, ¿qué pasaría si un cuerpo como el de Nathaniel viene caminando hacia mí el día después de decir que sí a Louie? ¿Voy a bajarle el volumen?

—Sí —dije—, eso es lo que significa estar enamorado, ¿no?

—Lo dice la chica que se acuesta con más hombres de los que he salido

en los últimos tres años.

—Fui criada con que el matrimonio haría que cualquiera fuera sucia. De pronto, todos esos sentimientos eran legales, santos. Una parte de mí tiene problemas con dejarlos.

—¿Permitir qué? —preguntó.

—Que nunca vaya a casarme. Que nunca vaya a hacer algo por cómo me siento con Jean-Claude, o Micah, o Nathaniel, o Asher, o, demonios, Damian, vale. No importa lo que ocurra, voy a vivir en pecado.

—¿Significa que te gustaría estar enamorada solamente de un hombre y hacer la cosa del matrimonio?

—Solía pensar que sí. Ahora... —Me senté en la mesa—. Ah, Ronnie, no sé. No puedo verme solamente con una persona ya. Mi vida no trabajaría con solamente uno de ellos.

—Y eso te molesta —dijo ella.

—Sí, lo hace.

—¿Por qué?

—Debido a que esta no es la forma en que se supone que es.

—Anita, se supone que es para los niños. Los adultos saben que eso es lo que hacemos de ella.

—Mi vida es trabajo, Ronnie. Nathaniel es como mi esposa, y Micah es el otro esposo. Él trabaja para la coalición y me ayuda a cuidar de los leopardos y todos los otros cambiaformas. Es la asociación de la manera en que siempre pensé que el matrimonio podría ser, pero nunca parece ser.

—¿Y dónde cabe Jean-Claude en esta pequeña escena doméstica?

—En cualquier parte donde quiera, adivino. Controla su negocio y vigila su territorio, y pasamos de moda.

—¿Tú, él, y Asher saliendo?

—A veces.

Sacudió su cabeza.

—¿Y Damian?

—No lo sé aún.

Se miró las manos sobre la mesa.

—Creo que ambas hemos estado teniendo algunas opciones personales e interesantes para hacer. —Me miró y frunció el ceño, un ceño poco fruncido—. ¿Por qué es que las opciones parecen divertirme mucho más que las mías?

Sonreí.

—Tienes problemas con el compromiso, el matrimonio y estar atada a un solo hombre. Yo tengo problemas con cualquier cosa que la monogamia significa que eres una puta. Las dos estamos intentando tratar con nuestros temas.

—Suenas como si hubieras estado en terapia.

—Me alegro de oírlo —dije.

—¿Entonces dices que hemos caído en las vidas del amor, que tenemos el modo de poder afrontar a nuestros demonios y matarlos?

—O nos hemos dado cuenta de que lo que pensábamos que eran monstruos no son muy diferentes a nosotros.

—Realmente pensabas que los vampiros eran cadáveres ambulantes una vez, ¿no?

—Con los dedos de mis pies.

—Eso debe hacerlo realmente duro estar enamorada de uno de ellos.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Me tomó las manos entre las suyas.

—Siento haber sido tan perra con Jean-Claude. Voy a tratar de hacerlo mejor.

Me sonrió y le apreté las manos.

—Disculpas aceptadas.

—Tengo treinta años, y nunca he sido tan feliz con nadie. Voy a hablar con Louie sobre darme un poco de espacio y tal vez encontrar un consejero matrimonial.

—¿Puedo decir que estoy feliz de saber que no me estas acusando para casarte con él?

Ella sonrió y tuvo la gracia de parecer avergonzada.

—Sí, y es una lástima, también.

—Está bien, Ronnie, todos tenemos nuestras manías.

—Confío que encuentres una bruja como consejero, pero si puedes hacer terapia, supongo que no es demasiado tarde para el resto de nosotros.

—He estado hablando con Marianne durante meses antes de que me diera cuenta de lo que era.

—Estás diciendo que fuiste a terapia por accidente.

Me encogí de hombros, apretó sus manos, y se levantó. Por favor, Dios, haz un poco de café caliente.

—Así que fuiste a terapia por accidente. Te convertiste en la amante del

Amo de la ciudad, pataleando y gritando que no lo harías. Ahora que has caído uno, o se trata de dos ménage à trois, cuando tu meta en la vida era el matrimonio monógamo.

La cafetera francesa estaba fría, pero el café no. Sí.

—Eso lo resume —dije.

—Y mi meta era nunca atarme a una sola persona y ni casarme. Ahora aquí estamos, cada una consiguió lo que la otra pensaba que quería.

No lo podría haber dicho mejor ni yo misma, ni intentándolo. Nunca había tenido la impresión de que Dios tenía un sentido de la ironía tan sádico, pero alguien tenía dudas. ¿Había un ángel encargado de las relaciones? Si es así, que el mensajero alado de la deidad particular, tenía mucho que responder. Tenía ese pequeño pulso en mi cabeza que a veces conseguía cuando rezaba. Fue una sensación más que las palabras. Se feliz, simplemente se feliz. Es fácil decirlo, demasiado difícil de hacer.



A las 3:00 de la tarde, estaba en el trabajo, justo a tiempo. Ni sexo, ni vampiros, ni cambiaformas, ni crisis metafísicas disuadirán a esta reanimadora de sus rondas de designación. Al menos no hoy.

Estaba sentada en la oficina de Bert Vaughn. Había sido el jefe en *Animator's Inc.*, una vez, pero recientemente había tenido una especie de golpe de suerte. Todavía era gerente de negocios de la oficina, pero era más como nuestro agente que nuestro jefe. No había perdido ningún dinero, así que estaba feliz; la mayoría de los reanimadores aquí eran como socios de un bufete de abogados. Una vez que te haces socio, casi tienes que matar a alguien para perder tu trabajo, así, matar a alguien y quedar atrapado. Así que Bert no era más el jefe. Lo que significaba que no tendría un trato directo con el personal contratado. No le había gustado esa parte, pero estaba de acuerdo con nuestros términos, o nos marchábamos, y ya que no puede resucitar a los muertos, esto podría dejarlo fuera del negocio. Sobre

todo si abrimos otra empresa en competencia directa con él. Así que teníamos una nueva estructura de poder, y no habíamos trabajado del todo para soltarnos un poco de ella todavía.

La oficina de Bert era ahora un amarillo cálido, con matices de color naranja. Era más acogedora que el cubículo de color azul claro que había sido una vez, pero no por mucho. Toda la oficina había sido renovada, junto con la compra de las oficinas de al lado, así que la mayoría de los reanimadores en *Animator's Inc.* ya no teníamos que compartir el espacio de oficinas. Dado que la mayoría de nuestro tiempo se dedica al campo, o al cementerio por llamarlo así, pensé que las nuevas oficinas eran un desperdicio de dinero, pero había estado entre la minoría que lo pensaba. Charles, Jamison, y Manny quería oficinas más grandes, Larry y yo habíamos compartido bien, pero Bert votó con los otros tres, por lo que quitaron una pared y *voilà*, pronto éramos dos veces más grandes. La razón de que la mayoría de las oficinas había ido a los tonos más cálidos, los tonos de la tierra, los tonos reconfortantes de amarillos, marrones, bronce, color crudo, fue que Bert estaba saliendo con una diseñadora de interiores. Su nombre era Lana, y, aunque pensaba que era demasiado buena para él, ella me irritaba. Constantemente hablaba de la ciencia del color y la forma de como una empresa como la nuestra, tenía que hacer que las personas se sintieran amadas y cuidadas.

Le había dicho que no era mi trabajo amar a mis clientes. Que no estaba en ese negocio. Se lo tomó a mal y me gustó mucho desde entonces. Eso estaba bien, siempre y cuando se quedaba el infierno fuera de mi oficina.

María, nuestra secretaria durante el día, me había pedido que esperara en la oficina del Sr. Vaughn tan pronto como toqué a la puerta. No era una buena señal. Que yo sepa, no había hecho nada malo en el trabajo, así que no tenía ni idea de lo que trataba la reunión. A veces me molestaba, pero ahora no, estaba acostumbrada a no saber las cosas.

Bert entró y cerró la puerta detrás de él. Eso no era una buena señal. Bert es tan alto como un jugador de fútbol en la universidad, medía 1.84. Había comenzado a ganar peso extra en los últimos cuarenta años, cerca de los cincuenta, pero Lana le había puesto a dieta y un programa de ejercicio. Se veía mejor de lo que había estado desde que lo conocí. Incluso le había convencido de que el bronceado de cada verano no era saludable para nadie. Así que estaba pálido, pero sano. También significaba que el pelo ya no era el blanco-rubio como lo utilizaba en el verano. Su pelo era en

realidad amarillo pálido, con un poco de blanco en los surcos, pero el blanco estaba tan cerca de la forma que utilizaba su bronceado, me había llevado días para averiguar que era su forma de gris.

Estaba sentada en una de las dos sillas de clientes tono marrón, muy bien tapizadas que habían sido otra de las ideas de Lana. Se sentían más cómodas que las de antes. Mis piernas cortésmente cruzadas, las manos en el regazo. Era el epítome de la dama.

—Esa falda es demasiado corta para horas de oficina, Anita —dijo mientras rodeaba su mesa de trabajo y se acomodaba en la silla más grande, más marrón y más curtida incluso en la que estaba yo.

Me hundí en la silla y puse las botas sobre el escritorio, con mis tobillos cruzados. Dicho movimiento hizo que mi falda se levantara lo suficientemente arriba como para mostrar hasta la última pulgada de mis largos muslos. Era un poco baja de estatura para que el movimiento fuera cómodo, pero dudaba que Bert pudiera decir que se sentía incómodo. Lo miré sobre mis botas negras hasta la rodilla.

—La falda también es negra. Todos estamos de acuerdo en que no se viste de negro para trabajar. Es demasiado deprimente.

—No creo que sea muy deprimente. Además la falda tiene flores bordadas en el lado de la hendidura. Azul, verde y turquesa, que coinciden exactamente con la sombra de color turquesa de la chaqueta, y el azul de la parte superior. Es como un traje —dije. También llevaba una cadena de oro con un medallón antiguo sobre el final de la misma. Había dos imágenes pequeñas, uno en cada lado de ella. Eran pequeños óleos de Jean-Claude y Asher. El medallón había pertenecido a Julianna, y tenía más de trescientos años de antigüedad. Era un trabajo hecho a mano de pesado y sólido oro, y parecía antiguo. Pequeños zafiros trazaban sus bordes, con uno más grande en el centro. Me pareció que estaba muy bien con el equipo. Al parecer que no.

La chaqueta corta de color turquesa también tapaba la sobaquera negra y la Browning bajo mi brazo izquierdo. Me habría puesto las vainas en las muñecas, pero sin la chaqueta las cuchillas se mostraban bajo el material tan delgado de la parte superior. Sacaría la pistola si las cosas en la oficina se pusieran calientes, pero para esto tendría que quitar las vainas de las muñecas y quitarme la camisa. No valía la pena. Por eso están en el coche, por si acaso me siento insegura.

Bert no tenía armas en su rico traje, marrón chocolate, que había sido

adaptado para ajustarse a su cuerpo. Como había perdido peso, el corte atlético a sus trajes había hecho hincapié en sus anchos hombros, que ahora se notaban ya que su cintura había disminuido. Su camisa era de color amarillo pálido, y la corbata era marrón pálido, con pequeñas figuras de oro y azul sobre ella. Todos los colores le sentaban bien, incluso trajo un poco de calor a sus ojos grises.

Me hundí aún más en la silla, usando la punta acolchada para asegurar mi espalda y cabeza. La falda se escabulló lo suficiente para que la seda negra de mi ropa interior se asomara, aunque probablemente no se veía desde donde estaba sentado Bert.

—Si te digo que la falda es demasiado corta, usaras algo aún más corto mañana, ¿no?

—Sí.

—Y si me quejo del negro...

—Tengo vestidos negros —dije—, e incluso más cortos.

—¿Por qué me molesto?

—Para discutir conmigo —dije.

Él cabeceó.

—No tengo ni idea.

—Por lo menos llevas maquillaje, te lo agradezco.

—Tengo una cita después del trabajo —dije.

—Eso me lleva a otro problema —dijo. Se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre su escritorio. Estaba tratando de ser paternal, pero nunca lo fue. Sería muy pretencioso.

Me enderecé en la silla, porque no estaba cómoda. Me arreglé la falda, y me senté. Había suficiente para allanar el camino hacia la parte posterior de los muslos. Mi regla para faldas era que es demasiado corta si no hay tela para cubrir el culo. Esta falda pasaba la prueba, así que me alegré de que Bert se hubiera rendido. Realmente no estaba cómoda con las faldas mucho más cortas que ésta. Las usaba sólo para fastidiar a Bert, lo cual dejaba de ser divertido, si para él no era molesto.

—¿Y cuál es el problema, Bert?

—María me dijo que el joven en la sala de espera es tu novio.

Asentí.

—Lo es. —Extrañamente, el *ardeur* no había aumentado hoy después de todo, ni un temblor, ni un latido. Pero aun así nos habíamos preocupado un poco sobre lo que podría suceder si de pronto cobrara vida en el trabajo.

No había nadie en el trabajo con quien quisiera tener relaciones sexuales, por lo que significaba que necesitaba a alguien cerca, por si acaso. Nathaniel, estaba sentado fuera en la cálida anaranjada sala de espera, con aspecto muy decorativo en una de las sillas de cuero marrón. Vestía ropa de calle, pantalón negro, camisa violeta que era casi el conjunto que había llevado a la boda, y botines negros hasta el tobillo. Se había trenzado el pelo por lo que parecía tan profesional como el cabello largo puede ser, y estaba leyendo de nuevo algunos temas de la revista musical a la que tenía una suscripción y se había quedado atrás en la lectura. Había traído un petate completo de revistas de casa y estaba dispuesto a esperar hasta que le llevara al trabajo, o hasta que le necesitara, lo que ocurriera primero.

—¿Por qué está tu novio en la sala de espera, cuando se supone que estás trabajando?

—Le tengo que llevar al trabajo más tarde —dije, y mi voz era lo más neutral que había logrado ser.

—¿No tiene un coche?

—Sólo tenemos dos coches en casa, y Micah puede necesitar el otro si le llaman del trabajo.

Bert parpadeó lento, el calor y lo poco que había conseguido en sus ojos grises se desvaneció.

—Pensé que el de la otra habitación era tu novio.

—Lo es.

—¿Eso no significa que has roto con Micah?

—Tu hipótesis es tu problema, Bert.

Dio otro parpadeo largo y se recostó en la silla, pareciendo desconcertado. Siempre había desconcertado a Bert, pero no sólo en el departamento de lo personal.

—¿Micah sabe que estás saliendo con...?

—Nathaniel —dije.

—Nathaniel —dijo Bert.

—Lo sabe —dije.

Se lamió los labios delgados y trató un tacto diferente.

—¿Te parecería profesional si Charles o Manny trajeran a sus esposas a sentarse en la sala de espera?

Me encogí de hombros.

—No es asunto mío.

Suspiró y empezó a frotarse las sienes.

—Anita, tu novio no puede sentarse ahí todo el tiempo que estés en la oficina.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque si dejo que empieces a traer gente, todo el mundo va a querer hacerlo, y sería un desastre. Sería perturbar el negocio.

Suspiré.

—No creo que nadie más vaya a traer a sus *queridos* a trabajar —dije—. La esposa de Carlos es enfermera a tiempo completo, está un poco ocupada, y Rosita odia el trabajo de Manny. Ella no aparecerá ni en la puerta. Jamison podría traer a una chica por aquí, si pensara que fuera a impresionarla.

Suspiró de nuevo.

—Anita, estás haciendo deliberadamente difícil esto.

—Yo, deliberadamente difícil, ¿por qué, Bert? Tú me conoces mejor que eso.

Le dio una explosión de risa y sorprendido se sentó en la silla y dejó de intentar tratarme como a un cliente. Se vio al instante más cómodo, y menos confiable.

—¿Por qué traes a tu nuevo novio a trabajar?

—No es asunto tuyo.

—Lo es, si está sentado en la sala de espera que todos compartimos. Es decir, si vamos a dejar que se siente con los clientes.

—No va a sentarse con los clientes —dije.

—Entonces va a estar en la sala de espera ¿por cuánto tiempo?

—Unas horas —dije.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo.

—Ya te lo dije, no es asunto tuyo.

—Lo es, si lo traes al trabajo, Anita. Tal vez ya no sea el jefe, pero también somos una democracia. ¿De verdad crees que Jamison no iniciará un alboroto?

Tenía un punto. No podía pensar en una mentira que pudiera explicarlo, así que lo intenté con una verdad parcial.

—Sabes que soy el siervo humano de Jean-Claude, el Amo de la Ciudad, ¿verdad?

Asintió, con los ojos inciertos, como si este no fuese el comienzo de la conversación que había esperado.

—Bueno, ha habido un efecto secundario interesante. Confía en mí

cuando digo que quiero a Nathaniel aquí si las cosas van mal.

—¿Qué tan mal van a ir? —preguntó.

—Si me lo llevo a mi oficina, sólo cierra la puerta y asegúrate de que no nos molesten. Si no hay daño, no hay castigo.

—¿Por qué necesitas privacidad con él? ¿Qué efectos secundarios? ¿Es peligroso?

—No es asunto tuyo. No lo entenderías, aunque te lo dijera, y es sólo peligroso si no tengo a alguien conmigo cuando suceda.

—¿Cuándo pasara?

—Mira la primera respuesta —le dije.

—Si va a molestar en la oficina, como gerente necesito saberlo.

Había un punto, pero no estaba segura de cómo decírselo, sin decirle nada.

—No va a alterar nada, si María mantiene a todos lejos de la puerta hasta que haya terminado.

—¿Terminar? —dijo—. ¿Terminar qué?

Le miré. Traté de hacer una mirada elocuente.

—No te refieres... —dijo.

—¿A qué? —pregunté.

Cerró los ojos, los abrió y dijo:

—Si no quiero que tu novio esté sentado en la sala de espera, estoy seguro como el infierno que no te quiero follando con él en tu oficina. — Parecía indignado, era raro en Bert.

—Espero que no se llegue a eso —dije.

—¿Por qué es un efecto secundario por ser el sirviente humano del Amo de St. Louis?

Era una buena pregunta, pero no estaba tan dispuesta a compartir mucho con Bert.

—Sólo suerte, supongo.

—Diría que lo estás haciendo, pero si vas a reírte de mí, no sería por esto. —Este comentario demostró que Bert me conocía mejor de lo que pensaba.

—No —dije—, no lo haría.

—Así que te has vuelto qué, ¿una ninfómana?

Busqué una respuesta más real que decirle.

—Sí, Bert, eso es todo, me he convertido en una ninfómana. Necesito el sexo tan a menudo que tengo que tener un amante conmigo dondequiera

que vaya.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Calma, jefe, espero que hoy sea la excepción, no la regla.

—¿Qué hace diferente el día de hoy? —preguntó.

—Ya sabes, María me dijo que entrara a tu oficina tan pronto como golpeé la puerta. Antes de que posiblemente pudieras haber sabido que había traído a mi novio conmigo, o usar una falda negra que es más corta de lo que deseas. Así que no me llamaste aquí para hablar de mi armario o mi vida amorosa. ¿Para que querías esta pequeña reunión?

—¿Alguien alguna vez te ha dicho que puedes ser muy abrupta?

—Sí, ¿y ahora qué pasa?

Se sentó muy derecho, todo un profesional como atendiendo a clientes de nuevo.

—Necesito que me escuches antes de que te molestes.

—Guau, Bert, casi no puedo esperar para el resto de esta pequeña charla.

Frunció el ceño.

—Rechacé el trabajo, porque sabía que no lo aceptarías.

—Si lo rechazaste, ¿por qué estamos discutiendo?

—Se duplicó el precio de la consulta.

—Bert —dije.

—No —puso su mano sobre la mía—, lo rechacé.

Le miré y supe que mi cara decía claramente, *no te creo*.

—Nunca he sabido que rechazaras mucho, Bert.

—Me diste una lista de casos que no aceptarías. Desde que me diste la lista, ¿te he enviado algo que no estuviera en ella?

Lo pensé durante un segundo, luego, negué con la cabeza.

—No, pero estás a punto.

—No me creerán.

—¿No creerán qué? —dije.

—Ellos insisten en que si sólo los vieras, tendrías que hacer lo que quieren. Les dije que no, pero ofrecieron quince mil dólares por una hora de tu tiempo. Incluso si te niegas, el dinero pertenece a *Animators, Inc.*

Cuando dije que trabajaba como en un bufete de abogados, lo decía en serio. Eso significa que ese dinero fue para el fondo para todo el mundo. Cuanto más haces, más hace todo el mundo, aunque algunos de nosotros tiene un mayor o menor porcentaje de nuestros honorarios. Nos gustaría

que se basaran en la antigüedad. Así que rechazar el dinero no sólo me dañaba o insultaba a Bert más, sino que afectaba a la línea del fondo para todo el mundo. La mayoría de ese *todo el mundo* tenía familias, hijos. En realidad habían venido a mí en masa a preguntarme si podría ser más flexible en mis honorarios por consulta, es decir, tener más. Manny tenía una hija a punto de entrar a una universidad muy cara, y Jamison les pagaba la pensión alimenticia a tres ex-esposas. Historias trágicas, pero la mayoría de ellas, a excepción de Larry, tenía más cabeza que yo. Así que había empezado a ser más agradable, al menos, sobre hablar con la gente cuando ofrecían sumas indignantes de dinero. Algunas veces.

—¿Cuál es el trabajo? —pregunté. No parecía feliz, pero le pregunté.

Bert fue todo sonrisas. A veces sospechaba que él había estado detrás de esa reunión en masa, pero Manny y Carlos juraban por arriba y abajo que no habían sido. Con Jamison no le habría creído en ambos sentidos, así que no se lo pregunté.

—Brown hijo murió hace unos tres años. Quieren que lo levantes y le hagas algunas preguntas.

Mis ojos ahora eran unas líneas poco amistosas.

—Dime todo, Bert, hasta ahora no lo he rechazado.

Se aclaró la garganta y se agitó. Bert no se movía mucho.

—Bueno, el hijo fue asesinado.

Lancé mis manos al aire.

—¡Maldita sea, Bert, no puedo levantar a una víctima de asesinato! Ninguno de nosotros puede. Te di una lista con la que supuestamente te negarías por todos nosotros, por razones legales, y esta es una de ellas.

—Solías hacerlo.

—Sí, antes de que me enterara de lo que sucede cuando levantas a una víctima de asesinato como un zombi, y eso fue antes de la nueva legislación entrara en vigor. Una persona asesinada que se levanta de la tumba y va detrás de su asesino, sin importar *los sí, y los peros*. Rasgarán a través de cualquiera y cualquier cosa que trate de detenerlos. Tuve que pasar por eso dos veces, Bert. Los zombis no responden a las preguntas sobre quién les mató, solo van arrasando y tratando de encontrar quién lo hizo.

—¿Podría la policía solo seguirlo, o algo así como lo hacen los sabuesos?

—Estos sabuesos arrancaran los brazos de la gente y se estrellaran a

través de las casas. Los zombis trazan una línea muy directa con sus asesinos. Y la ley dice ahora, que el reanimador que levante al zombi será responsable de todos los daños, incluyendo la muerte. Si uno de nosotros levanta a ese chico y mata a alguien, incluso a su propio asesino, seríamos acusados de asesinato. Asesinato con malversación mágica. Esa es una sentencia de muerte automática. Así que no, no puedo hacerlo, y no puede nadie.

Se le veía triste, probablemente por el dinero.

—Les dije que se lo explicarías a ellos.

—Se lo podrías haber explicado tú mismo, Bert. Te lo he dicho antes.

—Me preguntaron si era un reanimador, cuando dije que no, no me creyeron. Dijeron que si podían conocer a la Sra. Blake, estaban seguros de que podrían cambiar tu forma de pensar.

—Jesús, Bert, esto es realmente injusto. No podemos hacerlo, y ver a su hijo levantarse de la tumba como un zombi asesino no va a ayudar a sanar.

Levantó las cejas a eso.

—Bueno, no puedo decir que lo dijese tan bien como lo acabas de hacer tú, pero te juro que les dije que no.

—Pero me voy a reunir con ellos de todos modos, debido a que ofrecen quince mil por una hora de mi tiempo.

—Podría haber llegado a veinte mil dólares. Están desesperados. Lo podía oler en ellos. Si los rechazamos, van a tratar de encontrar a alguien menos respetable, menos legal.

Cerré los ojos y dejé salir el aire en un suspiro largo y lento. Odiaba que tuviera razón, pero la tenía. Cuando la gente llega a un cierto nivel de desesperación, hacen cosas estúpidas. Cosas horribles, estúpidas, tontas. Éramos la única empresa de reanimación en el Medio Oeste. Había uno en Nueva Orleans y uno en California, pero no harían este trabajo por la misma razón. Las nuevas leyes. Yo podría decir que era para salvar el dolor de los clientes, pero con toda honestidad, la idea de que podría levantar a una víctima de asesinato de la tumba y sólo pedirles que dijera quien le mató era tan tentadora que varios de nosotros ha tratado de hacerlo. Habíamos pensado que no funcionaría por el trauma del asesinato, o que los reanimadores que lo hacían no eran lo bastante potentes, pero eso no era todo. Si fueron asesinados, los levantas con un solo pensamiento en su muerte cerebral: la venganza. Hasta que consigue esa venganza, no escucharía las órdenes de nadie, ni siquiera al reanimador o al sacerdote o

sacerdotisa vudú que le levantó de la tumba.

Pero sólo porque ninguna de las personas de buena reputación lo haría, no significa que una persona de mala reputación, no lo haga. Había gente de aquí por allá en todo el país que tenía el talento sin la moral. Ninguno de ellos trabajaba para las compañías profesionales, bien porque había sido despedido como un pasivo, o porque nunca habían sido contratados. Unos porque no quería ser contratados, pero la mayoría, porque lo hacían en secreto, y rara vez era algo que quisieran dar a conocer a las autoridades. Se mantenía en un perfil bajo, y no se anunciaban mucho, pero si comienzas a agitar veinte mil dólares, parece como si hubieran salido de la madera. Los Browns encontrarían a alguien dispuesto a hacer lo que necesitaban, si estaban dispuestos a pagar por ello. Alguien que les daría un nombre falso, levantar al niño, y huir con su dinero, y dejar a los padres afligidos a limpiar el desorden y explicar las cosas a la policía. Hubo un caso de prueba en Nueva Inglaterra a nivel de la corte suprema del estado que se solicitaba la pena de muerte para la persona que pagó a un practicante de magia para matar a alguien. No sabía cómo iba a ir, y probablemente llegaría a la Corte Suprema antes de dicho y hecho. Nunca me lo perdonaría si los Browns encontrasen a alguien de menor reputación y terminaran en el corredor de la muerte para él. Quiero decir, que sería muy injusto, sobre todo si podía evitarlo aquí y ahora.

Miré a Bert como se merecía. Era un hijo de puta codicioso, y supe que había rechazado el dinero por algo más que razones humanitarias. Apenas se sentó y me sonrió, porque sabía lo que significaba esa mirada particular. Quería decir que lo haría, incluso si lo odiaba.



La Sra. Bárbara Brown era rubia y el Sr. Steve Brown moreno con canas, entrado en años. Él era más alto que ella, por unos doce centímetros, pero aparte de eso eran compatibles. Aún podía ver frente a mí a la animadora que había sido en la escuela secundaria. El futbolista guapo que todavía se notaba en sus hombros y los bordes de la cara, pero el exceso de peso, los años adicionales, y el dolor, le habían hecho más de lo que había sido. Sus ojos estaban brillantes, pero era un brillo natural, casi escandaloso. Hablaba demasiado rápido, y luego muy despacio, como si tuviera que pensar cada palabra antes de decirla. Hablaba como si hablar de su hijo fuera algo que tenía que hacer, o sino estallaría, o se descompondría.

—Era un estudiante ejemplar, Sra. Blake, y aquí está lo último que pintó. Es una acuarela de su hermana menor. Tenía tanto talento. — Levantó la hoja que había traído en una de esas carpetas de arte que se parecen a una cartera fina.

Observé obedientemente la pintura. Era una imagen muy suave, de delicados azules y amarillos acuosos, los rizos de la niña eran casi blancos. La niña se reía, y el artista había logrado capturar ese brillo en los ojos que generalmente requiere el uso de una cámara. Era bueno. Para llevar un año en la preparatoria, era espectacular.

—Es un cuadro maravilloso, señora Brown.

—Steve no quería que lo trajera. Dijo que usted no tenía necesidad de verlo, pero pensé que si veía qué tipo de persona era, estaría dispuesta a hacer lo que queremos.

—No creo que ver las pinturas de Steve influya en la Sra. Blake, eso es todo, Bárbara. —Le acarició la mano al terminar, y ella no reaccionó en absoluto. Era casi como si no la hubiese tocado. Empecé a entender que ella era la fuerza impulsora detrás de esta trágica farsa. Porque era una farsa. Ella no estaba hablando como si quisiese que su hijo fuera traído como un zombi, para que pudiera decir quien le había asesinado. Ella hablaba como si estuviera tratando de convencerme para hacer un Lázaro con él, para traerlo realmente de vuelta. Bert lo había oído en su voz y lo ignoró, ¿o me lo escondió?

—Era una estrella del atletismo, y del equipo de fútbol. —Abrió el anuario en los lugares adecuados, y miré a un Stevie Brown corriendo en shorts, con una batuta en la mano, la cabeza echada hacia atrás y una mirada de total concentración en su rostro. Tenía el pelo oscuro. Stevie Brown estaba arrodillado en el suelo con el equipo de fútbol al completo, el casco en el suelo sujeto por su mano. Sonreía a la cámara, su flequillo derramado sobre los ojos. Tenía el pelo de su padre, y una versión más delgada, más joven y más brillante de la cara de su madre, a excepción de los labios y los ojos, que de nuevo, eran los de su padre.

Vi una foto suya en la parte del anuario, se inclinaba sobre una tabla de diseño, la cara muy seria. Parecía alguien que corría en pista, delgado, musculoso, pero no muy grande. Yo no le habría elegido para el fútbol, no era lo bastante fornido. Pero ¿quién sabía si podría haber crecido durante el verano entre los años junior y senior? Ya nunca tendría la oportunidad.

En la Fiesta de Graduación, él y su novia habían sido coronados rey y reina de la promoción. Había una foto de ellos delante de un fondo falso de estrellas plateadas y lentejuelas. Estaba radiante ante la cámara. Se había cortado y peinado el pelo, estaba limpio y grueso y favorecía su cara más que en la forma en que lo tenía cuando se encontraba en la pista. Tenía los

hombros un poco más amplios que en el anuario o en las fotos de la pista. Parecía más alto en su traje blanco. La chica era rubia y parecía una versión más delgada y más alta de su madre. La niña parecía segura y agradable, con una sonrisa que era más misteriosa que la de Stevie. En cuanto a sus fotos, era obvio que no sabía que en menos de seis horas estaría muerto.

—Cathy y Stevie habían estado saliendo desde hace casi dos años. Novios de escuela secundaria, al igual que Steve y yo. —Se inclinó hacia delante cuando lo dijo, los labios entreabiertos, humedeciéndoselos con la lengua, como si ella tuviese problemas para evitar que la boca se le reseca.

Su marido seguía acariciándole la mano, y me miró con sus ojos oscuros, tan parecidos a los de su hijo muerto. Él me lo dijo con esos ojos, su cara estaba tan cansada que lo podía sentir. Tenía que ver esto, escuchar esto, estar aquí ahora.

Ya no estaba a la vista el sutil mensaje, lo mejor que pude hacer fue asentir con simpatía y darle más contacto visual de lo que le habría dado. Él hizo un pequeño gesto cuando Bárbara no pudo verlo. Allí, tuvimos nuestro momento, un tipo de momento. Te veo, yo también te veo. Entiendo lo que quieres decir, yo también entiendo lo que quieres decir. Como era una buena chica, dije algo en voz alta solo para estar segura.

—Suenas como si fuera una persona maravillosa —dije.

Se inclinó hacia delante un poco más, tenía un pequeño álbum de fotos en las manos, uno de esos más bien gruesos que las abuelas llevan en sus carteras. Buscó, abrió, y me encontré mirando las fotos de un bebé de pelo oscuro y luego de un niño pequeño en la escuela.

Puse la mano sobre la suya, le impedí pasar las siguientes páginas.

—Señora Brown, Bárbara...

Ella no me miraba. Sus ojos estaban aún más que brillantes.

—Señora Brown, no es necesario que me pruebe que su hijo era un buen chico. Le creo.

El Sr. Brown se levantó y trató de ayudarla a meter el álbum de fotos en el bolso. Ella no quería hacerlo, y él no quería discutir con ella. Se quedó allí, con una especie de impotencia, con sus grandes manos colgando a los lados.

Ella se inclinó sobre el escritorio y volvió una página.

—Aquí está ganando la competición de ciencias de quinto grado.

No sabía cómo detener esto sin ser cruel. Me recosté en la silla y dejé

de mirar las fotos. Establecí contacto visual con Steve, y sus ojos se habían vuelto más brillantes también. Si ambos se ponían a llorar me iba a ir. Si pudiera les habría ayudado, hubiera hecho algo, pero no podía. Y la verdad, no pensé que Bárbara Brown hubiera venido a mí para crear un zombi.

Miré hacia abajo y vi una foto de Stevie de octavo grado, su primer año en el equipo de fútbol. Eso me sorprendió, había pensado que su padre le había puesto en la liga preescolar. Pero esto me hizo pensar mejor en Steve, había esperado hasta que su hijo quiso jugar.

Cubrí con mis manos el libro y las manos de ella, apreté lo suficiente como para que tuviera que mirarme finalmente. Sus ojos eran salvajes, como si las lágrimas fueran la última de sus preocupaciones. Había algo casi violento en su aspecto. Cambié lo que iba a decir, porque ella no estaba dispuesta a oírme decir; «Déjelo, no puedo ayudarla».

—Me dijo lo que ocurrió en la noche del baile, pero no me dio ningún detalle. —Realmente no quería detalles, pero tenía que hacer algo para detener el flujo de imágenes y recuerdos desesperados. El asesinato era algo que podía manejar. El viaje por la senda de los recuerdos era lo que me ponía de los nervios.

Sus ojos se movieron a la derecha, luego a la izquierda, y se echó hacia atrás, dejando el libro en mis manos. Me dejó con su decimotercera fiesta de cumpleaños. Las caras sonrientes de él y sus amigos agrupados en torno a una tarta.

Su respiración se volvió un largo y lento traqueteo. No se escuchaba ni un sonido con mucha vida. Ella tragó saliva y buscó la mano de su esposo. Él estaba todavía se pie. Su rostro se relajó un poco cuando llegó junto a él.

—Encontraron el coche de Stevie fuera de la carretera, como si hubiera estado corriendo por la cuneta. La policía cree que recogieron a alguien que hacía auto stop —dijo.

—Stevie no se metería en un coche con extraños —dijo Bárbara con firmeza—. Y Cathy tampoco lo haría. —Sus ojos eran un poco menos salvajes—. Eran buenos chicos.

—Estoy segura de que lo eran, señora Brown. —La gente parecía querer hacer de los muertos unos santos, como si su bondad les tuviera que proteger. La pureza nunca fue un escudo contra la violencia, de hecho, a veces la ignorancia termina matándote más rápido.

—No estoy diciendo que los niños no fueran buenos —dijo Steve.

Ella le ignoró, y retiró su mano. Ambas manos estaban cruzadas sobre

su bolso, sobre su regazo, como si tuviera que aferrarse a algo, y su mano no fuera suficiente.

—Ellos no se subieron a un coche con extraños. Stevie era muy protector con Cathy. Él no lo habría hecho. —Estaba tan segura que no había nada más que decir sobre aquella especulación en particular.

—¿Entonces conocían a la gente que les dieron el paseo? —pregunté.

Eso pareció llamar su atención. Frunció el ceño, y sus ojos fueron de un lado a otro, como intentando atrapar algo.

—Nadie que nosotros conociéramos haría daño a Stevie, o a Cathy.

Había estado segura de lo extraño, pero no estaba segura de lo obvio. En algún lugar de su lógica me era capaz de asumir que, o bien se metieron en un coche con extraños, o se metieron en un coche con gente que conocían. No había otras opciones.

—La policía cree que podrían haber sido forzados a entrar en el coche, tal vez con un arma —dijo Steve. Moviendo la cabeza una y otra vez.

—No puedo soportar la idea de alguien apuntándoles con un arma. No puedo pensar en que alguien haría semejante cosa.

Él le acarició el hombro.

—Barb, tal vez sea mejor que esperes en la otra habitación, mientras termino de hablar con la Sra. Blake, aquí.

Todavía estaba moviendo la cabeza.

—No, no, va a ayudarnos. Va a traer a Stevie de regreso, y nos podrá decir quien le hizo esto a él y a Cathy, y todo irá mejor. Tenemos que saber quién pudo hacer algo tan horrible. —Me miró, y sus ojos se aclararon durante un momento—. Stevie y Cathy no se metieron en un coche con extraños. Habíamos hablado de ello. Sabía que si alguien le apuntaba con un arma y trataba de obligarle a entrar en un vehículo no le dejaría vivir luego. Hemos hablado de ello desde que era un niño pequeño. —Se quedó sin aliento, pero no lloró, todavía no—. Sé que habría hecho lo que le había dicho que hiciera. Habría agarrado a Cathy y hubieran huido hacia el bosque. El coche estaba aparcado justo al lado del bosque. Podrían haberse escondido allí. Tuvo que ser alguien que conocía, o que sabía. Tuvo que ser alguien que conocemos, Sra. Blake —dijo ella, cambiando de tono en un minuto—. A nuestro hermoso niño se lo llevó una de las personas que han estado en nuestra casa, comiendo nuestra comida, llevándonos flores. Alguien que es un monstruo y no lo sabemos. —Ese era el verdadero horror. No sólo que su hijo y su novia hubieran sido asesinados, sino que el

asesino tenía que ser alguien a quien Bárbara y Steve Brown conocían.

Cómo debe ser mirar a la cara de tus amigos, de los amigos de sus hijos, y preguntarse, ¿Fuiste tú? ¿O tú? ¿Quién lo hizo? Ni siquiera podía discutir con ella, ya que más del ochenta por ciento de las personas son más propensas a ser asesinados por alguien que conocen que por un extraño. Una estadística fea, pero cierta.

—Usted dice «monstruo», ¿Se refiere simplemente por matar a su hijo, o a algo sobre cómo lo hizo? —Tal vez había sido algo sobrenatural. Tal vez había más de una razón por la que habían venido a mí. Si era sobrenatural habría algo que podría hacer por ellos.

Se puso las manos sobre la cara y comenzó a llorar, no lo hizo en silencio. Steve Brown habló sobre sus sollozos, como si los hubiera oído antes.

—Lo que les hicieron, Sra. Blake, lo que les hicieron fue monstruoso.

Él no parecía un hombre que hubiera tenido que decir mucho «monstruoso» en su vida. No pensé que fuera una palabra que hubiera elegido a la ligera.

Bárbara Brown se balanceaba adelante y atrás, adelante y atrás, mientras lloraba. Sus sollozos debían haber sido tan fuertes como pensaba que eran, porque el teléfono sonó en mi escritorio.

Salté, pero lo cogí. Era María, nuestra estipenda secretaria.

—¿Está todo bien?

—No —dije.

—¿Me necesitas para fingir que tienes otro cliente?

—Quince minutos —dije.

—¿O antes, si se vuelve más fuerte? —preguntó María.

—Sí, eso estaría bien. —Colgué, prometiéndome que le enviaría flores a María, o chocolates, o mejor ambos.

Steve Brown estaba tratando de calmar a su esposa. Ésta había dejado de mecerse y se apoyaba ahora contra él. Los sollozos se habían calmado un poco. Cuando sus ojos azules se volvieron hacia mí, vi que de nuevo contenían la promesa de la violencia. Si supiera quién lo había hecho, no estaba segura de lo que haría con ellos. Mirando a sus ojos, no estaba del todo segura de sí esperaría a un juez y a un jurado.

Ella hablaba muy rápido, sus palabras, casi cayendo una tras otra.

—Violaron a Cathy, la violaron, y mutilaron a Stevie, le cortaron... — Simplemente dejó de hablar, sus manos apretadas sobre su boca y los ojos

increíblemente abiertos. No había mucho de cordura en esa mirada.

Mantuve la mirada en ella, mientras le decía a Steve Brown.

—Así que alguien se los llevó en un coche después de que tuvieran problemas con el suyo y luego...

—Les encontraron en una cabaña en el bosque —dijo—, y les habían violado a los dos. —Lo dijo con una voz demasiado tranquila, no había cambiado de tono, como si no sintiera nada cuando lo dijo, y tal vez no lo hacía, no hasta donde era capaz de percibir, de todos modos. Quizás había tenido que apartar su dolor, todo lo que lo podía apartarlo, porque el dolor de Bárbara era más importante que el suyo, más que todo lo que le consumía.

—Le cortaron... —Él casi se rompió entonces, pero se recuperó, y le vi pelear con su cara para mantenerse entero—. Le castraron. —Uno de sus ojos dio un aleteo involuntario—. Mientras aún estaba vivo. —Su voz se había vuelto aún más suave.

—La policía nunca lo encontró —dijo con su voz chillona—, no pudieron encontrarlo. Los monstruos le arrancaron un pedazo y lo lanzaron lejos, y la policía no pudo encontrarlo. Tuvimos que enterrarlo sin eso. Se lo llevaron, y no pudimos recuperarlo para él. —Su voz era cada vez más fuerte, no exactamente un grito, pero no muy lejos de ello. El borde de la histeria aguda estaba en pleno apogeo.

—Ellos no cogieron nada de Cathy, ¿Por qué no cortarla a ella? ¿Por qué sólo a Stevie? ¿Por qué eso? ¿Por qué tomar eso? ¿Por qué eso?

Si hubiera tenido una pistola llena de dardos con valium, la habría usado. Pero no lo hice. Era asqueroso, horrible, pero no podía solucionar este problema para ellos, y realmente no necesitaba otra pesadilla para agregar a mi lista. No podía ayudarles. Era un monstruo humano, y no era un experto en ese tipo de monstruos.

Finalmente salí con eso.

—¡Señora Brown, señora Brown, Bárbara! —Grité, y no lo conseguí. Se había ido, se había ido hacia su dolor, y su pérdida. Estaba gritando, pero no había nadie ahí para escucharme.

María abrió la puerta y dijo algo dos veces antes de que pudiera oír algo más que la voz de la señora Brown.

—Tu próximo cliente está aquí, Anita. Te has pasado ya más de quince minutos. —María me miraba, pero sus ojos estaban un poco abiertos. Había sido una vez secretaria y asistente legal de un abogado penalista, por lo que

había visto clientes llorando histéricas con anterioridad, pero o bien se trataba de una nueva variedad, o a María no le gustó mucho más que a mí.

—Voy a usar una de las otras oficinas, Sr. Brown. Les daré a usted y a su esposa unos minutos para que se reconforten ustedes mismos.

Bárbara Brown corrió hacia mí.

—Por favor, Sra. Blake, por favor, por favor ayúdenos.

Agarró la parte delantera de mi chaqueta. Su mano rozó la culata de mi arma, e hizo una pausa, pero sólo por un segundo. Luego apretó con las manos la tela de mi chaqueta haciendo una bola. Si hubiera sido un hombre, la podría alejar de un tirón de mí, pero no lo era. Sólo se aferró a mí, y rogó:

—Por favor, Steve muéstrale el cheque.

—Bárbara, no va a ayudarnos.

Hundió las manos en mi estrecha chaqueta, haciendo puños con la tela. Era una chaqueta de chica, no, de hombre y el material no era lo bastante fuerte para tratarlo así. Me tiró de los hombros hacia adelante y limitó mi movilidad, hice lo imposible para que no llegara a mi pistola. Aunque no creía que fuera a necesitar sacar la mano para retirar mi pistola, era la política normal para mí. Nadie puede comprometer el uso de mi arma, nadie. El problema era que no podía dar con una forma de librarme de ella sin hacerle daño físicamente. Sinceramente no quería hacer eso.

—Steve, muéstrale el cheque. —Estaba tan cerca de mí, que resultaba extrañamente íntimo, lo suficientemente cerca como para besarla, muy cerca en la lucha.

—Muéstreme lo que ella quiere que vea, Sr. Brown —dije con voz tranquila, sin ira, sin indicios de lo que estaba pensando, que era sacar su mierda de encima de mí. No era indiferente, pero un extraño había violado mi espacio personal, y eso nunca me había gustado.

Su cara era todo disculpas cuando sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta. Era una de esas billeteras de gran tamaño, una chequera. La levantó para que pudiera verla claramente. El cheque era de ciento treinta mil dólares, a pagar en efectivo.

—Tome el cheque Sra. Blake, lo firmaremos a su nombre ahora, hoy. Inmediatamente.

Sacudí la cabeza y puse mis manos suavemente sobre las de ella, iba a tener que alejarla de mí.

—No puedo tomar su dinero, señora Brown. —Traté de soltar sus

manos, pero ella se apoderó más firmemente de mi chaqueta. La chaqueta iba a terminar permanentemente arrugada.

—Son nuestros ahorros de toda la vida, pero podríamos refinanciar la casa. Podríamos conseguir más para usted. —Sus ojos estaban demasiado brillantes. Una vez más vi el brillo natural, y me pregunté si ella estaba tomando algo, algún medicamento. Si el medicamento era con receta, entonces era el medicamento equivocado. No podía sacarme sus manos de encima sin hacerle daño, y todavía no estaba dispuesta a hacer eso. Le di unas palmaditas en las manos, tratando de ser amable.

—No es una cuestión de dinero, señora Brown. Si pudiera levantar a su hijo y saber quién hizo esto, lo haría. Se lo juro por Dios, me encantaría, pero no funciona así.

Nathaniel estaba en la puerta. Me dirigió una mirada, como de si dijera «¿hay algo que pueda hacer?». No podía pensar en nada, así que le devolví una pequeña sacudida de cabeza.

María debía haber ido a por Bert, porque apareció en la puerta con ella detrás.

—Señora Brown, tiene que dejar ir a Anita. Le dije antes de la reunión como sería. —Su voz era casi monótona, como si hubiera hecho esto antes. No había hecho mucho por mí, pero no todo el mundo tenía mi encanto y mi capacidad para asustar a la gente. Por lo general, la pistola pone nerviosos a los clientes, pero a Bárbara Brown no parecía importarle un carajo el arma.

Miró a Bert, pero inmediatamente después se volvió de nuevo hacia mí, con las manos todavía estrangulando mi chaqueta.

—No puede decir que no, Sra. Blake, si dice que no, entonces se acabó, y no puede acabarse. —Comenzó a sacudirme levemente con cada palabra—. Y... —sacudida—... no puede... —sacudida—... acabarse, —sacudida.

Madre de Dios, ¿cómo podía ayudarla, y cómo podía alejarla de mí sin hacer que todo empeorase? Teníamos contratados consejeros para el dolor, pero dudaba que alguno me sirviera de ayuda. Ella no estaba en la parte del tratamiento en el que la terapia sería de ayuda. Estaba en ese yo-estoy-en-la-etapa-de-locura.

Me detuve tratando de alejarla de mí, pero estaba cansada de ser sacudida. Me decidí por la verdad.

—Un zombi asesinado mata a su asesino.

—Quiero que esté muerto —casi gritó, y apretó más hasta que me escupió a la cara, sólo un poco por casualidad.

—El zombi traza un camino de destrucción a través de todo y de todos en su camino hasta matar a su asesino. He visto a zombis matar a transeúntes inocentes por accidente.

—Stevie no haría eso —dijo, y su rostro estaba tan cerca del mío que quería obligar a mi cara a centrarse en ella, pero había demasiado de mi chaqueta en sus manos, por lo que estaba atrapada—. Stevie era una persona muy amable. Nunca habría hecho daño a nadie. Acabará por decirnos quién hizo esto tan horrible.

—Señora Brown, Bárbara —dije, y ella me miró, no había ni un atisbo de cordura en ella—. No será Stevie, Bárbara. Conozco a los muertos vivientes. No va a ser su hijo, sólo será un cadáver animado.

Ella bajó la cara, así que estaba mirando la parte superior de su cabeza rubia. Sus hombros caídos, y pensé que había llegado por fin hasta ella.

Bert dijo:

—Señora Brown, si quiere venir a mi oficina por unos minutos, todos podremos calmarnos, y así todos podremos seguir adelante con nuestro día.

Creo que fue el «seguir con nuestro día». Ella se irguió, y tuve un segundo para decidir si estaba dispuesta realmente a hacerle daño, o no. Dudé, y eso fue suficiente. Me agarró más cerca tirando de la chaqueta, no podía mover la espalda, y no podía levantar la mano hasta que me soltara. Me arañó la cara. Pero para hacerlo soltó una mano. Levanté el brazo libre y bloqueé el siguiente intento de sacarme los ojos. Liberó el otro brazo, pero me agarró de la muñeca y se alejó, tirando de la muñeca al mismo tiempo. Y utilicé su propio impulso para darle la vuelta, por lo que terminó de rodillas y con uno de los brazos en la espalda y el otro brazo sobre los hombros. No lo convertí en un verdadero estrangulamiento, porque esperaba que alguien pudiera apartarla de mí antes de que llegara más lejos. Me ardía la cara, justo por debajo del ojo izquierdo y la mitad de la mejilla. Incluso antes de que sintiera el primer goteo, sabía que iba a sangrar, sólo había que esperar a que sintiera la sangre.

Ella estaba gritando, fuerte, gritos desgarradores.

Steve Brown era el más cercano a nosotras, y dijo:

—Le hace daño.

—¿Estoy haciéndole daño? —dije—. Trató de sacarme un ojo.

No tenía tan buen agarre en ella como debería, todavía estaba tratando

de ser amable con la pobre víctima loca. Se retorció en mis manos y me clavó las uñas. Apreté mi codo en su garganta y se detuvo, tensé el brazo en la espalda. Ella gritó, pero se detuvo de repente porque estaba aplicando presión sobre su cuello. Sabía cómo hacer un estrangulamiento de modo que todo lo que hice fue hacerle perder el conocimiento. Sabía que no debía aplastar la manzana de Adán o nada estúpido. Y admito que estaba enfadada por este punto, pero el Sr. Brown no debió haber hecho lo que hizo.

Gritó:

—¡Suéltala!

Con calma, pensé y dije:

—Si usted no puede controlarla, lo haré yo.

Ella luchó, y bajó la cabeza firmemente. Entonces sucedieron dos cosas a la vez: Nathaniel dijo:

—Anita cuidado —y María gritó. Miré hacia arriba, a tiempo de ver como Steve Brown me golpeaba en la cara.

Eso sacudió mi cabeza hacia atrás e hizo y desplazó la realidad ligeramente hacia un lado, como una televisión que no está del todo enfocada. No era un gran daño inmediato, no como los arañazos, en absoluto. Por lo general, se puede juzgar lo mala que es la lesión por el tiempo que lleva sentir el dolor. Dolor rápido, lesiones pequeñas y medianas, si el dolor aparece tras un largo tiempo, no es bueno.

Fue un golpe bueno, bonito y sólido. Creo que había esperado que me cayera, porque tenía una mirada de sorpresa en el rostro. O tal vez no había golpeado a una mujer tan fuerte antes, o tal vez era todo. Tuvimos uno de esos segundos que parecen durar eternamente, pero en realidad sólo son un abrir y cerrar de ojos, para mirarnos mutuamente sobre la cabeza de su esposa.

Vi sus labios moverse, pero no pude oír lo que dijo. El único sonido era un alto, blanco, zumbido estático, y el sabor de la sangre en mi boca. No importaba que fuera mi propia sangre. Sólo importaba que era sangre, y estaba enfadada.

Tuve un momento, un latido de corazón, donde olí la piel de Bárbara Brown por debajo de la dulzura de su perfume. Un momento en el que pude oler su piel, salada, enferma, enferma por su dolor, como un veneno que saliera de su piel. Estaba herida, estaba dañada, podría poner fin a ese sufrimiento. Me apreté contra su cuerpo, lo suficientemente apretada como

para que su marido no pudiera pegarme sin correr el riesgo de golpearla a ella. Todavía no podía oír su voz, pero pude oír otra cosa. Podía oír los latidos del corazón. Tan fuertes, tan seguros. Era un sonido grueso, el sonido de la carne, no como el frágil sonido metálico que se percibe a través de un estetoscopio. Esto era lo que el corazón parece, como si se pudiera poner el oído dentro del pecho de alguien. Esto era a lo que se parecía la vida de alguien, el interior de su cuerpo, latiendo rápidamente y más rápidamente. Bárbara Brown había olido como comida antes, pero ahora que la primera descarga de adrenalina atravesaba su sistema. Una parte de ella, que no podía ni siquiera nombrar, sabía que algo andaba mal. Sabía que el peligro estaba muy, muy cerca.

Debí haber cerrado los ojos, porque sentí que se cernían sobre mí. Abrí los ojos para ver que Steve Brown trataba de tocarme. Creo que iba a por mí pelo, para alejarme de su mujer. Pero vi la mano, y la agarré, sólo la detuve con mi mano. Mi mano se veía pequeña en torno a su mano más grande, pero mi brazo era sólido, y cuando trató de apartarse, no pudo hacerlo.

Todavía tenía a su mujer de rodillas, con la otra mano alrededor de su muñeca y el brazo casi hasta los hombros. Desde lejos, pensé que, si seguía tirando, le dislocaría el hombro. Pero otra parte de mí, que sentía mucho más cercana, aquel pensamiento le parecía bien, tendríamos que descuartizarla para comerla de todos modos. Cierto, íbamos a comérmola. ¿Estábamos seguros?

Siempre había pensado que la bestia era cosa de la pasión, porque las emociones apasionadas podían provocarla. Esto no era apasionado, era pasión. No había bien o mal en mi cabeza. No había simpatía, no sentía que estas dos personas fueran compañeros, y que estaría mal hacerles daño. Eso ni siquiera estaba en mi cabeza. Me habían hecho daño, y tenía hambre, y olía tan bien y tan mal al mismo tiempo. Olía a enfermedad, y me di cuenta que era la droga. Podía olerla en su sudor agrio, amargo.

La dejé ir tan abruptamente que cayó sobre la alfombra, pero seguí con mi mano sobre Steve Brown, y lo llevé junto a su esposa, porque se había inclinado para verla, y le empujé haciéndole perder el equilibrio. Olía a miedo y rabia, pero nada más. Estaba limpio.

Se tambaleó, y puse una mano en su camisa, mientras usaba el otro brazo para atraerle más cerca. Podía oír su corazón ahora, latido, latido, tan espeso, tan sustancioso, sí... tan bueno.

Sentí el movimiento detrás de mí, y giré, llevando a Steve Brown conmigo, le lancé sin pensarlo, por lo que quedó en el suelo a mis pies, todavía le agarraba del brazo. Los alimentos deben estar en el suelo.

Nathaniel estaba allí, tocando mi cara. Di un respingo, como si me hubiera pegado, pero un sonido rugió de nuevo en mi cabeza. Una mujer estaba gritando. María estaba preguntando:

—¿Debo llamar a la policía?

—No —estaba diciendo Bert—. No, no, podemos resolver esto.

Dudé. Pero en el momento en que lo pensé, miré hacia el Sr. Brown. Me estaba mirando, sus ojos abiertos, tenía miedo. Le solté, como si su piel quemara la mía. Y retrocedí, hasta que me topé con Nathaniel. Agarré su mano sin mirar, y me aferré a él. Sólo tocarlo me ayudó a pensar. Generalmente, siempre que le tocaba, Nathaniel me hacía pensar en el sexo o en la comida, pero hoy me ayudó a recordar que era un ser humano y lo que eso significaba.

—Ayúdame —dije en voz baja.

—Todo el mundo fuera —dijo. Todo el mundo le miró.

Grité:

—¡Fuera, fuera, todos fuera! —Empecé a correr hacia ellos, pero Nathaniel me cogió por la cintura, y le dejé que me levantara. Luché por no estremecerme. Pero seguí gritando—: ¡Fuera! ¡Fuera!

Steve Brown agarró el brazo de su esposa y comenzó a arrastrarla hacia la puerta. Bert se movió con decisión, con el otro brazo listo para ayudar. Me miraba como si nunca me hubiera visto antes, y tal vez no lo había hecho. Bert tenía el don de ver sólo lo que quería ver.

El pálido rostro de María fue lo último que vi antes de cerrarse la puerta, y las palabras, *sácalos*, cambiaron a un grito sin palabras, sin forma. Un grito irregular tras otro, hasta que mi garganta estuvo áspera y me hundí en los brazos de Nathaniel.

Antes sólo había sentido a la bestia como si fuera un animal enorme que se frotaba contra mi cuerpo y mi mente, pero hoy había comprendido que esa no era la parte más peligrosa de la bestia. La parte más peligrosa era que era un animal, y los animales no tienen absolutamente ningún sentido verdadero del bien y del mal. Grité, porque detenerme y hacer algo más era un riesgo, no sabía lo que mi mente haría, y no estaba segura de poder detenerme de nuevo.



Nathaniel dijo mi nombre, pero no podía responder. Tenía miedo de contestar. Miedo de que, si me tomaba tan solo un momento para pensar, esa otra mente más fría se haría cargo de nuevo. Nathaniel se dejó caer de rodillas, con los brazos todavía alrededor de mi cintura. El movimiento repentino me sobresaltó, detuvo los gritos que se habían encendido como un interruptor. Aquella otra mente se derramó en el silencio. Pero ya no había frío, era miedo. Los leopardos son solitarios. Hay sólo tres motivos para buscar a otro leopardo en el hábitat natural. Luchar, follar, o comer. Él era algo que nos haría daño, algo que nos follaría, o algo que nos comería. No había ninguna otra opción en el miedo que rugió a través de mi cerebro. Pensé que había entendido lo que era la lucha o lo que era la respuesta de huida, pero me había equivocado. Esto hizo que todo lo que había sentido alguna vez palideciera en comparación. La necesidad de huir, o salir corriendo, me traspasaba desde la punta de mis dedos a los pies. Fue una

descarga de adrenalina como nunca había conocido. Mi cuerpo entero estaba lleno, más fuerte, más rápido, porque estaba a punto de luchar hasta la muerte.

Luché contra el pánico, luchaba por no estremecerme, no luchaba contra Nathaniel. Podría escapar. Lo sabía, y la otra mente lo sabía. Podríamos escapar. Podríamos estar seguras. Pero esa pequeña parte que aún era humana sabía que Nathaniel no nos harían daño. Teníamos que dejarle inmovilizarme, tenía que hacerlo, porque sabía que podía escapar. Lo que no sabía era qué pasaría si me alejaba. ¿Qué pasaría si Nathaniel no podía inmovilizarme y dominarme hasta que pudiera pensar como una persona de nuevo? No lo quería saber, porque sería algo malo, algo con lo que no querría vivir después.

Luché para estar quieta. Para que Nathaniel me llevara, que me cogiera en sus brazos mientras me pegaba contra el suelo. Esa otra mente chilló en mi interior cuando mi cuerpo tocó la alfombra. Gritó que íbamos a morir, y lo creí. No tenía amigos aquí. Siempre había creído que al menos una parte de mi bestia era el lobo de Richard, pero en ese momento supe que no era así. Lo que luchaba en mí no era nada que reconociera el orden social de la manada. Sólo había presas, rivales, compañeros, y jóvenes. Nada en mí veía a Nathaniel como un niño.

Dejé que me inmovilizara boca abajo sobre la alfombra. Mi falda era demasiado corta para estar tumbada en el suelo, y comenzó a subirse. Su cuerpo se moldeó a mi espalda, sus manos en mis muñecas. Luché contra la voz que gritaba en mi cabeza, me quedé quieta, para que Nathaniel consiguiera sujetarme tan bien como pudiera. No tenía ningún entrenamiento sobre cómo inmovilizar a alguien. Lo hizo de la única manera que sabía, sujetando mis piernas con sus caderas, para que pudiera ponerme de rodillas y levantarme. La falda se subió hasta mis caderas, hasta quedar enrollada tan alto, que no había nada entre él y yo, tan solo la seda de mis bragas y sus pantalones. Era una posición terriblemente vulnerable. Ni siquiera a la parte de mí que seguía siendo yo, le gustó. Porque una vez que estás atrapada así debajo de alguien, tus opciones se desvanecen. Me gustan las opciones. Opciones para mantenerme a salvo.

Nathaniel no me hará daño. Nathaniel no me hará daño. Me repetía una y otra y otra vez, mientras acomodaba su cuerpo apretándolo contra el mío. La parte de mí que era bestia sabía que podía romperme la columna en esta posición. La parte que era yo sentía como si fuera un preliminar a la

violación. Sabía que Nathaniel no haría eso, y también sabía que, si tuviera realmente intención de violarme, querría algo menos de ropa antes de llegar a eso. Porque una vez que has clavado a alguien así tus manos están ocupadas, y los pantalones de los hombres no se desabrochan solos. Lógicamente, estaba a salvo, pero la lógica no es siempre la que gana cuando se tiene miedo. La bestia se asustó, porque no podía confiar en otro leopardo. Tenía miedo de lo que sucedería si la persona menos dominante de mi vida no podía dominarme lo suficiente como para impedirme arrancarle la garganta, o abrirme paso a través de esa fina puerta de oficina y matar a todos los de allí afuera. Confiaba en Nathaniel para no hacerme daño. No confiaba en él para controlarme y mantener a todos los demás seguros. Sobre todo, no confiaba en él para mantenerse a salvo. ¿Acaso no me había rogado esta misma mañana que pusiera mis dientes en su garganta y bebiera su sangre? Confié en él para que fuera... suficiente. Lo suficientemente leopardo, lo suficientemente hombre, lo suficientemente persona, solamente suficiente. Y aquella duda alimentaba mi miedo, alimentaba todos los temores, y perdí. Me perdí a mí misma. El control perdido. Perdido.

El último pensamiento claro que tuve antes de que el pánico se apoderara de mí fue, *tengo que levantarme del suelo*. Tenía que levantarme. Me olvidé de todo lo que había aprendido en mi vida sobre cómo utilizar mi cuerpo, cómo luchar. El pánico era todo lo que sentía, y el pánico no planea. Reacciona. Pasé de esa blanda calma por la que había luchado, a patear, retorciéndome, retorciendo el cuerpo de un lado a otro. Luché con todo mi cuerpo, con cada músculo. Literalmente, tiré de todo lo que tenía, simplemente tratando de levantarme.

El cuerpo de Nathaniel se sacudió conmigo. Luchó para mantener mis muñecas clavadas en la alfombra, mis caderas apretadas, mis piernas abiertas, así no podría ponerme de rodillas y tirarle. Le sentí luchando encima de mí, pero no estaba acostumbrado a ser el que estaba en la parte superior.

Giré mi cuerpo hacia la izquierda y medio nos levanté a ambos del suelo. Él nos empujó hacia abajo, y tuve un momento para sentir el potencial de su fuerza. Tan terriblemente fuerte que retrocedimos de nuevo al suelo. Si hubiera estado dispuesto a soltar una de mis muñeca y usar su otro brazo para algo más, pero siguió sujetándolas, tal vez no hubiera podido levantarme, pero no me podría controlar bien, no lo suficiente.

Él estaba diciendo algo, no sé cuánto tiempo había estado repitiéndolo, antes de que lo entendiera.

—¡No me hagas daño, Anita, por favor, por favor, por favor! —Casi gritó la última palabra.

El pánico en su voz le dijo al leopardo que estábamos ganando. Hazle temernos y nos dejará ir. Esto estimuló también al gato, y nos lanzamos a la izquierda de nuevo. Si su espalda no hubiera golpeado el escritorio le hubiéramos hecho rodar. Grité, pero no era miedo esta vez, era triunfo.

Acabamos sentados con su espalda apoyada en el escritorio. Sus piernas rodeando mi cintura. Las arañé, y una parte de mí no entendía porque la tela no se partía en tiras sangrientas. Pasó un brazo a través de mi pecho, y sólo más tarde me di cuenta de que había cubierto la culata de mi pistola con la mano. Su otra mano hizo una bola con mi pelo, apretando lo suficientemente fuerte para arrancar un grito de mi garganta. Tuve un momento para sentir su aliento, como un calor en la parte trasera de mi cuello. Mi parte de leopardo gritó que esto rompería nuestro cuello, la otra parte de mí estaba confundida. Nathaniel me mordió.

Hundió sus dientes en mi piel, en mi carne. Sentí sus dientes resbalar dentro de mí, y dejé de luchar. Era como si hubiera pulsado un interruptor que no sabía que tenía. Al principio, simplemente paré de luchar. Mis manos cayeron flácidas a mi lado. Mi cuerpo se relajó, y lo que debería haber sido dolor, se sentía acogedor y cómodo.

Nathaniel gruñó, con su boca aún cerrada contra mi cuerpo, y extrajo un gemido de mi garganta. El gruñido cambió a un ronroneo, un sonido profundo y vibrante, y ya que su boca estaba profundamente hundida sobre la parte superior de mi columna, el ritmo de los impulsos se minimizó en mi espina dorsal, como si mi cuerpo fuera un diapasón para su voz.

Grité, pero ya no era de miedo o de triunfo.

Aflojó las piernas alrededor de mi cintura. Me quedé floja y sin fuerzas contra su cuerpo. Enderezó sus piernas, poco a poco, el cuerpo tenso, mientras esperaba a que reaccionara, pero ya había pasado de reaccionar. Estaba esperando, esperando que me dominara, era la única palabra que tenía para él. Era una sensación maravillosa, tan apacible, tan segura.

Mantuvo sus dientes en mi cuello, su mano en mi pelo, pero la otra mano, se distanció lentamente. Me hundí en él. Mi cuerpo se deslizó a lo largo del suyo, sostenida sólo por los dientes y el cabello. Mi falda se había amontonado como un cinturón en la cintura y subió aún más por detrás de

mi cuerpo al deslizarse contra el suyo. Nathaniel deslizó su brazo alrededor de mi cintura, tirando de la falda amontonada aún más arriba, creo que por accidente. Tiró de mis rodillas con el brazo alrededor de mi cintura. Apartó su brazo de mi cintura, lentamente. Me quedé de rodillas, balanceándome un poco, porque cada músculo estaba relajado y tranquilo. De hecho, me tenía que concentrar para permanecer de rodillas y no caer simplemente al suelo, pero su mano en mi pelo, y su boca a mi cuello me mantuvieron de pie, me hicieron desear permanecer de rodillas. Pero ese ligero esfuerzo me ayudó a volver de nuevo a mi cabeza, un poco, no mucho, pero había un poco más de mí aquí. Lo suficiente como para preocuparme, como para disfrutar de su mordisco en el cuello. Preocupación por lo que pasaría cuando me soltara, ¿iba a volver a esa mente fría? Y disfrute, porque a una parte de mí, que no era sólo gato, le gustó aquel agarre firme, aquel tirón de los dientes en la carne.

Sabía que me sentía mejor, porque podía escuchar débilmente lo que Nathaniel estaba sintiendo. No era un sonido, pero no había palabras para detectar los sentimientos de otra persona. Estaba asustado, excitado, frustrado, confuso, inseguro, aterrado, infeliz, preocupado. Sentía cada emoción como una telaraña soplando a través de mi cuerpo en la oscuridad. Nada que se vea, y cuando intentas eliminarla se rompe y se aleja, como si nunca hubiera estado allí. Los animales no tienen muchas de estas emociones a la vez. Confundido y asustado, sí, pero no el resto. El resto era aún demasiado para mi bestia.

La mano libre de Nathaniel hurgó en la cintura de mi ropa interior. Mi falda ya se había levantado hasta la cintura por sí sola, sin ninguna ayuda. Me bajó las bragas hasta las rodillas, pero como estaba trabajando con una sola mano, bajaron a trompicones, y fue cualquier cosa menos suave. Él gruñó su frustración contra mi piel, y contuve el aliento en mi garganta, me debilitó las rodillas. Usó el pelo como un mango, dejando claro que si bajaba al suelo dolería. Me ayudó a permanecer de rodillas. Me ayudó a concentrarme, y me ayudó a deslizarme, un poco más, dentro de mi propio cráneo.

Quise decir su nombre. Creía que eso ayudaría. Pero no podía pensar en su nombre. No podía decirlo en voz alta. Era como si el nombre fuera un concepto extraño. El olor, su olor, lo conocía. Traté de decirlo, y me tomó tres intentos antes de que susurrara:

—Vainilla.

Él había bajado mis bragas casi hasta las rodillas. Pero con esa sola palabra, se detuvo. Mantuvo la mano en mi pelo, pero levantó la boca de mi cuello, lo suficiente para que su aliento acariciase con su calor la herida que había hecho.

—Anita, ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

¿Estaba ahí dentro? Parecía una pregunta muy complicada para mí. ¿Estaba ahí dentro? Creo que me tomó demasiado tiempo responder, porque lo siguiente que sentí fue el azote de su cinturón contra mi trasero desnudo. Sus pantalones revolotearon contra mí.

La bestia golpeó mis caderas contra él, pero no para detenerle. Los pensamientos no estaban claros, pero progresaron, nos había derrotado en una pelea, había ganado el derecho de aparearse. Ahora sabía por qué los grandes felinos luchaban antes de aparearse. Tenían que demostrar que eran lo suficientemente fuertes. Ese viejo imperativo de la biología a criar tan solo con el mejor, con el macho que puede dar a su descendencia los genes que necesitan para sobrevivir.

Al leopardo no le importaba. Ella estaba lista. Yo, en cambio, tenía un problema. Por supuesto, no podía recordar cual era. No podía pensar. Debido a que mi parte humana estaba de acuerdo en que Nathaniel había ganado su derecho a estar aquí. Nos había salvado. Salvado a toda la buena gente fuera de la puerta de la oficina. Oficina, eso fue todo. No quería follar en el trabajo. Eso fue todo. Me alejé del cuerpo de Nathaniel. Me aparté de él, y se disparó su miedo. No tenía ninguna manera de saber que era el ser humano en mí el que quería retirarse. La bestia olió esa oleada de miedo, y dejó escapar un sonido en la garganta que nunca había oído salir de mí. No era un sonido humano.

Tiró de mi pelo con tanta fuerza que trajo un grito de asombro a mi garganta, pero extrañamente, me relajó. Me dolió, pero también me sentí bien, y provocó un eco de esa paz maravillosa que había sentido cuando había mordido la parte de atrás de mi cuello. Sacudió la cabeza contra mi cuerpo, y la bestia se retorció por él. Susurró:

—Mal ángulo. —Entonces utilizó mi pelo como un mango y la otra mano para ponerme a cuatro patas en el suelo.

El leopardo en mí se agachó delante de él, ofreciéndole el culo como si estuviésemos en celo. Quitó mi ropa interior del medio, bajándola por mis piernas, se enredaron en los talones de las botas, luego ya no estaban. Tal vez la bestia estaba en celo, pero yo no lo estaba. Tal vez estaba perdiendo

mi ropa interior, pero la posición con el culo en el aire era un poco demasiado indigna para mí. Me sostuve lo suficiente para permanecer a cuatro patas, para que no pareciera que me estaba ofreciendo a él. Abrí la boca para decir algo, y él se empujó dentro de mí, y me olvidé de que podía hablar.

La bestia había estado dispuesta, pero no había habido casi ningún juego previo, y estaba apretada. Tan terriblemente estrecha. Nathaniel tuvo que trabajar dentro de mí. Utilizó su mano y mi pelo para que me tumbara otra vez en la alfombra para que estuviera otra vez donde empecé. Fue así de poco digno, pero no parecía importar. Por primera vez la bestia y yo estábamos de acuerdo.

Había dormido con Nathaniel, pero establecí reglas muy firmes. Nunca le había tocado entre las piernas, no a propósito. Después de haberme privado incluso de una caricia, la sensación de él abriéndose paso dentro de mi cuerpo era abrumadora. No era sólo que se sintiera bien, aunque lo hacía, fue que era Nathaniel. Una parte de mí, aunque nunca podría decirlo en voz alta, había estado esperando cruzar esta barrera, para empujarla a un lado, para doblarla, romperla, ignorarla.

Trabajó hasta que se enfundo dentro de mí lo más profundamente que pudo, entonces vaciló, dejó de moverse, se congeló contra mí.

—Anita, ¿me oyes?

¿Escucharle? ¿Escucharle? El gato gritó a través de mi cabeza, y ese grito se derramó por mi boca. Perdí parte de la razón que había ganado, porque la bestia no estaba en desacuerdo, en lo más mínimo. Ella comenzó a mover las caderas, de manera que Nathaniel se quedó quieto, pero le sacaba de nuestro cuerpo, hacia fuera, hacia fuera, y luego, cuando la punta parecía a punto de salirse, nos condujimos sobre él.

Su voz se oyó.

—¡Oh, Dios!

Nos movimos sobre él, contra él. Empujando tan fuerte, y rápido, y profundo como podíamos. Era como si nada fuera suficiente. No estaba lo suficientemente abierta como para que esto fuera áspero. Le sentía casi coger los lados, porque no me había dado tiempo para dilatarme. Pero me sentía desesperada. No había pensado en esperar, sólo en la necesidad. Quería que me follara. El sexo era una palabra demasiado suave para esto. No podía hacer que él hiciera lo que quería. Quería más, quería más, y necesitaba su ayuda para eso.

Soltó mi pelo, y sus manos cogieron mis caderas, y comenzó a montar nuestro ritmo, su gato y el mío. Empujamos y nos empujó, y al igual que en la pista de baile había seguido su cuerpo, ahora él seguía el nuestro.

Era la danza de la carne, la suya y la mía, hasta que estuve húmeda y caliente, y se movió con facilidad dentro de mí, hacia fuera y hacia dentro, afuera y adentro. Cuando pudo deslizarse dentro de mí, se metió más profundo, más duro, como si comprendiera lo que mi cuerpo estaba pidiendo sin palabras. Utilizó sus manos para moverme un poco, hasta que encontró el lugar que quería, y luego se metió dentro de mí, como si quisiera salir por el otro lado, y grité para él.

Miré hacia atrás por encima del hombro, y sus ojos no eran lavanda, eran azules con toques de gris, y ya no eran humanos. Su camisa estaba abierta, para que pudiera ver su estómago y su pecho. Hizo un movimiento con su estómago como una bailarina del vientre, y cambió el ritmo, cada vez más acuciante y, de alguna manera, más suave, o cíclico, como si estuviera haciendo un círculo en mi interior, y fuera de mí. Un círculo que era más bajo al entrar y más alto al salir, por lo que tocaba todo de mí, pero no todo al mismo tiempo.

Me había trabajado siendo más brusco, lo que había hecho que tomara todo de él y más, ahora que tenía la anchura, por un pelo, la usó. La usó en ese ritmo circular, para acariciarme a lo largo de mis labios. Fue una de las cosas más delicadas que había sentido nunca mientras un hombre estaba dentro de mí. Así, con cuidado, y sin embargo el empuje de sus caderas era fuerte. El control tomó más fuerza, sólo por empujarse dentro de mí. Fuerza de tantas clases diferentes.

Era un movimiento más alto cuando se retiraba que cuando encontraba ese punto. Lo había experimentado, tocándolo con la mano, y lo había incluido en la relación sexual, pero nunca así.

Cada vez que se deslizaba por ese lugar, mi respiración cambiaba, y la escuchó, porque cambió su ritmo de nuevo. Se deslizó sobre ese pequeño punto una y otra vez. No sólo su punta, también la cabeza, y tanto del eje como podía. Se utilizó a sí mismo para frotarse de una forma que sólo había hecho antes con los dedos y las manos. Como siempre que ese lugar interior era apenas rozado de forma correcta, la sensación de presión era sólo en parte desagradable. Mi cuerpo sentía que, cuando me llevara, todos los líquidos de mi cuerpo volarían, y no sólo los que queríamos. Siempre era así, la presión, la presión más que cualquier otro tipo de orgasmo, como

si perdiera el control del cuerpo por completo. Jean-Claude había tenido que aliviarme por eso las primeras veces. Debía tranquilizarme, independientemente de lo ocurrido, estaría bien. Sería maravilloso.

La presión acumulada y construida, bailaba a lo largo de esa línea. Un placer tan grande que era casi doloroso. Un placer que crecía y crecía dentro de mí como algo caliente en expansión, como si el orgasmo fuera algo separado de mí, algo que crecía dentro de mí e iba a estallar fuera de mi cuerpo.

Me las arreglé para susurrar casi silbar su nombre:

—Nathaniel.

Vaciló una fracción.

—Anita, eres tú...

—No te detengas, por favor, no pares.

No volvió a preguntar. Cambió una fracción su posición, luego cerró los ojos y se entregó al ritmo de su cuerpo. Traté de mover mis caderas, pero sus manos las sujetaban tensamente, me mantenían quieta. Sosteniéndome en mi lugar.

La presión se acumulaba, se construía, hasta que mi cuerpo estuvo lleno de ella, lleno de él, y luego se derramó. Hacía afuera, en una explosión de líquido entre las piernas, de gritos, mis manos arañando la alfombra. Tenía que escarbar en algo, tenía que hacer algo con el placer. Era como si fuera demasiado placer para que mi piel lo asumiera. Si hubiera tenido una bestia dentro de mí, se habría derramado hacia fuera junto con el espeso líquido entre mis muslos.

Él se deslizó fuera de mí, y me quedé en la alfombra, incapaz de moverme. Infiernos, tenía problemas para enfocar los ojos, por no hablar de mover cualquier otra cosa.

Avanzó lentamente hasta mi cabeza, acariciando mi pelo hacia atrás.

—¿Estás bien?

Me eché a reír, luego parpadeé y traté de ver mejor. Todavía estaba derramado fuera de sus pantalones, y aún estaba duro y firme, y aunque había líquido sobre él, no era lo bastante blanco o lo suficientemente pesado para ser suyo.

Me tragué la risa y dije aún con la voz entrecortada.

—No te corriste.

—No estabas en tu cabeza para que pudieras darme permiso.

Cerré los ojos e intenté mantenerme tranquila. Cuando los abrí, pude

ver de nuevo, sin bordes turbios. Bien.

—¿Qué quieres decir, darte permiso? —pregunté.

—No tendré un orgasmo a menos que me digas que puedo.

La expresión de mi cara debió haber sido elocuente, porque dijo, con una sonrisa:

—Sé que para ti es extraño, pero mira los beneficios, Anita. Puedo durar por un tiempo muy largo, porque esa es la forma en que fui entrenado.

—Entrenado —dije.

Él asintió con la cabeza.

Cerré los ojos otra vez.

—Has estado pidiendo el orgasmo, el coito. Tuviste la excusa perfecta, y no la tomaste. —Abrí los ojos y le miré fijamente—. ¿Por qué no la has tomado?

—Quiero que me quieras, Anita. No sólo que me utilices para una emergencia metafísica.

Me senté, y eso me recordó que no tenía ropa interior. Eché un vistazo a la alfombra y por primera vez me alegró que fuera de un oscuro marrón selvático. La mancha de humedad no se veía demasiado.

—¿Dónde está mi ropa interior? —pregunté.

Él comenzó a mirar alrededor como si tampoco estuviera seguro. Genial. Seguía perfectamente erguido, y me distraía.

—Si no vamos a hacer... —Comencé a hacer un gesto, pero me detuve —, entonces puedes poner... eso lejos.

Se volvió con una sonrisa que estaba peligrosamente cerca de una mueca.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Sí —dije, con toda la dignidad de la que fui capaz, tirando de mi falda hacia abajo sobre mis caderas.

Levantó mi ropa interior hacia mí. Estaba luchando contra una sonrisa, pero sus ojos lavanda estaban llenos de risa contenida.

Se las arrebaté de la mano, pero no podía pensar en una manera hábil de ponérmelas. A decir verdad, estaba tan mojada que necesitaba toallitas antes de ponerme de nuevo mis bragas. Me desplazé, un poco tambaleante, alrededor de mi escritorio. Tenía toallitas húmedas para bebés en el cajón del escritorio. Ayudaban con la limpieza cuando volvía del trabajo con una mancha de sangre. Me debatía sobre si podía sacrificar la camiseta, que

también guardaba en un cajón para las emergencias de sangre, cuando Nathaniel comenzó a hablar de nuevo. Y no estaba cómoda con lo que oía.

—Sabes que es raro que una mujer sea capaz de hacer eso.

Tenía el cajón abierto y las toallitas húmedas en la mano.

—¿Qué es raro?

—Eres una *rainmaker*. —Estaba arrodillado al otro lado de la mesa, con los brazos en el escritorio y la barbilla apoyada en ellos. Era un gesto extrañamente infantil, y no hizo nada para hacerme sentir mejor.

—La única definición que conozco para ese término es la de un abogado que trae mucho dinero para su bufete. Asumo que *rainmaker* tiene un significado que no conozco. —Me aseguré de que mi insatisfacción en cuanto al tema se mostrara en mi voz. Era incómodo, apenas había empezado a limpiarme. Estaba mojada hasta las rodillas y más allá. Jesús, qué lío.

—Es el término para una mujer que puede eyacular.

Tomé una gran cantidad de aire y lo solté lentamente.

—¿Tenemos que hablar de esto?

—¿Por qué estás enfadada?

Esa era una pregunta justa. ¿Por qué estaba enfadada? Tuve que pensar en ello para ser sincera conmigo misma. Tenía la camiseta de repuesto en el último cajón y me sequé con ella. Esto en cuanto a ropa extra. Me puse mi ropa interior de nuevo, y me sentí mejor. Siempre me sentía mejor vestida. ¿Por qué estaba enfadada?

Me senté en mi silla, saqué las medias de repuesto que también guardaba en un cajón. Rompí un montón de medias en mi línea de trabajo. Simplemente no estaban destinadas a ser usadas para sacrificios de animales, persecuciones de los malos, o asesinatos de vampiros. No, las medias de nylon no se habían hecho para mi estilo de vida. Empecé a desabrocharme las botas para poder quitarme las medias que había destrozado luchando en la alfombra.

—¿Por qué estoy enfadada? —Me dije, casi para mí. Las yemas heridas de mis dedos, me provocaron un dolor agudo e inmediato cuando la última de las endorfinas me dejó. Había arrancado la mitad de mis uñas, que sangraban mucho. Una vez que vi la sangre dolió más. ¿Por qué siempre dolía más cuando veía la sangre?

Se puso de pie y se cerró la cremallera del pantalón al mismo tiempo. Había manchas en las perneras de los pantalones que no iban a desaparecer

con toallitas para bebé y una camiseta. No tenía ropa extra para Nathaniel.

—Sí —dijo, cuando se introdujo con cuidado en sus pantalones, seguía estando duro, seguía al rojo vivo, todavía listo—. ¿Por qué estás enfadada?

—No te corriste —dije, y empecé a pelear con las medias. Me daba algo útil que hacer en vez de mirarle a los ojos.

—¿Estás enfadada porque no me corrí?

—Estoy enfadada porque si te hubieras corrido hubiéramos cruzado esa barrera, y ahora no la tendríamos.

—¿Y? —dijo.

Suspiré.

—Y, si la hubiéramos cruzado, sería más fácil cruzarla de nuevo. Pero hacerlo de esta manera, hace que sea más...

—Importante —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Rodeó la mesa y se arrodilló a mis pies.

—Quiero ser importante para ti, Anita. No quiero ser solo alguien al que tomas, porque tienes que tomar a alguien. Quiero que me quieras.

—Lo has dicho antes.

Me tocó la mano en la que sujetaba las medias nuevas, las cogió suavemente de mis manos y las colocó sobre la mesa. Tomó mis manos entre las suyas, y había una mirada tan seria en sus ojos que tuve miedo. Miedo de lo que diría.

—Me amabas antes de hoy. Me amaste sin sexo. Nadie nunca me amó, ni siquiera me querían, no sin follar conmigo primero. Nadie desde que mi madre murió y... Nicholas... —Inclinó la cabeza por un segundo, y me apretó las manos. Conocía sus recuerdos, y no quería pensar de ello. Tan horrible, y había sido tan poco. Quería protegerle de ese tipo de cosas. Quería mantenerle a salvo.

Me sonreía.

—Gabriel y Raina me enseñaron que podía tener algún valor, pero que mi valor estaba todo en mi cuerpo, en mi forma de mirar, en lo bien que podía follar. —Mantuvo mis manos más apretadas—. Tú me enseñaste que valía más que para follar. Me enseñaste que valía más que para ser utilizado. —Empecé a decir algo, pero puso sus dedos contra mis labios—. Sé lo que vas a decir. Crees que me usas con el *ardeur*, porque soy tu *pomme de sang*. No sabes lo que es utilizar a alguien, Anita. Simplemente

no lo sabes.

Tenía esa mirada en sus ojos, la que, en ocasiones, hacía que sus ojos parecieran mucho más viejos que él. Una mirada de esperanzas rotas y más dolor del que cualquier persona con su edad debería haber experimentado.

Me besó los dedos, y apoyé la cara contra su mano.

—Algún día quiero dejar de recibir esa mirada de tus ojos. Quiero que haya suficientes cosas buenas en tu vida para equilibrar eso.

Sonrió, y había una ternura en sus ojos que hizo que tuviera que apartar la vista.

—Mira, Anita, crees que eres dura, y que utilizas a la gente, pero no lo eres, y no lo haces.

Me aparté un poco.

—Puedo ser dura cuando es necesario.

—Pero no conmigo, ni con Micah. Ni con cualquiera que te permita ser amable con ellos. Si ellos te joden, les jodes de vuelta, pero les das la primera oportunidad.

Negué con la cabeza.

—No soy tan buena persona, Nathaniel.

Sonrió y me tocó la cara, donde Bárbara Brown me había arañado. Hice una mueca.

—Sí, lo eres, simplemente no te gusta admitirlo.

—Será mejor que nos vistamos y nos vayamos de aquí antes de que alguien llamé a la policía.

—Bert no va a llamar a la policía, tiene demasiado miedo a la mala publicidad.

Me eché a reír.

—No has coincidido con Bert lo suficiente como para conocerle tan bien.

—He conocido a mucha gente como Bert. No es tan malo como eran, pero es el mismo... tipo de pensamiento. Quiere su fuente de dinero para seguir haciendo más dinero del que necesita nadie para estar seguro o feliz.

Miré esa cara terriblemente joven, y allí no había un joven mirándome. Por mucho que hubiera visto de la vida, Nathaniel había visto cosas que a mí me hubieran roto. O por lo menos inclinado hacia el infierno. Ahuequé su cara entre las manos, y dije:

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Quiero que me hagas el amor —su voz era suave, pero, oh,

demasiado seria.

Traté de hacer una broma de ello.

—No en este momento, espero.

Me ofreció su dulce sonrisa, la que me decía que no iba a permitir que me saliera con la mía.

—No, ahora no, pero pronto.

Me aparté de él, y casi me dio miedo, miedo de una forma en que las armas no pueden ayudar.

—¿Por qué haces esto tan difícil?

—El amor debe ser duro, Anita, o ¿cuál es su valor? Me lo has enseñado todos estos meses en la cama, con tu cuerpo contra el mío y ninguna liberación. Me has enseñado que el amor puede ser duro.

—Lo siento —dije—, no lo entendí hasta ayer.

Se inclinó sobre sus rodillas y se acercó lo suficiente como para besar mi boca.

—No lo sientas, haz el amor conmigo.

Mi voz era temblorosa cuando le dije:

—Ahora mismo no.

—No —y sopló contra mis labios—, pero pronto. —Me dio un beso, un toque casto en los labios, luego se levantó y se alejó para darme algo de espacio.

Le vi moverse por la habitación hacia la puerta.

—Voy a decirles que estamos bien.

Asentí con la cabeza, porque no me fiaba de mi voz. Me había dado espacio, físicamente, pero emocionalmente, emocionalmente, no me había dado ningún espacio en absoluto. Esperé a que el pánico se instaurase, pero no fue así. Lo que vino fue el recuerdo de él dentro de mi cuerpo y el pensamiento de lo que podría ser tenerle derramándose en mi interior.



Había estado bastante alterada, y esto había llevado bastante tiempo, una parte de mí deseaba que hubiera una puerta para regresar directamente a mi oficina. Pero no la había, así que no podía irme a ella cabizbaja, incluso si hubiera estado dispuesta a hacerlo. Además, si Bert sospechaba alguna vez que esto me había molestado, lo usaría en mi contra. Trataría de obtener alguna ventaja en el juego de superioridad que Bert y yo nos traíamos entre manos desde hace años. El único remedio era poner cara audaz. Suspiré.

Me pasé los dedos por el pelo, que es todo lo que debes hacer cuando tu pelo es rizado como el mío. Cepillarlo sólo consigue que el pelo se encrespe. Revisé mi maquillaje en el pequeño espejo que tenía desde hace poco en el escritorio. El problema de vestir de forma más femenina era que te forzaba a ser cuidadosa. Una vez que te pones la barra de labios, tienes que revisarla de forma periódica para asegurarte de que no se ha corrido como el maquillaje de un payaso. Me gustaba cómo me quedaba el lápiz de

labios, pero odiaba tener que pensar en ello.

La sombra de ojos había sobrevivido bastante bien, pero el lápiz de labios se había corrido bastante alrededor de mi boca. De nuevo, estaba agradecida de que la alfombra fuera oscura. Un lápiz de labios rojo pálido sobre una alfombra clara habría parecido extraño. En el color marrón oscuro no se veía.

Usé algo de desmaquillador, que se suponía que era para el maquillaje de ojos, pero me pareció que funcionaba perfectamente con el pintalabios. Usé una toallita húmeda para eliminarlo completamente y luego tuve que volver a aplicar el lápiz labial. ¿Ves cuántos problemas? Era feliz de no tener la costumbre de usar base de maquillaje. Habría sido una putada limpiar eso de la alfombra.

Cuando mi boca estuvo tan roja como cuando todo empezó, puse todo de nuevo en el cajón del escritorio, me levanté, me arreglé la falda, respiré hondo, y me dirigí hacia la puerta. Con todo lo que me había sucedido en las últimas veinticuatro horas, tener que hacer frente a Bert requería más valor que estar bonita. No se folla en el trabajo. Simplemente no se hace. Es ordinario decirlo, eso cuanto menos. Mierda.

Cuando salí a la zona de recepción, me llevé una sorpresa. Parecía que nadie había estado teniendo relaciones sexuales. Los gritos habían sido lo suficientemente violentos como para que todo el mundo supusiera que había sido una batalla sangrienta, o algo parecido. Y el hecho de que, tanto Nathaniel como yo, regresáramos más ensangrentados que cuando empezamos ayudaba. María se había sentado en su silla de oficina. Estaba preparando vendajes, mientras Nathaniel se limpiaba las heridas de la mano. Eran profundas, sangrientas marcas de uñas. Tiempo atrás, hubiera dicho que parecía como si le hubiese atacado un leopardo, pero había visto el daño real que podían hacer los leopardos, y ahora lo comprendía mejor. Sin embargo, estaba realmente asombrada de haberle causado tanto daño. Me quedé de pie cerca de él.

—Lo siento —dije.

—No estoy enfadado.

Estando tan cerca podía ver que, la parte frontal de los nudillos de ambas manos, estaba también en carne viva. Fruncí el ceño.

—Yo no te hice lo de los nudillos.

—Quemaduras de la alfombra —dijo.

Miré los ensangrentados arañazos e hice una mueca.

—Au —dije.

—No importa —contestó.

María me miró.

—La mujer y el hombre están con Bert. No se irán sin las cosas de su hijo. —Parecía enfadada—. No puedo creer que te maltrataran de esa manera.

Me pasé la lengua por el borde del labio, por el lugar en el que Steve Brown me había pegado, y me di cuenta de que estaba curado. Me había puesto el lápiz labial y no me había dolido. Mierda, y ¡guau! Un efecto muy positivo. Era bueno que hubiera aspectos positivos. Me toqué la mejilla dónde Bárbara Brown me había arañado, y aún me dolía. No lo había visto en un espejo, pero probablemente tuviera peor aspecto hace una hora.

—Voy a ayudarte a limpiarte eso cuando haya terminado con tu amigo —dijo María sin rastro de sarcasmo. *Amigo*, sin doble sentido. No eran sólo sus habilidades escribiendo a máquina las que habían mantenido a María como nuestra secretaria habitual. Tenía un verdadero don para tomarse las cosas con calma. Tenía a Nathaniel sujetándose una gasa sobre la mano mientras le vendaba. No se había puesto guantes quirúrgicos. No podía recordar si le había dicho lo que era Nathaniel o no. En forma humana no era contagioso, pero probablemente tenía el derecho de saberlo. Como si estuviera leyendo mi mente, Nathaniel dijo:

—Intenté que me dejara limpiármelo yo mismo.

María me miró.

—Me lo dijo —parecía buscar una palabra—, me lo contó, y le dije que no me puede contagiar la licantrópía mientras esté en forma humana.

Nathaniel me miró con esos grandes ojos. La mirada decía, *lo intenté*.

—Tienes razón, María, en forma humana no hay contagio.

Sonrió a Nathaniel de una manera muy maternal.

—¿Ves?

—La mayoría de la gente no quiere correr el riesgo —dijo él en voz baja.

María terminó de vendarle la mano y le dio una palmadita en el hombro.

—La mayoría de la gente simplemente es idiota.

Él le sonrió, pero sus ojos seguían dolidos. La mayoría de la gente era idiota. Ella no tenía ni idea. Supongo que yo tampoco, en realidad. Había

empezado a enfrentarme a las reacciones de la gente que pensaba que yo era un licántropo. Pero no había vivido con eso durante años de la forma en que lo había hecho Nathaniel.

María se volvió hacia mí, tocando mi mejilla suavemente. Movié la cabeza.

—Quise avisar a la policía. Es suficiente para presentar cargos por asalto.

Comenzó secándome los arañazos. Debía de haber puesto un poco de alcohol, porque picaba. Tomé una respiración profunda para no hacer una mueca de dolor.

—No quiero presentar cargos.

—¿Sientes pena por ellos? —preguntó ella.

—Sí.

—Eres mejor mujer que yo, Anita.

Sonreí, y la mejilla estaba un poco tirante para eso.

—He causado daños mucho peores que esto, María.

—Nunca con un cliente —dijo.

Lo dejé pasar. Había historias que María no conocía, y eso nos mantenía fuera de la cárcel.

Me frunció el ceño.

—Si no lo supiera bien, diría que tienes poderes curativos.

—Está lo bastante limpio, María, gracias. —La rodeé, dirigiéndome al escritorio y las vendas. Iba a necesitar una gasa más grande que la de la mano de Nathaniel. Por supuesto, mis arañazos probablemente estarían curados para la madrugada, y su mano no. El daño que causé parecía curarse como si otro licántropo o vampiro lo hubiera hecho. Nos habíamos dado cuenta de eso últimamente.

Mary me hizo girarme con una mano en mi hombro.

—Sujeta la gasa en su lugar, y yo te vendaré, al igual que hice para tu amigo. —La mirada en sus ojos, decía claramente que estaba siendo idiota.

Le dejé vendar casi todo el lado izquierdo de mi rostro, justo por debajo del ojo. Bárbara Brown había hecho esto antes, apostaría dinero a eso. Las mujeres trataban en ocasiones de arañar en medio de una pelea, pero la mayoría de ellas no lo hacía bien. Bárbara era buena en esto, como si hubiera practicado antes.

María miró mis uñas rotas.

—¿Te duele tanto como parece?

Nunca sabía cómo contestar a preguntas como esas. Claro que sí, o ¿qué sé yo?

—Duele —dije.

Me entregó una pequeña botella de alcohol.

—Toma, y empápate las manos en el baño hasta que dejen de sangrar.

La miré.

—Diablos, no.

Ella me miró de la forma en que lo hacen los padres.

—Tienes destrozadas la mayor parte de las uñas de ambas manos. ¿Quieres que se infecten?

Pensé en decirle que no podía contraer una infección, pero no lo sabíamos a ciencia cierta. No era realmente un licántropo, y aunque había ganado su capacidad de sanar, no tenía manera de saber si también había conseguido el resto de sus habilidades para mantenerme sana. Sería una imbécil si ignorase los consejos de María y luego perdiese un dedo por la gangrena, o algo así. Pero, maldita sea, esto iba a doler. La puerta de la oficina de Bert se abrió antes de que pudiera correr al baño. Tenía la cara muy solemne, aunque había algo en sus ojos, algunos parpadeos, que no me ofrecían ninguna confianza. No risa contenida, pero algo.

—Anita, ¿quieres presentar cargos por asalto contra los Brown? —Me dijo de forma imperturbable, con voz grave.

Había derrochado una gran cantidad de esfuerzo para hacerme aceptar toda clase de mierda de los clientes, y nunca antes había sugerido presentar cargos. Estudié su rostro, tratando de adivinar hacia dónde se dirigía.

—No, no creo que sea necesario.

Steve Brown apareció por la primera puerta, con el brazo alrededor de su esposa.

—Lo sentimos muchísimo Sra. Blake. Realmente, no sé qué se apoderó de nosotros. Eso fue... inexcusable.

—Gracias por no presentar cargos, Sra. Blake —dijo Bárbara Brown. Había estado llorando, y los últimos restos de maquillaje habían desaparecido. Parecía más vieja que cuando había entrado en mi oficina, y no era sólo por la falta de maquillaje. Era como si lo que había sucedido hubiera extraído un poco más de su vida.

—Sólo necesitamos las cosas de nuestro hijo, y luego nos iremos —dijo él. Tenía un aspecto horrible también. No es que no debiera tener un aspecto horrible, sino que algo más estaba pasando. No sabía qué, pero algo

no estaba bien. Algo más allá de la pena y la vergüenza, y del temor a la policía.

—María les acompañará a la oficina para que recojan sus cosas —dijo Bert.

La cara de María no lograba ocultar por completo su opinión, pero les llevó a mi oficina. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, me acerqué a Bert y le dije en voz baja:

—¿Qué estás haciendo?

Me ofreció una mirada inocente, lo que quería decir que estaba mintiendo.

—¿Qué hiciste, Bert? Sabes que lo averiguaré antes o después, así que dímelo.

Mantuvo ese rostro inocente suyo, esa falsa sinceridad, que seguía en su sitio cuando los Brown volvieron a salir. Tuve una idea. Pero era tan rastrera que no creía que ni siquiera Bert lo hubiera intentado.

—Pretendías llamar a la policía, ¿no?

Me dirigió una mirada de «¿quién yo?» lo que significaba que tenía razón.

—Cogiste su cheque. El cheque de la casa.

—Anita, incluso yo sería incapaz de eso.

—Sí, lo harías, si pensaras que podías salirte con la tuya.

Sus ojos se descongelaron, volviendo a su nivel normal de no sinceridad.

—Vienen hacia aquí, sólo sonrío y sígueme la corriente.

—Bert, sea lo que sea, dime lo que hiciste, o lo voy a mandar todo al infierno.

Agarró mi brazo, algo que nunca había hecho antes, y sonrió por encima de mi cabeza.

—La Sra. Blake necesita un poco más de persuasión para estar de acuerdo con nuestro trato.

—Oh, por favor, Sra. Blake, por favor, no presente cargos. No quiero que aparezca en los periódicos que estoy loco. Nuestras hijas ya han visto bastante mala publicidad sobre nosotros.

Me volví, y hubiera dicho algo, pero Bert me empujó a su oficina y cerró la puerta. A menos que fuera a presentar batalla, no tenía más remedio que dejarle que me maltratara un poco. Se quedó junto a la puerta, de espaldas a ella, como si temiera que fuera a salir disparada.

—Anita, esto es justo.

—¿Qué es justo? —dije, y mi voz ya se estaba calentando, preparada para sonar cabreada.

—Podríamos presentar cargos contra ellos —dijo.

—Pero no lo vamos a hacer —dije yo.

—Pero podemos.

—Bert, dime ya la verdad, o aléjate de la puerta.

—Una ventaja, Anita, ellos descargaron el infierno sobre ti. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Cuánto? —dije.

Parecía incómodo.

—¿Cuán... to?

—Diez de los grandes —dijo, y luego añadió a toda prisa—, es dueño de su propia empresa de construcción. Se lo puede permitir, y se pasaron de la raya.

Negué con la cabeza.

—Bert, eres un hijo de puta.

—La mujer me ofreció el cheque de la refinanciación de la casa cuando comencé a hablar de presentar cargos. No lo pedí. Así que no soy tan hijo de puta como crees que soy.

—No se puede aceptar dinero por no presentar cargos. Eso es ilegal.

—No he dicho abiertamente que el dinero fuera por eso. Insinué que, tal vez, pero sé que es mejor que decir algo concreto. Dame un poco de crédito.

Me quedé mirándole.

—Tienes el crédito que te mereces, Bert. Si se tranquilizan y le cuentan a la policía lo que hiciste, ¿para qué vas a decir que era el dinero?

—Un anticipo —dijo.

—No puedo levantar a su hijo, Bert, ni a su novia.

—Al menos ¿puedes hablar con el detective que lleva su caso?

—¿Y así tú te quedas con el dinero?

—Más que eso, estaba pensando que podrías ofrecer tu experiencia a la policía.

—No soy especialista en asesinatos, Bert, no a menos que haya monstruos de por medio.

—¿Cuenta un asesino en serie como un monstruo? —preguntó.

—¿De qué estás hablando?

—Su hijo y su cita fueron los primeros, pero no los últimos. Mató a un par más al año siguiente.

—¿Están seguros de que era la misma persona? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Será necesario hablar con la policía sobre el caso, y para eso necesitarás el permiso de los padres ya que, como has señalado, no es un delito sobre el que tengas jurisdicción. —Estuvo a punto de sonreír.

—Voy a hacer un trato contigo, jefe. Voy a hablar con el policía a cargo. Si ellos piensan que saben quién es, pero no tienen pruebas, entonces no puedo ayudar, pero si están perdidos, entonces tengo una idea.

Bert sonrió ampliamente.

—Sabía que lo harías.

—Pero si mi idea fracasa, y no consiguen nada con esto, les extenderás un cheque personal por valor de diez mil dólares.

—Anita, sólo les devolveré su dinero.

Negué con la cabeza.

—No, un cheque personal por diez mil dólares.

—No me puedes hacer esto —dijo.

—Pero puedo empezar una campaña para patear tu culo fuera de aquí. No sabes una mierda de resucitar a los muertos, de crímenes, o de vampiros. Eres el hombre del dinero. Pero no eres el único hombre del dinero en el mundo, ¿verdad?

—Anita... lo dices en serio —dijo, y parecía sorprendido.

—Acabas de estafar a esta gente por diez mil dólares, Bert. Me hace preguntarme ¿qué otras cosas has hecho? Me pregunto si necesitamos una auditoria.

Si estaba enfadando, se veía en sus ojos y en la línea firme de su boca.

—Eso está fuera de límites. Nunca he engañado a nadie en esta empresa.

—Tal vez, pero sí un hombre engaña de una forma, engañará de otra.

—No puedo creer que me acuses de eso.

—No, lo que no puedo creer es que no me haya planteado esto antes —dije.

Su rostro se oscurecía por el esfuerzo para no estallar. Se podía ver el aumento de su presión arterial.

—Una auditoria y estaré acabado.

—Te propongo un trato, Bert. Me conformo con que les des de nuevo

su cheque, en lugar de un cheque personal tuyo, pero tienes que parar esta mierda. Ganamos suficiente dinero, Bert, no tienes que engañar a la gente.

—Ellos ofrecieron el dinero. Yo no lo pedí.

—No, pero apuesto a que hiciste que lo pensarán. No se lo dirías directamente, como dices, pero pusiste la idea ahí, de alguna manera les hiciste pensar en ello.

Abrió la boca, la cerró, y luego se apoyó contra la puerta.

—Tal vez lo hice, pero, Anita, ellos me lo pusieron muy fácil.

—Y tú simplemente no pudiste resistir la tentación, ¿verdad?

Dejó escapar el aliento con un lento movimiento de hombros.

—Perdí la cabeza, un poco.

Negué con la cabeza y casi se rió.

—No más perder la cabeza, Bert, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré, pero no puedo prometer nada. No me creerías.

Me reí.

—No puedo discutir eso.

—¿Quieres que rompa el cheque ahora?

Le miré a la cara, en busca de las señales del dolor que generalmente le provocaba desprenderse del dinero, pero lo único que vi fue resignación, como si ya hubiera dado el dinero por perdido.

—Todavía no.

Miró hacia arriba, la esperanza asomando momentáneamente en sus ojos claros.

—No te emociones. Es una delgada y diminuta esperanza, pero si ayuda a conducir a la policía a algo que pueda ayudar, entonces habremos ganado algo de dinero. Si no es así, entonces podemos devolver el dinero.

—¿Quiero saber cuál es tu plan? —Lo que estaba preguntado era, ¿es ilegal? Y no quería saberlo, para ser capaz de negarlo más tarde. Bert sabía que yo había atravesado líneas que me conseguirían tiempo en la cárcel, sino una pena de muerte. Sabía que él era una especie de estafador, un timador, pero él sabía, o sospechaba, que yo podría haber asesinado a sangre fría. Había jefes que no podrían haber manejado esa duda, o ese casi conocimiento. Nos pusimos de pie, nuestras miradas se encontraron, y llegamos a un entendimiento, ambos.

—Voy a ver si los policías pueden traer algunas de las ropas del muchacho para que Evans les eche un vistazo.

—¿El clarividente que intentó amputarse sus propias manos? —Hizo

una mueca cuando lo dijo.

—Ya ha salido del hospital —dije.

Frunció el ceño.

—¿Pero no dicen los periódicos que trató de cortarse las manos, para no ver asesinatos y violencia cada vez que tocaba algo?

Asentí con la cabeza.

—Anita, nunca pensé que diría esto, pero deja al pobre tipo en paz. Voy a devolver el dinero.

Entrecerré los ojos mirándole. ¿Estaba siendo amable conmigo con la intención de engañarme? ¿Acaso lo había dicho en serio? En voz alta, le dije:

—Evans se siente mejor de lo que ha estado en años. Está aceptando clientes de nuevo.

Bert me miró, y su aspecto no era totalmente amigable.

—Ese hombre ha tratado de suicidarse para no ver estas cosas, y tú quieres que toque los objetos del caso de un asesino en serie que despedazó a una agradable pareja de adolescentes. Eso es cruel, Anita, eso es verdaderamente cruel.

—Evans se puso a sí mismo de nuevo en el mercado, Bert, no yo. Está casado ahora, y mucho más relajado de lo que nunca antes ha estado.

—El amor puede ser grande, Anita, pero no lo cura todo.

—No —dije—, no lo hace. —Lo que no traté de explicarle a Bert era que la nueva esposa de Evans era un agujero negro de proyección psíquica. Anulaba la mayoría de las habilidades psíquicas en varios metros a su alrededor. Evans estaba mucho más tranquilo cerca de ella. Ella realmente le había salvado.

Sus pequeños ojos pálidos se estrecharon al mirarme.

—Ese hombre de fuera, el muchacho, es tu novio.

Asentí con la cabeza.

—¿Sólo tu novio? —preguntó.

—¿Qué otra cosa podría ser, Bert? —Y me tocó el turno de poner cara de inocente.

Negó con la cabeza.

—No lo sé, pero los ruidos de tu oficina fueron un espectáculo infernal, y sin ningún tipo de efectos visuales.

No me sonrojé, porque estaba trabajando muy duro para mantener el control de mi cara y de mis ojos.

—¿Realmente lo quieres saber, Bert, o quieres poder negarlo más tarde?

Se quedó allí por un momento, pensando, y luego sacudió la cabeza.

—No necesito saberlo.

—No —dije—, no lo necesitas.

—¿Pero me dirías la verdad, si lo quisiera saber? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué, por qué me la dirías?

—Para ver tu cara —dije, y mi voz era suave, y no del todo agradable.

Tragó saliva y me miró, con la cara un poco más pálida de lo que la tenía un momento antes.

—Sería algo malo, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Pregunta y averígualo.

Sacudió la cabeza otra vez.

—No —dijo—, no.

—Entonces no hagas preguntas cuyas respuestas no quieres conocer —dije.

—No preguntes, no digas —dijo.

Asentí con la cabeza otra vez.

—Exactamente.

Mostró de nuevo esa sonrisa pícara, la sonrisa de yo sé algo que tú no sabes.

—Pero, nos quedamos con los diez mil.

—Por ahora. Si Evans está de acuerdo en ver las pruebas necesitaremos financiación.

—¿Es tan caro?

—Arriesga su cordura y su vida cada vez que toca una pista. Yo haría que la gente pagara bien por eso, ¿verdad?

Una luz brilló en los ojos de Bert.

—¿Tiene un agente de negocios?

—Bert —dije.

—Sólo estaba preguntando, sólo preguntaba.

Tuve que sacudir la cabeza y darme por vencida. Bert era un verdadero genio para hacer dinero con los dones psíquicos que los demás consideraban como maldiciones. ¿Sería tan malo si pudiera ayudar a Evans a ganar más dinero? No, pero me preguntaba si Bert entendía que Evans era

uno de los clarividentes por tacto más poderosos del mundo. Rozar a otra persona con su dedo le diría más sobre esa persona de lo que la mayoría de la gente nunca sabría. Bert probablemente se ofrecería a estrecharle la mano, y el acuerdo se vendría abajo. Yo sólo sospechaba lo que era Bert. Con un solo toque, Evans lo sabría a ciencia cierta. En cierto modo, si Evans no saliera corriendo y gritando sería tranquilizador para mí. Nunca me ofrecía a estrechar la mano de Evans. Uno, nunca ofrezcas la mano para tocar a un clarividente, mala idea. Dos, Evans había rozado mi cuerpo antes, por accidente, y no le había gustado lo que vio. ¿Quién era yo para lanzar piedras a Bert, cuando podría pasar el radar de Evans ileso, y yo por el contrario me hundiría en llamas sangrientas?



El resto de las citas de la tarde fueron malditamente aburridas comparadas con los Brown. Gracias a Dios. Nathaniel se sentó, silencioso, en un rincón de mi oficina, por si acaso. Bert no discutió. Había tenido dos citas con abogados, para discutir voluntades y otros asuntos reservados. Se habían opuesto a la presencia de Nathaniel, pero les había dicho que, legalmente, su conversación conmigo no era privilegiada, así que, por qué les importaba. Legalmente tenía razón, y los abogados odian cuando un no-abogado tiene razón. O por lo menos, los que conozco suelen sentirse malhumorados por ello. Entonces, habían querido saber quién era, y por qué había conseguido sentarse en sus reuniones.

Contesté al primero, deseaban esta reunión, o lo dejaban ir. Los segundos no lo dejaron ir. Los dedos me dolían donde me había hincado las uñas. Mi cara dolía como si se estuviera curando. Mi orgullo estaba dolido por haber tenido relaciones sexuales en la oficina. No estaba contenta, así

que dije la verdad.

—Está aquí por si se da el caso de que necesite mantener relaciones sexuales. —Sonreí cuando lo dije, y sabía que no había alcanzado mis ojos, pero no me importaba.

Nathaniel se había reído, y había hecho cuanto había podido para convertirlo en una tos. El abogado, por supuesto, no me creyó.

—Es una pregunta perfectamente legítima, Sra. Blake. Tengo todo el derecho de proteger a mi cliente y sus intereses. No tiene que insultarnos con mentiras ridículas.

Entonces dejé de insultarle con mentiras, y fuimos al asunto.

Cada cliente, o grupo de clientes, tuvo que preguntar por Nathaniel. Les dije que era de todo, desde ayuda doméstica a amante, recadero, secretario personal. Nadie aceptó ninguna de mis respuestas. Dejé de importarme mucho antes de que terminara de ver clientes. Comencé a decir la verdad otra vez, y los dos nuevos grupos a los que se lo dije se sintieron insultados. Mentiras ofensivas, lo llamaron. Trata decir la verdad, y nadie te cree.

Lo que había querido decir toda la tarde es que había sido mi bestia. Tenía un licántropo allí, y no conseguimos cinco minutos de paz para empezar la discusión. Tenía tantas preguntas, y no tenía tiempo para hacerlas. Quizás por eso estaba tan malhumorada con los clientes. Quizás, o quizás solo estaba malhumorada. Aún no estoy segura a veces.

Eran las siete en punto cuando subimos al Jeep. Bert había pasado mi cita de las 7:30 en el cementerio a Manny, sin preguntarme. Se disculpó por haberme sobrecontratado. Siempre me sobrecontrataba, y nunca se había disculpado antes. Creo que, el darse cuenta de que podría convocar una votación y conseguir patearle el culo, le había vuelto un chico agradable. O quizás fue darse cuenta que cualquiera de nosotros podría convocar una votación y echarle. Si Bert tenía alguna debilidad era asumir que nosotros no teníamos un título y no comprendíamos el negocio. Un pequeño temor no siempre es algo malo. De hecho, puede ser categóricamente terapéutico para algunas personas. No esperaba que la versión agradable de Bert durara, pero disfrutaría de ello mientras pudiera.

Giré en Olive hacia la ciudad. Tenía el tiempo justo para dejar a Nathaniel en *Placeres Prohibidos* y llegar, con sólo quince minutos de retraso, a la que era ahora mi primera cita exterior de la tarde.

—¿Adónde vas? —preguntó Nathaniel.

—A *Placeres Prohibidos* —dije.

—Necesitas comer antes.

Le miré cuando ralenticé para una ligera parada.

—No tengo tiempo para comer.

—¿Sabes que cuándo no alimentas un hambre las otras se hacen peores? —Su voz fue demasiado apacible cuando lo preguntó, pero había comenzado a desconfiar en ese tono apacible en particular. Generalmente quería decir que tenía un punto, y que tenía razón, y si me limitaba a aceptarlo, finalmente comprobaría que tenía razón. Eso significaba, por regla general, que la discusión estaba perdida antes de que hubiera empezado. Pero nunca consideré la derrota una razón para no oponer resistencia.

—Sí, lo sé. Si niego el *ardeur* la bestia desea carne, o el vampiro desea sangre. Todo eso lo sé.

—Es lo qué ocurre si no alimentas tu estómago humano, que sigues hambrienta, ¿correcto?

El semáforo cambió, y seguí adelante. El tráfico de la noche de sábado en Olive era siempre abundante.

—Sí —dije. Estaba buscando la artimaña, y no la vi.

—Así que si tu cuerpo tiene hambre lo normal es alimentarlo, entonces ¿eso no hace que todas las demás hambres empeoren?

Casi golpeé el coche delante de mí, porque estaba mirándole fijamente. Tuve que pisar los frenos y aguantar el trombo del golpe, y, si no hubiera estado tan oscuro, estoy segura de que habría visto algunos gestos de mano.

—¿Qué has dicho?

—Ya me oíste, Anita. —Suspiré y empecé a prestar más atención al tráfico. Pero por dentro me pateaba, porque había sido tan simple. Tan terriblemente sencillo—. No como regularmente cuando estoy trabajando, y eso generalmente significa que corro a casa con el *ardeur* cabalgándome cada noche.

—A veces dos veces en una noche —dijo—. ¿Cuánto comes en esas noches? Alimento de verdad, quiero decir.

Traté de pensar, y por último tuve que decir:

—A veces nada.

—Sería interesante si mantuvieras un diario de comidas, para ver si hay una correlación entre matar de hambre a tu cuerpo humano y la subida de las otras hambres.

—Hablas como si ya lo supieras —dije.

—¿No has notado que los licántropos cocinan y comen?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. —Pensé sobre ello. Richard cocinaba, o me llevaba a cenar fuera o quería cocinar para mí. Micah cocinaba, aunque Nathaniel lo hacía más a menudo. Generalmente, teníamos la casa llena de seres leopardos por lo menos para una comida al día.

—¿Quieres decir que hay una razón para que todos los licántropos con los que he salido hayan sido domésticamente talentosos?

Asintió.

—Necesitamos mantener una dieta bastante equilibrada, pesada en proteínas. Ayuda a mantener a la bestia dentro de los límites.

Le miré, y en la oscuridad cercana de las farolas, estaba en su mayor parte en la sombra. Su camisa lavanda era lo más claro en él.

—¿Por qué no me lo mencionó alguien antes?

—Hemos estado intentando que seas mayormente humana, Anita. Pero lo que vi hoy... —Pareció estar buscando las palabras. Finalmente dijo—: Si no supiera que eres humana y que no puedes deshacerte de tu piel y ser un verdadero leopardo, pensaría que eres uno de nosotros. La manera en que te sentías, la manera en que luchaste, la manera en que olías, todo pertenecía a un cambiaformas. No era apagado como en un humano. Gira en el aparcamiento, aquí —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque necesitamos hablar.

No me gustó como sonaba eso, pero giré en el paseo del centro comercial que había al final de Culpeppers. Aparqué en el primer espacio que encontré, que estaba muy lejos de cualquier restaurante. La mayor parte de las tiendas estaban a oscuras y cerradas. Cuando apagué el motor, el mundo estuvo de repente muy silencioso. El tráfico en Olive todavía era complicado, y a lo lejos se oía música de uno de los restaurantes, pero dentro del Jeep estaba tranquilo. Era ese silencio que consigues en el interior de un coche después del anochecer. Con solo girar una llave, el espacio dentro del coche se convertía en algo privado, íntimo.

Giré para encararle, y tuve que luchar contra el cinturón de seguridad, pero no estaba cómoda si me lo quitaba antes de estar lista para salir del coche.

—Pues, habla —dije, y mi voz sonó casi normal.

Giró en su asiento todo lo que su cinturón de seguridad le permitió.

Conocía mi obsesión con los cinturones de seguridad. Me encaró, usando una rodilla para sostenerse contra el salpicadero.

—Te hemos estado tratando como si fueras humana, y ahora me pregunto si teníamos razón.

—¿Quieres decir que voy a cambiar porque estoy en un nuevo triunvirato?

Sacudió la cabeza, y su larga trenza se deslizó sobre su cadera como un pesado animal.

—Quizás lo que sucedió es que eso lo ha hecho empeorar, pero creo que una de las razones por las que no has podido conseguir un asidero en el *ardeur* es que has estado siguiendo casi todos los consejos de un vampiro. No necesitan comer, Anita. Sólo sienten lujuria de sangre y el *ardeur* de Jean-Claude. Un licántropo no deja de ser un humano. Todavía tienes que comer como una persona, sólo tienes que añadir el hambre de la bestia, pero no pierdes el hambre, sólo tienes que añadirlo.

Pensé en ello.

—¿Quieres decir que luchar contra las punzadas de hambre normales, hace más duro luchar contra el *ardeur*?

Asintió, y su pelo se deslizó otra vez sobre su cadera, como si la trenza se moviera más cerca de mí.

—Sí.

Pensé en ello, y parecía totalmente lógico.

—Vale, digamos que tienes razón, ¿qué hago? Todavía voy con retraso esta noche. Generalmente voy con retraso.

—Esta noche pasamos por una ventanilla de conductores. Consigue algo fácil de comer detrás del volante, y yo consigo una ensalada.

Le fruncí el ceño.

—¿Una ensalada, por qué? La mayoría de las ensaladas de las ventanillas están pasadas.

—Tengo que comer antes de irme esta noche.

—Así podrás controlar mejor a tu bestia —dije.

—Sí.

—¿Pero por qué una ensalada? Pensaba que necesitabas proteínas.

—Si vas a quitarte toda la ropa delate de extraños, consigue una ensalada.

—Una hamburguesa unas pocas horas antes de hacerlo no te hará engordar.

—No, pero quizás me hinche.

—Pensaba que sólo las chicas hacían eso.

—No.

—Así que vas a comer una ensalada para verte bien esta noche —dije.

Asintió, y su pelo resbaló sobre el borde de su pierna y a través de la palanca de cambios. Tuve un pavoroso impulso de tocar esa pesada tira de pelo. Una voz pequeña en la cabeza dijo, ¿por qué no? Después de lo que habíamos hecho esta tarde, que era un pequeño toque en el pelo. Lógico, pero la lógica no tenía mucho que ver con cómo actuaba con Nathaniel. Sujeté mis manos juntas en mi regazo para evitar tocarle, y me sentí tonta. ¿Qué demonios hacía? Levanté una mano hacia ese pesado rizo de pelo y lo acaricie, como si con él fuera más íntimo de lo que era. El pelo era suave y cálido. Acaricié su pelo mientras hablaba.

—La bestia no está en conflicto con nada, ¿verdad?

—No —dijo, y su voz era fuerte y suave en la tranquila oscuridad.

Comencé a tirar de su trenza, suavemente alrededor de su cuerpo donde la punta se había deslizado.

—No es justo que luches con el hambre por la carne y el hueso, ¿verdad?

—No —dijo.

Llegué al final de su trenza y la extendí en mis manos.

—Pensaba que el hambre era la bestia. Ese deseo de perseguir y alimentarme, pensaba que eso era todo.

—¿Y ahora? —preguntó.

Golpeé la punta de su trenza en la palma de mi mano, y sólo eso me hizo estremecerme. Mi voz era inestable cuando dije:

—Richard siempre hablaba de su bestia como si todo fuera su más despreciable impulso, ya sabes, lujuria, pereza, los pecados tradicionales, pero pecar implica un conocimiento del bien y del mal. No había bien ni mal, no había nada parecido al pensamiento normal. No había comprendido realmente que todos mis pensamientos estaban basados en cosas. Siempre he pensado en cómo una cosa afecta a otra. Las consecuencias de las acciones. —Levanté más su trenza en mis brazos, y era como sujetar una serpiente, una serpiente suave y gruesa. Reuní el pelo en mis brazos y me permití abrazarlo contra mi cuerpo. Estaba acerca del límite del cinturón de seguridad, y quise estar más cerca de él. El cinturón de seguridad seguía allí.

Estaba abrazada a su trenza sobre de mi pecho cuando dije:

—Dejé de pensar en la pena de los Brown, en su hijo muerto. No fue que eligiera ignorarlo. No estaba siendo profesional, es solo que no tenía cabida en mi mente. Únicamente importaba que ellos me hacían daño, y me enfadé, pero la locura se transformó directamente en hambre. Si los mataba y me los comía, entonces ya no me podrían hacerme daño, y estaba hambrienta. —Encontré sus ojos con esa última palabra.

El reflejo de un rastro de luz hizo que sus ojos brillaran por un momento, como los ojos de un gato en la luz de una linterna. Giró la cabeza, y desapareció, sus ojos perdidos otra vez en las sombras. Al girar la cabeza tiró de su pelo, y tuve un segundo para decidir si dejarlo ir o seguir sujetándole. Lo mantuve, y eso creó una tensión en la línea de su pelo, una tensión que era como tirar de una cuerda sabiendo que estaba fuertemente sujeta.

Su voz estaba un poco entrecortada cuando dijo:

—Siempre tienes hambre cuando cambias de forma por primera vez, especialmente si eres nuevo.

—¿Cómo evitas desgarrar a la multitud en el club? —pregunté, y mi voz era también un poco inestable.

Se alejó de mí, aumentando la tensión del pelo, más fuerte.

—Canalizando el hambre hacia el sexo en vez de la comida. No te comes a tu pareja. Si lo puedes follar, no es comida. —Su voz era más baja, no más profunda exactamente, sino más baja.

—¿Así es como evité comerme a alguien? No pensaba en sexo con los Brown.

—Al principio solo es hambre, pero después de unas pocas lunas llenas, puedes pensar, pero no piensas como una persona. Piensas como tu animal. Unas pocas lunas llenas más, después de eso, y puedes escoger pensar por ti mismo o en forma animal.

—¿Escoger? —dije, y comencé a arrastrarle hacia mí, utilizando su trenza como una cuerda, pero esa cuerda estaba conectada a su cráneo, y él no vino fácilmente. Comenzó a tirar contra mí, y supe que tenía que doler un poco.

Su voz fue baja y suave.

—Algunas personas disfrutan de la pureza del animal. Como dijiste, sin ningún conflicto, sin luchas interiores. Solo decides lo que quieres y lo haces.

—Desabrocha tu cinturón de seguridad —dije.

Desabroché su cinturón de seguridad.

Le empujé hacia mí, con su pelo enredado alrededor de mis brazos, como enrollarías una cuerda o una ristra de luces.

—¿Cualquiera puede usar al animal para un tonto, ya sabes, crimen? La mayoría de lo que mantiene a algunas personas en el buen camino es la conciencia. La bestia no tiene nada de eso.

Estaba lo bastante cerca para besarle, su cara más baja que la mía, sujetándole por su trenza un poco hacia un lado.

—El animal es muy práctico, —susurró—. Es por lo que muy pocas personas usan su forma animal cuando cometen asesinato. No me refiero a las matanzas accidentales, donde ellos no tienen el control, sino a los asesinatos deliberados.

Me incliné sobre él.

—Por ejemplo.

—Digamos que tu tío te dejará una fortuna pero debe estar muerto para que puedas heredarla. A menos que tu bestia tenga hambre, no matarás a tu tío por dinero, porque la bestia no comprende el dinero.

Me incliné lo bastante cerca para casi besarle.

—¿Qué comprende la bestia?

Habló con sus labios casi contra los míos.

—Matará a alguien que temes sinceramente, o a alguien que te ha hecho daño, en especial físicamente. La bestia comprende ser golpeada, ser herida.

Casi pregunté si había buscado al hombre que les golpeó a él y a su hermano, pero no lo hice. Había visto sus recuerdos. Si alguien me hubiera hecho eso, ¿qué habría hecho? Cosas malas, lo más probable. Y no quería llenar el coche con heridas y malos recuerdos. Había tenido bastante de esos.

Coloqué un beso en su boca, y él me presiono contra mi asiento. Descubrí que todavía llevaba el cinturón de seguridad, no podía moverme bien. Mis brazos estaban enredados en su trenza lo sentía como si estuviera atada. Tuve un momento de pánico, entonces me relajé. Nathaniel no me haría daño, y era culpa mía que su pelo estuviera donde estaba. No me había abrazado, yo lo había hecho.

Retrocedió lo suficiente para hablar, sus labios acariciaban los míos.

—¿Qué pasa con tus clientes?

Aparté mi cabeza tanto como pude, lo que no era lejos, y dije:

—No estoy ofreciendo follarte aquí y ahora.

—¿No lo haces?

Eso me puso furiosa, aunque no estaba exactamente segura de por qué.

—No, no lo hago. —Empecé a intentar desenredarme de su pelo.

Se apartó con una sonrisa, que se mostró por un instante a la luz.

—Quiero animarte a tocarme. Dios sabe que lo quiero, pero si tiene demasiado que ver con el *ardeur* sin alimentar, y ninguno de nosotros se alimenta, entonces, cuando la noche termine, estarás enfadada contigo misma, y conmigo, y no deseo eso.

Conseguí liberarme en gran parte de su trenza, excepto por la parte que estaba sujeta a la parte de atrás de la Browning. Si no hubiera sido una pistola, habría dado un tirón, pero aún con el seguro puesto, no me fiaba lo suficiente. Los accidentes más estúpidos han conseguido herir a personas. Ni Zerbrowski ni Edward me dejarían jamás vivir con eso. Así que respiré hondo y meforcé a desenroscar con cuidado el pelo de Nathaniel de mi pistola.

Nathaniel se había doblado en su asiento.

—Me encantaría repetir esto en algún momento y lugar en el que no tuviéramos que parar.

Todavía intentaba quitar el pelo de mi pistola. El hecho de que estuviera en su asiento pero el pelo no, indicaba lo larga que era su trenza.

—Tuviste tu oportunidad —dije, y sonaba furiosa.

—No estés enfadada conmigo —dijo—, yo no fui quien se tiró sobre mi regazo.

El último pelo estaba libre de mi pistola. Comencé a lanzarle la punta de su trenza, pero me detuve. Tenía razón. La razón sobre quien lo comenzó. La razón sobre lo furiosa que habría estado si el *ardeur* hubiera subido antes de hacer mi trabajo. Tenía razón. Cuando las personas tienen razón, no deberías enfadarlas. O esa era la nueva teoría.

—Bien, iré a una ventanilla para coches. Me comeré una hamburguesa, tú puedes tener tu ensalada. ¿Te hará eso feliz? —Arranqué el motor y empecé a salir del aparcamiento.

—No, pero conseguiré que ambos trabajemos esta noche. —Sonaba triste.

Le miré cuando maniobré como pude entre los coches aparcados.

—No estés triste.

—No estoy triste —dijo, pero lo sonaba.

—¿Qué pasa?

—Es sólo que me tocaste. No había una emergencia metafísica. El *ardeur* no había subido todavía. La bestia no estaba a la vista en forma alguna. La lujuria no estaba en ninguna parte, y tenía que decir, para. Pero el *ardeur* subirá esta noche, Anita, y tener relaciones sexuales con él no será comida, sólo será una invitación a los problemas. —Apoyó la cabeza contra la ventana. Sus hombros estaban curvados, como si se hubiera encorvado sobre sí mismo.

—Tienes razón sobre el horario y el *ardeur* y la necesidad de comer, Nathaniel. No sé lo que me pasó hace un momento.

Giró para mirarme, y estábamos bajo las brillantes luces halógenas de la calle, así que podía ver su cara con claridad. Me miraba casi con dolor.

—¿No podría haber sido sólo que querías tocarme, es eso tan malo?

Suspiré y me concentré en el camino, porque tenía que hacerlo. Pero también, porque eso me dio tiempo para pensar. No giramos de vuelta al camino que habíamos emprendido, sino que esta vez sabía que iríamos a la ventanilla para coches de McDonalds. Honesto.

Finalmente hice lo único en que pude pensar para eliminar esa mirada miserable de su cara. Toqué su muslo, porque era la única parte de él que podía alcanzar fácilmente. Se había alejado tanto en su asiento que no podía alcanzarle sin estirarme. Estaba conduciendo, y eso tenía prioridad sobre ofrecer consuelo, aun cuando la culpa era mía por decir cosas estúpidas. Toqué su pierna, suave, tentativamente. No siempre era buena tocando cuando el sexo no estaba implicado. Intentaba mejorar en eso, pero el proceso de aprendizaje parecía subir y bajar dependiendo de mi humor, o de la otra persona.

Tocó mi mano con sus dedos. Agarré con mi mano la suya, los ojos todavía en la carretera. Dejó su mano en la mía.

—Lo siento, Nathaniel. Siento ser tal imbécil a veces.

Apretó mi mano, y cuando le miré, me sonreía. Esa sonrisa valía mucho más que el que cogiera mi mano.

—Está bien —dijo.

—Noté que no estás en desacuerdo con que soy imbécil.

Se rió.

—No me gusta cuando mientes.

Le miré fijamente durante un segundo, abrí la boca, entonces volví a

mirar el tráfico.

—No puedo creer que dijeras eso.

Se rió, tan fuerte que las manos se sacudieron arriba y abajo sobre su pierna.

—Ni yo tampoco —dijo.

Pero no me enfadé. Cuando has sido una imbécil con alguien que te importa, debes admitirlo, seguir adelante, e intentar no hacerlo otra vez.



Casi no había aparcamiento en The Landing. Las calles eran estrechas, y la mayoría estaban pavimentadas. Era muy pintoresco, pero las calles estaban previstas inicialmente para caballos, no para coches, y eso se notaba. No había estacionamiento para los trabajadores de Placeres Prohibidos, porque no había espacio. Así que tuve que estacionar el Jeep a varias casas de distancia, y empezamos a caminar, Nathaniel me tocó el brazo poco antes de llegar al letrero de neón color rojo sangre de la entrada principal. Me llevó por un callejón que ni siquiera sabía que estaba allí. Quiero decir, sabía que estaba allí, pero no a dónde conducía. Realmente nunca había pensado que debía existir una entrada para artistas, igual que en El Circo de los Malditos.

El callejón era un callejón, lo que significaba que era estrecho, apocado y no tan limpio como me gustaría, ni tan bien iluminado, lo que hacía que mi claustrofobia se quejara. No mucho, pero lo suficiente para hacerme

saber que, cualquier callejón en el que pudiera tocar ambas paredes, era demasiado estrecho para ser cómodo.

Hubiera preferido dejar a Nathaniel en el club y correr a mi próxima cita, pero una llamada a mi teléfono móvil había liberado mi horario. Mi segunda cita de la noche, ahora la primera, se había cancelado. María dijo que el abogado le había dicho que tenía que atender a un cliente inesperado. Traducción: necesitaba rescatar a alguien. No necesariamente era esa la explicación, pero era la más segura. Había mejorado en la traducción de abogados en los últimos años, aunque no en la jerga jurídica. La jerga estaba destinada a ser tan poco clara como fuera posible, y eso era bueno en tu trabajo.

Así que de repente mi primera cita de la noche era a las nueve y tenía tiempo de acompañar a Nathaniel al interior y hablar con Jean-Claude. Dios sabe que habíamos tenido charla suficiente. Así es como llegué a estar caminando por un callejón, siguiendo muy de cerca a Nathaniel. Sus hombros casi rozaban las paredes. No creo que Dolph hubiera cabido en absoluto. Nathaniel vaciló, y no pude ver a su alrededor, pero su postura me hizo saber que algo andaba mal. Voces de mujeres, gritando emocionadas, decían:

—¡Brandon, Brandon!

Saludó y se volvió hacia un lado por lo que pude ver más allá de su pecho. Había un grupo de mujeres junto a los escalones que conducían a una puerta brillantemente iluminada.

Me acerque a él y le susurré:

—¿Por qué tengo la impresión de que tú eres Brandon, y que se supone que ellas no deben estar aquí?

Me devolvió el susurro, sonriendo y saludando a las mujeres, que estaban empezando a bajar las escaleras, tratando de decidir si acercarse.

—Mi nombre artístico, y no. Se supone que seguridad debería mantener limpia este área. —Comenzó a caminar hacia ellas.

Le agarré del brazo.

—¿No deberíamos regresar por dónde vinimos?

—Probablemente sólo quieren un autógrafo, o tocarme. Probablemente va a estar bien.

—Probablemente —dije.

Me acarició la mano.

—Si te digo que estoy seguro de que no se va a poner feo, entonces

estaría mintiendo, pero probablemente no son ningún peligro.

—Me sentiría mejor si regresáramos —dije.

—No —dijo, y sonó muy firme—. Estas son mis fans, Anita, y es mi trabajo. Voy a sonreír y hablar con ellas, y puedes pretender ser mi guardaespaldas, o ser de seguridad, pero es mal negocio para ti ser mi novia. Puede dañar la ilusión.

—¿La ilusión? —pregunté.

Él sonrió.

—La posibilidad de que puedan tener algo conmigo.

Le dirigí un largo parpadeo, lo que significaba que había recibido más información de la que necesitaba y no sabía qué hacer con ella.

—Muy bien —dije—, voy a ser de seguridad. —En esa posición me sentía cómoda. Podría manejarla. Por supuesto, podría.

Me dejó ir delante, porque eso es lo que haría si fuese de seguridad. No trataría de discutir, siempre y cuando pudiera saludar y sonreír por encima de mi cabeza. Luché por mantener la cara seria y no malhumorada, pero creo que fracasé.

Había cuatro de ellas: dos rubias, una morena y una con el pelo tan negro como el mío. Aunque podría asegurar que salió de una botella, porque era demasiado sólido y completamente negro, sin brillo. Se suponía que el pelo negro no debía parecer como si se derramara tinta negra en tu cabeza, pero de nuevo, tal vez se debía a mi mal humor.

Nathaniel, alias Brandon, charló con las mujeres como un profesional. Las dos rubias eran habituales, al parecer.

—Nos entusiasmos tanto cuando recibimos el correo avisando que estarías aquí esta noche —dijo una. Continuaba acariciando su brazo mientras hablaba. Habían traído una amiga, la del pelo negro, que era nueva, pero había visto sus fotos en el sitio Web del club. No sabía que había un sitio Web de Placeres Prohibidos. Por supuesto, ni siquiera tengo un ordenador, así que no era de mi incumbencia.

Pelinegra, dijo con una voz entrecortada por el nerviosismo.

—Tus fotografías son increíbles. —Le miró con una mirada furtiva, como si tuviera miedo de mirarle de frente. Una de las rubias saco una libreta de autógrafos para la Pelinegra, que decía ser demasiado tímida para hacerlo ella misma.

La morena no se unió a la algarabía. Me miraba, y no de manera agradable.

—¿Quién es ella? —preguntó.

Estaba de pie junto a la puerta, en la parte superior de los escalones, las manos sueltas a los lados, tratando de parecer un guardaespaldas, aparentemente sin lograrlo. Mi atuendo de minifalda azul y blusa negra, con botas de tacón alto, no se parecían mucho a los uniformes de seguridad.

—Seguridad —dijo sonriendo, y firmando el libro de autógrafos de Pelinegra.

—No tiene aspecto de seguridad —dijo la morena.

—Soy nueva —dije.

La morena me miró como si no me creyera. Se cruzó de brazos por debajo de sus pequeños y apretados pechos y me miró.

Le sonreí dulcemente.

Ella profundizó su ceño e hizo que aparecieran pequeñas líneas entre sus cejas. Me sentí mejor.

Nathaniel me dirigió una mirada tan clara como si hubiese hablado.

—Sé amable. —Estaba siendo amable. Sonreí y me puse firme y dejé que las rubias tocaran sus brazos, su espalda, pero cuando una de ella le dio unas palmaditas en el culo, eso fue todo.

Me aparté de la pared, y dije:

—Señoras, Brandon tiene que entrar y prepararse para su actuación. — Me las arreglé para seguir sonriendo, incluso cuando una de las rubias le echó los brazos alrededor del cuello y le besó en la mejilla. Entonces la otra rubia le agarró y le besó en la otra mejilla.

Le tomé del brazo y le moví hacia atrás, lo suficiente como para poder abrir la puerta. Las dos mujeres seguían aferradas a él. Pelinegra estaba ruborizada, y la morena todavía estaba con el ceño fruncido hacia mí. Seguía conservando mi sonrisa, aunque me sentiría más cómoda con una mueca.

Nathaniel dijo.

—Beth, Ann, Patty, si no me dejáis ir, no podré subir al escenario.

—Quédate aquí con nosotros, y no nos importará —dijo uno de ellas.

Miré detrás de mí y vi a un hombre de camisa negra. Era Buzz, el vampiro que normalmente cuidaba esta puerta. Tenía el corte de pelo de siempre, pequeños ojos claros, y más músculos de los que debiera necesitar un hombre muerto. Su camisa negra decía Seguridad Placeres Prohibidos en letras rojas. No me solía gustar mucho Buzz, pero esta noche me alegré de verle. La ayuda había llegado.

Podría haber limpiado los escalones si me hubieran permitido ser ruda, pero tener que ser agradable al mismo tiempo que trataba de ser firme iba más allá de mis posibilidades. Mi conjunto de habilidades, simplemente no lo incluía.

Se obligó a sonreír antes de que las mujeres detrás de mí pudieran verle con claridad. Era un muerto reciente, alrededor de veinte años, lo que significaba que se veía muy vivo para ser un hombre muerto. La mayoría de los seres humanos no le habrían distinguido en una multitud. La mayoría de la gente piensa que los vampiros cuentan con la capacidad de pasar por humanos, pero esa no ha sido nunca mi experiencia. Cuanto más viejos menos humanos, sólo mejoran en el control de la mente, para que los humanos no los noten.

—Señoras, no deberían estar aquí —dijo Buzz. Se movió junto a mí, y su pecho era tan musculoso que parecía no haber espacio para todos nosotros, y la parte superior de su cuerpo, dentro del pequeño descansillo.

La morena dijo:

—¿Ella es realmente de seguridad?

—Si eso es lo que dijo —dijo en el mismo tono de buena persona. Estaba tratando de alejar a Nathaniel de las rubias. Se las arregló para hacer de ello un juego, y ellas se volcaron alrededor del musculoso cuerpo de Buzz, como si dijeran que, si no podían aferrarse a Nathaniel, ningún hombre lo haría. Por supuesto, por el sonido de la broma, las rubias conocían también a Buzz.

Pelinegra bajó los escalones, con los ojos entrecerrados. No quería jugar. Eso me hizo pensar mejor de ella.

Guié a Nathaniel a través de la puerta abierta, con la morena lanzándome una mirada asesina. Se lo estaba tomando de una manera demasiado personal. Era enervante. Nathaniel y yo estábamos seguros una vez atravesamos la puerta, pero no me gustó cerrarla dejando a Buzz fuera solo. Quiero decir, nos había ayudado. ¿Cuáles son las reglas sobre los guardias de seguridad? ¿Se les protege a ellos también, o sólo a bailarines y clientes? Si cortas a un guardia de seguridad ¿no sangra? Así que me quedé perpleja junto a Nathaniel. Fue Nathaniel, quien cerró suavemente la puerta.

—Buzz va a estar bien, sabe cómo tratar con ellas.

—¿Qué, leíste mi mente?

Sonrió.

—No, sólo te conozco. Nos ayudó, y ahora te sientes obligada.

Luché contra la tentación de retorcer o arrastrar mis pies. Odiaba cuando alguien me leía con claridad. ¿Era tan transparente? Aparentemente sí.

Decidí cambiar de tema.

—¿Cómo sabían que «Brandon» estaría aquí esta noche?

—Cuando cambiamos las actuaciones, tenemos una lista de e-mail para avisar. Hay incluso una lista sólo para Brandon.

Le miré.

—¿Quieres decir que algunas de estas mujeres dejaron todo, cambiaron sus planes, porque se enteraron de que Brandon iba a estar aquí esta noche?

Se encogió de hombros y logró verse un poco avergonzado.

—Algunas de ellas, sí.

Sacudí la cabeza. Cambié de tema nuevamente, porque iba a perder de nuevo.

—¿Quién debía mantener a las fans alejadas de esta puerta?

La puerta en cuestión se abrió. Buzz rió y bromeó, hasta que la puerta se cerró detrás de él, entonces se apoyó en ella y se vio cansado.

—Era Primo.

Me tomó un segundo darme cuenta de que había respondido a la pregunta que había hecho con la puerta cerrada.

—¿Me escuchaste preguntar?

Asintió con la cabeza. Luego sonrió mostrando sus colmillos, señal de que era un vampiro nuevo.

—¿No sabías que podía oír a través de la puerta?

—Escuchar, sí, pero pensé que estabas demasiado ocupado concentrándote en las mujeres de afuera.

Miró a Nathaniel.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

Buzz se apartó de la puerta y se detuvo, asentando sus grandes y excesivamente desarrollados hombros como un pájaro que asienta sus plumas.

—Será mejor que vaya a hablar con Primo, para lo que servirá.

—¿Qué quiere decir, para lo que servirá? —pregunté.

Me miró.

—Primo es viejo, muy viejo. Quiere ser uno de los vampiros de Jean-

Claude, pero tenía los ojos puestos en el número dos, o al menos el número tres. Está molesto por tener que trabajar en la seguridad de un club de striptease. Está aún más molesto porque, un bebé como yo, es su jefe directo. —Buzz parecía preocupado—. Es de la vieja escuela, y piensa que si sigue empujándome voy a sacarlo. Pero no voy a hacerlo. Me mataría.

—¿Le has dicho a Jean-Claude lo que está pasando?

Asintió con la cabeza.

—Le dijo a Primo que, si no podía soportar este trabajo y no me obedece, entonces podía salir de la ciudad.

—¿Eso ayuda de momento? —pregunté.

Buzz sonrió.

—¿Has escuchado esta historia antes?

—No, pero sé cómo pueden ser los vampiros realmente viejos. Son unos hijos de puta orgullosos.

Nathaniel me tocó el brazo.

—Necesito hablar con Jean-Claude sobre la actuación de esta noche.

—Me reuniré contigo en la oficina en un minuto.

Nathaniel empezó a decir algo, entonces pareció pensarlo mejor y se fue por el pasillo blanco. Le vi entrar en la oficina, que estaba justo unas puertas más adelante. Entonces me volví hacia Buzz.

—¿Es solo que no hace lo que se le dice o hay más?

—Ha empezado a aceptar dinero por dejar pasar a personas que no dejamos pasar.

—¿Como quién?

—Hombres.

Levanté las cejas.

—¿No dejáis entrar a ningún hombre?

—No muchos. Hacen sentir incómodas a las mujeres, y a algunos de los bailarines tampoco les gusta. O estás cómodo moviendo tu cosa delante de otros hombres o no lo estas.

—Creo que tiene sentido, pero dejáis que algunos entren.

—Parejas, al igual que lo hacen en la mayoría de los clubes de striptease femeninos al otro lado del río.

—Pero Primo deja entrar a hombres solos —dije.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué dijo Jean-Claude que debías hacer al respecto?

—Me dijo que tratara con él. Que si no era suficiente vampiro para

controlar a Primo tal vez no merecía mi trabajo. Jean-Claude es viejo también, Anita. Creo que ambos están buscando algún tipo de enfrentamiento y Primo me hará daño o podría matarme.

—Te ves como si fueras capaz de cuidar de ti mismo.

—Si sólo es fuerza física, sí, pero Primo no utiliza la fuerza bruta, Anita, está lleno de poder. Incluso estoy de acuerdo con él en que Jean-Claude no lo está utilizando correctamente. Es demasiado poderoso para estar aquí haciendo esto, y tampoco tiene el temperamento para ello.

—¿Qué quieres decir?

—Es más de que comenzar peleas que de detenerlas. Acepta dinero para dejar entrar hombres, después los saca.

Sacudí la cabeza.

—Sabes Buzz, esto suena a un problema que Jean-Claude no dejaría que llegara tan lejos.

—Normalmente no —dijo—, pero es como si Jean-Claude estuviera esperando a ver qué vamos a hacer antes de que él intervenga. Prefiero no estar muerto antes de que lo haga.

—¿Es realmente tan malo?

—Las mujeres están bien, pero tuvimos un bailarín que fue acosado. A otro, un marido furioso le persiguió con un cuchillo, porque estaba celoso de que su esposa fuera miembro del club de fans del bailarín.

—¿Los bailarines tienen clubes de fans?

—Los principales los tienen.

—¿Nathaniel tiene un club de fans? —Lo planteé como una pregunta, aunque creía que debía ser así.

—Brandon tiene un club de fans, sí. —Me miró y se rió—. No lo sabías.

—Realmente no presto atención al día a día del negocio.

Asintió con la cabeza. Había vuelto a parecer preocupado.

Nunca me gustó Buzz. No me disgustaba exactamente, pero no era mi amigo. Pero, si su versión de lo que estaba pasando con Primo era cierta, estaba en un mal lugar. Un lugar que no entendía. Jean-Claude era un vampiro de negocios, y esto no sonaba como un buen negocio.

—Voy a hablar con Jean-Claude, Buzz. Voy a averiguar qué es lo que piensa de Primo.

Buzz suspiró.

—Bueno, no puedo pedir más. —Sonrió de repente, mostrando los

colmillos de nuevo—. De hecho, hasta ahora creía que no me querías.

Me hizo sonreír.

—Si pensabas que no te quería, entonces ¿por qué me cuentas tus problemas?

—¿A quién más puedo acudir?

—Asher es el segundo al mando de Jean-Claude.

Sacudió la cabeza.

—Trabajo aquí, los problemas se quedan aquí, todos los negocios se realizan de esa manera.

—No lo sabía —dije. Era probablemente un vestigio de los tiempos en que cada empresa era dirigida por un vampiro diferente—. Así que, al visitar todos los negocios, ¿qué soy? ¿Una embajadora?

Me ofreció una sonrisa, mostrando nuevamente los colmillos y dijo:

—Algo así.

—Voy a tratar de averiguar qué está pasando, es lo mejor que puedo hacer. Si Jean-Claude está buscando un enfrentamiento con Primo, te lo diré.

Parecía aliviado.

—Sólo necesito saber dónde estoy parado, ya sabes.

Asentí.

—Lo sé.

Un hombre de camisa negra llegó corriendo por la puerta al final del pasillo, acompañado por una ráfaga de música y ruido. Era rubio, y parecía un estudiante universitario, pero corrió por el pasillo como si fuera un resorte. Algún tipo de licántropo.

Estaba hablando antes de llegar a nosotros.

—Tenemos un problema allí. Primo permitió pasar a un grupo de chicos que comenzaron a lanzar imprecaciones a Byron. Me dijiste que viniera por ti la siguiente vez que las cosas se pusieran feas. Está feo.

Buzz ya avanzaba por el pasillo, no exactamente corriendo. Dudé un segundo, luego empezó a trotar con ellos.

Buzz me miró.

—¿Vienes?

En cierto modo me encogí de hombros.

—Me parecería raro ir hacia otro lado.

—Nuestro trabajo es bajar el tono de la pelea —dijo—. No hacerla peor.

—¿Estás diciendo que no quieres que vaya?

—Por supuesto que no —dijo el rubio—. La ejecutora de nuestro lado. Me la llevo.

—¿Quién eres? —pregunté, corriendo para seguir el ritmo de su rápido caminar.

—Clay —dijo, ofreciéndome la mano por delante del cuerpo de Buzz.

—Podéis ser sociables, más tarde —dijo Buzz. Dudó en la puerta, como si se estuviera reuniendo a sí mismo. De pronto, un leve zumbido de energía salió de Buzz. Nunca antes había sentido nada en él. Sus ojos grises brillaban, como si el gris pudiera brillar—. Estoy tan cansado de esta mierda —dijo, y abrió la puerta.



La música seguía sonando, un ritmo vibrante, pero el hombre en el escenario ya no estaba bailando, había dejado de ser el espectáculo. Ahora, el espectáculo era un pequeño océano de estudiantes universitarios rodeando a un hombre que se alzaba sobre ellos. Parecía una pálida torre atrapada entre pantalones vaqueros y chaquetas con iniciales. El más alto de ellos sólo le llegaba a los hombros, pero había un montón, y casi todos llevaban esas chaquetas que indicaban que practicaban algún tipo de deporte. Algunos eran casi tan musculosos como el personal de seguridad del club. Primo había escogido un buen grupo si quería crear problemas, y parecía que quería crearlos.

Los otros guardias de seguridad, con sus camisas negras, no parecían saber qué hacer. Sus lealtades divididas se reflejaban en el hecho de que no habían avanzado para ayudar a Primo. Se mantenían en los límites del grupo de universitarios, satisfechos con contenerlos lo mejor que podían,

pero sin apartarlos del enorme vampiro. Si no supiera nada sobre Primo y lo que había pasado antes, podría haber aprendido algo con sólo observar que el resto de los hombres se negaba a ayudarlo.

El problema no era el tamaño de Primo. Sino las ondas de energía que irradiaba a su alrededor. Mayoritariamente poder vampiro, pero también licántropo, el poder llenaba la sala como el agua en una crecida hasta ahogarte en él. El poder de Primo, literalmente empujaba y fluía. Cada vez que golpeaba a alguien con su gran mano abierta, la energía punzaba a lo largo de mi piel. El poder parecía alimentarse de la violencia. Sus grandes manos permanecían abiertas, limitándose a dar bofetadas a su alrededor lo que, por supuesto, suponía un insulto a la hombría de los universitarios.

Uno de los más grandes del grupo saltó sobre Primo y se colgó de su hombro y su brazo. Primo lo agarró del hombro y lo levantó como si no fuera nada. Lo arrojó a la cabina del guardarropa y se ganó un grito de la chica que trabajaba allí. El poder de Primo era lo bastante denso como para caminar sobre él, pero solo duró un segundo, luego se vino abajo. No podía mantenerlo.

—Basta —dijo Buzz, y su voz sonaba triste por tener que decirlo. Hizo un gesto, un movimiento que terminó con la vacilación de los guardias de seguridad. Las camisas negras avanzaron y comenzaron a ayudar a los universitarios a dirigirse hacia la puerta. Hicieron algunos progresos, pero los chicos no querían dejar a sus compañeros con el culo al aire ante el gigantesco vampiro. No podría culparles.

Una vez más, esto estaba más allá de mis habilidades. Podría haber sacado la placa y el arma y pararlo, si estuviera dispuesta a detener o matar a Primo, pero no sabía cómo calmarle. Como había dicho Buzz, su trabajo no era empeorarlo, sino resolverlo. No sabía cómo hacerlo. No realmente.

Buzz estaba gritando:

—Primo, Primo, deja de pelear. Tenemos que sacarlos del club.

La respuesta de Primo fue coger a dos estudiantes universitarios del cuello, uno en cada mano, como si fuera a golpear sus cabezas una contra otra. Pero mientras sus manos estaban ocupadas, un emprendedor joven de corto pelo castaño y hombros casi tan anchos como Buzz, le golpeó en la cara. Sabía cómo golpear. La cabeza del vampiro se sacudió y la sangre brotó de su boca, como una flor roja sobre la piel blanca.

La música del escenario cesó de golpe, y en ese repentino silencio Primo gritó. Un grito de guerra lleno de rabia y dolor. Dejó caer a los dos

hombres que tenía sujetos como si no fueran nada y fue hacia el que le había golpeado. Esperaba que lo lanzara como había hecho con los otros, pero no lo hizo. Le cogió por la pechera de la chaqueta hasta que sus pies colgaron por encima del suelo, el cuello apretado, asfixiándole. Pero en lugar de tensar los grandes hombros pálidos para lanzarlo, la mano de Primo retrocedió, y esta vez cerró el puño. Desde tan cerca, con ese tipo de fuerza, iba a partirle el cuello.

Quería sacar la Browning, pero francamente, sin una orden judicial de ejecución estaba en el mismo barco que un oficial de policía. No podía pegarle un tiro solo porque creía que iba a herir a alguien. ¿Cómo se sostiene en un tribunal que sabía lo fuerte que es un vampiro y lo frágil que puede ser el cuerpo humano? Llámalo corazonada, pero creía que una vez que disparara a Primo, tendría que matarle. No quería que me tocara ni con sus músculos ni con ese tipo de magia. Soy difícil de matar, no inmortal. Estiré el brazo para apuntar, las explicaciones judiciales vendrían más tarde, el chico estaba a punto de morir. Iba a dispararle al hombro, porque era mí mejor apuesta con tanta gente alrededor, cuando los demás decidieron ser valientes.

Clay era quien estaba más cerca y saltó sobre él. Primo lanzó al cambiaformas contra la primera fila de mesas. Las mujeres chillaron y se dispersaron. Clay estaba poniéndose en pie, cuando el gran puño retrocedió de nuevo.

Buzz gritaba:

—No, Primo, ¡no!

Mi arma apuntaba al suelo, porque cuando se está nervioso los dedos tienden a tensarse demasiado. Si iba a disparar a alguien, quería que fuera a propósito. Empezaba a moverme hacia él en busca de una mejor perspectiva, cuando las camisas negras le rodearon y perdí cualquier oportunidad de disparar.

Si hubiera estado dispuesta a matar al cabrón, hubiera gritado para que le soltaran, pero seguía teniendo la esperanza de evitarlo. Me acerqué por un lado, alejándome de las mesas, pensando que desde allí tendría mayores posibilidades de conseguir una imagen clara. Nunca había intentado disparar a alguien en medio de una pelea de bar. Sólo ver los cuerpos cayendo ya resultaba intimidante. Era como tratar de alcanzar un blanco con un montón de civiles volando a su alrededor.

Primo los volteó como si fueran muñecas, manteniendo el brazo

estirado. Cuanto más luchaban contra él, mayor era su poder, que se elevaba como si cada golpe, fuera suyo o de los otros, alimentara su fuerza. Desapareció tras una montaña de camisas negras, y sentí el poder concentrarse y expandirse, como una bomba atómica, tuve tiempo de gritar:

—¡Todos al suelo! —No estaba segura de lo que se avecinaba, pero sabía que iba a ser malo.

Me arrojé al suelo, como le había dicho a los demás que hicieran, me tumbé boca abajo. Eché un vistazo detrás de mí, la mayoría de las mujeres y los camareros estaban en cuclillas en el suelo. Jesús, ¿es qué nadie sabe cómo ponerse a cubierto?

Primo no usó su cuerpo para producir el estallido, usó la magia. Los lanzó por el aire como un surtidor de camisas negras y cuerpos derribados. Si hubiera estado agazapada como la gente sobre la que me había quejado antes, podría haberme movido más deprisa. Pero, estando tumbada, tuve una fracción de segundo para decidir si me cubría la cabeza y mantenía mi posición, trataba de rodar más lejos, o me ponía de rodillas y luchaba por ella. Estar tumbada en el suelo no ayudaba cuando lo que cae es tan pesado como los cuerpos que volaban. Me levanté para aumentar la distancia, y un cuerpo se estrelló contra mí. Tuve un momento de aturdido silencio y otro más me cayó encima.

Me habían golpeado, me habían tirado, me habían pasado un montón de cosas, pero nunca me habían caído dos hombres adultos encima desde el aire. Me aplastaron dejándome sin aliento, y si fuera completamente humana, muchas cosas en mi interior se hubieran roto. Permanecí aturdida por un segundo, los dos hombres caídos sobre mi permanecían totalmente inmóviles.

Lo primero que moví fue la cabeza, miré por encima del hombro hacia donde había estado antes Primo. Aún estaba allí. Todavía de pie. Había cogido a otro universitario y lo sostenía colgando de su mano. Su enorme puño se alzó de nuevo. Mierda.

Me di cuenta de dos cosas a la vez. Una, podía mover mis manos, y dos, mi arma no estaba en ninguna de ellas. Mi cuerpo estaba atrapado bajo varios cientos de libras. Era fuerte, y podía salir, pero no lo lograría a tiempo, y no tenía ni idea de dónde estaba mi arma. Ninguno de los que habían sido lanzados se movía. El puño de Primo avanzaba, era uno de esos momentos en que el mundo se ralentiza. Tenía todo el tiempo del mundo para verlo moverse en el aire, todo el tiempo del mundo para verlo

completar el movimiento que rompería el cuello del hombre y sabía que no podía detenerlo.



Estiré el brazo hacia él y le grité:

—¡No! —No esperaba que ayudara, pero tenía que hacer algo.

Empezó a brotar sangre del brazo de Primo, y vaciló, mirando a su alrededor como si no supiera de dónde había venido el grito.

Tampoco estaba segura, pero me había pasado meses aprendiendo a controlar el poder que tenía, y sentí algo. Esta fue la segunda vez que había hecho algo así, las dos veces habían sido cuando estaba desesperada. La pregunta era, ¿podría hacerlo a propósito?

Primo alzó al hombre de nuevo, como si hubiera fijado su objetivo y nada lo detendría. Estiré mis manos, y pensé en ello. Pensé en lo que había sentido. Mis pensamientos chocaron con algo a su alrededor, una capa de cristal para hacerle daño.

Primo levantó al hombre más alto y pareció saludar a alguien detrás de mí, pero no eché un vistazo atrás, no había el tiempo.

Extendí la mano no solamente con mis manos físicas, también con aquel poder que tenía sobre los muertos, aquel enlace que tenía con los vampiros, y le acuchillé. La sangre salió a lo largo de su brazo otra vez, más roja para unirse a la primera. No era mucha sangre, y no sabía por qué, porque realmente no entendía lo que hacía. Unos cuantos cortes sangrientos no iban a distraerlo por mucho tiempo.

—No estás haciendo esto —dijo. Su voz era un gruñido sordo profundo que coincidió con el gran cuerpo, tenía un acento que no podía identificar.

La voz de Jean-Claude ascendió desde detrás de nosotros.

—No, pero estoy haciendo esto.

Quería mirar hacia atrás y verlo, pero no me atreví a quitar los ojos del vampiro de delante de mí para mirar el vampiro de detrás. Pero no necesitaba los ojos para sentir su poder. Fluía a través de la habitación como una mano gigante, que acariciaba los cuerpos, y que me inmovilizó en el suelo. Tenía un olor a almizcle y piel de lobo, y sabía que ambos hombres eran de la manada. Ese olor de piel y hogar me llenó. Sabía que era parte del lazo con Richard, pero fue más que eso. Su magia rezumaba bajando por ellos hacia mí. Él no había querido decir eso, pero yo tenía mis propios lazos con Richard y sus lobos. Era difícil para él tender la mano a ellos y que no me tocasen.

Ambos respiraron con un estremecimiento largo tiempo sobre mí, como si hubieran vuelto a la vida, aunque sabía que no era eso. El rubio, Clay, me parpadeó, a centímetros de distancia. Me miró sorprendido, y no podía culparlo. El de arriba tenía el pelo del mismo color que el mío, aunque era tan liso como podía ser. Parpadeó sus oscuros ojos hacia mí, como si no se acordara de haberme visto antes, o de no saber cómo llegó a estar tumbado encima de mí.

Murmuró:

—Lo siento, señorita, —y comenzó a moverse despacio, rígidamente de encima del montón.

Clay hizo pequeños ruidos de protesta cuando el primer hombre empezó a bajar de él.

—¿Cómo crees que me siento? Estoy abajo —dije.

Clay me sonrió.

Buzz se puso rígidamente sobre sus rodillas a unos pies de distancia. Me llamó la atención y me dio una mirada. No la conocía muy bien, pero parecía decir, bien, tienes que solucionar esto.

Jean-Claude estaba aquí, y su poder llenó la sala como una manta caliente. Se sentía tan bien y tan diferente de su poder en algunos aspectos. Sabía lo que estaba mal, se sentía demasiado vivo. Pero él era el Amo de la ciudad, y ninguno de sus vampiros lo desafiaría en su cara. Creo que era la única excusa que tenía para bajar la guardia y apartar la mirada de Primo. Se podría pensar que iba a aprender que el loco está loco, vivo o muerto.

—Todos ellos no pudieron detenerme antes, Jean-Claude. Tres no lo harán.

La forma en que lo dijo, me hizo mirar a Primo. No parecía que fuera a abandonar. Eso no estaba bien. Desafiar a Buzz era una cosa. Desafiar a Jean-Claude era otra cosa totalmente diferente.

—Ellos no están aquí para detenerte, Primo, es para que seas detenido. Soy el Maestro de esta ciudad, y digo que estás detenido.

—¡Estos seres humanos me han hecho sangrar! —Había tal rabia en sus palabras que quemaron a lo largo de mi piel. Se alimentaba de su propia ira, y de la violencia. Me di cuenta en ese momento de que era un vampiro maestro. Al menos algunos de sus poderes eran de maestro. Eso era malo.

Clay estaba a cuatro patas, lo que significaba que por fin pude salir de debajo de él. Había estado buscando mi arma, pero no pude verla. Tenía que estar aquí en alguna parte. Joder, la mierda estaba a punto de golpearnos, y yo no tenía un arma.

—¿Cómo un vampiro de tu nivel permite que un mero ser humano le haga daño? —La voz de Jean-Claude era normal, de conversación, pero en mi cabeza, su voz susurró algo más—, me temo que lo he subestimado.

—No, mierda —dije.

Clay me preguntó:

—¿Qué has dicho?

Sacudí mi cabeza, mis ojos todavía vagaban en busca de mi pistola, pero no pude encontrarla. Entonces pensé, mierda, lo había cortado en dos ocasiones, sin un arma. Podría hacerlo de nuevo. Parte de mí no lo creía. Le dije a esa parte.

—Cállate la boca. —Tenía bastantes problemas sin tener que dudar de mi misma.

Primo aún tenía al hombre que había escogido como chivo expiatorio, pero lo tenía en el suelo, a su lado como una bolsa olvidada de lavandería. Me di cuenta de que el hombre se había desmayado, y me puse de pie, tratando de ver si estaba respirando. No me gustaba la forma en que Primo

lo tenía por el cuello de la chaqueta retorcida alrededor de su cuello. ¿Había estado tan preocupada por el poder de mi mano que no me había dado cuenta de que Primo lo había estrangulado hasta la muerte?

La voz de Jean-Claude vino como un aliento a través de mi cabeza.

—No está respirando, pero su corazón sigue latiendo.

Dije en voz alta:

—Se nos acaba el tiempo.

—Sí —dijo, y creo que fue en voz alta. Se acercó a mí, no con la mano, sino con su poder, y este no era el poder cálido de los licántropos. El fresco de la tumba me tocó, y llameó esa parte de mí que resucitaba a los muertos. De repente supe cómo lo había cortado. De repente supe cómo funcionaba. Era como la caja de un puzzle en mi cabeza, y de repente sabía exactamente dónde presionar y lo que quería decir. Acuchillar a distancia era utilizar su aura mágica en su contra. Resultó ser un escudo mágico con una hoja delgada invisible que podrían volverse contra ellos. Jean-Claude había sabido lo que era y cómo funcionaba durante siglos, pero nunca había sido capaz de hacerlo él mismo. Sabía el cómo, pero no pudo hacerlo. Yo podía hacerlo, pero no sabía el cómo. Juntos, de repente pudimos.

Mi objetivo no era matar a Primo, sino hacerle soltar al hombre. Puse la mano hacia él, y todavía no parecía asustado.

—¿Crees que tus pequeños cortes me detendrán? —exigí.

—No —dije, y tiré el poder hacia él, fue casi como lanzar una pelota y esa pelota atrapara su aura, su protección, al igual que una fresa en un pedazo de tela. Pero la pelota no era una pelota, y no perforó exactamente el blindaje de Primo. Era como si la pelota se fundiera sobre él, y cuando se derritió, invadió el blindaje, se convirtió en ello, y transformó el recubrimiento de protección en algo largo y delgado y agudo. Imaginé la nitidez de un corte en el vientre, y la separación de la piel y la camisa para mostrar carne blanca y sangre.

Era una herida más grande que las otras dos, y su mano fue a ella, como si le doliera, o como si no estuviese seguro de cómo fue herido.

—¿Qué te parece eso? —pregunté—. ¿Lo suficientemente grande para ti?

Me gruñó, enseñando los colmillos que parecían demasiado grandes para su boca.

Había hecho exactamente lo que quería. Gracias a los siglos de estudio frustrado de Jean-Claude, tenía una nueva arma. Antes había tenido miedo

de golpear demasiado cerca de la víctima. Lo malo habría sido que la víctima tuviera un don psíquico, le podría haber hecho más daño a él que a Primo. Pero ahora, lo tenía, lo sabía, lo sentía.

Tiré una mano al brazo por el cual cogía al hombre, y el brazo se abrió desde el codo hasta la muñeca. La sangre se derramó por el brazo en un baño rojo, si su corazón hubiera latido más rápido, la sangre habría saltado de sus arterias abiertas, pero no tenía la presión arterial suficiente. Ya no.

—¿Has tratado de salvar a este? —Levantó el hombre por el cuello retorcido—. Es carne muerta, y sólo para los animales ahora.

—Su corazón todavía late —dijo Jean-Claude. Pero teníamos poco tiempo antes de que el boca a boca no lo salvara de los daños cerebrales. Tiré ambas manos, y lo corté. Intenté cortar el brazo como si fuera el hueso de un pescado, pero no pude romper el tejido más duro. Podía cortar su piel y la carne a distancia, pero los ligamentos le sujetaban y eso fue todo lo que Primo necesitaba para matarlo. Testarudo bastardo.

—Si no dejas caer al hombre ahora, Primo, voy a ver esto como un desafío directo a mi autoridad.

—Míralo como quieras, pero no voy a ser un chivo expiatorio para esto —y no me señaló, pero sí a los hombres que yacían inconscientes a su alrededor, a Buzz que estaba cerca, pero no demasiado cerca. Nosotros estábamos fuera de su liga, y lo sabía.

—Así sea —dijo Jean-Claude. En mi cabeza, dijo—: *Ma petite*, no es un cuchillo, no es una sola hoja, es magia. Si puedes darle la vuelta a una pequeña pieza de su poder contra él, entonces ¿por qué no todo?

Comencé a preguntar, qué quería decir, entonces me lo mostró. Era como si mi mente fuera una pared, y acababa de conectar esa parte de la respuesta directamente en mi cerebro. Comprendí, y no lo dudé. No estaba en mí dudar cuando las vidas estaban en juego.

No apunté o lancé una mano. No era un juego de pelota. Podía afectar su blindaje, el blindaje que cubría su cuerpo entero. Pensé en la piel de la magia, lancé el poder hacia todo esto, y cuando sentí todo su blindaje, y como si acariciara con mis manos la piel invisible, lo volví todo en su contra. Lo volví todo en las hojas apuntando hacia adentro. Es como si Primo de repente fuera un puerco espín de púas inversas, un puerco espín con espinas del tamaño de puñales.

Cada pulgada de su piel se pudo ver de repente cubierta de sangre. Gritó, gritó con una boca de la que salía sangre, gritó con una garganta que

fue atravesada por media docena de lugares. Gritó, y soltó al hombre.

Clay y el hombre lobo de pelo oscuro agarraron al hombre y arrastraron los cuerpos de sus amigos lejos. Quería mirarlo, para asegurarme de que respiraba, pero tenía otros problemas.

Primo empezó a avanzar hacia nosotros, pero tropezó y se cayó sobre sus manos y rodillas. Me di cuenta en ese momento que lo cegué. No era permanente, sino que duraría, pero esta noche estaría ciego. Nos gritó y gritó con una voz que sonaba como si estuviera tratando de tragar vidrios rotos.

—¡Maldito seas, Jean-Claude, maldito seas! No eres vampiro suficiente para hacer esto. Nunca serás vampiro suficiente para esto.

—¿Has venido a Saint Louis para destruirme y tomar mi lugar?

Primo levantó su rostro ensangrentado hacia el sonido de la voz de Jean-Claude.

—¿Por qué no? ¿Por qué no ser dueño de la ciudad?

—Ni siquiera puedes ser dueño de tu propio ser, Primo, ese es el por qué. Poder por sí solo no es suficiente para gobernar esta ciudad.

Quería mirar hacia atrás y verle hablar, pero no era necesario. En ese momento me sentí más cerca de él que si estuviera sosteniendo su mano. Supe entonces lo que había pasado antes, pero sólo en la parte trasera de mi mente. Había utilizado las marcas de vampiro entre nosotros de manera más abierta, más íntimamente que nunca. Debería haber estado furiosa, pero no.

Uno de los camareros se inclinó sobre el hombre que Primo había tratado de matar. El camarero había doblado hacia atrás la cabeza del hombre y respiraba en su boca. El hombre dio una sacudida repentina, y su primer aliento fue fuerte.

El hombre lobo de pelo oscuro del que no sabía el nombre, tiró el pulgar hacia arriba. El hombre iba a vivir. Estaría bien. Ninguna cantidad de músculo que teníamos aquí lo había liberado a tiempo. Nada más le había liberado sin matar a Primo, aunque no estaba segura de que fuera algo bueno. Pensé que debía matar a Primo, y hacerlo ahora, antes de que se recuperara.

La voz de Jean-Claude me susurró al oído:

—Si alguien muere, voy a tener muchas más dificultades para convencer a todos de que nada malo pasó aquí.

Sacudí la cabeza y lo pensé, no hay suficientes trucos vampiros en el

mundo para dejarles la mente en blanco a un público tan grande. No si se trata de algo tan traumático.

—¿Dudas de mí, *ma petite*? —De repente lo sentí de pie justo detrás de mí. Su mano blanca y delgada apareció en mi hombro, un derrame de encaje blanco a su alrededor, y una llamarada de terciopelo negro que enmarcaba la manga de encaje.

Levanté mi mano para tocar la suya y encontré su piel fría, como si no hubiera comido o como si hubiera utilizado una gran cantidad de energía. Había más calor en el terciopelo al rozar los dedos de su piel. Estaba agotado. ¿Cuánta energía había gastado para hablar de mente a mente conmigo, o habían estado pasando cosas de las que no sabía nada todavía?

El resto de la camisa negra de seguridad, comenzó a moverse, despacio, rígidamente, como si les doliera moverse. Primo pareció sentir su movimiento, porque dijo:

—Incluso ciego, soy tu oponente.

Se puso de cuclillas. El movimiento debió haber dolido como el infierno, pero nunca hizo una mueca. Puso una mano ensangrentada grande en el suelo y la otra en el aire, como si se tratara de un detector de movimiento. Estaba demasiado cerca de ser un movimiento de artes marciales para ser cómodo. Era enorme, un vampiro, casi insensible al dolor, loco, y entrenado en las artes marciales. No me parecía justo.

Nathaniel se acercó a mi lado, y tenía mi arma. Me la entregó sin palabras, exactamente como le había enseñado, por la culata, con los dedos bien lejos del gatillo.

Le di la mitad de la sonrisa que se merecía, porque estaba manteniendo un ojo en el gigante de sangre del suelo. No le puse el seguro antes de enfundarla. Llámalo un presentimiento, pero cuando Primo nos atacara, no quería perder ese segundo. Lo necesitaría.

Pero no nos atacó. No, Primo tenía una idea mucho más interesante en mente. Había algo en estar conectada a Jean-Claude que me hizo sentir más segura, y esa sensación de seguridad era un tipo de arrogancia. La arrogancia me hizo olvidar que un vampiro muy viejo puede hacer algo más que daño físico. La arrogancia de Jean-Claude me hizo olvidarlo.

Primo no movió ni un músculo, pero empujó el poder hacia nosotros, derramó su ira, como lanzándonos un cubo rojo de ira hirviendo. No había tiempo para protegerse. No había tiempo para hacer otra cosa que recibirlo. Jean-Claude trató de dejar que pasara sobre él, pero sentí que una rabia

horrible intentó encontrar un lugar para crecer dentro de él. El Amo de la Ciudad consumido por la rabia sería una cosa muy mala. Pero entendía la ira, y no era dueña de la ciudad.

Tomé esa ira, no para tirarla fuera de mí, sino para beber, para tragar, para bañarme en ella. Dibujé su rabia a mí alrededor como un abrigo de fuego, y abrí una parte de mí que había mantenido oculta de todo el mundo. Dejé que la rabia de Primo encontrara la gran masa hirviendo que era mi rabia. La rabia que había llevado dentro de mí desde la muerte de mi madre. Los mares profundos sin fin de mi cólera dieron la bienvenida a la suya, le di de comer. Comí su rabia y dejé que lo sintiera. Me reí, reí mientras estuve de pie allí y me quemaba con nuestras furias gemelas. Riendo mientras sentía su cólera vacilar y comenzar a retirarse. Me eché a reír mientras dejé que su ira se mezclara con la mía. Ya llevaba un hoyo sin fondo de eso, ¿qué eran unos cubos más?

Se quedó mirándome con ojos ciegos, y luego hizo la mitad de lo que esperaba. Avanzó, pero no en una carrera sin sentido. Avanzó con una velocidad que era impresionante, y había visto la velocidad. Iba ciego, así que agarró la oscuridad, y se agarró a Nathaniel. Nathaniel que estaba de pie cerca de nosotros. No sé si fue a quién Primo apuntaba, o si falló. Agarró la muñeca de Nathaniel y trató de dar un tirón contra su cuerpo, pero Nathaniel se clavó y no se acercó.

Estábamos de repente, todos en movimiento. Era consciente de que los guardias de seguridad estaban en movimiento, pero sería demasiado tarde. Mi arma estaba casi fuera de la funda, pero Primo había comenzado a avanzar cuando sintió la resistencia de Nathaniel. Estaba muy cerca, y me moví más rápido de lo previsto. No estaba acostumbrada a ser más rápida que un humano. Ya estaba llegando al brazo de Nathaniel, pero tenía la mano muy cerca de la cara del vampiro.

Primo hundió los colmillos en mi muñeca, y sabía que no debía tratar de librarme estúpidamente. Me había abierto la muñeca. Tenía mi arma fuera cuando grité. Grité cuando su boca se alimentó de mí. Grité cuando puse la pistola en su cabeza.

Mi dedo había empezado a tirar del gatillo, cuando la mente de Primo se estrelló contra la mía. No era su rabia. Era su memoria. El ejército romano, el asesinato que lo consiguió condenar, la arena donde pudo asesinar al contenido, donde podía apagar aquella rabia, o alimentarla. Muerte después de muerte después de muerte. Y cada una le daba de comer

de una forma que nada más lo hacía.

Entonces, una noche oscura, una noble le pidió que fuera a su cama con la sangre y el sudor de su victoria pintada en su cuerpo. Fue, y encontró mucho más de lo que jamás había soñado. Ella le ofreció la libertad y una nueva forma de alimentar su rabia. Una nueva forma de matar. No sabía su nombre real. Ella simplemente dijo:

—Soy el Dragón, y me servirás.

De repente, el recuerdo se detuvo. Eso me hizo tambalearme, y tuve un momento para no apretar el gatillo. Un momento para apuntar el arma hacia el cielo y tratar de volver a aprender a respirar y usar mi cuerpo al mismo tiempo. Primo aún tenía la boca pegada a mi muñeca, pero ahora ya había sanado, y había recuperado la vista. Sabía por el conocimiento de Jean-Claude que Primo podía curar casi cualquier cosa con un poco de sangre especial. Había estado buscando a un licántropo. Pero mi sangre había hecho el truco. Comprendí por qué Jean-Claude lo había querido. Un soldado tan poderoso, si quería podía controlarlo. La calma en mi cabeza no era mía.

Primo me soltó la muñeca, y puso los ojos en blanco aterrado.

—¿Qué eres? —susurró.

—No es que, Primo, es quien —dije, llegué a la mano que me había herido. Quería tocar su cara, pero se encogió como si le fuera a hacerle daño—. ¿Quién soy, Primo?

Ese gran cuerpo se encogió ante mí. Humillado, y le recordé haciendo exactamente eso hace mucho tiempo.

—Maestro —susurró, y la palabra pareció ser expulsada de sus labios. Odiaba que nunca volviera a ser su propio amo. Cuando tomó aquel beso sangriento, siempre asumió que un día gobernaría, y ahora no—. Eres mi maestro.

En el momento en que había probado mi sangre había sido atado de una manera que no tenía nada que ver con el sexo, el amor o la amistad. Era una unión de una manera posesiva como ninguno de los otros. Primo simplemente era mío, no, nuestro.

Las marcas entre Jean-Claude y yo estaban muy abiertas y había sido cuando Primo me atacó. Cuando me mordió, no sólo bebió de mí. Sangre de mi sangre, no era sólo una frase bonita. Era real. Entendí en ese momento que con las marcas abiertas, tomar el juramento de sangre era el juramento de sangre para ambos. Podía controlar a los muertos, y Jean-

Claude tenía el poder sobre cualquier vampiro que le jurara con sangre, o que él hubiera hecho. Primo había sido abrumado por un doble golpe. Debido a que en ese instante, mi sangre había sido de Jean-Claude, y la suya mía. Tuve un momento para pensar lo que todo esto podría estar haciendo en nuestro reacio Richard, pero la idea no duró mucho. Tenía bastantes problemas por mi cuenta sin los suyos.

Miré hacia abajo al gran hombre a nuestros pies y supe que Jean-Claude estaba completamente seguro de él. Completamente seguro del juramento de Primo. No era como leer la mente. Acababa de saber que Jean-Claude ya no estaba preocupado por Primo. Estaba confiando en él. Yo no.

Me giré a mirar a Jean-Claude, para tratar de convencerlo de lo peligroso que aún podría ser Primo, pero, por supuesto, estar dispuesta a apartar la mirada de Primo decía que estaba segura de él, también. Y que estaba equivocada. Era como rabia atrapada en un cuerpo grande y musculoso. No era seguro. Nunca podría estar a salvo.

Creo que me habría girado hacia Primo, pero de repente vi a Jean-Claude, y el mundo se desvaneció. No había nada, salvo Jean-Claude. El terciopelo negro había sido hecho en la longitud de la chaqueta hasta la cintura con botones de plata y un alto cuello tieso para enmarcar una corbata blanca de fantasía. Una cadena de plata con una tachuela de zafiro en su cabeza perforaba el blanco en su garganta. La chaqueta adoptaba la extensión de sus hombros, acentuando su cintura delgada, y tomando el ojo de los pantalones negros de cuero que miraban como si hubieran sido trenzados juntos sobre los lados, como si no se los hubiera puesto como si no hubieran sido hechos sobre él. Las botas eran hasta la rodilla de altas, hechas del mismo terciopelo rico oscuro que el abrigo. Estaba encantada. Lo sabía, y no podía dejar de mirarle fijamente, pero dejé su cara para lo último, porque sabía que lo poco que quedaba de mi autocontrol, si examinaba su cara, realmente lo perdería.

Una mano delgada se acercó a mi cara. Esa mano estaba rodeada por un derrame de encaje blanco, me tocó la barbilla, el más elemental de los toques, y comenzó a levantarme la cara hacia arriba. Fue un toque delicado, podría haber luchado y detenerlo, pero no quería. Habría tomado toda mi fuerza de voluntad, simplemente evitar la cara su primera vista.

Sus rizos negros se mezclaban con el terciopelo hasta que fue difícil saber dónde empezaba uno y terminaba el otro. Sus ojos eran grandes y

hermosos, un color más oscuro que el zafiro que llevaba en la garganta. Sus ojos eran tan oscuros como el azul podría ser y sin un solo tono negro. Su rostro era una perfección pálida como un cuadro casi terminado. Estaba pálido, y los dedos contra mi rostro eran como el hielo. Era como una escultura pálida esperando a que alguien le diera un soplo de vida, excepto por el brillo oscuro de sus ojos. Los ojos tenían toda la vida del mundo.

Su voz era baja y suave, como una piel que se deslizaba a través de mi cráneo.

—*Ma petite*, déjame entrar. Déjame entrar. No me dejes fuera en el frío.

Realmente abrí la boca para decir: “por supuesto”, pero la cerré. Una vez antes cuando había menos lazos que estos, había tomado la energía de mí sin la extracción de sangre. Había sido porque los vampiros grandes y malos estaban en la ciudad y él tuvo que parecer fuerte delante de ellos. Y si ellos hubieran averiguado que su sirviente humano no le permitía tomar sangre, habría parecido débil de verdad. Por qué necesitaba alimentarse, tan desesperadamente.

—¿Por qué? —Encontré mi voz, ronca y nada como el tirón de la suya —. ¿Por qué tu energía esta tan baja?

—He hecho lo que he podido a distancia para hacer tu día más fácil.

Me estiré y puse los dedos en su mejilla.

—¿La has agotado por mí?

—Para tu paz mental —susurró, y su voz se fue por mi columna como una pequeña gota de agua.

—¿Quieres alimentarte? —dije.

Hizo un pequeño gesto, moviendo la piel fría contra el calor de mis dedos. En mi cabeza, susurró:

—Si voy a mantener a nuestro Primo bajo control, tengo que alimentarme.

—No te refieres a la sangre —dije.

—No —levantó la otra mano hacia la mejilla vendada—. ¿Estás herida?

—No mucho —dije, y mi voz sonaba casi como mía. Me di cuenta de que se había retirado. Me estaba dejando pensar. No tenía que hacerlo, pero me conocía demasiado bien. Si no me dejaba pensar ahora, estaría enfadada después.

—No te refieres a cuando el Consejo estaba en la ciudad, ¿verdad? Estás pidiendo otra cosa.

Su voz en mi mente:

—Algo ha ocurrido con tu unión con Damian y Nathaniel. Hay más poder en todas partes, pero también más necesidad. Me he negado a mí mismo por mucho tiempo, *ma petite*.

Sus manos se deslizaron por el borde de la línea de mi mandíbula, hasta acunar mi rostro, y sus dedos se enterraron en el calor de mi cabello. Le oí pensar que calentaba sus manos contra mi pelo. Tan frío, tan vacío, tan necesitado. Nunca lo había visto así, nunca.

Esto no era su necesidad. Me volví lo suficiente como para poder ver a Nathaniel, que había ido a apoyarse en la pared. No estaba lo suficientemente cerca de una cosa así. Me miró con ojos lavanda e inocentes. No le sentía en mi cabeza. Sólo éramos Jean-Claude y yo, pero incluso con sólo dos de nosotros conectados, todavía sentía la necesidad de Nathaniel, el hambre de Damian. Miré hacia atrás a los oscuros ojos azules y le susurré:

—Has heredado su necesidad.

En voz alta, dijo:

—Me temo que sí.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Déjame entrar, *ma petite*, permíteme ir a través de tus maravillosos escudos. Déjame entrar —su voz se derramó sobre mi piel como si me hubiera cubierto con satén a lo largo de mi cuerpo.

Temblé, y sólo el toque de sus manos impidió que mis rodillas se doblaran. Miré fijamente en aquellos ojos, aquella cara, y susurré:

—Sí.

Su cara llenó mi visión, entonces sus labios cepillaron los míos. Esperaba que me llevara en sus brazos y me besara con la desesperación que sentía en su necesidad, pero no lo hizo, su cara llenó mi visión, entonces sus labios cepillaron los míos. Me tocó sólo con su boca, y aún esto era la presión más suave de sus labios contra los míos. En realidad empujé contra él, levantando una mano para tocarlo, y puso una mano sobre mi hombro y nos sostuvo separados. Un segundo después de que lo hubiera hecho, entendí por qué, porque era como si mi alma se derramara encima de mis labios, como si mi misma esencia fuera un gusto sobre mis labios. Mi poder, mi magia, mi corazón, mi alma, todo estaba allí para tomar en una caricia suave de labios. Creía que había alimentado el *ardeur* antes, pero me había equivocado. Dio un sorbo de mis labios, delicado,

mucho más de lo que quería. Lo podía sentir. Sentir su necesidad. Pero me detuvo con sus manos sobre mis hombros, mientras luchaba para cerrar esa distancia. Pero sabía con su conocimiento que la piel con piel desnuda, y todo eso podría drenarme.

Fue el beso más cuidadoso que nunca había sido dado, y uno de los más frustrantes. Estaba haciendo pequeños ruidos en mi garganta, porque quería más. Quería mucho más.

Cuando se retiró, tenía mi barra de labios, como una mancha carmesí en el centro de sus labios. No había la más mínima mancha de color en sus mejillas. Era como si el frío del invierno, fuera tocado por los elementos del aire de primavera, de modo que el calor era más como una promesa, no era real, no ahora, sino una esperanza lejana. Pero la esperanza era mejor que nada.

Tragó saliva, con los ojos cerrados por un momento, antes de que se enderezara, sus manos sobre mis hombros aun eran firmes.

—Eso no es sino una muestra de lo que necesito, *ma petite*.

—Pues no te detengas —dije.

Sonrió, pero estaba triste.

—Deja que pasen los efectos, luego me das una respuesta.

Sacudí la cabeza. ¿Qué estaba diciendo? Por supuesto, por supuesto, que quería más.

—Es culpa mía, *ma petite*. Te pedí que me dejaras entrar en tus escudos. No quise decir que eliminaras todas las defensas. Fue casi abrumador para los dos. —Me miró como si viera algo nuevo allí, o alguien nuevo—. Tengo que atender a nuestra audiencia. —Casi se me ocurrió darle otro beso de despedida, pero se apartó, y llamó a alguien—: Cuidad de ella hasta que se recupere. No, tú no, no antes de que sea ella misma. Temo lo que haría si la tocaras ahora.

Su voz cuando habló de nuevo, llenó el club, se hizo eco en las sombras y, sin embargo, parecía íntima, como si susurrara contra tu piel, y sólo a tu piel.

—Primo ha caminado a través del fuego y la sangre para renacer esta noche. Transformado ante sus ojos, de un guerrero de pesadilla a un amante de en sueño.

—Están demasiado asustados, no se lo van a creer. —Era la voz de Nathaniel.

Me volví hacia esa voz, pero me encontré con una cara diferente.

Nathaniel estaba un poco más allá, fuera de alcance, pero Byron estaba tan cerca que me sobresaltó. Tenía trescientos años, y normalmente le oía moverse como si fuera humano. No era poderoso, y nunca lo sería, pero esta noche, ni siquiera sabía que estaba tan cerca como para tocarme. Eso ayudó a volver en mí, más que nada. No había oído a uno de los más débiles vampiros nuevos que Jean-Claude había acogido en la ciudad. Nigromante mala, no te toca galleta.

—Nunca he visto antes una alimentación así —dijo Byron con la voz con acento británico muy bueno—. Mira.

Luchaba por no mirar a Jean-Claude. Miré a la audiencia en su lugar. Sus ojos estaban muy abiertos, con sus rostros pálidos, o enrojecidos. Algunos de ellos estaban todavía escondidos bajo las mesas. Si la lucha no hubiera tenido lugar entre ellos y la puerta, habrían huido. Todo lo que necesitaban era una señal por encima de ellos que dijera «acojonado». Probablemente fue la sangre derramada, más cantidad de la que había visto nunca. Miedosos.

Mientras miraba al público estuve de acuerdo con Nathaniel, pero cuando mis ojos se dirigieron de nuevo a Jean-Claude mientras hablaba con ellos... Tuve que apartar la mirada. Tuve que mirar a otro lado, porque el ansia todavía estaba ahí. Me habían dicho que mi deseo de tocarlo había sido el anhelo normal que todo siervo sentía por su maestro, pero realmente no me lo había creído. Esto, esto era el deseo.

Me encontré mirando a Primo, que aún estaba de rodillas, pareciendo confuso, a su alrededor había un semicírculo de guardias de seguridad vestidos de negro. Me miró, y sus ojos tenían algo así como dolor. Habló, y nadie en las mesas pudo oírlo, sólo yo, la seguridad, los vampiros y los leopardos a mi espalda.

—Me has atrapado.

Abrí la boca para decir:

—No quería —pero alguien me tocó la muñeca izquierda, y me dolió. Un dolor agudo inmediato. Me volví y encontré a Byron tocándome—. Suéltame.

Abrió la mano y dejó caer mi brazo. Susurró:

—Está sangrando. Jean-Claude me dijo que la cuidara. Permítame vendar su herida. —Tenía un aspecto más joven y aparentemente inocente que Nathaniel. Había estado en su adolescencia cuando su amo le convirtió. Su pelo era un suave color marrón, que caía en rizos sueltos un poco más

allá de las orejas, dejando al descubierto su esbelto cuello y mostrando la V de la piel blanca en el cuello de la túnica que llevaba. Me acordé de que alguien había dicho que los estudiantes universitarios provocaron el altercado con Byron. Debía haber estado en el escenario.

Era más alto que yo, y delgado, no preadolescente, pero joven, sin terminar, y estaría sin terminar para siempre. Si sus hombros se fueran a ampliar, o si fuera más alto, nunca lo sabría. Podía levantar pesas y añadir la definición, de hecho, lo había hecho, a insistencia de Jean-Claude, pero nunca tendría el cuerpo que podría haber tenido si el vampiro que lo mató hubiera esperado uno o dos años.

Sus ojos eran de color gris y parecían ocupar la mayor parte de su rostro, enormes, gris suave. El color que la niebla puede tener cuando es muy espesa, cuando es una sofocante pared de niebla.

Tuve que sacudir la cabeza y retroceder. Mierda. Byron casi me había hechizado con sus ojos. Eso no habría sido posible. Jean-Claude había dicho que había bajado todas mis defensas. No había querido. Es más como si Jean-Claude hubiera bajado todas mis defensas. Pero Byron no era Jean-Claude. Lo podía mantener a raya.

En realidad cerré los ojos e hice ejercicios profundos de respiración que había aprendido. Dibuja el centro de tu cuerpo. Haz una línea desde tu centro hasta la misma tierra. Marianne la llamó tierra, y así era. Tierra como una base, sólida bajo tus pies, segura.

Pero era difícil mantener la concentración, porque la voz de Jean-Claude todavía estaba allí, y cerrando los ojos no me deshacía de él.

—¿Quién entre vosotros no ha deseado domesticar un corazón salvaje, tomar a un hombre y cambiarlo? ¿Para hacer de él lo que deseamos que sea? Primo se arrodilla ante vuestra belleza, y es lo que vais a hacer de él. Él sube y baja con sus deseos.

Sentí a Jean-Claude caminar entre Primo y yo. Incluso con los ojos cerrados, incluso conmigo tratando de no tocarlo, lo sentí como una mano barriendo toda mi concentración. Miré hacia arriba y le vi tocar la cara de Primo, un ligero toque.

—Muestra a todos tu magnífico cuerpo.

Primo movió la cabeza. No quería jugar.

Sentí a Jean-Claude flexionar un músculo alrededor de Primo apretándole. Sentí una llamarada de calor derramándose fuera de él al hombre más grande. Realmente me acerqué a ellos, cuando Byron me tiró

hacia atrás.

—No te lo aconsejaría —dijo, y otra vez sentí la atracción de esos dulces ojos grises, como estar envuelta en la más cálida de las mantas.

Primo se puso de pie, y me giré de nuevo a ellos. El hombre grande apretó sus manos en el negro de la camiseta empapada de sangre, y la rompió como si fuera de papel. Desnudo de la cintura para arriba, era magnífico, como un gigante. No era la inmensidad que venía del levantamiento de pesas. Era lo grande que era.

—¿Quién será su primer beso? —preguntó Jean-Claude.

Sentí el movimiento antes de volverme y ver a la audiencia. No había miedo ahora, la voz de Jean-Claude había alejado al miedo. Todo lo que veía ahora era afán, peor, la incertidumbre, como si no estuvieran seguros. Las primeras manos subieron con dinero en ellas, y una vez que ocurrió, siguieron más. Nadie quería ser el primero, pero nadie quiere quedarse fuera, tampoco.

Byron sacudió suavemente mi hombro.

—Tenemos que curar la herida, Anita. Vamos atrás.

—Tiene razón —dijo Nathaniel, y estaba más cerca ahora. Tan cerca que podía ver que había sangre en su camisa de color lavanda. Debía haber estado más cerca de Primo de lo que recordaba. Pero no pensaba así. Era como si no hubiera sido yo misma desde que llegué aquí. ¿Qué era lo que me pasaba?

Asentí.

—Bueno, vale, sí.

Dejé que Byron y Nathaniel me llevaran lejos, pero mi mirada se quedó, volvió a la habitación. La morena del callejón estaba recorriendo las manos por la piel de Primo, por la piel limpia y suave, ni sangre, ni signos de lucha. Primo pasó las manos sobre su piel, pero su mirada era para mí. Sus ojos se llenaron de una muda súplica de ayuda, y no entendía por qué.

Jean-Claude tocó la espalda desnuda del hombre grande, y la cara de Primo se volvió hacia la mujer. No había ninguna confusión en su rostro. No había nada más que la lujuria, y en ese momento comprendí. Jean-Claude tenía el control de Primo. Estaba manipulando al vampiro más de lo que había manipulado a la audiencia. Venían por un poco de diversión lasciva. Primo había llegado para ser el Amo de la ciudad, pero a cambio, sólo era un actor del Placeres Prohibidos. La besó como si en ella estuviera su respiración, como si el besarla fuera la vida misma. Cuando la dejó ir, y

uno de los guardias de seguridad la llevó mientras su cuerpo temblaba a su asiento, el dinero se levantó en las manos de toda la habitación. Bienvenido al mundo del espectáculo, Primo, pensé.



La puerta se cerró, y la magia pareció apaciguarse. El área entre bastidores estaba insonorizada, pero hoy era algo más que eso. Era como si al cerrar esa puerta pudiera volver a pensar otra vez, realmente pensar. Sabía que la proximidad a Jean-Claude podía empeorar las cosas, por lo general proximidad significa tocar. Esta noche, estar en la misma habitación era demasiado cerca.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué diablos está pasando?

—Tenemos un botiquín de primeros auxilios en los vestuarios —dijo Byron. Intentó llevarme hacia una de las puertas de la derecha.

Retire mi brazo de su agarre y miré a Nathaniel.

—¿He oído a Jean-Claude decirte que no me toques?

Él asintió con la cabeza.

—No está seguro de lo que sucederá ahora. —Su rostro estaba muy

solemne, serio, cerrado. Estaba siendo cuidadoso a mí alrededor, y no sabía por qué.

—¿Me he perdido algo esta noche?

—Estás chorreando sangre —dijo Byron, y señaló mi brazo.

La sangre corría por mi mano, goteando, cayendo sobre el suelo blanco. El pasillo estaba tan blanco y tan vacío que la mancha de color carmesí resultaba estridente, como si el color fuera sólido. Sacudí de nuevo la cabeza.

—Algo anda mal.

—Has perdido más sangre de lo que crees —dijo Byron.

—Anita —dijo Nathaniel, y darme la vuelta y mirarle pareció llevarme más tiempo del necesario—. Anita, entra en los vestuarios. Nosotros cuidaremos de ti.

Asentí con la cabeza y levanté el brazo hasta aproximadamente la altura del pecho. Ayudaría a frenar la pérdida de sangre. La manga de mi chaqueta era un revoltijo sangriento, y no me había dado cuenta hasta ahora. Algo estaba terriblemente mal, y no sabía lo que era. Sabía que el haber creado un nuevo triunvirato con Damian y Nathaniel probablemente era la causa, pero eso sólo me decía por qué estaba sucediendo, no lo que estaba sucediendo. Por qué arreglar lo sucedido tenía mucha importancia, lo que estaba sucediendo, eso era lo más importaba.

Byron me tocó el brazo, sólo lo suficiente para guiarme a través de la puerta que Nathaniel había abierto para nosotros. Mientras caminaba por delante de Nathaniel, sentí algo abierto entre nosotros, como si hubiera una puerta en el centro de nuestros cuerpos. Una puerta que quería cerrar alrededor nuestro, presionándonos juntos, apretados.

Byron, literalmente, puso su cuerpo delante del mío y me impidió tocar a Nathaniel. Le gruñí y Nathaniel hizo eco en su espalda.

—Abajo, tranquilos gatitos, sólo estoy haciendo lo que el Amo de la Ciudad me ha mandado hacer. —Sus ojos estaban muy abiertos, y obtuve un tufillo, no de miedo, pero si algo cercano—. ¿Recuerdas que el beso de Jean-Claude se sentía allí como algo incorrecto? —Me agarró la muñeca herida y apretó sus dedos en ella.

—Eso duele —dije, y me volví hacia él, enfadada, lista para estar enfadada.

—Pero ahora puedes pensar, ¿no?

Eso me hizo dar un paso atrás más allá de los vestuarios. Byron me

siguió, su mano aún en mi muñeca, pero ahora sin apretar, no quería herirme, sino más bien guiarme.

—¿Qué nos está pasando? —pregunté.

—Parece que todos habéis alcanzado un nuevo poder —dijo Byron, mientras me conducía entre las dispersas mesitas iluminadas, con maquillaje y piezas de vestuario.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Se detuvo delante de un gran gabinete de metal gris que estaba en el otro extremo de la habitación.

—Lo que significa, responde a mi pregunta. ¿Recuerdas cómo se sentía el beso en el otro cuarto? —Abrió el gabinete, y parecía estar lleno de material de limpieza y recambios que la gente pudiera necesitar. En el estante superior, por lo que tuvo que ponerse de puntillas, había un kit de primeros auxilios, uno grande.

—Fue como si bebiera mi alma, —y decir eso en voz alta era demasiado poético para mí. Me sonrojé y volví a intentarlo—. Pensé que había alimentado el *ardeur* durante el sexo conmigo, pero si ese beso alimentaba lo mismo, ha estado conteniéndose.

Byron trató de encontrar suficiente espacio libre en las mesas cercanas para abrir el botiquín, pero desistió y le pidió a Nathaniel que lo sostuviera, mientras revolvía en él.

—Él ha estado conteniéndose, cariño, confía en mí sobre esto.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Me ofreció una mirada muy llana con sus grandes ojos grises.

—A Jean-Claude le gustó Londres una vez, ah, le gustaba mucho, y a mí me gustó que le gustara. —Había algo casi hostil en la forma en que terminó la frase.

—¿Por qué me siento como si debiera disculparme? —pregunté.

—Sólo sostén el brazo más alto —dijo. Tenía las manos llenas de cosas, pero aún no estaba satisfecho—. Nada de qué disculparse, Patito. Excepto por Asher, Jean-Claude prefiere su zumo por la persuasión más suave, siempre lo ha hecho. Ah, aquí está. —Mostró un paquete sin abrir de compresas de gasa. Me sonrió, y la sonrisa era demasiado inofensiva, tanto que no concordaba con la situación—. Ahora, deja que el Tío Byron vea el gran y malo bu-bu.

Le lancé una mirada que no era del todo agradable.

—Estoy sangrando, no tengo daño cerebral, el bebé puede hablar.

Se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, querida.

Empecé a corregirle, pero Byron utilizaba nombres cariñosos, los mismos nombres cariñosos para todos. Si me lo tomaba de forma personal, sería imposible mantener una conversación con él. Estaba cansada esta noche. Lo dejé pasar.

—¿Por qué no quiere tocarme Nathaniel?

Byron me miró como si estuviera siendo lenta.

—Porque, cariño, si el beso de Jean-Claude es de repente más, entonces tal vez el tuyo también lo sea. El sirviente se eleva en el poder con su Maestro. —Miró todo lo que tenía en las manos y luego movió la cabeza, parecía impaciente, y lo lanzó todo de vuelta a la caja—. Dame las cosas cuando te las pida —le dijo a Nathaniel.

Nathaniel asintió con la cabeza, pero me estaba mirando. Me encontré mirando fijamente aquellos ojos lavanda.

Byron chasqueó los dedos en el aire entre nuestras caras. A ambos nos hizo saltar.

—Vosotros dos os quedáis sin tocaros de momento. Eso sería peligroso. Ahora quítate la chaqueta.

Hice lo que me pidió, y me dolió sacarme la manga, pero no jadeé hasta que vi mi muñeca, y Nathaniel dijo:

—Oh, mierda.

La mayoría de las mordeduras de vampiro son pulcras, algo casi delicado. Esta no era así. Era como si, una vez que sus colmillos se hundieron en el punto inicial, hubiera utilizado sus otros dientes para morder, por lo que se parecía más a una mordedura de animal. Una gran mordedura de un animal furioso. La sangre se filtraba desde las dos marcas de colmillos más profundas, fluyendo en una fina línea constante. En el momento en que la vi, me sentí mareada, y me dolía como el infierno. ¿Por qué siempre duele mucho más cuando se ve la sangre?

—Tienes suerte de estar todavía en pie —dijo Byron. Enganchó una silla con un pie desnudo, y dijo—. Siéntate.

Me senté. Porque la verdad, estaba un poco sacudida. Era una herida bastante mala que me hubiera gustado notar antes. Realmente notado. Una fracción de una pulgada más, o peor, simplemente más profunda, y podría haberme desangrado casi hasta la muerte antes de darme cuenta.

—¿Por qué no lo noté antes?

—He visto a humanos mordidos sangrando hasta la muerte por heridas pequeñas, con una sonrisa en su cara durante todo el camino hasta el final, patito. —Abrió la gasa estéril—. Pon esto sobre ella y presiona fuertemente. Has perdido bastante sangre por una noche, vamos a ver si podemos salvar el resto. —Cuando hablaba en serio, los apodos desaparecían. Sólo había estado en la ciudad un par de semanas, y ya sabía que cuando los patitos, cariños, y pastelitos desaparecían, las cosas estaban mal.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Nathaniel.

—Encontrar más gasas. Este es el único paquete que hay aquí, y va a necesitar más.

Nathaniel puso el kit de primeros auxilios en una silla que movió cerca de Byron, luego se dirigió a la puerta. Al parecer, sabía donde se guardaban las gasas extra.

—¿Cuán graves son los cortes de tus chicos?

—Por lo general rasguños —dijo—, aunque te sorprenderías de la cantidad de mujeres que tratan de morderles.

Le miré.

Él sonrió.

—Piensa, patito, ¿por qué te mentiría?

Un segundo después estaba mirando a Byron y no pensaba en nada realmente. La muñeca me dolía, y me preguntaba por qué no me había dado cuenta antes, y de repente me encontré preguntándome si estaba desnudo bajo la bata, y esperando que lo estuviera.

Cerré los ojos y traté de escudarme. Traté de clavar algo, pero todo lo que tenía estaba entre mí y Jean-Claude, su voz me llegó directa.

—Lo siento, *ma petite*, lo siento, pero Primo sigue luchando contra mí, y no me he alimentado lo suficiente. No puedo alimentarme y controlarlo, pero te puedes alimentar por mí. Puedes darme lo que necesito, *ma petite*. Por favor, por favor, no me lo niegues. Si pierdo ahora el control sobre Primo, matara a estas mujeres. Se verá a sí mismo humillado por ellas. Por favor, *ma petite*, me oyes, y sabes que lo que digo es sólo la verdad. ¡Ayúdame! —Cortó abruptamente el contacto, y tuve un vislumbre de la rabia de Primo apuñalando la lujuria con que Jean-Claude lo había alimentado. Era como si Primo fuera un ser humano atontado, pero todavía luchando, luchando por liberarse.

—Maldito seas, Jean-Claude —dije en un murmullo.

Byron me tocó el brazo.

—No te desmayes sobre mí.

Abrí los ojos, y sus ojos grises estaban demasiado cerca de los míos. Estaba demasiado cerca. No sé lo que mostraban mis ojos, pero me soltó como si le hubiera quemado. Sus ojos estaban un poco demasiado abiertos, y su voz sonaba entrecortada, cuando dijo:

—No me gusta la mirada en tus ojos. No parece tuya.

Me incliné hacia él, y él se echó hacia atrás. Seguí avanzando, y se mantuvo en movimiento hacia atrás, de modo que me deslize fuera de la silla y, en un segundo, él terminó en el suelo, antes de que rodara a sus pies. Me quedé de rodillas en el suelo, pero sujetaba un puñado de su bata. La tela estirada lejos de su cuerpo, y vi que llevaba algo debajo, pero no mucho. Era lujuria, pero era más que eso. Esto era la lujuria, como si el sexo fuera comida. Pensaba que el *ardeur* era lo peor, pero esto se sentía... menos, peor. Excepto por esa primera vez que había tenido cierto control sobre el *ardeur*. Sin quererlo, alguien, alguien conocido, me había ayudado a combatirlo. Esto era diferente. No me habría importado. Esta necesidad era tan cruda que simplemente no me habría importado.

Jean-Claude gritó a través de mi cabeza.

—Anita, ¡ayúdame! —Había usado mi nombre real, y su desesperación cortaba a través de mí como un cuchillo.

Algo de esa desesperación se mostró en mi voz.

—Lo siento, Byron, pero Jean-Claude está a punto de perder el control de Primo. Necesita más alimento.

—¿Y quién va a ser el alimento? —preguntó, y hubo un punto de miedo en él.

Tuve que cerrar los ojos y respirar profundo.

—No hay tiempo.

—No voy a dejar que me desgarras la garganta simplemente porque el Maestro ha mordido más de lo que puede aguantar.

Sacudí la cabeza, los ojos todavía cerrados.

—No tengas miedo, Byron, por favor, hay que dar combustible a la bestia. Te estoy ofreciendo el *ardeur*. —Abrí los ojos y le miré fijamente. Todavía estaba demasiado lejos, tanto como la tela estirada de la túnica negra le permitía. Mi voz se encontraba al borde del gruñido cuando le dije —: Pero es una oferta por tiempo limitado. O bien vienes aquí o el alimento no será un eufemismo.

Una mirada divertida cruzó su rostro.

—¿Quieres decir sexo? ¿Sexo real? ¿No es un eufemismo para referirse a otra cosa?

Si hubiera tenido tiempo, habría sido divertido.

—Sí.

—Oh, patito, ¿por qué no lo dijiste antes? —Vino hacia mí, deshaciendo el cinturón de su túnica y dejándolo caer. Vestía sólo un diminuto tanga negro, con su pálido cuerpo totalmente expuesto. Los músculos que había logrado adquirir en menos de un mes, se movían bajo su piel cuando se dejó caer de rodillas delante de mí—. ¿Quién se pondrá arriba? —preguntó con una sonrisa.

Puse mis manos sobre sus hombros desnudos, y en el momento en que toque su piel, su sonrisa se desvaneció.

—Yo —dije, y le empujé al suelo.



Byron cayó sobre el suelo con mi cuerpo encima de él, montándolo, agarré sus muñecas fijándolas al suelo. La única cosa que había arrancado de mi propio cuerpo, había sido la ropa interior. No hubo ningún juego previo, no había tiempo para ello y ninguna necesidad. Mis manos lo tocaban por todas partes, podría alimentarme un poco.

La piel desnuda era todo lo que necesitaba ahora, pero esto era una alimentación incompleta. No era bastante. Presioné nuestras bocas juntas, deslicé mi lengua en su boca, y así podría alimentarme, pero no era suficiente. Me froté contra él, pero él todavía estaba atrapado en la correa de su ropa interior. Dejé ir una de sus muñecas, y su mano encontró el lado de la correa primero.

—El cierre lejos —dijo, en una voz más profunda, más verdadera de lo habitual.

Arranqué la tela, y estuvo de pronto desnudo contra mí, no dentro de

mí, pero apretado contra mí, y estaba tibio. Caliente con la sangre que había tomado de alguien más. La sensación de su miembro contra mí me hizo gritar.

—¿Anita? —dijo Nathaniel El sonido vino desde la distancia de donde estábamos, se puso lo más lejos que pudo conseguir, permaneció donde pudiera verlo.

—Esto se parece al *ardeur*, pero mucho peor. —Se veía casi preso del pánico. Se abrazó al paquete de gasas.

Quería decir que lo sentía, o algo civilizado, pero Byron movió sus caderas debajo de mí, y el pequeño movimiento devolvió mi atención al hombre. Sus ojos se habían oscurecido como el cielo antes de una tormenta. Haciéndome apartar la vista de ellos, me pregunté cómo alguna vez había pensado que eran suaves. Quizás el paso del tiempo de su juventud encantadora, juzgando el cuerpo que le había tocado, pero ahora de pronto en sus ojos vi justo, al adulto con el que estaba tratando.

—Móntame —dijo, y esto salió más suave la segunda vez—. Móntame. Móntame —susurró una y otra vez, más y más suave, hasta que su aliento pareció un susurro—, móntame.

Me incliné, presioné mi boca con la suya, era como si pudiera sentir su alma ir hacia el túnel largo de su cuerpo, como si pudiera alcanzarla y arrebátarsela. Supe en aquel instante que podría alimentarme de todo lo que Byron era. Podría alimentarme de esa chispa divina o infernal que lo hacía vampiro. Podría alimentarme, completamente y totalmente, y dejar sólo la cáscara de un cadáver encantador atrás.

Solté su boca con un grito, porque el impulso de hacerlo era casi asfixiante. El hambre lo quería todo. Todo de él. Esto no podía tener todo de él, no podía. No le haría esto. No se lo haría a nadie. Por primera vez entendí justo lo que quería decir un destino peor que la muerte, o más bien que el sexo lo era.

Si pudiera alimentar el *ardeur*, entonces tal vez esta cosa más oscura se marcharía, pero aún dispuesta, tuve problemas. No conocía el cuerpo de Byron. Traté de simplemente mecarme atrás en él, deslizarlo dentro de mí, pero dos veces nos deslizamos uno a través del otro, pero no entró. Finalmente grité en mi frustración, y dijo.

—Permíteme tender la mano a la amante y ayudaré.

Una mano apareció entre nosotros, y esto en realidad me tomó un momento para comprender que era Nathaniel. Tenía un condón en la mano.

—No sabemos dónde ha estado. —Gruñí, pero me gruñó.

—La única manera en que puedes agarrar algo de un vampiro o un licántropo es si uno de nosotros ha follado a alguien que tiene algo, luego después te folla. ¿Quieres tomar esa posibilidad?

—Permíteme tender mis manos a mi amante, y podré hacer lo que quieras.

Solté sus muñecas, y se movió solamente lo necesario. Abrió el paquete de hoja de metal y se puso el preservativo. Entonces se deslizó hacia atrás donde nosotros habíamos comenzado, apretándose contra mí, pero no dentro. Puso sus manos, agarrando, mis muslos y me levantó al mismo tiempo que movió sus propias caderas. ¡Se deslizó dentro de mí!, en un movimiento liso en el cual me hizo tirar mi cabeza hacia atrás y a él lo hizo gritar.

—¡Ah, sí!

Cuando me volví a mirarlo, sus ojos estaban grises y habían perdido el foco, sus labios medio abiertos. Quise cubrir su boca con la mía, quise aquel breve gusto dulce de su alma otra vez. Finalmente comprendí que esto no era el *ardeur* contra lo que luchábamos, no completamente. Algo más pasaba, algo más oscuro, algo peor. Había pensado que lo peor sería tener relaciones sexuales con extraños, pero me equivoqué.

Byron no era mi amigo, no hago amigos tan rápidamente, pero no era un hombre malo. Me gustaba, con su «patito» y «cariño». Me gustaba eso de él. Me había dicho la primera vez que nos habíamos encontrado, que no era Byron, en realidad era Lord Byron no era uno de nosotros, que acababa de ser una extensión de un rumor por personas que deseaban una excusa para quemarlo o estacarlo en algún país del páramo. Aunque si había sabido que el gran poeta iba a continuar ahogado antes de la edad de treinta, se habría ofrecido.

Me gustaba Byron. No merecía morir. Había un eco enfadado en mi cabeza. Pensé que el sentimiento era de Primo, y luego supe que no lo era. No tenía la clase de poder que esto tomaba para interferir en un cuarto a lo lejos, ni por mi protección ni por Jean-Claude. Me hice la misma pregunta, ¿Dónde iría el poder si aspirara la vida de Byron? Lancé la pregunta a Jean-Claude. Permití que viera el más oscuro de los deseos en mi cabeza.

—Esa no es nuestra hambre —dijo él.

—¿De quién es?

—Ella es el Dragón. —Habló en mi cabeza, y había urgencia allí.

—Ella hizo a Primo —dije, y fue entonces cuando comprendí que no hablaba en voz alta.

—Ella lo usa como un conducto para satisfacer su propio poder.

—¿Cómo lo paramos?

Byron de pronto retrocedió y se empujó más fuerte dentro de mí e hizo algo con sus caderas y piernas al mismo tiempo. Esto hizo volar toda mi concentración al diablo, y todo lo que podía hacer era no apartar la vista de él.

—A un hombre le gusta saber que no aburre a una muchacha —dijo, pero no había ninguna risa yendo con el comentario alegre. Jean-Claude resonó en mi cabeza.

—La paramos como hicimos con Moroven, enviándole algo que ella no entiende.

—Déjeme adivinar —dije, y otra vez no fue en voz alta.

—El sexo, o el amor, *ma petite*, qué está ahí para nosotros.

Desconozco lo que iba a responder, porque Byron me hizo dar la vuelta junto con él. Lo hizo en un repentino, increíblemente rápido, movimiento fluido, y nunca se salió de mí, que es más difícil de hacer que los sonidos. De repente me encontraba en el suelo, mirando hacia arriba, mis manos sobre sus hombros como si me hubiera agarrado a la primera cosa, más cercana, para impedirme caerme. Sonrió abiertamente por lo sorprendida que estaba y se veía en mi cara cuando dijo.

—No te mueves bastante, cariño, déjeme mostrarte como se hace.

Hizo dos empujes rápidos que me dejaron sin aliento, entonces se levantó sobre sus manos como tratando de hacer una mala maniobra, empujó su ingle apretando contra la mía. Su risa se desvaneció, frunciendo el ceño.

—Sangras, cariño.

Me había olvidado de mi muñeca otra vez. Seguí su mirada y observé, la sangre se escurría de la herida. Había sangre desparramada a través de mi camisa azul.

—Alguna gasa, por favor —dijo.

Pienso que esto, tomó tanto a Nathaniel como a mí un segundo para comprender a quién le estaba hablando y por qué. Nathaniel hurgó en un paquete de gasas abierto y se lo dio. Era sumamente incómodo estar atrapada bajo el cuerpo de un hombre extraño mientras que Nathaniel se arrodillaba a nuestro lado. Era más embarazoso que tener el reloj de

Richard, y el enlace con Damian solamente se sintió peor, como si debería pedir disculpas.

Pienso que lo habría hecho, pero Byron presionó la gasa en la herida de mi muñeca, fijándola más contra el suelo. Esto dolió, aguda e inmediatamente, dejándome jadeando y miré hacia su cara. Fijó mi otra muñeca, de modo que se presionaba contra mí, y muy, muy bien fijada. Podría haberme quejado, pero Jean-Claude rugió en mi cabeza.

—*Ma petite*, tengo que alimentarme. No te mueves lo bastante rápido con Byron.

—Eres un vampiro grande, aliméntate tú mismo —dije, en voz alta.

—¿Comprendes para lo que me estás dando permiso, *ma petite*?

—Esta noche, sí, ayúdeme, Jean-Claude. Aliméntate, por Amor a Dios, aliméntate. —Byron vaciló, sereno encima de mí.

—¿Algo va mal?

—No nos movemos lo bastante rápido para él, al parecer. —Una casi mala sonrisa cruzó la cara de Byron.

—Ah, podemos resolver eso, cariño, podemos resolverlo —dijo y se fijó.

Se movió dentro y fuera de mí en olas largas que se trasladaban a través de su cuerpo. Era como si el empuje comenzara en sus hombros y lo recorriera bajando por su cuerpo hasta que se empujaba dentro de mí. Una vez dentro de mí, hizo un movimiento con sus caderas, parecía que su miembro casi lo hacía dar vueltas dentro de mí. Era como si aquel movimiento fuera parecido a un baile en el que se retorció hasta abajo en su cuerpo e iba dentro del mío. No era rápido, como en velocidad, pero era rápido en otros modos.

Mi respiración se había acelerado encima de la de él, y mi cuerpo había entendido el punto en su empuje dentro de mí, de modo que mis caderas empujaban hacia arriba para encontrarlo. Comenzó a parecer un baile, excepto que ambos estábamos en el suelo, pero cuando comprendió que quería moverme, cambió como si la parte inferior de su cuerpo me sujetara, de modo que sobre todo sólo él se movía entrando y saliendo de mí y fijara la parte inferior de mi cuerpo, y el resto de mí fue dejado para elevarse y caerse contra su cuerpo.

Mantuvo mis muñecas fijas, y seguí pensando que debería decir algo sobre esto, pero seguía olvidándolo, y finalmente comprendí que no quería decirlo. Otra voz británica vino de lejos.

—Jean-Claude dijo que me necesitaban aquí dentro, pero parece que has encontrado una forma —dijo su nombre.

—Requiem —dijo solamente y nada más, pero vino a mí. Se arrodilló en una caída de capa negra encapuchada. Empujó la capucha atrás para revelar su pelo tan lacio y negro como la capa en sí misma. Sus ojos eran profundos, un rico azul eléctrico, resaltaban sobre el pelo negro y el blanco de su cara. El bigote delgado y la barba Vandyke eran como las plumas de un cuervo oscuro. Su pelo y cejas enmarcaban aquellos asustados ojos azules. Una vez me dijo que Belle había querido comprarlo a su viejo maestro. Ella había querido a un tercer amante de ojos azules. Asher tenía el más pálido azul, Jean-Claude el más oscuro, y Requiem tenía el más brillante. Su maestro se había negado, y ellos habían escapado a Francia. Se encontraba arrodillado a la altura de mi cabeza, se arrodillaba como si fuera algún ángel oscuro en su capa, no la dejaría por ningún abrigo moderno.

—¿Qué quieres de mí, mi señora? —Mi voz vino entrecortada, pero clara. Bien por mí.

—Si tomas mi sangre al mismo tiempo, le alimentaré, entonces me alimentare de vosotros dos. —No discutió. Simplemente se acostó detrás de nosotros, de modo que su cara estuviera cerca de la mía.

—Como mi señora diga, así va a ser hecho.

—Bien si debe ser hecho, hazlo rápido —dijo Byron, y su voz pareció más filtrada que la mía. Requiem le miró, apoyando su codo al costado de mi cabeza.

—¿Estás implicando que no durarás mucho más tiempo?

—Sí, —y su voz parecía medio estrangulada.

—Estás fuera de entrenamiento —dijo Requiem.

—No la has follado. No critiques hasta que lo hayas intentado.

—¿Implica que ella es tan buena que te va a hacer terminar pronto?

—¡Dejad de discutir! —dije, y mi cuerpo todavía se elevaba y caía con Byron. Él todavía luchaba por mantener el ritmo, aún, pero comenzaba a perderlo, entraba y salía más rápido, y supe cuando dejó de bailar dentro de mí, que estaba llegando.

—Apresúrate, o nos echarás de menos.

—Como ofrezca mi señora. —Requiem me acomodó entre su pecho, su estómago, y puso sus manos en mi pelo.

—Mal ángulo —susurró—. ¿Puedo mejorar el ángulo, mi señora?

—Sí —dije con un sonido estrangulado.

Clavó sus dedos por mis rizos y tiró mi cabeza bruscamente a un lado, exponiendo una línea larga de mi cuello. Envolvió su mano, cerrándola en mi pelo y tiró agudamente. Jadeé, y esto no era un sonido de dolor.

Me encontré mirando fijamente, no los ojos grises de Byron, sino a Nathaniel. Todavía estaba allí apiñado cerca, pero no tan cerca. Parecía tanto con miedo como con ansiedad, y no entendí la mirada. Quise, y tuve un instante para sentir como veía esto. Un amante fijó mis muñecas al suelo, moliendo su mano en una mordedura fresca, sumergiéndose en mí una y otra vez, mientras me retorció debajo de él. Ahora otro hombre había tirado de mi pelo tensamente y dolorosamente, había expuesto mi cuello, y cuando llegara a tener el orgasmo, sumergiría sus colmillos en mi cuello.

Ambos vampiros se sumergirían dentro de mí al mismo tiempo, y no podría hacer nada para pararlo. Esto no le importaba a Nathaniel, si había dado el permiso. Solo importaba que me encontraba atrapada y desvalida y a su merced, y la escena entera parecía haberse hecho para él. Disfrutaba mirando, porque esto era lo más cercano a lo que había querido en meses.

Sentí su necesidad como un peso en mi mente, y supe que habría dado casi cualquier cosa por estar en el lugar de cualquiera de nosotros tres.

El cuerpo de Byron comenzó a perder su ritmo y pareció luchar para no simplemente sumergirse hacia dentro y hacia fuera tan rápido como podía.

—Cerca, muy cerca —susurró.

Comencé a girar mi cabeza, entonces pude ver su cara, pero la mano de Requiem me apretaba, y no podía moverme. Su aliento estaba caliente sobre mi garganta, y supe que había tomado prestado ese calor de alguien más.

—¿Estás cerca, mi señora, lo estás? —Su aliento formó como un calor que traspasó mi piel.

Byron se inclinó más sobre mis muñecas, moliéndolas en el suelo, y su cuerpo tomó un ritmo más urgente. Sentí el peso en mi ingle, que creció y creció y saldría en un estallido. Susurré.

—Cerca, casi.

Los labios de Requiem tocaron mi cuello, solamente sus labios, como si me besara. Byron luchó por algo más continuo, más controlado, pero su voz estaba ronca, sin aliento.

—Casi, casi, casi.

Aquel calor pesado dentro de mí explotó, y grité. Los colmillos se sumergieron en mi garganta, y el cuerpo de Byron entrando y saliendo de

mí, convulsionó contra mí, dentro de mí. La boca de Requiem se selló sobre el beso de sus colmillos, y comenzó a alimentarse. Y era como si cada succión de su boca trajera un nuevo orgasmo. Byron gritó, y su cuerpo se meció con el mío. La mano de Requiem convulsionaba en mi pelo, y su otra mano agarró mi hombro, sus uñas se clavaron en mí, y sentí el tirón de su cuerpo, meciéndose con nosotros.

Grité hasta que mi voz fue ronca, y de todos modos él se alimentó, y todavía Byron se quedó fijado dentro de mí, empujando en mí. Era como estar cogido en un lazo infinito de placer, un movimiento que alimentaba a los demás, hasta que finalmente nos derrumbáramos en un montón de temblores. La boca de Requiem dejó mi cuello.

—No puedo beber más. —Su voz perfecta estaba sin aliento, apenas era un susurro.

Byron se derrumbó sobre mí como una marioneta cuyas cuerdas habían sido cortadas. Se puso sobre mí, y pude sentir su corazón latiendo dentro de su pecho como una cosa atrapada. Su respiración era desigual y parecía dolorosa, y la mía no era mucho mejor. Encontró su voz ronca, y sacudida.

—Si no estuviera muerto ya, diría que tengo un infarto. —Traté de reírme y terminé tosiendo.

—Ah, no haga eso —dijo Byron—, por favor. —El ataque de tos me había apretado alrededor de él otra vez, y esto le puso sobre sus brazos, empujándole otra vez contra mí, me hizo retorcerme debajo de él. Se derrumbó otra vez, y pidió.

—No, más, por favor, Anita, no más. Nunca pensé que lo diría después de un tiempo, pero me darías un momento para recuperar el aliento...

—El aliento —dijo Requiem cuando su cara se derrumbó al lado de la mía—, no el aliento, sino el pulso. Sabía que tenías el *ardeur*, pero deberías advertir a un vampiro si puedes hacer cosas así.

—¿Como qué? —dije encontrando mi aliento. Movié su cabeza de modo que pudiera mirarme a los ojos con su cara sobre mi hombro.

—Sabía que te alimentarías de mí, pero no sabía que me harías terminar.

—Nos vendríamos —dijo Byron—, nos vendríamos una y otra vez. —Se derrumbó sobre mi pecho y mi cuerpo tanto que podía ver sus rizos marrones.

—Por lo general intento y mantengo la pista de cosas así, pero me rendí cuando pasamos de cinco. ¿O eran seis?

—Ocho —dijo Réquiem—, o tal vez más. Pienso que si pudiera haber seguido alimentándome, no nos habríamos parado. —Cerró sus ojos, y un temblor débil lo traspasó.

—Había olvidado, con cuantas maneras diferentes el *ardeur* podía ser alimentado. Había olvidado lo bueno que se podía sentir.

—No tengo nada para compararlo con esto —dijo Byron con voz ronca.

—¿Nunca estuviste con Belle Morte, verdad? —preguntó Requiem. Byron pareció querer mirar al otro hombre cuando habló, pero se rindió levantando su cabeza, lo que le tomó demasiado esfuerzo.

—No, nunca tuve el placer.

—Esto fue un placer —dijo él.

Si pudiera haberme movido, y estar segura de que no me caería, le habría dicho a cada uno que salieran de mí, pero no podía moverme, y si no podía, conociendo al menos a Byron seguro que él tampoco podría. Había estado usando más músculos de los que tenía. Pero me sentía extraña, allí con ellos, a mí alrededor y charlando como si no estuviera allí. Pregunté.

—¿Por qué no dejaste a Belle mantenerte entonces?

—¿La has conocido?

—Por así decirlo, sí. —Sus ojos azules, tenían una mirada triste, de agotamiento y excitación que aparecieron a la luz los recuerdos.

—Entonces deberías conocer la respuesta. Ningún placer vale su precio, y además, no me gustan los hombres, ni un poco, y si no eres al menos bisexual, no puedes sobrevivir a su tribunal.

—¿Por qué? —pregunté.

—Cuando ella no tiene sexo con los hombres, le gusta mirar a los hombres como lo hacen entre ellos. No creo que hubiera alguna vez, un momento en su tribunal, que alguien no tuviera sexo con ella, o para su hospitalidad, o la hospitalidad de sus invitados. —Byron se apoyó en un codo así podría con sus ojos grises mirar al otro vampiro.

—Me gustan los hombres, pero lo haces sonar como si no me hubiera gustado eso, tampoco.

—No hay ningún placer sin un precio que pagar. Ningún placer sin algún dolor que llevar, y no la clase de dolor que disfrutarías. Primero ella te encuentra, en mayor parte te desea, aprende de tu cuerpo como ningún otro amante puede, entonces comienza a negarte aquel amor. Comienza a hacerte suplicarlo. Te lo entrega, si quiere. Entonces cuando te tiene, realmente te tiene, comienza a arrancártelo, de modo que pasas el resto de

la eternidad mirando el paraíso, pero estás cerrado, fuera de las puertas brillantes y sólo puedes tocar los destellos del cielo.

Encontré que podía mover mi brazo otra vez. Alcancé alrededor de los rizados de Byron, y toqué la cara de Requiem.

—No terminaste con Belle —dije. Sus ojos perdieron la mirada del recuerdo, pero no recuperaron el brillo del placer.

—Si Jean-Claude no me hubiera ofrecido una casa cuando nuestro viejo maestro consiguió ser ejecutado, Belle Morte me habría tenido. Si cualquier otro maestro se hubiera ofrecido, alguien menos que un *le sourdre de sang*, entonces no podría haberla rechazado. No tienes ni idea de cuán raro es que Jean-Claude haya ganado bastante poder para ser su propio manantial de sangre. No más de tres vampiros en casi ochocientos años han ganado aquella clase de poder. Nos protegió a todos nosotros cuando nuestro viejo maestro perdió su mente y fue contra las órdenes del consejo. Un tribunal entero de casi la línea de Belle, cuando esto se deshizo, ella trató de recoger todos los pedazos.

Gran Bretaña era el único otro país en el mundo donde los vampiros eran legales. Tenían derechos, y no podías matar a uno de ellos simplemente porque eran vampiros. Esto era asesinato. Pero en América habíamos adquirido experiencia porque lo habíamos hecho hace casi cuatro años, y los británicos eran más recientes. Había habido algunos problemas. Problemas que los medios de comunicación humanos y el poder político no sabían.

El Amo de la Ciudad de Londres, había sido muy vieja. Había sido una de las primeras vampiresas que fue Ama de la Ciudad, que Belle Morte hizo, ah, así que esto fue hace mucho tiempo. A veces los vampiros realmente antiguos no toman bien las ideas muy novedosas. Ya sabes, la electricidad, la medicina moderna, y el hecho de que ellos, fueran expuestos a la opinión pública era muy moderno, tipo estrellas del rock.

Londres había tenido más vampiros encantadores de Belle que cualquiera de los tres otros grupos, y el propio tribunal de Belle incluido. Entonces cuando los vampiros consiguieron ser legales, el consejo de vampiro quiso que el Maestro de la Ciudad, jugara a exponerse a los medios de comunicación humanos.

Se llamó Drácula, porque una vez el vampiro verdadero Drácula fue asesinado, el nombre estuvo a disposición de cualquiera. Sólo una persona puede tener a la vez un nombre por país, y sólo por un tiempo puede tener

parte de los nombres muy conocidos. Drácula no fue realmente Drácula, pero la prensa no pareció entenderlo, y habían disfrutado hablando sobre como tenían al verdadero Drácula como su Amo de la Ciudad. Sólo quisieron que fuera tan políticamente correctamente visible como Jean-Claude y muchos maestros en este país, pero el nuevo Drácula no se lo tomó bien. De hecho, fue desgraciado y comenzó a matar a la gente.

El consejo logró ocultar la mayor parte. Para asesinar a Drácula otra vez, y demostrar que los vampiros pueden ser tan supersticiosos como los seres humanos, declararon a Drácula hombre muerto. No permitieron a ningún otro vampiro protegerlo, o sostenerlo. Hubo dos, y tanto como habían roto la ley del consejo tuvieron que ser asesinados. Dos era bastante.

Jean-Claude había ofrecido una casa a los vampiros de Londres. No a todos ellos, pero a muchos que lo eran. Todos podrían trazar su linaje hasta Belle Morte. ¿Quién mejor para desnudarse y bailar que los vampiros más hermosos y seductores del mundo? No podía discutir su lógica. Pero estando allí atrapada bajo el peso de dos de aquellos vampiros, tuve que preguntarme si parte de lo que pasaba era porque muchos de ellos se encontraban en un solo lugar. ¿Había tal cosa como las feromonas de vampiro? Probablemente.

—Estás a salvo ahora —dije, cambiando de tema—, así que todos fuera de la reanimadora. Tengo que levantarme.

—Si no ofreciera el medio no sería un caballero —dijo Requiem, y se puso sobre sus rodillas con más gracia de lo que yo podría.

Byron se puso a cuatro patas apoyándose en brazos y rodillas, la cabeza le colgaba hacia abajo como un caballo cansado. Podía ver bajo la línea de su cuerpo, y me miró cansado, gastado.

—No puedo sentir mis piernas por debajo de mis rodillas, estoy tan lejos de levantarme, que me costará un rato. Lo siento, cariño.

Se levantó apartándose, dejándome de repente desnuda de la cintura para abajo, o tan desnuda como me preocupaba. Nunca me sentí tan vestida hasta la mayor parte de mis muslos y con botas, y todavía llevaba la camisa completa con el arma, tampoco importaba. Mi falda estaba tan alta que delante de mí estaba totalmente expuesta, y para mí, era estar desnuda.

Sí, lo sé, jamás me parecería a una miss América. Pero la verdad es la verdad. Si me dieras una opción de cubrirme algo, eso sería seguro mis partes íntimas. Traté de bajar la falda, pero estaba poniendo mucho esfuerzo en ello. Requiem se puso de pie y me ofreció una mano, pero

Nathaniel estaba al otro lado ofreciéndome la suya. Había una mirada que no podía leer sobre su cara, y esta vez luché para no leer su mente. Había tenido bastantes sorpresas por una tarde. Pero tomé la mano de Nathaniel y no la de Requiem.

Nathaniel tuvo que tomarme de ambas manos para sacarme de debajo de Byron. Cuando consiguió sacarme, mis rodillas no me sostenían, y tuvo que cogerme por la cintura. Miré a Requiem, había derramado su capa negra a su alrededor. Pensé que creía que lo había insultado, entonces le dije.

—No es nada personal, Requiem. —Me dio una sonrisa breve y rara. Rió, pero la acción de sonreír abiertamente era rara.

—No estoy insultado, mi señora. —Extendió su amplia capa, de modo que pudiera ver la parte delantera de su cuerpo.

La capa era negra, pero sus pantalones no. Los pantalones eran de un gris pálido, estaban manchados delante como si exactamente no hubiese llegado a un cuarto de baño, pero no era realmente la mancha lo que llamó mi atención. Era el hecho de que la mancha fuera desde su ingle hacia abajo por una pierna de sus pantalones casi hasta sus rodillas. Levanté mis cejas incrédulas, quizás en desconcierto pero no lo conseguí.

—Una tarea bien hecha, mi señora, una tarea bien hecha.

Esto me hizo ruborizarme, lo que provocó que se riera, aquella risa arrolladora, profunda que era toda masculina. Byron se unió, y su risa no era como un sonido profundo, pero aun así tenía mucha masculinidad. Finalmente se encontraba arrodillado, en vez de estar apoyado a cuatro patas. Nathaniel no participó en la risa. Me ayudó a poner mi falda en su lugar. Algo sobre su cara, su silencio, alcanzó a los vampiros. Requiem hizo una reverencia bajando tan amplio que hizo ondular la capa a su alrededor, como alas. Usó la capa, o algo similar, cuando realizaba el movimiento.

—Mis más sinceras disculpas, Nathaniel, no se me ocurrió preguntar tu favor cuando entré. Jean-Claude es nuestro maestro, el mío y el de ella, pero no el tuyo. —Alzó la vista hacia Nathaniel, con la mirada llena de fuerza, de aquellos sorprendentes ojos azules.

—Anita no necesita mi permiso para nada —dijo Nathaniel, pero su voz dejó leer que las palabras no eran verdaderas.

Suspiré. Adiviné que no podía culparlo. Había pasado mucho tiempo últimamente mirando a cada uno de los demás, pero no se ponía a observar

que dormir todas las noches conmigo era justo un privilegio. Pero no podía pedir perdón delante de los vampiros sin explicar demasiado. Entonces ni lo intenté.

—Consigues dormir con ella cada noche, compañero, no nos des envidia por unas migas de tu mesa. —Respiró como si fuera a decir algo, pero lo detuve, puse una mano contra sus labios.

—Esto era una emergencia metafísica. Nathaniel quieres dejarlo pasar por un rato.

Me miró, y sentí su risa contra mi mano. Una risa solamente para mí, porque nadie más podía verlo. Besó la palma de mi mano y la alejó de su boca, pero algún pedazo de tristeza había llegado hasta sus ojos. Eso me hizo reír.

—Vamos a vendar esa muñeca. —Eché un vistazo a la muñeca en cuestión. La gasa se había pegado a la herida, y había comenzado a cerrarse. Byron había puesto mucha presión en ella.

—Y a buscar mi ropa interior —dije. Byron levantó lo que quedaba de mi ropa interior negra de debajo de la mesa.

—Creo que la has tenido, cariño. —Suspiré. Bert había tenido razón, la falda era demasiado corta, y seguramente demasiado corta para andar sin ropa interior.

—Podría tener algo que puedas usar —dijo Byron.

—¿Qué? —pregunté.

—Una correa, pero al menos los lugares correctos estarán cubiertos. —Se rió cuando lo dijo.

Sacudí mi cabeza, pero tomé su oferta. Una pequeña ropa interior era mejor que nada en absoluto.



El club estaba a oscuras excepto por una luz suave en medio del escenario. En esa suave luz blanca, estaba Jean-Claude. La luz iluminaba sus hombros y cara, el resto permanecía en la oscuridad. Pensé en su cuerpo, luego miré su rostro pálido, resplandeciente, vi el blanco reluciente de la corbata, la pequeña chispa de color zafiro que se veía sólo cuando se movía. Su cabello parecía oscuro y rizado. El único color era el azul profundo de los ojos y la mancha de pintalabios rojo en su cara. No era mi pintalabios, o al menos no la mayor parte.

Su voz flotó por el local oscuro.

—¿Quién saboreará mi beso?

Su sabor, me había dejado una dulzura en mi lengua, como si hubiera lamido un trozo de caramelo. Fue un beso fugaz, sus labios rozaron mi mejilla.

—¿Quién me abrazará?

El abrazo me hizo sentir ligeramente caliente, como si me hubiera dado un abrazo alguien que me importara.

La voz de Jean-Claude siempre había sido sugerente, pero no tan sugerente como ahora. Con mi inmunidad parcial, probablemente no me estaba afectando del todo. No tenía ni idea de cómo se sentía el público. Cogí fuerza de voluntad para apartar la mirada de él, y del escenario. Miré al público. Me llevó un momento adaptar mis ojos a la oscuridad, pero cuando pude, vi las caras de los asistentes al espectáculo, giradas hacia él. Miré en la oscuridad y era como ver al sol naciente, nunca antes había visto nada tan brillante. Había pocos asistentes que no estuvieran atentos al escenario. Algunas mujeres estaban moviendo la cabeza con confusión.

Con un poco de talento psíquico o con la práctica correcta se podía escapar a la influencia de un vampiro. Marianne me había demostrado que no tenía que ser un nigromante para tener alguna inmunidad contra los vampiros y sus trucos mentales.

Uno de los pocos hombres, que había en la sala, estaba de pie, tenía a una mujer tirándole del brazo, tratando de conseguir que volviera a sentarse. Él negaba firmemente con la cabeza. No se sentaría en la oscuridad dejando de escuchar la voz que hablaba. No entendía que no era cuestión de orientación sexual. Era Jean-Claude. Su poder era la seducción, eso no tenía nada y todo que ver con el sexo.

Dos de los camareros estaban escoltando a una mujer al escenario. Era alta y delgada casi anoréxica. Había estado aparentemente agitando más dinero que nadie. Aunque Jean-Claude prefería a mujeres con más curvas.

Él me había contado que prefería las mujeres con curvas, las bellezas de su tiempo en los tribunales franceses, usarían una talla XL en este siglo. La mayoría de los vampiros de edad le gustaban las mujeres con curvas y pequeñas. La mayoría de ellos estaban viviendo en el siglo equivocado.

Las luces de alrededor del escenario se volvían más brillantes a medida que transcurría el espectáculo, es posible que no lo hubieran notado. La luz era apenas lo suficientemente brillante como para que el público no pudiera ver mucho de su cuerpo. De la cintura para arriba, se podía ver las manos pálidas que se deslizan sobre el otro cuerpo, sin desperdiciar nada, él consiguió más simplemente tocando la espalda de la mujer, los hombros, la cintura, algunos hombres se tocaron el pecho y la ingle. A veces no es lo que tocas, sino cómo lo tocas.

Él la apretó contra su pecho sin dejar espacio entre ellos, por lo que su

cuerpo delgado parecía amoldarse al suyo. Levantó su rostro hasta encontrarse con el suyo, usando su mano pálida para coger su cara así podría controlar el beso. Su brazo se deslizó por la cintura, y la agarró. Para inclinarle el cuello. Abrió la boca un poco sorprendida. Una de las mujeres que había subido antes, había sido manoseada por otros, por lo que ahora se había asegurado de que no hubiera suficiente espacio entre sus cuerpos para que no volviera a pasar. La mujer parecía sentirse muy bien con el contacto de su pecho contra el suyo. Para ella era un trato de favor. Yo sabía que no lo era. Era una señal de control. Maldije casi con disgusto.

Él se inclinó y la besó. Parecía que le estaba haciendo el boca a boca, succionando sus labios casi como si succionara su cuello. Y en cierto modo, parecía que se estaba alimentando.

Se alimenta desde la boca de manera que la presencia del dragón en mi cabeza me habló. Sólo que ella sabía cómo tragar la esencia de los muertos y hacer que los no-muertos, realmente estuvieran muertos. Esto no era eso, pero era inquietantemente similar. Él besaba con pasión.

—Nikolaos nunca hubiera permitido que se alimentara así —dijo una voz tranquila detrás de mí.

Me volví para ver a Buzz pegado a mí. No lo había oído, o sentido, lo que significaba que el espectáculo me había atrapado y no me había dado cuenta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Nikolaos hubiera sabido que se alimentaba de la audiencia sin tener que tocarles, así que le prohibió tocar a ninguno de los clientes. —Su mirada se dirigió al escenario—. Creo que tenía alguna pista sobre lo que pudo haber sido, e hizo todo lo posible para asegurarse de que no utilizara ese poder.

—Ella murió hace tres años.

—Parece como si fuera la primera vez que ves este espectáculo.

Él me miró.

—Lo es.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—Nikolaos estaba muerta, ella no podía detenerle.

—Pero tú podrías —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¿De verdad crees que hace tres años habrías salido con él después de ver esto?

Miré hacia el escenario. Le vi besando a una mujer extraña, como si sintiera amor profundo o al menos lujuria. ¿Se lo toleraron hace tres años? No. ¿Lo ha utilizado como una excusa para asentarse? Oh, sí.

La mujer se desmayó en sus brazos. Parecía que estaba algo débil, como si el beso hubiera sido tan intenso que le provocó un desmayo. Pensé que era una pose de seducción, o que estaba exagerando, pero vi que no fingía, cuando los camareros se la llevaron fuera del escenario y sus amigos permanecían en una mesa.

Jean-Claude echó un vistazo a la audiencia con pintalabios rojo marcado en la parte inferior de su mandíbula. Parecía sangre, lo conocía lo suficientemente bien como para saber que el parecido no era casual. Sus ojos azules, tenían un color más intenso, como si un atardecer de verano te deslumbrara.

—¿Quién será el próximo? —Y era como si su susurró traspasara mi piel, como si estuviera de pie justo detrás de mí. La ilusión fue tan fuerte que tuve que luchar para no mirar detrás de mí. Se suponía que debía ser inmune a esta mierda, si esto era lo que estaba sintiendo ¿Cómo se sentirían esas mujeres que estaban tan atentas?

Bajé los escudos lo suficiente para ver a Jean-Claude brillar con el poder. Esto era lo que estaba destinado a ser. No se trataba de alimentar el *ardeur*. Esto no era un sustituto de alimentación sanguínea. Esto era un fin en sí mismo. Esto era algo que nunca había visto, ni en Jean Claude, ni en nadie. Era similar a todas sus otras habilidades, pero de alguna manera esta tenía más fuerza.

Me volví hacia Buzz.

—La alimentación de este tipo es lo que me salvó.

Miré desconcertada, los vampiros que llevaban menos de veinte años muertos tenían las facciones más humanas.

—¿De qué te salvó?

—Si él no me hubiera alimentado, entonces tendría que haberlo alimentado. Esa es una de las cosas que hace un siervo humano. Todavía estaría atrapada detrás del telón, por el rollo metafísico. —Negué con la cabeza—. No, gracias.

—¿Así que no estás decepcionada de que lo haga con extraños?

Vi en su cara un gesto hostil.

—¿Con decepcionada quieres decir si estoy molesta por esto?

Levantó las manos, cruzando sus grandes brazos. Creo que el gesto fue

inofensivo. Pero era demasiado musculoso para que pasara desapercibido, dependiendo de cómo se mirara.

—Esto es solo una vuelta rápida.

Suspiré.

—La última vez que Jean-Claude me preguntó si podía alimentarse de la audiencia, no entendí realmente lo que me estaba pidiendo. —Sonreí, pero no de felicidad—. Entonces no estaba dispuesta que extraños alimentaran los poderes vampíricos. Extrañamente, he cambiado de opinión sobre un montón de cosas.

Me miro muy serio.

No sabía lo que estaba pensando Buzz, así que decidí cambiar de tema.

—¿Primo está escondido en el ataúd de repuesto?

—Lo pusimos allí mientras te estabas limpiando.

Asentí con la cabeza. Me lo habían dicho, había conseguido el ataúd para meter a Primo, con cadenas de plata y un elemento sagrado. No es que no confiara en ellos, pero no venía mal ser precavida. El comportamiento extraño de Buzz no había cambiado de opinión sobre eso, ni un poco.

—Lisandro me dijo que le ordenaste que vigilara el ataúd.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Primo está en un ataúd con una cruz, Anita. No va a salir.

Me encogí de hombros. Lisandro era alto, moreno, guapo, con el pelo más largo que cualquiera de los nuevos de seguridad. También era el único con una pistola en el cinturón debajo de la camiseta de tirantes negra. Una vez apunté la pistola, le aseguré como hombre rata y había acertado. Le dije que si Primo salía del ataúd, que lo matara. Jean-Claude probablemente habría estado de acuerdo conmigo, pero ahora estaba ocupado en el escenario, él llamó mi atención. Estaba feliz con que me prestara atención, pero no me gustaba que Buzz se diera cuenta.

—Digamos que me siento mejor, sabiendo que está Lisandro con el ataúd, con munición de plata, y dispuesto a disparar.

—Soy jefe de seguridad aquí, Anita. Deberías haberte puesto de acuerdo conmigo.

Suspiré.

—Tienes razón. Tienes razón, debería haberlo hecho. Lo siento.

Parpadeó como un ciervo encandilado por los faros. Creo que lo que esperaba era una discusión. Pero estaba cansada, era tarde, y estaba el

sentimiento boomerang de haber tenido sexo con Byron y Requiem.

—Me tengo que ir, Buzz.

—Tu equipo de seguridad está esperando en la puerta —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta en cuestión.

Requiem apareció en la puerta con su capa negra, y un par de pantalones que había cogido prestados de alguien. Los pantalones de cuero eran nuevos, así que probablemente se los había pedido a un bailarín. Teníamos una nueva incorporación, era el hombre lobo de pelo negro que se había caído encima de Clay y de mí, cuando estábamos luchando contra Primo. Su nombre era Graham, sus hombros tenían una anchura impresionante debido al levantamiento de pesas. Su pelo negro era bastante largo en la parte superior, caía lacio sobre las orejas, en la parte de la nuca estaba rasurado. No me gustaba el corte de pelo, pero no era yo quien lo llevaba.

Su rostro era exótico, eso se conseguía cuando no tenías antepasados europeos. El pelo negro y lacio y los ojos rasgados me hicieron pensar que venía de un lugar muy lejano.

No necesitaba ni quería guardias. Había avisado sobre Primo y Lisandro, por lo que Jean-Claude había dado órdenes, al respecto, antes de que subiera al escenario. No iba a ir a ningún lado sin que alguien viniera conmigo. No estaba segura de que el dragón apareciera durante la noche, y sería una vergüenza si algo salía terriblemente mal. Lo que había pasado antes en mi oficina no había tenido nada que ver con el Dragón o si era vampiro o no. Tenía que ver con el rollo metafísico. Bueno entre Jean-Claude y yo.

Jean Claude había preparado todo, incluso una lista de personas que pensaban que eran apropiadas para el trabajo. Byron no estaba en la lista, ni tampoco Clay. Era una lista corta, en realidad, básicamente solo estaban Requiem y Graham. Lo último que quería era estar atrapada en un coche con Requiem, pero no tenía tiempo para discutir. Había pasado de tener un montón de tiempo, a tener que llamar a mis clientes y decirles que no se movieran del cementerio, que estaba en camino.

Llevaba la chaqueta de cuero de Byron para sustituir mi chaqueta ensangrentada. Fue el único que se acercó a mí y no me miró juzgándome porque parecía que llevaba la mitad superior de un gorila. Olía ligeramente a su colonia. Buzz miró al público. El hombre que había estado discutiendo aún estaba en pie, pero ahora también lo estaba la mujer, y ella estaba

haciendo una escena.

—Perdona pero tengo que poner orden.

—Estás disculpado —dije.

Nathaniel pareció surgir de la nada. Me acompañó hasta la puerta de entrada. Sonreía y parecía pletórico, más de lo que le había visto en mucho tiempo, quizás nunca. Parecía una noche extraña pero era feliz.

—Prométeme que volverás a tiempo para ver alguna de mis actuaciones —dijo sonriendo.

—Tengo a dos clientes atrapados en el cementerio —dije.

Me echó su mirada de besugo sabiendo que así conseguía ganar la discusión.

—Me lo prometiste.

—¿No podemos follar en casa más tarde? —pregunté.

Tenía una idea, una idea terrible.

—Te prometí marcar tu cuello esta noche. Oh, ¿no, estarás pensando que lo hagamos con público?

Sonrió, y había algo en esa sonrisa que no había visto antes. Algún toque de confianza, de seguridad que no estaba antes. Me había visto teniendo relaciones sexuales con dos desconocidos cercanos, y de repente se sintió más seguro. Vete a saber lo que pensaba.

—Eres un poco exhibicionista —dije—, te gusta la idea de marcarme por primera vez delante de toda esta gente.

Se encogió de hombros, sin contestar porque sus ojos brillaban por la respuesta.

—Me gusta un montón de cosas, Anita.

Intenté enfadarme con él pero no pude.

—Me hiciste prometer que te marcaría, y ahora estás tomando ventaja de eso.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Tienes a los clientes esperando en el cementerio.

Me miró serio, sus ojos reflejaban sorna, fue lo que me hizo pensar que estaba de broma.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Me tengo que ir.

—Ya lo sé —dijo.

—¿Arruinaría la ilusión un beso de despedida?

—Correría el riesgo —dijo.

Nos dimos un beso. Fue un pico, un toque de labios con poca presión, casi sin lenguaje corporal. Me retiré con una mirada sospechosa en la cara. Se ríó y me empujó hacia la puerta.

—Te recuerdo que llegas tarde.

Me fui, pero cuando salí a la oscuridad de la noche otoñal me di cuenta que no sabía absolutamente nada sobre los hombres. Bueno, para ser justos, no sabía absolutamente nada sobre los hombres de mi vida. Miré hacia atrás para ver a Jean-Claude en el escenario con otra mujer, la besó como si estuviera tratando de encontrar sus amígdalas. La mayoría de la gente miraba perturbada cuando se besaban hasta el fondo. Él lo hizo parecer suave, erótico, y perfecto. Me di cuenta de que me había despedido de Nathaniel con un beso, pero no de Jean-Claude. No quería interrumpir, pero no quería que se sintiera excluido. Le lancé un beso cuando tenía a la mujer en sus brazos. Me devolvió el gesto con su mano pálida. La mitad inferior de su rostro estaba manchado con pintalabios rojo brillante. En realidad no parecía sangre, había visto suficiente para distinguirla, pero todavía era una imagen bastante inquietante para recordar. Uno de los otros hombres de mi vida me sonreía desde la puerta, esperando tener juegos sexuales con el público. A veces las partes de mi vida más extrañas, eran las partes que trataban de vampiros, hombres lobo y zombis. Incluso la política de vampiros no me confundía tanto como mi propia vida amorosa.



Estábamos en Gravois, atrapados entre una interminable fila de tiendas que habían visto mejores días. Toda la zona se estaba convirtiendo lentamente en un sitio poco recomendable para estar cuando oscurecía. Aún no era una zona peligrosa, pero si no me equivocaba, en un par de años lo sería. El restaurante Bevo Mill, un auténtico molino de viento que todavía servía buena comida alemana, se alzaba como un barco en un mar de edificios más pequeños y estropeados. Fuimos dejando atrás el molino de viento y, de repente, estábamos conduciendo bajo los bloques de piedra del paso elevado situado delante del molino. No recordaba cómo habíamos llegado hasta allí. Eso no era bueno. Me estaba perdiendo cosas, como si mi atención fuera y viniera. No era nada bueno, no mientras conducía. Graham chilló por segunda vez, ya sabes, ese sonido agudo que se produce cuando uno trata de tragarse un grito.

Le eché un vistazo.

—¿Qué? ¿Cuál es tu problema?

—Casi chocas contra dos coches —dijo con voz ahogada.

—No, no lo hice.

—Sí —dijo Requiem desde la parte posterior—, sí que lo hiciste.

Había un automóvil blanco delante de mí, que acababa de aparecer de la nada, como por arte de magia. Pisé el freno, y Graham chilló de nuevo. Mi pulso latía con fuerza en la garganta. No había visto ese coche. Hice señas de que iba a girar a la derecha. Eso significaba que no tendría que cruzar ningún carril. El coche blanco que había aparecido de repente me había asustado.

Aparqué en la Grasso Plaza, frente a la célebre oficina de correos de Affton, un Save-A-Lot, y un montón de escaparates vacíos. Toda esta área a lo largo de Gravois parecía cansada, como si hubiera dado lo mejor de sí misma y no hubiera resultado suficiente. O tal vez estaba en desarrollo. Apagué el motor, y nos sentamos en silencio durante un minuto.

—¿Estás bien? —preguntó Requiem, con voz muy tranquila y profunda como si estuviera hablando desde el interior de un pozo.

De hecho, me di la vuelta y le miré, e incluso el darme la vuelta parecía más lento de lo normal, como si no me moviera a la misma velocidad que el resto del mundo.

Requiem estaba en el asiento trasero, con las manos cruzadas en su regazo. No estaba muy lejos, ni hacía nada raro. Estaba sentado, muy quieto, como si no quisiera llamar la atención sobre sí mismo.

—¿Qué has dicho? —Mi voz parecía hueca también, como si hubiera eco en mi cabeza.

—¿Estás bien? —dijo, lentamente, con claridad, y cuando le miré a los labios, el sonido y el movimiento parecía un poco fuera de sincronía.

Pensar en ello parecía una cuestión mucho más difícil de lo que debería haber sido.

—No —dije, por fin—. No, creo que no lo estoy.

—¿Qué hay de malo? —preguntó Graham.

¿Qué estaba mal? Buena pregunta. El problema es que no estaba segura de tener una buena respuesta. ¿Qué estaba mal? Tenía algo parecido a un shock, ¿por qué? ¿Había perdido más sangre de la que pensaba? Tal vez sí. Tal vez no.

Tenía frío y me acurruqué en la chaqueta prestada, enterrando la cara en el cuello. La colonia de Byron, su olor, permanecían en ella, y me hicieron

echarme atrás, porque el olor de su piel en el cuero trajo todo de vuelta. El olor atrae los recuerdos con más fuerza que cualquier otro sentido y, de repente, me sentí ahogada en la sensación del cuerpo de Byron, el aspecto de su rostro mientras me miraba, su peso, el verlo entrar y salir de mi cuerpo.

Me caí en el asiento, la cabeza echada hacia atrás, era como si repentinamente, todo el placer estuviera allí de nuevo, rodando sobre mí, a través de mí. No era la misma experiencia, sino un eco más y más fuerte. Lo suficientemente potente como para sacudir mi cuerpo contra el asiento y dejar mis manos arañando el aire, como si necesitara algo a lo que aferrarme, algo a lo que sujetarme.

Oí la voz de Réquiem.

—No, no debes tocar... —Y encontré algo a que agarrarme.

Graham intentaba sujetarme, me sostenía intentando que no me hiciera daño. Creo que pensaba que estaba teniendo una especie de ataque. Su mano tocó la mía, y me aferré convulsionando a su alrededor, nuestras palmas se unieron y, en el momento en que nuestras manos se entrelazaron, fue como si mis recuerdos, todo el placer, fluyera hacia él.

Graham se estremeció contra mí. Sentí, a través del brazo, el escalofrío que le lanzó contra el asiento, tan fuerte que el Jeep se sacudió por el impacto. Le traspasé los recuerdos, el placer, las imágenes y olores de mi memoria, dejé que todo se vertiera fuera de mí y dentro de él. No fue un pensamiento consciente, porque no sabía, hasta que ocurrió, que podía poner mis recuerdos en otra persona sin tener que dar yo misma el paseo. No fue mi intención hacerlo, pero estaba contenta con ello. Me alegré de ser, por una vez, la que estaba tranquila al otro lado del asiento mientras observaba a Graham retorciéndose por el eco de lo que habíamos hecho. Me alegré de no ser yo. Ahora sabía qué había estado en shock hasta que la reacción metafísica se me fue de las manos.

Mataba sin pensar mucho al respecto. No a sangre fría, pero cuando llegaba el momento de hacerlo, no tenía ningún problema real con ello. Lamentaba que matar hubiera dejado de molestarme. En mi primer viaje a Tennessee para ayudar a Richard, cuando aún éramos una pareja, alguien había torturado a la madre de Richard y enviado uno de sus dedos, en una pequeña caja, junto con un mechón de pelo de su hermano Daniel. Teníamos un límite de tiempo para encontrarlos, y sabíamos que habían sido torturados. El hombre que había entregado la caja se había jactado de

que ambos habían sido violados. Le torturé, le obligué a decirnos dónde estaban, y cuando lo hizo, le disparé en la cabeza para que dejara de gritar. Lo había hecho para salvar a la familia de Richard, y porque no veía otra forma de hacerlo. Lo había hecho porque nunca le pido a nadie que haga nada que yo no esté dispuesta a hacer por mí misma. Es una regla. Por supuesto, antes de eso, mi regla era que no torturaba. Esa era una línea que no pensaba cruzar, y la había atravesado. Lo terrible era que no me había arrepentido de hacerlo, sólo de tener que hacerlo. Habían violado a la madre de Richard, si hubiera podido los habría matado más lentamente, pero eso no estaba en mí, ni siquiera después de lo que habían hecho. Los salvamos, pero antes de todo aquello, los Zeeman habían sido como los Walton, ya no lo eran. No estaban totalmente separados, pero tampoco tan unidos como antes. Que hubiera matado a los hombres que lo hicieron les ayudó, pero toda la venganza del mundo no puede arreglar lo que estaba roto.

¿Cómo se puede devolver a alguien su inocencia? Esa maravillosa sensación de perfecta seguridad que sólo tienen las personas que siempre han creído que nada malo les puede suceder a ellos. ¿Cómo se puede dar la vuelta a eso? Me gustaría saberlo.

Había cruzado muchas líneas en los últimos años, pero había una que nunca había cruzado, hasta esta noche, la de tener relaciones sexuales sólo para alimentarme. No tenía relaciones sexuales con desconocidos. Byron y Requiem eran extraños. Les conocía desde hacía dos semanas, más o menos. Les había tomado porque Jean-Claude me necesitaba para alimentarse.

Requiem se había movido a un lado del asiento trasero, así que estaba lo suficientemente cerca para ver mi cara y mirar a Graham, que todavía sufría contracciones en el asiento delantero, pero no lo suficiente para que pudiera tocarlo fácilmente.

—Tuviste un *flashback*, ¿no?

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirar al hombre lobo en el asiento delantero.

—¿Te había ocurrido esto antes?

—Sólo después de que Asher me envolviera por completo con su mente y todos hubiéramos tenido sexo. —No le miraba mientras hablaba, miraba como el cuerpo de Graham comenzaba a crecer en silencio.

—Pero Asher no participó esta noche.

—No —dije—, no lo hizo. —Mi voz sonaba muy plana, muy neutra, vacía. Tan vacía como me sentía.

—¿Sabías que eras capaz de enviar tus recuerdos a otra persona?

—No —dije.

Los ojos de Graham revoloteaban como mariposas, tratando de abrirse, pero no era capaz de hacerlo. Parecía no tener huesos, como si su cuerpo no fuera sólido y pudiera deslizarse al suelo del coche.

—Lo derramaste en él, y luego le miras retorcerse. ¿Cómo te hace sentir eso?

Negué con la cabeza.

—Nada, contenta por una vez, de no ser yo la que rueda en el asiento.

Se movió para apoyarse contra el respaldo del asiento de Graham, un poco más cerca de mí.

—¿Es cierto eso? ¿Es lo que sientes realmente al respecto?

Giré la cabeza entera para mirarle a los ojos, como si una mirada no fuera suficiente. Le dejé ver en mis ojos muertos como me sentía, lo vacía que estaba en mi interior.

—Eres un vampiro maestro, ¿no puedes oler si te estoy mintiendo?

Se lamió los labios como si estuviera nervioso.

—El último vampiro que conocí que podía hacer lo que tú acabas de hacer, lo hacía a propósito. Ella tomaba un recuerdo de placer y elegía a alguien para dárselo. Podría ser una recompensa, y lo era, pero también podía ser un castigo. A veces elegía a alguien que no deseaba sentir tales placeres, y le obligaba a aceptar la experiencia.

—Una especie de violación —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Estamos hablando de Belle Morte, ¿verdad?

Él asintió otra vez con la cabeza.

—Le gustaba verles retorcerse, especialmente si no querían hacerlo —dije.

—Lo dices que como una declaración, no una pregunta.

—La conozco, ¿recuerdas?

—Tienes toda la razón. Le encantaba ver a las mujeres adecuadas, y a los hombres, obligados a caer al suelo y perderse en él, experimentando un placer más grande que cualquiera que hubieran sentido antes. Le gustaba ver a los justos humillados.

—Sí, eso suena a ella.

—Pero tú realmente no sientes nada. No te excita ver a Graham retorcerse.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Sonrió, y hubo alivio en sus ojos.

—Que lo preguntes hace que me preocupe menos por ti.

—¿Preocuparte de qué manera? —pregunté.

—Se ha especulado durante siglos si Belle se transformó en el tipo de... —parecía estar buscando la palabra—... criatura que era por el *ardeur* ya que sus poderes actuaban a través de la carne y el placer, o si siempre fue como es, y el poder simplemente lo aumentaba.

—Según mi experiencia, Requiem, la gente tiende a ser más de lo que ya son, tanto en las cosas buenas como en las malas. Da poder a un hombre de bien, y todavía será una buena persona. Da poder a una mala persona, y seguirá siendo una mala persona. El problema es cómo reaccionan las personas normales al poder. El que no es malo, o bueno, sino simplemente ordinario. No siempre sabemos cómo es una persona común y corriente en su interior.

Me miró con una expresión extraña en su rostro.

—Eso fue algo muy sabio.

Tuve que sonreír.

—Pareces sorprendido.

Se arqueó casi desde el cuello, como si fuera todo lo que podía hacer para mantenerse en el asiento.

—Mis disculpas, pero la verdad es que siempre he pensado en ti como algo más que músculo. No eres estúpida, —añadió rápidamente—, pero tampoco sabía. Inteligente tal vez, pero no sabía.

—Supongo que me quedaré con el cumplido, y olvidaré el insulto.

—No te lo tomes como un insulto, Anita, ni mucho menos. —Había una expresión en su rostro, una sensación, estaba ansioso.

—No te preocupes, no te lo tendré en cuenta. Mucha gente me subestima.

—Ellos ven a la belleza delicada, pero no a la asesina —dijo.

—No soy una belleza delicada —dije.

Hizo una pequeña mueca.

—Seguramente la mayoría percibe tu apariencia delicada, y eres hermosa.

Negué con la cabeza.

—No, no lo soy. No soy hermosa, bonita, tal vez, pero no hermosa.

Sus ojos se abrieron un poco.

—Si no crees que eres hermosa, entonces estás usando un espejo diferente del que hay frente a mis ojos.

—Bonitas palabras, pero estoy rodeada de algunos de los hombres más bellos que existen, vivos o muertos. Puedo estar bien, pero si hacemos comparaciones de belleza, estoy fuera de la liga, no hay color.

—Es cierto, tal vez, la tuya no es una belleza deslumbrante, como la de Asher, o Jean-Claude, o incluso tu Nathaniel, pero es belleza, no obstante. Tal vez la más hermosa, porque no se percibe a primera vista, pero parece aumentar cada vez que uno habla contigo, cuando te desenvuelves autoritariamente en una situación, o cuando se percibe la verdad en tus ojos al afirmar que no eres hermosa, y te das cuenta de que lo dices en serio. Que no estás siendo humilde, o jugando juegos tontos, simplemente no lo ves.

—Mira, eso no es belleza, es solo que te gusta mi personalidad.

—Pero ¿no ves, Anita, que una belleza que golpea el ojo como un rayo de luz, que quema y abrasa los párpados, es más un desastre que un placer? Pero la tuya, la tuya es una belleza que te arrulla cómodamente, no necesitas protegerte los ojos de la luz pero, una noche te das cuenta de que la luna también tiene su belleza.

Negué con la cabeza.

—No sé de quién estás hablando, pero no soy yo.

Suspiró.

—Eres una mujer muy difícil de elogiar.

—¿Sabes? No eres la primera persona en decir eso.

Sonrió.

—No me sorprende en absoluto.

Graham dejó escapar un largo suspiro, y se incorporó en el asiento. Era como ver caer líquido hacia arriba. Lo hizo con la misma gracia que parecía tener cualquier movimiento de hombre animal. Apoyó la cabeza contra el respaldo, al menos podía mantenerse en pie de nuevo. Me ofreció un lento y perezoso parpadeo, y sus ojos eran de un oscuro color ámbar de lobo, casi marrón, pero conocía la diferencia. Lo había visto muchas veces.

Sonrió, e incluso su sonrisa resultaba perezosa.

—Eso fue increíble.

—No lo hice a propósito —dije.

—No importa.

Le fruncí el ceño.

—¿Puedes hacerlo otra vez? Es todo lo que quiero saber.

Fruncí aún más el ceño.

Parte de la pereza empezó a desaparecer de su cara.

—Mira, me has proporcionado una de las experiencias orgásmicas más impactantes de mi vida, y ahora estás actuando como la parte ofendida. Eres tú quien se derramó sobre mí.

—No fue a propósito —dije.

—Sigues repitiéndolo, como si estuvieras pidiendo disculpas, ¿por qué? ¿Por qué pedir disculpas?

Miré a Requiem en busca de ayudar, aunque no tenía muchas esperanzas. Pero me ayudó.

—Creo que Anita lo ve como un contacto sexual sin posibilidad de respuesta. Una especie de violación, si se prefiere.

—No se puede violar a quien lo desea —dijo Graham, y se estiró en el asiento, asentándose en él, sus ojos estaban volviendo a ser humanos de nuevo.

—No sabía que estabas dispuesto cuando sucedió.

Él asintió con la cabeza.

—Está bien, está bien para mí. —Me miró—. Pero no parece estar bien para ti en absoluto. ¿Qué pasa ahora?

—¿Qué tiene de malo? —pregunté—. Acabo de tener un *flashback* tan fuerte que si hubiera seguido conduciendo, nos habríamos estrellado. Fue un accidente. No era mi intención hacerlo. ¿Qué otras cosas que no conozco van a ocurrir?

—Jean-Claude y tú parecéis haber alcanzado un nuevo nivel de poder —dijo Réquiem.

—Oh —dijo Graham, como si eso tuviera sentido para él—, así que aún no sabes todo lo que puedes hacer con el nuevo poder.

—No —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Sí que puede llegar a dar miedo. Lo siento, no sabía que era la primera vez que te ocurría algo así. Lo disfruté, no me debes una disculpa.

—Pero ¿y si se lo hago a un cliente la próxima vez? —pregunté.

—Estabas alerta —dijo Requiem—, o no te hubieras salido de la carretera.

—No creo que se debiera a las nuevas capacidades.

—Entonces, ¿por qué casi nos estrellamos contra la parte trasera de tres coches diferentes? —preguntó Graham.

Abrí la boca, la cerré, no supe qué decir.

—Creo que me salté algunas líneas esta noche.

—¿Qué significa eso? —preguntó Graham.

—Rompí algunas reglas personales esta noche, eso es todo.

—Reglas que creías que jamás romperías —dijo Requiem suavemente.

Le miré, sorprendida.

—Lo dices como si lo comprendieras.

—A las personas les gusta pensar que son de una cierta manera, y cuando sucede algo que hace que ya no sea posible creerlo, lloran por su antiguo ser. Por la persona que pensaban que eran.

Negué con la cabeza.

—Sigo siendo la persona que pensaba que era, maldita sea.

Se encogió de hombros lo que me recordó la gracia con que Jean-Claude levantaba siempre los hombros.

—Como quieras, señora.

Me di la vuelta en mi asiento y apoyé la frente sobre el volante. Únicamente deseaba que esta noche acabara de una vez. No quería tener que dar explicaciones a nadie, y mucho menos a uno de los hombres con los que había tenido relaciones sexuales por accidente esta noche. El problema era que no estaba segura de creerme lo que acababa de decir. No era sólo por el sexo con Byron y Requiem, sabía que esta noche, por fin, iba a dejar a Jean-Claude entrar en mi cabeza tanto como quisiera. Por primera vez había experimentado las posibilidades de permitírnos avanzar. Hasta esta noche no me había dado cuenta de lo mucho que nos habíamos estancado. No solo yo sino Richard. Creía que dormir con Jean-Claude y hacer pequeñas cosas con él, bastaba para ser su sirviente humano. Pero, hace menos de una hora, había comprendido que no era así y el conocimiento me estaba carcomiendo. No era solo que hubiera paralizado el triunvirato de poder. No, eso ya lo había adivinado antes, lo que no sabía era hasta qué punto llegaba la parálisis. Mis límites y fronteras nos habían dejado cojeando, había cortado nuestras dos piernas por las rodillas. Lo que no sabía, lo que no quería saber, era lo bien que se sentía que Jean-Claude me revolcará así. Había sido una alucinante jodienda. Pacífico y embriagador al mismo tiempo. Nunca había sabido realmente lo que me

estaba perdiendo, porque había tenido mucho cuidado en no dejar que me lo mostrara. Y él había respetado mis deseos.

Ahora sabía lo caro que nos había costado. Caro por el poder que podría haber tenido, por la seguridad que podría haber brindado a sus vampiros, y por el placer que podría haber experimentado. Había renunciado a mucho, sólo porque no podía manejar la situación. Eso me hizo sentir culpable, pero el problema real era que, después de que dejara a Jean-Claude entrar hasta el fondo, me di media vuelta y tuve relaciones sexuales con Byron, y dejé que Requiem me mordiera. Dos cosas que no hacía a la ligera. Sí, había sido importante, tal vez urgente, tal vez le había salvado la vida a la mayoría de las mujeres de ese club. Tal vez había salvado incluso la vida de Jean-Claude. Había sentido el poder de Primo y el susurro de Dragón. Pero eso no era lo que más me molestaba.

Jean-Claude había ganado a Nathaniel y la necesidad de Damian. ¿Qué había ganado yo? Había tenido relaciones sexuales con Byron y Requiem, y no me sentía mal por ello. Incluso ahora, sólo me sentía mal porque no lo sentía. No me había molestado. Eso fue lo que me hizo salir corriendo y casi chocar con tres coches, y luego fui hasta el estacionamiento para tener mi pequeño momento de reacción al shock.

No me sentía culpable por Byron. Solo me sentía culpable por no sentirme culpable. Y aún ahora, quería dar la vuelta y volver con Jean-Claude. Quería que me abrazara, que me besara, que se alimentara de mí. Ahora que le había cogido el gusto, quería el paseo completo. Lo quería de la forma en que los adictos quieren su dosis. Eso no es amor. Eso es control. No dejaría que alguien me controlara de esa forma. No podía hacerlo, y seguir siendo yo.

No le dije nada de esto a Graham o Requiem. No eran lo bastante cercanos a mí como para tener una charla corazón a corazón. En su lugar dije:

—Quien se siente lo bastante bien para conducir.

—Yo no sé conducir —dijo Requiem.

—Yo conduzco —dijo Graham—, simplemente no me toques mientras esté detrás del volante.

—Me esforzaré en resistirme —dije, y dejé claro con mi tono que no me sería difícil.

Se rió y abrió su puerta para cambiarse. Mientras daba la vuelta al coche, Requiem dijo:

—Pareces muy seria esta noche, Anita.

—Siempre estoy seria —dije.

—Tal vez —dijo, podría haber dicho más, pero Graham abrió la puerta y yo salí. Di la vuelta al coche y me coloqué en el asiento del pasajero, Graham puso en marcha el motor—. ¿A dónde?

—Al Cementerio Sunset. Está a menos de cinco minutos de aquí.

—¿Te sientes lo bastante bien como para levantar muertos esta noche? —preguntó Requiem.

—Sólo llévame, y no dejes que toque a ninguno de los clientes. Yo haré el resto. Simplemente no me dejes follar, ni arrancarle la garganta a nadie.

—¿Qué pasa si no nos permites detenerte antes de follar a alguien? —preguntó Réquiem.

—¿O de matar a alguien? —dijo Graham.

—No estoy pensando en eso esta noche, ¿de acuerdo?

—No estabas pensando en eso antes —dijo en voz baja Requiem.

Graham se movía con cuidado en el tráfico de Gravois, como si estuviera tratando de compensar mi mala conducción anterior.

—¿Qué hacemos si un nuevo poder vampiro entra en juego? —Me preguntó, cuando paró en el primer semáforo.

—Lo mismo que yo, no dañar a nadie —dije.

—Y si surge la necesidad de alimentarse de nuevo, ¿entonces qué? —preguntó Requiem.

Me volví en mi asiento tanto como me permitía el cinturón de seguridad, por lo que pude ver su rostro a la luz de las farolas. Por un instante, la luz blanca lo mostró de forma sorprendente. Hizo brillar sus ojos, y luego la sombra invadió el asiento de atrás, y sus ojos se desvanecieron con un tenue resplandor azul.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté.

—¿Te has preguntado por qué Jean-Claude nos eligió, a sólo nosotros, para protegerte esta noche?

—Tengo algunas ideas, pero acláramelo.

—Quería que los que estuvieran contigo fueran lo bastante fuertes y dominantes para que, si tenían que hacerlo, te pudieran anular. Que fueran capaces de juzgar por sí mismos y no te siguieran ciegamente.

—Premio para los dos —dije.

—Pero no fue sólo por eso.

—Sólo dilo, Requiem, los rodeos solo consiguen aburrirme.

—Eso he oído —dijo Graham.

Me volví y le miré.

—¿Qué?

—Que no te gustan mucho los juegos preliminares.

Le lancé una mirada muy fría.

—Uno, nadie que realmente lo supiera te diría una mierda, y dos, no dejes que un poco de sexo metafísico se te suba a la cabeza. Recuerda, te vi retorcerte por todo el asiento, y no me atraía. No fue un prelude, o una vista previa, fue sólo un accidente.

—Lo siento.

Me volví hacia Requiem.

—Ahora, tú, dime lo que necesitas decirme. Sin prólogos, ni una larga explicación, simplemente dilo.

—No te va a gustar —dijo.

—No me gusta ya. Dime, Réquiem, dímelo. —Me dolía la cabeza. No sé si era por la pérdida de sangre, o la tensión, por lo que sea, empezaba a latirme con fuerza detrás del ojo derecho.

—Pensaba que si las cosas iban tan mal como podrían ir...

—Juegos, juegos de palabras, basta con decirlo.

Suspiró, y el suspiro pareció llenar de ecos el Jeep.

—Si teníamos que alimentar el *ardeur*, o si tu animal se levantaba, éramos los que teníamos más probabilidades de sobrevivir a un ataque sin tener que recurrir a hacerte daño.

—Te dejaste algo —dije.

—He dicho lo suficiente —dijo.

—Dilo todo, Requiem, quiero oírlo todo.

—No —dijo Graham—, no quieres. Ese tono de tu voz, no eres tú.

—Sólo conduce, ya te lo he dicho, —y me volví hacia el vampiro—. Cuéntame el resto.

Suspiró otra vez, y el sonido se desplazó por el interior del Jeep como si tuviera vida propia.

—Y puedes ahorrarte los trucos de voz, o si no me voy a enfadar realmente.

—Mis disculpas, es algo automático en mí, cuando me enfrento a una mujer enfadada, para tratar de tranquilizarla, por cualquier medio.

—Dímelo, Requiem, estamos casi en el cementerio. Quiero hasta el último dato antes de salir del coche.

Se irguió aún más en su asiento, muy formal.

—También éramos los dos en el club con más probabilidades de poder convertir la violencia en seducción, si surgía la necesidad.

—Debe de tener una alta opinión de ambos, o una mala opinión de mí.

—Eso último no es cierto, y lo sabes —dijo Requiem.

Suspiré.

—Es así como me siento esta noche.

Graham dijo:

—Te sientes excitada por lo que hizo Byron.

Le miré.

—Bueno, esa es una forma de decirlo.

—Es cómo te sientes exactamente —dijo en tono seguro.

—¿Estás seguro de eso?

—Por la forma en que estás actuando, sí. Además, conozco tu reputación. Si alguien puede resistir la tentación eres tú.

—Todo el mundo dice eso, pero no parece que ahora me esté resistiendo mucho.

—He vivido con otros más poderosos que yo, de la línea de Belle Morte, durante siglos, Anita. Yo, más que nadie, se lo mucho que hay que luchar cada noche de tu existencia, para no ser consumido por su poder. — Hizo una pausa y luego dijo en un susurro que llenó el coche de oscuridad —. Si no tienes cuidado, su belleza se convertirá en el cielo y el infierno, y harás cualquier promesa, abandonarás toda lealtad, renunciaras a tu corazón, tu mente, tu cuerpo y tu alma inmortal por tenerlos cerca de ti una noche más. Entonces, una noche fría, cien años después, la pasión desaparecerá y no quedarán más que cenizas, mirarás hacia arriba y verás a alguien mirándote, y sabrás lo que mira, porque ya lo has visto antes. Cien años más tarde alguien te mirará a ti como si fueras el mismo cielo, pero sabrás en tu corazón que no es el cielo lo que les estás ofreciendo, sino el infierno.

No sabía qué decir a eso, pero Graham sí.

—Ahora sé por qué te llaman Requiem. Eres poético, pero jodidamente deprimente.

Esta noche, yo creía que sólo era preciso.



En el cementerio de Sunset tenía una bonita combinación entre lo viejo y lo nuevo. Grandes monumentos de ángeles y vírgenes llorando combinaban con el suelo, modernas piedras, mucho menos interesantes. Todavía era un lugar para enterrar a ricos y famosos, como nuestra famosa familia de la fábrica de cerveza local, los Busches.

En su día, Edwin Alonzo Herman había sido un hombre muy importante, y su monumento mostraba que también pensaba lo mismo. Éste se alzaba en la oscuridad como un gigante alado. No había luz suficiente para ver que el ángel tenía una enorme espada y escudo, lo que le daba la apariencia de que estaba esperando emitir un juicio y que no te gustaría lo que hubiera decidido. Claro que, tal vez esto era sólo la forma en que me estaba sintiendo esta noche.

Había más de una docena de personas esperando en la carretera asfaltada, la mayoría abogados, aunque con suficientes miembros de la

familia para estar a punto de provocar una pelea. Cuando me presenté, expliqué brevemente lo que iba a hacer. Empezaba diciéndole a la gente que al principio iba a usar un machete para decapitar pollos, por dos razones diferentes. Tenía un exceso de celo respecto a los guardaespaldas de un hombre muy rico sobre disparar cuando sacase la hoja grande. En una tumba diferente, para una sociedad histórica, el secretario de esa sociedad había saltado y había tratado de salvar a la gallina. Había resultado ser un estricto vegetariano. Algo así como un fundamentalista vegetariano rabioso.

Más tarde me alegré de que no hiciera el suficientemente frío como para salir con abrigo, porque el cuero era el único tipo de abrigo que tenía.

Esta noche era lo suficientemente fría para los abrigos. Octubre no suele ser frío en St. Louis, pero esta noche había decidido ser fría. O tal vez se sentía más fría, porque llevaba un tanga. Me habían sorprendido dos cosas respecto de la escasa ropa interior: Uno, una vez que superé la sensación de tener algo en la grieta de mi culo, la tira no era incómoda; dos, una tira con una falda corta en una noche fría era malditamente fría. Nunca había apreciado plenamente cuánto calor contra mí culo proporcionaba un poco de satén o seda extra. Ciertamente lo apreciaba mientras caminaba sobre la hierba con mis botines y falda. Me acurruqué en la prestada chaqueta de cuero, pero mantuve mi cara lejos del cuello. No quería repetir lo que había sucedido en el coche. Quería que el calor de la parte superior de mi cuerpo viajara a la parte baja. De repente me sentí deseando haber cogido una de las chaquetas de los hombres más altos. No habría parecido tan *buena*, pero me habría cubierto el culo.

Me quedé delante de la tumba, sin embargo, ya que habían pasado casi doscientos años en un cementerio que estaba tan bien gestionado como Sunset, no había manera de que pudiera estar realmente segura de dónde había estado la tumba, no realmente. Muchas de las tumbas se habían trasladado aquí desde pequeños cementerios en los últimos años, cuando por el aumento de la población se había necesitado la tierra. Pero había bajado lo suficiente mis escudos para saber exactamente dónde estaba situada la tumba de Herman Edwin Alonzo. Sus huesos estaban allí, podía sentirlos.

Para los observadores de la carretera que habían pagado por este espectáculo, debía de haberles parecido que estaba algo lejos del impresionante ángel. Pero según mi experiencia una vez que los zombis se

arrastraban fuera de la tumba, la gente siempre pensaba que habían tenido un buen espectáculo. Iban a perdonar casi cualquier falta de talento para el espectáculo por mi parte, una vez que me hubieran visto levantar a los muertos. Gracioso.

La caja de la que salía el suave cacareo de los pollos estaba cerca de mis pies. Graham la había traído y la había puesto donde le dije que la pusiera. Sin discutir. Una vez que salimos del Jeep, volvió a entrar en el modo de serio guardia de seguridad. Era adusto, formal tal cual la persona que había sido cuando lo vi por primera vez en el club. Llevaba una sencilla camiseta blanca con sus negros jeans, zapatos deportivos, y su propia chaqueta de cuero corta. Se había cambiado de camisa en Placeres Prohibidos sin habérselo pedido. El hombre bromista, que medio coqueteaba, de hacía unos minutos había desaparecido detrás de una cara muy seria y un par de ojos oscuros, que seguían vigilando el cementerio, a la gente cerca de nosotros, y más lejos, así que obviamente era muy consciente de todo el perímetro. Parecía vibrar como guardaespaldas. Iba a dejar que los abogados tuvieran presente que él estaba aquí y les mostré las muchas vendas en mi cara, muñeca y dedos, para demostrarles que era necesario. Una vez Graham puso su oscura mirada en la cara, nadie discutió que se trataba de un negocio privado y que no les gustaba que nadie más que yo estuviese aquí con ellos. Tenía una muy buena mirada, daba una dureza a la cara y ojos que no coincidía en como había sido en el coche. Interesante.

Requiem había llevado mi bolsa de gimnasia con el resto del equipo para levantar zombis del maletero, a excepción de los pollos. Podría haberme llevado la bolsa, pero me había costado dos viajes el obtener los pollos. Tendían a chillar si no los llevaba en posición vertical y con cuidado. Desde que el plan era matarlos esta noche, había intentado no asustarlos. Tenía que matar para resucitar a los muertos, pero lo podía hacer lo menos doloroso posible. Y el miedo definitivamente va detrás del dolor en la situación errónea. Ser un sacrificio de sangre, probablemente está clasificado como una situación errónea, incluso si eres un pollo.

Había persuadido a Requiem para que dejase su larga capa negra en el Jeep, porque con ella, parecía una mona versión de la Parca. A parte de esto, parecía que tenía que haber ido de fiesta. ¿Tal vez era el pantalón de cuero? ¿O las botas? ¿O la camisa manga larga de seda en un tono joya verde profundo que hacía que su piel blanca casi brillara con el contraste?

La camisa hacía resaltar los ojos color turquesa con la luz, como si hubiera verde en alguna parte en ese azul brillante. Era más difícil de explicar que Graham, porque incluso sin la capa, en realidad no parecía un guardaespaldas. Se parecía a lo que era, y no había ninguno de los descendientes de Herman que pensase que debería estar aquí esta noche. El único muerto viviente al que querían ver esta noche era al mismo Herman. Les había dicho que el vampiro se quedaba, podían aceptarlo o largarse. También les recordé que no estaba obligada a devolverles el pago inicial si cambiaban de opinión sobre levantar a Edwin Herman de la tumba. Estaba aquí, dispuesta a cumplir con mi parte del trato.

Hay un tipo de mercado de vendedores al que ir cuando empiezas a necesitar cuánto puede valer el levantar a un zombi de más de cien años, y yo era el vendedor. Había otros dos reanimadores en los Estados Unidos que podían hacerlo. Uno en California, y otro en Nueva Orleans, pero no estaban aquí, y yo sí. Además, eran casi tan caros como yo, y también iba con el precio el pasaje del avión y los hoteles. Más dinero.

Así que conseguí que los abogados se callasen. Aunque había una mujer mayor del lado de la familia que había heredado el dinero que quería irse, si el «demonio» se quedaba. ¿Demonio? Si pensaba que Requiem era un demonio, es que nunca había visto uno de verdad. Lo he visto, y conozco la diferencia.

Pero los abogados se habían calmado y una de las nietas había calmado a la abuela, y ahora estaban esperando en la oscuridad a que hiciera mi trabajo.

Tenía los pollos en su cajón y mi bolsa de gimnasio con la parafernalia, el machete y otras cosas. Pero antes que nada, tenía que bajar lo suficiente mis escudos para hacer esto. Había aprendido a protegerme, realmente a protegerme, para poder luchar contra la tentación de utilizar mi don. Había aprendido hacía mucho tiempo a controlarlo lo suficiente como para evitar resucitar a los muertos por accidente. Hubo un profesor en la universidad que se suicidó. Había venido a mi dormitorio una noche. Quería decirle a su mujer que lo sentía. Eso fue cuando no estaba levantando nada, sólo desconectaba, lo ignoraba. Estoy demasiado malditamente dotada para ignorarlo. La capacidad psíquica saldría de una u otra manera, si el poder es lo suficientemente grande, encontrará un camino. Y probablemente no te gustará lo que encontrará.

Dejé mis escudos, no todos ellos, pero los suficientes. Suficientes para

que pudiera abrir esa parte de mí que resucitaba a los muertos. Era como mantener un puño cerrado y apretado, y sólo cuando me relajaba, se abrían los dedos, metafísicamente hablando, podía ser libre. Sabía que había gente que había estudiado con los reanimadores o los practicantes del vudú para adquirir las habilidades necesarias para levantar a los muertos. Yo había estudiado para aprender *cómo no levantar* a los muertos. Pero me costaba un poco de esfuerzo el mantener el puño cerrado todo el tiempo, mantener el poder apagado. Era como tener una parte de mí nunca completamente relajada, ni siquiera cuando dormía, a menos que estuviera aquí, con los auténticos muertos. Aquí para llamar a uno de ellos de la tumba. Era el único momento de todos en que podía ser libre.

Me quedé allí durante un minuto con mi energía derramándose, fría y buscando, como un viento, salvo que este viento no movía tu pelo, sólo se arrastraba a lo largo de tu piel. Era como si hubiese estado aguantando la respiración, apretando, tan apretadamente, y finalmente pudiera dejarla salir, dejarlo salir todo, y relajarme. Una vez que dejé de tener miedo, me había sentido muy bien estando con los muertos. Pacífica, pacíficamente, porque lo que quedaba en la tumba no tenía nada que ver con las almas o el dolor. *Silencioso como una tumba* no era sólo un dicho. Pero me había olvidado de que había un muerto cerca, al alcance de mi mano, a mi lado, ese que no estaba bajo tierra.

Mi poder tocó a Requiem. Tendría que haberlo ignorado, pero no lo hice. Ese no-viento fresco, se enroscaba alrededor de él como los brazos de un amante tiempo atrás perdido. Nunca había sentido nada parecido. Por primera vez había comprendido que realmente mi poder no se terminaba con los muertos, con todos los muertos y con los no-muertos todavía muertos. Siempre había creído, y había dicho, que los vampiros asesinaban a los nigromantes por miedo a ser controlados por ellos, pero en ese instante, supe que esa no era toda la verdad. Era como si una puerta se hubiese abierto dentro de mí, dando a una habitación que no sabía que existía. Dentro de esa habitación metafísica había algo. No tenía forma de que mi vista pudiera ver, no pesaba, nada que tocar, nada que celebrar, pero que estaba allí, y era real, y era yo, mío, casi. Una «meseta de poder» lo habían llamado Byron y Requiem, pero eso no era todo. Una meseta es estática, no crece, no cambia. Esto no era estático. Chocó hacia mí, y si hubiera sido una auténtica habitación en una casa, la casa habría explotado hacia afuera con la fuerza de su venida. Fuera habría rugido una tormenta

de nieve, de madera, cristal y metal, y no habría quedado nada en pie en ese patio metafísico, a excepción de la zona cero de alguna explosión misteriosa.

Estaba dentro de mí, así que no podía cerrarse de golpe en mí, lo que era una tontería, pero eso es precisamente lo que hizo. Se estrelló contra mí, y por un segundo estuve ciega, sorda, ingrátida, la nada. No había nada, sólo la crudeza de ese poder.

Volví en mí, con la voz de Graham.

—¡Anita, Anita! ¿Puedes oírme? ¡Anita! —Sentí que me sostenía, sabía que estábamos en la parte superior de la tumba. Pude sentir la tumba, podía sentir a Edwin Alonzo Herman tendido debajo de mí. Todo lo que tenía que hacer era llamarlo por su nombre.

—Algo va mal, Requiem.

—No —dijo, y esa palabra fue suficiente. Abrí los ojos y vi al vampiro encima de mí.

—Ella está despierta —dijo Graham, y trató de acunarme a una posición sentada, pero levanté la mano hacia Requiem.

El vampiro se inclinó hacia mí, y le alcancé. Graham ayudó, a izarme hacia arriba, pero no estaba allí para mí en ese momento. Mi negocio era con los muertos, y Graham estaba demasiado caliente para mí. La sangre que quería era lenta y espesa, y tiré de su mano hacia mí.

Los dedos Requiem rozaron los míos, y el poder dentro de mí se estabilizó, como si el mundo hubiese estado temblando, y ahora estuviese en silencio. Me tocó la mano en ese repentino silencio, y no había pulso en la palma de su mano. Sin latido de la sangre para distraer los sentidos. Me miró parpadeando, sus labios se movían, pero no respiraba. Se quedó quieto. Estaba muerto. Era mío.

Me puso sobre mis pies, y nos quedamos al pie de la tumba, mano sobre mano. Miré su cara, encontrándome con la llama color turquesa de sus ojos, pero no fui yo quien quedó atrapada en su mirada. Fue él quien cayó en la mía, y supe, porque alcancé a ver su mente con la mía, que mis ojos eran pozos sólidos de color negro con rutilantes estrellas en ellas. Era la forma en que mis ojos se habían visto cuando Mariposa de Obsidiana, un vampiro que se creía una diosa azteca, me había mostrado algo de su poder. Era lo suficientemente poderosa para que nadie discutiera con ella acerca de si era o no era una diosa. Hay cosas por las que no vale la pena luchar. Había usado el poder que había aprendido de ella sólo dos veces, y las dos

veces mis ojos se habían llenado de estrellas.

La noche era de pronto menos oscura. Pude ver los detalles, los colores, cosas que mis ojos nunca habían visto. La camisa de Requiem era tan verde que parecía arder como sus ojos. Era una especie de hiperconcentración, y no fue sólo la vista. Su mano en la mía se sentía más pesada de lo que debería, con más importancia de la que debería tener, como si pudiera sentir cada voluta de la punta del dedo, como pequeñas líneas de seda contra mi mano. Hacer el amor con este sentido podría ser la experiencia más maravillosa de tu vida, o conducirte a la locura.

Me acordé de este poder, pero no era lo que necesitaba. Tuve otro destello de la mente de Requiem, un pequeño destello de miedo, que se calmó casi de inmediato, porque lo estaba tocando y no quería que tuviese miedo. Las estrellas en los ojos se ahogaron en un torrente de fuego, de llama negra con un centro de color marrón, como si la madera estuviese en llamas, y el fuego se la comiera.

Mis ojos fueron, por un momento, como serían si hubiese sido un vampiro. Se llenaron de luz oscura, de un color marrón oscuro, tan oscuro que era casi negro. Me volví con los ojos brillantes hacia la tumba, y Graham lo vio.

—¡Oh, Dios! —susurró.

—Sal de la tumba, Graham —dije, y mi voz era la mía, casi.

Él sólo se arrodilló en el suelo y me miró fijamente.

—Muévete, Graham —dije—. No querrás estar ahí cuando esto acabe.

Se puso de pie y se movió, hasta que le dije:

—Es suficiente. —Se quedó cerca, con los ojos muy abiertos, el miedo como un olor fuera de su piel, pero no corrió y no trató de distanciarse. Chico valiente.

Me arrodillé en el duro suelo y arrastré a Requiem conmigo, así que se arrodilló detrás de mí con sus manos sobre mis hombros. Era como una silenciosa sólida pared de gran fuerza detrás de mí. Sabía que amplificaba los poderes de Jean-Claude cuando estaba cerca de él, pero nunca había sentido nada parecido a lo que estaba sucediendo ahora. El poder del triunvirato no estaba entre Requiem y yo, era que él era uno de los vampiros de Jean-Claude, y eso le hizo de alguna forma mío. Mío para llamar, mío para usar, mío para recompensar.

Me incliné hasta que mis manos tocaron el suelo, hasta que pude sentir a los muertos justo debajo de mí. Era como si la tierra fuese agua, y sabía

que había alguien que se ahogaba debajo de mí, y todo lo que tenía que hacer era llegar abajo y salvarle.

Susurré:

—Edwin Alonzo Herman, escúchame. —Sentí que se movía, como un durmiente perturbado por un sueño—. Edwin Alonzo Herman, te llamo desde tu tumba. —Sentí que sus huesos crecían largos y rectos, sentí que su carne se unía en torno a él. Era como restaurar una muñeca rota. Volvió a rehacerse a sí mismo, y fue tan fácil, demasiado fácil. El poder comenzó a extenderse hacia el exterior, comenzó a buscar otra tumba, pero una pequeña parte de mí que seguía siendo yo, lo sabía mejor. No sería sólo una tumba más. Sabía que en ese instante podría levantar a este cementerio. Podría levantarlos a todos ellos. Sin ningún sacrificio de sangre. Sin pollos. Sin cabras. Nada, excepto el poder que volaba a través de mí y del vampiro a mi espalda. Debido a que el poder quería ser utilizado. Quería ayudarme, ayudarme a acariciarlos a todos desde sus tumbas, a sacarlos a la luz de las estrellas, y a llenarlos con... vida. Me sentiría muy bien levantándolos a todos ellos, muy bien.

Sacudí la cabeza y luché contra el servicial poder. Luché para que no se extendiese como una dulce enfermedad a través de las tumbas. Luché por aferrarme a lo que quedaba de quien pensaba que era. Necesitaba ayuda. Pensé en Jean-Claude, pero eso no fue todo. Tenía que recordar que no estaba sola con los muertos. Estaba viva.

Llegué a la otra tercera parte de nuestro triunvirato. Llegué a Richard. Levantó su mirada como si flotara en el aire por encima de la mesa del comedor de la sala de su familia. Vi a su padre como un clon de Richard ya mayor, y a la mayoría de sus hermanos, sentados a la mesa, pasando un plato azul. Charlotte, su madre, llegaba por la puerta batiente de la cocina, justo detrás de la silla. Todavía lucía mi talla, con el pelo color rubio miel y una figura que era a la vez pequeña y llena de curvas. Excepto por el color del pelo y el tono de piel, Charlotte, incluso me recordaba a mí misma. Había una razón por la que la mayoría de los hermanos Zeeman habían elegido pequeñas mujeres difíciles. La vi llevar una gran bandeja, sonriendo, charlando con su familia. No podía oír lo que estaba diciendo, o cualquier ruido de la escena llena de gente, la familia sonriendo. Todos parecían tan felices, era tan perfecto. No quería traer esto aquí.

Empecé a alejarme, y la voz de Richard estuvo en mi cabeza.

—Espera, espera, Anita, por favor. —Se excusó de la mesa y caminó a

través de la gran sala de estar, salió al extenso porche, y dio el par de pasos hasta que pudo contemplar el mismo cielo que se extendía encima de mí. En el momento en que miró al aire, me vio, parecía haberse dado cuenta de algo de lo que estaba pasando, porque, dijo:

—¡Dios mío, Anita! ¿Qué ha pasado? He sentido tu poder antes, pero no así.

No tenía el suficiente control para hablar en mi cabeza, de modo Requiem llevó la voz alta de la conversación, pero yo pensé en lo que había pasado.

—Los vampiros siguen diciendo que he alcanzado un nuevo nivel de poder.

Abrazó a sus brazos desnudos por la camiseta. No se había detenido a por una chaqueta.

—Es como si la noche respirara con tu poder. ¿Qué puedo hacer?

—Recuérdame que no estoy muerta. Recuérdame que mis vínculos están con cosas cuyo corazón late.

—¿Cómo va a ayudar eso?

Quería gritarle mi frustración.

—¡Dios, Richard! ¡Sólo ayúdame, por favor ayúdame! Si no, tengo miedo de lo que voy a levantar en este cementerio esta noche.

Asintió con la cabeza.

—Lo siento, lo siento tanto, Anita. —Miró hacia abajo, y supe por el gesto, que estaba pensando, o reuniendo su voluntad para algo. Por lo general algo que no quería hacer. Pero no tenía tiempo para preocuparme esta noche por las comeduras de cabeza de Richard. Tenía mucho miedo de la fuerza que latía en el suelo debajo de mí. Un pulso frío, pero comprometido a extenderse a todas las tumbas. Sabía que esta noche podría levantar uno de los ejércitos de zombis, arrastrando los pies, que a las películas les encanta tanto retratar, y que por lo general no tienen nada que ver con la nigromancia real.

Se volvió a mirar hacia la casa y dijo:

—Estoy bien, mamá. Sólo necesito un poco de intimidad. Mantén a todo el mundo cerca en la casa, de acuerdo. —Sacudió la cabeza—. No, mamá, no es que esté cerca la luna llena.

Salió hacia afuera del patio hasta donde llegaban las luces de la casa y bajó su escudo, las paredes metafísicas que mantenían a su fiera enjaulada y le ayudaban a pasar por humano. La noche estuvo de repente viva en una

forma que no había estado. El aire quieto olió a mil esencias, a las manzanas maduras de la huerta de detrás de la casa, al manto de césped verde y tupido contra nuestro rostro, a los árboles, al sabor picante de goma dulce, al más suave aroma del abedul, a la madera de álamo picante dulce y sobre todo a la riqueza de la sequedad de las hojas caídas a nuestro alrededor. Entonces llegaron los sonidos. Los últimos grillos del año piaban su lastimero canto. Otros insectos del bosque, cantando sus últimas canciones antes del frío. El viento se levantó, y los árboles crujieron y gimieron en la casa. El gran roble de la entrada arrojó sus ramas contra las estrellas, y Richard levantó la cabeza para ver el viento salvaje. Hubo apenas una brisa en el suelo, pero sobre la cima de los árboles más altos, el viento corría rápido y tiraba de las extremidades desnudas de la parte superior de los árboles. La mayoría de la gente no miraba hacia arriba, los animales miraba hacia arriba, porque sabían que no hay auténtica seguridad. Ellos no se preocupan por eso de la forma en que nosotros lo hacemos, pero son conscientes de eso de una manera que nosotros no lo somos.

Richard entró en la línea de los árboles que iniciaba el bosque que rodeaba el borde occidental de la tierra de la familia. Tocó un tronco, sus manos sobre él, era áspero y duro, con surcos profundos en la corteza como pequeños túneles. Puso su rostro contra la aspereza, y eso fue picante y mordaz, y supe que la resina era dulce. Miró hacia las ramas desnudas, donde pequeñas bolas aún se aferraban a los bordes del árbol. Abrazó el árbol, lo abrazó tan fuerte que la corteza se clavó en su piel, frotó la mejilla contra la rugosidad de la misma, como si estuviera marcando su aroma, entonces se fue. Estuvo en una carrera fácil a través de los árboles, en el bosque. No era la caza. Estaba corriendo por el placer de hacerlo.

Él retorció la maleza como si ésta no estuviera allí. Y tal como había sentido una sola vez, era como si los árboles y los arbustos le diesen la bienvenida, o se apartasen de él, o como si el crecimiento de la hierba fuera agua, y se zambullera a través de ella, corría, esquivaba, torcía, dándose a sí mismo el roce de las ramitas y las ramas y la sensación de la tierra viva bajo los pies. Era una vida en la que no había que correr o esconderse, todo estaba vivo, vivo en una manera que nunca más los seres humanos entenderían.

Richard corrió, y me llevó con él, como hizo una noche hace mucho tiempo. Entonces me cogió la mano, y luché por mantener el ritmo, para

entenderlo. Ahora lo hacía sin esfuerzo, porque estaba dentro de su cabeza, dentro de él. La noche estaba viva para él de una manera distinta a como lo estaba para Jean-Claude, o para mí. Era demasiado humana, y el interés de Jean-Claude por la vida era demasiado superficial. Ninguno podía sentir lo que la bestia de Richard le daba.

Algo me tocó la mano, y me echó para atrás de la tumba. Requiem todavía estaba en mi espalda, todavía muerto, pero Graham estaba sobre la tumba. Estaba desconcertado, aunque estaba olfateando el aire cerca de mi piel.

—Hueles como los árboles y la manada —dijo en voz baja.

Richard levantó su mirada hacia nosotros.

—¿Por qué está Graham ahí?

—Guardaespaldas. A Jean-Claude le preocupaba lo que pasaría si no tenía a alguien conmigo.

—Dile que se supone que te protege, y no puede hacerlo sobre la tumba.

—Se supone que me proteges, Graham, y no puedes hacerlo desde aquí.

—El intenso aroma del lobo se hizo más espeso a mí alrededor cuando lo dije. Graham reaccionó como si hubiera sido golpeado. Se encogió en el suelo, postrándose como lobo.

—Lo siento, es sólo que olías tan bien. Me olvidé de mí mismo.

—Deja de postrarte y vuelve al trabajo —dijo Richard en primer lugar, y ella le hizo eco.

Graham hizo lo que le dijeron. Volvió a modo guardaespaldas muy serio, mirando hacia la oscuridad, por lo que sea que pudiera venir.

Richard tomó una respiración profunda, y olí el espeso y dulce aroma de los bosques profundos. Había corrido kilómetros, sin esfuerzo, no por la misma razón que un humano se ejercita bien, sino porque la propia tierra le ayudaba a correr, le daba fuerza, le dio la bienvenida.

Se quedó en el medio del bosque, con los pies anclados en la tierra. Me di cuenta de que Richard era mi tierra, mi centro, su alegría, su corazón latiendo en el pecho después de esa alegre carrera. Mantuve mi vínculo con él abierto lleno de olores y sonidos y de las cosas lejanas de aquí. Puse las manos en la tumba, e incluso con Requiem a mi espalda, tocándome, no era tan real como los latidos, a millas de distancia, del corazón de Richard.

—Edwin Alonzo Herman, con mi voluntad, palabra, y carne, te llamo desde tu tumba. ¡Ven, ven ahora! —Todo estaba mal, todo era diferente de

lo que era normal, pero era justo lo mismo.

Sentí el cadáver cambiar, solidificarse, pedazos de sí mismo juntándose como un rompecabezas, y empezando a elevarse a través de la tierra como si fuera agua. Había visto esto suceder en innumerables ocasiones, pero nunca había estado arrodillada en el suelo cuando se producía. La tierra se dobló y rodó como un terremoto que quedó atrapado a unos pocos metros de tierra. El suelo fluyó bajo mis manos como si fuera otra cosa más, ni agua, ni barro, pero algo que era a la vez menos y más sólido. No sé qué pensó Requiem que estaba ocurriendo, pero no trató alejarse, se mantuvo sólido a mi espalda. Caminó conmigo y no hizo el menor ruido. Valiente vampiro.

Manos que se encontraron con las mías a través de la tierra movediza, helados dedos envolviéndose alrededor de mi calor. Las manos de Edwin Alonzo Herman se envolvieron a mí alrededor como un nadador que ha abandonado toda esperanza y finalmente, toca una cuerda. La tumba tiró de él hacia arriba igual que una flor brota libre de la tierra, pero su empuje me obligó a tirar de él, para encontrar que Requiem me estabilizaba sobre mis pies. Si el vampiro no hubiera estado allí para sostenerme de pie en el suelo que se retorció y sacudía me habría caído. Pero Requiem me mantuvo de pie, y tiré al muerto de su tumba, tiré de él y todo perfecto, hasta que estuvo de pie más alto que yo, con la sucia tierra de la tumba cayendo de un perfecto traje negro que parecía como si hubiese sido recién planchado. Era calvo, con una franja de pelo espeso justo por encima de las orejas y por el cuello, y las gruesas patillas que curvaban junto un espeso bigote de morsa. Era corpulento, cerca de gordo, de un tipo que había estado de moda entre los ricos. Cuando Edwin Alonzo murió, sólo los pobres estaban delgados, sólo los pobres parecían muertos de hambre.

Sentí que Richard seguía a pie por la orilla de aquel pequeño arroyo. El aire era más fresco debido a la musical carrera, y el pulso había empezado a disminuir después de la carrera, el ligero sudor empezaba a enfriarse sobre la piel. No estaba asustado, u horrorizado. Simplemente estaba clavado en el suelo, sujetándome con el pulso y el latido de su cuerpo, el espesor almizcle del lobo apenas se percibía en el aire otoñal.

Levanté la vista hacia el zombi, e incluso a mí, me pareció un maldito buen trabajo. Con un sacrificio de sangre lo suficientemente grande podría levantar a un zombi que parecería vivo, o cerca de estarlo por lo menos, pero este, este era perfecto. Su piel parecía plena y saludable a la luz de las

estrellas. Tenía una leve sonrisa en su rostro, y su ropa parecía como si acabara de ponérsela. Incluso sus zapatos se encontraban cerca de estar impecables y brillantes con betún. Un betún brillante apreció a la luz de la luna. Las manos que presionaban la mía eran frías, pero no lo sentía muerto. No estaba respirando, pero lo vi y sentí, más vivo que muerto. Era desconcertante. Había sabido que esta noche había una gran cantidad de energía, y tuve que forzarla toda hacia la tumba de éste, así que creo que estaba bien que se viese tan bien, pero por un momento cuando examiné a este regordete, rostro sonriente, tuve miedo. Miedo de que hubiese conseguido más de lo que había sido pagado, pero cuando llegué a sus ojos, dejé escapar un suspiro de alivio. Los ojos eran gruesos y completos y ¡espera! de nuevo, perfectos, de color gris a la luz de las estrellas, probablemente serían azules con una luz más brillante, pero no había nadie tras esos ojos. Estaban vacíos y esperando. Sabía que era lo que estaban esperando esos ojos vacíos.

Levanté mi mano izquierda lejos de la del zombi, y no se aferró a mí, sus dedos acababan de abrirse cuando me moví. Puse la mano a la altura del hombro, hacia el vampiro a mi espalda.

—Deshaz la venda.

Requiem mantuvo una mano sobre mi hombro, pero usó la otra para quitar el esparadrapo de mi muñeca.

—Quítalo —dije.

Finalmente, arrancó el vendaje. No podía dejar de sentir un poco de dolor cuando tiró del vendaje.

Richard preguntaba dentro de mi cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—Se necesita sangre, para que pueda hablar. No he matado ningún animal. Esta es toda la sangre que tengo.

No dijo nada, pero sentí como su pulso empezaba a acelerarse.

Le ofrecí mi muñeca girada arriba hacia el cuerpo ligeramente más alto delante de mí. Algo se deslizó a través de los pálidos ojos, algo que había visto antes en los zombis mejor conservados. Era como si algo fuera a través de ellos, algo que hizo una pausa en sus ojos, como si hubiera cosas más oscuras esperando, esperando una oportunidad para habitar un cuerpo. Algo, no tan malo, sólo lo justo, pero no muy bueno. Pero ese rostro bigotudo se volvió hacia mi muñeca, olfateó el aire, y en el momento en que olió la sangre, las otras cosas tras sus ojos se desvanecieron.

Expulsadas por la promesa de algo que todos los muertos valoraban, un poco de la vida.

El zombi me agarró del brazo con sus dos manos y golpeó su boca contra mi muñeca como el agarre de un beso a su querida amante. Sólo el impacto hizo daño a la herida, me hizo jadear. Pero sabía a lo que iba, porque había alimentado zombis con mi propia sangre antes. No siempre, pero con suficiente frecuencia. Su boca cerrada alrededor de la herida era lo suficientemente amplia como para tomarlo todo, para establecer sus dientes contra los bordes rotos, y triturar. Hice un pequeño sonido, porque no podría haberlo evitado.

Normalmente, la boca del zombi se sentía menos real que en éste. A excepción de lo fría que estaba la carne, no podría decir la diferencia entre el zombi y una persona. Era un trabajo muy bueno, sólido de todas las maneras, incluso en sitios que sólo sentía.

Richard saltó a través de la corriente, golpeando el borde de la misma con un pie, como si no fuera muy estable. Empezó a correr hasta la otra orilla, empezó a correr con la noche, los árboles y los olores.

La boca de Edwin Alonzo Herman estaba cerrada alrededor de mi muñeca y empezó a chupar. La herida había empezado a sanar más de lo que me había dado cuenta, porque para llegar hasta la sangre, tenía que tirar duro y apretar la muñeca. Me dolió, realmente dolió. Sí, me gustaban los dientes en la situación correcta, pero esta no lo era, y lo que puede sentirse bien durante las relaciones sexuales sólo duele una mierda durante la violencia.

Richard estaba corriendo de lleno ahora. Pensé que antes era rápido, pero sólo había estado jugando. Ahora, salió corriendo. Corrió tan rápido que las ramas se bifurcaban acuchillándolo, que la tierra no daba con él, y se separaba como el agua. Estaba corriendo, corriendo... huyendo de sí mismo. Tuve un vistazo fugaz dentro de su cabeza. La sensación de los dientes en la muñeca, la boca chupando con fuerza sobre la herida le excitó. Excitándolos a ambos, al hombre y a la bestia. Podría haberlo aceptado si fuese sólo por comida, pero no era así. La mezcla de humano y animal volvía borrosas las diferencias entre comida y sexo. Difuminaba tantas líneas. Líneas que Richard no sabía que existían, y mucho menos quería cruzar.

Corrió y se metió en las hojas, se cayó, se levantó y siguió funcionando antes de que su cuerpo hubiese tenido tiempo para darse cuenta de que se

había caído. Fue sólo en ese momento que me acordé de su hombro lesionado, y la idea me recordó, resumiendo, que al haber cambiado de forma se había sanado a sí mismo. Era mucho más poderoso de lo que quería ser.

El zombi había caído de rodillas, chupando como si mi muñeca fuera la cosa más exquisita que había probado nunca. Acunó mi muñeca contra su boca y su lengua exploró la herida.

Mi aliento salió en una palabra dura.

—¡Mierda!

—¿Estás herida? —preguntó Requiem en voz baja.

Sacudí la cabeza. Me dolía, pero no me estaba hiriendo. Había una diferencia, pero por lo general un zombi empieza a reducir su velocidad a estas alturas. Este todavía estaba chupando y de forma rápida, como si fuera un bebé que había estado muerto de hambre. Por supuesto, nunca había levantado a nadie muerto durante mucho tiempo sin el sacrificio de un animal. Tal vez, ¿era esa la diferencia? Esperaba que sí, porque cualquier otra cosa significaría que algo había salido mal, muy mal.

Sacudió la boca como un perro con un hueso, y me tragué un grito. No era sólo que me doliese. Eso era demasiado entusiasmo para un zombi.

—Edwin, para de alimentarte. —Mi voz era clara, y no me hizo caso. Mierda. Lamí mis labios de repente secos—. Ha tenido suficiente. Ayúdame a separarlo a la fuerza —dije en voz baja a Requiem. No debía asustar a los clientes. No debía hacerles saber que todo había salido mal esta noche.

Richard volvió a caer, se deslizó en las húmedas hojas del otoño, se deslizó hasta que un árbol lo detuvo, repentina y abruptamente y golpeándolo. Miró hacia arriba y vi sus ojos marrones, vi de lo que estaba huyendo. Quería estar aquí, de rodillas, tenía ganas de lamer la herida, el sabor de mi sangre, tal vez ampliar la herida con sus dientes afilados. La idea no sólo lo excitaba. El pensamiento lo hizo por él, sólo los destellos lo hacían por él. Lo que quería hacer en los más profundos y oscuros lugares de su alma, le dio un nuevo significado al sexo oral.

Esperó que me horrorizara, pero no fue así. Si había alguien que pudiera resistirse a hacer algo muy malo, era Richard. Confiaba en su control, no siempre en su carácter, pero en su control confiaba sin dudas, ni reservas. Le susurré:

—Sólo porque quieras hacer algo, no significa que lo hagas, o incluso

que tengas que hacerlo. Eres humano, Richard, tienes una mente y fuerza de voluntad. No eres sólo tu bestia.

—No lo entiendes —dijo, y el momento en que lo dijo, o supe lo que había hecho, accidentalmente.

—¿Puedes sentir lo que el zombi está haciendo? —pregunté.

Escondió su rostro de mí, se puso de pie, y corrió. Corrió fuera de los árboles, golpeó un camino pavimentado, y fue a través de él antes de que los faros pudiesen estar seguros de lo que habían visto. Rápido, más rápidamente, corría, corría. Corría, pero no podía correr más rápido que de lo que estaba huyendo, porque no importaba qué tan rápido corriese o qué tan lejos fuera, todavía estaría allí. ¿Cómo ganabas al monstruo, cuando eras el monstruo?

—Richard, haz que el zombi deje de alimentarse de mí.

—No sé cómo —y se fue, estrellándose a través de los árboles, porque no era fácil ahora, o alegre.

La mordedura del zombi era dura, y maldita sea, me dolía.

—Requiem, quítamelo.

El vampiro se movió para poder tocar la cara del zombi y las manos, pero nada se agarraba como un zombi. Había tenido que ayudar a limpiar los zombis de otras personas que habían salido mal, y a veces había que cortarles un dedo a la vez para conseguir que dejaran ir a alguien. Los dientes humanos todavía podrían morder lo suficientemente profundo como para cortar una vena o arteria. Lo quería lejos de mí.

Requiem trató de entrometerse entre él y yo, pero finalmente me miró.

—Puedo tirar de él partiéndolo en pedazos, pero no puedo alejarlo de ti.

Miré a mi guardaespaldas hombre lobo y lo llamé. Vino, con el rostro serio, las manos a la espalda, como si no confiase lo suficientemente en sí mismo para no tocarme de nuevo. ¿Oía a lobo y a bosque, o era a sangre fresca? No preguntes a menos que quieras saberlo. No quería saberlo.

El zombi hundió su lengua en la herida, como si estuviera tratando de conseguir que la sangre fluyera con mayor rapidez. Me dolió, y me sorprendió, y grité, un pequeño grito, pero bastó para que uno de los abogados preguntara:

—¿Está bien, Sra. Blake?

—Bien —grité—, bien. —No debíamos permitir que los clientes supiesen que el zombi que había levantado para ellos estaba empezando a comer. ¡Joder!

Utilizando toda la fuerza que tenía, Graham fue capaz de atisbar un dedo fuera de mi muñeca, pero tuvo que aferrarse a ese dedo, o bien volvería su lugar.

—No debería ser tan fuerte.

—Nunca has tratado de luchar contra zombis, ¿verdad? —dije.

Sus ojos se abrieron.

—Si son tan fuerte, no quiero.

—Ellos no son sólo fuertes, no sienten dolor.

—Anita, puedo romper sus dedos hacia fuera —dijo Requiem—, o romperle la mandíbula, u otras de las distintas extremidades, no tengo otras sugerencias.

Lo malo era, que yo tampoco. La mordedura del zombi era más dura, y sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que golpeara algo importante.

Enterraba sus dientes más profundamente buscando el más diminuto incremento, pero tarde o temprano se vería mal, y ya no estaba segura de lo que ocurriría si un chorro de sangre fresca alcanzaba su boca. Había visto lo que los zombis podrían hacer a la gente al comer carne. No era precisamente humana, pero no me volvería a crecer la mano si me la arrancaba.

Podríamos quemarlo, pero no se soltaba, y ardería con él. ¡Mierda!

Richard estaba sentado en un claro en una maraña de ramas desnudas.

—Tengo que cerrar el vínculo entre nosotros, Anita. Tengo que hacerlo. No puedo separarme del zombi. Sigo sintiendo lo que está haciendo. Sigue queriendo encontrar más sangre. —Acunó su rostro en sus manos, había perdido la camisa en alguna parte, de forma que la espalda se inclinaba desnuda como los árboles de arriba—. Lo siento, Anita, lo he intentado, realmente lo he intentado.

—Está bien, Richard, vamos a hacer lo que podamos desde aquí. Ve a cuidar de ti mismo.

Miró hacia arriba, y había lágrimas brillando a la luz de las estrellas.

—Se supone que tengo que cuidar de ti.

—Somos compañeros, Richard, se supone que nos turnamos para ayudarnos el uno al otro.

Sacudió la cabeza.

—Jodí esto, Anita, lo siento. —No estaba segura si alguna vez le había oído decir joder cuando no se refería al sexo.

—Ve, Richard, vuelve a casa de tus padres. Estarán preocupados.

El zombi mordía con tanta fuerza que grité, y Richard de pronto desapareció. Se cortó el lazo tan bruscamente que me hizo tambalear, y sólo Requiem y las manos de Graham me impidieron caer.

—¡Anita! —dijo Graham, y perdió su control sobre el zombi, tratando de mantenerme de pie. Pero las manos sobre mis muñecas se aliviaron.

Miré al zombi de rodillas, y los ojos estaban llenos. Había personalidad allí, había alguien en casa. Había sido una estúpida. Richard accidentalmente se había atado al zombi, y cuando se rompió el vínculo conmigo, el zombi volvió a ser mío de nuevo. Buenas noticias, pero me sentí estúpida por no haberlo pensado antes. Se supone que los muertos son mi especialidad. No me sentía muy especial esta noche.

El zombi parpadeó hacia mí, separando su boca de mi muñeca. Su gran bigote estaba manchado de sangre. Me fruncía el ceño.

—Lo siento, no sé lo que estoy haciendo aquí. —Me dejó ir y tropezó con su pie, mirando fijamente sus manos y mi muñeca ensangrentada, el horror se mostró en su rostro—. Le pido perdón, señorita, no sé lo que le estaba haciendo. Le pido disculpas sinceramente, esto es monstruoso, monstruoso. —Estaba mirando la sangre en las manos y limpiando su boca.

¡Mierda! no sabía que estaba muerto. Odiaba cuando no sabían que estaban muertos. Y como si fuese una señal se giró lo suficiente para ver su propio monumento. Miró al inflexible ángel de piedra y luego tuvo el momento de Ebenezer Scrooge. Vio su propio nombre en la tumba, con una fecha. Incluso a la luz de las estrellas, pude ver que todo el color desapareció de su rostro.

—Escúchame, Edwin, por el derecho de la sangre que has probado, escúchame.

Giró sus enormes ojos afectados hacia mí.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—No tengas miedo, Edwin, cálmate.

El pánico comenzó a deslizarse lejos de su cara, sus ojos comenzaron a llenarse con calma artificial, porque yo lo quería, y porque había sido la que le había llamado de la tumba, y era mi sangre la que estaba en sus labios. Había ganado el derecho a darle órdenes.

Le dije que se calmara. Le dije que debía ser claro, conciso al responder las preguntas de los agradables abogados. Me informó que siempre era claro y conciso, muchas gracias, y supe que iba a hacer lo que los abogados

y sus descendientes querían que hiciese. Este grupo de abogados y clientes habían decidido de antemano que no me querían haciendo las preguntas. Algo así como que no confiaban en que no pudiese controlar el zombi lo suficiente como para obtener las respuestas que algunas personas querían. Lo que implicaba que algunos clientes temían que otros me sobornaran. En el momento en que habían fijado las directrices, me habría sentido un poco ofendida, esta noche me alegré. Eso significaba que podía volver al Jeep, mientras interrogaban al zombi. Tenía un botiquín de primeros auxilios en el Jeep, y lo necesitaba.

El zombi no había exactamente reabierto la herida, había hecho sangrar la vieja herida, y puso nuevas marcas de dientes en la muñeca. Así que era como una nueva herida en torno a la antigua. Algunas noches sentía como si tuviera marcado un objetivo en mi brazo izquierdo. Si me daban un gran golpe era generalmente donde aterrizaba.

—Has perdido más sangre —dijo Requiem.

—¿No me digas? —dije.

Hizo un gesto pequeño.

—Lo que estoy diciendo es que ¿no podrías permitirles llevarse al zombi a casa durante la noche y ponerlo de nuevo en la tierra mañana?

Sacudí la cabeza y me estremecí cuando Graham levantó la gasa para ver si la hemorragia se había detenido.

—Me mordió, en realidad me hirió, no se supone que los zombis hagan eso. Ellos toman la sangre de una herida abierta o de un animal que ya está muerto, pero no hacen una herida. No piensan activamente.

—Este seguro que lo hace —dijo Graham, con el ceño fruncido dirigido a mi muñeca, ejerciendo presión y colocando una almohadilla de gasa fresca.

—Exactamente, lo que está sucediendo esta noche está mal, o no funciona exactamente como se supone que ha de hacerlo, por lo que no puedo arriesgarme a dejar que lo tengan tanto tiempo. Tengo que ponerlo de regreso esta noche, tan pronto como sea posible.

—¿Por qué? —preguntó Requiem.

—Por si acaso —dije.

—¿Por si acaso qué? —preguntó Graham, esta vez.

—Por si acaso se convierte en un comedor de carne.

Ambos me miraron, como si estuviese bromeando.

—Pensé que eran una leyenda —dijo Graham.

—He visto cosas parecidas, —comentó Requiem—. Hace mucho tiempo. Pensé que el poder de hacer tales... —parecía pensar qué palabra utilizar y se conformó con—... cosas, se había perdido.

—*El mal*, ibas a decir, el poder de hacer tanto *mal*, se había perdido.

Él me dio una leve sonrisa.

—Mis disculpas —dijo.

—Está bien, a nadie le gustan los nigromantes. Cristianos, wicca, vampiros, lo que sea, nadie nos quiere.

—No es que no me guste que... —replicó Requiem.

—No —dije—, es que todo el mundo nos tiene miedo.

—Sí —dijo el vampiro, en voz baja.

Suspiré.

—Esta noche, por primera vez sentí que podría haber levantado a todo este cementerio, sin sacrificios de ningún tipo. Podría haberlo levantado, y ellos habrían sido míos, totalmente míos. Me puse en contacto Richard, porque estaba luchando contra el deseo de levantar a mi propio ejército de muertos.

—Pero contactar con tu Ulfric fue muy mal, por lo que he entendido de tu lado de la conversación —repuso Requiem.

Graham dijo:

—El trató de ayudar.

—Sí, lo hizo, pero sólo Jean-Claude y yo estamos ganando poderes, no Richard. Ninguno esperaba que fuera capaz de establecer un vínculo con el zombi.

—Nunca he oído hablar de tal cosa —dijo Requiem.

—Somos un montón de jodidas-cosas-únicas aquí en Saint Louis —dije.

—Únicas —dijo Requiem, mientras Graham y él empezaban a vendar el brazo—. Bueno, eso es una manera de decirlo.

—¿Te da miedo? —pregunté.

Me miró con esos ojos azules y con su toque de verde de la camisa, cerca de su cara.

—Oh, sí —dijo—. Oh, sí, miedo de lo que puedas hacer.

Sí, miedo a lo que haría.



Había cancelado al resto de los clientes de la noche. Había estado demasiado cerca para su comodidad. Pondría a este zombi de vuelta, pero eso fue hasta que me di cuenta de qué demonios estaba pasando. Bert estaría molesto. Los clientes estarían molestos. Pero no estarían ni la mitad de enfadados si levantara a un ejército de muertos caminando y arrastrando los pies que aterrorizarían a la ciudad. No, eso sería mala prensa que incluso Bert no podría encontrar la manera de arreglarlo.

Además, ya había perdido bastante sangre en el último y no me sentía bien. No era la metafísica, era sólo físico. Estaba mareada, vagamente con náuseas, con frío, incluso con la chaqueta de cuero y una manta de la parte trasera de mi Jeep. Había perdido bastante sangre durante años para conocer los signos. No necesitaba una transfusión ni nada, pero no necesitaba perder más sangre esta noche. De hecho, Graham nos llevó de vuelta al club, tomé a Nathaniel, y le rogué que descartara cualquier escena

sexy esta noche. El sexo requería una pérdida de sangre. Seguramente tendría aceptar eso como una buena excusa.

Estábamos todos amontonados en el asiento trasero del Jeep. Yo, porque me sentía como una mierda. Graham y Requiem, porque no podía entrar en calor por mi cuenta. Una manta, con una chaqueta de cuero, y todavía estaba temblando.

—Señora, ¿puedo hacer una sugerencia audaz? —preguntó Requiem.

Me llevó dos intentos evitar que mis dientes castañetearan el tiempo suficiente para decir:

—Claro.

—Si no sientes calor, no estarás en forma para nada esta noche.

—Sólo tienes que decirlo, para —me sacudió con tanta fuerza que casi dolió, cuando el estremecimiento pasó—, dejar de hablar conmigo de muerte, Requiem.

—Graham debajo de la manta, duplicaría el calor de tu cuerpo. —Lo dijo muy seco, sin perder el tiempo en las palabras y era bueno saber que podía ser conciso cuando necesitaba serlo.

Si hubiera podido dejar de castañetear mis dientes podría haber discutido, pero no pude, así que no lo hice. Además, un poco de mimos con la ropa puesta debajo de una manta parecía bastante tranquilo después de lo ocurrido a principios de esta noche. ¿Qué duele? Oh, maldita sea, no responderé a eso.

Graham estaba todavía en su modo de guardaespaldas, por lo que se relajó bajo la manta, como si lo hubieran mordido.

—Realmente no puedo hacer de seguridad mientras permanezco atrapado debajo de una manta en el asiento trasero —dijo.

Me tomó tres intentos decir:

—¿Estás cargado?

—¿Quieres decir con un arma?

—Sí.

—No.

—Si soy la única armada, entonces no eres mi seguridad.

Parecía que quería discutir, y Requiem, dijo:

—Hay muchas maneras para proteger el cuerpo de alguien, Graham. Si no la ayudamos a calentarse, entonces me temo que tendremos que ir a la sala de urgencias con ella. ¿Te gustaría explicarle a Jean-Claude cómo dejaste que eso sucediera, cuando pudiste haberlo evitado con una pequeña

acción de tu parte?

—No —dijo Graham, y se abrazó a sí mismo a mi lado derecho. Fue como si fuera una persona totalmente diferente de la que consiguió el sabor del orgasmo de mí, momentos antes. Parecía rígido e incómodo. Deslizó su brazo con torpeza sobre mis hombros provisionalmente.

—Ella no se romperá, Graham —dijo el Requiem.

—He olvidado hacer mi trabajo dos veces esta noche. No quiero hacerlo una tercera vez.

Me acurruqué contra la calidez de su cuerpo, adentrándome en su chaqueta de cuero para encontrar donde el calor estaba atrapado entre su propio cuerpo y el cuero. Estaba tan caliente, tan increíblemente caliente.

—Dios, encaja bajo mi brazo. —Enroscó su brazo a mí alrededor, casi por reflejo, como si no pudiera evitarlo—. Parece mucho más grande cuando se está moviendo alrededor, o hablando, o haciendo cualquier cosa. —Su voz sonaba desconcertada, y suave. Su brazo envuelto a mi alrededor, manteniéndose cerca de mí contra la línea de su cuerpo, y tenía razón, encajaba perfectamente. Medía alrededor de seis pies, y yo era mucho más pequeña. Podía haberme acunado como un niño, y odiaba eso, pero estaba tan caliente, tan caliente. Su cuerpo estaba casi caliente. Faltaba una semana para la luna llena, y la temperatura del cuerpo de algunos licántropos subía antes del cambio, casi como una fiebre. O estaba más fría de lo que pensaba, o Graham era uno de los hombres animales que eran calientes.

Mis dientes dejaron de castañetear, y fue cuando mis músculos empezaron a relajarse. Todavía tenía pequeños espasmos involuntarios, pero estaba mejor.

—¿Puedo cargarte? —preguntó Graham, y su voz sonaba como si esperase que le dijera que no.

Le dije:

—¿Por qué?

—Estarás más caliente —dijo.

Pensé en ello. Probablemente tenía razón, pero sería reforzar que era lo suficientemente pequeña para sentarme en su regazo y abrazarme contra su pecho como una niña. Realmente odiaba hacer cosas así. Pero probablemente tenía razón, estaría más caliente. Maldita sea.

—Sí —dije, y ni siquiera a mí me sonaba feliz.

—¿Está segura?

—La señora ha hablado, Graham, no hagas que lo repita —dijo Requiem.

Graham dudó un segundo y luego me cogió en sus brazos, como si no pesara nada. Me senté en su regazo, y me encontré con otro aspecto negativo de usar tangas. Debía haber estado usando pantalones vaqueros nuevos, ya que no eran suaves. No llevaba ropa interior suficiente, o falda suficiente. Pero me había vestido en su mayoría para reunirme con Jean-Claude y Asher más tarde en la noche. Había estado pensando en la cita, no en urgencias médicas. Tonta de mí.

Fue capaz de enrollar la mayor parte debajo de mi chaqueta contra su pecho, el resto de mí se hizo un ovillo pequeño en su regazo, con sólo una pierna un poco a un lado. Puso uno de sus brazos sobre el dorso de la pierna, y el otro brazo lo enrolló en la chaqueta ajustadamente a mí alrededor. Requiem nos ayudó a conseguir que la manta nos rodeara, y lo único que descubrieron fue la parte superior de mi cabeza. Estaba oscuro y cálido, y puse mi cabeza contra su pecho, y la camiseta era una delgada barrera entre el calor de su piel y yo. Dejé que mi cuerpo tomara con facilidad el calor de su piel, y el olor del cuero, y me ajusté a él. Me di cuenta de por qué su aroma parecía tan cómodo para mí. Olía a la manada, ese débil aroma que todos los lobos de Richard tenían. Estar demasiado familiarizada con demasiados de ellos no equiparaba el almizcle que alborotaba débilmente mi seguridad. Me dejé caer en un nido cálido de cuero, una manta, su cuerpo, el calor compartido, el olor lejano del lobo, y me dormí.

Lo siguiente de lo que me di cuenta fue de la voz de Graham, muy suave, como si realmente no quisiera despertarme.

—Anita, Anita, está hecho lo de los zombis.

Por un momento no podía recordar dónde estaba, o de que me estaba hablando. Fresca al haber dormido, para mí su cuerpo se sentía más como Richard que ningún otro. El tamaño, la musculatura y el suave perfume de almizcle eran de Richard, pero la voz no coincidía.

—Anita, te esperan en la tumba. —El acento británico de Requiem.

Lo último del sueño y todo lo que el lobo con olor a sueños se me había escapado, y no sabía dónde estaba y no conocía aquel regazo donde me había quedado dormida.

Graham me acarició el pelo, y dijo suavemente:

—Anita, ¿estás despierta?

Me senté, apartando el brazo y la chaqueta de encima, pero se enredaron en la manta. Empujé la materia gris clara, pero había sido capturada en los bordes, encajada debajo de su cuerpo. Podría perforar aquello, pero no podía liberarme de él. Tuve uno de esos momentos de claustrofobia que no tenían sentido. No estaba atrapada en realidad, pero había algo especial en estar atrapada y cerca de dos personas que conocía tan poco. Si hubiera sido cualquiera de mi lista de gente en la que confiaba implícitamente, no habría ocurrido. Pero no conocía a Graham, no realmente, y me había quedado dormida en sus brazos. Me había quedado dormida sólo con él y Requiem velando por mí. Había sido descuidada, terriblemente descuidada.

Tal vez era el resto de un sueño digno de mención, o tal vez no había excusa, pero lo que fuera se había perdido. Me entró el pánico. Si hubiera estado pensando con claridad, podría haber salido de una estúpida manta, pero no estaba pensando más. Mi cabeza estaba gritando atrapados, atrapados, estamos atrapados.

Graham me agarró de los brazos y le metí un codazo de nuevo tan fuerte como pude. Me soltó y emitió un sonido satisfactorio.

—Mierda, me vas a romper una costilla haciendo eso.

—No me toques, está bien, simplemente no me toques. —Mi voz era entrecortada, pero estaba un poco más tranquila. Tranquila pero no lo suficiente para luchar contra la estúpida manta. Con calma suficiente como para no luchar con Graham pensé que algo estaba mal conmigo. Mi pulso era todavía salvaje en la garganta, como si me ahogara, pero pensaba otra vez.

Requiem estaba allí de rodillas, se cernía sobre ambos. El pánico estalló a través de mí en un baño de agua fría que dejó mis dedos hormigueando de estática, pero se detuvo esta vez. Traté de relajarme mientras me quitaban el borde de la manta y empezaron a retirarla.

—Lo siento —dije—. Creo que tuve un mal sueño.

—No me digas —dijo Graham, y en su voz sonaba un poco ofendido.

Pedí disculpas una vez, pero no lo iba a hacer una segunda vez. La verdad era que había llegado a tener claustrofobia por dos cosas, una, hace un año los accidentes de buceo, y dos despertar en el ataúd de un vampiro. Despertar en la oscuridad apretada contra un cadáver envuelto alrededor de ti. Era material de pesadillas.

Había una mirada en el rostro de Requiem que fue elocuente. Sabía que

estaba mintiendo, y no me importaba. Tenía la política de no discutir mis fobias delante de la gente. Nunca dejes que la gente vea lo que realmente te asusta, pueden usarlo en contra tuya más tarde.

Cuando tiró lo suficiente de la manta, me desenrollé, salí a toda prisa, y fui malditamente grosera al salir del Jeep. Pero me sentí mejor tan pronto como me golpeó el aire fresco. Tomé respiraciones profundas del aire fresco de la noche. En el momento en que conseguí tranquilizarme, mi cuerpo empezó a estar frío de nuevo. Mierda.

—Estás temblando de nuevo —dijo Requiem, detrás de mí.

Salté, porque no lo había oído bajarse del coche.

—Estoy bien.

—No, no lo estas.

Le fruncí el ceño.

Graham salió del asiento trasero.

—Tiene razón.

Fruncí el ceño a los dos.

—No importa cómo me siento. Tengo un trabajo que hacer.

—Sí, tienes un trabajo que hacer, pero aun así todavía importa cómo te sientes —dijo Requiem.

Abrí la puerta y saqué la bolsa de deporte fuera del asiento. No lo dejé junto a la tumba por el machete. El machete sólo puede ser mágico en mi mano, o en la mano de otro reanimador, pero todavía era una maldita hoja muy larga, y no me fiaba de los civiles a mí alrededor.

Cerré la puerta, golpeó el beeper para cerrarlo, y comencé a caminar de nuevo hacia la tumba con la bolsa en la mano. Había caminado como cuatro pasos en la hierba, cuando tropecé y me caí.

Requiem estuvo a mi lado y me tomó del codo.

—No eres así.

Me quedé allí y dejé que me sostuviera.

—No sé qué me pasa. Por lo general, resucitar a los muertos me hace sentir bien, mejor.

—Esta noche no salió según lo planeado.

Negué con la cabeza.

—No, no lo hizo. Parte de eso fue culpa mía.

—No —dijo.

—Sí —dije—, me distraje por todo lo de ese nuevo poder y olvidé poner un círculo de protección. Mantiene al zombi dentro, pero también

mantiene otras cosas fuera. Un montón de mierda metafísica que le gusta meterse en los cuerpos, si tienen la oportunidad. Lo sabía mejor.

—Estabas distraída.

—Sí.

—¿Puedo llevar la bolsa por ti? —preguntó Graham, aunque me di cuenta que estaba quedando fuera de mi alcance. Me preguntaba lo duro que le había golpeado en las costillas. No le había hecho daño, pero era más fuerte que un humano ahora, y podría hacer daño.

—Sí, gracias —dije.

Tomó la bolsa y luego se hizo a un lado para dejar que Requiem y yo pasáramos primero. El vampiro mantuvo su mano en mi codo, y lo dejé. Estaba haciendo frío otra vez.

—He perdido más sangre antes y no me había sentido tan mal —dije, en voz baja. Un grupo de coches había llegado al cementerio, el grupo que presentó la demanda. Los abogados del lado de los vencedores fueron a la tumba, y había un murmullo de voces alegres, cuando los descendientes llegaron a hablar con su patriarca. Tenían una gran sonrisa.

—¿Te has alimentado esta noche? —preguntó Requiem. Su voz me trajo de vuelta a la oscuridad y lo lejos que todavía tenía que caminar. Parecía un largo camino, pero no era tan lejos, simplemente no lo era.

—Sí, cené.

Negó con la cabeza.

—Eso no es lo que quiero decir.

Pensé en ello durante un segundo o dos y luego dije:

—¿Quieres decir el *ardeur*?

—Sí.

—Sí, me alimenté de Byron y de ti.

—No —dijo él—, te alimentaste de Jean-Claude. Él consiguió la energía.

—Supongo que sí. Pero si el *ardeur* necesita alimentarse sólo se enciende, y tengo que alimentarlo. —Puse mi mano sobre su brazo, porque mis piernas no se sentían firmes.

—¿Tal vez has ganado un mayor control sobre él?

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que puedes ir sin comer, hasta que decidas alimentarle.

Me detuve y lo miré.

—¿Qué?

—Tienes muchos de los síntomas de un vampiro que no se ha alimentado lo suficiente. La lujuria de sangre nos rige al principio, pero una vez que somos maestros, entonces podemos ir sin comer si es necesario. Podemos elegir alimentarlo.

—Pero me siento como una mierda.

—La elección tiene un precio —dijo.

—Estoy confundida —dije.

—Creo que tomó mucha más energía de la que debería para levantar a este zombi y la pelea que provocó con el Ulfric por accidente. Creo que tomó la energía para derrotar a Primo. Para alimentarse de Byron y de mí. Creo que no sólo se acabó tu energía física, sino también la mental. No eres una criatura de deseos casuales, y creo que te costará más de lo que admitirás alimentar a tu amo esta noche.

Hubiera discutido la parte del amo, pero me estaba convirtiendo en el caso de la señora que protesta demasiado.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Hay que alimentarlo —dijo con sencillez.

Le miré.

Sonrió y levantó una mano como si quisiera demostrar que era inocente.

—No tengo qué ser yo, ni siquiera Graham. No tiene por qué ser en este momento, pero debe ser pronto, Anita. Seguramente, sientes eso.

Me quedé allí y le miré fijamente. Había estado deseando controlar el *ardeur* durante tanto tiempo, y ahora lo tenía, más o menos. No tenía que alimentarlo a no ser que quisiera hacerlo, pero si esperaba demasiado tiempo, me enfermaría. Negué con la cabeza.

—Pensé que el control del *ardeur* significaba que sólo podía dejarlo y no darle de comer.

—¿Quién te dijo eso?

Empecé a decir, Jean-Claude, y me detuve. ¿Qué había dicho sobre el *ardeur*? Eso de hacerse con el control del mismo. Que iba a aprender cómo alimentarme a distancia. ¿Alguna vez había prometido que se iría? No, no lo había dicho. Sólo quería el control en el sentido de lo que se había quedado. Nadie había prometido eso. Nadie. Mierda.

—Nadie —dije—: Lo entendí de esa manera. Quería que el *ardeur* se fuera. Quería que se fuera, así que no dejé de pensar que eso era lo que significaba.

—Lamento ser el que te dijera que no es así.

Miré su cara, y le estudié.

—Hablas como si supieras de lo que estás hablando.

—No llevo el *ardeur*. Llevar el *ardeur* completo como nuestra amante oscura es muy raro, incluso entre su propia línea de sangre.

—Entonces, ¿cómo sabes que eso es lo que me está pasando?

—Lógica —dijo—, y sólo porque no lo lleve, no quiere decir que no haya visto lo que hace.

—¿Quién?

—Ligeia. —Se dio la vuelta cuando dijo el nombre así que no pude verle la cara.

—No conozco el nombre, al menos no como vampiro.

—No importa, porque está muerta.

Le toqué la cara.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Me miró, pero su rostro se fijó en la distancia que los viejos hacen cuando no quieren que sepas lo que estás pensando.

—Belle Morte la mató.

—¿Por qué me siento como si debiera decir que lo siento por preguntar?

Me dio la más pequeña de las sonrisas.

—Porque no eres insensible.

Ese comentario me hizo saber que la muerte de Ligeia había significado mucho más para él que sólo otra cruel muerte. Había significado algo para él y eso no era asunto mío.

—Los clientes están cada vez más inquietos —dijo Graham de nuevo. Estaba de pie, un poco por delante de nosotros con mi bolso en la mano. Nos había dado la privacidad como un buen guardaespaldas.

Mire más allá de él y vi a uno de los abogados saludándonos. Inquietos por cierto.

—Incluso si estuviera dispuesta, no creo que esperasen un rato mientras volvemos al coche para alimentar el *ardeur*.

Me dio una sonrisa real esta vez, con el humor suficiente para expulsar los espacios vacíos en sus ojos.

—Me temo que tienes razón.

—Entonces, acabemos con esto, y me podéis llevar de regreso al club.

—Donde espera tu *pomme de sang* —dijo.

—Sí. —Me preguntaba si iba a regresar a tiempo para ver cualquiera de los bailes de Nathaniel. De repente vi a Nathaniel delante de un espejo. Se estaba poniendo su delineador alrededor de los ojos color lavanda. Se detuvo en medio de ella y dijo—: ¿Anita? —preguntó como si no estuviera seguro.

Requiem me sostenía por los dos brazos ahora. Me habría caído de rodillas, si no me hubiera atrapado.

—Anita, ¿qué pasa?

—Pensé en mi *pomme de sang*, y pude verlo. Se está preparando para salir a escena. —Estaba mareada, y cuando Requiem me acunó contra su pecho, no me quejé—. He tenido comunicación mente a mente con Richard y Jean-Claude. Nunca he tenido esta comunicación.

Requiem me levantó en brazos, y otra vez deseaba haberme puesto una falda más larga. Dios sabía lo que estaba encendiendo en la tumba con él. Pero no podía soportarlo, el mundo estaba flotando.

—Jean-Claude es el amo de tu triunvirato con el Ulfric, pero tú eres la dueña de Nathaniel y Damian. Es tu poder el que hace este movimiento de asociación, y también utiliza la energía.

—¿Todo el mundo sabe lo que pasó entre nosotros tres?

—No, sólo nos lo dijo a Asher y a mí, entre sus vampiros. Tal vez su propio *pomme de sang*, Jason. Se le evita un poco.

Le fruncí el ceño, cuando el mundo dejó de girar.

—¿Por qué?

—Soy el tercero, después de Asher.

Noticias para mí, aunque de los vampiros que había conocido, no podía pensar en nadie que hubiera preferido para el trabajo. La noche era sólida otra vez.

—Creo que puedo caminar.

Parecía dudoso.

—Déjame intentarlo —dije.

Me bajó al suelo, pero mantuvo un brazo a mi alrededor como si esperara que me derrumbarse en cualquier minuto. Supongo que no podía culparlo, pero de todos modos me escuchaba. No me derrumbé. Genial. De hecho, me sentí muy bien, teniéndolo en cuenta. Me quedé con una mano en el brazo, por lo que parecía que me estaba escoltando en la última porción del camino. Solos él y yo, y tal vez Graham, sabían cómo me sentía.

Edwin Alonso Herman fue deleitando a su público con una historia de cómo había engañado a alguien para que renunciara a una pequeña fortuna. En estos tiempos modernos se habría considerado una estafa, pero no de vuelta a finales de 1800 o incluso 1900. Muchas de las leyes en los libros sobre el dinero y cómo se podía adquirir legalmente se derivan de los días del viejo barón ladrón cuando casi todo era juego limpio. La mayoría de las formas en que los millonarios por primera vez en este país ganaron su fortuna hoy sería ilegal. Pero Herman los hacía reír. Lo miraba positivamente y sus mejillas rosadas, y por mucho el centro de atención del grupo de abogados y descendientes. Todo el mundo estaba dispuesto a ser feliz, porque habían ganado, y el hombre que contaba la historia les había ayudado a ganar. Si alguien me hubiera ahorrado millones de dólares, me gustaría al igual que ellos, también, supongo.

Terminó su relato con risas, y rostros radiantes.

—Estoy lista para completar el contrato caballeros, y damas —dije.

Algunos de ellos tuvieron que darme la mano.

—Espléndido trabajo, Sra. Blake, espléndido trabajo.

—Wow, quiero decir Wow.

—Honestamente, no lo habría creído si no la hubiera visto hacerlo.

Al parecer, estaba incluida en los buenos sentimientos. La mayoría de la gente se pone un poco incómoda cuando es hora de poner al zombi de vuelta, sobre todo si parece lo suficientemente vivo.

Requiem detuvo los elogios.

—La Sra. Blake ha tenido una noche difícil, señores, si ustedes podrían permitir que terminara su trabajo, entonces podría descansar.

—Oh, lo lamento muchísimo... No lo sabía. Gracias... vale la pena cada centavo. —Y comenzaron a alejarse.

Edwin Alonso Herman me miró, y no fue una mirada amistosa.

—Entiendo que debo estar muerto y sólo su magia me ha dado la vida otra vez.

Me encogí de hombros y le pedí a Graham por favor que me pasara el machete y la sal de la bolsa.

—También me han dicho que los vampiros tienen derechos y son considerados ciudadanos. ¿No soy más que otro tipo de vampiro? Si fuera declarado con vida, sería un hombre muy, muy rico. Estaría dispuesto a compartir esa riqueza, señorita Blake.

Me agarré al brazo de Requiem y miré al zombi, demasiado segura de

mí misma.

—Sabe, señor Herman, usted es uno de los pocos viejos que he levantado que han aprovechado las posibilidades tan rápidamente. Debe haber sido algo especial en sus días.

—Gracias por el cumplido, y ¿me permite devolverle uno? Este debe ser un regalo único que tiene. Juntos podríamos convertirlo en un imperio.

Sonreí.

—Tengo un gerente de negocios, pero de todos modos gracias. —Solté a Requiem y descubrí que podía estar de pie sin caerme. Era bueno saberlo. En realidad me estaba sintiendo un poco mejor de pie en la tumba por el zombi, porque no importaba lo bueno que pareciera, eso era lo que era. Tomé el frasco de la sal de la mano de Graham.

—Señorita Blake, si no soy más que otro tipo de muerto viviente, entonces ¿es justo que me nieguen la misma posibilidad que a este vampiro se le ha dado?

—No eres un vampiro —dije.

—¿Y cuán grande puede ser la diferencia entre lo que soy, y lo que es él?

Hice algo que Marianne había tratado de enseñarme, y sólo había sido demasiado obstinada para probarlo antes. No estaba segura de que tuviera suficiente energía para caminar el círculo, así que me lo imaginé en mi mente, como un círculo brillante alrededor de la tumba, en torno al ángel de piedra, alrededor de todos nosotros. Se cerró con la misma potencia que cuando lo caminaba con el acero y la sangre. Bien, muy bien.

—¿Quieres una diferencia? Trata de alejarte de la tumba.

Me frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Sólo camine hasta la carretera, eso responderá a sus preguntas.

—No veo lo que va a demostrar.

—Va a demostrar la diferencia entre lo que es usted y lo que es él.

Herman me frunció el ceño, luego respiró hondo y se alejó con resolución de su tumba, hacia el camino. Vaciló y después frenó, luego se detuvo.

—Me parece que soy incapaz de avanzar. No sé por qué. Simplemente no parezco ser capaz de ir más lejos. —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo ir a dónde me dice?

—Requiem, camina fuera del círculo.

Me miró, y luego pasó por delante del hombre. Vaciló por un momento, y me preocupó que hubiera hecho un trabajo demasiado bueno en el círculo, pero sólo debía contener al zombi, y por fuera otras cosas. El vampiro no debería haber estado afectado por él. Requiem se impulsó, y el círculo lo quemó. Lo había reconocido como un tipo de los no-muerto, pero no uno ligado a esta tumba. Me di cuenta de que con un poco de ajuste podría ser capaz de arrojar un círculo que uniría a un vampiro a su tumba, o a su ataúd, o a una habitación. No podría mantenerse para siempre, pero sí por un tiempo. Lo mantendría guardado. Sería una especie de medida desesperada, pero había estado desesperada antes.

Herman empujaba contra el círculo, o más bien empujaba contra su propia falta de voluntad para cruzarlo. Requiem se deslizó de nuevo a través de él y salió de nuevo.

—Basta —dije—, creo que ha establecido su punto.

—¿Por qué no puedo cruzar de este punto, y él sí puede?

—Debido a que esta es su tumba, Sr. Herman, su cuerpo lo sabe, y usted lo sabe. Lo sujeta a ella, ahora que lo he hecho también. Ahora vuelva y permanezca sobre su tumba como un buen zombi.

—No soy un zombi.

—He dicho, de pie sobre la tumba.

Dio un paso hacia mí, antes de que lo detuviera, y luchó conmigo. Luchó con su cuerpo, como habría luchado para cruzar el círculo, ahora se esforzó por no venir a mí. Nunca había tenido a un zombi que pudiera pelear conmigo cuando le diera una orden directa, sobre todo uno que había probado mi sangre. Vi que el cuerpo estaba bien hecho, era una persona demasiada viva, luchaba por no acercarse.

Arrojé mi poder sobre la siguiente orden:

—Edwin Alonso Herman ven y descansa en tu tumba, ahora.

Caminó hacia mí, lentamente, sacudiéndose, como un robot mal hecho. Tenía que venir, pero todavía estaba luchando conmigo. No debería haber sido capaz de hacer eso. Incluso cuando se subió a la tumba, frente a nosotros, su cuerpo se sacudió y tuvo espasmos, porque todavía luchaba contra mi control.

Tenía el frasco de sal abierta. Se lo entregué a Requiem.

—Sólo tienes que sostenerlo.

Graham me entregó el machete, y de repente los ojos del zombi se desviaron.

—¿Qué vas a hacer con ese cuchillo tan grande? —parecía desconcertado, no tenía miedo, se le hizo más difícil las cosas desde aquí.

—No es para ti —dije. Me enrollé las mangas de la chaqueta de cuero por encima de las muñecas. Ahora, comencé a poner la punta del machete contra mi brazo, pero la mano de Requiem tomó la mano que sostenía el machete.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Necesito sangre para que lo ate a su tumba. Prefiero hacer una pequeña herida que reabrir mi muñeca izquierda.

Su mano se quedó alrededor de mi muñeca.

—No es necesario perder más sangre esta noche, Anita.

—Necesito la sangre para terminar esto —dije.

—¿Tiene que ser tuya? —preguntó.

—Normalmente, es la sangre de los animales, pero no voy a masacrar a un pollo sólo para devolver a un zombi. Las gallinas han sobrevivido hasta aquí. Si derramo un poco de sangre más, pueden hacerlo a través de la noche.

—¿Podría hacerlo mi sangre? —preguntó.

Le fruncí el ceño.

—En verdad no vas a dejarme hacer esto sin discutirlo, ¿verdad?

—No —dijo.

Suspiré, y relajé mi brazo un poco para quitarme los calambres musculares. Mantuvo su agarre en el brazo con el machete.

—He usado la sangre de vampiro por accidente, pero fue un poco más... impar. No necesito más cosas extrañas en esta noche, Requiem.

—¿Bueno que lo haga él no? —Señalo hacia Graham.

—¿Qué yo haga qué? —preguntó Graham.

—Tu sangre —dijo Requiem, como si fuera una solicitud de todos los días.

—¿Cuánta sangre? —preguntó Graham, como si no fuera la primera vez que se lo hubiera pedido.

—Sólo lo suficiente para tocar el rostro, salpicar o manchar.

—Está bien —dijo Graham—. Estoy de acuerdo en que no necesitas perder más sangre esta noche. Si la mía funciona, entonces está bien. ¿Dónde vas a hacer el corte?

—Bajo el brazo, pero por encima de la muñeca, hay menos riesgo de golpear algo que vaya a sangrar con demasiada libertad. También una

herida en la muñeca duele más, porque todo el movimiento es a través de ella.

Se despojó de su chaqueta y la tiró al suelo detrás de él.

Le miré a la cara, buscando alguna señal de que se sentía utilizado o abusado. No lo vi. Parecía que estaba, de acuerdo con esto.

—La mirada en tu cara —dijo—. En realidad, está bien. No es como si no donara sangre de forma regular.

—Tu cuello y los brazos están limpios —dije—, no hay marcas de mordiscos.

—Hay otros lugares de donde se puede donar, Anita, debes saber eso.

Me puse colorada, que tenía de malo, ya que no tienes suficiente sangre de sobra. Había otros lugares para donar y la mayoría de ellos eran íntimos.

—¿Eres el *pomme de sang* de alguien? —pregunté.

—No, todavía no.

—¿Qué significa todavía no?

—Eso significa que algunos de mis hermanos son reacios a comprometerse a un solo lobo, cuando de repente el Ulfric ha decidido compartir tal generosidad —dijo Requiem.

—Pediste ser voluntario —dije.

—Oh, estoy dispuesto —dijo Graham—. Simplemente no me gusta ir por ahí comentando el hecho. Además —dijo, y puso las palmas de las manos en las caderas—, es una salvaje, —se pasó las manos por los pantalones vaqueros—, montada, —hasta que sus manos tocaron ambos lados de la ingle—, cuando ellos se alimentan, —y sus manos formaron un marco de dedos y pulgares sobre el bulto en los pantalones—, baja espacio.

Mi mirada había seguido sus manos todo el camino, como si estuviera hipnotizada. Creo que estaba cansada. Parpadeé y traté de concentrarme en lo que teníamos que hacer. No me iba a sentir bien hasta que me alimentase, pero también no me alimentaría aquí de pie ni delante a nadie. Nathaniel estaba esperándome de nuevo en el club, y también Jean-Claude. Había gente que estaba dispuesta, ahora que podría decir que no al *ardeur* hasta que eligiera a alguien, no tenía que depender de la bondad de los extraños.

—Bien, extiende un brazo. Recomendando que no sea tu brazo dominante.

—Sostuve el machete en la mano. Había hecho pequeños cortes en los

brazos de otros reanimadores cuando compartíamos el poder para levantar a un zombi mayor o más viejo. Me atraganté con mi posición en el puño y le tendí la otra mano por su brazo. Él trató de darme la mano, y tuve que decir—: No, tomaré tu muñeca para ayudarnos a estabilizarnos a los dos.

—Como quieras —dijo, y me dejó que le agarrase la muñeca con la mano izquierda. Normalmente, esto era rápido, pero me temblaban las manos esta noche. No es bueno hacer un corte a las personas cuando tus manos tiemblan. Exhalé todo el aliento de mi cuerpo, como si fuera el objetivo el cañón de una pistola y apreté la punta contra su brazo. Tuve que tomar un respiro y no soltándolo despacio cuando exhalé. Era más lenta de lo que hubiera sido si me hubiera sentido más firme.

Estaba teniendo cuidado de no ir demasiado profundo en vez de no causar dolor.

Siseó.

—Mierda —en voz baja.

La sangre brotó, casi negra a la luz de las estrellas. No había mucha sangre, sólo un goteo a lo largo del borde del corte. La sangre comenzó a deslizarse fuera de la herida, y froté los dedos por ella. Me volví con mis dedos manchados con la sangre de Graham, hacia el zombi que seguía esperando en la tumba.

—No me toques con eso —dijo, y retrocedió lejos de mí.

—Quédate quieto, muy quieto —dije, y se quedó paralizado en su sitio, incapaz de moverse, o retroceder. Sólo sus ojos amplios y abiertos se mostraron asustados.

Tenía que ponerme de puntillas para tocar su cara, y Requiem sostuvo mi brazo, cuando me tambaleé.

—Con la sangre te ato a tu tumba —dije. Los ojos de Herman se percibían un poco menos asustados.

Levanté el machete, e hizo pequeños sonidos de protesta, porque le había dicho que no se moviera y no podía gritar. Le golpeé con la parte plana del machete.

—Con el acero te ato a la tumba.

Hablé con Requiem.

—Ahora la sal.

Se volvió y consiguió el envase abierto que había dejado al pie de la tumba. Lo extendió hacia mí. Tomé un puñado de sal, y usé la mano equivocada y conseguí manchar de sangre los cristales blancos. Toda la sal

tendría que ser objeto de purificación. Maldita sea.

Me volví hacia el zombi asustado y le eché la sal.

—Con la sal te ato a tu tumba. —Esperé lo que debería suceder a continuación, y oré para que esta parte, al menos, fuera como normalmente era.

El miedo y la personalidad feroz en los ojos claros comenzó a desvanecerse, a gotear en la de distancia, hasta que se puso de pie con los ojos abiertos, pero vacíos. Sus ojos eran los ojos de los muertos.

El alivio me atravesó, porque si sus ojos no hubieran muerto, entonces habríamos tenido más problemas en nuestras manos de los que quería para esta noche. Pero no era más que un zombi, uno realmente bueno, zombi bien hecho, pero un zombi al fin. Sí, me había enfrentado, pero no era más que muerto hecho de barro, como todos los demás.

—Con la sangre, el acero, y la sal lo ato a tu tumba, Edwin Alonso Herman, ve a descansar y no vuelvas a pasear nunca más.

Se recostó en el suelo como si fuera una cama, y luego simplemente se hundió en él. Nos alejamos de la tumba, para que no nos cogiera, la tierra cambió asentándose alrededor de él, sin que tuviéramos que hacerlo nosotros. Cuando todo terminó, el suelo estaba sin ninguna perturbación. Estaba como cuando nos acercamos la primera vez, como una vieja tumba en un viejo cementerio.

—Wow —dijo Graham en el silencio—. Wow.

—Wow, efectivamente —dijo Requiem—. Eres muy buena en esto.

—Gracias. Hay toallitas de aloe de bebé en el Jeep para la limpieza. Un botiquín de primeros auxilios para Graham, y luego me lleváis al club.

—Como ordene mi señora, así será hecho.

Miré al vampiro alto y fruncí el ceño.

—Va a llegar un tiempo entre nosotros cuando vaya a pedirte que hagas algo y no digas eso.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? —preguntó, y me ofreció su brazo para la caminata de vuelta al Jeep. Graham ya había metido en la bolsa todo, salvo el machete, que lo estaba limpiando con un trapo, estaba poniendo aceite con un paño que había comprado para la ocasión. Los dos trapos estaban en la misma bolsa, hasta que uno tuviera sangre. Luego se iba a la basura. Organización es la clave.

—Porque, finalmente, todo el mundo dice que no.

—Eres terriblemente joven para ser tan cínica —dijo.

—Es un regalo —dije, y metí el machete en su vaina, que iba en la parte superior de la bolsa que Graham había sostenido. Era muy eficiente para ser un hombre lobo.

—No —dijo Requiem—, no lo es. Es algo aprendido a través de la dura experiencia.

Hablando de la dura experiencia, tenía que comprobar algo. Me arrodillé sobre la tumba ahora prístina. Puse una mano sobre el duro suelo.

—¿Qué estás haciendo, Anita? —preguntó Requiem.

—Este zombi ha luchado más que la mayoría. Parecía más... real. Estoy comprobando para asegurarme que está de vuelta a los huesos y trapos.

—¿Por qué, qué ocurre si no lo está? —preguntó Graham.

Cerré los ojos y abrí un poco esa mano metafísica que había tenido que apretar de nuevo en un puño.

—Entonces el zombi quedaría atrapado ahí abajo, pensando, consciente, pero en prisión. Sin pudrirse. Sin poder morir. —Empujé mi poder en ese suelo frío. Todo estaba tranquilo ahí, tranquilo de nuevo. Los huesos y los trapos eran todo lo que había debajo. Bien.

—¿Podrías realmente atrapar a alguien así? —preguntó Graham.

—No lo sé a ciencia cierta, pero no quiero correr el riesgo. No me gustaría dejar a nadie allí así. —Limpiando mis manos.

—¿Está bien? —pregunto Graham.

—Sí, sólo los huesos.

—Los vampiros no mueren cuando son enterrados, ¿verdad? —dijo Requiem—. Ha habido accidentes con los nuevos vampiros, fueron enterrados demasiado profundo, o los que fueron nombrados para recuperarlos fracasaron.

Graham se estremeció.

—Eso es simplemente espeluznante.

Me paré y me quedé así. Requiem me cogió, y me tranquilizó.

—¿Es enterrar cosas vivas lo que dicen de los vampiros malos?

Me miró, y de repente vi siglos de dolor en los ojos.

—También he aprendido de la dura experiencia.

—Igual que yo al llegar al Placeres Prohibidos, y vamos a tratar de evitar añadirlo a la lista de esta dura noche.

—Ya que lo manda mi señora —dijo sonriendo, y ofreciendo el brazo. Le tomé del brazo y caminé hasta el Jeep, porque no estaba segura de que

pudiera haber caminado tan lejos sin caerme. No me sentía lo suficientemente bien como para marcar a Nathaniel en público. Me sentía débil y enferma, y no quería ser parte del espectáculo, pero también lo necesitaba para alimentarme, estarían peludos después del espectáculo. Opciones, opciones, opciones malditas demasiadas opciones y no lo suficientes.



Estaba helada en el momento en el que llegamos al Jeep. Graham tenía que conducir, y yo no debía viajar sin el cinturón de seguridad, por lo que elaboramos un acuerdo. Yo iba en el asiento trasero con la manta, y Requiem hacía todo lo posible para abrazarme mientras estaba atada al asiento. Lo cual era mucho más difícil de lo que sonaba. Empezó con su brazo alrededor de mi hombro, su cuerpo pegado tan cerca de mi lado como podía. La manta extendida sobre nosotros. Estaba cálido, cálido con la sangre que había tomado de mí, pero el suyo no era el calor de los hombres lobo, y estar sentados uno al lado del otro no era tan cálido como sentarse en el regazo de alguien. En el momento en que salimos del cementerio estaba temblando. Una milla más o menos hacia Gravois y mi cuerpo empezó a sufrir espasmos involuntarios. Requiem me apretó la mano bajo la manta.

—Tu mano está fría al tacto.

—Sí —dije.

Me envolvió con sus brazos más tensamente, y la manta se deslizó. La agarró, tratando de volver a cubrírnos con ella a los dos.

—Déjame quitarte el cinturón. Déjame sujetarte como lo hizo Graham.

—Si... —y tuve que luchar contra el castañeteo de los dientes—... tenemos un accidente, moriría.

—Es cierto que no eres un vampiro y podrías no sobrevivir a un accidente de coche, pero también es cierto que un vampiro que pasa demasiado tiempo sin alimentarse, no puede morir. Pueden marchitarse, como una uva en la vid, pero vuelven a florecer plenos, maduros, a la vida con el primer sorbo de sangre. Me asusta que tú no.

Mis dientes se pusieron a castañetear como si estuviera sentada en la nieve en lugar de en un coche con la calefacción a tope y con un hombre cálido que me envolvía. Estaba tan fría que mis músculos empezaban a doler.

—Déjame al menos cubrir más parte de tu cuerpo con el mío. Sé que crees que la postura carece de cierta dignidad, pero permíteme esa libertad, te lo ruego.

Hubiera dicho que no, pero mis dientes temblaban con tanta fuerza que tenía miedo de que alguno de ellos se partiera. Tomó el silencio por un sí, y se deslizó al suelo. Hurgó debajo de la manta y puso su cabeza contra mi estómago, rodeándome con sus brazos. Luché para decirle, muévete, pero los movimientos musculares involuntarios se calmaron y mis dientes dejaron de sonar como castañuelas. Él tenía razón, cuanto más de su cuerpo contra el mío, más cálida estaba. No mucho, pero tal vez lo suficiente. Aún tenía frío, tanto frío como si tuviera el culo profundamente enterrado en la nieve y más nieve estuviera cayendo a mí alrededor. Creía que morir de frío era una manera más fácil de morir. Que simplemente te quedabas dormido. Esto no era fácil, y no sentía el más mínimo sueño. Un poco de miedo, pero no sueño. Quería estar caliente. Quería calor. Necesitaba algo más cálido. La voz de Requiem provenía de debajo de la manta, la parte superior de su cuerpo completamente oculta bajo los pliegues grises.

—El temblor se ha ralentizado.

—Ya me di cuenta —dije, y fue agradable ser capaz de hablar por mí misma, sin correr el riesgo de sufrir una lesión en la lengua.

Acurrucó su rostro contra mí, un gesto extrañamente felino. Ya había tenido suficientes seres leopardo frotándose sobre mí para saber de lo que

estaba hablando.

—Haría cualquier cosa que mi señora me pidiera.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, y me sentí lo suficientemente mejor como para sonar desconfiada.

Se rió y apretó su cuerpo contra mis piernas con tanta fuerza que mis rodillas se apartaron un poco. Su cuerpo estaba cubriendo mis piernas, pero ese pequeño movimiento era como el principio de algo. Es difícil para la mayoría de los hombres mantener sus pensamientos por encima de la cintura cuando están tocando por debajo de ella, no importa cuán inocentemente. Él era un vampiro, pero seguía siendo un hombre. Supongo que no podía culparlo por pensar en ello, siempre y cuando el pensamiento fuera todo lo que hiciera.

—Me siento mejor de lo que estaba. No creo que necesitemos medidas heroicas.

—El tono de tu voz, la rigidez de tu cuerpo —dijo desde debajo de la manta—, esa desaprobación, suena como si creyeses que voy a tratar de violarte.

—Digamos que no soy del tipo de persona confiada. —Aunque se sentía un poco tonto hablar con un bulto debajo de una manta, cuando el bulto estaba envuelto alrededor de mi cuerpo. Carecía de una cierta dignidad.

Apoyó la cabeza contra mi costado, porque era demasiado alto para apoyar su cabeza en mi regazo con una gran parte de él cubriendo mis piernas. Sus manos estaban envueltas en la parte trasera de mi cuerpo, deslizándose entre el asiento y yo. Era demasiado íntimo para mi gusto, y no mucho tiempo atrás, cuando el *ardeur* estaba hambriento esta cantidad de cercanía personal lo hubiera alzado, pero no había nada. Nada más que el calor y su movimiento, y la incomodidad de tener a alguien que era casi un extraño tan cerca de mí. Pero podía pensar. Me sentía como una mierda, pero su cercanía no atrajo el *ardeur*. Me había alimentado de él un poco antes esa misma noche, pero incluso ese pensamiento no trajo nada a través del frío. Si me hubiera sentido mejor, habría sido feliz. El *ardeur* no sería mi amo ya. No podría obligarme a hacer cosas increíblemente vergonzosas nunca más. Sí, tal vez tendría que alimentarlo, pero podría ser en mis propios términos. O cerca de mis propios términos.

Me senté allí con un hombre hermoso enroscado alrededor de mi cuerpo, y sonreí. Incluso helada y dolorida por el vacío, aún estaba feliz.

Dispuesta todavía a negociar ese calor abrumador por esta espera fría. Porque era una espera que podía sentir ahora. El *ardeur* no se había ido. Era como un fuego que se había quemado quedando reducido a cenizas frías, pero aún había vida en el corazón de la madera moribunda. Sólo necesitaba un buen empuje y ser removido, y volvería a haber llamas, oh, sí.

Sólo de pensarlo profundamente hizo que se ondulara hacia la vida, una pequeña llamarada. Lo aplasté. Lo presioné hacia abajo. Todavía no, todavía no.

Requiem elevó la cabeza contra mi cuerpo, por lo que la parte superior de su cabeza rozó mis pechos, pero a través de la chaqueta de cuero no fue mucho más que un toque. La chaqueta era lo suficientemente voluminosa para haber sido algo accidental por su parte, aunque lo dudaba. Si Requiem era algo parecido a Jean-Claude y a Asher, entonces era muy consciente de dónde estaba su cuerpo y de lo que estaba haciendo. Pero lo dejé pasar. No me sentía tan ordinaria como para darle al *ardeur* una cita más. ¡Sí! Sentí a Damian. Me gustaría decir que lo escuché o lo vi, pero eso no sería verdad. Lo sentía. Estaba sentado contra una pared, y tenía frío, mucho frío. Más frío de lo que he sentido nunca. Lo llamé:

—Damian, Damian ¿qué va mal?

No escuché la respuesta, pero sentí su cuerpo, sentí el dolor frío en el centro del mismo. ¿Por qué? ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué iba mal?

—Damian, ¿qué va mal?

—¿Has dicho Damian? —preguntó Requiem.

—Sí, está herido. Está tan frío, demasiado frío, que se desplomó contra una pared. Hay gente cerca de él pero no puedo ver quién. Está tan frío, demasiado frío.

Requiem se arrodilló empujando su cabeza fuera de la manta y me miró a los ojos.

—Eres su amo ahora, Anita, le haces vivir. Tu energía le hace vivir.

—Oh, mierda.

—Sí, puedes negarte a la llamada del *ardeur*, pero estás fría al tacto, y es tu calor lo que da calor a Damian, de una manera que va mucho más allá que compartir la sangre.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el asiento.

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Vas a permitir que muera por causa de la vergüenza?

Abrí los ojos.

—Esa pregunta tendría mucho más mérito si no fueras el que está arrodillado sobre mis piernas.

Puso la cabeza hacia un lado, y una mirada de curiosidad se apoderó de su rostro. Parecía como si fuera a decir algo, pero negó con la cabeza como si lo hubiera pensado mejor, y estaba casi segura de que lo que salió por su boca no era lo que había pensado en primer lugar.

—¿Eres capaz de alimentar el *ardeur* sin sexo o donación de sangre?

—Sí —dije.

—Entonces, permíteme que me ofrezca como un aperitivo sustitutorio hasta llegar al club y a tu *pomme de sang*.

—Define aperitivo —dije.

Damian gritó a través de mi cabeza, y tuve una visión confusa a través de sus ojos de una mujer rubia inclinada sobre él. Era Elinore, una de los nuevos vampiros. Ella estaba hablando, pero él no podía oírla, sólo mirar los bordes pintados de su boca moverse, sin ruido. Agarré la parte delantera de la camisa de Requiem.

—No hay tiempo. Damian necesita... necesita ser calentado.

—Entonces, permíteme compartir mi calor contigo. —Requiem lo susurró mientras inclinaba su rostro hacia el mío. Tal como había sucedido tantas veces, esta noche no tenía que explicar, o dar instrucciones detalladas. Sólo captó lo que era necesario, y actuó. Sus labios tocaron los míos y el beso fue suave, y no se tomó ninguna libertad, la lengua se mantuvo adecuadamente en su propia boca. Por supuesto, eso no hizo nada para elevar el *ardeur*. Se echó hacia atrás y buscó mi cara con su mirada.

—Sigues estando fría en todos los sentidos.

Asentí con la cabeza, y derrumbé esa larga línea metafísica, Damian gritó para pedir ayuda. Se estaba muriendo, no como un ser humano muere, pero sí como cuando ves una llama desvanecerse por falta de oxígeno. Era como si una invisible chispa se apagara en su interior. Yo era su chispa, y no sabía cómo solucionar este problema.

Miré al hombre que estaba frente a mí. Era bastante guapo, pero sin el calor del *ardeur*, seguía siendo un extraño, y no sentía lujuria por los extraños. Tenía que ser seducida no por el color de los ojos de alguien, o la impecabilidad de su rostro, sino por una sonrisa de alguien que se había convertido en un ser querido para mí, por una conversación tan familiar que se convertía en música para mí. La familiaridad nunca me parecía

despreciable, me hacía sentir segura, y hasta que no me sentía segura, no sentía lujuria por las personas, al menos no en la parte delantera de mi cabeza, y era la parte frontal de la cabeza lo que necesitaba. Había encontrado por fin la cerradura de mi subconsciente, lo que significaba que tenía que traer al *ardeur* a propósito, no sólo salir de su camino, o dejar de combatirlo, sino que realmente tenía que convencerlo para revivir. De nuevo, no había pensado lo que significaría controlar el poder a este nivel. Parecía que mi vida pasaba sin entender el lío que estaba haciendo hasta que era demasiado tarde.

Agarré a Requiem por los brazos, clavé los dedos en su carne.

—Damian se está muriendo, y no sé cómo salvarlo.

—Simplemente levanta el *ardeur* y aliméntalo.

—No sé cómo hacerlo sin que el *ardeur* me esté empujando a mí.

Mierda.

—¿Quieres decir que no sabes cómo sentir lujuria por mí?

—No es nada personal, pero no te conozco.

—No es nada vergonzoso el no ser una criatura de deseos casuales —dijo.

—Damian se está muriendo —susurré, porque pude sentirlo. Podía sentirlo empezar a alejarse de mí. Estaba tratando de no arrastrarme a la tumba con él, así que levantó un blindaje lo mejor que pudo.

—Puedo aumentar la lujuria en ti, Anita, no es el *ardeur*, pero es uno de mis dones.

Si hubiéramos tenido tiempo le hubiera preguntado cuál era la diferencia, pero el tiempo se estaba agotando.

—Hazlo, ayúdame a alimentarlo. No me dejes matar a Damian, no así.

—Baja tus defensas, o seré incapaz de cautivarte. —Ahuecó un lado de mi cara en su mano caliente.

Sentía a Damian como un viento frío en mi cabeza. Dejé caer mis escudos, y sucedieron dos cosas a la vez. El poder de Requiem se estrelló contra mí. Era como si ese poder hubiera estado presionándome toda la noche, y simplemente no lo había sentido. No podría haber traspasado mis escudos, tenía razón, pero sin ellos... sin ellos, de repente estaba húmeda, empapando todo a través de las bragas. Me dejó sin aliento, impotente, mirándole, mi cuerpo ya húmedo y listo para él. No era lujuria, eran como horas de muy buenos juegos preliminares empaquetados en segundos. La segunda cosa que ocurrió fue que mi pequeño poder especial desapareció,

¡wow! Era como si su poder complementase el *ardeur*, como si se tratara de una llave en una cerradura, o tal vez todos los de la línea de Belle fueran así, de forma que podrían traerse uno al otro.

Cualquiera que fuese la razón, cualquiera que fuese la causa, el *ardeur* rugió de nuevo a la vida. Lo sentí romper del mismo modo en que su poder me había golpeado. Sus ojos se ahogaron en una brillante llama azul, como luces brillantes de gas en su cráneo. Nuestras bocas se encontraron, y este beso no fue suave. Este beso fue como la alimentación. Como si estuviéramos tratando de succionar el alma del otro a través de nuestros labios. La idea trajo el recuerdo de lo que Dragón me había mostrado, había tratado de conseguir que lo hiciera, pero estaba lejos y se fue. No eran almas lo que buscábamos. Me alimenté de él y lo empujé hacia abajo, hacia la línea fría de Damian. Lo oí en mi cabeza:

—Anita, —pero todavía tenía frío, aún yacía en los brazos de alguien. El Jeep se deslizó en una curva y se detuvo. Graham gritó desde el asiento delantero.

—¿Qué coño estáis haciendo vosotros dos ahí atrás? Mi piel está llena de eso.

Mi mano estaba en el cinturón de seguridad un segundo antes que la de Requiem. El cinturón de seguridad se desabrochó, y fui derramada en el asiento con él sobre mí. De repente me estaba pulverizando contra el asiento, y en un momento era muy consciente de que la parte delantera de los pantalones de cuero estaba fuertemente atada con cordones. Esos cordones empezaron a frotarse contra mí. Rompí el lado del tanga y me apreté desnuda contra la parte delantera de sus pantalones de cuero.

Vaciló, como si temiera poder hacerme daño, pero tiraba de él, haciéndole derrumbarse encima de mí. Me miró bajando la vista con unos ojos como llamas ahogadas, y lo que fuera que vio en mi cara pareció decidirle, porque deslizó las manos sobre mis caderas desnudas, ahuecando mi culo, y levantó el ángulo para colocarme contra la parte delantera de sus pantalones, de forma que las costuras del cuero frotaban directamente sobre el más delicado de los lugares. La sensación hizo que arqueara la columna, lanzando mi cabeza hacia atrás. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, me apretó con más fuerza a su parte delantera, cavando esa rugosidad extrañamente suave en mi contra.

Esa chispa distante se volvía más brillante. Empujé la energía hacia Damian, empuje la sensación, el calor, y supe que estaba despierto. Sabía

que él miraba el mundo a través de ojos que habían nadado en llamas verdes. Su voz sonó suave en mi cabeza.

—Anita, ¿qué estás haciendo?

—Alimentarme.

Requiem hizo algo con sus caderas que me trajo de vuelta a mi cabeza, a mi piel. Sabía que estaba todavía dando energía a Damian, pequeños trozos de placer, pero estaba de regreso contemplando a Requiem. Sus manos, sus brazos estaban alrededor de mi cintura, la ingle pulsando en mí, el trenzado de cuero frotando arriba y abajo la parte frontal de mi cuerpo. Giró las caderas y se frotó de un lado a otro entre mis piernas. Podía sentirle duro y grueso detrás del cuero.

Dejé que mi cabeza cayera, para que la parte superior de mi cuerpo se tendiera hacia atrás, arrastrando el pelo a lo largo del asiento, y estaba mirando hacia abajo cuando se abrió la puerta. Graham se me quedó mirando. Cayó de rodillas, como si quisiera darme un beso, pero Requiem me recogió, me movió fuera de su alcance. Puso una mano debajo de mis hombros y tiró, por lo que mi espalda quedó presionada contra la parte posterior del asiento. Estaba atrapada de pronto entre su cuerpo y el asiento de una manera en la que nunca había estado antes. El empuje de su cuerpo fue más firme, más duro, más áspero. Era como si me hubiera ensanchado más con el empuje de su cuerpo, despegando capas de mis lugares más íntimos, hasta que el trenzado de cuero frotó directamente sobre esos puntos, ese punto. Era como si supiera exactamente lo que había hecho, porque me miró con aquellos ojos ardientes, y dijo:

—¿Te duele?

—No, todavía no. —Puse mis manos sobre sus hombros, y le hubiera atraído para un beso, pero se echó atrás, y se acarició a sí mismo contra mí, tan duro, demasiado duro, tan suave. El cuero estaba mojado de mi cuerpo, de lo mojada que me había hecho sentir. Si hubiera estado un poco menos húmeda, me habría hecho daño, pero no me dolía. Empezó a mover sus caderas, frotando su entrepierna contra la mía, comenzando a restregarse sobre mí, no sólo adelante y atrás, sino todo alrededor, rodando sobre mí, una y otra vez. Esa chispa brillante de placer comenzó a construirse dentro de mí. Todo se sentía bien, pero estaba en el apogeo de su movimiento, mientras su ingle se mecía sobre ese pequeño punto, la chispa creció. Creció como si estuviera alimentando una llama pequeña. Cada golpe, cada roce del cuero empapado de la humedad de mi cuerpo, cada vez que me

tocaba allí, la chispa se encendía más y más brillante. Era como si el fuego tomara cuerpo, y la luz brillante se volvió pesada dentro de mi cuerpo, hasta que pude sentir el roce del calor cada vez que se movía sobre mí. Hasta que fue como si la parte baja de mi cuerpo se convirtiera en calor y en peso, nada excepto el placer creciente y, finalmente, bajo la altura de uno de esos rudos golpes, todo el calor y el peso se derramaron sobre mí, a través de mí, lavando como calor por todo el cuerpo. Los gritos se derramaban en mi boca, bailando en mis manos, tanto que le desgarré la camisa hasta que encontré la piel en la que clavar mis uñas.

Fue entonces cuando él mismo se impulsó contra mí con tanta fuerza que fue casi doloroso. Con tanta fuerza que sentí su cuerpo convulsionar contra mí a través del cuero de sus pantalones. Tenía las manos en la parte posterior del asiento, manteniéndonos en nuestro lugar, pero su cuello estaba inclinado, los ojos cerrados, y su cuerpo inmovilizándose contra el asiento como si pudiera presionar a través del cuero y se encontrara dentro de mí. Su cuerpo se convulsionó por segunda vez, y me aplastó contra el asiento, y el grito que le di fue en parte placer y en parte dolor. Sólo entonces sentí el *ardeur* realmente alimentado. Había ido consiguiendo pequeños bocados, pero no lo que necesitaba, no lo que yo necesitaba. Requiem se había estado controlando con una voluntad de hierro, y ese hierro me había mantenido fuera de algo que necesitaba. Sólo con su liberación tenía todos sus muros derrumbados, y el *ardeur* había rugido en dicha ruptura, y se había alimentado.

Su cuerpo se derrumbó sobre el asiento, descansando sobre sus piernas, aún de rodillas, todavía con mis piernas envueltas a su alrededor, pero ya no empujaba contra el asiento. Sus hombros cayeron, y apretó la cara contra la parte superior de mi cabeza, una mano en el respaldo del asiento, y la otra alrededor de mi cintura. Podía oír su corazón acelerado, sentir su pulso contra el costado de mi cara, donde su cuello yacía, cálido y apretado sobre mí. Si hubiera tomado su sangre le habría dejado más frío, pero el *ardeur* no era sangre, y no le importaba compartir su calor con los que le alimentaban bien.

Sentí a Damian como un viento caliente dentro de mi cabeza. Me lanzó un beso.

—Gracias, Anita, gracias.

Entonces se apartó, y había alguien tocándole el brazo, tomándole la mano. Dejé que le llevaran a la pista de baile, y estuve sola dentro de mi

cabeza con Requiem todavía sosteniéndome.

—Oh, Dios, —era Graham, todavía de rodillas en la puerta del Jeep.

—¿Por qué no compartes, Requiem? ¿Por qué no compartes?

Requiem volvió la cabeza, lentamente, como si hasta ese movimiento le supusiera un esfuerzo.

—Ella no es mía para compartirla.

Graham apoyó la cabeza sobre sus brazos en el asiento, casi como si fuera a llorar.

Hablé mirando el pecho de Requiem, donde la hermosa camisa verde había sido arrancada, y había un destello de color escarlata provocado por mis uñas. La manga de su brazo derecho había sido arrancada también, y había más marcas allí. Dije lo único en lo que podía pensar.

—¿Te duele?

Eso le hizo reír y, a continuación hizo una mueca de dolor, como si la risa le hiciese daño.

—Creo, mi señora, que soy yo quién debería preguntar eso.

Me alivió del peso de su cuerpo, apartándose al suelo, de modo que yo estaba sentada en el asiento, y él estaba de rodillas delante de mí. Era casi exactamente cómo empezó. Se movió hacia abajo, hasta que estuvo sentado en el suelo, con la espalda contra la puerta opuesta en donde Graham estaba todavía de rodillas.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

—Todavía no —dije, pero tal y como lo estaba diciendo, las endorfinas comenzaron a desvanecerse, y comenzó el dolor en primer lugar. De repente fue más difícil encontrar un lugar cómodo para sentarse en los asientos.

—Te he hecho daño —dijo—, y soy un burdo torpe.

Estaba aliviada hasta que apoyé más peso sobre una cadera.

—No seas tonto, no te conozco lo suficientemente bien como para responder, pero torpe, sé que eso es una mentira. Puedes ser un montón de cosas, pero torpe no es una de ellas.

—Me haces cumplidos, incluso mientras puedo ver tu malestar.

—¿Por qué no terminaste de quitarte los pantalones y te la follaste? —preguntó Graham. Su cara mostraba más dolor que cualquiera de las nuestras.

—La convencí para bajar sus escudos y lo hizo. Ella confiaba en mí, pero no entendía lo que mi poder puede hacer.

—Tú me dijiste que era lujuria —dije, y mi voz sonaba aún más perezosa de lo normal, casi dormida.

—Sí, pero no es la seducción que Jean-Claude y Asher pueden hacer. Es simplemente lujuria.

—Fue como horas de juegos preliminares muy buenos todos a la vez. Fue una sensación maravillosa.

—Pero es puramente fisiológico, algo puramente del cuerpo. Mi don no toca la mente, sólo la carne.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Graham.

—Si el cuerpo de una mujer reacciona ante mi poder, pero su mente no lo hace, lo veo como algo parecido a una violación, y nunca he estado interesado en esas cosas. —Suspiró—. Anita no quería tener relaciones conmigo, ella lo dejó claro. Me ofreció sangre una vez esta noche, pero necesitaba mantener el resto para sí misma. Tenía la esperanza de ser capaz de detener esto cuanto antes, pero seguía exigiendo más. El *ardeur* no se tranquilizó como yo esperaba.

—Pude sentirlo —dijo Graham—, fue increíble, al igual que lo que me hiciste antes, pero mejor. Se sentía como si simplemente con tocarte, habría sido más.

Requiem dijo:

—Más, sí, hubiera sido más.

—¿Qué puede ser más que un orgasmo?

Me miró, le miré, y ninguno de los dos miró a Graham.

—Ya lo sabía —dijo Graham—. Jodidamente lo sabía.

—Obedecí los deseos de Anita. No tuvimos relaciones sexuales, salvamos a su siervo vampiro, y el *ardeur* ha sido alimentado.

Lo miré mientras se sentaba en el suelo. Todavía se veía elegante, pero un poco disipado, como un rastrillo elegante. Si se hubiera desabrochado los pantalones de cuero y me hubiera penetrado, no le habría dicho que no, porque la verdad, pensaba que era lo que podría salvar a Damian. O tal vez simplemente era demasiado americana, y sólo la penetración significaba sexo para mí. Tal vez. Pero fuera cual fuera el motivo, Requiem se había comportado en circunstancias donde la mayoría de los hombres no lo habría hecho. Él tenía un montón de puntos brownie por eso. Si hubiera tenido una estrella de oro, lo habría condecorado. Hice algo lo mejor que pude. Le di un beso en la mejilla y le dije:

—Gracias.



Graham aparcó en doble fila frente a *Placeres Prohibidos* y dijo que había aparcado el coche para mí. Dejé que lo hiciera, ya que justo dijo como me sentía. Estaba mejor, pero había empujado mucho en la última alimentación de Damian, y al parecer, no había guardado lo bastante para mí misma. La curva de aprendizaje de la nueva versión del *ardeur* iba a tomar algún tiempo para acostumbrarse.

Requiem me ofreció la mano para ayudarme a salir del Jeep, y la tomé. Estaba rígida y más que un poco dolorida, y desde que me había ayudado a estar de esta manera, parecía justo que me ayudara a salir del Jeep. Además, no podía moverme en el Jeep de manera normal. No tenía ropa interior, y una de mis grandes metas en la vida era no mostrárselo a nadie esta noche por accidente.

Clay, el nuevo hombre lobo rubio, estaba en la puerta. Un trío de mujeres estaban conversando con él. Un hombre con abrigo y sombrero

pasó a su espalda y entró en el club. Clay no pareció darse cuenta. Estaba demasiado ocupado mirando el pecho de la pelirroja.

Él nos advirtió a tiempo para meter de pronto a las mujeres en el club, antes de llegar allí. Se puso de pie, una mano en la muñeca opuesta, como si hubiera estado haciéndolo toda la noche. Pero todo en él gritaba que era un niño atrapado con las manos en la masa.

Requiem había tenido un pequeño problema con los pasos que llevaban hasta la puerta, también, que me hizo saber que vampiro o no, podría tener su propios puntos. Cuando estábamos en la parte superior, aún con Clay, me detuve el tiempo suficiente para decir:

—Mejor que todas estas mujeres sean mayores de edad, Clay.

Me miró sorprendido, ya sea por haberlo pensado o porque lo hubiera visto.

—Tienen más de veintiuno.

—¿Viste sus ID?

Se quedó perplejo.

—Bueno, María dice que su amiga ha dejado su ID en casa. Conozco a María.

Negué con la cabeza.

—Será mejor que espere a que alguien coja a tu amiga dentro. —Dejé que Requiem me llevara pasando al perplejo hombre lobo.

Eran la 1:00 de la mañana, pero cuando Requiem abrió la puerta, el sonido de muchas personas en un espacio pequeño, pasando un buen rato, se derramó a nuestro alrededor. Hacía calor en el interior de las puertas, y no era causado por el sistema de calefacción, era por muchos cuerpos en un espacio pequeño. No pude ver si Nathaniel estaba en el escenario, porque mi vista estaba bloqueada por una camiseta negra de seguridad.

Buzz estaba hablando con las tres mujeres.

—Si no tenéis identificación, No entráis.

—Pero Clay nos dijo que todo estaría bien —dijo la pelirroja, y supuse que era María.

—María —dijo Buzz—. Conoces las reglas. Sin excepciones, ni siquiera para los habituales.

El hombre que había llegado tan sólo por delante de nosotros se enfrentaba a dos de los guardias de seguridad más grande que había visto. Uno de ellos era rubio como Clay, y el otro era muy, muy moreno, moreno como un afroamericano. Ambos tenían más de seis pies de altura, con una

extensión de hombro que era casi tan ancha como yo de alta. Hicieron a Buzz parecer pequeño, y me preguntaba dónde habían estado, cuando Primo golpeaba el culo de todos.

El moreno dijo:

—No te está permitido estar aquí.

—Tengo derecho a ver a mi propio hijo —dijo el hombre.

—Ya te lo dije, Marlowe no va a bailar esta noche. Llamó diciendo que estaba enfermo.

Marlowe era el nombre artístico de Gregory, y sólo tenía una unidad biológica que se llamara a sí mismo su padre. El hombre que había abusado sexualmente de ellos cuando eran niños, ejerció de proxeneta para otros pedófilos, e incluso los puso en películas. Sabía que estaba en la ciudad, pero no teníamos una orden de restricción contra él. Muy bien, Gregory y Stephen sí.

Le acaricié la mano a Requiem y le dije:

—Disculpame un minuto. —Fui a los grandes guardias de seguridad. Buzz me vio en movimiento, y dio a las tres mujeres a alguien más para sacarlas fuera. Me siguió. Uno pensaría que no confiaba en mí para no crear problemas.

—Disculpe —dije—, ¿eres Anthony Dietrich?

Se giró, después tuvo que mirar hacia abajo, como si hubiera esperado que fuera más alta.

—¿Quién lo pregunta?

Lo más espeluznante fue lo que tenía en los ojos. Esos envejecidos ojos azules de hermosa mirada en un rostro arrugado y envejecido. Estaba muy cerca de los seis pies de alto, y la cara era plana y dura, no la delicada estructura ósea de los niños. Sólo los ojos miraban fijamente fuera la cara de un desconocido.

Los ojos me sacudieron, de modo que me quedé mirándolo por un segundo, y fue Buzz quien dijo:

—Los muchachos tienen una orden de alejamiento en su contra. No se puede entrar en este club sin violarla. Charon, Cerebus, saquen su culo de aquí. No le hagáis daño, pero sacarlo. —Los dos grandes hombres tomaron cada uno un brazo, le levantaron y se lo llevaron, sin que sus pies tocaran el suelo, por la puerta.

Me volví a Buzz.

—¿Trata de entrar aquí a menudo?

—Un par de veces, cada vez que Harlow o Marlowe están en el programa.

Negué con la cabeza.

—Eso es justo tan... injusto.

Buzz asintió con la cabeza, luego respiró hondo y sacudió sus hombros, como un pájaro que asienta sus plumas.

—Voy a tener que hablar con Clay.

—Habla tú con él, luego, envíamelo, porque quiero hablar con él, también.

Me miró.

—Está bien, pero Brandon guarda una silla junto al espectáculo para ti, y creo que estará muy decepcionado si no puedes por lo menos coger el final de su acto.

Me tomó un segundo recordar que Brandon era el nombre artístico de Nathaniel.

—Oh, sí, lo siento, me distraje.

—El hecho de que ese pedazo de mierda siga tratando de entrar y ver a sus hijos desnudarse me distrae, también.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Requiem te llevará a tu asiento. Disfruta del espectáculo.

El vampiro estaba de repente a mi lado, y dejé que me llevara a través de la multitud, pero mis ojos estaban de vuelta hacia la puerta. ¿Qué quiere Anthony Dietrich de Stephen y Gregory? ¿Qué podía querer de ellos después de todos estos años? Eran demasiado mayores para que un pederasta se interesara por ellos, ¿no?

Me topé con una silla y tuve que pedir disculpas a la mujer que estaba sentada en ella, y prestar más atención a lo que estaba delante de mí de lo que había detrás. Valía la pena prestar atención.

Nathaniel estaba en el escenario. No me lo que esperaba. Sabía que se desnudaba. Sabía que lo hacía. Pero nunca le había visto hacerlo.

No era que Nathaniel fuera tímido, pero era tranquilo, suave. La persona en el escenario no era nada de esas cosas. Seguía los pasos, se pavoneaba, y bailaba. Era similar a lo que me había enseñado, se movía al compás de la música, pero este era el verdadero negocio. Él mismo se tiraba por el escenario, saltaba en el aire, y se derramaba a sí mismo hacia abajo, cada movimiento fluido y elegante, y sorprendente.

Se había reducido a un tanga color crema. Dejaba al descubierto su culo y lo mantuvo apretado delante, de manera que llenaba la tela, y lo conocía lo suficientemente bien como para saber que ya estaba emocionado. Le gustaba lo que estaba haciendo. Sus ojos brillaban con eso, su rostro resplandecía con una alegría feroz. Se tiró al aire y aterrizó de nuevo en una posición de flexión. El público gritó.

Requiem me bajó a la silla del espectáculo y levantó la señal de reservados del asiento antes de que me sentara. Me olvidé de alisar mi falda hacia abajo por detrás hasta que toqué el frío de la silla. Tuve que levantarme lo suficiente como para alisarla y no poner mis cachetes desnudos en la silla en la que alguien tendría que sentarse después. Sólo por cortesía. Pero mis ojos nunca dejaron el escenario.

Nathaniel hizo flexiones, y luego dejó caer sus caderas más abajo, y su cuerpo subió, e hizo un movimiento que logró parecer como si estuviera follando con el escenario, y al mismo tiempo, fue un movimiento más grande que eso, como una ola que iba desde la cabeza hasta los pies. Una y otra vez, hasta que las mujeres en la audiencia estaban casi histérica. Una mujer dos sillas a mi derecha estaba tirando abajo la blusa, mostrando sus pechos.

Se arrastró por el escenario de esa manera que los cambiaformas lo hacían, como si hubiera músculos en lugares que los humanos no tenían. Fue elegante y peligroso, y completamente sensual, cuando se escabulló a gatas hacia el extremo del escenario.

Desde la parte posterior, con las piernas apretadas juntas, parecía desnudo. Apoyó la cabeza en el suelo, y la cola de caballo de su pelo castaño rojizo se derramó a su alrededor como una capa. Permaneció así durante un momento, en una bola que parecía demasiado terriblemente desnudo. A continuación, la música cambió y su cabeza voló, con el pelo derramándose en un arco por el aire como un spray de agua de colores brillantes, hasta que cayó en la espalda, y me di cuenta que estaba en una coleta alta y firme. Para que el pelo se despidiera y se moviera con él. Lo utilizaba como si fuera una pieza de vestuario, para ocultar su cuerpo, para dar un vistazo de carne pálida a través de él, entonces girarlo a su alrededor por lo que el propio cabello era el show por un momento, entonces comenzó a hacer que se arrastraba sensualmente en torno al escenario, y la gente empezó a poner dinero en la cinta delgada de su tanga. Había ya un montón de dinero en el otro extremo del escenario, como si hubiera estado

recibiendo todo el tiempo, pero sólo ahora les dejaba poner la cuenta tan cerca de su cuerpo.

Una mujer tiró del tanga, separándolo de su cuerpo, y ahuecó la mano sobre la parte delantera, para ocultarlo, y casi me levanté. Casi fui a su rescate, pero no necesitaba ser rescatado. La besó, y ella apartó su mano lejos de la ropa y se sentó como si la hubiera dejado atontada. Bromeó y regañó y fluía a través de sus manos como un mar de músculos. Fue casi siempre lo suficientemente cerca, pero nunca llegaban alcanzarlo, si se tratara de llegar a donde no debían.

Miré a las otras mujeres, y algunos hombres, y sentí algo. Lujuria, creo, era lujuria, pero era como si su deseo fuera lo suficientemente sólido como para agarrarlo, para sacarlo del aire mismo y envolverlo alrededor de mi cuerpo como un abrigo. La voz de Jean-Claude susurró a través de mi cabeza.

—*Ma petite*, ¿quieres saber cómo alimentar tu lujuria, como alimentar sin tocar?

—Sabes que sí, —susurré.

Y fue como antes con Primo, era como si diera casi un paso dentro de mi piel, de modo que pronto comprendí lo que sabía. Sabía cómo abrirme y tirar del aire espeso. No era como la respiración, y no era como dar de comer cuando me tocaba alguien, estaba más cerca de eso, literalmente, tirando del aire con las manos metafísicas y arrastrando la mano sobre esa mano de lujuria y tirando de ella dentro de mí. Fue una extraña sensación, como si los deseos fueran de seda o raso y los tirara dentro de mi cuerpo, como si los pañuelos de seda pudieran pasar por un agujero de mi piel. Sentí la sensación como si me hubiera hecho una herida en mi cuerpo y tiraba las cosas a través de esa herida. Fue en parte una sensación de dolor.

La voz de Jean-Claude estaba en mi cabeza.

—No va a ser tan incómodo cuando lo hayas practicado.

—Se siente horrible.

—¿Pero te estás alimentando? —preguntó.

Tuve que pensar en ello, porque toda mi atención estaba en lo molesto que podía sentirse la perturbación de la lujuria de los desconocidos dentro de mí. Pero una vez que pensé en ello, me di cuenta de que me estaba alimentando. Me sentí menos fría de lo que había estado, pero...

—¿Alguna vez te llenas de esta manera?

—Te mantiene para no morir de hambre, pero no es una comida, no.

No sé lo que habría dicho, porque de pronto Nathaniel estaba delante de mí. Creo que estaba repitiéndolo, pero no lo había oído por primera vez.

—Te dije, ¿quieres venir a jugar con el gatito?

Jean-Claude se había ido de mi cabeza, y había dejado de alimentarme de la audiencia. Acabé de dejar todo de lado, todo menos los ojos lila mirándome desde el borde del escenario. Sacó su mano. Las voces de las mujeres le estaban llamando.

—No soy tímida... elígeme a mí, si no quiere ir. Brandon, Brandon, ella no te quiere, pero yo sí...

Puse mi mano en la suya, pero le hice una mueca para mostrar cuán incómodo todo esto me parecía. No me gustaba bailar, donde los desconocidos, o incluso, los amigos podían verme. Ser arrastrada al escenario en un club de striptease iba ahora más allá de mi nivel de comodidad. Hasta ese momento, no había pensado en lo que significaría para él marcarle esta noche. En el escenario, delante de la gente. ¡Eek!

Me tropecé subiendo al escenario, porque me acordé de la falda corta y la falta de cualquier cosa debajo de ella, así que era muy propio de una dama levantarse en el escenario. El problema era que el escenario estaba demasiado alto desde el suelo para ser delicado, por lo que me tropecé, y él me cogió y me miró. Esa mirada que me dio era una última seguridad. Esa mirada decía: Si no puedes hacer esto, te voy a dejar ir. Podría, también, pero también sabía que si no era yo, iba a ser otra persona. La verdad es que no estaba segura de cómo me sentía al verlo siendo manoseado, o manoseando a otra mujer. El hecho de que creí que hacer una exhibición en el escenario sería un mal menor que ver a alguien más exhibirse a Nathaniel, dijo claramente cómo se habían sesgado mis prioridades.

Habían traído una silla al escenario, y no lo había visto. El dinero había desaparecido de su tanga, creo que lo había puesto en una pila al final del escenario. No lo había visto tampoco, por lo que me había perdido algunos actos, mientras me estaba alimentando de la audiencia.

Me llevó a la silla y me sentó en ella con un gesto de su brazo. Me miró y supe que la expresión de mi cara era sospechosa. Dije claramente:

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Se rió, y fue esa risa a todo pulmón lo que convirtió su bello rostro en algo más joven, en algo más inocente, por falta de una palabra mejor. Valoraba esa risa, porque no la oía a menudo. Si estar sentada aquí de esta manera le hizo sentir bien, entonces no podía ser tan malo.

Puso una mano sobre el respaldo de la silla a cada lado de mis hombros, apoyando su cara muy cerca de la mía. Pude ver ahora el delineador de ojos alrededor de los ojos lavanda y me di cuenta de que había rímel allí, también, no mucho, pero sus ojos no necesitaban mucho para pasar de hermosos a impresionante enloquecedores.

—No estás autorizada a tocarme, y a mí sólo se me permite un contacto limitado contigo, pero tus manos necesitan mantenerse en la silla la mayor parte del tiempo. —Sus labios mostraron la sombra de la sonrisa que brillaba en sus ojos.

No sé lo que habría dicho a eso, porque la música subió, o quizás justo comenzó, y empezó a bailar. Había sido suficientemente espectacular desde el borde del escenario, tan cerca, pasó de espectacular a embarazoso. No importaba que me acostara con él casi todas las noches, o que le hubiera visto desnudo más de una vez. Importó que estuviera en público, y no sabía qué hacer.

Empezó retorciéndose sobre mí con las manos todavía en la parte posterior de la silla. Su pecho estaba tan cerca de mi cara que era más difícil que mis labios no lo tocaran, que lo tocaran. Lo había visto antes usar su cuerpo, pero no así. Era como si todos los músculos desde el hombro hasta la ingle fueran capaces de moverse de forma independiente, y que estaba usando cada uno de ellos. Fue increíble, y privado, lo habría dicho, pero aquí y ahora, me sonrojé.

Se sentó en mi regazo con las piernas alrededor de la silla, las manos siempre en la parte posterior de la misma. Si solo se hubiera sentado, podría haberlo manejado, pero por supuesto no lo hizo. Movié las caderas alrededor de mi regazo, como si algo se moviera, pero el movimiento no se detuvo en las caderas, su cuerpo bailaba, por lo que era un movimiento más grande y más de la multitud lo pudo ver, como si no hubiera duda alguna de que estaba bromeando.

Mi cara estaba caliente, como si mi piel quemara si la tocaba.

Se inclinó contra mi pelo, donde había escondido mi rostro, y me susurró:

—Voy a parar y coger a otra persona si es demasiado.

Levanté los ojos lo suficiente como para mirarlo a los ojos. —¿Escoger a alguien más? —pregunté.

—El acto no cambia, —susurró—, quien está en el escenario. —La sonrisa había desaparecido de sus ojos. Hablaba en serio de nuevo. Había

matado la sonrisa en su cara, mi vergüenza lo hizo. Dios.

Le toqué el rostro, ahuequé el borde de su mejilla en mi mano. Lo miré a los ojos repentinamente seria, mientras que la música golpeaba y pulsaba a nuestro alrededor. En ese momento no había ninguna multitud. No había nada más que su cara y mi decisión. Me olvidé de la gente, me olvidé de que se suponía que debía sentir vergüenza, me olvidé de todo, pero lo que quería era volver a hacerle sonreír.

—No, no elijas a ninguna otra persona. Lo intentaré. Realmente lo voy a intentar.

Me dio ese destello de sonrisa que hacía muy poco había conocido que tenía, y cayó de rodillas delante de mí. Sus manos jugaban ligeramente sobre mis rodillas, y empezó a abrir mis piernas, pero aún estaba bailando con la música, incluso de rodillas, y vio el problema antes que el resto de la audiencia lo hiciera.

Puso su cuerpo entre las rodillas y se inclinó lo bastante para decir:

—No llevas nada.

Tuve que sonreír ante la vergüenza en su rostro casi sorprendido. Fue bueno saber que podía sentirse avergonzado.

—No —dije.

Se rió de nuevo, y se levantó de sus rodillas, con las manos en la parte posterior de la silla de nuevo. Me empujó, sin tocar, pero debió haber parecido peor para el público, porque gritó y gritó y empezó a tirar el dinero al escenario.

No se tiró bajo mi cuerpo tanto, como se derramó hacia abajo, una vez más en el sentido de la líquida gracia que tenían los cambiaformas cuando querían. Terminó con la cara en mi regazo, a través del tejido estirado de la falda, la parte superior de su cuerpo en realidad escondía el resto de mí a la audiencia. La falda había subido bastante para que todo el mundo supiera que estaba llevando encaje negro alto hasta los muslos. Sus manos rastrearon hasta mis medias, por encima de las botas, a través de mis rodillas y mis muslos, hasta que sus dedos llegaron al borde del encaje.

Sus dedos trazaron justo por encima del encaje, jugó con la piel desnuda de mis muslos. Volvió la cabeza en mi regazo, lo suficiente para que sus labios estuvieran cerca de mi muslo desnudo, y besó la parte interior del muslo. Ese pequeño toque me hizo estremecer, y cerré los ojos con un suspiro.

Se levantó mientras mis ojos estaban cerrados, sus manos pusieron mis

rodillas juntas para que cuando su cuerpo se moviera, no mostrara nada a nadie. Bailó detrás de mí, y de repente su cabello se sentía sobre mi cara y cuerpo como una cascada de color caoba. De repente me sentí ahogada en el olor de la vainilla de su cabello.

Se dio la vuelta a mí alrededor, sólo tocándome con el pelo, entonces tenía una de mis manos entre las suyas y me sacó fuerte y rápido de la silla, de modo que me vi obligada contra su cuerpo. Era como un paso de baile, pero más contundente, si querías que tu pareja se mantuviera en pie. Si no me hubiera cogido, podría haber caído, pero su cuerpo estaba allí, y mis manos estaban en ese cuerpo, no podía evitarlo. Sólo me cogía con el brazo y el pecho, pero la vista de mí tocándole envió más dinero al escenario, y se creó el frenesí de las mujeres agrupadas en torno al escenario.

Su otra mano había ido a la parte trasera de mi falda y tiró hacia abajo. Hizo que pareciera como si se estuviera tomando libertades cuando era exactamente lo contrario. Lo que pensaban que estaba haciendo, a ellos les gustaba.

La música se había reducido, cambió, y de repente estaba bailando conmigo. Era casi un vals, hizo tres vueltas rápidas a través del escenario, y estábamos de vuelta en la silla. Usó mi mano para sacarme rápidamente fuera de su cuerpo y mantenerme orientada hacia la parte posterior de la silla. Puso las manos sobre la curva del respaldo de la silla, luego, puso su cuerpo contra el mío como pudo. Estaba tan cerca que podía sentir la tensión de lo que presionaba contra la parte trasera de mi falda.

Susurró contra mi pelo.

—Esto sería más fácil si estuvieras usando ropa interior.

Empecé a darme la vuelta y decirle lo que sería más fácil, pero sus manos cubrieron las mías, atrapándolas contra la curva de la silla, y de repente comenzó a presionar su parte estrecha contra mi culo.

Había dicho que el sexo de antes era de pantomima, pero me había equivocado, porque lo estaba haciendo ahora.

Empujó contra la parte posterior de mi cuerpo, con las manos atrapadas contra la silla, y su cuerpo curvado sobre mí. Con las piernas juntas no estaba rozando con todo lo que había dañado Requiem. Con las piernas juntas, el ángulo habría sido erróneo si en realidad estuviéramos tratando de tener sexo, pero eso no era lo que el show estaba demostrando. Como había dicho hace unas horas, era una ilusión, la ilusión de que podrías tenerlo. La ilusión de que podía llevar a alguien al escenario y hacer que lo

tenías delante de todos los demás.

La tela del tanga era satinada, pero lo que había dentro de ese satén estaba duro y firme, y en lo único que podía pensar fue en mi oficina. De la sensación de tenerlo dentro de mí de verdad. De empujar dentro de mí lo más profundo que podía ir, de él entrando y saliendo de mi cuerpo, de él acariciando sobre ese lugar dentro de mí, de la sensación de tenerlo tan cuidadoso, tan delicado, tan fuerte, mientras se movía en mi interior. Mi imaginación no fue de repente mi amiga. Porque entre uno y otro aliento, el recuerdo se apoderó de mí, y de repente se propagó un gran calor bajo mi cuerpo que se derramó sobre mi piel en una danza poniéndome la piel de gallina. Me convulsioné contra la silla, contra el cuerpo de Nathaniel. Su cuerpo aún estaba inclinado sobre el mío, y su peso me llevó a convulsionar, como teniendo orgasmo. Fue uno pequeño, sin grito, sin agarre, sólo espasmos impotentes, y no muchos de esos en mi opinión.

Me susurró en un lado de mi cara, la respiración casi caliente.

—Anita...

Pero un instante después hubo un movimiento detrás de nosotros, lo sentí como una perturbación del aire, y se oyó un ruido que no conocí, y un sonido agudo de algo pesado golpeando carne. El cuerpo de Nathaniel reaccionó al golpe, sacudiéndose, casi como yo. Un segundo golpe vino, y al mismo tiempo palabras, la voz de Jean-Claude.

—Gato malo, gato muy malo. Aléjate de ella gato malo, aléjate de ella.

El cuerpo de Nathaniel respondió a cada golpe, casi como si fuera un orgasmo en miniatura. Su cuerpo se apretó a mí alrededor, como si la sensación de mi cuerpo junto al suyo mientras que Jean-Claude lo azotaba fuera algo que no quería perderse. Pero Jean-Claude le alejó, con una voz risueña, y Nathaniel se aseguró de que mi falda estuviera en su lugar antes de dejar a Jean-Claude conducirlo por el escenario.

Me quedé sujetándome en la silla, por lo débil que estaba no me fiaba de mí misma para moverme todavía. Jean-Claude llevaba un pequeño látigo de muchas colas en la mano. Nathaniel se agachó y se arrastró por el escenario, y Jean-Claude lo golpeaba. Era como una antigua versión extraña de un viejo domador de leones, a excepción de que la silla servía a un propósito totalmente diferente.

—Eres un gatito muy malo, gato, muy malo. ¿Cómo castigaremos a nuestro gato malo? —Por un segundo pensé que se estaba refiriendo a mí, pero no lo estaba. Las mujeres de todo el estadio comenzaron a cantar—,

atarlo, atarlo, atarlo.

Jean-Claude sonrió, como si eso nunca se le había ocurrido, pero era una buena idea. En un gesto, las cadenas bajaron desde el techo. No me había fijado en ellas en la confusión de luces y cables. Oh, infiernos, no había mirado incluso hasta ahora.

Dos camareros con el torso desnudo, vestidos solo con pantalones de cuero, se acercaron al escenario y arrastraron a Nathaniel a sus pies. Le encadenaron los brazos abiertos, las muñecas sobre su cabeza.

Jean-Claude vino a mí, caminando para que sus caderas rodaran más de lo que deberían hacerlo. Me tocó el brazo y susurró con una sonrisa que no coincidía con las palabras:

—¿Estás bien, *ma petite*?

Asentí con la cabeza y le susurré, porque sabía que me escuchaba.

—*Flashback*.

—No tan fuerte como los que nuestro Asher puede dar.

Negué con la cabeza.

—Interesante —dijo—, ¿estás lo suficientemente bien como para terminar este show?

—Lo prometí —dije.

Su sonrisa se ensanchó, y su voz fue de repente para llenar la sala de alegre sonido:

—Ahora, es posible que nos ayudes a castigar a nuestro gato malo. Puedes exigirle el pago por tomarse libertades. —Recibí una sombra de lo que estaba haciendo a la audiencia. Cuando dijo «castigar», fue un tirón fuerte en el cuerpo—, gatito malo, te hizo pensar en cosas muy traviesas, pagarás —y más dinero, subió al escenario—, las libertades, —tenía una cadencia lasciva que hizo a la audiencia soltar una risita nerviosa, lo que estaban pensando era peor que cualquier cosa que había visto esta noche.

Me limité a asentir y le permití tener mi mano. Ese toque fue tanto un error como una ayuda. Me hizo sentir menos inestable, pero también me abrió aún más. Tocar simplemente la mano era más molesto que tocar mucho más en la mayoría de los hombres. Me llevó un poco aturdida por el escenario, hasta que estuvimos de pie detrás de Nathaniel, frente a la desnudez de la parte posterior de su cuerpo.

Jean-Claude me soltó la mano y se acercó a él. Le tocó la espalda desnuda.

—Puedes golpearle aquí, —su mano se deslizó por la espalda de

Nathaniel hasta las nalgas—, o aquí. Has sido un gatito malo, pero nosotros no queremos dañarlo. Es demasiado hermoso para eso. —El público estuvo de acuerdo con él, la mayoría de ellos.

Jean-Claude me entregó el látigo.

—No sé cómo usar un látigo.

—Primero, ¿qué hacemos, mi dulce?

La mayoría de las mujeres gritaron:

—¡Azótalo!

—Y en segundo lugar, sería *mi placer*, —y esa palabra se deslizó sobre mi piel, y al parecer también en las otras mujeres, ya que chillaron—, mostrarte cómo funciona. —Y cada palabra parecía más oscura, más sugerente de lo que debería ser.

Trató de mostrármelo por primera vez simplemente utilizándolo en Nathaniel. Hizo con las gruesas colas de cuero borrosas flores contra la piel de Nathaniel. Nathaniel reaccionó a cada golpe con un espasmo que pasó de los dedos de los pies y todo lo demás. Pude ver lo suficiente de su rostro para saber que los ojos cerrados y los labios entreabiertos no eran de dolor. Jean-Claude azotó a Nathaniel, o supongo que lo azotaba, hasta que su piel fuera de color rosa en los lugares y el escenario estaba lleno de dinero a sus pies.

Se acercó a la cara de Nathaniel, dijo algo, y Nathaniel dijo algo a cambio, luego, Jean-Claude se volvió hacia mí. Me ofreció el látigo de nuevo.

—Es un gatito tan malo.

Negué con la cabeza.

—¿Le enseño cómo se hace? —preguntó a la audiencia, y ellos gritaron más fuerte, y habría deseado haber cogido la maldita cosa, pero era demasiado tarde.

Puso el látigo en mi mano y apretó su cuerpo contra mi espalda, con un brazo alrededor de mi cintura y la otra mano sobre la mano que sostenía el látigo. Era la manera en que los hombres lujuriosos estaban de pie cuando trataban de enseñarte a jugar al golf o a batear. Volvió mi brazo hacia atrás y trató de hacerme dar un fuerte golpe contra el cuerpo de Nathaniel, pero no era fuerte, era una cosa floja.

—Debes relajarte y dejar que haga el trabajo, *ma petite*. —Bastante más alto para el público, dijo—: Relájate, mi dulce, relájate, y le mostraremos el dolor, y quizás más. —«El quizás más,» fue como un susurro en la

oscuridad contra la piel.

Dejé escapar el aliento que mantenía y traté de relajarme, nunca había sido mi mejor cualidad. Pero también sabía que si no me relajaba, esta parte del show iba a durar más tiempo, y quería quitarme de encima esta parte. Fue algo degradante, como si fuera una niña que no podía pegarle a la pelota sin ayuda. Bueno, quizás no sabía cómo usar un látigo, pero realmente no necesitaba mucha ayuda.

Tuvimos un par de buenos golpes, suficientes para hacer temblar a Nathaniel en sus cadenas. A continuación, Jean-Claude se alejó de mí, dejando el látigo en mi mano.

—Da al gatito malo lo que quiere. —Y lo que dijo no era lo que sentía en mi cabeza, o en mi piel, o más profundo en mi cuerpo. Las mujeres de todo el escenario y más en el lugar que hacían pequeños ruidos. Mierda.

Tiré el látigo a Jean-Claude de la manera en que se tira un bate de béisbol cuando se quiere que alguien lo capture. Lo cogió por el mango como si hubiera sabido lo que haría.

—Sé lo que el gatito malo quiere, y voy a dárselo.

Las mujeres hicieron sonidos «ooh» y «aah», y varias dijeron:

—¡Adelante, chica! —Una gritó—: ¡perra con suerte! —Me acerqué a Nathaniel y me puse delante de él. Sus ojos se centraron sólo en mí. Le había gustado el látigo. Había sabido que lo haría, pero verlo en su rostro fue diferente. Me molestaba, y no estaba segura si me molestaba todo, o si lo que me molestaba era que esto era algo que le gustaba mucho, y no estaba segura de estar dispuesta a hacerlo por él. Dejé que las dudas se fueran, porque lo que iba a hacer era algo que podía hacer, y quería hacerlo, y que había prometido hacer.

Miré las cadenas y no estaba lo suficientemente familiarizada con el concepto para conocerlo así que le pregunté a Jean-Claude.

—¿Esto gira?

—Es posible —dijo—, ¿por qué?

—Porque van a querer ver su cara.

Al público le gustaba eso, y ellos gritaban con más ánimo, pero no lo necesitaba. No sé por qué, pero de repente estaba en calma. No me molestó que estuviéramos en público, o que estuviéramos en el escenario. Estaba muy tranquila dentro de mi cabeza, muy tranquila.

Los camareros giraron a Nathaniel de modo que enfrentó a la audiencia. Sus ojos habían vuelto a niveles casi normales. Pude ver su rostro reflejado

en el lejano cristal de la pared del fondo. Nunca me había dado cuenta de cuántas superficies brillantes había por todas partes hasta ese momento, cuando pude ver la cara de Nathaniel y él la mía.

Agarré su cola de caballo, la agarré y le di vueltas alrededor de mi mano, fuerte, lo suficientemente fuerte que se quedó sin aliento. Creo que el público gritó, pero el sonido se alejó, alejándose, y dejándome en silencio y, donde los ruidos eran sólo el aliento de Nathaniel y el mío.

Apreté mi cuerpo a lo largo de su espalda, estrechamente contra mí, para que su culo apretara contra mi estómago y mis pechos presionaran contra su espalda. Mantuve la influencia sobre su cabello, y lo usé como un mango para evitar que se moviera, tirando más fuerte si cambiaba de posición su peso, hasta que quedó suspendido, temeroso de moverse, deseoso de no hacerlo. Tuve que ponerme de puntillas para obtener el ángulo que quería para la extensión de su cuello. Puse mi mano libre en torno a su pecho superior, que nos mantenía uno contra el otro. Usé el pelo para estirar el cuello hacia un lado, que me diera la mayor cantidad de carne suave y delicada como fuera posible. Su respiración ya había cambiado, ya había aumentado con anticipación.

Pasé la lengua por su cuello, un golpecito rápido, y contuvo el aliento para mí. Lamí más fuerte, y se estremeció. Besé su cuello, y él hizo un pequeño ruido, no de protesta, sino de entusiasmo. Abrí la boca y dejé mi cálido aliento en contacto sobre su piel, y entonces le mordí. No más previos, no más juegos. Le mordí.

Luchó contra mí, no podía evitarlo, y yo tenía el agarre del pelo y mi brazo alrededor de su cuerpo, y la presa de mi cuerpo contra el suyo por la espalda, que le mantenía en su lugar. Sentí su piel debajo de mis dientes, sentí su carne en mi boca, y por debajo de eso era todo latido frenético. Podría probar su vida debajo de su piel, probarla, y saber que era mía, mía, si la quería. Mía porque parte de él quería renunciar a ella para mí.

La sensación de mucha carne en mi boca era casi abrumadora, y luché para no morder y quitar toda esa carne. Luché por no llevarme todo lo que ofrecía en ese momento. Mordí, lo sostuve mientras luchaba, sostenido cuando sus muñecas tiraban de las cadenas, ya que su cuerpo comenzó a convulsionar, y todavía hundía los dientes en su carne. El primer sabor dulce de la sangre como la sal y metal y algo mucho más dulce me llenó la boca, y sentí que convulsionaba contra mí, le oí gritar. Y alimenté, alimenté el *ardeur*, y ni siquiera había sabido que iba a venir. Me alimentaba de su

sangre, me alimentaba de la carne de su cuerpo, me alimentaban de su sexo, me alimenté de todo él. Me dio de comer, y cuando levanté la vista de su cuerpo, vi mis ojos reflejados en el espejo. Oscura luz, con ese destello de color marrón claro, mis ojos se ahogaban en el poder.

Le liberé de mi boca, de pronto, y vi la sangre en mi boca, en mi mentón, brillando con las luces. Solté el cabello, su cuerpo, y di un paso atrás, y supe que mis ojos todavía estaban llenos de esa luz oscura. Tuve miedo por un segundo de lo que había hecho, pero encontré una marca perfecta de mis juegos dentales, establecida como un collar con sangre en su piel, no había mordido su pulso. No lo había herido, no más de lo que quería ser lastimado.

Jean-Claude estaba allí de pie, delante de mí.

—*Ma petite* —me susurró—: *Ma petite*. —Pero sabía lo que estaba pensando, sabía lo que quería. Saltó más cerca de lo que habíamos estado nunca, teniendo un doble filo. Articuló algo sobre cómo me sentía, estaba bien, pero eso no era lo que estaba pensando. En realidad no.

—Di lo que deseas —dije—, di lo que deseas.

Se detuvo tratando de ser cuidadoso, y dijo simplemente:

—Bésame.

Fui a él, y me besó. Me besó como si me probara, como si con la lengua y los dientes y los labios pudieran escurrir de mí hasta la última gota de sangre de Nathaniel y mi gusto a lo largo de la misma. Pasó la lengua por el paladar de mi boca y extrajo un sonido bajo de la garganta. Sus ojos se habían desangrado hasta la luz azul de media noche, como si la más oscura de las aguas contuviera en ella la luz de las estrellas.

Cogí el brillo de mis propios ojos, y todavía estaban llenos de luz, ciega con la oscuridad, excepto que no estaba ciega, era todo lo contrario. Era como estar hipersensible a todo, cualquier cosa. Supe de pronto el tiempo que la luz duraría, todos mis sentidos estarían aumentados. Recordé que hacer el amor en el cementerio con esto sería la cosa más maravillosa, o una que me enloquecería. Mirando para arriba me ahogué en los ojos azules de Jean-Claude, estaba dispuesta a apostar que sería maravilloso.

—Debemos ver a Nathaniel primero —dijo, pero su voz fue ronca y gruesa con la necesidad.

Asentí con la cabeza.

—Sí, Nathaniel primero.

—¿Y después? —preguntó.

—Di lo que quieres decir —dije, y mi voz no fue tan ronca como la suya, pero no sonaba exactamente como yo tampoco.

—Y después hay un sofá en mi oficina —dijo.

—Estaba pensando en el escritorio —dije.

Me miró, y hasta con los ojos ahogados, la mirada fue muy masculina.

—Cualquiera puede servirme, pero eres tú quien va a estar debajo, por lo que es tu elección.

—¿Voy a estar debajo? —le hice una pregunta.

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque eso es lo que quiero.

—De acuerdo —dije.



Nathaniel estaba listo por esa noche, no habría ningún cambiaformas. Apenas era consciente después del gran sexo. Algunos de los clientes se quejaron, pero no muchos. La mayoría de ellos sentían que habían tenido un espectáculo digno del precio de la entrada. Teníamos a Nathaniel acomodado en lo que los strippers llamaban la habitación tranquila. Había un sofá de gran tamaño, mantas, luces bajas, y era justo lo que el nombre implicaba, una habitación tranquila, donde podías dormir o juntar tu mierda cuando las cosas eran extrañas. Había pequeñas salas donde se podía pagar por un baile privado, pero esta no era una de ellas. Esto era más un espacio para estrellarse cuando estaban cansados o tenían que recomponerse para un doble turno sorpresa.

Acaricié el pelo de Nathaniel, y le pregunté:

—¿Estás bien?

Había abierto apenas los ojos y me sonreía. Nunca había visto su cara

tan contenta.

—Sí, muy... sí.

Le dije que disfrutara de las sensaciones que perduraban, y puse en la puerta a Requiem, porque Nathaniel era mío para cuidar, y planeaba estar ocupada por un tiempo.

Mis ojos habían vuelto a la normalidad mientras caminaba por el pasillo hacia el despacho de Jean-Claude. Él se detuvo detrás de mí y me llamó:

—¿A dónde vas, *ma petite*?

Me detuve en la puerta y le miré.

—A tu oficina.

—Tu estado de ánimo es más frío ahora, y el poder te ha abandonado.

—Estaba tratando de ser totalmente neutral, y fallando sólo un poco.

Abrí la puerta todavía mirándolo.

—Ven a la oficina, Jean-Claude, y cierra la puerta. —No esperé a ver lo que hacía, pasé por la puerta, dejándola abierta detrás de mí. Fui al escritorio y salté sobre él. Podría haber intentado ser más delicada, pero ya era tarde, y no me sentía en lo más mínimo sutil. Puse mis botas sobre el escritorio, mis piernas separadas, y dejé que la falda viajara tan lejos como quisiera. Era escandalosamente vulgar, pero la expresión de su rostro cuando atravesó la puerta me hizo feliz de haberlo hecho.

Se apoyó contra la puerta y la cerró con llave, y fue desabrochando su chaqueta, mientras se deslizaba a través del suelo. Me quité la chaqueta de cuero y la arrojé al suelo. La chaqueta estaba tirada, la corbata blanca mullida estaba deshecha de modo que la parte superior de su cuello se mostraba pálido. Me deslicé la funda de mis armas por los hombros, pero sólo tenía el cinturón en parte desabrochado cuando se sacó la camisa por encima de su cabeza, y estuvo desnudo de la cintura para arriba. Terminé con el cinturón, pero él ya estaba en el escritorio antes de que me bajara, deslizando la sobaquera liberada del hombro y poniendo la pistola y todo lo demás a mi lado sobre el gran escritorio de laca negra.

Coloqué mis rodillas sobre la mesa y caí sobre el músculo de seda y las líneas de su pecho con las manos, los dedos y la boca. Lamí la cicatriz de la quemadura en forma de cruz. Lamí primero un pezón y luego el otro. Rodé mi lengua por ellos, los chupé. Usando mis manos en el montículo de la carne de su pecho, para poder tomar más de su pezón en mi boca, más de su pecho. Hasta que pude cerrar mi boca alrededor de todo eso llenándola, y mordiendo hacia abajo hasta que gritó y sus manos encontraron mi cara,

me apartó de su cuerpo, y hacia su boca.

Nos besamos como hicimos en el escenario, como si fuéramos a explorar cada pulgada con la lengua, los labios, los dientes. Él retrocedió del beso, y sus ojos habían fluido al azul. Los míos seguían de mi propio color, pero no me importaba. Sus manos encontraron mi camisa, y la sacó sobre mi cabeza y se inclinó sobre mí, besando la línea de mi cuello, mi hombro, y los montículos de mis senos, que se derramaban en el sostén de encaje negro. Metió las manos dentro de mi sujetador y levantó mis pechos rebasándolo, era como un marco negro para los montículos pálidos de mis pechos.

Cayó de rodillas y me llevó hasta el borde de la mesa para que pudiera recorrer su lengua por mis pechos. Chasqueándola contra mis pezones, rápido, y suave, y húmeda, hasta que hice pequeños ruidos. Cerró la boca alrededor de mi pecho y atrajo gran parte de mi carne todo cuanto pudo entre sus colmillos sin dañarme. Chupó, más y más duro, girando su lengua por mis pezones y trazó más duro en mi pecho hasta que alcanzó una línea que se sintió demasiado bien, pero podía sentir lo cuidadoso que estaba siendo. No era la primera vez que jugaba conmigo de esa manera, pero era la primera vez que sabía que esto era sólo el principio de lo que él quería. No era como la telepatía, o una imagen en mi cabeza, sólo lo sabía. Sabía lo que él quería hacer. Lo que estaba luchando para no hacer.

—Bebe de mí —dije.

Rodó los ojos hacia mí, para poder ver mi cara.

—Bebe de mí, ahora sé cuánto tiempo has querido hacer esto. Como de cuidadoso has sido.

Se detuvo y liberó mi pecho lentamente, con cuidado. Diciendo:

—*Ma petite*, estás borracha con los nuevos poderes, pero mañana por la noche, no lo estarás.

Negué con la cabeza.

—Déjame sentir como sería tenerte apretándome en tu boca y sacar sólo un poco de sangre. No estoy diciendo que todo el recorrido será de mi interés, pero estoy dispuesta a probar un poco, para ver si me va a gustar mucho, o no.

Me miró de una manera extrañamente sospechosa, y me di cuenta de que era mi expresión en sus ojos, más que la suya, como si le hubiera enseñado esa mirada, y esta precaución.

—Te doy mi palabra de que no te castigaré por algo en lo que estoy de

acuerdo en intentar esta noche. Un poco de sangre esta noche, sólo un poco, apenas un mordisco, solo una muestra. —Me incliné hacia su cara—. Ahora sé que deseas alimentarte. Nunca me lo dijiste.

—Tampoco quería, *ma petite*, me dejas que tome sangre de manera tan infrecuente, que nunca habría soñado en preguntar con tal libertad. Cuando no vas a compartir tu cuello, ¿Por qué iba a pensar en pedir partes más delicadas?

—Te lo estoy ofreciendo ahora. Yo lo tomaría, si fuera tú. Quién sabe si volveré a ofrecerlo de nuevo, si dices que no ahora. —Miré fijamente su cara a pulgadas de distancia y le hice ver que no había ningún conflicto, no había dudas, sólo entusiasmo. Afán de intentarlo.

—¿Qué se ha metido en ti, *ma petite*?

—Tú, tú te has metido en mí, o yo quiero que lo hagas. Te quiero dentro de mí, Jean-Claude, te quiero dentro de mí. Quiero que me tumbes sobre este escritorio, con mis pechos desnudos y tu marca en ellos. Quiero que te empujes dentro de mí y veas el flujo de la sangre en la herida que has hecho. Quiero que mires el más y más rápido flujo de sangre, mientras me follas.

—Estás haciendo eco de mi fantasía, *ma petite*, ¿He tomado más de ti?

—No lo creo —dije, pero incluso la idea de eso no me daba pánico—. Sólo un poco esta noche, Jean-Claude, sólo un pequeño corte.

Rodeó mi cuerpo, y me tomó un segundo darme cuenta de que estaba deshaciendo el broche de mi sostén. Lo deslizó por mis hombros, mis brazos, y lo dejó caer al suelo. Me contempló, y sus ojos nunca subieron más allá de mis pechos. No me importó en lo más mínimo.

Tomó mis pechos en sus manos, suavemente, con reverencia, y depositó el más dulce de los besos en cada uno de ellos. Levantó los ojos hacia mí que habían vuelto a su normal azul medianoche, tan humanos como sus ojos nunca se convirtieron antes.

—¿Está segura, *ma petite*, estás segura?

Asentí con la cabeza.

—Sí, oh, sí.

Tomó mi seno derecho en la mano, tomó sólo la punta en su boca, un dibujo rápido de su boca sobre mi carne. Chupó y tiró hasta que mi pezón estuvo apretado y grueso bajo su tacto. Volvió mi respiración más rápida, hizo que mi pulso corriera. Levantó los ojos hacia arriba para ver mi cara, y todo lo que vio allí lo tranquilizó, porque tiró fuerte y rápido, me hizo

jadear. Luego atrajo, lentamente, muy lentamente, cada vez más en su boca mi pecho. Nunca había tomado tanto a la vez, porque era arriesgarse a extraer sangre. Su boca era tan cálida, tan amplia, la fuerte presión de sus dientes era tan distante que pudo hacerlo y aún sostenerme en su boca.

Utilizó sus manos para ayudar a su boca, recorriéndola tan cuidadosamente sobre mí, su aliento quemaba contra mi piel. Se movía con cuidado sobre mí, su boca se deslizó atrás hasta que hubo mucho menos entre sus labios. Volvió a la distancia segura en la que había estado antes. Tiró solamente de la punta de mi pecho en su boca, y lo chupó. Lo aspiró y tiró y estiró hacia fuera, hasta que hice pequeños sonidos bajos en mi garganta.

Apretó mi seno entre sus manos, lo apretó, y rodó sus ojos hacia mi cara. Cuando no le dije que parara, presionó más, más apretado hasta que se sintió como si se tratara de un vil garrote de dedos en mi pecho. Me dolió, sí, pero se mezclaba todo con la succión de mi pezón, y esto no me dolió, no realmente. De hecho se sentía bien, demasiado bueno.

Salió de mi boca con una voz que era casi un gemido.

—Sí, por favor, por favor, sí.

Volvió sus ojos para ver mi rostro de nuevo, y había algo en aquellos ojos, algún conocimiento, o advertencia, y de pronto mordió, no tan fuerte como había visto en su cabeza, pero un poco. Dejó que los extremos de los colmillos afilados rasparan mi pecho cuando lo chupó, cuando lo apretó con la mano. Era fuerte, pero no me dolía. Se perdió en otras sensaciones. Su mano apretando demasiado fuerte, su boca que succionaba con fuerza, el mordisco de sus colmillos no era nada comparado con el resto.

Dejó que su boca se deslizara hacia abajo de mi pecho hasta que sólo el pezón estuvo atrapado entre sus dientes. Pero había en el montículo de mi pecho dos pequeños puntos de color carmesí. Mientras miraba a los dos pequeños puntos comenzó a deslizarse por mi piel. Tiró de mi pezón hacia fuera, y ambos miramos los dos senderos diminutos de rojo que se deslizaban hacia abajo en mi piel. Chupó mi pezón tan fuerte y tan largo, que grité:

—¡Basta, basta!

Retrocedió, suavemente, y se arrodilló durante un momento mirando el flujo de colores sobre mi piel, no sólo de la sangre, sino de las marcas de sus dedos. Se desvanecieron, pero las dos líneas de sangre no lo hicieron. Se deslizaron por mi piel, y la sensación volvió a mi pecho, hacía

cosquillas bajo mi piel. La sensación de aquel toque diminuto, la visión de lo fácilmente que bajaba por mi piel, me hizo temblar.

Deslizó sus manos por el interior de mis muslos, y sólo cuando sus dedos rozaron algunas partes hice verdaderos sonidos de dolor.

—Nada de manipulación manual esta noche.

Frunció el ceño.

—¿Estás herida?

Se lo expliqué lo más brevemente posible.

—Digamos que el *ardeur* necesitaba alimentación y Requiem fue un caballero. Creo que no estaríamos tan doloridos si hubiera sido un poco menos caballero.

Parecía desconcertado.

—Te lo explicaré todo en detalle, pero más tarde, por favor, Jean-Claude. Quítate los pantalones, he tenido de cerca y personalmente todos los pantalones de cuero que puedo manejar esta noche. Déjame verte desnudo.

Se quitó las botas y los pantalones de cuero con la facilidad de una persona que tiene mucha práctica en ello. Lo había visto desnudo más veces de las que podía contar en este momento, pero nunca dejaba de sorprenderme con su belleza. Perfecto era la única palabra que tenía para él. Blanco y pálido, y perfecto, como si alguien pudiera tallar frío mármol blanco y darle vida, y plantar una pincelada de rubor en su entrepierna, que se hallaba recta y gruesa y lista. El pelo que arrastraba desde el delicado dedal de su ombligo hasta la ingle era tan negro como los rizos que caían sobre los hombros. Ese negro, pelo negro áspero e irreal contra su blancura.

Debería haber habido palabras más suaves para lo que quería, pero en lo único que podía pensar era en lo mucho que lo quería dentro de mí. Cuánto quería que hundiera ese color brillante dentro de mi cuerpo.

—Fóllame —dije, porque hacer el amor no era lo que quería decir. Quería que el sexo fuera como lo que le había hecho al pecho. Deseaba que el sexo hiciera juego con la sangre que bajaba por mi piel—. Fóllame.

Se inclinó sobre mí y lamió la sangre de mi pecho, no fue un lamida rápida, pero sí gruesos, largos movimientos con su lengua, como si nunca hubiera probado algo tan bueno y no quería perderse ni una sola gota. Yo estaba haciendo pequeños ruidos sin palabras y retorciéndome en el escritorio, levantó su cara y me mostró unos ojos que se habían ahogado en una llama azul.

Susurré:

—Por favor, Jean-Claude, por favor.

Hizo lo que había visto en su cabeza, hizo lo que le había ofrecido. Me reclinó contra la mesa y tiró de mis caderas hasta el mismo borde de la madera. Mi falda estaba completamente amontonada alrededor de mi cintura como un cinturón. Llevaba todavía las medias altas hasta el muslo y las botas, y nada más. Utilizó sus manos para separar mis piernas, y luego vino a mí, su punta deslizándose contra mi apertura.

—Estás húmeda, pero todavía sigues estando apretada.

—Fóllame —dije—. Por favor, sólo hazlo, por favor, por favor, por favor, por favor...

En alguna parte del último por favor, comenzó a presionar dentro de mí. Estaba apretada, demasiado apretada, y demasiado húmeda. Otra noche, le habría pedido juegos previos para hacer que se perdiera esa tensión horrible, pero esta noche quería sentirlo abriéndose paso. Quería sentirlo empujándose dentro de mí.

Empujó entre mis piernas, usando sus caderas y piernas para conducirse a sí mismo dentro de mí. Era solo ese lado tan apretado, y empecé a luchar bajo su empuje. No luchaba para escapar, pero luchaba porque no podía evitarlo. Mis manos y brazos barrieron sobre su escritorio y golpearon todo lo que estuvo a su alcance, incluyendo mi pistola. Quería algo más suave para tocar, algo para agarrarme y arañar, pero no había nada más que la madera fresca del escritorio, y eso no era lo que quería tocar.

Cuando estuvo dentro de mí todo lo que podía, comenzó a salir, lentamente, como si mi cuerpo estuviera tratando de aferrarse a él, y tal vez así era. Salió lentamente, y luego comenzó a trabajar, tan sólo lentamente. Si no se daba prisa, iba a dejar de estar apretada. Quería esa sensación de él forzándose a sí mismo en mi cuerpo, y que íbamos a perder si seguía siendo gentil.

—Fóllame, Jean-Claude, fóllame mientras estoy apretada, por favor.

—Eso te dolerá —dijo.

—Quiero que duela.

Me dio una mirada, luego se apoderó de mis caderas con sus manos, me hizo sentir algo de esa fuerza sobrenatural, e hizo lo que le pedí. Entró y salió de mí, lo más rápido y lo más duro que pudo. Eso dolió, y no estaba lista para ello, y era exactamente lo que quería.

Él mismo se condujo lo más profundo y lo más rápido que pudo, de

modo que el impacto de nuestros cuerpos arrancó un gruñido de mi cuerpo y un sonido en él que nunca antes había oído. Atrapó mis caderas bajo la fuerza de sus manos, y se impuso dentro de mí, luchando contra la estrechez de mi cuerpo, como si me hubiese atravesado, haciendo un nuevo canal, ya que éste no era lo suficientemente ancho.

La sangre fluía a través de mi pecho en líneas amplias, ya que mi corazón latía más rápido, y mi sangre bombeaba por los dos pequeños puntos. La sangre se veía tan roja, demasiado roja sobre mi piel blanca.

Levantó mis piernas de modo que mis pies estuvieron cerca de su cara, me agarró las caderas y me atrajo más al borde del escritorio, más cerca de su cuerpo, y usando su peso empujó mis piernas hacia atrás sobre mi cuerpo, por lo que cambió el ángulo dentro de mí haciéndose más profundo, más agudo.

Grité.

Movió las manos a mi cintura y me llevó más lejos en su cuerpo, y pasó las piernas hacia abajo de manera que estaba casi doblada en dos. Habíamos hecho versiones más suaves de ésta, y sabía que era lo suficientemente ágil para ello, pero de repente era una posición muy diferente. Porque montó mi cuerpo en un nudo apretado, follándome tan duro y tan rápido como pudo, pero se empujó junto a mi cuerpo para poder lamer mi pecho mientras me follaba.

Alzó su cara de mi pecho y la boca y la mandíbula estaban rojas por mi sangre. Dejó caer mis piernas a cada lado, y me tiró hacia arriba, levantándome del escritorio, de repente quedé presionada a la parte delantera de su cuerpo, mis piernas envueltas alrededor de su cintura. Me besó, me dio un beso con el sabor de mi propia sangre que parecía como caramelo metálico en su boca.

Él estaba haciendo sonidos bajos en su garganta, y nos llevó a la pared con tanta fuerza que golpeó mi espalda baja contra ella, tan fuerte que si no hubiera acunado mi cabeza, habría golpeado la pared. Se introdujo en mí una y otra y otra vez, tan fuerte y tan rápido como fue capaz. Ya no estaba más apretada, estaba mojada y suelta, y no importaba.

Su pecho y el estómago estaban manchados con mi sangre. Asombrosas salpicaduras carmesíes sobre el blanco de su cuerpo. Apretó su cuerpo entero contra mí tan firme y tan cerca como pudo, provocando que la sangre que resbalaba empezara a fluir entre nosotros, mientras me sujetaba contra la pared. Lo sostuve con mis piernas cerradas alrededor de su

cuerpo, mis brazos entrelazados en torno a sus hombros, le tenía, y él me folló. Era como si estuviera tratando de hacer un hoyo en la pared detrás de mí, de modo que con cada embestida sentía que me estaba golpeando en ella, me aplastaba contra su cuerpo. Casi dije “basta” casi dije “alto”, pero cuando estaba tomando aliento para eso, el orgasmo llegó como una inmensa ola. Me envolvió, y me agarré a él, y grité, y me resistí contra su peso y su fuerza, el orgasmo se convirtió en otro tipo de enfrentamiento, otro tipo de lucha. Mis dientes excavaron en su hombro, mis uñas trataron de encontrar un camino a través de su espalda, y mi cuerpo montó el suyo, mientras él me golpeaba contra la pared, y en algún lugar de todo eso sentí su cuerpo convulsionar, sentí que sus caderas se conducían en un poderoso esfuerzo encima y dentro de mí.

Gritó cuando se vino, y lo sentí verterse dentro de mí, sentí como puso su mano contra la pared y trató de estabilizarnos cuando sus rodillas se derrumbaron, y terminamos en el suelo, mis piernas todavía envueltas alrededor de su cintura, él seguía dentro de mi cuerpo.

Su respiración era irregular, y sus ojos desenfocados, me miró fijamente a la cara.

—*Mon Dieu.*

—“Wow” parece demasiado de instituto, pero “increíble” no lo cubre —dije. Traté de tocar su cara, pero encontré que mis brazos no estaban funcionando bien todavía—. Sólo prométeme que podremos hacerlo de nuevo alguna noche.

Él sonrió, y fue una sonrisa cansada, pero mantuvo un placer absoluto en ella.

—Esa será una promesa, *ma petite*, que estaré feliz de hacer.

—Te haré mantenerla —dije.

—Oh, no —dijo, y se halló con que tenía la suficiente fuerza como para inclinarse sobre mí—. Con toda seguridad, la mantendré.



Habíamos hecho nuestro plan para el resto de la noche. Cuando nos habíamos recuperado lo suficiente como para caminar, nos pusimos nuestra ropa. Recogimos a Nathaniel y fuimos hasta el Circo de los Malditos. Nos habría gustado meter a Nathaniel en alguna parte, ya que Jean-Claude y yo habíamos planeado un baño agradable, un baño caliente. Pero antes de que nos hubiéramos puesto la primera pieza de ropa, mi móvil sonó.

Casi no lo contesté, porque nadie llamaba a las tres de la mañana con buenas noticias. El número que parpadeaba en la pequeña pantalla del móvil era el Sargento de la policía Zerbrowski.

—Mierda —dije.

—¿Quién es, *ma petite*?

—Policía, —abrí el teléfono y dije—: Hola, Zerbrowski, ¿Qué pasa?

—Hola de nuevo a ti también. Estoy al otro lado del río en Illinois, y adivina lo que estoy mirando.

—Otra bailarina de striptease —dije.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Soy psíquica. Supongo que quieres que vaya allí y mire el cuerpo.

—Nunca se debe asumir nada, pero en este caso, sí.

Me miré cubierta de sangre en el pecho y la herida que aún sangraba.

—Estaré allí en cuanto me limpie.

—¿Estás cubierta de sangre de pollo?

—Algo así.

—Bueno, el cuerpo no va a ninguna parte, pero los testigos están cada vez más inquietos.

—Testigos... —dije—. ¿Tenemos testigos?

—Testigos o sospechosos —dijo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Vamos al Club Sapphire y descúbrelo.

—¿El Sapphire, no es ese que está al final, el que se llama a sí mismo club de caballeros?

—Anita, estoy sorprendido, no sabía que frecuentaras los bares de sexo.

—Querían utilizar vampiros strippers, y tuve que ir allí para hablar con ellos.

—No sabía que eso era parte de la descripción de tu trabajo como oficial —dijo. Si hubiera sido Dolph, lo hubiera dejado ir, pero era Zerbrowski, y estaba bien—. La Iglesia de la Vida Eterna no permite que sus miembros tengan sexo, o que hagan cualquier otra cosa que la Iglesia considera moralmente cuestionable. Entonces el club necesitó el permiso de Jean-Claude para llevarse a los vampiros del otro territorio.

—¿Se lo dio?

—No.

—¿Y fuiste con él para ayudarlo a decidir?

—No.

—¿Fuiste sola? —preguntó.

—No.

Suspiró.

—¡Oh, demonios!, solamente ven aquí. Si dijiste que los vampiros, como se suponía, estaban lejos de este lugar, tu novio no va a estar feliz.

—Simplemente sin vampiros en el escenario —dije—. Aparte de eso, no es de nuestro asunto.

—No en el escenario, al menos no pagados —dijo Zerbrowski.

—Dijiste testigos o sospechosos, y ahora dices que no hay vampiros pagados en el escenario. Mierda, ¿Estás sentado sobre unos vampiros que estaban en el público?

—Ven y verás, pero date prisa, el amanecer está cerca. —Colgó.

Maldije en voz baja.

—Me tomo eso como que nuestro baño caliente no va a suceder esta noche —dijo Jean-Claude.

—No, desgraciadamente.

—Si no es un baño para ti, entonces puedo ofrecerte una ducha rápida, aquí.

Suspiré.

—Sí, no puedo ir a ver a la policía en estas condiciones.

Miró hacia su propio cuerpo salpicado por sangre y rió.

—Quizás para mí, también, esta noche.

—Se podría conservar el agua, y compartirla —dije.

Levantó una ceja y me sonrió de nuevo. La sonrisa decía mundos.

—Bueno, bueno, adivino que nos distraeremos.

—No estoy seguro de que tenga la fuerza, como tú dices, distraído tan pronto.

—Lo siento, me olvidé de que los chicos no se recuperan tan rápido como las chicas.

—No soy humano, *ma petite*, con otra donación de sangre quizás pueda recuperarme.

—¿De verdad? —dije. Mi pulso se aceleró solamente un poquito con el pensamiento. Mierda, estaba demasiado cansada y demasiado dolorida para pensar en eso otra vez.

—De verdad —dijo.

—Creo que sí pudiera donar más sangre esta noche, sería malo.

—No tiene que ser tu sangre —dijo.

Me quedé mirándole fijamente, y él me miró. Dije lo que pensaba, lo cual casi me había sorprendido.

—Entonces, ¿Tomas la sangre de mí, luego tenemos sexo, y después buscas a otro donante y luego tenemos sexo? Podríamos, ¿Qué? ¿Tener una sala llena de donantes y sólo follar hasta que estemos tan doloridos, o tan cansados, que no podamos movernos? —Era una especie de broma. La expresión de su rostro no lo era. La expresión de su rostro, la expresión de sus ojos, me hizo sonrojar.

Tuve una imagen de repente, tan fuerte, que si no hubiera estado en el suelo, entonces me habría tirado. Vi a Belle Morte tendida en una cama grande, rodeada de velas. Asher y Jean-Claude estaban en la cama, también. Había hombres atados a los postes grandes de la cama, desnudos y pálidos. La sangre brillaba en líneas finas desde todo su cuerpo, el cuello, el pecho, el interior de sus brazos, por las piernas. No tenían una mordedura cada uno, o dos, sino eran más de las que podía contar. La cabeza de un hombre había caído hacia delante en su pecho, y se hundía contra sus cadenas. Si respiraba, no podía verlo. Jean-Claude me empujó fuera de su memoria, fue casi un empujón físico. Volví a mí misma, en el suelo de su oficina, cubierta en mi sangre, con el teléfono en mi mano.

—No tendría que haber visto eso.

—Estoy seguro. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Éramos jóvenes y no sabíamos que hacíamos. Bella Morte era nuestro Dios.

—¿Lo desangró hasta morir para que pudierais tener una sesión sexual maratónica? —dije, y mi voz no estaba horrorizada, de hecho, sonaba vacía. Debido a que aún podía ver en mi memoria, no el detalle lívido como hubiera sido, pero ahora estaba en mi cabeza, también. Dios, no necesitaba agregar más pesadillas.

—Hay muchas cosas que he hecho, *ma petite*, que no tendrías que saber. Cosas que me avergüenzan. Cosas que se queman dentro de mí como la bilis.

—Era tu memoria, recuerdos. Sentí lo que estabas sintiendo. No había ningún remordimiento.

—Entonces te saque demasiado pronto. —No me sacó, simplemente dejó de empujarme y estuve de nuevo en esa habitación. De vuelta en la cama. Estaba dentro de la cabeza de Jean-Claude cuando se dio cuenta que el hombre en la cama no se movía. Se arrastró por la cama y le tocó la carne fría. Sentí su dolor, sentí que se avergonzaba. Tenía su conocimiento de que esas personas confiaban en nosotros. Seres humanos que habían prometido protegernos. Darnos u sangre y tu cuerpo, y te mantendremos a salvo. Miré hacia atrás, hacia Belle Morte tendida desnuda y exuberante, bajo el cuerpo de Asher. El cuerpo de Asher antes de que la iglesia lo hubiera marcado. Vi levantar la cara de Asher, y nuestros ojos se encontraron, y en medio de lo que pensaba Belle que era la más sensual de la noche, la semilla fue sembrada de que debíamos escapar. Que había cosas que no hacíamos, y las líneas que no se cruzaban, y que ella no era un

dios.

Y estuve de regreso en su oficina, con mi sangre secándose en mi cuerpo y mi pecho empezando a doler, y llorando.

Me miró, con ojos secos, y esperó a que saliera corriendo. Darne la vuelta, y huir. Al igual que había hecho tantas veces en el pasado. Nada era lo suficientemente bonito para mí, bastante agradable, bastante limpio. No me gustaba la gente sucia en mi vida, y una vez había sido cierto, hasta que me desperté un día y me di cuenta que era una persona sucia.

Mi voz fue firme, y no sonaba como si hubiera lágrimas corriendo por mi rostro.

—Solía pensar que sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal, y quienes son los buenos, y quienes son los malos. Entonces el mundo se puso muy gris, y me di cuenta que no sabía nada desde hace mucho tiempo.

Sólo me miró, con la cara blanca sin ninguna expresión, escondiéndose de mí, porque estaba seguro de a dónde iba, lo que diría.

—Hay días, semanas infernales, cuando aún no sé nada. Me han empujado más allá de lo que pensaba que era correcto e incorrecto, que algunos días no sé mi camino de vuelta. He hecho cosas en nombre de la justicia, en nombre de mi versión de la justicia, que no quiero que nadie sepa. Puedo mirar a un hombre a los ojos y matarlo, y no siento nada. Nada, Jean-Claude, nada. No tenías intención de matar, y te sentiste mal por eso.

—Tomas la vida para proteger la vida, *ma petite*. He tomado la vida por placer, por el placer de esa a quien he servido. —Sacudió la cabeza y lentamente levantó las rodillas hasta el pecho, abrazándose a sí mismo tensamente—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué no sustituí a los vampiros que tú y Edward, y que incluso más tarde, asesiné, cuando destruimos a Nikolaos?

—Realmente no había pensado en ello —dije—. Sé que de repente estamos rodeados de vampiros cuando nos parecía un poco vacío antes.

—Llamé a los vampiros a mi casa, porque los había tomado hace mucho tiempo. Pero no he hecho un nuevo vampiro desde que me convertí en maestro de la ciudad. Eso nos ha mantenido en niveles peligrosamente bajos. Si hubiéramos tenido realmente otro amo en el territorio se podría haber declarado la guerra total, lo hubiéramos perdido. Simplemente carecíamos de la mano de obra.

—¿Por qué no hacer más? —pregunté, porque parecía que quería que

yo preguntara.

Me miró, y había algo en su mirada que me recordó a alguien más. Era una mirada de dolor y confusión, y siglos de dolor. Nunca había visto sus ojos tan transparentes, tan humanos.

—Porque, para que sean vampiros, en primer lugar debes llevarte su mortalidad, su humanidad. ¿Quién soy yo para hacer eso, *ma petite*? ¿Quién soy yo para decidir quién vivirá y quién morirá en su tiempo señalado?

—¿Quién eres tú para jugar a ser Dios? —pregunté.

—Sí —dijo—, sí, quién soy yo para saber lo que se va a cambiar. Belle solía utilizar nuestro poder para cambiar los países, las guerras, quien gobernaba, quien era asesinado. Hubo un momento en que gobernó más a Europa en secreto que nadie que lo supiera, incluso entre el Consejo de vampiros en sí. Mató a millones a través de la guerra y el hambre. No por su mano, sino por sus elecciones.

—¿Qué la detuvo?

—La Revolución Francesa, y dos guerras mundiales. Incluso la muerte por sí misma debe inclinarse ante la destrucción sin sentido. Ahora el Consejo sujeta más fuerte las riendas hacia sus miembros. El tiempo en que alguien en Europa podía construir una estructura de semejante poder secreto, ha terminado.

—Me alegra oír eso —dije.

—Qué pasa si tomo a alguien y los hago como yo, y esa persona se ha curado de cáncer, o inventado algo grande. Los vampiros no inventan nada, *ma petite*, son consumidos por la muerte y el placer, y las luchas de poder sin sentido. Buscamos el dinero, la comodidad y la seguridad.

—Lo mismo ocurre con la mayoría de la gente.

Sacudió la cabeza.

—Pero no todos, y mi clase se siente atraída por quienes detectan el poder o la riqueza, o son inusuales de alguna manera. Una voz preciosa, un regalo de arte, de la mente, o el encanto. No tomamos a los débiles, como la mayoría de los depredadores hacen, tomamos lo mejor. El más brillante, el más hermoso, el más fuerte. ¿Cuántas vidas se han destruido durante los siglos que podría haber hecho alguna diferencia maravillosa o terrible, a la humanidad, y al mundo en general?

Le miré, y no hacía mucho tiempo habría desconfiado de este intercambio. Pero lo sentía en mi cabeza. Me preocupaba si era un

monstruo. Jean-Claude lo sabía con certeza. Que no se arrepentía de lo que era, pues no podía imaginar otra vida, pero estaba preocupado por los demás. Se preocupaba por realizar la elección de los demás. Se preocupaba por jugar algún dios oscuro. Le preocupa que un día se convirtiera en la persona de la cual salió corriendo. Un día, se convertiría en una versión de Belle Morte.

¿Qué hacer cuando de repente se puede ver tan lejos en los peores temores de alguien? ¿Qué dices al saber tanta verdad sobre alguien? Dije lo único que podía pensar, lo único que le daría toda la comodidad.

—Nunca vas a ser como Belle Morte. Nunca vas a ser tan malo como ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? —preguntó.

—Porque te mataré antes de dejar que eso suceda, —y mi voz fue suave cuando lo dije, porque no era una mentira.

—Matarme para salvarme de mí —dijo, y trató de hacer la luz de eso, y fracasó.

—No, matarte para salvar a todos aquellos que destruyas. —Mi voz no era más suave—. ¿Incluso si te destruyo, al mismo tiempo?

—Sí.

—¿Incluso si arrastras a nuestro torturado Richard abajo con nosotros?

—Sí —dije.

—¿Incluso si le cuesta a Damian su vida?

Asentí.

—Sí.

—¿Incluso si Nathaniel muere con nosotros?

Dejé de respirar por un segundo, y parecía uno de esos tramos donde tienes todo el tiempo del mundo, y no es así. Mi aliento salió tambaleante, y tuve que lamer mis labios, antes de decir:

—Sí, con una condición.

—¿Y cuál sería? —preguntó.

—Que pueda garantizar que no sobreviviría tampoco.

Me miró, y fue una mirada larga, muy larga. Una mirada que abrumaba mi alma, y me di cuenta de que en cierta forma, eso es exactamente lo que había hecho hace años.

—Me dijiste una vez que soy tu conciencia, pero eso no es todo lo que soy, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

—Soy tu interruptor automático. Soy tu juez, jurado, y verdugo si las cosas van mal.

—No, *ma petite*. Si me equivoco. —Había una paz en sus ojos, como si algo de peso se hubiera ido de sus hombros. Supe exactamente cuando el peso se fue.

—Hijo de puta. Hubiera sido feliz matándote una vez, pero no ahora. Ahora no.

—Si es demasiado preguntar, entonces consideraré esto como algo sin respuesta, sin nada que decir.

—No, cabrón, ¿no lo entiendes? Si te vuelves loco y empiezas a matar a inocentes, voy a ser yo exactamente a quién van a enviar. Yo soy el verdugo. —Me quedé mirándole.

—Pero, *ma petite*, tú siempre fuiste la primera a la que ellos envían. Siempre has sido el verdugo.

Me puse de pie. Mis rodillas ya no estaban débiles.

—Pero nunca antes he estado enamorada de alguien que tuviera que matar.

—Pero me has dicho que tu amor por mí no te impediría cumplir con tu deber.

Los ojos me ardían.

—No, no lo hará. Si va mal, voy a hacer mi trabajo. —Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. Eres un cabrón maquiavélico, te hubiera matado sin estar enamorada de ti.

—No quería que me amases para que fueras mi seguridad malograda, como dices. Quería que me amaras, porque estaba enamorado de ti. —Su voz estaba cerca, y cuando abrí los ojos estaba de pie delante de mí—. Es sólo que recientemente he estado preocupado de que estuvieras tan obsesionada conmigo que no fueras capaz de perdonarme por crímenes en esta vida, ahora.

Sacudí la cabeza.

—No, no.

—Tenía que saberlo, *ma petite*.

—No me llames así, ahora no.

Tomó una respiración profunda y la soltó.

—Anita, lo siento. No quería causarte dolor, no deliberadamente.

—¿Entonces esta conversación no podía haber esperado hasta que el resplandor cayera?

—No —dijo—. Tenía que saber si me amabas más que a tu sentido de la justicia.

Tragué saliva. No iba a llorar, no lloraría maldita sea.

—No podría amarte más, querido. Amor no es más que honor.

Tomó mis manos, y casi me aparté, pero me hice quedarme y dejar que me tocara. Estaba tan enfadada, tan enfadada, tan...

—No me digas dulce, soy cruel —dijo—. Que desde el convento, de esos pechos castos y mente tranquila.

Le miré, y dije la siguiente línea.

—A la guerra y a las armas yo vuelo.

—Cierto, una nueva amante persigo ahora —dijo.

—El primer enemigo en el campo —dije, y dejé que me atrajera más cerca.

—Y con un abrazo de fe más fuerte —dijo.

—Una espada, un caballo, un escudo. —Y la última palabra fue susurrada contra su pecho, todavía alzando la vista en aquellos ojos, buscando su cara.

—Sin embargo, ésta inconstancia es tal, como tú también serás adorada —susurró contra mi pelo.

Terminé el poema con mi cara apretada contra su pecho, escuchando el latido de su corazón, que realmente golpeaba con mi sangre.

—No podría amarte más, querido. Amor no es más que honor.

—Para Lucasta, al ir a la guerra —dijo Jean-Claude. Tenía los brazos a mí alrededor, me sostenía muy cerca.

Levanté mis brazos a su alrededor, poco a poco.

—Richard Lovelace —dije—. Siempre me gustó su materia en la universidad. —Seguí moviendo los brazos, hasta que fueron alrededor de su cintura, y nos quedamos abrazados—. No creo que me hubiera acordado de todo el poema si no hubieras ayudado.

—Juntos somos más que cuando estamos separados, Anita, eso es lo que es el amor. —Le agarré, y las lágrimas comenzaron a bajar por mi cara, duras y calientes, y asfixiándome—. No, Anita. —No tenía que ver su cara, para saber que una sonrisa estaba allí, lo podía escuchar en su voz—. *Ma petite, ma petite, ma petite.*

Llega un punto en el que acabas amando a alguien. No porque sean buenos o malos, o cualquier cosa realmente. Solo le amas. Esto no quiere decir que volváis a estar juntos para siempre. Esto no significa que él no les

haga daño a otros. Sólo significa que tú le amas. A veces, a pesar de lo que son, a veces, a causa de lo que son. Y tú sabes que te ama, a veces, por lo que somos, a veces, a pesar de eso.



El Club de Sapphire era un edificio bajo, amplio y no parecía bonito desde el exterior. No parecía diferente a buena parte del resto de los bares y clubes de la zona, así que ¿por qué era un club de caballeros y los otros bares estúpidos? Seguridad, decoración, y un código de vestimenta para los bailarines, para empezar. Esta noche, el aparcamiento VIP estaba tan lleno de vehículos oficiales y semioficiales que apenas se podía ver la parte delantera del club a través de las luces intermitentes y la gente trabajando. Incluso había un camión de bomberos grande y un camión de rescate junto a la ambulancia regular. No tenía ni idea de por qué necesitábamos el camión grande, pero las escenas de asesinato siempre atraían a más gente de lo que realmente necesitabas, más policías y más civiles, más de todo.

Había una multitud apretada contra la cinta de la policía y las barreras de caballetes. Algunas de las mujeres apenas parecían vestidas para el frío de octubre, por lo que tenía que ser gente de los clubes de los alrededores.

La mayoría de los bailarines llegaban al trabajo con ropa de calle, después se cambiaban allí. Por lo menos algunas de las mujeres tiritando de frío habían dejado el trabajo en otra parte para unirse a los mirones.

En realidad, tuve que estacionar en el aparcamiento de la discoteca más próxima, el Jazz Baby, música y entretenimiento en vivo. ¿Qué podía ser mejor? Dormir, tal vez. Eran casi las cuatro de la mañana. Mi ducha había batido el récord de velocidad, pero seguía siendo absolutamente un paseo desde Riverfront. Nos habíamos arreglado para conseguir sangre en la parte delantera de mi camisa, así que llevaba una camiseta que Jean-Claude había encontrado en alguna parte. Era blanca, de modo que el sujetador negro se notaba a través de ella, o tendría si no hubiera estado usando otra vez la chaqueta de cuero de Byron. Probablemente podía mantener la chaqueta puesta. No, estaría caliente en el interior. Oh, bueno. Si lo peor que pasaba esta noche era que alguien notaba que estaba llevando un sujetador negro bajo una camisa blanca, nos consideraríamos afortunados.

Jean-Claude también había encontrado la ropa interior, de nuevo era un tanga, pero en realidad era cómodo, porque estaba hecho del material suave de la camiseta, incluso el trozo que iba entre mis nalgas. La mayoría de los tanga de chica me habían parecido que tenían gomita o encaje recorriendo el culo, y eso en realidad no parecía cómodo.

Tuve que exhibir la placa sólo para pasar a través de la multitud. Cuando llegué a la línea, el oficial más cercano a mí en realidad no me miraba. Vio a una mujer con botas y una falda corta y una chaqueta de cuero y dijo:

—El club está cerrado por esta noche, no vas a trabajar.

Empujé mi placa en su cara, y tuvo que volver a centrarse en ella.

—En realidad, Oficial —y leí su nombre en la etiqueta con las luces brillantes—, Douglas, creo que voy a estar trabajando esta noche.

Bajó la vista hacia mí, porque era más alto que yo. Vi su rostro intentar envolver un paquete la mirada a mí alrededor y de la placa. No era el primer oficial de policía que tenía un problema al ponerlo todo junto, y no sería el último. Podría pensar como un policía, pero realmente no me parecía a uno. Especialmente no esta noche.

—Soy la agente Anita Blake, el sargento Zerrowski me llamó. — Siempre es bueno recordarle a la gente que no me había auto invitado a su fiesta. Tenía la autoridad para hacerlo, pero intenté como pude interrumpir poco sin haber sido invitada. A ningún policía, no importa qué rango, le

gustaba ver a alguien entrometiéndose en su caso. Especialmente, no en uno grande.

El oficial Douglas miró mi placa como si no creyera que fuera verdadera.

—Nadie me dijo que los federales iban a venir.

—Ya lo sé, son las cuatro de la mañana. Pedí tu permiso para cruzar esta línea como muestra de cortesía, pero esta placa es una placa federal y me da el derecho a cruzar esta línea, entrar en esta escena del crimen, y hacer mi trabajo de mierda. Si me detienes, Oficial Douglas, te responsabilizaría de obstruir a un oficial federal en el cumplimiento de su deber.

Parecía como si se hubiera tragado algo amargo, pero hizo señales a otro oficial para que se acercase. Había ocupado su lugar en la barrera y sostuvo la cinta para mí.

—Caminaré con usted, señora.

Supongo que no podía culparlo. Quiero decir, ¿y si la placa no era real, o no era mía? Por supuesto, si hubiera sido un hombre grande y robusto, no habría tenido ningún problema con él. Siempre puedes hablar a un policía nuevo como un veterano. Los nuevos todavía juzgan mucho la apariencia, una vez que hayan estado en la policía durante un par de años, dejan de hacer eso. Porque para entonces, has aprendido que lo que está en el exterior, no dice gran parte de lo que está en el interior. Una linda viejecita puede apretar un gatillo tan bien como un gran tipo de aspecto aterrador. Los novatos no saben eso todavía. No han aprendido la lección de que no se puede saber con solo mirar.

El oficial Douglas no acertó su zancada por mí, y no tenía por qué. Estaba acostumbrada a caminar por las escenas con Dolph, que hacía que Douglas pareciera pequeño. Le seguí hasta con las botas de tacón alto. Parecía que quería decir algo, pero no lo hizo. Menos mal, seguramente.

Algunos de los policías de este lado del río no me conocían de vista. Pensaban lo mismo que Douglas había pensado, que trabajaba aquí, porque silbaban detrás nuestro.

—Hey, Dougie, yendo a conseguir un pedazo. Ningún baile erótico en horas de trabajo, Douglas. —Y peor. No hice caso de nada. Eran las cuatro de la mañana, y no había estado en la cama, sin embargo, no me importaba. Además, había aprendido por el camino duro que cuanto más atención pones en cagadas así, más tienes que cavar. Lo ignoré, y por lo general

desaparecía, porque simplemente no era divertido si no conseguían una respuesta tuya. Además, se estaban burlando de Douglas más que de mí. Sólo era la chica sin nombre que les daba una excusa.

Él lo ignoró, pero su rostro estaba ardiendo en el momento en que llegamos a las puertas principales. En realidad sostuvo la puerta para mí, y yo se lo permití. Habría sido un punto en mi vida si no le hubiera dejado sostener la puerta. Pero con su cara quemándose de vergüenza, no iba a discutir con él por el pomo de la puerta. Iba a tener que trabajar con él, así que le rodeé, podía sostener la puerta. Además, si lo pusiera *in situ* cerca de la puerta, habría dado a sus compañeros de trabajo algo más para tomarle el pelo, y no quería eso.

Fuimos a través de las puertas de vidrio a una pequeña área de entrada que me recordó a la parte frontal de un restaurante agradable, con un pequeño escritorio y un *maître*. Aunque ése probablemente no era el título oficial del tipo alto. Pero bueno, llevaba una chaqueta de traje blanco con corbata, parecía un *maître*. Cuando lo había visto por última vez, era alto y seguro de sí mismo y había tomado mi nombre y el de Asher y pidió un teléfono para tener una «anfitriona» acompañándonos. Ahora, se inclinaba sobre sí mismo, con su cabeza en sus manos, parecía enfermo.

Había cuartos de baño a la izquierda, y un pequeño vestíbulo que conducía al club. En realidad desde la puerta no se podía ver dentro del club. Esto les daba una última oportunidad para mantener fuera a los indeseables, o a los menores de edad, antes de que alguien viera unos pechos. El esquema de color azul y morado fue silenciado, y si no hubiera tenido siluetas de mujeres desnudas en las paredes, se hubiera visto como un restaurante, oh, y por los carteles publicitarios, de que el miércoles era la noche de los aficionados.

No podía recordar el nombre del tipo grande, apenas podía recordarlo. Pero no importaba, porque Douglas me llevó junto a él sin decir ni una palabra. Encima de la pequeña rampa, el club se derramaba a nuestro alrededor. Había una buena barra sólida en el área izquierda que habría hecho a cualquier club orgulloso, pero el resto de la habitación era todo club de striptease. Quiero decir, ¿para qué más se utilizaban los pequeños escenarios? La habitación era sobre todo azul y morada, y tal vez de otros colores. No lo podía decir con seguridad, porque la mayor parte de la gran sala estaba iluminada por la luz negra, u otra extraña iluminación, de modo que la habitación estaba iluminada, pero aún así era terriblemente oscura.

Me había sorprendido la primera vez que estuve aquí, era como si la luz pudiera ser oscura, así que aunque no había área realmente sombreada, toda la habitación parecía que estaba en una sombra.

Era una noche de fin de semana, el lugar estaba lleno, pero tranquilo. Habían tenido que apagar la música y el parloteo interminable del DJ estaba felizmente ausente. De hecho, la habitación parecía incorrecta con esta tranquilidad, como si el ruido fuese parte de la decoración. Había hombres, y más mujeres de lo que puedes pensar en el público, ahora acurrucados todos juntos como dolientes en un funeral inesperado. Los bailarines estaban todos en una esquina con un detective que no conocía. Un hombre grande con un uniforme que hacía juego con el del oficial Douglas se dirigió hacia nosotros, con un cuaderno en una mano y un bolígrafo en la otra. Todavía tenía el sombrero puesto, como si su cara redonda hubiese sido incompleta sin él.

—Douglas, ¿para qué carajo me traes a otra stripper? Tenemos todas las chicas que estaban en el club esta noche por ahí. —Hizo una señal con el pulgar por encima del hombro. Tenía los ojos pequeños, redondos y brillantes, o tal vez simplemente estaba cansada de ser calificada como una stripper, y dejándome de lado como si no tuviera importancia, simplemente porque era una chica y no de uniforme—. A menos que, vieras algo fuera. ¿Lo hiciste, chica, viste algo?

Alcé la placa para que pudiera verla, y caminé alrededor de Douglas así que estaba mirando a lo que tenía que ser su jefe.

—Anita Blake, Agente Federal, ¿y tú?

Pude ver su rostro oscurecerse incluso con la extraña iluminación.

—Sheriff Christopher, Christopher Melvin. —Me miró de arriba abajo, no de la forma en que un hombre piensa que una mujer es bonita, sino que parecía que me estuviese evaluando, y no estaba impresionado—. Sabes, si no quieres que la gente piense que eres una stripper, deberías vestirme mejor, señorita.

—Para ti será Agente Blake, Sheriff, y en la gran ciudad, esto se llama estar a la moda. Los vestidos hasta las rodillas pasaron de moda hace unas pocas décadas.

Su rostro se puso un poco más oscuro, sus ojos pasaron de poco amistosos a hostiles.

—¿Crees que eres divertida?

—No —dije, y respiré hondo y solté el aire lentamente—. Mira, deja de

llamarme stripper, y voy a dejar de hacer comentarios lindos sobre ti. Vamos a pretender que estamos aquí para resolver un crimen, y sólo hagamos nuestro trabajo.

—Aquí no necesitamos ayuda federal.

Suspiré. Miré alrededor y no vi a nadie conocido.

—Muy bien, quieres hacerlo de esta manera, podemos hacerlo de esta manera. Si me impides interrogar a todos los vampiros antes del amanecer, te acuso de obstruir a un oficial federal en el ejercicio de sus funciones.

—Algunos de sus amigos, ¿es eso? He oído que eres cebo de ataúd.

Negué con la cabeza y caminé alrededor de Douglas, lo que me puso fuera del alcance del sheriff.

—¿A dónde diablos vas?

—A interrogar a los testigos —dije, y me quedé con un ojo en el sheriff, porque no estaba segura de lo que haría.

—¿Cómo sabes dónde están?

—No están aquí, o en el estacionamiento, por lo que tienen que estar en la habitación de Sapphire. —Casi estaba en la plataforma poco elevada frente a un buen par de puertas de madera. Había otro oficial uniformado delante de las ellas. Había estado allí antes, así que sabía que el sonido era sordo dentro de la habitación. Es por eso que no le había gritado aún a Zerbrovski.

Me desabroché la chaqueta de cuero mientras subía la escalera. Tenía mi tarjeta de identificación en la mano izquierda, sosteniéndola donde el uniformado de la puerta pudiera verla. En realidad no estaba segura de lo que iba a hacer si el sheriff le decía a su hombre que no me dejase entrar, había aprendido que sólo porque tenía el derecho legal de estar en alguna parte, no quería decir que la policía local lo hiciese fácil. Ellos, en realidad, no ponían las manos sobre mí, o pateaban mi culo hacia fuera, pero si quería ser poco cooperativos, lo podían ser.

—Por favor, muévase a un lado, oficial.

Comenzó realmente a dar un paso al lado, pero el sheriff dijo:

—No trabajas para ella. Te moverás cuando yo diga que te muevas.

Suspiré y pensé, *Bueno, mierda*. Entonces tuve una idea. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta de cuero.

—Cuidado con lo que alcanzas —dijo el sheriff desde lejos demasiado cerca detrás de mí.

Me giré así que pude mirarle a él y al otro oficial. Alcé mi teléfono

móvil.

—No hay necesidad de emocionarse, Sheriff. Sólo voy a hacer una llamada telefónica.

Tenía las manos en las caderas por encima de su cinturón Sam Brown. No había desabrochado su arma, por lo que no era grave. Sólo estaba tratando de ver si me asustaba. Si pensaba que este tipo de mierda me podía intimidar, había estado jugando en la parte menos profunda de la piscina durante demasiado tiempo.

Golpeé los botones, manteniendo un ojo sobre los oficiales de la habitación. Muchos de ellos habían dejado de preguntar o custodiar, o lo que ellos estuviesen haciendo, para ver nuestro pequeño show. Zerbrowski contestó a la segunda.

—Estoy en el club, justo fuera de las puertas.

—¿Y por qué no estás dentro de las puertas? —preguntó con tono perplejo.

—El sheriff ha ordenado a su hombre que no se mueva de las puertas.

—No es cierto —gritó el comisario—, pero seguro como el infierno que no puedes ordenar a mi hombre hacer una mierda.

Suspiré suficientemente fuerte para que Zerbrowski pudiera escucharlo.

—Un poco de ayuda aquí.

Zerbrowski abrió la puerta con el teléfono todavía en la mano.

—Gracias, Sheriff Christopher, creo que la Agente Blake y yo lo tenemos desde aquí. —Hizo clic con el teléfono cerrado, sonrió a todos, y se movió a un lado lo suficiente para que pudiera pasar, pero no lo suficiente para el sheriff, que estaba en la parte inferior de los escalones que saltaban a la vista. Finalmente me di cuenta de que el concurso de meadas había comenzado antes de que llegara allí, y había conseguido estar atrapada en él.

Zerbrowski cerró la puerta detrás de nosotros, y se apoyó en ella moviendo la cabeza. Era 5 pies y 9 de alto, con el pelo corto y negro que se hacía cada año más gris. Cuando su esposa le hacía cortarse el pelo era corto y arreglado. Cuando se olvidaba, o ella está ocupaba, era rizado y ondulado, y descuidado como el resto de él. Su traje era de color marrón, y su corbata de color amarillo pálido, al igual que su camisa. Creo que fue la primera vez que había visto toda su ropa combinada en todos los años que lo había conocido. Bueno, armonizada y sin tener manchas de comida en ella.

Sus gafas eran de plata y ayudaban a ocultar que sus ojos estaban cansados, pero no que estaba enojado. Me llevó a un lado junto a la fuente que una vez, un verdadero, y vivo león estuvo agachado justo a su lado. La sala de Sapphire era un cruce entre un pabellón de caza, una sala de safari, y otras cosas que la gente piensa que los hombres piensan que es masculino. La mayor parte de la habitación estaba alfombrada con estampado de leopardo, de modo que mi primer pensamiento fue, en todo caso, *Oh, no, un leopardo se amplió y se enyesó por todas partes, pero bueno, las impresiones animales son de este año*. La gente paga cientos de dólares por noche para estar de vuelta aquí, así que les debía gustar.

Zerbrowski dio la espalda a la habitación y me indicó que fuera delante de él, para que nadie nos pudiera ver hablando.

—Bienvenida a la fiesta.

—¿Por qué mantener fuera a los hombres del sheriff?

—Cuando llegamos, no tenían a los vampiros aquí y estaban utilizando cruces contra ellos. No los tocaron, acababan de hacer que las cruces brillasen como el infierno, y básicamente decían, tú hablas, o nosotros tenemos las cruces fuera.

—Mierda, el uso de un elemento sagrado en un vampiro para ser interrogado estaba considerado un ataque, qué, ¿hace tres meses en un tribunal federal?

—Sí —dijo, y se alzó las gafas y se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—Cada vampiro aquí podría presentar cargos —susurré.

Asintió con la cabeza y se ajustó las gafas.

—Como he dicho, bienvenida a la fiesta.

Antes de la sentencia, en muchos de los departamentos de policía había elementos sagrados como parte de su uniforme, como insignias de solapa o tachuelas, pero ahora se llevaban a algún lugar secreto en sus cuerpos. Los artículos santificados estaban considerados como armas cuando se trataba de vampiros. Lo que significaba que el sheriff había hecho un asalto con arma mortal.

—¿Fue él, o también sus hombres?

—Algunos de sus hombres. Antes de que llegásemos aquí, todos tenían pequeños alfileres en forma de cruz. Conseguí quitárselos, pero sólo después de que amenacé con llamar a la oficina más cercana del FBI.

Le miré, porque ningún policía tiene el gusto en llamar a lo que

cariñosamente llaman el Feebies.

—Prefiero dejar que el FBI nos quite este asunto en su totalidad que dejar esta mierda bajar. Ahora los vampiros están cagados de miedo. Si hay culpables aquí, no lo puedo decir, porque todos están bien enfadados, o asustados. La mayoría ni siquiera hablan con nosotros, y legalmente no tienen que hacerlo. —En realidad no lo demostraba en su voz, pero estaba tan enfadado como le había visto. Lo pude ver en la tensión alrededor de sus ojos, la forma en que sus manos seguían rígidas. Zerbrovski solía ser un hombre relajado, pero todo el mundo tiene sus límites—. Tuvimos éxito en Nueva Orleans y Pittsburgh. Delitos muy similares. Dos en Pittsburgh, cinco en Nueva Orleans, después se movieron aquí.

—Afortunados nosotros —dije.

—Sí —dijo—, pero eso significa que tenemos al menos otros tres cuerpos que esperar. Necesitamos que estos agradables ciudadanos vampiros hablen con nosotros.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Tienes a alguien en particular con el que quieres que empiece? Quiero decir que son las 4:30, tenemos aproximadamente tres horas o menos hasta el amanecer. Tienen que ser libres de ir a casa antes del amanecer, a menos que puedas acusarlos de algo.

—Tenemos a una mujer muerta en un apartado al lado de aquí, múltiples mordeduras de vampiros, y ellos son vampiros. Probablemente podría conseguir a un juez que esté de acuerdo en detenerlos como testigos materiales. Conozco a un juez que odia a los vampiros lo suficiente como para darme una orden judicial.

Negué con la cabeza.

—Estamos tratando de suavizar esta situación, no empeorarla. En este momento sólo pueden demandar a esta ciudad, no hay que darles una razón para demandarnos, también.

Asintió con la cabeza y entonces hizo un ademán con la mano.

—Son todos tuyos, buena suerte.

Había un grupo de vampiros en torno a la gran chimenea en el centro de la sala principal. Ninguno de ellos pertenecía a Jean-Claude. Algunos de ellos se agrupaban alrededor de una mesa delante de la chimenea, en enormes sillas de trono, algunos en un asiento acolchado cerca de la chimenea. Uno de los vampiros agarraba un cojín con estampado animal mientras estaba sentado frente al fuego. Sus ojos estaban muy abiertos y

parecía traumatizado. Los otros cinco estaban asustados o enfadados, o una mezcla de ambos, pero estaban manteniéndose mejor juntos que la persona que abrazaba el cojín.

Les mostré mi placa y les expliqué quién era. Pero no era la tarjeta de identificación lo que hizo que el del cojín lloriqueara.

—¡Oh, Dios!, nos van a matar.

—Cállate, Roger —dijo un vampiro alto con el pelo liso negro y severos ojos color avellana—. ¿Qué haces aquí, Sra. Blake? Estamos retenidos contra nuestra voluntad, y no somos culpables de nada, salvo de ser vampiros.

—¿Y tú eres? —pregunté.

Se puso de pie y se enderezó su agradable traje conservador.

—Soy Charles Moffat.

—Conozco ese nombre —dije.

Parecía nervioso, sólo por un momento y luego trató de tragar. Tenía veinte años de muerto, un bebé.

—Eres uno de los diáconos de Malcolm para la Iglesia de la Vida Eterna —dije.

Abrió la boca, luego la cerró y se quedó muy alto, y dijo:

—Sí, soy yo, y no me avergüenzo de ello.

—No, pero Malcolm ha prohibido a cualquiera de los miembros de su iglesia frecuentar este lado del río con fines nefastos.

—¿Cómo sabes lo que dicta nuestro maestro? —Estaba tratando de engañar, y no iba a funcionar.

—Debido a que Malcolm habló con el amo de la ciudad y logró que se acordara informarle si alguno de los miembros de su iglesia frecuentaba sus clubes. No se les permite estar en ninguna parte de este lado. Debes, y cito, es absolutamente irrefutable.

Uno de los vampiros que era calvo y llevaba gafas, empezó a mecarse en su silla.

—Sabía que no debería haber venido. Si Malcolm se entera...

—Ella está al servicio de Jean-Claude, y debe decírselo, y él se lo dirá a Malcolm.

—En realidad, el acuerdo era sólo sobre si veníais a nuestros clubes. Malcolm no nos pidió mantener un ojo a este lado del río.

El vampiro calvo me miró como si le hubiera ofrecido la salvación.

—¿No se lo dirás?

—Si me decís todo lo que sabéis acerca de esto, no veo una razón para hacerlo.

El vampiro calvo tocó el brazo de Charles Moffat. Charles se apartó de él.

—¿Cómo podemos confiar en ti?

—Mira, no soy yo la que ha firmado una cláusula de moral con mi amo y acaba de ser atrapado en un bar de striptease, vosotros sí. Así que si alguien pone en duda la palabra de alguien, ¿no debería ser yo? Me refiero a un vampiro que va en contra de las órdenes expresas de su señor, ¿qué bueno es él o su maestro o su beso?

—Nosotros en la iglesia no utilizamos la palabra *besar* para un grupo de vampiros. Malcolm siente que es una palabra demasiado sensual.

—Bien, pero mi punto está parado. Habéis traicionado a vuestro amo, a vuestra iglesia, y a vuestro juramento, ¿o no tomasteis en la iglesia el juramento de sangre?

—Una práctica bárbara —dijo Charles—, nosotros, los de la iglesia estamos en manos de nuestros propios estándares morales y no a algún juramento mágico.

Sonreí e hice señas alrededor la sala.

—Hmm, normas agradables.

Charles se ruborizó, cosa que no es fácil para un vampiro, pero que me hizo saber que se había alimentado esta noche, alimentado mucho.

—¿Quién fue tu alimento para esta noche?

Sólo me miró.

—Mirad, muchachos, son las 4:30 de la mañana. Tenemos menos de tres horas para enviar vuestro culo de vuelta a vuestros hogares. Los queremos a todos fuera de aquí antes del amanecer, ¿vale?

Todos asintieron.

—Entonces, responderéis a mis preguntas. Puedo decir quien de vosotros se ha alimentado y quien no. Necesito saber los bailarines o los donantes, de quien os habéis alimentado. Si están en la otra habitación, tengo que hablar con ellos. Si no es así, necesito nombres, y una manera de contactar con ellos esta noche.

—La relación entre un vampiro y su pareja es sagrada.

—Mira, Charles, tienes suficiente sangre en ti para ruborizarte. ¿Quieres que empiece a especular de dónde has conseguido tanta sangre para derrocharla?

—Ya hemos sido amenazados y maltratados. No puedes hacernos nada más.

Me volví hacia el resto.

—¿Quién quiere responder a mis preguntas y obtener una tarjeta que diga No-se-lo-diré-a-Malcolm?

El vampiro calvo se puso de pie. Charles le gritó. Pero Baldie sacudió la cabeza.

—No, tú no eres mi amo, Charles. Todos somos seres libres, en la iglesia, es una de las razones por la que nos unimos. Voy a responder a sus preguntas, porque es mi derecho de hacerlo.

—Vamos a encontrar una habitación privada —dije, y le hice señas para que me siguiera. Había un acuario de agua salada verdaderamente hermoso en una pequeña área que probablemente estaba destinada a ser una sala para fumar, pero había habitaciones más pequeñas fuera de ella, donde normalmente podrías tomar a una de las bailarinas y recibir un baile privado.

Llevé a Baldie dentro de la primera habitación. En realidad, era agradable, no de mal gusto en lo más mínimo, con un pequeño sofá, una silla, una mesa de café, y la iluminación del área. El cuarto todavía tenía ese cuero y el tema varonil, sin ser desagradable al respecto.

—Siéntate —dije.

Se sentó, frotándose las manos sobre las rodillas, nervioso. Era un poco regordete y suave. Se parecía a un contable, excepto cuando pasó la lengua por los labios, y brilló un pequeño colmillo. Los nuevos hacen eso.

—¿Cuánto tiempo has estado en la iglesia?

—Dos años. —Movía la cabeza—. Pensé que sería ser sexy, ya sabes, los vampiros, la ropa, el romance. —Estrechó sus manos regordetas juntas—. Pero no es así en absoluto. Sigo siendo un empleado de la ley, sólo en otra oficina donde me dejan trabajar por las noches. No puedo beber, no puedo comer un filete, y el morir no me hizo más sexy. —Extendió las manos—. Mírame, soy más pálido.

—Pensé que la iglesia exigía seis meses como mínimo de estudio antes de permitirte dar el último paso.

Asintió con la cabeza.

—Lo hacen, pero hacen que todas las cosas morales parezcan elevadas, ya sabes, somos mejores que los otros vampiros. No somos pervertidos como Jean-Claude y sus vampiros. —Miró hacia arriba y se asustó, y lo

mostró—. Lo siento, no quise decir...

—Sé lo que dice la iglesia acerca de la sociedad vampírica normal.

—Sonaba tan noble.

—Déjame adivinar, allí estaba esta mujer que resultó ser una vampiro.

Levantó la vista, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que suerte, y después de realizar el cambio, ¿qué pasó?

—Ella fue mi pareja durante los primeros meses, pero después de eso, tenía otras obligaciones.

Eso era interesante, y lo archivé para más adelante. Si los diáconos de la iglesia estaban seduciendo a los miembros, podrían ser llamados ilegales, por lo menos de moral cuestionable.

—¿Con quién te has alimentado esta noche?

La pregunta lo derribó, y parpadeó ante mí como un conejo ante los faros.

—Sasha, su nombre era Sasha.

—¿Y la trajiste de vuelta aquí?

Asintió con la cabeza.

—¿Eres miembro del club?

Asintió de nuevo.

—¿Charles también lo es?

Cabeceó.

—¿La mayoría de la gente de la mesa son miembros?

Cabeceó, entonces.

—Era la primera vez para Clarke.

—¿Y Clarke es el que tiene la almohada?

—¿Cómo lo sabes?

Negué con la cabeza, sonreí y dije:

—¿Te acuerdas de alguna otra chica de quien la gente se alimentaba, nombres o descripciones? —Recordaba mucho. Terminé con cuatro nombres, dos descripciones, y sólo el pobre de Clarke quien no se había alimentado. Por supuesto, hubiera sabido la última parte, pero siempre es bueno tener cosas confirmadas.

Con Zerbrowski como mi guardia, nos aventuramos en el club en busca de la mujer en cuestión. Emparejamos a cada uno de los vampiros con al menos una chica. Charles se había alimentado de tres, y era un volquete grande. Dos de las chicas eran sus habituales. Bastante travieso para un

diácono de la iglesia.

Me tomó un poco más de dos horas para que coincidieran los que se habían alimentado con los que habían alimentado. No significaba que no hubieran escapado y alimentado de nuevo, pero lo hacía menos probable. Sugerí que más tarde podríamos comparar los radios de los mordiscos de la chica muerta con los vampiros, si fuera necesario. Sabíamos sus nombres, y sabíamos cómo encontrarlos.

El pedacito de información más interesante que descubrí fue dado solamente por el vampiro con el que primero hablé y por Clarke, que tenía miedo por lo que le habría dado a su madre. Había habido otros tres miembros de la iglesia aquí esta misma noche, y también eran parte de la multitud a la que le gustaba frecuentar los bares de striptease. Pero ninguno de ellos eran miembros del club VIP de las habitaciones de Sapphire. Tenía sus nombre y una dirección para la mayoría de los recién muertos. Tal vez habían tenido algo que ver con el asesinato, o simplemente se aburrieron y se fueron a casa temprano. No era un crimen para dejar un lugar.

Zerbrowski en realidad había llamado a la policía estatal para respaldarnos, así como acompañar a los vampiros a sus coches. Ninguno de ellos era lo suficientemente poderoso, o tenía la edad suficiente para ser capaz de volar a casa. Cuando el último de los no-muertos había llegado con seguridad fuera de sus camionetas y coches compactos, Zerbrowski me llevó a un lado y dijo:

—¿He oído bien? ¿La iglesia vampírica hace que sus miembros firmen una cláusula de moralidad?

Asentí con la cabeza.

—Otros vampiros les llaman Mormones con camión.

Él sonrió.

—Mormones con camión, de verdad.

—Honestidad.

—Oh, voy a tener que recordar eso, es bueno. —Miraba detrás de nosotros a la ambulancia, al camión de bomberos, y a todo el personal—. Ahora que has ayudado a salvar a los vampiros, ¿quieres buscar en la escena real del crimen?

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Sonrió, y casi sacó el cansancio de sus ojos.

—Tengo que bajar primero por la escalera —dijo.

Le fruncí el ceño.

—¿Qué escalera?

—Nuestra escena del crimen y el cuerpo abandonado están en un hueco dejado por algunos trabajadores de la construcción. Según el gerente del club, lo abrieron, pero no tienen todos sus permisos en regla, por lo que es sólo un gran agujero. Es por eso que necesitamos a los bomberos para ayudarnos a subir el cuerpo por el agujero cuando hayas terminado con él.

—No irás delante de mí por la escalera, Zerbrowski.

—¿Qué llevas puesto debajo de esa pequeña falda?

—No es asunto tuyo maldita sea, y si no me dejas ir primero por la escalera, se lo diré a tu mujer.

Se echó a reír, y unas pocas personas miraron en nuestra dirección. Eran más fríos de lo que éramos nosotros, y apenas estaban cansados. No creo que vieran algo de qué reírse.

—Katie sabe que soy una sanguijuela.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo de sucio está abajo en el agujero?

—Vamos a ver, ha llovido, ha helado, ha deshelado, y ha llovido un poco más.

—Mierda —dije.

—¿Dónde están los monos que solías llevar a todas las escenas del crimen?

—Ahora va en contra de la política de la empresa usar monos en la escena del levantamiento de un zombi. —Lo que no dije en voz alta era que me había olvidado de limpiarlos y llevaba monos llenos de sangre en los levantamientos de zombis. La esposa de un cliente se había desmayado. ¿Fue mi culpa que ella tuviera una constitución frágil? Fue Bert quien dijo no más, tenía el voto de mayoría en Animator Inc. Así que en realidad tenía que prestar atención a la regla—. No tenía planes de escalar dentro de agujeros y mirar cuerpos esta noche.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Yo tampoco, vamos a hacer esto. Quiero ir a casa y abrazar a mi esposa y a mis hijos antes de se vayan a la escuela y al trabajo.

No señalé que eran las 6:30 de la mañana, y sus planes de llegar a casa a tiempo para ver a Katie y a sus hijos antes de que se fueran corriendo a su rutina eran casi nulos. Todo el mundo necesita un poco de esperanza, ¿quién soy yo para quitarla?



La mujer en el agujero estaba más allá de la esperanza, o el miedo, o lo que sea que le hubiera sucedido.

Su rostro parecía vacío, tal y como se ven los muertos. Uno se ve así cuando se espanta, pero era sólo una casualidad. La forma en que los músculos de la cara trabajan en el momento de la muerte. Pero, sobre todo, la mirada, como si algo esencial faltaría, algo más allá de la respiración, del latido del corazón. Había visto a los ojos perder ese brillo, para decir que algo más precioso que el aire se va con la muerte. O tal vez estaba cansada y no quería estar de pie llena de barro hasta los tobillos, con la mirada fija en una mujer probablemente más joven que yo, y ahora siempre lo sería. Si no me he ido a la cama, me vuelvo más morbosa cerca de la madrugada.

Había un montón de similitudes con el primer cuerpo. Esta estaba tendida de espaldas, al igual que la anterior. Ambas eran strippers. Las dos fueron asesinadas en la parte exterior de los clubes en el que trabajaban.

Esta era rubia y blanca, igual a la primera. Había una serie de marcas de mordeduras a cada lado del cuello, y una en la curva de su brazo izquierdo, muñeca derecha, y pecho. Para ver si tenía mordeduras en el muslo iba a tener que arrodillarme en el barro, y no quería. Tan simple como eso, no quería. Me prometí que nunca volvería a ser pillada, en cualquier lugar, sin un par de cubre-trajes y botas para barro. Había tenido que pedir prestados los guantes a Zerbrowski. Debía haber estado pensando en mi cita, y no en mi trabajo cuando empaqueté mis cosas en el Jeep. Tonta de mí.

Me levanté y debatí sobre si podía salir sin tener que arrastrarme en el barro y mirar todas las mordeduras.

—Es casi un pie más alta que la anterior. Pelo rubio, pero muy corto, la última tenía el cabello largo. Aparte de eso, parecen malditamente similares.

—Los radios de mordida son los mismos.

—¿Quién tomó las medidas? —pregunté.

Me lo dijo, y el nombre no significaba nada para mí. Estaba al otro lado del río, y en realidad ni siquiera había estado en muchas escenas de crímenes a este lado. Maté vampiros para Illinois, pero no realicé mucho trabajo de investigación. No podía dejar que alguien más tomara las medidas, no si no lo conocía. Si una sola mordedura estaba fuera de radio, significaría un cambio de jugadores en nuestro grupo de vampiros. Necesitábamos saber si estábamos buscando cinco, o seis, o más.

Suspiré y busqué mi cinta métrica en el bolsillo exterior de la chaqueta. La cual empecé a llevar en la guantera junto con las toallitas húmedas para bebé. Medí primero las mordeduras fáciles de alcanzar y dejé a Zerbrowski tomar notas. Después coloqué con cuidado mi rodilla en el barro, entre sus rodillas. El barro estaba frío. Le abrí las piernas y encontré los mordiscos de la cara interna del muslo. Medí todo lo que pude encontrar. Los mordiscos eran iguales, o parecidos. Estaba usando un instrumento diferente para hacer la medición, lo que no debería haber hecho. No debí dejar que el técnico de la CSU me dejara algo que no tendría conmigo la próxima vez. Con lo que se mide puede hacer la diferencia en el campo. El campo no era un laboratorio.

Me levanté del suelo con cuidado, mi meta no era dejar que mi culo se deslizara en el barro. Las botas de tacón alto no eran la mejor garantía para evitar que eso sucediera. Así que tuve cuidado.

—El Sapphire tiene personal de seguridad cuidando el área. Al menos

una persona de seguridad en todo momento. Es fin de semana, deberían haber sido al menos dos. ¿Escucharon o vieron algo?

—Uno de ellos vio salir a la chica con su abrigo. Se dirigía a casa. La vio ir hacia su coche... —rebuscó en su cuaderno de notas—, entonces, ya no estaba allí.

Le miré.

—¿Qué dijiste?

—Él dijo, que ella estaba caminando hacia su coche, la saludó, entonces algo le llamó la atención hacia el otro lado del apartado. Está un poco confuso sobre lo que le llamó la atención, pero jura que sólo desvió la mirada, entonces, cuando volvió a mirar, se había ido.

—Ido.

—Sí, ¿por qué tienes esa mirada en tu cara, como si significará algo?

—¿Verificó el coche de inmediato?

Asintió con la cabeza.

—Sí, y cuando no la encontró en el coche, entro al club para ver si había vuelto a entrar. Cuando no la encontró avisó al personal de seguridad, y empezaron a buscar en el área. La encontraron.

—¿Cuánto tiempo cree que apartó la mirada?

—Él dice que unos segundos.

—¿Alguien ha consultado con el personal del interior, si la vieron salir? Me gustaría saber a qué hora salió del edificio, y cuánto tiempo realmente miró hacia otra dirección.

—Vamos a salir del agujero y busquemos a alguien que la viese salir y que nos diga la hora en el reloj.

Buscó en su libreta nuevamente. Las luces que se habían dirigido hacia el foso iluminaban todo, de hecho, hacía que todo se viera inhóspito y despiadado, como si ella necesitara ser cubierta para no verla más. Sensible, me estaba volviendo totalmente sensible.

—En realidad, una de las mujeres, un cliente, a la que le había gustado mucho la rubia, a ella y a su marido. Se fijó en el momento en que se fue.

—¿Y cómo queda con la declaración del tipo de Seguridad?

Revisó los tiempos de ida y vuelta.

—Diez minutos.

—Diez minutos es un tiempo terriblemente largo para mirar a algo que no estás seguro de haber visto.

—¿Crees que mintió?

Sacudí la cabeza.

—No, creo que lo que dijo piensa es la verdad.

—Estoy perdido. ¿Qué quieres decir? —preguntó Zerbrowski.

Le sonreí, pero no como si estuviera feliz.

—Uno de los vampiros no solo tiene que ser un maestro, ya lo habíamos supuesto, sino que también tiene la capacidad de nublar la mente de los hombres lo suficiente para hacer algo así.

—Pensaba que todos los vampiros podían nublar la mente de los hombres.

Sacudí la cabeza.

—Pueden hipnotizar a una persona con la mirada, y si los muerden, entonces pueden poner en blanco su memoria. Si son lo suficientemente poderoso, pueden hipnotizar con los ojos y borrar la mayor parte de la memoria. Sin embargo, la víctima tiene un vago recuerdo de los ojos, o, a veces un animal con ojos de fuego, o de coches con faros muy brillantes. La mente trata de dar sentido mundano de lo sucedido.

—Está bien, así que uno de los vampiros lo hipnotizó con su mirada.

—No, Zerbrowski, estoy apostando a que no fue con la mirada. Creo que fue algo a distancia y no mirada directa. Voy a hablar con él, ver lo que recuerda, pero si está libre de mordiscos y no tiene un recuerdo extraño, entonces, se hizo desde una distancia segura, sin contacto directo.

—¿Y qué? —preguntó, y parecía irritado y cansado.

No lo tomé como algo personal.

—Esto significa que uno de los vampiros es viejo, Zerbrowski. De edad y un vampiro maestro. Estamos hablando de mucho talento. Es una lista limitada.

—¿Nombres?

Sacudí la cabeza.

—Vamos a hablar con el tipo de seguridad y conseguir que se desnude para nosotros.

Me miró por encima de la montura de las gafas, antes de que las retrocediera hasta la nariz.

—¿Acabas de decir lo que pienso que acabas de decir?

—Tenemos que revisar si tiene mordeduras de vampiro. Si está limpio, entonces estamos buscando un jugador importante, vampíricamente hablando. Si tiene un mordisco, entonces no es tan viejo. Confía en mí, va a hacer una diferencia con quien tenemos que hablar.

—¿Es de la gente de Jean-Claude? —preguntó Zerbrowski.

—No —dije.

—¿Cómo puedes estar segura? —preguntó.

¿Cómo podía estar segura? Estaba lo suficientemente cansada, por lo que dejé una pregunta en mi cabeza, me pregunté qué es lo que diría Jean-Claude. ¿Garantizaría que no podría haber sido su gente? El sólo pensarlo era suficiente para no poder sacarlo de mi cabeza. Mierda.

Él había visto lo que yo, no es bueno en una investigación de asesinato cuando la víctima se ha metido con vampiros. Empecé a subir mi escudo, para echarlo, pero de repente supe la respuesta a mi pregunta.

—Mi juramento de sangre los protegerá de esto, porque está contra mis órdenes expresas llamar la atención negativa de la policía humana.

Pensé, *Liv rompió su juramento una vez*, y él me oyó.

—No era el *sourdre de sang*, entonces. Mi juramento no es tan fácil de romper, *ma petite*.

Estuve en silencio demasiado tiempo. Zerbrowski dijo:

—¿Estás bien?

—Sólo pensaba —dije. Debería haber sabido de los juramentos de sangre, pero en realidad no había entendido lo importante que eran, o lo que se suponía que significan—. Porque todo el personal de Jean-Claude tiene que tomar un juramento de sangre. Se les une místicamente al Maestro de la ciudad. Tiene prohibido a sus vampiros hacer mierda como esta.

—¿Estás diciendo que el juramento de sangre hace que esto sea imposible?

—No imposible, pero más difícil. Depende de lo fuerte que sea el tipo de juramento al maestro.

—¿Qué tan fuerte es Jean-Claude?

Pensé en la forma de explicarlo y finalmente me decidí por:

—Tan fuerte que me juego un buen dinero a que no es su gente.

—Pero no puedes garantizarlo.

—Las garantías son para los electrodomésticos, no para un asesinato.

Sonrió.

—Eso es lindo, podría llegar a utilizarlo alguna vez.

—Piérdete.

La sonrisa desapareció alrededor de los bordes.

—Todavía no entiendo muy bien toda esta cosa del juramento de

sangre. Tal vez estoy demasiado cansado para la metafísica, tendrás que explicármelo nuevamente más tarde.

—Déjame simplificarlo.

—Eso estaría bien —dijo.

—Acabo de enterarme de los vampiros a los que pregunté, qué Malcolm ha suprimido el juramento de sangre para la iglesia. Es demasiado bárbaro.

Jean-Claude estaba todavía en mi cabeza y escuchó lo que dije. Me entró una oleada de miedo, temor al borde del pánico.

—Está bien, y ¿eso significa qué, exactamente? —preguntó Zerbrowski.

Tuve que tomar una respiración profunda para poder hablar rodeando mi miedo a Jean-Claude. Su voz en mi cabeza dijo:

—¿Estás segura de eso, *ma petite*?

Dejé que mi voz respondiera a Zerbrowski y a Jean-Claude.

—Esto significa, Zerbrowski, que tienes cientos de vampiros en esta área a los que no les detiene nada para hacer algo así, con excepción de sus propias conciencias, y una cláusula de moralidad que todos firman.

Jean-Claude estaba maldiciendo en mi cabeza en francés, y aunque pillé una palabra aquí y allá, la mayoría era demasiado rápido para mí.

Zerbrowski sonrió, y la sonrisa se amplió hasta que fue una carcajada.

—Estás diciendo que la Iglesia confía en que sus miembros son buenos ciudadanos, y tu novio no es de confianza.

—Voy a revisar entre los nuevos maestros que han llegado a la ciudad por invitación de Jean-Claude, pero apuesto por la Iglesia de la Vida Eterna.

—Dolph diría que es porque no quieres que sea la gente de Jean-Claude.

—Sí, lo haría, pero te diré esto, Zerbrowski, la idea de que todos estos nuevos vampiros sólo tengan la moral humana para ser buenos, me hace casi estar de acuerdo con Dolph.

—¿Estar de acuerdo en qué?

—Matarlos a todos.

Jean-Claude dijo:

—No digas eso en voz alta a la policía, *ma petite*. Pueden llegar a eso, y no deseas que tu amigo recuerde esta conversación. —Tenía razón.

—Mierda, Anita, algunos de tus mejores amigos son unos

chupasangres.

—Sí, pero hay reglas para ser un vampiro, y Malcolm está tratándolos como si fueran sólo personas con colmillos. No lo son, Zerbrowski, en realidad no lo son. Incluso si esto resulta ser un grupo de pícaros que de alguna manera se deslizan a través del radar de todos. El mío, el de Jean-Claude y el de Malcolm, vamos a tener que hablar con él sobre su nueva política.

—¿Por qué creo que cuando has dicho, nosotros, no estabas incluyéndome a mí o a cualquiera de los policías? —Me miró, y las bromas así como los comentarios lascivos se fueron. Estaba viendo un muy inteligente par de ojos policíacos.

Suspiré y di un paso hacia la escalera. Ya había dicho demasiado. La voz de Jean-Claude en mi cabeza.

—Debes decir algo para sacar la ponzoña de tus palabras, *ma petite*.

Pensé decir algo en voz alta, a Zerbrowski.

—Estoy cansada Zerbrowski, por favor, no le digas a Dolph que creo que todos los vampiros de la iglesia deben irse. No lo creo, no en realidad.

—No se lo voy a decir a nadie, especialmente a Dolph. Probablemente comenzaría con su nuera, y eso no debería suceder.

Asentí.

—Pero si tuviéramos cientos de vampiros volviéndose malos, todos a la vez, yo sería la que recibiría la llamada. Y no quiero tener que tratar con todos ellos. Soy buena, pero no tan buena.

—Por unos pocos cientos, aún necesitarías ayuda —dijo. Dejó escapar un largo suspiro—. Puedo ver el pensamiento que tratas de sacar y te cansa. Diablos, me siento cansado, y nervioso.

—Voy a tratar de averiguar en cuánto tiempo tendrá efecto esta política de no juramento de sangre —dije.

—¿Y luego qué?

Tenía mis manos en la escalera.

—Lidiaré con eso.

—*Ma petite*, no estás siendo precavida nuevamente.

Le susurré:

—¡Sal de mi cabeza!

—¿Qué significa eso, Anita? Eres una agente federal, no puedes hacer la mierda de trabajar sola. Tienes una placa.

Apoyé la frente en la escalera, manchándome de barro la cara, y me

eché hacia atrás. Le dije tanto de la verdad como podía.

—Vamos a dar Malcolm una elección, o le da un juramento de sangre a todos o Jean-Claude lo hará.

Jean-Claude sonó más fuerte que nunca en mi cabeza.

—Alto ahí, *ma petite*, te lo ruego, no lo digas en voz alta.

Lo que no dije en voz alta fue que cualquier vampiro que no quisiera tomar la ceremonia fuera probablemente muerto. Tenía la memoria de Jean-Claude, y sabía que el juramento de sangre era una de sus leyes más enérgicas. Había visto lo que podía suceder si el juramento no era lo suficientemente fuerte, ¿qué pasaría si no estaba en absoluto?

En realidad estaba en la escalera, cuando Zerbrowski dijo:

—¿Y si los vampiros no quieren tomar el juramento?

Me quedé helada en la escalera por un segundo, y después mentí.

—No estoy segura. Espero que sólo sea Malcolm y no todas sus iglesias en el país las que estén haciendo esto. Estás hablando de algo que nunca se ha hecho antes, Zerbrowski. Por lo que sé, ningún maestro vampiro ha permitido a su gente respirar sin asegurarse como el líder en algo más que su nombre. Nunca se ha hecho antes. Los vampiros no son grandes en nuevas ideas.

—¿Estás hablando de matar a los que no tomen el juramento? Anita, tienen derechos.

—Ya lo sé, Zerbrowski, mejores que muchos. —Estaba maldiciendo a Malcolm, maldiciéndolo por el desorden que había empezado. Incluso si los asesinos no eran de su gente, era sólo una cuestión de tiempo. Los vampiros no son personas, no piensan como personas. Me di cuenta de que Malcolm estaba tratando de hacer con la Iglesia de la Vida Eterna lo que Richard había tratado de hacer con el Clan Rokke Thronnos. Ambos estaban tratando de tratar a los monstruos como personas. No lo eran. Que Dios nos ayude, pero no lo eran.

Jean-Claude susurró:

—Tendremos que enviar emisarios a la iglesia y ver qué tan malo es realmente.

No le contesté, porque estaba bastante segura de quien sería uno de los enviados. Yo.

Empecé a subir la escalera, y sólo cuando Zerbrowski silbó, recordé lo que llevaba puesto bajo la falda.

—Blake, tienes un muy agradable...

—No lo digas, Zerbrowski.

—¿Por qué no?

—Porque si lo dices, te pondré en el suelo.

—Culo —dijo.

—Te lo advertí —dije.

Se echó a reír.

Cuando los dos estuvimos en tierra firme, le pateé en un charco de barro. Me maldijo, todos se rieron. Él dijo:

—Le diré Katie que fuiste mala conmigo.

—Estará de mi lado. —Y lo estaría. De hecho, conocía muy bien a Katie Zerbrowski tanto para saber que su marido no le contaría que me había dicho que tenía un culo bonito. Lo habría considerado grosero.

El eco de Jean-Claude en mi cabeza fue, *pero lo tienes*. Le dije que se callara, también, y esta vez escuchó.

—El amanecer está cerca, y tengo que descansar. Volveremos a hablar cuando me despierte.

—Dulces sueños —dije en voz baja.

—Los muertos no sueñan, *ma petite*. —Y se fue.



Al tipo de seguridad no le había gustado desnudarse. Le dije que podía hacerlo en la intimidad conmigo y los agradables oficiales mirando, o podría hacerlo en una zona privada. Lo cual fue su elección. Me miró como si no me creyera, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo. Estaba limpio, sin mordiscos de vampiro. Por un lado, ¡mierda!, porque un vampiro maestro es más difícil de atrapar, más difícil de mantener, y más difícil de matar. Por otra parte, genial, porque la lista de los vampiros que podía hacer esto era muy pequeña. ¿O he entendido el acuerdo entre Malcolm y Jean-Claude? Bueno, técnicamente había sido un acuerdo alcanzado entre Malcolm y Nikolaos, el viejo maestro de la ciudad. Después de haberla conocido, infierno, después de haberla matado, había simpatizado con los vampiros que acudían a la iglesia y sin querer no deberles nada. Pero Jean-Claude había honrado su tratado con la iglesia, en algunas condiciones. Una de ellas era que ningún vampiro a nivel maestro era permitido en la

ciudad sin haber sido autorizado por Jean-Claude. Así que, o Malcolm había incumplido el acuerdo, o no sabía que había alguien tan poderoso en su comunidad. O ni Malcolm ni Jean-Claude habían sentido que había alguien poderoso en su territorio. Si esto último era cierto, teníamos un grave problema en el fondo, ya que aumentaría el nivel de potencia a algo que ninguno de nosotros le gustaría tratar.

¿O es que Jean-Claude aprobó un maestro de Malcolm sin entender que no habría ningún juramento de sangre para mantener el control? Tenía tantas preguntas que me dolía la cabeza, y no había manera de conseguir respuestas hasta que Jean-Claude se despertara. Volví a St. Louis en las primeras luces del alba, feliz por las gafas de sol que traía conmigo. Feliz de no conducir directamente hacia el este. El brillo indirecto era bastante malo.

El Circo estaba más cerca de mi casa que cuando me fui. Pase varias veces allí para tener una cita con Jean-Claude, pero a menudo simplemente porque estaba más cerca para caer. Mis ojos estaban tan cansados que ardían, y mi cuerpo con malestar que se sentía casi como si estuviese enfermo, pero es sólo el cuerpo utilizando todas sus reservas para mantenerse despierto y en movimiento.

Entré en el estacionamiento de empleados del Circo de los Malditos cerca de las 8:30 de la mañana. Había otros tres coches en el aparcamiento. Uno de ellos era de Jason, y no sabía a quién pertenecían los otros. Pero tenían que ser personas que no sólo trabajaban aquí, sino que también vivían aquí, y sabían cómo conducir. Eso estrechaba más las cosas. Pensé que Meng Die conducía alguno, y tal vez Faust, pero no estaba segura, y estaba demasiado cansada para prestar atención.

Caminé por el estacionamiento, a la luz del rápido crecimiento, y luché contra el impulso de encorvar mis hombros. Usé mi llave de la puerta trasera, y me abrí camino en la oscuridad bendita del almacén.

Cerré la puerta detrás de mí, apoyándome por un segundo o dos. No hacía mucho tiempo que no había cerradura en la puerta de atrás, había que tener a alguien que te permitiese entrar, pero tuvieron que poner una buena puerta de acero reforzado, con una cerradura. Sin la cerradura tenían que mantener un puesto de vigilancia desde la azotea. El guardia enviaría alguien abajo si la persona en la puerta quería entrar, me parecía tonto, ya que había cerraduras en las puertas exteriores delanteras. Se hacía más difícil para los empleados entrar, y además había una pequeña ventana

justo antes del amanecer, cuando a veces el puesto de observación estaba vacío, y que a menudo era cuando estaba intentando entrar. Golpear la puerta de madrugada terminaba siendo desalentador.

Me aseguré de que la puerta estaba bien cerrada detrás de mí, entonces me encaminé a través de las cajas que estaban siempre allí, a la gran puerta que conducía a la escalera. Las escaleras bajaban, y era un largo camino hacia abajo. Estaba bastante cansada así que si hubiera habido un ascensor lo hubiera tomado. Pero no lo había. Las escaleras eran en realidad parte de las defensas del circo. Uno, eran un montón de escaleras, por lo que tenías que ser limpiamente serio para bajarlas. Dos, había lugares en el camino donde podíamos tender emboscadas si las necesitábamos. Tres, las escaleras estaban extrañamente hechas, como si todo lo que había sido originalmente no se hubiera hecho para caminar sobre dos piernas, o al menos no había sido el tamaño de un ser humano. Si no sabías lo que te esperaba abajo, podrías preguntarte quien usaba estas escaleras. En realidad, sólo vampiros y seres animales, pero nuestros enemigos no lo sabían. Jean-Claude alimentaba los rumores de que había otras cosas por aquí, más grandes, cosas menos humanas. Para mí estaba bien, mantener a sus enemigos con miedo y adivinando.

En el momento en que llegué a la puerta grande de hierro al fondo, mi visión era borrosa por la falta de sueño. Arrastré mis llaves de vuelta. La llave de esta puerta no era difícil de encontrar. Era la única grande, la más antigua en el llavero. Se veía como un gigante entre enanos en comparación con las llaves modernas.

Puse la llave, y la cerradura cedió, suave y bien engrasada. Las bisagras fueron igual de tranquilas, aunque probablemente si hubiera sido humana hubiera sido problemático ya que podría haber tenido que luchar con el peso de la puerta. Se suponía que aguantaba los golpes por cosas más grandes que las manos.

Cerré detrás de mí, y volví a poner la cerradura, y establecí la gran barra en su lugar. Si alguien más estaba arrastrando el culo hacia aquí, no tendría suerte. Pero por lo general esta medida de seguridad lo ponía después del amanecer para establecer la cerradura más grande en su lugar. El hecho de que no se había fijado probablemente se refería a que Jean-Claude había imaginado que vendría aquí para el día.

Pasé por el largo y sedoso pasillo de cortinas que colgaban de las paredes de la sala. Actualmente no le ponía mucha atención al cuadro

dorado y blanco y los muebles plateados o la pintura sobre la chimenea falsa. El sueño era la única cosa en mi mente, ahora que estaba cerrada con llave la puerta exterior.

Fui a la habitación de Jean-Claude, pero debería haberlo sabido mejor. Lo encontré con Asher acurrucado bajo las sábanas. Ambos tan hermosos en la muerte como en la vida. El cabello de Asher eran olas de oro que se extendían como la espuma metálica sobre la almohada blanca. Sus ojos estaban cerrados, así que no podía ver sus ojos azul pálidos, como los ojos de un husky siberiano. Tan azul pálido como los de Jean-Claude eran de un azul oscuro. Asher estaba de lado, de manera que el perfil sin cicatrices de su rostro daba hacia la luz. Habían dejado una luz encendida para mí, probablemente. Sin luz, la habitación estaba oscura como una cueva. No había ventanas. Jean-Claude estaba recostado contra la espalda de Asher, un brazo sobre su cintura y con la mano detrás a lo largo de las cicatrices en el lado derecho del cuerpo de Asher. Asher había sido la belleza rubia Jean-Claude la morena una vez, en el pasado, algunos bien intencionados funcionarios de la iglesia lo había capturado y utilizado para sacar al diablo fuera de él con agua bendita. El agua bendita sobre la piel de los vampiros, es como el ácido en el nuestro. Los mismos funcionarios habían quemado a la sierva y amante de Asher, Julianna, en la hoguera. El cristianismo es una religión buena, pero algunas de las cosas hechas en su nombre no eran tan agradables.

Le toqué la cara a Jean-Claude, se movió un mechón de su cabello detrás de un hombro pálido. Su piel era fría al tacto, y sólo obtendría más frío. Besé la frente de Asher y fue como besar a la muerte. Los vampiros no dormían en el amanecer, ellos morían. Aunque realmente eran cadáveres animados. Y no estaba segura de qué era exactamente lo que los animaba.

No podía dormir en la cama con dos cadáveres. La carne helada sólo me daba escalofríos. No estaba segura de que fuera capaz de dormir con un vampiro, me refiero a realmente dormir. Lo que dejó preguntándome qué cama usar. Si hubiese habido un sofá en la habitación, lo habría utilizado, pero no era así. Hasta que lo había pedido, no había ni siquiera sillas. Cuando tienes una cama tan grande, supongo que ¿quién quiere sentarse en una silla?

Volví a salir y cerré la puerta suavemente tras de mí, no porque se despertaran, sólo por costumbre. Fui a la habitación de Jason. Dormía con él antes. No llamé, pues esperaba que todo el mundo estuviese durmiendo y

tenía razón. Jason se había acurrucado apretado en el extremo más lejano de la cama, su cabello rubio lucía justo por encima de las mantas. Alguien estaba acurrucado contra su espalda, y por un segundo pensé que había metido la pata, y era una mujer, pero sabía de quién era ese derrame de pelo castaño. Nathaniel había pasado aquí la noche. Nuevamente, no era la primera vez.

Habían dejado la luz del baño encendida, con la puerta ligeramente abierta. No estaba segura si era para mí beneficio, o así Nathaniel sabría dónde estaba, si se despertaba en medio de la noche. Las primeras veces que me había despertado en la oscuridad absoluta en una de estas habitaciones sin ventanas, había sido algo claustrofóbico. Me gustaba un poco de luz.

Me limpié el barro de la cara en el coche con la toallitas húmedas para bebé, y una vez que me quité las botas altas, quedé libre de lodo. Era casi un milagro que no me hubiera caído, ya que llevaba los tacones en el barro. Me quité la chaqueta de cuero y la doblé muy bien. No había ninguna silla, así que me senté en el suelo y abrí la cremallera de las botas, las puse contra la pared, para que nadie se tropezara con ellas. La falda estaba rígida con la sangre seca. El hecho de que ninguno de los vampiros en el club hubiera comentado nada al respecto, significaba que o bien no lo pudieron oler, o pensaban que comentarlo habría sido demasiado brutal.

Dejé la falda como si se quedara parada por sí sola. Ni siquiera estaba segura de que la limpieza en seco pudiera salvarla.

Me quité la camiseta blanca e hice un tercer montón de ropa que actualmente era limpia. El sostén fue en ese montón. Me puse la camiseta de nuevo y mantuve la tanga puesto también. Habría dormido mejor sin el tanga, pero la camiseta no era suficiente ropa. Nunca me había acostado desnuda con Nathaniel, y con Jason sólo una vez. Necesitaba un pijama. Lo que quería más que nada en ese momento era envolver gran parte de mi cuerpo cansado alrededor del cuerpo de Nathaniel como pudiese, y dormir.

Me metí debajo de las sábanas al otro lado de la cama y me moví hasta que toqué la espalda desnuda de Nathaniel. En el momento que le toqué, se despertó ligeramente. Deslicé mi cuerpo a lo largo del suyo, hasta que me acurruqué por detrás, que era la forma en que casi todas las noches dormía en casa. No llevaba nada. No era un comentario referente a la orientación sexual de Nathaniel y Jason. Era un comentario sobre los dos siendo seres animales. Los seres animales simplemente no veían el punto de llevar ropa,

a menos que pudieran ir sin ella.

Me volví a acercar contra el cuerpo de Nathaniel, y él se acurrucó entre mi cuerpo y Jason, el cual ni se movió. Puse mi cara contra el pelo de Nathaniel, y el aroma de vainilla fue suficiente. Estaba en casa, y me dormí.



CUARENTA Y NUEVE

Algo me despertó. No estaba segura de qué. Me había despertado de repente y estaba en la penumbra de la habitación de Jason. Todavía estaba acurrucada contra Nathaniel, y Jason era una forma rubia, tenue, en el otro lado. Nada había cambiado, así que ¿qué me había despertado?

Me quedé allí, tratando de escuchar. No había nada que escuchar. Sólo se escuchaba la tranquila respiración de los chicos, y el roce de una sábana cuando Jason se movió en su sueño. La habitación estaba completamente tranquila. ¿Había oído algo? Entonces escuché algo, agua. Agua corriendo en el baño.

Deslicé mi mano debajo de mi almohada, y la Browning estaba allí en la pistolera. No estaría en casa sin el arma guardada en la pistolera, entonces me quedé con el arma enfundada y cargada, por si acaso. Sería una vergüenza si la mano de alguien accidentalmente quitara el seguro, y con la otra mano apretara el gatillo, bueno, algo así. Desabroché la

pistolera, saqué la pistola, y le puse una mano sobre la boca de Nathaniel.

Se despertó sobresaltado, con los ojos muy abiertos. Le hice señas con la pistola hacia la rendija de la puerta del baño.

Él asintió con la cabeza y tocó el hombro de Jason, salí de la cama y me dirigí hacia el baño.

Cuando estuve ya segura, sostuve la pistola con las dos manos, apuntando al techo. Podría haber sido uno de los cambiaformas, algunos venían a pedir prestada la ducha. Haría como ellos, que andan de manera para no despertar a nadie y simplemente asumen que todo estaría bien. Sería un infierno eso de matar a alguien porque usaba la ducha equivocada.

Crucé de ancho alrededor de la puerta, de forma que mi sombra no se viera con la luz, aunque probablemente con el cuarto oscuro detrás de mí, no pasaría eso. Pero mejor que no, así que sería cuidadosa. Tuve que enrollarme la bata de seda negra alrededor de un brazo para evitar tropezarme con ella. No recordaba haberme puesto la bata.

Estaba del lado de las bisagras de la puerta, y me arrodillé, en caso de que el que estaba en el otro lado llevara un arma, generalmente las personas apuntan a una altura mayor a mi cabeza, es por eso que me arrodillé. Seguí apoyándome como pude en mí misma contra el umbral de la puerta y empecé abrirla con mis manos, que estaban todavía ahuecadas alrededor de la pistola. Tenía la esperanza de que con el tiempo mis ojos se acostumbraran a la luz, antes de que quienquiera que estuviera allí se diera cuenta del movimiento de la puerta. Sabía que no debía simplemente saltar de la habitación casi a oscuras hacia la luz brillante. Estaría ciega por un segundo o dos. Si hubiera estado segura de que se trataba de un mal tipo, habría disparado a ciegas, pero no lo estaba.

Había agua filtrándose por debajo de la puerta, la bata estaba mojava por abajo, en las rodillas con el agua. Lo que pensaba que era la ducha abierta era la bañera. Podía oír la diferencia ahora. Alguien había inundado la bañera. ¿Qué demonios estaba pasando?

Tenía la puerta pegada contra la pared ahora, y no había nadie a la vista. No era sólo la bañera con el agua derramándose a sus lados sino también el agua, que seguía saliendo de la llave a todo volumen. La parte inferior de mis piernas estaba empapada. Hacía frío, mucho frío. Era como si hubieran encendido sólo el agua fría. ¿Quién tomaría un baño de agua fría solamente?

En el baño sólo había una pared parcial, el retrete, y la bañera. El cuarto

era tan pequeño que todo se podía ver en un solo vistazo. No había lugar para esconderse. ¿Era esto una broma? Si alguien entró mientras dormíamos, ¿qué hizo? abrió el agua de la bañera, ¿y se convirtió en agua? ¿Pensaban que lo notaríamos antes de que se inundara? ¿Les importaba? Estúpida broma.

Me puse de pie y comencé a caminar a través del agua. Me llegaba hasta los tobillos, y eso me parecía mal. Quiero decir, no debería ser tan profunda. El dobladillo de la túnica estaba atrapada en el agua, siendo arrastrada por la corriente, como si estuviera atravesando un arroyo. Estaba como el hielo, fría, demasiado fría.

Ahora estaba de pie sobre la bañera, y el agua estaba turbia. No podía ver el fondo, y eso estaba mal. No era demasiado profunda. Era una bañera blanca, y el agua era clara. Entonces, ¿por qué no podía ver a través de ella?

Me quedé con la pistola, pero me estiré para cerrar el agua. Casi esperaba que algo me agarrara la mano, pero no fue así. Simplemente cerré el grifo, y el silencio que siguió fue ensordecedor. Pequeños ruidos se escuchaban ahora, era el agua salpicando, deslizándose por la habitación. El agua corría como la de un vaso de agua de un grifo cuando hay demasiados minerales en el agua. Cosas lechosas se depositaban en el fondo, y había algo en el agua. Algo nadando fuera de la oscuridad, enfocándose.

Una mano pálida, pelo rojo derramándose, estaba mirando fijamente la cara de Damian. Sus ojos estaban muy abiertos y muertos, pero tenían la luz del día. Estaba muerto. No necesitaba respirar. Podía estar bajo el agua. No le haría daño. Pero la lógica no ayudaba. Al verlo flotando allí, hice lo que habría hecho si hubiera sido humano, ayudarlo.

Dejé caer el arma al suelo y hundí las manos en la bañera. Le toqué, agarré con mis puños su camisa, y tiré de él hacia arriba, a través del agua, pero era como si el agua fuera más pesada de lo que debería haber sido. Demasiado pesada y fría. Estaba casi en la superficie, cuando me di cuenta que no era agua, era hielo. Estaba congelado en un enorme bloque de hielo, y mis brazos se congelaron con él, estaban atrapados con él.

—Anita, Anita —era la voz de Nathaniel, su mano estaba sobre mi hombro, y me desperté en la habitación de Jason. Mi pulso me ahogaba. Me incorporé y miré a mí alrededor. La puerta del baño estaba entreabierta, pero no había ningún sonido de agua. Era un sueño, sólo un sueño.

Empecé a temblar. Sólo que todavía estaba congelada. Y entonces el frío, demasiado frío.

—Tuve un sueño, soñé con Damian. Estaba tan frío, como el hielo.

—Tu piel está como el hielo —dijo Nathaniel.

Jason estaba sentándose, con el pelo corto y rubio alborotado y los ojos cargados de sueño.

—¿Qué tiene de malo?

Nathaniel me envolvió en sus brazos, frotando sus manos en mis brazos fríos.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste, Anita?

—Con vosotros, al hacer el seguimiento.

—Eso fue hace más de doce horas. —Miró a Jason—. Necesita alimentarse ahora.

Jason no hizo preguntas, sólo se arrastró sobre la cama y cayó de rodillas al lado de la mini nevera que actuaba como una mesa de noche. Sacó un plato de frutas; con manzanas, plátanos.

—No me gustan las frutas frías —dije.

—Anita, has soñado con Damian porque estás consumiendo su energía. Come un plátano —dijo Nathaniel.

De repente supe que tenía razón. El frío me ponía estúpida. Jason me dio la fruta. Pero Nathaniel me ayudó a pelarla, ya que el temblor había empeorado, y no lo podía pelar. Mierda.

Nathaniel me lo dio en pedazos, al tiempo que mis dientes empezaron a castañetear. Cuando me las arreglé para conseguir detener el castañeteo, el temblor disminuyó, pero no mucho.

—Carne, proteína —dijo Nathaniel.

Jason sacó una caja de comida china para llevar, pero negó con la cabeza sin proponerla.

—Demasiado viejo. —Sacó un contenedor de cartón de comida china para llevar y se lo entregó—. Arreglos de Fajita de El Maguey, de ayer.

Nathaniel lo abrió, sacó un pedazo de carne con los dedos, y lo acercó a mi boca.

—Come.

Comí, y la carne estaba increíblemente buena, incluso estando fría. La carne parecía llenar algo más que mi estómago. Tomé las cebollas y los pimientos asados, y comí carne de vacuno. Cuando mi piel ya no estaba fría al tacto, y había dejado de temblar, paré, luego sacudí la cabeza.

—Ya no puedo comer más.

—Te has comido la mayor parte de la carne —dijo Jason. Estaba arrodillado junto a la cama, con los brazos apoyados en ella, y la barbilla apoyada en sus brazos—. ¿He oído decir a Nathaniel que estabas consumiendo la energía de Damian?

Asentí con la cabeza.

—Jean-Claude dijo que habías formado un segundo triunvirato con Nathaniel y Damian.

—Al parecer —dije.

—Supongo que requieres de un proceso de aprendizaje —dijo.

—Se podría decir eso. Esta es la segunda vez en menos de veinticuatro horas que casi he matado a Damian.

Los ojos de Jason se desviaron.

—¿Cómo?

—Ella está tratando de hacer lo que siempre hace —dijo Nathaniel, entregando la idea cerrada a Jason—. Apenas come, apenas duerme, no hace nada para cuidar de sí misma, excepto ejercicio.

—No puedo decirles a los policías, oh, lo siento, necesito una siesta —dije.

—No, pero te dije que tenías que comer más. Te dije que estabas actuando más como un licántropo que como un vampiro. Todo lo que tenías que hacer era otro seguimiento. Por las noches debes hacer seguimientos.

No me gustó su tono.

—No pensé en ello. Sólo quería dormir. Estaba tan cansada que tenía náuseas.

—O tal vez las náuseas se debían a que tu energía se agotaba —dijo Nathaniel, estaba enfadado—, pero no habías pensado en eso ¿verdad?

—No, no lo hice. ¿Feliz?

—No —dijo—, porque una vez que Damian esté muerto, ¿quién crees que será el próximo? —Estaba tan enfadado que sus ojos se habían oscurecido, eran casi de color púrpura.

Empecé a enfadarme nuevamente, porque la pesadilla me había asustado, y haber puesto en peligro una vez más a Damian me había aterrorizado. Me sentía estúpida por no haber pensado en comer, cuando Nathaniel me lo había explicado. Estaba demasiado cansada. Ahora que lo pensaba, ¿había estado más cansada de lo que debería haber estado? Quería

estar enfadada con él, porque era culpa mía. Odio cuando la culpa es mía. Odio estar equivocada, especialmente esta injusticia.

—Tienes razón, tienes razón. Lo siento. Es culpa mía.

—¿No discutirás? —preguntó Jason.

—¿Para qué discutir cuando sé que voy a perder? Fui descuidada. No es sólo el triunvirato, o el nuevo poder, es el *ardeur*. Finalmente lo he logrado, algo así.

—¿Qué significa ese «algo así»? —preguntó, y se acercó para sentarse en el borde de la cama. Estaba desnudo. Había estado desnudo todo el tiempo. Creo que en realidad no me había dado cuenta.

Me di cuenta ahora, y le observé muy bien.

—Eso significa que el *ardeur* no se levantará por sí solo nunca más.

—Esa es una buena noticia, ¿verdad? —dijo Jason, que estaba estudiando mi cara como si estuviera desconcertado por mi expresión.

—Esa es la buena noticia —dije—, la mala noticia es que aunque el *ardeur* no se levante, aun así necesita ser alimentado. No recordé que necesitaba alimentarlo. Eso es lo que ocurrió con Damian ahora. No había alimentado al *ardeur* en más de doce horas, mucho más, pero no lo entendía bien.

—Así que no lo pensaste —dijo Nathaniel, en voz baja.

—Exactamente —dije.

—Y empezaste a absorber la energía de Damián —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Habló en mi mente, algo así.

—Entonces, alimentaste al *ardeur* —dijo Jason.

Asentí con la cabeza.

—Antes de llegar al club —dijo Nathaniel, y su voz era suave.

—Sí. —Giré para mirarlo, y lo que vi en sus ojos me hizo sentir tan mal como molesta. Parecía herido, y no era culpa mía. Pero decir que no lo era, que tenía que tener relaciones sexuales con otros hombres de alguna manera sonaba mal, así que no lo dije. Él tenía todo el derecho a estar cansado de que estuviera con todo el mundo menos con él.

—Hice lo mínimo para una merienda, solo una marea sobre mí —dije.

—¿Con quién? —preguntó, y sus ojos estaban muy abiertos y cuidadosos.

—Requiem.

—Si ya estabas alimentándote de la energía de Damian, entonces

necesitabas dar de comer al *ardeur* anterior, ¿no? —dijo Jason. Me pareció que quería saberlo, pero creo que a su vez estaba tratando de parar una pelea antes de que empezara. No estaba segura de que íbamos a pelear, pero tampoco estaba segura de lo contrario.

Pensé en la pregunta de Jason y finalmente dije:

—Sí, supongo que sí.

—Ganas energía a través del *ardeur*, ¿verdad?

—Sí.

—Y ahora eres la fuente de energía para un nuevo triunvirato. Especialmente la potencia energética de Damian, y en menor medida, ¿Nathaniel?

—¿Por qué, en menor medida para mí? —preguntó Nathaniel.

—Estás vivo. Tu corazón late por sí solo, el de Damian no.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Está bien.

—¿Cuál es tu punto, Jason? Sé que tienes uno.

—¿Tengo un punto? —dijo con una sonrisa.

Negué con la cabeza.

—Tienes una gran mente muy bien escondida detrás de esa melancolía de bebé. Simplemente no dejas que todo el mundo lo vea, así que sí, tienes un punto. ¿Cuál es?

—Anita tiene que comer más a menudo, ¿verdad?

Los dos asentimos.

—¿Y si ella necesita alimentarse de otras cosas más a menudo?

Creo que los dos tuvimos la intención de preguntarle qué quería decir, pero entonces los dos lo entendimos, en el mismo momento.

—Oh, mierda —dije.

—Oh, Dios —dijo Nathaniel.

—Antes de esta noche era cada doce horas, catorce si se extendía —dije—. ¿Con cuánta frecuencia debería comer?

Jason extendió las manos.

—¿Cómo podría saberlo? Yo sólo lo estoy señalando.

—Tiene sentido —dijo Nathaniel—. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que te alimentaste de Requiem y el momento en que comiste?

Pensé en ello, traté de hacer las cuentas en mi cabeza, y era más de lo normal, debido a que el pánico que me revoloteaba era muy fuerte.

—Dos horas, tal vez menos. —Negué con la cabeza—. No, absolutamente no. No puedo alimentar al *ardeur* cada dos horas.

—No, pero podrías guardar una merienda en el Jeep y comer cada dos horas —dijo Nathaniel—. Como quien dice, si calmas un hambre, la otra disminuye.

El pánico retrocedió un poco, no mucho, pero un poco.

—¿Estás seguro de que teniendo cacahuetes en el coche se calmará?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que sí. —De repente parecía joven, y no estaba seguro del todo.

Le abracé, y me devolvió el abrazo.

—Dios, Nathaniel, Dios, nosotros estamos a dieta. ¿Qué voy a hacer? —Dejé un poco de ese pánico en mi voz. Él me apretó más fuerte.

—Encontraremos una solución. Perdóname, me enfadé por lo de Réquiem. Es que...

—Todo el mundo me consigue, y tú no —dije.

Asintió con la cabeza. Luego retrocedió para sonreírme, esa sonrisa maravillosa. Me tomó la mano y la colocó en el costado de su cuello. Sentí las marcas de los dientes en mis dedos.

—Esto fue bueno, Anita. Esto fue exactamente lo que quería en ese momento.

Tuve que devolverle la sonrisa, pero no duró mucho.

—¿Qué hora es?

—Son las diez —respondió Jason.

Perfecto. Menos de dos horas de sueño. En voz alta dije:

—Comí a las dos de la mañana, lo que significa que sólo han pasado ocho horas. Ocho horas es demasiado pronto, Nathaniel.

Me miró, y había ferocidad allí, determinación.

—Haz el amor conmigo, Anita. Hazme el amor, y entonces puedes alimentarte de otra persona. Pero tienes razón, estoy cansado de ver a todos llegar a ti antes que yo. —Estaba de rodillas, y tocó mis brazos, no del todo aferrándose a mí, no del todo sosteniéndome—. Hazme el amor, y no tendré ninguna razón para estar celoso.

—Voy a seguir teniendo relaciones sexuales con otros hombres —dije—. ¿Por qué no estarás celoso?

—Porque sé que quieres hacer el amor conmigo, y tienes que tener sexo con ellos.

Mi cabeza estaba empezando a dolerme. Nathaniel a menudo me hacía sentir intensa. Le amaba, y le quería, pero, diablos, no sabía qué decirle.

—Si estuvieras en la cama de otras mujeres, estaría celosa, sin importar el motivo.

Se ruborizó.

—¿Estás segura de que estarías celosa por mí?

—No estaba feliz viendo cómo te pateaban en el club, así que sí, creo que me molestaría.

—Creo que eso es lo más bonito que alguna vez me has dicho.

—¿Qué estoy celosa de las otras mujeres a tu alrededor?

Asintió con la cabeza.

—Tendrías que haber tenido una novia que te diera celos antes —dije.

Negó con la cabeza.

—Nunca he tenido una novia.

Me quedé mirándole. No sabía qué decir. Sabía que no mentiría al respecto, pero se me hacía difícil de creer.

—Has estado en películas pornográficas. Tú eres...

—Como una prostituta —terminó, para mí, y sus ojos no se inmutaron.

—Sí, lo siento, pero...

—Follar no significa que estuviéramos saliendo, Anita. Follar por dinero no es realmente un noviazgo.

—Pero... —dije.

Tocó mis labios con sus dedos.

—Shh... —dijo—, eres la primera novia que he tenido.

Le miré con una especie de suave horror creciendo en mi mente. ¿Yo era su primera novia? No podía entender esto en mi mente. ¿Cómo puedes hacer porno y ser una prostituta y no haber tenido novias? Parte de la confusión quedó demostrada en mi cara, porque sonrió y tocó el lado de mi cara. El vendaje se había desprendido y trazó los arañazos curados por Bárbara Brown.

—Ya te lo dije, eres la primera persona que quería, para mí. Porque estabas conmigo no por la forma en que me veías y lo que podías hacer con mi cuerpo. Me amas sin sexo. Dejas que yo te cuide. Me dejaste organizar tu cocina.

—Tú cocinas en ella más que yo —dije.

Sonrió, y sus ojos eran suaves, como si yo fuera un niño y él fuera mucho más viejo que yo.

—Eso es todo, Anita. Dejas que me compre el juego de té, aunque sé que piensas que es una tontería.

—¿Te gusta el juego de té? —dije.

Asintió con la cabeza.

—Haces las cosas no por disfrutar de ellas o porque te gusten, sino porque me hacen feliz. He tenido gente que me compra joyas, ropa, fines de semana en grandes hoteles y balnearios, pero nadie jamás permitió que me comprara lo que deseara con su dinero, sólo lo que ellos pensaban que quería. Déjame rehacer tus horarios. Permíteme hacer un lugar en tu vida. —Tomó mi cara entre sus manos—. Tal vez novia no es la palabra correcta, pero creo que cualquier otra palabra que se me ocurra te hará huir, y no quiero eso. —Tenía los labios repentinamente secos—. Haz el amor conmigo —susurró y comenzó a inclinarse hacia mí por un beso.

Sentí el movimiento de la cama en el otro lado. Tuve que luchar con las ganas de agarrar el brazo de Jason o algo, cualquier cosa para mantenerlo con nosotros. Todo con tal de no estar a solas con Nathaniel. Ronnie estaba en lo cierto, no era racional, pero me sentía como si me consumiera nuestra relación, tenía que mantenerlo. Estaba equivocada. No era el sexo un compromiso para mí. El *ardeur* estaba lejos de mí. Pero el sexo con la persona adecuada era todavía un compromiso, y la persona flexionada que me besaba, oh, tan suavemente, era la correcta.

Detuve aquel beso, para ver a Jason que iba al baño.

—Estaré en la ducha, disfrutad.

—Perdón por echarte de tu propia cama —dije. Y fue, por más de una razón.

Sonrió, y trató de no hacerlo, como si estuviera muy seguro de que eso lo metería en problemas.

—No es que no vaya a estar de vuelta en ella.

Nathaniel dejó de presionar con su estrecha mano en mi hombro, y miró a Jason.

—¿Qué se supone que significa eso?

Luchó para controlar su rostro, y no lo logró, y, finalmente, parecía satisfecho de sí mismo.

—No se puede alimentar aún, Nathaniel, es demasiado pronto. Jean-Claude no se despertará por un tiempo todavía. Y si Jean-Claude no se despierta, entonces Asher estará fuera.

Entrecerré los ojos hacia él.

—¿Y?

—Si hay algún cambiaforma por aquí del cual prefieres alimentarte antes que de mí, lo puedo conseguir. Graham está en el pasillo de abajo. — La expresión de su cara, decía claramente, que no esperaba que le tomara la palabra.

—Eres un pequeño arrogante.

—Uh-uh-uh —dijo—, ¿ahora que de todos modos te diriges a alguien que le dará de comer a la esencia misma de tu cuerpo?

Fruncí el ceño, y miré a Nathaniel. Su rostro era completamente pacífico.

—¿Y estás de acuerdo con esto?

—¿La verdad?

—Sí, la verdad.

—Mientras yo esté en primer lugar, sí.

—Podría quedarme y ayudar con los juegos previos —dijo Jason.

Antes de que pudiera responder, Nathaniel respondió:

—No esta vez, Jason. Quiero que esto sea apenas entre nosotros dos.

Jason me sonrió más a mí que a Nathaniel, porque podía ver la expresión en mi cara causada por la actitud despreocupada de Nathaniel hacia lo que más tarde sería un trío.

—Me esconderé en el cuarto de baño ahora. —Cerró la puerta detrás de él, y nos quedamos con la lámpara de noche encendida.

Le miré, una especie de indignación.

—Gracias por ofrecerme para un trío.

Parecía desconcertado.

—Duermo contigo y Micah casi todas las noches.

—Pero no estamos teniendo sexo al mismo tiempo.

Me miró, y la mirada decía que estaba protestando demasiado.

—Nosotros no —dije.

—Anita, te despiertas y necesitas alimentarte, y no lo hiciste antes de que te tocara, pero el otro no siempre se arrastra fuera de la cama. Te he visto teniendo relaciones sexuales con Micah más de una vez, y él te ha visto alimentándote de mí.

El dolor de cabeza empezaba a subir detrás de mis ojos. Estaba teniendo problemas para tragar, y tenía el sabor familiar del pánico.

—Sé que tú y Jean-Claude estáis con Asher, juntos. Sé que eso es un verdadero trío.

—No todo el tiempo —dije, e incluso soné débil.

Me frunció el ceño.

—No hay nada de malo en disfrutar de estar con dos hombres al mismo tiempo, Anita.

El pulso estaba amenazando con ahogarme.

—Sí, lo hay —y mi voz estaba entrecortada.

—¿Por qué, por qué está mal? —Se inclinó hacia mí como si me fuera a besar, pero me aparté, y fue uno de esos momentos tontos, porque al inclinarme lejos me tumbé en la cama, por lo que estaba mirando hacia arriba, a él. No había ninguna lógica en alejarme de un beso y tumbarme sobre la cama. Por supuesto, no había ninguna lógica para el pánico que gritaba dentro de mi cabeza tampoco.

Se apoyó en sus brazos y me miró con esa sonrisa que decía que se estaba haciendo el tonto. Comprendí en ese momento que me había equivocado al pensar en él como un niño. Esa mirada me hizo saber que a su manera, había sido tan cuidadoso conmigo como yo lo había sido con él. Pensaba en mí protección, en mi inocencia. Que en muchos sentidos, yo era una niña en el rostro de su experiencia. Fue uno de esos momentos en los que una relación cambia, cuando la forma de ver el mundo de repente se expande o explota, y el mundo que era ahora, no sería el mismo dentro de un latido del corazón.

Nos miramos el uno al otro, y no sé si se lo mostré en la cara, o si simplemente se le ocurrió, también, o qué, pero dudó y me sonrió.

—¿Qué está mal? —preguntó.

La pregunta pareció tan ridícula que me reí.

—Oh, no lo sé, casi he matado dos veces a Damian. Si acabara por fin de controlar el *ardeur* las cosas serían más fáciles, pero no es así. Tuve relaciones con Byron, de todas las personas con *Byron*. Casi levanté a todos el cementerio esta noche. Podía sentir a un ejército de muertos esperándome para activarlo. Podía sentirlo, Nathaniel, sentir su poder. —Estaba llorando y no podía evitarlo—. Fallé tanto hoy.

Me besó las lágrimas mientras se deslizaban por mis ojos, suavemente, demasiado suavemente.

—Hagamos algo bien. —Me besó, y sentí la sal de mis lágrimas en mis labios.

—Pero...

Me besó de nuevo, un poco más fuerte.

—Anita, por favor dejar de hablar.

Le fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Así podemos estar juntos —dijo.

Abrí la boca, y no sé lo que habría dicho, porque habló antes.

—Hazme el amor —y se inclinó sobre mí—, consúmeme, —pensé que iba a darme un beso, pero sus labios se movieron más abajo, y besó mi cuello, luego se acercó un poco más bajo—, enróscame, —y besó el montículo de mis senos a través de la camiseta—, chúpame. —Levantó la camisa corta hacia arriba, dejando mis senos libres. Empecé a protestar, pero la mirada de sus ojos, en su cara, me detuvo. Puso sus labios sobre mi pezón, justo debajo de la venda que cubría la mordedura de Jean-Claude. Pasó la lengua en una línea sólida a lo largo de mi pecho y ubicó los ojos para encontrarse con los míos—. Tómame.

Me gustaría decir que tenía algo igualmente escandaloso que decir, o algo suave, pero lo único que se me ocurrió decir fue:

—Está bien. —No fue suave y cortés, pero cuando amas a alguien, no siempre tienes que ser suave y elegante, a veces puedes ser tú mismo, y eso está bien, dicho en el momento oportuno fue más dulce que cualquier poesía y significaba más que todas las conversaciones de alcoba en el mundo.



La camiseta y la ropa interior desaparecieron en la primera erupción de manos, pero nunca había tratado de tocarlo cuando esto no era una necesidad metafísica. Nunca me giraba hacia Nathaniel sólo porque lo quería. No era que no le encontrara atractivo. Dios sabe que lo hacía, pero no lo había hecho hasta aquellos pocos primeros momentos cuánto había dependido del *ardeur*. Había pensado en ello sólo como una maldición, pero por primera vez aprecié que esto me había engrasado las tuercas. Conseguí sobreponerme a la vergüenza, la torpeza, a la actitud, las muchachas buenas no hacen esto. Sin el *ardeur*, era sólo yo, y el interior de mi cabeza era desagradable.

Nathaniel lo notó, porque lo notaba todo. Se apoyó hacia arriba en un codo y miró abajo hacia mí.

—¿Qué está mal?

No estaba segura de cómo decirlo, y eso debió de haberse mostrado en

mi cara, porque dijo:

—Sólo dilo, Anita, ¿qué es?

Le miré y luché contra el impulso de bajar la mirada a lo largo de la longitud de su cuerpo. Tuve que cerrar los ojos, y finalmente dije:

—Sin el *ardeur*, sólo soy yo. Sólo yo, y yo... —me incorporé—. No estoy cómoda.

—¿Connmigo?

Empecé a negarlo con la cabeza, cuando me detuve y le dije la auténtica verdad.

—Connmigo misma.

Avanzó sobre la cama de modo que descansó su cara contra el hueco de mi espalda. Era tan caliente.

—¿Qué significa esto, exactamente?

¿Cómo podía explicar algo a alguien más, cuando realmente no lo entendía ni yo misma?

—No sé si puedo explicarlo —dije.

La puerta de cuarto de baño se abrió, y los dos levantamos la vista. Jason estaba allí con una toalla alrededor de su cintura. No estaba mojado, pero llevaba una toalla. Había estado alrededor de los cambiaformas el tiempo suficiente para pensar que eso era extraño.

—No puedo soportarlo —dijo—, solamente no puedo soportarlo.

—¿El qué? —pregunté.

—Vas a joder esto.

Le miré, y no con una mirada amistosa.

—No me fulmines con la mirada. —Se acercó hasta el final de la cama, con las manos sobre caderas—. Te he dicho que daría casi cualquier cosa para hacer que alguien me mire del modo que Nathaniel te mira.

—Sí, pero...

—Pero nada —repuso—, pensé que estabas madurando, cambiando, pero solamente culpas de todo esto al *ardeur*. No haces nada de esto. No es culpa tuya. Si follas todo lo que se mueve mientras estás bajo la influencia del *ardeur*, todavía eres intachable.

Empecé a discutir con él, pero no podía pensar cómo hacerlo. Finalmente dije:

—Tengo que estar de alguna forma de acuerdo con lo que dices, ¿y qué?

—¡Dios, Anita!, no es sobre la culpa. Actúas como si esto fuera un

pecado.

Algo debió de haberse mostrado en mi cara, porque hizo un sonido con su garganta que era en parte gruñido y en parte exasperación. Tuve que alejar la mirada de la expresión en sus ojos, había cólera en ellos.

—Me enseñaron que esto era un pecado.

—Ellos también te enseñaron que Papá Noel era auténtico, y ya no crees más en él, ¿cierto?

Crucé los brazos a través de mi cuerpo, aunque perdí un poco de mi intención de mostrar resentimiento, porque estaba desnuda, y es que nunca es fácil estar malhumorada cuando estás desnuda.

—¿Qué se supone que significa esto?

Se apoyó sobre sus rodillas en la cama.

—Esto quiere decir, míralo.

Miré tercamente a Jason, y no a Nathaniel.

—Gírate y míralo, o te giraré.

—Lo intentarás —dije.

—Bien, quieres luchar, podemos luchar, ¿pero sería menos embarazoso y menos infantil, si solamente te giraras?

Aspiré profundamente y lo solté despacio. Me giré.

Nathaniel estaba tendido allí sobre su estómago, apoyado sobre sus codos. Su cara era lo que notabas primero. Aquellos asombrosos ojos color lavanda con los remanentes del maquillaje aún allí, haciéndolos parecer más oscuros, más grandes, como si necesitaran cualquier ayuda para asombrar. Sus ojos sostenían tal paciencia, una seguridad tranquila que yo fijaría esto. Todo iría bien. No me gustaba que nadie me mirase así, porque la vida me había enseñado que por lo general las cosas no iban a ir bien. Que no podía salvar a cada uno. Que no podía fijar nada. Sus labios sostuvieron una leve risa. No había ninguna ansiedad en él. Ningún miedo a que huyera. Me miró con la cara tranquila de un santo que mira fijamente la cara de Dios. Seguro en su fe, seguro en su conocimiento, confiando en un camino que yo había perdido hace mucho. ¿Cómo podía mirarme así? ¿No lo sabía mejor? Había vivido conmigo durante cuatro meses. ¿No sabía que ahora iba fastidiando seis caminos al domingo, y no debería depender de mí?

Bajó su cabeza, casi un movimiento tímido, pero esto movió mi mirada fija barriendo a través de su hombro, bajando la curva de su espalda. Sólo me había permitido tocarlo debajo de la cintura una vez. Cuando el *ardeur*

era muy nuevo. Había cubierto su espalda y nalgas con mordeduras, y esto le había gustado, me había alimentado, y nunca me había dejado tocarlo mucho otra vez, hasta hace dos días. Aquella primera vez había sido por la alimentación, y no había requerido tiempo para verlo realmente, realmente disfrutarle, porque lo había mirado como una mala necesidad. Mirándole ahora, me sentí culpable por pensar siempre así de él. Se merecía algo mejor.

Lo había hecho con la ropa puesta durante meses, al menos pantalón corto, aún en la cama. Pero estaba enteramente demasiado cómodo estando desnudo para que no hubiese tenido algunos vislumbres de él. Incluso anoche, en el club, realmente no había dejado de mirarlo, no realmente. Como si me hubiese permitido quedar sobre su cuerpo, me habría quedado sobre la parte que pareció fascinarme más, y, no, no era lo que tú piensas. Su espalda tenía un balanceo leve, una curva que se derramaba en un culo encantador, pero en la línea más apartada de su espalda, antes de llegar a su espalda, estaban los hoyuelos. Tal vez hoyuelo no era la palabra exacta para ellos, pero no tenía ninguna otra palabra para usar. Lo miré fijamente ahora, dejé mis ojos demorarse, más que el rápido vistazo y apartar la mirada apresuradamente lejos. Me permití no sólo mirar que estaba desnudo, sino ver su cuerpo.

Le tendí la mano y me permití a mí misma hacer algo que había querido hacer durante meses. Moví mi mano hacia abajo hacia la curva de su espalda y la dejé descansar justo allí, justo al final de su espalda, antes de la elevación de su culo.

Él solamente tembló un poco bajo el toque de mi mano, aun cuando todo lo que había hecho fuese poner la palma de la mano contra su piel. Dejé el peso del resto de la mano entre aquellos dos hoyuelos tan bajos sobre su cuerpo. Era como si cuando la arcilla fue moldeada, Dios hubiese colocado sus pulgares justo encima de la elevación del culo de Nathaniel, como un dulce extra, como cuando la gente piensa que un hoyuelo cerca de la boca es por el beso de un ángel antes de que el bebé haya nacido, entonces aquellos hoyuelos sobre su cuerpo parecían una gracia suplementaria.

Besé, aunque con cuidado, cada uno de aquellos lisos huecos, como diminutas tazas bajas en su piel. Cada señal era del tamaño de mis labios, como si hubiesen sido hechos para mí, para besarlos. Puse mi cabeza en la curva de su espalda, descansé mi mejilla sobre aquellas señales de gracia,

de modo que mi cara estuviera ligeramente inclinada encima de la elevación de su cuerpo, conduciendo mis ojos bajo la curva de su culo y sus distantes piernas y pies, pero por el momento era donde estaba contenta de estar.

Usé su cuerpo como almohada, y así como mi boca encajaba en aquellos hoyuelos tan besables, mi cabeza encajaba muy bien en la curva de su cuerpo, como si estuviera para que descansase allí. El aliento de Nathaniel salió en un largo suspiro, y su cuerpo pareció adaptarse a la cama, como si alguna tensión que no había visto aún en él se hubiese ido y lo hubiese dejado capaz de descansar.

Arrastré mi mano a través de la curva de su culo, y él hizo un pequeño sonido para mí. Arrastré mis dedos más abajo, remontando la línea de su muslo. No era que sus piernas hubiesen estado prohibidas de la misma forma que otras áreas lo habían estado, pero comprendí que había dividido su cuerpo a lo largo de una línea en su cintura, como algún límite de guerra. Encima de la línea estábamos nosotros, debajo de la línea estaba prohibido. Su muslo era lozano, de piel lisa, firme y con músculo.

Traje de vuelta la mano que sostenía su pierna permitiendo que mis dedos remontasen en círculos sobre su trasero. Estos pequeños movimientos dibujaron pequeños, rápidos, sonidos de él, casi sonidos de protesta.

Pregunté, y mi voz fue tan perezosa y suave como mi toque.

—Casi haces ruidos de dolor, ¿esto duele?

—No —dijo, y su voz mostró una tensión, la cual aún no insinuaba su cuerpo—. Es solamente que he querido que me toques durante demasiado tiempo. Esto se siente... me asombra tener tu cabeza descansando sobre mí, tus manos sobre mí. ¡Dios, se siente tan bien!

Dejé el rastro de mis dedos bajo la línea de su culo, de modo que si hubiese habido cualquier pequeño pelo podría haber jugado con él, pero estaba afeitado, completamente afeitado. Esto me hizo preguntarme si otras cosas estaban también afeitadas.

Dejé el rastro de mis dedos bajo la línea de su culo otra vez, remontando la separación entre las mejillas, hasta encontrar la primera línea de carne caliente que era, ni culo, ni más, sino una línea de piel suave, de seda.

Puse un dedo a los lados de aquella piel, el más suave de los pellizcos, y deslicé mis dedos arriba y abajo. Nathaniel se retorció bajo el toque. Sus

manos luchaban contra las sábanas como si no estuviera seguro de que hacer con ellas.

Levanté mi cabeza de su espalda y besé mi subida hacia sus mejillas hasta que pude poner mi cabeza a un lado de él, como una almohada. Acaricié mi paso por su muslo otra vez, y esta vez hice círculos detrás de sus rodillas, y seguí bajando, hasta que las yemas de los dedos jugaron con sus tobillos.

Se rió y luchó contra la cama otra vez, como hacía cuando tocaba sitios mucho más tradicionalmente íntimos. Hay tantas áreas eróticas sobre el cuerpo más que la pequeña lista que la mayoría de la gente conoce. Me levanté de la almohada de su cuerpo, de modo que pudiera prestar más atención a sus tobillos, dibujando ligeramente con mis uñas a través de esta, al parecer sensible, piel. Se retorció para mí, la parte superior de su cuerpo cayéndose de la cama, y expelía su aliento sacudiéndolo en algo entre un suspiro y una risa. Entonces me senté encima donde con mis dedos podría recorrer a través de la profundidad de sus pies, y él suspiró:

—¡Ah, Dios! —Toqué el frente de sus pies, muy ligeramente, y dio una patada, como si fuera demasiado. Los pies de todo el mundo no son sensibles para los juegos preliminares, pero cuando los pies de alguien lo son, realmente lo son.

Miré fijamente por encima de la línea de su cuerpo, mientras tiraba de las sábanas. Apenas había empezado. Tantas opciones, me incliné hacia sus tobillos y lamí a lo largo del hueso redondo, remontando la piel con mi lengua, en espesos, mojados, círculos. Hizo ruidos de protesta y comenzó a patear, pero agarré su pie con ambas manos y lo sostuve contra mi boca. Él hizo un sonido que era casi un grito y me miró fijamente, a lo largo de su cuerpo. Había algo en sus ojos que era a la vez salvaje, tierno y que mostraba asombro.

Mordí sobre aquella carne, no con fuerza, sólo un roce de dientes, pero esto hizo rodar sus ojos en su cabeza y doblar sus hombros en la cama, como si se hubiera desmayado.

Me moví apoyándome en la cama, de modo que pudiera poner mi cabeza, no sobre una mejilla, sino a través de aquella parte de su cuerpo, de modo que esta fuera de verdad mi almohada. El sentir sus mejillas extendiéndose bajo el lado de mi cara me hizo cerrar los ojos, y tuve que aprender de nuevo a respirar durante un momento. Derramé la palma de mi mano sobre la línea de su cuerpo, hasta que encontré la piel de seda otra

vez. Pero esta vez la usé como una línea para remontar hacia algo más. Encontré lo que quería, y la piel era tan suave, más suave que algo que hubiera tocado en su cuerpo. Sus testículos estaban atrapados debajo de su cuerpo, gruesos, redondos y delicados. Sólo parte de ellos estaba atrapado donde podía tocarlos, y la combinación del peso del cuerpo y el entusiasmo los había hecho hincharse, de modo que la piel no estaba tan floja como lo habría estado de otra manera. Había querido jugar con todo esto.

Resbalé mi cuerpo sobre sus piernas y las empujé más lejos, de modo que me puse entre ellas. Puse mi boca contra el interior de su muslo, pero me paré antes de que pudiera decidir si iba a besarlo, o a lamerlo, o a morderlo. Me paré porque podía ver a Jason sobre la pendiente del muslo de Nathaniel.

La verdad era que me había olvidado que estaba allí. ¿Era eso algo malo de decir, o algo bueno? ¿Significaba eso que estaba más cómoda conmigo misma, o que caía en el agujero de la prostitución? Lo que sea, pero de repente me congelé, mirando el cuerpo de Nathaniel en aquellos pálidos ojos azules. Fue lo que vi en ellos, lo que me hizo congelar. La lujuria habría sido embarazosa, pero lógica. Pero no fue eso lo que vi. Jason nos miraba con algo en su cara que estaba cerca del dolor, y sus ojos sostenían un deseo, un sentimiento de pérdida. No sabía qué hacer con aquella mirada, entonces me paré, y levanté mi boca fuera del cuerpo de Nathaniel.

Jason comprendió que lo había visto, y giró su cabeza. Cuando volvió a girarse, tenía su cara bajo control. Intentó bromear, diciendo:

—No te detengas por mi culpa. Disfruto del espectáculo. —Su voz sonó ligera, pero sus ojos... la ligereza nunca alcanzó suficientemente sus ojos.

—Mentiroso —dije.

Me soltó una risa infeliz.

—Pensé que estabas demasiado ocupada para notarme. Debería de haber sabido que sin el *ardeur* prestarías más atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nathaniel.

—No estoy segura —dije.

—No te preocupes —dijo Jason—, en realidad no te añoro Anita, o a Nathaniel. Pero añoro tener a alguien que se tome tanto tiempo y atención conmigo.

Le miré con el ceño fruncido.

—Puedes tener sexo, y puede estar bien, pero daría casi cualquier cosa

para tener a alguien tocándome del modo que tocas a Nathaniel. Probablemente tendremos sexo más tarde, y será genial, pero no me mirarás así.

Suspiré.

—Creo que nos recuerdo teniendo esta conversación antes. Quieres ser consumido por el amor, y mi objetivo en la vida es no ser nunca consumida en absoluto.

—Irónico, ¿no es así? —dijo él—. Sólo quiero que una vez alguien me mire del modo que miras a Nathaniel, y te he asustado a muerte por ello. Sigues diciendo que el *ardeur* es una maldición, pero si nunca hubieras tenido el *ardeur*, no tendrías a Nathaniel, o a Micah. Aún no estoy cien por cien seguro de si tendrías la doble cita de Asher y Jean-Claude.

Coloqué mis brazos a través de las mejillas de Nathaniel, descansé mi cara sobre ellas y miré a Jason. Le miré y traté de oír lo que decía.

—Tal vez, con Asher, creo. Una vez que has cruzado suficientes líneas, una más no parece un gran reto.

—Exactamente —dijo Jason.

—¿Entonces qué es el *ardeur*, una bendición?

—Mira sobre lo que estás apoyada, y dime que no lo es. Te oí antes, Anita. Si el *ardeur* no te hubiera venido, todavía estarías plantada donde habías estado. Todavía lucharías contra lo que quieres, y lo que piensas que tú, se supone, quieres.

Le miré, mientras descansaba en el cuerpo de Nathaniel. Nathaniel se había apoyado sobre sus codos y miraba a Jason. Parecíamos completamente cómodos con él allí. ¿Estaba esto mal? No se sentía incorrecto.

Quise discutir, pero no podía, bien, podría, pero habría parecido tonta. ¿Si el *ardeur* no hubiera venido, dónde estaría yo? Pensé que todavía estaría con Richard, pero en cuanto lo pensé, me di cuenta de qué lo sabía mejor. Richard había usado el *ardeur* como otra excusa para huir de mí, pero no le había gustado nada mi vida. No le había gustado el trabajo de policía, el levantamiento de zombis, mi comodidad con los vampiros y cambiaformas. De una manera extraña, la cosa que menos le había gustado consistía en que parecía dispuesta a aceptarlo a él y a su bestia. Había visto demasiado profundo en su cabeza en aquel momento en mi propio cuarto de baño. Damian lo había dicho mejor, a Richard le gustaba su vergüenza más de lo que le gustaba algo más.

Entonces ¿dónde estaría yo sin el *ardeur*? Sin Micah, sin Nathaniel, sin Asher. En mi vida no habría nada más que casos de asesinato, levantamientos de zombis, y cacerías de vampiros. ¡Infiernos! Sin el *ardeur*, ¿me habría quedado con Jean-Claude, o habría encontrado otra razón para huir de él, también? Tal vez. Esto sonaba a algo que haría.

Miré a Jason y me coloqué más firmemente contra el cuerpo de Nathaniel. Él suspiró, y posó su cabeza sobre la cama.

—Entonces qué, ¿el *ardeur* es la forma que tiene el universo de colocarme dónde tenía que estar?

—Tal vez —dijo, luego sonrió abiertamente—, no puedo hablar por el universo entero. Todo lo que sé es que te envidio, y no envidio a muchas personas.

Fruncí el ceño.

—¿Estás celoso? —preguntó Nathaniel.

Jason pareció sorprendido, aunque no supe si era por la pregunta, o por quién lo había preguntado. Finalmente sacudió su cabeza.

—No celoso de ti o de Anita, como si estuviera enamorado de vosotros, celoso, no. Celoso de lo que vosotros tenéis juntos, ¡infierno sí! Celoso de no tener a muchas personas enamoradas de mí ¡infierno sí!, otra vez. —Rió, y luego sonrió abiertamente, y esta vez alcanzó sus ojos—. Además, no soy el tipo de Anita para una relación.

—¿Qué debo suponer que significa esto? —pregunté.

—No soy lo bastante sumiso, o lo bastante dominante para ti. Seguramente no soy lo suficientemente doméstico. Tampoco estoy dispuesto a tomar todas las responsabilidades que Micah parece abrazar tan fácilmente. Has encontrado otra persona que acepta tu trabajo y cuida de las crisis de otras personas. No es mi idea de diversión. —Extendió sus amplias manos—. Jean-Claude y tú, bien, pues son algo más. Sé que no puedo competir con ello.

—Esto no es una competición —dijo Nathaniel.

—Tú no lo ves así —repuso Jason—, pero soy lo bastante dominante, y lo bastante tío para verlo así.

—Si alguno de ellos lo vieran como una competición, esto no funcionaría —dije.

—Lo sé —dijo Jason. Sacudió su cabeza—. Entro en el cuarto de baño otra vez, y esta vez me quedo allí hasta que me llaméis, o hasta que sienta la subida del *ardeur*. Vosotros, chicos divertíos. Lo siento, si aplasté

vuestro humor.

—Mi humor está bien —dije.

—El mío, también —dijo Nathaniel.

Jason nos miró fijamente a ambos.

—¿Ningún *ardeur* y os he hecho hablar y pensar con demasiada fuerza, y vosotros todavía estáis bien con esto?

—Sí —dije.

—¿Por qué?

—Porque un muy sabio y querido amigo me dijo que iba a joder esto, y no quiero hacerlo.

Se rió y su cara se ablandó.

—Si realmente alguna vez escoges a uno de ellos para casarte, en realidad, y ese es Nathaniel, consigo los derechos para ser el padrino de boda.

—No creo que eso vaya a pasar —dije—, pero si pasa, serías nuestra primera elección.

—No le preguntaste a Nathaniel —dijo él.

—Ella no tiene porqué —dijo Nathaniel.

Jason anduvo hacia el cuarto de baño, sacudiendo su cabeza.

—Demasiado medio dominante.

Le llamé.

—Sabes que tengo que ser el mejor hombre en cualquier relación, Jason —dije queriendo bromear.

Se dio vuelta en la puerta de cuarto de baño, y dijo:

—Joder, Anita, eres el mejor hombre. Sólo porque no tengas el equipo correcto, no cambia lo que eres. —Cerró la puerta detrás de él, firmemente, hasta que hizo clic.

Fuimos abandonados solos en el dormitorio. Nathaniel se levantó y me miró.

—No tienes que terminarlo esta noche, Anita. Las razones de Jason, el modo que me tocaste, sé que si es o no esta vez, será después. Cuanto más pronto alimentes el *ardeur* mejor te sentirás.

Me reí de él, luego desdoblé mis brazos y deslicé mi cara hacia abajo, hasta que estuve tan lejos entre sus piernas como podía ponerme. No estaba excitado ahora, y la piel estaba floja. Lamí la zona de la piel más delicada y oí su aliento salir en un suspiro largo. Hice entrar la piel floja en mi boca, tirando con cuidado hacia fuera y lejos de su cuerpo. La piel no se quedó

floja por mucho tiempo, y cuando estuvo apretada pude lamer las pelotas junto con aquella piel. Le dije:

—A cuatro patas.

Se colocó sin que tuviese que pedirselo dos veces.

Hice entrar sus pelotas en mi boca, una a una, con cuidado, con mucho cuidado. Las hice rodar en mi boca con la lengua y labios, hasta que estuvieron mojadas y lisas. Cogí vislumbres del resto de él, sólo del frente, pero no todo, y no bien. Sólo le había visto desnudo de frente tres veces. Una cuando lo encontré la primera vez, otra cuando hice el triunvirato entre él y Damian, y antes en mi oficina.

—Date la vuelta —dije, y se tumbó sobre su espalda. Estaba grueso y temblando contra su estómago, señalando como una exclamación contra su propio cuerpo—. No te recuerdo así de grande la primera vez que te vi desnudo.

—Estaba en un hospital. Alguien casi me había matado. No estaba en mi mejor momento.

Le miré fijamente y dije:

—Puedo verlo. —Le alcancé, despacio, y puse mi mano contra su calor. Pero perdí mi paciencia. Otra vez sería lento, pero ahora abrigué mi mano alrededor de él, dejé su gruesa dureza redonda llenar mi mano. Su cuerpo superior sufrió un espasmo, levantándose un poco de la cama. Deslicé una mano a sus pelotas y las masajee, mientras acariciaba su grueso y aterciopelado calor—. Tan suave, y tan duro, todo a la vez.

Lo acaricié, hasta que sus ojos se desenfocaron y su cuello sufrió un espasmo, de modo que tenía los ojos cerrados, y no me vio inclinarme. Deslicé mi boca sobre la punta mientras no miraba, y gritó, cuando trabajé mi boca a lo largo de su longitud. Sabía lo que quería. Lo quería todo dentro de mi boca, hasta sus pelotas, al menos una vez. La próxima vez comenzaría más despacio, ahora tenía que luchar por ello. Había mejorado en profundizar hasta la garganta, porque compartiendo la cama con Micah, era mejorar en tomar más, o dejar de hacer una de mis cosas favoritas. La práctica dio resultado, sellé a Nathaniel dentro de mi boca en una línea difícil, limpia, hasta que mis labios tocaron la cima de sus testículos. Sólo podría quedarme durante un momento, entonces tenía que parar. Para respirar, hasta dejar un rastro de mi húmeda boca bajo el eje de su cuerpo.

Me levanté sobre mis rodillas, entre sus muslos, y la mirada sobre su cara hizo que todo el esfuerzo valiera la pena. De hecho, lo merecía tanto,

que tuve que hacerlo otra vez. Entonces bajé más sobre él, así podría moverme mejor, empujándolo dentro de mi boca. Lamiéndolo, haciéndolo rodar, chapándolo, y cuando hizo bastante ruido, usé los dientes muy ligeramente.

—¡Oh, Dios! Sí, sí, ¡por favor!

Me moví lo bastante para preguntar:

—Por favor, ¿qué?

—Más dientes, por favor.

Le miré con el ceño fruncido.

—La mayoría de hombres cree que les dolerá.

—No soy la mayoría de los hombres —dijo, y había algo sobre la forma en que lo dijo que me hizo presionar mi boca otra vez sobre él. Lo aspiré, tirando con fuerza y firmeza, luego obligué a mi boca a ir sobre el eje, no tan lejos como antes, y a morderlo, no con demasiada fuerza, pero fue lo más fuerte que había mordido a cualquier otro hombre con el que había hecho esto. Mantuve mis ojos sobre su cara, así podría ver si esto le hacía daño. La mirada sobre su cara no tenía nada que ver con dolor. Sus ojos eran salvajes, y dijo—: Más fuerte.

Le miré.

—¡Por favor, Anita, por favor! No sabes cuánto tiempo he querido esto.

No era por mis mordiscos al ser mordido, pero me recordaron que Nathaniel una vez no había tenido ningún punto de parada, ninguna señal de «peligro-no-cruzar». Podría hacer lo que quería, pero eso me hizo ser más consciente de asegurarme de que no fuera demasiado lejos. Finalmente hacía lo que él siempre había querido. Era magnífica para él.

Bajé sobre él rápidamente y con fuerza, y esta vez lo mordí con la suficiente fuerza cerrando mis dientes alrededor de aquella carne gruesa, sustanciosa. Tuve un destello momentáneo no del *ardeur*, pero sí de la bestia, y de su ansia por la carne entre los dientes. Le aparté, aunque me alejé y no lo hice otra vez. Pero había hecho bastante, porque hice rodar sus ojos en blanco, y se retorció sobre la cama. Sus manos habían agarrado las arrugas de las sábanas, y su cuerpo se crispaba y se corcoveaba contra la cama.

Esperé a que se quedara inmóvil, aunque sus ojos se quedaron como mariposas, la pestañas revoloteaban contra sus mejillas. Cuando cogí un vislumbre de sus ojos de lavanda entre el revoloteo, le acaricié con cuidado. Le acaricié con mis manos, hasta que tuve sus ojos mirándome en

lugar de mirar interior de sus propios párpados.

Alzó la vista hacia mí, sus perezosos ojos lavanda, y su risa se parecía a la del gato que consiguió nata. Abrigué mi mano alrededor aquella caliente, gruesa, longitud. Abrigándola con mi mano y exprimiéndola.

—Quiero esto en mi interior.

Cuando sus ojos se abrieron, dijo:

—No has tenido ningún juego preliminar.

Lo exprimí otra vez, miré como su columna se arqueaba, y su cabeza volvía, deslizando la trenza larga de su pelo, en la cama, como algo escapando de la línea.

—Confía en mí, Nathaniel, he tenido juegos preliminares.

Cuando se recuperó lo suficiente dijo:

—No eres la única que no ha conseguido tocar a alguien por debajo de la cintura.

Cerré mis ojos.

—¡Por favor, Nathaniel, por favor! Sólo haz el amor conmigo. Quiero que termines lo que empezaste en la oficina, por favor.

Me miró, y había algo en aquella mirada que era muy masculino y muy adulto.

—Te gustó eso, ¿verdad?

Le lancé una mirada, entonces dije:

—Tú estabas allí, ¿qué piensas?

Se incorporó, y de repente estaba rodeada por sus piernas, sus brazos. Me besó, y el beso fue apacible, pero no casto. Exploró mi boca de la misma forma que había explorado sus piernas y su culo, ligeramente, con delicadeza, saboreándolo. Pero una mano se deslizó hacia abajo delante de mi cuerpo, hasta que sus dedos se deslizaron sobre mí. Mi cuerpo reaccionó a aquel ligero toque, pero su mano no se detuvo. Remontó un dedo alrededor de la apertura de mi cuerpo.

—Estás mojada.

—Te lo dije.

Deslizó el dedo dentro de mí y robó mi aliento. Entonces empujó dos dedos dentro de mí, y con las yemas de sus dedos encontró aquel punto. Chasqueó las yemas de sus dedos, sólo las yemas, doblándolas rápido, y con firmeza contra aquel punto. Y fue como si aquella parte de mi cuerpo hubiera estado esperándolo, como si todo el trabajo que había hecho antes, estuviese todavía allí, porque aquellos toques rápidos, firmes, me trajeron.

Trajeron mi grito, mis uñas se clavaron en sus hombros, y espalda.

Me cogió con su otro brazo alrededor de mi cintura, o me habría caído de la cama. Sacó sus dedos de mi interior y dijo:

—Ahora, estás lista.

Ya que todo lo que veía era el interior de mis globos oculares, y hablar no era una opción, traté de cabecear, pero realmente no creo que no lo necesitase. Como ellos dicen, obras son amores, no buenas razones.



Miré su cara encima de mí, como su cuerpo trabajaba dentro y fuera de mí. Permanecía sostenido sobre sus brazos, las piernas dobladas hacía mí, actuando como marco de su propio cuerpo. Verlo deslizarse dentro de mí hizo que mi cabeza rodara hacía atrás, que mi cuerpo tuviera espasmos, pero luchaba por el control. Luchaba por verlo. Mirarlo, esta primera vez. Esta primera vez después de tantos intentos fallidos. Luché contra mi cuerpo, luché contra las sensaciones asombrosas que me llenaban, luchaba, porque quería verle la cara.

Tal como me tenía sostenida, era poco profundo, y generalmente lo quería profundo, pero algo sobre el ángulo, o sobre la profundidad o la falta de ella, o el ritmo, que era rápido, muy rápido, empezó a hacerme ir. Podía sentirlo formándose. Me acordé de decir algo entre jadeos.

—Cuando me vaya, tú te irás.

Su voz era extrañamente controlada, como si estuviera muy

concentrado en lo que hacía.

—Te puedes ir más de una vez, yo no puedo.

Le toqué la cara, lo sostuve hacía la luz entre mis manos.

—Cuando me vaya, te vas, no quiero más accidentes.

Sus ojos me sonrieron.

—De acuerdo.

Y de pronto, no hubo más tiempo para palabras, no hubo tiempo para debates. El orgasmo apretaba mi cuerpo, entonces se esparció hacía fuera, soplando por mi cuerpo, por mi piel. Monté onda tras onda de placer. Sus ojos se agrandaron, como si estuvieran sorprendidos, y su respiración se aceleró; su cuerpo vaciló, casi se detuvo, entonces se empujó hasta el fondo y si no hubiera tenido su cara frente a mi cabeza hubiera rodado hacía atrás, pero quería mirarlo a los ojos. Estaban casi frenéticos. Su cuerpo tenía espasmos de nuevo, y esta vez el orgasmo me cogió desprevenida y mis manos se perdieron en su cara, mis ojos se retorcieron hacía atrás y chillé. Se desplomó encima de mí y el impulso fue repentino dentro de mí. Grité debajo de él y arañé su espalda. Su piel cedió bajo mis uñas. Se retorció encima de mí. Retorciéndose encima con su cuerpo todavía enterrado en lo más profundo de mí, eso causó que se clavara aún más profundo, y apreté los dientes en su hombro, gritando contra su piel. Haciendo una mordaza entre mis dientes y su carne.

Al cuerpo de Nathaniel le gustaba el dolor. Era como si, cuanto más daño le hacías más tiempo tardaba en terminar. A la medida que mis uñas y mis dientes se hundían, sus caderas más bombeaban en mí. Era como si estuviéramos atrapados en un bucle sin fin de dolor y placer, y la línea entre uno y otro estaba borrosa.

Su respiración cambió otra vez y cuando su cuerpo se estiró hacía atrás, durante el orgasmo, todavía tenía mis dientes clavados en su hombro. Se arrancó de mi boca. Lo solté a tiempo de no arrancar un pedazo o perder un diente, pero no a tiempo para evitar que sangrara. De repente me ahogaba en el sabor de su sangre. Dulce, salada y metálica, y debajo de eso, algo más, algo más. Era como la diferencia entre beber agua porque tienes sed y beber vino para disfrutar del sabor. Dejé que la sangre de Nathaniel llenara mi boca, jugué con el sabor, la textura de la misma.

Dejé que se deslizara por mi garganta. Lo dejé para el final, como si fuera el último sorbo de líquido que jamás tendría. Había anhelado antes la sangre, pero como la bestia, había pensado que era una parte de todo. Con

ese sabor dulce supe mejor lo que significaba. Había probado antes sangre, pero nunca había disfrutado de ella ni sabía que podía degustarla de esta manera.

El poder se arrastraba por la piel de Nathaniel, y atrapada bajo su cuerpo, ese poder se arrastró sobre mí con un hormigueo, lo que me robó el aliento. Me hizo temblar y mi bestia se movió, como si algo peludo y dormido hubiese sido perturbado de su sueño.

Nathaniel se dobló hacia mí de nuevo, sus ojos eran casi un color gris pálido con un toque de azul. Miré fijamente sus ojos de leopardo y sentí a su bestia estirándose dentro de su cuerpo, como si rozara su jaula de huesos.

Mi bestia se extendió en mi cuerpo, ya había tenido esa sensación antes, pero nunca había sido capaz de sentir como si mi cuerpo fuera de algún modo hueco y esta forma se estirara a lo largo de mí. Me hizo temblar y por un momento fue difícil respirar, era como si algo estuviera realmente dentro de mí y hubiera subido lo suficiente como para comprimir mis pulmones. La presión duró un instante y luego se había ido, pero no quería volver a sentirlo.

—Hueles a sangre —dijo Nathaniel, y en su voz había un toque de gruñido.

—Es tu sangre —susurré y mi corazón cada vez latía más rápido.

—Pero está en tu boca —gruñó justo encima de mis labios. Su boca estuvo de repente en la mía, su lengua empujando entre mis labios. Me besó, duro, largo y profundo, empujando su lengua tan lejos en mi boca que casi parecía Garganta Profunda. Pero la lengua no era tan larga ni tan ancha como él. Pero tenía unos dientes que casi cortaban mis labios, un fuerza que magullaba, la cual ninguna clase de sexo oral podría igualar. Su lengua lamió a lo largo del cielo de mi boca, el interior de mis mejillas. Fue lamiendo el sabor de su propia sangre de mi boca.

El leopardo chilló a través de mi cerebro, ¡nos está comiendo! Lo sabía mejor, pero algo dentro de mí se movió, en lugares en los que nada tenía que moverse. Lo sentía, no como alguna forma líquida amorfa, pero como si algo muy sólido y verdadero se sentara en el centro de mi cuerpo y se moviera. Se movió y esta vez sentí como si una mano se estirara hacía arriba y algo más se estirara hacia abajo. Me dolió y de repente me atragante con el beso de Nathaniel.

El retrocedió y la sonrisa en su cara era feroz y gozosa, una belleza

salvaje, como si los pensamientos detrás de su rostro no fueran humanos.

—Sabes bien —dijo y su voz fue dolorosamente baja. No sonó del todo como la voz de Nathaniel.

El leopardo no reaccionó a ese gruñido, había desaparecido de mi cabeza. Pero seguía estirado de brazos y piernas en el centro de mi cuerpo. Podía sentirlo tocando cosas que nunca debería haber tocado. Grité y miré fijamente a los ojos sobre mí preguntándome si todavía habría suficiente de Nathaniel allí como para ayudarme.

—Anita, ¿qué está mal? —Los ojos del leopardo y la voz de un extraño, pero la cara era del todo de Nathaniel, toda preocupación.

—Duele.

—¿Qué? ¿Te hice daño?

Sacudí la cabeza y las garras cosquillearon a lo largo de mis costillas, lo que me hizo luchar debajo de su cuerpo.

—¡Ayúdame!

El salió de encima de mí y gritó:

—¡Jason! —Tuvo que gritar dos veces, antes de que Jason saliera, goteando de la ducha, con una toalla en la mano. Nos miró y su sonrisa se fue inmediatamente.

—¿Qué está mal?

—No lo sé —dijo Nathaniel, todavía en voz baja—, dice que algo le duele.

La cosa se estiró otra vez, se estiró y se estiró, y mi cuerpo se estiró con ella, como si cupiera dentro de mis brazos y piernas. No dolió exactamente. Era como si mi cuerpo fuera un guante y estuviera viendo cuanto espacio había.

—¿Sentiste eso? —preguntó Jason. A su cuerpo se le había puesto la piel de gallina.

Nathaniel asintió.

—Es su bestia.

Jason se arrodilló en el borde de la cama.

—Sí, pero nunca la había sentido así antes.

Mi bestia se estiraba hasta los límites de mi cuerpo y luego descubrió que había otro sitio al que ir. Había conseguido un pequeño pedazo de la bestia de Richard hace años, y de algún modo la línea de Belle me había dado un animal para llamar, los leopardos. Yo era el Nimir-Ra del Nimir-Raj de Micah. Nathaniel había sido mi *ponme de sang*, pero ahora era mi

animal para llamar, como Richard era para Jean-Claude. Ahora esa parte de mí que era mi bestia, el gato, se estiraba dentro de mi cuerpo humano. Antes lo sentía como poder, más metafísico, pero esto era muy, muy físico. Podía sentirlo. Sentirlo luchando dentro de mí, buscando una salida. Era como si fuera un licántropo, menos por ese último salto, ese que permitía salir a la bestia de mi piel y hacerse real.

Se echó hacia atrás en ese pequeño espacio en el centro de mi cuerpo, donde permanecía la mayor parte del tiempo. Pero ahora era como uno de esos leopardos en el zoo en una pequeña jaula metálica. Despacio, despacio, y de repente se lanzaba contra las barras, cortando y arañando. Pero la diferencia era que esas barras eran mi cuerpo, y grité. Extendí la mano, tratando de agarrar algo, algo me ayudara. ¿Cómo luchas contra algo que está dentro de tu cuerpo? ¿Cómo destruyes algo que está en tu misma piel?

Jason cogió mi mano y de repente respiré el almizcle del lobo. Era como si tocando la mano de Jason actuara como conducto y de repente pude ver a Richard. Él estaba bajo la luz del sol en su cocina, cocinaba algo en una cacerola. No llevaba nada más que unos vaqueros, con un paño de cocina enganchado en la cintura de sus pantalones. Su espalda estaba cubierta con marcas de garras, o arañazos realmente graves. Se parecía más al resultado de buen sexo más que a un ataque. Alzó la cabeza y olió el aire, y entonces se giró y miro fijamente detrás de él, como si realmente me pudiera ver. Dijo:

—¿Anita eres tú?

—Ayúdame.

—¿Qué hay ahora mal? Apreté la mano de Jason y fue como si ese exceso de contacto me acercará más a Richard. Era como si flotara delante de él. Alargó la mano y su mano pasó a través de mí.



El infierno es uñas, dientes, y la lucha de cuerpos. Hundí mis dientes en el pecho de alguien, mordí tanta carne como mi boca podía, y empecé a masticar. Quería carne. Quería alimentarme, y el leopardo gritaba *si no los matamos, ellos nos mataran. Déjame salir*, había dicho, yo la había dejado salir, y ahora en vez de que la bestia estuviera luchando para salir, era yo la que me sentía pequeña, estaba atrapada y no podía escaparse.

Aquella parte que quería carne y sangre, se encontraba luchando en algún sitio entre el sexo y el alimento que estaba delante de mi cabeza. Siempre pensé que ser un animal debía ser pacífico, pero no era pacífico. Era más simple, pero no era pacífico. Recordé sólo pedazos. El gusto de la sangre en mi boca. El sentido de mis dientes que se hundían en la carne. Mis uñas que cortaban alguna parte del cuerpo de alguien.

Me encontraba sobre mi estómago, y no podía moverme. No podía moverme. Alguien estaba sobre mi espalda, y alguien tenía mis manos, y

no podía moverme. Dientes al dorso de mi cuello. Un momento de pánico en mi mente, entonces esto era pacífico. Como lo que había pasado antes en mi oficina, cuando Nathaniel me mordió allí. Pacífico.

Jason se arrodillaba delante de mí, al borde de la cama, sosteniendo mis muñecas. El lado izquierdo de su cara era un lío sangriento, y distantemente, sabía que mis uñas habían hecho eso. Su ojo parpadeó hacia fuera con mucho dolor por los surcos sangrientos. Sus brazos tenían marcas de mordeduras y rasguños, entonces esto se parecía a que llevaba guantes rojos hasta sus hombros. Su pecho y estómago estaban ensangrentados, también.

Los dientes de Nathaniel mordían mi cuello más abajo, un poco más difícil para moverme, y mis ojos revolotearon, cuando gruñó contra mi piel, mi cuerpo se retorció debajo, no por la lucha sino por el ofrecimiento. Jason habló, y un hilo de sangre cayó de su boca, cuando dijo.

—La próxima vez que hagamos esto, estarás atada —gruñó Nathaniel, pero no era a mí. Jason miró por delante de mí, encontrando los ojos del otro hombre, y dijo.

—Bien, bien. Dame a tu bestia, Anita. Déjeme tragármela.

Se inclinó en mí, y la sangre que salía sobre el borde de su boca me fascinó. Traté de tirar hacia aquella gota temblorosa de su boca, y Nathaniel gruño, me hizo detenerme, me forzó a esperar a que la boca de Jason viniera a mí.

Su boca se detuvo solamente fuera de alcance. Traté de levantar mis manos y tocarlo, pero sus manos mantuvieron a mis muñecas más apretadas sobre el lado de la cama. Puso su boca contra la mía, y no lo besé, lamí la sangre del borde de su labio. Él retrocedió en risas.

—Preferirías comerme ahora mismo, en vez de besarme.

Pero se inclinó hacia mí, su boca medio separada, podía oler la sangre dentro de su boca. Lo había mordido. Recordé el sabor de su labio entre mis dientes. Hice un sonido bajo en mi garganta, y se rió otra vez, un sonido puramente masculino con sus labios tan cerca de los míos que mi lengua podría tocarlos. Su voz sostuvo la risa masculina, y un borde de gruñido.

—Dios, está impaciente.

Nathaniel gruñó otra vez, con sus dientes todavía apretados al dorso de mi cuello. El gruñido era bajo, profundo y vibró hacia abajo en mi columna como si mi cuerpo fuera un tenedor temblando. Esto me hizo empujar mi

cuerpo contra él. Mi boca dispuesta para Jason, pero mi cuerpo se ofrecía al peso difícil contra la espalda de mi cuerpo.

—Bien, pero si me muerde la lengua, voy a estar muy enfadado.

Y presionó sus labios contra los míos, pero no traté de morderlo, porque su boca estaba llena de sangre y sabía a carne. Ya había comenzado a comer, todo lo que quería hacer era ponerle fin. Mi bestia tenía razón ahí, bajo mi piel, sólo el asimiento de Nathaniel la mantuvo pacífica. El gusto de la sangre fresca, de la carne, y el sentir la boca de Jason sobre la mía, trajo a la bestia como un calor contra mi piel. Podía sentir subir la temperatura de mi cuerpo con el calor de eso, como si mi piel fuera un contenedor para algo más caliente que la carne humana. Algo qué estaba casi allí, casi listo, casi...

Nathaniel levantó su boca, y sólo el peso y las manos de Jason me dominaron. Susurró algo contra la herida en mi cuello, creo que dijo:

—Ahora. —Pero nunca estaría segura, porque en aquel momento mi bestia se elevó.

Esto se elevó encima de la línea de mi columna como calor. Salió en tropel de mi boca y entró en la de Jason, la ola ardiente de poder. Esto hizo apartar su boca de mí, retrocedió su cabeza en un grito, y el cuerpo de Nathaniel inclinado sobre mí gritó también. Mi bestia se parecía a un empuje para ambos. Vertí mi energía en sus cuerpos, hasta que explotaron.

Vi la hendidura en la piel de Jason, y sentí a Nathaniel temblar encima de mí. En un momento ellos estaban allí, y al siguiente estaba mojada por un líquido, caliente, tan caliente, como estar bañada en sangre fresca, pero esto no era sangre. El fluido que los cambiaformas echaban cuando sus cuerpos cambiaban era claro y viscoso.

Estaba cubierta de eso, goteándome, porque las garras de Jason todavía fijaban mis muñecas, no podía quitármelo de la cara. Parpadeé ante el hombre lobo que se arrodillaba delante de mí. Su piel estaba seca, como siempre, como la magia. Miré fijamente al lobo. El color de su pelaje era estilo primavera. Su piel era espesa y las sombras de color gris pálido.

Abrió su mandíbula que era más larga que la de un humano, y llena de dientes que cualquier lobo envidiaría. Había una lengua extremadamente larga sobre aquellos dientes y me miró fijamente, en sus ojos estaba la mirada de hacer conjeturas sobre lo que estaba viendo.

Una garra rizada en las sábanas mojadas sobre un lado, y aquella garra

era una mano negra y peluda. Me volví a mirar, lentamente como en las películas de miedo, donde sabes que está detrás de ti, pero solamente no puedes evitar mirar. Tienes que mirar, aún con la sensación y parte de la piel contra el cuerpo desnudo. Sabía lo que vería, y de todos modos me giré y miré.

La cara de Nathaniel era una mezcla llena de gracia, de una manera extraña entre humano y leopardo. La forma de la cara estaba más cercana a la de un humano, a diferencia de lo que le había pasado al lobo, pero cuando encontré aquellos ojos grises azules, no había nadie en casa al que dirigirme.

Me había deshecho de mi bestia pero había llamado a la de ellos, y ahora de repente estaba cubierta de un líquido caliente que imitaba a la sangre, con dos recién licántropos que me dominaban. Nathaniel puso sus manos con garras contra la cama a mis lados, y dobló aquellas manos, y las garras como cuchillos blancos saltaron de las yemas de los dedos. Solamente su vista, allí, sin usar, hizo saltar a toda velocidad mi pulso un poco.

Sabía que no me harían daño. Confiaba en ellos. Pero una parte de mí confiaba en Jason y Nathaniel más que confiar en sus bestias. Traté de no tener miedo, porque el miedo se parece a la especias en su alimento. El miedo excitaba a un licántropo. Entonces intenté tranquilizar los latidos de mi corazón, intentando pensar en cómo decirles que me dejaran ir, sin sonar como una víctima.

Nathaniel movió sus manos de modo que estuvieron a los lados de mi cuerpo, con la piel de sus pulgares acariciaba mi piel. A mi latido del corazón no le gustó. Ni a mí. Dobló sus manos otra vez, y las garras desaparecieron de sus dedos. Acarició aquella piel bajo los lados de mi cuerpo, y aquella caricia dejó mi piel caliente, me hizo tomar aire y una línea de piel se estremeció. Su voz fue más un gruñido que algo más, cuando dijo:

—Nunca he tenido manos antes cuando cambiaba.

Puso aquellas «manos» en todos lados de mi cuerpo, tan cerca que el borde de la piel tocó los lados de mis pechos. Metió las garras hacia abajo, y sentí sus músculos doblarse contra el costado de mi cuerpo. Sus manos rozaron al lado de mis pechos, y sentí su apretón de garras en la cama. Comenzó a tirar aquellas garras hacia abajo. Como si unas sábanas se rasgaran, pero este era el sonido del colchón al rasgarse y trajo un sonido

como un quejido a mi garganta. El colchón hizo un sonido sustancioso, cuando sus garras lo rasgaron, fácilmente. Movié su cuerpo de modo que pudiera remontar el contorno de mi cuerpo contra el colchón y las sábanas. Talló mi contorno con sus garras. Y no podía tener miedo.

Jason se rió, y de una manera extraña la sonrisita masculina estaba traducida, depurada por la garganta del lobo. El sonido me hizo mirarlo. Dejó ver sus colmillos cuando dijo:

—No nos tengas miedo, Anita.

—Entonces suéltame —dije, y mi voz fue amablemente tranquila, apenas un temblor.

Si hubieran sido humanos no habrían sido capaces de probar que mi pulso se aceleraba, u olerían mi miedo. Pero no eran humanos.

Nathaniel derrumbó su cuerpo sobre el mío, y era más alto, más amplio, más musculoso, y se metió en sitios que no había ido antes. Se pareció a un cuerpo diferente embutido contra el mío, uno que nunca había tocado.

La piel era más delgada sobre su pecho, estómago, ingle, pero la piel estaba más caliente, casi caliente contra mi cuerpo desnudo, como si en esta forma su sangre corriera más caliente. Lamió mi hombro, y un sonido como un pequeño chillido salió de mi boca. Cerré mis ojos y me concentré en mi respiración, solamente en mi respiración.

No en sentir su cuerpo, o las manos de Jason con su garras retráctiles que cosquilleaban en mis muñecas. Respiraba, mientras una lengua que era más áspera que la de Nathaniel lamía en barridos largos, gruesos a través de mis hombros y brazos superiores.

Cuando abrí mis ojos otra vez, mi pulso era normal, y comprendí que Nathaniel limpiaba el líquido con que él y Jason me habían bañado. Gruñó al lado de mi oído.

—Te ensuciamos.

—Sí —dije, y mi voz fue un susurro.

Colocó sus caderas contra mis muslos e hizo un movimiento pequeño, poderoso, en algún sitio entre un menear y un empuje. De repente descansaba contra mi culo, y podía sentir que era diferente allí, también. Más grande, eso parecía, pero solamente podría haber sido así por el miedo. Todo parece más grande cuando uno se siente amenazado.

Hizo un sonido en mi cara, algo apagado, no como si me oliera, sino como un ruido que debería haber entendido.

—Tienes hambre. Tienes hambre de nosotros. Puedo sentirlo.

Luché para mantener mi pulso agradable y normal, mi respiración también. No iba a hacer algo para intensificar esto, no si tenía una opción.

—No tengo hambre —dije.

Se inclinó más contra mí, deslizándose más abajo entre mis piernas, no dentro, pero moviéndose. El pensamiento, aceleró mi pulso, no podía evitarlo. Frotó su mejilla contra mi mejilla.

—Necesitas una ducha.

—Bien —dije. En aquel punto, habría convenido cualquier movimiento que incluyera mis pies y salir de debajo de los dos.

—No vamos a comerte, Anita —dijo Jason—. Si fueras realmente una opción, Jean-Claude no me habría confiado a ti, deberías saberlo. —Levanté mi cara y encontré aquellos ojos de lobo.

—Lamentable, para los tipos que van de todo diente y garra encima mí, me hace preguntármelo.

—No te haremos daño —dijo Jason.

—Entonces soltadme —dije, y mi voz era aún, normal, mi pulso estable.

—Aún no —dijo Nathaniel, con su cara todavía embutida contra mi cara.

Jason lo miró.

—¿Por qué no? —preguntó, antes de que pudiera hacerlo.

—Todavía tiene que alimentar el *ardeur*. —O había pensado que una cara de lobo pudiera mostrar tanta incredulidad, pero Jason lo hizo.

—Anita no lo hace con peludos.

El hombre leopardo se movió sobre mi trasero moviendo sus caderas otra fracción de pulgada hacia abajo. Se empujó contra mí, no dentro, pero golpeando la mayor parte íntima de las puertas.

—Estás vacía por dentro, puedo sentirlo. No podía sentirlo antes.

El refrán una vez, era el optimismo, dos veces, trata de mirar dentro de mí. Intentando ver el *ardeur* sin levantarlo. Necesitaba una especie de medida metafísica de combustible, pero todo lo que podía encontrar era un vacío en mi centro. Un lugar donde algo debería estar allí y no había nada.

—Lo siento —dije.

—No me siento cansado, ahora, Anita. Me siento como nuevo. —Se movió con cuidado contra mí—. Di que sí.

—Déjame ir, y tal vez —dije.

—Me gusta dominarte. Me gusta que ambos te estemos dominando —

gruñó contra mi piel.

—Pensé que no te gustaba ser dominante —dije.

—No lo hago por lo general, pero hoy lo hago. Hoy me gusta sentir tu cuerpo bajo el mío. Me gusta sentir que luchas contra ti misma para no luchar, para no dejarte llevar por el pánico. Puedo probar tu autocontrol en mi lengua. Quiero lamerlo para alejarlo.

—Nathaniel —dije.

—Di que sí, Anita, solamente di que sí. Alimenta el *ardeur*, entonces podrás ducharte, mientras nosotros vamos a buscar otras cosas para comer.

—¿Qué otras cosas? —pregunté.

—Hay provisiones en lo más profundo del subterráneo —dijo Jason—. Tenemos demasiados seres animales aquí ahora para no estar abastecidos.

—¿Abastecidos de qué? —pregunté. Se inclinó más, con las manos todavía sobre mis muñecas.

—Nada humano, nada ilegal, lo prometo. —Lamió mi cara. Un movimiento rápido de su lengua, y luego se rió, y no fue masculino, este era Jason cuando hacía una broma. Jason que haría una broma en el camino al infierno, incluso si esto quería decir un tiempo suplementario o un peor castigo. Cueste lo que cueste la forma en la que estaba, era todavía Jason.

Aquel pensamiento hizo que la tensión de mis hombros, de mi cuerpo, que aún no había comprendido que estaba allí disminuyera. Este era todavía Jason bajo toda aquella piel y garras. Este era todavía Nathaniel que frotaba su mejilla contra mí.

Una vez había pedido que Richard me mostrara a su bestia. Pero cuando lo hizo, no fui capaz de aceptarlo. Tarde mucho en comprender que Richard me había mostrado su bestia en lo peor posible, porque una parte de él no creía que fuera capaz de aceptar a la bestia, porque no podía aceptarse a sí mismo.

Había huido de él después de haber visto como se comía a Marcus. Había huido de él y corrí hacia Jean-Claude, porque el vampiro me había parecido menos monstruoso que él esa noche.

¿Era todavía la misma persona que no había sido capaz de aceptarlo? ¿Era todavía la persona que podría tratar con el hermoso príncipe, pero no con la bestia? ¿Era la belleza, más importante que el amor, lo que me motivaba? Nathaniel empujó con cuidado contra mí.

—¿Si no te alimentas ahora, de quién te alimentarás?

—Graham realmente está abajo en el pasillo —dijo Jason—. Estará en

forma humana porque Meng no lo acepta peludo. Ella aún no duerme con él estando peludo.

No quería a Graham. ¿Esta era la forma humana de la que estaba enamorada? ¿Era alguna idea antropomorfa de mi gusto? Mierda. Estas no eran la clase de preguntas de una relación a las cuales las revistas tenían las respuestas. ¿Tenía la señorita Manners una respuesta para hacerlo con la forma animal de tu novio? Dudé de eso. Jason apartó sus garras con delicadeza lejos de mis muñecas.

—Encontraré a Graham y lo enviare aquí.

—No —dije, y cogí su antebrazo peludo. La piel era tan suave, y su brazo era tan verdadero.

—No, no quiero a Graham. —Jason me dio otra de aquellas miradas, que decían, estas de broma.

—No lo haces con peludos, Anita.

—Pero lo hago con Nathaniel, y lo haré, en esta ocasión. —Sonrió abiertamente, aunque esto no fuera exactamente la misma forma que con el hocico de lobo.

—En esta ocasión. —Se hundió echándose atrás delante de mí—. ¿Quieres que sea tu cachorro esta noche?

—Pensaba más bien que solamente follaríamos —dije.

Su cara fue más expresiva que cualquier hombre lobo que me hubiera cruzado, o esto era todavía bastante parecido al Jason al que podía leer su cara. Estaba todavía allí abajo, en algún sitio. Lo había sorprendido, no de un modo malo, pero realmente lo había sorprendido. Nathaniel empujó contra mí, y susurró contra mi mejilla.

—¿Es un sí?

—Sí —dije.

Hizo un sonido que fue medio gruñido, y mitad de impaciencia pura. Se levantó solamente un poco, y luego se sumergió entre mis piernas. Grité antes de que él hubiera terminado, y no de dolor. Era más grande, más grueso, más, y todos aquellos añadidos suplementarios que se sumergían dentro de mí.



CINCUENTA Y TRES

Me llevó con el tamaño de su cuerpo, el ritmo de sus caderas, y el destello de las garras blancas como cuchillos pequeños contra las partes más tiernas de mi cuerpo. La idea de lo que esas garras podría hacerme si quisiera, me llevó a luchar debajo de él. Todo lo que había luchado para no hacerlo, ahora dejé hacerlo. Luché, grité, seguí luchando, y él me sostuvo con cuidado, con delicadeza, pero sin duda podría haberme roto en trozos si hubiera querido. Fue a la vez más delicado que hacer el amor, y más peligroso. No por lo que hacía, sino por lo que podría haber hecho.

Me puso de rodillas, sosteniéndome contra su cuerpo con los brazos y le acaricié con las manos sobre los brazos, los músculos, la piel, tan suave y tan diferente de la del lobo. Pude acariciarlo, no como acariciando a un perro, sino como acariciar a un amante. Sentí su cambio de ritmo, sabía que estaba cerca, sentía la tensión en su cuerpo no en la garra que me destrozarían. Sentí la presión delicada de la punta de cada una de las garras,

cuando las tenía contra de carne. Observé como las cuchillas comenzaban a plegarse en mi piel, casi, casi cortando, casi, casi penetrando, casi, casi matando. En el último momento, retrajo las garras y me abrazó fuerte y rápido contra su cuerpo, con la piel y el relleno de las manos perdido en algún lugar entre el leopardo y el hombre.

El *ardeur* se alimentó. Se alimentó de la fuerza de su cuerpo, el calor de su piel, y el derramamiento de su semilla, que se extendió más caliente dentro de mí que cualquier cosa que nunca había sentido de un hombre.

Un pensamiento cortó a través de mi mente, él no es un hombre. Las palabras no estaban enfadadas, pero la emoción que vino con ellas se sentía como si quemara un agujero a través de mi piel. Rabia, tal rabia, y supe que fue antes de que la puerta se abriera.



CINCUENTA Y CUATRO

Richard se acercó a la puerta y arrojó su energía a través de la habitación como las chispas calientes de un incendio. Me dolió cuando tocó mi piel, como pequeñas picaduras de insectos. ¿Qué dirías si encuentras a tu ex-novia follando con un leopardo? Richard sabía exactamente qué decir.

—La última vez que vi algo tan enfermo como esto estaba en una de las películas porno de Raina. —Jason salió de la cama y se encaró con él. Creo que estaba tratando de dar tiempo a Nathaniel para ponerse de pie sin que yo me levantara con él. O tal vez estaba tratando de darme tiempo. Fuera cual fuese su motivo, se puso entre yo y su Ulfric, y eso no era lo más inteligente que había hecho nunca. Valiente, incluso gallardo, pero no inteligente. El poder de Richard llenaba la habitación como agua hirviendo. Nathaniel salió de la cama, y me pregunté si el aire era tan pesado y difícil de respirar para él como lo era para mí. El pensamiento fue suficiente. Sabía que sentía el poder de Richard como algo que tienes que luchar para

poder pasar, era como una especie de tormenta, de nieve, de arena. Algo que te hubiese cegado y quitado la vida, a menos que pudieras encontrar refugio. Mi refugio era quedarme en cuclillas entre la cama y la puerta. El hombre-lobo era alto y ancho y peligroso. Richard en su forma humana debería haber sido frágil, pero no lo era. Podría haber sido 30 centímetros más bajo, y con mucho más poder envolviéndolo que seguiría parecido enorme.

—Fuera de mi camino, Jason. No voy a decirlo de nuevo.

—Dime que no le vas a hacerle daño, o Nathaniel, y me muevo —lo dijo con un gruñido profundo que hubiera hecho que cualquier humano de sangre roja se callara, pero Richard no era humano. Nathaniel estaba fuera de la cama y se movía hacia ellos. Richard podría herir a Jason lo suficiente para sacarlo del camino, pero habría hecho daño a Nathaniel por otras razones. Razones por las que nunca podría admitir en voz alta, pero no quisiera verlo. Llamé a Nathaniel para que volviera a mí. Tenía un revólver debajo de mi almohada, pero no quería disparar a Richard, y a menos que estuviera dispuesta a disparar, una pistola sólo era una roca de metal. Todavía estaba tratando de pensar en algo que hiciera que esto fuera menos terrible, cuando Richard le dio un revés a Jason. La sangre voló en un pequeño arco, luces brillantes, pero Jason se mantuvo firme. No se ofreció a luchar, pero no lo hizo salir del camino, tampoco. Grité:

—Richard, ¡No! —Levantó a Jason como si fuera una mancuerna.

Levantó a Jason como si fuese una pesa. Claro, agitando, los brazos de Richard sobresalían con esfuerzo al levantar el hombre lobo sobre su cabeza y lo mantuvo allí por un latido de corazón.

Tuvimos uno de esos momentos congelados, donde todo se calma y sabes que lo malo está por suceder, y no lo puedes detener. Puedes tomar decisiones y cambiar lo que se puede hacer daño, pero no puedes salvarlos a todos. Me estaba ahogando en la rabia de Richard, su poder era como un mar en ebullición. Me había tocado antes su rabia, su bestia, pero no era así, no exactamente. Me tome un segundo para darme cuenta de que su rabia sabía a un viejo amigo. Era mi rabia, o más bien sabía como la mía. Sólo tuve un momento de oh oh, después tiro a Jason, no a través de la habitación, en la cama. Tal vez quería pegarme, pero salí de la cama, y cuando Jason cayó lo suficiente en medio se desmoronó la cama, no había nadie en la cama, excepto él.

Estaba en el otro lado de la cama rota, y Nathaniel estaba conmigo. Se

había puesto un poco delante de mí. No me había empujado detrás de él como si fuera una damisela en apuros, pero estaba cerca. Era su Nimir-Ra, y se suponía que era su dominante. ¿No debería estar delante?

Jason yacía en la cama desplomada, aturdido. Había sido arrojado de menos de dos metros y medio contra una cama, y estaba sin aliento, congelados mientras se recuperaba. No tenía el poder de recuperación que Jason y Nathaniel. Tal vez el que estuviera delante no era brillante, pero a la mierda. No sabía qué hacer. Al igual que tantas veces con Richard, no sabía qué hacer.

—¿Por qué no volvéis todos a la cama? Estoy seguro que es condenado el espectáculo. A Raina y a Gabriel le habría encantado. —Como ya había matado a ambos para qué no ser la protagonista en una violación/película porno en la cual moría, era realmente un cruel recuerdo. Pero por el momento cuando esa clase de mierda de Richard podía enfadarme pasó. Tenía miedo de añadir mi ira a la suya.

Su poder estaba en todas partes, como si el aire fuera muy picante y quemara. Pero no era sólo su rabia lo que sentía. Repugnancia, horror, y algo que alimentaba la ira... envidia. ¿Por qué envidia? Y estaba demasiado abierto, apenas se protegía. Tenía mi respuesta. Era como si alguien tirara un rompecabezas al aire, y vi los pedazos. Richard y Clair en la cama. Richard haciendo su habitual y vigoroso trabajo en ella. Clair se transforma en medio de eso. Sus garras cortaban su espalda y hombros. Clair en forma humana, gritando.

Richard empujó su ira contra mí, y me tropecé como si realmente me hubiera empujado.

—¡Fuera de mi cabeza!

—Entonces deja de proyectar con tanta fuerza que no puedo evitar escucharlo.

Él gritó, un grito de rabia a todo pulmón. Se hizo eco en la sala grande, y oí a alguien corriendo por el pasillo. Sabía quién era, también, o al menos que era.

Tres personas entraron en la habitación como una avalancha. Una mujer, dos hombres, todos con armas de fuego. Apuntaron a Richard. Claudia, que era casi tan alta como Dolph, y tenía anchos y más musculosos los hombros que la mayoría de los hombres de mi vida, echó un vistazo rápido por la habitación, viendo todo. Su apretada cola de caballo se sacudía mientras se movía, porque era alta para su cabeza. Una

niña con cola de caballo para compensar la falta de maquillaje y esos increíble brazos. No reconocí a los hombres que estaban con ella, excepto que sostenían armas de fuego como si supieran hacerlo, pero no habría esperado nada menos que la profesionalidad de la gente de Rafael. Los seres ratas no contrataban aficionados.

—¿Que está pasando aquí, Anita? —preguntó Claudia. Su voz era aún, un poco tensa, como si se estuviera preparando para hacer su trabajo, y tuviera menos escrúpulos que yo.

—Una diferencia de opinión —dije. Ella se rió, no como si fuera gracioso.

—Una diferencia de opinión, y un infierno.

—Esto no es asunto del Rodere —dijo Richard—. Esto es asunto de la manada y el pard, no de las ratas.

La mirada de Claudia recorrió la habitación de nuevo, y vio el hombre lobo sangrado y la cama desplomada, mi mano en el brazo de Nathaniel para mantenerlo conmigo y lejos de Richard. Volvió a Richard y le sonrió, de nuevo como si no la hiciera feliz.

—Esto no huele a manada o algún asunto con el pard, huele personal.

—Nadie te ha llamado —dijo, y su voz fue baja, no gruñía, pero muy baja. Ella sonrió de nuevo, y esta vez sólo enseñó los dientes.

—Lo es cuando nos pagan para proteger el circo y todo el mundo en él. Tú ya has hecho sangrar a una de las personas a nuestro cuidado, Ulfric, no podemos dejarte que hagas daño a nadie más.

—Él me desafió. Nadie desafía al rey. Rafael estaría de acuerdo con eso. —Se volvió para enfrentarla, y me di cuenta que era uno de los hombres en mi vida que no se veía frágil junto a Claudia.

—Lo que nuestro rey este de acuerdo y con lo que no, está fuera de lugar. —Suspiró y bajó el arma apuntando al suelo. Los dos hombres siguieron su ejemplo. Richard se volvió para mirar la cama y a nosotros. Incluso dio un paso hacia la cama.

—No, Ulfric, no vas a ir de nuevo para abusar de ellos. Tal vez no seamos capaces de dispararte sin tener problemas políticos, pero tampoco nos vamos a quedar quietos y dejar que abuses de esos por los que hemos sido contratados para proteger.

La miró, y todo el poder que quemaba pareció alejarse del resto del cuarto, para concentrarse como una gran arma. No estaba lo suficientemente cerca como para sentirlo, pero estaba apostando a que todo

ese poder se centraba en Claudia.

Ella negó con la cabeza, como si hubiera recibido una bofetada. Los dos hombres con ella se alejaron de Richard, como si quisieran más espacio para maniobrar por si las cosas salían mal. Claudia le respondió, su voz cálida con un poco propia ira.

—Nadie pone en duda tu poder, Ulfric, es enorme. Es tu auto-control lo que me cuestiono.

Richard estaba loco, tan loco, que estaba buscando una pelea. Prefería no ser yo, pero no pensé que las cosas aumentarían tan lejos con nosotros como lo haría con los seres rata. Alguien podría sufrir lesiones serias, o algo peor. Richard estaba de un estado de ánimo irritable, no valía la pena morir por alguien. Lo sé, lo sé, probablemente no iría tan lejos, pero los seres rata eran por lo general ex-mercenarios o ex militares. Luchaban siempre cuando se les enfrentaban. Richard no era ninguna de esas cosas. Estaba loco, pero no le gusta matar. Todo podría ir tan mal, tan rápido.

—Tranquilizaos todos —dije.

—No vale la pena morir por alguien. —Richard me miró.

—Nadie ha hablado de matar a nadie, excepto tú.

—Richard, los tres guardías que están mirándote están pensando en matarte en el momento en que golpearon la puerta. Pregúntales, adelante, pregúntales. —Eché una mirada a los seres rata, aún con sus armas apuntando al suelo.

—¿Ella tiene razón?

Los tres se miraron, entonces Claudia respondió:

—Sí.

—Pensasteis en matarme, ¿así como así?

—No sabía que estabas haciéndole daño, Ulfric. Pero se nos permite utilizar cualquier medio necesario para hacer nuestro trabajo. No nos podemos permitir que le hagas daño a nadie bajo nuestro cuidado.

—No estáis autorizados a interferir cuando disciplino a uno de mis lobos, tampoco. —Ella asintió con la cabeza.

—Tienes razón. No está permitido para un animal intervenir en los conflictos internos de otro. Si puedes demostrar que esto es un asunto de la manada, y no personal, nos iremos, y puedes terminar con esto, pero tienes que demostrar que son asuntos de la mandada.

Uno de los otros hombres, que era pequeño y oscuro, y parecía que había pasado mucho tiempo en forma de rata, dijo:

—Huele a celos para mí.

—Roberto, no estás ayudando —dijo Claudia, con los ojos todavía en Richard. Jason se dio la vuelta y empezó a incorporarse. Se movía como si le doliese.

—Él me desafió —dijo Richard, señalando a Jason.

—¿Cómo? —preguntó Claudia.

—Se negó a quitarse de mi camino.

—¿Qué habrías hecho si me hubiera movido? —dijo Jason, y su voz fue algo más gruesa de lo normal, como si todavía le sangrase la boca—. Si no me hubieras lanzado, ¿quién habría sido? ¿Nathaniel? ¿Anita? Ella no se cura como nosotros lo hacemos, Richard.

—Yo no lo haría...

—Cuando llegaste por la puerta, ibas a herir a alguien —dijo Jason, y dejó que la sangre goteara de su boca, porque no podía escupir en forma lobuna—. Pensé que era mejor si era yo.

Parte de esa energía que quemaba empezó a desvanecerse. Richard dejó caer los hombros, y gritó de nuevo. A pleno pulmón, todo un grito, largo y fuerte hasta que tuvo que respirar. Se dejó caer de rodillas y golpeó el suelo con las manos. Al parecer, le gustaba hacerlo, porque no dejaba de golpear violentamente con las manos contra el suelo alfombrado, una y otra y otra vez. Sólo cuando el suelo de piedra de debajo comenzó a hacerse visible, se detuvo.

Los lados de sus manos estaban ensangrentados donde se había peleado contra la alfombra, como unas muy feas quemaduras de alfombra. Levantó las manos ensangrentadas y sólo se arrodilló allí, mirando sus manos. No lloró, no maldijo, no hizo nada.

Todos nos congelamos, esperando que hiciera o dijera algo. Por lo menos pasó un minuto completo, y no se movió. Claudia miró a través del cuarto hacia mí. Me encogí de hombros. Había estado comprometida con él una vez, y había sido su amante, pero no tenía ni idea de qué hacer. Ese era uno de los problemas con Richard y yo, a menudo no sabíamos qué hacer con cada uno. Comencé a caminar alrededor de la cama, pero Jason me agarró la muñeca.

—Lo suficientemente cerca. —No discutí. Solo me detuve y le miró. Seguía mirando sus arañadas manos en alto.

—Richard, Richard, ¿estás ahí? —Se echó a reír, pero no era una buena risa. Era una de esas risas que contenía más amargura que humor. Todos en

la sala, excepto yo, saltaron cuando se rió, como si hubieran esperado cualquier cosa menos eso. Había aprendido a no tratar de adivinar lo que haría.

—Quiero lamer la sangre de mis manos —dijo con voz ahogada.

—Entonces hazlo —dije. Me miró.

—¿Qué?

—Es tu sangre. Son tus manos. Si quieres lamer tus heridas, entonces hazlo.

—¿No vas a sentir asco? —Suspiré.

—Richard, no importa lo que yo piense. Importa lo que tú piensas.

—Tú pensabas que era repugnante —dijo. Suspiré de nuevo.

—No, Richard, en realidad, no. Lamer hará que los arañazos se sientan mejor, y disfrutas del sabor de la sangre. —Me frunció el ceño.

—No habrías dicho eso hace un año. —Fue casi un susurro.

—No podría haberlo dicho hace seis meses, pero lo estoy diciendo ahora. Lame tus heridas, Richard, simplemente no vivas en ellas.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, y su ira estalló, como un pequeño látigo caliente sobre mi piel.

—No te enfades, Richard. Estoy tratando de vivir la vida que tengo, no un sueño de una vida que nunca voy a tener.

—¿Y crees que soy?

—Eres el Ulfric del Clan Thronnos Rokke, y tienes miedo de lamer tus manos ensangrentadas, porque alguien podría pensar que no es muy humano. Así que, sí, creo que todavía estás fingiendo que vas a tener otra oportunidad en la vida. Eso es todo, Richard. Esto es quién y qué somos. Esto es todo. Tienes que aceptarlo.

Negó con la cabeza, y sus ojos brillaron en la luz, como si hubiera lágrimas en esos perfectos ojos marrones. Su voz cuando salió ni siquiera llegó a esos ojos brillantes.

—Lo intento.

Estaba protegiéndome tan fuerte como podía. No quería asomarme más en su vida y en la de Clair su amor para la vida, pero podría preguntar.

—¿Con Clair? —Él levantó la vista, y la ira estaba ganando más que las lágrimas. Nunca le había visto estar tan fuera de control de sus emociones. Le había visto enfadado, amargado, triste, pero nunca en este ataque de nervios. Era como si el enfado y la tristeza fueran las únicas emociones que le quedasen.

—La viste, entonces.

—Estoy protegiéndome como una hija de puta en este momento. Vi que tuviste una pelea, una muy mala. Pero eso es todo lo que vi. —Abrió la boca y miró detrás de él.

—No le haría daño a nadie, pero esta conversación no es para una muchedumbre. —Los seres rata me miraron. Suspiré y me pregunté si estaba siendo estúpida. Tal vez, pero iba a hacerlo de todos modos.

—Chicos podéis iros. —Claudia me miró.

—No creo que sea una buena idea, Anita.

—Yo tampoco —dije—, pero hazlo de todos modos.

Sacudió la cabeza, pero indicó a los dos hombres que salieran. Se giró con la mitad de la puerta cerrada. Me miró y dijo:

—Vamos a estar afuera. Grita, si nos necesitas. —Asentí con la cabeza.

—Lo haré, lo prometo. —Me dio una mirada que decía que no me creía, pero se fue y cerró la puerta detrás de ella.

—Vete, Jason —dijo Richard.

—Es su cuarto, Richard —dije.

—No va a oír esto —dijo Richard. Jason se levantó de la cama, lentamente, como si aún sintiese dolor.

—Si me voy y le haces daño, ni tú ni yo jamás te vamos perdonar.

Richard se quedó mirando al alto hombre lobo. Tuvieron un momento en que simplemente se mirando el uno al otro, y lo que vi en las caras pareció satisfacer a ambos. Richard dijo:

—Tienes razón. No le voy a hacer daño.

—¿Qué pasa con Nathaniel? —Richard miró detrás de él a la figura alta y oscura de Nathaniel.

—Tiene que irse también.

—Sólo Anita puede pedir que me vaya —dijo Nathaniel. Richard me miró, luego hacia abajo.

—Dos peticiones, ropa para ti, y todo el mundo fuera. Por favor.

La ropa fue difícil, porque todavía estaba cubierta de mejunje. Qué poca ropa tenía, no quería causar problemas. Lo que necesitaba era una bata, pero no tenía una en esta habitación. Dudé mucho tiempo para el humor de Richard, porque dijo:

—No me hagas tener esta conversación contigo desnuda, Anita. Por favor —dijo el *por favor* como si fuera la primera vez, como si fuera su propia sentencia, no una idea de último momento, pero como si el por favor

fuese más importante de lo normal, y necesitase ser puesto aparte.

—Me encantaría vestirme, Richard, pero sigo cubierta en este mejunje claro. Prefiero no ponerlo encima de toda mi ropa.

—Tengo una bata colgando en la parte de atrás de la puerta del baño —dijo Jason—, te la puedes quedar.

—¿Desde cuándo usas bata? —pregunté.

—Fue un regalo. —Le miré.

—Jean-Claude pensó que me vería genial. —Creo que trató de sonreírme, pero el hocico de lobo no estaba hecho para eso.

—Déjame adivinar, ¿seda negra?

—Azul, para que coincida con mis ojos. —Eché a andar hacia el cuarto de baño, no exactamente cojeando, pero cerca.

—Voy a buscarla. Todo el mundo se queda y son amables, hasta que vuelva. —Me fui hacia el baño, buscando si podía recordar una bata en la parte posterior de la puerta del baño. Pero allí estaba, colgando exactamente donde Jason había dicho. Era un hermoso color azul, algo suave y luminoso, todo al mismo tiempo. Había estado tan cansada que no me había dado cuenta la noche anterior. Me puse la bata y me vi en el espejo. Los restos del maquillaje de ayer todavía estaban esbozados en mis ojos, aunque se había corrido un poco así que parecía un poco más gótico que lo que estaba acostumbraba. El lápiz de labios se había ido. El mejunje claro se había secado en un lado de mi pelo como si descansara de lado en la cama después de una ducha. Mi cuerpo estaba cubierto en más del mejunje seco, por lo que estaba empezando a formarse escamas mientras me movía. Si tienes sexo con condones, te olvidas de lo que sucede eventualmente cuando lo sacas, y me llevó mi tiempo limpiarme un poco, porque era demasiado embarazoso si no.

El azul era demasiado claro para mi color, y demasiado grande para mis hombros. Fue uno de esos momentos en que me preguntaba por qué nadie me quería. Solo no lo veía. Por supuesto, el sentirme mal conmigo misma podría tener algo ver con la pequeña charla de Richard. Tal vez.

Tomé un montón de aire, y lo solté lentamente, y abrí la puerta. Fue una de las cosas más valiente que había hecho en un tiempo. Preferiría tratar con chicos malos que con Richard. Los chicos malos eran simples, matarlos antes de que te maten. Richard era un montón de cosas, pero no era tan simple como uno de ellos.



Jason se fue sin decir una palabra, pero Nathaniel dijo que me esperaría afuera con los seres rata. A nadie le gustó tener que dejarnos solos, ni siquiera a mí. Caray, no estaba segura de que a Richard le gustara estar a solas conmigo, pero lo había pedido, no yo.

Richard se quedó en el suelo, como si nunca fuera a moverse de nuevo. Dado que no había una silla, saqué las sábanas manchadas de la cama y me senté en el borde de esta. Me medio senté con las piernas cruzadas, con una pierna colgando de la cama, pero me aseguré de que la sábana cubriera tanto de mí como podía.

Nos sentamos de esa manera en un silencio total durante por lo menos un minuto, aunque se sentía más. Rompí el silencio en primer lugar, porque sólo verlo arrodillado y con la cabeza baja hizo que me dieran ganas de consolarlo, y estaba mal. Richard nunca tuvo consuelo de mí, o al menos no sin hacerme pagar por él más tarde. Ese era un juego al que ya no estaba

dispuesta a jugar.

—¿Qué pasa, Richard? Querías privacidad para una charla. Tenemos intimidad, ahora habla.

Trasladó solo sus ojos hacia mí, y una mirada fue suficiente. Enfadado. No se derramaba en su poder, o llenaba la habitación, pero creo que era porque tenía el blindaje, probablemente tan fuerte como yo.

—Haces que parezca fácil.

—No dije que fuera fácil. Acabo de decir, que querías hablar, por lo que podrías empezar a hablar.

—Te da igual.

—Demonios Richard, tú eres el que pidió esta charla. No pedí que me invitaran a una conversación privada.

—Preguntaste por la discusión con Clair. No quiero compartirlo con todos.

—No tienes que compartir nada conmigo.

—Creo que lo necesito.

—¿Qué se supone que significa eso?

Tragó saliva suficientemente fuerte como para que lo escuchase, y sacudió la cabeza.

—Vamos a empezar de nuevo. No voy a intentar volverme loco, si no se trata de elegirme.

—No me estoy picando, Richard. Estoy tratando de hacerte hablarme.

Me miró, de frente, no tan enfadado, pero tampoco feliz.

—Si un amigo tiene algo difícil que decirte, ¿tu dirías «al fin vas a hablar»?

Tomé una respiración profunda y la dejé salir.

—No, no, no lo haría. Muy bien, ¿cómo es entonces? Lo siento, te sientes como si tuvieras que decirme algo que es obviamente demasiado doloroso para ti. Pero lo que he dicho antes es cierto, no me debes una explicación por una discusión que tuviste con tu novia, Richard. De veras que no.

—Ya lo sé, pero es la forma más rápida que se me ocurre para explicar todo.

Quise decir, «¿explicar qué?», pero luché contra el impulso. Era evidente que estaba sufriendo, y yo trataba de no echar sal en las heridas de nadie. Pero la llamada de la vida privada, y la gran acumulación iba poniéndome nerviosa. Por lo que sabía, Richard y yo no teníamos nada

importante que decir sobre los demás. El hecho de que él pensara de manera diferente francamente me incomodaba. Me senté en la esquina de la cama, tapada por la parte superior de la bata, porque incluso con el cinturón apretado estaba abierta. Demasiado grande a través de los hombros, así que simplemente no encajaba del todo bien. Me quedé con una mano en la parte superior y la otra mano en mi regazo, así que él tuvo un destello accidental. Había estado en cueros delante de él durante unos minutos, pero de repente estaba preocupada por lo que podría vislumbrar. Creo que fue su comentario, sobre que no podía tener esta conversación conmigo desnuda. ¿En realidad me resultaba difícil hablar en serio si él estaba desnudo delante de mí? Quería responder que no, pero la verdad en mi propia cabeza, era que la respuesta es sí. Mierda, no necesitaba esto.

Había vuelto a mirar al suelo. No podía soportarlo. Quería que se explicara pronto, pero traté de que fuera un «pronto» más amable que antes. Traté de pensar en él como mi amigo y no como el ex que siempre se parecía a la lluvia que arruina todo el desfile.

—¿Qué quieres decirme sobre la discusión con Clair? —Hasta logré mantener mi voz neutral. Puntos para mí.

Tomó un montón de aire y lo dejó salir, y luego levantó su par de tristes ojos de color café hacia mí.

—Tal vez no es por donde deba empezar.

—Muy bien —dije, cuidando la voz—, comienza en otro lugar.

Sacudió la cabeza.

—No sé cómo hacer esto.

Quería gritar, «¿Entonces qué?», pero me resistí. Aunque mi paciencia nunca había sido ilimitada, y sabía que si seguía siendo obtuso, bufaría. O mi temperamento lo haría. Eso me dio una idea: «Tal vez si empezamos a hablar, de lo que acababa de salir de adentro».

—Ha pasado mucho tiempo desde que sentí tu rabia —dije.

—Lamento eso. Perdí el control, no lo hago...

—No es una queja, Richard. Lo que quise decir es que se sentía diferente a la primera vez que me tocó.

Me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Se sentía, no, no sabía a mi cólera, no era como yo, era casi más tuya.

Tenía su atención ahora.

—No lo entiendo.

—No estoy segura de que lo era, pero sigue mi pensamiento. Asher me dijo una vez que Jean-Claude se había vuelto más despiadado, porque yo era su sirvienta humana. Pero como Damian es mi siervo vampiro, he ganado algo de su control emocional. Sólo se puede ganar lo que tu pareja tiene para ofrecer. Me miraba, y la tristeza se desvaneció debajo de su pensamiento. Había una buena mente en alguna parte, simplemente no parecía que siempre la usara.

—Bien, lo entiendo.

—Jean-Claude ha ganado algo de mí sentido práctico, lo que lo ha hecho más cruel, entonces, ¿qué ganas tú? Me refiero a que tengo parte de tu bestia y tu hambre de carne. Tengo sed de sangre y el *ardeur* por parte de Jean-Claude. ¿Qué ganaste conmigo?

Parecía pensar en eso.

—Gané algo de la sed de sangre de Jean-Claude. La sangre es casi tan atractiva como la carne para mí. No era así antes. —Pasó por lo que fue la sesión de moda de indios en el suelo—. Es más fácil hablar de mente a mente contigo últimamente, y anoche, que interferí con el control zombi. —Se estremeció un poco, como si fuera algo que le diera miedo. Supongo que no podía culparlo.

—Pero lo de mente a mente es fácil y las cosa de zombis es reciente, Richard. ¿Qué ganaste la primera vez?

Frunció el ceño en el suelo.

—No veo...

—¿Qué pasa si ganaste algo de mí ira?

Levantó la mirada entonces.

—Tu ira no puede ser peor que la furia de la bestia.

Me reí, y estaba más cerca del humor que lo que su primera risa había estado, pero no por mucho.

—¡Oh, Richard!, no has pasado suficiente tiempo en mi cabeza, si de verdad crees eso.

Sacudió la cabeza, con terquedad.

—Un ser humano no es capaz de la clase de ira sin sentido del que la bestia es capaz.

—No has investigado muchos asesinos en serie humanos, ¿verdad?

—Sabes que no tenemos —dijo, y parecía malhumorado.

—No lances todo tu mal humor en mí, Richard, estoy tratando de hacer

un punto aquí.

—Entonces hazlo —dijo.

—Mira, esto es exactamente de lo que estoy hablando. Esto suena más a mí, que a ti. Has ido más rápido hacia la ira últimamente, y yo he ido menos rápida hacia la ira, ¿por qué? ¿Qué pasa si tienes algo de mí ira, y yo tengo algo de tu tranquilidad?

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Estás diciendo que la ira del hombre es peor que la furia de mi bestia. Eso no es posible.

Era mi turno para mover la cabeza.

—Richard, ¿por qué parece pensar que los humanos son mejores que licántropos? No sé de dónde has sacado esa idea.

—Los seres humanos no se comen los unos a otros.

—Mierda, Richard, sí, lo hacen.

—No me refiero a las culturas que hacen del canibalismo un ritual.

—Yo tampoco.

—Los licántropos en comparación con los asesinos en serie no van a hacerme sentir mejor por ser un licántropo.

—Mi punto es que los seres humanos pueden estar tan llenos de rabia, así como de ira destructiva. La diferencia es que un hombre lobo está en mejores condiciones para el caos que un simple ser humano. Si los seres humanos tuvieran los colmillos y las garras que poseéis, entonces serían tan destructivos. No es la falta de ganas de hacerlo, es la falta de herramientas la que hace de los seres humanos menos horribles.

—Si esta es tu rabia, Anita, es horrible. Es peor que casi todo lo que he sentido. Es como estar loco. Demasiado enfadado, la mayor parte del tiempo. No puedo creer que sea algo que estaba en ti.

—Richard piensa, no es pasado, confía en mí. Tuve que aceptar lo que es trabajar así hace mucho tiempo atrás.

—Lo que es trabajar, ¿qué significa eso?

—Eso significa que en el fondo de mi corazón, este profundo pozo hirviendo sin fondo, de pura rabia. Tal vez me encontré con él. Sé que la muerte de mi madre ayudó a llenarlo. Pero desde que puedo recordar, ha estado ahí.

Sacudió la cabeza.

—Estás diciendo esto para hacerme sentir mejor.

—¿Por qué diría algo que no es cierto sólo para hacerte sentir mejor?

La ira le llenó los ojos, como la magia. Un momento de confianza de Brown, al siguiente momento oscuro como el de un asesino en serie.

—Gracias, muchas gracias, por recordarme que no te importo una mierda.

Sacudí la cabeza, y dejé que las manos entraran en mi regazo.

—Si no significaras nada para mí Richard, nada de nada, no estaríamos en esta sala solos.

—Tienes razón, tienes razón. Lo siento. Acabo de estar tan enfadado, demasiado enojado.

Trató de frotarse los brazos, pero los rasguños aún sangraban de las heridas.

—Dijiste que querías lamer las heridas, adelante. No me molesta.

—A mí me molesta —dijo.

—No, Richard, lamerte las heridas te hará sentir mejor. Te gusta, y eso es lo que te molesta. Es el no querer hacerlo, por lo bien que se siente cuando lo haces.

Asintió con la cabeza, mirando sus manos.

—Traté de abrazar a mi bestia, Anita. Realmente lo intenté.

—Sentí que te alimentabas de un ciervo. Sentí lo feliz que estabas en forma de lobo. Se sentía como si lo hubieras abrazado.

—Cuando estoy en forma de animal, sí. Pero es el ser humano en el exterior, y no el humano en el interior lo que me confunde.

—¿Consigues confundirte o es Clair?

Me dio una mirada que no era exactamente enfadada.

—Pensé que no habías oído la discusión.

—Tengo una sola palabra de cuando gritó a tu... animal. ¿Me equivoco? ¿Se quejaba de ella misma y de su bestia?

—No, tienes toda la razón. —Puso sus manos en su propio regazo, y sus ojos volvieron a estar tristes, como si alguien hubiera apretado un interruptor. Enfadado, triste, furioso, triste. Era como una especie de hormona bebé demoníaco—. Me acusó de haberla violado. —Su voz fue suave cuando lo dijo.

Abrí los ojos mucho y dejé que sólo la idea de la imposibilidad se mostrarse en mi cara.

Me dio una sonrisa muy pequeña.

—Sólo por la mirada en tu cara ahora vale pena algo. No lo crees, sólo eso, no crees que pudiera hacerle eso.

—No creo que se lo hicieras a cualquier mujer, pero ese no es el punto.

—No —dijo, y su voz sonaba más relajada que la que tenía desde que entró en la habitación—, ese no es el punto, no para mí. Después de lo hijo de puta que he sido contigo, todavía crees en mí, eso significa mucho.

No estaba segura de qué decir a eso. Sí, ¿estaba de acuerdo en que había sido un hijo de puta que empezaba una pelea? Si pensó que le creía, ¿iba a darle una idea equivocada? Quiero decir, no creer que Richard había violado a alguien no significa demasiado para mí. Era una persona decente, eso es todo.

—Me alegro de que te haga sentir mejor, pero recuerda, vi el comienzo de la sesión de amor. No puedes violar con consentimiento, Richard.

Sus ojos parecían encantados, como si hubiera algo que hubiera perdido.

—Ella siempre dijo que cuando hacía el amor era como una violación.

Eso hizo que mis cejas volvieran a subir.

—¿Perdón? Dime eso de nuevo poco a poco, porque rápido no tiene sentido para mí.

Me miró, y había algo en sus ojos, parte de la demanda, algo que quería decir, o no, pero no sabía qué.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que expliques lo que ella quería decir con eso.

—Dijo que siempre estoy tan duro que es como una violación. Que no sé cómo hacer el amor, que sólo sé cómo follar. —Sus ojos parecían ásperos, como si el dolor hubiera sido desnudado para brillar en su rostro. Me dolía verlo, pero no aparté la mirada. Le di mis ojos y le hizo ver lo que pensaba de lo que Clair había dicho.

—¿Sigue siendo tu novia?

—No lo creo.

—Bien, porque me gustaría decir que está loca, si todavía vas a salir con ella.

—¿Por qué está loca? —preguntó.

—¿Qué tipo de trabajo ha hecho en tu cabeza, Richard? Violación no es una palabra que nadie utilice a la ligera.

—No la ha utilizado a la ligera —dijo Richard, y la sonrisa fue amarga—. Hablaba en serio.

—¿Cómo?

Me miró, y el dolor era todavía áspero.

—¿Alguna vez te dañé cuando estuvimos juntos?

¿Comencé a preguntar, «emocionalmente o físicamente?». Luego decidí preguntar:

—¿Te refieres a físicamente?

—Quiero decir ¿Te lastimé cuando hicimos el amor? —Sacudió la cabeza—. Siento preguntar esto. No tengo derecho a preguntar, pero no sabía a quién más recurrir. Sabía que no me mentirías porque soy tu Ulfric, o porque no quisieras herir mis sentimientos. Sabía que si te preguntaba, me darías una respuesta real.

Le miré y esperé a que no me viera tan asombrada como me estaba sintiendo. Después de todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro, todas las peleas, las heridas, y todavía confiaba en mí. Confía en que no le mintiera, no para empeorar más las cosas de lo que ya estaban, o mejor de lo que eran, sino para decir la verdad. No estaba segura de si me sentía halagada o insultada.

Decidí sentirme halagada, porque cualquier otra cosa me hubiera molestado. Pero la cantidad de confianza que fue puesta en mí me dio miedo, no para mí personalmente, porque él tenía razón, le daría la verdad. Pero mucha gente no lo haría. Un montón de gente lo hubiera utilizado como una excusa para torcer el cuchillo un poco más. Era condenadamente afortunado de que no fuera ese tipo de personas.

Abrí la boca, pero la cerré, me acaricié las manos a través de la seda de la bata y, finalmente, tuve que apartar la mirada de sus ojos llenos de dolor, mientras trataba de pensar en cómo responderle. No era el decir la verdad o la mentira, sino en cómo decirla.

Se puso de pie, de pronto, abruptamente.

—Eso está bien, no debería haber preguntado.

—Siéntate, Richard. Sólo estoy tratando de pensar en cómo decirlo, así que no suenes estúpido.

Se quedó allí, su rostro estaba listo para estar enfadado, como si no me creyera.

—Muy bien —permaneció de pie—, me preguntaste si alguna vez me habías hecho daño mientras hacíamos el amor, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—La respuesta es sí y no.

El ceño se convirtió en un ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso de «sí y no»?

—Eso significa que la Madre Naturaleza te ha hecho de esa forma, de modo que sea casi imposible que puedas hacer cualquier cosa, a menos que seas muy cuidadoso.

Frunció el ceño más fuerte.

—No lo entiendo.

Por supuesto que no, por supuesto, haría que esto fuera tan embarazoso como fuera posible.

—Richard, eres consciente de que estas bien dotado, ¿verdad? —Sentí el inicio de un rubor arrastrándose por el cuello, y allí no había una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Siempre me sonrojaba con bastante facilidad, pero rara vez lo había odiado tanto como lo hice en ese momento.

—Raina dijo que lo estaba. Fue una de las razones por las que me quería para el cine.

—¿No sabías que eras grande antes de Raina?

Era su turno para sonrojarse.

—Era virgen antes de Raina.

Me estremecí, y la expresión de su rostro era tan neutra, que le dije en voz alta:

—La idea de un virgen con Raina es aterradora. Era una cachorra muy enferma.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé... ahora.

—¿Lo sabías... en un principio con ella? —pregunté.

—No tenía nada con que comparar —dijo.

Tuve una idea. Raina había sido su primer amante, y Raina había hecho que el sadomasoquismo apareciera en una escala como si fuera una broma segura, sensata y consensuada. Ella había hecho porno, infiernos, había hecho las suficientes películas. Había sido una de las más temibles y retorcidas personas que jamás había conocido, y había conocido a muchas. Richard no tenía nada con que comparar, ¿exactamente qué significaba eso?

Traté de darle lugar a mi punto, indirectamente, a la versión más sutil. Volví a mi punto original.

—La tienes grande Richard, lo que significa que cuando estás haciendo el amor, si no tienes cuidado puedes hacer daño.

—Te hice daño —dijo, y parecía desolado.

—No he dicho eso.

—Sí, lo hiciste.

—Richard, escucha lo que te estoy diciendo en realidad, no a la palabrería en tu propia cabeza, ¿vale? —Me encontraba de forma tal que pudiera seguirle el ritmo. Esta no era una conversación para estar quieta.

—Voy a intentarlo —dijo.

—Muy bien. —Llegué a estar delante de él y lo intenté de nuevo—. A muchas mujeres no les gusta que su cuello uterino sea golpeado durante el sexo.

Me miró con desconcierto y volvió a fruncir el ceño. ¿Cómo termino dando a mi ex-novio clases de educación sexual? ¿Cómo termina alguien metido en este tipo de conversaciones? Mala suerte, supongo.

—Si llegas demasiado profundo, alcanzas el final de la mayoría de las mujeres. Te encuentras con el final de la vagina, y golpeas el cuello uterino.

Asintió con la cabeza y luego dijo:

—Siempre he llegado hasta al final.

Hice un gesto de «voilà».

—Ese es mi punto.

—¿Cuál es tu punto?

Puse las manos en mis caderas, ya sea porque estaba siendo deliberadamente obtuso, o que en realidad no lo veía.

—Eres lo suficientemente grande como para que siempre toques el final del cuello uterino de alguien si estás en una posición que permita que todo tu... pene entre en su interior. No puede estar más claro, Richard, así que por favor haz la conexión.

—¿Quieres decir que les duele? —dijo.

—Sí.

—Te dolió —dijo.

—No. Me gusta cuando choca con mi cuello uterino. Tengo un orgasmo totalmente diferente de esa manera, así que a mí no me importa.

Tenía el ceño fruncido de nuevo, pero más como si estuviera pensando.

—Estás diciendo que si lo haces así, te haría daño.

—Es sólo perjudicial —dije—, porque en algunas posiciones, con alguien tan bien dotado como tú, produce una especie de dolor. Pero para mí, y apuesto que para Raina también, es más placer que dolor. —Odiaba ponerme en cualquier categoría en la que figurara Raina, pero habría apostado un buen dinero a que tenía razón.

—¿O sea que te he hecho daño, pero a la vez no lo hice?

Suspiré.

—Mira, esta es un área que sólo he explorado recientemente yo misma. Se confunden a veces mi dolor y mis centros de placer. Lo qué le haría daño a la mayoría de la gente se siente bien para mí, al menos durante el sexo. —Fue mi confesión, así que no tenía que cumplir con mis ojos, ya que era mi dolor y no el de él.

—A mí igual —dijo.

Le miré.

—Bueno, eso explicaría muchas cosas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El sexo siempre fue genial Richard. Aun cuando todo lo demás se haya ido al infierno, nunca el sexo dejó de ser genial.

—¿Te refieres a eso?

Asentí.

—Sí.

Sonrió, y fue casi una sonrisa real, a excepción de que la vi vacilar en sus ojos.

—¿Así que crees que es demasiado duro para Clair, por mi tamaño?

—Y tu técnica vigorosa.

Dio ese gesto de nuevo.

—Richard, ¿no los has hecho alguna vez con alguien con el que no seas tan... vigoroso?

Me dio una mirada que me dijo más claramente que las palabras que la respuesta era no.

—Está bien, un amigo mío me dijo que los hombres son torpes, que tienden a imprimirse en sus primeros amantes. Lo que significa que tienden a hacer el amor en la forma en que se le enseñó al principio. Fuiste entrenado por una mujer que era una sádica sexual y que hacía películas porno, películas porno violentas.

Me miró sorprendido, luego, horrorizado.

—¿Estás diciendo que Clair tiene razón? Estaba siendo demasiado duro. Le hice daño.

Sacudí la cabeza.

—¿Te pidió que no fueras tan vigoroso durante el acto sexual?

—Nunca, habló sobre mi... técnica de todos modos. Se enfureció y me dijo que era demasiado brusco. Que disfrutaba haciendo venirse a su bestia. Que disfrutaba de su garra levantada. Que disfrutaba haciéndola un

monstruo. Que siempre había hecho el amor como un animal sin importar la forma en la que estaba...

Eeeah. Dije lo que pensaba:

—¿Quiso Clair hacerte tanto daño como fuera posible, o fue sólo un golpe accidental?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que si yo hubiera intentado hacerte tanto daño como fuera posible, no podría haberlo hecho mejor así.

—Creo que fue en serio. Quiero decir que estoy teniendo sexo tan duro como para Raina, entonces, ¿cómo puede ser otra cosa que violación para cualquier otra persona?

Sacudí la cabeza y agité una mano delante de su cara, así tendría que mirar hacia arriba y a mí.

—Nunca uses la palabra violación conmigo otra vez, Richard, porque no lo hiciste. Si estás con alguien a quien le gusta el sexo de la misma manera en que lo haces, entonces es sólo buen sexo.

—Pero es bruto —dijo.

Me encogí de hombros.

—No empiezas a lo bruto, pero sí, por lo general terminas ahí, pero nunca fue algo que yo no quisiese hacer. Todo lo que Clair tenía que hacer era decir lo que quería, pero te ha tratado como muchas mujeres tratan a los hombres, como si fueras capaz de leer su mente. No eres lector de mentes Richard, sólo eres un hombre, y los hombres suelen ser menos capaces de leer la mente de una mujer de lo que otra mujer es capaz.

—No soy un hombre, Anita, soy un hombre lobo. Soy un animal.

Le agarré del brazo superior.

—No quiero oírte decirlo nunca más. Dices «animal» como si fuera una mala palabra Richard, pero no lo es. Pero hasta que te demuestres que no lo es, no dejes que nadie te haga sentir mal contigo mismo.

Sonrió, un poco triste por los bordes, pero era una sonrisa real. Me tocó los brazos con las manos, y me aparté. Estaba ahí, por lo que no iba a abrazarlo. Le ayudaría a través de esto, si podía, pero no éramos más una pareja.

—Si no te hice daño, entonces ¿por qué te alejas justo ahora?

Abracé mis brazos apretados y me alejé un poco más de él.

—Viniste aquí por la verdad, está bien, aquí está la verdad. No somos más una pareja Richard, pero eso no significa que no me sienta... Oh,

diablos, no quiero que tengas una idea equivocada.

—¿Y cuál sería? —Su voz volvía a ser tensa.

—Fuiste muy claro en mi casa ayer. Estaba en tu cabeza, Richard. Sé lo que estabas pensando, lo que estabas sintiendo. Estaba allí dentro de tu cabeza.

—Entonces viste lo que te quería hacer a ti. —Dio media vuelta, de modo que todo lo que pude ver fue la parte de atrás de sus jeans y la chaqueta vaquera que era unos tonos más azules que los pantalones vaqueros. Su pelo empezaba a tener ondas, pero todavía se veía despojado para mí—. Estaba enfermo, Anita. Quería que me tuvieras miedo. Al tenerme miedo mientras te follaba, habría sido... habría...

—Exactamente planeado para ti —terminé por él.

Se dio la vuelta y me miró. Sus ojos estaban desolados, como si algo en ellos hubiera muerto.

—Sí, sí, exactamente.

—Richard, cada licántropo por lo que sé está un poco confundido sobre la respuesta del miedo, la comida y el sexo.

Sacudió la cabeza, y debió haber sido demasiado fuerte, porque hizo una mueca.

—Pero para ningún licántropo al que haya conocido, a excepción de Raina y Gabriel, el pensamiento del miedo era afrodisíaco.

—Desde que he conocido a algunos de los licántropos yo misma, sé que no es cierto. Lo que es cierto, es que Gabriel y Raina eran los únicos dispuestos a admitirlo ante todo el mundo.

—No, no —dijo, y caminó hacia mí, su ira comenzaba a aumentar en un picor caliente—. Nadie quería lo que yo quería, no así. No es real.

—Ajá —dije, y luego me disculpé por decir ajá—, pero no es el punto, dijiste que la cosa era real. He conocido a un montón de cambiaformas que están en la esclavitud y en la representación en escena, pero es un juego con reglas. Seguro, sensato, consensual. Hay palabras seguras, y una vez acordadas, se pronuncian luego, se detiene y se acaba.

—No había ninguna palabra que te mantuviera a salvo de Raina y Gabriel.

—Exactamente, Richard, exactamente. Pero puedes disfrutar del juego sin hacer lo que hicieron.

Me agarró, y traté de estar fuera de su alcance, pero al final, sólo hubo una sombra de su velocidad, no algo real. Me sostuvo una muñeca en lugar

de las dos, pero todavía tenía una. Me tiró un poco hacia él, no es que le fuera difícil, pero fue suficiente como para que plantara mis pies y me dispusiera a que no se acercara más. Solamente principios, el instinto, nada personal.

—¿Y si es la realidad que quiero, Anita? ¿Qué pasa si la razón por la que tanto le gustaba a Raina era que yo soy como ella? —No hacía que me doliera, no hizo otra cosa que mantener la presión en mi muñeca, me sostenía, por lo que sabía que no podría escapar, no fácilmente de todos modos. Era más fuerte que un humano normal, pero no tan fuerte como un licántropo real.

Se me escapó un suspiro, y mi voz sonó normal, pero no pude evitarlo. Comencé con un:

—Suéltame, Richard.

—¿Tienes miedo de mí? —dijo.

—No, pero ya no serás mi novio nunca más. No tienes derecho a tocarme sin mi permiso.

—El hecho de que estés tratando de alejarte, y saber que no puedes, me excita.

Hubo un tiempo en mi vida en que me hubiera sostenido, sino habríamos empezado a discutir sobre eso más tarde, si fuera necesario. No repetí mi petición, porque no estaba segura de lo que pasaría si aumentaba el contacto físico. Sabía que no quería saberlo, así que mejor empecé a hablar. —Todo lo que necesitas es a un sumiso al que le guste jugar estos juegos, y ya está todo listo, pero no soy tu alguien, así que deja ir mi muñeca—. Bueno, no podía dejar de preguntar de nuevo.

Me soltó, así que de repente me encontré un poco desequilibrada. Supongo que había estado tirando más lejos de lo que pensaba. Lo imaginaba. Resistí las ganas de frotar mi muñeca. Nunca dejaba ver que me han hecho daño. Es una regla.

—No eres nada como Raina, Richard.

—Sí —dijo—, lo soy.

—Llevo su Munin, recuerdas, he tenido su gloria en tecnicolor completamente en mi cabeza, y he estado en su cabeza, también. Confía en mí, en que no piensas como ella lo hacía.

—A veces fantaseo cosas horribles Anita.

Lo que quería decir era que yo no era su confesor, o su madre, pero no lo hice, porque no sabía a quién más lo enviaría para tener esta charla. ¿En

quién más iba a confiar? Nadie. Maldita sea.

—Así no lo hacemos todos, Richard, la diferencia no es lo que se piensa, es lo que haces al respecto. La mayoría de nosotros sabe la diferencia entre fantasía y realidad. Sabemos que lo que funciona en la mente no trabaja en el mundo real.

—¿Y si quiero cosas que lastimen a otras personas?

No quería tener esta conversación, pero mirándolo a la cara, supe que esto era parte del demonio que le había llevado a casi destruirse a sí mismo, y de paso a nosotros.

—Si vas a mutilar permanentemente, dejar cicatriz, o matar a alguien, no lo hagas. Fuera de esos parámetros habla con tu amante y mira lo que quiere hacer. Lo que están dispuestos a hacer.

Estaba frunciendo el ceño.

—Sin mutilación, cicatrices, o muerte, ¿y todo lo demás está bien? Al igual que...

Sacudí la cabeza.

—No, todo a lo que tu pareja diga «sí» está bien. Si estás en la parte superior, dominante, entonces tienes que permanecer unido y asegurarte de que todo es seguro y no demasiado horrible.

—Quiero que sea horrible —dijo.

Me encogí de hombros. Dije:

—No demasiado horrible, a través de... amigos, estoy empezando a entender que un poco de tétrico recorre un largo camino como juego previo.

—No te refieres a los amigos, te refieres a Nathaniel.

—Si lo hubiera dicho sólo por Nathaniel, lo habría dicho. Pero él no me pudo enseñar cómo ser buena en un principio. Para aprender a ser dominante, tienes que hablar con uno que esté en posición dominante, no con un sumiso.

—Hablas como si hubiera investigado.

—La mayoría de los seres leopardo en mi Pard son servidumbre son sumisos. No puedo ser una buena Nimir-Ra para ellos si no les comprendo.

Me miró, como si se hubiera dado cuenta de algo. No estaba exactamente segura de que era lo que pensaba, pero al menos no estaba triste o enfadado. En este punto tomaría casi cualquier emoción que no fuera una de ellas.

—Sé que antes no has sido una puta para Nathaniel. Estaba en su

mente, y lo sé. ¿Realmente hiciste una investigación para tratar de entender a tus leopardos, no sólo para entender a tu amante?

—Pareces sorprendido —dije.

—Debido a que Raina fue nuestra lupa durante tanto tiempo muchos de los hombres lobos son BDSM, demasiados, pero he aprendido todo lo que siempre quise saber sobre ellos Raina y Gabriel, y sus cómplices.

Casi no lo dijo, pero insinuó que había venido a buscar la verdad. Que vería si realmente quería la verdad, o sólo parte de ella.

—Richard, dices que te gusta el miedo con el sexo. ¿Te gusta el juego del miedo, y te gusta el sexo duro?

Me miró, la mirada fue una advertencia. Esos ojos de color marrón oscuro, no estaban dispuestos a terminar, pero si no se lo decía ¿quién lo haría?

—Te gusta la escena también, Richard.

—Yo no...

Levanté una mano.

—No hagas lo que Raina y Gabriel y algunos otros hacían, pero puede serlo sin ser un sádico sexual. Algunas personas simplemente piensan que disfrutar de los dientes y las uñas durante el sexo es sádico.

Estaba moviendo la cabeza una y otra vez. Si le dolían los arañazos en la cara, no lo demostraba esta vez.

—Sólo porque me gustan los dientes y las uñas no significa que soy así. No soy como ellos.

—Si te refieres a Raina y Gabriel, no, claro que no lo eres. Pero no huiste de mí sólo porque pensabas que estabas sediento de sangre. Terminaste conmigo porque no podías seguir fingiendo.

—¿Fingir que? No estoy fingiendo nada.

—No es sólo lo que has estado fingiendo, Richard.

—¿Fingir qué? —Su ira comenzó a llenar la habitación, caliente y muy cerca, como una tormenta que no había llegado del todo todavía.

—Me gustan los dientes y las uñas durante el sexo. Diablos, me gusta morder solo, sin mucho sexo. Me gusta la sensación de la carne entre los dientes.

Apartó la vista.

—Eso es culpa mía, y de Jean-Claude. Es nuestra hambre en ti.

—Tal vez, pero todavía está en mí, y aun así es algo que me gusta. Nunca he podido estar tan cómoda alrededor de la escena como lo estoy

con Nathaniel, y eso me preocupa, porque es mío, entonces quiero que sea feliz. Pero he tenido que dejar de fingir que no me gusta el sexo duro. Jason dijo que me gustan los hombres dominantes, debido a que quieren hacerse cargo, y no tengo otra opción. La razón por la que fui capaz de evitar a Nathaniel durante tanto tiempo fue porque trató de conseguir que yo hiciera todos los movimientos. Necesito un poco de juego de dominio, o no juego. Pensé que estaba loca, pero he estado ocupada durante veinte y cuatro horas, y estoy cansada de huir.

Volvió a mirarme.

—¿Huir?, ¿Huir de qué?

—De lo mismo que tú, yo misma.

—Tú no eres...

Le detuve con una mano de nuevo.

—Sí, lo era. Tal vez todavía lo soy. Hay partes de mi vida que no quiero mirar. Alguien me dijo que está bien que me gusten dos hombres en la cama conmigo. Discutí con ellos Richard. Argumenté que, no, yo no. — Di dos pasos más cerca de él—. Pero el argumento fue bastante tonto, ¿no te parece?

—No sé qué es lo que quieres decir.

—Estoy saliendo con Jean-Claude y Asher. Estaba saliendo contigo y Jean-Claude.

—No al mismo tiempo ni en la misma cita —dijo.

Le hice un gesto de «a la mierda».

—Bien, te dejo salir de eso. Pero todavía estoy saliendo con Jean-Claude y Asher. Estoy viviendo y compartiendo una cama con Micah y Nathaniel. Sí, fue una especie de accidente. No traté de entrar en ninguna de estas situaciones a propósito, pero ya estoy ahí. Y ahora, con Damian y Nathaniel, tengo otro trío en donde soy la única mujer. No a propósito, pero después de un tiempo, Richard, discutir que no me gusta estar junto con dos hombres me suena tonto.

—¿Tú lo haces? —preguntó.

No le debía una respuesta, pero tal vez me debía una a mí misma. Sólo me lo había admitido a mí misma hace unos segundos.

—Sí, estar en medio de dos hombres solo lo hace más fácil para mí. La sola sensación de tenerles a ambos lados solo lo hace más fácil para mí. — Esperé que el rubor apareciera para seguir, o al menos la vergüenza, pero no lo hizo. Es cierto, y estaba bien. Estaba bien. Había hombres en mi vida

que pensaban que estaba bien.

Richard miró al suelo, como si todo lo que había en mi cara no lo quisiese ver. O tal vez había algo en su cara que no quería que yo viera.

—Nunca podría hacer eso.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

Alzó la vista entonces, y su ira me reprochó, casi como si me hubiera dado con un látigo caliente a través de mi piel. Salté por su sensación.

—¡Ay! —dije.

—Lo siento, no quise hacerte daño, pero la gilipollez que dices, nadie me preguntó.

—Muy bien, que yo sepa nadie te ha preguntado.

—Todos, todos en la comunidad sobrenatural, cualquier cambiaformas o cosa que sean, piensan que estaba haciéndolo con Jean-Claude y contigo. Que éramos un pequeño feliz *ménage à trois*.

—He encontrado que es un rumor —dije—. Sabes lo que estabas haciendo, y qué, así que ¿qué importa?

Soltó una sombra del inarticulado grito que había hecho antes.

—Anita, ¿cómo crees que me siento cuando casi todos los líderes en esta ciudad con los que tengo que hacer negocios piensan que me dejé follar por el Maestro de la ciudad?

—¿Estás diciendo que el hecho de que la gente piense que eres bisexual le hace daño a tu posición como líder?

—Sí.

—No parece herir a Jean-Claude —dije.

—Eso es diferente.

—No lo creo.

Cerró las manos en puños, y parecían que herían, e hizo aquel sonido de nuevo.

—No lo entiendes, Anita. Eres una chica, y no lo entiendes.

—Soy una chica y no lo entiendo. ¿Qué significa eso?

—Eso significa que sigue siendo socialmente más aceptable que una chica sea bisexual que un hombre.

—¿Quién lo dice? —pregunté.

—¡Todo el mundo! —Su ira estalló hacia el exterior como el agua hirviendo, y fue subiendo por la cintura y en aumento.

—Eres homofóbico —dije.

—No lo soy.

—Sí, lo eres. Si no, no te molestaría tanto que la gente pensara que eres bisexual, entonces no te importaría lo que dijeran. Sabrías la verdad, y sería suficiente. —Me acerqué a él, abriéndome paso entre el calor de su poder, su ira y su frustración—. Además, ¿qué tiene de malo ser bisexual u homosexual, o lo que sea? ¿Qué importa, Richard, siempre y cuando seas feliz y nadie salga lastimado?

—No lo entiendes —dijo.

Estaba lo suficientemente cerca como para tocarlo. Tan cerca que un poco de su poder casi chisporroteaba contra mi piel, como si la bata no estuviera allí. Dios, era tan poderoso, más que la última vez que había tocado su poder. Lo había ganado de Jean-Claude y de mí, al igual que Jean-Claude, al igual que yo. Si pudiéramos conseguir que nuestro triunvirato realmente trabajase de la forma en que debería, nadie nos tocaría, nadie se atrevería.

Este pensamiento no era mío, aunque no exactamente. Jean-Claude no se había despertado aún, lo habría sentido, pero esa idea era más suya que mía. Me acordé de la noche en el club, y cómo nos había unido con más fuerza, más cerca que nunca antes. Que había hecho cosas anoche que no habría sido posible antes. Había llegado a nuevos niveles de potencia, con Jean-Claude y con mis propias habilidades. También había tenido relaciones sexuales con un vampiro que había conocido hace menos de dos semanas, y sólo de forma caballerosa Requiem se había mantenido. Esa no era yo, y de pie tan cerca del dolor de Richard, estaba pensando en el poder y no en el coste para él. Esa no era yo tampoco. Sin embargo, ambos estaban muy parecidos a Jean-Claude.

—¿Qué pasa? —preguntó Richard—. ¿Has pensado en algo?

—Sólo me preguntaba qué otras partes de Jean-Claude llevo dentro de mí.

—Me dijiste que el *ardeur* y la sed de sangre.

Sacudí la cabeza.

—Nunca he sido muy práctica con las relaciones, o el sexo, y últimamente, como en las últimas veinticuatro horas más o menos, lo he sido. Al menos mucho más práctica que de lo que he sido antes.

—¿Es cierto que tuviste relaciones sexuales con dos de los nuevos vampiros británico en Placeres Prohibidos anoche?

—Yo, yo, los rumores vuelan rápido.

Se relajó, algo de la tensión salió de él.

—Entonces era sólo un rumor.

Suspiré, y estaba cansada de hacerlo, pero parecía como si Richard sólo supiera hacerme eso.

—Una verdad a medias.

—¿Qué mitad? —preguntó.

No me gustaba la expresión de su cara. No estaba exactamente enfadado, lo que debería haber sido una mejora, pero no era neutral tampoco.

—Un vampiro, no dos. —Sacudí la cabeza—. Pero ¿sabes qué? No creo que te deba una explicación, Richard. No realizo un seguimiento de la franja que estás cortando a través de tu propia manada, y el grupo de Verne cuando estuviste en Tennessee.

Me miró, estudiando mi rostro, como si estuviera tratando de averiguar lo que estaba escondiendo.

—Si no te avergüenzas de eso, entonces sólo dímelo.

—Richard, no eres mi padre ni mi novio. No te debo una explicación sobre lo que debo hacer, o no.

—¿Te acostaste con Nathaniel durante cuatro meses antes de tener relaciones sexuales con él? ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué estos dos vampiros? ¿Por qué ahora? Oí que fue un infierno de espectáculo anoche, ¿qué diablos pasó?

—¿Estás pidiendo algunas explicaciones desde tu posesión machista?

—No, sino como el tercero de tu triunvirato. ¿O debería decir, uno de tus Triunviratos?

Dado que era la tercera parte de nuestro triunvirato tenía el derecho de saber lo cerca que había estado de perder el control de Primo y algunos trozos de otra opción. Me había ayudado la noche anterior, aunque había salido mal, lo había intentado. Realmente lo había intentado.

Me senté en el borde de la cama, y se sentó en el suelo con las rodillas apretadas en el pecho, mientras le daba un retrato en miniatura de la cercana catástrofe y de una versión editada de lo que había hecho para ayudar a Jean-Claude. No me dejaba mucho para mí, simplemente no di más detalles.

—No puedo creer que te follaras a Byron. Ni siquiera creía que le gustaban las chicas.

—Tomó una para el equipo —dije, y traté de mantener la ironía en mi voz a un mínimo.

En realidad se sonrojó.

—No me refería a eso. Quiero decir, si estuviera de compras para los hombres entre los nuevos vampiros, no habría estado en lo alto de mi lista.

—La verdad no, está en lo alto de la mía. Quiero decir que es un tipo bastante agradable como amigo, no como más.

—Entonces, ¿por qué?

—Fue la persona que estaba allí, Richard. Si accidentalmente chupaba el alma de alguien a través de su boca, Jean-Claude pensó que estaría menos cortada si era Byron y no Nathaniel.

—¿Es Primo una especie de caballo de Troya? —preguntó, y me hizo pensar mejor de él, mucho mejor. Fue una muy buena pregunta.

—¿Quieres decir que Dragón permitió a Jean-Claude tener a Primo para que pudiera tratar de llegar aquí?

—O sólo provoca una destrucción suficiente para que Jean-Claude consiga cargos. O su negocio acabe arruinado, algo. No debe haber escuchado lo que Jean-Claude ha sido en Europa, el Consejo está muy contento con él.

Debí de haberlo demostrado en mi cara, porque Richard dijo, en voz alta.

—He estado prestando atención Anita.

—Lo siento, lo siento mucho, no pensé que lo hacías.

—Admito que lo hacía antes, tal vez como un mes antes, pero ahora lo hago. Ya te lo dije, he decidido vivir y no morir lentamente. Eso significa que tengo que prestar atención a los negocios, aunque no me gusté. Lo puedo odiar, pero ser parte de este triunvirato es un negocio.

—No sé lo de Primo. Podría ser, como bien dijiste, un caballo de Troya. Dejé a uno de los seres rata de guardia fuera de su ataúd. Di órdenes de si Primo salía, fuera asesinado. Sin terceras posibilidades, porque ya es su segunda.

—¿Por qué Jean-Claude participa en algo que es peligroso?

—Vi luchar a Primo, y lo vi curar más daños que cualquier vampiro que he visto sanar. Fue impresionante. Tenemos un montón de vampiros poderosos, pero la mayoría de ellos son de la línea de Belle, y es altamente bello, seductor, que es genial para los clubes. Es decir, tenemos algunas personas realmente buenas para elegir para desnudarse y bailar con los turistas en el Danza Macabra, pero si hubiera una guerra, una guerra de verdad, entonces no tenemos casi ningún soldado.

—Tienes a los lobos —dijo—, y por medio de dos tratados, a los seres rata.

—Sí, pero es inusual tener vínculos tan estrechos con otros grupos. Los Vampiros que nos exploran no contarán por adquisición más allá de los lobos. No se les ocurre a la mayoría de ellos que un tratado con un animal que no es el animal a llamar del maestro vendrá a ayudar cuando las cosas se pongan difíciles.

—Así que ¿apruebas la permanencia de Primo aquí?

—No, definitivamente no, no después de lo de la pasada noche. Creo que deberíamos disparar en su culo, pero entiendo por qué Jean-Claude quiere la oportunidad. Necesitamos algunos vampiros que puedan luchar, no sólo ser bien mirados.

En ese preciso momento se abrió la puerta, y era mi vampiro favorito.



Los dos nos giramos hacia la puerta, aunque mi giro fue más corto que el de Richard. Jean-Claude estaba en la puerta usando el traje negro que tanto me gustaba. El que estaba bordeado de piel negra real en la solapa, y tan bien enmarcado en el pecho pálido. Sus rizos largos y negros estaban peinados a la perfección, haciéndolo ver fresco y hermoso. Todavía necesitaba una ducha. Oh, bueno.

—No te sentí despertar. Aún cuando siempre te siento despertar.

—Los dos os escudáis muy fuerte —dijo, mientras entraba en la habitación. Sus pies descalzos eran muy pálidos contra la alfombra oscura—. Escuché tu último comentario, *ma petite*, ¿debo tomarlo como un insulto?

—Lo siento, pero necesitamos soldados, no seductores. Tenemos un montón de ellos.

Dio ese maravilloso encogimiento de hombros gaélico que significaba

todo y nada. Era un movimiento agraciado. A veces me preguntaba si era encogerse de hombros la palabra correcta. Si lo que los estadounidenses hacen es un encogimiento de hombros, lo que Jean-Claude hacía no era lo mismo.

—Le dije a tu Nathaniel que se fuera y alimentara a su nueva y sorprendente forma. Será aún más popular cuando las damas vean esta nueva forma suya. —Estaba siendo muy agradable, muy casual. Su rostro tenía una sonrisa, y sus movimientos eran gráciles y un poco extravagantes. Estaba escondiendo algo. Aprendí hace mucho tiempo que este no era el verdadero Jean-Claude. Esta era una de sus muchas caras, que utilizaba cuando la realidad era demasiado dura, o demasiado chocante, o demasiado algo.

—¿Qué pasa, Jean-Claude?

—¿Qué quieres decir, *ma petite*? —preguntó, y vino a sentarse a un lado de la cama junto a mí. La parte en la que había quitado las sábanas, por lo que estaba relativamente sentado en el colchón. La cama se balanceó de forma desigual cuando se sentó en ella. Miró a Richard, cuando la cama se movió de manera extraña—. Creo que le debes un cabecero a mi *pomme de sang*, Richard.

Richard había hecho la gracia de parecer avergonzado.

—Perdí los estribos, lo siento. Cambiaré el cabecero.

—Bien —cruzó las piernas, un poco más alto de lo que era necesario, de manera que pudiera poner las manos alrededor de la rodilla, y exponer una línea pálida de su pierna. ¿Estaba coqueteando? No, no era eso.

No fui yo quien habló, pero fue como si mis pensamientos salieran de la boca de Richard, miedo.

—Deja de actuar, Jean-Claude, sólo dinos lo que ha ocurrido ahora.

La cara que nos dio era demasiado inocente.

—¿Qué quieres decir, amigo mío?

Richard y yo intercambiamos miradas. Fue Richard quien habló por nosotros.

—Sin juegos, Jean-Claude, recuérdalo.

—Lamentablemente estás empezando a sonar como *ma petite*.

—Gracias, lo tomaré como un cumplido.

Eso me valió una sonrisa y un guiño.

Richard me sonrió, y fue la primera sonrisa real que había visto en él desde que entró en la habitación. Fue bueno verla, y me di cuenta que tenía

una mía para devolverle. Allí, todos estábamos siendo amistoso.

—Estás haciendo tu extravagante, acto feliz, casual —dije—. Deja de actuar, y dinos lo que pasa.

—Te das cuenta, *ma petite*, que Richard se ha convertido en un ser a veces casi tan contundente, como tú.

—Y está empezando a tener momentos en los que suena como tú, Jean-Claude. Déjame adivinar, la cercanía entre nosotros de anoche ha tenido algunos efectos secundarios interesantes.

—No sólo nosotros estamos más cerca, *ma petite*, sino también está más cerca de ti la formación de un nuevo triunvirato. Esos serían los efectos secundarios, a mi parecer. —Su cara era todavía hermosa, pero los movimientos casi pretenciosos estaban desapareciendo, cambiando a una seriedad que no me gustaba ver. Estaba descontento por algo. No sabía lo que era, pero tenía que ser algo que nos incluyera a ambos, o por lo menos a uno de nosotros, realmente no me gustaba.

Comenzó por confesar que estaba dispuesto a que lo hiciera con Byron y que alimentara a Requiem sería probablemente uno de sus gustos menos meticulosos hacia mí. Lo detuve antes de terminar.

—Si no me hubiera alimentado de Byron y Requiem, no habrías tenido la energía suficiente para controlar a Primo. Pudo haber sacrificado al público. Mi virtud frente a la vida de decenas de personas, hmm, déjame pensar. —Me encogí de hombros—. Está bien, aunque prefiero no hacer un hábito de eso.

—Me sorprendes, *ma petite*. —Pero se relajó contra la cama. Su postura estaba en perfecto estado, muchos de los vampiros de edad tenían una buena postura, pero estaba más relajado de todos modos.

—He aprendido que el sexo no es un destino mucho peor que la muerte, Jean-Claude.

—¿Es todo? —dijo Richard—. O hay más que prefieres que no sepamos, pero tengo la sensación de que ¿necesitamos saber?

—Mira, mira, es como tú ahora. Dos de vosotros, no sé si puedo.

—Sólo dínoslo —dije.

Me dio una pequeña mueca.

—Parece que os habéis dado cuenta de que estamos mezclando y mezclando nuestras habilidades en algo más que una forma metafísica. No sé lo que estamos ganando, o perdiendo, depende de cómo se mire, sólo sé que está sucediendo.

—Pienso en Nathaniel y veo que cambió un poco de sumiso a dominante. —Miré la cara de Richard, y agregué—: Quiero decir que desde que se convirtió en un triunvirato, Nathaniel parece un poco más dominante, y me parece que disfruta un poco más de la sumisión. Admítelo, Nathaniel estaba tratando de ser más dominante antes, pero realmente parece estar lográndolo. —Hablar de eso, me hizo sentirme incómoda, pero lo combatí. Que me colguéis si me disculpo, incluso si hago el gesto. No soy nada si no soy desafiante, especialmente si me siento incómoda.

—Entonces, al parecer también podemos esperar básicamente una mezcla de nuestras personalidades —dijo Jean-Claude, y lo intentó de forma casual pero no pudo.

—Esto puede ser realmente extraño —dije, y era mi turno para llevar mis rodillas hasta mi pecho, aunque Richard, creo que se sintió muy cómodo, para mí fue reconfortante.

—¿Es que todas son malas noticias? —preguntó Richard, y le miré directamente a los ojos.

—Yo no lo veo como una mala noticia, *mon ami*, pero vosotros dos puede.

—Suéltalo —dije, abrazando mis rodillas a mi pecho.

—Habéis convertido a mi *pomme de sang* en su forma animal, una de ellas de cualquier modo. Al igual que tú, hasta hace poco, prefiero mi comida sin piel.

Hice mi mejor esfuerzo para no mirar a Richard.

—¿A quién tienes en mente?

—Requiem me habló de la cantidad de sangre que perdiste ayer por la noche, *ma petite*. Creo que es más sabio si no donas más durante un tiempo.

Oí suspirar a Richard desde donde estaba sentada, y él no estaba sentado cerca de mí.

—Diría que siempre soy yo, pero no es lo habitual. Sé que Anita no es tu alimentación regular, pero sé que te permite alimentarte. —Puso la cara contra las rodillas y suspiró de nuevo—. Bien, pero sólo si está aquí Anita. No tú y yo a solas.

—Define eso de que ¿Anita esté con nosotros?

—Eso no es lo que he dicho —dijo Richard.

—¿No es eso lo que querías decir? —preguntó Jean-Claude.

Richard pareció pensar en ello durante un segundo y luego asintió un poco con la cabeza.

—Supongo que sí, pero al oír como lo dices, parece...

—Secundo la pregunta de Jean-Claude, defíneme estar con vosotros.

Richard se ruborizó. No se avergonzaba a menudo, y esta eran dos conversaciones en una.

—No me refiero a cómo lo haces sonar.

—Entonces, dínos ¿a qué te refieres? *mon ami*.

—No quiero. Quiero decir... —Hizo ese sonido de nuevo, sin palabras, frustrado—. ¿Por qué es que cada vez que hago algo que nos incluye a los dos, siempre termino sintiéndome como si me equivocara?

Tuve uno de esos saltos mentales, me estaba acordando del problema de Richard, de que todo el mundo estuviera pensando en lo que era, o había sido, incluido Jean-Claude. Decidí rescatarlo. Después de todo, abriría una vena para Jean-Claude. Eso merecía alguna consideración, teniendo en cuenta que sus reglas sobre la alimentación de los vampiros eran las mismas que la mías. Richard estaba todavía tratando de explicarlo, y estaba fallando.

—Mira, entiendo lo que Richard está tratando de decir.

Los dos me miraron. Richard dudoso, y Jean-Claude divertido, como si él también entendiera el malestar de Richard, pero no podía permitirse el lujo de dejar que el otro hombre lo viera. O tal vez algo más le divertía, nunca se sabía con Jean-Claude.

—No desea que estéis solos los dos cuando te alimentas, Jean-Claude —dije.

Richard pareció aliviado, y asintió.

No lo dije en voz alta, no eres homofóbico, ya que si Richard no se sentía cómodo con tener a otro hombre tocándole, entonces tenía derecho. Nunca había alimentado una vampiresa voluntariamente, ¿por eso era una puta?

La sonrisa de Jean-Claude se hizo más profunda sólo un toque.

—¿Y por qué es un problema para él que estemos solos nosotros dos?

Le di a Jean-Claude una mirada asesina, y Richard había vuelto a no saber cómo explicarse.

—Jean-Claude, ¿conoces el viejo dicho americano, que a caballo regalado no se le mira el colmillo?

—*Oui*.

—Estás revisando los dientes de este.

Se rió con esa risa palpable, que, incluso a través de la protección más fuerte que tenía, me hizo temblar, y no de miedo. Cogí el movimiento de Richard con el rabillo de mi ojo. Se había estremecido, también. Por primera vez, me pregunté cuántas de las habilidades de Jean-Claude tenía Richard. Era terriblemente heterosexual, y, a veces simplemente no lo veía fuera de ese cuadro. A Richard no le gustaban los chicos, por lo que Jean-Claude no le afectaba de la misma forma en que me afectaba a mí. Eso es lo que creía, ahora me preguntaba si Richard tenía más problemas con Jean-Claude de lo que esperaba. Si era terriblemente hetero, pero el poder de Jean-Claude podía afectarlo, tendría problemas siendo un hombre. El hecho de que nunca antes se me hubiera ocurrido, demostraba sin lugar a dudas que a veces no era tan brillante con respecto a los hombres que me rodeaban.

—Pero antes de acercarnos, tengo que quitarme esto. Es escamoso, y no me siento limpia.

—Eso tal vez nos daría tiempo para cambiar las sábanas —dijo Jean-Claude. Tocó las sábanas—. Nunca he visto una cama donde ha estado más de un licántropo. Es, ¿cómo se dice?... un desastre.

Su inglés era mejor que eso, incluso para la jerga. Estaba de nuevo, satisfecho de sí mismo, y no sabía por qué. Si retiraba mis escudos lo suficiente, podría hablar dentro de mi cabeza, también tendría más de Richard en mi cabeza. No quería eso, así que habría que preguntarle más tarde, o averiguarlo. Lo que sea.

—Voy a darme una ducha rápida —dije, y me dirigí a la puerta del fondo.

—Si él entra en la ducha. —Richard señaló con el dedo pulgar a Jean-Claude—: No creería lo de rápida, pero creo que lo haré.

Ese comentario me hizo preguntarme cuánto tiempo había pasado Richard con Jean-Claude cuando yo no estaba cerca. No lo dije en voz alta, sin embargo, era cada vez más inteligente. Richard estaba lo suficientemente incómodo con Jean-Claude. No tenía necesidad de añadirlo.

—Vamos a estar aquí cuando hayas terminado, *ma petite*. Esperemos que con la cama en un mejor estado. —Estaba de pie mirando hacia abajo, como si no estuviera seguro de que realmente pudiera ser arreglado.

—¿Por qué no usas tu habitación? —preguntó Richard.

—Asher está en mi cama. Ahora está muerto, y *ma petite* lo considera inquietante. Si se despierta en medio de la toma, creo que a ti, Richard, te resultaría preocupante.

Richard se levantó y sólo se acurrucó en su chaqueta vaquera.

—Inquietante. Podrías llamarlo así. —No parecía feliz, y me pregunté si había algún incidente entre él y Asher que debía saber. Probablemente no. No era de mi incumbencia.

Tuve que caminar de regreso a la cama y a buscar mi pistola enfundada bajo las almohadas. En cierto modo les saludé con la mano a los dos.

—No quisiera que esto fuera tirado por el conducto de la lavandería.

Jean-Claude me indicó el cuarto de baño.

—Anda, dúchate, *ma petite*, estaremos listos si no eres demasiado rápida.

«Estaremos listos», había dicho. ¿No tengo suficientes "nosotros" en mi vida? Fui a la ducha y les dejaría debatir sobre si mantenían la cama, o si sería más seguro simplemente quitar el cabecero totalmente. No fue hasta que cerré la puerta a mis espaldas que me pregunté por qué necesitábamos la cama. Jean-Claude y Richard podían alimentarse de rodillas en el suelo, ¿no podía hacerlo yo? Si esta era mi primera oportunidad de tocar a los dos hombres al mismo tiempo, en meses, entonces prefería no estar cubierta por el fluido seco. Pero una vez limpia, todos podríamos hacerlo en el suelo. No necesitábamos la cama.

Pensé en volver y decírselo, pero no lo hice. No importa qué, ellos seguían siendo hombres, y los hombres se sienten mejor cuando tienen algo que hacer. Podrían arreglar la cama y las sábanas y dejar todo, limpio y ordenado. Les impediría tener algo más de esos momentos de silencios incómodos. O bien, tenía la esperanza.



Cuando salí de la ducha, mi bata negra estaba colgada detrás de la puerta. ¿Cómo no había visto ni oído nada? Si Jean-Claude podía hacer eso mientras estaba en la ducha, y no me había dado cuenta, entonces estaba excesivamente protegida. Tan intensamente protegida que estaba perdiendo la conciencia de mí entorno. No era bueno.

Me sequé, envolví mi pelo en una toalla, y me puse la bata. Tenía una gran cantidad de ropa interior limpia, pero demonios, si me apretaba el cinturón y la tensaba, la bata no me haría bolsas. Comprobé en el espejo que no enseñaba nada más que una pequeña parte superior del pecho, muy correcto. Me desmaquillé. Se me veía pálida y limpia, y, con el pelo envuelto en una toalla de color azul claro, parecía demasiado pálida, casi enfermiza. Comencé a quitarme la toalla, porque sabía que me quedaba bien la bata con el pelo suelto, mojado o no. Pero resistí la tentación. En primer lugar, mi pelo estaba demasiado húmedo, y a la seda no le gusta que

la mojen. En segundo lugar, sólo tenía un novio en la otra habitación, no dos. No pretendía estar guapa, sino evitar que a Richard le diera un ataque por dejar que Jean-Claude le tocara.

Miré mi cara, mis ojos demasiado oscuros, y me pregunté si podría admitir, incluso para mí misma, que todavía me preocupaba que Richard me encontrara atractiva. Sí, para mí podía admitirlo, pero me dejé la toalla puesta.

Cuando salí discutían por las velas. Jean-Claude había traído algunas para las mesitas de noche, y Richard estaba diciendo:

—No necesitamos velas, Jean-Claude. Sólo vas a alimentarte. Eso es todo.

—Voto por Richard. No necesitamos velas.

—No sois nada románticos.

—No se trata de romanticismo, sino de comida —dije.

Richard me señaló.

—Mira, Anita está de acuerdo conmigo.

—Por supuesto que sí, *mon ami*. —Jean-Claude no parecía demasiado molesto, su voz todavía tenía ese tono de gato-que-se-comió-la nata.

El colchón estaba en el suelo, cubierto de sábanas nuevas de color rojo sangre. Incluso las fundas de las almohadas habían sido cambiadas, de modo que la cama brillaba escarlata bajo la tenue luz. El armazón de la cama había desaparecido, lo que probablemente explicaba por qué Richard se había quitado la chaqueta vaquera y estaba en camiseta verde oliva.

—No me había dado cuenta de lo oscura que es la habitación de Jason —dijo Jean-Claude—. No hay sitio para poner lámparas, pero podríamos tener más luz con velas. Preferiría un motivo más romántico, pero la verdad, es simplemente práctico. Me gustaría que hubiera más luz.

—Eres un vampiro —dijo Richard—, ves en la oscuridad mejor que yo.

—Es cierto, pero si pudieras tocar a alguien que rara vez te permite tocarle íntimamente, ¿no desearías luz para ver lo que estás haciendo? —Eché un vistazo a Richard, y luego, sus ojos se deslizaron hasta mí. Fue un vistazo rápido, pero Richard lo siguió, y de repente pareció no saber qué hacer con su rostro, por lo que se volvió hacia el otro hombre.

—¿Me he perdido algo? —pregunté—, ¿o estoy a punto de perderme algo?

—Te has perdido muy poco, *ma petite*.

—Las velas están bien —dijo Richard, sin mirarme aún.

Estaba sacudiendo la cabeza, pero sentí un pequeño toque en mi piel. Conocía ese contacto. Dejé caer el fino borde de mis defensas. La voz de Jean-Claude soplabla a través de mí como una brisa acariciadora.

—¿No significa nada para ti, *ma petite*, que tu mera visión con esa bata haya hecho cambiar de opinión a Richard?

Sacudí la cabeza y traté de responder tan silenciosamente como él. Todavía no era buena haciéndolo. Lo que trataba de responder era:

—En esta bata con esta toalla, no valgo haberle hecho cambiar de opinión.

—Aún no te valoras, como nosotros te valoramos, *ma petite*.

Ahí estaba ese —nosotros— de nuevo. Empecé a abrir la boca, para agregar algo en voz alta, cuando una ráfaga de cálida energía recorrió mi cuerpo. Me detuve en seco.

—Hablar en la cabeza de alguien, cuando la otra persona no puede intervenir en la conversación es de mala educación —dijo Richard—. Es como susurrar y señalar.

No podía discutirlo, pero me hubiera gustado.

—Confía en mí, Richard, no vale la pena que lo repita.

—Me gustaría tener la oportunidad de decidir yo eso —dijo.

Suspiré, por milésima vez hoy. ¿En qué había estado pensando? Le hubiera tenido que decir a Jean-Claude que no necesitábamos la cama, que Richard podía arrodillarse y él sólo alimentarse. *Voilà*, y ya hubiéramos acabado.

Richard se quitó la camiseta.

—Es demasiado clara, si se mancha de sangre, parecerá que sea sangre. —Lo dijo en voz alta, y tenía sentido, pero me alegré de que no me mirara cuando se quitó la camiseta, porque verle sin camisa tenía su efecto habitual. Había dicho antes que el día que pudiera entrar en una habitación y que mi cuerpo no reaccionara a Richard, sabría que todo había terminado entre nosotros. Pero las hormonas son unas pequeñas bastardas traidoras. No les importa que tu corazón esté roto, sólo que haya un hombre atractivo en la habitación. Mierda.

Jean-Claude iba de vela a vela con uno de esos encendedores de pilas de larga duración. Nunca pude conseguir que se encendiera. Se movía sin esfuerzo, de vela a vela, con una mano sujetando la manga de su camisa apartándola del alcance de la llama.

Richard se sentó en la esquina de la cama. Sus tejanos y la línea

continúa de su cinturón negro quedaban muy bien contra las sábanas rojas. Su torso bronceado aún quedaba mejor, y, como si me hubiera oído pensarlo, se recostó contra las sábanas, no estirado, sino apoyado en los codos, de modo que el brillante color escarlata enmarcó su musculoso torso. Tenía pequeños pliegues en el estómago, como en las personas reales, a menos que sus abdominales fuesen como una tabla de lavar, y Richard tenía cosas mejores que hacer con su tiempo que hacer abdominales. Su estómago era plano y perfecto, pero perfecto no significaba perfectamente plano. Las líneas eran planas, la gente tenía curvas y baches y lugares para explorar.

Richard volvió la cabeza y me miró. Su cara ya no era neutra. Sus ojos oscuros despedían calor, y no era su bestia, o al menos no sólo eso. Era una mirada que había visto antes, una mirada que decía que sabía exactamente el efecto que tenía en mí, y que eso le gustaba. En los últimos tiempos, esa mirada me decía, sé que piensas que soy atractivo, y no vas a tocar esto nunca más. Ahora, no estaba segura de qué significaba la mirada, pero no me gustaba.

Jean-Claude movió hacia el otro lado de la cama su alta figura, con su bata negra interponiéndose entre Richard y mi mirada. Sin embargo, cuando Jean-Claude dejó el sitio libre, Richard se colocó mejor en la cama, de modo que sus piernas ya no estaban tocando el suelo. Así, cada uno de sus seis pies de altura estaba en la cama, enmarcado por las sábanas de color de sangre fresca, y la vacilante luz de las velas.

Mi boca estaba seca. No era bueno.

—He cambiado de opinión —dije—. No me necesitáis, realmente. — Mi voz sonaba entrecortada.

Jean-Claude se volvió tras encender la última vela. Alisó las mangas de la bata alrededor de sus manos con los dedos largos, y se quedó mirándome. Sus ojos brillaban como oscuros zafiros, capturando la luz vacilante en una manera que los ojos humanos no lo hacían.

—Ah, pero lo hacemos, *ma petite*. Realmente lo hacemos. Eres el puente entre nosotros. Eres un tercio de nuestro poder. ¿Te parece que suena como si no te necesitáramos?

—No quiero decir nunca más, sino aquí y ahora. Quiero decir, puedes alimentarte sin que esté aquí. Puedes... —Me costaba concentrarme.

Richard rodó sobre su estómago, e hizo un movimiento de cabeza que me mostró que su pelo había crecido lo suficiente como para caer un poco

hacia adelante alrededor de su rostro. No mucho, pero era más espeso de lo que recordaba. La luz de las velas no danzaba en sus vaqueros, pero el cuerpo de Richard en jeans ajustados no necesitaba nada más, era auto-explicativo.

—Voy a irme ahora. Os dejo. Sí, eso es lo que voy a hacer. —Estaba balbuceando, y no podía evitarlo. Pero me dirigí hacia la puerta, ganando tantos puntos que no pude contarlos.

Jean-Claude dijo:

—*Ma petite*, no te vayas, por favor.

Me giré, y no sé lo que hubiera dicho, porque se había sentado en la cama, pero había hecho algo con la parte superior de su bata, de modo que ésta se había abierto y podía ver su pecho enmarcado por la piel negra de las solapas. La cicatriz de la quemadura se veía muy negra sobre el blanco de su piel y el negro brillante de las solapas. Sus pezones eran rosa pálido, y solo por eso supe que no se había alimentado. Su mano se tocó el pecho, como si supiera lo que miraba. Su mano se movió hacia abajo, y lo mismo hizo mi mirada, de modo que miré la línea plana de su estómago, la línea de cabello oscuro, que comenzaba justo debajo de su ombligo, y desaparecía en las sombras de la bata. Tuve un impulso casi irresistible de ir allí, arrancarle el cinturón y ver su cuerpo pálido y perfecto contra la oscuridad de la bata y de las sábanas color carmesí. Sabía qué vería, ya que lo había visto antes. Esa idea llevó mi mirada a Richard, porque nunca le había visto contra la seda roja. Nunca le había visto a la luz de las velas.

Giró sobre un lado mientras observaba, apoyado en un codo, un brazo colgando sobre sus caderas, como para atraer mi atención a sus vaqueros y a lo que sabía que había dentro. Pero no, Richard no era tan consciente de su cuerpo, al menos no en cuanto a seducción. Eso es lo que hubiera hecho Jean-Claude, no Richard. Entonces tuve uno de esos horribles pensamientos. ¿Qué pasaba si una de las cosas que Richard había ganado con la marcas era parte de la capacidad de seducción de Jean-Laude? Oh, eso no sería justo.

Cerré los ojos y me dirigí de nuevo hacia la puerta. Era mejor si no podía verles a ninguno. Jean-Claude dijo:

—*Ma petite*, te vas a golpear contra la pared.

Me paré en seco, abrí los ojos y estaba a pulgadas de la pared. La puerta estaba aproximadamente a dos metros a mi izquierda. Genial, simplemente genial.

—*Ma petite*, no nos dejes. —Su voz se coló a través del pequeño agujero que había hecho en mi escudo. Se arrastró dentro y jugó a lo largo de mi piel, me hizo temblar, y Dios me ayude, me di la vuelta y le miré. Estúpida de mí.

Jean-Claude se había arrastrado en la cama, cerca de las almohadas. Estaba acostado sobre la seda roja, con la bata abierta, de forma que apenas cubría nada. Su blanco hombro se enmarcaba en la parte superior con seda escarlata. Sus largas piernas se extendían mitad en la negra bata y mitad en las sábanas rojas. Sólo un pequeño ribete de piel cubría sus caderas.

Richard seguía a su lado. Estaban en posiciones casi idénticas, excepto que la cabeza de Richard estaba apuntando hacia la puerta, y Jean-Claude estaba atravesado.

—Esto no es justo —dije—. No ambos, no al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*? —Sin embargo, parecía demasiado satisfecho de sí mismo para realmente tener que preguntar.

—Eres un cabrón, ya lo sabes.

—No sabía nada, pero uno vive con la esperanza.

Tenía problemas para respirar, o mejor respirar cómodamente. Moví la cabeza, y la toalla empezó a desenrollarse. La cogí, y me quedé con ella en las manos. La tela estaba húmeda y fría. Estaba temblando, pero sólo parcialmente con el pelo mojado deslizándose por mi cuello.

—Richard, estás poniendo tus zapatos en las sábanas de seda. ¿Nadie te ha enseñado que no se ponen las botas en la seda? —Ni siquiera intentó hacer que sonara real, se estaba burlando, pero no era de Richard de quien se estaba riendo.

Richard se sentó, metiendo con encanto los músculos de su estómago, puso un pie en los pantalones y empezó a desabrocharse las botas. No me miraba mientras lo hacía, pero sabía que le estaba contemplando.

Tenía que irme ahora. Realmente lo necesitaba. Lo sabía, pero todavía estaba allí de pie, cuando Richard tiró su primera bota al suelo. El sonido me hizo saltar.

Me miró mientras se quitaba la otra bota, o me vio mirarle. Me sentí como uno de esos pajaritos que dicen que se quedan fascinados con los movimientos de la serpiente. Tan bonita, tan sinuosa, tan peligrosa. Tan solo se había quitado los zapatos, maldita sea. No debería significar demasiado para mí, maldita sea, ni para nadie.

Cuando las dos botas fueron tiradas al suelo, se quitó los calcetines

gruesos, sin ayuda de nadie. Se tumbó en la cama boca abajo con los pies desnudos sobre las sábanas. Me miró por encima del hombro con un mechón de pelo rizado alrededor de sus ojos. Su mirada transmitía simultáneamente timidez y sabiduría. Como un ángel caído, la inocencia y la promesa de pecado, todo en una sola mirada. Era una mirada muy buena.

Era una mirada que jamás hubiera pensado ver en la cara de Richard. No parecía realmente suya.

—¿Cuánto de esto es tuyo, Richard, y cuánto es de él?

Se tumbó en la seda y rodó sobre su espalda en un movimiento que fue canino y felino, al mismo tiempo. O tal vez prejuizo que los perros no se mueven con la misma fluida gracia cuando se retuercen sobre sus espaldas. Estiró los brazos sobre su cabeza, estiró todo su largo cuerpo desde los pies hasta la punta de los dedos, se estiró hasta que su cuerpo se estremeció con el esfuerzo, luego se relajó en la cama. Puso sus manos sobre su estómago y me sonrió con la misma mezcla de pecado inocente.

—No estoy seguro —dijo con una voz más ronca de lo que debería haber sido antes.

—¿Eso no te asusta? —pregunté, con la voz entrecortada ahora por una razón diferente.

Richard frunció el ceño, solo un poco entre sus ojos marrón oscuro. Luego sacudió la cabeza.

—No tengo miedo, de hecho me siento más tranquilo de lo que me he sentido en días.

Miró a Jean-Claude, que se había echado de espaldas contra el montón de almohadas para que el carmesí de las sábanas enmarcara perfectamente sus rizos negros.

—Oh, deja de ser tan condenadamente pintoresco. La estás confundiendo.

—No realmente.

—¿Qué significa «no realmente»?

—Quiero decir que no tenía intención de hacerlo. Todavía me estoy acostumbrando a este nuevo nivel de poder, *ma petite*. Estaba preocupado por ti hace un rato. Tenía miedo de lo que pudiera suceder con Nathaniel y Damian. Pensé que me gustaría que no temieras tanto a Nathaniel y a lo que quiere de ti. Te juro que es todo lo que pensé, nada más, pero creo que hoy has cruzado varias líneas con él que juraste que nunca cruzarías.

—¿Estás diciendo que me obligaste a hacerlo?

—No, *ma petite*. Estoy diciendo que deseaba que tuvieras menos miedo de lo que querías, y lo hiciste. No me di cuenta de que podía influirte, hasta hace apenas un momento, cuando simplemente pensaba que desearía que Richard no tuviera tanto miedo de lo que quería, y ya no lo tiene.

—¿Has oído todo eso, Richard? Está usando poderes vampíricos en ti. Richard me dirigió una sonrisa perezosa.

—Me siento más tranquilo, con menos miedo, menos conflictivo. No me había dado cuenta de lo mal que me sentía hasta ahora.

—Bien, me temo que es suficiente para nosotros, si realmente jugaste conmigo hoy, entonces ¿por qué estoy a punto de salir de esta habitación?

—Pensé que sólo quería que tuvieras menos miedo de lo que querías de Nathaniel, y de lo que Nathaniel quería de ti. No fui tan específico con nuestro Richard.

—Uno se pregunta si ha funcionado la primera vez, así que lo intentas de nuevo, y *voilà*, obtienes la evidencia empírica, puesto que funcionó dos veces.

—Tal vez, o tal vez no es más que una coincidencia. Nos tomará semanas o meses, descifrar lo que es verdadero poder y lo que no es más que ponernos todos de acuerdo.

No me gustaba como sonaba, en absoluto.

—No puedo hacer esto.

—¿Y por qué no? —preguntó Jean-Claude.

—Porque una vez hubiera dado casi cualquier cosa por teneros a los dos así. Necesito saber qué significa esto.

Richard se incorporó lo suficiente como para sostenerse en los codos.

—Tú misma lo has dicho, Anita, ya estás saliendo con Jean-Claude y con Asher, y vives con Micah y Nathaniel. Has dicho que el pensamiento de tener un hombre a cada lado es aburrido para ti. ¿Qué significa un par más?

Miré a Jean-Claude.

—¿Le tienes metida alguna mano metafísica por el culo, como si fuera una especie de muñeco ventrílocuo? Porque eso no suena a él. Eso suena a ti.

—No hables con él, cuando quieres hablar conmigo —dijo Richard. Se sentó, y la sonrisa somnolienta había desaparecido—. ¿Y qué si me molesta que estés con Micah y Nathaniel y Jean-Claude y Asher? Claro que sí. ¿Te molesta que esté con Clair y media docena de mujeres más de la manada?

—Me miró cuando lo dijo. Miré hacia atrás. Finalmente dijo—: Esa es la cuestión, Anita, ¿puedes responderme?

—Sí, me molestó ver a Clair, y conocer a tu novia por primera vez, mientras estaba desnuda. Sí, eso fue un regalo especial. Trato de saber tan poco sobre tu vida íntima con las damas de tu manada como me es posible, así como del resto, no sé nada.

—Me di cuenta de lo mucho que me querías antes en tu casa, y sabes lo que siento por ti. Así que no finjamos más en eso.

No sabía que estuviéramos fingiendo, pero no lo dije en voz alta.

—No sé qué quieres decir con eso, Richard.

—Eso significa que ambos queremos ser capaces de tocarnos de nuevo. Te tiraste a Byron, por el amor de Dios. ¿Por qué te parece bien lo que hiciste con él, y no esto... nuestro? —Hizo un gesto abarcando toda la cama. No creo que el —nuestro— significara él y yo. Por primera vez, estaba bastante segura de que Richard se refería a él y a Jean-Claude.

Apreté la toalla fría y traté de decir algo que tuviera sentido.

—Yo no... —cambia eso—... Byron fue una alimentación de emergencia. Una vez, pensé que tú y yo íbamos a ser el uno para el otro. Cuando me dejaste, me destrozaste. Para mí, tocarte todavía no es como tocar a cualquier otra persona.

—Siento lo mismo. Sabes que es así —dijo.

—Sé que me quieres, pero también sé que te avergonzarás más tarde. Cuando Jean-Claude no esté para calmar tus temores, te ahogarás en ellos de nuevo. —Me reí—. Dios, por primera vez entiendo lo que Asher quería decir sobre mí y el *ardeur*. No quiero que esto sea un buen momento ahora, luego volveremos a estar disgustados unos con otros. No podría soportarlo. —Ésa era la verdad. Por primera vez atisbé por qué algunas personas tienen relaciones sexuales con personas que no les importan. Si no te importa, y va muy mal, no es tan importante.

—No quiero que discutamos, Anita. De verdad que no. —Rodó hasta el borde de la cama y se levantó. Una docena o más de velas pintaron la parte superior de su cuerpo en claroscuro. Echaba de menos su espeso pelo cayendo sobre sus hombros, pero todavía era Richard. Todavía era el hombre que había estado más cerca de hacerme intentar la valla de madera, y los dos niños y medio—. Sigues necesitando comer al menos una vez al día.

El cambio de tema fue demasiado rápido para mí. Me apreté contra la

puerta, de modo que el pomo estuviera al alcance. Si tenía que salir corriendo, quería golpear la puerta, no la pared.

—Sí, aunque descubrí que me puedo alimentar en forma humana, y volver a alimentarme con forma animal, y es como dos alimentaciones diferentes.

Jean-Claude se arrastró más cerca del borde de la cama, la ropa más bien enmarcaba su cuerpo como lencería que no ocultaba nada.

—Así pues, en efecto, ahora haces cuatro comidas al día, ¿no?

—Más o menos, ahora Nathaniel y yo estimamos que necesito calmar el *ardeur* cada seis horas, o empiezo a drenar la energía vital de Damian. Ya que no puedo alimentarme de la misma persona cada día, me quedo con hambre.

—Puede que nos deje, como dices, con hambre, incluso por la noche. Habías luchado para hacer las tomas cada doce horas.

—No sé, Jean-Claude, pero me parece que necesito alimentarme con más frecuencia.

—Sois la energía para el nuevo triunvirato. Se necesita energía para mantenerlo.

Richard se volvió y miró al otro hombre.

—¿Estás diciendo que Anita y yo drenemos energía de ti? —Se giró hacia mí antes de responder, y la mirada en su rostro dijo que no estaba contento con el espectáculo que Jean-Claude estaba montando.

—No exactamente, pero de una manera, *oui*. Todo poder tiene un precio, Richard, y el precio puede ser alto.

—Creo que hasta que entienda cómo se distribuye el poder entre nosotros tres, será cada seis horas. No había pensado que sólo tú y Asher me alimentarais por la noche. Mierda —dije esto último con sentimiento.

—Tienes a Damian ahora —dijo Richard—. ¿Tres no son suficiente?

Le miré, tratando de ver si estaba celoso, o enfadado, pero parecía que sólo había constatado un hecho.

—No sé, tal vez.

—Confiaba en que *ma petite* controlara lo que pudiera —dijo Jean-Claude, casi desde el final de la cama, la bata deslizándose sobre la parte superior de su cuerpo hasta que casi todo lo que estaba por encima del aún atado cinturón quedó desnudo a la luz. Había algo en la forma en que su cuerpo atrapaba las llamas, brillante y pálido, casi irreal, como si fuera una especie de obra de arte viviente, que uno quisiera tocar y se desvanecería,

demasiado hermoso para ser real.

Richard chasqueó los dedos y el ruido seco atrajo mi atención de nuevo a él. Tenía el ceño fruncido.

—¿De verdad me estás rechazando?

Ésta fue una pregunta muy difícil para mí. Cerré los ojos por lo que no podía ver a ninguno de ellos.

—No exactamente, pero necesito saber qué esperar, Richard. Necesito saber qué cambia esto.

—Cada tres días o así, voy a tu casa, y alimentas el *ardeur*.

Abrí los ojos entonces.

—Sólo un poco de sexo, y eso es todo.

—¿Qué quieres de mí, Anita?

Empujé la puerta, porque me estaba enfadando.

—Nada de citas, tan solo compañeros de sexo, ¿es eso?

—Ahora vives con dos hombres, no me parece que haya espacio para mí en tu vida.

Lo que quería decir fue que si tan solo podía follarme y nada más, entonces nunca estuvimos realmente enamorados. Lo que dije en voz alta fue.

—No añoro tan solo el sexo, Richard. Echo de menos los maratones de películas del fin de semana. Echo de menos ir a lugares contigo. Te echo de menos a ti, no sólo a tu cuerpo, Richard. —Estuve a punto de guardar la siguiente parte para mí, pero tenía que saberlo. Ya era hora—. ¿Me echas de menos, Richard, o simplemente extrañas mi cuerpo?

Me las arreglé para que sonara neutral, muy neutral. Puntos brownie para mí.

Miró hacia abajo, y las emociones lucharon en su cara. Su poder estalló como un viento caliente, luego se calmó. Cuando me miró, había dolor e ira en sus ojos.

—Tú eres quien lo dijo primero, Anita. Nosotros no funcionamos con exclusividad, como los demás. Estoy trabajando duro para aceptar mi vida tal como es, pero no puedo vivir como tú. Todavía quiero a una mujer como mi compañera para siempre. Todavía quiero casarme, y tal vez tener niños. Quiero una vida, Anita. Ahora sé que no puedo tener lo que quiero contigo. —Se extendió hacia mí, entonces sus manos se cerraron en puños—. Pero te extraño. No sólo el sexo. Echo de menos tu olor en mi almohada, en mi piel. Te debo una disculpa. Cuando todo sucedió en

Tennessee, primero culpé a mi bestia, después te culpé. Me llevó seis semanas de terapia ver que estaba enfadado contigo por salvar a mi madre y a mi hermano cuando yo no pude hacerlo.

—Hubieras dado tu vida para salvarles —dije.

—Sí, pero entonces estaríamos todos muertos. —No era tan solo dolor lo que había en sus ojos, sino angustia. El tipo de emoción que te come y te escupe de vuelta—. Hiciste cosas horribles, Anita, cosas horribles para averiguar dónde estaban a tiempo. Torturaste a un hombre hasta obtener la información. Yo no podría haber hecho eso. Yo no habría dejado a nadie hacerlo delante de mí. No fue sólo que les salvaras y no yo, fue enterarme de todo lo sucedido, darme cuenta de que incluso si hubiera estado ahí contigo habrían muerto. Mi madre y Daniel habrían muerto porque no te hubiera dejado hacer lo necesario para salvarles.

Me limité a mirarle, porque no podía pensar en nada bueno que decir. No me sentía orgullosa de lo que había hecho en Tennessee, no de todo por lo menos, pero no me arrepentía de ello, porque para salvar a Charlotte y Daniel, lo habría hecho peor. Mi único lamento era que no había podido llegar antes de que fueran violados y torturados. Me iría a la tumba lamentando esa parte, porque había visto a Charlotte llorar en su cocina. Decía:

—No sé por qué estoy llorando. Es muy tonto.

—No era tonto, y le recomendé un buen terapeuta que conocía. El que por regla general recomendaba a la gente que iba a unirse a la Iglesia de la Vida Eterna, como miembro permanente.

—Tú eres el Bolverk de mi manada. El malhechor, el que hace lo que el Ulfric no hará o no puede hacer. Raina era el Bolverk de Marcus.

—Sí —dije. Vaya, podía hablar, pero todavía no tenía nada que decir.

—Quiero la cerca blanca, Anita, y sé que tú no.

—No es que no la quiera, Richard, es que es demasiado tarde para mí. Mi vida no cabrá en ese cuadro.

Asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, y quizá la mía tampoco, pero quiero probar. Hay Ulfrics que tienen una esposa y una familia separada de la manada. He estado tratando de encontrar una nueva lupa para la manada, pero nadie da la talla. Nadie eres tú.

Volvía a no saber qué decir, así que no dije nada. Raramente he tenido problemas manteniendo la boca cerrada.

—Creo que la razón de que tu bestia esté fuera de control hoy es que has estado pasando mucho tiempo con un solo animal. Creo que si tienes contacto personal con algo más que los leopardos tú bestia volverá a ser amorfa, más metafísica que física. Quiero tu permiso para enviar a algunos de los lobos a dormir contigo.

—Richard...

—No quiero decir follar con ellos, sino dormir con ellos. O lleva algunos hombres rata a casa, toma un animal, pero si tu poder sólo afecta a los leopardos, pensará que es un leopardo.

—¿Y tú eres uno de los lobos que se pasará por allí? —No podía evitar la ironía y la infelicidad en mi voz.

—No quiero algo casual, Anita. Quiero que seas nuestra lupa. Trae a los leopardos contigo y podremos cazar juntos cuando haya luna llena.

—Ser tu lupa, qué significa, ¿qué cambia?

—Seríamos pareja en la comunidad licántropo. Tendría más contacto con mis lobos aparte de las situaciones de crisis. Micah ha estado realmente ocupado ayudando a todo el mundo. Necesitamos al menos una persona a tiempo completo en la línea caliente. Ha estado trabajando como un esclavo.

—No sabía que le hubieras estado siguiendo la pista.

—Estoy tratando de prestar atención, Anita. Estoy tratando de ver lo que pasa, no lo que quiero que pase. No podría compartirme como Micah te comparte con Nathaniel, no todos los días, todas las noches. No creo que pudiera tolerar tus citas con Jean-Claude y Ahser. Ciertamente, no sería capaz de jugar periódicamente al donante de sangre como hacen Micah y Nathaniel.

Parpadeé, porque se trataba de una charla que nunca pensé que fuera a tener con Richard. Era demasiado lógico.

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho en esta última parte. Pero eso no cambia nada, ¿verdad?

—Sentí el poder de tu triunvirato con Damian y Nathaniel. Damian no es un maestro, y Nathaniel no es Nimir-Raj, pero los tres juntos sois una asombrosa cantidad de energía. ¿Qué pasaría con nosotros, nosotros tres, si hiciéramos esto bien? ¿Si hiciéramos esto de la forma en que debía hacerse?

—Eso no suena a ti —dije.

—¿Dime que no has pensado en esto desde que hiciste el otro

triunvirato?

No podía con honestidad, así que no lo intenté.

—Sentí lo que Jean-Claude y yo pudimos hacer en su club, cuando Primo perdió el control. Sentí lo que Jean-Claude podía hacer cuando le dejé saciar el *ardeur* de una forma que era casi una alimentación completa con otras mujeres. Así que, sí, de alguna forma he pensado en ello.

—Tú lo has dicho, Anita, no tenemos suficientes soldados. Tenemos que parecer fuertes y no sólo a causa de los vampiros que pueden querer este territorio. Nuestra manada tiene una mala reputación, gracias a mí, y a Raina y a Marcus antes que yo. Mi reputación es una mierda entre los otros Ulfrics. Creen que soy débil, y han venido exploradores de otros territorios demasiados dominantes y poca tierra. Hasta ahora, nuestra manada está tan jodida que se van sin plantear un desafío. Nadie quiere el lío que he hecho con él. Pero si consiguiera un mejor dominio sobre mis lobos, la situación podría cambiar. Si pudiéramos unirnos todos de la manera en que tú y Jean-Claude lo hicisteis anoche, si fuéramos realmente un triunvirato de poder, nadie nos tocaría, Anita, nadie se atrevería.

Fue casi una cita exacta de algo que había pensado antes. Miré a Jean-Claude.

—Estamos repitiendo lo que has estado pensando durante meses, ¿no?

Encogí los hermosos hombros desnudos.

—*Oui*, pero no puse los pensamientos ahí, *ma petite*. Creo que ambos habéis llegado a la misma conclusión, al mismo tiempo. ¿Es eso tan difícil de creer?

—No sé —dije, y estaba cansada. Cansada de juegos, cansada de hacer daño, cansada de tener miedo.

Richard se tumbó en la cama, una rodilla flexionada, la otra extendida, de modo que parecía endiabladamente atractivo contra las sábanas rojas.

—Tengo miedo de nuevo, Anita. No quiero que todo lo que hemos construido arda, porque estamos locos el uno por el otro. Deja que Jean-Claude me quite el miedo. Es muy agradable.

Miré más allá de él al vampiro que todavía estaba envuelto en las almohadas.

—¿Te retiraste de su mente?

—No, *ma petite*, simplemente luchó, un poco, y fui expulsado. Ambos tenéis el poder de echarme si lo deseáis.

—No quiero hacerlo —dijo Richard, y la sonrisa regresó. Se sentía

perezoso, y somnoliento, y tenía los ojos llenos de esa sabia inocencia otra vez. Me di cuenta en ese momento de que no era la mirada de Jean-Claude, era Richard si no tuviera miedo, o ira, o dudas. Era lo que él podría ser si no actuara a su manera todo el rato.

—*Ma petite*. —Jean-Claude levantó su mano hacia mí—. Únete a nosotros.

Sacudí la cabeza.

Richard se acercó a mí, también.

—Lo deseas, sabes que lo deseas.

—Mi vida está tan cercana a funcionar como siempre lo ha estado, no quiero estropearlo todo.

—No te ofrezco volver a lo que teníamos, Anita. Entiendo que eso no funcionaría. Eres más dura y más cruel de lo que yo seré nunca, y puedo dejar que seas así, pero no si eres mi única compañera. Necesito un poco de distancia de lo peor de todo, así soy capaz de fingir un poco. No mucho, pero lo suficiente como para no perder la cabeza. —Se echó hacia atrás hasta que su cabeza se apoyó en Jean-Claude. Jean-Claude era todo piel negra y terciopelo contra la piel blanca. Su pelo desparramado alrededor de la parte superior del cuerpo desnudo como un sueño oscuro. Volvió la cabeza para poder mirar a Richard tendido. Richard era todo bronceado y pantalones vaqueros, y parecía arder por lo vivo que estaba. Parecía que hubieran salido de dos películas porno muy diferentes.

Jean-Claude me miró con una petición en sus ojos. Sin mediar palabra, pidió:

—Por favor, *ma petite*, por favor no estropees esto.

—Sin cuarta marca —dije.

—De acuerdo —dijo Jean-Claude.

—Por ahora —dijo Richard.

Le miré.

—En este momento un montón de cosas parecen una buena idea. No, no frunzas el ceño, Anita, si alguna pequeña magia de vampiro puede aligerar mi ansiedad, estoy de acuerdo. Funciona mejor que las pastillas que el médico me dio.

—El metabolismo licántropo es demasiado rápido para que trabajen la mayoría de los medicamentos —dije.

—Ya lo sé —dijo Richard, y levantó la cabeza lo suficiente para descansarla directamente sobre la espalda desnuda de Jean-Claude.

Probablemente no pudo ver la cara de Jean-Claude cuando el grueso cabello le tocó la piel. Probablemente no le habría gustado un hombre que tuviera ese aspecto a causa de él.

—Ven, *ma petite*, seamos por fin un triunvirato auténtico. Se lupa en algo más que en el nombre para Richard y su manada. Mantén tus asuntos cotidianos como están, pero deja a Richard visitarte.

—Mientras sigue buscando a la Sra. Adecuada entre la población humana.

—Tendrás a tus hombres, y el tendrá a su mujer. Es justo, *ma petite*.

No estaba segura de cómo me sentía acerca de esa justicia.

—No sé cómo me siento con todo esto, alguna veces genial, pero otras, no sé si seré capaz de vivir así.

—Pero tenemos que intentarlo —dijo Jean-Claude.

Richard me tendió la mano.

—Anita, por favor, por favor, si te vas, sabes que no me voy a quedar. Puedes dejar que Jean-Claude se acerque sin que yo esté ahí para protegerte, pero necesito que me ayudes. —Empujó con las rodillas y me tendió la mano—. Por favor, Anita, prometo no huir, no importa lo oscuras que sean mis fantasías.

—¿Sólo la alimentación de Jean-Claude y algunas bofetadas y cosquillas? —pregunté, y no podía dejar de sonar sospechosa.

Richard miró hacia atrás, y él y Jean-Claude tuvieron uno de esos raros momentos de chicos. Las miradas que intercambiaron dijeron claramente que eso no era lo que tenían en mente. Jean-Claude dijo con voz suave.

—Si eso es todo lo que deseas de nosotros, podemos limitarnos nosotros mismos.

Cerré los ojos. ¿Era eso todo lo que quería de ellos? No. ¿Era eso todo lo que podía soportar ahora mismo? Quizás. Era una oferta maravillosa. Parecía arreglar la mayoría de los problemas que se habían planteado con el nuevo poder, ¿por qué dudaba todavía?

—¿Sabes? Encontrar una esposa que esté de acuerdo en que duermas con otra mujer no va a ser fácil.

—Nada que valga la pena es fácil —dijo Richard—, y tal vez encontraré que la cerca blanca tampoco es para mí, después de todo. Todo lo que sé es que ahora, justo en este momento, sé lo que quiero, y lo que quiero eres tú.

Muchas mujeres hubieran corrido hacía él, le hubieran abrazado, y

hubieran dicho algo como:

—Oh, Richard. —Pero yo no. Lo que pensaba era que si Clair había sido su polvete, no estaría aquí ahora. No me querría a mí, ahora. Tiré la toalla al suelo y sacudí la cabeza—. No estoy segura de que esta sea una buena idea.

Richard seguía tendiendo su mano hacia mí.

—Ni yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué estamos haciéndolo de nuevo?

—Porque queremos.

—No parece una razón suficiente. —Pero me movía, lentamente, hacia la cama.

—Porque cuando estoy cerca de ti, todo lo que puedo pensar es en el olor de tu piel, y la forma en que tu pelo se extiende como espuma negra en las almohadas. Porque cuando estoy cerca de ti, todo lo que puedo recordar es cómo se siente tu cuerpo contra el mío. Tengo que ser un bastardo contigo para no echarme a tus pies y rogarte que me aceptes de nuevo. Decirte que no era a ti a quien odiaba. Que era a mí, y que siento haberlo pagado contigo. Lo siento más de lo que puedo expresar. Que tuviste la valentía de construirte una vida que funcionara, independientemente de lo alejada que esa vida estuviera de donde te hubiera gustado estar. Ayúdame a tener la valentía de hacer lo mismo, Anita. Ayúdame a ser lo que soy. — Movié las manos un poco más cerca de las mías. Sus dedos rozaron los míos. Creo que me hubiera apartado cuando la piel roza algo tan caliente que quema. Pero me agarró las manos, las envolvió en el calor de sus manos. Sus manos que eran mucho más grandes que las mías, de forma que podía ocultar mis manos en las suyas, como si fuera un niño. Realmente nunca me había gustado eso de Richard. Era mucho más grande que yo y, a veces, me sentía abrumada. Como ahora.

Lo que había aprendido hacía mucho tiempo era que si algo parecía demasiado bueno para ser verdad, lo era. Si alguien te promete todo lo que tu corazón desea, te miente.

Me rodeó con sus brazos, de modo que la parte delantera de mi cuerpo se apretaba contra él. Enterró la cara contra mi pecho, todavía cubierto por sedas, pero el peso de su rostro contra mí me hizo cerrar los ojos, y cuando los abrí, miraba a Jean-Claude. Él no miraba la espalda desnuda de Richard, sino a mí, a mi cara. Le vi tener miedo. Tener miedo de que dijera que no.

Richard frotó su cara contra la seda, y su respiración traspasó la tela como algo que debería quemar, pero no lo hacía. Me hizo temblar como si tuviera frío, pero dentro del círculo de sus brazos con su aliento caliente sobre mi piel, me sentí como si nunca pudiera volver a tener frío. No podía dejar de acariciar su pelo. Demasiado corto, pero espeso y pesado, y sólo... Richard.

Jean-Claude estaba de rodillas. No levantó las manos, pero en su cara podía leerse la palabra por favor, en sus ojos. Su voz susurró en mi cabeza:

—*Ma petite*, ponemos en peligro a todos los que dependen de nosotros por esta vacilación. Todo lo que hemos trabajado tan duro para construir cuelga de un hilo en el próximo reto a mi poder, o al de Richard. Si no abrazamos nuestro poder como un triunvirato, llegará una noche en que alguien nos barrerá. Lo peor que podría suceder es que Richard no pueda llegar a tu cama, y entonces ya no vaya más, o que pueda crecer el descontento con Micah y Nathaniel. Lo peor es que estemos muertos, y nuestro pueblo esté a merced de otros que no los amen. —Me tendió la mano—. Ven con nosotros, *ma petite*, ven a nosotros, y construyamos una fortaleza en la cual nuestro pueblo, todo nuestro pueblo, pueda estar seguro. —Eso último lo dijo en voz alta.

Richard levantó la cara lo suficiente como para mirar la línea de mi cuerpo.

—Por favor, Anita, no castigues a todo el mundo porque haya sido un hijo de puta.

Jean-Claude estaba tan cerca que hubiera podido haberle tomado la mano, mientras Richard todavía me tenía entre sus brazos.

—Por favor, *ma petite*, si hay alguna palabra o algo que te haga decidirte, la diré o lo haré. Dime solamente qué decir o qué hacer, y es tuyo.

Tomé un montón de aire, lo solté lentamente. Extendí la mano y dejé que sus dedos acariciaran mi piel. Se acercó un centímetro más para poder tomarme la mano, y ese fue el hecho. Tomó mi mano, y supe que nada de lo que había susurrado en mi cabeza era mentira. ¿Qué podría hacer para mantener mis leopardos seguros? Cualquier cosa. ¿Qué podría hacer para deshacer el daño que Richard había hecho a sus lobos? Casi nada. ¿Qué podría hacer para evitar que los vampiros de Jean-Claude estuvieran a merced de maestros como Belle Morte? Cualquier cosa.

Una noche metafísica, o no tan metafísica, sexo, con un hombre al que

amaba y otro hombre que rompió mi corazón, así que debía ser que le amaba también o no hubiera podido hacerlo, parecería un precio bajo. O tal vez sólo quería estar con ellos dos en una cama por primera vez. Sí, la primera vez, a pesar de todos los rumores. Tal vez temía no volver a tener nunca la oportunidad, y simplemente no quería ser la que dijera que no. Quizás.



CINCUENTA Y OCHO

Nos quedamos en la esquina de la cama, como si no hubiera más cama por utilizar. Todavía no estaba segura de que fuera una buena idea. Creo que Richard se sentía incómodo en la cama con Jean-Claude. Jean-Claude era solo paciente, ganando tiempo, porque sabía que si presionaba, uno de nosotros se largaría. Cuando la boca de Richard encontró primero la mía, y bebí de su sabor como una adicción casi olvidada, pensé que sería la única en salir corriendo hacia las colinas. Pero la tercera vez que Richard hizo una mueca cuando Jean-Claude rozó su espalda desnuda, me puse a pensar que no sería yo la que jodiera esto.

Maldijo en francés, y luego dijo en inglés:

—He puesto mi mano sobre tu hombro para no perder el equilibrio, nada más. Estás actuando como si yo fuera a por tu virtud. Te aseguro que estoy tras la virtud de *ma petite*, no de la tuya.

Richard suspiró y miró hacia abajo de manera que incluso sentada en su

regazo no pude verle la cara.

—Sigues tocándome.

Jean-Claude hizo un sonido bajo en la garganta.

—¿Cómo voy a tocarla, si está en tu regazo, en tus brazos, besándote, sin al menos rozaras tu cuerpo con el mío? No soy un mago que pueda compartir a una mujer con otro hombre y en ningún caso tocar el cuerpo del otro hombre.

—Confía en mí, no ha estado haciendo mucho más que sujetarme —dije. Toqué la barbilla de Richard, y me dejó levantar su cara hacía mí. Examiné aquellos sólidos ojos marrones, y todo lo que vi fue dolor, confusión—. ¿Qué está mal? Tú eras el que estaba totalmente caliente por esto. Me hablaste de ello, ¿recuerdas?

—Lo siento —dijo. Presionó la frente en mi hombro—. Lo siento —dijo de nuevo.

Jean-Claude y yo nos miramos uno al otro por encima de su cabeza inclinada. Le pregunté con mi expresión, ¿qué diablos está pasando?

—Dinos lo que está mal, *mon ami*, e intentaremos ayudar.

—La última vez que estuve en una cama con otro hombre y una mujer, eran Raina y Gabriel.

Sabía que Raina había sido su primera amante, pero que alguna vez había dejado a Gabriel tocarlo, eso no lo sabía. Estaba tan sorprendida que me alegré de que no pudiera ver mi cara. Raina había sido bastante mala, pero los dos, al mismo tiempo. Mierda, mierda, mierda.

La munin de Raina solía ser tranquila detrás de sus barras de jaula metafísica, pero mi reacción le dio una pequeña abertura. Raina se había comportado durante tanto tiempo, que me pilló con la guardia baja. Me hizo un poco menos rápida para aplastarla haciéndola retroceder, y protegernos a todos. O tal vez fue el hecho de que estaba tocando a uno de su manada, que ella conocía en todos los sentidos.

Vi a Gabriel como un fantasma en tcnicolor, con sus rizos negros el tiempo suficiente para contactar sus ojos gris pálido de leopardo. El anillo de plata a través de su pezón brillaba a la luz de la lámpara. Estaba recostada en medio de una gran cama, y Gabriel se arrastraba de un lado, y Richard se arrastraba desde el otro, ambos se movían con ese movimiento agraciado, como si tuvieran músculos en lugares que los humanos no. Era un joven Richard, menos musculoso, la cara un poco menos segura de sí mismo, su corte de pelo limpio y ordenado. Richard cuando tenía veinte

años, antes de que le conociera. Su rostro tan abierto, ansioso, riendo. Le habíamos dicho que era un juego. Raina quería tener dos hombres que la castigaran. Un poco de fantasía de violación entre amigos.

Él inmovilizó mis muñecas, sus muñecas, y como solicitó, no hubo juego amoroso. Se suponía que iba a ser difícil. Pude ver a través de sus ojos, mientras miraba a Gabriel llegar detrás de la espalda de Richard. Era una fantasía de violación, está bien, pero Raina no era la víctima.

Richard gritó y se puso de pie, arrojándome al suelo. Dio dos pasos temblando, y se desplomó de rodillas. Algo de lo que el munin de Raina había hecho, había derribado sus escudos. Yo no estaba recuperando sus recuerdos, sólo su reacción al mismo. La vergüenza, la ira, la rabia. Tuve una breve visión de Gabriel y él luchando. No forcejeando, sino dándose una paliza terrible el uno al otro. Los dos desnudos, manchándose de sangre uno con otro. Raina observaba desde la cama, su boca húmeda, su lengua jugando a lo largo de sus labios, disfrutando del espectáculo.

Richard trató de escudarse, pero no pudo. Era como si las emociones lo hubieran despojado de sus escudos. Fue el fresco toque de Jean-Claude en mi cabeza lo que lo cerró. Protegió a Richard de mí, y creo que de sí mismo. Él le devolvió la ropa metafísica, para que no quedara expuesto ante nosotros.

—Yo también tengo mis recuerdos de Gabriel —dijo Jean-Claude, su voz era suave.

Los dos lo miramos. Richard dijo:

—¿Tú, y Gabriel? —La expresión de su rostro mostraba su repugnancia.

—No por elección. Fue su precio para convencer a Marcus de que debería seguir aliado conmigo.

—¿Una noche con los dos? —pregunté.

Jean-Claude asintió con la cabeza.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Richard—, ¿antes, sabías para que te querían?

Asintió de nuevo.

—Negocié esa noche tan completamente como cualquier noche para la que alguna vez he negociado.

Richard seguía de rodillas en el suelo. Miró de nuevo a Jean-Claude.

—¿Y lo sabías? Sabías que ella quería ver a Gabriel... ¿verdad?

—Ella quería muchas cosas, pero en esa fue en la que ella fue más

firme.

—¿Cómo pudiste dejarle hacer eso? —Apareció una expresión extraña sobre el rostro de Richard—. Oh, pero no te importa. Te gustan los hombres.

La cara de Jean-Claude se quedó en blanco, escondiéndolo.

—En realidad, sí, realmente me importaba. Me importaba muchísimo, pero este era uno de los puntos que Raina no dejaría. Ella quería ciertas cosas, y ese era uno de ellos. —Levantó su bata sobre los hombros como si tuviera frío, y no nos miró a ninguno—. Hablé con ella de muchas cosas que me habrían dolido mucho más.

—No disfrutaste de ello —dijo Richard.

Jean-Claude le asestó una mirada, semejante mirada. Esta envió el poder del vampiro como agua fresca a través de la habitación.

—Violación es violación, Richard. ¿Es una mujer menos violada porque le gustan los hombres? Esa es la pregunta, Richard.

—No, por supuesto que no —dijo.

—Entonces, ¿por qué es menos violación para un hombre que le gustan los hombres ser violado por otro hombre?

Richard apartó la mirada.

Me quedé sentada en el suelo sin saber qué decir, o a quien consolar, o incluso cómo empezar a consolar.

—No sabía nada de esto.

—Mi trato con Raina se basó en que no fuera conocido. Habría perjudicado mi autoridad, eso habría derrotado el propósito de la negociación.

Me levanté del suelo y me dirigí hacia Jean-Claude. Le tendí la mano, con cierto miedo de que se alejara. Nadie es bueno con este tipo de dolor, pero los hombres parecen especialmente malos en eso. Creo que es porque tienen dificultades para pensar en sí mismos como víctimas potenciales. Las mujeres crecemos con la posibilidad. La mayoría de nosotras entendemos desde una edad temprana que no somos las más grandes o las más fuertes. Es por eso que cuando las mujeres pelean, pelean sucio, algo tiene que compensar la falta de fuerza de la parte superior del cuerpo.

Le toqué el rostro y me dio una hermosa mirada en blanco. Como si fuera una pintura que tenía el trazo, color, y la belleza, pero no la vida, como si revelar los secretos pateara algo precioso lejos de él.

—Lo siento —dije, en voz baja.

Sonrió, y un poco de tensión lo abandonó, y algo en él empezó a filtrarse de nuevo en sus ojos.

—Pensé que podrías estar molesta, encontrarme como mercancía manchada.

Levanté las cejas a eso.

—Uno nunca culpa a la víctima, Jean-Claude. ¿No sabes eso a estas alturas?

Sonrió un poco más y puso su cara en mi mano.

—Nunca te he dado las gracias por haber matado a esos dos.

—Ellos estaban tratando de matarme en ese momento, y filmar eso en una película sangrienta. Confía en mí, fue un placer liquidarlos a ambos.

Richard se levantó y vino a pararse cerca de nosotros, justo fuera a un cómodo alcance.

—Esa noche fue por la que rompí con Raina. —Él se rió, y me pareció amarga, como si se ahogara en ella—. Romper, Dios, eso suena tan de secundaria. Gabriel y yo casi nos golpeamos hasta la muerte, mientras ella observaba. —Estaba sacudiendo la cabeza, e incluso con el pelo apenas crecido, ya era más largo de lo que recordé. Me pregunté si esa era una de las razones por lo que lo tenía largo, así le ayudaría a sentirse diferente.

—Puedo encontrar otro alimento —dijo Jean-Claude—. No tienes que hacer nada con lo que no estés cómodo.

Richard nos miró, mi mano todavía en el rostro de Jean Claude.

—Lo que dije antes sigue siendo cierto. Necesitamos que nosotros tres seamos tan cercanos como lo estáis vosotros dos.

—No creo que estés listo para hacer lo que es necesario para esa unión —dijo Jean-Claude.

—¿Que se necesita, exactamente? —preguntó.

Jean-Claude se humedeció los labios.

—Esto es magia, no ciencia. En realidad no estoy seguro. Podríamos hacer la cuarta marca, la que sé hacer, pero lo que pasó en el club la noche anterior no fue la cuarta marca. Fue como si *ma petite* se deslizara dentro de mí. Nos unimos como nunca antes, y nos hizo increíblemente poderosos.

—¿Cómo funciona?

—Nos tocamos.

—Estábamos en medio de una crisis de proporciones policiales —dije.

—*Oui*, pero creo que va a funcionar con tocarnos. Somos de la línea de Belle, y a la mayor parte de su magia se puede llegar a través de la cercanía

física.

—Cercanía física —dijo Richard, y negó con la cabeza—. Define cercanía física.

Jean-Claude sonrió.

—Dime lo que querrías de mí, Richard. ¿Qué reglas y restricciones te harían sentir seguro?

—¿Si te dijera, no tocarme?

—Entonces digo que estamos perdiendo el tiempo. *Ma petite* y yo nos estábamos tocando cuando sucedió, no íntimamente, pero el contacto es importante. El contacto físico hace la mayoría de mis facultades más fácil.

—Define no íntimamente.

—Creo que estaba tomando mi mano —dije.

Richard sonrió, un destello rápido en su rostro bronceado.

—Tomar mi mano, eso puedo manejarlo.

Jean-Claude sonrió, y fue agradable verlos sonriendo el uno al otro por una vez.

—Quiero pedir que si tengo que tocarte para equilibrar que eso se permita.

Richard entrecerró los ojos un poco.

—Depende de dónde me estés tocando, pero está bien.

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—Esa no es la mirada de Richard, es tu mirada, *ma petite*. Tu mirada desde la cara de nuestro Richard.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, las parejas empiezan a parecerse entre sí, después de un tiempo.

Richard me miró.

—¿Pareja?

Me encogí de hombros.

—Si voy a ser la lupa de tu Ulfric, entonces sí. Así es como la manada lo verá.

Él asintió con la cabeza, y luego volvió a sonreír.

—Justo así, estás de acuerdo con todo.

Le acerqué mi mano, y después de vacilar un instante, él la tomó. No hubo ningún destello de munin o Raina, era sólo su mano tan cálida en la mía.

—Vamos a intentarlo, a ver si funciona, depende de lo que tenga que hacer como tu lupa. Sólo quiero que sepas que puedes salir por la puerta

ahora mismo, y aún trataré de jugar al lupanar contigo.

Me apretó la mano.

—¿No me vas a forzar?

—No es mi estilo.

—Tampoco el mío —dijo Jean-Claude—. He sido la víctima demasiadas veces durante siglos. Eso no me ha dado ningún gusto por ello.

Richard tomó una respiración profunda, que le movió el pecho y los hombros, y levantó su estómago hacia arriba y abajo, como si hubiera recorrido el aire todo el camino hasta los pies. Lo dejó escapar lentamente, y luego asintió.

—Vamos a intentarlo. Si no puedo hacerlo, entonces no puedo hacerlo, pero lo intentaré.

Mantuve mi mano en Jean-Claude, pero di un paso lejos de él, hasta que estuve de pie delante de Richard. Me acerqué en puntillas y se inclinó para que pudiera darle un beso, dulcemente, en la boca.

—¿Te he dicho recientemente que creo que eres muy valiente?

Sus ojos se llenaron de algo cálido y bueno.

—Nunca.

—Entonces lo estoy diciendo ahora.

—Gracias —dijo, y deslizó su brazo alrededor de mi cintura, la calidez de su piel difundiéndose, incluso a través de la seda. No, no, su calor, su poder.

Jean-Claude se levantó, y le lancé a la parte posterior de mi cuerpo. Richard se puso tenso cuando el cuerpo de Jean-Claude cubrió su brazo, pero no luchó. Luchó para relajarse. No fue un éxito completo, pero lo intentó. Un 10 por el esfuerzo.

—Ahora, vamos a desnudarnos —dije.

Realmente, los hice tanto ahogarse como reír al mismo tiempo.

—*Ma petite*, ¿qué te ha hecho tan atrevida?

—Esto siempre nos toma a los tres para hacer algo. Hablamos de ello, lo argumentamos, luchamos, nos reconciliamos, luchamos. No quiero discutir más. Si vamos a hacer esto, hagámoslo.

—De la misma forma —dijo Richard—. Quítate la ropa para hablar dulcemente primero.

Me apoyé en el círculo de sus brazos, con el peso de Jean-Claude detrás de mi espalda. Miré la cara de Richard, y le dije:

—Quiero ver si puedo hacer garganta profunda contigo.

Parpadeó sorprendido, luego se echó a reír, pero se detuvo, y al fin dijo con voz tensa:

—No podías hacerlo antes. Fue genial, pero nunca totalmente...

—He estado practicando —dijo. Y le sonreí.

—Esa sonrisa —dijo.

—¿Qué sonrisa? —dijo.

Jean-Claude respondió:

—La sonrisa de complicidad.

—La que dice que estás pensando en cosas sucias, y quieres hacerlas todas conmigo. Eres la única mujer que conozco que puede poner lo inocente y lo perverso en el mismo aspecto.

—Perverso —dijo—. ¿Se supone que debo ofenderme?

—Sólo que nunca me esperaba ver esa sonrisa dirigida a mí otra vez. — Me dio un beso en la frente—. Por esa sonrisa, haría muchísimo.

—Todavía no capto la idea de lo inocente y lo perverso en la misma sonrisa.

—Tienes la mirada de un ángel caído, *ma petite*. Un ángel no deja de ser un ángel pero por el mero hecho de caer de la gracia, sus alas no son tan fáciles de quitar.

Me acordé que pensé casi la misma cosa sobre Richard antes. Como un ángel caído. ¿Debería haberme molestado que Jean-Claude y yo usáramos la misma analogía? Sí, pero en voz alta todo lo que dije fue:

—¿Pensé que tú eras el ángel oscuro aquí? —Me di la vuelta y así pude ver su cara.

Él sonrió y susurró:

—Nada de lo que podría haber ofrecido lo habría sacado de sus pantalones.

—He oído eso —dijo Richard.

Jean-Claude se echó a reír.

—¿Y rechazaras su oferta?

Miró de Jean-Claude a mí, luego a Jean-Claude de nuevo. Richard se echó a reír, una risa muy masculina.

—No.

De repente fui muy consciente de los dos presionándome a ambos lados. Suficiente preludio, fuera con la ropa.



La ropa salió, entonces Richard discutió conmigo sobre cuál sería la mejor posición para que fuera capaz de hacer la garganta profunda con él. Como dije, nosotros tres juntos teníamos que discutir en todo. Jean-Claude argumentó simplemente diciendo:

—Deja a *ma petite* intentarlo a su manera, y si esto no funciona, podemos intentar la tuya. —Comencé a comprender que Richard y yo como una pareja éramos realmente imposibles, pero como un trío, si el tercero era diplomático, esto podría funcionar. ¿Qué se dice cuándo se necesita a otro adulto en la cama para arbitrar? Nada que quisiera pensar demasiado, no en aquel momento. En aquel momento, dejé toda duda, todas ellas. Nos conocía a Richard y a mí demasiado bien para no sospechar que arruinaríamos esto más tarde. Pero por ahora, ahora mismo, teníamos este momento. Intenté conseguirlo a mi manera y disfrutar de ello, y tuve que confiar en los hombres para hacer lo mismo.

Había visto a Richard desnudo, y recientemente, pero había sido hace mucho tiempo que lo había visto desnudo sobre una cama, en su espalda, con la larga longitud de su cuerpo derramado delante de mí. Lo hice extender sus piernas entonces podría acostarme entre ellas, descansar mi cabeza contra la elevación musculosa de su muslo, y la mirada fija encima de su longitud. Esto solo era una forma de burlarme de mí misma. Tan cerca de su ingle, pero sin tocar. Pero esto no quería decir que solo quisiera mirar, esto era el paquete entero. Y no solo era encantador para mirar, era después de que le había mirado la ingle, sólo parcialmente erguida, y todavía impresionante, el llano plano de su estómago con su hoyuelo perfecto de ombligo, la elevación de su pecho con sus pezones como la punta marrón oscura todos esos músculos permanentemente bronceados; la elevación de sus hombros, y finalmente su cara. Su cara que me miraba fijamente. El marrón puro de sus ojos como el chocolate, la mirada en ellos ya un poco desenfocada, cuando todo lo que había hecho era poner mi mejilla contra su muslo y espirar a lo largo de sus testículos. El toque de una pluma, y ya su cara mostraba el efecto, como otras partes de su cuerpo. No era solo era el cuerpo, era Richard que me miraba. El peso en sus ojos. Estaba mirando fijamente la línea de su propio cuerpo, mientras estaba entre sus muslos. Solía pensar que sólo la muerte se llevaría a alguien de mí. Pero había aprendido que tantas cosas menores pueden ser robadas a alguien, tan completamente, como por siempre. Ellos viven, respiran, pero tú nunca consigues tocarlos, nunca los ves desnudos, nunca avivas su risa, el olor de su piel sobre tus sábanas. Hay tantas cosas menos dramáticas que la muerte que son tan permanentes. Si nunca podía estar de nuevo así con Richard otra vez, quería que esto durara. Quería tomarme mi tiempo.

¿Dónde estaba Jean-Claude? Sentado en la esquina lejana de la cama frente a nosotros. Estaba desnudo, pero sentado con su espalda contra la pared, una rodilla preparada de modo que estuviera cubierto, en su mayor parte, incluso si lo mirabas directamente. Se parecía a un gran gato pálido rizado en las almohadas. Una vez habría dicho que estaba completamente relajado, pero ahora lo conocía demasiado bien. Vi el modo en que sostenía sus hombros, la tensión en una pierna. Se mantenía bajo control, siendo ah, tan cuidadoso.

Coloqué mi mejilla contra el muslo de Richard, del modo que un gato marcaba su olor, frotándose de acá para allá. Sólo eso, nada más, pero eso le hizo retorcerse. Sus piernas se tensaron a mí alrededor, de modo que sus

piernas se doblaron a ambos lados de mi cuerpo. Esa sensación me hizo cerrar los ojos y descansé mi mejilla entre sus piernas, de modo que mi cara fuera acunada, ah, tan suavemente contra el calor suave de sus testículos. Recosté mi boca contra aquella piel sedosa. Los diminutos pelos tiesos hicieron cosquillas a lo largo de mi cara cuando lamí aquella piel suave, movable. Más pelo cosquilleó a lo largo de mis labios. Prefiero la piel más afeitada, un poco menos rizada. Pero por supuesto, podría tener eso simplemente subiendo.

Subí sobre mis rodillas y lamí a lo largo de la parte delantera de su eje, lo lamí como si fuera un gran pedazo de caramelo, y no quisiera que se derritiera. Lamiéndolo hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo, solamente en la parte delantera del eje, hasta que gritó, y sus manos se agitaron sobre las sábanas rojas.

—Anita, por favor, no más juegos.

Me levanté así que estaba arrodillada entre sus piernas.

—Juego, esto no es un juego, esto solo son los preliminares.

Él tragó, y eso pareció un gran esfuerzo, o tal vez su garganta estaba seca.

—Entonces menos preliminares, al menos para mí. No los necesito.

Le miré hacia abajo, la impaciencia en sus ojos, su cara, en su cuerpo entero. Podía sentir lo que quería, casi sintiéndolo como si lo gritaba en mi cabeza. Miré a Jean-Claude.

—A algunos hombres les gusta bastante los preliminares.

Jean-Claude dio aquel encogimiento galo.

—Pero no es mí a quien estas complaciendo ahora.

—Pensé que habías dicho que nosotros tres teníamos que tocarnos para que esto pudiera funcionar.

—Pensé que sería mejor que tú y Richard tuvierais una posibilidad para reconoceros antes de que yo me uniera.

Subí sobre el muslo de Richard, entonces podía arrodillarme al lado de su cadera.

—Algún día durante todo este sexo, las fronteras entre nosotros caerán. Si nosotros tres no nos tocamos cuando pase, podemos perder nuestra ventana para vincularnos más.

—Quizás —dijo Jean-Claude—. ¿Qué propones?

—Ven a sostener las manos de Richard.

—Anita —comenzó Richard.

Envolví mi mano alrededor de su base, y encontré que no estaba tan duro como había estado un momento antes. El pensamiento de que Jean-Claude se nos uniera no se hizo para él. Sentí que le molestó, pero no me había arrastrado a esta cama solo para el sexo. Era un trato, todo o nada. Sexo y más músculo metafísico, no sólo sexo.

Lo exprimí, un pulso rápido, y robé sus palabras, hizo que su aliento se estremeciera desde la mitad de sus labios.

—Richard vas a necesitar algo para agarrarte pronto, y no hay ninguna cabecera.

Richard encontró su voz.

—Esto está sobrecargado —y pareció un poco enfadado.

—Sabes que te gusta agarrarte a algo sólido mientras hago esto.

Me dio una mirada malhumorada. Esa no era la mirada que quería ver hoy, no de él.

—Sostén su mano, Richard, eso es todo lo que te pido ahora mismo. Solo sostén su mano, o déjale sostener la tuya. ¿Es mucho pedir?

Di la vuelta de modo que me alejara de él, pero afrontara directamente la otra parte de su anatomía, que también tenía una cabeza. Mantuve mi mano sobre la base y deslicé mi boca sobre él. No estaba completamente duro aún, y luché para tomar tanto como podía antes de que se pusiera rígido. Era más fácil, un poco más suave, menos difícil de tragar hasta cierto punto. Incluso suave, allí vino ese momento donde mi cuerpo dijo, *no, nos ahogamos, que nada de ese grueso debería bajar tan lejos en una pieza*. Era como si lo tragara, pero porque todavía estaba acoplado y demasiado grande, era más bien como si mi garganta estuviera sobre él, encima de él. Había descubierto que si no luchaba, podría respirar con eso bajando por mi garganta. Podría respirar, si no luchaba. Podría lidiar contra la bajada de su eje largo y grueso, si me relajaba mientras lo combatía. Esto era una lucha para poner todo abajo, pero al mismo tiempo, el truco era que no debía luchar. Sólo podría hacer el sexo oral en un momento zen.

Cuando mi labio sintió el toque sólido de la parte delantera de su cuerpo, entonces, y sólo entonces, fue que comencé a deslizarme hacia arriba. La subida siempre es un tanto más fácil que la bajada. Me deslicé en él, sin aliento, pero complacida. Sólo recientemente había sido capaz de hacer esto con Micah, después de algunos intentos fallidos muy embarazosos. Como súper embarazoso. Este es uno de los motivos por los que nunca deberías intentar esto con la gente a no ser que los ames. La

gente que te ama no te señala y se ríe.

No le di tiempo para recuperar el aliento, sólo para coger el mío. Deslicé mi boca sobre él, tragándolo, hasta que la parte posterior de mi garganta convulsionó a su alrededor, y pude sentir mi garganta cerca de su final, tan profundo, tan terriblemente profundo. Me deslicé sosteniendo su largo, grueso, eje, luego me obligué a bajar, descender, hasta que tocase su cuerpo con mis labios, y no hubiera ninguna otra parte a donde ir, no más de él para tomar dentro de mí. Entonces no era que tratase de exprimirlo en mi boca, sino que mi garganta convulsionaba sola, apretando a su alrededor, mi cuerpo tratando de deshacerse de algo tan grande, tan imposible de tragar. Tragué mi propia saliva, entonces no me ahogué con ella. Sólo cuando supe que no podía tomar más, otra vez empujarlo tan profundamente que haría que mi garganta doliera, hizo que dejara de tragar. Dejé la humedad de mi propio rastro de boca detrás de mis labios, deslizándome hacia abajo en su grosor, un rastro espeso, mojado, de líneas encima de su eje, hasta que estuvo tan mojado en mi boca como habría estado entre mis piernas.

La voz de Richard:

—Dios, Anita, Dios.

Levanté mi boca de él, mi propia saliva se arrastraba en líneas gruesas de mi boca a su cuerpo. Lo levanté y di la vuelta con cuidado, despacio, entonces conseguiría una ojeada completa.

Él miraba fijamente la parte baja su cuerpo hacia mí, sus ojos demasiado amplios, su cara casi frenética.

—Anita —y luego, me vio, y lanzó su cabeza hacia atrás, tuvo espasmos en sus manos, buscando algo para agarrarse. Había tirado ya cada almohada cerca de él. Las manos de Richard buscaban una cabecera que no estaba allí, buscaba algo para aferrarse. Su mano golpeó la mano de Jean-Claude con un golpe agudo de carne contra carne.

Richard paró sus movimientos frenéticos, miró al otro hombre, que había estado tan tranquilo, tan quieto, recostado contra la pared y la cumbre de la cama. Ellos tuvieron un momento cuando encontraron los ojos de cada uno. No sé lo que Richard habría dicho, o habría hecho, porque enrollé mis manos encima y sobre su ingle, usé el espeso líquido para suavizarle, para deslizarme sobre su cabeza. Cerró sus ojos, y dobló su espina.

Giré, de modo que los enfrentaba. Quería mirar sus caras. Envolví mi

mano a su alrededor, alrededor de la mitad del camino hacia abajo, luego incliné mi cara sobre él y lo deslicé en mi boca, hasta que llegué a mi mano. Era más fácil tomarle, más rápido, más duro. Con todo habría sido una lucha, y no importaba como de bueno se sentía tenerlo en mi boca, bajando por mi garganta, todavía luchaba contra mi cuerpo para contenerlo, respirar, tragar, de modo que la saliva no aumentara y me hiciera ahogarme. Había tanto en que concentrarse que no tenía tiempo para disfrutarlo tanto como quisiera. Con sólo aproximadamente la mitad para trabajar, era sólo diversión. No era sólo su sensación, tan listo y duro en mi boca, sino la piel que era tan suave, más suave que cualquier otra piel en el cuerpo. Estaba como un musculo ondulado de seda en mi lengua, aporreándolo dentro de mi boca.

Miré el cuerpo de Richard mientras lo hacía. Su cuerpo entero se retorció, su respiración frenética hizo que todo su estómago se moviera hasta los hombros. Ahora ambas manos estaban envueltas en las manos de Jean-Claude. Las manos de Richard se agitaban, hasta los músculos en sus brazos se hincharon, y se levantó de la cama, haciendo un sonido que era ambos un gemido y grito que terminó con mi nombre. Se asentó de nuevo en la cama, sus ojos cerrados, y tuve un momento para examinar la cara de Jean-Claude sin Richard mirando. Durante un instante Jean-Claude me dejó ver cuánto significó esto para él. La sensación de toda esa fuerza en sus manos, que las luchas de Richard habían presionado más su cuerpo contra las piernas de Jean-Claude, que era capaz de estar aquí mientras Richard se dedicaba a tal abandono. Durante un instante eso brilló en sus ojos, y supe que en aquel momento era tan paciente y cuidadoso como había sido conmigo, no era nada en como de cuidadoso había sido con Richard.

—Detente —dijo Richard—, para, o me iré. Ah, Dios, para.

Levantó su cabeza, riéndose, sin aliento, y la mirada de su cara era alegre, libre de un modo que rara vez se veía en él en estos días.

Le deslicé de nuevo en mi boca, mientras miraba su cara. Dejó caer su cabeza en la cama, sus brazos, y hombros comenzaron a relajarse, comenzando a deslizarse lejos de las manos de Jean-Claude. Lamí su cabeza, y convulsionó otra vez, los músculos atados con cuerdas en sus brazos y pecho, sus manos aplastando alrededor de las de Jean-Claude. Si hubiera una cabecera, esta no habría sobrevivido. Pero los vampiros estaban hechos de material más rígido que la madera, o metal.

—Por favor, Anita, por favor, para. Déjeme recuperar el aliento, o no

duraré.

Acaricié con mi mano su humedecido grosor.

Se estremeció, y dijo:

—¡La mano, también, Dios, sólo para, por favor!

El último por favor lo hizo como un elemento frenético. Levanté mi mano y me arrodillé al lado de su cuerpo, mis manos en mi regazo. Era difícil ser recatada cuando estabas desnuda en una cama con dos hombres, pero hice todo lo posible.

Richard se relajó en la cama, apartó la tensión del placer. Su cabeza descansó contra el muslo de Jean-Claude, sus manos todavía sujetas en las manos del otro hombre. O era demasiado alto en el sexo para pensar en eso, o no se opuso. Como cambiaformas no debería haberle importado el mero contacto físico con alguien. Demonios, los cambiaformas dormían desnudos en grandes montones, pero Richard siempre había hecho una línea muy clara entre vampiros y cambiaformas. Los vampiros no consiguieron acercarse hasta ahora a la materia personal, punto.

Él giró su cabeza, encontró que necesitaba un mejor ángulo, y usó el muslo de Jean-Claude como almohada, para levantar su cabeza lo bastante para mirarme cómodamente. Separó sus manos del otro hombre, pero mantuvo su cabeza apoyada allí, y los dos estaban enmarcados contra la oscuridad de la pared y las sábanas carmesíes, ambos desnudos, ambos tan terriblemente erguidos. Era como si hubiera esperado mucho tiempo para verlos así. Si no hubiéramos estado protegiéndonos tan fuertemente, me habría preguntado si era mi pensamiento, o el de alguien más.

—Dadme unos minutos, o la siguiente cosa que hagamos será la última, y esto no durará mucho tiempo. Dios, antes lo hacías bien, pero no así. —Rodó su cabeza hacia atrás entonces pudo ver la línea del cuerpo de Jean-Claude a su cara—. ¿Tú la enseñaste?

—¿Porqué es que todos los hombres asumen que solamente los hombres pueden enseñar a una mujer a cómo tener un buen sexo? —dije.

Richard se dio la vuelta hacia mí y sonrió, una sonrisa relajada que no le había visto en mucho tiempo.

—¿Dices que aprendiste esto de otra mujer? —Estaba bromeando y dejó verlo en su voz.

El tono burlón me hizo sonreír.

—No, lo aprendí sola, muchas gracias. Como dije, he estado practicando.

Hizo rodar su cabeza atrás para mirar a Jean-Claude, le obligó mirar hacia abajo para encontrar la mirada fija de Richard.

—¿En ti?

Jean-Claude sonrió.

—*Non, mon ami*, estoy bien dotado, pero no tan florecido como para ayudar a *ma petite* a aprender tal técnica.

Richard me miró hacia abajo. Había una mirada en su cara que había visto demasiado a menudo últimamente, una mirada nada feliz.

—¿Quién?

—Haremos un trato, Richard. Tú no me preguntas sobre mis amantes, y yo no te preguntaré sobre los tuyos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso quiere decir que si no fueras un licántropo, nunca me habría acostado contigo hasta que demostraras que estabas libre de enfermedades. Puedes conseguir el SIDA, gonorrea, hepatitis, todo solamente con el sexo oral. Pero afortunadamente para ti, no puedes conseguir nada. La licantropía destruye todo, sí, entonces estás libre de enfermedades. ¿Incluso sabes con cuántas mujeres en tu manada y de Verne has dormido?

—Sí —dijo él, y la cólera estaba todavía allí.

—¿Quiero saber el número?

—No —dijo él.

—Pero apostaré que nunca he estado ni de cerca de un número tan grande en mi cama.

—Pensé que habías dicho que no habías seguido la pista de lo que he estado haciendo.

—Me enteré de un poco, lo suficiente para saber que has llegado a los tres dígitos, o cerca. Entonces vamos a estar de acuerdo que no te harás demasiado posesivo, o demasiado santurrón. Ninguno de nosotros tiene el espacio para ello.

Cubrió su cara con sus manos e hizo un sonido, casi un gruñido.

Jean-Claude me miró, su cara luchaba por ser neutra, pero no lo hacía muy bien. Estábamos lo más cerca de lo que alguna vez habíamos estado de ser un triunvirato verdadero, y Richard y yo lo hacíamos volar.

—Está bien, tienes razón, tienes razón. Si esto va a funcionar, tienes razón —dijo Richard.

Era la única que vio el alivio y la sorpresa sobre la cara de Jean-Claude. En el momento en que Richard bajó sus manos y se sentó, la cara de Jean-

Claude era de nuevo agradable e ilegible.

Adivino que mi cara estaba lo bastante sorprendida por los dos.

Richard se rió de mí, aunque sus ojos no fueran todavía felices.

—Te quiero en esta cama. No voy a tirarlo por ser un estúpido. —Su risa mejoró y finalmente llenó sus ojos—. Bien, trataré de no ser demasiado cabezón, pero últimamente no puedo al parecer evitarlo.

—Bienvenido a mi mundo —dije.

La risa se hizo más caliente.

—Cambiemos de lugares —dijo él.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Cambiemos de posición. —Se alejó de Jean-Claude y acarició la cama al lado del otro hombre.

—Tú aquí.

Todavía fruncía el ceño, pero no infeliz. Estaba más perpleja que otra cosa.

—¿Por qué?

—Quiero devolverte el favor.

—¿El favor?

—Acuéstate —dijo él, y acarició la cama otra vez—. Deja a Jean-Claude sostener tus manos.

No podía menos que fruncir el ceño más fuerte.

—No soy un jinete de cabecera. Él no tiene que sostener mis manos.

—Sentí lo fuerte que es. Lo suficientemente fuerte como para que al sostener tus manos no serás capaz de escaparte.

Miré su cara.

—Seré tus cuerdas —dijo Jean-Claude.

Richard asintió, pero siguió mirándome.

—¿Y tú que harás mientras Jean-Claude me sostiene?

—Lo que quiera hacer.

Fruncí el ceño más fuerte.

—Uh-unh, necesito más información que eso.

—¿No confías en mí?

Solo el modo en que lo dijo, la mirada en su cara me hizo querer decir no. Si hubiéramos estado solos no creo que le hubiera dejado atarme sin una lista detallada de actividades planificadas. Pero confiaba en Jean-Claude para arbitrar. De este Richard nuevo, más razonable, más seductor,

no estaba segura todavía.

—Todos los que te han dicho «confía en mí» o «no confíes en mí» no podía ser de tu confianza.

—Entonces no confías en mí —dijo, y la risa cayó en las esquinas.

—No dije eso.

—¿Qué dijiste, *ma petite*? —preguntó Jean-Claude.

—Sí.

Richard me miró con el ceño fruncido. Jean-Claude hizo una pequeña línea en su frente, para él un ceño, cuando estaban intentando no mostrar algo.

—Sí —dije.

Jean-Claude se rió. Esto tomó a Richard un momento más para conseguirlo.

—Sí —dijo.

Asentí.

—Sí —dijo él otra vez.

Asentí, otra vez.

Sonrió, y la sonrisa fue una maravillosa sonrisa. La que lo hace parecer más joven, más relajado, más... él mismo, de algún modo.

Sentí una extensión de risa a través de mi cara, una risa que no podía parar y no quise.

—Sí —dijo, todavía sonriendo.

—Sí —dije.

—Por fin —dijo Jean-Claude, y también sonreía.



Jean-Claude puso sus manos sobre las mías, recostó su cuerpo a lo largo de la cabecera de la cama. Las almohadas habían sido tiradas al suelo, así que no había nada más que las sábanas de seda y nosotros tres.

—Intercambio de posiciones —fueron las palabras de Richard. Había parecido tan simple. Debería haber sabido que nada en Richard jamás era sencillo.

Puso sus manos sobre mis brazos, justo por debajo de donde Jean-Claude me sostenía. Envolvió sus grandes manos alrededor de mis brazos, luego empezó a deslizarlas por ellos. Sólo tenía contacto con mis brazos, un lugar tan inocente al tacto, pero hacía un movimiento lento y sensual, arrastrando los bordes de las uñas con una pequeña presión de algo más duro y mucho más peligroso contra mi piel. Sus manos bajaron por el brazo, el recorrido de sus uñas me hizo cosquillas, me retorcí y me reí. En parte porque me hizo cosquillas, y en parte a causa de los lentos

movimientos de sus manos. Se me había olvidado lo que era tener toda la atención de Richard en una cama. Cuando piensas que nunca serás capaz de tocar a alguien de nuevo, intentas olvidarlo.

Esperé que sus manos se curvaran en mis pechos, pero no lo hizo. Movié las manos un poco más abajo de los costados, de modo que apenas rozaron el borde de mis senos y pasaron de largo por mi cuerpo. Ese pequeño roce contra los bordes de mis pechos hizo que contuviera el aliento en mi garganta, y cerrara los ojos, estremeciéndome bajo sus manos.

Sus manos era tan grandes que se ahuecaban en mis costillas y casi se unían con mi cintura, presionando con los pulgares por encima de mi ombligo y en mí bajo vientre. Esperé que sus manos fueran más hacia abajo, y tal como había hecho anteriormente, movió sus manos a los lados de mis caderas. Deslizándose fuertemente sus uñas por mi piel hasta justo donde empezaba mi pubis, de modo que sólo tocaba mis caderas y muslos, pero nada más. Sus manos seguían deslizándose hacia abajo, pero había omitido las partes que más quería que me tocara. Eso me hizo emitir unos pequeños y bajos ruidos en mi garganta, no por lo que estaba haciendo, sino por lo que no había hecho. Por lo que quería que me hiciera.

Me hizo levantar los brazos, o que tratara de hacerlo, pero las manos de Jean-Claude estaban allí. Él mantenía mis manos apretadas contra la cama. Traté de poner más esfuerzo en eso, y descubrí que podía alzar las manos fuera de la cama dos o tres centímetros, pero Jean-Claude me presionó de nuevo contra la cama, poniéndose de rodillas para conseguir el impulso que necesitaba. Le hice cambiar de posición, le hice esforzarse un poco más, pero eso fue todo. Traté de levantar mis muñecas liberando mis brazos. No sé por qué, tal vez porque no pensaba seriamente que no pudiera escapar. Estar atrapada en teoría era una cosa, saber que era un hecho, era diferente. O diferente para mí.

—¿Por qué luchas? —preguntó Richard, con un tono de voz que nunca le había escuchado antes.

—Sabes que Jean-Claude no permitirá que nada malo suceda. —Sus manos grandes terminaron de deslizarse hacia abajo por mi cuerpo y sus dedos envolvieron mis tobillos. No los presionaba contra la cama, sólo los tenía agarrados con sus manos.

Traté de alejarme de él. No pude evitarlo. Era una de esas cosas como *«dime que no puedo, o muéstrame que no puedo, y tendré que intentarlo»*.

No me estaba esforzando tanto como podía, pero lo intentaba. Intentándolo lo suficientemente como para sentir la fuerza de sus manos, una fuerza que podía doblar el acero. No podía escapar. Abrió mis piernas con sus manos sobre mis tobillos. Abrió mis piernas ampliamente mientras trataba de detenerlo. Se trataba de un juego, porque todos habíamos estado de acuerdo con eso. Quería que me hiciera el amor, pero juego o no, había algo en el modo en que extendió mis piernas fuertemente con sus manos, mientras que Jean-Claude retenía mis brazos, que me aceleró el pulso y me hizo pasar de la lucha a medias a no tan a medias. Fue una estupidez, pero no pude evitarlo. Tenía que tratar de detenerlo, de que no abriera mis piernas, de que no me expusiera así, y el hecho de que no pudiera me asustó y me excitó. Los dos sentimientos deberían haber sido mutuamente excluyentes, sin embargo no lo eran.

—Dime que me detenga —dijo Richard, y su voz se había tornado más profunda.

Negué con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿por qué estás luchando? —preguntó, y había una mirada en su rostro, ansiosa, oscura, feliz, todo a la vez. Empujó mis piernas y las separó más, hasta que llegó a dolerme. Hasta que los músculos de mis muslos comenzaron a dolerme por el estiramiento.

—¿Por qué luchas, si no quieres que me detenga?

Le dije lo único en lo que pude pensar.

—No lo sé. —Mi voz salió más entrecortada de lo que pensé que saldría, como si mi pulso estuviera interfiriendo. Me di cuenta entonces, que había separado tanto mis piernas que realmente no podía luchar, a menos que quisiera hacerme daño. Eso hizo que empujara con más fuerza contra las manos de Jean-Claude. Me levanté unos centímetros, por lo que tuvo que inclinarse más sobre sus rodillas y presionar hacia abajo, para mantenerme aprisionada. El hecho de inclinarse sobre sus rodillas causó que de repente su cuerpo estuviera expuesto justo por encima de mi cabeza. Estaba suspendida ligera y flojo por encima de mí y hasta que se alimentara permanecería de ese modo. Me encantaba su sensación en mi boca cuando estaba así, porque no duraba, excepto cuando no se había alimentado. Ahora podría explorar su suavidad el tiempo que quisiera, y no cambiaría. Traté de nuevo llegar hasta él, inclinando el cuello, tratando de llegar con mi boca pero estaba fuera de mi alcance. Colgaba justo encima de mí pero

sus manos me sujetaban y no pude alcanzarlo. Jean-Claude tenía que saber lo que estaba tratando de hacer, pero mantuvo su peso sobre mis muñecas, y su cuerpo arqueado por encima de mí, fuera de mi alcance.

Mi voz salió tensa, sin aliento.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué? —La voz de Richard desde el otro extremo de la cama.

—*Ma petite* tiene una inclinación por los hombres cuando están suaves. Hasta que me alimente, ella puede disfrutar de ese... deseo.

—Y lo estás manteniendo justo fuera de su alcance —dijo Richard, su voz cayó una octava más baja de manera que era casi dolorosamente baja, como si estuviera casi por gruñir.

—Oui.

—¿Por qué? —preguntó él.

—¿No es el juego que deseas jugar?

Una delgada línea de gruñido brotó de la garganta de Richard.

—Sí, sí, lo es.

Se levantó a cuatro patas también, pero a diferencia de Jean-Claude, estaba grueso y duro en la parte delantera de su cuerpo.

—Pero no quiero ser tú, que es por quien ella está rogando, quiero ser yo.

—¿Por qué no podemos ser ambos a la vez? —preguntó Jean-Claude.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, y en un momento sentí sus... no era su poder, pero era casi como si sus voluntades fueran de pronto poderosas. Podía sentir la fuerza de sus voluntades dirigiéndose la una a la otra.

—Elegiste no dejar que me alimentara... —dijo Jean-Claude—... deliberadamente. Pensaste que ella no me usaría hasta que pudiera estar erecto. —Sonrió—. Subestimaste el amor de *ma petite* por el cuerpo masculino. Ella nos ama en todas nuestras formas.

Eso último encerró algún guiño, alguna humorada punzante, que no entendí. Debí de haberlo hecho, pero la sensación de sus manos sobre mi cuerpo y la vista de ambos desnudos me habían distraído. Parecía que nunca podría pensar con claridad rodeada de ellos cuando estaban desnudos, era vergonzoso, pero cierto.

El rostro de Richard se ensombreció por la ira, y el primer goteo de su poder escapó de su apretado blindaje. Bailó a lo largo de mis piernas como

una brisa en las llanuras del infierno. Caliente, demasiado caliente. Me provocó una temblorosa línea de piel de gallina que bajaba por mi cuerpo. Temblando, traté de atraer su atención de nuevo hacia mí. El rostro de Jean-Claude se mantenía agradable, neutral, oculto. Richard me miró, y la ira todavía seguía allí, pero en el fondo había otra cosa. Su mirada encerraba sexo, pero también guardaba algo más oscuro. Algo que prometía cosas más allá del sexo, más allá de todo lo que era seguro y sano. En un instante vislumbré en sus ojos cosas que probablemente no quería ver en ningún espejo, antes de que se diera la vuelta, y no pudiera verle más el rostro. Como si supiera que lo había visto.

—Si vais a discutir, alejaos de mí —dije. Fue un poco difícil de poner mucha autoridad en mi voz mientras estaba desnuda y me mantenían aprisionada, pero lo logré. Mi voz fue la mía de repente otra vez, ni entrecortada ni sexy, sólo mi voz.

—Eso no depende de mí, *ma petite* —dijo Jean-Claude—. ¿Vamos a discutir, Richard?

Ese viento tan caliente disminuyó y salió fuera de su cuerpo de nuevo. Una línea de calor me alcanzó y dejó un rastro como si fuera algo sólido, a través de mi piel. Era como dedos, dedos de calor subiendo por mi piel, tocando lugares que Richard había evitado deliberadamente. Cuando ese calor acarició entre mis piernas, grité, y alcancé a decir:

—Basta ya, sea lo que sea, basta. —El calor subió más alto, usando mi cuerpo como una escalera de mano carnosa.

—¿Duele? —preguntó Richard, pero estaba mirando a Jean-Claude.

—No —y el poder acarició mis pechos como si un gran monstruo hubiera respirado su aliento caliente a través de ellos. Me estremecí bajo ese toque, ese contacto, cerrando los ojos e inclinando el cuello.

Abrí los ojos y miré el rostro de Jean-Claude. Su rostro seguía siendo agradable, ilegible, oculto.

—¿Estás bien, *ma petite*?

Asentí con la cabeza. Podría haber dicho algo más, pero el poder de Richard me acarició la garganta y cayó sobre mis labios, de modo que mi boca se sentía caliente, como si un líquido caliente y espeso estuviera en mi lengua. Miré hacia arriba, a los ojos azul medianoche de Jean-Claude, y susurré:

—Richard.

Jean-Claude bajó su cabeza sobre la mía, su peso presionaba más sus

manos contra mis muñecas, así que mientras se acercaba, yo estaba más aprisionada. Abrí la boca, pero se detuvo justo antes de un beso. Pasó su lengua en el aire sobre mi boca. Al principio pensé que se había equivocado, pero se levantó lo suficiente como para mirar hacia abajo de mi cuerpo, a Richard.

—¿Qué juego es éste?

—Tú y ella no sois los únicos que ganaron poder cuando ella misma se vinculó a Damian y a Nathaniel. —Su voz no sonaba feliz cuando lo dijo, de hecho, la ira había vuelto. La ira se alimentaba directamente de su poder por lo que una línea de calor ardiente se vertió por mi cuerpo y arrancó un grito de mi garganta.

Jean-Claude acercó su boca a la mía, y su poder estuvo en ese beso. Una bendita frescura se deslizó sobre mi lengua y por mi garganta, derramando una corriente fría a través de mi cuerpo, menguando todo ese calor. Y como si el poder de Richard hubiera estado esperando por esto mismo, se lanzó hacia delante, y estuve cubierta de repente por su poder. Era como si mi cuerpo fuese la mecha de la vela de Richard y el surtidor de Jean-Claude para que fluyera su agua fría. Pero no se puede ser a la vez la llama y el agua. No se puede arder y ahogarse al mismo tiempo. Mi cuerpo trató de estar frío y caliente, de ser fuego y agua, vida y muerte. Pero espero, al menos, que mi poder y yo nos entendimos en el pasado. Vida y muerte, especialmente la muerte.

Mi poder no se limitó a levantarse, reventó mi escudo como un dique roto, y el poder de ese torrente, siempre contenido, se vertió sobre todos nosotros. Nos llevó juntos pero no muy lejos. Estábamos de rodillas en la cama, Richard presionando contra mí delante, y Jean-Claude contra mi espalda. Ellos dicen que no hay luz sin oscuridad, no hay bien sin mal, ni hombre sin mujer, nada correcto sin algo equivocado. Que nada puede existir sin que exista su opuesto directo. No sé si eso es cierto, pero en ese momento comprendí que, aunque cada uno necesitaba del otro opuesto, tampoco pueden existir simultáneamente. Son las dos caras de una moneda, pero ¿qué pasa con la moneda? ¿Cuál es la moneda que separa el bien del mal, la luz de la oscuridad?, ¿qué es lo que los une, y sin embargo los mantiene eternamente separados? Bien y mal, luz y oscuridad, no sé, pero con Richard y Jean-Claude, estaba yo.

Yo era el metal que los separaba tanto como los ataba. Yo era su moneda, y ellos eran mis diferentes lados. Siempre separados, siempre

juntos, diferentes, pero todos de una sola pieza. Richard presionaba la parte frontal de mi cuerpo, y era como si se quemara, como si su cuerpo estuviera tan caliente que debería haber estallado en llamas, como si el sol mismo estuviera dentro de su piel. Jean-Claude presionaba mi espalda como el agua, frío, agua fría que se había levantado de las profundidades del mar, donde corre fría, oscura y lenta, y con extrañas cosas que se deslizan por allí. Si te fijas en el sol demasiado tiempo te quedas ciego, si nadas demasiado profundo en el mar te ahogas.

Grité, grité, porque no sabía qué hacer con el poder. Era su moneda, pero no sabía cómo forjarnos en una sola pieza. Era como tratar de encajar tres personas en un solo cuerpo. ¿Cómo empezar? ¿Quién se metía en dónde?

Pero yo no era el maestro aquí, no era mi misión encontrar una forma de encajar tres piezas enormes en una sola. El poder frío de Jean-Claude corrió por encima de mí, calmando la quemazón, tocando el borde del poder de Richard, y nos trajo de vuelta a la superficie de nuestro mar metafísico. Él dijo casi exactamente lo que estaba pensando.

—Sólo puedo detenerlo por un momento, la próxima vez nos ahogaremos, no debemos luchar contra esto. Tenemos que abrazarlo, el uno al otro.

—Define abrazarlo —dijo Richard, y su voz estaba cargada de esfuerzo, como si estuviera sosteniendo en su lado un peso enorme, y tal vez lo estaba haciendo.

—Tú dentro del cuerpo de Anita, y yo me alimentaré del tuyo.

No tuvimos tiempo de decir sí o no, ni nada. El poder de repente retrocedió, como si hubiéramos abierto una puerta y encontráramos el edificio cayendo a nuestro alrededor. Estábamos fuera de tiempo. O bien montábamos el poder, o nos enterraría. Nos enterraría con todo lo que amábamos, con todo lo que habíamos prometido proteger. A lo lejos, tuve la idea de que si tomáramos la cuarta marca, sería más fácil de dominar, pero la idea se desvaneció bajo la presión del cuerpo de Richard. Su cuerpo estaba maduro, grueso y listo, y se había asegurado de que Jean-Claude no lo estuviera. Podría haber habido otras formas de vincularnos, pero Richard había tomado una opción eligiendo por mí y por Jean-Claude, simplemente no permitiendo que el otro hombre se alimentara. Es curioso cómo cuando tratas de evitar un mal, caes de cabeza en otro. Richard empujó dentro de mí. Estaba apretado y grueso, pero en el momento en que empezó a

empujar dentro de mí, el terrible peso del poder disminuyó. Era como si el cuerpo de Richard hubiera roto algún tipo de barrera, como si mi cuerpo fuera una puerta, y la empujase hacia el interior.

La voz de Richard llegó tensa.

—Estás apretada, demasiado apretada. No quiero hacerte daño. — Estaba encima de mí empujando y la vista entre nuestros cuerpos era perfecta. Perfecta para verlo abrirse paso dentro de mí.

Lo tomé de los brazos, y dije:

—No te detengas, Dios, no te detengas.

—Estás muy apretada.

—No por mucho tiempo —dije.

—¿Está mojada? —preguntó Jean-Claude.

Richard le dio una mirada, y no fue amistosa.

—Sí.

—Entonces, no la lastimarás.

—Dilo por ti, Jean-Claude, tú no estás tan bien dotado, no sabes lo que es lastimar a una mujer sin quererlo.

Le di una bofetada en el hombro a Richard, porque no podía llegar a su cara. Me miró con ira en sus ojos.

—Yo no soy Clair. Te quiero, Richard. Te quiero dentro de mí, por favor, Richard, por favor. No te detengas, por favor, no pares.

Me miró, y la expresión de su cara era muy masculina y muy propia de Richard, todo al mismo tiempo. Le miré, sentía lo mucho que quería meterse dentro de mí, pero una parte de él, que aún persistía, tenía miedo. No tenía miedo de lastimarme, tenía miedo de ver la misma mirada en mi cara que había visto en la de Clair. Probé su temor en mi propia lengua. Sentí acelerarse el pulso en mi cuello, no por lujuria, sino por miedo. Miedo de que Clair tuviera razón. Que él fuera un animal. Si hubiera podido abofetearla en ese momento, lo hubiera hecho. Lo último que Richard necesitaba era otra palada de mierda emocional.

—Si no lo haces, *mon ami*, entonces déjame alimentarme, para que podamos terminar esto.

—No soy tu amigo —dijo Richard, y su rabia se diseminó como el aceite caliente sobre mi piel. Ya no estaba dolido como antes, y supe lo que Jean-Claude estaba haciendo. Estaba embotando el extremo del poder de Richard, o mejor dicho, tornándolo en un dolor ardiente, a algo más divertido. Como un aceite caliente que rodaba por mi piel en lugar de

mordiscos de fuego, ¿cómo iba a discutir contra eso?

—Sé mi enemigo, entonces —dijo Jean-Claude—, pero uno de nosotros debe hacer esto, si no lo haces tú entonces debes ayudarme a hacerlo.

Me senté, y él no estaba lo suficientemente dentro de mí, así que se deslizó hacia fuera. Esa presión aplastante volvió de nuevo.

Jean-Claude cogió un puñado de mi pelo, me tiró la cabeza hacia atrás, y me besó. Dura y profundamente, con su lengua buscando en mi boca. Me fundí en ese beso y le entregué mi boca, mi rostro estaba en su mano y mi cabeza en la mano que todavía envolvía mi pelo. Su otra mano se deslizó de mi cara por mi cuello y mi hombro, para acariciar la parte delantera de mi pecho. Me inclinó hacia atrás contra su cuerpo, y comprendí que a medida que habíamos hablado, su poder se tornó en seducción. Literalmente había construido una unión más profunda sobre la base del sexo. Cada toque, cada caricia, cada penetración, era otra piedra para mantenernos seguros. No podía disentir con su elección de materiales de construcción, yo no era el maestro aquí. Este era su juego de pelota, no el mío. Por supuesto, había más de una manera de jugar a la pelota.

Las manos de Jean-Claude se deslizaron por delante de mi cuerpo, hasta que tomó mis pechos. Los apretó entre sus manos, los apretó duro y fuerte. Salió de mi boca un grito ahogado, y un sonido grave y bajo en mi garganta.

—No le harás daño, Richard.

Richard no se había movido hacia atrás. Seguía sentado donde mi cuerpo lo había dejado, con su cuerpo entre mis rodillas, lo suficientemente cerca como para que pudiera haberse sumado a Jean-Claude en el juego previo, pero sólo permaneció arrodillado allí.

Acaricié la dureza de su cuerpo con mi mano, y no lo encontré tan rígido como había estado. Envolví mi mano a su alrededor, firme y duramente. Un pequeño sonido salió de él.

—Yo quiero esto —y lo apreté de nuevo, viendo que sus ojos se ponían blancos—, esto dentro de mí.

Pude sentir que me deseaba, pero sus temores lo atrapaban más de lo que cualquier abrazo de un amante lo haría jamás. Lo solté y me volví con un grito a Jean-Claude. De pronto me sentí medio loca por la necesidad. La necesidad de tener a alguien dentro de mí. Jean-Claude no se había alimentado aún, pero todavía había algo que podía hacer para mi propio placer. Le di la espalda a Richard, y posé un beso ligero en la boca de Jean-

Claude, pero eso no era lo que quería. Se levantó sobre sus rodillas como si supiera hacia dónde me dirigía.

Lamí hacia abajo por su cuerpo, y su mano en la parte posterior de la mía, me guiaba hacia él. Lo metí en mi boca, y su textura, tan pequeño y tan flojo, era maravillosa. Lo chupaba, lo hacía rodar por mi lengua. Pequeño como estaba, podía hacer lo que quería con él, y no tenía que luchar por eso. Lo chupé tan fuerte y rápido como pude, dentro y fuera, dentro y fuera, hasta que gritó por encima de mí. Utilicé mi mano para levantar esas bolas tiernas que colgaban, así podría traerlas con suavidad a mi boca. Era difícil tenerle totalmente en la boca a la misma vez, incluso estando pequeño, apenas había espacio. Tuve que tener mucho cuidado, tanto cuidado para no hacerle daño, para no aplastar esas partes tan delicadas. Como si estuviera rodando entre mis dientes obras de arte preciosas e invaluable. Cuando ya no confié en mí misma para no dar un mordisco a esas partes tiernas, las saqué de mi boca. Pero seguí rodando esa punta suave, flexible, hasta que gritó por encima de mí, y su cuerpo se lanzó hacia delante, pero no pudo terminarlo. Podría haber jugueteado con él toda la noche, y él no podría terminarlo. Estaba lista para ofrecer abrir mi vena yo misma, cuando sentí unas manos en las caderas.

Sentí a Richard empujando contra mi cuerpo. No era suave ahora, era, oh, demasiado duro. Mantuvo una mano en mi cadera, y usó la otra para guiarse hacia adentro. Empujó contra la abertura de mi cuerpo.

Comencé a levantarme, pero la mano de Jean-Claude empujó mi cabeza, me mantuvo donde estaba, mantuve mi boca alrededor de su cuerpo, chupándolo profundamente dentro de mi boca, mientras Richard se abría paso en mi cuerpo. Estaba más húmeda ahora, más abierta, pero Richard todavía tenía que esforzarse en hacer su camino, empujando pulgada a pulgada por esa estrecha humedad. La sensación de tenerlo dentro de mí provocó pequeños sonidos en mi garganta, gemidos y quejidos, todo ello con Jean-Claude todavía en mi boca.

Richard se abrió paso hasta que no hubo más. Hasta que llegó al final de mí, y ya no tenía adónde ir, y retrocedió fuera de mí, despacio, muy despacio. No lo quería lentamente. Lo quería rápido. Lo quería duro. Quería a Richard en su mejor momento, no en esta danza cuidadosa.

Levanté la cabeza y esta vez Jean-Claude me lo permitió, pero mantuvo su mano contra mi pelo. Levanté la mirada lo suficiente como para girar sobre mi cuerpo y ver a Richard sobre sus rodillas. Al verlo con su cuerpo

dentro de mí, rodé mis ojos y los cerré por un momento, pero la sensación de todo ese grueso potencial tan cuidadosamente utilizado, me hizo gritarle.

—Fóllame, Richard.

Me miró, y el control de su rostro en su cuerpo, se detuvo por un momento. Me miró y dijo:

—Anita.

—Fóllame —dije—, fóllame, oh Dios, mierda, sólo fóllame. Fóllame, fóllame, fóllame, fóllame, por favor, por favor, por favor, sólo fóllame.

—Yo lo hago.

Negué con la cabeza, lo suficiente para enviar mi pelo volando alrededor de mi cara. Jean-Claude movió la mano lo suficiente para mí para hacerlo.

—No, no, no, no.

Liberada de las manos de Jean-Claude pude moverme. Me empujé hacia él. Me empujé con fuerza hacia abajo y rápido hasta que el sonido de nuestros cuerpos golpeando nos abofeteó. Tener que empujarlo tan fuerte, rápida y profundamente dentro de mí, me hizo llorar, pero no de dolor.

Incliné hacia delante la superior de mi cuerpo, en ángulo con mis caderas, y lo tomé lo más fuerte y más rápido que pude. No era tan bueno como si él lo hubiera hecho por su cuenta, pero seguía siendo bueno. Aun así era demasiado bueno.

Richard cogió el ritmo de mis caderas y comenzó a empujarse a sí mismo dentro de mí, tan fuerte y rápido como pudo. Más fuerte y más rápido de lo que yo hubiera sido capaz hacer por mi cuenta. Tan fuerte, tan rápido, tan profundo, alcanzando ese punto más profundo de mi cuerpo, hasta que grité en torno a él.

La mano de Jean-Claude me empujó hacia abajo, y ayudó a mi boca a encontrarlo otra vez. Me ayudó a alimentarme de su suave carne, mientras que Richard golpeaba dentro de mí. Jean-Claude se elevó sobre sus rodillas, y su mano me ayudó a permanecer donde él me quería.

No fue hasta que escuché la voz de Richard diciendo:

—Jean-Claude, —y sentí desfallecer el ritmo de Richard, que sospeché lo que Jean-Claude estaba haciendo allí arriba, a mi espalda.

Jean-Claude de repente ya no estaba suave o blando. Creció en mi boca como fruta madura, como algo dulce y tierno que había esperado mucho tiempo para diseminarse y crecer grueso y pesado. Me llenaba la boca. Me aparté para respirar, y obligó a mi cabeza a ir un poco más abajo,

forzándose más profundo en mi garganta. De repente estaban los dos tan profundo dentro de mí, tanto como mi cuerpo podía contener. Richard golpeaba entre mis piernas, y Jean-Claude se arrojó entre mis labios. Encontraron el ritmo juntos, por lo que se reflejaban mutuamente. Luché para abrir la boca lo suficiente, para mantener los dientes fuera del camino, mientras que Jean-Claude me follaba en mi boca. Nunca hubiera dejado a nadie hacerlo antes, no algo así, lo que estaba sucediendo en mi boca era casi exactamente lo que estaba pasando entre las piernas.

Richard me había tomado la palabra. Golpeaba en mí demasiado rápido y fuerte, hasta que el sonido fue como un golpe continuo de carne en la carne, y aunque se sentía maravillosamente bien, si Jean-Claude no hubiera estado en mi boca le habría suplicado que saliera. Era casi demasiado, casi doloroso. Jean-Claude fue más prudente desde el principio, porque tenía que serlo, pero aún así me obligaba a sostener el mismo ritmo, rápido, duro, golpeando, tragando de manera casi continua, apenas el tiempo para respirar entre un empujón y el siguiente. Un minuto estaba luchando por respirar, luchando para no comenzar a suplicar, y al siguiente, el orgasmo me golpeó, y grité pero eso no se detendría. Grité mi orgasmo alrededor del cuerpo de Jean-Claude empujando aún más profundo de mi boca. Grité, y mi cuerpo tuvo espasmos en torno a los dos. Chupé duro y más duro, movía mis caderas hacia Richard. Un momento antes había estado a punto de detenerme, y ahora les ayudaba a tomarme. Acomodé mi cuerpo a los dos, lo más rápido y duro que pude, mientras mi cuerpo bailaba entre ellos. El orgasmo creció, creció hasta que no fue suficiente sólo gritar y arañar con mis uñas los muslos de Jean-Claude.

Sentí sus cuerpos tensos al mismo tiempo. Richard tuvo un espasmo a mi espalda, metiéndose tan profundo dentro de mí que esta vez gritaba de verdad, pero Jean-Claude lo hizo en el mismo momento, y mi grito se perdió en la sensación de sus espasmos dentro de mi garganta. No fue tan prolongado como el de Richard, pero fue lo suficientemente hacia abajo, como para que ya no fuera sólo una cuestión de tragar, sino simplemente de no obstruirlo. De dejar que ese grosor caliente fuera por mi garganta, y no luchar contra eso. Les dejé tener mi cuerpo en ese instante. Dejé que su placer me llenara y los dejé ir por mí, a través de mí.

Fue en ese momento cuando nuestros cuerpos se unieron, compartiendo cosas tan íntimas como la sangre, que todo encajó en su lugar. Habíamos hecho lo suficiente para vincularnos sin sangrar a Jean-Claude. Tal vez eso

era lo que se necesitaba para que funcionase, o tal vez sólo era que los tres habíamos tenido que bajar la guardia lo suficiente como para dejar de pelear.

Nos derrumbamos sin aliento y jadeantes. Jean-Claude salió de mí, suavemente, y se tumbó de espaldas conmigo encima de él, sujetando sus piernas. Richard estaba encima de mí, aún dentro de mí, pero ahora estaba casi como un peso muerto, y yo era lo suficientemente baja, y él era lo bastante alto, como para estar acostado en parte sobre Jean-Claude. Estaba cubierta entre ellos.

Richard se puso de rodillas, justo lo suficiente para salir de mí, luego se desplomó sobre su lado, acurrucándose contra mí, pero casi sin tocar a Jean-Claude. Con una voz que todavía estaba sin aliento, me preguntó:

—¿Te hice daño?

No pude evitarlo, me reí. Me eché a reír, a pesar de que mi mandíbula estaba empezando a doler mientras las endorfinas se desvanecían. Me reí, cuando comencé a sentir el dolor entre las piernas. Me reí, no porque dolía, sino porque me sentía demasiado bien.

Jean-Claude se echó a reír también.

—¿Qué? —dijo Richard.

Jean-Claude y yo estábamos uno encima del otro, demasiado cansados para movernos, y nos reímos. Le llevó a Richard unos minutos, pero finalmente, una risa profunda se le escapó. Movié su cuerpo lo suficiente como para lanzar un brazo a través del mío, y se rió. Los tres yacímos incapaces de movernos, y nos reímos. Nos reímos hasta que pudimos movernos, y luego nos tendimos en la cama tranquilos, como en una pila de cachorros grande, caliente y desnuda. Yo en el medio, pero cuando la cabeza de Jean-Claude tocó el brazo de Richard, ninguno de los dos se movió. No era perfecto, pero maldita sea, estaba cerca.



Había tratado de llamar a mi amigo de la infancia cazador de vampiros de Nueva Orleans para ver qué podía encontrar sobre los vampiros que buscábamos, pero Denis-Luc St. John, el cazador de vampiros y agente federal, estaba en el hospital, aún en cuidados intensivos. Habían estado malditamente cerca de matarlo antes de salir de la ciudad. De mal en peor.

El sol era una sangrienta tira de color rojo en el cielo occidental cuando Zerbrowski y yo salimos de su coche para preguntarle al primer testigo. Siempre me sentí como si debiera lavar mis pantalones vaqueros cuando salía de su coche. El asiento trasero estaba tan lleno de papeles y bolsas viejas de comida rápida que parecía un vertedero. El asiento delantero no estaba realmente sucio, pero el resto del coche estaba tan sucio que justo se sentía como que todo el coche era repulsivo.

—¿Katie y los niños aún viajan en esta cosa? —pregunté mientras nos poníamos en marcha hacia el primer apartamento en la lista.

—No, ella y los niños cogen la minivan.

Negué con la cabeza.

—¿Has visto el interior de esto recientemente?

—Has visto nuestra casa, es perfecta, todo en su lugar. Incluso nuestro dormitorio es imaculado. El coche es el único lugar que es mío. Llega a estar tan sucio como quiero que esté.

Curiosamente, tenía más sentido para mí ahora que lo que hubiera tenido hace unos meses. Entendía el arte del compromiso entre una pareja de una manera en que nunca lo hice antes. No estoy diciendo que fuera buena en eso, sólo que lo entendía más.

Zerbrowski leyó el número del apartamento, y estaba en el segundo piso, en una línea de calzada de hormigón y barandilla metálica. Las puertas eran idénticas. Me pregunté si los vecinos sabían que tenían un vampiro viviendo al lado. Te sorprenderían de la cantidad de personas que no se lo imaginaban. Los vampiros golpeaban fuerte mi radar, así que no pasaban desapercibidos para mí. Más humanos con los que me siento cómoda se dejan engañar. No sé si es porque quieren ser engañados, o si realmente es más difícil para ellos detectar a un vampiro. No sé lo que me molesta más, que los humanos normales no puedan identificarlos, lo que implica que estoy aún más fuera de la norma, o que la gente quiera ser engañada tan gravemente.

Desde que estábamos buscando vampiros que habían matado al menos a dos personas, había estirado esa parte de mí que sentía a los muertos. No era la misma parte que levantaba a los zombis. A pesar de que explicar la diferencia era como explicar la diferencia entre el azul cielo y turquesa. Ambos eran azules, pero no eran el mismo color.

Zerbrowski alcanzó el timbre, y toqué su mano.

—Todavía no.

—¿Por qué no? —preguntó. Su mano se apartó hacia atrás a su arrugada gabardina y la chaqueta de su traje, para tocar la culata de su arma en la cadera—. ¿Escuchaste algo?

—Cálmate, está bien. Simplemente no se ha despertado todavía.

Zerbrowski me miró desconcertado.

—¿Qué significa eso?

—Puedo sentir a los vampiros, Zerbrowski, si me concentro, o si están haciendo algo poderoso. No está despierto todavía. Esperaba que lo estuviera, se suponía que era el más antiguo de los tres, el que tenía más

tiempo muerto. Los que tienen más tiempo muertos por lo general se despiertan primero, a menos que uno de ellos sea un maestro. Los Maestros despiertan primero.

—Sabía la parte de lo de más tiempo muerto —dijo—. ¿Así que un maestro vampiro que tiene dos años muerto puede despertar antes que un vampiro que tiene cinco años muerto, pero no que un maestro?

—Sí, aunque algunos vampiros no acumulan suficiente poder en quinientos años para rivalizar con los maestros, he sabido que algunos lo consiguieron en menos de cinco años.

—Eso sería un fastidio. Un sirviente para toda la eternidad.

Asentí con la cabeza.

—Sí. —Sentí esa chispa instantánea dentro de la habitación. Me golpeó casi como un puñetazo en el estómago, o menos. Hubo una vez que sólo podía sentir vampiros con los que tenía una conexión, a este nivel, y era sólo un pequeño temblor de reconocimiento. Al parecer, había aumentado un nivel o dos de potencia.

—¿Estás bien? —preguntó Zerbrowski.

—Sí, sólo, sí. Puedes usar el timbre ahora.

Me dio una mirada.

—Me estaba concentrando demasiado fuerte cuando despertó, ¿de acuerdo? Mi error.

No sé si realmente entendió el comentario, o si era usual para mí ser extraña, pero por lo que fuese, pulsó el botón. Oímos el sonido estridente dentro y más allá de la habitación. Así que mucha gente pensaba que ser un vampiro te llevaba automáticamente a conseguir una gran casa en la colina, o un ataúd en un calabozo en alguna parte, pero la mayoría de los vampiros que conocía tenían apartamentos, casas, y vivían más o menos como todo el mundo.

Los vampiros que vivían en un lugar central en torno a su amo, la forma en que Jean-Claude lo hacía, se estaba convirtiendo en una cosa del pasado.

Lo extrañaba. Sin nostalgia. Si tuviera que matar a un montón de vampiros, tenerlos separados y desperdigados por millas haría mi trabajo más difícil. Pero no estábamos aquí para matar a nadie, todavía no. Por supuesto, eso podría cambiar. Todo lo que necesitábamos era una prueba, o, según el juez, una fuerte sospecha. Una vez había estado de acuerdo con eso. Ahora, me molestaba.

Que yo sepa, nunca había matado a vampiros que no hubieran cometido

crímenes, pero tuve que admitir que al principio de mi carrera, no lo había revisado tan cuidadosamente como lo hacía ahora. Una vez fueron solo cadáveres caminando para mí, y hacerlos que yacieran y se quedaran tranquilos no se había sentido como asesinato para mí. Mi trabajo había sido más fácil entonces, menos conflictos. Nada ayuda a dormir por la noche tanto como estar absolutamente segura de que tienes razón, y todos los demás están equivocados.

La puerta se abrió, y el vampiro nos estaba parpadeando. Su pelo rubio revuelto por el sueño, y tenía unos jeans echados sobre sus boxers, o tal vez dormía con ambos. Estaban lo suficientemente arrugados. Entornó los ojos hacia nosotros, y me tomó un segundo darme cuenta que la bizquera era permanente, como alguien que había trabajado al aire libre toda su vida, y no usaba gafas de sol. Sus ojos eran pálidos y lavados casi incoloros. Se veía bronceado, pero tenía cinco años de muerto, y no podía estar bronceado. El bronceado artificial estaba empezando a ser un gran negocio entre los recién fallecidos. Los que no se habían acostumbrado a ese estilo más pálido que el pálido. Se veía mejor que la mayoría, un trabajo profesional, no de propia cosecha.

—¿Jack Benchely? —Zerbrowski hizo una pregunta.

—¿Quién quiere saberlo?

Él mostró su placa, y yo la mía.

—Sargento Zerbrowski del Equipo Regional de Investigación Sobrenatural.

—Anita Blake Comisario Federal.

Jack Benchely parpadeó más fuerte, como si estuviera realmente tratando de despertar.

—Mierda, ¿qué hice para conseguir a la Brigada Escalofrío y a la Ejecutora en mi puerta justo después de la puesta del sol?

—Vamos adentro y hablaremos de eso —dijo Zerbrowski con una sonrisa.

El vampiro pareció pensar en eso por un segundo.

—¿Tiene una orden judicial?

—No queremos revisar su casa, Sr. Benchely. Queremos hacerle algunas preguntas, eso es todo.

Zerbrowski aún seguía sonriendo. La sonrisa ni siquiera se veía tensa.

Yo no estaba intentando sonreír, no me daba la gana.

—¿Qué tipo de preguntas? —preguntó.

Le dije:

—Del tipo de usted cruzando el río hacia un club de strippers, cuando sé que es un maldito hecho que Malcolm les ha ordenado a todos que permanezcan lejos de mierda como esa. —Ahora estaba sonriendo, pero era una sonrisa de la forma en que un destello de los dientes era una sonrisa. A veces era una sonrisa y, a veces no lo era. Ponga su mano cerca de la boca del perro y averígüelo.

Benchely parecía no querer saber. Pareció despierto, despierto ahora y casi asustado. Se lamió los labios finos y dijo:

—¿Vas a decírselo a Malcolm?

—Eso depende de su grado de cooperación —dijo.

—Lo qué quiere decir la Comisario Blake, es que si tenemos suficiente información de usted, no habrá necesidad de darle problemas al cabeza de la Iglesia de la Vida Eterna. —Zerbrowski aún estaba sonriendo y agradable. Supongo que era la policía mala por el día. Funcionaba para mí.

—Sé lo que quiere decir —dijo el vampiro. Se movió a un lado de la puerta abierta y se cuidó de mantener las manos donde pudiéramos verlas. Jack Benchely, humano, tenía un registro. Cosas de menor importancia. Unas pocas borracheras y desordenes, un cargo por asalto que comenzó como una llamada de violencia doméstica. Nada demasiado serio, y todo esto envolviendo demasiadas bebidas y no suficiente sentido común.

Cuando estuvimos dentro, cerró la puerta y se dirigió al sofá. De una mesa de café en la que había casi tanta basura como en el asiento trasero del coche de Zerbrowski, sacó un cigarrillo y un encendedor. Lo encendió sin preguntar si nos importaba. Qué grosero.

No había más sillas en la sala, así que nos quedamos de pie. Una vez más, que grosero. Aunque el lugar estaba tan sucio que no estaba segura de que hubiera tomado asiento si lo hubiera ofrecido. Había tanto alboroto que esperaba oler rancio, pero no. Olía como el interior de un cenicero, pero eso no era lo mismo que sucio. He estado en casas que parecían impecables, pero aún apestaban a cigarrillos. Ser una no fumadora, no hacía a mi nariz insensible a esto. Tomó una gran calada del cigarrillo e hizo que el extremo brillara. Dejó que el humo se volcara a través de su nariz y las comisuras de la boca.

—¿Qué quieren saber?

—¿Por qué dejaste el Sapphire temprano anoche? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Fue después de las once. No llamaría a eso temprano.

—Muy bien, ¿por qué te fuiste cuando lo hiciste?

Me miró, entornó los ojos mientras el humo brotaba por delante de ellos.

—Fue aburrido. Las mismas chicas, los mismos actos. —Se encogió de hombros—. Juro que las strippers eran más divertidas cuando podía beber.

—Lo apuesto —dije.

Zerbrowski dijo:

—¿A qué hora te fuiste exactamente?

Benchely respondió. Le hicimos las preguntas de costumbre. ¿A qué hora? ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Había alguien en el estacionamiento que pudiera verificar que se metió en su camioneta y no permaneció en el estacionamiento?

—Permanecer —dijo Benchely, y se rió. Se rió lo bastante fuerte para mostrar los colmillos. Los colmillos estaban tan amarillos por la nicotina como el resto de sus dientes—. No me quedé, oficial. Solo salí.

Debatí sobre si podría decirle que apagara su cigarrillo, en su propia casa, y si lo haría si se lo pedía. Si se lo ordenaba y no lo hacía, nos veríamos débiles. Si agarraba el cigarrillo y lo aplastaba, sería una matona. Traté de contener la respiración y esperar a que lo terminara pronto.

Tomó otra saludable calada del cigarrillo y habló con el humo saliendo de su boca.

—¿Qué hice señorita? ¿A uno de los otros vampiros se le fue la mano con una bailarina? ¿Uno de los otros miembros destacados de la iglesia trató de acusarme por esto?

—Algo así —dije suavemente.

Sacó un cenicero del caos. Era uno más antiguo, de cerámica color verde pálido, con los lados hacia arriba y una bandeja con boquillas de cigarrillos en el medio, como dientes cansados. Apagó su cigarrillo y no trató de ocultar que estaba enfadado. O tal vez cinco años muerto no era tiempo suficiente para aprender a esconderlo bien. Tal vez.

—Infiernos, fue Charles, ¿no?

Me encogí de hombros. Zerbrowski sonrió. No habíamos dicho que sí, no habíamos dicho que no. Sin comprometernos, esos éramos nosotros.

—Es un miembro de su maldito club, ¿les dijo eso?

—No de forma voluntaria —dije.

—Apuesto a que no lo hizo. Malditos hipócritas, todos ellos. —

Recorrió sus manos por el pelo, hizo que el espesor de este lo levantara aún más—. ¿Les dijo que es el que me reclutó para la maldita iglesia?

Luché contra la urgencia de compartir una mirada con Zerbrowski.

—No mencionó eso —dijo Zerbrowski.

—He tratado de dejar de beber. Lo he intentado sólo, doce pasos, lo que sea, lo probé. Nada funcionaba. He perdido dos esposas, más trabajos de lo que puedo contar. Tengo un hijo que tiene casi doce años. Hay una orden judicial contra mí para verlo. ¿No es eso una cosa del infierno, a mi propio hijo?

Zerbrowski estuvo de acuerdo en que era una cosa del infierno.

—Moffat fue al club una noche. Lo hizo sonar tan fácil. Tendría que dejar de beber, porque no podía beber más. Simple. —Tomó otro cigarrillo.

—¿Puede esperar hasta que nos hayamos ido para eso? —pregunté.

—Es el último vicio que tengo —dijo. Sin embargo, metió el cigarrillo de nuevo en su paquete. Mantuvo el encendedor en la mano, jugando con él, como si incluso eso fuera un consuelo—. Soy lo que mi consejero llama una personalidad adictiva. ¿Saben lo que eso significa, oficiales?

—Significa que si no puedes beber, tienes que ser adicto a algo —dije.

Sonrió, y realmente me miró por primera vez. No sólo como si fuera un policía que viniera a molestarlo, sino como si fuera una persona.

—Sí, sí, a mi consejero no le gusta esa definición, no señor no le gustaría. Pero sí, esa es la verdad. Algunas personas tienen suerte, y son simplemente adictos a la bebida o al tabaco, o a lo que sea, pero para aquellos de nosotros que somos adictos a la adicción, haríamos cualquier cosa.

—La lujuria de sangre —dije.

Se rió de nuevo, y asintió con la cabeza.

—Sí, sí, no puedo beber licor, pero todavía puedo beber. Todavía me gusta beber.

Golpeó el encendedor contra la mesa, y tanto Zerbrowski como yo saltamos. Benchely no pareció darse cuenta.

—Todos piensan que tienes que ser lindo cuando eres cambiado. Que tienes que ser suave y agradable con las damas sólo porque tienes un par de colmillos.

—Consigues la atención con los colmillos —dije.

—Sí, puedo engañarlos con mis ojos, pero legalmente eso no es un alimento dispuesto. —Miró a Zerbrowski como si representara a todas las

leyes que lo habían presionado durante toda su vida—. Si utilizo trucos vampiros, y ella sale de allí gritando fuerte, estoy muerto. —Me miró, y no fue exactamente una mirada hostil—. Se considera asalto sexual, como si yo en la cita le pusiera una droga para violarla. Pero soy un vampiro, y no habría juicio. Ellos me entregarían a usted, y usted me mataría.

No estaba segura de que quería decir con eso. Era cierto, aunque habían modificado la ley así que tenía que haber algo más que una mirada inducida por tomar sangre para ejecutar a alguien. Eso es lo que llamaban, la mirada inducida por la extracción de sangre. La extrema derecha se estaba quejando que era dejar a los depredadores sexuales sueltos en nuestras comunidades. La extrema izquierda no quería llegar a un acuerdo con la extrema derecha, por lo que habían ayudado a empujar para el cambio en las leyes. A aquellos de nosotros que estábamos en el medio no nos gustaba la idea de una sentencia de muerte siendo publicada por la afirmación de una cita quien se despertaría a la mañana siguiente con un caso grave de remordimiento del comprador.

—No tengo el dinero para despilfarrar como tienen los diáconos de la iglesia, —estaba diciendo Benchely—. Tengo que conseguir una mujer que done su sangre a través del glamour —dijo la última palabra como si fuera una maldición—. Sé que beber arruinó mi vida, pero soy un infierno mucho más encantador cuando sólo he bebido un par de copas.

—Eso no es cierto por lo general —dije.

Me miró.

—¿Qué es lo que no es cierto?

—Una gran cantidad de borrachos creen que son borrachos encantadores, pero no lo son. Confía en mí. He sido la única abstemia en muchas fiestas. No hay nada encantador en un borracho, excepto tal vez otro borracho.

Estaba sacudiendo la cabeza.

—Tal vez, pero todo lo que sé es que estoy reducido a la alimentación fuera de la iglesia. La iglesia hace que el tomar sangre sea tan soso como pueda. Algo que debería ser mejor que el sexo, y te hace sentir como si estuvieras en uno de esos lugares donde sólo se recibe la comida después de haber escuchado el sermón. Esto hace que la comida sepa mal. —Tomó su encendedor una vez más, dándole vueltas y vueltas en sus manos, hasta que el dorado del mismo se arremolinó en la penumbra, brillando—. Nada sabe bien cuando te tienes que tragar tu orgullo con esto.

—¿Estás diciendo que Moffat, un diácono de la iglesia, tergiversa lo que la vida debería ser después de que te conviertes en vampiro? —Traté de sonar tan casual con la pregunta como podía hacerlo.

—Tergiversado, no exactamente. Más bien como que me dejó llegar a creer en todas las cosas de los libros y las películas, y cuando hablaba sobre esto y de cómo sería de esa manera, no me decía lo contrario. Pero es diferente, en realidad es diferente.

Si fueras de la línea de Belle Morte pasarías la eternidad con la gente haciendo fila para donar. Si fueras de algunos de los linajes que dieron poder, pero no belleza o atractivo sexual, entonces, en un país donde el uso de trucos vampiros era ilegal, estabas jodido. El único vampiro que conocía bien que era descendiente de una línea como esa era Willie McCoy. Nunca me había preguntado lo que Willie, con sus trajes feos y corbatas más feas y su cabello peinado hacia atrás, hacía para alimentarse. Tal vez debería haberlo hecho.

La Iglesia de la Vida Eterna no prometía mucho más de lo que la mayoría de las iglesias prometían, pero podías unirse a los Luteranos, y si no te gustaba, podías abandonar. Unirse a la Iglesia de la Vida Eterna como miembro pleno significaba nunca ser capaz de hacer nada sobre los remordimientos que puedas tener.

Zerbrowski nos metió de nuevo en pista.

—¿No vio a nadie en el estacionamiento que pueda confirmar cuando dejó el Sapphire?

Negó con la cabeza.

—¿Olió algo?

Aquellos ojos lavados vacilaron hacia mí. Frunció el ceño.

—¿Qué?

—No viste nada, ni a nadie, pero la vista no es la única entrada sensorial que tienes.

Frunció el ceño aún más.

Me agaché para poder encontrarme con él cara a cara. Me habría arrodillado, pero no quería tocar la alfombra con nada más excepto mis zapatos.

—Eres un vampiro, Benchely, una sanguijuela, un depredador. Si fueras humano te habría preguntado lo que viste, o escuchaste, pero no eres humano. Si no viste ni oíste nada, ¿qué oíste? ¿Qué sentiste?

Se veía positivamente perplejo.

—¿Qué quieres decir?

Negué con la cabeza.

—¿Qué hicieron, te hicieron vampiro, y luego no te enseñaron nada de lo que eres?

—Somos los hijos eternos de Dios —dijo.

—¡Gilipolces, un huevo de gilipolces! No sabes lo que eres, o lo que podrías ser. —Quería agarrarlo por los hombros y sacudirlo. Tenía cinco años muerto. No creía que estuviera involucrado, pero había caminado a través de ese maldito estacionamiento cerca del momento del asesinato. Si no hubiera sido semejante lamentable excusa para los no-muertos, podría haber sido capaz de ayudarnos a atrapar a los malos.

—No entiendo —dijo, y le creí.

Negué con la cabeza.

—Necesito aire.

Fui a la puerta, dejando a Zerbrowski murmurar:

—Gracias por su ayuda, Sr. Benchely, y si recuerda algo, llámenos. —Estaba en el pasillo de cemento, respirando todo el aire de la noche que podía, cuando Zerbrowski vino a buscarme.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó—. ¿Sólo decidiste dejar de interrogar a un sospechoso?

—Él no lo hizo, Zerbrowski. Es malditamente demasiado lastimoso para haberlo hecho.

—Anita, escúchate a ti misma. Eso no tiene sentido. Sabes tan bien como yo que los asesinos pueden hacerte sentir lástima por ellos. Algunos de ellos se especializan en la piedad.

—No significa que sentí lástima por él, quiero decir que es un vampiro malditamente demasiado lastimoso para haberlo logrado.

Zerbrowski me frunció el ceño.

—Me he perdido.

No estaba segura de cómo explicarlo, pero lo intenté.

—Es bastante malo que lo dejaran creer que convertirse en un vampiro arreglaría todo lo que estaba mal con su miserable vida, pero luego lo mataron. Tomaron su vida mortal, pero han hecho todo para dejarlo inválido como un vampiro.

—Dejarlo inválido, ¿cómo?

—Cualquier vampiro que conozco se habría dado cuenta de cosas, Zerbrowski. Ellos son como este depredador hiper concentrado. Los

depredadores se dan cuenta de las cosas. Benchely puede tener colmillos, pero todavía cree que es una oveja, no un lobo.

—¿De verdad queremos que cada miembro de la iglesia sea un buen depredador?

Apoyé la espalda contra la barandilla.

—No es eso. Es que le quitaron su vida y no le dieron otra. No es mejor de lo que era antes.

—No ha sido arrestado más por beber y por desórdenes.

—¿Y cuánto tiempo pasará antes de que no pueda soportarlo más y use su mirada en alguien, beba su sangre, y lo golpee? Se despiertan y deciden que fueron abusados. No es un vampiro lo suficientemente bueno para ellos no para despertar y arrepentirse.

—¿Qué quieres decir que no es un vampiro lo suficientemente bueno? Anita, lo que dices no tiene sentido.

—No sé si esto tendrá sentido para ti, Zerbrowski, pero he visto el verdadero asunto. Son terribles, o pueden serlo, pero son como ver un tigre en el zoológico. Son peligrosos, pero tienen una belleza en ellos, incluso los que no son de una línea de sangre que los hace más guapos después de la muerte, incluso los que tienen una especie de poder para ellos. Una cierta mística, o un aura de confianza, o algo así. Tienen algo que a cada miembro de la iglesia con los que hemos hablado desde anoche le hace falta.

—Lo digo, de nuevo, ¿queríamos que fueran poderosos y misteriosos? ¿Eso no sería malo?

—Para detener el crimen y mantener la paz, sí, pero Zerbrowski, la iglesia le dice a estas personas que se dejen matar. ¿Asesinado por qué? He tratado de decirle a la gente que no se una a la iglesia durante años, pero realmente no he hablado con muchos de los miembros una vez que no pude salvarlos.

Me miraba divertido. Supongo que no podía culparlo.

—Aún crees que los vampiros están muertos. Estás saliendo con uno, y todavía crees que están muertos.

—Jean-Claude no ha hecho un nuevo vampiro desde que llegó a ser Maestro de la Ciudad, Zerbrowski.

—¿Por qué no? Quiero decir, es considerado legal ahora, no asesinato.

—Creo que está de acuerdo conmigo, Zerbrowski.

Me frunció más el ceño, quitándose sus gafas, se frotó el puente de la nariz, se las puso de nuevo, y sacudió la cabeza.

—Sólo soy un simple policía, y me estás poniendo dolor de cabeza.

—Simple mi culo. Katie me contó lo de tu doble especialización en orden público y filosofía. ¿Qué clase de policía tiene una licenciatura en filosofía?

Me miró como de lado.

—Si se lo dices a alguien más lo voy a negar, diré que dormir con los muertos vivientes te ha hecho alucinar.

—Confía en mí, Zerbrowski, si alucinara, no sería acerca de ti.

—Ese es un golpe bajo, Blake, ni siquiera estaba metiéndome contigo.

—Su teléfono móvil sonó. Lo abrió, sin dejar de sonreír por mi golpe bajo —. Zerbrow... —Nunca llegó a terminar su nombre, antes de que su sonrisa se desvaneciera—. Dilo de nuevo, Arnet, más lento. Mierda. Estamos de camino. Saca los artículos Santos. Brillarán si el vampiro está cerca. —Empezó a correr, mientras giraba el teléfono cerrado. Corrí con él.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Hicimos ruido en las escaleras antes de responder.

—Mujer muerta en la escena. Vampiro desaparecido. El apartamento parece vacío.

—¿Parece? —dije.

—Los vampiros son bastardos difíciles —dijo.

Habría discutido, si hubiera podido. Pero como no pude, guardé mi aliento para correr y alcanzar a Zerbrowski en su coche. Si ambos no hubiéramos tenido miedo de lo que íbamos a encontrar cuando llegáramos a la escena, me habría burlado de él por eso.



El apartamento era el más agradable en el que había estado. Estaba limpio y ordenado eso tendría contenta hasta a mi madrastra, Judith. Bueno, a excepción de la mujer muerta en la alfombra y la sangre en el pasillo que conducía al dormitorio. Aparte de eso, el apartamento parecía recién lavado.

Sé por ahora que el asesinato había ocurrido en el mejor de los barrios. Sé a ciencia cierta que la economía, limpieza, o la amabilidad no eran barreras a la violencia. Ya lo sé, porque he visto los cadáveres de algunas de las mejores casas. Todo el mundo quiere creer que la violencia sólo sucede en lugares horribles, donde hasta a las ratas les da miedo ir, pero no es cierto. No pensé en hacerme ilusiones en dejar el asesinato y a los asesinos, pero estaba equivocada. Porque lo primero que pensé cuando vi que aseado y pulcro, y bien decorado apartamento con la mujer muerta sobre la alfombra, el cuerpo se habría insertado mejor en el apartamento de

Jack Benchely. Infiernos, podría haber ocultado su cuerpo en los escombros, o debajo de la mesa de café.

El cuerpo quedó tan cerca de la puerta que había tenido que mover el brazo sólo para abrir la puerta lo suficiente como para dejar que Arnet y Abrahams entraran en su interior. Abrahams había sido transferido de delitos sexuales. Le miré a través del cuarto, de pie cerca de la cocina limpia, brillante. Era alto y delgado, con pelo oscuro y una tez aceitunada. El marrón parecía ser su color favorito, porque nunca le había visto cuando no lo llevaba puesto. Estaba hablando con Zerbrowski, que estaba tomando notas.

Hasta ahora no había aprendido que tuviera que tomar notas. Tal vez era porque el cuerpo estaba tirado a nuestros pies. A los de Arnet y míos. Los cadáveres pueden ser un tapón de conversación real. El cuerpo estaba sobre su estómago, con las piernas ligeramente separadas, con una mano, hacia la puerta, el otro brazo doblado de nuevo hacia donde estaba, Arnet se movió cuando abrió la puerta. Arnet estaba a mi lado, mirando el cuerpo. Se veía un poco pálida en los bordes. Tal vez era sólo la falta de maquillaje, pero no lo creía. Tenía en realidad un poco de maquillaje de ojos y lápiz labial pálido. Pero sus ojos estaban un poco grandes, y su pálida piel en contra con su oscuro pelo corto. No como pálida de contraste, sino pálida como si yo estuviera lista para agarrar su codo en caso de que ella comenzara a desmayarse sobre el cuerpo.

Quería preguntarle si estaba bien, pero no le pregunté eso a los policías, así que traté de hacerla hablar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunté. Saltó y se volvió sobresaltada con los ojos hacia mí. Se vio seriamente asustada.

—¿Por qué no salimos y tomamos aire? —dije. Ella negó con la cabeza, y supe que era terca cuando la vi, así que no discutí.

—Vi sangre debajo de la puerta, o lo que estaba casi segura que era sangre.

—Entonces, ¿qué?

—Pedimos refuerzos, y pateamos la puerta.

—Tú y Abrahams —dije. Asintió con la cabeza.

—La puerta rebotó en el brazo, pero no sabíamos que era ella hasta que empujamos la puerta. Me agaché, y me puse de rodillas en el suelo, así que la vi primero. Vi que estábamos tratando de empujar la puerta a través de ella. —Su voz tembló un poco al final.

—Vamos a la cocina, ¿de acuerdo?

—Estoy bien —dijo, y se enfadó de repente—. ¿Por qué piensas que eres la única mujer que puede manejar este tipo de mierda? —Levanté las cejas, pero no dije nada durante un conteo de cinco. No estaba loca, no estaba segura de qué decir. Finalmente traté con la verdad.

—No soy la que está pálida y parece a punto de desmayarse.

—No me voy a desmayar —susurró. Susurrar enfadada siempre sonaba muy mal.

—Muy bien, entonces nos quedaremos aquí.

—Bien —dijo, todavía enfadada. Me encogí de hombros, extraño que no estuviera enfadada.

—Muy bien. Comprobaste a la mujer, descubriste que estaba muerta y, luego...

—Ya sabes, no tengo que informarte. No eres mi jefe. —Eso fue todo.

—Mira, Arnet, si tienes una queja personal conmigo, está bien, tienes una queja personal conmigo, pero no en su tiempo. —Señalé al cuerpo.

—¿Qué quieres decir, su tiempo? Está muerta. No tiene más tiempo.

—Y una mierda. Estamos en su moneda de diez centavos en este momento. Este es su asesinato, y la captura del hijo de puta que le hizo esto para ella es más importante que cualquier otra cosa en este momento. Me estás obstaculizando y estás actuando como una maldita novata y eso sólo le da más tiempo para esconderse. No queremos que huya. Queremos que sea capturado, ¿verdad? —Asintió con la cabeza.

—No estoy actuando como una novata.

Suspiré.

—Me disculpo por eso, y si quieres discutir, podemos discutir, pero después, cuando no estamos perdiendo un tiempo valioso, cuando no estamos perdiendo su tiempo.

Arnet miró el cuerpo de nuevo, sobre todo porque le señalé de nuevo. Tal vez fue demasiado dramático, pero ya pasé un tiempo peleando con Dolph en escenas de crímenes, y no necesitaba otra prima donna en mis manos. Asesinato en primer lugar, lo personal después, así tenía que ser el orden de las cosas, o está perdido tu tiempo. Zerbrowski fue detrás de ella. Me di cuenta de que andaba hacia acá, pero no creo que Arnet lo hiciera.

—Sal, Arnet, toma un poco de aire —dijo, sonriendo, tratando de tomar algo del ardor.

—Soy un detective en este equipo, ella no lo es. —Me señaló con el

pulgar.

—Sal, fuera, ahora —dijo Zerbrowski, y su voz había perdido todos los rasgos de compañerismo y de alegría. Arnet se quedó mirándolo—. Si tengo que decirte otra vez que salgas, Arnet, no será sólo para tomar aire.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, y sus manos comenzaron a temblar. Estaba tan enfadada que estaba temblando. ¿Qué demonios había hecho yo para hacerla enfadar? ¿Se trataba de Nathaniel? Infiernos, nunca lo había dicho. No le conocía antes de que él ya estuviera viviendo conmigo.

—¿Quieres estar fuera de este caso? —preguntó Zerbrowski, en voz baja y de repente no se parecía en nada a la voz de Zerbrowski.

—No —dijo ella, y parecía sombría, pero sorprendida, como si no hubiera sabido que tenía una voz así. Yo tampoco. La miró, fue una mirada que coincidió con la nueva voz.

—Entonces, ¿qué debes hacer? —Abrió y cerró la boca hasta que sus labios fueron una delgada línea rosa. Giró sobre sus tacones de dos pulgadas y se marchó. Zerbrowski suspiró y me frunció el ceño.

—¿Qué le hiciste a Arnet?

—¿Yo? Nada. —Se quedó mirándome—. Lo juro, no hice absolutamente nada contra ella.

—Katie dice que Arnet se enfadó bastante por algo que dijiste en la boda.

—¿Cómo sabe Katie que estaba enfadada? —Su mirada se puso muy estrecha.

—Le dijiste algo, ¿no? —Abrí la boca, la cerré y bajé la mirada hacia el cuerpo.

—Estamos perdiendo el tiempo con toda esta mierda personal —dije. Bueno, tampoco no había querido hablar de mi situación con mis novios con Zerbrowski, pero en realidad tenía un asesino que atrapar.

—Cierto, pero cuando esto se resuelva, solucionarás las cosas entre tú y Arnet.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque no estás tan enfadada con ella —dijo, y su rostro era tan prosaico como sus palabras. Quería discutir con la lógica, pero cuando pasó el tiempo, tenía sentido.

—Haré lo que pueda. ¿Qué te dijo Abrahams?

—Arnet vio la sangre debajo de la puerta. Pidieron refuerzos y

entraron. Buscó en la casa y no encontró a una Avery Seabrook. La cama estaba deshecha, y el rastro de sangre parece empezar en la cama.

—No en el dormitorio, pero sí en la cama —dijo. Él asintió con la cabeza.

—¿Tenemos una identidad sobre ella? —Es curioso, no preguntó a cuál «ella» me referiría.

—Su bolso está junto a la cama con su ropa cuidadosamente doblada. Sally Cook, de veinticuatro años, 5 pies de alto, y nunca creas el peso en el permiso de conducir de una mujer.

—Sí, las mujeres mienten sobre el peso, pero los hombres agregan una pulgada a su altura. —Me sonrió.

—La mayoría de nosotros simplemente no somos lo suficientemente inteligentes como para recordar la altura que tenemos. —Sonreí y me resistí a la tentación de darle un puñetazo en el hombro. Podía tener ese efecto en mí, incluso en las escenas de un asesinato.

—Me di cuenta de que moviste y tocaste el cuerpo cuando lo mirabas. Has desordenado nuestro patrón de sangre.

—No estaba moviéndolo, y le toqué todo lo poco que pude. Pero sé por qué empezó a sangrar, por lo menos parte del por qué.

—Habla —dijo, estaba empezando a sonar como Dolph. No es algo malo, sólo un poco desconcertante.

—Tiene un mordisco parcial en la parte interior del muslo. Parece que perforó su femoral.

—¿Por qué dijiste «parcial» marca de mordisco? O la mordió un poco, o no lo hizo. —Me encogí de hombros.

—Le mordió, pero parece casi como si empezara, luego, ya sea que ella se apartó, o él no pudo terminar. A falta de una mejor analogía, es como ser mordido por una serpiente. Si no es venenosa, es mejor no sacudirla para apartarla. Los colmillos de un vampiro no arqueados tanto como la mayoría de los dientes de serpiente, pero aun así, si se tira bruscamente, te vas a cortar peor a ti mismo que si dejas que te muerda y trata de terminar, con una especie de suavidad.

—Es el instinto de alejarse de algo que te está mordiendo, Anita.

—No estoy discutiendo, Zerbrowski, sólo estoy diciendo que no es una buena idea. Te vas a hacer daño.

—Así que la mordió, ella se apartó, y eso rompió su femoral. ¿Estás diciendo que no tenía intención de matarla? —Me encogí de hombros.

—Estoy diciendo que uno puede desangrarse por su femoral en unos veinte minutos, quizás menos. La mayoría de la gente no entiende eso.

—Anita, no me hagas esto.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—Me guardó lo mejor para el final. Consiguió un pequeño caso allí con lo que tan segura como el infierno se parece a un equipo de stripper para mí. Todo hilos y no mucho más. Si era una stripper, tenemos a uno de nuestros vampiros. Pero estar aquí de pie me dice que no tenía intención de matarla. Si eso es cierto, entonces no es uno de nuestros chicos. Estoy en el proceso de conseguir una orden de ejecución para su trasero. No me gustaría tener que matar a la persona equivocada. —Negué con la cabeza.

—Fue el responsable de su muerte, Zerbrowski. El camino es la ley escrita, está muerta de cualquier modo. Si él es parte de nuestro equipo de asesinos en serie, está muerto. Si ha cortado accidentalmente su femoral y, o bien no sabía lo suficiente como para llamar al 911, o tuvo pánico, o tal vez el amanecer lo sorprendió antes de que pudiera terminar. No importa lo que pasó, por accidente o planeado. La ley dice que es un asesinato, cuando un vampiro mata a un ser humano con su mordisco. No hay cargos de homicidio, si eres un vampiro. —Zerbrowski me miró, y sus ojos estaban muy serios detrás de su montura de gafas de alambre.

—Crees que fue un accidente, ¿no? —Me encogí de hombros de nuevo.

—Si tenía la intención de rasgar su fémur, creo que el mordisco sería diferente, más agresivo. He visto a un montón de vampiros matar, Zerbrowski, muchos. Esto parece un vampiro nuevo, uno muy nuevo, que no sabe cómo utilizar sus colmillos todavía. Alguien que tiene dos años muerto no debe cometer errores como este.

—Así que lo hizo a propósito.

Suspiré.

—Estoy comenzando a preguntarme qué tipo de poca educación están recibiendo los vampiros en la Iglesia de la Vida Eterna.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que pensaban que su sistema de tutoría era en su mayoría como la de los cambiaformas que conozco. Enseñar a los novatos cómo cazar, cómo matar, de una forma limpia y eficiente.

—¿Tienes que confesar algo de tus amigos peludos? —preguntó, y no estaba suficientemente sonriendo por el comentario, no para mi tranquilidad.

—Los animales, Zerbrowski, los animales. Jean-Claude no ha traído a nuevos vampiros desde que he estado pendiente de él, pero he visto otros vampiros que tienen alrededor de dos años muertos, y no son novatos. No somos expertos, pero esto es un error de novato. ¿Recuerdas cuando Jack Benchely dijo que conseguían a las víctimas vampiros, pero que lo hacían limpio y ordenadamente, y no divertido?

—Sí.

—¿Qué pasa si se alimentan de la femoral, la cara interna del muslo, que se considera demasiado tabú, demasiado sexual para la iglesia para enseñarlo a sus miembros?

—¿Qué quieres decir?

—Conoces la teoría de que si no les hablamos a los adolescentes del sexo no van a pensar en ello por su propia cuenta.

—Sí —dijo, y sonrió y negó con la cabeza—. Hablando como alguien que una vez fue un adolescente, y que un día tendré a dos adolescentes en mis manos, es una buena teoría, pero no funciona de esa manera.

—Sí, lo sé, ¿pero y si la iglesia es como la extrema derecha? Si no hablas de eso, o le dices al nuevo vampiro algo de las cosas sucias, no lo van a hacer, o lo pensará por su cuenta.

—La alimentación de la parte interna del muslo es demasiado como el sexo oral para la iglesia —dijo, y no hubo bromas en su voz cuando lo dijo. Estaba trabajando, pensando. Asentí con la cabeza.

—Exactamente.

—Pero Avery, nuestro vampiro era bastante nuevo, lo pensé, y lo intentó, pero no sabía lo que estaba haciendo.

—Sí, y porque no había tenido información, no sabía lo peligroso que podía ser. Es como los niños que nacen de las embarazadas de secundaria, ya que utilizaban las envolturas de dulces de barras como condones. —Zerbrowski me miró.

—¿Es una broma?

—Lo juro por Dios, no me lo estoy inventando. El punto es que si no se educa al vampiro recién aparecido, al igual que al adolescente emergiendo, terminan haciendo mierdas estúpidas. Cosas peligrosas que llegan a ellos o a otros, asesinados o heridos. La ignorancia no es felicidad cuando se trata de educación sexual básica, o comenzar con las donaciones de sangre para los vampiros. La ignorancia hace que te maten en ambos casos. —Miró hacia abajo al cuerpo.

—Encaja en el perfil físico de la primera víctima. Si ignoramos la diferencia de altura, es rubia, incluso, se inscribe en los tres VICS.

—Pero ésta no es una rubia natural. —Zerbrowski me frunció el ceño.

—No me refiero a eso, me refiero a lo que sus raíces están mostrando. Realmente no lo comprobé de cerca, pero parece que se ha afeitado todo, o tenía muy poco pelo en el cuerpo para empezar. Una gran cantidad se strippers se afeitan.

—Al igual que tu nuevo novio —dijo, su voz era suave, pero sus ojos no lo eran. Negué con la cabeza.

—Maldición. No es asunto tuyo, Zerbrowski.

—Os estabais moviendo muy cómodos en la pista de baile, pero está viviendo contigo ahora, ¿no?

—Alguien habla demasiado.

—Hey, soy un detective de formación, detecté que estás viviendo con un bailarín de striptease que, ¿siete años más joven que tú?

—Como el detective a cargo de esta escena, ¿no deberías resolver este asesinato?

—Estoy pensando. Molestar siempre me ayuda a pensar.

—Me alegra oír que eso te inspira. ¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando en que quiero hablar con Avery Seabrook antes de que sea ejecutado. Si es parte de los otros asesinatos, quiero los nombres de sus amigos. Si lo hizo por accidente, entonces creo que tenemos que saberlo, también. Si tienes razón, y la iglesia no está enseñando a los vampiros lo básico de seguridad 101 a sus miembros, entonces tenemos a cientos de potenciales muertes accidentales caminando por ahí esta noche. Eso no es bueno.

—Legalmente, no podemos hacer nada para obligar a la iglesia a cambiar sus métodos de enseñanza. Separación de Iglesia y Estado, y todo eso. —Asintió con la cabeza.

—Yo no puedo, y la mariscal Federal Blake puede que tampoco, pero Anita Blake, la amante del Amo de la Ciudad, podría.

—¿Estás animándome a animar a alguien más para ejercer una presión indebida en un miembro respetable de la comunidad?

—¿Yo dije eso? —Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Mi dolor de cabeza —dijo él—, me rindo. ¿Cómo diablos cogemos a un vampiro y lo capturamos para ser interrogado sin que nadie salga

muerto?

—Lleva tan sólo dos años muerto, Zerbrowski. No es tan grande y malo. —Miró el cuerpo.

—Que se lo digan a ella. —Tenía razón.

—Si esto fue un accidente, entonces puede estar, apenas puede estar, huyendo hacia la iglesia al santuario o a la absolución, o lo que sea.

—¿Y si no fue un accidente?

—Entonces se va a ir a descansar hasta unirse con sus amigos asesinos, y no tengo ni idea de por dónde empezar a buscarlo. Sabemos que su lugar de caza está al otro lado del río, en los clubes. —Zerbrowski asintió con la cabeza.

—El alguacil Christopher, que te conoce, está poniendo todos sus hombres en estado de alerta. La policía estatal está ayudando, tratando de mantenerlo desapercibido.

—No vamos a mantenerlo fuera de los medios de comunicación por mucho más tiempo. —Se encogió de hombros.

—Lo sé.

—Así que si personas adicionales patrullan los clubes, entonces podemos echar un vistazo a la otra teoría.

—La iglesia —dijo. Asentí con la cabeza.

—Voy a hablar con Abrahams, dejarle saber lo que pasa. Sal y haz las paces con Arnet.

—Zerbrowski...

—Hazlo, Anita, no tengo tiempo para cuidar las contiendas. Tienes menos de cinco minutos para arreglar esto. Saldría y empezaría si fuera tú. —Tenía ese tono extraño anti Zerbrowski en su voz de nuevo. No hostil, pero sin dar lugar a debates. Era una voz que esperaba ser obedecida, y extrañamente, lo hice. Por lo menos salí a la calle. No tenía ni idea de cómo arreglar las cosas con Arnet. No se puede arreglar algo hasta saber qué es lo que está roto. No podía creer que estuviera enfadada por no ser capaz de salir con Nathaniel, y si no era eso, no tenía ni idea. Sin embargo, otra relación interpersonal de la que no tenía ni idea. ¿Se trata sólo de mí, o las personas son realmente confusas?



Miré por la puerta parcialmente abierta y no vi a Arnet. Había muchos agentes uniformados, vestidos de civil, y el equipo completo con médico forense a la espera de llevarse el cuerpo. Todavía estábamos esperando al laboratorio criminalístico, la CSU. Era raro para mí llegar a la escena tan pronto. Me quité los guantes con sangre en la puerta, pero nadie había puesto una bolsa de basura para los desechos. Terminé por sujetar los guantes con las puntas de los dedos por un borde limpio. Torpe, pero no podía dejarlos caer.

El último detective en nómina del RPIT rodeó el marco de la puerta con una abierta, pero vacía bolsa de basura en sus manos enguantadas. Su nombre era Smith y lo había conocido una vez en la escena del crimen hace mucho tiempo cuando estaba de uniforme. Había sido en realidad al principio de conocer a Nathaniel.

Smith había estado lo suficientemente cómodo con el licántropo que lo

recordaba. Lo recordaba lo suficiente como para decírselo a Dolph. Al parecer, Dolph lo había recordado, también. Al ver a Smith vestido de civil me recordó que Dolph realmente no lo pensaba. Yo era mala, y hasta puede ocurrir que todavía valorasen mi opinión.

Me sonrió.

—Parece que llegué justo a tiempo. —Acercó la bolsa abierta para que pudiera dejar caer los guantes.

Le devolvió la sonrisa.

—Justo a tiempo.

Zerbrowski gritó:

—¡Smith!

Smith se acercó a Zerbrowski con la bolsa en sus manos. Era el más reciente en el escuadrón de detectives, y eso significaba que esa era su versión de un gruñido. No era tan malo como ser un novato uniformado, pero seguía siendo el hombre en la parte baja del tótem. Salí a la calle sin esperar para ver qué quería Zerbrowski de Smith. No era mi problema. No, mi problema estaba esperando afuera.

De hecho, Arnet me espera en alguna parte en el pasillo con todo el personal adicional, pero no era novata. Bajé las escaleras y salí un poco por las puertas de vidrio de la entrada. Ella había hecho caso a Zerbrowski literalmente, o tal vez realmente necesitaba aire. La noche de octubre era suave, más caliente que la noche anterior, pero aún lo suficientemente fría como para sentirse como en otoño. Por el aire sabía que era hora de ir a algún sitio y recoger las manzanas.

Arnet estaba sentada en la acera. La luz halógena era lo suficientemente brillante para que su traje de pantalón todavía se viera del mismo tono de color borgoña marrón que había sido en el apartamento. Había un aspecto enfermizo en el color, pero destacaba algo en su pelo corto, que no se veía como cuando se vestía de negro o azul marino. Tenía sus brazos alrededor de sus rodillas, no exactamente apretados, pero obviamente no era feliz, incluso desde la distancia.

Tomé una respiración profunda, y la dejé salir, y seguí caminando hacia ella. No quería hacer esto. Me detuve en seco delante de ella, y le dije:

—¿Está ocupado este asiento? —Se sobresaltó y me miró. Se frotó la cara, tratando de ocultar las lágrimas.

—Oh, muy bien —dijo—, simplemente genial. Me pillas llorando. Ahora pensarás que realmente soy una perdedora.

No había dicho que pudiera sentarme, pero tampoco había dicho que no pudiera. Me decidí a tomar asiento, y me senté. Lo suficientemente cerca como para hablar en privado sin ser oídas, pero no tan cerca que invadiera su espacio personal más de lo que podía evitar. Sentada en la acera, estaba contenta de estar vestida con jeans, zapatos deportivos, y una camiseta. Estas son ropas perfectas para sentarse en el bordillo.

—¿Qué pasa, Arnet? —pregunté.

—Nada.

—Muy bien, ¿por qué estás enfadada conmigo?

Miró hacia los lados sorprendida.

—¿Por qué te importa?

—Porque tenemos que trabajar juntas.

—Ya sabes, casi cualquier otra mujer habría dado lugar a esta conversación. Charlemos un poco.

—Zerbrowski dijo que tenía menos de cinco minutos. No tengo tiempo para charlar.

—¿Por qué menos de cinco minutos?

—Vamos a hacer un viaje por carretera.

—¿Sabes a dónde? ¿Es a Avery Seabrook?

—No, pero pensé en gente para preguntar.

Ella apartó la mirada y sacudió la cabeza.

—¿Y cómo se te ocurrió que es a gente para preguntar? No a través de la labor policial.

Fruncí el ceño, pero ella no podía verlo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se humedeció los labios, vaciló y luego dijo.

—Podría trabajar durante años como policía en este tipo de delitos, y no tendría tu conocimiento sobre monstruos. —La miré otra vez sorprendida, pero esta vez me sujetó la mirada—. ¿Tengo que follarme a los monstruos para ser tan buena en esto como tú?

La miré con los ojos muy abiertos.

—Por favor, dime que no estás enfadada ahora porque estoy saliendo con Nathaniel y tú no lo conseguiste.

—Te vi en el club la noche anterior.

Hubo un tiempo en mi vida donde podría haber dicho, el Placeres Prohibidos, pero el tiempo de información espontánea había pasado.

—¿Qué club? —pregunté.

Sus ojos fueron de repente los ojos de un policía, tal vez un poco más hostiles de lo necesario, pero fríos y me miraba como si pudiera ver dentro de mi cabeza. Era en parte mentira y en parte verdad. Ella no sabía tanto como parecía decir su mirada, pero probablemente sabía más de lo que debía.

—No juegues, Anita.

¡Oh, dioses! íbamos a tener una pelea en un primer nombre.

—No soy muy buena en los juegos, Jessica, así que no los juego mucho.

Sus manos se apoderaron de sus rodillas más tensamente. Creo que para evitar agarrarse a mí.

—Bien en el Placeres Prohibidos. Te vi en el Placeres Prohibidos, anoche.

Mi rostro no mostraba nada, porque me había dado tiempo de sobra para prepararme para ello. Parpadeé ante ella y tuve una leve sonrisa en mi cara. Agradable, vacía, en el exterior. En el interior estaba pensando fuerte. ¿Cuánto había ido al club? ¿Cuánto recordaba? ¿Había estado allí por parte del espectáculo de Primo?

Casi dije: No te había visto, pero me detuve. No la iba a ayudar a llenar los espacios en blanco.

—Por lo tanto, me viste en el Placeres Prohibidos. Estoy saliendo con el dueño.

Miró hacia otro lado, más allá de los coches aparcados y de una camioneta de prensa. El agente, que todavía estaba colocando la cinta amarilla para ayudar a bloquear la zona del aparcamiento se detuvo y miró a la furgoneta.

—¿Alguien avisa a Zerbrowski?

Arnet se volvió y gritó:

—Marconi, ve y dile a Zerbrowski que tenemos una camioneta de prensa.

Marconi dijo:

—Siiiip —con verdadero sentimiento, y se fue por la entrada.

Genial, era como si todo lo que tuviera que hacer era pensar y alguien más lo hizo por mí. Genial. Me gustaría tratar de utilizar ese poder sólo para el bien.

Ella me miró.

—¿Cómo puedes estar saliendo con él y con Nathaniel, al mismo

tiempo?

—Sólo por suerte, supongo.

Si las miradas matasen, lo habría hecho.

—Eso no es una respuesta, eso es una decepción.

Suspiré.

—Mira, Jessica, no te debo una respuesta a esa pregunta en particular. Con quién estoy ahora, y por qué, ni cómo, es asunto tuyo.

Sus ojos color avellana se hicieron oscuros, casi marrón sólido. Me di cuenta que era la versión de sus ojos con rabia.

—Pensé ir allí y ver a Nathaniel sin ti. Pensé que tal vez si no estabas ahí para interferir... —Miró lejos luego, se quedó mirando a los coches estacionados y a los mirones que estaban reteniendo los uniformados. Miraba como si estuviera realmente viéndolos, cosa que dudaba. Era simplemente un lugar para poner los ojos, mientras hablaba—. Pero estabas allí. ¡Oh, Dios mío, estabas allí! —Su voz se quebró, no con lágrimas, pero sí con la emoción. No entendía la profundidad de su emoción.

—Estás actuando como si te hubiera robado a Nathaniel. Nunca estuviste con él. Infiernos, cuando lo conociste, él ya estaba viviendo conmigo.

Me miró entonces, y era desconcertante ver la ira, porque no lo entendía.

—Pero no lo sabía. Me dejaste creer que sólo era tu amigo. Él me dejó creerlo.

—A Nathaniel le gusta ser amable con la gente.

—¿Así lo llama?

—Mira, Arnet, Nathaniel a veces coquetea sin realmente querer hacerlo. Creo que es como un gaje del oficio.

—¿Quieres decir porque es un stripper?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—No sabía lo que hacía para vivir hasta la recepción de la boda. Debería haber sabido que era una especie de buscavidas.

Eso me molestó.

—No es un estafador.

—Demonios si no lo es. Tengo un amigo en la detención de jóvenes. Fue detenido con fines de prostitución dos veces antes de los quince años. Prostitución masculina —dijo como si de alguna manera lo hiciera todo

peor.

No sabía que había sido detenido por eso, pero no le di eso.

—Sé lo que Nathaniel estaba haciendo antes de que se fuera de las calles. —Fue una especie de verdad y una especie de no es cierto, pero no completamente mentira.

—¿Lo salvaste? ¿Lo viste y te lo llevaste a tu casa? ¿Eres su mamá azúcar?

—Mama Azúcar. Tú has hecho eso. Eso no es realmente una palabra.

Tuvo la gracia de parecer avergonzada. Casi logró una sonrisa, pero luchó por apagarla.

—Como quieras llamarlo. Si eres tú, ¿Es tu...?

No la ayudaba. Si ella lo iba a decir, se lo quería oír decir.

—¿Mi qué? —pregunté, y mi voz era unas pocas octavas más bajas, fría, clara. Era una voz que, si me conocías, es posible que te preocuparas cuando la escuchases.

Si Arnet estaba preocupada, no lo mostró.

—Gigoló —dijo. Tiró la palabra en mi rostro como si fuera algo sólido y hacía daño, como si me hubiera tirado un puñetazo.

Me reí, y a ella no le gustó.

—¿Qué es tan condenadamente gracioso? Te vi en el escenario con él, Blake. Vi lo que hiciste para él. Tú y ese vampiro tuyo.

La miré bien, porque finalmente pensé que había un atisbo de por qué estaba tan enfadada conmigo.

—¿Tienes la impresión de que he sacado a Nathaniel de las calles como un niño y le he hecho mi gigoló?

Entonces miró hacia otro lado.

—Dicho así, suena estúpido.

—Sí —dije.

Se volvió hacia mí, todavía enfadada.

—Vi lo que hiciste para él la noche anterior. Lo encadenaste, le hiciste daño. Le humillaste delante de toda esa gente.

Era mi turno para mirar a lo lejos, porque estaba tratando de pensar cómo explicar sin explicar demasiado. También me pregunté si aún debía a Jessica Arnet una explicación. Si no tuviéramos necesidad de trabajar juntas, y no tuviera miedo de que pensara que era una buena idea compartir lo que había visto con el resto de los RPIT, tal vez no la hubiera explicado nada, pero trabajamos juntas, y no quería que su versión se moviera por la

sala de la brigada. No es que mi versión fuera a ser mucho mejor si se difundiera. En su núcleo, la mayoría de los policías, cercanos o no, son conservadores.

¿Cómo se explica el color para los ciegos? ¿Cómo explicar que el dolor puede ser el placer de alguien que no está conectado de esa manera? No se puede, en realidad no, pero tenía que intentarlo de todos modos.

—Me llevó mucho tiempo entender lo que Nathaniel quería de mí.

Me miró, horrorizada.

—¿Vas a echarle la culpa? ¿Vas a culpar a la víctima?

Esto no iba a ir bien.

—¿Has conocido a alguien que es ciego de nacimiento?

Me frunció el ceño.

—¿Qué?

—Alguien que nunca ha visto el color, nunca.

—No —dijo—, pero ¿qué tiene eso que ver con Nathaniel?

—Estás ciega, Jessica, ¿cómo te explico a que se parece el azul?

—¿Qué estás diciendo? —Preguntó.

—¿Cómo te explico que a Nathaniel le gustaba estar en el escenario, que me obligó a esa clase de situación?

—Eres la víctima, por favor, no fuiste encadenada.

Me encogí de hombros.

—Estoy diciendo que no había ninguna víctima en el escenario la noche anterior, sólo un montón de adultos que consienten.

Movió la cabeza.

—No, sé lo que vi.

—Sabes lo que habrías sentido si te hubieran pegado en el escenario y tratado de esa forma, y estás asumiendo como te sentirías, es como se sentiría todo el mundo. No todo el mundo piensa lo mismo sobre las cosas.

—Ya lo sé. No soy una niña.

—Entonces deja de actuar como una.

Se puso de pie y me miró, con las manos en los puños a los costados.

—No estoy actuando como una niña.

—Tienes razón, estás siendo demasiado crítica para ser una niña.

Zerbrowski llamó:

—Anita, es necesario salir.

Me puse de pie, sacudí la parte de atrás de mis jeans, y grite:

—Voy. —Miré a Arnet y traté de pensar en alguna cosa que hiciera

esto mejor. No me vino nada a la mente—. Nathaniel es mi amante, Jessica, nunca le haría daño.

—Vi que le dolía —dijo, y me tiró ese tipo de palabras como si tuviera la palabra gigoló.

—Él no lo ve de esa manera.

—No conoce nada mejor —dijo.

Sonreí y contuve el impulso de dar una de esas risas que son mitad nervios y mitad exasperación.

—Hay que salvarlo. Quieres ir y salvarlo de una vida de degradación.

Ella no dijo nada, sólo me miró.

—Anita, tenemos que irnos, ahora —gritó Zerbrowski. Estaba de pie con la puerta de su coche abierta.

Miré a Arnet.

—Pensé que Nathaniel necesitaba ser salvado al principio, también necesitaba que yo lo arreglara. Lo que no entendía es que no estaba roto, no más roto que el resto de nosotros. —Y eso fue probablemente más verdad que le debía a la detective Jessica Arnet. La dejé allí, y me fui corriendo hacía el coche de Zerbrowski. Me preguntó cómo me había ido con Arnet. Le dije que podría haber ido mejor.

—¿Cuánto mejor? —pidió a medida que superó a la camioneta de prensa y una multitud de curiosos.

—Oh, como el Día de la Masacre de San Valentín podría haber sido una fiesta mejor.

Me dio una mirada.

—Jesús, Anita, ¿no basta con que tú y Dolph estéis enfadados el uno con otro, que tienes una pelea con Arnet?

—No he tenido una pelea con ninguno de ellos. Sabes que no elegí lo de Dolph.

Fuimos más allá de la cinta de separación y las barreras que los agentes habían movido para nosotros. El equipo de televisión tenía la cámara apuntando directamente hacia nosotros. Genial. Me resistí a la tentación de sacarles el dedo, o alguna otra cosa igualmente infantil.

—No debería haber dicho nada de Dolph. Sé que no empezaste eso.

—Gracias.

—¿Qué está comiendo Arnet? A mí...

—Si ella quiere que lo sepas, te lo dirá.

—¿No vas a decirle tu primera versión?

—Nadie cree en mi versión, Zerbrowski. Me estoy tirando a un vampiro. Si vas a follar con vampiros, nadie va a hacer nada, ¿verdad? —Y así, comencé a llorar. Las lágrimas no eran en voz alta, sino lágrimas, de verdad. Me di la vuelta y miré por la ventana. No tenía ni idea de por qué estaba llorando. Estúpida, estúpida.

¿Realmente me importaba lo que Arnet pensaba de mí? No. ¿Me importa si destrozaba mi reputación con el resto del equipo? Sí, supongo que lo hacía. Mierda.

Zerbrowski estaba tan asombrado de que estuviera llorando que no sabía qué decir, me trataba como si tratara a cualquier otro policía. Si ellos no quería que los vieran llorar, no lo veías o si no querían verte llorar, no te veían. Zerbrowski condujo hasta la Iglesia de la Vida Eterna, concentrándose en la carretera como un hijo de puta. Me quedé mirando por la ventana todo el tiempo, y llorando.



El aparcamiento estaba lleno, y me refiero a completo. Tan lleno que Zerbrowski estacionó en frente de la iglesia solamente en la zona de fuego. Teníamos a Marconi y Smith, en un coche detrás de nosotros, junto con dos vehículos más. Al parecer, Zerbrowski había estado planeando nuestra estrategia, mientras que yo estaba tratando de arreglar las cosas con Arnet. Al parecer, Abrahams o Arnet habían quedado a cargo de la escena del crimen. Yo apostaba por Abrahams. No habían dejado a Arnet a cargo de un equipo de la liga de béisbol esta noche. Por supuesto, podría haber sido un derecho de pocos prejuicios en ese momento.

Tenía a dos uniformados apostados en las puertas, y les dijo que sacaran sus artículos sagrados.

—Nadie sale, a menos que limpie esto conmigo, ¿está claro? —Estaba claro. Le sugerí que había otra puerta en la entrada del salón parroquial, y desde que teníamos la mano de obra suficiente para cubrirla, Zerbrowski

asintió con la cabeza y dijo—: Hazlo. —Fue como si estuviera canalizando a Dolph, pero funcionó. Cada uno hacía lo que dijo.

Marconi sacudió la cabeza y dijo lo que había estado pensando.

—Esta noche impones presencia, Zerbrowski.

—Estás celoso de que él sea mejor en la canalización de Dolph que tú —dije.

Marconi me sonrió y asintió con la cabeza. Pero con la mano en la cintura, movió su arma un poco más adelante. A veces cuando el que hace un buen chiste, es el más nervioso.

Smith era tan nuevo que sus ojos estaban brillantes, y estaba casi vibrando con entusiasmo, como un perro tirando de una correa. No había sido un detective durante más de un mes, y eso puede hacerle impaciente para demostrarse como tal. Tenía la esperanza de que no estuviera demasiado ansioso, ya que le había recomendado.

Zerbrowski se dio cuenta y me dio una inclinación de cabeza, como si pudiera mantener un ojo en él. Me pidió consejo sobre una sola cosa.

—¿Entramos valientes o tranquilos?

Lo pensé por un segundo, me encogió de hombros.

—Saben que estamos aquí, Zerbrowski, al menos los que están cerca de la parte de atrás.

—¿Ellos pueden oírnos?

Asentí.

—Pero vamos a pedir que alguien nos acompañe a la parte de atrás para llamar la atención de Malcom. Ser educado no cuesta nada.

Asintió con la cabeza, luego fue a las puertas grandes, pulidas, de madera. Antes de que pudiera empujarlas, un hombre abrió desde dentro. Era joven con el pelo castaño corto y gafas. Le había visto antes en otro caso. Su nombre comenzaba por B, como Brandon, o Brian, o Bruce, o algo así. Bruce, pensé. Se cerró la puerta detrás de él, antes de que tuviéramos más que un atisbo de personas que nos miraban fijamente. Sus ojos castaños eran todavía encantadores detrás de sus anteojos, y aún se estaba recuperando de las marcas de mordeduras en el cuello. Era como si no hubiera pasado el tiempo, pero es bueno saber que aún estaba entre los vivos.

—¿Eres la que está interrumpiendo nuestro servicio de adoración? —Su voz era suave, medida.

—Eres Bruce, ¿verdad?

Sus ojos se agrandaron un poco.

—Me sorprende que se acuerde de mí, Sra. Blake. Mariscal Blake, en realidad, —sonreí cuando lo dijo. Sus ojos se abrieron un poco más por ese acto otra vez—. ¿No dije felicidades?

—¿Te está entreteniéndolo? —preguntó Zerbrowski.

—No de la manera que quieres decir —dije—. No quiere que interrumpamos los servicios, pero no creo que deliberadamente ocultase a un asesino.

Eso me consiguió otra ampliación de los ojos.

—¿Asesino? ¿De qué está hablando, Sra. Mariscal Blake? Nosotros en la Iglesia no abogamos por la violencia en ningún aspecto de nuestra vida.

—Hay una mujer muerta en la casa de uno de tus miembros quien discutiría eso —dijo Zerbrowski.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Bruce.

—¿Está seguro de que es el hogar de uno de nuestros miembros?

Asentimos. Bruce miró hacia el suelo, luego asintió con la cabeza, como si hubiera decidido algo.

—Si permanece cerca de la parte de atrás de la iglesia, le diré a Malcolm lo que ha sucedido.

Zerbrowski me miró como si me preguntara si estaba bien. Me encogí de hombros y asentí.

—Claro.

Bruce sonrió, obviamente aliviado.

—Bien, bien, por favor mantengan su voz baja. Esta es una iglesia, y estamos teniendo los servicios. —Abrió el camino a través de las puertas muy pulidas. Los uniformados se quedaron fuera, pero Marconi y Smith nos siguieron.

No había ningún vestíbulo dentro de las puertas. Las puertas nos llevaron directamente a la nave, por lo que de repente nos encontrábamos delante de bancos repletos de miembros de la congregación. Los vampiros cerca de las puertas ya estaban echando un vistazo en nuestra dirección.

Bruce hizo señas para que nos quedáramos donde estábamos, entonces anduvo por los anchos alrededores de los bancos de la iglesia encima del lado debajo de las vidrieras de colores rojas y azules abstractas. Donde deberían haber estado los santos o las estaciones de la cruz, o al menos una cruz o dos, no había nada, solamente las paredes blancas y desnudas. Creo que era por qué la iglesia siempre me parecía inacabada, desnuda, como si

las paredes necesitasen la ropa necesaria. Nunca es cómodo para mí estar de pie delante de un grupo de personas de forma inesperada. Para estar en la pantalla, especialmente cuando se trata de un grupo potencialmente hostil. Zerbrowski tenía su sonrisa en su lugar, el bien-para-satisfacer-con-su-sonrisa. Finalmente se había dado cuenta de su versión de una cara en blanco. Marconi parecía aburrido. Una gran cantidad de policías perfectos, podía-ver-el-peor-aburrimiento después de unos años en la fuerza. La cara de Smith era brillante con entusiasmo como un niño en la mañana de Navidad. Estaba mirando a todos y no totalmente molesto por la multitud mirando. Supongo que la mayoría de los policías no llegan a ver el interior de la Iglesia de la Vida Eterna mucho, o ver a cientos de vampiros en un lugar al mismo tiempo. Demonios, no solía ver a muchos en un tiempo y en un solo lugar.

Los pocos que estaban en los primeros bancos de la iglesia nos habían mirado, pero estás se extendieron, desde allí. Miraban rápido y luego susurraban, por lo que fue como un viento que se movía por la habitación. Un viento que volvió el rostro hacia nosotros, se ampliaron los ojos, envió susurros más furiosos extendidos a través de la habitación, hasta que se estrelló contra el púlpito y el área del altar extrañamente vacío en la parte delantera de la iglesia.

Malcolm estaba de pie en el altar blanco, pero ya había salido de detrás de él y se hizo a un lado para que pudiera cumplir con Bruce, ya que el joven se acercó a un lado de dicha superficie. El único color era una tira de tela azul que colgaba en la parte posterior del santuario. Un azul marino brillante que se movió un poco en el aire central, como si la tela no se quedara a nivel con la pared. Me preguntaba qué había detrás de la tela. Era lo único que era diferente desde que había entrado finalmente al edificio, hace unos tres años. Hace unos dos años, el edificio había sido bombardeado con fuego por los extremistas de derecha. El ataque no había tirado la iglesia. El ataque había recibido de la Iglesia de la Vida Eterna algunas de sus mejores coberturas nacionales e internacionales de la historia, y las donaciones se había inundado en la gente que no era tanto para vampiros como contra la violencia. Había visto lo que había quedado en el departamento de bomberos que había conseguido a través de la construcción. Al estar aquí ahora, nunca me habría dado cuenta de que hubo un pequeño incendio en este espacio en blanco, y mucho menos una bomba. Malcolm habló con Bruce en el lado de la zona del altar. No estaba

sorprendida en absoluto cuando vino por el pasillo principal de los bancos. Bruce le seguía. La primera cosa que notabas en Malcolm consistía en que sus rizos cortos y rubios eran brillantes plumas amarillas de jilguero. Trescientos años más en la oscuridad harían eso al pelo brillante rubio. Lo siguiente es, que era alto, delgado y casi dolorosamente, de modo que parecía aún más alto de lo que realmente era. Vestía un traje negro de noche, corte modesto, pero gracias a Jean-Claude y su sentido de la moda, sabía que esta simple demanda aparente se ajustaba a ese cuerpo delgado, y costaba más que la mayoría de lo que la gente ganaba en un mes. La camisa era de un azul que ayudó a señalar que sus ojos eran del azul de los huevos de un petirrojo. Su corbata era estrecha y negra con un tirante de plata, sin adornos. De cerca, una vez que se podía mirar más allá del cabello y los ojos, Malcolm tenía una cara muy angulosa, casi un rostro familiar, como si los ángulos necesarios se suavizasen para que funcionase todo junto. La primera vez que había puesto los ojos en Malcolm había pensado lo hermoso que era, pero incluso con la marca de vampiro, sería diferente. Se enorgullecía de no usar sus poderes de vampiro en nosotros, meros mortales, pero gastaba bastante para hacerse parecer hermoso. Esa parte de la mente-jodida que se permitía. Vanidad, todo era vanidad. También había pensado en él como uno de los vampiros más poderosos en St. Louis, una vez, ahora a medida que avanzaba hacia mí, parecía de alguna manera disminuido. O tal vez era sólo blindaje demasiado bueno ahora que su poder iba a arrastrarse sobre mí. Quizás.

Me tendió una de sus grandes manos, que siempre parecía que debería pertenecer a un cuerpo más robusto. Se debatió entre Zerbrowski y yo, como si no estuviera seguro de quien estaba a cargo y no quería ofender a nadie. La última vez que había visto a Malcolm no se había ofrecido a darme la mano. Había sabido que no la tomaría.

Esta noche, tomé su mano, porque Zerbrowski era sólo humano, e independiente de lo que yo era, sólo el humano no lo cubría.

Malcolm vaciló en medio del apretón de manos, como si le hubiera sorprendido, pero se recuperó con una sonrisa, sus ojos azules brillaron con beneplácito por la oportunidad de ayudar a la policía. Era una mentira. No nos quería aquí. Ciertamente, no quería un asesinato que involucrara a su iglesia. No sentí nada, cuando nuestras manos se tocaron, excepto que estaba fresco, así que se había alimentado recientemente. Aparte de eso, no sentí nada, porque estaba blindada. Me había hecho realmente buena en el

blindaje últimamente. Me di cuenta de que había estado protegiéndome casi tan fuerte como podía, desde que Jean-Claude, Richard, y yo nos habíamos unido en aquella cama. No fue sólo culpa de que me hubieran asustado. Así que la mano de Malcolm era sólo una mano, más fresca que un humano normal, pero sólo una mano. Bien.

Creo que habríamos estado bien si Malcolm no hubiera intentado un poco de poder de vampiro sobre mí. Tal vez me estaba protegiendo demasiado, ocultando demasiado lo que era, o tal vez simplemente era arrogante. Independientemente de eso, pulsó un poco de poder que bajó desde su mano hasta la mía.

Estuve mareada durante un segundo, y él consiguió una imagen de la muchacha muerta en el apartamento antes de que pudiera retroceder. Aún era un poco confusa sobre la cosa psíquica. Tiendo a sobre compensar cuando me siento atacada. Sí, lo sé, por supuesto, una compensación excesiva. Era demasiado terrible.

Malcolm se tambaleó hacia atrás, y sólo mis manos en su mano lo mantuvieron en pie. Tenía los ojos y la boca abierta en una O de sorpresa. Si hubiera sido un poderoso vampiro que tratara de joderme la mente, entonces le habría enseñado una lección, y habríamos continuado con nuestra investigación, pero era su maestro. Había aprendido algo en estos pocos segundos, no algo que habría adivinado. Cada humano en la iglesia tenía un mentor, y había asumido que sus mentores vampiros eran estos que les traerían cuando llegara el momento. Sabía que los mentores tomaban la sangre de sus aprendices humanos, pero cuando llegó a empujar, Malcolm no hizo aquellos tres últimos mordiscos. Malcolm había llevado la mayor parte de los siglos, personalmente. Eso quería decir que cuando empujé mi poder en él, este lo examinó como alguna enorme espada. A través de él y del resto.

Era como si de repente pudiera tocarlos, como si mi mano se hubiera disparado por la palma de Malcolm, a través de él, y en todos sus cuerpos. Sentí sus pulsos, algunos corazones, algunas muñecas, algunos cuellos. Sentía el pulso de todos los vampiros, se sintió débil y ¡oh, demasiado lento! Tanto tiempo, demasiado desde que algunos se habían alimentado, ya que estaban destinados a la alimentación. Él no dejó que cazaran. Ni siquiera que fueran a los clubes y tomar alimentos dispuestos allí. Vi un flujo interminable de miembros de la iglesia vestidos de blanco, como sacrificios vírgenes, ofreciendo sus cuellos. Sólo tomaban un poco de

sangre, sólo la suficiente sangre, nunca lo suficiente como para quedar satisfecho, ni lo suficiente como para morir.

Vi el espeso agujero viscoso en el pasillo de la parroquia, y sabía que eso contenía solamente un poco de sangre de al menos tres vampiros diferentes. Malcolm se aseguró de ello. No quería juramentos de sangre accidentales a otra persona. Pero nunca utilizó su propia sangre, por miedo a lo que significaría.

Malcolm se apartó de mí, pero ya era demasiado tarde. No necesitaba más. Miré más allá de él a una chica con el pelo largo y oscuro y con gafas. Fue el primer vampiro que había visto con gafas. Se cogió el pecho, y supe por qué. Su corazón latía. Pero había visto otras cosas. Vi que una vez ella había sido humana aquí, se había arrodillado y se había dedicado, pero esto era algo de manos castas sobre sus hombros cubiertos. Nadie alguna vez había sostenido su final, la habían agarrado contra sus cuerpos, se habían alimentado tan poderosamente que su cuerpo esquivaba contra ellos, y el sexo era algo pálido comparado con eso.

—Basta ya —dijo Malcolm—, deténlo, ¡qué se vayan!

Me volví lentamente hacia él, y lo que vio en mi rostro le hizo dar un paso atrás.

—Tú me lo diste —dije, y mi voz sonó muy lenta, con un sentido meloso en ella. El poder, ese poder. Había aprendido la noche anterior que los vampiros podían actuar como una especie de bruja familiar para mí, pensaba que debía ser un vampiro que tenía alguna conexión con él, pero me equivoqué. Podría alimentarles a todos ellos, los utilizaba como una especie de batería gigante de muertos vivientes.

Zerbrowski se acercó a mí, aunque aún se estremeció cuando estuvo lo suficientemente cerca como para susurrar:

—Anita, ¿qué pasa?

—Trató de utilizar los poderes de vampiro para averiguar lo que sabía —dije en esa misma voz lenta, de lujo. Era como si mi voz fuera algo que se podía sostener en la boca y succionar, como el caramelo. Un truco de Jean-Claude, y la idea fue suficiente. De repente fui consciente de mí, y lo que estaba sucediendo. Pero la mayoría de lo que estaba sucediendo, lo necesitaba saber. Era el dueño de la ciudad, no Malcolm. Se había tolerado el tratado que el viejo maestro había hecho antes de su muerte, pero ahora... así, nos veíamos. Pero eso era para otra noche. Esta noche era sobre el asesinato.

—¿Estás herida? —preguntó Zerbrowski. Parecía como si no lo creyera, pero sabía que algo andaba mal.

—No —dije—. No, no estoy herida. —Pensé, *si puedo sentir algo de sus emociones, si puedo mirarle a la cara y ver sus recuerdos, ¿qué otra cosa puedo hacer?*

Pensé, *Avery, Avery, ¿dónde estás?* Sentí una respuesta, como un juego pequeño de viento contra mi cara. Me volví hacia el viento, al lado izquierdo de bancos.

—Avery, Avery, Avery —dije su nombre, cada vez un poco más alto, sin gritar, pero con fuerza.

Un vampiro se puso de pie en medio de una fila. Era de media altura, con pelo castaño y corto, y una cara que era hermosa de una manera suave, sin terminar, como si hubiera sido apenas legal cuando lo mataron.

Le tendí la mano.

—Avery, ven a mí, ven a mí, Avery, ven a mí.

Empezó a abrirse paso entre la multitud. Una mano agarró la muñeca, una mujer humana, sacudiendo la cabeza, diciendo:

—No vayas.

Se apartó de ella, y oí su voz como si hubiera estado de pie junto a mí.

—Tengo que ir, ella me llama. —Y giró sus ojos hacia mí, los cuales estaban perdidos en la luz de los vampiros, como si el vidrio marrón ardiera bajo el sol, pero la expresión de su rostro era algo que sólo había visto en los seres humanos. Seres humanos que fueron hechizados por los vampiros. Seres humanos que no podían decir no.

La rica voz de Malcolm llenó la habitación.

—Niños, detenedle, impedidle que conteste a su llamada. Ella es la puta del Amo de la Ciudad. Corromperá a nuestro Avery.

Tengo que decir que el comentario de puta me molestó. Me volví hacia Malcolm, y dejé que mi ira llenara mi voz.

—¿Los corromperé? Dios mío, tú eres el que los ha arruinado a todos. ¿Les robaste sus vidas mortales, para qué, Malcolm? ¿Para qué? —Grité lo último, y las palabras fueron como el calor sostenido como el viento de algún gran fuego.

Todos esos pequeños vampiros que seguían reclusos en las líneas de mi poder gritaron. Les haría daño, y no era mi intención. Traté de hacer las paces con ellos, y el problema fue que la ira era mía, pero no era muy buena en el momento de reconfortar a la gente. Pero Jean-Claude lo era, en

cierto modo. Estos eran viejos, el viejo problema y su línea de vampiros. Si la única herramienta que tienes es un martillo, todos tus problemas empiezan a parecerse en las uñas. Si las únicas herramientas que tienes son la seducción y el terror, y estás tratando de ser amable... Bueno, ahí lo tienes.



Podía saborear sus pulsos en mi lengua. No sólo uno, sino cientos, como si de repente hubiera tenido un camión cargado de caramelos metido en la boca. Golosinas que eran duras y dulces y se fundían lentamente sobre mi lengua, pero no era sólo cereza, o uva, o zarzaparrilla. Era como tener mil gustos distintos que me llenaban la boca, de modo que en vez de ser algo delicioso, era abrumador.

No podía elegir un sabor, un pulso que seguir. Literalmente, no podía escoger sólo uno, porque no los podía poner en orden. Me estaba ahogando en demasiadas opciones. Hasta que pudiera elegir un hilo a seguir, no podía tragar ninguno de ellos. Caí de rodillas, ahogándome en mil olores diferentes, diferentes pieles. Podía oler sus pieles, ese olor maravilloso en el lado del cuello donde la piel huele más dulce cuando estás enamorada. Pero era un aroma diferente para cada cuello: perfume para después del afeitado, colonia, jabón, sudor. Era como si hubiera caminado hasta cada

uno de ellos y puesto mi cara justo por encima de su piel, lo suficientemente cerca como para besarles y aspirar su aroma.

Zerbrowski estaba a mi lado, su pistola desenfundada, pero sin apuntar a nadie, apuntando al techo.

—Anita, ¿qué pasa? ¿Te ha herido?

¿Quién, pensé yo? ¿Quién es *él*? Había tantos.

—Él. —¿Cuál de ellos quiso decir?

Traté de tragar, pasar todos los pulsos de la boca, pero no pude. No pude conseguir que bajaran. Era demasiado.

La voz de Jean-Claude estaba en mi cabeza.

—*Ma petite*, debes elegir.

Me las arreglé para pensar.

—No puedo.

—¿A quién fuiste a buscar allí? —preguntó.

¿A quién fui a buscar allí? Esa era una buena pregunta. ¿A quién? Todo volvió al *quién*.

Zerbrowski me agarró del brazo, con fuerza.

—¡Anita! Te necesito aquí. ¿Qué está pasando?

Me necesitaba. Vi a Smith y a Marconi, ambos con las armas desenfundadas. Me necesitaban, porque ellos no lo sentían. Tenía que funcionar, que pensar, que hablar, o las cosas se nos iban a ir de las manos. Era un agente federal esta noche, tuve que recordarme eso. Me acordé de algo más, algo que había sido eliminado en todo ese olor.

Avery, necesitaba a Avery. Pensé el nombre, y justo entonces el pulso estaba en mi lengua. Su piel olía a agua de colonia, algo tan caro que era como polvo y dulce, casi como un buen perfume, pero en el fondo se notaba el sudor. No se había duchado esta noche. El pensamiento me hizo preguntarme qué otra cosa además del sudor no había hecho desaparecer. Era como si estuviera cerca de él de nuevo, como si mi cara pasase por su cuerpo justo por encima de su piel. Mi aliento era cálido contra su piel y ayudó a que los olores flotasen de su piel a mi nariz, a mi boca. No me limité a percibir los olores de su cuerpo, los saboreé. Un leve sabor, como si el olor fuese más importante, pero el sabor y el olor se aliaban de una forma diferente que antes. Más íntima, de alguna manera. Esa parte no era el poder de Jean-Claude, sino el de Richard y luché para no pensar en él, para no abrir los vínculos entre nosotros más de lo que ya estaban. No quería a Richard en mi cabeza en este momento.

Jean-Claude me hizo saber sin palabras, o con palabras, era demasiado rápido para poder registrarlo, como una especie de taquigrafía telepática, que me guardaría de Richard. No le dejes que me ahogue en la sensación aún más. Pero fue gracias a los lazos más estrechos con Richard que podía oler y saborear mi camino hacia abajo, hacia el cuerpo de Avery y disfrutar de ello, o más bien no sentir asco. Los lobos, como los perros, no piensan en el olor y el sabor del mismo modo que un ser humano. Les gusta cuando olemos como cosas vivas. Avery había tenido relaciones sexuales y no se había limpiado después. No estaba preocupada por eso, más bien curiosa, porque, gracias a las marcas de Jean-Claude y a mi propio poder, sabía que Avery era tan pulcro y meticuloso en su persona como lo era en el mantenimiento de su hogar.

Zerbrowski me apretó el brazo lo suficientemente fuerte como para provocarme hematomas.

—Anita, maldita sea, no podemos dispararle. La orden no tiene su nombre. No somos ejecutores. Anita, ¡despierta!

Parpadeé y vi a Avery de pie justo a su otro lado. Marconi se había acercado y tenía su pistola apretada contra el pecho de Avery. Avery no estaba haciendo nada amenazante, sólo permanecer de pie e intentar caminar hacia adelante contra la presión de la pistola. Estaba tratando de acercarse a mí. Su rostro no estaba vacío como un zombi, de hecho estaba sonriendo, y muy presente en su piel, pero yo lo había llamado, e incluso un cañón de pistola contra su corazón no le había parado ante esa orden.

—Para —dije.

Avery dejó de tratar de avanzar y se quedó allí, esperando. Se quedó mirándome con una mirada que sólo tu mejor novio podría ofrecerte, pero no me importó. Quería sacar la camisa fuera del pantalón y frotar su piel a lo largo de la mía. Era sexual, es cierto, pero también era ese impulso el que hacía que los perros se revolcaran sobre cosas malolientes. Simplemente olía tan bien, y podía llevar conmigo el aroma y explorarlo a mis anchas. Supe en ese momento que los lobos y los perros coleccionaban olores del mismo modo que la gente colecciona rocas o plantas de interior, simplemente porque les gustan y piensan que son bonitas. Algunos olores sólo te hacen feliz, como un color favorito; el hecho de que el sudor y el sexo fueran «bonitos» para esa parte de mí hacía que Richard fuera un enigma para otro día. Ahora, sólo trataba de no cuestionarlo demasiado y no hacer físicamente lo que había hecho ya metafísicamente.

—Estoy bien, Zerbrowski. —Pero mi voz era distante y perezosa con el poder. No podía evitarlo, pero cuando me puse de pie, pude quedarme de pie. Bien por mí. Di un paso adelante y dije—: Está bien, Marconi, le dije que viniera a mí.

Marconi tenía una mirada divertida en su rostro.

—No, no lo hiciste en voz alta.

Me encogí de hombros.

—Lo siento. —Pero no estaba mirando a Marconi, estaba mirando a Avery. Lo miraba como mirarías a un amante, pero estaba enredada con el alimento, y con los olores, y cosas que eran no tan humanas que estaba teniendo problemas para procesarlas. Quería marcar el aroma en él. Él era mío. Quería envolver su olor en mi cuerpo y pensar en los olores y en lo que significaban. Era como si el olor fuera como la fotografía de una escena del crimen. Algo que podía llevar a todas partes y «mirar» una y otra vez, pensar en ello. El sentido del olfato había saltado desde algún lugar cerca de la parte inferior de mi lista de sentidos justo por detrás de la vista, y lo único que lo mantuvo más bajo que la vista era que yo era demasiado primate para confiar tanto en mi nariz.

—Levantad las armas —dijo Zerbrowski—, bienvenido al enorme mundo de la mierda rara sobre vampiros. —No sonaba feliz, pero no miré para ver qué cara acompañaba a ese tono, porque eso hubiera significado dejar de mirar a Avery, y no quería hacer eso.

Llevaba un corte pelo muy cuidado para mi gusto. Tenía el pelo suave, castaño, cortado en la forma en que un padre o abuelo se lo cortarían. El tipo de peinado masculino que nunca ha pasado de moda desde hace cincuenta años. Sus ojos hacían juego con el color de su pelo marrón suave. Sus cejas eran más oscuras que el pelo y arqueadas del modo en que se curvan las cejas de los hombres, perfectas, aunque la mayoría de las mujeres tienen que depilarse esa línea por encima del ojo. No tenía demasiadas pestañas, pero ahora parecían más espesas debido a que estábamos a oscuras. Su cara era un óvalo suave, sólo la barba incipiente le salvaba de parecer aún más joven de lo que era. Medía casi un metro ochenta, pero parecía más bajo, no estoy segura de por qué. Todo en él dejaba claro que era alguien a quien nunca le había sucedido algo demasiado terrible. No era sólo su rostro y el colorido que era suave y poco dramático, sino que era él. Tenía ese sabor en mi cabeza de alguien que nunca había estado realmente a prueba. ¿Cómo llegas a ser un vampiro y

no perder ese borde suave?

Sentí lástima por él, pero él no se sentía como alguien que acababa de matar a una mujer, a propósito, o por accidente. ¿Me equivocaba? o, ¿y si no hubiera sido el único vampiro en ese apartamento impecable?

Avery se paró frente a mí con una mirada que era triste, muy triste. ¿Lo sabía? ¿Lo había hecho él?

Hubo un golpe en las puertas de la iglesia. El sonido nos sobresaltó a todos, creo. Simplemente no se llama a las puertas de una iglesia. Entrás, o no, pero no llamas. Una voz llamó.

—¿Sargento Zerbrowski?

Zerbrowski se dirigió a la puerta y se asomó. Cuando regresó, llevaba un trozo de papel en la mano. Era más grueso de lo que solía ser, pero la mayoría de las adiciones eran cosas que me mantendrían fuera de la cárcel y no harían ningún daño en la salud de Avery.

Zerbrowski vino hacia mí sosteniendo el papel. Lo abrió y lo leyó, aunque ya sabía lo que era. Era mi orden de ejecución. Los días en que cualquier cazador de vampiros podía matar a alguien sin ver la orden primero estaban pasados, pero había tomado bastantes precauciones antes. Nunca había sido demandada con éxito. Uno de nuestros compañeros cazadores seguía en la cárcel por hacer su trabajo antes de que llegara el documento. Todo el mundo que ha trabajado conmigo sabía que sin este pequeño pedazo de papel no había caza de vampiros. Con él, tenía casi carta blanca. Lo escaneé. Era bastante estándar. Podía legalmente perseguir y ejecutar al vampiro, o vampiros, responsables, leí los nombres de las víctimas. Me ayudó a centrarme. Me ayudó a recordar por qué estaba haciendo este tipo de trabajo, y cualquier otra víctima de asesinato que pudiera seguir. Estaba facultada para usar la fuerza necesaria para localizar y detener a los asesinos de estas personas. Tenía la facultad de hacer algo más dentro de mis capacidades para ejecutar esta orden con toda la rapidez debida. Al portador de esta orden se le permite entrar en cualquier edificio en busca de los sospechosos. Cualquier persona, o personas, sean o no humanos que se interpongan en el camino de la ejecución legal de cumplir con mi deber, renunciar a sus derechos bajo la Constitución de los Estados Unidos y el Estado de Missouri. Había otros textos legales, pero todo se reducía a que podría girarme hacia a Avery, poner una pistola en la cabeza, apretar el gatillo, y no sólo la policía no me pararía, sino que legalmente tenían que ayudarme a cumplir con mi deber.

La idea de las órdenes de ejecución fue redactada cuando los vampiros habían conseguido derechos legales, y no se les podía matar a la vista sólo por ser vampiros. La orden había parecido un paso adelante una vez, ahora la miré y pensé: Huh. ¿Qué pasa si Avery no lo había hecho? ¿Y si era inocente?

Miré a Zerbrowski, y me conocía lo suficientemente bien como para fruncir el ceño.

—No me gusta esa mirada. Siempre significa que estás a punto de complicar mi trabajo.

Le sonreí y asentí.

—Lo siento, pero me gustaría asegurarme de que estoy cumpliendo la orden con los vampiros correctos.

Malcolm avanzó.

—Me gustaría ver esa orden, si concierne a mi iglesia y a mis seguidores.

La terminé, la sacudí abierta, pero la sujeté.

Sus ojos se deslizaron hacia abajo de la página, y negó con la cabeza.

—Y vosotros nos llamáis monstruos.

—No te lo tomes como algo personal, Malcolm, algunos de mis mejores amigos son unos monstruos. —Plegué la autorización y la guardé.

—¿Cómo puedes hacer bromas, cuando has venido aquí a matar a uno de los nuestros?

La congregación se revolvió y comenzó a ponerse de pie. Había cientos de ellos y sólo un puñado de nosotros. Esto podría descontrolarse, y no quise eso. Legalmente, si alguien interfiriera, entonces podría matarlos, también. La última cosa que quise sobre mis manos era una iglesia llena de mártires.

Era como si Malcolm hubiese leído mi mente, o yo la suya, porque se movió hacia la puerta. Marconi lo detuvo poniéndole una mano encima, sin llegar exactamente a tocar.

—No queremos ningún problema —dijo Zerbrowski—, y tú tampoco, Malcolm.

—¿Se supone que simplemente tengo que permitirles escoltar a alguien de mi congregación fuera de aquí, sabiendo que podrían hacerle arrodillarse en el aparcamiento y ejecutarlo? ¿Qué clase de persona sería si únicamente me quedase aquí de pie y dejase que eso pasara?

Mierda, pensé.

—¿A por quién has venido tú aquí? —dijo Avery, y su voz fue como el resto de su cuerpo, suave, incierta. ¿Era una actuación?

—A por ti, para empezar —dije.

Sus ojos castaños se desviaron.

—¿Por qué?

—Si tratas de atraparle, vamos a estar delante de la puerta. Tendrás que saltar por encima de nuestros cuerpos para llevártelo contigo.

Miré a Malcolm, y supe que no lo decía en serio. Estaba jugando. Jugando a que no estaríamos dispuestos a saltar por encima de los cuerpos de los miembros de la iglesia para ejecutar esta orden aquí y ahora. Jugando a que nos iríamos y capturaríamos a Avery en otro momento. Por lo general me gusta ejecutar la orden judicial rápido, pero esta noche hubiera funcionado mejor hacerlo más tarde, y no delante de los muertos, Billy Graham y su rebaño.

Zerbrowski me miró.

—Tú eres la cazadora de vampiros, Anita, es tu decisión.

—Gracias —dije, pero tuve una idea. Todavía podía probar a Avery. Él golpeaba mi radar como inocente, ¿podría saberlo? Malcolm había intentado sacarme conocimientos específicos, y me giré hacia él. Había ganado conocimiento sobre sus vampiros. Había conseguido imágenes muy específicas acerca de cómo se alimentaban y vivían. ¿Podría concentrarme y conseguir algo aún más específico? Me sentía como si pudiera. Me sentía como si hubiera tocado a Avery, podía conocer algo en su cabeza, su cuerpo, su alma. Si le tocara sería mío, mío de una manera que hasta esta noche no había querido. De pronto, no era un mal pensamiento.

Me apoyé en Zerbrowski y susurré:

—Puedo sentirle en mi cabeza. Creo que puedo saber lo que vio anoche.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Cosas raras de la nigromancia, la metafísica, la magia, cómo quieras llamarlo.

—La orden no te permite usar la magia sobre mi pueblo.

Miré a Malcolm, estaba empezando a ser una mirada nada amistosa.

—Se me permite utilizar cualquier tipo de fuerza o habilidad que considere necesaria. Así que, sí, puedo hacer magia, si consigues que se haga el trabajo.

—No voy a permitir que le hechices.

—¿Se te ha ocurrido pensar que no quiero matarlo si no lo hizo? Si corto su corazón y su cabeza, y luego nos enteramos mañana de que es inocente, ¿qué se supone que debo hacer?, decir, ¿lo siento, perdón? — Estaba enfadada de nuevo. Respiré hondo y conté lentamente hasta cinco. No tenía la paciencia para llegar hasta diez—. No quiero matarlo, Malcolm. —Eso último no sonaba enfadado, sonó casi como una súplica.

Malcolm me miró, y fue una mirada que no había visto antes. Trataba de decidir si mentía.

—Siento tu pesar, Anita. Te sientes cansada de la matanza, como me ocurrió a mí.

Mira, este es el problema con los vampiros, les permites una pulgada en tu cabeza, y ellos se toman una milla metafísica. No me gustó que pudiera leerme así, sobre todo no con mis escudos levantados. Desde luego, no estaba segura de lo altos que estaban mis escudos. ¿Los había dejado caer para probar a los vampiros? Pensé en mis escudos, y sí, ellos se habían caído, o habían sido rajados bajo una onda de olores y gustos y sangre fluyendo en venas lentas. Comencé a levantar los escudos, pero tenía algo que hacer primero.

Miré a Malcolm.

—Voy a tocar a Avery. Voy a mirar dentro de él y ver lo que puedo encontrar. No voy a hacerle daño, no a propósito. Quiero la verdad, Malcolm, eso es todo. Dame tu palabra de que si es culpable me dejarás cazarle.

—¿Cómo voy a saber lo que descubres de él?

Sonreí, y de nuevo no era una sonrisa agradable.

—Cuando te diga, *si te lo digo*, tócame, sabrás lo que he encontrado.

Me miró, y le miré. Tuvimos uno de esos momentos de preguntas no formuladas. Sabía que él había tratado de obtener información sobre un asesinato vampiro cuando me estrechó la mano. Hay estados en los que sólo eso conseguiría ponerlo en una corta lista, una lista de los vampiros que se estaban volviendo peligrosos. Sabía lo que él había hecho, y tenía una orden que me permitía suficiente margen de maniobra para fingir que estaba tratando de ocultar su propia participación en los asesinatos. Quiero decir, nunca habría un juicio. Nunca tendría que probar mis sospechas en el juzgado.

Malcolm respiró profundamente para hacer que los hombros se

sacudieran de arriba a abajo. Hizo un asentimiento con la cabeza, una vez, corto, conciso, y casi con torpeza, como si no estuviera seguro de que fuera una buena idea, pero iba a hacerlo de todos modos.

—Puedes tocar a Avery, si él quiere que lo toques. Puedes usar tus marcas con Jean-Claude para tratar de encontrar la verdad.

No le corregí que era mi propia nigromancia, más que los poderes de Jean-Claude, lo que estaba a punto de usar. Todo el mundo necesita unas pocas ilusiones, incluso los maestros vampiros.

Me giré hacia Avery.

—¿Estás de acuerdo con lo que voy a hacer?

Frunció el ceño y pareció desconcertado. Estaba empezando a preguntarme si no era tan brillante como parecía, y no sería una vergüenza.

—¿Qué quieres hacer?

—Tocarte —dije.

Sus labios se curvaron hacia arriba, la más escueta de las sonrisas, pero le llenaron los ojos con más risa de la que mostró en sus labios.

—Sí —dijo—, sí, por favor.

Sostuve mis manos hacia él y sonrió.

—Ven a mí, Avery.

Y así, él cerró los pocos pasos que nos separaban. Se arrodilló frente a mí sin necesidad de pedírselo. Alzó el rostro hacia mí, y había dos cosas en la cara, entusiasmo y una confianza total y absoluta. No era él quien no era brillante, era yo. Lo había subestimado. Le había menospreciado del modo en que un maestro vampiro menospreciaría a un mortal. En ese momento antes de tocarle, me pregunté, ¿si hubiera sacado una pistola y le hubiera apuntado a la cabeza se acobardaría o me miraría con esos ojos llenos de confianza, mientras apretaba el gatillo?



Su piel era suave, incluso teniendo una barba incipiente, era más suave de lo que parecía, negra en contraste con la piel blanca. Con sólo tocar la barba, sabía que era suave, nada en su cuerpo era áspero o rudo. Él era... suave.

Me sonríó, me sentía venerada, como si viera algo maravilloso. Cuando me miraba, sabía que no era maravillosa, porque era yo. Era un montón de cosas, pero maravillosa no era una de mis virtudes.

Dejé de mirar el rostro de Avery. Había otros vampiros de pie. Algunos junto a los bancos, confusos, como si no estuvieran seguros de por qué estaban de pie. Un grupo de ellos estaba en el pasillo principal, quietos, dudando sobre donde tenían que ir. Había otros, una docena más o menos, que se encontraban en el pasillo principal, no parecían confundidos. Estaban observando como Avery me miraba, como si fuera la respuesta a una oración. Me puse nerviosa al ver como miraban, todos los vampiros,

todos los extraños... Nerviosa no describía cómo me sentía. Asustada, tal vez, sí, era miedo lo que sentía.

—Le has hechizado —dijo Malcolm. Parecía enfadado.

—¿Como haces tú con los humanos? —dije.

—Yo no uso mis poderes sobre los humanos.

—¿Quieres decir que no utilizas ningún poder para parecer más atractivo, o incluso para parecer menos vampiro?

Fijó sus ojos azules en mí, poniendo mala cara. No era la misma expresión que cuando lo había conocido.

—Eso es vanidad —dijo, por fin, en voz muy baja.

No lo había negado, pero lo dejé pasar. Mi principal preocupación sobre la vanidad era que si él estaba usando poderes de vampiro para verse mejor, ¿qué más utilizaría? Pero eso era un problema para otro momento.

Avery tocó mi mejilla, no era como el roce de los seres leopardos. Me recordó que todavía estaba allí. Bajé la vista hacia él, luego hacia los demás vampiros, que esperaban en el pasillo. Era casi como una fila, como si una vez que terminara con Avery, iría de uno en uno. No lo había hecho a propósito, y no sabía cómo librarme.

Pensé en Jean Claude. Su murmullo se apoderó de mí, sentí un estremecimiento a lo largo de mi piel, un escalofrío que recorrió mi mano tocando al vampiro que estaba a mis pies. Avery cerró los ojos y casi se tambaleó.

Susurré:

—Eso no ayuda, Jean-Claude. Quiero dejar esto, no empeorarlo.

—No tengo ningún talento para la lectura de pensamientos y sentimientos, ma petite, no a este grado. No es mi poder el que estás cogiendo prestado.

—Entonces, ¿de quién?

—Creo que es de Malcolm. Él lo utilizó en ti primero.

—¿Entonces, es mío para siempre?

—Tal vez no para siempre, pero sí por el momento. Utilízalo rápidamente, ma petite, ya que puede desaparecer.

—¿Qué hay de la atracción?

—Aprovecha la información, te ayudaré a dominar ese poder. Por ahora, voy a retirarme, así que no lo hagas mal.

Él era tan bueno como su palabra, se fue. Una vez que salió se terminó el problema de la atracción. Me concentré con Avery, los otros no dejaban

de mirarme, seguían esperando, ¿Qué es lo que querían? ¿En el nombre de Dios a que se supone que esperaban? Respiré hondo y solté el aire lentamente. Un problema y un desastre a la vez. Estaba abrumada.

Miré a los ojos castaños de Avery, y pensé, ¿Qué había pasado la noche anterior? Tuve una visión de una mujer, la mujer muerta, pero viva en ese momento. Tuve otra visión de otra mujer, pero no podía verla con claridad. Como si una parte de la imagen fuera borrosa.

Avery apretó la cara contra mi mano, y la niebla se disipó un poco, pero todavía no podía ver a la otra mujer. Tomé prestado más poder de Malcolm, la mayoría de lo que había en mí, era una especie mucho más íntima de la magia. Puse mi otra mano en la cara de Avery sujetándola entre mis manos, y la niebla se aclaró aún más, pero era como ver una película en la que parte de la pantalla estaba tapada.

Estaba tan ocupada tratando de ver la otra parte de la pantalla que en realidad no estaba viendo el resto. Avery y la mujer viva, estaban cerca de manera muy personal. O mi capacidad de sentir vergüenza disminuía, o se notaría. Estaba intentándolo.

Sabía que los vampiros podrían hacer olvidar horas o incluso días, pero nunca había conocido a nadie que pudiera hacer que fuera olvidado una parte de un recuerdo. Se trataba de un nivel de control sobre su poder que era nuevo para mí. Tuve miedo de nuevo.

Tocar más la cara me había ayudado, ya que, nos guste o no, el poder de Jean-Claude y el mío, aumentaba con lo físico. Me incliné sobre el rostro de Avery, apoyé mis manos en él. No cerró los ojos cuando me aproximé para darle un beso, pero yo sí cerré los míos. Siempre lo hacía. Los labios se tocaron. La mujer de la visión tenía el pelo castaño. El beso se convirtió en una prensa de bocas, el cabello de la mujer era castaño claro, Avery lo tocaba suavemente. Nos miramos, y la niebla se apoderó de nuevo de la visión. No pude verle la cara. Bien, pensé, su nombre, Avery, dame su nombre, pero no conseguí la información, todo lo que había hecho no se reveló, quedó en el anonimato.

La memoria no era como una vista de cámara, eran los ojos de Avery. Supuse por la forma de su cuerpo, que estaba desnudo, y que las mujeres también, su rostro... No pude verles la cara.

Me puse de rodillas, todavía besándolo. Sus manos estaban alrededor de mi cuerpo, y cuando nos juntamos, me fundí en la sensación de sus brazos, de su cuerpo. Me entregué al beso, al abrazo, y fue como si un rayo

atravesara mi memoria. Los colores eran más brillantes, sabía lo que sentía la boca de Sally Cook. Podía oler el perfume, era penetrante, y caro. El rostro del vampiro era nítido en mi cabeza, en su cabeza. Su nombre era Nellie, pertenecía a un vampiro magistral, ella lo había conocido en los clubes de striptease, no en la iglesia. Ella había sido la stripper que Avery había traído con Morgana.

Era como si de pronto tuviera acceso a todo lo que Nellie le había dicho, como si hubiera desbloqueado un archivo de un ordenador, de repente la información fluía. Ella había hablado de su amo, el cual Avery no conocía. Su amo, era un vampiro maestro, no como Malcolm. Alguien que sabía cómo cazar, cómo alimentarse, cómo ser un depredador de verdad. Avery había tratado de distanciarse de ella, pero ella le había perseguido. La visión dio lugar a un recuerdo de Nellie y de otro vampiro. El segundo vampiro se parecía bastante a Nellie podía ser su hermana, eran como gemelas. Su nombre era Nadine, y era mucho más joven, mucho más débil. Pero parecían iguales, en el momento en que las vi me di cuenta de que se parecían a Avery. Todos tenían el mismo cabello, suave, marrón, las mismas caras ovaladas, los ojos marrón claro. Podrían haber sido hermanos. Nadine y Nellie habían discutido después de haber tenido relaciones sexuales con él. Nadine no quería compartir con regularidad a Nellie.

Avery utilizó una excusa para irse, pero entonces apareció Nellie esa noche en el club, estaba con Morgana en la caravana, se ofreció y él no dijo que no. Se sentía culpable. Había roto varias reglas. El club, la bailarina de striptease, y Nellie, era peligroso, pero no sabía cuánto.

Se había alimentado del cuello de la mujer, tuvo relaciones sexuales con Nellie. Pensó que la noche había terminado, pero Nellie empezó con la otra mujer. Ella quería que se alimentara de su muslo, y de la mayoría de los lugares íntimos, le entró pánico. Tal vez fue la mirada del otro vampiro. Suave de color marrón, lo que ambos vieron en esos ojos era peligroso. Sabía que si no se levantaba y se iba, ella lo contaría todo.

Cogió su ropa, huyó de la habitación, se vistió en el recibidor. Cuando se fue Morgana estaba viva y feliz en la cama con Nellie. Fue a la iglesia, cogió uno de los ataúdes que tenían en el sótano para emergencias. Había estado trabajando con el poder de Malcolm sobre Nellie y su peligrosa relación, con un vampiro maestro que sabía cómo cazar. Un maestro que alistaba activamente a miembros para la iglesia, el grupo daba un poco de

miedo.

Avery esperó hasta después de que terminaran los oficios religiosos. Entonces llegué, y los planes cambiaron.

Rompí el beso, de la misma manera en que sales a la superficie de una piscina, fuerte y rápido, como cuando has estado demasiado tiempo bajo el agua y necesitas respirar. Jadeé cuando me aparte de su boca, a unos centímetros de su cara, nos quedamos mirando fijamente a los ojos. Si hubiera podido pensar con claridad. ¿Habría tratado de hacer la siguiente pregunta de la misma manera que las otras, con tacto, con engaño de vampiro, o sería con engaño de nigromante? Como fuera, estaba a unos centímetros de su cara. Pude ver algo, parecido a la devoción, en el rostro de un desconocido. Jean-Claude a lo mejor lo hubiera utilizado. Yo decidí hacer lo que siempre hago cuando estoy asustada por la metafísica. Recurrí a algo humano y ordinario. Hablé, en voz alta.

—¿Había alguien más en la iglesia esa noche con Nellie y su amo?

—Sí —dijo con una voz susurrante—, Jonas. Nellie, me contó que Jonás había conocido a su amo y le había gustado. Me comentó que podíamos estar juntos los tres, Jonás, ella y yo. Le dije que no. —Todavía estaba bastante conectada para darme cuenta que él estaba a la defensiva. No se iría a la cama con un hombre aunque en la misma cama estuviera una mujer. Si pensó que iba a ganar puntos conmigo, estaba equivocado. Me gustaban los hombres que estaban lo suficientemente seguros de su virilidad. A un hombre no lo quería compartir con otro, era un requisito mínimo para salir conmigo.

Avery frunció el ceño, como si hubiera leído mi mente. Pero no tenía tiempo de preocuparme, Zerbrowski estaba gritando.

—¡Corre!

Me puse de pie a tiempo para ver a uno de los vampiros saltando de respaldo en respaldo de los bancos. Sus pies apenas rozaban la madera, dio otro salto. Era casi como si levitara, pero no del todo. No sabía todavía cómo volar. Me gustaban los más jóvenes, son más fáciles de atrapar.

No podía volar, por lo que no trataría de subir a las ventanas de arriba. No le perseguí. Corrí hacia el pasillo contra la pared del fondo. Había una puerta que conducía al salón parroquial. No podía volar. Necesitaba una puerta. Tenía mi pistola. Quitó el seguro con el pulgar y miré a la recámara mientras corría. El vampiro saltó de la parte posterior del último banco y aterrizó suavemente en el suelo. Di un paso hacia la puerta y grite:

—¡Alto, o disparo!

Sujeté la pistola con las ambas manos. Es difícil caminar estando pendiente de la gente. La iglesia no estaba llena pero había gente. Pensaba en las personas inocentes, podían hacerse a un lado pero si disparaba alguien podía salir herido. Quería estar lo suficientemente cerca como para apretar el gatillo, y no poner en peligro a nadie. Por supuesto, una vez que disparara, la gente entraría en pánico. Por lo general, entran en pánico antes. Estaba en el pasillo, tenía un disparo limpio, antes de que la multitud comenzara a gritar y dispersarse. Algunos de ellos se cruzaron en mi camino. De repente había gente gritando y cruzando por delante de mí y el vampiro que estaba persiguiendo.

—¡Al suelo, maldita sea! ¡Atraparlo, maldita sea!

Corrí hacia la puerta, porque no podía correr el riesgo de disparar. Había dos vampiros justo detrás de él. Eran dos de los que habían estado en el pasillo. ¿Estarían allí porque iban ayudarme a atraparlo? O ¿Eran buenos ciudadanos, o eran cómplices suyos? Mierda.

Comencé correr a través de la multitud, Zerbrowski gritaba a mis espaldas, Marconi y Smith iban con él. Apunté con la pistola al techo, mientras trataba de pasar a través de la gente. Disparé, la gente se volvió loca.

Oí detrás de mí a Zerbrowski dar a los agentes la descripción del vampiro malo. Casi no quedaban civiles histéricos. Oí como chillaban agudamente. Llevaba mi arma cuando llegué cerca de la puerta, cubriéndome. No me iba a poner en medio para ser un blanco perfecto. Esa clase de mierda es ideal en las películas, pero no en la vida real, no me importaba ser un héroe, me importaba salir viva.

Había una pelea al final del pasillo. Un hombre rubio y su compañero sujetaban al vampiro. Parecían tenerlo bien sujeto. Estaban en el suelo. Dejé mi posición en la puerta, apuntando con la pistola sujetándola con las dos manos, con Zerbrowski detrás de mí. Gritó:

—¡Policía, alto todo el mundo!

Uno de los hombres vaciló, normalmente los ciudadanos honrados, tienden a escuchar a la policía. No dudó mucho, simplemente dejó de luchar un rato, y nos miró. Eso fue todo, luego dobló el brazo derecho al chico malo, él ni nos miró ni dejó de luchar. Después de todo, no tenía nada que perder. Le estaban pateando el culo.

Los dos vampiros lo tenían, pero cuando dudaron, uno de ellos aflojó su

dominio, sólo una fracción de segundo.

Vi un objeto brillante en la mano del chico malo.

Grité:

—¡Cuchillo! —pero ya era demasiado tarde. El cuchillo se clavó en el pecho de uno de ellos. El rubio se tambaleó, cayó de rodillas junto a su amigo. El otro se arrodilló para ayudar a su amigo, el chico malo aprovechó el incidente, se puso de pie y corrió hacia la puerta. No tenía un tiro limpio. Empujó la puerta grande con la mano, y salió agachado. Los dos civiles estaban en medio, no podía disparar.

Grite:

—¡Joder! —Y corrí.



Despejamos la puerta más lejana, yo agachada, Zerbrowski de pie. Marconi y Smith un peso a nuestras espaldas a la espera de un ángulo claro. Estábamos en el salón parroquial, y en medio de todas esas largas mesas estaba el vampiro. Estaba usando su chaqueta de cuero para protegerse el rostro de la luz blanca y caliente de los dos uniformados con sus cruces. Tenían sus armas en una mano, y las cruces en la otra, casi manteniéndolas como linternas, por lo que fueron capaces de mantener un agarre a dos manos y aún mostrar las cruces. Formación diría.

Grité:

—¡Tiene un cuchillo! —Vi los ojos de uno de los hombres mirando hacia mí, pero sólo por un segundo—. Le cubriremos, cachéale.

—No seas nenaza, Chica Dura —dijo Smith, desde detrás de mí.

—Llámame nenaza cuando esté muy cerca de él. —Mantuve mi arma en el vampiro y caminé lentamente hacia él. Hablé mientras me movía—.

Poco a poco, deja caer el cuchillo.

El vampiro no se movió, excepto para agacharse detrás de su chaqueta.

Dejó de moverse y miró hacia abajo al cañón de mi pistola. Sentí que estaba tranquila en mi interior, escapando dentro de mi cabeza a ese lugar lejano extrañamente tranquilo al que me voy cuando mato, y tuve tiempo de acelerar por eso.

—Te lo voy a decir una vez más, Jonás. Suelta el cuchillo, o pongo una bala en ti. No lo haré... no te lo diré... otra vez. —Todo el aire salió fuera de mí, y mi cuerpo estaba tan tranquilo y pacífico como mi cabeza. No había oído esta noche el ruido blanco, estático, sólo estaba tranquila. El mundo se había reducido a la figura en cuclillas y nada más. En realidad no estaba al tanto de la policía, Zerbrowski estaba detrás de mí, incluso el resplandor de las cruces se habían retirado, por lo que mi visión se agudizó hasta el hombre que estaba a punto de disparar.

Algo pasó de esa cifra oscura, algo de plata que brillaba bajo la luz blanca, pero no lo vi realmente. No pensé en un cuchillo. Había pasado el punto de no retorno. Estaba comprometida. La voz de Zerbrowski me trajo de vuelta.

—El cuchillo, Anita, dejó caer el cuchillo. —Su voz era suave, como si entendiera que estaba al borde. Al borde en el que puedes hacer presión teniendo una voz fuerte que sea libre.

Mi respiración se volvió un silbido agudo de aire. Apunté el arma hacia el techo, porque tuve que dejar de apuntar al hombre. Tenía que apuntar a otro lugar, o le iba a disparar. Legalmente, podría haberlo hecho, pero necesitaba que hablara con nosotros. Los muertos, los muertos reales, no son un grupo comunicativo.

—Lo tengo —dijo Zerbrowski. Tenía su arma bien y lista sobre el vampiro.

Asentí con la cabeza y presioné la parte de atrás de mi pistola en mi frente. No se sentía fresco y hacía calor. Caliente por estar bajo el brazo, encajada al lado de mi hombro. Si me pusiera el sujetador equivocado me arañaría el borde de mi seno cuando la sacaba, así que me enteré de que todos los sujetadores minimizadores que extendían el pecho hacia el lado no eran mis amigos para llevar una pistolera de hombro. Sujetadores que mantenían los pechos hacia arriba y fuera del camino. Sólo había que asegurarse de que el sujetador realmente cubriera la parte delantera, así que podría funcionar sin caer fuera de él. ¿Por qué estaba pensando en

sujetadores cuando teníamos a un vampiro que había cometido un doble asesinato y seguía sin morir? Porque casi lo mato. Había disparado casi en la masa de su cuerpo, no porque ya era hora, sino porque eso es lo que hacía. Rara vez miraba hacia abajo al cañón de un arma de fuego sin ser capaz de apretar el gatillo.

Casi lo mato antes de que hiciera un trato. Casi lo mato, porque mi cuerpo y mente cayeron. Caer en esto es lo que hacemos. Esperamos al cañón de una pistola, y apretamos el gatillo, y tiramos para detenerlo. Muerto está detenido.

—Anita, ¿cómo estás? —preguntó Zerbrowski.

Asentí con la cabeza y bajé la punta del arma al suelo. Confiaba en Zerbrowski para conseguir un tiro limpio y lento hacia abajo. Confiaba en mí para poner mi arma hacia arriba a tiempo para detenerlo. No estaba segura en ese momento de que confiaban en mí para estar allí con una cuenta con el vampiro. Divertido, pero no lo era.

—Estoy bien, Zerbrowski. —Mantuve la mirada en el vampiro junto con su pistola.

—Muy bien. Es tu orden.

—Sí —dije—, mis diez centavos. —Miré al vampiro, todavía se escondía detrás de su chaqueta de cuero, y no sentía nada. No era más que algo del que quería información. No podía ofrecerle una oferta. La ley no permitía que se tratara con vampiros que habían asesinado. Pero eso era un problema para después.

—Poco a poco, pon tus manos en la cabeza y encaja los dedos. ¡Ahora!

—Mi voz sonó extrañamente apagada.

—Haz que pongan las cruces para arriba.

—¿Quieres morir en este mismo momento?

Se quedó callado un momento y luego su voz otra vez.

—No.

—Haz lo que te dicen. Las manos en la cabeza, los dedos entrelazados, y deja de joder ahora. ¡Ahora!

Trató de mantener su cara oculta en la chaqueta, los ojos cerrados con fuerza cuando sus brazos se alejaron y puso las manos en la parte superior de su cabeza.

—Enlaza los dedos. —Lo hizo.

—Ahora, de rodillas.

—¿Puedo usar mis manos? —Tenía mi pistola y estaba apuntando.

—Estás empezando a ponerme nerviosa. Ponte de las jodidas rodillas.
—Lo hizo. Sorpresa.
—Cruza los tobillos.
—¿Qué?
—Un tobillo sobre el otro, con los tobillos cruzados.

Lo hizo. Lo que significaba que era hora de darle una palmadita. Odio las palmaditas a alguien que está vivo, es mucho más fácil buscar la muerte con armas. ¿Cómo puedes saber cuándo has estado matando tal vez un poco? Cuando piensas que es un dolor en el culo tener que cachear a alguien que aún se pueda mover. Le puse el cañón de mi pistola en su cabeza.

—Si te mueves, disparo. ¿Está claro?

—Sí —dijo con voz tensa.

Lo más agradable de sólo tocarles después de que están muerto es que no escuchas el miedo en sus voces, o sientes un fino temblor en sus manos y brazos. No tienes que saber de lo que tienen miedo eres tú. No tienes que pensar en el hecho de que la persona que estás tocando va a tener que morir, y que no puedes hacer nada, o lo que haya podría detenerlo. La ley no se trata de la justicia o la piedad. La ley es la ley, y la ley no da ni Jonás sin apellido, ni a mí, opciones.

Había otro cuchillo, éste se encontraba en la parte baja de la espalda en una funda en el interior de su cinturón. Tenía una funda en la muñeca, vacía, y una funda más grande en el cuello, oculta por el cuello de la chaqueta. Nunca había conocido a un vampiro que llevara tantas armas. Cuando se le cayó el cuchillo, pensé que me había equivocado de cuchillo al verlo en el pecho del otro vampiro, pero no, el muy cabrón le había apuñalado y había un montón de cuchillos dejados. Recordé el cuchillo como un signo de exclamación en el pecho del vampiro.

Eso me hizo dudar. Miré uno de los cuchillos, lo sopesé, toqué el filo del mismo con el pulgar.

—Mierda, es de plata. —No corrí de vuelta al vampiro. Esperé y ayudé a esposar al vampiro, aunque sabía que sólo lo haría más despacio, si de verdad quería estar libre. Simplemente no había nada que pudiera sujetar la fuerza de un vampiro. Fue una de las razones por las que perdían la vida en lugar de retrasarse hasta un juicio. Un Estado había intentado cruces alrededor de los ataúdes, pero había sido derribado como cruel e inusual. Si me hubiesen preguntado, habría pedido a los legisladores que decidieran

que los ataúdes fueran muy crueles, si ellos mismos no se confinaban en un pequeño espacio hasta el juicio, o lo mataban. Tendría que apostar a que habría elegido el ataúd, pero entonces, nadie me preguntó. Me habían invitado a hablar ante un subcomité del Senado sobre los derechos de los no-muertos, pero la cita seguía siendo cambiada, o el presidente del comité seguía cambiando, o... era casi como si alguien no quisiera que la comisión terminara su informe. Probablemente política, pero por lo que sea, no había sido llamada. Acababa de ser solicitada, una cita que se asignaba más adelante. Es curioso, pero creo que al comité le hubiera gustado mi testimonio más que si me dejaban ir a hablar cuando establecieron al principio la invitación. Últimamente, no tenía nada que decir reconfortante.

—Siéntalo en una silla. Si trata de hacer algo divertido, dispárale.

—¿A dónde vas? —preguntó Zerbrowski.

—Los cuchillos son de plata.

—¿Y?

—Por lo tanto, nuestro buen samaritano vampiro puede estar muerto o morir. —Ya me estaba en movimiento hacia la puerta—. Si va a sobrevivir, tenemos minutos para salvarlo.

—Salvarlo, ¿cómo? —preguntó Zerbrowski. Sólo sacudí la cabeza y me fui hacia la puerta.

—Ve con ella, Smith. —Smith acaba de cambiar el control de su arma por lo que señaló con las dos manos el suelo.

—Te cubro la espalda.

No discutí con Smith siguiéndome. Zerbrowski y yo esta noche estábamos asociados. Confiábamos en ellos para buscar al vampiro malo, pero tenía que comprobar la herida del vampiro, por lo que dejaba a Zerbrowski encima del sospechoso y dándome protección. Porque ninguno de nosotros confiaba en nadie para cubrir al vampiro Jonás. Zerbrowski atrapó al asesino, y yo fui el héroe. La vida había sido mucho más sencilla cuando los vampiros no venían en labor de héroe.



No pude ver a nuestro héroe por la ancha espalda de su amigo. El rubio seguía arrodillado allí, sosteniendo su mano. El rubio dejó caer los hombros, y se volvió con la cara llena de lágrimas hacia mí. Desapercibidas de color rosado bajaban por la cara donde la sangre de sus propias lágrimas, le habían marcado. Las lágrimas me hicieron temer lo peor, hasta que me situé a los pies del otro vampiro. El héroe se sentó sobre su espalda, pero parpadeó sus grandes ojos grises hacia mí. Los ojos eran lo único claro en él. Tenía el pelo largo y oscuro, y los comienzos de una barba en torno a una boca ancha. Casi me dijo en voz alta lo que estaba pensando, ¡Oh, bueno, no está muerto, pero no lo logré. Punto para mí!

Me arrodillé al otro lado, enfrente de su amigo. El cuchillo estaba clavado en el pecho como un signo de exclamación. Había apuñalado mi parte de vampiros en mi tiempo, y conocía un golpe al corazón cuando veía uno. La sangre brotaba alrededor de la hoja, empapando el borde oscuro de

la ropa. Estaba sangrando mucho. Lo cual significaba que se había alimentado bien esta noche, o era una lesión grave, o ambos.

—No me di cuenta de que el cuchillo era de plata hasta que lo desarmé. Habría vuelto antes.

Smith dijo:

—Tenemos compañía.

—Antes o después —dijo una voz detrás de nosotros—, no importa. —Malcolm estaba detrás de nosotros. Otros miembros de la iglesia estaban detrás de él. Se trataba siempre de curiosos, supongo.

—Es importante —dije.

—Se está muriendo, Anita, y no podemos hacer nada para salvarlo.

Miré hacia atrás al hombre herido y capté la mirada en los ojos azules de su amigo. Los ojos azules enmarcados por el azul del cuello de la camisa.

—He visto a vampiros sobrevivir estando peor.

—Has visto a vampiros maestros sobrevivir. Él no es un maestro.

—Se trata del poder de su línea, de su señor —dije—, no siempre se trata de poder personal.

—Truth y Wicked no tienen amos, ¿Truth?

El rubio miró a Malcolm, y hubo falta de esperanza en la cara. Ni siquiera podía hacer comentarios sobre los nombres. Quiero decir, ¿quién recibe el nombre de Truth y Wicked? Pero ante la cara de dolor tan cruda, no podía hacer nada más que decir:

—Si tienes algo importante que decir, Malcolm, dilo.

—No tienen señor, Anita. El maestro que los hizo murió, y el *sourdre de sang* que creó su línea fue destruido, también. Sobrevivieron a la destrucción de su línea, pero debilitados.

Miré al rubio, Truth o Wicked, no sabía quién era él. Mire a Malcolm, pero la mirada en sus ojos dijo que era Truth.

—Si hicieras un juramento de sangre tendrían a un maestro en este momento.

—Les permití entrar en mi iglesia. La mayoría de los maestros los matarían.

—¿Por qué?

El vampiro en el suelo respondió:

—Nos tienen miedo —dijo con voz ahogada.

El rubio dijo:

—No hables, hermano, yo hablo por ti. Temen que si los demás vampiros saben que sobrevivimos a la matanza de nuestra línea de sangre entera, entonces otros se preguntaran si podrían matar a aquellos que los esclavizan también, y sobrevivir.

—¿Hermano? —dije.

El rubio me miró, saliendo nuevas lágrimas de sus ojos azules como yeso rojizo.

—Truth es mi hermano.

Mierda, pensé.

—¿Malcolm estás seguro, que si quitamos el cuchillo... Truth no se curará?

—Antes sí, pero la muerte de nuestra línea nos debilitó. Cuando se usa un arma de plata, enfermamos como un ser humano.

Bajé la vista hacia la empuñadura que sobresalía del pecho del vampiro.

—Si fuera humano, ya estaría muerto, y no lo está.

—Se está muriendo, Anita, ¿no puedes sentirlo? —dijo Malcolm.

Le puse la mano en el pecho al vampiro, cerca de la hoja, en la sangre helada de sus ropas, y me concentré. Sentí su energía, por falta de una palabra mejor, la decoloración.

Respiró hondo y jadeante tuvo problemas en el siguiente aliento.

—Mierda, se está desangrando hasta la muerte. —Estaba perdiendo tanta sangre que su cuerpo empezaba a cerrarse. Mierda. Miré al rubio—. Si nos quedamos aquí, se va a morir. Si sacas el cuchillo, puedo ser capaz de salvarlo.

—¿Cómo? —preguntó el rubio. No podía pensar en alguien como Wicked, no como un nombre.

¿Cómo? Esa era la pregunta. Si Jean-Claude estuviera aquí, podríamos hacer un juramento de sangre. Por supuesto, ahora con las marcas abiertas entre nosotros, Truth podría tomar mi sangre y debería establecerse. Primo lo había descubierto por accidente, ahora había posibilidades.

—Voy a comunicarme con mi maestro, el Amo de la Ciudad. Si él está de acuerdo, tengo una idea. —Llamé en mi cabeza—. Jean-Claude.

Tuve una sensación de movimiento a su alrededor. Estaba en el club.

—*Oui, ma petite*, ¿llamaste?

No usé palabras, lo dejé hojear en mi cabeza en una especie de taquigrafía. Terminamos con él asombrado.

—Truth y Wicked aquí, en Estados Unidos.

—¿Los conoces?

—Son los únicos vampiros en nuestra historia que persiguieron a su línea y los asesinaron.

Eso me lanzó.

¿Qué? ¿Por qué?

—Yo conocía a su amo, y su amo, el *sourdre de sang*. Eran guerreros, guerreros, *ma petite*, semejantes guerreros. Tenían una lucha con Belle Morte por el sexo.

—Así que, ¿son demasiado peligrosos para llevarlos a bordo?

—¿Sabes lo que pasa cuando la fuente de una línea se vuelve loca?

Parecía una pregunta con trampa, pero le dije:

—Algo malo.

Se rió en mi cabeza, y me hizo temblar.

—Todos en su línea de repente, comenzaron a masacrar gente sin pago, sin política, o sin motivo de ningún tipo. Yo todavía estaba con Belle en los tribunales. Sé que el consejo estaba planeando enviar asesinos, pero dos de los vampiros en la línea entraron en acción. Nos salvaron de llamar la atención en Inglaterra, y el consejo lo agradeció, pero mataron a la fuente de su línea de sangre, su creador, y eso es una sentencia de muerte entre nosotros.

—¿Por qué no están muertos?

—Debido a que alguien en el consejo intercedió. No sé por qué, o incluso totalmente qué, sólo que Belle votó a su favor para vivir, pero estaban sin amo y fueron enviados a vagar como lo harían con la mano de cualquier maestro que les encuentra volviéndose contra ellos. Si pudieron matar a su fuente de sangre y sobrevivir, entonces la mayoría los consideran muy peligrosos para sobrevivir.

—¿Cómo te sientes?

—¿Qué estas ofreciendo, *ma petite*?

—¿Recuerdas lo que sucedió con Primo?

—Alimentas a Truth, y quedará obligado a mí y a ti, ¿es eso?

—Sí.

—No son las bestias de la línea del Dragón, pero son guerreros que han sobrevivido siglos, con todas las manos contra ellos. Me reuní con ellos una vez, cuando su señor vino a los tribunales. Eran hombres de honor.

—¿Qué dice? —preguntó Wicked.

Levanté una mano.

—Está pensando en ello.

—Nadie va arriesgarse —dijo Truth con esa voz terriblemente tensa.

Jean-Claude respiró a través de mi mente, se estremeció por encima de mi piel. Aparté mi mano del vampiro herido, así el efecto no se extendería. Abrí las marcas entre nosotros, y me llenó. Se derramó por mi cuerpo, sobre mi piel. Su poder me golpeó, y se estableció como una llama en alguna gran hoguera a la espera. Se derramó de la cabeza hacia atrás, se inclinó por mi columna vertebral, y se derramó hacia fuera de mi piel. Salió y salió hacia fuera y pude sentir a cada vampiro en el pasillo. Se sentían como luces individuales en la oscuridad, como si con los ojos cerrados les conociera a todos.

—Atrás, mis hijos —se oyó la voz de Malcolm distante, como si estuviera hablando a través del rugido en mi cabeza—, debemos dejar este lugar para su magia negra.

Abrí los ojos y supe al instante que mis ojos habían cambiado al fuego marrón bordeado de negro.

—¿Qué está a punto de suceder? —preguntó Smith.

Me miró, y dejó escapar un grito sorprendido. Se lamió los labios y me miró, pálido y asustado.

—Si no quieres mirar, vuelve con Zerbrowski.

Smith negó con la cabeza.

—Me voy a quedar.

—No te va a gustar —dije.

Estaba luchando por no abrazarse a sí mismo, y me acordé de que podía sentir la energía de los cambiaformas. No hay nada como ser un poco psíquico en el medio de un evento metafísico.

—No me gusta, pero tengo tu espalda cubierta, por lo menos contra todo lo que un arma detendría. —Eso último me hizo pensar que podría ser más sensible de lo que esperaba. Sabía que había cosas peligrosas en el pasillo ahora, pero nada de lo que podría ayudar con armas de fuego. Eso fue casi demasiado inteligente. Tendría que tener cuidado alrededor de Smith con la metafísica, podría averiguar más de lo que quería saber.

Me giré hacia los dos vampiros.

—Soy siervo humano de Jean-Claude. Realmente somos sangre de mi sangre uno al otro.

—¿Qué propones? —preguntó Wicked.

—Sacamos el cuchillo, entonces creo que si dejamos que Truth se

alimento, hará un juramento de sangre con Jean-Claude.

—¿Realmente nos aceptaría?

—Me dijo que sí.

Wicked miró a su hermano.

—¿Estás de acuerdo con esto? ¿Estar sujeto a otro maestro?

—Sentí su poder, su llamada, —hubo otro de esos jadeos ataques—, si este es el servidor, el maestro debe ser más poderoso.

—¿Eso es un sí? —pregunté.

Wicked asintió con la cabeza.

—Pero si tomas a mi hermano, tienes que tomarme, a mí también.

Simplemente sabía que Jean-Claude estaría de acuerdo con eso. No hubo necesidad de preguntar.

—De acuerdo, aunque sí puedo alimentar tanto esta noche es una cuestión diferente.

—Nos han alimentado ya esta noche. Para Wicked tendrá que ser una alimentación de verdad, pero para mí con probarla, valdrá.

—De acuerdo —dije. Pensé *esto funcionará*, y la respuesta de Jean-Claude fue casi segura. Estaba casi seguro de que funcionaría—. ¿Funcionaría mejor el juramento de sangre, y luego quitar el cuchillo? —pregunté.

—Tal vez, *ma petite*, pero la plata también puede interferir con el proceso. Estamos esperando a traerlo de vuelta a la salud, y esto no va a pasar con la plata en su cuerpo.

Parpadeé y miré a Wicked. Con los ojos yendo a vampiro, su estructura ósea era muy clara, y me di cuenta de que era un hombre muy, muy guapo. Muy masculino, y cuando miré a su hermano, busqué esa misma estructura ósea debajo de todo el vello facial. ¿Cómo no había visto el parecido antes?

—Tenemos que quitar el cuchillo primero, y luego alimentarle. —Miré mis muñecas. Mi izquierda aún se estaba recuperando de Primo y la noche zombi pasada. No estaba ofreciendo mi muñeca derecha. Nunca cortaba la mano de la pistola, si podía evitarlo. Me toqué el cuello, el mordisco de Requiem seguía allí, aunque casi curado, el mordisco de Damian era menor. No iba a desnudar mi parte superior, por lo que el pecho estaba fuera. El cuello estaba bien. Iba a terminar pareciéndome a un drogadicto de vampiros, siempre con una marca de mordisco fresca. Oh, bien.

—Lo siento, tengo muchas lesiones. El lado derecho del cuello te alimentará.

—No puede sentarse.

—Voy a tumbarme. —Le di mi pistola a Smith.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué es esto?

—Voy a dejar que Truth se alimente de mi cuello. Prefiero no tener que preocuparme en sí puede tocar mi arma o no.

—No confías en nosotros —dijo Wicked.

—No me fío de nadie. —Empecé a acostarme en la parte superior de Truth, pero el cuchillo estaba en el medio.

Jean-Claude dijo dentro de mi cabeza.

—El cuchillo en primer lugar, *ma petite*.

Me arrodillé hacia atrás y miré al hermano.

—¿Quieres hacerlo tú, o lo hago yo?

Pareció comprender, sin necesidad de hablar, bien para un cambio.

—Yo lo haré. —Levantó su mano libre, porque la otra estaba envuelta todavía alrededor de la mano de su hermano. Agarró la empuñadura del cuchillo y vaciló.

—Es la hora, hermano —dijo Truth.

Moví el pelo a un lado para que el lado derecho de mi cuello quedara estirado y limpio. Una vez que el cuchillo estuviera fuera, teníamos un minuto, tal vez, para hacerle vivir, o dejarlo morir. Wicked se quedó inmóvil, la mano sobre su hermano y en la empuñadura.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunté.

Sacudió la cabeza, pero todavía no se movía.

—O lo haces o lo hago... Wicked. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Hazlo —susurró Truth—, hazlo.

El brazo de Wicked se tensó.

—Perdóname, hermano —dijo, y sacó la hoja de un fuerte tirón.

La sangre brotó de la herida, gruesa, de color rojo. Su cuerpo dio un espasmo. Hice lo que dije que haría. ¿Cómo pones tu cuerpo en la parte superior de un hombre herido? De la misma manera que con cualquier hombre, si no quieres rodar. Me puse encima de él, las piernas a ambos lados de su cuerpo, mientras convulsionaba debajo de mí, y luchaba por su vida.

Puse mi cuello delante de su cara, y no pudo controlar su cuerpo lo suficiente para alimentarse.

—¡Oh, mierda! —Miré hacia arriba y encontré los ojos de su hermano

—. Ayúdame.

—¿Cómo?

—Sujétale lo suficiente como para que pueda alimentarse.

Wicked no discutió, se movió detrás de su hermano, y levantó la cabeza y los hombros lo suficiente del suelo. El espasmo fue cada vez menor, pero eso no era bueno, no era bueno en absoluto.

Jean-Claude respiraba a través de mi cuerpo.

—Dale un beso.

—¿Qué? —dije en voz alta.

—¿Qué es? —preguntó Wicked.

—Dale la energía suficiente para alimentarse.

—¿Cómo?

Fue sólo en mi cabeza, no con palabras, no exactamente las imágenes, sólo comprendí de repente, porque entendía. Los vampiros habían dado el beso de la vida mucho antes de que los seres humanos tuvieran la respiración artificial. Una vez había pensado que tenía que ser un *sourdre de sang*, o la persona que hizo a un vampiro para dar una cuota de energía de este tipo, pero había demostrado que no era cierto. Si Jean-Claude no hubiera estado tan seguro de que funcionaría, habría discutido. Sólo había hecho algo similar a esto una vez, y había sido con Asher, quien es nuestro amante, y que se había alimentado de mí antes. Este vampiro era un extraño para mí, y no uno de nuestra línea, pero la certeza de Jean-Claude me llenó, como si fuera mía. Miré la cara de Truth, y sus ojos comenzaron a esmaltarse, y su cuerpo se quedó inmóvil. Llamé al poder, o tal vez Jean-Claude lo hizo, o lo hicimos los dos. Era difícil decir dónde una mágica se componía y la otra comenzaba. Me incliné sobre el rostro del vampiro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Wicked.

No había tiempo para explicaciones. Apreté los labios en la boca del vampiro. Sus labios estaban quietos contra los míos. Le di un beso, y sentí su muerte. Consideré la chispa vacilante como un juego en el viento. Respiré el poder en su boca. Meforcé a entrar en él de la forma en que la fuerza del aire entra muerta. Le soplé en la boca y en el pensamiento, *Despierta. Despiértate con nosotros, Truth, despierta con nuestra magia.* Jean-Claude me usó cuando el poder empujó como una espada en la línea de su cuerpo. Era aguda y dolorosa incluso para mí. Truth jadeando, sentado en el suelo, gritando. Gritando algo en un idioma que nunca había oído.

—Aliméntate —dije, y fueron las palabras de Jean-Claude. Pero era mi mano la que extendió el pelo a un lado y desnudo mi cuello para él.

Me agarró, sus manos hincándose en mis hombros. Vi la cabeza avanzando, pero el resto se perdió de mi vista. Me mordió. Repentina y duramente, los colmillos rasgaron mi carne. Grité, porque dolía. No había truco de la mente o sexo para ablandarlo. Simplemente dolor.

Oí una voz masculina sorprendida, en la dirección de la puerta más lejana.

—Mierda, ¡otro!

—Ella se ofreció —dijo Smith—, para salvar su vida.

—Él es un puto cadáver, no puede salvar su vida.

—La oficial Blake tomó la decisión, Roarke, ve con los otros.

—Mierda —dijo de nuevo.

No podía decir nada, no podía ayudar a explicarlo. Mis manos estaban sobre los brazos de Truth. Creo que iba a empezar la lucha. Solo el jodido dolor.

Jean-Claude estaba allí, más fuerte en mi cabeza.

—Relájate, *ma petite*, no luches contra él.

—No estoy luchando —pensé.

—Sí, lo haces. Estás luchando con tus poderes, no tienes que bajar tus escudos entre tú y yo, pero si entre él y tú misma. Rápidamente, *ma petite*, rápidamente, o vamos a perderlo.

Bajé los escudos, los que me guardan de los demás vampiros. Eran tan automáticos que no los notaba por lo general. Los escudos que tenía, naturalmente, como un nigromante, cayeron y de repente... no dolió más.

Era como si de repente fuera lanzada en la parte del sexo donde el dolor era placer, donde el mordisco que has ofrecido a alguien es sólo lo mejor que has sentido alguna vez.

Le deje alimentarse de mi cuello, pero había estado esforzándome por alejarme de él, ahora me relajé en él. Era como fundirse en un beso que te ha cogido con la guardia baja, y de repente le devuelves. Dejas de pensar en la muerte, y sólo dejas que sea.

Me entregué a la sensación de su boca en mi cuello, la fuerza de sus manos en mi espalda, la presión de su cuerpo contra el mío. Sus manos se deslizaron más abajo, por debajo de mi espalda baja, y más lejos, de modo que me ahuecó el culo. Nos acercó, inclinando el cuello y los hombros para mantener la boca sellada en mi cuello, y apretó nuestros cuerpos inferiores

unos contra otros. Suficientemente apretado para que pudiera sentirle duro y grueso contra la parte delantera de su cuerpo.

Bajé los escudos, todos mis escudos. El único milagro fue que el *ardeur* no intentó levantarse antes. Pero ahora se levantó, se levantó con la presión de su cuerpo, la succión de su boca. El roce a través de mi cuerpo, a través de mi piel y dentro de él.

Se apartó de mi cuello con una exclamación.

—¡Madre de la Oscuridad sálvanos, es Belle Morte!

Encontré su mirada amplia. Tenía los ojos más azules ahora de lo que los había tenido, o lo parecía—. No soy Belle, Truth, sólo yo, sólo Jean-Claude, solo nosotros. —Susurré el final contra sus labios. El *ardeur* quería que lo besara, presionar las bocas y sentir la energía para la energía. Hablé con mi boca casi tocando la suya—. Jean-Claude, ayúdame, ayúdame a meter al genio en la botella. Ayúdame a parar esto.

—Si te ayudo a protegerte, el *ardeur* puede extenderse aquí en el club, donde yo estoy.

—Entonces, piensa como lo hiciste anoche. Aliméntate de la voluntad, pero deja que esta copa pase de mí esta noche. Tengo que atrapar a un asesino, no follarme a todo el mundo al que nos acercamos.

—Ayúdanos —dijo Truth—, ayúdanos, maestro.

Sentí la emoción de Jean-Claude, la sorpresa a lo largo de mi piel, como si la curiosidad fuera un toque.

—¿Quieres parar? —Su pregunta salió de mi boca, en mi voz.

—Sí. —Truth sopló contra mis labios, para que pudiera oler mi sangre en su aliento—, sí, ayúdanos a poner fin a esto.

—¿Por qué? —preguntó Jean-Claude.

Esa pregunta me detuvo, porque había tenido suficiente.

—Satisface tu curiosidad por él más tarde, Jean-Claude. Tengo a la policía esperando en la otra habitación. Tengo que terminar con esto.

—Muy bien, *ma petite*. —No se acercó más a mí, ya estaba en mí casi tan profundo como podía. Pero llegar fue la única palabra que tenía para él. No me escudó o a Truth. No escudó a nada ni a nadie. Tomó el *ardeur* que se elevaba en nosotros, e hizo dos cosas a la vez. Se tragó el *ardeur*, y cerró el vínculo entre él y yo, tenso, como cerrar una puerta entre nosotros.

Me quedé sola presionada contra el cuerpo de Truth, la cara todavía a pulgadas de distancia, pero de pronto se nos acabó. Los dos suspiramos al unísono, como si hubiéramos estado conteniendo la respiración.

Movió los brazos, para que pudiera salir de su regazo. No hubo bromas, no tuve sentido de su pérdida en el tacto del *ardeur* y se alejó. Parecía tan aliviado como yo. Si hubiera tenido tiempo, si pudiera haber encontrado una forma de preguntar por qué se sintió aliviado, sin sonar como si mi orgullo estuviera herido, lo habría hecho. Pero tenía trabajo que hacer, así que me puse de pie y me tambaleé, y solamente Truth en mi brazo me impidió golpear una pared.

—¿Estás bien? —preguntaron Smith y Wicked, al mismo tiempo. Smith miró a los vampiros, pero la cara de Wicked fue neutral.

—Sólo he donado un poco de más de sangre últimamente. Estoy bien. —Para probarlo, di un paso atrás de la mano de Truth. Tomé unas cuantas respiraciones profundas, y me mantuve estable. Pero realmente iba a tener que ver si podía pasar al menos una noche sin tener que abrirme una vena.

—Sentí el poder de tu señor —dijo Wicked—. Mi hermano está vinculado a él, pero no yo. Me prometiste que nos aceptarías a los dos.

—Lo haré, es la voluntad de Jean-Claude, pero esta noche no. Este banco de sangre está cerrado por esta noche.

Wicked me lanzó una mirada que decía que no creía ni confiaba en mí. Su hermano estaba simplemente de pie junto a él, como si hubiera levitado a sus pies. Tal vez lo hizo. Abrazó a Wicked con un brazo sobre los hombros.

—Ella hará lo que prometió. —Truth estaba sonriendo.

—¿Por qué, porque ella te ayudó a luchar contra el *ardeur*?

—En parte.

Wicked sacudió la cabeza.

—Debes ser incluso mejor de lo que se sentía, para que Truth confíe en ti tanto.

—Salve su vida, tiende a impresionar a la gente.

—No a él, no a Truth.

—Bien, pero me tengo que ir a interrogar a un sospechoso de asesinato, en este momento.

—Vamos contigo —dijo Truth.

—Lo siento, son asuntos policiales. Gracias por tratar de atrapar al malvado.

—Tu poder nos llamó cuando tocaste a Avery —dijo Truth.

—Así que cuando dije, capturarle, ¿Lo hicisteis?

Ambos asintieron.

—Lo siento.

—Yo no —dijo Truth.

Wicked me dio otra mirada cínica.

—Te lo haré saber. No lo siento, todavía.

—Mira, te doy mi palabra de que tan pronto como sea humanamente posible te daré a Jean-Claude.

—¿Darme?

Fruñí el ceño.

—Te doy mi palabra de que tan pronto como sea humanamente posible vas a estar enlazado al Amo de la Ciudad, ¿es lo suficientemente bueno?

—Prométeme que tú me vas a atar igual que has atado a mi hermano.

—Acabo de hacerlo.

—No, no lo hiciste. Por lo que sé me podrías pasar a otra persona en la casa de tu señor. Mi hermano y yo vamos juntos. Para ir de la mano, tenemos que ir de la misma manera.

Ojalá hubiera tenido a Jean-Claude para preguntar, ¿había un problema con esta promesa?, pero estaba ocupado haciendo felices a todos los clientes en Placeres Prohibidos. Pensé en lo que me había pedido, y no pude ver el problema, así que le dije:

—Bueno, te prometo que voy a atarte yo como hice con tu hermano. ¿Feliz ahora?

Asintió, con una sonrisa aún más pequeña.

—Entonces, deja una tarjeta o un número en uno de los clubes de Jean-Claude, y nos encargaremos de organizar otra reunión.

—Vamos a estar allí —dijo Wicked.

—Sí —dijo Truth—, sí, vamos a estar ahí.

Me giré hacia la puerta y a la otra habitación. Smith llegó a mis espaldas. Tendí mi mano hacia él.

—Mi arma —dije.

Me entregó el arma. La enfundé y seguí caminando hacia la otra habitación y donde me esperaban el chico malo y la policía. Tenía una vaga sensación de que me había perdido algo en este momento con Wicked y Truth. —Los Wicked Truth— los había llamado Jean-Claude, ¿por qué? ¿Por el hecho de que mataron a su linaje? ¿O es que me perdí algo? Algo que lamentaría más tarde. Lo pasé por encima de mi cabeza, y todo lo que había prometido era dejar a Wicked tomar mi sangre y atarse a Jean-Claude y a mí. Es todo lo que había prometido, así que ¿por qué me sentía como si

los hermanos fueran a esperar más de lo que había ofrecido? Pensé, *Jean-Claude*, ¿*Qué acabo de hacer?*

Para mi sorpresa, respondió con cuidado, como si me estuviera protegiendo.

—Tenemos a nuestros guerreros, *ma petite*, tal y como deseabas.

—No has podido alimentar el *ardeur*, todavía.

—No, pero recuerdo a Wicked, de la antigüedad, y pensé que era absurdo no ver como estaba una vez más.

—¿Tienes el *ardeur* bajo control, mientras me hablas de mente a mente, en una habitación llena de mujeres lujuriosas?

—Oui.

—Es bueno saber que nuestra pequeña vía de tres ha ganado algo.

—Lo haces sonar como si no ganaras nada, *ma petite*. Eres tú quien reclamó a Truth y a Wicked para nosotros, para ti, antes de que llegaran a mis manos. Dijiste anoche que necesitábamos gente que pudiera luchar, que no sólo sedujeran, y en menos de cuarenta y ocho horas, has reclamado a dos de nuestros guerreros más legendarios para ti. Eso *ma petite*, no es sólo impresionante, da miedo.

Ignoré el comentario del miedo y me concentré en la otra parte.

No me recordaba desear combatientes, o guerreros. Me acordaba de pensar que necesitábamos más músculo.

—Entonces tenemos más músculo, tal como lo deseabas.

No podía discutir con él, pero tendría que ser más cuidadosa con lo que deseaba. Últimamente, parecía que lo estaba consiguiendo, no importaba lo que quisiera. De pronto, la frase ten cuidado con lo que deseas, había adquirido un nuevo significado. Supongo que sólo tenía que ser condenadamente cuidadosa con lo que deseaba.



Desde luego, lo que deseé desde el segundo en que entré en la habitación de al lado era que podíamos coger a nuestro asesinos en serie antes de que matara de nuevo. Estaba bastante segura con ese deseo. Parecía un deseo en el que todos podríamos vivir. Habían sentado al vampiro en la silla con las manos esposadas a través de los travesaños, de nuevo, sólo un retraso, pero si esto fuera realmente mal, un segundo retraso podría salvar vidas. Me quedé mirando la cara del vampiro. Tenía el pelo más oscuro que el de Avery, un moreno que algunos hubieran dicho que era negro si no hubieran estado de pie en la sala. Sus ojos eran marrones y oscuros. Era bien parecido a un estándar Yo-no-he-visto-unas-cien-caras-simplemente-así, pero eso no fue lo que me hizo mirar. Le conocía. Al principio fue sólo algo persistente en la parte posterior de mi cabeza, que su rostro era familiar, y de pronto llegó todo ardiendo.

—Eres Jonah Cooper. Tuve una entrevista contigo sobre cómo me sentí

cuando uno de mis compañeros cazadores de vampiros había muerto por los vampiros. ¿Cuándo fue eso, hace casi dos años ahora, tres?

Su mirada, que había sido neutral, era hostil.

—Cuatro —dijo la palabra como si fuera algo malo.

—Sois legales ahora, Cooper, ¿por qué no salir del armario y decirle a la gente que no moriste en ese fuego?

Miró hacia abajo, luego hacia arriba, y sus ojos había pasado a oscuros, brillantes por la ira y los poderes de vampiros. Me incliné hacia él con una sonrisa. Conocía la sonrisa que le estaba dando, y el frío dejaba mis ojos muertos. Mi arma estaba presionada, no demasiado fuerte en el pecho, justo sobre el corazón.

—¿O es que dejaste, que fueron, seis policías muertos en el incendio?

—Anita, ¿qué está pasando? —preguntó Zerbrowski.

Se lo dije. No tenía que mirar para saber a lo que se enfrentaba Zerbrowski no era fácil. Nada molesta más a la policía como alguien que mata a uno de los suyos.

—¿Y cómo se sobreviviste, Cooper? —pregunté.

Me miró.

—Ya sabes cómo.

—Les vendiste a los vampiros que estabas cazando, ¿no?

Sólo me miró, pero no lo negó. Eso fue suficiente.

—¿Tomó el dinero para traicionar a los policías? —preguntó Marconi.

—No —dije—, no fue por dinero.

—No —dijo Cooper—, no fue por dinero.

—¿Por qué, entonces? —preguntó Smith.

—La inmortalidad —dije—, ¿verdad, Cooper?

—No sólo eso.

—¿Qué, entonces? —dije.

—Tú eres el siervo humano del maestro de la ciudad, sabes qué más.

Parpadeé hacia él, no estaba segura de qué decir, pero me eché hacia atrás lo suficiente como para no presionar la pistola en el pecho. Sabía lo que era ser finalmente seducido por las cosas que cazabas. Lo mío resultó solamente ser una seducción más tradicional. Bueno, al menos todavía estaba entre los vivos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Smith.

La rica voz de Malcolm llenó el salón parroquial con sus mesas y su cuenco para el ponche. Todo estaba listo para las galletas y el ponche,

aunque el ponche parecía un poco rojo para mi gusto, un poco espeso.

—El poder, Oficial, el poder y el sexo, eso es lo que Jean-Claude ofrece.

—Ten cuidado con las piedras que tiras, Malcolm, a veces rebotan.

—¿Es una amenaza?

—No, sólo una advertencia amistosa de que sólo por puros motivos debe tirarse la primera piedra.

—Pregúntele a tu amigo allí. Pregúntele a él, que fue el sexo con uno de nosotros lo que lo atrajo. He visto a los mortales llegar a esta vida desde hace siglos por el buen sexo.

—En primer lugar —dije—, él no es mi amigo. En segundo lugar, no me importa por qué, sólo que lo hizo. —Había tocado a Cooper mientras buscaba armas, y no había recibido ningún destello de información. Ninguna imagen. No había adquirido la capacidad de Malcolm para ver a través del tacto, sólo lo había pedido prestado. Quería que me lo prestara de nuevo.

Supongo que debería al menos fingir para tratar de hacerlo de la manera normal. Me giré hacia Cooper.

—¿Dónde está tu amo? ¿Dónde está ahora?

—Alimentándose, lo más probable.

—¿Dónde está la guarida durante el día?

Sacudió la cabeza, con algo parecido a una sonrisa en su rostro.

—No voy a decirte nada, Anita Blake. No voy a traicionar a mi maestro más que tú al tuyo.

—Pero mira, mi amo no me pide que asesine a mujeres indefensas desarmadas, como hace el tuyo.

Sacudió la cabeza otra vez.

—No voy a traicionarle.

Ahora, técnicamente, el vampiro no tenía más derechos. Podría haber puesto una bala en su cerebro ahora, legalmente. La orden autorizaba que podía usar la fuerza que considerara necesario. Nadie hablaba mucho, pero sabía, y el resto de cazadores legales lo sabía, que algunos usábamos la parte de la orden para justificar la tortura. No me gustaba la tortura, no a cada lado de las cadenas. Además, Cooper había tenido fama de ser duro. No tenía tiempo para ser dura con él. Necesitábamos saber dónde vivía su amo.

Me acerqué a Malcolm. No parecía contento de verme tan cerca de él.

—¿Qué quieres, Sra. Blake? Tiene su villano, tómelo y váyase.

Bajé la voz sólo para que nosotros y el para-estar-muerto-pronto Cooper no escuchara.

—Trata de leer mi mente por el tacto de nuevo.

—Yo no...

—Si lo niegas, me aseguraré de que todas esas personas con las que has hecho negociaciones durante años sepan exactamente cómo les engañaste. Un apretón de manos, y los tendrás.

—No he hechizado a nadie.

—No, pero leíste sus mentes, tomaste se conocimiento, contra su voluntad. Eso es ilegal.

—¿Es una amenaza de nuevo, Sra. Blake?

—La negociación es simple conmigo, Malcolm. Si utilizas un poco de tus poderes de clarividencia en mí ahora, será nuestro pequeño secreto. Si no, entonces no será nuestro pequeño secreto. ¿Ves? Muy sencillo.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—Tal vez no puedes, pero ¿qué alternativa tienes?

Sentí su poder, entonces, como el agua llenando la habitación. Una vez, me preocupó que me ahogara en su poder. Ahora, sabía que podía nadar en él, o simplemente ignorarlo.

—La grandilocuencia no gana ningún punto conmigo.

—Voy a hacer esto, pero no porque me obligues. Quiero que estos asesinatos se detengan, y si albergamos víboras entre nosotros, sin saberlo, quiero saber quiénes son. No tendré tales cosas hechas en mi iglesia, o por los miembros de mi iglesia.

—Bien. —Sostuve mi mano hacia él—. Hablar es barato.

Me frunció el ceño, pero me dio la mano, y en el momento en que sus dedos tocaron los míos, lo sentí hojear rápidamente en mi cabeza. Lo sentí conseguir una segunda imagen de la mujer muerta. Una imagen más completa. Empujé mi energía al exterior como una espada defensiva. Estaba preparada esta vez. Él simplemente alejó su mano y dio un paso atrás.

—El poder te dará toda la alegría que me ha dado a mí durante siglos.

Sonaba como una especie de maldición convertida en bendición, pero lo ignoré. Malcolm y yo podríamos discutir más tarde. Tenía que usar su don, mientras todavía lo tenía. Me volví hacia el vampiro que estaba todavía esposado a la silla.

Había oído al menos parte de lo que Malcolm y yo habíamos dicho. Su rostro estaba enfadado, desafiante.

—No voy a hablar.

—No te lo pido.

—¿Qué sucede, Anita? —preguntó Zerbrowski.

—Voy a averiguar lo que queremos saber.

—¿Cómo? —parecía positivamente sospechoso.

Me hizo reír.

—Dios, Zerbrowski, ¿qué piensas que voy a hacer?

—No lo sé.

Eso hizo que la risa se descolorara y la sonrisa se fue con ella. Siempre era difícil ver que tus amigos te miraban como si no confiaran en que no fueras monstruosa.

—No voy a hacer nada que no me hayas visto hacer ya esta noche.

Amplió los ojos hacia mí.

—Este tipo no te gusta, el otro tampoco.

—No importa.

Hizo un pequeño gesto como diciendo, ayúdame a ti misma, pero parecía que lo creería cuando lo viera. Supongo que no podía culparlo. Extendí la mano hacia la cara de Cooper.

—No me toques.

—¿Prefieres que te dispare?

Sólo me miró.

—Entonces estate quieto. —Si no hubiera tenido miedo de que tratara de hacerme daño con las manos o los dientes, lo habría tocado desde atrás, pero era un vampiro, y no abrazas a uno si no estás convencida de tu seguridad. Le toqué desde el lado, así que si trataba de mordirme lo sentiría, y podría moverme. Toqué el lado de la cara. Estaba bien afeitado, pero también estaba frío. No le habían dado de comer esta noche.

Pensé: *¿Quién es tu amo?*

Luchó. Trató de pensar en cosas al azar. Tenía imágenes caóticas. Vi la segunda stripper, la de anoche. La vi con vida y bailando en el escenario. Vi una figura oculta acurrucada en su escenario.

—¡No! —Apartó la cabeza lejos de mí.

Apoyé la cadera contra el brazo y puse una mano en cada lado de la cabeza. Su pelo era suave, pero no tan suave como el de Avery. El pelo de Cooper tenía la textura de alguien que, si lo dejara crecer totalmente,

tendría cuerpo y onda.

—No lo hagas —dijo, pero no fue un grito esta vez. Trató de pensar en nada, en todo. Pero en algún lugar de las confusas imágenes, reconocí una cara. El rostro de una mujer. La recordaba en una mesa de banquete. Me acordé de ella en la corte de Belle. No era mi memoria.

Pensé, *Jean-Claude*. Susurró a través de mí, y esta vez tuve la sensación de que él estaba ocupado, o a punto de estarlo.

—¿Necesitas que vaya a ti, *ma petite*? Puedo suspender esto.

Lo dije en voz alta, pero para sus oídos, aunque lo oyeron más.

—¿Quién es ella?

—Gwenyth, la amorosa Gwennie de Vittorio.

—Vittorio —dije, ya tenía una cara con el nombre. Era un caballero oscuro, y dudaba de que hubiera empezado la vida con un nombre italiano. Se veía muy oscuro, tal vez árabe—. Vittorio. —Debí haberlo susurrado en voz alta, porque Cooper lanzó un grito y se levantó. Se puso de pie todavía esposado a la silla. Se puso de pie, y lo último que recibí de él fue un pensamiento muy claro. *Voy a hacer que me maten*.

Era la más cercana, pero tenía que sacar mi pistola para hacer mi truco de la manita. Hice lo primero que pensé, le pegué. Le pegué tan fuerte y rápido como pude. Le pegué de la forma en que había sido entrenada durante años en las artes marciales. No tratas de tirar a alguien al suelo, apuntas a un metro bajo el suelo. Mi objetivo no era su mejilla, era el otro lado de la cara. Cuando era simplemente humana, era sólo una manera de concentrarme, de obtener el máximo golpe de tu cuerpo. Ahora, de repente, el objetivo de hacer un agujero a través de alguien tenía un significado totalmente nuevo.

La sangre salpicó, y di en la mejilla con el puño. Me pareció oír que su mandíbula se rompió. El golpe le dio la vuelta, y cayó sobre su costado con silla y todo. Cayó en el suelo y no volvió a levantarse.

—Jesús —dijo uno de los uniformes—, Jesús, le has roto el cuello.

¿Sí? Me quedé allí por un segundo con la mano derecha cubierta de sangre, y me di cuenta de que me dolía la mano. Me había cortado con sus dientes.

—No está muerto —dije, y mi voz fue ronca.

Todo el mundo me estaba mirando, y no en el buen sentido. Más como si me hubiera brotado una segunda cabeza, y era una grande y temible. Miré a Malcolm.

—¿Esto funciona mientras está inconsciente?

Malcolm se limitó a asentir.

Me arrodillé junto al vampiro caído. Le toqué el pelo y traté de no mirar lo que le había hecho a su cara. No había perforado literalmente un agujero a través de él, pero había desprendido la piel lejos de sus dientes, como si hubiera utilizado una cuchilla sin filo. Cerré los ojos y pensé, *durante el día se retira, ¿dónde se refugia durante el día?* No podía pelear conmigo ahora. Sus pensamientos vinieron suaves como la seda, y supe en ese momento que Malcolm podía leer a la gente más fácil en sus sueños. Dejé que la idea se fuera y seguí el pensamiento de Cooper, las imágenes. Era un edificio grande, una propiedad. Una propiedad de mierda moderna. Quería ver el frente del edificio. Lo vi. Tenía la dirección. Espera, número del piso y nombre, y estaba mirando los buzones con todos los nombres y números. Lo miraba desde más arriba de lo que lo hubiera visto. *La calle, pensé, ¿en qué calle estamos?*

Dije la dirección en voz alta, la calle y el nombre de la propiedad estaba debajo.

—Lo tengo —dijo Zerbrowski.

Abrí los ojos y quité las manos de encima de Cooper. Sus ojos se agitaron abiertos. Hizo un sonido, un gemido. La mirada que destellaba hacia mí mientras estaba sobre él fue de sorpresa y miedo. Estaba tan sorprendida como cualquiera, pero no podía permitir que nadie viera eso. Había sabido que la unión con Jean-Claude y Richard subiría la metafísica, pero no había pensado lo que significaría para lo físico. Si Cooper hubiera sido humano, mi golpe habría roto su cuello. Mierda.

Zerbrowski ya estaba en su teléfono.

—¿A quién llamas? —pregunté.

—Reserva Móvil. Queremos el poder del fuego.

—Espera —dije.

Zerbrowski golpeó el botón en su teléfono, lo colgó.

—¿Esperar qué?

—Si les damos la dirección, pueden ir esta noche. No queremos eso.

—Queremos atrapar a estos hijos de puta —dijo Smith.

—Sí, pero están cazando, ahora. No van a estar en casa, o al menos la mayoría de ellos no estarán. Faltarán algunos, o todos, y una vez que tengamos muchos policías alrededor del lugar, lo sabrán. Nunca volverán al lugar de nuevo, y no vamos a saber dónde buscarles.

—No podemos retener la dirección —dijo Roarke—, no si nos la piden.

—Si la dirección deja este cuarto, más mujeres van a morir. Si la dirección sale de este cuarto, tal vez los policías van a morir. Su maestro es alguien tan poderoso que ningún maestro vampiro de esta ciudad le sintió. Eso quiere decir que es realmente, realmente bueno. Reserva Móvil es lo que quiero en un tiroteo, pero no son inmunes a los poderes de vampiros. Entran en la noche cuando estén en su mejor momento, y pueden morir todos.

Todo el mundo me estaba mirando a mí, excepto Zerbrowski. Él ya había seguido adelante y no era necesario convencerle. Marconi estaría bien, era a los uniformados y a Smith a quien tenía que convencer.

—Zerbrowski, llama a la Reserva Móvil, tráeme al capitán Parker.

Zerbrowski levantó una ceja hacia mí.

—¿Seguro que es una buena idea?

—No, pero me conoce. Y es el hombre a cargo de la reserva móvil. Consíguelo para mí.

Zerbrowski hizo una mueca.

—Tu funeral.

—Espero que no —dije.

Miré a Jonah Cooper, vampiro, ex-verdugo de vampiros. Parpadeó hacia mí. Tendría probablemente algo que decirme, pero una fractura en la mandíbula reduce la charla.

Zerbrowski colgó su teléfono.

—He dejado un mensaje. La devolverá.

Asentí con la cabeza. Miré a Jonah de nuevo. Tenía todo lo que él sabía, todo. Lo había visto ayudar en los asesinatos de las mujeres. Lo había visto en su propia memoria. Suspiré.

—Mientras esperamos la llamada de vuelta, ayudadme a sacar a nuestro prisionero fuera.

Zerbrowski me lanzó una mirada. Le di una de vuelta. Era su turno de suspirar.

—Smith, coge el otro brazo. Vamos a escoltarlo fuera.

Smith nos miraba con una especie de diversión, pero ayudó a Zerbrowski a levantar a poner de pie al vampiro. Cooper hizo pequeños ruidos protestando entre dientes y maldiciendo en voz baja. Tal vez no se había roto la mandíbula, o al menos no gravemente.

Zerbrowski y Smith le pusieron de pie y empezaron a llevarle a la

puerta. Saqué mi pistola y les seguí. Uno de los uniformados, dijo:

—¿Qué van a hacer?

—Salga si quiere ver el espectáculo —dijo Marconi—, yo lo he visto.
—Parecía cansado.

Roarke y el otro uniformado, cuyo nombre no recordaba, me siguieron. Era como un desfile. Tengo más de ochenta matanzas. La mayoría de ellas realmente legales. Pero normalmente golpeo a los malos cuando están muertos para el mundo. Por lo general no había tenido que preguntarles, les tocaba. Por lo general no sé quiénes fueron en vida, o si lo hago, siento que los estoy sacando de su miseria, o lo hice una vez, cuando creía que los vampiros estaban realmente muertos. Jonah Cooper había sido lo que yo era, y había traicionado todo lo que representaba. Había sacrificado a agentes del orden público que habían ido como su respaldo. Había asesinado a mujeres inocentes por diversión. Sabía todo eso, pero me hubiera gustado más no saber que su pelo tenía una textura agradable, o que había asistido al funeral de un héroe. Había una razón para que los verdugos se convirtieran en historia por lo general sólo vamos al final cuando es el momento de matar. Si corriera o luchara, los otros policías podrían dispararle, matarlo para mí. Pero no iba a correr ahora, y nadie más tenía la autoridad legal para hacer lo que estaba a punto de hacer.

Estábamos afuera en una pequeña área lateral cerca del estacionamiento lejano. Cooper había descubierto lo que estaba pasando, porque incluso con una mandíbula herida estaba tratando de hablar conmigo. Las palabras comenzaron rígidas, pero ahora más rápidas mientras hablaba. El miedo anulaba el dolor.

—Eres el siervo humano de Jean-Claude. ¿Cómo es que estoy haciendo algo diferente a eso?

—No he matado a civiles inocentes, porque a mí amo no le gustan las strippers.

—He matado a más personas como verdugo que como vampiro —dijo. Trató de darse la vuelta y mirarme, pero al parecer dolía demasiado.

Estábamos en una parcela de hierba, con flores a un lado y el estacionamiento al otro.

—Bastante bueno —dije.

Zerbrowski se volvió, y Smith se situó con él. Giraron en torno al vampiro para que pudiera ver su rostro.

—Yo mato, porque la ley dice que puedo, no porque quiera hacerlo —

dije.

—Mentirosa.

—De rodillas —dije.

Él luchó contra ellos, y no lo culpé. Le disparé en la pierna, y cayó al suelo. No había esperado tener que pegarle un tiro tan pronto, o herirlo. El eco de la pistola subió por mi brazo emocionando a mi cuerpo, al igual que el lugar donde estaba la pistola vino la adrenalina, hormigueó mi brazo. Smith se veía pálido. Zerbrowski sombrío. Pero aún tenían los brazos, incluso con él en el suelo.

—Puedo hacer esto rápido, Cooper, o puedo hacerlo con calma. Tú eliges. —Mi voz estaba vacía. No mostré nada en mi cara. Le miraba y sabía que si luchaba me gustaría pegarle un tiro a centímetros de distancia, hasta que estuviera demasiado herido para huir, y pudiera dejar que Zerbrowski y Smith se alejaran sin arriesgar que Cooper escapara.

Él luchó, y le disparé de nuevo.

Smith soltó el brazo.

—No puedo hacer esto. Esto no está bien.

—Entonces vete jodidamente lejos de él —dije, y no había enfado en mi voz ahora, porque estaba de acuerdo con Smith—. Zerbrowski.

—Sí. —Su voz fue muy cuidadosa.

Tenía la pistola en Cooper, y mi cuerpo se había quedado callado, la ira se deslizaba fuera de la blanca estática de la cabeza.

—Moveos.

Él se movió. Cooper trató de levitar. Me imaginé que lo haría. Puse dos tiros en el centro de su cuerpo, y cayó a la tierra. No había sido capaz de volar en la iglesia cuando estaba sano, no esperaba que pudiera hacerlo mejor herido. No lo hizo.

Me acerqué a él, un arma de fuego en las dos manos, con el objetivo en el centro de la frente.

—Estás disfrutando de esto —dijo, e hizo un sonido en la garganta. Había sangre en sus labios, su sangre.

—No —dije—, realmente no lo estoy disfrutando.

—Mentirosa —dijo otra vez, y trató de escupir sangre a los pies, pero al parecer la mandíbula le dolía demasiado, y le hizo retorcerse sobre sus rodillas.

—No quiero matarte, Cooper, y no me gusta.

Me miró, perplejo.

—Uno se siente vacío por dentro. He disfrutado matando.

—Intimidación para ti —dije, y supe que tenía que haber apretado el gatillo, debería haber terminado. Nunca permitas que hablen.

—Realmente no disfrutas de esto, ¿Verdad? —preguntó.

—No —dije, mirando a esos ojos marrones.

—Entonces, ¿cómo permaneces cuerda?

Dejé que todo el aire saliera de mi cuerpo, el mundo se redujo hasta el centro de su frente. Pero todavía podía ver sus ojos, tan vivo, tan... reales. Le respondí:

—No lo sé. —Apreté el gatillo, y el impacto lo tiró hacia atrás. Se cayó sobre su lado, y me subí en él, la pistola todavía sujeta con las dos manos, porque si estaba muerto o si no lo estaba, no estaba hecho.

Había un agujero más bien pequeño en el centro de la frente por encima de los ojos. Disparé en la frente en la parte superior de su cabeza estallando cerebro y huesos. La decapitación era agradable, pero derramar el cerebro por todo el césped, también. Cambié mi objetivo al pecho y disparé hasta que mi arma estuvo vacía. Entonces saqué una segunda recarga de mi cinturón, volví a cargar y disparé en el pecho hasta que pude ver la luz a través de su cuerpo. Legalmente no podía llevar mi equipo de verdugo de vampiros en el coche a menos que tuviera una orden judicial actual. Había salido de casa sin una orden judicial, por lo que mi escopeta recortada estaba en casa con mi equipo y el machete. Las pistolas hacían el trabajo, pero llevaba más tiempo, y malgastaban un infierno de munición.

El último tiro de la pistola hizo eco en la noche. Mis oídos se llenaron del silencio del sonido que ocurre cuando se han disparado muchos disparos de ese fin sin una amplia protección para los oídos. Estaba de pie sobre el cuerpo, un pie sobre su hombro, clavándolo al suelo. Debí haberlo pateado en la espalda en algún momento de los disparos en el pecho. No recordaba haber hecho eso, pero disparar a la tierra era un infierno mucho más seguro que disparar a la noche. No todas las balas se detenían en su cuerpo, no cuando estás tratando de hacer un agujero a través de una persona.

El primer sonido que volvió fue el sonido de mi sangre en mis oídos, el pulso de mi propio cuerpo. Entonces un ruido me hizo volverme. Malcolm había llevado a su rebaño a mirar, o tal vez habían llegado por su cuenta, y no los pudo detener, por lo que había venido con ellos. Lo que sea, fueron refrenados por los uniformados. Los vampiros y los pocos humanos entre

ellos se quedaron mirándome. Había una niña pequeña, y por un segundo pensé, *¿en qué cajones piensan sus padres?*, entonces me di cuenta que era una vampiresa. Tuve problemas para concentrarme, pero era vieja. Más antigua que la mujer de la mano y haciéndose pasar por su madre.

Saqué el cargador de mi arma y comprobé la cantidad de munición que me quedaba. No podía recordar cuántos disparos había despedido. Había traído sólo dos cargadores conmigo. Tonta de mí. Necesitaba recargar. Necesitaba mi Jeep, o mi casa. Puse de nuevo el cargador y lo cerré de vuelta con mi mano. Algunos de los vampiros saltaron al pequeño sonido que hizo. De alguna manera con todos ellos de pie, mirándome, no quería guardar la pistola. No creo que realmente hubiera prisa, pero definitivamente no era una multitud amistosa.

Zerbrowski se acercó a mí.

—Vamos a salir de aquí —dijo, y o bien susurró, o mi audición no estaba de vuelta. Pero no me sostenía. Dejé que me llevara a su coche, y dejé que Smith y Marconi vigilaran nuestra espalda.

Vi a Avery entre la multitud a medida que avanzábamos. No parecía contento de verme nunca más. Supongo que la luna de miel había terminado. Zerbrowski me metió en el asiento del pasajero. Un movimiento me llamó la atención. Eran Wicked y Truth. Estaban a la entrada de la iglesia. No se veían molestos. Truth me guiñó un ojo y Wicked besó la punta de un dedo en mi dirección.

Me abroché el cinturón de seguridad, levanté una mano en su dirección.

—Has hecho algunos nuevos amigos esta noche —dijo Zerbrowski, mientras ponía el coche en marcha y conducía lentamente hacia adelante. Tuvimos que pasar cerca del grupo de los vampiros. Nos observaban con rostros en blanco, vacíos.

—Sí, hago amigos donde quiera que vaya.

Me dio una pequeña risa, seca.

—Dios, Anita, ¿has tenido que hacer un agujero limpio en el pecho?

—Sí, de hecho, lo hice. —Mi voz no era lo más mínimo amistosa.

—Me gustaría permanecer lejos de la iglesia por un tiempo, si yo fuera tú. Van a recordar lo que hiciste esta noche.

Puse mi cabeza contra el asiento y cerré los ojos.

—Sí, yo también.

—¿Estás bien con esto?

—No. ¿Ya devolvió la llamada Parker?

—Sí. Le dije que estabas abriendo un agujero en el pecho a un vampiro.
Me dijo que podías llamarlo de vuelta.

Abrí los ojos y le miré.

—¿Es eso realmente lo que le dijiste?

Me sonrió.

—Sí.

Negué con la cabeza.

—Dame tu maldito teléfono.

Me lo entregó.

—Sólo tienes que darle a este botón, va a rellamada.

Pulsé el botón y el teléfono empezó a sonar. Estaba entumecida. Me sentí nada más que vagamente bajo shock. Parker contestó a la segunda, y empecé a hablar de negocios. Acerca de la resolución de asesinatos, y salvar vidas. Me concentré en el hecho de que estábamos tratando de salvar vidas, pero mi mente seguía saltando. Se mantuvo saltando por encima de una visión de los ojos de Jonah Cooper, y su pregunta, ¿cómo permaneces cuerda? La respuesta, la respuesta real, fue, no lo hago.



SETENTA

Una hora más tarde, estaba en casa. Tenía una cita con la Reserva Móvil poco después del amanecer. El capitán Parker me había dicho que durmiera un poco, como si creyera que lo necesitaba. Incluso había accedido a dejar que fuera con ellos. Yo era, en sus incursiones de vampiros, lo que Haz-Mat en sus incursiones a un laboratorio de metanfetamina. Un experto que podía ayudarles a mantenerse vivos, si por casualidad, estallaba el infierno. Los vampiros no explotan como algunos de los productos químicos utilizados en los laboratorios de metanfetamina, pero la falta de conocimientos igualmente podría hacer que terminaran muertos. Sería su experto-sobre-el-terreno, y no, no quería saber cuánto tuve que discutir para conseguir tanto la invitación para ir con ellos, como para que esperaran hasta que llegara el amanecer.

Me senté en la mesa de la cocina tomando café y mirando al infinito. El café salpicaba los costados de la taza, como si tratara de escapar. Eso no

debería estar sucediendo.

Micah apareció de repente a mi lado. Puso su mano sobre mi taza de café.

—Se te va a caer.

Le miré fijamente, no entendía lo que quería decir. Mi cara debía expresar mi incompreensión, porque, explicó:

—Tus manos están temblando. Me temo que van a soltar la taza. —Me la quitó y la puso sobre la mesa.

Miré mis manos, y tenía razón. Estaban temblando. No era un pequeño temblor, sino uno en pleno apogeo, como si de la muñeca hacia abajo estuviera teniendo un ataque. Observé mis manos como si pertenecieran a otra persona.

Micah se arrodilló delante de mí, puso sus manos sobre las mías y las mantuvo apretadas entre las suyas.

—Anita, ¿qué pasa?

Me gustaba que sujetara mis manos. Me ayudaba a que disminuyera el temblor, pero no desaparecía. ¿Qué pasaba? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué hizo que esta vez fuera diferente? Todo y nada. Me llevó dos intentos hablar.

—Tuve que hablar con él.

—¿Con quién?

—Con el vampiro que he matado esta noche. —El temblor fue cesando bajo la presión de sus manos. Mi voz no reflejaba el temblor, pero estaba vacía.

—¿Por qué tuviste que hablar con él?

—El interrogatorio, tuve que interrogarlo.

Micah me tocó la cara, eso me sobresaltó, pero me hizo mirarlo. Tenía los ojos muy verdes en la penumbra de la cocina, con amarillo alrededor de sus pupilas, como si captaran la luz a su alrededor.

—¿Averiguaste lo que necesitabas saber?

Asentí, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Y por qué no podías esperar hasta el amanecer para matarlo?

Sacudí la cabeza.

—Era uno de los asesinos en serie. No podíamos arriesgarnos a que se escapara y alertara a los demás.

—Entonces había que matarlo. —Puso su mano en mi mejilla, y eso hizo que le mirara de verdad, no sólo sus fascinantes ojos. Ahora le veía

entero, veía a Micah. Sabía que estaba allí, pero era como si no pudiera encajar las piezas. Miré esa cara, tan familiar que conocía cada curva y cada línea y que, sin embargo, me seguía sorprendiendo cada vez que le miraba y me daba cuenta de que era mío. Que era mi amor. A veces, todavía me cogía desprevenida, como una maravillosa sorpresa. Como si fuera demasiado bueno para ser real, y esperara que no estuviera allí. ¿Y, por qué debería ser distinto?

Me levantó de la silla en sus brazos. Me envolví en torno a su cintura, su pecho, sus hombros. Le di un abrazo tan apretado y estrecho como pude, utilizando las piernas y los brazos, y él se puso de pie conmigo envuelta a su alrededor. Teníamos los dos la misma altura y peso, con una diferencia de unas catorce libras de uno a otro. Si hubiera sido humano tal vez no hubiera podido hacerlo, pero no era humano, se puso de pie y empezó a caminar por la casa a oscuras. Sabía a dónde íbamos, y no podía pensar en nada mejor que deslizarme bajo las sábanas y dejar que me sostuviera. Sonó el teléfono. Micah siguió caminando. El contestador se puso en marcha, y la voz de Ronnie dijo:

—Anita soy Ronnie. Necesito ayuda. —Micah se congeló, porque no sonaba como Ronnie.

Salté al suelo y fui corriendo hasta el teléfono mientras ella aún arrastraba las palabras.

—Ronnie, Ronnie, soy yo. ¿Qué ha pasado?

—Anita, eres tú.

—Ronnie, ¿qué pasa? —Mi pulso resonaba sordo en mi garganta. La adrenalina alejando la conmoción y el entumecimiento.

—Estoy borracha —dijo alegremente.

—¿Qué?

—Estoy en un club al otro lado del río. Estoy viendo como unos hombres se quitan la ropa.

—¿Qué club?

—Sueños de algo.

—Sueños de Incubus —dije.

—Eso es —dijo, y se tropezó con la S.

—¿Por qué estás en un club de striptease emborrachándote? —pregunté. La adrenalina desaparecía poco a poco.

—Louie ya no vive conmigo. Dice que matrimonio o nada, y yo le dije nada.

—¡Oh, Ronnie!

—Estoy borracha, y el camarero dice que necesito que me lleven.
¿Puedes venir a buscarme?

Micah estaba tan cerca que había oído una parte.

—Voy a por ella.

—Anita, ¿por qué son tan cabrones los hombres?

No estaba segura de que los hombres fueran unos cabrones, pero sabía que no debía discutir.

—Voy a buscarte, quédate allí, y no hagas nada de lo que puedas arrepentirte mañana cuando te despiertes.

Se rió, Ronnie nunca se reía.

—Oh, quiero hacer algo de lo que Louie se arrepienta mañana.

Mierda.

—Siéntate tranquila, no hagas nada estúpido. Estaremos allí tan pronto como podamos. —Colgó, sin dejar de reír.

Le contó a Micah lo que se había perdido.

—Necesitas descansar, Anita. Iré a por ella.

—En primer lugar, ya piensa que los-hombres-son-unos-cabrones, y quiere hacer algo para que Louie se arrepienta por la mañana. Creo que no sería una buena idea, además, es mi amiga. Pero puedes venir conmigo.

Tenía el ceño fruncido.

Le toqué el brazo.

—Irme a la cama contigo me parece la mejor idea en el mundo ahora mismo, pero irme a la cama sin ti es la peor idea del mundo. Creo que mi cabeza solo ve lo malo. A lo mejor eso es exactamente lo que necesito.

Él frunció aún más el ceño.

—Sólo tienes que llamar a un taxi.

—Ronnie y yo acabamos de poner fin a una pelea que ha durado varios meses. No quiero perderla otra vez.

—Y yo no tengo nada que decir sobre eso, ¿verdad?

—No.

Sonrió, aunque sus ojos aún estaban tristes.

—Entonces, vamos.

Le sonreí.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por no discutir?

—Sí.

—Pero voy a conducir.

No discutí. Cogí mi equipo de cazar vampiros y mi bolsa de material. La bolsa de material era nueva, ahora tenía más armas. Llevaba un montón de armas de fuego, gran cantidad de munición, armas punzantes, todo guardado en una bolsa negra de tamaño mediano, algo de equipaje.

Micah no discutió por la potencia de fuego adicional. Sólo me sujetó la puerta, ya que tenía una bolsa en cada mano. Nos encontramos con Nathaniel que venía por la acera. Sonreía, hasta que vio mi cara y las bolsas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Miré a Micah, y él me miró a mí.

—Tiene una orden judicial, para poder llevar con ella su kit completo.

—Tú no vas a cazar vampiros con ella, ¿verdad?

Suspiré.

—Ahora, íbamos al rescate de Ronnie. Está borracha como una cuba al otro lado del río en el club Sueños de Incubus. El camarero le quitó las llaves.

Las cejas de Nathaniel se elevaron.

—¿Por qué fue a ese basurero?

Me refí y dejé caer una de las bolsas para poder abrazarlo. Él también me abrazó.

—Ven con nosotros, y lo discutimos en el coche. Quiero llegar antes de que haga algo estúpido.

—¿Quieres decir, cómo emborrarse en un club nocturno donde los bailarines hacen mucho más que desnudarse por dinero?

Le miré con los ojos muy abiertos.

—Dime que eso no quiere decir...

Se encogió de hombros.

—Eso es lo que me han dicho, y confío en la persona que me lo dijo.

—Oh, mierda. —Comencé a correr hacia el Jeep, que tuviera relaciones sexuales con un prostituto bailarín de striptease sería algo de lo que Louie se arrepentiría por la mañana. El problema con esa clase de venganza es, que uno lo lamenta mucho más que aquel al que se está tratando de hacer daño. Tiré las bolsas atrás. Micah conducía, y Nathaniel se sentó detrás. Íbamos a tratar de salvar a Ronnie de un destino peor que la muerte, o algo así.



Sueños de Incubus se encontraba en medio de un campo abierto, un puesto distante de árboles, y un área de estacionamiento de grava. Se situaba, en parte por accidente y en parte porque era el único lugar que presenta un espectáculo completamente con hombres en este lado del río. Luces brillantes y multicolores de neón rodeaban la entrada. Había un gran cartel impreso en la puerta que decía: «Sólo Bailarines». Era una última oportunidad para que los borrachos se aseguraran de que esto era lo que querían ver, y que no estaban a punto de tropezar con el club equivocado.

Los tres entramos en el vestíbulo, o como se llame un espacio abierto con una estantería vacía y un pequeño escritorio. No había nadie detrás, nadie a quien preguntar si quería registrar nuestros abrigo. Era realmente la única que llevaba un abrigo. Era templado para octubre, y los licántropos tendían a estar calientes. Llevaba la chaqueta de cuero, más para esconder el arma bajo el brazo, que para protegerme contra el frío de otoño. Pero

quienquiera que fuera el portero debía revisar a la gente en la puerta y no estaba en la puerta. Entramos al club sin ser molestados y sin ser revisados. Mala seguridad, ninguna galleta.

Por supuesto, tal vez contaban con dejarte sordo y aturdido con la música por un momento. Era tan fuerte que podías sentir el bajo en tus huesos, y no en el buen sentido. Tenías que quedarte literalmente un momento en la zona despejada dentro de las puertas, sólo tratando de ajustar los sentidos a la maldita música. ¿Quién necesita seguridad cuando la música era como un golpe contra un lado de tu cabeza? Un dolor de cabeza comenzó casi al instante, débil, pero prometiendo ser un verdadero fastidio. Examiné cuánto dinero llevaba, y cuánto sería el coste de conseguir que se bajara el volumen. Veinte dólares, sería barato en veinte dólares. Por supuesto, el DJ probablemente se ofendería. Traté de ignorar la música y miré alrededor, tratando de distinguir a Ronnie. ¿Cuántas mujeres altas y rubias de piernas largas podría haber aquí? Más de lo que pensé. El lugar estaba repleto. Mierda. Debimos haber dudado mucho tiempo, porque el DJ se inclinó sobre la pared de su cabina que estaba por casualidad encima de nosotros y hacia la izquierda. El gritó:

—¡Paga en el bar!

—¿Qué? —Grité.

Repitió, todavía gritando.

Aproveché la oportunidad para preguntarle si podía bajar el volumen. Sonrió, sacudió la cabeza, y desapareció detrás de la pared. Empecé a buscar en mi bolsillo, y Nathaniel me tocó el brazo. Se inclinó para que su rostro estuviera casi tocando mi oreja.

—No ofrezcas dinero para que lo baje, podrías ofenderle.

Le grité a una pulgada de distancia.

—Qué me importa.

Nathaniel sonrió y gritó:

—Podría ponerla más fuerte.

Le abrí los ojos de par en par y dejé caer mi mano hacia atrás lejos del bolsillo de la chaqueta. Realmente no creía que la música pudiera ser más fuerte, pero por si acaso, no tentaría al destino.

Había una pista de baile a la derecha, y varios pequeños escenarios elevados con postes brillantes en sus centros. Una mesa de billar a la izquierda y pequeñas mesas dispersas por aquí y por allá. Los baños estaban extrañamente sobresalientes contra la lejana pared izquierda. No

parecía haber ninguna puerta en el baño de los hombres, y tampoco en las divisiones, de modo que de pie en la puerta se podía ver completamente dentro. Eso pareció raro. La barra estaba, por supuesto, al otro lado del local.

Allí parecía estar un gran grupo de mujeres agrupadas alrededor del escenario más cercano, aunque el propio escenario estaba vacío en el momento. Pero aparte del grupo de mujeres, el resto de los clientes eran hombres. Había tres rubias que podrían haber sido Ronnie, pero cuando se giraron, me di cuenta que no se parecían tanto a Ronnie. La última rubia era un hombre, que, o bien le gustaba el aspecto que tenía, o la naturaleza había sido cruel. Parecía una mujer encantadora, pero la secundaria debió haber sido un infierno para él.

Micah nos hizo bajar unos pasos a la multitud, con una mano en cualquiera de nuestras armas. Nos deslizamos a través de la feliz multitud en su mayoría borrachos, y finalmente hicimos todo el camino a través de la sala hasta la barra. Pagamos la entrada, en su mayoría por la farsa, porque la barra era demasiado amplia para acercarse lo suficiente a gritar en la oreja del individuo. Traté de preguntarle dónde estaba Ronnie, pero sólo sonrió, sacudió la cabeza, y logró mantener un vaso vacío, preguntando si queríamos tomar un trago. Puesto que no tenía una rubia que mostrar para preguntarle si había visto una de esas, sólo moví la cabeza, y nos movimos lo suficientemente lejos de la barra de manera que no estuviéramos bloqueando a aquellos que quisieran un trago.

Un hombre que vestía sólo unos boxers holgados y medias, salió de un área cubierta de negro al lado de la barra. Esos debían ser los camerinos.

Nos juntamos, y grité:

—Baño. Voy a revisar el baño.

Ambos asintieron, y empezamos a trabajar para salir alrededor de la barra hacia el baño de mujeres, tenía un gran pedazo de tela suspendida del techo, cubriendo la puerta. Tal vez era para ocultar el hecho de que en el baño de mujeres había una puerta, para que los hombres no se sintieran engañados.

Ahí estaba un inodoro en el centro de la habitación al otro lado del lavamanos. Sólo estaba situado allí, en la mitad del suelo, sin divisiones, ni nada. Tenía agua, y parecía funcionar, pero estaba situado allí. Había dos divisiones contra la pared, uno tenía una señal de «Descompuesto». Había también una fila. Ninguna de las mujeres allí era Ronnie. Las paredes

debían haber sido más gruesas de lo que parecían, porque pude escucharme decir:

—Ronnie, ¿estás aquí?

No hubo respuesta. Finalmente me dirigí a una mujer alta de pelo castaño y le dije:

—Mi amiga me llamó para llevarla a casa. Mide cinco pies con ocho, rubia, ojos grises, atractiva. Demasiado borracha para hablar bien.

La mujer sacudió la cabeza. Una voz de mujer desde el interior de la división gritó:

—¡Mierda!, esa podría ser cada rubia que hemos visto esta noche.

Le expliqué que había visto a las rubias en el bar, y no eran Ronnie y les pregunté si la habían visto antes. Nadie la había visto. Una de las mujeres estaba usando el inodoro en el centro del suelo cuando salí. Oh, bien. Abrí la puerta y, la música en realidad había bajado una muesca, o me estaba acostumbrando a ella o me estaba quedando sorda.

Micah y Nathaniel estaban donde los había dejado, pero habían estado reunidos con un hombre que no conocía. Era más alto que cualquiera de ellos, pero tan delgado por todas partes que parecía más pequeño de alguna manera. Tenía pelo castaño, corto y rizado, llevaba puesta una camiseta, pantalones cortos y medias. Sin zapatos. Interesante. Nathaniel tomó mi mano demasiado pronto, cuando me acerqué lo suficientemente para ser tocada. El desconocido tocó el hombro de Micah y dejó que su mano se quedara ahí, un segundo demasiado largo. Estaba sonriente y preguntó:

—¿Cómo les gusta follar?

Seguí la mano de Nathaniel y subí delante de ambos, por lo que obligué al hombre a dar un paso atrás. En realidad llegó a mí alrededor y tocó el hombro de Micah otra vez. Tuve que dejar ir la mano de Nathaniel, pero subí dos pasos más. Por un momento el hombre estaba casi pegado a mí. Empezó a sonreírme, luego vio mis ojos, y la sonrisa disminuyó, dio un paso atrás.

No sé qué mirada estaba en mi cara, pero se enredó mientras hablaba.

—Dijeron que les gustaba la polla.

—Dije que me gustaba la mía —dijo Micah.

—Si alguien más pregunta —dijo Nathaniel—, sólo di que no.

Dije:

—Hemos tenido un malentendido.

El hombre asintió.

—Lo siento. —Empezó a alejarse.

Dije:

—Estamos tratando de encontrar a nuestra amiga. Llamó borracha, necesita que la lleven a casa. —La describí.

Me dio ojos nerviosos. Sabía algo, y yo le había infundido miedo, así que no quería decírmelo. Debo aprender realmente a bajar el tono de la amenaza en silencio total, pero maldita sea, he conseguido algo más que bueno con eso.

La mano de Nathaniel se deslizaba alrededor de mi hombro. La mano tenía un billete de veinte dólares y dijo:

—Pregunta de nuevo.

Tomé los veinte y los doblé por la mitad. El hombre me vio hacerlo. Parecía menos nervioso, pero me di cuenta que todavía no me quería, o no le gustaba lo que estaba sucediendo. Las cosas no habían ido por el camino que tenían que ir, y lo había espantado.

—¿Sabes dónde está nuestra amiga? —Tenía los veinte levantados.

—Tal vez —dijo y su voz sonaba áspera.

Nathaniel se inclinó sobre mi hombro. Su voz fue baja y calmada.

—Queremos encontrarla antes de que haga algo que lamente. Discutió con su novio, harán las paces, pero no si cruza demasiado la línea, ¿me entiendes?

—Esto te conseguirá un baile conmigo, uno bueno. Tengo que hacer algo por el dinero, o sabrá que hablé sobre él. Él no querría eso, y se asegurará de que no me guste.

—¿Quién? —pregunté.

Nathaniel estaba tan cerca de mí que le sentí suspirar.

—Ronnie ya está en la parte de atrás, Anita.

—¿La parte de atrás? —pregunté.

—Vayan a donde quieran, ella ya está en la parte de atrás.

Mierda.

—Llévanos con ella —dije.

—Dallas me mataría. No conseguimos muchas mujeres bellas aquí.

—Podríamos empezar a preguntar dónde está Dallas —dije.

Algo parecido al temor real pasó a través de sus ojos.

—No hagas eso, por favor.

Odio cuando empiezo a sentir lástima por ellos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Owen —dijo Nathaniel—, dijo que se llamaba Owen.

—Muy bien Owen, no queremos hacerte daño, pero si sigues hablando y algo malo pasa...

Micah dijo:

—Dale otros veinte, entonces puede llevarnos a la parte de atrás.

Le miré.

—Podemos encontrarla por nuestra cuenta, y él puede pretender que nos llevó a la parte posterior por negocios.

Mi mirada lo decía todo.

Se encogió de hombros.

—No va a salir lastimado, y todos vamos a conseguir lo que necesitamos.

Quería discutir, pero la mano de Nathaniel ya había aparecido con otros veinte.

—Tuve una buena noche —dijo. ¿Qué significaba eso? ¿Una buena noche? ¿Buenos consejos? ¿O Nathaniel hacía bailes en pareja cuando no estaba en el escenario? Nunca pregunté. No quería saberlo, demonios, todavía no quería saberlo. Tomé los veinte y los doblé junto con el primero.

—Llévanos a la parte de atrás, Owen.

Otro bailarín apareció por lo que finalmente comprendí que era el vestuario, pantalones cortos holgados, camiseta y medias. Este tenía más carne y estaba bien en un muchacho, una especie de camino sin terminar.

—¿Necesitas otra mano?

Fue Nathaniel el que se adelantó, abrazándome por detrás, sonriendo, de repente.

—¿Tenemos todos los hombres que necesitamos, no es así, Owen?

Owen asintió con la cabeza, y vi su cara moldearse de nuevo, de modo que cuando se volvió hacia su compañero de trabajo, estaba sonriente y tranquilo. Tomó los cuarenta dólares de mi mano y los ocultó en la parte superior de sus medias blancas. Hizo el movimiento extrañamente gracioso y más femenino de lo que debería haber sido, como si en su mente estuviera ocultando cien dólares en la parte superior de las medias de seda. Fue un buen momento y me hizo pensar mejor de él sobre el trabajo que había elegido. Ante aquel movimiento, me preguntaba qué demonios estaba haciendo aquí. Por supuesto, con Placeres Prohibidos como mi vara para medir, todos aquí parecían demasiado delgados, demasiado frágiles, sin músculos suficientes, no lo suficiente.

No intenté una sonrisa, pero mantuve mi rostro agradable e ilegible.

—Sí, tenemos suficiente hombres.

—No tenemos mujeres aquí —dijo el otro bailarín. Había algo en sus ojos, algo en la manera en que miraba a Owen, como si no nos creyera.

—Hemos traído la nuestra —dijo Nathaniel, y se movió entre Owen y yo, así que pudo lucir un brazo alrededor de ambos. Estaba sonriendo. Sus ojos color lavanda mostrando ansias. Era una actuación digna de un Oscar, y el otro bailarín pareció tragárselo.

Eché un vistazo atrás a Micah.

—¿Qué es lo que va a estar haciendo?

—Observar, tonto —dijo Owen, y comenzó a guiarnos alrededor del otro hombre. Nos deslizamos a través de las mesas, con Micah siguiendo detrás. Lo juro, pude sentir los ojos del otro bailarín sobre nosotros, como si todavía no se lo tragara. O tal vez estaba celoso, sólo Dios lo sabía, porque yo no. Ronnie iba a deberme mucho por esto.

Un bailarín salió de la barra cuando la pasamos. No estaba en forma, ni se veía frágil, más bien como una especie de genio de computadora, o contador. Tenía gafas y pelo corto, que no halagaban su cara. Era común y por tanto no se parecía a nadie que debía ser desnudado. Me pregunté qué estaba haciendo aquí, así, entonces tomó una serie de barras brillantes de cromo que estaban suspendidas por encima de la barra y procedió a enrollar todo su cuerpo completamente con sus propios brazos, demostrando que era todo de doble articulación como Nathaniel. Muy bien.

El público gritaba detrás de nosotros, y no pude evitarlo, miré en esa dirección. El bailarín era alto, delgado, moreno y estaba vestido únicamente con las medias blancas. Sujetó el tubo en el centro del escenario y comenzó a retorcerse a su alrededor. Me di la vuelta, rápido, y encontré que el bailarín en el tubo estaba ahora desnudo. Llegué casi cara a cara con la razón de que se estaba desnudando aquí, estaba bien dotado. Estuve a punto de tropezar con todos tratando de conseguir algo de espacio entre nosotros y la barra. Owen se echó a reír, una risa alta de niña, y Nathaniel se unió con una sonrisa masculina. Micah siguió en silencio, y esperé para dejar de ruborizarme. Se desnudaban totalmente al otro lado del río, ¿cómo podría olvidarlo? Lo que quería hacer era correr gritando, pero en su lugar, dejé que Owen nos condujera hacia el área cubierta de negro al otro lado de la barra. Nathaniel estaba pegado entre nosotros, todavía sonriendo, todavía riendo. Si Nathaniel podía seguir jugando bien por mí. Miré hacia atrás

para observar a Micah y vi al bailarín en la barra demostrando que no eran sólo los hombros los que podía doblar de maneras asombrosas. Una mujer estaba levantando el dinero. Micah estaba mirando fijamente hacia adelante, como si no lo hubiese visto, como si todo acabara de desaparecer. No era sólo lo que Ronnie me iba a deber.

Owen separó las cortinas negras, y nos salimos.



Había una pequeña área abierta justo detrás de las cortinas. Un hombre se apoyaba contra la pared lejana. Se enderezó, apenas atravesamos la cortina. Llevaba una chaqueta deportiva, pantalones de ejercicio, y calcetines. La ropa era ligeramente diferente, pero los calcetines lo delataron. Era otro bailarín. Resaltaban sus músculos bajo la camisa, y tenía un cuerpo más cerca del tipo que esperé de un stripper.

—¿Necesitas una mano? —preguntó. Era exactamente lo que el otro bailarín había preguntado. ¿Coincidencia, o era un código para hacer algo? No lo sabía, no estaba segura si debía preocuparme.

—No, gracias, está cubierta —trino Owen. Se adhirió al brazo de Nathaniel, este lo dejó. Traté de ayudar.

—Lo siento, pero creo que estoy al límite de hombres para la noche. ¿Después de tres, a uno le hacen arrojar la toalla?

El nuevo tipo se rió, sacudiendo su cabeza, y nos hizo señas hacia un

pasillo, que parecía ocupar lo largo del club. Owen camino con nosotros, nos dirigimos todos por aquel pasillo estrecho. No había en realidad espacio para andar todos por el mismo, así que Nathaniel pasó delante con Owen, este se mantuvo aferrado a Nathaniel.

Owen debió haber tomado esto como un buen signo, porque de pronto se aferró alrededor de Nathaniel como una especie de accesorio fino de moda. Micah me agarró, su brazo se deslizó alrededor de mi cintura como si fuera su nueva manta de valor. Adivino que no lo podía culpar, exactamente no me sentía cómoda ahora mismo.

Había pequeñas cabinas a ambos lados, con cortinas que podrían ser retiradas delante de ellos, aunque cada cliente, no pareciera molestarse en cerrar las cortinas. La mayor parte de esto era absolutamente legal, un baile privado. Las reglas para un baile son: El cliente mantiene sus manos quietas o sobre ellos mismos. El bailarín es el que puede tocar, y aun así, hay reglas sobre lo que está permitido que toque. Gracioso viviendo con un stripper y conociendo a alguien que poseyó un club de striptease me había hecho prestar atención a cosas que nunca pensé que querría, o tendría la necesidad de saber.

Pero una vez que el cliente va al privado, esto es una negociación entre el bailarín y el cliente. No significa solamente tener sexo. Jason había tenido una mujer que quiso lamer la parte trasera de sus rodillas, y estaba dispuesta a pagar cincuenta dólares por el privilegio. No era mi idea de diversión, pero no era sexual y no era ilegal. O para los estándares de la mayoría de la gente tampoco era malo.

Realmente no había pensado como encontrar a Ronnie una vez que hubiéramos entrado aquí. La mayor parte de las cabinas, sus cortinas estaban cerradas. No podía comenzar a gritar su nombre sin conseguir que Owen se metiera en problemas con esa persona llamada Dallas. Mierda.

Pero no tenía que encontrar a Ronnie. Maldije cuando una pierna salió disparada de una de las cortinas que estaban cerca. Pensé, conozco esa pierna, pero estuve segura cuando escuche su vos.

—Me caí, Dios, estoy muy borracha. —La voz de un hombre murmuró, y creo que le estaba ayudando con sus pies. Luché contra el impulso de abrir la cortina.

—¿Ronnie, eres tú? —Aunque supiera que lo era, a veces solamente tienes que decir esta mierda estúpida.

Reírse tontamente era la única respuesta que ella ofreció. Suspiré y

corrí la cortina. Ronnie estaba sobre sus rodillas detrás de la cabina. Había un destello de pechos pálidos, su camisa desabrochada, y no había ningún corpiño a la vista. Un hombre se inclinaba sobre sus pechos como si los sostuviera. Permiten a los bailarines tocar, pero no tanto. Si la dirección lo averigua, sería echado, o al menos esa era mi teoría.

—Esperaré abajo en el vestíbulo —dijo Micah.

—¡Sí! —Cabeceé. Nathaniel tomó a Owen del brazo y dijo.

—Cuidaré de Micah. —Fui abandonada con mi amiga y su nuevo amigo.

Ronnie se rió tontamente y trató de darle un beso. No creo que ella comprendiera que la cortina estaba abierta. Si hubiera estado sobria, la habría mandado a la mierda y me daría media vuelta dejándola sola. Tenía más de veintiuno, pero se encontraba bebida, deprimida, confundida y era mi amiga. Entonces entré un poco en la cabina, bastante cerca para que pudiera verme sobre su hombro. Rió encima de mí.

—¿Anita, por qué estás aquí?

—¿Tú me llamaste para que te llevara a tu casa, recuerdas? —Me frunció el ceño, como para decir algo, no, no lo recordaba.

El hombre que estaba de rodillas, delante de ella giro y alzó la vista hacia mí.

—¿Quieres unirme? No cobraré extra.

—Apostaría que no lo harás. Anda, Ronnie, vamos a casa.

—No quiero irme a casa. Aún no. Justo cuando encontré a Dallas. Tenemos un baile privado.

—Ya lo veo —dije—, pero si hubieras pensado en hacer un baile privado, no me deberías haber llamado. Tengo que ir a la cama, y tú también.

—¿Pero no es lindo? —Ella puso sus manos a lados de su cara y lo giró afrontándome otra vez.

Sinceramente, estaba bien, pero la cara no era el espectáculo. Tenía el primer cuerpo desde que llegamos al lugar que se pareció al cuerpo de un hombre y no el de un muchacho preadolescente. Tenía amplios hombros, la cintura agradable, caderas, los músculos de sus brazos y piernas, mostraron que levantaba pesas. El tatuaje en su brazo, era un tatuaje de marinero. ¿Qué hacía un ex marinero en un lugar como este?

—Sí, es lindo, ahora vámonos. —Alcancé a coger su brazo. Dallas no me tocó, o trató de mantenerla por la fuerza, era un stripper y muy

simpático, también. Enterró su cara en su pecho y mordisqueó con cuidado el borde de su pecho. Ronnie volvió su cabeza e hizo una exclamación que jamás quería oír hacerla a una amiga mientras estaba en el mismo cuarto. Micah me llamó, no exactamente fue un grito pero...

—¿Anita, qué te lleva tanto tiempo?

—Ronnie no quiere marcharse.

—Entonces, vamos. —Algo en su voz, me hizo querer ver qué pasaba con él.

—Voy ahora, no hagas nada que pueda arrestarte. —Dallas me dio una mirada que decía claramente que iba a intentar hacer lo contrario, pero era lo mejor que podía hacer, a no ser que quisiera arrastrar a Ronnie de la cabina por los pelos. Quería ver por qué la voz de Micah sonaba de esa manera. Salí a ver qué sucedía con Micah, se encontraba muy correcto, pero firmemente, diciendo a un caballero más viejo.

—Gracias, pero no, esperamos a una amiga.

—Seré tu amigo —dijo el hombre. Dirigió un rollo de billetes sobre la altura de su cintura, esto no lo verías dentro del club. El rollo de dinero que mostró era de veinte, dejando la implicación que esto era un gran rollo de dinero. Micah sacudió su cabeza. El hombre saco dos billetes de veinte más.

—No —dijo Micah.

Llegué hasta ellos, cuando el hombre sacó dos más de veinte, ochenta dólares y lo sostuvo hacia Micah.

—Nadie te ofrecerá más esta noche.

—Ah, no sé —dije—, añade pensión completa, y sexo con una mujer. —Puse mi brazo alrededor de la cintura de Micah, y él hizo lo mismo. Los ojos del hombre se ensancharon, entonces miró hacia Micah y después hacia a mí.

—¿Eres su amiga? —Asentí.

—Realmente esperabas a una amiga —dijo el hombre.

—Realmente le dije eso —dijo Micah. El hombre frunció el ceño y comenzó a doblar y a guardar su dinero.

—No pensé que querías decir esa clase de amiga.

—Lo hizo —dije, y le di la sonrisa que era brillante, alegre y nunca alcanzó mis ojos.

Miré alrededor, buscando a Nathaniel y lo encontré, apenas podía verlo, a su alrededor de espaldas había una pareja que lo tenía apoyado en una

esquina. Levantó una mano, así estaría segura de que era él. O tal vez pedía ayuda, como un hombre que se ahogaba. Tomé la mano de Micah y lo arrastré conmigo. Creo que la seguridad en números era nuestra mejor opción.

—Perdónenme señora, señor —dije.

La pareja se dio la vuelta y me miró. El hombre era alto y oscuro, la mujer era un poco más alta que yo y rubia. Ella llevaba un vestido de cabestro que tendría que haber sido forrado mejor. Sus pezones eran oscuros se traslucían contra la tela pálida. Con cuidado mantuve mi mirada fija encima de su cintura, aún sin querer saberlo, si había otra parte oscura que se trasluciera más abajo.

No parecían dar la idea de que fueran pobres, ellos no lo fueron. La muchacha llevaba un diamante en su anillo de compromiso bastante grande para ahogar a un cachorro, y sus pulseras eran de oro y más diamantes. Su maquillaje era ingenioso, lo que significaba que parecía que no llevaba nada pero en realidad llevaba mucho. El hombre estaba vestido en un traje, que había sido hecho a la medida de su cuerpo y probablemente había venido de la misma tienda de la cual Micah y Nathaniel se hicieron los suyos. Este me dirigió la mirada.

—Lo siento, pero nos dirigimos al caballero primero —dijo el hombre. Tomé una respiración fuerte por mi nariz y la solté despacio. El perfume de la mujer era polvoriento y caro.

—En realidad, yo me dirigí a él primero, porque le traje aquí. —Se dieron el uno al otro miradas sorprendidas. Nathaniel comenzó a tratar de salir por delante de ellos.

—Lamentable —dijo.

—Realmente le dije que vine con alguien. —Cuando estaba seguro a mi lado, y yo sostenía tanto la mano de Micah como la de Nathaniel, calculé que estábamos a salvo de más proposiciones. Tonta de mí.

La mujer se puso de puntillas, y el hombre se inclinó para que ella pudiera susurrarle. No me preocupé más. Comencé a tratar de maniobrarnos hacia donde se encontraba Ronnie. El área era solamente un poco estrecha para que tres personas se movieran fácilmente.

—Espere —dijo la mujer. Giré, porque eso es lo que uno hace cuando alguien le habla.

—Todos, los tres con nosotros —dijo ella.

Parpadeé hacia ella, el parpadeo largo me dio el tiempo para tratar con

la información cuando no creía lo que acababa de oír. En otros tiempos, le habría preguntado lo que quería decir, pero había crecido desde entonces, y conocía la respuesta.

—No —dije, y tiré de Micah empujándolo delante de mí y tiré a Nathaniel detrás. Seguimos hasta detenernos abruptamente, porque Nathaniel dejó de moverse. Sabía lo que iba a ver antes de que mirara hacia atrás. Estaba en el medio, el hombre había agarrado el brazo de Nathaniel. Había pensado que sería la mujer. Otra vez, fui tonta. Me puse al lado de Nathaniel.

—Déjenlo ir, ahora, —y puse mucha fuerza en «el ahora». Él dejó caer el brazo de Nathaniel.

—A mi esposa realmente le gusta su amigo.

—Soy feliz por ella, pero ese no es mi problema. No lo toque de nuevo. No nos toque a ninguno otra vez, ¿somos claros?

—Está aquí por lo mismo que nosotros —dijo él—, venga con nosotros. Tenemos una bañera bastante grande para todos. —Dio un paso un poco más cerca.

Justo acabo de imaginarme lo que sería estar sin ropa, igual que a ellos.

Le di la mirada, la que hace que los tipos malos se estremezcan y se alejen veinte pasos y a los más débiles ir corriendo tras su mamá. Su esposa era más simpática que él. Ella se colgó de su brazo, y dijo:

—Cariño, no creo que quieran jugar.

—Escuche a su esposa, ella es simpática.

Pensé que era un tiro de partida agradable, y dimos la vuelta para irnos, pero otra vez, Nathaniel dejó de moverse. Giré y encontré que el hombre había agarrado la trenza de Nathaniel. No sería ya más agradable.

Saqué mi credencial y lo empujé en su cara. Él tuvo que sostenerse para mirar la credencial, como si hubiera estado llevando cristales, pero no lo fue. Pero esto hizo que soltara el pelo de Nathaniel. Se rió.

—Tengo una igual en casa. Si quieres jugar a policías y ladrones, entremos en eso.

Tenía la credencial en mi mano izquierda, entonces tuve que usar solamente las yemas del dedo de la misma mano para extender mi chaqueta bastante amplia para mostrarle mi arma en la pistolera del hombro.

—¿Consiguió una de estas también? —pregunté. La mujer tiraba del brazo del hombre.

—No creo que este bromeando, creo que dice la verdad. —Me fulminó

con la mirada.

—¿Quién es usted?

—Marshal Federal Anita Blake, mis años lo sostienen y nos dejará tranquilos ahora.

La mirada en su cara dijo, claramente que decía que no me creía. Tal vez era uno de esos hombres que no creía en mujeres con autoridad, o tal vez solamente quiso ver la extensión del pelo de Nathaniel por todas partes en su cama con mucho fervor y no quiso creerlo.

Había estado dispuesta a creerlo de su esposa que le gustaba Nathaniel, pero inmediatamente, el punto era que él había sido el que agarró su brazo, tocó su pelo. A su esposa podría gustarle Nathaniel, ¿por qué no? Pero no era ella la que no comprendía, que no lo iba a tener.

Dejé que mi chaqueta perdiera terreno en el lugar y usé mi cuerpo para ponerme entre el tipo y Nathaniel empujándolo hacia el lado de Micah. Sin dejarle ningún camino, al final de la línea al Sr. Manos largas. Presenté la credencial y comencé a movernos en el vestíbulo estrecho, pero siempre moviéndome mirando al tipo que dejaba atrás, entonces podría vigilar la pareja. Bien, la mitad de la pareja.

La esposa tiraba de su brazo, tratando de conseguir alejarlo. Él se alejó de ella y para solamente seguir mirándome. Esta no era una mirada amistosa. De hecho, había bastante fuego en sus ojos como para cruzar aquella línea de odio. No había hecho nada para hacer que me odiara, excepto decirle no. Hay hombres que no lo ven como un insulto, pero por lo general esto toma más que un rechazo durante una invitación en la barra de un bar para conseguir este nivel de reacción. Mantuve mi atención en él hasta que fuéramos tragados por una de las cortinas que ocultaban los cuartos más profundos.

—Eso fue espeluznante —dije.

—Lo sé —dijo Nathaniel casi en un susurro de su voz. Lo miré.

—¿Cómo? —Se lamió los labios, y sus ojos me miraron atormentados.

—Cuando estaba en las calles. Él solía recoger a los muchachos más viejos, estos eran casi demasiado viejos para el comercio.

—¿Viejos? —pregunté.

—La mayor parte de los hombres que iban allí no buscaban a hombres, Anita. Ellos querían jóvenes. Una vez que a uno lo miraban demasiado adulto, uno tenía que moverse donde pudiera trabajar. Es una clientela diferente —dijo lo último con una pequeña torcedura amarga de su boca.

—Es más viejo ahora, y no me reconoció, pero lo recuerdo. Recuerdo que uno de los muchachos más viejos me advirtió sobre él.

—¿Te advirtió? —Nathaniel asintió.

—Sí.

—¿Te hizo daño?

—Aún no, pero a veces cada uno consigue un presentimiento sobre un cliente. Él puede preguntar por el asunto realmente, pero después de un tiempo cada uno solamente consigue hundirse más. Es como si pudieras oler la enfermedad en ellos, como cuando solamente sabes que es cuestión de tiempo antes de que hagan daño a alguien.

Toqué su cara, y me miró, y sus ojos sostuvieron la tristeza con la cual había venido a mí. Aquella mirada que decía que lo había visto todo, lo había hecho todo, y esto había destruido algo dentro de él. Puse mis manos en su cara y lo besé con cuidado. Esto ayudaba un poco a que el sentimiento se fuera lejos, pero no del todo. Un poco de eso se agarró alrededor de los bordes. Micah hizo un sonido.

—Anita, ella es tu amiga, pero...

Me di la vuelta y encontré que Dallas el bailarín estaba en el suelo con Ronnie encima de él. Ella todavía estaba vestida de la cintura para abajo, pero él no. Su camisa estaba desabotonada, y si había comenzado la noche con un sostén, no estaba ahora. Ya había tenido bastante.

Bastantes de extraños proponiendo cosas a mis novios. Bastante de Ronnie que nos hacía arrastrar nuestros culos aquí. Bastante de su indulgencia autodestructiva. Conseguí bastante de aquella clase de mierda de Richard, no lo necesitaba de ella también.

—Veronica Marie Sims —dije. Ella parpadeó con el sonido de mi voz y el sonido de sus tres nombres.

—¿Quién eres? ¿Mi madre?

Agarré el cinturón de sus vaqueros y levanté su peso corporal como si fuera un hombre. Esto no la asustó, porque no tuve que luchar para levantarla. Era más grande que yo, más alta, más ancha, y la levanté como si no pesara nada. Conseguí tropezar con sus pies al ponerla derecha, Dallas dijo:

—¡Eh! no hemos terminado. —Le mostré mi credencial.

—Sí, lo has hecho. —Mantuve el credencial en mi mano izquierda y lancé a Ronnie sobre mi hombro. Tuve que echarla una vez encima en el aire para conseguir acomodarla mejor, entonces nos dirigimos a la salida.

Anduve hacia el vestíbulo, Nathaniel consiguió abrir la cortina y nos siguió, Micah giró en la parte de atrás siguiéndonos. Ella no luchó, pero discutió.

—¡Anita, déjame ir!

La pareja espeluznante no nos esperaba en la pequeña área delante de los cuartos. Me alegré. Tenía mi credencial fuera, pero tendría que lanzar a Ronnie al suelo para ir a por mi arma. Exploré el cuarto cuando entramos, y la pareja no se encontraba en ninguna parte a la vista. Incluso mejor.

—Anita, no soy una niña de mierda. ¡Déjame!

El gorila vino a nuestro encuentro, y le mostré mi credencial. Él sostuvo sus manos, como diciendo, no hay ningún problema aquí. Seguimos andando hacia la puerta. La música todavía resonaba bastante ruidosa haciéndole daño a mi cabeza, pero el ruido de la gente se extinguió cuando nos miraron pasar.

No sé si esto fue por el credencial, el hecho de que una mujer llevara en hombros a otra mujer o el hecho de que Ronnie probablemente estaba dando un espectáculo de sus pechos al cuarto entero, o cada uno se afligía del hecho de que los dos mejores hombres para mirar en el club estaban conmigo. Independientemente anduvimos en una extraña calma, cada uno dejó de bailar, dejó de hablar, dejó de beber, y se pararon a mirarnos.

Tuve que usar mi credencial, ayudándome a estabilizar a Ronnie cuando subí los escalones a la plataforma delante de la puerta, pero lo hicimos sin problemas. Nathaniel siguió adelante y consiguió abrir la puerta que conducía al vestuario. Micah examinó la puerta y se apresuró delante de mí para abrir la puerta exterior. Salimos al aire fresco del otoño. La puerta se cerró detrás de nosotros, y el silencio fue abrumador y alivante para mis oídos.

—Déjame, joder. —Esta vez ella luchó, no bien, no como podría hacerlo, pero yo había perdido la paciencia. Quería bajar, la dejé. La tiré sobre la grava, cayendo sobre su culo.

Creo que podría haberme gritado, pero una mirada graciosa cruzó su cara, y de repente se estaba poniendo de pies a la carrera, tropezando hacia el campo de hierba que bordeaba el área del estacionamiento. Se cayó a cuatro patas y comenzó a vomitar.

—Mierda —dije, suavemente y con sentimiento. Comencé a andar hacia ella, y los hombres vinieron detrás de mí. Les hice señas para que se quedaran en la última línea de coches, cuando rodeé a Ronnie. La hierba

seca de otoño hizo ese sonido de quebrarse contra mis vaqueros.

Ronnie estaba todavía a gatas. El olor ácido dulce de su vómito me llegó antes de que la alcanzara. Era mi amiga, porque fui, y barrí su pelo atrás de su cara y la sostuve, como cuando uno lo hace con un niño. La amistad verdadera sólo me habría mantenido allí mientras ella lanzaba todo lo que había bebido esa noche.

Traté de pensar en algo más, algo más, mientras estuve de pie allí. No me siento bien alrededor de la gente que vomita. Algo sobre el sonido y el olor del mismo me deja luchando para no vomitar, también. Miré a través del campo, tratando de encontrar algo más para pensar. Nada era bastante interesante, hasta que miré desde donde me encontraba de pie.

Al principio pensé que esto era una trampa, un árbol, pero mis ojos se concentraron más en ello, y comprendí que era una persona. Una línea pálida del brazo, una mano que señalaba hacia el cielo, como si fue apoyada sobre algo, no podía verlo claramente. Este no tenía que ser precisamente un cadáver. Alguien podría haber salido aquí y pasear. Miré hacia atrás a Micah y a Nathaniel, les hice señas. Ronnie comenzaba a reducir la velocidad. Ella había alcanzado los tirones secos, al menos.

—Permanezcan con ella.

Sabía que si me acercaba, podría destruir pruebas, pero también sabía que podría ser un maniquí, o alguien que decidió tomar un descanso. Tenía que estar segura antes de que llamara a la caballería. Quien dijo que mi vida me la pasaría viendo muertos, asesinatos en vez de otras cosas. Creo que he trabajado en homicidios durante mucho tiempo.

Anduve por la hierba seca, y me moví más despacio, mirando donde ponía mis pies. La hierba no hizo un sonido contra mis vaqueros, porque me arrastraba a lo largo. Si hubiera un arma en alguna parte no quería pasar sobre ella. Cuando vi el cuerpo, pensé, muerto. La piel tenía aquella palidez en las luces de halógeno distantes y la luz fría de las estrellas.

Era un hombre, yaciendo sobre su espalda, con lo cual el brazo se encontraba apoyado contra una rama de árbol muerta. Si la mano no hubiera estado apoyada encima de la rama, no podría haberlo visto tan rápidamente. Como el pelo de la muchacha en la primera escena, alguien había tomado un poco de esfuerzo suplementario para decir, ¡eh!, mírame.

Sí, era un hombre en vez de una mujer, pero llevaba una correa de piel de leopardo que había sido partida, entonces no omitiríamos el hecho de que estaba afeitado, muy afeitado. Las posibilidades de que no fuera un

stripper que trabaja en Sueños de Incubo era casi nulas. Vega no tomaría aquellas probabilidades.

Las señales de colmillos sobre su cuello eran negras contra su piel. Más en la curva de su brazo y su muñeca. No lo toqué para mover su cabeza para ver si tenía mordidas del otro lado de su cuello. No moví sus piernas y miré si lo habían marcado más abajo. Solamente me agaché hacia abajo a su lado, tratando de no tocar la tierra más de lo que ya lo había hecho, y toqué su brazo.

Sí, me gustaría decir que buscaba su pulso, pero no era realmente eso. Estaba frío al tacto, pero su brazo se movió cuando lo apreté, ah con cuidado. El rigor no estaba todavía, o esto había venido y se había ido. Cosas diferentes pueden afectar esto, pero apostaba que había muerto antes esta noche. Que ellos lo habían estado matando mientras preguntamos a Jonah Cooper en la Iglesia de Vida Eterna. Mirando al muerto, al muchacho, era demasiado joven, no me sentí tan mal por haber matado a Cooper. Gracioso. Me levanté y saqué de mi bolsillo de la chaqueta, mi teléfono móvil. Marqué un número que conocía de memoria.

—Aquí Zerbrowski.

—Espero que no estés en tu casa —dije.

—¿Por qué? —y pareció positivamente sospechoso.

—Estoy cerca del río y por los clubs de striptease, mirando otro maldito cuerpo.

—Nadie nos lo notificó.

—Lo estoy haciendo yo.

—¿Me estás diciendo que encontraste el cuerpo? —preguntó.

—Sip.

—Dime que pasó.

Le conté una versión corta. No excluí que el barman le había dicho a Ronnie que conseguiría un paseo a casa, solamente que ella dio media vuelta por la mierda rompiendo con Louie. Excluí la pareja espeluznante, pero eso fue todo.

—Mierda —dijo—, tengo que llamar al alguacil o el sheriff local que llegaran allí antes que nosotros. Al sheriff no le gustas mucho.

—Lo recuerdo —dije. Casi podría sentir en acabar la llamada.

—Casi diría que te vayas con tu gente a casa, pero los necesitaremos para corroborar tu historia.

—¿No me crees?

—Lo hago, pero no soy el primero en llegar a la escena, Anita. ¿Entiendes?

—Pienso que voy a necesitar una coartada para explicar como por causalidad resulté encontrar a la siguiente víctima de asesinato cuando ellos tienen a gente patrullando todos los clubes. Van a pensar que alguien me lo dijo.

—Sí —dijo.

—¿Me crees, Zerbrowski?

—Sí, pero te conozco. Si alguna mujer pudiera salir de un club de striptease que fuera a ver tíos y por casualidad encuentra a una víctima de asesinato, esa eres tú.

—No fui a ver tíos —dije.

—Ah, sí, estoy seguro y diré a todos los muchachos aquí en RPIT que solamente hacías un favor a una amiga.

—Eres un bastardo, no hagas bromas sobre esto.

—¿Haría yo eso?

—Jódete, Zerbrowski.

—¿Yo diría sí, pero qué diría Katie? —Su voz se hizo seria de repente —. Pondré la llamada en espera, les diré que una de nuestras agentes está en la escena, pero si el sheriff llega primero, se agradable.

—Siempre soy agradable —dije. Él se rió.

—Sí, y el infierno es fresco en verano. Solamente haz el intento de comportarte hasta que podemos llegar allí y acompañarte.

—Me comportaré, si él lo hace —dije.

—Genial. Estaré allí en cuanto pueda, Anita.

—Sé que lo harás.

—Maldita noche —dijo él.

—Sí —dije.

Él colgó. Colgué y comencé a andar. Oí sirenas antes de que aún volviera al área de estacionamiento. Tenía el tiempo para dar a Nathaniel y a Micah una breve explicación de lo que había pasado y estaba a punto de pasar. Ronnie estaba sentada sobre la tierra, gimiendo y sosteniendo su cabeza. No estaba segura de si me habría oído incluso si hubiera tratado de dirigirme a ella. Entonces los coches chillaron en el aparcamiento de grava, y en el primer coche estaba el Sheriff Melvin Christopher. No había ni un policía del estado a la vista. Perfecto.



Los EMT, los técnicos de emergencia médica, le dieron una manta a Ronnie. Al parecer creían que estaba en estado de shock. Eso no era cierto. Estaba reflexionando. Reflexionando en medio de una investigación de asesinato, cuando había bebido más en una noche de lo que había consumido en los seis años que hacía que la conocía. La habían sentado en la parte posterior abierta de una ambulancia. Creo que en parte les dio algo que hacer. Es bueno mantenerse ocupado.

Físicamente Ronnie se sentía peor, pero ninguno de nosotros estaba teniendo un buen momento. La llegada del Sheriff Melvin Cristóbal había sido mi disparo.

—Casi no te reconozco con tanta ropa, Srta. Blake.

Sonreí con dulzura y le dije:

—Es Marshal Blake para usted, comisario, y tiene demasiado interés en la vestimenta de la mujer para un hombre heterosexual en una zona rural.

—Había ido cuesta abajo desde entonces. Incluso admití que parte de la culpa era mía. No debería haber hecho el comentario sobre la ropa de la mujer, ni puesto en duda su orientación sexual, pero, hey, su cara se puso hasta el final de ese horrible color marrón antes de empezar a gritarme. Por un segundo, pensé que le había dado un golpe o algo así. El ayudante Douglas tuvo que separarnos y llevar a su jefe a dar una vuelta por el estacionamiento.

Me dio tiempo para ir a ver a Micah y a Nathaniel. Micah decía con calma, pacientemente, pero en un tono que me decía que no era la primera vez que lo decía, ni la segunda.

—Yo no trabajo en este club.

El ayudante que le estaba interrogando era demasiado alto para su cuerpo, como si sus articulaciones, manos y pies no hubieran tenido la oportunidad de ponerse al día todavía. Tenía alrededor de veinticinco años, o no había comido lo suficiente.

—¿En qué club trabaja usted, entonces?

Micah me miró. La mirada decía, ayúdame. Lo intenté.

—Ayudante —dije.

Me miró. Sus ojos miraron la placa en mi mano, pero desde que su jefe no se había impresionado con la placa era difícil para él estar impresionado, también. El jefe da el tono. Tenía los ojos azules pálidos. Estos no eran amigables, eran casi mequinos.

—Estoy interrogando a un testigo aquí.

Sonreí y traté de llevarlo a mis ojos, pero probablemente no lo conseguí.

—Ya veo, pero, ayudante —y leí su placa con su nombre—, Patterson, el testigo ha respondido a su pregunta varias veces.

—No me ha dicho donde trabaja.

—Nunca me preguntó dónde trabajaba —dijo Micah.

El ayudante Patterson le devolvió la mirada, sus ojos claros se redujeron en lo que probablemente pensó que era una mirada dura. No fue así.

—Le pregunté dónde trabajaba, y usted no responde.

—Usted pregunta en qué club trabajo, yo no trabajo en ningún club de ningún tipo. No me gusta eso para ganarme la vida, ¿queda claro? —preguntó Micah. En su voz había un deje de impaciencia. Era una de las personas más tolerantes que conocía. ¿Qué había estado diciendo Patterson

para poner ese tono en la voz de Micah?

La cara de Patterson demostró que no lo creía. Realmente iba a tener que trabajar en su cara en blanco de policía, en ese momento todo lo que pensaba estaba derramado en su rostro.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo dentro de este lugar? —Una mirada cercana a la diversión malvada cruzó su rostro—. Oh, lo entiendo. ¿Te gusta mirar a los frijoles y las salchichas de otras personas?

—Los frijoles y salchichas —dije—, ¿qué coño significa eso?

—Pollas y pelotas —dijo con un tono que implicaba que todos lo sabían.

Micah me miró, e incluso a través de las gafas oscuras, me podía imaginar la mirada. Estaba empezando a ver lo que había conseguido en sus nervios.

—Patterson, se le ha permitido preguntar a mis amigos por cortesía. Esta es mi escena del crimen, no la suya, y si no puede hacer una sola pregunta que pueda ayudarnos a resolver este crimen, entonces puede irse.

No sé lo que habría dicho, pero sentí al Sheriff Christopher venir detrás de mí, incluso antes de ver la mirada de satisfacción en el rostro del ayudante. Su mirada decía claramente que el sheriff lo arreglaría y que iba a disfrutar de un asiento de primera fila.

Patterson dijo:

—No me dice donde trabaja, sheriff. Dice que no es un stripper. Dice que acaba de llegar para mirar a un pequeño maricón moverse.

Hice un pequeño sonido en la garganta.

—Voy a decir esto sólo una vez más. Recibimos una llamada de mi amiga Veronica Simms porque el camarero del club le dijo que estaba demasiado borracha para conducir y que necesitaba que alguien la llevara a casa. Micah vino para ayudarme con ella.

—¿Y el otro? —preguntó Patterson—. Dice que es un stripper en Placeres Prohibidos.

—Nathaniel vino a hacernos compañía —dije.

El Sheriff Christopher me lanzó una mirada plana de policía. Era una mirada real. Podría tener un prejuicio, odiar a las mujeres, buenos viejos chicos, pero era un policía, también. Además de toda la basura era alguien que podía ser bueno en el trabajo, cuando su agenda personal no estaba interfiriendo en el camino. Me hizo sentir mejor, eso parecía, pero por supuesto, su agenda personal estaba lloviendo encima de nosotros.

—¿Por qué se necesitan dos amigos —e hizo hincapié en los amigos—, para ayudar a recoger a una novia borracha?

—Nathaniel acababa de salir del trabajo, y no habíamos hablado, así que vino un poco más tarde para hacer una visita.

El Sheriff Christopher me frunció el ceño.

—Has dicho que estabas en casa.

—Lo estaba.

—Pensé que este era tu novio. —Señaló a Micah.

—Lo es.

—¿Y quién es ese? —preguntó, señalando con el pulgar en dirección a Nathaniel. Nathaniel estaba hablando con el ayudante por última vez. Parecía estar pasando un rato más fácil que Micah o yo, tal vez su ayudante era más inteligente, o simplemente con menos prejuicios.

—Mi novio —dije.

—¿Los dos son tus novios?

Tomé aire, lo solté lentamente.

—Sí.

—Bueno, bueno, bueno —dijo.

Dije una breve oración para que Zerbrowski llegara pronto.

—Tenemos otra víctima, Sheriff, o ¿no te importa?

—Sí, eso es otra cosa —dijo, y me puso los ojos de policía duro. Si pensó que iba a herirme, estaba equivocado, pero todavía era una buena mirada—. Sólo encontró accidentalmente a la siguiente víctima de nuestro asesino en serie.

—Sí —dije.

—Y una mierda accidentalmente.

—Crea lo que quiera, Sheriff. Le he dicho a usted y a su gente la absoluta verdad. Podría haberlo tapado, si te hiciera más feliz.

Miró más allá de mí, a Micah.

—Me gusta ver los ojos de un hombre cuando le hablo, quítate las gafas.

Mierda. Micah me miró, y lo miró. Me encogí de hombros.

—Patterson nunca ha preguntado qué hace Micah para ganarse la vida. Ha estado demasiado ocupado tratando que Micah admitiera que era un bailarín de striptease, o un homosexual, que en preocuparse más en los hechos.

—Muy bien, te pregunto ¿qué hace para ganarse la vida, señor

Callahan?

—Soy el coordinador de la Coalición para una mejor comprensión entre los licántropos y las comunidades humanas.

—¿Qué usted es qué? —dijo Patterson.

—Cállate, Patterson —dijo Christopher—. Así que eres uno de los liberales de corazón sangrante que piensan que los animales merecen los mismos derechos.

—Algo por el estilo, sheriff.

Christopher estaba dando a Micah toda su atención de repente.

—Quítate las gafas, Sr. Coordinador.

Micah se quitó las gafas.

Patterson dio marcha atrás, y su mano tocó la culata de la pistola. No era bueno. El ayudante se quedó mirando los ojos de gato de Micah y sacudió la cabeza.

—La bestialidad y el cebo de ataúdes, es caer muy, muy bajo para una mujer blanca.

Y el comentario de —mujer blanca— se encargó de cualquier preocupación que pudieran haber tenido con otros prejuicios que al comisario se le ocurrió llevar por ahí. Era un fanático de la igualdad de oportunidades. Odiaba a todo el mundo que no era varón, blanco y recto. ¡Qué visión del mundo terriblemente dura y vacía!

—Mi madre era hispana, de México, ¿eso ayuda?

—Medio étnica —dijo.

Sonreí y se fue todo el camino a mis ojos.

—Perfecto —dije—, perfecto.

—Te ves muy feliz para alguien que está a punto de tener una noche muy mala.

—¿Y cómo se supone que esta noche puede ser peor, sheriff?

—Sabías que el cuerpo estaría aquí, porque tu novio y su gente lo hizo. Así es como lo encontraste.

—¿Y por qué traigo a mis novios, y cómo me arreglé para traer a mi amiga aquí a emborracharse?

—Ibas a mover el cuerpo, a esconderlo. Es por eso que necesitabas tanta gente. Hay algo en esto que guiará a tus amigos vampiros maricas.

Me preguntaba cómo a Jean-Claude y a Asher les gustaría ser contemplados como mis amigos vampiros maricas. Mejor no saberlo. Negué con la cabeza.

—¿Cuántos juicios tienes contra tu departamento?

—Ninguno —dijo.

Me reí, pero no era una risa feliz.

—Lo encuentro difícil de creer.

—Hago el trabajo, y eso es todo lo que preocupa a la gente.

No era asunto mío, pero me preguntaba cuántas de sus detenciones fueron a personas no blancas, no rectas, no como él. Habría apostado cualquier cantidad de dinero, a que la mayoría de sus arrestos caía en esas categorías. Tenía la esperanza de estar equivocada, pero lo dudaba.

—¿Sabes que si la línea de todo lo que tienes es un martillo, todos tus problemas empiezan aparecer en las uñas?

Frunció el ceño, no está seguro de a dónde iba.

—Sí, me gustan los escritos de Mrs. Ayoob.

—Sí, lo sé pero mi punto es ése. Si todo lo que ves son monstruos, entonces eso es todo lo que vas a ver.

Frunció el ceño más duro.

—No te sigo.

¿Por qué intentarlo siquiera?

—Estás tan ocupado odiándome y a todo el mundo conmigo, que has hecho muy poca actividad policía real, ¿o no le interesa esto? ¿Eso es todo, sheriff? ¿Se trata sólo de algún stripper marica que se ha asesinado a sí mismo, por lo que no es tan importante como las mujeres blancas?

Algo se estremeció a través de sus ojos, si no hubiera estado mirando a su derecha, me lo habría perdido.

—Realmente debe odiar este club.

Sus ojos eran fríos e ilegibles cuando dijo:

—Mi experiencia ha sido que lo que pasa alrededor, viene de alrededor, Marshal. Te dedicas a un comportamiento de alto riesgo, y se pone a tu nivel, y al volver es una puta.

Negué con la cabeza.

—Nadie más ciego que el que no quiere ver.

—¿Qué? —dijo.

—Nada, sheriff, pierdo el aliento.

La radio crujió a la vida, y lo que escuché fue suficiente para detener las peleas.

—Agente herido, oficial herido.

La situación era cerca de la carretera, en el primer bar de strip que los

vampiros golpearon. Hijos de puta ambiciosos. Le grité a Micah y a Nathaniel:

—Coge el coche de Ronnie y vuelvan a casa. —Ya estaba abriendo la puerta del Jeep del lado del conductor.

—Anita... —Comenzó Micah.

—Te amo —dije, y me senté detrás del volante. Di marcha atrás y tuve que esperar a que uno de los otros coches de la policía saliera de mi camino. Nathaniel estaba apoyado contra el coche donde el ayudante le había preguntado. Golpeé el botón para bajar la ventanilla del lado del conductor. Le lancé un beso. Él sonrió y sopló uno de vuelta. Entonces estaba en la línea entre dos de los negros y blancos, y nos fuimos. Agente herido, ¿fueron los vampiros? ¿O es que algún borracho había tenido suerte? No había manera de saberlo hasta que llegáramos allí. Lo único bueno era que no iba a estar a solas con el sheriff y sus hombres durante mucho tiempo. La policía venía de todas partes. Los oficiales que normalmente no tenían ningún asunto o jurisdicción llegarían en pocos minutos.

La ambulancia estaba detrás de nosotros, con sus luces y sirenas en marcha. Podrían haber estado simplemente siguiendo el ejemplo de la policía, pero lo tomé por un buen signo. EMT sólo hacía la cereza completa, cuando saben que había alguien herido, pero aún con vida. Dije una breve oración y me concentré en la conducción. El sheriff era un idiota fanático, pero conocía los caminos, y yo no. Era la esperanza de no terminar en una zanja.



SETENTA Y CUATRO

Fuimos los primeros oficiales en la escena, porque estábamos a menos de diez minutos. El sonido de las sirenas sonó en la noche. Venía más ayuda. Había un coche blindado de Illinois marca Trooper en el aparcamiento con una puerta abierta, y el oficial tirado, sentado junto a la puerta. Su rostro era una mancha blanca, un brazo parecía herido, y su arma estaba con torpeza en la otra mano. Había sangre en el hombro de su uniforme.

Las balas golpearon sus puertas y se refugiaron detrás de estas, o en el chasis, mientras que miraba a su alrededor. El tirador anónimo acababa de ejecutar directamente al soldado herido. Todos se refugiaron, todos teníamos nuestras armas, todos evaluaron la situación antes de que nos encontráramos. Nunca conoces a los malos, a veces te utilizan de cebo. Abracé la parte delantera de mi Jeep con mi espalda, la pistola fuera, apuntando al cielo. Tenía el chasis a mi espalda, así que no importaba lo que los malos estuvieran usando, estaba bien mientras me quedara en el

lado derecho del Jeep. Hay tantas cosas en que pensar, y no había tiempo para pensar profundamente, había que utilizar la información y la experiencia para tener algunas ideas propias.

El alguacil hizo algo con el brazo, y de repente todas las sirenas se callaron. El silencio de repente en voz alta, sólo quedó el estroboscópico de las luces para que la gente supiera que algo andaba mal.

Estábamos todos explorando el aparcamiento y el área circundante. Había una cerca detrás de la privacidad de los contenedores de basura. Había otros edificios a pocos metros. El aparcamiento estaba lleno. El malo podría estar escondido detrás de cualquiera de los coches, o podría haber huido al oír las sirenas. No había manera de estar seguro.

Nada se movió, excepto el policía que se arrastraba hacia nosotros. Estaba vivo, y quería que se quedara de esa manera. Tuvimos que subir. Como si el sheriff Christopher hubiera leído mi mente, él subió. Manteniendo la cabeza baja, con su estómago y su altura era impresionante. Era mucho más ágil de lo que parecía. Había señalado que mi arma no es nada en particular, pero en las direcciones que podría cubrir que potencialmente podría tener a alguien que quería ocultarse para disparar contra el sheriff. Una bolsa de plástico blanca llegó cerca del basurero, empujado por el viento. Nada se movió.

Como si el Sheriff Christopher diese el visto bueno. Sus hombres se pusieron de pie, se rompió la cubierta, y se reunieron con él. Yo fui más cautelosa, explorando el área, me demoré para reunirme con ellos, mi pistola hacia el suelo, pero la mantuve con las dos manos, dispuesta a volver a subirla. Había una multitud desde la puerta del club. Hasta que me puse de pie, no pude ver las puertas sobre el capó de mi Jeep, pero estaba apostando a que la multitud había estado allí todo el tiempo. La gente no tenía sentido común. O sabían algo que nosotros no.

Oí:

—Traigan a los EMT hasta aquí.

Esa era la señal para que los médicos pudieran acercarse. El Sheriff Christopher miró hacia mí.

—Fue uno de sus amigos vampiros.

—Me parece una herida de cuchillo, ¿cómo sabe que fue un vampiro?

La policía habló con una voz que se colaba bajo con el dolor y la conmoción.

—El bastardo voló con ella. Voló como una maldita ave, hacia arriba.

Muy bien.

—Muy bien, vampiros. ¿A quién se llevó?

—A una de las bailarinas —dijo el policía—. Estaba haciendo una ronda, como se supone que debemos. La vi salir, y los vi salir de las sombras, uno a cada lado de ella. Ella empezó a gritar. Salí, saque la pistola. Pero había otro, no lo vi. No sé por qué, pero era como si acabara de aparecer detrás de mí. Puso el cuchillo en mi garganta, me dijo que no me moviera. Entonces, el otro se fue volando con la chica. Esa mierda se fue volando. —Cerró los ojos y parecía que estaba luchando con el dolor.

Los EMT estaban allí, empujando a todos hacia atrás.

El ayudante abrió los ojos y miró al sheriff.

—Tenía el cuchillo en la garganta, ¿por qué no me mató? Movié la cuchilla, la clavó en mi hombro. ¿Por qué? ¿Por qué no me mató?

Le respondí, mientras que los médicos fueron a trabajar en él.

—Te quería vivo, para que nos dijeras lo que pasó.

—¿Por qué? —preguntó, y me miró.

—Es un mensaje.

—¿Qué mensaje?

Sacudí la cabeza.

—Quieren que vayamos a salvarla. Quieren obligarnos a movernos esta noche, cuando están fuertes, no esperar hasta el amanecer, cuando la ventaja es nuestra.

El Sheriff Christopher se levantó y se acercó a mí, pero pareció pensárselo mejor, y sólo me hizo señas para que lo siguiera. Le seguí.

—Supuse que no sabías donde se escondían esos bastardos. Suenas como si lo supieras.

Parpadeé hacia él y pensé, ¿Qué puedo decirle que no nos meta a todos en problemas?

—Tengo una cita con la Reserva Móvil para poco después del amanecer, pero si tienen a un rehén, no podemos esperar hasta el amanecer.

—Saqué mi teléfono móvil del bolsillo de mi chaqueta y marqué el móvil de Zerbrowski—. Dame el número del capitán Parker, Zerbrowski.

—¿Por qué?

—Los vampiros tomaron como rehén a una bailarina de striptease, viva. Incluso se aseguraron de dejar a un policía estatal herido, vivo para que nos lo contara.

—Jesús, Anita, es una trampa.

—Probablemente, pero necesito el número de todos modos.

Me dio el número, y marqué el teléfono, el capitán Parker atendió la línea con el sheriff Christopher mirándome. Le di a Parker un resumen.

—¿Es una trampa? —preguntó.

—Tal vez, o tal vez saben que estamos acercándonos, y están tratando de meternos prisa, para que lleguemos esta noche, cuando tienen ventaja. Pero sí, probablemente sea una trampa.

—No quiero enviar a mis hombres a morir, Blake.

—No estoy loca por eso tampoco, pero ella estaba viva cuando se la llevaron, y si esperamos a la madrugada, no lo estará. Por supuesto, podría haber muerto, no lo sé.

—Es una trampa, y la mujer es un cebo vivo —dijo Parker.

—Ya lo sé —dije.

—¿Sigues exigiendo a ir con nosotros?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Me dio una risa seca.

—Discutes tu camino en esta operación, espero que no me arrepientas de eso.

—Lamento la hora, pero si realmente estás pensando en ir de noche, entonces me vas a necesitar más que nunca.

—¿De verdad eres mucho mejor con los vampiros que nosotros?

—Sí, capitán, sí lo soy.

—Espero que seas tan buena como la publicidad, Blake.

—Mejor —dije.

—Entonces ven aquí, vamos a ir al blanco en menos de treinta minutos, si llegas tarde, nos vamos sin ti. —Colgó.

Me maldecía mientras cerraba el móvil. Empecé a caminar a mi Jeep.

—¿A dónde diablos vas?

—A por el cebo —dije.

Frunció el ceño.

—A por la stripper.

Asentí, y seguía caminando cuando me dijo:

—La Reserva móvil, realmente estás con ellos.

—Si no me crees, llama al capitán Parker tú mismo. —Estaba en la puerta del Jeep.

Agarró el borde de la puerta antes de que pudiera cerrarla.

—¿No es este un conflicto de interés para ti, disparando a los vampiros

de tu novio?

—Estos son los malos, sheriff, los que no pertenecen a nadie. —Cerré la puerta, y él me dejó. No exactamente la cáscara hacia fuera, pero cerca. Conocía de Parker, y sabía cómo operaba la Reserva móvil, si no llegaba a tiempo, se iría sin mí. Los vampiros que fueron esta noche. Sabían que teníamos la dirección. Sabían que estábamos planeando el golpe. Se supone que la intención de golpearlos era después del amanecer, y estaban obligando nuestra baza. Nos querían allí con sus términos. Esta noche quería decir. Pero ¿por qué no huir? Si sabían que teníamos su ubicación, ¿por qué no abandonar esto? ¿Por qué no mudarse, y encontrar otro refugio durante el día? ¿Por qué tomar a un rehén y llegar a tales magnitudes para asegurarse de que lo sabía? Era una trampa, pero aun sabiéndolo, todavía tenía que ir.



La pizarra estaba cubierta de diagramas. Los sargentos Hudson y Melbourne habían hecho una reconstrucción de la zona antes de que el resto alcanzara nuestra agradable y segura ubicación. Habían llenado la pizarra con entradas y salidas, luces, ventanas, y todos los pequeños detalles que nunca habría notado, o incluso aunque los hubiera visto, no habría sido capaz de hacer este uso de ellos. Podría haber informado sobre lo que había visto, pero uno de ellos hubiera tenido que interpretarlo para los demás. Simplemente, no había tenido la formación necesaria. Mi manera de hacerlo hubiera sido hacer una entrada frontal y matar a todo lo que se moviera. No se me habría ocurrido obtener un diagrama del interior de la propiedad, o tener al dueño del edificio allí diciéndonos lo que sabía de la propietaria del apartamento. Se habían evacuado ya a los vecinos adyacentes al nuestro, y tenían al vecino más próximo, de nuevo, dándonos información sobre el interior y el propietario. Es útil saber que casi no

había muebles en el piso, ya que la propietaria, Jill Conroy, estaba esperando un traslado que se había retrasado dos veces. Trabajaba como abogada en un gran bufete del centro y acababa de encontrar pareja. Fascinante, pero vi que no era útil. Todavía estaban tratando de encontrar a alguien que contestara al teléfono en su trabajo, para saber cuando había ido por última vez al trabajo. Nadie en el trabajo a las dos de la mañana, putos vagos de mierda. Todo era interesante, pero nuestra víctima estaba allí, a solas con los vampiros que habían asesinado al menos a diez personas en tres estados. Quería sacarla, y estaba teniendo problemas para concentrarme en las trivialidades. Debíó de ser evidente, porque el sargento Hudson dijo:

—¿Le estamos aburriendo, Blake?

Parpadeé hacia él, desde el lugar en el que por fin me había acurrucado en la calle. Estaba cansada y no veía una razón para no sentarme, algunos de los chicos de la reserva móvil estaban arrodillados.

—Un poco —dije.

Los dos hombres más cercanos a mí, Killian, el del pelo blanco rapado, y Jung, que era el único asiático-americano de ojos verdes que había conocido nunca, se alejaron de mí, como si no quisieran estar muy cerca cuando la sangre comenzara a volar. Me di cuenta de que Melbourne se quedó donde estaba, junto a Hudson, como si esperase que el flujo de sangre fuese a ser unilateral.

—Ahí está la calle, Blake, ya te puedes largar si quieres.

—Tú formulaste la pregunta, sargento. Si no querías una respuesta sincera, deberías haberme advertido.

Alguien se rió, tan bajo que no estaba segura de quién lo había hecho, y tampoco, al parecer lo estaba Hudson, porque no trató de averiguar quién se había reído, sólo lo utilizaba como una excusa para resultarme más molesto.

Hudson dio un paso hacia mí. Me puse de pie.

—Si te estamos aburriendo, Blake, entonces vete a casa. No necesitamos tu actitud, tenemos bastante con la nuestra. —Su voz era baja e incluso cada palabra era pronunciada con mucho cuidado. Conocía ese tono tan cuidadoso. Era la voz que se utiliza en lugar de gritar o golpear algo.

—Dawn Morgan todavía puede estar viva ahí —dije—. Pero cada minuto que esperamos recorta sus posibilidades de supervivencia. Puedes

odiar que tu capitán me dejara venir, puedes jodidamente odiarme, no me importa, pero vamos a conseguir hacer esto. Me gustaría llegar a Dawn antes de que sea demasiado tarde, sargento Hudson. Sólo por una vez, me gustaría no ser el equipo de limpieza y estar ahí con tiempo suficiente para tener algo que rescatar.

Parpadeó sus sólidos ojos marrones hacían juego con el bigote y el pelo muy corto. Mi cabello estaba recogido en una coleta. Me habían entregado un casco, y el pelo casi hasta la cintura no encajaba en los cascos, sin ser retirado de alguna manera. Debería haber cortado mi pelo hace meses, pero Micah dijo que si me cortaba el mío él se cortaría el suyo, la amenaza me había dejado con el pelo más largo de mi vida. Parecía una hippie bajita con curvas entre los cortes de pelo militares y tantas figuras masculinas a mí alrededor. Incluso embutida en uno de sus chalecos no podía ocultar que no hacía juego con todos los demás. Hay momentos en los que de repente me siento fuera de lugar, ni policía, ni hombre, ni parte de esta gran hermandad. Sólo una chica, una aficionada al vudú, en la que nadie confía su espalda. Habían pasado años desde que me había sentido tan mal al respecto. Tal vez fue el equipo prestado, que en realidad no me encajaba, o tal vez fue Arnet y Dolph que estaban enfadados conmigo, o tal vez era sólo que creía lo que había en los ojos de Hudson. No pertenecía a este lugar. No era nada táctica. No sabía cómo hacían su trabajo. No era parte de su equipo, y parte de mí entendía que no importaba cuántos amigos policías tuviera, y tampoco importaba que tuviera una tarjeta de identificación, siempre habría más policías que pensaban que no pertenecía allí de los que pensaban lo contrario. Siempre y para siempre sería la forastera, no importaba lo que hiciese. Parte de eso era por el género femenino, parte era por mi trabajo diario, parte porque me tiraba a los monstruos, y parte era simplemente que no pertenecía a ese grupo. Ni seguía órdenes, o mantenía la boca cerrada, o seguía el juego político. Nunca habría sobrevivido como un policía real, simplemente no podía jugar a un juego con las reglas de otros. La policía, la policía de verdad, comprendía y vivía según las reglas. Me había pasado la mayor parte de mi vida diciendo, ¿reglas?, ¿qué reglas? Me quedé allí y miré a Hudson, sostuve su mirada, su ira, y simplemente no estaba enfadada. Demasiado en mí estuvo de acuerdo con su enfado como para volver a estar enfadada.

—Una tarjeta de identificación no te convierte en policía, Blake. No tienes la disciplina. Si consigues que maten a alguno de mis hombres

porque estabas dando por culo, no te gustará la próxima charla que tendremos.

En realidad no estaba disfrutando de esta charla mucho, pero no dije eso en voz alta tampoco. Me estaba volviendo más inteligente, o más cansada, o tal vez simplemente no me importa ya lo suficiente. ¿Quién diablos lo sabía? Mantuve mi postura, y no sentí nada. Mi voz estaba vacía de toda la emoción que llevaba cuando le dije:

—¿Qué pasa si tu gente muere porque no me dejaron hacer mi trabajo lo mejor que pude? ¿Puedo tener una charla contigo entonces?

Todos los hombres a mí alrededor se movieron hacia atrás, al unísono, como si la distancia mínima de seguridad fuera una preocupación real. Hablaba entre dientes, y la ira volvió sus ojos marrones casi negros.

—¿Y cuál es exactamente tu trabajo, Blake?

—Soy cazadora de vampiros.

Vino hacia mí lentamente, y Melbourne le tocó el hombro, como si se le estuviera yendo de las manos. Hudson sólo miró la mano, y la mano se fue. Todo el mundo estaba tratando a Hudson como si fuera un tipo que diera mucho miedo. No era el más grande, ni el más musculoso, ni nada, pero llevaba su autoridad como una especie de escudo invisible, simplemente estaba allí. Si no me hubiera odiado le habría respetado, pero se me hizo imposible verlo como algo más que un obstáculo. Hablé a pocos centímetros delante de mí, cada palabra empujada hacia mi cara, cuidadoso como un golpe.

—Tú-eres-una-jodida-asesina.

Le miré a la cara, casi lo suficientemente cerca como para besarle, y dije:

—Sí, a veces, a veces, lo soy.

Parpadeó, el desconcierto llenando sus ojos, persiguiendo la ira de vuelta.

—Eso fue un insulto, Blake.

—Nunca me siento insultada por la verdad, sargento. —Le di una mirada dulce deseando no sentir nada, porque si me permitía sentir algo iba a estar triste, y si lloraba, o peor, gritaba, eso sería todo. Me dejarían jugar, si no lloraba. Había llorado porque Jessica Arnet pensaba que estaba corrompiendo a Nathaniel. Había llorado por tener que matar a Jonás Cooper. ¿Qué coño me pasaba esta noche? Por lo general, lo único que me hacía llorar era Richard.

Negó con la cabeza.

—Sólo nos harás ir más despacio, Blake.

—Soy inmune a los poderes de los vampiros —dije.

—Vamos a limpiar esta estructura entera en menos de un minuto. Sabemos que no tenemos que hacer contacto visual, y tenemos claro que cualquier acercamiento de un vampiro será considerado hostil. No habrá tiempo para que hagan ningún truco con nosotros.

Asentí con la cabeza, como si realmente entendiera cómo podían limpiar un domicilio completo, del tamaño de una pequeña casa, en menos de un minuto.

—Muy bien, no crees necesitar mi ayuda con los vampiros, está bien.

Parpadeó otra vez, y no pudo ocultar el hecho de que le había cogido con la guardia baja por segunda vez en pocos minutos.

—¿Vas a esperar afuera?

—¿Qué le sucede a tu récord de velocidad, si tienes que tratar a los vampiros como seres humanos? —pregunté.

—Son ciudadanos legales, lo que los hace seres humanos.

—Sí, pero ¿puedes limpiar el lugar en menos de un minuto, si tienes que tomarte el tiempo necesario para someter a tal vez más de siete vampiros, por lo menos uno de ellos maestro? Si crees que te voy a hacer perder velocidad, Hudson, confía en mí, ellos lo harán mucho mejor que yo.

Melbourne habló sobre el hombro de Hudson.

—Tenemos luz verde. Todo vampiro ahí dentro es un objetivo.

Negué con la cabeza y miré a Melbourne, como si Hudson no estuviera todavía cerniéndose sobre mí.

—Cuando las órdenes de ejecución comenzaron a existir, una de las principales preocupaciones era que los policías de este país se convirtieran en nada más que putos asesinos, por lo que las órdenes están redactadas con mucho cuidado. Si el verdugo legal está contigo y estamos en peligro entonces puedes utilizar todos los medios para ejecutar esa orden, pero si el verdugo legal no está contigo, entonces la orden no está en vigor. —Me volví a mirar Hudson, y estaba empezando a sentirme un poco enfadada, por fin. Bien, eso era mejor que llorar—. Lo que significa que si entras sin mí y disparas a cualquier maldito cuerpo, vas a estar sometido a investigación o alguna puta mierda por el estilo. Duda contra los vampiros, arriesga tu vida y las de tus hombres. No dudes contra los vampiros, y

perderás el trabajo, las pensiones, o incluso pasarás un tiempo en la cárcel. Depende del juez, el abogado, el clima político de la ciudad en el momento del incidente. —Estaba casi sonriendo, porque estaba diciendo la pura verdad.

Hudson dio una sonrisa que no era nada más que un gruñido.

—O simplemente podemos quedarnos sentados aquí fuera y dejar toda la orden de ejecución sobre tus pequeños hombros. ¿Cómo sería? Entrás allí tú solita.

Me reí, y le sorprendió de nuevo, haciéndole buscar algún respaldo.

—Killian —llamé, dirigiéndome a buscarlo. Él se acercó a mí con una especie de vacilación, mirando a su sargento. Killian era sólo una o dos pulgadas más alto que yo, una de las principales razones de que su equipo extra fuera casi de mi talla.

—Ayúdame a quitarme esto, no quiero echar a perder tus cosas. Gracias por el préstamo.

—¿Por qué quitarse el equipo? —preguntó Hudson.

—Si entro sin ti, no necesito el chaleco o el casco, o la maldita radio que se une a él. Voy sola, como siempre, y me llevo el equipo que quiero llevar, no el que me obligan.

Comencé a mirar las correas.

—Ayúdame a quitarme esto, Killian, me ayudaste a ponérmelo.

Hudson sacudió la cabeza y Killian le respaldó.

—Sra. Blake...

—Es Marshal Blake para usted, sargento Hudson.

Tomó en una respiración profunda, y soltó el aire lentamente.

—Marshal Blake, no puedo dejarte entrar ahí sola.

—Esta es mi maldita orden de ejecución, no la tuya. Compartí mi información con vosotros, no a la inversa. Ninguno de vosotros habría sabido dónde buscar a esta mujer sin mí.

—¿Sabes lo que dicen que hiciste para obtener esta información, Marshal?

Sólo por la forma en que lo dijo, supe que no lo quería saber, pero le dije:

—No, ¿qué?

—Que te follaste al sospechoso. Te lo follaste delante de otros oficiales, y te lo contó todo, entonces le volaste los sesos con una pistola. Jodidamente decapitado por la cantidad de disparos.

Me reí de nuevo.

—Doss, me encantaría saber quién ha inventado esta historia.

—¿Me estás diciendo que es mentira?

—Que me lo follé, sí, buenos deseos por parte de alguien, pero hice el papel de vampiro con él, como un vampiro, no como una puta. Y sí, le disparé hasta que su cabeza ya no estaba allí, porque no tenía mi kit de caza vampiros conmigo. La pistola era todo lo que tenía, por lo que es lo que usé. —Negué con la cabeza y sentí que la débil ira se desvanecía—. La presente orden es mi maldito asunto, sargento Hudson. Yo soy la que te invita al baile, no a la inversa. Me gustaría que intentases recordar eso, cuando estamos tratando el uno con el otro.

Me miró, realmente me miró. No creo que me hubiera visto hasta ese momento. Había sido una mujer, alguna puta reina zombi, algo que soportaba por orden de sus superiores. Había sido una civil con una placa, pero no había sido real para él, no una persona. Ahora me miró, y me vio, y vi la ira irracional desvanecerse.

—Realmente ibas a entrar ahí sola, ¿no?

Suspiré y sacudí la cabeza.

—Soy verdugo de vampiros, sargento, generalmente estoy sola, sólo yo y los chicos malos.

Esbozó una pequeña sonrisa, apenas algo más que un movimiento de su bigote.

—Esta noche no, Marshal, esta noche entras con nosotros.

Le sonreí, era una buena sonrisa, no coqueteando, aunque algunos hombres lo tomarían por ese camino, sólo una buena, abierta, alegre y honesta sonrisa. Me devolvió la sonrisa, parecía no poder evitarlo.

—Bien, muy bien —dije—, pero ¿podemos avanzar un poco? Nos estamos achicharrando a plena luz de la luna.

Me lanzó una mirada como si no estuviera seguro por dónde pillarlo, luego se rió. En el momento en que se echó a reír, todos los demás hombres se relajaron, podía sentirlo, como una especie de suspiro de alivio psíquico.

—Eres una maldita mujer prepotente.

—Sí —dije—, sí, lo soy.

Soltó una carcajada más pequeña.

—Vas a seguir las órdenes una vez que estés dentro, ¿verdad?

Suspiré.

—Lo intentaré.

Negó con la cabeza.

—Si sólo te dijera que sí, sería una mentira, pero voy a hacer todo lo posible para hacer lo que me dicen. Te lo prometo.

—Es lo mejor que voy a conseguir, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Sí, si no quieres que te mienta.

—No, la verdad viniendo de un agente federal es completamente refrescante.

—Bueno, sólo voy a ser un soplo de aire fresco.

Me miró, sacudió la cabeza, y emprendió el regreso hacia la pizarra.

—Ahora lo creo Marshal, ahora lo creo.

Regresaron a su información, y yo volví a contar los minutos y me preguntaba si iba a haber algo vivo en el edificio en el momento en que golpeáramos la puerta.



Tomando mi sugerencia, ubicaron al francotirador donde podría ver las ventanas, no hacia la puerta principal. Primero, no sabíamos cómo eran ellos, así que el francotirador no podía tirar a la gente que salía por la puerta delantera. Quizás podría haber ciudadanos vampiros, que respetan las leyes en el edificio, el francotirador aun así no podía pegarles un tiro a los vampiros. Podía, si estaba seguro de que eran vampiros o eran los que buscábamos.

Incluso yo no quería contestar a la pregunta de si eran o no a quienes buscábamos. Esto significaba, que si te equivocas con el alto contenido de plata, allí no habría ninguna disculpa. Pero quien sea que voló las ventanas de nuestro edificio, si eran tipos malos, el francotirador podría abatirlos con total tranquilidad.

—Ciudad, luz verde.

El resto nos agrupados alrededor de la furgoneta. En las películas la

furgoneta es suave y espaciosa. En la vida real, es estrecha, atestada, y se parece a una mezcla de la furgoneta de un fontanero y el camión de helados, si esto vendiera armas en vez de helados. No habría el espacio para nosotros y las armas. Infierno, tan vacío como estaba, la mayor parte no estábamos preparados. Esto era una furgoneta de equipo, no un vehículo de transporte. Todavía me estaba poniendo el chaleco, aún cuando hubiera advertido que nada a lo que nos íbamos a enfrentar dispararía contra nosotros, y los chalecos eran inútiles para apuñalar o romper. Había entrado corriendo en esto, tanto como militares como policías. No podían meterse en sus cabezas el hecho de que el equipo de protección, era su mejor defensa, no servía contra alguien que podía aplastar el acero. Era como ir en contra de Superman, y el pensamiento Kevlar te mantendría seguro. Finalmente, el Sargento Melbourne dijo lo que pocos especialistas en unidades tácticas alguna vez admitirían en voz alta.

—Usamos balas. Las balas pueden rebotar, y nosotros nos sentiríamos mejor si supiéramos que estás a salvo de fuego amigo.

El micrófono estaba integrado al chaleco y conectado a un pequeño auricular, como los que llevaban los de Servicio secreto. El botón para el micrófono estaba en el centro del chaleco, cerca de tu arma cuando lo sostenías. Se aseguraron de que el micrófono funcionase, alguien me palmeo sobre la parte superior de mi casco, y ya estuve lista para irme. O tan bien como esto iba a ponerse. No entrar habría sido lo mejor, pero los vampiros habían secuestrado una chica alejando aquella opción.

La mujer que habían raptado era Dawn Morgan, veintidós años, y sólo había trabajado en el club aproximadamente tres semanas. Nos habían mostrado una foto de ella que habían sacado de una página Web y todos la habíamos visto ya. Esto era un cartel de una publicidad para una barra de stripper, traté de mirar su cara. El pelo castaño, hasta los hombros, y bastante maquillaje que hacía realmente difícil ver su cara. Era de ojos azules y labios rojos en forma de puchero. No les pregunté a los hombres si les costó mirar su cara más que a mí. Estaba cubierta por sus manos y unos pedazos de tela bien colocados, pero la ilusión era que estaba mostrando más piel de lo que realmente era. Distracción, ese era el fin. Estaba segura de que si a la Sra. Morgan le hubieran dicho que sería secuestrada por vampiros crueles, nos habría dejado una foto más clara de su rostro. Pero uno no planifica esta clase de cosas. Memorizamos la cara del rehén así por casualidad no le pegaríamos un tiro, durante la acción. Sí, eso sería malo.

Creo que si no hubiera llevado mis propios juguetes peligrosos para jugar, me habrían dejado desarmada. La mayor parte del equipo táctico parecía pensar que era una civil y me trataban de esa manera. No eran groseros, simplemente no les gustaba la idea de tener un arma cargada a sus espaldas. Adivino que no podría culparlos. No había tenido su entrenamiento. Nunca me habían visto usar un arma. Nunca me habían visto hacer esta clase de trabajo. Parecían considerarme casi tan peligrosa como los vampiros.

Mi problema más grande con el chaleco era que me hacía imposible llevar la Browning y la Firestar en sus fundas y tener cualquier esperanza de jugar con ellas. El Oficial Derry me había lanzado una pistolera de muslo con correas de velcro.

—Esto sostendrá la Browning y tiene un cargador suplementario. — Derry parecía tan irlandés como su nombre, excepto por el color de su piel.

Tuve que atar el chaleco a la parte superior de la pistolera de muslo a través de mi cinturón, entonces las correas dieron la vuelta a mi pierna. La pistolera de muslo no era mala en realidad, aunque no hubiera querido usarla a no ser que tuviera los pantalones correctos para proteger mis muslos. Mis muslos se rozaban al caminar, muchas gracias. Pero con vaqueros no era tan malo. Era una forma diferente aunque, no era el ángulo correcto, o cuando sacara el arma, pero el movimiento real de la mano era diferente. Ya que no sería tan rápida, porque tendría que pensar antes de hacerlo. Desde luego, para el trabajo de esta noche, las pistolas eran secundarias.

Tenía la nueva Mossberg 590A1 Bantam. Longitud de tiro de trece pulgadas, peso ligero en general. Esto quería decir mayor retroceso, pero, una vez que uno se adaptaba a ello, era la escopeta de mis sueños. Ningún cañón pesado, ahí colgando, mientras tratas de apuntar a alguien, dejándome en la cima del mundo. Tenía una recortada, cuando había comenzado con esta clase de trabajo, una Ithica 37, pero ahora era usada para hacer volar a los vampiros. La Ithica tenía una correa empotrada para eso, de modo que se encajaba a través de mi cuerpo, del tipo de un monedero torpe. Para impedir que se moviera a mi alrededor, hasta que la quisiera para luchas internas, Edward, mi amigo y la única persona que alguna vez había visto usar un lanzallamas, me había ayudado con mi pistolera de velcro, la que se encontraba en mi muslo izquierdo. Aquella pistolera de muslo estaba diseñada para mí, pero era para municiones

suplementarias, no para sostener armas. La correa de velcro cabía sobre el cañón recortado de la Ithica, de modo que se sostenía y se apretaba a mi pierna, pero no en un ángulo donde si algo fuera terriblemente mal me pegara un tiro en la rótula. Con un rápido movimiento de tirar, estaría en mis manos, y eso sería en el momento de estar muy cerca, enfrente de los vampiros. El Mossberg hacía de Urban Ops, suministro estadounidense táctico. Esto había hecho mi cabestrillo preferido para las armas más grandes. Lamentablemente, no podías llevar dos armas sobre dos cabestrillos urbanos diferentes, porque el cabestrillo fue diseñado para cambiar de manos, facilitar tu movimiento. Que quería decir que el arma se movería más alrededor. Edward, que era realmente el asesino de Hudson me había confesado que no era tan aficionado al cabestrillo Urbano como yo, para entonces no trabajaba tanto en la eliminación clandestina de monstruos. La mayor parte de su tiempo pertenecía a un equipo de demolición. El cabestrillo también trabajaba mejor si uno tenía una chaqueta más pesada sobre el cabestrillo para impedir deslizarse del hombro. Si hubiera tenido más amplios los hombros, esto habría quedado mejor, y la mayoría de la gente que probaban estos accesorios eran hombres, así que tenían más amplios los hombros, realmente no podía quejarme mucho. Esto era todavía un pedazo dulce en el equipo.

Tenía una reservada Mag conectada al extremo del Mossberg. Había comenzado a llevar municiones suplementarias en el muslo, pero la Browning estaba sobre aquel muslo. Había descubierto que si llevaba las municiones suplementarias sobre mi muslo izquierdo, era más difícil de conseguir. Esto me costó un segundo, o tres. Si no podía tener mi muslo derecho para eso, entonces la reserva de Mag era lo siguiente mejor. Seguí adelante y puse municiones suplementarias en el muslo izquierdo. Sabes lo que dicen los viejos, prefiero tenerlo y no necesitarlo, que necesitarlo y no tenerlo. Esto se aplicaba a las municiones mejor que cualquier cosa que conociera.

—Esa es casi la misma funda de muslo que le di para su Browning. Si la tenías ya, no tenías que tomar prestada la mía —dijo Derry.

—Tengo dos puestos para municiones de reserva. No tengo uno para pistolas. Sería más cómodo si consiguiera uno.

—Me alegra que la Reserva Móvil pueda ayudarte a probar nuevos juguetes. —Se rió de mí. Reí con él.

—Te da una funda piojosa, y coqueteas con él. Te presto mi segundo

aparejo entero y nada —dijo Killian.

—Eso no es coquetear, Killian. Cuando coquettee, lo sabrás.

—Ooh —dijo Derry. Hudson se acercó en plena marcha.

—¿Vas a continuar distrayendo a mis hombres, Marshal, o estás lista para ejecutar aquella autorización tuya?

—Estoy harta de distracciones, si estás preparado.

—Lo estoy —dijo él.

—Entonces yo también. Vayamos a matar a algunos vampiros.

—¿No a cazar, solo a matar? —preguntó.

—Cazar vampiros no es un deporte de sólo capturar, Sargento. —Se rió, un sonido sorprendido.

—Te haces más graciosa, o es jodidamente tarde.

—Es jodidamente tarde —dije—. Hay docenas de personas que dirían que no soy graciosa en absoluto. —Lo hice reírse otra vez, y cuando alguien está a punto de arriesgar su vida, hay peores modos de comenzar.



Era uno de los edificios del centro que habían sido rehabilitado, por fuera era una maravilla arquitectura que se había salvado de la demolición, pero por dentro era ultramoderno, ultra brillante, con alfombras y salas casi vacías, como si una vez que coincidieron con el trabajo bicolor de pintura, no pudieran ponerse de acuerdo sobre cualquier otra cosa. En el edificio todavía había vacantes, pero sobre todo estaba lleno. Buenas noticias para los inversores, pero una mala noticia para nosotros. Si el edificio hubiera estado en su mayoría vacío las posibilidades de daño colateral hubieran sido menores. *Daño colateral*, no es una bonita frase. Era por eso que habían tenido que evacuar a tanta gente. No había manera de que los vampiros no supieran que pasaba algo.

Estábamos fuera de la propiedad. Todavía pertenecía a Jill Conroy. Se sentía como si nos hubiésemos enterado hace horas, pero en realidad sólo había pasado una hora desde nuestro primer reconocimiento estando aquí

en el pasillo. Habíamos conseguido finalmente un número para uno de sus colegas. Jill se había ausentado de su trabajo durante cinco días. Tres de esos días ella había llamado diciendo que estaba enferma, pero el cuarto día no había contestado al teléfono. Hmm, tres días en casa enferma, entonces no hay respuesta. Estaba apostando a que Jill Conroy se había convertido en no-muerto. Los no-muertos del mal, impíos, no un miembro de la Iglesia de la Vida Eterna, y sabía que tampoco de la gente de Jean-Claude. El hecho de que había un tercer jugador en la ciudad y ninguno de los otros lados lo había descubierto, era malo. Se demostraba que el dueño de estos chicos era muy poderoso, o que se había hecho descuidado.

Me hubiera gustado haber empujado mi poder a través de sus paredes y comprobar cuántos estaban allí. Era capaz de hacer eso ahora, pero si eran tan buenos como me temía, me habrían sentido. Me temía que iba a tratar con más trucos vampíricos si lo conocía, o alguien con mis habilidades, estaba con los policías. Si pensaban que eran sólo policías, podrían depender de la velocidad y fuerza. Si lo hicieran, mi dinero estaba con nosotros. Así que tuve que ir a ciegas, de nuevo, mierda. Había hecho un montón de guaridas de vampiros en mi día, pero nunca con la reserva móvil de la policía o cualquier otra unidad táctica. De alguna manera, era muy diferente, y en cierto modo, era muy igual. Diferencia uno, no estaba en el frente. Hudson era el encargado, una vez que alcanzamos el edificio. Había estado a su cargo antes, por lo que estaba preocupada, pero había tenido que responder a su cadena de mando. Comandante de Incidentes, comandante de negociación, comandante táctico, pero ninguno de ellos iba con nosotros, y se trataba sobre quien estaba dispuesto a coger un arma y poner el hombro junto al tuyo.

Hudson era tercero en el orden de línea, aunque no iba a ser una sola línea verdadera.

—Te moverás cuando me mueva, Blake. Eres mi sombra de mierda hasta que te diga lo contrario. Seguirás mis órdenes directas una vez que estés dentro, o te abofetearé y te dejaré con un guardia. ¿Está claro?

—Cristalino —dije. Creo que le gustaba como persona, pero estábamos a punto de hacer su trabajo. El trabajo no era personal, y profesionalmente, no me conocía en absoluto. Ninguna cantidad de encanto que pudiera compensar. En realidad no confiaba en mí protegiendo su espalda. No había ganado todavía.

Trajeron un escudo de metal enorme con una pequeña ventana en el

mismo, el Oficial Baldwin llevaba el escudo. No era más voluminoso que los hombres, era de Derry, pero Baldwin era alto, y ya que todos iban a estar en cuclillas detrás del escudo, altura contada, al igual que las personas altas tratando de agacharse bajo el paraguas de una persona baja.

Esperaba que utilizasen una de las mazas de metal, pero no lo hicieron. La Sra. Conroy había pagado extra para una puerta de metal sólida con un bloqueo que hacía de seguridad verdadera. Todo en lo que fijarse en las especificidades del edificio y entrevistar a la gente había dado sus frutos. Pusieron una carga explosiva pequeña en la cerradura y reventó.

La detonación brillante de la granada fue primero, después fuimos tras del ruido impresionante y la luz cegadora. Cuando la luz abrasadora se desvaneció, la única luz provenía de las redadas de las linternas de los hombres montadas en sus armas. Luego fue el caos. No el caos de una lucha, porque no había nadie en la primera habitación, sino el caos de intentar arrastrarse detrás del escudo y no tropezar o tropezar con otra persona. Se arrastraban como una unidad, pero fue tan rápido, como correr dentro de un almacén de cuerpos. Mientras que estás haciendo lo que se viene a ser bailar o hacer gimnasia como una unidad, también estás buscando en la oscuridad, no perder de vista la pistola en la mano, y en busca de algo para disparar. Gracias a la información, conocía el diseño de la propiedad casi mejor que mi propia casa. La gran sala de estar vacía, la pequeña cocina cerrada, el pasillo más allá con el baño de invitados a la izquierda y a la derecha la habitación. Era un diseño sencillo, gracias a Dios.

Hudson hablaba por el micrófono en mi oído, un susurro siquiera conmigo de pie justo detrás de él con la mano tocando la espalda.

—Méndez, Derry, cocina. —Se quitó sin decir palabra de la parte de atrás de nuestra línea un poco más ligera. Jung se movió hacia arriba, y sentí su mano en mi espalda. Es bueno saber que no era el único que necesitaba una mano firme.

La radio sonó en mi oído:

—Vic, hembra, no Morgan. —Creo que fue Derry.

—Los vampiros muerden.

—Sí.

—Blake, compruébalo.

Tropecé, hice tropezar a Jung, estábamos como fichas de dominó. Me acordé de mi botón de control.

—¿Qué?

—Comprueba el cuerpo.

Podría haber discutido, pero no había tiempo. Sabía que lo estaba haciendo para deshacerse de mí. Tal vez realmente les había ralentizado, pero estaba definitivamente fuera de mi camino antes de que la principal mierda golpeará el ventilador.

Me lo quité como me habían mostrado y me fui hacia la cocina. Seguí su orden, aunque no estaba de acuerdo. Fui a comprobar el cuerpo, porque el sargento me dijo que lo hiciera. Maldita sea.

Fui a paso ligero hacia la cocina, porque si me apresuraba, todavía podría llegar a juicio en la lucha principal. La luz se mostraba a través de la puerta de la cocina tipo persiana. Sentí el olor de la sangre antes de que tocara la puerta.

La luz se apoderó de mí, entonces se apagó, mientras mis ojos se acostumbraron. Derry se dirigía a la puerta, mientras que yo entraba. La voz de Hudson, sonando forzada, pero clara, golpeó la radio.

—Quédate con Blake hasta que compruebe el cuerpo. —Silencio de radio.

Los hombros de Derry se desplomaron, diciendo que estaba decepcionado, pero no discutió.

Derry enseguida subió conmigo, el rifle todavía listo. Fui con él, aunque apuntaba mi escopeta un poco de lado. La habitación no era tan ancha, y no estaba segura de que había suficiente espacio para todos nosotros apuntando sus armas en él, sin arriesgarse a cruzar el cuerpo de alguien. Uno de mis objetivos esta noche era no hacer eso.

Sabía algo de lo que iba a encontrar, porque me lo olía. No sólo la sangre, la sangre antigua, pero sólida, el olor de fluidos, y un olor rancio de sexo. El sexo masculino. Me ayudé a mí misma a prepararme para lo que estaba a punto de ver.

Ella se quedó despatarrada en la mesita de cuatro plazas. Sus piernas se habían doblado sobre el borde de la mesa, y la ingle se extendía en una línea hacia la puerta, así que el punto de vista fue dolorosamente claro. Había sido violada, y por eso mucho daño, probablemente no sólo con el cuerpo de alguien. O al menos no sólo con un pene. Me alegré cuando pude apartar la vista. Llevaba lo que parecía un bikini de lentejuelas de plata, pero tenía medias en virtud del mismo. Aunque no se hubiera dado cuenta si la ropa que llevaba en la parte inferior del cuerpo no hubiese sido

arrancada. Las medias me dijeron que era una bailarina de striptease de este lado del río. Las leyes en los libros de St. Louis para strippers son impares. El club de Jean-Claude consiguió una cláusula, porque mientras un vampiro estaba aquí ante las leyes que entraban en vigor, pero nadie más tenía que acatar las reglas. Una de las reglas era que las chicas tenían que usar medias, no sólo calcetines, debajo de su conjunto. Las reglas fueron diseñadas por gente que quería asegurarse que St. Louis no podría tener ese tipo de clubes. No hay nadie tan honesto como alguien que vigila la moral de otra persona.

Tenía la cabeza hacia atrás, de modo que sus ojos estaban mirando a la pared del fondo de la pequeña cocina, pero cara al futuro. Tenía el pelo castaño y debía llegar al menos hasta la cintura. Me había convertido bastante buena en juzgar el largo del cabello cuando la gente estaba acostada. El pelo era real, no una peluca, por lo que no era nuestra stripper desaparecida. Esta era otra persona. ¿Cuántas personas habían secuestrado esta noche?

Méndez o Derry estaban utilizando puños flexibles en las muñecas. Era estándar en cuerpos intactos. Los oficiales habían sido asesinados por cuerpos —muertos—. Más vale prevenir que lamentar.

Méndez se puso en cuclillas. Estaba mirando debajo de la mesa.

—¿Qué es eso?

Me puse en cuclillas, porque estaba más cerca del suelo. Derry mantenía un ojo en la sala, una especie de arma lista, pero con cuidado de no apuntar hacia nosotros. Era muy agradable trabajar con profesionales.

Había un objeto largo y cilíndrico debajo de la mesa. Era negro, con sangre seca en él. Estaba tan cubierto de sangre que por un segundo no supe lo que era, entonces era como uno de esos cuadros abstractos que de repente encajan en su lugar, y ya sabes. Tragué saliva, contra la quemadura de la náusea. Tomé una respiración lenta a través de mi nariz y la dejé escapar fácilmente a través de mi boca. Mi voz sonaba extraña incluso para mí, cuando dije:

—La botella, la botella de vino.

Méndez dijo:

—Dios. —Debía haber golpeado su botón por accidente, porque Hudson le oyó.

—¿Qué es, Méndez? —Hudson pidió por los auriculares.

—Lo siento, señor, sólo, Jesús, esto era una mala forma de morir.

—Seguro, Méndez.

—Eso no la mató —dije, y me levanté.

Méndez se movió conmigo. Sus ojos brillaban blancos a través de su máscara y del equipo.

Señalé con una mano el cuello, el pecho, los brazos.

—La desangraron hasta morir.

—¿Antes? —preguntó, una especie de esperanza. Nunca es una buena señal cuando la policía está pidiendo que por favor esto no sea tan horrible como parece.

Negué con la cabeza.

—Pero los mordiscos múltiples quieren decir que está muerta, no puede ser un vampiro. El cuerpo está comprobado, chicos. ¿Puedo participar, o estoy en permanente cuidado con su deber?

Derry se trasladó a la puerta de la cocina. Oh, qué bien, no era la única que quería salir de aquí. Seguí a Derry, y Méndez cerraba la marcha. Me trasladaron a la parte de atrás de la línea, pero no se quejó nadie, así que me quedé donde estaba. El sonido de los disparos y gritos se adelantó. Quería correr, pero Derry pasó al trote. Si su cuerpo se estrechaba con la adrenalina, y su pulso rugía, no lo mostraba. Méndez siguió el ejemplo de Derry, y yo también.

El grito de una mujer vino alto y estridente, desde lo más profundo del apartamento. Sus gritos fueron acompañados por sonidos que eran más animales que humanos. Sonidos gruesos y húmedos, sonidos de succión. Los vampiros se alimentaban, y Dawn Morgan aún estaba viva. Hicimos lo único que pudimos. Nos precipitamos hacia el pasillo. Salimos corriendo para salvarla. Corríamos hacia la trampa, ya que el cebo estaba gritando.



La única luz era la del haz de las linternas barriendo delante y detrás. Porque no quería que la luz arruinara mi visión nocturna, pero realmente no ayudaba. Derry saltó por encima de algo, y miré hacia el suelo para encontrar que había cuerpos en el pasillo. El mirar hacia abajo hizo que tropezara con el tercer cuerpo. Sólo tuve tiempo para registrar que ese era uno de los nuestros, no lo sé. Había demasiada sangre, demasiados daños. No podría decir quién era cada uno. Le habían clavado en la pared con una espada. Parecía una tortuga sin caparazón, toda la armadura cuidadosamente arrancada del cuerpo, mostrando la ruina roja del interior del tronco. El gran escudo de metal estaba aplastado un poco más allá del cuerpo. ¿Era Baldwin eso de ahí atrás? Unas piernas salían de una de las puertas. Derry avanzaba, confiando en que los oficiales por delante de él no hubieran dejado nada vivo o peligroso tras ellos. Era un nivel de confianza con el que tenía problemas, pero seguí adelante. Me quedé con Derry y

Méndez, como me habían dicho.

Había un vampiro, cerca del final del pasillo al que le faltaba casi toda la parte superior de la cabeza. Su boca abierta mostraba los colmillos en el destello de una de las linternas. Derry golpeó la puerta y se pegó a la pared izquierda. Le seguí. Méndez fue a la derecha. Sólo cuando Méndez no me siguió, me di cuenta de que debería haberme pegado a la otra pared con él. Infiernos, había demasiadas reglas. Me quedé con Derry, porque no había tiempo para corregir el error, si es que era un error. Si salíamos vivos, le preguntaría a alguien.

Los objetos sagrados comenzaron a arder, blancos y azulados, tan brillantes como estrellas cautivas arruinando la visión nocturna de todo el mundo. Hacían que fuera difícil disparar. Por esa razón, mi cruz estaba a buen recaudo. Gracias a los delgados haces de las linternas y a la incandescente llamaradas de fuego sagrado vi lo que había que ver. Si hubiera estado allí desde el principio, mi mente habría reaccionado de forma más lenta, con esa sensación artificial de que dispones de más tiempo para hacer las cosas, para tomar decisiones, del que realmente tienes. Pero a veces, cuando te encuentras en medio, las cosas se perciben como en un efecto estroboscópico, una imagen aquí, otra allá, pero nunca la imagen completa, como si verlo todo a la vez resultara abrumador. Hudson, gritando, con el MP5 al hombro. Cuerpos sobre el suelo entre él y la gran cama. Un atisbo de pálida carne desnuda de mujer, en la cama. Otros dos vampiros montados sobre dos de los hombres. Uno sobre el suelo, por lo que Hudson y Killian tuvieron que haberlo perdido de vista. El otro atrapado contra la pared, aun disparando su pistola en el pecho del vampiro mientras el cuerpo se resistía a morir. El vampiro fue empujado con fuerza por la luz blanca de algo que parecía un rosario luminoso.

Méndez, con su rifle, tratando de encontrar un ángulo para disparar en medio del desorden. Avanzando paso a paso, de espaldas a la cama, para poder fijar el cañón del arma contra la parte posterior de la cabeza del vampiro. El vampiro no abandonó en ningún momento el cuello de Jung. El arma de fuego, como todo lo demás, era muy potente, pero no tan fuerte como debería haber sido.

Esto estaba mal, muy mal. Ningún vampiro, excepto el más poderoso, podría hacer frente a los objetos sagrados como lo hacía este. Sólo los aparecidos, novatos sin sentido, seguirían alimentándose mientras presionas una pistola contra su cabeza y les vuelas los sesos. No se puede ser a la vez

antiguo y novato, lo que significaba que nos faltaba alguien, alguien que estaba, maldita sea, justo aquí.

Dejé caer los escudos y miré, no hacia el combate, sino alrededor. O era mejor que yo y era invisible, lo que significaba que se escondía en la habitación, o estaba escondido en algún lugar al que el equipo no había llegado aún, o ambos.

Percibí su energía en el rincón más alejado de la vista. Aun sabiendo que estaba allí, no podía verlo. Lo que significaba o que estaba equivocada, o que era lo bastante poderoso para estar envuelto en sombras y oscuridad y ser invisible. El único vampiro que había conocido así de poderoso, no era humano. Creo que podría haberle obligado a mostrarse con mi nigromancia, o con las marcas de Jean-Claude, pero tenía la Mossberg en mis manos. ¿Por qué recurrir a la magia, cuando se tiene la tecnología?

Apreté la culata contra el hombro, apunté el cañón, y apreté el gatillo. El disparo no lo mató, sino que lo empujó lejos de la pared. De repente todo el mundo podía verlo. Tenía las manos en su estómago, donde le había disparado. Me miró sorprendido. El bastardo era alto, el tiro iba dirigido a su pecho.

Le disparé otra vez, hubo un estampido, dos estampidos. Su cuerpo se estrelló contra la pared. Grité por el micrófono:

—Quiero ver la pared a través de su pecho.

Nadie discutió. Derry se había movido para ayudar a Méndez. Apostaba a que Hudson le había enviado mientras yo estaba concentrada en los vampiros. Hudson, Killian, y yo disparamos al vampiro maestro hasta que se vio una pálida mancha de pared a través de su pecho. Se deslizó por la pared como un muñeco roto, manchando la pintura de sangre oscura. Hudson y Killian dejaron de disparar, pero yo no lo hice. Puse un tiro en la cabeza, y el resto se unieron a mí para un segundo disparo. Con tres de nosotros disparando a la vez la mayor parte de su cabeza no tardó en explotar, como un melón lanzado contra una pared. Cuando la mayor parte de la cabeza había desaparecido de encima de sus hombros, bajé el arma lo suficiente como para mirar alrededor y ver lo que estaban haciendo los demás.

Ahora que el maestro había muerto, los vampiros novatos se arrastraban lejos de los objetos sagrados, como se supone que debía ser. La vampiresa que aún estaba viva se encogió. Apretó el rostro ensangrentado contra la esquina de detrás de la cama, y extendió sus pequeñas manos para intentar

apartar la luz. Al principio parecía que llevara guantes rojos, hasta que las luces se reflejaron en la sangre, y vimos que no eran altos guantes de ópera, sino sangre corriendo hasta los codos. Aún sabiendo eso, aún viendo a Melbourne inmóvil en el suelo delante de ella, Méndez no le disparaba. Jung se apoyaba en la pared, como si temiera caerse si no se concentraba. Tenía el cuello abierto, pero no salía sangre. Le había roto la yugular. Vamos a achacarlo a la inexperiencia.

Le dije:

—Mátala.

La vampira emitía gemidos, como un niño asustado. Su voz sonó alta y lamentable:

—Por favor, por favor, no me hagas daño, no me hagas daño. Él me obligó. Él me obligó.

—Mátala, Méndez —dije en el micrófono.

—Está rogando por su vida —dijo, y su voz no sonaba bien.

—Mierda —dije, y empecé a cruzar la sala. Algo me agarró de los tobillos. Automáticamente apunté mi arma hacia abajo. Uno de los vampiros «muertos» silbó hacia mí, tenía un agujero en la frente, pero aún me cogía el tobillo, y aún iba a mordirme. A menos de dos metros de distancia, la recortada habría sido mejor, pero no había tiempo. Vací mi pistola en su cabeza y espalda, hasta que me soltó y la sangre y otras cosas se filtraron del cuerpo.

—Hudson, muertos significa al menos la mitad de su cerebro derramado, y la luz del día a través de sus pechos.

No discutí, simplemente, se acercó al otro vampiro y disparó. Supongo que hacer visibles a los vampiros invisibles me había hecho ganar algunos puntos con el sargento.

Expulsé los casquillos y cargué el arma mientras caminaba hacia Méndez y la vampira. Ella seguía llorando, todavía rogando.

—Nos obligaron a hacerlo. Nos obligaron a hacerlo.

La mujer en la cama estaba desnuda, y sus ojos habían comenzado a volverse opacos. Mierda. Pero había que asegurar la habitación antes de que pudiéramos ocuparnos de la víctima. En mi línea de trabajo, asegurar significa algo diferente que para la mayoría de los oficiales de la ley. Segura significa que todo lo que hay en la habitación que no esté de mi lado, está muerto.

Killian se movía hacia la cama para comprobar el estado de la víctima.

Tenía la esperanza de que pudiera ayudarla, porque creía que si había algo peor que perder a las personas que estás tratando de salvar, es no intentar salvar a alguien. Jung estaba tratando de presionar la herida del cuello. El cuerpo de Melbourne yacía a su lado, una mano extendida hacia el vampiro. Melbourne no se movía, pero seguía junto al vampiro: no me parecía correcto. Pero no sabía cómo solucionarlo.

Tenía el arma cargada, pero la deje colgar junto a mí apuntando hacia abajo. A esta distancia, la recortada era lo más rápido para no malgastar munición.

Méndez había desviado la mirada de la vampiresa hacia mí y más atrás, a su sargento.

—No puedo matar a alguien que está rogando por su vida.

—Está bien, Méndez, yo lo haré.

—No —dijo, y me miró, sus ojos mostraban demasiado blanco—. No.

—Un paso atrás, Méndez —dijo Hudson.

—Señor.

—Da un paso atrás y deja que la Marshall Blake haga su trabajo.

—Señor... no está bien.

—¿Está usted cuestionando una orden directa, Méndez?

—No, señor, pero...

—Entonces, un paso atrás y deje que la Marshall haga su trabajo.

Méndez dudaba.

—¡Ahora, Méndez!

Se apartó, pero no confiaba en él para tenerlo a mi espalda. No estaba hipnotizado, ella no lo había engañado con los ojos. Era mucho más simple que eso. Los policías están entrenados para salvar vidas, no para quitarlas. Si le hubiera atacado, Méndez habría disparado. Si hubiera atacado a alguien, habría disparado. Si hubiera parecido a un monstruo delirante, habría disparado. Pero ella no parecía un monstruo cuando se encogió en la esquina, con las manos tan pequeñas como las mías tratando de detener lo que se avecinaba. Su cuerpo pegado a la esquina, como si fuera el último refugio de un niño antes de que comenzara la paliza, cuando te quedas sin un lugar al que huir y estás, literalmente, acorralado, no hay nada que puedas hacer. Ninguna palabra, ninguna acción, nada que pueda detenerlo.

—Ve con tu sargento —dije.

Me miró, y su respiración era demasiado rápida.

—Méndez —dijo Hudson—. Te quiero aquí, ahora.

Méndez, obedeció la orden, como había sido entrenado, pero no dejaba de mirar hacia atrás, al vampiro en la esquina.

Ella miró por encima de su brazo, y como no tuviera un elemento sagrado a la vista, fue capaz de mirarme a los ojos. Eran pálidos a la luz incierta, como ella, pálida y asustada.

—Por favor —dijo—, por favor no me hagas daño. Él nos obligó a hacer cosas tan terribles. Yo no quería, pero la sangre, tenía que tenerla. —Levantó su delicado rostro ovalado hacia mí—. Tuve que hacerlo. —La mitad inferior de su rostro era una máscara de color carmesí.

Asentí y coloqué la escopeta en los brazos, apoyada la cadera y el brazo en lugar de mi hombro.

—Lo sé —dije.

—No —dijo, y tendió la mano.

Le dispararé en la cara a menos de dos metros de distancia. Su rostro se desvaneció en un chorro de sangre y cosas más gruesas. Su cuerpo permaneció muy recto hasta que apreté el gatillo y le disparé en el centro del pecho. Era pequeña, no tenía mucha carne, obtuve la luz del día con un solo tiro.

La voz de Méndez sonó por el micrófono.

—Se supone que somos los buenos.

—Cállate, Méndez —dijo Jung con voz ahogada y más ronca de lo que debería haber sido.

Me arrodillé junto a Jung.

—Comprueba a Mel —susurró.

No discutí con él, aunque estaba bastante segura de que era inútil. Busqué el pulso en su cuello y lo encontré desgarrado, la carne sanguinolenta. La alfombra a su alrededor estaba esponjosa por la sangre. Ni siquiera se había alimentado de él. Sólo le había desgarrado el cuello, no para alimentarse, sólo para matar.

—¿Cómo está? —preguntó Jung.

—Hudson —dije.

Hudson estaba allí, me levanté y le permití darle a Jung las malas noticias. No era mi trabajo informar sobre los heridos. No era mi trabajo. Caminé hasta el centro de la habitación. No había movimiento en el pasillo, cuando llegaron, los médicos se habían llevado todo aquello a lo que no había que disparar. Hudson había tenido que pedirlo por los auriculares, pero yo no lo había escuchado. Una noche infernal.

Bajaron a los heridos en sus bolsas y cajas, y seguí caminando por la habitación, porque no había nada que pudiera hacer. No tenía poder sobre la mortalidad humana. Vampiros, algunos cambiaformas, pero no los seres humanos. No sabía cómo salvarlos.

—¿Cómo pudo mirarla a los ojos y hacer eso?

Me volví y encontré a Méndez junto a mí. Se había quitado la máscara y el casco, aunque apostaba a que iba contra las normas mientras no saliera del edificio. Cubrí el micrófono con la mano, porque nadie debía oír hablar sobre la muerte de alguien por accidente.

—Ella le arrancó la garganta a Melbourne.

—Dijo que el otro vampiro la obligó a hacerlo, ¿es cierto?

—Tal vez —dije.

—Entonces, ¿cómo has podido pegarle un tiro?

—Porque ella era culpable.

—Y quien murió y te hizo juez, jurado, y ext... —se detuvo a mitad de la frase.

—Verdugo —terminé por él—. El gobierno federal y el Estado de hecho.

—Pensé que éramos los buenos —dijo, y su voz tenía esa nota infantil de quien por fin se da cuenta de que, a veces, el bien y el mal no son tan distintos, sino dos caras de una misma moneda. Se lanza de una forma, y está bien, de otra manera, y está mal. A veces sólo depende de en qué lado de la pistola te encuentres.

—Lo somos.

Sacudió la cabeza.

—Tú no lo eres.

No tenía ninguna excusa para lo que dije a continuación, solo que hirió mis sentimientos, y dije en voz alta algo que empezaba a preguntarme.

—Si no puedes aguantar el calor, Méndez, sal de la jodida cocina. Consigue un trabajo de escritorio. Pero hagas lo que hagas, ahora mismo, ¡Aléjate de mí!

Me miró.

Hudson dijo:

—Méndez, ve a tomar un poco de aire. Es una orden.

Méndez nos lanzó una mirada y luego se fue hacia la puerta. Hudson le observó marcharse, entonces me miró.

—No quiso decir eso.

—Sí, quiso.

—No entiende lo que haces.

Suspiré.

—Claro.

—En las películas, los vampiros parecen pacíficos. Nada de esto parece pacífico.

—Yo no traigo la paz, sargento, traigo la muerte.

—Salvas más vidas de las que arrebatas.

—Bonito pensamiento —dije.

Me dio una palmada en la espalda, era lo más cerca que iba a estar de recibir un abrazo de uno de ellos, pero lo tomé como el cumplido que era.

—Lo hiciste bien esta noche, Blake, no dejes que nadie te diga lo contrario.

Asentí.

—Gracias.

—No pareces convencida —dijo.

—Vamos a dejarlo en que, después de un tiempo, te cansas de tener que disparar a las personas que están rogando por sus vidas.

—Son vampiros, ya están muertos —dijo.

Sacudí la cabeza y sonreí.

—Ojalá te creyera, sargento Hudson, sin duda desearía creerlo. —Miré cómo empezaban a sacar a los heridos. Sacaron a Melbourne de donde yacía, pero dejaron a la chica de la cama. Iban con cuidado, viendo a quien podían salvar, los muertos no iban a ir a ninguna parte. Bueno, ninguno de los muertos de esta sala.



Estaba teniendo una discusión con el sargento Hudson. Lo hacíamos casi en silencio en la parte trasera de la camioneta de los equipos, para que los medios de comunicación que habían caído sobre nosotros no pudieran sacarnos en cámara, pero seguía siendo una discusión.

—No son ellos, sargento —dije.

—Así que había un vampiro o dos extras aparte de los de las marcas de mordeduras en las primeras víctimas. Hicieron más.

—El vampiro maestro de este grupo era lo suficientemente fuerte como para ocultar su poder tanto de la Iglesia de la Vida Eterna como del Maestro de la ciudad, nada que hayamos matado antes tenía ese tipo de poder.

—Hemos perdido a tres hombres ahí arriba, creo que eso es un motivo lo suficientemente poderoso.

Negué con la cabeza.

—La mayoría de ellos eran bebés, casi nuevos. Lo que vi en la escena del crimen anterior no era un ataque de frenesí, era metódico. Los vampiros de aquel edificio aún eran más como animales que como seres pensantes. Eran demasiado salvajes para organizarse en una cacería.

—No sé de qué estás hablando, una cacería organizada. Lo haces sonar como si matar seres humanos fuera como cazar venados o conejos.

—Para algunos de los vampiros, lo es.

Sacudió la cabeza, con las manos en las caderas, y comenzó a caminar en un círculo estrecho, pero la puerta abierta de la camioneta detuvo su ritmo.

—Es el número correcto de vampiros. Tenían una stripper muerta, y uno que casi mataron. Eso es suficientemente bueno.

—Ellos la sacaron y dejaron a un policía estatal en calidad de testigo, así que lo sabríamos. Querían que viniéramos aquí esta noche. ¿Por qué?

—Nos tendieron una emboscada en el pasillo, Blake. Creo que sería mejor matarlos que lo que han planeado para nosotros.

—Tal vez, pero ¿qué pasa si no era una trampa para matarnos? ¿Y si era una trampa para matar a los vampiros?

—Eso sólo... no tiene sentido.

—Ya estás listo para cerrar el caso. Estás listo para declararlos muertos, derrotados. Matamos a unos pocos vampiros, encontramos unos pocos humanos muertos en el edificio, y ya estás dispuesto a creer que son nuestros asesinos en serie.

—¿Y quién más podría ser? ¿Me estás diciendo que tenemos imitadores?

—No, estoy diciendo que si cerramos este caso, entonces sólo tendrán que cambiar a la siguiente ciudad. Pueden empezar de nuevo.

—¿Estás diciendo que nos dejaron algunos de sus nuevos vampiros para matarlos y pensar que eran ellos? ¿Qué sacrificaron a su propia gente con ese fin?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

—¿Sabes lo que pienso, Blake?

—No, ¿qué?

—Creo que simplemente no puedes dejarlo ir. Creo que quieres que no haya terminado.

Era mi turno para tratar de caminar de lado a lado, pero era más pequeña, y estaba de pie un poco más hacia fuera de las puertas, por lo que

tenía casi un círculo completo para hacerlo. No sirvió de nada.

—Quiero acabar con esto, Hudson, más que tú. Porque si estos vampiros se quedaron ahí, como corderos de sacrificio, entonces me utilizaron para matarlos. Nos utilizaron a todos nosotros como una especie de arma, su arma.

—Vete a casa, Blake, vete a casa de tu marido o novio, o de tu jodido perro, pero vuelve a casa. Tu trabajo está hecho aquí. ¿Lo entiendes?

Le miré y traté de pensar cómo explicarlo. Finalmente intenté hacer algo que no me gustaba confesar a la policía en general.

—Vi el interior de los recuerdos de uno de los vampiros en la iglesia a principios de esta noche. Vi algunas caras. Tengo algunos nombres. Esos rostros no estaban ahí. Esos nombres no van a pertenecer a ninguno de los muertos.

—Este caso está cerrado, Blake, lo que significa que tu orden ha sido cumplida. Has terminado. Vete a tu casa.

—En realidad, sargento, mi criterio es exclusivo sobre si una orden está acabada o no. Hazme caso en esto, si no cazamos a estos chicos en Saint Louis, cambiarán de tienda. Hemos cogido a algunos esta noche, pero no a todos, y seguro como el infierno que no hemos cazado al pez gordo, y si no se mata al maestro principal, sólo se moverá a otro lugar y empezará a hacer nuevos vampiros. Es como la cirugía del cáncer, si no lo quitas todo, entonces se sigue extendiendo.

—Pensé que estabas saliendo con un vampiro —dijo.

—Lo hago —dije.

—Para alguien que está saliendo con un vampiro, tienes una condenada visión oscura de ellos.

—Pregúntame cómo me siento acerca de los seres humanos a veces. He recibido llamadas en demasiados casos de asesinatos en serie, en los que queremos que el autor sea un monstruo, porque no queremos creer que un ser humano le pueda hacer cosas así a otro ser humano.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, cazando vampiros, haciendo el trabajo sucio?

—Seis años, ¿por qué?

—La mayoría de las unidades de delitos violentos cambian a su gente entre dos y cinco años. Tal vez necesitas ver algo un poco menos sangriento durante un tiempo.

No sabía qué decir a eso, así que lo esquivé.

—Allí arriba, el vampiro maestro que estaba escondido en la esquina, ninguno de vosotros podía verlo, ¿verdad?

—Hasta que le disparaste.

—Podía sentirle. Sabía exactamente dónde estaba. Estaba controlando a los demás en el dormitorio. Si no hubiera muerto, entonces los otros habrían seguido atacando, incluso con los objetos santos visibles. Habríamos perdido a más personas.

—Tal vez, pero ¿cuál es tu punto?

—Mis habilidades con los muertos son de origen genético, es como un don psíquico. Ninguna cantidad de entrenamiento o práctica puede enseñar cómo ver lo invisible. Hay menos de veinte personas en todo el país que tienen habilidades y ni siquiera se acercan a las mías.

—Hay un infierno de mucho más de veinte personas en el programa del nuevo Marshal federal —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Sí, y algunos de ellos son buenos. Algunos de ellos habrían sentido su poder, pero no sé si alguno de los demás habría sabido exactamente dónde disparar.

—¿Me estás diciendo que eres la única que puede hacer tu trabajo?

Me encogí de hombros.

—Mira, Blake, sigue algunos consejos de alguien que ha estado haciendo esto durante más tiempo que tú. No eres Dios, no puedes salvar a todo el mundo, y el trabajo policial en esta ciudad ha estado funcionando muy bien sin tus cuidados. No eres el único policía en esta ciudad, y no eres la única que puede hacer este trabajo. Tienes que dejar de lado esa idea, o te volverás loca. Vas a empezar a culparte a ti misma por no estar allí veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Empezarás a pensar, que si tan sólo hubieses estado allí, esta mala cosa, o aquella otra no habrían ocurrido. Eso es mentira. No eres más que una persona, con algunas capacidades buenas, y buen juicio, pero no trates de llevar el peso de la mierda de todo el mundo. Esto te aplastará.

Miré a sus ojos marrones, y había algo en su rostro que me dijo que estaba dando consejos que habían sido duramente ganados. Si hubiera sido una mujer, habría dicho algo así como, eso suena como si estuvieras hablando desde la experiencia, pero me juntaba con los chicos del club demasiado tiempo como para conocer mis modales. Hudson se estaba abriendo, y no tenía que hacerlo, estaba tratando de ayudarme, y

preguntándole mierdas personales me habría comportado como una ingrata.

—He sido la única durante mucho tiempo.

—¿Fuiste al edificio por ti misma? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Entonces, deja de actuar como si lo hicieras. ¿Tienes a alguien esperándote en casa? —Su voz era más suave de lo que había sido cuando antes me había dicho que me fuera a casa con mi esposo o novio.

—Sí, tengo a alguien esperando.

—Entonces vete a casa. Llámalo desde el coche, hazle saber que el agente caído no eres tú.

Nunca se publicaban los nombres de los oficiales caídos a los medios de comunicación hasta que todas las familias habían sido contactadas, mejor para el duelo, pero era un infierno para todas las demás las familias con agentes de policía de servicio esta noche. Todos estaban esperando a que sonase el teléfono, o peor, el timbre de la puerta. Nadie con un oficial de policía en la familia quería ver a otro policía en su puerta esta noche.

Pensé en cómo había dejado a Micah y a Nathaniel de pie en el aparcamiento. Cómo les había dicho que llevaran a Ronnie a casa. Cómo no había besado a ninguno de los dos para despedirme. Mis ojos estaban calientes, y me dolía la garganta.

Asentí con la cabeza, tal vez un poco demasiado rápido. Mi voz era un poco inestable.

—Me voy a casa. Voy a llamar a casa.

—Duerme un poco si puedes, te sentirás mejor mañana.

Asentí con la cabeza, pero no lo miré. Había dado un par de pasos cuando me di la vuelta y dije:

—Te apuesto cualquier cosa, Hudson, que el laboratorio de criminalística va a estar de acuerdo conmigo. El ADN de las mordeduras de las primeras víctimas no va a coincidir con la mayoría de los vampiros de arriba.

—Simplemente no puedes dejarlo, ¿no?

Me encogí de hombros.

—No sé cómo hacerlo, sargento.

—Toma este consejo de alguien que sabe, Blake. Será mejor que empieces a aprender, o te vas a quemar.

Lo miré, y me devolvió la mirada, y me pregunté lo que había visto en mí esta noche para sentir que necesitaba la charla sobre *te vas a quemar*.

¿Estaba en lo cierto? ¿O simplemente estábamos todos cansados? Él, yo, todos nosotros.



Conduje hacia mi casa pensando en los vampiros. No, los de diversión. En los que acabábamos de matar. Eran casi las tres de la mañana, mi coche era el único coche que quedaba cuando lo saqué hacia la carretera. Ocho vampiros muertos, más un consorte humano. Mi apuesta fue que era un sirviente humano, porque fue el que había matado al Oficial Baldwin con una espada. Esto habla de tener mucha habilidad con la espada. No muchos seres humanos modernos eran lo suficientemente buenos con una espada, para sacar a un oficial táctico armado con un MP5. Ocho fue suficiente para explicárselo a todos, pero sabía que habíamos perdido a Vittorio. Él solamente no había estado allí.

La noche era clara, brillante, y cuando abandoné la ciudad propiamente dicha atrás, las estrellas se estamparon en el cielo como si alguien hubiera derramado una bolsa de diamantes a través del terciopelo azul. Me sentía sorprendentemente bien. No estaba segura de por qué y no lo miré

demasiado estrechamente, por si acaso fuera frágil todavía, y demasiada intervención habría roto mi humor. Me sentía bien, y me iba a casa, había salvado a cada uno que podía, y maté a cada uno que podía. Ya estaba fuera de eso para la noche.

Habían muerto suficientes hembras para justificar la muerte de Nadine y Nellie, el par que había seducido a Avery Seabrook. Había sido incluso un extra, podría haber sido Gwenyth, el amor de Vittorio, pero lo pensé, teníamos pocas posibilidades que los tres se dejaran matar sin pelear o mostrar resistencia. Según las normas estaba acostumbrada a eso, pero no había sido una gran lucha. No para lo que este grupo había sido capaz de hacer. Al menos uno de ellos, o más, debería haber tratado de volar por la ventana, o tratar de escaparse. El francotirador no había tenido nada para hacer esta noche.

No fue hasta que pase la 55 Sur que comprendí que el Circo de los Malditos se encontraba más cerca, y hubiese estado en la cama antes. Ahora era demasiado tarde, tomaba mucho tiempo o más largo retroceder que seguir adelante. Pero quería estar en mi propia cama esta noche. Quería mis pingüinos de peluche. Quería a Micah y a Nathaniel, y en aquel momento realmente no quería ver a otro vampiro. No eran las víctimas del vampiro lo que me hizo no querer afrontar a otro vampiro esta noche, era mis víctimas. Esto fueron los recuerdos destellando en mi mente, la muchacha que había pedido por su vida, y Jonah Cooper, y la muchedumbre silenciosa mirándome en la iglesia. Traté de ocultarme detrás del escudo de las cosas horribles que habían hecho a la mujer en la cocina. Había sido horrible. Una vez que lo había justificado para mí, que era de los buenos, que había cosas que no haría, líneas que no cruzaría. Últimamente, las líneas parecían borrosas, o se habían ido. Estuve de acuerdo con Mendez. Uno no le pega un tiro a alguien que pide por su vida, no si fueras alguien bueno. Pero muchos de ellos lo pedían. Muchos se arrepentían, una vez que miraban abajo el final incorrecto de un arma. Pero no estaban arrepentidos mientras mataban a la gente, torturaban a la gente, no, ellos se divertían, hasta que eran agarrados.

Lo que recordaba esta noche, fue su refrán.

—Él nos mandó a hacerlo. —¿Lo hizo? ¿Los había controlado Vittorio y no podían desobedecerlo? Conocía ese tema por las consecuencias con los vampiros de Londres que habíamos adoptado, estos fueron legalmente atados a seguir a su maestro, casi moralmente atados, porque se parecía a

su señor. ¿O era más que eso? ¿Podrían los vampiros controlar a otros vampiros y mandarles a hacer cosas que no querían hacer? Le preguntaría a Jean-Claude, pero esta noche no. Esta noche estaba cansada.

La carretera se estiró negra y vacía. Mi única compañía era un semi camión que traía alguna carga, la cual llevaría a través de la noche, el país y la distancia. El camión y yo teníamos el camino para nosotros.

Apostaba que en cualquier parte donde estuviera Vittorio, sería donde encontraríamos a más mujeres. El laboratorio de criminalística comprobaría el ADN de los vampiros muertos contra las marcas de mordiscos en las primeras víctimas, y conoceríamos cuántos habíamos omitido. Por lo que respecta a la policía de St. Louis todo había terminado. Habíamos ejecutado a la mayor parte de ellos y habíamos expulsado a los sobrevivientes fuera de la ciudad. El problema era que los asesinos en serie no dejaban de matar, solamente siguen adelante y empiezan otra vez en otra parte. El sargento Hudson y sus hombres, habían pagado un alto precio por hacer el trabajo. Pero mi credencial decía federal, lo que quería decir que no podía haberlo hecho sola, con Vittorio y su gente. Aparté el pensamiento. Por ahora habíamos llegado a él y a sus miembros que sobrevivieron fuera de la ciudad. Tenía que ser bastante, al menos para esta noche.

Dejé la carretera ahora, sobre el camino liso, más estrecho que conducía, más lejos del Condado Jefferson y a mi casa. Los árboles bloquearon la vista, entonces las estrellas parecieron más lejanas. Aparqué en el camino de entrada y vi el brillo débil de luces en la sala de estar. Micah o Nathaniel se habían quedado a esperarme. Era las tres de la mañana pasadas, y alguien se había quedado a esperarme. Me sentí culpable, feliz, y aprensiva. Nada bueno había salido de mi padre y Judith cuando se quedaban a esperarme. Todavía no estaba del todo acostumbrada a convivir con alguien, entonces a veces las viejas reacciones se acercaban a cuando tenía diecisiete años otra vez, y había una luz encendida. Me dije a mí misma que era una tonta, pero esto sería la primera llamada desde que Nathaniel tenía derecho a demandar más de mí. Aún no estaba segura, de cuáles serían sus demandas. Así que estaba nerviosa cuando puse mi llave en la puerta. ¿Era una tonta? Sólo había un modo de averiguarlo.

Ellos estaban sentados en el sofá. Pensé que Nathaniel estaba dormido con su cabeza en el regazo de Micah, pero se dio la vuelta cuando atravesé la puerta, y cogí la mirada de sus ojos con la luz de la televisión. Una mirada de tal alivio desnudo cruzó la cara de Micah antes de que lograra

ocultarla detrás de una sonrisa. Se puso en su postura habitual de neutralidad sonriente, como en el pasado, hacer tan pocas demandas de mí como fuera posible, pero había visto aquella primera mirada. Aquella mirada que decía más que mil palabras, que se había preguntado si alguna vez me volvería ver. No le había besado ¡Dios! Había olvidado llamarles desde el coche. Decirles que el oficial caído, no era yo. El pensamiento me cortó profundamente con un cuchillo de culpabilidad.

Nathaniel hizo su camino a mí primero, luego redujo la marcha, antes de que en realidad me tocara. La mirada sobre mi cara, tal vez, o el hecho de que estaba de pie allí a medio camino entre el sofá y la puerta. La mirada sobre su cara fue de decepción. Conseguí un destello de emoción en él. Tan triste. Pensó que retrocedía, lejos, demasiado asustada para realmente estar con él, con ellos. No eran ellos lo que me asustaron.

No puedes pegar un tiro a alguien a menos de tres pies de distancia con una escopeta y no conseguir que te salpique. Tenía sangre en mi pelo, sobre mis brazos. Me limpié un poco con las toallitas que guardaba en el coche, pero no todo. No estaba limpia. Si hubiera sido solamente un policía, y la muerta una humana, entonces me habría preocupado de las enfermedades contagiosas por sangre. Ella podría tener SIDA, o hepatitis, pero era un vampiro, entonces no podía llevar nada, a no ser que contaras con el vampirismo. Sí, adivino que eso contaba, pero Nathaniel y Micah no podían contagiarse de eso tampoco. Pero tal vez yo podría. Si mataba gente, entonces estaba en más peligro de contagiarme de las enfermedades, pero los vampiros estaban limpios. Todo era demasiado extraño para mí esta noche, demasiados pensamientos.

—¿Anita estas bien? —preguntó Micah, y salió del sofá, hasta ponerse al lado de Nathaniel. Me retiré de su alcance.

—Tengo sangre por todas partes, sangre de otra gente. —Sacudía mi cabeza una y otra vez—. Dios sabe lo que traje a casa conmigo.

—No podemos coger nada —dijo Nathaniel—, no aunque este seca. —No pareció perdido más, me miró preocupado.

—La sangre no puede hacernos daño —dijo Micah. Tenían razón. Fui una tonta sobre el contagio, pero...

—¿Realmente quieres tocarme mientras todavía tengo la sangre de mis víctimas sobre mí?

—Sí —dijo Nathaniel, y caminó para abrazarme. Me moví hacia atrás lo bastante para que se detuviera. Tenía miedo de dejarles tocarme por si

me perdía. Solamente me hundiría en sus brazos y lloraría.

—¿Víctimas? —dijo Micah—. Anita, esto no suena a ti. —Pero vino con Nathaniel tratando de abrazarme. Me moví hacia atrás de nuevo hasta que me golpeé con la puerta y sacudía mi cabeza.

—Si permito que me sujetéis, voy a llorar. Mierda, odio llorar. —Micah me miró.

—Esto no se trata de nosotros. —Cerré mis ojos y dejé caer la bolsa del equipo. Tenía razón, no era por ellos, no completamente. Traté de ser honesta. Traté de decir lo que sentía.

—Si consigo cualquier clase de compasión, voy a deshacerme.

—Tal vez eso es lo que tienes que hacer —dijo Micah, y se movió un poco más cerca—, tal vez un ratito, déjanos cuidarte. —Seguí sacudiendo mi cabeza.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —preguntó, la voz suave.

—De dejarme llevar.

Micah tocó mi hombro, con cuidado. No me moví. Se movió despacio, con cuidado, alejándose de la puerta, hacia sus brazos. Me quedé tensa e inflexible durante un momento, entonces mi aliento salió en una línea larga de duda, y me agarré de los pliegue a su alrededor. Mis manos agarradas en su camisa, puñados de tela, como si no pudiera estar lo bastante cerca de él, o agarrarme. Lo quería desnudo, no por el sexo, aunque eso probablemente viniera después, sino porque quería todo su cuerpo cubriendo el mío como fuera posible.

—Iré a preparar el baño —dijo Nathaniel. Extendí la mano hacia él, agarré su camisa, e hice que entrara en el abrazo con nosotros.

—Lo siento —dije.

—¿Qué sucede? —preguntó, él y Micah intercambiaron una mirada. La primera lágrima salió con dificultad, la muy bastarda traidora. Mi voz fue casi estable cuando dije.

—No os besé, al despedirme, a ninguno. Solamente me fui. Lo siento. —Ambos me besaron, suave, casto, un mero toque de labios. Micah acarició la lágrima de mi mejilla.

—Lo entendemos. —Miró a Nathaniel.

—Ve a preparar el baño.

—Preferiría ducharme e irme a la cama. —Intercambiaron otra mirada, pero con un asentimiento de Micah, Nathaniel fue para el cuarto de baño.

Miré la cara de Micah. La única persona en mi vida que no tenía que respetar para encontrar sus ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido?

Se rió, pero esta no era una risa feliz. Esta era la risa que conocí cuando me encontré por primera vez con él. Una risa de tristeza, de auto desaprobación, de burla, y algo más, algo que la tristeza era una palabra demasiado ligera. Casi le había quitado esa risa. Agarré sus brazos, casi lo sacudí.

—¿Qué pasa?

—Nada, lo juro, pero Jean-Claude nos advirtió de no dejarte entrar en la ducha. Dijo, y cito, «no entre paredes de cristal». —Le miré con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué debería importarle a Jean-Claude cómo me limpio? —El teléfono sonó. Salté como si hubiera sido apuñalada. Dije lo que pensaba.

—Si esto es otra escena de asesinato, esta noche no puedo hacerlo.

Incluso con refrán sobre eso, sabía que lo haría. Si me necesitaban allí estaría. Pero lo que había dicho era cierto, iría, pero no estaba segura de que pudiera manejarlo esta noche. La admisión me asustó. Era mi trabajo. Tenía que ser capaz de hacerlo. Micah fue a contestar el teléfono, mientras estaba de pie en la sala de estar oscurecida y recé para que no fuera la policía. Me llamó.

—Es Jean-Claude.

—¿Por qué usa el teléfono?

—Ven y averígualo —dijo Micah.

Anduve hasta las luces de la cocina. Estas eran sólo las luces del fregadero, no era mucha luz, pero parpadeé como un ciervo cuando ve los faros de un coche. Tomé el receptor de Micah, mientras trataba de que no viera sus ojos preocupados.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿*Ma petite*, cómo te sientes? —Su voz siempre provocaba en mí alegría generalmente, pero esta noche su voz me provocó la sensación de abandono y vacío.

—Como mierda, ¿por qué?

—¿Cuánto hace que te alimentaste por última vez? —Apoyé mi frente contra la pared y cerré mis ojos.

—¿Comí algunos cacahuetes y patatas el día anterior, por qué? —

Nathaniel había puesto alguna chuchería en mi guantera.

—No me refiero al alimento común, *ma petite*. —De repente el vacío se fue, substituido por pánico.

—Dios, Damian.

—Está bien. Le he vigilado.

—Como puede estar bien, comenzaría a morir si me pasaba más de seis horas. Me he pasado casi veinticuatro horas. Dios, no puedo creer esto, que estúpida.

—¿Y cuándo en las últimas veinticuatro horas podrías haber alimentado el *ardeur*, y con quién?

La pregunta paró mis autos recriminaciones y me ayudó a pensar. Adivino que había peores cosas que olvidarme del *ardeur* durante una investigación de policía. Como tal vez, no olvidar el *ardeur* durante una investigación de policía. Varios argumentos horribles pasaron por mi cabeza, como si el *ardeur* se hubiera levantado en la furgoneta con la Reserva Móvil, o con Zerbrowski en su coche. De repente tenía frío, y esto no tenía nada que ver con mis tormentos anteriores de conciencia.

—*Ma petite*, puedo oír tu dulce aliento, pero tengo que oír tu dulce voz.

—Jesús, María, y José, ¿cómo impediste que me tuviera?

—Protegiéndote en todos los aspectos entre nosotros, y Richard, y ayudando a los demás a que lo hicieran también.

—Es por eso que me llamas por teléfono y no mente a mente.

—*Oui*.

—¿Cómo me impediste drenar a Damian y Nathaniel?

—Alimenté el *ardeur* en el club, como hablamos, y compartí con Damian. Sólo cuando se agotara tu triunvirato comenzaría a tirar de nuestro fondo común.

—¿Una alimentación y te encargaste de todo este tiempo? —Suspiró, y parecía cansado, porque todavía me protegía demasiado fuerte para no sentirlo.

—*No, no, ma petite*. Hemos hecho que tus alimentaciones sean cada seis horas.

—¿Quién es nosotros?

—Richard, Damian, y yo mismo. Nathaniel te alimentó la última vez, y yo no me encontraba al cien por cien seguro de que pudiera controlar la alimentación, entonces no lo hice.

—¿Richard consiguió un gusto del *ardeur* desde el otro lado?

—Lo hizo.

—¿Qué piensa de ello?

—Tiene un nuevo respeto por nuestra capacidad de no volvernos locos.

Quise preguntar a quién había dado de comer Richard, pero no era asunto mío. No era monógama, y tampoco lo era él. Todavía me apoyaba contra la pared, pero mis ojos estaban abiertos.

—¿Damian alimentó el *ardeur* no como el alimento, sino como el comedor?

—No fue difícil de levantarlo en él.

—¿Es permanente? Me refiero a si Richard y Damian tienen la necesidad de alimentarse ahora, ¿también?

—No, *ma petite*. Medidas desesperadas, pero no permanentes.

—¿Cómo puedes estar seguro? —pregunté.

—Porque puedo sentirlo creciendo en mí otra vez, no solamente mi necesidad, sino la tuya también. La separé y las compartí entre aquellos que podía, pero está regresando otra vez, *ma petite*. —Giré y miré fijamente a ciegas hacia fuera de la cocina.

—¿Dices que tomaste prestado mi *ardeur* durante las últimas horas? —Pareció pensarlo.

—Esto podría ser una explicación. *Oui*.

—Entonces podría cazar a tipos malos y no perder el control en medio de todo eso.

—Sí. —No sabía que decir, entonces respondí lo que pude.

—Gracias.

—En su mayor parte es bienvenido, *ma petite*, pero el alba está cerca, y cuando duermo, el *ardeur* volverá a donde corresponde. Preferiría devolvértelo antes de que eso ocurra, entonces podría sentirse tempestuoso.

—Estás preocupado.

—*Oui*.

—¿Me preguntaste cómo me sentía, por qué?

—El *ardeur* viene con un precio, como todas las hambres lo hacen, pero estas tienen sus recompensas, también. No hablo del placer, sino de las fuerzas que nos dan. En efecto, por tomar tu *ardeur*, te debilitéé esta noche. Si no hubiera tenido miedo en ponerme en contacto contigo de mente-a-mente, podría haberte pedido permiso primero, o advertirte.

—No me sentí débil. —Entonces pensé en ello—. Estoy realmente fastidiada por los vampiros que maté esta noche. Pienso más de lo normal.

Estaba un poco inestable, y preguntándome si era de los buenos después de todo.

—Tal duda de ti misma no se parece a ti.

—Realmente tengo alguna duda de mí misma —dije.

—Pero no demasiado, no podías ser quién eres si dudarás demasiado.

—¿Estás diciendo que saco un poco de mi valor, o mi frialdad, del *ardeur*?

—Digo que el *ardeur* puede alimentar aquella parte de ti que te mantiene segura en tu propia mente, tu propio corazón. —Sacudí mi cabeza.

—Esto es demasiado complicado para mí, Jean-Claude. Solamente devuélvelo y veremos si siento alguna mejoría.

—Preferiría que estés sola antes de estar con Micah cuando esto pase. Tuvimos mucho cuidado, lo hemos dejado intacto mientras procurábamos alimentarlo, de modo que pudieras darle de comer tú misma. —No sentí el menor atractivo de darle de comer. Solamente quería una ducha rápida y dormir.

—Estoy demasiado cansada para el sexo, Jean-Claude. Cansada para la mayor parte de algo.

—Como temía, tomé demasiado, el *ardeur* se ha acoplado a tu propia naturaleza.

—¿De qué estás hablando?

—Mucho antes de que el *ardeur* te encontrara, *ma petite*, encontré que raras veces estabas demasiado cansada para el sexo. —Pensé en ruborizarme, pero encontré que aún me parecía demasiado esfuerzo.

—¿Qué quieres que haga? —El poco entusiasmo se había retirado en mi voz, había desaparecido. Nada parecía bastante cierto, como si estuviera dormida. Dormida, parada.

—Si tienes la intención de bañarte...

—Tengo sangre de gente en mi pelo, así que supongo que sí.

—Muy bien, ve al cuarto de baño pero no sola sino con Micah. Cuelga el teléfono, ve, que Micah entre contigo, y antes de que hayas llenado la bañera de agua, te devolveré lo que es tuyo.

—Nathaniel está llenando la bañera ahora. Micah dijo que nos advertiste de no usar la ducha. Algo sobre cristal.

—La vuelta puede ser más violenta de lo que me gustaría, *ma petite*. Me sentiría mejor si tú y Micah no estuvierais rodeados por paredes de

cristal.

—¿Sabes que esto va a ser malo, o solamente estás preocupado?

—Déjeme decirte, que no he vivido mucho tiempo, o no he logrado hacerte la corte con éxito, sin pensar en las peores consecuencias y escenarios posibles.

—¿El hacer la corte, es así como lo sigues llamando hoy en día?

—Cuelgo ahora, *ma petite*. Sugiero que hagas lo que he mandado. — Colgó.

Situé el receptor en su horquilla y comencé a salir de la cocina. Micah se apoyaba en la mesa, mirando con sus ojos de gato, su mirada controlada. Entendí ahora cuánto se contuvo detrás de aquella cuidadosa mirada. Pero esta noche no quería pensar. Ya tenía bastantes horrores por mi propia cuenta sin endeudamiento.

—¿Sabías qué Jean-Claude había tomado el *ardeur*? —pregunté.

—Sí, Jean-Claude me hizo vigilar a Nathaniel, de modo que si comenzaba a estar débil, podía pedir ayuda. —Sacudí mi cabeza.

—Lo puse en peligro a él y a todos vosotros. —Me sentía entumecida otra vez, aun que los autos recriminaciones parecían solamente palabras. Más tarde, cuando volviera en mí, me sentiría mal, pero ahora mismo, me había sentido tan mal como era capaz. No era suficiente para preocuparme por eso ahora.

—Anita. —Micah estaba delante de mí y no lo había visto moverse—. ¿Anita estás bien? —Sacudí mi cabeza. La respuesta no era la correcta, pero en voz alta dije.

—Quiero bañarme antes de que el *ardeur* vuelva. Quiero quitarme esta mierda. —Comencé a ir al cuarto de baño. Micah caminó detrás de mí.

Nathaniel se inclinaba en la bañera, su cola de pony se arrastraba alrededor de su espalda desnuda. Se había desnudado, quitándose su bóxer de seda.

Su vista así debería haberme calentado, pero no lo hizo. Frío, sentía demasiado frío por dentro. Me miró con sus ojos preocupados cuando se movió hacia mí.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Me arrojé sobre él bastante fuerte, se tambaleó. Me sostuvo contra el calor de su cuerpo. Me sostuvo apretándome fuertemente, respondiendo a mi desesperación. Quería enterrarme en su carne, envolverlo a mí alrededor, pero no podía. Le había puesto en peligro, habían arriesgado su

vida, por simplemente no haber prestado atención al *ardeur*. Si Jean-Claude no hubiera echado una mano...

Traté de apartar el pensamiento, pero el cuerpo de Jonah Cooper se metió en mi cabeza. Su cuerpo sobre la tierra, mi pie sobre su hombro y la exposición de hierba en su pecho.

—Sientes su atracción, sé que lo haces —había dicho él. Estaba sobre mis rodillas y sólo las manos de Nathaniel me habían impedido hacerme daño sobre el borde de la bañera.

—Anita... —Me alejé de Nathaniel y alcancé a Micah. Él tomó mi mano y dijo.

—Ve, Nathaniel, ve, antes de que el *ardeur* venga.

—No pienso... —comenzó a decir. Grité.

—¡Ve, por favor ve! ¡Dios, vete!

No vi a Nathaniel irse, o su permanencia, porque Jean-Claude dejó caer su protección. No sé qué había esperado. Lo había hecho sonar como si tomara prestado mi abrigo favorito, o el libro, y ahora lo devolviera, pero a un abrigo no le importa quién lo use, un libro no se preocupa por quien lo lee. No me lo devolvió, sus escudos cayeron, y esto rugió en casa como un tren con el que había luchado por contenerlo, guardándolo, pero eso había luchado contra su carcelero. Esto había tenido hambre de venir a casa. Era como estar atrapado entre las vías en la noche, y el primer indicio de ese desastre estaba aquí, era una luz brillante, y las pistas vibraban bajo sus pies, entonces el mundo se convirtió en ruido. La luz, era como si los truenos y el relámpago pudieran ser forjados en el metal, y viniera todo directamente a ti, y no puedes bajarte de las pistas. No puedes correr. No puedes ocultarte, porque tu cuerpo son las pistas, y el tren es un pedazo de ti que quiere venir a casa.



El *ardeur* nos abordó, caímos al agua. Me llevó casi un minuto recordar que no podía respirar bajo el agua. Salí jadeando, riéndome, tan pronto como pude respirar lo suficiente para eso. La ropa había desaparecido en la primera embestida. Estábamos desnudos en el agua. ¿Cómo había logrado quitarme los vaqueros tan rápido? Estaban flotando cerca de mí.

—No podemos hacer la postura del misionero, si no me voy a ahogar —dije.

Sus rizos estaban pegados a la cabeza, su cabello parecía negro a la luz de las velas. Dejo de reírse, en sus ojos había algo turbio. Una mirada que me hizo temblar.

—Está bien. —Fue lo único que dijo.

Me puso de espaldas en el borde de la bañera, contra el lado liso de la misma. Me encontraba entre la pared de la bañera y su cuerpo. La sensación de su firme y duro cuerpo desnudo contra el mío hizo que cerrara

los ojos durante un momento. Pensé por un momento en la ropa que me había arrancado, pero no estaba segura de cuándo, o incluso cuál de nosotros lo había hecho. Estaba mejor pensando en la lujuria que iba en aumento, hubo momentos en que no pensé.

Acaricié mi cuerpo. Sólo con ver sus manos recorriendo mi piel, me estremecí. Bajó sus manos hacia mis muslos. Era increíble sentirlo entre mis piernas. No trató de entrar en mí. Simplemente rozó entre mis muslos, de manera que su espesor lo recorrió todo de mí. Se frotó de un lado a otro, usando su cuerpo como otra mano más, acariciándome y jugando entre las piernas. Me tocó fuerte, sin ninguna delicadeza, con los dedos. Uno pensaría que el agua ayudaría a estar resbaladizo, pero el agua hace que algunas zonas menos húmedas, sean menos resbaladizas, así que aunque me sentía bien, también era más áspero de lo que hubiera sido si hubiera estado mojada con algo más que con agua.

—No estás lo suficientemente húmeda —dijo, con una voz extrañamente ronca, llena de deseo.

Me hubiera gustado discutir, pero en medio del *ardeur* solo quería dejarme llevar. Si hubiera estado con cualquier otro hombre, podríamos haberlo hecho sin hacerme daño... Micah era la excepción a un montón de reglas en mi vida. No era la longitud el problema, era la anchura. Habíamos comenzado esto de la manera difícil.

Me las arreglé para decir:

—No, estoy lo suficientemente mojada.

—¡Mierda! —dijo apoyando su frente en la mía.

Asentí con la cabeza contra la suya, afirmando sin palabras, porque no me fiaba de mi voz. Micah no era el único en tener necesidad. Movié su miembro entre mis piernas, jadeé. Me cogió de la cintura y me levantó, me sentó en el borde de la bañera. Si su mano no hubiera estado en mi pierna habría perdido el equilibrio cayendo de nuevo al agua, me tranquilizó. Una mano sujetó mi pierna, a la altura del muslo. Pensé que iba a hacer con la mano, deslizó un dedo dentro de mí. Fue inesperado, me sentí muy bien. Me levantó para tumbarme en el suelo. Sentí el calor de las velas, sentía el calor contra mi piel. Me incorporé tan abruptamente que derrame agua.

—¿Te quemaste? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. Pensé que me había quemado el pelo —dije con voz temblorosa, riéndome estúpidamente.

Micah me miró, había algo en su mirada.

—¿Qué? —pregunté.

—Ha sido el *ardeur*.

Pensé en ello, no, no había sido, pero retrocedí. No se desvaneció como cuando lo combatí, sino más bien sentí que me quemaba, me había ayudado a pensar. O tal vez incluso quería anteponer la lujuria a la supervivencia física. Lo sentía como una tormenta que se había trasladado mar adentro, pero que se acercaba otra vez.

—Pensé que me estaba quemando.

—Una vez más —dijo.

Fruñí el ceño.

—Sí, otra vez. ¿Es tan increíble que creas que me haces olvidar todo, la seguridad, incluso la física?

Negó con la cabeza.

—Yo no, el *ardeur*. Hace que todo sea mejor, Anita.

Había algo en la forma en que lo dijo, algo serio, un poco triste.

—¿Qué tiene de malo?

Él me dio un beso en la punta de la nariz.

—Más tarde.

Podría haber discutido con él, pero no era el momento. El deseo me golpeó como un tren y me tiró en sus brazos, hizo que mis manos se movieran sobre su cuerpo como si tuviera hambre de tocarlo, como si no tocarle o acariciarle fuera suficiente. Nos dimos un beso de la misma manera que si tuviéramos hambre uno del otro. Era como si quisiéramos meternos uno en la piel del otro, envolviéndonos mutuamente, lo más cerca que se pudiera.

Después de un minuto con mi boca estaba tratando de alcanzar el interior de Micah, un escalofrío bestial subió por mi cuerpo.

—Anita... —dijo Micah apartándose de mi boca.

Sus manos recorrieron mi cuerpo mientras me besaba. Como un animal derramó su deseo a través de mi cuerpo. Sentí mucho calor. Empecé a recorrerle el cuerpo rápidamente como si hubiera tenido que ponerme al día. La lujuria recorrió nuestros cuerpos, como agua oscura, corrió y corrió, cada vez más rápido hasta que llegó a la superficie. No se trataba de cambiar de forma, se trata de cambiar los cuerpos. Necesitaba que cada centímetro de su cuerpo rodeara el mío, sentirlo lo más cerca posible. Era como si la misma esencia de nuestros cuerpos respondieran a ese deseo.

Aullábamos de placer al contacto de los dos cuerpos hambrientos por el placer, estaba en nuestros cuerpos. Estaba más cerca que el sexo. Más cerca que cualquier cosa que hubiera sentido nunca. Era como si una cegadora sensación hiciera que estuviéramos uno en el cuerpo del otro. No en nuestras mentes, no en nuestros pensamientos, ni sentimientos, ni siquiera en los recuerdos, pero en un aliento o dos, una parte de mí se deslizó en su interior, y una parte de él se deslizó dentro de mí. No podía pensar ni sentir como un ser humano. No había nada de eso, así es como me sentía al estar con Micah. Sólo tenía sentido si estaba dentro de él, encontrar ese escondite metafísico donde se escondía la bestia.

En ese momento, la lujuria nos abordó. De manera caliente, viva, con la sensación de que era más profunda con el cuerpo de Micah, que con cualquier otro hombre que hubiera estado.

La lujuria nos dejó relajados, felices.

La bestia no se presentó sino que volvió en la forma en que había venido. En el momento en que un pedazo de mí estuvo enroscada en su interior cálido con la sensación de él dentro de mí fue como cuando hacíamos el amor, como si su bestia fuera más grande tomando más espacio en mí. Caliente, con energía viva, regresó hasta la garganta, era como si las dos energías se derramasen por nuestros cuerpos, nuestra piel, por un instante sentí como si hubiera estallado nuestra piel, y dos formas de gran pelaje pasaran a través de nosotros, entonces fue como si las dos bestias estuvieran allí. Te juro que sentí como si algo físico con verdadero peso fuera eliminado de mi cuerpo. Como si en vez de caer desde las alturas, yo era las alturas, podía sentir el cuerpo caer a través de mí, y golpearme.

Cuando nos levantamos me besó, riéndonos, sin aliento. ¡Guau!

Parecía más feliz de lo que nunca lo había visto, relajado, en... en casa de alguna manera, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Ya sabes —dijo todavía respirando con dificultad—, pensé que como eras humana no serías capaz de hacer esto.

—No sabía que se suponía que era capaz de hacer esto en absoluto —dije.

—Si eres poderosa y te acoplas a alguien compatible, entonces es posible.

—Lo dices como si hubiera un nombre para describirlo.

—Shiva y Pavarti, o simplemente Maithuna, en sánscrito significa

unión o acoplamiento.

—Shiva, destruiría el mundo con su energía si no tuviera con Pavarti relaciones sexuales constantemente, haciendo fluir la energía.

Él asintió con la cabeza.

—¿Estudiaste las distintas religiones en el colegio?

Negué con la cabeza.

—Hace unos años encontramos un naga, había sido víctima de un crimen. Me enseñó religión hindú. Quiero decir, si estás con un ser sobrenatural, es posible que te transmita algo.

—¿Eso es lo que pasó?

—No. Bueno, todavía no.

Puse mis brazos detrás de su cabeza, lo atraje para besarlo. Él no se resistió, se mantuvo justo encima de mi cara.

—Sientes todavía el *ardeur*.

—Quiero un beso.

Me besó, fue suave al principio, luego fue a más hasta que se apoderó de nosotros. Se echó hacia atrás, riendo y sin aliento.

—Pensé que habías hecho esto ya.

No estaba segura de cómo explicarlo. Habíamos tenido relaciones sexuales metafísicas, como ocurre a veces después de relaciones sexuales regulares, bombeaba energía. Podía sentirla de manera latente, presionado entre nuestros cuerpos. Lo quería dentro de mí. Lo quería lo más cerca físicamente como pudiera tener metafísicamente.

Mantuve una mano detrás de su cuello, con la otra toqué su cuerpo. Cerré los ojos y tragué saliva. Moví mis manos, mis dedos estaban a su alrededor. Estaba tan duro, tan espeso, tan sólido, que me hizo cerrar los ojos, hizo temblar mi cuerpo.

Abrí los ojos con la mirada nublada.

—Quiero tenerte dentro de mí.

Su cara reflejaba necesidad.

—¿Incluso sin el *ardeur*? —dijo con voz ronca.

Puso los ojos en blanco cuando junté mi cuerpo al suyo.

—No es el *ardeur* el que hace que te desee, Micah.

—No superaremos lo que hemos hecho esta noche —dijo con una voz que parecía un susurro ronco, parecía que tuviera problemas para hablar.

Acaricié su mano recorriendo su brazo.

—No se trata de que sea mejor, sólo que sea demasiado bueno.

Negó con la cabeza.

—No será tan bueno sin el *ardeur* de nuestras bestias, y tan cerca de la luna llena, no creo que queramos seguir invocando a las bestias. Podría escapársenos de las manos.

Era mi turno para sacudir la cabeza.

—Sólo nosotros, Micah, solo nosotros.

—Desde el momento en que nos tocamos, nunca hemos sido tan solo nosotros. Siempre hay alguien, o algo más, no sólo nosotros.

Parecía tan serio.

Ahuequé una mano debajo de la humedad suave de sus testículos, suavemente los toqué, mientras mi otra mano acariciaba su rostro, su cuerpo...

—Entonces estamos retrasados, ¿no te parece?

Tragó saliva, se echó a reír, y luego asintió con la cabeza.

—Estás más húmeda después de alimentar al *ardeur*, terminaremos de nuevo en el agua, por lo que no estaremos lo suficientemente mojados o no estarás lo suficientemente húmeda. —Envolvió su mano alrededor de la mía, donde todavía le tenía, apretó nuestras manos juntas hasta que su cabeza se fue hacia atrás, con los ojos cerrados, se estremeció lo suficiente como para que se desbordara el agua. Miró hacia abajo, metió la mano entre mis piernas, buscando, hasta que pudo meter un dedo dentro de mí. Metió dos dedos dentro de mí antes de que mi cabeza se echara hacia atrás, y mis ojos se cerraran.

—Todavía no puedo penetrarte —susurró.

—Oh, maldito, entonces tendrás que hacer que moje más y me abra —dije cuando pude hablar.

Empujó los dos dedos rápido y fuerte en mi interior, eso detuvo mi aliento.

—Puedo hacerlo —dijo con esa mirada que significaba que sabía que quería, que no diría que no. No le diría que no, le diría que sí, una y otra vez. Le dije que sí, hasta que me abrió frotando con los dedos, y con la boca, para que pudiera penetrar dentro de mí. Por lo tanto, podría finalmente, estaba húmeda, apretada, dura, dispuesta para lo que quisiera hacerme. Grité su nombre arañándole la espalda, cuando me penetró, el impulso fue tan profundo que me hizo llorar, arqueó su cuerpo sobre el mío en los azulejos. Su cuerpo estaba en llamas encima de mí, como una sombra. Las velas cayeron en el agua, apagándose y soltando humo.

Cuando pasó, me miró. Los ojos y rostro reflejaban el orgasmo.

—Metafísica, no necesitamos ninguna metafísica, eso apesta —dijo, con voz entrecortada y jadeante.

Le llevó un abrir y cerrar de ojos gastarme una broma, una vez que lo hizo, se echó a reír, todavía estando dentro de mí, me hizo retorcerme, penetró dentro de mí otra vez, me hizo estremecerme de nuevo. Por último, se deslizó hacia un lado, en un pequeño trozo libre de velas en las baldosas sin dejar de reír. Nos reímos hasta el cansancio, tiraba de nosotros, era como una mano gigante arrastrándonos. Era como si todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas me alcanzara otra vez, y me dejé llevar. Hecho para el día. Hecho para la noche. Hecho para el año. Hecho.

Nos secamos el pelo lo mejor que pudimos. Insistí en por lo menos secar los cuchillos sumergidos en la bañera. Micah me ayudó a recoger el cuchillo más grande y las dos pistolas. Tenía la bolsa grande del equipo, Micah me suplicó que la dejara en el dormitorio con nosotros en lugar de poner todo en la caja fuerte.

—Sólo una noche, todo irá bien. Te lo prometo —dijo.

Tuve que aceptar que no quería subir el rifle, estaría más segura con la munición de seguridad, entonces... bueno, se entiende la idea.

Nos arrastramos a la cama, donde había más armas que ropa. Deje caer la bolsa del equipo junto a la cama. Nathaniel estaba tumbado de lado, hecho un ovillo, siempre adoptaba esa posición cuando no había nadie en la cama. Puse los cuchillos en la mesita de noche al lado de la cama, tratando de estar tranquila.

Abrió los ojos lo suficiente para verme, luego los cerró, profundizó su respiración. No se despertó por completo, pero su cuerpo respondió al acostarme junto a él. Estaba demasiado caliente, casi febril, o tal vez era genial lo que sentía mi piel, desde el baño, y el sexo al aire libre. Puse la Browning en su funda, en la cabecera de la cama. Micah puso la Firestar en la mesita de noche, a su lado. Nathaniel se relajó junto a mi cuerpo, colocando la mayor parte de su cuerpo junto al mío, tanto como pudo. Fue entonces cuando me di cuenta que todos estábamos desnudos. Nathaniel estaba desnudo. Dejaba que Micah se metiera en la cama desnudo, pero nunca a Nathaniel. No se me había ocurrido ponerme algo de ropa para dormir. Sólo quería ir a la cama, a dormir, para abrazarme a ambos. Micah se puso a mi espalda. Me dejé llevar por la sensación de estar entre ellos. Me había acostado con Micah, abrazado a mi espalda desnuda, pero nunca

a Nathaniel. Tenía el culo pegado a mi estómago y a la ingle, sin ropa, piel contra piel. Apreté mis pechos contra el calor de su espalda, un brazo sobre su cabeza para poder tocar su pelo. Mi otra mano la coloqué en la cintura. Medio dormido, puso la mano cerca de su cuerpo, más baja, mis dedos rozaban las zonas que había tenido más seguras si hubieran estado cubiertas.

—¿Qué te pasa? —susurró Micah, como si hubiera notado mi nerviosismo.

Sentí el calor de la sedosa piel de la cadera de Nathaniel, contra mi ingle. Nathaniel puso su mano sobre la mía, sujetándome cerca de él, su respiración era de sueño profundo. Me acurruqué junto a él, mi aliento rozaba su cuello, se acurrucó más contra mí.

—Nada —susurré—, nada en absoluto.

Micah se juntó más a mi espalda. Puso el brazo por debajo de mi almohada, casi tocaba la cabeza de Nathaniel. El otro brazo de Micah rodeó mi cintura, debido a que Nathaniel estaba demasiado cerca de mí, su mano terminó descansando en la cadera Nathaniel.

—Ah —susurró—, sin ropa.

—Sin ropa —dije.

Susurró en mi nuca haciéndome cosquillas.

—¿Ese es el problema?

—No —dije.

Mi cabeza se movió un poco en la almohada para poder oler el aroma del cuello Nathaniel.

—¿Estás segura?

—Sí.

Y lo estaba, pero tenía derecho a equivocarme.



La incursión en el edificio vampiro consiguió atención nacional. Era un arma de doble filo. Los titulares eran desde «EDIFICIOS DE LA MUERTE», a «REDADA DE LA POLICIA ACABA CON EL ASESINO EN SERIE DE VAMPIROS», o el más popular, «LOS VAMPIROS SE VOLVIERON ASESINOS EN SERIE EN EL CANAL...».

Las noticias eran tan similares que no importaba mucho lo que el canal local tuviera en marcha. Pensé en dejar de contestar a mi teléfono por unos días. Las ofertas para entrevistarme eran nacionales, y algunas internacionales. Me preguntaba si alguien que estaba en la reserva móvil estaba recibiendo tanta atención. Si así fuera, esperaba que lo estuviera disfrutando más que yo.

Salieron los resultados del ADN, mis peores temores se confirmaron. Tres de los vampiros muertos tenían las mismas mordeduras que las víctimas anteriores, había cinco desaparecidos. Cinco asesinos en serie que

seguían en libertad. Los asesinos en serie no dejan de matar, no a menos que estén encerrados o muertos.

Habían huido de St. Louis, de la misma forma en que huyeron de Nueva Orleans, y Pittsburgh antes de esto. Habían matado a policías en las tres ciudades. Se creía que habían matado a más de veinte, y aún estaban allí.

Había habido una brecha de casi tres meses entre los asesinatos en Pittsburgh y los asesinatos en Nueva Orleans. Apenas un mes entre Nueva Orleans y St. Louis. Iban en aumento, había menos tiempo entre asesinato y asesinato, más víctimas a su elección, aunque en St. Louis había logrado salir con la menor cantidad de muertos entre nuestra policía. ¿Cómo fuimos tan afortunados? Jean Claude recibió una carta.

La escritura era hermosa, la caligrafía, en papel pergamino con una marca de agua pesada. La nota era de Gwennie Vittorio.

A Jean-Claude, Maestro de la Ciudad de St. Louis:

He dejado a Vittorio. Su locura ha crecido más allá de cualquier cosa que se pueda excusar, no puedo vivir así más. Si me encuentra, me va a matar. He huido con otro vampiro más joven, Myron. Vittorio no perdonará la traición. Vittorio busca otra ciudad ahora. Lo has expulsado, pero se encuentra en otro terreno de caza. Su locura no lo dejará descansar por mucho tiempo. Su liberación sólo parece venir cuando mata a la gente que cree que se burla. Vi a Asher en la Corte de Belle después de lo que la iglesia le hizo, déjame decir sólo que Vittorio no tuvo tanta suerte. Es una ruina de hombre. No, él es un monstruo. Ha dejado que el agua bendita que se comió su cuerpo se coma su mente, también. Todo lo que amaba en él se ha ido, he perdido contra esa enfermedad mental.

Espero que pueda encontrar un poco de tranquilidad con Myron. Esto puede ayudar a la policía. Trasladamos los cuerpos para que se encontraran más pronto. Era todo lo que podía hacer con Vittorio tan cerca. Myron fue quien dejó con vida al policía, por lo que se supo que la chica fue secuestrada. Myron fue también a la iglesia como uno de nuestros espías. Sabía que tenían la dirección de Cooper antes de morir. No se lo digas a nadie, sino yo,

y el resto estaremos atrapados en el sueño del mal de Vittorio. Hicimos todo lo posible para ayudarte, y a tu siervo humano. Por favor, creo que si sobrevivimos, voy a tratar de contactar contigo de nuevo. Sinceramente, esperamos que Vittorio no nos encuentre antes que termine el año. Pero a veces es mejor vivir una buena vida corta, que un largo tormento.

*Atentamente,
Gwen.*

En la carta se resolvía parte del misterio, pero dejaba la mayor parte sin respuesta. ¿Dónde estaba Vittorio? ¿Cuánto tiempo tardaría en acechar en otra ciudad? Era un oficial federal, quería verlo cuando reapareciera, tendría que encontrármelo, si quería, o si el cazador de vampiros locales me llamaba. Denis-Luc de Sant John se encontraba todavía en el hospital en Nueva Orleans. Hablé con él por teléfono, le dije lo que había pasado con los vampiros que casi lo matan. Quería un pedazo de ellos cuando se recuperase. Bien por él, tenía, un poco, la esperanza de quedar fuera de la venganza. ¿Eso es cobarde? Tal vez. Si pensara que era la única que podía encontrarlos y salvar al mundo, lo haría, pero no soy la única policía del país. Ni siquiera soy el único verdugo de vampiros con una insignia en el país. Dejaré que otra persona se divierta. Ya había tenido demasiada diversión en los últimos años, más de la que necesitaba. Voy a ir si me llaman, pero no me voy a presentar voluntaria. Siempre hay más chicos malos, siempre. No hay manera de ganar la guerra. Puedes ganar una batalla aquí y allá, pero la guerra es siempre permanente. Matas un bastardo infame, y otro igual de malo, o peor, aflora. Nunca parece terminar.

Tenemos una reunión para hablar con Malcolm sobre la situación del juramento de sangre. Por desgracia, la política del no juramento de sangre es en todo el país, no sólo en St. Louis. Un desastre de mierda está a punto de ocurrir. Varios de los vampiros que se encontraban en la iglesia la noche en que mataron a Cooper se han acercado a Jean-Claude para cambiar de maestro. Avery Seabrook, Wicked y Truth se encontraban entre los desertores.

Marianne hizo otra lectura del tarot que duplica la anterior. Con resultados parecidos que aún teníamos que tratar. Todavía no sé quién se

supone que me ayudará, alguien de mi pasado. Todo el mundo parece que está preocupado más por mi presente y futuro.

El Dragón ha dado permiso a Primo para permanecer en St. Louis y le gustaría hablar con nosotros en una cita posterior sobre los negocios del consejo. Un arma de doble filo.

He contactado con los policías que trabajan en el caso de los Brown. Me han aceptado como un funcionario para encontrar algunos de los efectos personales del chico, estaban perplejos. Evans se ha comprometido a examinar el material. Bárbara Brown me envió una tarjeta disculpándose por el daño causado.

No puedo arreglar el mundo, pero estoy progresando en mi vida. Algunas noches es suficiente con volver a casa, con vida y meterme en la cama junto a alguien que amo, que te quiere de vuelta.

Encontré unas orquídeas del mismo verde dorado, como los ojos de Micah. Un ramo estaba puesto en la mesa de centro, en nuestro salón. Micah dijo que las flores habían llegado hacía poco. Nathaniel tenía un delantal con volantes blancos, como una madre, tenía un collar de perlas. Lo encontré tendido en la cama pasando las perlas una y otra vez entre sus dedos.

Para Jean-Claude colocar las orquídeas blancas en un florero simple, negro, era elegante. Las puso sobre la mesa de centro en el salón. Las rosas amarillas de Asher, palidecían al lado de su pelo dorado. Richard y yo no habíamos llegado a la fase de entrega de flores todavía. Y, en verdad, nunca le vio mucho sentido, él mismo regalando flores a alguien.

Damian comenzó casi un motín en Danza Macabra la primera noche que fue a trabajar después de habernos convertido en un triunvirato de verdad. Parece que ha obtenido poderes de vampiros que son más de la línea de Belle Morte que de la línea de Moroven. Está disfrutando de su atractivo sexual recién descubierto. No estoy segura de que Damian se pudiera considerar, exactamente, como un novio, es mi siervo vampiro, se merece algo mejor de lo que ha estado recibiendo de mí. Le di un sobre con un cheque de regalo para una tienda de muebles. Puede convertir el sótano en su habitación hasta que podamos tener un apartamento construido sobre el garaje para él. Decidimos limpiar el sótano. La idea de Nathaniel fue básicamente invitar a un montón de amigos y obligarlos a hacer el trabajo duro, luego, invitarles a pizza. Bueno, está bien, los seres leopardo, los hombres lobo, los seres rata, y los seres humanos comen pizza. Los

vampiros necesitaban algo menos sólido. No, Jean-Claude no vino a ayudar a limpiar el sótano, pero, sorprendentemente, Asher sí lo hizo. También lo hizo Richard. Trajo los refrescos, no podía soportar que me abriera una vena para que bebiera Asher. No discutió, simplemente se marchó. Está intentándolo.

Todos estamos intentándolo. Estoy tratando de recordar lo que pensaba que estaba haciendo cuando comencé a cazar vampiros para ayudar a la policía. Solía pensar que estaba haciendo algo noble. Que había una razón y un propósito para hacerlo. Me consideraba una chica buena. Pero últimamente, me sentía como si estuviera paleando un montón de mierda. Cuando un chico malo desaparecía, otro ocupaba su lugar. Eran como una avalancha que intentas con una pala mantener a raya. Tal vez estoy cansada, o tal vez me pregunte si Méndez tenía razón. Tal vez no podía ser una de los buenos, si paso la mayor parte de mi tiempo disparando a la gente. No sé lo que me molesta más, que puedo disparar a alguien en la cara que está suplicando por su vida, o que legalmente no hay otra opción. No me importa matar para defender mi vida y las vidas de los demás. No me importa la muerte de una persona si se lo merece. Recordé a Vittorio por un momento. ¿Qué pasa si la chica en el apartamento hubiera dicho la verdad? ¿Qué pasa si su maestro le dijo que tenía que hacer algo, y no tenía otra opción? ¿Habría conseguido librarse del mal tipo? Oh, maldita sea, no lo sé. Lo único que sé con certeza es que no es mi trabajo preocuparme porque el pobre diablo se convirtió en un asesino. Mi trabajo era asegurarme de que nunca pudiera matar a nadie otra vez. Eso es lo que hago. Soy el verdugo. Si asesinan a alguien en mi ciudad, se va a encontrar conmigo. Una sola vez.